



Universidad de Concepción  
Dirección de Postgrado  
Facultad de Humanidades y Artes -Programa de Magíster en Historia

## **¿UNA NUEVA GUERRA EN EL CONO SUR? EL CASO DE LA DEFENSA DE ARICA (1973-1976)**



Tesis para optar al grado de Magíster en Historia

**ANGELO FABRIZIO CASTRO GONZÁLEZ**  
**CONCEPCIÓN-CHILE**  
2020

Profesor Guía: Juan Mendoza Pinto  
Dpto. de Historia, Facultad de Humanidades y Artes  
Universidad de Concepción

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>4</b>
I. Problematización.....	4
II. Discusión Bibliográfica .....	5
III. Marco Referencial .....	9
IV. Marco Conceptual .....	12
V. Hipótesis .....	26
VI. Objetivos .....	27
VII. Metodología .....	27
<b>CAPÍTULO I: UNA DIFÍCIL RELACIÓN</b> .....	<b>30</b>
I. Chile y Perú: La Historia que nos Separa .....	30
II. Arica, una Ciudad Entre Dos Naciones .....	60
<b>CAPÍTULO II: JUGANDO A DOS BANDAS: ACTORES O TÍTERES EN LA GUERRA FRÍA</b> .....	<b>73</b>
I. Aquí vamos nuevamente... ..	73
II. El Chile de los 60.....	93
III. ¿Más de lo mismo? El Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas.....	104
<b>CAPÍTULO III: TANTEANDO LAS GARRAS DEL OSO</b> .....	<b>123</b>
I. Dime con quien andas y te diré quién eres.....	123
II. Una Revolución con sabor a empanadas y vino tinto.....	132
III. La Vía Chilena ante el mundo .....	140
<b>CAPÍTULO IV: NUBARRONES EN EL HORIZONTE</b> .....	<b>167</b>
I. Problemas en el Sur: el Régimen Militar Chileno.....	167
II. De la Utopía a la Antiutopía .....	175
III. ¿La Guerra que Viene?.....	192
IV. El Tercero en Discordia.....	218
<b>CAPÍTULO V: EL EJÉRCITO DE LOS CHILENOS</b> .....	<b>242</b>
<b>CAPÍTULO VI: EL EJÉRCITO DE LOS PERUANOS</b> .....	<b>281</b>

<b>CAPÍTULO VII: EL ATAQUE .....</b>	<b>322</b>
I. Las Armas de Juan sin Miedo .....	322
II. Los Preparativos .....	333
III. El Plan de Invasión .....	344
IV. Los Ánimos Previos a la Batalla .....	356
<b>CAPÍTULO VIII: LA DEFENSA.....</b>	<b>365</b>
I. Las Armas de Pinochet.....	365
II. Una Defensa con Uñas y Dientes.....	375
III. Preparando la Defensa.....	390
IV. Entre las Trincheras.....	403
V. Un Stalingrado a la Chilena.....	410
<b>CAPÍTULO IX. LA GUERRA QUE NO FUE Y LA QUE PUDO SER.....</b>	<b>427</b>
I. La Guerra que no Fue.....	427
II. La Guerra que Pudo Ser.....	440
<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>458</b>
<b>FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>462</b>
Fuentes.....	462
Bibliografía.....	467



## INTRODUCCIÓN

### I. Problematización

Nunca es tarea fácil estudiar hechos históricos relativamente recientes, principalmente a causa de los sentimientos o recuerdos que pueden provocar en aquellos que fueron partícipes y los vivieron de primera mano. Esto es mucho más complejo cuando se tiene en cuenta que tales acontecimientos involucran las relaciones entre dos países vecinos que, a un nivel histórico, han tenido mayores desencuentros que acuerdos a lo largo de su acotada vida independiente. En este caso, nos referimos a Chile por el sur y a Perú por el norte; concretamente al suceso que mantuvo en jaque a ambas naciones y en pie de alerta a la “Ciudad de la Eterna Primavera” a lo largo de 1975.

Está demás decir que las relaciones con el país del norte nunca fueron del todo cordiales, pues el “fantasma” de la guerra del pacífico nunca dejó de rondar entre las relaciones entabladas por ambos vecinos. Y si bien las cosas se mantuvieron relativamente frías durante el período que siguió a la Guerra del Salitre hasta la primera mitad del siglo XX, no sería correcto afirmar lo mismo para fines de la década de 1970, pues, como algunos medios informaban, el fantasma de una guerra jamás dejó de rondar en la frontera.

Fue desde 1968 que las relaciones se volvieron cada vez más tensas, pues ese fue el año en que el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, bajo el liderazgo de Juan Velasco Alvarado, asumía la conducción del Perú y rompería con el esquema imperante. Ya en 1973, tras el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, comenzaron las complicaciones entre ambas naciones, pues el golpe de Estado generó una serie de problemas inmediatos, empezando por la falta de información sobre los propósitos del nuevo gobierno de Chile y qué ocurriría al interior del país. En Chile, por su parte, se tenía la misma preocupación, de que la inestabilidad del país propiciara un ataque peruano. En suma, ambas naciones se recelaban, y temían que la otra iniciara una ofensiva.

En las estimaciones de las fuerzas armadas peruanas, los enemigos más probables en un caso de un conflicto eran Chile y Ecuador. Por ende, los estrategas peruanos planificaban para dos teatros de operación en caso de conflicto externo, uno en el norte y otro en el sur. Para el caso chileno, se crearon instalaciones militares cercanas a la frontera, con el fin de abastecer y tener una mayor movilidad hacia el Norte Grande. Chile en cambio. Si bien poseía una considerable fuerza, eficiente y bien equipada, debía cubrir un extenso territorio nacional y las fronteras con sus tres vecinos. De este modo, de haberse desarrollado una guerra entre Chile y Perú, este último habría tomado la ofensiva, una en que se buscaba tomar al enemigo desprevenido y derrotarle sin darle oportunidad de reaccionar, aún a costa de pérdidas en hombres y material.

Fue así como durante 1974 y 1975 la tensión prebélica fue en *crescendo*, tanto en Chile como en el Perú, pues desde que el general Juan Velasco Alvarado iniciara en el Perú el mayor rearme de su historia, el gobierno del general Pinochet se preparó para enfrentar un posible ataque desde el norte. Y aunque muy pocas fueron las declaraciones bélicas, en Chile persistía la certeza de que Velasco intentaría recuperar la zona de Arica, perdida en la Guerra del Pacífico. Allí se esperaba que todo el poderío militar peruano golpease con más fuerza.

Este era el clima que imperaba en Arica, y es que era imposible esperar otra cosa, especialmente cuando se presentaban actitudes como el traslado de unidades blindadas a

Tacna y la construcción de nuevos cuarteles fronterizos, actitudes que no podían ser pasadas por alto. La defensa del bastión norteño de Chile no se podía hacer esperar.

Pero ¿Cómo afrontó esta situación el alto mando del ejército chileno? ¿Cuáles fueron los preparativos para guardar la ciudad de Arica? ¿Cómo se implementó la “Defensa Móvil” en la que fue menester contar con el apoyo de los civiles dispuestos a defender sus hogares? ¿Cuál era la percepción de la población sobre “aquel” enemigo que caería sobre su ciudad? ¿Cómo veían y percibían esta situación? Y, finalmente, cómo es que los peruanos se vieron influenciados por la condicionante histórica, la cual casi los lleva a emprender una guerra revanchista en busca del honor y los territorios perdidos casi cien años atrás.

A pesar de que la historiografía actual chilena actual ha abarcado un sin número de temas, desde una infinidad de perspectivas, poca o nula ha sido la importancia que ésta ha dado a la crisis de 1975 con el Perú, enfocándose a coyunturas más notables y de mayor impacto (como la del Beagle en 1978)<sup>1</sup> o simplemente inclinándose más por la perspectiva de la visión estratégica y técnica, ignorando casi por completo que la guerras y batallas han sido protagonizadas y desencadenadas por el factor humano.

Algunos estudios han enfocado su atención solamente al plano político o al de las Relaciones Internacionales, invisibilizando que esta crisis fue mucho más allá del plano de lo meramente teórico, plasmándose en medidas tangibles y que afectaron de una manera directa a una determinada población y localidad. Otros estudios, en cambio, han tratado el problema de Arica en la década de los setenta, aunque lo han hecho de lo que podríamos denominar Historia Militar tradicional, en la cual el accionar, las dinámicas y los sucesos se centran en las figuras y decisiones de los “Grandes Hombres”, invisibilizando a aquellos actores que, muy probablemente, tuvieron mucho más protagonismo y experimentaron los sucesos de primera mano.

Esta investigación propone saldar las deudas que la Historia Militar ha contraído con todos aquellos personajes y temáticas olvidadas, explotando el campo que la visión renovada de la Historia Militar proporciona, ello mediante la aplicación de conceptos como Táctica, Maniobra y Defensa Móvil, los cuales se han alejado de esquemas deterministas.

Por ello, proponemos una visión al fenómeno de la defensa ariqueña mediante un acercamiento tanto a los vecinos como a los militares, vislumbrando sus miedos, la visión del otro, la cotidianidad, y la tensión propia de los momentos previos a la batalla, desligándose así de la visión tradicional y técnica, realizando, a su vez, una historia militar un tanto más humana de un determinado acontecimiento.

\*\*\*

## II. Discusión Bibliográfica

De los innumerables estudios que se han dedicado a abordar la temática de las relaciones chileno-peruanas a lo largo del siglo XX, lamentablemente, y con toda seguridad, podemos decir que muy pocas de ellas han realizado una labor dedicada al estudio del período en cuestión centrándose en la perspectiva militar. Las pocas que podemos encontrar, muchas de las veces, no se están a un nivel riguroso que cubra las aspiraciones científicas de la Historia, siendo la mayoría de ellas una simple arenga que intentan enardecer los ánimos en cada una de las partes, recurriendo al nacionalismo y patriotismo más bajo. Esto contrasta

---

<sup>1</sup> Algo que actualmente ha ido en retroceso gracias a los aportes y publicaciones de la Academia de Historia Militar del Ejército de Chile.

enormemente con la amplia difusión que ha tenido la crisis del Beagle de 1978, la cual ya en 2018 veía cumplir sus 40 años acompañada de una serie de publicaciones destinadas a dar a conocer los distintos puntos de vista de la problemática que casi lleva a la guerra a Chile y Argentina. Pero, como bien lo diría la historiadora Claudia Arancibia Floody, “esta difusión del tema con Argentina, motiva a recordar que también durante la década de los setenta existió otra crisis militar con un país vecino, esta vez en la frontera norte con Perú, específicamente en los años 1974-1975, aspecto que es menos conocido por el público en general y que la historiografía lo ha tratado escasamente”<sup>2</sup>. Sin embargo, aun así, podemos encontrar unos cuantos estudios rigurosos realizados por historiadores, quienes han tratado al detalle cuestiones concernientes a este tenso período tanto para el Perú como para Chile.

Curioso es ver que los estudios que han profundizado en la defensa de Arica en el período en cuestión no están plasmados en algún libro o revista de corte científico, sino en la prensa escrita. Los primeros tres serían los publicados por la Revista *Qué Pasa* en 1993: *El Hombre que quería la guerra*; *Esperando la Invasión* y *Acosado por tres frentes*, todos de la pluma de la periodista Sara Valdés en los que relata detalladamente el rearme peruano, la personalidad de Velasco Alvarado y los preparativos para la tan temida invasión del norte. No obstante, el mayor de ellos fue publicado en la *Serie Histórica* del Diario *La Segunda* allá por el año de 2007. Escrito por la Historiadora Patricia Arancibia Clavel, *Chile-Perú: Una década en Tensión 1970-1979*, corresponde a una serie de artículos destinados a conocer la historia reciente en el complicado escenario que significó la década de los setenta. Así, en el segundo capítulo de esta serie<sup>3</sup>, la autora dedica un meticuloso análisis a las medidas para defender la frontera chilena frente al inminente ataque peruano, desde las medidas adoptadas por el alto mando hasta las relaciones cívico-militares en la ciudad de la Eterna primavera. La otra serie de artículos también fue publicada en la serie histórica del mismo diario; en este caso, corresponde al especial semanal de cinco capítulos *1978-2008. A 30 años del conflicto del Beagle (cuando Chile y Argentina estuvieron al borde de la guerra)* del año 2008. Realizado a partir de artículos escritos por Gonzalo Vial y una serie de entrevistas realizadas a los Comandantes en Jefe del Ejército, Armada y Fuerza Aérea cuando la confrontación con el vecino trasandino era casi inevitable. Es en el primer capítulo que Vial analiza la posibilidad de conflicto tanto con Perú como con Bolivia, todo ello bajo el título *¿Nueva Guerra del Pacífico en los años 70? ¿Los casos de Bolivia y Perú?* De esta manera, el historiador analiza las relaciones entabladas entre Chile-Bolivia y Chile-Perú que tan peligrosamente se volvieron en la década ya citada.

Ya como una obra histórica consolidada, está la obra de Manuel Ascanio Cavallo y Óscar Sepúlveda *Historia Oculta del Régimen Militar* (1997) en la que se trata la situación prebélica durante el 11 de septiembre de 1973 y cómo el Perú pretendía utilizar la debilidad defensiva de Chile por la crisis interna que atravesaba en aquel momento. A su vez, está el texto del chileno Aquiles Gallardo Puelma, *Crisis Internacionales en Sudamérica: Teoría y Análisis* (2003), en el cual parte de la premisa de que el conflicto es un fenómeno propio de la esencia de las relaciones internacionales, y que un mal manejo de las crisis puede llevar a conflictos armados; se analizan las crisis regionales, específicamente las chilena-peruanas y las peruanas-ecuatorianas en el último tercio del siglo XX. En esta misma línea, está la obra

---

<sup>2</sup> Claudia ARANCIBIA FLOODY: “En torno a la Historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú (1974-1975)”, en *Perspectivas de Historia Militar*, Academia de Historia Militar, octubre 2019, p. 6.

<sup>3</sup> Véase en Chile-Perú: Una década en Tensión 1970-1979. Cap. II: “El Ejército prepara la ‘defensa móvil’ de Arica”, en Diario *La Segunda*, 3 de agosto de 2007, p. 1.

de José Rodríguez Elizondo en *Chile-Perú: el Siglo que Vivimos en Peligro* (2005), en la cual estudia tres casos en específico sobre las crisis chileno-peruanas: la guerra que se evitó en 1975, la guerra derivada que amenazó en 1978 y el desastre de las convenciones de Lima en 1993. Para los primeros dos casos, “proporciona valiosa información sobre cómo-a su juicio-las Fuerzas Armadas chilenas y peruanas llevaron sus ejercicios de guerra hasta el límite entre la disuasión y la confrontación”<sup>4</sup>. Finalmente está la tesis para optar al título de profesor en Historia y Geografía por la Universidad de Tarapacá *Rumores de Guerra en Arica* (2005) de Daniel Castillo y Vladimir Zarzuri; no obstante, al igual que la obra de Rodríguez Elizondo, ve la problemática de la ciudad solo como un apéndice de lo sucedido a un nivel general, relegando a un pequeño espacio la temática militar.

Aquí también vale mencionar las obras escritas por militares chilenos que estuvieron en el frente y en los cuales relatan detalladamente sus experiencias; en este caso, nos referimos a las obras del entonces Coronel Odlanier Mena *Al Encuentro de la Verdad* (2013) y del Brigadier Luis Mericq Seoane *Arica 1974-1975. Una historia desconocida* (2018).

Por otro lado, la prensa peruana tampoco se queda atrás, puesto que ella de igual manera ha centrado su atención en los sucesos de nuestro interés. En el primer caso se tiene la serie de artículos publicados por la edición peruana del diario *La República* en septiembre de 1995 bajo el título de *Perú y Chile al borde de la guerra* de Augusto Zimmerman. También están los artículos históricos publicados por el oficial en retiro del Ejército Peruano Eloys Villacrez Riquelme, quien analiza la intención peruana de atacar Arica en su serie de artículos publicados entre marzo y junio del año 2004 en el diario *Liberación* con el título de *¿Por qué no invadimos Chile?*<sup>5</sup>. En el caso peruano también podemos encontrar las obras del abogado Alfonso Benavides Correa: *Habrá guerra próximamente en el Cono Sur? América Latina: explosiva caldera geopolítica* (1974) y *Una Difícil Vecindad* (2002); obras en las cuales se trata la problemática de un posible conflicto armado entre Chile y Perú en la década de 1970.

Ahora bien, en cuanto a historiografía respecto a las políticas militares, armamentismo y las motivaciones del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas está la obra de Víctor Villanueva *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?* (1968) en la que enfoca su estudio en las instituciones castrenses peruanas y su relación con los países del bloque socialista. En este último aspecto también está presente el pequeño artículo de Rubén Berríos *Relaciones entre Perú con los países socialistas*<sup>6</sup>(1983), escrito en que analiza la situación del país vecino desde la coyuntura de 1968 y su incidencia en el ámbito económico y militar. Aquí también podemos encontrar el estudio realizado por Julio Cotler en el tomo XVI de *Historia de América Latina* (2002) de Leslie Bethell, en el cual abarca la historia del Perú desde 1960 hasta 1990<sup>7</sup>. Para el caso chileno, está la obra de Alberto Polloni Roldán *Las Fuerzas Armadas de Chile en la Vida Nacional* (1972), en la que se estudian “los deberes, la misión, la finalidad y la razón de ser de nuestras fuerzas de tierra, mar y aire”<sup>8</sup>.

---

<sup>4</sup> “Chile-Perú: El siglo que Vivimos en Peligro. José Rodríguez Elizondo”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°474, enero 2005, p. 178.

<sup>5</sup> Tanto los artículos de Zimmerman como los de Villacrez son citados por Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 7.

<sup>6</sup> Rubén BERRÍOS: “Relaciones entre Perú y los países socialistas”, en Augusto VARAS (ed.): *América Latina y la Unión Soviética: Una Nueva Relación*, FLACSO/RIAL, Buenos Aires, 1983, pp. 147-158.

<sup>7</sup> Véase Julio COTLER: “Perú, 1960-c. 1990”, en Leslie BETHELL (ed.): *Historia de América Latina*, Tomo XVI, Los Países Andinos desde 1930, Editorial Crítica, Barcelona, 2002, pp. 59-104

<sup>8</sup> Alberto POLLONI ROLDÁN: *Las Fuerzas Armadas de Chile en la vida nacional. Compendio Cívico Militar*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1972, p. 11.

Ya en el plano de las tensas relaciones internacionales en América Latina, tenemos la obra *Percepciones de amenazas y política de defensa en América Latina* (1993) en la que se nos ofrece un amplio panorama de los antecedentes y características de las actuales percepciones de amenaza y políticas de defensa de los principales países de la región. Entre estos estudios podemos destacar el trabajo del profesor del CEPEI Juan Velit Granda con su pequeño artículo *El Contexto Político-Estratégico del Perú* (1993), en el cual da una visión panorámica de la realidad geoestratégica del Perú, y cómo ésta ha influido respecto a sus relaciones con Ecuador, Brasil y, obviamente, Chile<sup>9</sup>.

A principios del milenio, Sergio Villalobos, desde las relaciones virreinales hasta el fin de la Guerra del Pacífico, nos presentaba una interpretación acerca de la historia que une y separa a Chile del Perú en su obra: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa. 1533-1833* (2002). Interpretación que se separa de las mistificaciones con que esta historia ha sido tratada por ambas repúblicas. En una línea similar está el estudio de Eduardo Cavieres Figueroa y Cristóbal Aljovín de Losada (comp.) en *Chile-Perú. Perú Chile. 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales* (2005), obra colectiva en la que se estudian los aspectos políticos, económicos y culturales sobresalientes de ambas naciones, con el objetivo de exponer la visión complementaria de la historia individual y colectiva de gran parte del siglo XIX y comienzos del XX, además de servir como base para los estudios que pretendan emprender un mayor entendimiento de las relaciones bilaterales.

Ahora como autor, Cavieres contribuye en su obra *Chile-Perú, la Historia y la Escuela* (2006), en la que propone estudios, reflexiones y análisis sobre la Historia, la Guerra del Pacífico y el peso que ha tomado en el presente, en términos de sus significados históricos-culturales y sus implicancias en las políticas oficiales y en las actitudes sociales. Por su parte, y siguiendo la línea investigativa de Velit Granda, está la obra de Cristian Leyton Salas: *Amigos y vecinos en la costa del Pacífico: luces y sombras de una relación* (2007), obra que tiene como objetivo “acercarnos a la génesis, así como a las bases generadoras y sustentadoras de la percepción de amenaza peruana, desde una perspectiva histórica: cómo esta evoluciona, se plasma en una de Política Defensa y cuáles son los riesgos u oportunidades para Chile”<sup>10</sup>, abarcando los principales hitos del período de existencia de ambos países, desde el siglo XIX hasta nuestros días. Sostiene que las tensas relaciones chileno-peruanas son el producto de los hechos históricos que han marcado la imagen colectiva de la población para ambos países. Aunque esta animosidad, sostiene, no solo contiene hitos, sino “variables y factores subjetivos que han contribuido a explicar el arraigo de una animosidad de carácter cíclica y permanente entre ambos países o lo que podemos denominar la instauración de una *Rivalidad Histórica Duradera*”<sup>11</sup>.

Entre estos estudios también podemos encontrar el pequeño artículo de Lester Cabrera Toledo: *Chile-Perú: una visión geopolítica de los últimos 40 años de relación bilateral* (2010); artículo en el cual visualiza la relación bilateral de Chile Perú entre los años de 1970 y 2010. Es a través de este análisis que el autor sostiene que es posible establecer las diversas visiones en lo relativo a ciertos acontecimientos que transcurren desde la cooperación hasta las crisis prebélicas. Así mismo está la obra del ex senador de la zona norte

---

<sup>9</sup> Juan VELIT GRANDA: “Contexto Político-Estratégico del Perú”, en AA. VV.: *Percepciones de Amenazas y Políticas de Defensa en América Latina*, FLACSO/CEEA, Santiago, 1993, pp. 212-248.

<sup>10</sup> Cristian LEYTON SALAS: *Amigos y vecinos en la costa del Pacífico: luces y sombras de una relación*, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos. ANEPE, Santiago, 2007, p. 17.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 18.

de Chile Sergio Bitar *Un Futuro Común: Chile, Bolivia, Perú: el norte de Chile en el siglo XXI* (2011), quien estima que el desarrollo mutuo entre Chile, Perú y Bolivia depende de la superación de los hechos de la Guerra del Pacífico, además de señalar que la zona norte del país es la llave para el establecimiento de las relaciones bilaterales.

Nuevamente es Eduardo Cavieres que, siguiendo la línea de sus anteriores trabajos, en *Conversaciones en Lima* (2013), obra en la que académicos de ambos países, mediante una serie de conferencias, dialogan “respecto a la historia, la educación, los medios de comunicación, la construcción de opiniones y de prejuicios”<sup>12</sup>, además de una manera de cómo enfrentar las problemáticas que las dos naciones han experimentado desde la Guerra del Pacífico. Ello lo hace bajo la premisa de que es menester la superación no del pasado, sino del conflicto en una reconciliación que parte desde ambos lados. Misma línea que siguen en la obra *La Guerra del Pacífico en Perspectiva Histórica* (2015) en la que junto a José Chaupis Torres (ed.), trata de avanzar abriendo nuevos temas de investigación sobre la Guerra del Pacífico, precisamente para lograr mejores lecturas de la historia, se desprende de la comprensión única del conflicto, pasando más a la comprensión y entendimiento del otro.

Finalmente, existen otros estudios similares a los de Cavieres en cuanto a su intención de fortalecer las relaciones bilaterales entre ambos países, en este caso está *Las historias que nos unen. Episodios positivos en las relaciones peruano-chilenas siglos XIX y XX* (2013) de Daniel Parodi y Sergio González; obra que va mucho más allá de lo político militar y busca un punto de encuentro en las historias del Perú y Chile. Por otro lado, está la obra colectiva *Tiempos Violentos. Fragmentos de Historia Social de Arica* (2014), en la cual se compilan investigaciones que dan cuenta de los nuevos abordajes teóricos, metodológicos y temáticos que han ido transformando la historia social del Norte Grande en relación con el Estado y los fenómenos políticos y sociales, principalmente en las pugnas entre chilenos y peruanos que se dieron al finalizar la Guerra del Salitre. En lo más reciente respecto a publicaciones está la obra del Doctor de la Universidad de Concepción, Juan Eduardo Mendoza Pinto, *Razonamiento Geopolítico. Construcción de representaciones y códigos geopolíticos de Chile y sus vecinos* (2018); obra en la que se desarrolla una metodología para la geopolítica, sus elementos principales y los factores que inciden en ella, además de su aplicación para el caso chileno, peruano, boliviano y argentino.

Así pues, a través de este breve repaso, la historiografía en cuestión es inversamente proporcional al hecho estudiado; pues, mientras más nos alejamos de él y más se avanza hacia el estudio de las relaciones internacionales y la cooperación mutua, mayor es la cantidad de obras históricas especializadas. Por ello, no es de extrañar que la cantidad de estudios dedicados a la preparación militar de Arica ante la amenaza que significó el gobierno de Juan Velasco Alvarado sea escasa, sino inexistente. De esta manera, el presente proyecto de investigación pretende completar el vacío historiográfico que aquí se puede apreciar.

\*\*\*

### III. Marco Referencial

La perspectiva que orientará la presente investigación se basa, primeramente, en la Historia Militar; no obstante, en este punto es menester aclarar lo que por ella se entenderá,

---

<sup>12</sup> Eduardo CAVIERES FIGUEROA; Juan Luis ORREGO (cord.): *Conversaciones en Lima. La Historia Como Instrumento de Integración chileno-peruana*, Ediciones Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 2013, p. 25.

pues, como en toda rama del conocimiento histórico, existen divergencias en cuanto a sus definiciones y aplicación.

Comúnmente se ha asociado a esta rama del saber histórico a lo que Henri Jomini en *Précis de l'art de la guerre* (1838) distinguió como algunas formas de hacer la historia militar: desde la descripción de los detalles más ínfimos de una determinada batalla, hasta el examen de una guerra en su sentido más amplio, asociando factores puramente militares a elementos políticos, sociales y económicos<sup>13</sup>. Sin embargo, la primera opción tiende a concentrarse de sobremanera en los aspectos relativos al combate y al mando en una determinada situación a expensas de los aspectos relativos a la logística, la organización y la moral. Por su lado, la segunda opción elimina lo que H. Delbrück estimaría como lastre, en este caso las batallas<sup>14</sup>. Así, mientras la primera opción prima demasiado el combate, alejándolo del contexto que le rodea, la segunda ignora la razón esencial de los ejércitos, el combate. En suma, la historia militar tiene como gran escenario la guerra y, en último término, las batallas<sup>15</sup>.

Ante este escenario es menester quedarse con la definición entregada por el Departamento de Historia Militar del Ejército de Chile, dado que es solo a través de ella que se pueden entender fenómenos tan complejos y maleables como lo es la táctica, la guerra y los preparativos que ésta conlleva:

La Historia Militar es la ciencia de los hechos militares, entre los cuales se destaca y marcan el centro de gravedad de las investigaciones, el conjunto de sucesos que constituyen el cuadro cronológico analítico de la organización militar, la evolución del armamento, equipo e [sic] las campañas militares de los ejércitos<sup>16</sup>

Además, esta corriente nos permite observar cómo las formas de hacer la guerra han cambiado a través de largos períodos históricos. Viendo lo que se ha transformado, podemos deducir lo que se ha mantenido estático, así como ver las similitudes de las tácticas empleadas por los grandes personajes; y como éstas, en un contexto más general, se relacionan con el escenario geográfico, tecnológico, táctico y estratégico. El cambio y la flexibilidad son parte esencial de esta área de investigación<sup>17</sup>. Sin embargo, este tipo de historia militar tiende ver al elemento castrense como un ser aislado, ignorando casi por completo la incidencia de militares en la sociedad y viceversa.

Por ello, es preciso considerar para este enfoque las aproximaciones realizadas por Roberto Arancibia Clavel en *Una Introducción a la Historia Militar*, en la que, tomando prestado el concepto de historia propuesto por Marc Bloch, establece como objetivo principal “el estudio del quehacer del hombre militar en el tiempo” en un contexto sociocultural determinado. En este punto se entiende que los conflictos no se dan en un “vacío”, sino que en él incidente elementos de diversa índole, ya sean políticos, culturales, sociales,

---

<sup>13</sup> Antonio ESPINO LÓPEZ: “La Renovación de la Historia de las Batallas”, en *Revista de Historia Militar*, Año XLV, n°91, 2001, p. 159.

<sup>14</sup> Antonio ESPINO LÓPEZ: “La Renovación de la Historia de las Batallas”, p. 160.

<sup>15</sup> Roberto ARANCIBIA CLAVEL: “El Concepto de Historia Militar”, en *Primera Jornada de Historia Militar Siglos XVII-XIX*, Santiago, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, 2004, p. 12.

<sup>16</sup> DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR: “Importancia de la Historia Militar”, en *Revista de Historia Militar*, n°3, noviembre de 2004, p. 12.

<sup>17</sup> Roberto ARANCIBIA CLAVEL: “El Concepto de Historia Militar”, p. 30.

económicos y, principalmente, históricos. Las batallas, las campañas y las guerras no surgen de la nada y vuelven a ella una vez concluidos, sino que son el término de un proceso que ha desembocado en ellas y que, una vez terminados, dejan una huella muchas veces imposible de borrar en las sociedades y hombres encargados de llevarlas a cabo. Pues:

Las guerras no concluyen en los campos de batalla, ni en los círculos diplomáticos: estas se recrean en los imaginarios sociales surgidos durante y especialmente después de las hostilidades, lo cual es particularmente evidente con aquellas guerras que culminan victoriosamente<sup>18</sup>.

Tampoco se trata de tomar la Historia Militar como la base para el estudio narrativo de un determinado enfrentamiento, sino que se toma para el análisis de todos los factores que inciden en él; eludiendo así lo que J. Keegan llamó la “Retórica de la historia de las batallas”<sup>19</sup>, en las que el encuentro era mitificado, reduciendo su valor solo a las acciones de los grandes hombres y despreciando la experiencia de los factores y demás individuos que fueron partícipes de ella, viéndolos como meros peones en un tablero enorme.

Esta nueva visión considera la perspectiva de aquellos que combatieron, una visión de la cultura aplicada al ámbito militar, en que los temores, los anhelos y las metas de los soldados también se hacen presentes como un factor determinante al momento de analizar la batalla, misma cuestión que aplicará a los civiles. De igual manera implica el impacto en la sociedad en que se establece, “ya que su tarea nace de un mandato que fluye de ésta”<sup>20</sup>. Es lo que Gabriel Cid Rodríguez ha llamado la corriente de “Guerra y Sociedad”, en la que se analiza un enfrentamiento o una guerra y el impacto de éstas en la cultura y sociedad civil en cuanto a la construcción de identidades, imágenes y percepciones propias y del enemigo<sup>21</sup>. De esta manera, nos apegaremos a la segunda regla para el estudio de la Historia Militar propuesta por Michael Howard en *The Use and Abuse of Military History*, ensayo publicado en *The Causes of Wars* (1983), obra en la que se propone el tomar una sola campaña o batalla y explorarla cuidadosamente, no solo quedándose con la historia oficial, sino contando con memorias, cartas, diarios, literatura, todo que pueda “*catches a glimpse of the confusion and horror of the real experience*”<sup>22</sup>.

En suma, se trata de una Historia Militar con nuevos tintes, pues tiene un nuevo objeto de estudio que va más allá de los grandes hombres y se enfoca en el soldado, en el vecino, en el enemigo, su vida cotidiana, los elementos anímicos, el quehacer diario y no solamente el combate, pero que, sin embargo, sigue conservando los elementos tradicionales al momento del análisis, pues se les considera elementales a la hora de exponer la verdadera experiencia en el frente. Después de todo, como lo diría el historiador Geoffrey Parker, “la razón de ser de los ejércitos es el combate, y es su capacidad en este sentido la que determina normalmente los resultados de la guerra”<sup>23</sup>, aunque ello jamás debe realizarse a expensa de las cuestiones

---

<sup>18</sup> Gabriel CID RODRÍGUEZ: “Memorias, mitos y ritos de guerra: el imaginario de la Batalla de Yungay durante la Guerra del Pacífico”, en *UNIVERSUM*, Vol. 2, n°26, 2011, p. 103.

<sup>19</sup> Antonio ESPINO LÓPEZ: “La Renovación de la Historia de las Batallas”, p. 163.

<sup>20</sup> Roberto ARANCIBIA CLAVEL: *Una Introducción a la Historia Militar*, p. 20.

<sup>21</sup> Gabriel CID RODRÍGUEZ: *Op. Cit.*, p. 102.

<sup>22</sup> “vislumbra la confusión y el horror de la experiencia real”. Michael HOWARD: *The Causes of Wars and other essays*, Harvard University Press, Massachusetts, 1984, p. 195.

<sup>23</sup> Geoffrey PARKER: *El Ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1695. La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 6.

logísticas, organizativas, administrativas y de moral de combate. Esto realizado con nuevas fuentes en las que se priorizan los testimonios de estos mismos hombres y la prensa escrita del período, y no solo considerando los informes oficiales.

La Historia Militar que proponemos aquí es más bien un tránsito entre las formas tradicionales y lo que algunos han llamado “nueva Historia Militar”, dado que nuestro objeto de estudio no puede entenderse sin considerar los ejércitos, los combates y las armas. De la misma manera que no se puede realizar con comprender las percepciones, los miedos, imaginarios y las aspiraciones que cada uno de los bandos. Es un pequeño paso más hacia lo que Paul Fussell ha llamado una Historia Militar con un sentido más humano.

Sin embargo, la historia militar implica que el estudio de la táctica, la fortificación, el efecto del armamento, y otros innumerables ramos militares provean el conocimiento necesario para emplearlo en futuras acciones de carácter bélico, siendo así la historia solo un medio. Aquí se admite que la guerra es algo que se repite, no en el sentido cíclico de la palabra, sino en los factores que inciden en ella: “por el peligro, el miedo, la confusión y por tratar de imponer la voluntad de unos sobre otros con violencia. [...] También se pueden observar la repetición de los errores, especialmente por la falta de decisión de los líderes, generando con ella una lenta reacción”<sup>24</sup>. Y aunque esta investigación no tiene como intención el proveer una doctrina sobre las operaciones militares, ni mucho menos el deducir lecciones útiles del pasado para llevarlas a cabo en el porvenir, sino solo la búsqueda de conocimiento histórico como fin último; es inevitable que se puedan extraer de ella lecciones para operaciones militares, pues, como decía Roberto Arancibia Clavel, “Lo que pasó ayer nos sirve para entender el hoy y proyectarnos al mañana”<sup>25</sup>, siempre y cuando se tenga en cuenta sus limitaciones.



#### IV. Marco Conceptual

En cuanto a los conceptos fundamentales para el desarrollo de esta investigación, y dado el carácter militar tanto en la perspectiva de estudio como en la temática en cuestión, se ligan de forma directa a las labores de armas. Para este caso se han tomado en cuenta tres de ellos, siendo el primero el de la *Táctica*, en contraposición y relación al de la estrategia; la *Guerra de Maniobras* y, finalmente, la noción de *Defensa Móvil*. El concepto de Táctica contribuirá a estudiar el combate y los factores que en él inciden. Por su parte, el referente a la Guerra de Maniobras visibilizará los elementos y dinámicas internas del estilo de ofensiva optada por las Fuerzas Armadas Peruanas y que caería sobre Arica, además de limitarnos al período histórico en que se han utilizado (fin de la Segunda Guerra Mundial y Guerra Fría) y las visiones de quienes las han empleado. Finalmente, el concepto de Defensa móvil realizará la misma labor respecto a al método de defensa, recursos y capacidad y situación crítica de las fuerzas chilenas a lo largo de la primera mitad de la década de 1970, uno alejado de la defensa tradicional y que pasaría a ser una alternativa viable y de un alto riesgo.

El primer concepto fundamental a la hora de responder a la pregunta antes planteada es el principio de la Táctica. Desde un comienzo, es algo indudable que la función militar,

---

<sup>24</sup> Roberto ARANCIBIA CLAVEL: “El Concepto de Historia Militar”, p. 29.

<sup>25</sup> Roberto ARANCIBIA CLAVEL: “La Importancia del Estudio de la Historia Militar para los Oficiales del Ejército”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°484, agosto de 2010, p. 148.

desde su origen hasta nuestros días, tiene un claro y marcado carácter táctico<sup>26</sup>. Sin embargo, muchos tratadistas e historiadores militares se han inclinado por tomar tal concepto como un sinónimo de lo que podríamos denominar estrategia, incluso hay muchos que “*asocian el adjetivo estratégico con la variable tiempo. Si algo es estratégico, es porque pertenece al largo plazo. Otros asocian el adjetivo estratégico a las magnitudes: si es voluminoso, es estratégico; si es pequeño es táctico. Estas son interpretaciones vulgares*”<sup>27</sup>. Es menester aclarar su diferencia y relación.

Para esto último, es preciso recurrir a la definición entregada por el teórico prusiano de la guerra Carl Von Clausewitz, dado que es él quien hace una clara distinción entre lo que se refiere a la estrategia como tal y lo que, por otro lado, concierne a la táctica. Es en su extensa obra titulada *Vom Kriege*<sup>28</sup> en la que comienza por hacer una distinción en lo que se refiere a los sentidos del arte de la guerra, ya que, en el sentido estricto, éste “será pues el arte de servirse de los medios dados en la lucha, y no podríamos denominarlo mejor que con el término dirección de la guerra”<sup>29</sup>. Por otro lado, el arte de la guerra, en su sentido más amplio, corresponde a todas las actividades ligadas a ella, desde el reclutamiento de las tropas hasta la preparación de estas. Así, haciendo hincapié en su sentido más estricto, se puede considerar que la guerra es la ordenación y dirección de la lucha, pero esta lucha no corresponde a un acto aislado, sino a un conjunto de actos individuales y completos en sí mismos, esto es a lo que llamamos combates.

Es en este punto donde diferenciamos lo táctico de lo estratégico, dado que esta última corresponde a la “actividad, completamente distinta, de ordenar en sí y dirigir esos combates y vincularlos entre sí para los fines de la guerra”<sup>30</sup>. Lo primero es lo que llamaremos táctica, mientras que lo segundo corresponde a la estrategia. En otras palabras, “*Clausewitz [...] llamó ‘táctica’ a los enfrentamientos y ‘estrategia’ al uso del resultado de esos enfrentamientos, para obtener el fin de la guerra*”<sup>31</sup>, o como lo diría Liddell Hart, la estrategia “establece el plan de guerra, trata el curso de las distintas campañas que la componen y regula las batallas que han librarse en cada una”<sup>32</sup>.

Ideas muy similares a lo presentado por el general suizo Antoine-Henri Jomini en su *Précis de l'Art de la Guerre: Des Principales Combinaisons de la Stratégie, de la Grande Tactique et de la Politique Militaire* (1938), en la que divide al Arte de la Guerra en cinco partes: Estrategia, Gran Táctica, Logística, Táctica de las distintas tropas y el Arte de la Ingeniería. En este caso, “*grand tactics decides the manner of execution and the employment of the troops. Tactics of the different arms deals with integrating the infantry, artillery, and cavalry while the art of the engineer concerns the attack and defense of fortifications*”<sup>33</sup>. Sin

---

<sup>26</sup> Felipe QUERO RODILES: “Doctrina y Táctica”, en *Revista Ejército*, Año LXXIV, n° 866, mayo del 2013, p. 9.

<sup>27</sup> Christian BOLÍVAR ROMERO; Rodolfo ORTEGA PRADO: “Historia militar y pensamiento estratégico”, en *MILITARY REVIEW*, Tomo 70, n°5, Septiembre-Octubre 2015, p. 67.

<sup>28</sup> Publicada de forma póstuma en 1832 por su esposa, Marie von Brühl.

<sup>29</sup> Carl VON CLAUSEWITZ: *De la Guerra*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, p. 80.

<sup>30</sup> Idem.

<sup>31</sup> Christian BOLÍVAR ROMERO; Rodolfo ORTEGA PRADO: *Op. Cit.*, p. 67.

<sup>32</sup> B. H. LIDDELL HART: *La Estrategia de Aproximación Indirecta (Las Guerras Decisivas de la Historia)*, Iberia-Joaquín Gil Editores, Barcelona, 1946, p. 200.

<sup>33</sup> “Las grandes tácticas deciden la forma de ejecución y el empleo de las tropas. La táctica de las diferentes armas trata de integrar la infantería, la artillería y la caballería, mientras que el arte del ingeniero se refiere al ataque y defensa de las fortificaciones”. Francis S. JONES: *Analysis and comparison of the ideas and later*

embargo, si nos seguimos apegando a la definición entregada por el teórico prusiano, la táctica englobaría a cuatro de los cinco principios propuestos por Jomini.

Es así, como a lo largo de esta investigación, se entenderá como táctica a “la doctrina del uso de las fuerzas armadas en el combate”<sup>34</sup>; únicamente a su uso. Como el ‘arte de disponer, mover y emplear las tropas sobre el campo de batalla con orden, rapidez y recíproca protección, teniendo en cuenta: misión, terreno, enemigo y medios propios’<sup>35</sup>. La táctica militar no se debe entender como algo ajeno al combate, pues de él depende. Aunque esto no excluye a otras actividades concernientes al enfrentamiento como lo son las marchas, acampadas, acuartelamientos, relación con el elemento civil, lo moral, el día a día y disposición; aunque claro, siempre y cuando éstas refieran a la forma en la que se emplearán las fuerzas combativas para la batalla, sin importar la magnitud de las unidades que la lleven a cabo.

Este uso de las fuerzas para el combate se verá condicionado por diversos factores que la harán maleable de acuerdo con la situación que se presente, factores como la geografía, el clima, la disposición moral de las tropas, la capacidad de mando e, incluso, la hora del día<sup>36</sup>; sin embargo, algunos han pasado por alto que la táctica también ha estado sujeta a factores no tan “racionales”, pues la percepción de la situación también dependerá la imagen que se genere del “otro”, del enemigo. En este caso, una imagen altamente influenciada por el factor histórico, muchas veces completamente distante de la realidad, pero que para la sociedad en la que se genera llega a tener sentido y logra explicar determinadas situaciones. Para ambos casos, tanto chileno como peruano, la cuestión aplica de la misma manera, pues común es la imagen del chileno “invasor y expansionista” y la del peruano “revanchista y ansioso de venganza”, cada uno con el fin de deshumanizar al enemigo.

Así, en este punto y como elemento esencial del combate en sí mismo, se entiende que en toda guerra se llegue a producir una idealización funcional de las razones propias y motivaciones, a la vez que se atribuyen al “otro”, a quien se combate, todos los defectos posibles. “Aquellos discursos forjados en el contexto bélico donde se incorporan declaraciones sobre la inferioridad y maldad del enemigo a quien se combate para legitimar la causa propia. [...] apela a un caudal de mitos inspiradores e imágenes comunes, muchas de estas tomadas de conflictos y batallas previas, que refrendan la idea de nación como comunidad con destino”<sup>37</sup>. Demás está decir que tales imágenes y percepciones influyen de una manera notable en los enfrentamientos.

Además de estar sometida a los vaivenes de la naturaleza, la táctica también se verá sujeta a la Doctrina, la cual enuncia las pautas a las cuales se deberán apegar los ejércitos: ordena el combate y las actividades ligadas a él. Por esto, la doctrina va estrictamente ligada al arte de combatir y precisa un conocimiento extraído a partir de las lecciones de la historia militar y las costumbres de la guerra; en otras palabras, esta doctrina va de la mano de la experiencia histórica de las fuerzas combativas de cada nación, de los motivos que le han

---

*influences of Henri Jomini and Carl Von Clausewitz*, Air Command and Staff College Air University, Maxwell, 1985, p. 13.

<sup>34</sup> Carl VON CLAUSEWITZ: *Op. Cit.*, p. 81.

<sup>35</sup> ESTADO MAYOR CENTRAL: *Reglamento táctico de Infantería, Ministerio del Ejército. Tomo I, 1955*, citado por Felipe QUERO RODILES: *Op. Cit.*, p. 9.

<sup>36</sup> Véase las nueve variables, las marchas y las nueve variedades de terreno en Sun TZU: *El Arte de la Guerra*, Bogotá, Panamericana, 2013.

<sup>37</sup> Gabriel CID RODRÍGUEZ: *Op. Cit.*, p. 103.

guiado a tomar ciertas acciones por sobre otras o, derechamente, inclinarse sobre ciertos parámetros.

También es menester tener en cuenta los medios para el combate, dado que son ellos los que, a través de la historia, se fueron configurando por las demandas de la batalla, asentándose como estructuras tácticas que, por medio de una acción combinada, hacían posible la victoria por sobre el enemigo:

Sumeria, en la época del combate en las distancias muy cortas, de la lucha cuerpo a cuerpo, creó una estructura especializada que, con el tiempo, se denominó Infantería. Los persas sintieron la necesidad de la rapidez en el combate y utilizaron el caballo, lo que dio lugar a una estructura especializada en la velocidad que, con el tiempo, se denominó Caballería. La pólvora hizo posible la creación de las armas de fuego que, superando el efecto de las máquinas de guerra medievales, inició la destrucción a distancia y dio lugar a la aparición de la que se denominó Artillería. Y finalmente, la necesidad de protección, de dar paso a las unidades propias y dificultar el de las del enemigo, dio lugar a la estructura especializada en el obstáculo y la fortificación, los Ingenieros o Zapadores<sup>38</sup>.

Estas especificaciones del combate hicieron florecer características tácticas para cada una de las unidades del ejército, imprimiendo a tales unidades de una dimensión especial dentro del conjunto de las demás fuerzas armadas. Cada unidad armada cumple un rol dentro de la fuerza combativa, pero que a la vez sirve al propósito de dar la victoria al mismo.

De esta manera, tendremos por táctica lo referente al combate y todos los elementos que puedan llegar a influir en él, desde los factores más técnicos hasta aquellos “irracionales” propios de las relaciones entre los hombres y naciones que han llegado a consolidar una rivalidad por más de cien años. Ya en el caso de este estudio, este concepto se aplicará, obviamente, al análisis y descripción de los pormenores de los planes de invasión peruana al norte grande, sus objetivos y aspiraciones, así como los motivos por el cual los peruanos la emprenderían, lo que comúnmente se ha denominado “revanchismo”. También aplicará a los métodos de defensa adoptados en Arica y al ideal y percepciones de los ariqueños y militares chilenos apostados en el norte, los cuales se enfrentaban a aquel “histórico enemigo”.

En suma, lo que entenderemos aquí por táctica va más allá de los elementos técnicos, pues considera también las percepciones que los combatientes, tanto chilenos como peruanos, se hicieron antes del “enfrentamiento”, partiendo de cómo veían al “otro” (enemigo por combatir y vencer), al territorio que disputarían y el contexto en que lo harían (*ad portas* del centenario de la Guerra del Pacífico).

El segundo concepto corresponde al de Guerra de Maniobras. Si bien el concepto de Guerra Relámpago (*Blitzkrieg*) ha surgido como la mejor forma de explicar las tácticas de vehículos acorazados o, como también se le ha llamado, guerra acorazada; utilizarlo solamente sería limitar su espacio temporal y de aplicación al pasar por alto el modo general de hacer la guerra e invisibilizar un concepto que engloba a los demás y los inserta dentro de determinados parámetros. En este caso, nos referimos a la noción de Guerra de Maniobras, también conocida como Guerras de la Tercera Generación. Pero ¿cómo se podría definir la

---

<sup>38</sup> Felipe QUERO RODILES: *Op. Cit.*, p. 14.

guerra de maniobras? ¿Existe un solo método para llevarla a cabo a la perfección? Para ello es menester recurrir a los planteamientos de S. Lind, quien la definirá como la respuesta ante las guerras de Segunda Generación.

Algunos teóricos como Alvin y Heidi Toffler, en *Las Guerras del Futuro*, han sostenido que a partir de la Revolución Francesa y hasta el fin de la Primera Guerra Mundial<sup>39</sup> tuvo lugar una “segunda ola” en la Guerra; éstas serían guerras industriales entre ejércitos burocratizados, movilizando a miles en conflicto de masas y que pronto se benefició de las innovaciones tácticas, de las comunicaciones y de la tecnología<sup>40</sup>. Esta Guerra de Segunda Generación, que a su vez fue respuesta a la primera, surge como una contestación a la contradicción entre la cultura del orden y el ambiente militar que imperaba hasta ese tiempo, siendo los franceses en la Primera Guerra Mundial los primeros en aplicarla. Se buscaba una solución en la forma de potencia de fuego en masa, el cual era provisto por la artillería y más tarde por la increíble cadencia de fuego de las fuerzas aéreas. Ahora el objetivo era la atrición del enemigo, mientras que la doctrina fue descrita como ‘la artillería conquista, la infantería ocupa’<sup>41</sup>. Así, “*Attrition warfare emphasizes directly engaging the main body of the attacker’s forces and relying of fire power to wear down the opponent in a series of slugging matches*”<sup>42</sup>. De tal manera que la potencia de fuego controlada fue cuidadosamente sincronizada para el uso de la infantería en el campo de batalla; es más, infantes, tanques y artillería se movían al unísono en lo que pasaría a ser una orquesta dirigida por el comandante.

Así pues, este tipo de guerra se presentó como una preservación de la cultura del orden, dado que, dentro de su estructura, la obediencia se mostró mucho más importante que la iniciativa, la cual era despreciada por poner en peligro la preciosa sincronización. Y aunque se tome como principal hito de su desuso al fin de la Primera Guerra, la teoría sigue en pie en ciertas academias militares, especialmente en Estados Unidos; tal como lo decía el instructor del Fuerte Knox en el Estado de Kentucky: ‘Yo no sé porque debo enseñarles todas estas antiguas e irrelevantes teorías francesas, pero tengo que hacerlo’<sup>43</sup>.

Es así como esta generación de la guerra puede definirse como una etapa de la guerra de masas, con un intenso desarrollo económico e industrial. La siderúrgica, las comunicaciones y el ferrocarril harán lo suyo. Como resultado, los grandes ejércitos, otrora cientos, ahora miles; requieren gran cantidad de recursos y efectivos, al igual que nuevas armas de gran potencia y alcance. En suma, “la ofensiva es el fuego que avanza y la defensiva el fuego que contiene”<sup>44</sup>, algo que desemboca en una guerra estática y de desgaste.

De tal manera, la guerra, al igual que todas las instituciones humanas, es un camaleón que se adapta al entorno, a las necesidades y medios de su tiempo. En este sentido, la guerra

---

<sup>39</sup> Véase en William S. LIND: *Maneuver Warfare Handbook*, Westview Special Studies in Military Affairs, Estados Unidos, 1985, p. 4.

<sup>40</sup> Federico Aznar FERNÁNDEZ-MONTESINOS; Andrés GONZÁLEZ MARTÍN: “Las Generaciones de Guerras. Guerras de Segunda y Tercer Generación (II)”, en *IEEE. Instituto Español de Estudios Estratégicos*, n°59, 2015, p. 2.

<sup>41</sup> William S. LIND: “Comprendiendo la Guerra de Cuarta Generación”, en *MILITARY REVIEW. Hispanoamericana. Revista profesional del Ejército de EE.UU.*, Vol. LXXXV, n°1, enero-febrero 2005, p. 13.

<sup>42</sup> “La guerra de desgaste enfatiza la participación directa del cuerpo principal de las fuerzas del atacante y la confianza del poder de fuego para desgastar al oponente en una serie de combates”. John J. MEARSHEIMER: “Maneuver. Mobile Defense, and NATO Central Front”, en *International Security*, Vol. 6, n°3, winter 1981-1982, p. 105.

<sup>43</sup> William S. LIND: “Comprendiendo la Guerra de Cuarta Generación”, p. 13.

<sup>44</sup> Federico AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS; Andrés GONZÁLEZ MARTÍN: “Las Generaciones de Guerras. Guerras de Segunda y Tercer Generación (II)”, p. 4.

está en un constante estado de mutación, pues, como decía Edward Luttwak, “la estrategia es paradójica ya que el fortalecimiento de un bando lleva al oponente a diseñar medios para tratar de derrotarle de otra manera, procediendo para que los recursos de aquel queden inoperantes”<sup>45</sup>. Es ante este escenario que surge la Guerra de Maniobras o de Tercera Generación, la cual ya no plantea como principio la potencia de fuego o la atrición, sino la sorpresa y la velocidad, la capacidad de distorsionar el estado mental y físico del enemigo; en síntesis, la Maniobra.

Fue William S. Lind fue uno de los pioneros en esquematizar los modos en que las sociedades han dirigido sus conflictos a lo largo de la historia, pero él no ha sido el primero en tratar las maniobras en la guerra, ni mucho menos el primero en hablar sobre ellas. Fue un militar chino del 500 a. C. quien tocó este tema en su obra que hasta el día de hoy muchos teóricos militares estudian hasta el detalle; en este caso, nos referimos al *Arte de la Guerra* de Sun Tzu. Si bien su obra se caracteriza por poseer un carácter ambiguo en ciertos aspectos, y en otros solo recalcar lo que el sentido común demanda (aunque esto muchas veces es pasado por alto, y solo es cosa de ver algunos de los desastres militares de la historia para dar cuenta de esto); ello no le quita el mérito de haber profundizado en una temática que cambiaría radicalmente la guerra a lo largo de los siglos. De hecho, es en el séptimo de sus capítulos, titulado “*las maniobras*”, donde toca este punto:

Nada es más difícil que el arte de la maniobra. Lo difícil es convertir la ruta desviada en la más directa, y transformar la desgracia en ventaja [...] De este modo marcha por una ruta indirecta, y distrae al enemigo seduciéndolo con algún señuelo. Con esto podrás comenzar el camino después de él, y llegar antes que él. Quien sea capaz de hacer esto entiende la estrategia de lo directo e indirecto<sup>46</sup>

El principio de lo inesperado está presente, lo mismo que el acercamiento indirecto; sin embargo, su carácter casi monográfico, sin un sustento epistemológico claro, impide llevar a cabo una teoría mucho más compleja de este tipo de guerras, quedando solo relegada al ámbito del sentido común.

Otro teórico que profundizará en esta materia será Antoine-Henri Jomini, general suizo al servicio del ejército francés en las Guerras Napoleónicas y que más tarde se pasaría al servicio del bando ruso. En su teoría, la ofensiva ocupaba un lugar privilegiado; de hecho, “*Since the art of war consists of throwing the bulk of one's army upon the decisive points, Jomini felt it necessary for one to take the initiative. Therefore, he believed that it was almost always advantageous to take the offensive*”<sup>47</sup>. Ello implicaba maniobrar a fin de hacer combatir las fuerzas principales con partes de las del enemigo, de una forma rápida, simultánea y sorpresiva. Empero, Jomini primaba la obtención del teatro de operaciones por sobre todo, incluso por el aniquilamiento o desgaste de la fuerza combativa enemiga. Ello podría llevar que la maniobra, caracterizada por su rapidez, quedase en nada al momento de

---

<sup>45</sup> Federico AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS: “Las Generaciones de Guerras. Guerras de Primera Generación (I)”, en *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, n°54, 2012, p. 2.

<sup>46</sup> SUN TZU: *Op. Cit.*, p. 146.

<sup>47</sup> “Como el arte de la guerra consiste en arrojar la mayor parte del ejército sobre los puntos decisivos, Jomini sintió que era necesario tomar la iniciativa. Por lo tanto, creía que casi siempre era ventajoso tomar la ofensiva”. Francis S. JONES: *Op. Cit.*, p. 13.

la ocupación de objetivos geográficos, pues de una guerra veloz, se pasaría a una estancada con los remanentes aún intactos de las fuerzas contrarias.

Por su parte, Clausewitz hablaba de los combates directos e indirectos, siendo estos últimos el camino a seguir, o como conductor, a la aniquilación de las fuerzas enemigas, “sin duda dando un rodeo, pero con tanta mayor violencia”<sup>48</sup>. En este caso, este tipo de aproximación corresponde más a una acción sobre los puntos vitales del enemigo, lo que en sí mismo engloba un concepto de maniobra estratégica que, empero, no merma la capacidad combativa del enemigo, y si lo llega a hacer lo hará de forma limitada. Y es que “La posesión de provincias, ciudades, fortalezas, carreteras, fuentes, almacenes, etc., puede ser la finalidad inmediata de un combate, pero nunca la última”<sup>49</sup>. En este caso, la aproximación indirecta solo viene a ser un complemento de la directa, la cual se saldaba con un combate cara a cara con el adversario. En suma, Clausewitz aún confiaba en la batalla decisiva.

Sin embargo, la concepción de maniobras fue profundizada muchísimo más por el capitán inglés B. H. Liddell Hart, quien lo desarrolló entre los años de 1925 y 1929 en su obra *The decisive Wars of History* (1929):

Liddell Hart ha desarrollado brillantemente una teoría de la ‘aproximación indirecta’ que considera como mejor estrategia. Esta, en el ámbito operativo militar, consiste en no ‘coger al toro por los cuernos’, o sea en no enfrentarse con el enemigo en una prueba de fuerza indirecta, sin antes abordarlo no haberlo desasosegado, sorprendido y desequilibrado mediante una aproximación imprevista, efectuada en direcciones desviadas<sup>50</sup>.

De hecho:

*Hart’s Indirect Approach was a reaction to the senseless slaughter of mass armies that he witnesses in WWI. He believed that there were options to the indirect approach of concentrating mass armies where the enemy expects them to be, and can resist them. Hart advocated subduing the enemy’s will to resist and restoring peace as quickly as possible with the least human and economic cost*<sup>51</sup>.

Esta teoría implicaba una irrupción psicológica y moral, de igual importancia que las condiciones físicas, por lo que al momento de penetrar en las líneas enemigas usando el principio de la maniobra, y a través de la disrupción y dislocación, el enemigo caería tanto moral como físicamente. No obstante, “*He never ruled out decisive battles, but talked of quick, limited victories, pitting mass against the enemy’s weaknesses*”<sup>52</sup>. Y si bien sus

---

<sup>48</sup> Carl VON CLAUSEWITZ: *Op. Cit.*, p. 144.

<sup>49</sup> Idem.

<sup>50</sup> André BEAUFRE; *Introducción a la Estrategia*, República Bolivariana de Venezuela. Ministerio de la Defensa, Caracas, 2012, p. 89.

<sup>51</sup> “El enfoque indirecto de Hart fue una reacción a la matanza sin sentido de ejércitos masivos de los que es testigo en la Primera Guerra Mundial. Él creía que había opciones para el enfoque indirecto de concentrar ejércitos de masas donde el enemigo espera estar, y puede resistirlos. Hart abogó por someter la voluntad del enemigo a resistir y restaurar la paz lo más rápido posible con el menor costo humano y económico”. Anna NATSIS: *Sir Basil H. Liddell Hart and the Gulf War*, National Defense University Library. Special Collections, Washington, 1993, p. 4.

<sup>52</sup> Idem.

principios fueron casi revolucionarios para la guerra de la época, y su pensamiento fue profundamente estudiado, no por ello fueron aceptados por el Ejército Británico; es más, fueron sus enemigos, especialmente Heinz Guderian, quienes los aplicarían de una excelente manera en la *Blitzkrieg*.

Posteriormente fue el Mayor General Maj Kenneth F. McKenzie Jr. en su artículo “*On the Verge of a New Era*” (1993) que capta parte de la historia de la larga lucha por la Guerra de Maniobras, estableciendo su punto de origen en la Guerra Árabe Israelí en 1973 y admitiendo que este conflicto hizo evidente el cambio dentro de las fuerzas armadas americanas. No obstante, es Michael D. Wyly quien afirma que McKenzie cae un error al admitir que las tácticas israelíes en los años 70 fueron el origen de la Guerra de Maniobra, puesto que el verdadero puntapié se dio en la Guerra de Vietnam en la década de los 60. Si bien en la práctica no existieron intentos oficiales por aplicar una doctrina fluida y de guerras rápidas, fue allí donde la oficialidad cayó en cuenta de la insuficiencia de seguir aplicando las viejas doctrinas rígidas y obsoletas. El mismo D. Wyly así lo establece:

*Our quest for a better way began in combat in Vietnam, as did our experiments with fluid tactics and high initiative at the lowest levels. The need for change was clearly visible at junior levels, among lieutenants, corporals, and sergeants, but often not so among the more senior. The problems in the years that followed were in getting the Corps' hierarchy to admit that change was needed and in developing an articulation of what those changes ought to be*<sup>53</sup>.

En esto último, solo será Lind quien, tomando las ideas del Coronel de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, John Boyd; verá a este tipo de guerra como un ciclo de continua repetición<sup>54</sup> y de aplicación, con procesos de observación y orientación, decisión y acción en el menor tiempo posible. Cada parte del conflicto o encuentro comienza con la observación: se observa a sí mismo, el entorno y el enemigo. Es bajo esta observación que se orienta, se hace una “imagen mental” de la situación, de sus ventajas y desventajas frente al adversario; y es precisamente sobre esta orientación que se toma una decisión. Ésta luego lleva a un efecto: el acto o el ataque consumado. Es un proceso de rápida determinación.

De manera que la maniobra, o la Guerra de Maniobras<sup>55</sup> en sí misma significa ser el más rápido en la observación, orientación, la decisión y la acción tantas veces como sea

---

<sup>53</sup> “Nuestra búsqueda de una mejor manera comenzó en el combate en Vietnam, al igual que nuestros experimentos con tácticas fluidas y alta iniciativa en los niveles más bajos. La necesidad de cambio era claramente visible en los niveles inferiores, entre los lugartenientes, los cabos y los sargentos, pero a menudo no lo era entre los más altos. Los problemas en los años siguientes fueron lograr que la jerarquía del Cuerpo admitiera que era necesario un cambio y desarrollar una articulación de lo que deberían ser esos cambios”. Michael D. WYLY: “Doctrinal Change: The Move to Maneuver Theory”, en *Marine Corps Gazette. Professional Journal of U. S. Marines*, Vol. 77, October 1993.

<sup>54</sup> A Este punto el mismo M. D. Wyly recalca la labor de W. S. Lind; de hecho, lo afirma de manera explícita: “*The truth is that both Lind and Boyd were a tremendous help to those of us who had experienced combat on the ground and sought a better way. First of all, it had gotten lonely within the Corps for those of us pressing for change. As civilians, they could bring pressures where we could not, finding ourselves at every turn "outranked."* Contacts outside the Corps helped to broaden our horizons beyond the Vietnam experience as well, which was important because it was predictable that the next war would not be Vietnam all over again, though it too, would call on us to break from our old doctrine”. Idem.

<sup>55</sup> William S. LIND; G. I. WILSON; Michael D. WYLY; B. E. TRAINOR: “The ‘maneuver Warfare’ Concept”, en *Marine Corps Gazette. Professional Journal of U. S. Marines*, Vol. 65, April 1981.

necesario para que el enemigo pierda su fuerza de cohesión, hasta que su capacidad como una fuerza organizada y efectiva esté por los suelos<sup>56</sup>. Es precisamente el introducir al enemigo en este interminable ciclo lo que lo hace caer en el pánico o quedarse pasivo ante la acción militar, lo que a su vez significa el derrotarle sin desmedro de las tropas propias. Y aunque el enemigo pueda seguir luchando como individuo y en pequeñas unidades, es una fuerza comparativamente fácil de dismantelar. Así, en palabras de Lind:

*The essence of maneuver warfare is its approach to tactics and operations. Rather than concentrating of formulas and checklist – with their inherent predictability – maneuver warfare emphasizes a thought process. It is a process of seeing your options, creating new options, and shifting rapidly among those options as the situation changes<sup>57</sup>.*

Aquel que sea capaz de observar, orientar, decidir y actuar más rápidamente que el oponente, terminará por sobrepasar al enemigo, logrando así que su acción sea completamente inapropiada a la situación que nuestras fuerzas le presentan. De esta manera, “seremos capaces de observar su decisión, analizarla, decidir qué hacer y actuar en consecuencia, y todo esto antes de que el enemigo haya conseguido llevar a la práctica su decisión”<sup>58</sup>. Cuando sea capaz de actuar, ya sería demasiado tarde. De esta manera, la parálisis y posterior colapso solo será cuestión de tiempo.

Sin embargo, al ser acciones rápidas, la Guerra de Maniobra precisa una organización y círculo de mando descentralizado, a fin de que las órdenes lleguen al estrato más bajo en el menor tiempo posible, cosa que sería casi imposible con una engorrosa cadena de mando. Ello conlleva, a su vez, que el orden en nuestras tropas sea algo escaso, situación que puede ser aprovechada, pues patrones recetas y fórmulas son evitadas, eludiendo la capacidad de predecir del enemigo<sup>59</sup>. Se rechazan a toda costa los esquemas fijos, cada esquema o patrón es incorrecto, ya que no hay dos situaciones iguales, pues la guerra conlleva lo que Clausewitz en su momento llamó “*Fricción*”. Es por lo mismo que esta teoría rechaza el aplicar una misma solución para dos problemas diferentes: aun cuando algo funcione la primera vez, ello no significa que lo hará una segunda.

Los ejércitos que precisa la Guerra de Maniobras se concentran en lo externo, en la situación imperante, en el enemigo y sus fuerzas, y en el resultado que necesita tal situación; mientras que lo interno, el proceso y métodos regulares para solventar tal escenario, es dejado de lado. De hecho, los alemanes, los principales promotores de este tipo de guerra, muchas veces recibían problemas que solo podían ser resueltos al desobedecer las órdenes de sus mayores, pues éstas solo especificaban el resultado deseado, pero no así el medio por el cual conseguirlo. La iniciativa propia de los generales fue mucho más importante que la obediencia, incluso se llegaban a tolerar los errores, pues éstos demostraban ser prueba de

---

<sup>56</sup> William S. LIND: *Maneuver Warfare Handbook*, pp. 5-6.

<sup>57</sup> “La esencia de la guerra de maniobras es su enfoque de tácticas y operaciones. En lugar de concentrarse en fórmulas y listas de verificación, con su previsibilidad inherente, la guerra de maniobras enfatiza un proceso de pensamiento. Es un proceso de ver sus opciones, crear nuevas opciones y cambiar rápidamente entre esas opciones a medida que cambia la situación. En última instancia, las tácticas en la guerra de maniobras requieren que usted "supere el ciclo de Boyd" al enemigo”. Ibidem, p. 23.

<sup>58</sup> José María PRATS MARÍ: “La Guerra de mando y control y la teoría del ‘Ooda Loop’”, en *Boletín de Información*, n°268, 2011, p. 37.

<sup>59</sup> William S. LIND: *Maneuver Warfare Handbook*, pp. 6-7.

un exceso de iniciativa en vez de una carencia de la misma. Tal fue la profundización en tales aspectos, que muchas veces se prefería dar la “orden tipo misión” antes que una orden a secas. De esta manera, “*The commander must anticipate battlefield chaos and be prepared to maneuver in spite of it. He must be able to mass und disperse his forces quickly and react rapidly to the changing situation*”<sup>60</sup>. El principio que regirá la Guerra de maniobra será “*The only formula for victory is to recognize there are no formulas*”.

Respecto a la táctica, no se plantea una línea en específico, puesto que cada acción dependerá del lugar, momento y enemigo que se tenga enfrente. Cada situación es diferente y cada enemigo se comporta de forma diferente:

*Czechs or North Koreans or Syrians fight differently from Soviets. One Soviets division or regiment or company Will fight differently from another. And the same enemy unit will fight differently on Thursday from the way it fought on Tuesday*<sup>61</sup>.

Incluso variará dependiendo de la técnica y educación de las tropas. Lo único estático que manejará Lind es el término alemán de *Schwerpunkt*, lo que viene a traducirse como “punto de esfuerzo principal” (*point of main effort*). Éste no solo es el ataque principal dirigido a los puntos débiles del enemigo, sino el factor que ordena y aúna los esfuerzos de todos los componentes de la fuerza de ataque. Así, citando a Lind:

*In maneuver warfare, you always try to avoid the enemy's strength and hurl your strength against his weaknesses. You want to use judo, not fight a boxing match*<sup>62</sup>.

Esta debilidad viene a ser una brecha física en la posición enemiga, “superficies y vacíos”, la cual es descubierta por una fuerza de reconocimiento, para más tarde ser explotada por la fuerza en su totalidad. Al dirigir todo el esfuerzo principal a las vulnerabilidades del adversario, se genera una reacción en cadena que afecta a los demás requerimientos críticos. Ello, finalmente, permite la captura, neutralización o destrucción del centro de gravedad del enemigo; no obstante, ello primero debe lograrse en el plano psicológico y físico, siempre priorizando el primero<sup>63</sup>, pues la guerra de maniobras, más que desafiar armas, desafía voluntades.

Las fuerzas combativas de la guerra de maniobras buscan “penetrar la retaguardia del enemigo y causar el derrumbamiento de este desde la retaguardia hacia el frente”<sup>64</sup>. No es cosa de “aproximarse y destruir” al adversario, sino que se trata de “sobrepasar y derrumbar” con ataque certero y eficaz. Mientras que, en la defensa, la táctica ideal era la de atraer al

---

<sup>60</sup> “El comandante debe anticipar el caos en el campo de batalla y estar preparado para maniobrar a pesar de ello. Debe poder concentrarse y dispersar sus fuerzas rápidamente y reaccionar rápidamente ante la situación cambiante”. William S. LIND; G. I. WILSON; Michael D. WYLY; B. E. TRAINOR: “The ‘maneuver Warfare’ Concept”, en *Marine Corps Gazette. Professional Journal of U. S. Marines*, Vol. 65, April 1981.

<sup>61</sup> “Los checos, los norcoreanos o los sirios luchan de manera diferente a los soviéticos. Una división, regimiento o compañía soviética luchará de manera diferente a otra. Y la misma unidad enemiga luchará de manera diferente el jueves de la forma en que luchó el martes”. William S. LIND: *Maneuver Warfare Handbook*, p. 12.

<sup>62</sup> “En la guerra de maniobras, siempre intentas evitar la fuerza del enemigo y lanzar tu fuerza contra sus debilidades. Quieres usar judo, no pelear una pelea de boxeo”. Ibidem, p. 18.

<sup>63</sup> Rubén SEGURA FLORES: *Op. Cit.*, p. 70.

<sup>64</sup> William S. LIND: “Comprendiendo la Guerra de Cuarta Generación”; *Op. Cit.*, p. 13.

enemigo a posiciones ventajosas para luego lanzar el contraataque cortando así sus líneas. De tal manera que este tipo de guerras deja de ser lineal, deja de ser una competencia de empujones en que las fuerzas beligerantes tratan de mantener o avanzar.

Movilidad y autodisciplina es lo que caracterizó a este tipo de guerra, y qué mejor herramienta para ello que los vehículos blindados. La mecanización de las Fuerzas Armadas permite un ritmo de maniobra intenso nunca visto hasta el momento, quizás solo por la caballería, haciendo posible el pasar de la defensiva a una devastadora ofensiva:

Se rompe el frente por sorpresa en un área pequeña y se penetra con velocidad destruyendo el dispositivo de defensa y haciendo saltar por los aires el ciclo de decisión del enemigo atacando sus cuarteles generales y de abastecimiento, que al replegarse llega siempre tarde a su nueva línea.<sup>65</sup>

Esta primera línea de carros acorazados avanza, incluso sin el preciado apoyo de las baterías de artillería, avanza raudo y sin descanso hasta aislar a la primera línea defensiva de sus puestos de mando y las posibles reservas que puedan ir en su auxilio; para seguir avanzando imparable a un ritmo mucho más alto que el de reacción de la fuerza contraria, al punto que la paralización invade a las líneas enemigas y, como consecuencia de ello, derrumbando una amplia porción del frente. En suma, es una batalla de profundidad, veloz y de amplias maniobras para guerras de corta duración, una guerra relámpago propia del escenario bipolar que dividía al mundo en dos.

Las operaciones se hacen mediante una fuerza abrumadora y decisiva, con el objetivo de vencer al adversario rápidamente, evitando a toda costa la prolongación del conflicto; pues de hacerlo, el desgaste para la fuerza atacante resultaría abrumador. Es una guerra limitada, pero que debe contar con el apoyo colectivo y un esfuerzo económico por parte del Estado por proveer a sus fuerzas de la más alta tecnología, la cual será la que realmente marcará la diferencia en el campo de batalla. No obstante, el concepto no es un esquema fijo de aplicación ni mucho menos determinista en cuanto a sus resultados: se acepta que no hay fórmulas, por lo que, al igual que la táctica en sí misma, la guerra de maniobras variará de acuerdo con las circunstancias y contexto, dependiendo enteramente de factores como el clima, la geografía, la hora, las fuerzas y la apreciación que se tenga del enemigo.

Finalmente, está la noción de Defensa Móvil. Ya se ha establecido una aproximación a lo que se entenderá, o se ha entendido a lo largo de este último tiempo entre los teóricos militares, por Guerra de Maniobras. Sin embargo, en este punto urge aclarar un aspecto que Lind trata en su *Manual de la Guerra de Maniobras*, aunque de una manera muy superficial: la defensa de una determinada posición. De hecho, lo ejemplifica con la situación alemana en la campaña de 1916-17:

*Suring the Winter of 1916-17, the Germans abandoned what we think of as the classic First World War defense, where men were closely packed into trenches and fought to hold every inch of ground. Instead, they adopted an elastic defense in depth, a defense that reflected maneuver warfare. [...] The Allied advance would first encounter resistance from pockets of German survivors in shell holes. Having been concealed from aerial observation, units positioned on the reverse slope would then open fire unexpectedly. The Allies*

---

<sup>65</sup> Federico Aznar FERNÁNDEZ-MONTESINOS; Andrés GONZÁLEZ MARTÍN: *Op. Cit.*, p. 15.

*would also encounter fortified strongpoints ... built to provide for all-around defense and they engaged the attackers, whenever possible, with devastating enfilade fire. The strongpoints would remain fighting even if cut off by the enemy advance*<sup>66</sup>.

En primera instancia, una defensa significa un conjunto determinado de acciones en la cual se espera a un enemigo superior, especial numéricamente, maniobrando para rechazarlo y creando condiciones favorables para desgastarlo y desorganizarlo. Se trata de resistir al ataque, conservando el terreno o posición en la cual el Comando ha resuelto romper la ofensiva enemiga<sup>67</sup>. Resumiendo, y en palabras de Clausewitz, la defensa no es más que el “rechazo de un golpe”, un golpe que se espera, mientras que su finalidad es la de “conservar” en contraposición a la de “Conquistar” del ataque<sup>68</sup>. La diferencia entre las dos actitudes defensivas que antes se han mencionado recaen en la disposición de las fuerzas y el procedimiento a seguir para actuar contra la ofensiva del adversario<sup>69</sup>.

Es en este punto que se distinguen dos tipos de defensa: la inmóvil, característica de la Primera Guerra, y la defensa elástica, también llamada defensa móvil, capaz de frenar la más poderosa ofensiva enemiga. Es el Teniente Coronel Alberto Polloni Roldán en su obra *Las Fuerzas Armadas de Chile en la Vida Nacional* (1972) quien realiza una distinción entre ambos tipos de actitud frente al enemigo. Siendo este el caso, respecto al primer tipo de acción defensiva, también llamada “defensa tenaz”, corresponde al férreo mantenimiento de una determinada posición, en que la masa de combatientes propios es ubicada en un terreno ancho y de profundidad. Clausewitz lo define de la siguiente manera:

El defensor espera al atacante en una posición, ha escogido y dispuesto para una región adecuada, es decir, la ha examinado con precisión, ha cavado buenas trincheras en unos cuantos de los puntos más importantes, abierto y allanado vías de comunicación, instalado baterías, fortificado pueblos y escogido lugares adecuados para disponer ocultas sus masas, etc.<sup>70</sup>

No obstante, este tipo de defensa muchas veces conlleva al inmovilismo de la fuerza protectora del punto determinado, una actitud estática en la que se espera aguantar el embate del adversario, enfrentando fuego contra fuego en una determinada línea. Como una unidad de piqueros en formación de falange que cara a cara hace frente a las tropas enemigas, y que envía refuerzos allí donde la posición de las picas comienza a flaquear. Una defensa hasta

---

<sup>66</sup> “Durante el invierno de 1916-17, los alemanes abandonaron lo que pensamos como la defensa clásica de la Primera Guerra Mundial, donde los hombres estaban muy apretados en trincheras y luchaban por mantener cada centímetro de terreno. En cambio, adoptaron una defensa elástica en profundidad, una defensa que reflejaba la guerra de maniobras. [...] El avance aliado primero encontraría resistencia de los bolsillos de los sobrevivientes alemanes en los agujeros de los proyectiles. Después de haberse ocultado de la observación aérea, las unidades ubicadas en la pendiente inversa abrirían fuego inesperadamente. Los Aliados también se encontrarían con puntos fuertes fortificados ... construidos para proporcionar una defensa completa y se enfrentaron a los atacantes, siempre que sea posible, con un devastador fuego de enfilada. Los puntos fuertes seguirían luchando incluso si el avance enemigo los cortara”. William S. LIND: *Maneuver Warfare Handbook*, pp. 9-10.

<sup>67</sup> Alberto POLLONI ROLDÁN: *Las Fuerzas Armadas de Chile en la Vida Nacional*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1972, p. 144.

<sup>68</sup> Carl VON CLAUSEWITZ: *Op. Cit.*, pp. 353-354.

<sup>69</sup> René SAGREDO S.: “La Defensa Móvil”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XLIX, n°270, 1956, p. 10.

<sup>70</sup> Carl VON CLAUSEWITZ: *Op. Cit.*, p. 396.

que el último cartucho sea disparado, y en la que “*Resultará vencedor el que resista más y posea una moral más elevada*”<sup>71</sup>.

Mientras en la defensa tenaz la disposición táctica de las tropas no iba más allá de auxiliar ciertas zonas en las que se abrieran brechas en las líneas, en cuanto a la defensa móvil la cosa es diferente. Este tipo de actitud es adoptada, según lo especifica el Tte. Coronel René Sagredo S., cuando el objetivo permite que el combate sea realizado en una posición o zona profunda, o sea, que no exige que el terreno delantero sea mantenido; también aplica cuando el terreno a defender no es el más óptimo para ser protegido; o cuando el territorio por proteger es mucho más amplio que las fuerzas disponibles<sup>72</sup>. Por lo cual se intenta aprovechar el desgaste enemigo al intentar penetrar en una posición de profundidad mediante una contraofensiva. De tal manera “*defense is elastic and not brittle*”<sup>73</sup> (La defensa es elástica y no quebradiza). En suma, este tipo de actitud podría ser catalogada como una defensa altamente ofensiva, en la cual se le entrega deliberadamente terreno al adversario, atrayéndolo a un terreno y situación táctica ventajosa<sup>74</sup>. Por ende, tal terreno en el que se organizan los puntos de apoyo no debe ser vital, puesto que en una situación de extrema necesidad, el defensor debe estar dispuesto a cederlo todo o parte de él sin necesariamente comprometer el embate posterior de la defensa móvil. Así se expresa en el diario *Politika* de Belgrado de 1940: “El defensor sabe que hoy sus unidades no pueden resistir ni conservar las posiciones; ello constituye la obra de la infantería. Así, el defensor *dejará a las unidades blindadas avanzar*”<sup>75</sup>.

Dado que es el defensor quien elige el terreno del combate, se esperará que se saque la mayor ventaja posible para aumentar la potencia combativa de las fuerzas propias; por lo que se espera que el reconocimiento del área en específico sea completo, a tal punto se abarcarán aspectos como: la zona que ocupará la posición defensiva y su delimitación; puntos de importancia táctica dentro de dicha zona; la ubicación de la reserva y las rutas más apropiadas con las cuales recurrir a las zonas de penetración; la posible posición de ataque y, presumiblemente, donde dejará caer su punto de máximo esfuerzo; y, finalmente, los probables puntos de captura u objetivos del enemigo dentro de la zona defendida.

En la defensa móvil, las fuerzas se dividen en dos grupos: una masa de las fuerzas que forman *la reserva* y el resto que constituye una *posición defensiva adelantada*. Por su parte, la posición de guardar a toda costa el terreno recaerá en la *Posición Defensiva Adelantada*, la cual, más que ser una línea estática, consiste en una serie de núcleos (o puntos de resistencia), distribuidos a lo largo del terreno, a lo ancho y profundo, y ubicados en los mayores puntos de importancia táctica para las fuerzas protectoras. Es sobre ellos que caerá todo el poderío de fuego enemigo, por lo cual deben estar preparados para una acción prolongada y avasalladora<sup>76</sup>, pues deberían ser capaces de guardar su emplazamiento aun cuando los enemigos hayan abierto brecha en las defensas.

Ahora el objetivo no es detener al enemigo, sino buscar el desgaste, así como mantener ciertos puntos vitales el máximo tiempo posible, así como detener o encausar el

---

<sup>71</sup> Estéban IVOVICH (trad.): “Medios de defensa de los países pequeños atacados por grandes potencias. Lucha contra las unidades blindadas”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XXXIII, n°167, 1940, pp. 279-281.

<sup>72</sup> René SAGREDO S.: *Op. Cit.*, p. 11.

<sup>73</sup> John J. MEARSHEIMER: *Op. Cit.*, p. 106.

<sup>74</sup> Ramón VALDÉS MARTÍNEZ: “La Defensa Móvil por los Blindados”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año LII, n°288, 1959, p. 7.

<sup>75</sup> Estéban IVOVICH: *Op. Cit.*, p. 279.

<sup>76</sup> René SAGREDO S.: *Op. Cit.*, p. 11.

ataque a ciertas zonas en las que, en un futuro, se empleará la reserva. Al igual que en el modelo defensivo anterior, ello lo logrará con el empleo de obstáculos artificiales como alambrados, trincheras, barricadas y obstrucciones con un determinado fin retardante y desgastador. A ello se le suma la disponibilidad de recursos para cada posición fuerte, variando de acuerdo con la tarea asignada o la importancia del punto a defender, por lo cual algunas veces deberán ser socorridas por patrullas. Con ello se espera que las tropas atacantes se dirijan a un determinado punto prefijado por los defensores, un terreno favorable que los exponga y haga vulnerables a la posición ofensiva adoptada por los otrora defensores<sup>77</sup>. Así, como lo diría B. H. Liddell Hart: “La forma más efectiva de la aproximación indirecta es la que hace dar al adversario un paso en falso, de manera que, como en el jiu-jitsu, su propio esfuerzo contribuya a derribarlo”<sup>78</sup>. De esta forma, Hart describió de perfecta manera el fundamento principal que guía la Defensa Móvil.

Incluso cuando este tipo de defensa está especialmente ideado para rechazar una ofensiva propia de la guerra de maniobras, toma algunos elementos propios de ella. Es más, tomando como base el *Auftragstaktik*, cada punto de apoyo o núcleo establecerá su seguridad inmediata como lo estime necesario de acuerdo con la situación y los medios disponibles. Se prescindirá de todo esquema.

En cuanto a la *Reserva*, o fuerza de choque, es la que cumple el rol de fuerza principal en esta actitud, compuestas, en su mayoría, por tropas de alta movilidad, siendo muchas veces mecanizadas. De hecho, es el Tte. Coronel Ramón Valdés Martínez quien afirma: “puede decirse que la defensa de una posición es característica de la infantería, mientras que la defensa móvil es característica del arma blindada”<sup>79</sup>. “Su misión es destruir o rechazar al enemigo, que ha penetrado, por medio de un contraataque lanzado en el momento y lugar elegido por el comandante de las tropas”<sup>80</sup>. De igual manera, se espera que las posiciones defensivas contribuyan al contraataque.

El ataque de esta fuerza de choque es la acción más fuerte y decisiva de cualquier defensa móvil, si por algún motivo el movimiento de esta fuerza es dificultado por el terreno, por las condiciones climáticas o por una determinada situación táctica, el éxito será algo nublado y probablemente inalcanzable. Por tal situación, la victoria de estas maniobras recae en la capacidad de movimiento y versatilidad de la fuerza de choque, “de tal modo que pueda tomar al adversario de sorpresa y golpearlo con la velocidad del rayo en un lugar y a una hora inesperada”<sup>81</sup>.

Y es que avanzando los enemigos a través de la zona de combate se han convertido en un blanco para el contraataque liderado por tropas móviles y apoyadas por el constante fuego de artillería, quienes aprovechan la confusión y desorden impidiendo así que el adversario consolide una posición fuerte desde la cual lanzar una nueva ofensiva. De esta manera, la defensa asumía un carácter muy agresivo y potencialmente ofensivo. Así lo asume el Mayor Robert J. Hoffman, al afirmar que este tipo de acción corresponde ‘*defensive-offensive action*’<sup>82</sup>, pues:

---

<sup>77</sup> Alberto POLLONI ROLDÁN: *Op. Cit.*, p. 144.

<sup>78</sup> B. H. LIDELL HART: *Op. Cit.*, p. 198.

<sup>79</sup> Ramón VALDÉS MARTÍNEZ: *Op. Cit.*, p. 8.

<sup>80</sup> René SAGREDO S.: *Op. Cit.*, p. 12.

<sup>81</sup> Ramón VALDÉS MARTÍNEZ: *Op. Cit.*, p. 10.

<sup>82</sup> Robert J. HOFFMAN: “Mobile Defense”, en *MILITARY REVIEW*, Vol. XXXI, n°2, May 1951, p. 48.

*In mobile defense, the vigorous and aggressive employment of the reserves is essential. The key to a successful mobile defense is the ability to launch a successful counterattack. In a mobile defense, as in a position-type defense, counterattacks are launched to restore the battle position and cut off and destroy the enemy's penetrating forces*<sup>83</sup>.

Pese a ser una buena manera de hacer frente a una táctica de maniobras, la Defensa Móvil, y tomando los postulados de John J. Mearsheimer, resulta ser una estrategia de alto riesgo para las fuerzas defensoras. En primer lugar, la tarea del defensor es más que exigente, cosa que no le deja margen para el error. Por otro lado, el contrataque se realiza con una pequeña porción de fuerzas propias, siendo en este caso la reserva muy inferior en número a los atacantes, incluso cuando éstos han sido desgastados a través de su continuo avance. Y es que, si incluso el enemigo logra llegar con una fuerza más o menos reducida, aún queda la tarea de localizar la vulnerabilidad del enemigo y evitar que éste siga penetrando nuestras posiciones. Finalmente, considerar que el enemigo seguirá avanzando a ciegas a través de los puntos fuertes sería subestimar su capacidad, dado que lo más probable es que cuide de sus flancos ante un posible contrataque. De tal manera, que “*Such a strategy leaves no room for second chances*”<sup>84</sup>.

\*\*\*

## V. Hipótesis

Sería en Arica donde el Ejército Chileno, en el período estudiado (1973-1976), esperaba una ofensiva peruana al puro estilo de la Guerra Relámpago, golpeando con toda su superioridad técnica y material. Aquello era lo que informaban los reportes de inteligencia y los constantes rumores en la frontera, los que sostenían que el Perú emprendería una ofensiva con tal de recuperar los territorios perdidos en la Guerra del Pacífico. Sin embargo, y viendo más allá de la perspectiva tradicional, surgen las interrogantes acerca de cómo se desarrollaría la defensa de Arica en el temido “Día D”, en el que una ofensiva de blindados y paracaidistas peruanos caería sobre la espalda de la ciudad; y, aún más importante, cuál fue el rol de la ciudad en esta posible guerra.

Ante ello, sostenemos que Arica cumpliría un rol activo en el posible conflicto, siendo la primera línea de defensa chilena en el norte ante una eventual ofensiva peruana en 1975, en que tantos civiles y militares participarían de forma activa debido a la escasez de recursos por parte de Chile.

Es mediante esta hipótesis que pretendemos corroborar cual sería el verdadero rol defensivo de la ciudad de Arica en la crisis, la percepción del ambiente prebélico en la población civil y como ello, finalmente, se condeciría con lo informado por la prensa local y nacional.

\*\*\*

---

<sup>83</sup> “En defensa móvil, el empleo vigoroso y agresivo de las reservas es esencial. La clave para una defensa móvil exitosa es la capacidad de lanzar un contrataque exitoso. En una defensa móvil, como en una defensa de tipo de posición, se lanzan contrataques para restaurar la posición de batalla y cortar y destruir las fuerzas penetrantes del enemigo”. Ibidem, p. 56.

<sup>84</sup> John J. MEARSHEIMER: *Op. Cit.*, p. 111.

## VI. Objetivos

### General:

- Analizar la defensa militar de Arica a lo largo de 1975, considerando los aspectos tácticos y la percepción de esta crisis tanto por parte de los militares (chilenos y peruanos) como de los civiles.

### Específicos:

- Relacionar la situación de Arica con la histórica rivalidad chileno-peruana, desde sus inicios hasta converger en la tensa década de 1970.
- Explicar cómo la situación interna y externa de los gobiernos chilenos de Frei, Allende y Pinochet influyó en la apreciación que los gobiernos de Belaúnde y Velasco tenían de Chile y viceversa.
- Describir las fuerzas combativas de los actores beligerantes (Chile y Perú), su armamento y medios para una posible confrontación, además de la percepción hacia el “enemigo histórico”.
- Analizar el plan de ataque e invasión peruano a Chile y los preparativos para la defensa de la ciudad de Arica por parte del Ejército y población civil.
- Evaluar el impacto de las operaciones militares en la cotidianeidad de los militares y la población civil ariqueña, la significación que para ellos tuvo y la influencia en la posterior crisis de 1978.
- Evidenciar que la tensión con el Perú va en declive al terminar la década de 1970, específicamente cuando se produce el giro hacia las tensiones con Argentina en la crisis del Beagle.



## VII. Metodología

Según la problemática planteada, se realizará una investigación de carácter cualitativo desde el enfoque de la Historia Militar considerando el elemento cultural mediante fuentes documentales sobradamente conocidas. Por su parte, el análisis se realizará mediante la metodología de análisis de batallas propuesta por el historiador Roberto Arancibia Clavel en su *Introducción a la Historia Militar*, la cual, tomando conceptos y pautas del Mando del Ejército de los Estados Unidos y la Escuela de Comando y Estado Mayor, procura un método de análisis sistemático que cubra todos los aspectos concernientes a una determinada batalla o enfrentamiento. De esta manera, esta metodología combina el método histórico, que no es otra cosa que la revisión, análisis y crítica de fuentes, con “la tradicional apreciación de la situación militar en el nivel estratégico y táctico”<sup>85</sup>. Este determinado proceso, considera un cuestionario de cinco puntos que asegura la profundidad del análisis a la hora de examinar los aspectos elegidos. Tales aspectos son: la Definición del Tema; el Panorama Estratégico; la Situación Táctica; la Descripción de la Acción y el Significado de la Acción.

El primer aspecto viene a definir qué encuentro o campaña se va a estudiar; mientras que en los tres siguientes se reúne la información necesaria a través de un profundo estudio que organiza de una forma lógica la información, con el único fin de facilitar el posterior

---

<sup>85</sup> Roberto ARANCIABIA CLAVEL: *Una Introducción a la Historia Militar*, p. 157.

análisis. El último aspecto consiste en establecer el impacto de la acción y las lecciones que de ella podemos desprender.

Para el panorama estratégico se determinan las causas del conflicto en el que se desarrolló (o desarrollaría) la batalla. En palabras de Arancibia Clavel, “Lo que aquí se considera son los aspectos más generales que implican los factores de poder de los Estados beligerantes, es decir, se coloca la batalla en un contexto”<sup>86</sup>, en uno muy amplio que establezca que la crisis no se fio por generación espontánea, sino que se remonta mucho más atrás. Terminada esta contextualización se hace necesario comparar a los antagonistas, haciendo especial énfasis en los factores políticos, religiosos, económicos, culturales y sociales que inciden en cada una de las fuerzas; los objetivos estratégicos nacionales; los sistemas militares de cada bando y el desempeño anterior de las fuerzas (cómo actuó cada actor en algún conflicto anterior y cuál era su percepción sobre el futuro actuar de sus fuerzas ¿esperaban obtener la victoria por su superioridad moral e histórica frente a aquellos pérfidos enemigos?).

Para este apartado consideraremos la prensa periódica chilena en el lapso que abarca desde 1973 hasta 1976. Para ello, se consultarán medios escritos tales como *El Mercurio*, *Revista Ercilla*, *Revista Chile Hoy*, *Revista Qué Pasa* y, en menor medida, el *Diario El Sur*, además de la selección de periódicos de la época digitalizados por la Universidad de Tarapacá. Todos ellos medios que nos permitirán recrear la imagen y percepción que los medios oficiales se hacían de la situación, las fuerzas armadas peruanas y la guerra que se pretendía llevar a cabo, además de visibilizar la psicosis de un posible enfrentamiento con el Perú a través de las noticias y reportajes plasmados en sus páginas.

También es en este punto donde las apreciaciones de observadores externos serán de extrema utilidad, ya que establecerán una visión de los hechos desde una óptica no tan sesgada y cargada de las imágenes y percepciones que un bando se hacía del otro. En este caso, nos referimos a las apreciaciones de los embajadores norteamericanos apostados tanto en Santiago, Lima y La Paz, los cuales han sido desclasificados por Wikileaks.

Sin embargo, a pesar de la variedad de fuentes de este tipo, es menester señalar una dificultad que limitará el trabajo de prospección: el silencio por parte de la prensa. La mayoría de los medios evitó referirse al tema por temor de acrecentar una polémica que de por sí ya era tensa o simplemente por la censura impuesta desde el gobierno. Es precisamente de este silencio que entrarán en juego las fuentes de carácter testimonial.

Finalizada la mirada estratégica, se pasa entonces al estudio de la situación táctica, que considera los detalles más bien técnicos que pueden influir de manera directa en un posible combate. Para este segundo aspecto se toman en cuenta elementos como la Fuerza y Composición; la Tecnología; Inteligencia; Liderazgo; Doctrina y Entrenamiento; Condición Moral de la Fuerza; Sistemas de Mando, Control y Comunicaciones; finalmente los Sistemas Logísticos y de Administración. No obstante, en este punto será menester considerar la percepción que las fuerzas armadas de cada bando hacían sobre sí mismo y el posible enemigo, haciendo especial énfasis en la apreciación del soldado peruano “revanchista” y del ejército chileno “jamás vencido”, elementos que a la hora de dirigir la defensa de Arica fueron más que determinantes.

Ya en la Descripción de la Acción se describe lo que pasó efectivamente durante la batalla, los momentos claves y los resultados del enfrentamiento. No obstante, como aquí no se realiza un análisis de una batalla que realmente ocurrió, se deben considerar los

---

<sup>86</sup> Ibidem, p. 159.

preparativos que para ella se tomaron. En este caso, se analizan los pormenores de la defensa chilena de Arica y los preparativos para la ofensiva peruana, aunque también, y aún más importantes, será preciso ver la situación en sí misma: desde el día a día de los hombres apostados en la frontera, la relación que mantuvieron con los civiles y aquel “enemigo” tras la frontera, las emociones y percepciones que éste último levantó en la ciudad de la Eterna Primavera y, finalmente, el rol de la prensa en los acontecimientos (de un medio censurado a uno capaz de levantar masas en contra del “invasor”). Esto nos conlleva a ver que la batalla, o la guerra en sí misma, no es solo el estrepitar de cañones y el sinfín de gestas heroicas, sino que muchas veces se convierte en un calvario en el cual, sin importar el bando, los marcará de por vida.

Para ello recurriremos a los testimonios de quienes fueron testigos y experimentaron la tensión, las dificultades y el miedo en la defensa de la ciudad norteña de primera mano (tanto civiles como militares), muchas veces creando imágenes que diferían enormemente respecto a las entregadas por los medios oficiales, en este caso la prensa. Aquí también se considerarán los testimonios del Alto Mando Peruano de la época, compilados por María del Pilar Tello, además de las entrevistas a dos personajes claves de la coyuntura de 1975: en primera instancia a Eloys Villacrez Riquelme (En *Defensa de la Patria*), quien dio a conocer los pormenores del plan de ataque peruano; y la realizada por el periódico *La Estrella de Arica* a Odlanier Mena, militar chileno encargado de la defensa de Arica. Todos estos testimonios permitirán recrear la experiencia en el frente, desde el día a día de los hombres, la vida cotidiana de militares y civiles por igual hasta la apreciación militar de los hechos.

Esto último conlleva al Significado de la Acción, en la que se combina el criterio táctico con el conocimiento histórico para sacar conclusiones del largo proceso, estableciendo el significado inmediato, a largo plazo y las lecciones militares aprendidas. ya en el último apartado, en vez de procurar ver las consecuencias a corto y largo plazo, puesto que al fin y al cabo se trata de analizar un conflicto y una batalla que nunca se dio; será preciso ver las consecuencias en quienes fueron partícipes de los hechos, la significación que para ellos tuvo y si, finalmente, la percepción del “otro” o del “enemigo” cambió al finalizar el período de mayor tensión.

Es mediante esta metodología que se puede analizar una batalla a fondo, “con bastante certeza [de] recrear con mucho detalle lo que realmente pasó en el campo de combate”<sup>87</sup>. Sin embargo, como lo dice el mismo autor, tales pautas no son un estanco rígido, sino que dependerá del investigador, la investigación, el conflicto y la época en que se realiza el estudio.

Así, por ejemplo, se procurará priorizar en el factor táctico elementos más de índole moral de las tropas y civiles más que solo los aspectos técnicos del armamento. Mientras que en la descripción de la Acción se describirán las medidas adoptadas por las fuerzas militares y civiles chilenas en las labores de defensa, el día a día de los hombres y la percepción de la situación más que el combate en sí mismo (combate que no se llegó a dar). De ahí que prioricemos ciertos elementos por sobre otros, pues, al fin y al cabo, no estamos estudiando una batalla que se dio, sino las medidas adoptadas y posturas frente a una que se daría.

\*\*\*

---

<sup>87</sup> Ibidem, p. 167.

## CAPÍTULO I: UNA DIFÍCIL RELACIÓN

### I. Chile y Perú: La Historia que nos Separa

*Y ¿saben Uds. Quiénes son esos hombres? Les diré. Esos son los que hace tres años han entrado al Perú a sangre y fuego. Son supaypa-huachashgan y es preciso exterminarlos. Esos hombres incendian los pueblos por donde pasan, rematan a los heridos, fusilan a los prisioneros, violan a las mujeres, ensartan en sus bayonetas a los niños [...] Les ha entrado la codicia por nuestras riquezas, porque saben que el Perú es muy rico y ellos muy pobres. Son unos piojos hambrientos.*  
(Enrique López Albújar, *El hombre de la bandera*)

*La saña de los cobardes asaltantes no tuvo el respeto que inspira un enemigo muerto, que por su inacción es incapaz de inspirarse de las profanaciones, si el estado moral del que las comete no se encuentra mas alto que el de las fieras [...] cuánta indignación encierra mi ánimo para con nuestros cobardes enemigos, que quisiera que se esterminasen para librar a la humanidad de semejantes mónstruos.*  
(General José Francisco Gana, refiriéndose al Combate de la Concepción, 1882)

Hablar de las relaciones de Chile con sus países vecinos nunca es tarea fácil, no solo por las cargas emocionales y celos que han impregnado tales instancias, sino también por el hecho que más de una vez alcanzaron el punto crítico en que un conflicto parecía inminente; en cambio, muchas otras desembocaron en terribles guerras. En esta ocasión no solo nos referimos a la crisis de 1974-1975, sino al hecho que marcó y ha marcado las relaciones chileno-peruanas hasta el día de hoy, pues ninguno de los actores olvida que en una ocasión los celos y desconfianzas mutuas escalaron al punto de desembocar en un conflicto armado: la Guerra del Pacífico, un punto de inflexión en la política exterior chilena con su contraparte peruana; no obstante, tal solo fue el punto de quiebre, la punta de la lanza, pues las relaciones ya venían tensándose desde hacía siglos.

Como lo diría Cristian Leyton Salas, la hostilidad que ha alimentado las tambaleantes relaciones entre chilenos y peruanos viene directamente condicionada por los hechos históricos, los que han marcado la imagen colectiva de la población de ambos países. Se puede apreciar, en términos generales, que la relación entre Chile y Perú ha sido, efectivamente, una de “adversarios hereditarios”. Una percepción que sin duda alguna se cristalizó a partir de los hechos de la Guerra del Pacífico, pero que, sin embargo, se ha venido arrastrando desde mucho antes y se ha mantenido en el tiempo como resultado de la instrumentalización por las clases dirigentes de ambas naciones<sup>88</sup>. Esto ha condicionado la conformación de una *Rivalidad Histórica*. Tal como lo dirían los generales Salgado Brocal y Izurieta Ferrer, esta percepción, muchas veces manifestada en el sentimiento patriótica, ha influido en la objetividad de la historia de Chile y Perú:

---

<sup>88</sup> Cristian LEYTON SALAS: *Op. Cit.*, p. 17-20.

Históricamente, las relaciones con el Perú no han sido fluidas, armoniosas, ni enriquecedoras. Desde el término de la Guerra del Pacífico hasta el presente, variadas circunstancias han contribuido a mantener en, en general, una frialdad en las relaciones bilaterales. Independiente de los tipos de gobierno que han coexistido o de las concordancias o discrepancias de sus orientaciones políticas e ideológicas, la existencia de ciertos factores negativos de carácter más bien permanente, ha dificultado el desarrollo de intereses compartidos de mutua conveniencia que propendan al establecimiento de lazos sólidos, estables y duraderos<sup>89</sup>.

Un elemento central de esta histórica hostilidad ha estado dado, principalmente, por la desconfianza respecto a las intenciones de ambos Estados. “Si para Chile las aprensiones provendrían de un nuevo tipo de *revanchisme*, como lo advertían los franceses respecto a la naciente y derrotada Alemania, para Perú la percepción de amenaza radicaría en el rechazo al mantenimiento de un *statu quo* territorial que le sería prohibitivo, así como una constante pérdida de influencia subregional en favor de Chile”<sup>90</sup>.

Si bien fue 1879 el año clave para el rumbo que las relaciones peruano-chileno tomarían en adelante, se debe considerar que éstas venían dadas desde muchísimo antes, particularmente con las gestas de conquistas que sentarían bases para la conformación futura de estos dos Estados. Ante ello, y guste a quien guste, Chile nació como una rama menor de la conquista del Perú: desde allí vinieron los primeros contingentes escuálidos que iniciaron la dominación hispana por estos lares. Ya en estas instancias surgían desavenencias entre los conquistadores, dado que, como lo ha dicho exageradamente Raúl Porras Barrenechea, “la guerra de las Salinas fue, en verdad, la primera guerra del Pacífico. Pizarro, quien murió asesinado en su palacio por “los de Chile” por no querer entregar la Nueva Toledo, murió en realidad defendiendo la integridad territorial del Perú”<sup>91</sup>.

Por su parte, los intentos de autonomía por parte de los de Chile no faltaron. Quizás los más famosos fueron los de Almagro y Valdivia, quienes no dudaron en emprender la conquista de tierras tan infamadas como las de Chile a fin de librarse del poder peruano. El accionar del primero se explica por los pocos frutos que pudo obtener de la pasada conquista del Perú y su creciente rivalidad con los Pizarro; por ello optaría por tener su propia gobernación. Sin embargo, al ser iletrado, Almagro no dejó documento escrito que explicara de forma explícita su plan para Chile, ni mucho menos la visión que de estos territorios tenía. Solamente es Fernández de Oviedo quien, con sumo detalle, establece que Almagro no solo sería un aventurero irresponsable, sino que tenía una visión y plan estratégico bien definido: “Para esta navegacion gastó el adelantado muchos pessos de oro, dando sueldos crecidos á pilotos escogidos é los más dietros que se hallaron de aquella mar austral. [...] para que si la tierra respondiese, como pensaban, fuese por el Estrecho de Fernando Magallanes á Castilla”<sup>92</sup>. Dada sus malas relaciones con Pizarro, Almagro se proponía escapar de su

---

<sup>89</sup> Juan C. SALGADO BROCAL; Óscar IZURIETA FERER: *Las relaciones Bilaterales Chileno-Peruanas Contemporáneas: Un enfoque realista*, Biblioteca Militar, Ejército de Chile, Santiago, 1992, p. 224. Citado por Rodolfo ORTEGA PRADO: “Perspectiva histórica del imaginario disociador Chile-Perú”, en *Memorial de Ejército de Chile*, n°483, 2009, p. 134.

<sup>90</sup> Cristian LEYTON SALAS: *Op. Cit.*, p. 81.

<sup>91</sup> Citado por Martín NIZAMA: “Perú-Chile: Síndrome Postbélico”, en *IIPSI*, Vol. 12, n°2, 2009, p. 194.

<sup>92</sup> Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS: *Historia general y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*, Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1855, p. 270.

control estableciendo un contacto directo con la metrópoli mediante el Estrecho. Y es que dirigiéndose directamente al Rey podía crear un espacio independiente y autónomo del Perú y Panamá<sup>93</sup>. También es aquí donde comienzan los primeros roces con el Perú, pues, como decía Víctor Andrés García, “en este sentido, podría sostenerse que el establecimiento de las primeras instituciones civiles en el Perú tuvo como antecedente una guerra civil entre pizarristas de Lima y Cuzco y ‘los de Chile’, como eran llamados los almagristas, que derivó en el asesinato de Pizarro”<sup>94</sup>. Es a partir de ahí, del conflicto armado, que se desarrolló un proceso de desconfianzas.

Valdivia, por su parte, tuvo más éxito que su antecesor y, al igual que él, guardaba ciertas pretensiones de autonomía, aunque aquí lo hacía más bien en lo referente a lo económico: “el control del estrecho de Magallanes permitiría tener muy a la mano toda la contratación de la especiería”<sup>95</sup>. De tal manera, que se entendía el ideal de establecer una ruta comercial entre Europa y las islas Molucas a través del Estrecho, que serviría como escala para el largo viaje. Por ello no nos debe extrañar la petición de Valdivia para avecindar mercaderes a estas tierras<sup>96</sup>. Y es que, teniendo mayor independencia económica, podría fácilmente librarse del poderío peruano.

No obstante, ninguno de estos dos proyectos fue fructífero, debiendo replegarse a la imponente sombra del Virreinato. Una dependencia tan grande que, en 1547, Pedro de Valdivia corrió a ponerse bajo las órdenes de Pedro La Gasca, enviado del Rey para aplastar la rebelión de Gonzalo Pizarro. Incluso es en esta instancia donde las diferencias ya se hacían evidentes, dado que Valdivia al llegar a la Ciudad de Reyes, nos dice Luis Durand, con los ropajes zurcidos y remendados, habría causado una pésima impresión en los círculos limeños, dándole el mote de “roto”. Los españoles en el Perú lo seguirían utilizando para referirse a los venidos desde Chile<sup>97</sup>.

Es más, desde el primer gobernador de Chile hasta el experimentado Alonso de Rivera y sus sucesores en el mando de las provincias del Reino de Chile, cada uno de ellos debió depender exclusivamente del Virreinato del Perú. De esta forma, se creó una relación de dependencia. Con el transcurso de los años se acentuó la importancia de la antigua tierra de los incas, especialmente cuando la riqueza minera afloró y convirtió al Perú en el centro del dominio hispano en estas tierras. Es en esta etapa que “el Perú adquirió fama por su vida fácil, y Lima actuó como un atractivo sobre los hombres, que en lugar de venir a Chile preferían quedarse allí ‘comiendo pasteles’”<sup>98</sup>. Ello también conllevó a la creación de la imagen del soldado venido desde el Virreinato. De hecho, es en las cartas enviadas por el Virrey García Hurtado de Mendoza que podemos ver la situación que imperaba con los hombres en el Perú:

---

<sup>93</sup> Raúl CONCHA MONARDES: *El Reino de Chile: Realidades Estratégicas, Sistemas Militares, y Ocupación del Territorio (1520.1650)*, CESOC, Santiago, 2016, p. 21.

<sup>94</sup> Citado por Paz Verónica MILET: “Chile-Perú: las raíces de una difícil relación”, en *Estudios Internacionales*, Vol. 38, n°150, 2005, p. 60

<sup>95</sup> Raúl CONCHA MONARDES: *Op. Cit.*, p. 27.

<sup>96</sup> Al Emperador Carlos V, La Serena, 4 de septiembre de 1545, en *Cartas de relación de la conquista de Chile*, En Pedro de VALDIVIA: *Cartas de Relación de la Conquista de Chile. Edición crítica de Mario Ferreccio Podestá*, Editorial Universitaria, Santiago, 1992, p. 43.

<sup>97</sup> Horacio GUTIÉRREZ: “Exaltación del Mestizo: La Invención del Roto Chileno”, en *UNIVERSUM*, Vol. 1, n°25, 2010, pp. 130-131

<sup>98</sup> Sergio VILLALOBOS: *Para una meditación de la Conquista*, Editorial Universitaria, Santiago, 2006, p. 80.

En ninguna ocasión escribo a Vuestra Majestad que no lo haga de las cosas de Chile que están siempre necesitadas de ayuda y a favor a causa de ir tan a la larga la pacificación del estado de Arauco y estar los gobernadores de aquel reino con falta de gente y dinero y algunos soldados que allá bajan vienen publicando tantos trabajos y miserias y desacreditándolo, de suerte que aunque en esta tierra hay mucha gente baldía que pudiera ir a servir a Vuestra Majestad en aquélla, nadie que sino por fuerza y esto no conviene hacerlo y ha llegado a tanto extremo, como muchas veces lo he escrito, que a personas que estaban condenadas a galeras se le conmutaba la pena en destierro para Chile y quieren más remas en ellas que ir aquel reino<sup>99</sup>.

De esta forma, Alonso González de Nájera, soldado veterano de las guerras de Flandes y de Arauco y autor de *Desengaño y Reparación de la guerra del Reino de Chile*, recomendaba el no contar con soldados venidos desde el Perú:

Una cosa convenía mucho que hiciese en defensa y favor de la nueva frontera, y es que cese el mal uso de enviar a ella de Lima y de las demás partes del Pirú desterrados por condenaciones a purgar delitos, como han siempre acostumbrado, especialmente hombres facinerosos; porque estos tales, demás que no hacen en aquella guerra ningún fruto bueno, tampoco dan buen ejemplo a los demás soldados<sup>100</sup>.

Poco a poco se iba gestando un desdén hacia los venidos del norte, más por su escaso manejo en las armas y su afán por las riquezas. Pese a ello, muchos de los destacamentos provenían desde el Perú: gobernadores, capitanes y soldados venían en busca de una posición, pasando a mezclarse con el sector de los primeros conquistadores de Chile y sus descendientes. De tal forma que pasaban a disfrutar de cargos, tierras y encomiendas.

Por otro lado, durante estos siglos coloniales, la dependencia de la capitánía estuvo ampliamente marcada por la creación de un sistema defensivo y comercial. La remisión del Real Situado todos los años permitió el mantenimiento del primer ejército profesional de América y dar nervio a la ya casi centenaria Guerra de Arauco. Por su parte, el apoyo naval, la creación y mantención de fortalezas se encuadraban en el mismo tipo de ayuda. Chile pasaba a ser el “antemural del Pacífico”, que protegía a Lima de las amenazas de corsarios y piratas. De este modo, Chile pasaba a ser “la llave de todo el Perú y el Perú la bolsa de España, con cuyo poder se defiende la cristiandad”<sup>101</sup>. Fue con los conceptos de *llave* y *bolsa* que se estructuró la doctrina geoestratégica de alcances globales y permanentes. Se argumentaba que existía una profunda conexión de los territorios chilenos y peruanos, y que

---

<sup>99</sup> En *Fragmento de carta del marqués de Cañete, virrey del Perú, a Su Majestad dando cuenta de la guerra de Arauco y señalando la necesidad de poner guarnición de cierto número de soldados pagados por la Real hacienda, 12 de abril de 1594*, en MEDINA, J. T.: *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, Segunda serie, Tomo IV, 1590-1594, Alonso de Sotomayor – Martín Oñez de Loyola*, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, 1960, p. 433.

<sup>100</sup> Alonso GONZÁLEZ DE NÁJERA: *Desengaño y Reparación de la Guerra del Reino de Chile*, Imprenta Ercilla, Santiago, 1889, p. 241.

<sup>101</sup> *Carta de Alonso de Sotomayor al Consejo de Indias sobre el estado del reino, 6 de diciembre de 1583*, en MEDINA, J. T.: *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, Segunda serie, Tomo II, 1573-1580, M. Bravo de Saravia – Rodrigo de Quiroga*, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, Santiago de Chile, 1957, p. 213.

ninguno de los dos podía subsistir por sí solos, y ninguno de los dos podía desligarse de la suerte de las guerras en España. La importancia de Chile pasaría por ser un espacio poblado por españoles y defendido militarmente, lo que lo convertía en la primera línea de defensa del Perú. Esta última, por su parte, pasaba por ser una zona de riquezas, con las cuales España financiaba sus empresas europeas.

Con el transcurso del siglo XVII y XVIII, se fue conformando una visión estratégica-económica que primaría sobre el abandono. Se argumentaba que las pérdidas de Chile en la Guerra de Arauco y las constantes correrías de las potencias enemigas de España, ya sean económicas o militares, poca cosa eran en comparación con las que ocasionaría la pérdida del Perú. De esta manera, la noción geoestratégica de Chile como defensor del Perú logró consolidarse en el siglo XVII, también contribuyeron las mayores posibilidades agrícolas, ganaderas y mineras que, a su vez, generaron una visión geoeconómica que se consolidaría en el siglo XVIII. El peligro que significaron los holandeses también contribuyó a establecer un principio de interdependencia, entre territorios ricos y pobres: “el gasto provocado en el mantenimiento de un territorio pobre debía aceptarse si permitía mantener a uno rico”<sup>102</sup>.

Pero si en las armas existía una dependencia, en lo económico la cuestión era mucho mayor, pues, sin el Perú, Chile difícilmente podría haber sobrevivido. Y es que, a cambio de ganado y posteriormente trigo, Chile recibía del Perú productos tan valiosos como el azúcar, cacao, tabaco y mercaderías europeas tan difíciles de producir en estas tierras. No obstante, este comercio se daba en una condición de asimetría, teniendo a los comerciantes peruanos muy por arriba de los chilenos. Como nos lo dice Sergio Villalobos, la navegación estaba en manos de los armadores de Lima, quienes imponían los precios y condiciones de los intercambios; después de todo, el Callao podía jactarse de ser uno de los puertos más importantes de América y del mundo; en cambio, Valparaíso no era más que una pequeña aldea de pescadores. Y si bien el Cabildo de Santiago y las autoridades locales procuraron defender a los productores y consumidores del país, imponiendo cuotas de exportaciones para evitar la escasez o mantener los precios, las autoridades virreinales reaccionaban con presteza para desarmar esas gestiones que amenazaban su poder<sup>103</sup>. Esto conllevaba, de igual forma, un sentimiento de superioridad:

Es probable que Perú al considerarse el heredero del Imperio Inca, sintiéndose poseedor de niveles culturales y económicos que le distinguían del resto en América y disponiendo del esplendor que le otorgaba su condición de haber sido el virreinato, haya desarrollado un sentimiento de orgullo y de superioridad con respecto a Chile. Porque en el pasado, Chile fue una Capitanía General y, como tal, una Colonia del Reino de España de condición inferior al virreinato del Perú<sup>104</sup>.

Frente a esta inferioridad, el siglo XVIII y el comienzo del XIX significó un vuelco en las relaciones bilaterales entre Chile y Perú. Como lo mencionaba Pablo Lacoste en *La Imagen del Otro en las Relaciones de la Argentina y Chile* (2003), la ascensión de los

---

<sup>102</sup> Raúl CONCHA MONARDES: *Op. Cit.*, p. 167.

<sup>103</sup> Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, Editorial universitaria, Santiago, 2002, p. 14.

<sup>104</sup> Mario Patricio ARTEAGA VELÁSQUEZ: “La transformación del escenario de seguridad bilateral chileno-peruano. Desde el conflicto a la cooperación”. *Memoria para optar al grado de Doctor*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2015, p. 40.

Borbones al trono español en 1700 puso en marcha un proceso complejo, contradictorio y tensionante para los antiguos reinos<sup>105</sup>. Por un lado, combatieron los particularismos, fueros y derechos locales, al tiempo que suavizaban los límites territoriales tan celosamente definidos por los Austrias. También las antiguas gobernaciones, sujetas a la tradicional forma de una larga cadena de autoridades coloniales, se elevaron de categoría hasta entrar en contacto directo con la Corona a través del régimen de intendencias.

Por ello mismo fue Carlos III, uno de los monarcas que más atención prestó a las colonias y su administración, quien tomaría medidas para la mayor autonomía y centralización de estas provincias. Quizás una de las más importantes de ella fue la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776; sin embargo, para nuestro estudio, lo central fue la proclamación de autonomía del Reino de Chile respecto al Virreinato del Perú en 1787. Si bien en ciertos aspectos la dependencia continuaba, las distancias ya se iban acrecentando. En el plano comercial, desde 1744 operó un cambio con los navíos de registro del Cabo de Hornos y luego con las disposiciones del comercio libre entre España e Indias (1778), que reinvirtieron la corriente de navegación. Fue así como Chile pudo proveerse directamente, e incluso desplazar a las mercancías provenientes desde el Callao. Puertos tan importantes como Concepción, Valparaíso y La Serena volvían a cobrar vida por la llegada de navíos europeos, rivalizando así con los intereses comerciales peruanos.

Los limeños perdían poco a poco el predominio casi absoluto del comercio y el mercado chileno, cuestión que con la obtención de la real orden que dio paso a la creación del Tribunal del Consulado de Santiago, nubló mucho más el horizonte para el virreinato, incrementando los resquemores y recelos entre los súbditos del Rey de España. Otros hechos, como la creación de la Casa de Moneda en 1743 y de la Real Universidad de San Felipe cuatro años más tarde, fueron hitos que dieron más autonomía a la capitanía frente al gigante norteño. También es aquí donde se revela la imagen del comerciante peruano, una bastante negativa. Así, por ejemplo, en una carta de Juan Martínez de Rozas para el año de 1808, se evidenciaba el desdén hacia los comerciantes peruanos:

Los limeños afeminados, envilecidos y habituados a doblar la rodilla en presencia de sus virreyes, acostumbrados a invertir su tiempo en adularlos, lisonjearlos y hacer de los más malos o ineptos, panegíricos lo más exorbitantes, hombres así, digo, no son capaces de grandes acciones buenas ni malas, para que se requieren energía y vigor de carácter<sup>106</sup>.

En Perú, la élite estaba acostumbrada a la vida gentil de una gran capital, sustentada por las riquezas mineras y en el trabajo indígena, mientras en Chile, una élite mucho más reducida en número, debía ganarse el magro sustento con escasos medios, haciendo frente a tierras que requerían ingentes esfuerzos de regadío para ser productivas y siempre bajo la amenaza y demandas que imponía la guerra constante contra los indígenas del sur<sup>107</sup>.

En suma, en los primeros siglos de lo que era el Virreinato del Perú y el Reino de Chile, posteriormente Capitanía General de Chile, se debe entender las relaciones entre ambos actores como de dependencia “necesaria” más que voluntaria y fraternal. Chile, como

---

<sup>105</sup> Pablo LACOSTE: *La Imagen del otro en las Relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 2003, p. 83.

<sup>106</sup> Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, p. 15.

<sup>107</sup> Mario ARTAZA ROUXEL: “Las Relaciones entre Chile y Perú: Una Vecindad Difícil”, en Mario ARTAZA ROUXEL; Paz MILET GARCÍA (Ed.): *Nuestros Vecinos*, RIL Editores, Santiago, 2007, p. 419.

lo dijimos, era la primera línea de defensa del Perú y sus ricos recursos, cuestión que permitía a la corona seguir manteniendo sus posiciones en estos lares; sin embargo, no es que se viera a los “peruanos” como iguales, sino como hombres alejados del oficio de las armas y poco acostumbrados a los arduos ejercicios de la guerra. En cambio, Perú veía a su vecino sureño como un constante gasto de dinero y almas, el cual muchas veces no se justificaba. Estos primeros siglos fueron un periodo de dependencia mutua, pero también de la conformación de la imagen del “otro” como rival. Así, como lo diría el historiador Sergio Villalobos, “Antes de la emancipación, Chile y Perú ya formaban entidades claramente separadas. Sin embargo, frente al poderoso, rico e influyente virreinato, la capitania general, pobre y situada a tras mano, sólo tenía ilusiones”<sup>108</sup>.

\*\*\*

A partir de 1808 el continente hispanoamericano se llenó de inquietudes y se hizo explícitamente una reflexión sobre el destino que seguirían las colonias. En Chile, no fueron escasos lo que comenzaron a preocuparse de la situación, “primero con timidez y luego con mayor resolución hasta formar la Primera Junta de Gobierno en 1810, que abrió las puertas a reformas audaces”<sup>109</sup>. Pero aquí es precisamente donde los roces entre Chile y Perú resurgen, dado que el Virrey de Lima, Fernando de Abascal, no permaneció impasible ante el levantamiento chileno, sino que, con presteza, levantó una guerra y, gracias a su poderío militar y económico, poco tardó en someter a los insurgentes. El período denominado como la Reconquista (1814-1817), restableció la supremacía de las altas esferas limeñas, en desmedro de las élites provinciales. Ello cambiaría rotundamente cuando en Batallas como la de Chacabuco (1817) y Maipo (1818), ganadas con la ayuda de los rioplatenses, dieron de forma definitiva la independencia a Chile.

En la capital de igual manera se sentían esos vientos de cambio en contra del Perú:

La victoria dio inicio, así, a un cambio de pelo nacional. Los chilenos se liberaron de su sentimiento de subordinación a los peruanos en lo cultural, político y económico. Atrás quedó el tiempo en que Santiago lucía como un villorrio marginal, dependiente de la Lima virreinal en casi todo. Como otra ganancia, se sintieron vengados por la que percibían como ingratitudes históricas<sup>110</sup>.

Después de todo, como lo diría Eduardo Cavieres Figueroa, “la emancipación chilena implica no sólo la liberación del Reino de España, sino también del Virreynato del Perú”<sup>111</sup>. Pero la independencia de Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata no podía mantenerse por sí sola, era menester llegar al centro del poder español en América del Sur: el Virreinato. Y a pesar de que el general San Martín y O’Higgins se mostraron activos ante la idea de liberar al Perú, y para contaban con el apoyo de los círculos políticos y sociales de ambos lados de los Andes, la intención rioplatense de ayudar a consolidar la emancipación de la monarquía se vio en nada ante las luchas internas y la carencia de recursos. Ante esta

---

<sup>108</sup> Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, p. 16.

<sup>109</sup> Ibidem, p. 17.

<sup>110</sup> Citado por Paz Verónica MILET: *Op. Cit.*, p. 69.

<sup>111</sup> Eduardo CAVIERES FIGUEROA: *Chile-Perú, la Historia y la Escuela*, Ediciones Universitaria de Valparaíso, Valparaíso, 2006, p. 24.

situación, la antigua Capitanía General, pobre y aislada, se hizo cargo de la empresa bajo la conducción del General Bernardo O'Higgins y sus colaboradores.

El ejército de los Andes, formado en Mendoza y que tuvo su prueba de fuego en Chacabuco, y con posteridad, consolidó la Independencia en Maipo, se compuso principalmente de soldados regulares reclutados al otro lado de la cordillera, pero una vez consolidada la autonomía en el Valle Central Chileno, debió suplir las bajas y desertiones con tropa local. En forma paralela, se conformó la Primera Escuadra Nacional mediante un desembolso enorme, contratando oficiales y marinos ingleses, y poniendo a su cabeza a Lord Cochrane. Así, "O'Higgins decidió llevar la libertad al Perú, dejando de lado la desconfianza y el pesimismo de San Martín"<sup>112</sup>.

La Expedición Libertadora al Perú fue comandada por San Martín, con oficialidad argentina y con tropa chilena. Desde aquel preciso momento, el general trasandino había pasado a convertirse en un general chileno, lo mismo con los oficiales y soldados, quienes fueron adscritos a la planta chilena y se aseguró su mantención por el presupuesto nacional. Fue el 20 de agosto de 1820 cuando la expedición zarpó, y en cada palo de mesana ondeaba el tricolor chileno, mismo estandarte que la tropa llevaría a la batalla. Sin duda alguna, aquello dejaría huella en el imaginario colectivo peruano:

La bandera chilena cubría la expedición con su responsabilidad nacional según lo convenido con San Martín, concurriendo Chile a ella con la decisión de su pueblo y su gobierno, con su escuadra, su tesoro y con la recluta con que había engrosarlo los dos cuerpos aliados que formaban el Ejército Unido chileno-argentino<sup>113</sup>.

La sorpresa de los peruanos no era de extrañar:

Sorprendió completamente desprevenidos a los peruanos, que siempre habían mirado con desden a Chile, al que consideraban como una provincia dependiente del Perú. [...] Estos acontecimientos produjeron naturalmente la más violenta irritación. Acostumbrados desde tantos siglos a la abundancia i a las satisfacciones del lujo<sup>114</sup>.

A pesar de ello, como nos lo dice Villalobos, "La historia posterior de la Expedición Libertadora bajo el mando de San Martín, es más para llorarla que para recordarla". Fue desacertada la dirección de la campaña y de la política, malgastando por completo el erario militar. La tropa chilena, por su parte, se dispersó, pero siguió participando en las campañas finales que acabaron en Ayacucho (1824). No obstante, el pensar que la gesta emancipadora del Perú solo se dio por factores externos no sería más que una burda simplificación. Ninguna empresa militar hubiera podido por sí sola hacer caer al Virreinato sin la ayuda de la misma población peruana.

No cabía duda de que en el Virreinato se alentaba el ánimo de la rebeldía y apoyaba en cierta medida el accionar chileno. Pero no en vano Lima era el centro del poder español

---

<sup>112</sup> Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, p. 18.

<sup>113</sup> ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO: "Expedición Libertadora al Perú", en *Memorial del Ejército de Chile*, año XLVI, n°262, 1954, p. 6.

<sup>114</sup> Basilio HALL: *Extracto de un Diario de Viaje a Chile, Perú i Méjico en los años de 1820, 1821, 1822*, Tomo I, Imprenta y Encuadernación Universitaria, Santiago de Chile, 1906, pp. 66-67.

en América, tanto militar, como social y económicamente, y en ella residía un amplio sector adscrito al sistema<sup>115</sup>. Este apego al poder virreinal conllevó a un tardío arraigo al sentimiento emancipatorio, pues, una vez proclamada la independencia, se había acrecentado la animosidad contra Chile. Muy probablemente es que el subconsciente colectivo impidiese reconocer que desde la antigua y pobre capitania general sureña les había llegado el “regalo de la independencia”, mal mirado por unos y que para otros no se había conseguido con sangre y sudor propio. “En lugar de gratitud, aparecía un resentimiento nebuloso, que en el fondo de los pechos se mantendría por años y años, quizás hasta hoy mismo”<sup>116</sup>.

Esto se acrecentó aún más, dado que, en diciembre de 1822, el general Francisco Antonio Pinto, durante su expedición a intermedios, informaba de las medidas caóticas que se tomaban en el Perú: “Ayer hemos recibido comunicaciones de Lima i tenemos el sentimiento de ver frustrado nuestro plan de operaciones por la inveterada arbitrariedad de todos aquellos gobiernos, de hacer i deshacer de todo lo que pertenece a Chile”<sup>117</sup>. El general continuaba, pesimista ante el escenario venidero: “casi todas las facciones de Lima nos miran como a enemigos i seria un día de júbilo para ellas la noticia de nuestra derrota”. Incluso con esta adversa situación, Antonio Pinto, al finalizar su misiva, dejaba algo más que en claro: “Yo creo que ahora comienza la campaña del Perú, i con un ejército chileno, tendrá el Gobierno de Chile la feliz influencia de fijar los destinos del Perú”.

En efecto, pues a pesar de que ese mismo año Chile reconocería la independencia del Perú, este último siempre buscó el apoyo financiero y militar de Chile. Esto último debido a que, como lo afirmaba Nelson Manríquez Gálvez, “el Perú que nació a la vida independiente a comienzos del siglo XIX el estado precedió a la nación. Se fundó una república para suceder al estado virreinal, pero no existían las condiciones para construir una comunidad nacional”<sup>118</sup>. Ello se agravaría aún más con las constantes luchas caudillistas que azotaron al país del Rímac y la desastrosa derrota en Maquegua en 1823. Obviamente, el Perú buscó a Chile para consolidar su tambaleante independencia.

Otra cuestión fue el desplazamiento de España como poder internacional y rector de los destinos de aquellos territorios americanos como resultado de la Independencia, una cuestión que Inglaterra no podía dejar de desaprovechar. Sin embargo, los ingleses no mostraron gran entusiasmo en el otrora Virreinato, prefiriendo a las naciones del Cono Sur, véase Argentina, Uruguay y Chile. En efecto, si antaño los ingleses, y los europeos en general, habían demostrado gran atención a los productos peruanos, ya en la primera mitad del siglo XIX los minerales de exportación habían perdido su importancia; en cambio, los productos agropecuarios que Europa necesitaba podían ser obtenidos a muy bajo costo en las pampas argentinas y uruguayas, o especialmente en el valle central chileno<sup>119</sup>.

Ya por aquellos años se podía percibir una animosidad entre determinados sectores peruanos. Y es que desde 1825 la fricción chileno-peruana se vería aún más marcada,

---

<sup>115</sup> Diego BARROS ARANA: *Historia Jeneral de Chile*, Tomo XII, Rafael Jover Editor, Santiago, 1892, 209-210.

<sup>116</sup> Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, p. 22.

<sup>117</sup> *Carta de Francisco Antonio Pinto a Excmo. Señor Don Bernardo O'Higgins, Arica, 30 de diciembre de 1822*. Citado por Gonzalo BULNES: *Últimas Campañas de la Independencia del Perú (1822-1826)*, Imprenta i Encuadernación Barcelona, Santiago de Chile, 1897, pp. 97-99.

<sup>118</sup> Nelson MANRÍQUEZ GÁLVEZ: “Territorio y Nación. La Difícil construcción de la comunidad nacional”, p. 9.

<sup>119</sup> Julio COTLER: “Crisis política y populismo militar en el Perú”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 3, n°12, 1970, p. 442.

primeramente por la dependencia limeña del trigo chileno y más tarde, en 1828, la negativa del Gobierno Chileno para apoyarle en una alianza contra Colombia: “Rechazado de nuevo por nuestro Gobierno la pretensión peruana de ligarnos en una guerra contra una nación hermana que ningún agravio nos había inferido, hubo de darse, una vez más, por fracasado el Tratado de Amistad y Comercio, anhelado por nuestro Gobierno”<sup>120</sup>.

En suma, un territorio heterogéneo y sin estabilidad interna, muchas veces desgarrado por la lucha caudillista; una clara competencia comercial con el incipiente puerto de Valparaíso; una negativa de alianza en una guerra que resultó desastrosa; una deuda monetaria contraída con Chile por la expedición libertadora y el amargo recuerdo de la ocupación de Lima por fuerzas chilenas. ¿Acaso algo más podía enturbiar las relaciones del Perú con su vecino sureño? La década de 1830 probaría que sí.

\*\*\*

Hacia la década de 1830 nuevos roces y disgustos se habían agregado a las relaciones chileno-peruanas. Era, por demás, la época de los caudillismos militares, en la que próceres de la Independencia jugaban roles decisivos y en que el movimiento independista cedía terreno ante localismos y nacionalismos incipientes. Siendo el más importante el de Andrés de Santa Cruz, y su ideal de integración del Perú y Bolivia. Con habilidad se impuso a diversos grupos y jefes militares, realizando una labor meritoria y ordenada. Puso orden en las finanzas del Estado, impulsó la educación, renovó el sistema legal y, lo más importante, aseguró la disciplina y la conformación de un ejército profesional. Este mismo éxito en Bolivia le abrió paso a la formación de la Confederación, y aunque hubo resistencia, derrotas como la de Yanacocha (1835) y Socabaya (1836) echó por tierra cualquier oposición.

La naciente Confederación rompía con el equilibrio sudamericano, y las ambiciones personales de Santa Cruz, quien fue subordinado Simón Bolívar, eran un peligro para la independencia chilena. Así lo estimaba Diego Portales en su misiva a Blanco Encalada el 10 de septiembre de 1836:

La Posición de Chile frente a la Confederación Perú-Boliviana es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el Gobierno, porque ello equivaldría a su suicidio. No podemos mirar sin inquietud y la mayor alarma, la existencia de dos pueblos confederados, y que, a la larga, por la comunidad de origen, lengua, hábitos, religión, ideas, costumbres, formarán, como es natural, un solo núcleo. Unidos estos dos Estados, aun cuando no más sea que momentáneamente, serán siempre más que Chile en todo orden de cuestiones y circunstancias<sup>121</sup>.

De tal forma que la personalidad de Santa Cruz jugó un rol fundamental en el desarrollo de los acontecimientos posteriores. De hecho, es Encina quien plantea que gran parte de la idea de la Confederación venía de una aspiración del caudillo boliviano por restablecer las antiguas formas del poder incaico. Ello, además de un sentimiento de superioridad histórico-político muy arraigado en algunos segmentos de la sociedad peruana

---

<sup>120</sup> Citado por Adolfo CALDERÓN COUSIÑO: *La Cuestión Chileno-Peruana. Breve Historia Diplomática de las Relaciones Chileno-Peruanas 1819-1879*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1919, p. 18.

<sup>121</sup> Carta de Diego Portales a Manuel Blanco Encalada, 10 de septiembre de 1836. En *Epistolario de Don Diego Portales: 1821-1837, Tomo III (1834-1837)*, Edición impresa por acuerdo del Ministerio de Justicia, Santiago, 1938, pp. 452-453.

y boliviana en momentos del conflicto frente al Chile de Prieto y Portales. Parecían, en efecto, estar muy vivos los recuerdos del poder peruano como estructura virreinal. Así, el territorio chileno debía ser necesariamente anexionado a la Confederación en cuanto estructura política-militar de corte americanista:

*El azar histórico reunió el recuerdo, largos siglos aletargado, del poderío incaico con el pensamiento de la superioridad jerárquica americana, muy vivo en las altas clases Perú-bolivianas (...). Ambos [Santa Cruz y Gamarra] concibieron la idea de reconstruir el antiguo virreinato uniendo al Perú y Bolivia; y organizando un poder respetable cuya fuerza expansiva desbordara hacia el norte, hacia el suroriente y hacia el sur, siguiendo los caminos ya trazados por los ejércitos incaicos (...)*<sup>122</sup>.

Pero como Leyton Salas nos dice, el Perú post independencia no era un lugar uniforme y presto para seguir a un único líder, y aunque la victoriosa presencia de Santa Cruz se alzaba sobre ellos, el choque de caudillos y los regionalismos exacerbados no cesaban. Fe de ello era la colaboración con Chile de Gamarra, Gutiérrez de la Fuente, Vivanco, Castilla y sus seguidores. Antes que el ejército restaurador comandado por Manuel Bulnes desembarcase en Ancón, los generales Nieto y Orbegoso ya levantaban al Estado Norperuano contra la Confederación<sup>123</sup>. Bolivia, por su parte, tampoco era terreno seguro.

En este punto vemos como se establece una lucha entre Perú y Chile de carácter comercial al competir los dos puertos más importantes de cada país: Valparaíso y el Callao, este último estableciendo impuestos exorbitantes para liquidar a la competencia chilena. Como lo decía el ya citado Sergio Villalobos: “No era Chile el que tensaba las relaciones”<sup>124</sup>. Y es que Valparaíso había logrado un desarrollo importante gracias al orden interno que disfrutaba el país, más aún por su desenvolvimiento económico general, dado que se había transformado en un emporio para el tráfico europeo y norteamericano. Esto no era extraño, dado que Valparaíso era el primer puerto de categoría, además de centro de una rica región agrícola, donde las naves extranjeras podían apertrecharse y repararse después de un largo viaje a través del tempestuoso Cabo de Hornos. Fueron los extranjeros los que convirtieron este puerto en su preferido, fueron ellos quienes se establecían en él con sus negocios y capitales. De tal forma que Valparaíso se convirtió en el blanco de comerciantes peruanos y bolivianos, por lo que no resultaba extraño que buscasen desequilibrar el poderío de este puerto: “Si Valparaíso entraba en crisis, lo haría también Chile”<sup>125</sup>.

Aunque las razones económicas no explican del todo el incipiente conflicto, lo más importante aquí fue la figura de Santa Cruz. Así, en una de las cartas de sus ministros, Andrés María Torrico, escrita el 13 de junio de 1836 al agente Manuel de la Cruz Méndez, se relataban las perspectivas ante un eventual conflicto contra Chile:

El Perú posee multiplicados medios de ofensa contra la administración actual de Chile. Existen en su territorio dos generales de crédito [refiriéndose a O'Higgins y Freire] enemigos suyos implacables, que protegidos por la

---

<sup>122</sup> Ignacio MORALES BARCKHAHN: “Chile y la Confederación Perú-Boliviana a partir de una discusión historiográfica”, en *Intus-Legere Historia*, Vol. 6, n°2, 2012, p. 99.

<sup>123</sup> Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, p. 28.

<sup>124</sup> *Ibidem*, p. 30.

<sup>125</sup> Citado por Ignacio MORALES BARCKHAHN: *Op. Cit.*, p. 102.

Confederación se destruirían inevitablemente. Aparte de este medio, que la necesidad haría adaptable, el Perú cerrando sus puertas al comercio de Chile, se vengará completamente de la imprudencia de su gobierno<sup>126</sup>.

Pero si aún prevaleciera la duda, hay un testimonio de primer orden que responsabiliza a Santa Cruz, al mismo tiempo que vislumbra las posibilidades de contar con el apoyo de exiliados chilenos:

Los generales O'Higgins y Freire son mis amigos, y ambos desean una variación de Gobierno en Chile. Ambos me aseguran que sucederá indefectiblemente, y que está muy cerca. El segundo me ha visto confidencialmente, y asegurado que tiene todos los medios, y que contaría con seguridad el éxito<sup>127</sup>.

Con estas palabras, Luis José de Orbegoso y Moncada pedía autorización para la expedición que lanzaría Ramón Freire sobre Chile en 1836, la cual terminó en un rotundo fracaso. Sin embargo, es imposible determinar las intenciones del caudillo. Si deseaba la caída de Portales y Prieto, a quienes consideraba contrarios a la Confederación o si derechamente esperaba algún día someter a Chile. En toda la documentación, refiriéndonos a Villalobos, no existe un plan manifiesto en contra de Chile, pero era indudable que hacia 1836, y con los sucesos que involucraban a Freire, la opinión de Portales se inclinaba a pensar lo peor:

La conquista de Chile por Santa Cruz no se hará por las armas en caso de ser Chile vencido en la campaña que usted mandará [dirigiéndose a Blanco Encalada]. Pero intrigará en los partidos, avivando los odios de los parciales de los O'Higgins y Freire, echándoles unos contra otros; indisponiéndonos a nosotros con nuestro partido, haciéndonos víctimas de miles de odiosas intrigas. Cuando la descomposición social haya llegado a su grado más culminante, Santa Cruz se hará sentir. Seremos entonces suyos<sup>128</sup>.

Pero Chile y Portales no estaban solos en las sospechas, ya que el Gobierno Argentino abrigaba los mismos temores, según se desprendía de un oficio dirigido por el Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, Don Felipe Arana, al Gobierno Chileno, el 13 de octubre de 1836 y en la cual el Ministro argentino comunicaba que su Gobierno estaba dispuesto a:

Entrar en una firme y bien combinada oposición a las empresas hostiles y pérfidas maniobras del General don Andrés Santa Cruz, contra la independencia, libertad y tranquilidad de ambas Repúblicas, poniendo en acción sus recursos, según el aspecto que se presenten los sucesos y demás necesidades a que deba atender<sup>129</sup>.

---

<sup>126</sup> Citado por Francisco Antonio ENCINA: *Portales: Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)*, Tomo I, Editorial Nascimento, 1964, p. 377.

<sup>127</sup> Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, p. 36.

<sup>128</sup> Carta de Diego Portales a Manuel Blanco Encalada, 10 de septiembre de 1836, p. 454.

<sup>129</sup> Citado por Carlos MERY SQUELLA: *Relaciones Diplomáticas entre Chile y los Estados Unidos de América, 1829-1841*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1965, p. 79.

Ante ello, el veredicto del Ministro Portales era fulminante:

La Confederación debe desaparecer para siempre jamás del escenario de América. Por su extensión geográfica; por su mayor población blanca; por las riquezas conjuntas del Perú y Bolivia, apenas explotadas ahora; por el dominio que la nueva organización trataría de ejercer en el Pacífico, arrebatándonoslo; por el mayor número también de gente ilustrada de la raza blanca, muy vinculada a las familias de influjo de España que se encuentran en Lima; por la mayor inteligencia de sus hombres públicos, si bien de menos carácter que los chilenos; por todas estas razones, la Confederación ahogaría a Chile antes de muy poco<sup>130</sup>.

La guerra, en este punto, solo era cuestión de tiempo y hechos desafortunados. Sucesos como el motín en contra del ministro Portales, y su posterior asesinato el 6 de junio de 1837, no hacían más que tensar los ánimos y la popularidad del conflicto inminente.

La Guerra se resolvería en dos campañas breves, comandadas por veteranos de la Guerra de Independencia chilena, siendo la primera comandada por Manuel Blanco Encalada, quien salió de Valparaíso el 15 de septiembre de 1837. En Chile se pensó que la población peruana se levantaría contra Santa Cruz, como muchos de los emigrados peruanos decían; sin embargo, lejos de la realidad fue aquella percepción, logrando solo una acogida tibia entre los círculos más altos de la sociedad peruana.

El que fue el primer presidente de Chile no tardó en verse rodeado por las tropas de Santa Cruz, no quedándole más remedio que firmar su capitulación. Tal fue el Tratado de Paucarpata, en el que el Perú reconocía la deuda contraída por la expedición libertadora, mientras Chile se comprometía a devolver las naves capturadas por Victorino Garrido como represalia ante la fallida expedición de Freire. Nuevamente la paz rondaba entre Chile y Perú, pero era una paz poco deseada entre las élites santiaguinas.

Nuevos preparativos comenzaron, ahora con mucho más esmero, pues se designó al general Manuel Bulnes como comandante de la nueva expedición. Al igual que ocurrió con anterioridad, la población peruana mostraba hacia la expedición, principalmente por ser extranjera y desconfiarse de sus propósitos, pese a que se había declarado oficialmente que su único fin era que el Perú recobrase su independencia mediante la disolución de la Confederación. Razón tenía Villalobos al notar que en Perú no existía la costumbre de confiar en la palabra oficial, más cuando esta venía de tropas que una vez ya habían tomado Lima e izado el estandarte nacional en ella. Bulnes notaba con pesar aquella actitud:

Los celos de este país i sus aparentes temores, hijo de la falta de ilustración, hace a sus habitantes mirarnos como enemigos. Siempre alimentando celos infundados, hacen esfuerzos para persuadirse que Chile quiere engalanarse con la conquista de su territorio, que sin duda en otro tiempo seria rica joya<sup>131</sup>.

Con todo, la victoria en los campos de Yungay (1839) fue enorme, tanto así que las tropas confederadas “sin unidad, sin plan i sin cabeza tomaron un momento despues el camino de Yungai, cuyos habitantes presenciaron la fuga i aprehensión de ese ejército, que

---

<sup>130</sup> Carta de Diego Portales a Manuel Blanco Encalada, 10 de septiembre de 1836, p. 453.

<sup>131</sup> Carta del general Bulnes a su hermano Francisco, Lima, 06 de septiembre de 1838, en Gonzalo BULNES: *Historia de la Campaña del Perú en 1838*, Imprenta de los Tiempos, Santiago, 1879, p. 118.

se mostraba hacia poco tan ufano i confiado”<sup>132</sup>. Así finalizaba la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, ayudando a consolidar a Valparaíso como el punto comercial más importante de Chile y que podía competir a la par con el Perú.

El triunfo, como no podía ser de otra forma, dejó huella en el imaginario chileno, tanto así, que cuarenta años después del conflicto, y en vísperas de la Guerra del Pacífico, se seguía recordando la victoria obtenida, esgrimiendo que ella debía ser un duro recordatorio de lo que significaba entrometerse con los chilenos: “¡No debiera olvidar el Perú que los chilenos de hoy son de la misma raza que los chilenos de 1838!”<sup>133</sup>. Otros, en cambio, iban mucho más allá: Yungay dejó en el suelo peruano el polvo de muchos recuerdos que, a vuelta de 42 años se han condensado para caer sobre Lima y Chorrillos. Porque la historia de hoy es tan solo un eco de la historia de ayer, como la lucha de mañana será el resultado lógico de la lucha de hoy, si la misericordia exagerada deja al cadáver siquiera un soplo de vida. / Yungay fue una gran gloria chilena; pero también una gran lección para Chile; porque ha probado que hay criminales que no merecen la compasión del hombre honrado. Ojalá los guerreros de Chorrillos y Lima sepan aprovechar las lecciones de la historia. / [...] Que la lección aproveche; que se vierta todo el océano del castigo chileno sobre los destrozos de la tradición peruana. No sea que nuestros hijos nos reprochen haber dejado un soplo de vida a la serpiente, para que pudiera en tiempo no lejano conturbar el aire con el silbido de nueva aunque impotente amenaza<sup>134</sup>.

La victoria también consolidó la imagen del soldado chileno:

¡Loor eterno a nuestros ínclitos guerreros que con sus heroicos esfuerzos, sacrificios, moralidad y constancia han lavado ya del pabellón chileno *la mancha de Paucarpata y dado un día de gloria a su patria*<sup>135</sup>.

Ello conllevó a la desvalorización del Perú entre los círculos chilenos, testimonio de ello nos lo da el mismo general Bulnes:

Este país reducido, de antemano, a la más completa miseria i entregado en el día a 5 Presidentes que, con escepción de Gamarra, son otros tantos saqueadores. [...] Tal vez abusan de la moderación, que me es característica, i que se ha trasmitido al ejército todo. Me autoriza a creerlo así, la historia de esta llamada República, que no ha conocido otros gobiernos que los de hecho i que por sus inmundos manejos la han reducido a la más espantosa miseria<sup>136</sup>.

Una opinión que más tarde, específicamente en 1842, J. B. Popelaire, barón de Terloo compartía abiertamente al referirse a los dirigentes peruanos: “Niños mal inclinados y peor educados con pretensiones de hombres de mérito. Todos ellos, Gamarra, Orbegoso, Salaverry, Bermúdez, Nieto, Vivanco, Torrico, La Fuente, San Román, Vidal, Laso,

---

<sup>132</sup> Gonzalo BULNES: *Historia de la Campaña del Perú en 1838*, p. 396.

<sup>133</sup> Rodolfo Vergara: “La Guerra con el Perú”, *El Estandarte Católico*, 1879. Citado por Gabriel CID RODRÍGUEZ: “Memorias, mitos y ritos de Guerra: el imaginario de la Batalla de Yungay durante la Guerra del Pacífico” en *UNIVERSUM*, Vol. 2, N°26, 2011, p. 110.

<sup>134</sup> Ecos de Santiago, *El Nuevo Ferrocarril*, 1881. Ibidem, p. 113.

<sup>135</sup> *El Termómetro de la Opinión*, Valparaíso, 9 de febrero de 1839. Citado por Gonzalo SERRANO DEL POZO: *1836-1839. Portales y Santa Cruz. Valparaíso y la Guerra Contra la Confederación*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2013, p. 241.

<sup>136</sup> Carta del general Bulnes a su hermano Francisco, Lima, 06 de septiembre de 1838, p. 118.

Menéndez, Castilla etc. se creyeron en la obligación de escribir ‘explicaciones’, ‘defensas’, ‘manifiestos’, ‘alcances’, ‘exposiciones’, etc., iguales en agresividad, virulencia y ampuloso estilo, en que se dan a conocer los unos a los otros. Todos ellos atacaron con las armas a las autoridades únicamente *por amor a la patria y por espíritu de sacrificio*, todos ellos al hablar de si mismos se exhiben como *desechados de pureza, y abnegación; sus enemigos son los malos, los traidores, los ladrones, los criminales y los bandidos*”<sup>137</sup>.

Fuera como fuera, la guerra había terminado, conllevando consecuencias que afectarían directamente a sus involucrados. Cristian Leyton Salas argumentaba que la participación chilena en la política interna peruana se gestaba como el resultado de la imperante necesidad de lograr el equilibrio de poder sudamericano y continental, cuestión que la Confederación alteraba enormemente con su mera existencia. Pero si la guerra terminó con una victoria militar y política chilena, “Santa Cruz tiene el dudoso mérito de haber introducido el germen de una percepción de desconfianza hacia la política vecinal y regional chilena, particularmente aquella dirigida al espacio peruano”<sup>138</sup>. Después de todo, el mismo Santa Cruz declaraba que “Chile... intervino en nuestros asuntos internos solo con el propósito de impedir el comercio directo con todos los pueblos de la tierra por parte de los estados de la confederación”<sup>139</sup>. Esto no era de extrañar, pues, a pesar de todo, el envío de las dos expediciones libertadoras al espacio peruano fue realizado enteramente por Chile, pagado por él y llevado a cabo por chilenos, ningún otro país participó de forma directa en la conflagración que terminó por desintegrar la Confederación.

Más allá de los dichos oficiales constantes del Gobierno de Chile, ya se comenzaba a gestar en el Perú y en Bolivia la idea de una política chilena expansionista. La política sistemática chilena de intervención en el escenario peruano (especialmente con las crecientes hostilidades entre peruanos y bolivianos tras la Guerra contra la Confederación), más allá de los intereses geopolíticos en juego, ya determinaba lenta, pero progresivamente el surgimiento de una percepción de inseguridad y un ánimo hostil hacia Chile entre las élites limeñas, una cuestión complicada, más si se tiene en cuenta que la campaña, como diría Pinochet de la Barra, “no le costó una pulgada de suelo, ni siquiera una indemnización de guerra”. Pero “hirió sin embargo profundamente su amor propio y dejó en su corazón un fondo de rivalidad que orientó su política”<sup>140</sup>.

Es así como entre el triunfo chileno en Yungay hasta la Guerra contra España (1865-1866), la percepción de animadversión y desconfianza peruana hacia Chile va en *crescendo*, pues no fue un hecho aislado, sino, como hemos sostenido a lo largo del capítulo, el conflicto se enmarcó en una rivalidad de larga data:

La Guerra contra la Confederación Perú Boliviana, puede situarse en un continuo intento por marcar esta distinción que ya se inicia en el siglo XVIII cuando la corona española, al poner en marcha las distintas políticas asociadas al reformismo borbónico, dota de altos grados de autonomía a la capitanía general de Chile, en desmedro del antiguo poder ejercido por el Virreinato.

---

<sup>137</sup> J. B. POPELAIRE: “A través de Chile y Perú”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo LII, n°56, 1927, p. 153.

<sup>138</sup> Cristian LEYTON SALAS: *Op. Cit.*, p. 124.

<sup>139</sup> Citado por Robert N. BURR: *By Reason or Force. Chile and the Balancing of Power in South America 1830-1905*, University of California Press, Berkeley, 1974, p. 41.

<sup>140</sup> Gonzalo BULNES; Óscar PINOCHET DE LA BARRA: *Resumen de la Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1976, p. 23.

La distinción que se enfatiza, de allí en adelante, se construye, básicamente, en oposición a los países del norte [y viceversa]<sup>141</sup>.

Y es que tras al constante interés boliviano en Arica, así como la búsqueda por parte de Chile por mantener el *statu quo* territorial y político en la zona vecinal, terminará por llevar a las élites peruanas a considerar al vecino sureño como una potencia alienada exclusivamente en torno a la defensa de los intereses nacionales<sup>142</sup>.

Finalmente, es con la Guerra contra España que surge la intención de crear una alianza defensiva frente al enemigo europeo: “Para Perú la unificación de la amenaza necesita el concurso de Chile y en conformidad se alía con él”<sup>143</sup>. Sin embargo, a pesar de que existían intereses comunes entre las dos naciones y una amenaza común para ambos, surge la tendencia peruana en orden a imponer su visión, amparándose en su creciente poder económico, producto de la explotación del guano, así como del incremento de sus capacidades bélicas (especialmente marítima). Y es que la confrontación con España dejó algo más que en claro: la superioridad naval y militar limeña sobre su homólogo, además del sentido de “gloria de haberle devuelto a América del Sur por segunda vez su sentido de libertad frente al imperialismo”<sup>144</sup>. De la mano con esta constatación de poderío militar también surgía una visión entre los círculos de la élite peruana: de una debilidad chilena.

\*\*\*

“El personaje de la mitología no comienza su labor esgrimiendo las armas, sino que prepara el terreno en campos del quehacer pacífico y corriente. Ahí entreteje las discordias, sin que los hombres perciban el designio final”<sup>145</sup>. Tal es lo que se puede apreciar a primera vista tras lo ocurrido en la tortuosa década de 1870 entre Chile y sus vecinos, pero solo afirmar que se derramó sangre en las tierras norteñas por simples odios y rencillas sería una burda simplificación. La cuestión entre Chile, Perú y Bolivia extiende sus raíces muy profundamente.

A pesar de ello, todo problema siempre tiene un inicio, aunque no siempre un final, pero la cuestión de Chile y sus vecinos se remonta hasta principios del siglo XIX, pues cuando los pueblos americanos deciden emprender la dificultosa tarea de la emancipación siempre debieron tener presente que los límites territoriales impuestos por la Corona Española no siempre estaban bien determinados, una cuestión más que comprensible si se tiene en consideración que los límites no eran más que para fijar divisiones internas y administrativas. ¿Quién pensaría que aquellos pueblos fundarían más tarde entidades territoriales autónomas las unas de las otras? Aquello fue precisamente lo que ocurrió, y los pleitos en las nacientes repúblicas independientes no tardaron en llegar.

Esto, sumado al descubrimiento en Perú de grandes depósitos de guano sería la semilla de la discordia. Para no quedar atrás, el Gobierno Chileno envió una expedición a

<sup>141</sup>Consuelo FIGUEROA CARAVAGNO: “¿Historias de Guerras o Guerras por la Historia?”, en *UNIVERSUM*, Vol. 2, n°24, 2009, p. 303.

<sup>142</sup>Cristian LEYTON SALAS: *Op. Cit.*, p. 127.

<sup>143</sup>Ibidem, p. 128.

<sup>144</sup>Miriam SALAS OLIVARI: “Perú, Bolivia y Chile en el trazado de sus respectivos Estados, naciones y relaciones tripartitas, desde la fundación de las repúblicas al tiempo previo a la Guerra del Pacífico, 1810-18179”, en Eduardo CAVIERES FIGUEROA; José CHAUPIS TORRES (Eds.): *La Guerra del Pacífico en Perspectiva Histórica. Reflexiones y Proyecciones en Pasado y Presente*, Universidad de Tarapacá, Chile, 2015, p. 30.

<sup>145</sup>Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, p. 124.

explorar las costas nortinas, hasta el paralelo de Mejillones, con el objetivo de reconocer si efectivamente existían depósitos análogos en territorio chileno. El informe presentado fue poco favorable, ante lo que se decidió que todo depósito de guano ubicado al sur del paralelo 23° era propiedad de Chile, y toda nave que cargara sin permiso caería en comiso. Bolivia pronto protestó, argumentando que el límite entre Chile y Bolivia no era el paralelo 23° sino el 26°. La divergencia giró alrededor de esos tres grados hasta 1866, cuando se firmó el tratado que creyó solucionarlo (cuestión que no ocurrió) y que terminó con la firma del Tratado de 1874, aunque esto tampoco fue bien recibido del todo:

Inmensa fué la grieta gritería que levantó en Bolivia el nuevo pacto: los partidos políticos se apoderaron de él: fogosos folletos se escribieron atacándolo con violencia injusticia: el patriotismo estraviado vió en él una humillacion nacional: en fin, la opinion mal dirigida lo hizo caer en el mas completo desprestijio, i con él, a su autor don Casimiro Corral [...] Desgraciadamente algunos falsos apóstoles asuzaron el odio a Chile, repartieron torpes i mentirosas noticias sobre nuestros proyectos i nuestra política, hasta el punto de hacerse una propaganda activista en nuestra contra i de acabarse de extraviar la opinion pública por completo<sup>146</sup>.

En este punto, el Gobierno de Manuel Pardo y Lavalle explotó las suspicacias de Bolivia haciéndole ver a la política chilena, y no a las divergencias internas bolivianas, como responsable de los sucesos ocurridos en 1872 con el buque Santa María y un dudoso cargamento de armas hacia Antofagasta<sup>147</sup>. Incluso, aprovechando que parte de la maltrecha escuadra chilena se hallaba en Tocopilla y Mejillones, el Ministro del Perú en Santiago entregó una protesta formal que finalizaba con una acalorada frase: ‘El Perú no sería indiferente a la ocupación del territorio boliviano por fuerzas externas’<sup>148</sup>. La llegada a la Paz del nuevo Encargado de Negocios de Chile, Carlos Walker Martínez, en 1873, coincidió con esta efervescencia antichilena, logrando atestiguar el rol de Lima en ella: “La prensa del Perú atizaba el incendio con exajeraciones inconsultas, el gabinete de Lima ofrecía sus blindados i monitores, i la palabra *guerra* se oía repetir a menudo en los círculos privados i mas de una vez en reuniones públicas”<sup>149</sup>.

Fue así como surgió una iniciativa reservada del gobierno boliviano que involucraba al Perú, la cual se concretaría en una alianza entre ambas naciones en contra de Chile. Para tal cometido se designó en Lima a Juan de la Cruz Benavente, quien aprovechó que el terreno ya estaba abonado y dispuesto en contra del vecino sureño. Pero lo que Bolivia encontró fue mucho más que eso, al punto que Perú tomó el asunto como algo propio e incluso lo llevó mucho más allá. Esto último se dio, en primera instancia, por la oportunidad que este tratado ofrecía al Perú, pues le “caía como anillo al dedo” en un momento que impulsaba una audaz política salitrera. Y es que, estrechando sus lazos con Bolivia, nada le impedía seguir su senda hacia la implementación del estanco del nitrato, elemento considerado como fundamental para restablecer las decadentes finanzas peruanas, las cuales desde hacía años ya marcaban números rojos. A ello se le sumaban los rumores de un armamentismo chileno incipiente.

---

<sup>146</sup> Carlos WALKER MARTINEZ: *Pajinas de un viaje a través de la America del Sur*, Imprenta de “el Independiente”, Santiago, 1876, p. 215.

<sup>147</sup> Gonzalo BULNES; Óscar PINOCHET DE LA BARRA: *Op. Cit.*, p. 17.

<sup>148</sup> Idem.

<sup>149</sup> Carlos WALKER MARTINEZ: *Op. Cit.*, p. 216.

La sugerencia boliviana cobró cuerpo el 11 de noviembre de 1872, pero no sería hasta 6 de febrero de 1873 que todo quedó estipulado en el famoso Tratado Secreto que daría origen a la Guerra del Pacífico. Como lo decía Sergio Villalobos, “no quedaba duda que fue en el Perú donde se elaboró y dio sentido al Tratado, a partir de la ambigua sugerencia de Bolivia”<sup>150</sup>. José de la Riva Agüero aclaraba de perfecta manera las intenciones peruanas plasmadas en el acuerdo:

Aunque los intereses de Chile, decía, parece que aconsejan el mantenimiento de la paz para que siga desarrollándose su creciente comercio, los hechos desgraciadamente inspiran recelos respecto de las miras de su Gobierno i hacen temer que se realicen los planes [...] de apoderarse del litoral boliviano provocando con sus exigencias al Gobierno de Bolivia a un rompimiento que le proporcione la ocasion de ocupar Mejillones i Antofagasta  
Si estas presunciones se realizan, el Perú no podría permanecer espectador indiferente i se vería obligado a sostener a Bolivia en guarda de intereses que nos serian comunes, pues no podríamos permitir que Chile rompiendo el equilibrio americano se hiciese dueño de un litoral que no le pertenece<sup>151</sup>.

Quizás el artículo más importante del tratado de 1873 era el que estipulaba la unión para mantener la mutua independencia, la soberanía e integridad territorial, obligándose a defenderse contra toda agresión exterior, así como “los medios de defensa que cada una de ellas juzgue poder disponer”. Junto con la firma de Benavente y Riva Agüero, el último artículo señalaba que “el presente Tratado de Alianza defensiva entre Bolivia i el Perú, se conservará secreto mientras las dos altas partes contratantes, de comun acuerdo, no estimen necesaria su publicación”<sup>152</sup>. Ahora Perú se alzaba como un caballero de blanca armadura en la defensa de Bolivia, muestra de ello lo daban los discursos plasmados en *El Comercio*, allá por marzo del año de 1879:

*El sentimiento de americanismo, la estimación de la justicia, el amor a la Libertad; principios que jamás consentiréis que se han hollados ni por vuestra nación misma; es el puñal de Caín que hace levantar vuestra solemne protesta; es la agresión de Chile a vuestra predilecta hermana Bolivia; es, en fin, el escándalo lanzado, es el seno de la familia, por una fracción de ella, es el pueblo de Chile dando una lección sin ejemplo*<sup>153</sup>.

Aunque sus trabajos no quedaron allí solamente, pues, desplegando un mayor dinamismo que su vecino, procuró obtener la alianza de nuestro vecino trasandino: Argentina. Con esto, el escenario no podía ser más amenazante, pues de incorporar a Argentina a la alianza, se esperaba aprovechar la difícil situación entre Chile a raíz de la posesión de la Patagonia; no obstante, la incorporación de este actor fracaso mayormente

---

<sup>150</sup> Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, p. 103.

<sup>151</sup> Nota reservada de Riva Agüero a Novoa, de 20 de noviembre de 1872. Citado por Gonzalo BULNES: *Guerra del Pacífico. De Antofagasta a Tarapacá*, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, 1911, pp. 63-64.

<sup>152</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>153</sup> Juan Carlos ARELLANO GONZÁLEZ: “La Guerra del Pacífico y el americanismo republicano en el discurso bélico peruano”, en *História Unisinos*, Vol. 18, n°2, 2014, p. 398.

porque estaba pendiente el conflicto con Bolivia por el territorio de Tarija, el Brasil seguía constituyendo una amenaza; finalmente, la llegada del blindado *Cochrane* desde Europa disuadió al gobierno de Sarmiento. Fuese como fuese, si bien fue Bolivia el primero en iniciar las conversaciones, en sembrar la semilla contra Chile, fue Perú el que las continuó con un sospechoso entusiasmo.

Es así como los intereses netamente económicos<sup>154</sup> se unían con una rivalidad ya histórica, pues aquella política no afectaría a su vecino boliviano, sino que iba dirigida única y exclusivamente a Chile. Por otro lado, ya comenzaba a gestarse un problema en la zona que posteriormente se transformaría en el teatro de operaciones bélico: el desarrollo de población chilena y sus riquezas en el litoral. En cálculos de Pinochet de la Barra, al menos entre un 93 y 95% de la población era de nuestra nacionalidad, el restante porcentaje lo formaban población boliviana: empleados públicos, guarniciones y policías. Por su parte, el capital invertido tanto en puertos como en salitreras y mineras era enteramente chileno. “El fuerte capital desembolsado exigía garantías, la población necesitaba jueces, policía, autoridades administrativas dignas de inspirar confianza, y Bolivia no podía dárselos porque ella misma no los tenía”<sup>155</sup>. Obviamente esto produjo resquemores entre la población chilena y las autoridades bolivianas, al punto que sectores clamaban por movimientos de independencia. En este punto se requería gran tino por parte del Gobierno boliviano a fin de evitar un inminente conflicto, obviamente no lo tuvo.

Es en este punto donde se mostraba la audacia de la política peruana, pues se acordaba con La Paz la instauración de derechos de exportación al salitre con tal de subir su precio y hacerlo menos competitivo con el de Tarapacá. A cambio de ello se les cedían las franquicias aduaneras en Mollendo y Arica, cuestión que sería perjudicial para los comerciantes peruanos, pero con ello se les impondrían los derechos a la Compañía de Antofagasta, sin los cual el monopolio peruano era insostenible. La decisión que más tarde tomaría el general Hilarión Daza, quien llegó al poder en Bolivia tras un golpe de Estado, mostró el poco criterio y tacto al momento de tratar con Chile. Bajo la creencia de que éste se encontraba en una posición débil, el general procedió el 14 de febrero de 1878 a imponer a la Compañía de Salitres Antofagasta un derecho de diez centavos por quintal de salitre exportado, contraviniendo lo estipulado en 1874.

La opinión extranjera acordaba en el hecho de que había sido el Perú quien indujo a Bolivia a declarar el impuesto. Así, por ejemplo, el representante francés en Santiago, barón d’Avril, en 1881 declaraba que este había sido el hecho que desencadenó el conflicto: “El Perú indujo a Bolivia, en 1879, a destruir, por medio de alza de tarifas, la competencia que hacía una poderosa compañía chilena, establecida en la parte boliviana del desierto de Atacama. [...] De allí provino una guerra que puso todo Atacama y todo Tarapacá en manos de Chile”<sup>156</sup>. Una aproximación similar que hacía V. Gülich, representante alemán en Santiago, hacia 1879: “El asunto del Salitre dio ciertamente el último impulso exterior a la actual guerra entre Chile y Bolivia”<sup>157</sup>. Comenzó así una larga cadena de negociaciones, que resultaron todas ellas infructuosas, y terminaron con el remate de los bienes de la Compañía el 14 de febrero de 1879.

---

<sup>154</sup> Para la perspectiva chilena de los intereses políticos peruanos, véase Ignacio SANTA MARÍA: “Guerra del Pacífico”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Año IX, Tomo XXXI, n°35, 1919, p. 51.

<sup>155</sup> Gonzalo BULNES; Óscar PINOCHET DE LA BARRA: *Op. Cit.*, p. 21.

<sup>156</sup> Oficio del 22 de diciembre de 1881. En *Informes Inéditos de Diplomáticos Extranjeros Durante la Guerra del Pacífico*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1980, pp. 325-326.

<sup>157</sup> Oficio del 23 de septiembre de 1879. *Ibidem*, p. 31.

Se podría argumentar que el derecho de 10 centavos era un precio ínfimo a pagar en comparación a todas las ganancias de la Compañía; sin embargo, la cuestión giraba en torno a la intangibilidad de los tratados, pues tanto la Moneda como la Compañía argumentaban que si en este punto se llegó a no respetar lo estipulado, en el futuro la cuestión del paralelo 24 pudiera ser objetado. Pero, a pesar de lo tenso de la situación, el Gobierno Chileno estaba lejos de pensar en un conflicto, al menos así lo demostraba la remesa de 1.500 rifles Remington enviada a Bolivia en enero de 1879<sup>158</sup>. Ello cambió el día 11 de febrero de 1879 cuando, en una cesión de gabinete celebrada en Valparaíso, se anunció que el gobierno de Daza suspendía el tributo de diez centavos y el remate de los bienes de la Compañía, pero, en cambio, rescindía el contrato secreto de 1873 y dejaba sin efecto la concesión de los terrenos salitreros. Aníbal Pinto, en aquella triste mañana porteña, dio por concluida la misión diplomática en La Paz y dio la orden de ocupar militarmente Antofagasta. La guerra por fin había comenzado.

Tales fueron los principales hechos que desencadenaron una de las peores guerras en el continente. En estas alturas sería imposible negar la participación de los vecinos norteros en los hechos, pues si bien fue Bolivia quien colocó la primera piedra en un Tratado Secreto contra Chile, fue el Perú quien tomó la tarea como propia, fue Lima la que estimo tal iniciativa como la mejor manera de detener la “expansión” chilena y sus intereses en el Pacífico. Sin embargo, no midió las consecuencias, más cuando Bolivia, respaldada por su alianza, podía hacer mal uso de ella y lanzarse en una serie de acciones imprudentes, tal como ocurrió en vísperas de la guerra. Ante esto, Perú no podía ser neutral en un conflicto, porque el acuerdo así se lo exigía. Por su parte, ya al finalizar la confrontación, Chile demostraba así, y especialmente tras la ocupación de Lima, su rol rector en los asuntos peruanos, pues esta era la tercera vez que una fuerza chilena llegaba a ocupar la capital peruana. Como lo diría Carmen McEvoy, desde ese preciso instante y hasta agosto de 1884, Lima y el Perú “verían flamear el pabellón chileno empañado con los fulgores de su blanca estrella, el pálido sol de los Incas”<sup>159</sup>.

\*\*\*

A estas alturas de la investigación urge aclarar que no se analizarán las campañas militares y los encuentros, pues hay numerosos autores que lo han hecho de espléndida manera, en mejor prosa y mejor documentados. Sin embargo, es menester ver las consecuencias del conflicto mismo en los hombres, en quienes fueron partícipes de él y cómo ello, de la forma que sea, afectó a las relaciones que el Perú mantendría con Chile de ahí en adelante, después de todo, la guerra es un fenómeno traumático, que muchas veces deja cicatrices imposibles de cerrar.

Y es que “el combatiente lucha envuelto en una atmósfera ideológica que justifica cualquier forma de ataque contra el enemigo. Lucha por una causa que estima buena y superior, contra contendores que son la personificación de los males y deben ser eliminados sin consideración o reducidos a la impotencia. No hay métodos prohibidos para derrotar a los contrarios; pero no se admite que aquéllos los empleen y si lo hace es una prueba más de que son bárbaros, salvajes y arteros. Los dos polos generan una dinámica de sentimientos

---

<sup>158</sup> Benjamín VICUÑA MACKENNA: *Historia de la Campaña de Tarapacá*, Rafael Jover Editor, Santiago, 1880, p. 399.

<sup>159</sup> Carmen MCEVOY: “Chile en el Perú: Guerra y Construcción Estatal en Sudamérica, 1881-1884”, en *Revista de Indias*, Vol. LXVI, n°236, 2006, pp. 199-200

agresivos”<sup>160</sup>. En una actividad tan nuestra, tan arraigada a nuestro ser, no se puede distinguir ni buenos ni malos, solo hombres; hombres que matan, que sufren, que ruegan a Dios y a sus madres cuando la agonía del combate se vuelve insoportable; y durante la Guerra del Pacífico se presentaron todas estas situaciones, en una serie de actos que son fáciles de comprender, más no justificar, y que, para bien o para mal, marcaron la historia de ambas naciones, de sus hombres, soldados y políticos de ahí en adelante.

Imágenes de oficiales, soldados, pueblos, naciones y gobernantes fueron creadas, desde el inicio de la campaña de Tarapacá, pasando por la ocupación de Lima (1881) e incluso hasta el Tratado de Ancón que puso fin a las hostilidades chileno-peruanas; imágenes que muchas veces fueron fomentadas por los odios de los expulsados y su influencia en la opinión pública, la mayoría de las veces favorables al conflicto. En opinión de Nicolás Piérola, revolucionario peruano y enemigo acérrimo del partido civilista, declaraba la importancia de la opinión pública favorable al conflicto:

Ambiciosos vulgares, traficantes conocidos i anatematizados por el sentimiento público, se esfuerzan por levantar en el pueblo pasiones de guerra e incendios de odio, para explotar en provecho suyo la situación que estos traigan i sacar partido de los jenerosos trasportes del sentimiento nacional  
Están resueltos a empujarnos a la guerra, no en el interés del Perú, menos aún en el de Bolivia, sino en interés personal i propio; i como ayer no más lo fue para ellos el combate de Pacochas, el conflicto chileno-boliviano es hoi también para ellos mismo campo de explotación política, sin que falten jentes bien intencionadas que se dejen arrastrar en esa senda<sup>161</sup>.

Incluso, en palabras de Ignacio Santa María, “la guerra era inevitable, porque todo el mundo la deseaba”<sup>162</sup>. Pues, como lo diría nuevamente el representante alemán en Santiago: “La causa verdadera de la guerra actual es, sin embargo, mucho más profunda; es la amarga envidia, el odio vivo, que impera contra Chile desde hace muchos años en Perú y Bolivia. Ambos países, continuamente destrozados por revoluciones y bajo pésima administración, envidian el progreso material de Chile, su vida política ordenada, sin ser alterada por insurrecciones, su alejamiento de los excesos entre anarquía y despotismo y su ascenso sin impedimentos a un peldaño cultural más elevado. [...] Si el asunto del salitre no hubiese acelerado en ese momento la guerra, sin lugar a dudas ésta habría estallado tarde o temprano, bajo cualquier pretexto que se hubiese ofrecido”<sup>163</sup>.

Aunque ello no solo se veía tras la guerra, sino que imperaba en los momentos previos. Un viajero argentino que pasaba por el puerto de Arica en 1855 declaraba que solo bastaba con decir “soy chileno”, para que la población lo considerara un “asesino” o “ladrón”. Cuestión con la que Bolivia no se quedaba atrás, pues ‘es este lugar excepcional del globo, se odia a todo extranjero y especialmente al chileno’. Incluso se llegó al punto que un autor chileno aconsejó a sus compatriotas que no trabajasen en el nuevo ferrocarril que Henry

---

<sup>160</sup> Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, p. 156-157.

<sup>161</sup> Citado por A. RÍOS VALDIVIA: “La Misión Lavalle”, en *Anales de la Universidad de Chile*, Año 2, Serie 2, 1924, pp. 468-469

<sup>162</sup> *Ibidem*, p. 505.

<sup>163</sup> Oficio del 23 de septiembre de 1879, p. 31.

Meiggs estaba construyendo desde Islay hasta Arequipa porque, ‘para todo arequipeño un chileno es un enemigo’<sup>164</sup>.

La estima propia de Chile, alentada por las victorias, fue igualada solo por el desdén hacia el enemigo. Así, se establecía que los chilenos eran “trabajadores y frugales”, mientras que los peruanos y bolivianos pasaban a ser “perezosos y pródigos”. Si el soldado chileno era valiente y confiable, el soldado peruano era cobarde. Incluso la prensa, específicamente *El Mercurio*, atacaba continuamente a los combatientes, llegando al punto de comparar al Perú con “Babilonia” y a los peruanos con “persas afeminados”<sup>165</sup>. A pesar de ello, los sentimientos nacionales, ya en este punto racistas, giraban en torno a dos estereotipos: el *cholo peruano* y el *roto chileno*. Un *Diccionario de Chilenismos*, publicado en 1875, expresó los dos estereotipos y los prejuicios que había tras ellos: “ocupa el *cholo* en la sociedad peruana, más o menos la misma posición que el *roto* en la chilena. Hay, no obstante, entre las cualidades de uno y otras notables diferencias. Aquel es por lo general débil de complexión, flaco de piernas y abultado de panza; éste robusto, musculoso y enjuto de carnes; aquél expansivo y casi siempre palangana; éste taciturno y reservado; aquél más artista; éste más esforzado; y aquél en fin un andaluz injerto a indio peruano; éste un vizcaíno injerto en Araucano”<sup>166</sup>. Una visión desde el frente nos la ofrece Hipólito Gutiérrez:

Como los chilenos que somos andamos a la buena si peliamos peliamos a pecho descubierto, no como estos traicioneros y maricones cholos que no andan más que con traiciones, atrincherados y torpedos y polvorazos, pero de nada les sirve, todo es en vano, para el chileno todo se abarraja y todo se desarma porque no hay temor ni se vuelve las espaldas, ¡viva Chile!<sup>167</sup>.

Una cuestión que pervivió hasta la primera década del siglo XX en testimonios como los de Miguel de Unamuno, quien le escribía a un admirador, Luis Ross Mujica, hablando de Chile como ‘un país de cartagineses, organizado para el botín de guerra, y al cual el salitre ha corrompido’<sup>168</sup>. En cambio, la imagen de los peruanos por parte de los chilenos no iba más allá que de un pueblo envilecido, el cual movilizaba a ‘las hordas de los sanguinarios coyas y de los cholos’, los que irían a la guerra como ‘esclavos’<sup>169</sup>.

Estas actitudes raciales eran más que conocidas tanto por peruanos y bolivianos, y solo servían, sin duda alguna, para alentar aún más la hostilidad contra Chile. Pero los comentaristas peruanos no se quedaron atrás, pues con las mismas intenciones, atribuían aquel salvajismo de las tropas chilenas a la “debilidad de la raza”. En la prensa peruana se distinguía a los “chilenos” como algo distinto, negativo, que encarna los peores valores de los hombres y de amenaza al Perú: ‘Saben que por gran desgracia/ En esa raza encarnados/ Están el robo la insidia,/ La perfidia y el engaño,/ El embuste y la mentira,/ El homicidio’<sup>170</sup>.

<sup>164</sup> Jeffrey L. KLAIBER S. J.: “Los “Cholos” y los “Rotos”: Actitudes Raciales Durante la Guerra del Pacífico”, *Historica*, Vol. II, 1978, p. 28

<sup>165</sup> *Ibidem*, p. 29-30.

<sup>166</sup> *Ibidem*, p. 30.

<sup>167</sup> Hipólito GUTIÉRREZ: *Crónica de un Soldado de la Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico S. A., Santiago, 1956, p. 83.

<sup>168</sup> Mario GÓNGORA: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ediciones la Ciudad, Santiago, 1981, p. 9

<sup>169</sup> *El Pueblo Chileno*, 1879. Citado por Juan Carlos ARELLANO: “Discursos racistas en Chile y Perú durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)”, en *Estudios Ibero-Americanos*, Vol. 38, n°2, p. 247.

<sup>170</sup> *El Murciélago*, Lima, 1879. *Ibidem*, p. 250.

Así, de esta forma, se pregonaba el despertar del Perú civilizado frente a este pérfido enemigo: ‘Despierte, oh pueblo, del fatal letargo [...] que el roto viene a perturbar tu paz [...] Los torpes hijos de Arauco;/ Mas los malvados del cuchillo corvo, Pagarán cara su brutal traición. [...] Buscando viene el exterminio y muerte [...] Al crimen nunca se le puso freno/ En donde quiera que esa raza esté;/ ¿Pero qué extraño, si la voz chileno/ La expresión siempre de lo malo fue?’<sup>171</sup>.

Pero la imagen más recurrente fue la del “salvajismo”, propia del soldado chileno, la cual fue alimentada con los actos cometidos por estos últimos, como la destrucción de las haciendas en el norte del Perú a cargo de la expedición de Lynch o el famoso “repase. Así lo hacía ver *El Mercurio de Valparaíso*: “Los soldados chilenos son por instinto feroces y carniceros; no se satisfacen con ver muertos a sus enemigos; creen que se hacen los muertos, y para dejar bien muertos a los muertos; terminada la batalla, recorren el campo, y ultimán a los heridos [...] y de eso se jactan”. Los intelectuales peruanos atribuían este salvaje comportamiento a la “debilidad de la raza”; una ferocidad que era el producto de ‘una raza mezclada del salvaje araucano, con la escoria europea’<sup>172</sup>.

*La Opinión Nacional* de Lima llegó a describir a Chile como un “País aventurero, codicioso, intrigante”, cualidades que según ellos venían desde la raza. Esto no podía ser de otra forma, ya que “los ánimos, exacerbados y cargados de odio, están predispuestos a acoger cualquier rumor trágico y recargarlo al pasarlo a otras personas”<sup>173</sup>. La imagen de Chile como un país expansionista quedaba más que clara:

Hoy es una verdad histórica, comprobada con documentos oficiales de Chile y sus mismos publicistas, que la verdadera causa de la guerra declarada por esta Nación al Perú y Bolivia en 1879, la que precedió á todo juicio, á toda deliberacion; la que daba cierto impulso á las relaciones políticas y comerciales de Chile con sus vecinos del Norte, era la ambicion de ensanchar su territorio á costa de éstos; los huanos de la costa y las salitreras de Atacama y Tarapacá embargaban pues la codicia del Gobierno y del pueblo Chileno<sup>174</sup>.

Otro testimonio de lo anterior es el de Pedro José Calderón, ministro peruano, al dirigirse a los representantes diplomáticos de las demás naciones: “Repleto de odio i de envidia contra el Perú, cuya superioridad no puede desconocer sin borrar la historia i sin ahogar la voz de una fama que ha pasado a proverbio universal; ébrio de sangre y devorado por la hidrópica sed de nuestras fabulosas riquezas, proclama el asalto a esta capital, que considera como último baluarte de la defensa del Perú”<sup>175</sup>.

Entre estos relatos también surgen las imágenes de los héroes. Si Chile contaba con las figuras de Arturo Prat e Ignacio Carrera Pinto, el Perú contaba con Miguel Grau y Francisco Bolognesi. “en ambos, la historia tradicional encuentra a grandes caballeros,

---

<sup>171</sup> *El Eco del Misti*, Arequipa, 1879. Ibidem, p. 249.

<sup>172</sup> Kevin TELLO AGUINAGA: “*Del Pacífico a La Haya: Historia e imaginarios en la construcción del antichilenismo peruano*”, en Néstor GUERRERO SOTO; Kevin TELLO AGUINAGA: *Premio 2015: Integración y buena vecindad. Chile-Perú/Perú-Chile*, Instituto de Estudios Internacionales, Lima, 2015, p. 15.

<sup>173</sup> Sergio VILLALOBOS: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa*, p. 175.

<sup>174</sup> Mariano Felipe PAZ SOLDAN: *Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, 1884, p. 92.

<sup>175</sup> Citado por Benedicto SPILA DE SUBIACO: *Chile en la Guerra del Pacífico*, Tip. Artigianelli di S. Giuseppe, Roma, 1887, p. 236.

grandes estrategias militares y señores muy heroicos, personas de un comportamiento noble”<sup>176</sup>. Después de todo, y como lo sostenía Gustavo Rodríguez, citando al periódico matutino de La Paz *El Norte*, “Los pueblos que no tienen héroes para venerar deben crearlos”<sup>177</sup>. De tal manera, “Podría decirse que la Guerra del Pacífico no sólo congeló ciertas imágenes de vencedores y vencidos, sino que además [...] estos símbolos pasaron a constituir parte importante de las identidades nacionales. [...] Porque no sólo actuaron como un mecanismo de adhesión a ciertos valores internos de cada sociedad, sino también como elementos muy fuertes de disociación y desconfianza”<sup>178</sup>.

Pues como lo diría el embajador peruano en Chile, Carlos Pareja Ríos, las décadas posteriores al conflicto fueron el período que constituyó la traumática postguerra, convirtiéndose en el tiempo en que, tanto en Chile como en el Perú, se desarrollaron discursos antagónicos, de carácter nacionalista y que nutrieron los imaginarios que pervivieron hasta la actualidad<sup>179</sup>, estableciendo la imagen de “otros” frente a “nosotros”. Lamentablemente, estas visiones, muchas veces erradas y decadentes, echan raíces profundamente, se convierten en mito y leyenda, se incorporan al folclor de cada país y comunidad para terminar por convertirse en realidad.

La Guerra del Pacífico, si bien se mostró como una respuesta ante el Tratado Secreto, se enmarca en la dinámica chileno-peruana de la rivalidad histórica duradera, fue más bien una continuación de lo que ya se venía gestando hacia generaciones; no obstante, fue este conflicto el que marcaría un antes y un después en la conciencia nacional, social e histórica de la población chileno y peruana, una cuestión que sería traspasada de generación en generación. Ello “a través de su afiliación a los sistemas educacionales como una herramienta de cohesión temprana en torno a lo que se consideran los pilares básicos y fundamentales de la nación”<sup>180</sup>. La Guerra del Pacífico caló muy hondo en la conciencia de cada país, al punto que, a 100 años de su inicio, aún generaba resquemores:

*El periodo entre la salida de las tropas de Lima y la firma del Tratado de 1929 es un periodo tan largo como la Guerra Fría, y es ahí donde Chile pierde la paz. [...] Cuando Chile dice que está conforme con lo que tiene, que no es un país expansionista, que no quiere más guerras, puede convencernos a nosotros mismos, pero difícilmente a los países que perdieron territorios y que están pensando cómo recuperarlos. Esta es la geopolítica clásica de Von Clausewitz: el vencedor está con las armas debajo de la almohada esperando que el vencido no se potencie, y en el otro lado la situación inversa, esperando que el vencedor se descuide*<sup>181</sup>.

---

<sup>176</sup> Cristóbal ALJOBÍN: “La Guerra del Pacífico en los Textos Escolares Peruanos”, en AA. VV.: *La construcción de las memorias nacionales. Mitos, Tabúes y Silencios de la Historia*, Comisión Bicentenario, Santiago, 2008, pp. 34-35.

<sup>177</sup> Gustavo RODRÍGUEZ: “La Guerra del Pacífico y la Emergencia del Nacionalismo en Bolivia, 1879-1952”, en AA. VV.: *La construcción de las memorias nacionales. Mitos, Tabúes y Silencios de la Historia*, p. 41.

<sup>178</sup> Eduardo CAVIERES FIGUEROA: *Chile-Perú. La Historia y la Escuela*, p. 38.

<sup>179</sup> Carlos PAREJA RÍOS: “Comentario a Mesa redonda sobre las relaciones Chile-Perú”, en *Estudios Internacionales*, n°165, 2010, p. 200.

<sup>180</sup> Cristian LEYTON SALAS: *Op. Cit.*, p. 84.

<sup>181</sup> Entrevista a José Rodríguez Elizondo. Citado por Emilio UGARTE DÍAZ: *Chile-Perú: Cómo la Idea de Nación y los Imaginarios Condicionan la Relación Vecinal, 1883-1980*, Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Internacionales, Universidad de Chile, Santiago, 2011, p. 113-114.

Es así que desde este conflicto el factor Chile ha estado presente en el surgimiento del sentimiento e imagen de lo que hemos conocido como nación peruana, desde la perspectiva de lo que Leyton Salas ha llamado un nacionalismo negativo, y, de forma paralela, en la posterior configuración del Estado peruano durante todo el siglo XX. De tal manera que existe un antes y un después en el Perú tras la guerra, precisamente por el sentimiento de derrota, la nueva ocupación de la capital y la crisis por los territorios perdidos. Existe, a la par, un amplio consenso de las consecuencias de la guerra; de hecho, Heraclio Bonilla en *Un Siglo a la Deriva* sostenía que el inicio de la contienda significó “la descomposición política del Perú”<sup>182</sup>, cuestión compartida por Carlos Contreras al afirmar que la “derrota militar provocó la descomposición de la sociedad peruana, manifestada en los saqueos y hasta masacres”<sup>183</sup>. Una consecuencia directa de “la fallida experiencia civilista y de la derrota frente a Chile, que significó la destrucción de la capacidad productiva del país y la pérdida de los territorios salitreros”<sup>184</sup>.

En palabras de Carmen Mc Evoy, “la derrota frente a Chile fue el peor revés que sufrió el país luego de su destructiva guerra por la independencia (...) En pocas palabras, las bases económicas, políticas, ideológicas e incluso geográficas del sueño republicano fueron erradicadas violentamente por la secuela de destrucción física y moral que dejó la guerra”. Una cuestión compartida por Jorge Basadre: “el sacudimiento más grande que el hombre peruano sintió en ese siglo... No hubo existencia de contemporáneo, joven o viejo, varón o mujer, que de un modo u otro no fuera tocado por ese drama (...) el complejo de inferioridad, el empequeñecimiento espiritual, perdurable jugo venenoso destilado por la guerra, la derrota y la ocupación”<sup>185</sup>. Es de esta forma, tras la derrota y la posterior ocupación, que el Perú inicia lo que muchos han denominado como la fase de reconstrucción nacional y, como lo ha dicho Nelson Manrique, “A partir de la guerra es el chileno lo que nos hace peruanos”<sup>186</sup>.

En palabras de Nelson Gálvez Martínez, solo sería el conflicto del 79 el que lograría la cohesión interna peruana:

Desde el punto de vista de la construcción de una conciencia nacional, la guerra del Pacífico fue más importante que la independencia. Allí donde no existían las condiciones para la formación de un nacionalismo positivo, en base a lo que los peruanos tenían en común, la conciencia nacional surgió de la oposición frente [a] los chilenos.<sup>187</sup>

En este punto es Chile el factor que surge como elemento cohesionador de la sociedad peruana, dándole intereses comunes, así como un enemigo común, pues “cuando el Ejército chileno ocupa la zona, saquea y viola (sic), pero choca con orgullosos pequeños propietarios independientes... se desata una ola nacionalista en la que el rechazo al invasor unifica a los

<sup>182</sup> Heraclio BONILLA: *Un Siglo a la Deriva. Ensayos sobre el Perú, Bolivia y la Guerra*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1980, p. 186.

<sup>183</sup> Carlos CONTRERAS; Marcos CUETO: *Historia del Perú Contemporáneo. Desde las luchas por la Independencia hasta el Presente*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2013, p. 174.

<sup>184</sup> Julio COTLER: *Clases, Estado y Nación en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2005, p. 127.

<sup>185</sup> Carmen MCEVOY: *La Utopía republicana y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*; Jorge BASADRE: *Historia de la República*, Tomo VI. Citado por Emilio UGARTE DÍAZ: *Chile-Perú: Cómo la Idea de Nación y los Imaginarios Condicionan la Relación Vecinal*, pp. 58-59.

<sup>186</sup> Citado por Paz Verónica MILET: *Op. Cit.*, p. 63.

<sup>187</sup> Nelson MARTÍNEZ GÁLVEZ: *Op. Cit.*, p. 19.

peruanos. Las cartas de los oficiales son claras “El enemigo común es el chileno”<sup>188</sup>. Una cuestión que no podía realizarse antes del conflicto, pues primaba la inexistencia de un sentimiento de unidad nacional, lo que trajo consigo la ausencia de una percepción de intereses comunes y de allí la inexistencia de una percepción de amenaza general.

Esto último quedaba en evidencia en el pasaje citado por Gonzalo Bulnes, el cual refleja la falta de los intereses nacionales y un factor unificador en la lucha contra el “otro”. Y es que tras las batallas de Lima, el general Lynch recorría el hospital de sangre en compañía del almirante francés Du Petit Thouars, quien no podía comprender el resultado de la contienda en vista de las poderosas fortificaciones. Lynch, amablemente, se ofreció a explicárselo. Se acercó a dos heridos peruanos y, junto con dirigirles palabras consoladoras, le preguntó separadamente: “¿I para qué tomó Ud. parte en estas batallas?”. El primero le contestó: “por don Nicolás”; mientras que el segundo afirmó: “por don Miguel”. El general Lynch se dirigió después a dos heridos del ejército chileno y realizó la misma pregunta, a lo que ambos respondieron con profunda extrañeza: “¿Por mi Patria, mi jeneral!”. Volviéndose a Du Petit Thouars le dijo: “Por eso hemos vencido. Unos se batían por su patria; los otros por don Fulano de tal”<sup>189</sup>.

Algo que el oficial Carey Brenton, lugarteniente inglés adscrito a la jefatura de campo del ejército peruano durante la defensa de Lima en 1881, reafirmaría:

La mayoría de oficiales especialmente los superiores, los descendientes de los antiguos colonos españoles y, en consecuencia, tienen muy poco en común con sus hombres. Se desconoce el *Esprit de Corps*: y aunque invariablemente el grito de “Viva el Perú” lo diera el soldado peruano antes de atacar o de huir del enemigo, probablemente no es consciente de su significado y simplemente lo grita porque se le ha ordenado hacerlo. Muchos de ellos ignoraban totalmente la causa por la que peleaban, imaginaban que era una revolución, siendo las partes contendoras, respectivamente, el general Chile y Piérola; mientras que por un oficial, también he sido informado que muchos de los soldados han sido escuchados cuando expresaban que “no iban a ser fusilados en beneficio de los blancos”<sup>190</sup>.

Según Heraclio Bonilla, “La palabra “colapso” es probablemente la que mejor expresa la situación del Perú después de la guerra. [...] La forma como el Perú se “reconstruye”, es decir el nuevo alineamiento interno de sus diferentes fuerzas sociales, así como la nueva naturaleza que reviste su inserción en el mercado internacional, hacen de los años inmediatos de la posguerra el punto de partida del ordenamiento del Perú contemporáneo”<sup>191</sup>. Surgió así una necesidad de establecer un orden político que generara un elemento aglutinador, que permitiera unificar a los hombres en torno a la defensa del bien nacional a la vez que cumplía el rol de buscar al “culpable” de los males ocasionados en la guerra.

De tal forma que la idea de una *nación peruana* nace, se desarrolla y cristaliza a la luz de un enemigo común, uno visible y que ha marcado al Perú desde el inicio de su vida

---

<sup>188</sup> Entrevista a Nelson Martínez Gálvez, citada por Cristian LEYTON SALAS: *Op. Cit.*, p. 100.

<sup>189</sup> Gonzalo BULNES: *Guerra del Pacífico. De Tarapacá a Lima*, Tomo II, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, 1914, p. 699.

<sup>190</sup> Heraclio BONILLA: *Op. Cit.*, 202.

<sup>191</sup> *Ibidem*, pp. 222-223.

independiente. La otrora capitanía, pobre y al final del mundo, ya rivaliza y superaba por mucho a los remanentes del Virreinato, otrora rico y opulento. Pero este proceso de unión no es algo automático, pues, como todo proceso histórico, surge con el tiempo y se consolida lentamente. Así lo hacía ver Julio Cotler: “Al retirarse las fuerzas chilenas en 1883, durante dos años continuaron sucediéndose las luchas entre caudillos”<sup>192</sup>. Pero, a pesar de ello, y como lo diría Víctor Andrés Belaúnde: “lo que no pudieron producir la guerra de la Independencia y los primeros años de la República, lo pudo crear la guerra del 79... La guerra cohesionó en un máximo esfuerzo de defensa a los distintos elementos del organismo peruano, mezcló en las horas supremas del sacrificio la sangre de todas las razas, y debió sellar definitivamente esa unión por la comunidad en un inmenso dolor. La tristeza de la ocupación, la amargura de las derrotas, la herida sangrante de la mutilación del territorio, debieron traernos una enorme compensación moral: la disposición del país para volver sobre sí mismo, buscar las causas de su mal, encontrar *en la realidad* la orientación salvadora...”<sup>193</sup>. Pero lo que no menciona Belaúnde es que esta construcción de la nación peruana se produce en contraposición de lo “chileno”.

Como diría José Rodríguez Elizondo:

Quando llega la guerra, el Perú consolida una percepción de monocausa, porque los países tienden a simplificar la historia. Y sobre todo luego de una guerra fratricida entre dos países vecinos queda muy claro en la percepción iconográfica cultural, mejor dicho de los pueblos, que hay una sola causa de esto, y esa es Chile. Entonces, todo el rencor se sintetiza en Chile. De ahí viene el calificativo que merece la guerra con Chile de ‘guerra infausta’, calificativo que no tienen las otras guerras que enfrentó el Perú<sup>194</sup>.

Otras guerras que no han escaseado, incluso en lo interno. A diferencia de los demás países americanos, el país del Rímac ha experimentado una especie de amnesia respecto a los demás conflictos hasta el punto de olvidar aquellos que han marcado su historia. Países como Argentina, Estados Unidos, Colombia, Uruguay y, en cierta medida, Chile, no pasan por alto aquellos desgraciados derramamientos de sangre entre compatriotas ni tampoco dejan de recordarlos. Pero como lo ha dicho Cecilia Méndez y Carla Granados, aquella “amnesia” no responde a la ausencia de conflictos, sino que se yerguen a la sombra de algo más significativo. Ni la Conquista, ni la Guerra de Independencia, ni las mismas guerras civiles han logrado lo que la Guerra del Pacífico: “ha tenido en el Perú mayor peso en la formación de sentimientos nacionalistas y ha ofrecido un sentido de identidad nacional más prominente”<sup>195</sup>. El Perú se ve como un ente plagado de heridas, sangrantes todas y de gran malestar, pero una de ellas es la más profunda y la que más duele.

Pero no solo fue el sentimiento de derrota lo que contribuyó a crear lo “peruano”, sino que también lo haría la percepción de despojo territorial a manos de los chilenos, una cuestión que dirigiría su postura en las relaciones que sostendría con su otrora enemigo. Tacna y Arica

---

<sup>192</sup> Julio COTLER: *Clases, Estado y Nación en el Perú*, p. 130.

<sup>193</sup> V. A. BELAÚNDE: *Meditaciones Peruanas*, Citado por Cristian LEYTON SALAS: *Op. Cit.*, p. 136.

<sup>194</sup> citado por Emilio José UGARTE DÍAZ: “La Guerra del Pacífico como referente nacional y punto condicionante de las relaciones chileno-peruanas”, en *Si somos americanos. Revista de Estudios Transfronterizos*, Vol. XIV, n°2, 2014, p. 166.

<sup>195</sup> Cecilia MÉNDEZ G.; Carla GRANADOS MOYA: “Las Guerras olvidadas del Perú: Formación del Estado e Imaginario Nacional”, en *Rev. Socio. Polit.*, Vol. 20, n°42, 2012, p.58.

generaron efectos a largo plazo en el imaginario peruano, aunque esto también tenía una base práctica, tanto al nivel geográfico como histórico como lo ha dicho Ernesto Yepes de Castillo: “desde la época prehispánica, Arica fue la salida más propicia del Altiplano al Océano Pacífico: baja y con pocas pendientes. Junto a Tacna, el escenario ya es perfecto. Tacna existe porque era la salida de los minerales de Potosí. Del Altiplano se pasa por Tocora, de allí se descende, como una pista de aterrizaje, a Tacna y luego a Arica. Ese ha sido el viaje histórico, inmemorial”<sup>196</sup>. Aquella mutilación territorial pasó a ser un recordatorio permanente de la derrota y humillación.

El problema de Tacna y Arica, o la cuestión del Pacífico como se le ha llamado, fue una constante en las primeras décadas del siglo XX, ya que con el Tratado de Ancón se establecía que Chile tenía el derecho a ocupar y administrar las provincias de Tacna y Arica por un período de diez años, después de lo cual los habitantes de tales provincias elegirían por medio de un plebiscito la nación de su ciudadanía formal. Como lo diría el *Enmascarado* a la revista *Sucesos* allá por el año de 1917: “lejos de afianzar la paz con el Perú, nos trajo y nos afianzó un estado de guerra latente”<sup>197</sup>.

El no lograr un consenso solamente significaba para el Perú que Santiago posponía el plebiscito hasta el momento en que la *chilenización* diera resultados. Como consecuencia directa de ello, la disputa sobre los territorios perdidos permaneció viva y afectó derechamente a las relaciones peruano-chilenas, esto al punto que en dos oportunidades, 1901 y 1910, Perú rompió las relaciones diplomáticas formales con Chile. Incluso en 1919, refiriéndose a la disputa por Tacna y Arica, el candidato presidencial Augusto B. Leguía sostenía como ‘el asunto primordial al que debemos dedicar nuestros más vigorosos esfuerzos’ e hizo de la cuestión del Pacífico el elemento central de su programa de relaciones exteriores<sup>198</sup>. Aunque no todos se mostraban tan entusiastas como Leguía, solo bastaba con leer los comentarios de Víctor Andrés Belaunde, por aquellos años Ministro de Relaciones Exteriores: “El Perú en su discusión con Chile tenía la desventaja de mantener cuestiones pendientes con sus vecinos,, se creía que era indispensable solucionar estas cuestiones y consolidar la amistad de los países limítrofes a fin de contar con su consenso y apoyo moral en nuestras justas demandas respecto a Chile”; sin embargo, en palabras del diplomático René Hooper: “la política exterior del Perú tenía que estar encadenada a la política exterior chilena, por ese cordón umbilical creado por el vencedor”<sup>199</sup>.

Así, aquello marcaría a la élite política e intelectual del Perú en las primeras tres décadas del siglo XX. Prueba de ello es lo atestiguado por Ernesto Yepes del Castillo, quien resaltaba el sentimiento de restitución que surgió al terminar la Primera Guerra Mundial:

Durante la etapa final de la primera gran guerra mundial [...] surgió en el Perú una ola de entusiasmo, ya que tanto los intelectuales y los estudiantes como la gente común creyeron que aquellas puritanas normas iban a ser aplicadas también en América del Sur [los catorce puntos de Wilson], y especialmente en relación con el viejo conflicto peruano –chileno. Se divulgó la tesis de que, como el tratado de Ancón no habían respetado por Chile, ya era nulo; y de

---

<sup>196</sup> José UGARTE DÍAZ: *Op. Cit.*, p. 138.

<sup>197</sup> Revista *Sucesos*, Año XV, n°757, 29 de marzo de 1917.

<sup>198</sup> William E. SKUBA: “Una Cuestión dentro de la Cuestión: El nacionalismo y la cuestión indígena en el sur del Perú, 1900-1930”, en *Revista Andina*, n°41, 2005, p. 90.

<sup>199</sup> Michel LAGUERRE KLEIMANN: *El Oncenio y el Desarrollo de la Armada Peruana (1919-1930)*, Dirección de Intereses Marinos, Lima, 2015, p. 86.

que por lo tanto, no solo Tacna y Arica sino además Tarapacá debían volver al seno de la patria<sup>200</sup>.

Y es que, en palabras de Cristóbal Aljovín de Losada, “*Fueron décadas y décadas en que el Perú consideró que la guerra fue muy injusta y diversos sectores consideraron que Chile estaba jugando sucio en las negociaciones. Es una suerte de tratado de Versalles que no cerró bien el debate. Entonces, no sólo es la guerra, sino también el proceso de negociación de Tacna y Arica, son 40 años en que cada semana salían anuncios con parte de la negociación. El artículo tercero es muy claro y dice que tenía que organizarse un plebiscito a los diez años y nunca se organizó. Y toda la política exterior del Perú estaba orientada a la recuperación de Tacna y Arica. Te darás cuenta de esa dimensión, no fue una guerra que se cerró, sino que continuó hasta 1929. Entonces, son dos factores: la guerra y todo el proceso de negociación post tratado de Ancón. Es importante conjugar las dos cosas para entender cierta cultura antichilena del Perú*”<sup>201</sup>.

Serían estos dos hechos lo que, a la par, han ayudado a conciliar y unificar los objetivos con su ya aliado histórico: Bolivia. Después de todo, ambos compartían el sentimiento de derrota y ambos se vieron privados de territorios sumamente importantes para su proyección económica. Por otro lado, el Protocolo Complementario del Tratado del 3 de junio de 1929, haciendo referencia a su artículo número 1, impedía a “Los Gobiernos de Chile y del Perú [...] ceder a una tercera potencia la totalidad o parte de los territorios que, en conformidad al Tratado de esta misma fecha”<sup>202</sup>. Es precisamente por ello que el Gobierno Peruano introdujo una “política chilena” que aunará a Bolivia.

Pero hubo un sector donde estos elementos fueron recibidos aún con más fuerza, en aquellos que experimentaron en la lid el fracaso mismo y que la sociedad peruana le restregó de ahí en adelante: las fuerzas armadas. Como señalaba Víctor Villanueva en 1971: ‘*la frustración que sufrió el ejército en esta ocasión [la Guerra del Pacífico] es, talvez, una de las más graves de su historia, tanto que aún no ha logrado reponerse del todo*’<sup>203</sup>. Y como diría Carlos Dellpiane respecto a los sucesos de la fatídica guerra de 1879: “el fracaso de las fuerzas armadas en plena lucha, no es fácilmente remediable. Esto representa el más duro golpe que pueda sufrir la nacionalidad y la herida que produce no puede restañarse sino en largos años de triste y humillante convalecencia [*sic*]”<sup>204</sup>.

Esto no podía ser de otra forma, pues, según lo creía Villanueva, existía un sentimiento institucional de haber faltado al compromiso, particularmente por no haber “*Cumplido con el deber que imponer la Constitución: defender al país contra agresiones extranjeras y velar por la integridad territorial*”<sup>205</sup>. Una similar consideración a la de Benedicto de Spila, en la que se sostiene que “La guerra es un terrible azote, que no circunscribe sus horrores a los campos de batalla, donde son llevados al matadero los mejores hijos de las naciones. En la guerra se juega una gran carta sobre la cual está puesto el honor i la vida de una nación; i en vista de tan vitales intereses toda medida menos enérgica se

---

<sup>200</sup> Ernesto YEPES DEL CASTILLO: *Jorge Basadre. Memoria y Destino del Perú. Textos Esenciales*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima, 2003, p. 43.

<sup>201</sup> Entrevista a Cristóbal Aljovín de Losada, 2010. citado por Emilio UGARTE DÍAZ: *Chile-Perú: Cómo la Idea de Nación y los Imaginarios Condicionan la Relación Vecinal*, p. 53.

<sup>202</sup> Tratado chileno-peruano de 1929.

<sup>203</sup> Citado por Cristian LEYTON SALAS: *Op. Cit.*, p. 215.

<sup>204</sup> Carlos DELLPIANE: *Historia Militar del Perú*, Tomo II, Librería e Imprenta Gil s. a., Lima, 1931, p. 469.

<sup>205</sup> Citado por Cristian LEYTON SALAS: *Op. Cit.*, p. 215.

creería quizá una debilidad reprensible, una traición imperdonable, un delito de lesa patria”<sup>206</sup>.

A ello se sumará la impotencia e incapacidad del ejército peruano, pues en la Guerra Civil de 1895 fuerzas irregulares lograron someter militarmente a las fuerzas armadas, logrando así consolidar una visión de derrota y un profundo sentimiento de desesperanza, una cuestión que no superará hasta bien entrada la década de 1940. Esta reacción de derrota fue capitalizada por los militares, pero, con el transcurso de los años, aquella visión de derrota y humillación ante el invasor chileno también se traspasó al conjunto de la sociedad civil peruana: “la presencia de una carga emocional negativa, traducida en una exagerada exaltación nacionalista, desconfianza y recelo hacia el vecino y un marcado espíritu revanchista por parte del pueblo y de las Fuerzas Armadas peruanas, como herencia de la Guerra del Pacífico”<sup>207</sup>. Pero aquello no solo fue un sentimiento vacío de animosidad, sino que se dirigió contra la clase política, a quien culpaban de los desastres acaecidos antaño. En palabras de Carlos Lisson, allá por el año de 1887:

Henos tocado en suerte presenciar esta catástrofe. La guerra exterior nos tomó desprevenidos y fuimos derrotados en los campos de batalla; pero esta guerra que se nos hacía por motivos indignos y con fines proditorios, tenazmente perseguidos, tocó al extremo de que llegó el día en que nada teníamos ya que perder, y entonces tomó, como era natural, el carácter de personal y heroica. -Aunque vencidos, sin armas ni recursos, nos agarramos al brazo con nuestro poderoso adversario, resueltos á caer ambos postrados en tierra para obligarlo á tratar en términos razonables. -Chile que no contaba con esta resistencia y que vió en peligro sus triunfos, recurrió á la intriga; y logró que el partido que tan mal había dirigido la defensa nacional se fraccionase, y que una parte de él, pidiera la paz á cualquier precio. [...] y entonces sólo pudo Chile cantar victoria<sup>208</sup>.

Pero quizás aún más importante, es que esta animosidad generó en un sentimiento de revancha, de recuperar lo “nuestro” frente a aquel que lo había arrebatado. Este revanchismo se expresará en las filas de forma horizontal más no públicamente, a la vez que se nutrirá de la visión de aquello que les ha sido arrebatado y se eleva como un constante recordatorio de la derrota: Arica.

El bastión expugnado, que se alza apoteósico a la vista ineludible de cualquier peruano o chileno que visite o habite en Arica. Es un majestuoso símbolo para los que lograron la victoria, y un afrentoso emblema natural para los que fueron derrotados<sup>209</sup>.

\*\*\*

---

<sup>206</sup> Benedicto SPILA DE SUBIACO: *Op. Cit.*, p. 237-238.

<sup>207</sup> Juan C. SALGADO BROCAL; Óscar IZURIETA FERER: *Las relaciones Bilaterales Chileno-Peruanas Contemporáneas*, p. 226. Citado por Rodolfo ORTEGA PRADO: *Op. Cit.*, p. 146.

<sup>208</sup> Carlos LISSON: *Breves Apuntes sobre la Sociología del Perú en 1886*, Imprenta y Librería de Benito Gil, Lima, 1887, p. 6-7.

<sup>209</sup> Rodolfo ORTEGA PRADO: *Op. Cit.*, p. 138.

## II. Arica, una Ciudad Entre Dos Naciones

*¡No me rindo carajo, viva el Perú!!*  
(Último grito del Coronel José Justo Arias y Aragüez en la Ciudadela del Morro, 1880)

*¡Al Morro Muchachos!*  
(Grito del 4° de Línea antes de cargar hacia el Morro)

Como hemos visto, un elemento constante en el Norte Grande de Chile ha sido la constante pugna de territorios, ya sea por su valor estratégico o económico. Arica, como ciudad y localidad, no ha sido ajena a este escenario, pues una vez “culminada la guerra del Pacífico, el devenir de Arica y sus valles costeros y serranos se vio conmovido por las pugnas locales que acaecieron entre peruanos y chilenos por definir, en un territorio de frontera, cuál sería el destino de las ciudades de Tacna, Arica y sus respectivas zonas áreas de influencia, cuestión que el Tratado de Paz y Amistad de 1929 entre el Perú y Chile solo resolvió en el plano jurídico, más no necesariamente en los ámbitos de las relaciones sociales, la cultura y las tradiciones”<sup>210</sup>, elementos en que siguieron desarrollándose las percepciones contrarias al otrora enemigo, moviéndose de forma silenciosa tras las fronteras, planteando resquemores y azuzando los ánimos para posibles confrontaciones.

El éxito obtenido por las tropas chilenas en la campaña de Tacna y Arica significó la ocupación de dichas regiones. La Toma del Morro en 1880 permitió controlar de forma permanente la ciudad y puerto de Arica. Un enfrentamiento en que muestras de heroísmo por ambas partes no faltaron, solo bastaba con ver la actitud de Bolognesi frente a la petición de rendición del comisionado chileno:

Tengo deberes sagrados, repuso Bolognesi, y los cumpliré hasta quemar el último cartucho<sup>211</sup>.

Historiadores como Jorge Basadre han exaltado el patriotismo del resto de los oficiales peruanos, a los que Bolognesi reunió para refrendar en ellos su decisión de combatir hasta las últimas consecuencias. Una decisión que todos aceptaron con agrado, pues, “uno a uno, fueron consultados sus oficiales y destaca que, a pesar de la superioridad de las fuerzas con las que debían batirse, todos aceptaron sin dilación un destino patriótico en ciernes”. Pero este heroísmo no solo recubriría de gloria los militares, dado que civiles acompañaban a las tropas peruanas, incluso jóvenes acaudalados y hombres de edad que, a pesar de sus vidas prósperas, no dudaron ante el llamado de la patria. Entre todos ellos, el más recordado es Alfonso Ugarte:

La emoción colectiva habría puesto, pues, un ropaje de poesía épica a una realidad esencial. Alfonso Ugarte, el millonario de Tarapacá, el joven

---

<sup>210</sup> Alberto DÍAZ ARAYA; Rodrigo RUZ ZAGAL; Luis GALDAMES ROSAS (comp.): *Tiempos Violentos. Fragmentos de Historia Social en Arica*, Ediciones Universidad de Tarapacá, Chile, 2014, p. 9.

<sup>211</sup> Daniel PARODI REVOREDO: “La República frustrada y el enemigo perverso. La Guerra del Pacífico en la Historia de la República del Perú de Jorge Basadre” en Eduardo CAVIERES FIGUEROA; José CHAUPIS TORRES (Eds.): *La Guerra del Pacífico en Perspectiva Histórica*, p. 265.

apacible, se lanzó simbólicamente con su caballo a la inmensidad mucho antes del 7 de junio<sup>212</sup>.

Para el caso chileno la cuestión no fue menor, prueba de ello nos la da Gonzalo Bulnes al describir el asalto al Morro:

El Regimiento n° 3, al verse descubierto, emprendió el asalto del fuerte [...] bajo una granizada de balas y llegando a las murallas de sacos, los atacó con sus yataganes y cuchillos. [...] La avalancha humana penetró a ese recinto y el duelo de asaltantes y asaltados continuó a quema ropa dentro de la estrecha plazoleta<sup>213</sup>.

El resultado de la contienda es más que conocido, pudiendo resumirse en la frase que Pinto dirigió a Baquedano: “[Arica] ha sido tomada a la chilena: de asalto y a la bayoneta”<sup>214</sup>. El Comandante en Jefe del Ejército Chileno informaba al Sr. Ministro de Guerra los resultados mismos: “El enemigo perdió a sus mejores jefes. El que no cayó prisionero, rindió la vida. Otro tanto sucedió a los soldados. Sus muertos pasan de 1000 i sus prisioneros de 1.328, 118 de la categoría de jefes i oficiales, los restantes soldados i marineros”<sup>215</sup>.

Sin embargo, durante el combate se cometieron atroces acciones que alimentarían a la prensa nacionalista peruana, pues, como lo decía Bulnes, “El suelo se cubrió de sangre coagulada. En vano los jefes hacían tocar las cornetas ‘¡cesar el fuego!’ Nadie oía la voz de clemencia”. Ello se acrecentaría con el “fusilamiento inhumano de algunos soldados peruanos acorralados en la plazoleta de la iglesia de Arica”<sup>216</sup>. Después del sangriento combate, muchos soldados cometieron la atrocidad de arrojar los cadáveres de los vencidos al mar desde el mismo fuerte del Morro, cuestión que afectaría a la sanidad misma de la ciudad, la cual sufriría el embate de la euforia de los soldados después del triunfo, cuestión que se materializaría en el saqueo de unas cuantas casas y el atropello a sus habitantes. Esto último solo se resolvería con el fusilamiento de unos cuantos a modo de ejemplo<sup>217</sup>.

En palabras de Roberto Arancibia Clavel, Arica fue, durante la guerra, una pieza fundamental tanto para chilenos, peruanos y bolivianos. Allí aguantó Bolognesi, allí se dio la concentración de las fuerzas peruanas y bolivianas antes y después de la campaña de Tarapacá, los combates navales en la rada de Arica, la batalla misma, la base de operaciones para los chilenos y las conversaciones futuras para lograr la paz<sup>218</sup>.

Fuere como fuere, desde ahí en adelante se inicia en la Ciudad de la Eterna Primavera, conjuntamente con Tacna, todo un proceso destinado a incorporar dichas provincias a los principios de modernidad imperantes en el Chile de la segunda mitad del siglo XIX. Se argumentaba que “Durante la dominación peruana, esas provincias del Norte no conocieron la prosperidad ni siquiera los beneficios comunes que un régimen democrático, bien comprendido y bien aplicado, difunde en todas las células de los organismos

---

<sup>212</sup> Ibidem, p. 266.

<sup>213</sup> Gonzalo BULNES: *Guerra del Pacífico. Volumen II*, Editorial del Pacífico S. A., Santiago, 1955, p. 194.

<sup>214</sup> Ibidem, p. 197.

<sup>215</sup> Roberto ARANCIBIA CLAVEL: *Breve Historia Militar de Arica*, Comandancia en Jefe del Ejército, Departamento Comunicacional, Arica, 1989, p. 216.

<sup>216</sup> Gonzalo BULNES: *Guerra del Pacífico. Volumen II*, pp. 195-197.

<sup>217</sup> Roberto ARANCIBIA CLAVEL: *Breve Historia Militar de Arica*, pp. 218-219.

<sup>218</sup> Ibidem, p. 234.

republicanos”<sup>219</sup>. Así, y como lo dirían Elías Pizarro y Alfonso Díaz Aguad, los principios políticos, sociales y económicos del liberalismo triunfante comenzaron una etapa de consolidación en el Norte Grande, ahora chileno:

Progreso económico y social, libertad política, fueron los pilares básicos que tipificaron la modernidad del estilo de conducta que Chile plasmó en Arica. Fueron el motor y nervio que explican el asentamiento costero y los motivos por los cuales le resultó fácil consolidar en un plazo relativamente breve su asentamiento en esta<sup>220</sup>.

Tras el Tratado de Ancón (1883), las autoridades chilenas aplicaron, tanto en Tacna como Arica, las disposiciones correspondientes a su legislación. Es así como el 31 de octubre de 1884, por la ley publicada en el *Diario Oficial* (n°2.261), se procedió a concretizar la primera medida destinada organizar política y administrativamente las nuevas provincias conseguidas en la guerra:

Art. 1°. Los territorios de Tacna i Arica se considerarán como una provincia de la República, que llevará el nombre de Tacna.

Art. 2°. En la nueva provincia rejarán las leyes chilenas, i sus habitantes gozarán de las mismas garantías que la Constitución otorga a los del resto de la República.

Art. 3°. La provincia de Tacna se dividirá en dos departamentos denominados Tacna y Arica. [...]

Art. 6°. La capital de la provincia i del departamento de Tacna será la ciudad de este nombre, i la del departamento de Arica la ciudad i puerto de esta misma denominación [...]

Art. 10°. En cada uno de los departamentos de la provincia nombrará el Presidente de la República tres alcaldes cada tres años, para que desempeñen en su departamento respectivo el cargo de tales con las atribuciones i obligaciones que expresa la lei del 24 de agosto de 1876<sup>221</sup>.

Posterior a ello, se procedió, por Decreto Supremo del 20 de enero de 1885 a dividir el departamento de Tacna en subdelegaciones y distritos con sus límites, nombres y números respectivos. Por su parte, el departamento de Arica también fue subdividido en subdelegaciones y distritos por el Decreto Supremo del 9 de mayo de 1885<sup>222</sup>. Quizás lo más importante en esta regularización de los nuevos territorios fue la imposición de una serie de funcionarios públicos enviados desde la capital para el buen funcionamiento y cumplimiento de los objetivos nacionales:

---

<sup>219</sup> THE SOUTH PACIFIC MAIL: *La Administración Chilena en Tacna y Arica. Actual situación de la provincia*, The South Pacific Mail, Valparaíso, 1924, p. 7.

<sup>220</sup> Citado por Elías PIZARRO PIZARRO; Alfonso DÍAZ AGUAD: “Tacna y Arica en Tiempos del Centenario (1910)”, en Alberto DÍAZ ARAYA; Alfonso DÍAZ AGUAD; Elías PIZARRO PIZARRO (comp.): *Arica Siglo XX. Historia y Sociedad en el extremo norte de Chile*, Ediciones Universidad de Tarapacá, Chile, 2010, p. 22.

<sup>221</sup> *Diario Oficial*, Año VIII, N° 2.261, Santiago, 31 de octubre de 1884.

<sup>222</sup> Elías PIZARRO PIZARRO; Alfonso DÍAZ AGUAD: *Op. Cit.*, p. 25.

Ciudadanos escogidos entre lo más selecto del país, por el lustre militar, por la alcurnia de la sangre, por el decoro de las letras, por el rango social o por la eminente figuración política, llevaron a Tacna y Arica, la presentación oficial del Gobierno de Chile y trabajaron allí con denodado empeño en favor de las industrias, del comercio y de las faenas agrícolas<sup>223</sup>.

No obstante, de aquel tratado de paz firmado con el Perú en 1883, quedó pendiente la redacción de un protocolo de acuerdo para la realización del posterior plebiscito que decidiría la suerte de las regiones de Tacna y Arica, en ese momento ocupadas por Chile. En este punto Sergio González se preguntaba la razón por la cual Chile había optado por el plebiscito, el cual conllevaría un largo y engorroso proceso de debate entre las cancillerías de Santiago y de Lima, y que, a la larga, no haría más que enturbiar las relaciones e incitar los resquemores entre ambas naciones. Nos dice que “probablemente porque el plebiscito entregaba una legalidad distinta a la simple anexión o cesión. Para Chile la importancia de soberanía de los territorios radicaba en que ésta siempre prevalece por sobre el derecho internacional”<sup>224</sup>. Junto a ello también se consideró la posibilidad de compra de aquellos ricos territorios. Aunque esto tampoco aseguraba la legitimidad dentro del territorio peruano, más cuando el plebiscito que debía celebrarse en 1894 se resolvió en el Tratado de Lima de 1929.

Pero ello hacía surgir otra cuestión: ¿Por qué Chile se interesó por estas provincias? Es demostrable el hecho que en su momento Chile estuvo dispuesto a ceder tales territorios a un tercer Estado o, más específicamente, a Bolivia. Esto lo vemos con suma claridad en las misivas de Justiniano Sotomayor a Hilarión Daza, publicadas por *El Comercio* de Tacna:

Aliada del Perú y haciendo la guerra a Chile, ¿qué sucederá a Bolivia si Chile es vencido? Que caerá en manos del Perú y gemirá como antes bajo el peso de sus gavetas. Y si Chile triunfase, ¿qué ganarían los aliados? Bolivia vencedora o vencida quedará sin puertos y anulada como nación.

Por el contrario Bolivia unida a Chile, ¿no tendría la seguridad de vencer al Perú? ¿No tendría en su mano apoderarse de la calle de que carece?

[...] Ahora o nunca debe pensar Bolivia en conquistar su rango de Nación, su verdadera independencia que por cierto no está en Antofagasta sino en Arica<sup>225</sup>.

Posteriormente, Sotomayor insistía en esta situación y trataba de convencer a Daza de abandonar su alianza con el Perú:

Dueños nosotros del mar, obligaremos al Perú a hacer la paz bajo las condiciones que Chile quiera imponerle y entonces quedará Bolivia imposibilitada para recuperar su antiguo litoral y aun para pensar en conquistar jamás a Tacna, Arica, Ilo y Moquegua que es y debe ser su sueño

---

<sup>223</sup> THE SOUTH PACIFIC MAIL: *Op. Cit.*, p. 15.

<sup>224</sup> Sergio GONZÁLEZ: *La llave y el Candado. El conflicto entre Peru y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)*, LOM Ediciones, Santiago, 2008, p. 19.

<sup>225</sup> Santiago, 8 de abril de 1879. Citado por Patricio IBARRA CIFUENTES: “Bolivia no tiene mejor amigo que Chile, ni peor verdugo que el Perú: Dos cartas de Justiniano Sotomayor a Hilarión Daza, abril de 1879”, en *Revista de Historia y Geografía*, n°38, 2018, p. 207.

dorado de nación. [...] Imagínese Ud. a Bolivia en posesión de esos territorios. En muy poco tiempo una línea férrea uniría a Tacna con La Paz y el telégrafo lo pondría en contacto con el mundo entero. [...] Bolivia podría tener marina de guerra y marina mercante. En vez de consumirse en disturbios y revoluciones internas emplearía su actividad en progresar y enriquecerse. La posesión de Tacna y Arica sería para Bolivia la varita mágica que todo lo transformaría<sup>226</sup>.

No era necesario ser un profeta o adivino para saber que Daza no daría importancia alguna a las acertadas advertencias de Sotomayor. La historia misma y los sucesos ocurridos hasta 1884 probarían cuánto se equivocaba. Bolivia perdió para siempre Antofagasta, una región abundante y rica en nitrato y otros minerales, y en 1915 se descubrían los yacimientos de Chuquicamata, con formidables reservas de cobre. Paradójicamente, tanto Tacna como Arica fueron nuevamente ofrecidas a Bolivia en 1895; sin embargo, tras las protestas del Perú, la cesión de ambas regiones fracasó estrepitosamente. Irónicamente, en el Tratado de 1904, Bolivia pudo asegurar un acceso al Pacífico mediante el ferrocarril a través del puerto de Arica, el cual se encontraba bajo la soberanía chilena desde 1880. Tras ello, el interés chileno por sus nuevas adquisiciones creció de sobremanera, especialmente por el arraigo de población chilena en ellas. Sin embargo, otro elemento se alzaba como justificativo, y no era otro que el de un territorio de contención que salvaguardaría las riquezas al sur de Camarones. Ernesto Barros Jarpa así lo admitía:

La de Tacna y Arica fue una cesión impuesta por las circunstancias. En el límite de estas provincias encontraba Chile la única garantía estratégica y económica para la defensa del salitre de la provincia de Tarapacá y para la provisión agrícola de esas mismas zonas áridas y estériles<sup>227</sup>.

Fue así como el objetivo del Gobierno Chileno pasó a ser el de tratar por todos los medios que el plebiscito les fuera favorable. Guiado por esta iniciativa, se inicia todo un plan tendiente a generar un ambiente de acercamiento de estas regiones al Estado y cultura chilena. Sería el gobierno de José Manuel Balmaceda (1886-1891) en que se consolida esta idea de “chilenizar” ambos territorios. En palabras de Javier Vial Solar, Balmaceda iniciaría “*un plan de chilenización, llevando veinte mil hombres e invirtiendo en obras de carácter social*”. La prensa, como no podía ser de otra forma, tampoco se quedó atrás, por ello mismo *El Pacífico*, que circulaba en Tacna, informaba allá por 1910 que este proceso era “*el trabajo de las autoridades chilenas en pro de los intereses nacionales en Tacna y Arica*”, y el cual consistía, principalmente, “*en la ejecución metódica i paulatina de las diversas medidas gubernamentales dictadas para conseguir ese fin*”<sup>228</sup>.

En el listado de medidas se señalaban, entre muchas otras, el facilitar el arraigo de las familias en la zona; formar núcleos de población de habitantes chilenos en que predominaba el elemento peruano; proteger a los comerciantes para que pudieran establecerse y recogiesen los beneficios que recibe los peruanos con los gastos del elemento chileno. Consistía, de igual manera, el apoyar a los industriales y la iniciativa privada. Finalmente, se ofrecía a los empleados públicos buenas remuneraciones para tener un

<sup>226</sup> Santiago, 11 de abril de 1879. Ibidem, pp. 207-208.

<sup>227</sup> Sergio GONZÁLEZ: *Op. Cit.*, p. 21.

<sup>228</sup> Elías PIZARRO PIZARRO; Alfonso DÍAZ AGUAD: *Op. Cit.*, pp. 25-26.

personal idóneo y serio que prestigie la administración chilena y se arraigase con aquel aliciente<sup>229</sup>. Esto llegó al punto que incluso el presidente Wilson que las medidas adoptadas por Chile habían impulsado el crecimiento agrícola, educacional y comercial en la provincia al fomentar la construcción de hospitales, escuelas, liceos y casas para los trabajadores. Entre las mejoras sanitarias se puede mencionar que se dotó a la ciudad de agua potable y hospitales, controlándose la fiebre amarilla, lo que atrajo una buena cantidad de pobladores chilenos a establecerse en la zona<sup>230</sup>.

Sin embargo, no todo fue color de rosa, pues si bien algunos han considerado el tema del plebiscito como un ejercicio de la más pura democracia, en que las comunidades fronterizas harían un reconocimiento de los gobiernos centrales de Chile o Perú, ello solo fue una ilusión, porque “la población de esas provincias tenía hilos en sus manos que eran operados desde Lima y Santiago”<sup>231</sup>. Ello iba de la mano de la “desperuanización”, proceso en el cual la violencia física y psicológica fue esencial con el otrora “enemigo”; en otras palabras, con la población peruana residente en Arica y Tacna por igual.

La situación respecto a las “provincias cautivas” tomó tintes más oscuros por el año de 1902, después del fracaso del Protocolo Billinghurst-Latorre. Ello iba a la par del enfriamiento de las relaciones con el vecino norteño, las cuales se encontraban interrumpidas desde 1909 a causa del “incidente de la corona”, en el cual el gobierno de Pedro Montt, Chile pretendió rendir en Lima un homenaje a los peruanos que cayeron en la Guerra del Pacífico mediante la entrega de una corona de bronce. Demás está decir que el gesto provocó un rechazo generalizado en el Gobierno Peruano. Esto, inevitablemente, llegó a la población ariqueña, en la cual “*ha nacido el antiguo entusiasmo patriótico del año 79. Todo el mundo habla de que ha llegado la hora de finiquitar la cuestión*”<sup>232</sup>. Pero fue en 1911 cuando la problemática rozaba el conflicto y se llegó a experimentar lo que Sergio González ha llamado *Pax Castrense*, que no es otra cosa que un estado de amigos y enemigos, de paz y guerra que afectó profundamente tanto a Tacna como Arica, y que llegaría a su máxima expresión en los años de 1925-1926.

Durante unos cuarenta y cinco años Perú y Chile construyeron percepciones mutuas de enemistad, en que cada uno pasaba a ser el enemigo del otro, pero todo en un contexto de paz. Se esgrimían discursos y prácticas nacionalistas, se rememoraban las acciones del pasado, se buscaba recuperar una tierra prometida, pero en un escenario en que la guerra estaba descartada, más no así las hostilidades. Y es que al no llevarse a cabo el plebiscito en el período acordado, se desarrollaron puntos de inflexión donde el nacionalismo se instaló como un sentimiento emergente en todos los rincones de Arica. Desde desmanes, revueltas, desórdenes, delitos y hasta conflictos, todo ello fue la tónica en este periodo.

El primero de estos fenómenos fue la superposición de planos jurídicos chilenos sobre los peruanos. “La población chilena radicaba en estos espacios reaccionaba prohibiendo y negando todo lo que provenía del poder ejecutivo y legislativo peruano”<sup>233</sup>.

---

<sup>229</sup> Ibidem, p. 26.

<sup>230</sup> Consuelo LEÓN WÖPPKE; Mauricio JARA FERNÁNDEZ: “Estados Unidos y la cuestión de Tacna y Arica, 1880-1925: aproximación a la visión estadounidense”, en Eduardo CAVIERES FIGUEROA; José CHAUPIS TORRES (Eds.): *La Guerra del Pacífico en Perspectiva Histórica*, p. 213.

<sup>231</sup> Sergio GONZÁLES: *Op. Cit.*, p. 24.

<sup>232</sup> Elías PIZARRO PIZARRO; Alfonso DÍAZ AGUAD: *Op. Cit.*, p. 28.

<sup>233</sup> Carlos MONDACA ROJAS; Yeliza GAJARDO CARVAJARL; Eugenio SÁNCHEZ ESPINOZA: “Violencia Sociopolítica en Arica y Tacna, 1900-1920”, en Alberto DÍAZ ARAYA; Rodrigo RUZ ZAGAL; Luis GALDAMES ROSAS (comp.): *Op. Cit.*, p. 64.

Sin embargo, esto no fue nada con los conflictos acaecidos en los establecimientos educacionales, principal foco de la tendencia chilinizadora, pues tanto las escuelas como la Iglesia misma constituían un receptáculo de la “peruanidad”. Fue por ello mismo que una de las primeras medidas que tomó el Gobierno Chileno fue expandir el Decreto que clausuraba las escuelas de Tacna, notificando a los maestros que debían cesar su actividad. Asimismo, en Arica se clausuraron dos establecimientos, argumentando que era menester ‘la creación de una escuela para varón que sea chilena, y que no se entreguen los niños de este pueblo a manos de quienes harían de ellos unos enemigos de las ideas que Us. representa en este departamento’<sup>234</sup>.

También hubo aspectos en la llamada “chilenización violenta” (1908-1930), un programa que se llevaba a cabo por la violencia extrema y la hostilidad, que consideraba medidas radicales en perjuicio de los residentes peruanos como la clausura de escuelas, iglesias, la expulsión de maestros y sacerdotes, la censura de la prensa, etc. Todo ello con el objetivo de evitar a toda costa la transmisión de los valores patrios peruanos y reducir al mínimo las expresiones durante las manifestaciones públicas. Ello se vio en el desembarco de una supuesta Comisión Jurídica Peruana, que llegó el día 5 de marzo de 1926 a la ciudad. De Comisión Jurídica poco tenía, ya que era más un grupo de propaganda, incluyendo una banda de músicos, la que tenía como objetivo hacer una manifestación política, como lo permitía el décimo artículo del reglamento de inscripción y elección. Sergio González, nos dice que el desfile fue duramente apedreado, llegando al punto de que los heridos se contaban por decenas<sup>235</sup>.

Esto también llegó hasta los ministros de relaciones internacionales de cada país, pues, un 24 de diciembre de 1921, Alberto Salomón, ministro peruano, escribía a su homólogo chileno, Ernesto Barros Jarpa, sobre la expulsión de ciudadanos peruanos de las “cautivas”:

*También me sería dable comprobar la expulsión de más de diez y ocho mil peruanos de Tacna, Arica y Tarapacá, solamente con repetir el texto de las circulares que este Ministerio dirigió a las Legaciones del Perú en el extranjero, con fecha 12 de enero y 14 de febrero de 1919*<sup>236</sup>.

Las cifras del ministro peruano podían ser extremadamente grandes y exageradas; sin embargo, el silencio de Barros Jarpa no dejaba dudas de que deportaciones se llevaron a cabo. Ello se sumó al estricto control sobre los peruanos considerados “agitadores”.

En este punto, nos dice Sergio González en *La Llave y el Candado*, se produce una “belicización” de los aspectos políticos, en que las imágenes, símbolos y percepciones propias del conflicto de 1879 pasaron a formar parte de la vida cotidiana y cultural de los ariqueños. Éstos tenían los orígenes de lo más variopintos, pues podían provenir desde los mismos aparatos estatales tales como la escuela, las fuerzas armadas o reparticiones públicas, además también estaban presente en las ligas patrióticas, clubes sociales, e incluso la iglesia misma. Estas percepciones, por ende, se produjeron desde lo civil a lo estatal. Esto se veía hasta en cuestiones ínfimas como los nombres mismos de los locales comerciales:

---

<sup>234</sup> Ibidem, p. 65.

<sup>235</sup> Sergio GONZÁLEZ: *Op. Cit.*, p. 117.

<sup>236</sup> Ibidem, p. 91.

Y entonces los viajeros, que visitaban las *recovas* de Tacna y Arica, no podían menos que admirarse de la *chilenización*, confiada a los letreros y a la menor o mayor gentileza, gancho o donaire de las chocolateras y dueñas de cocinerías, enfáticamente llamadas hoteles.

Dentro del recinto de las *recovas* se leían motes como éstos: *Carnicería Santiago, Frutería Aconcagua, Heladería Curimón, Chanchería Renca, Fresquería Curacaví* y otros semejantes, en los cuales desfilaban los más bizarros nombres geográficos del país.

[...] Esa fue una *chilenización* onomatológica<sup>237</sup>.

Sin embargo, ello se veía más directamente en los centros educacionales, en los cuales se exigía que cada alumno debía saber cantar el himno nacional y el de Yungay. A la par, se precisaba la imposición de disciplinar, vigilar y reprender el uso de símbolos propiamente peruanos, aludiendo a la “intención de construir una nueva estética nacionalista definida por la simbolización del espacio y la vida de las comunidades locales”<sup>238</sup>. De tal manera, se procuró el suprimir cualquier simbología cívica peruana, evitando el izamiento de la bandera y promoviendo el uso de emblemas patrios chilenos. Ello quedó demostrado el 27 de noviembre de 1899, cuando “Al acercarse las festividades patrias de setiembre último se procuró que en todos los establecimientos públicos i en el domicilio de los compatriotas se izara la bandera nacional para no verlas en tan corto número comparadas con las que elevan los peruanos, el día 28 de julio”. Esto, al parecer, dio fructuosos resultados, pues se obligaba “dotar a cada escuela de un estandarte con los colores nacionales para que los alumnos carguen en cada formación o festividad escolar”<sup>239</sup>. Una cuestión que para 1901 ya estaba arraigada en cada *escuelita* del Norte Grande.

Las festividades fueron otra instancia en que se hicieron alusiones a la idea del sentimiento patrio, recordando todos aquellos hechos y hombres de Chile que dieron muestra de valentía y heroísmo. Después de todo, como diría Sergio Bitar:

El sentimiento nacionalista chileno se nutrió de las hazañas nortinas. Las principales efemérides celebradas por la ciudadanía, descontadas las recordatorias de la conquista de nuestra Independencia de España, conmemoran hechos acaecidos en el Norte. Por ejemplo, el combate naval de Iquique, el 21 de mayo de 1879, es el emblema de la Armada, personificado en el capitán Arturo Prat. Todos los años, en esa fecha, se realizan eventos tan relevantes como la cuenta anual sobre el estado de la Nación del Presidente de la República al Congreso Nacional. Otras efemérides no menos importantes para el pueblo chileno son el asalto y toma del Morro de Arica el 7 de junio de 1880, que simboliza una proeza indeleble en la memoria del

---

<sup>237</sup> Revista *Sucesos*, Año XV, n°758, 5 de abril de 1917.

<sup>238</sup> Carlos MONDACA ROJAS; Yeliza GAJARDO CARVAJARL; Eugenio SÁNCHEZ ESPINOZA: “Violencia Sociopolítica en Arica y Tacna, 1900-1920”, en Alberto DÍAZ ARAYA; Rodrigo RUZ ZAGAL; Luis GALDAMES ROSAS (comp.): *Op. Cit.*, p. 66.

<sup>239</sup> *Idem.*

Ejército. [...] No hay hechos equivalentes [...] que constituyan parte tan esencial del relato histórico militar de Chile<sup>240</sup>.

Quizás la festividad que demuestra lo anterior con mayor claridad es la conmemoración de la Toma del Morro de Arica, el 7 de junio de 1880. Además de tener un amplio significado local, la conmemoración fue disputada tanto por peruanos como chilenos con el fin de patrimonializar el sentido asignado a la fecha. En un comienzo se mostró como una instancia en la cual rendir homenaje a los peruanos caídos en la defensa de la plaza, en particular al héroe peruano Francisco Bolognesi, posteriormente la fiesta se hizo más masiva, convirtiéndose en una romería patriótica de las diversas asociaciones peruanas. La conmemoración adquirió el sentido de “una derrota honrosa”, tomando como emblema el Morro y a Bolognesi. Así, el 7 de junio vino a representar para los peruanos un momento de “respeto y admiración a los mártires gloriosos”, un espacio “de recuerdo de las víctimas que con su sangre generosa han dejado huella indeleble en el camino que conduce a la gloria”, al momento en que se instaba a los residentes peruanos a ir a “los pies del peñón agosto, del monumento vivo de nuestra gloria” y “besar reverentes cada uno de los granos que forman su imponente mole, porque cada uno guarda un átomo de los que murieron por defendernos”<sup>241</sup>. Incluso, para 1880, se esgrimían palabras alentadoras para los momentos aciagos que afectarían al Perú:

Si algún día que creo no llegará jamás, nos sintiéramos desfallecer o amenguarse algo nuestro patriotismo, vengamos aquí, a respirar este aire purificado con la sangre de nuestros padres; dirijamos la vista a nuestro alrededor y cada sitio nos recordará un episodio llevado a cabo por nuestros antepasados<sup>242</sup>.

La cuestión cambia en 1908, precisamente con la radicalización del proceso de chilenización, en la cual se realizan pequeñas romerías chilenas a los pies del Morro. Solamente es en 1909 cuando Chile se alza con el monopolio de la fecha, siendo el patrimonio exclusivo de los chilenos. De tal manera, el lugar simbólico de resistencia heroica para los peruanos, pasaba a representar el valor, la pujanza y heroísmo del soldado chileno.

Pero el peruano residente en las *cautivas* estaba lejos de ser un ente inmóvil, ni mucho menos una simple víctima incapaz de dar respuesta ante el férreo avance cultural chileno, sino que se adapta y articula para mantener los vínculos ideológicos con la patria, esgrimiendo estrategias de resistencia con tal de mantener la cultura peruana viva. Prueba de ello es un testimonio respecto a la ciudad de Arica en el año de 1890: ‘*Arteaga encontró un pueblo sin organización, algo que era poco menos que una simple aldea. Estaban vivas las resistencias peruanas*’<sup>243</sup>.

---

<sup>240</sup> Sergio BITAR: *Un Futuro Común. Chile, Bolivia, Perú. El norte de Chile en el siglo XXI*, Aguilar Chilena Ediciones, Santiago, 2011, p. 43.

<sup>241</sup> *El Morro de Arica*, Citado por Gabriel CID: “De guerras, ritos y conquistas: conmemoraciones bélicas y nacionalismo chileno en el ‘norte grande’, 1879-1910”, en Eduardo CAVIERES FIGUEROA; José CHAUPIS TORRES (Eds.): *La Guerra del Pacífico en Perspectiva Histórica*, p. 196.

<sup>242</sup> *Ibidem*, p. 197.

<sup>243</sup> Pablo SALAZAR CÁCERES: “¡Viva la Justicia del Pueblo! Conflicto social y cuestión nacional: la huelga del gremio de jornaleros y lanqueros de Arica de julio de 1890”, en Alberto DÍAZ ARAYA; Rodrigo RUZ ZAGAL; Luis GALDAMES ROSAS (comp.): *Op. Cit.*, p. 25.

Incluso un intelectual de nota, como lo fue Manuel González Prada, ya en 1888, dejaba testimonio del “revanchismo” peruano incipiente respecto a la cuestión de Tacna y Arica: “Chile se lleva el guano, salitre y largos jirones de territorios; pero nos deja el amilanamiento, la pequeñez de espíritu, la conformidad con la derrota y el tedio de vivir modesta y honradamente. [...] El Imperio Alemán apresó con sus garras de águila Alsacia y Lorena; Chile cogió con sus uñas de buitre Iquique y Tarapacá, y, para ser más que Alemania, piensa coger Arica, Tacna y acaso el Perú entero”<sup>244</sup>. El autor continuaba: “Si algo cuesta salir vencido, respondan los habitantes de Iquique y Tarapacá, condenados a vivir de huéspedes en su propia cada; respondan los de Arica y Tacna, destinados a esperar dudoso rescate, como navegantes cautivos por piratas argelinos”<sup>245</sup>.

González Prada nos señalaba lo inimaginable que era “la reprimida cólera de los peruanos sometidos a la dominación de Chile. Ellos confían y esperan en nosotros. No hablan; pero en silencio nos tienden los brazos, en silencio vuelven los ojos hacia nosotros, en silencio para el oído aguardando escuchar el rumor de nuestros pasos”. Pero es un lamento que no será respondido, se hará oído sordo, pues antes que los del Rímac cruzaran hacia el sur, los del sur irían, pues Chile no olvida el camino al Perú “y sus venidas son de temerse”<sup>246</sup>.

Esto iba más allá de los meros discursos, pues, una vez terminada la guerra, el Mariscal Cáceres, al ocupar Lima, hizo buscar a algunos desertores o rezagados chilenos que, por razones sentimentales, se habían quedado en el Perú y, sin palabra alguna, ordenó su fusilamiento. El ministro chileno, Benicio Álamos González, levantó una protesta pública a los hechos, pero la respuesta peruana fue el fusilamiento de dos marineros de franco de un barco mercante chileno. La policía peruana hizo intolerable el desembarco de chilenos en puertos del Perú<sup>247</sup>.

Para el Perú, especialmente para la presidencia de Augusto B. Leguía, el lenguaje belicista y referente a las “cautivas” pasó a transformarse en una política de Estado, usándose en instancias internacionales e internas. “Perú también organizó sus Ligas Patrióticas, creó una prensa patriota y envió a espías y agitadores a la zona del conflicto; pero por sobre todo ‘Tacna y Arica’ eran dos piezas de ajedrez cuando los problemas internos desestabilizan al gobierno de turno”<sup>248</sup>. Y es que Leguía llegó a afirmar respecto a la defensa nacional: “No hay que engañarse. Solo habían dos soluciones: el arbitraje o la guerra... De haberse ejecutado el plan de defensa nacional que propuse en el curso de mi primer [sic] administración, la guerra podría hacerse con probabilidades de triunfar”<sup>249</sup>.

Esta *Pax Castrense* que imperó en Tacna y Arica permitió la conformación de percepciones y construcción del “amigo” y el “enemigo”, que para el caso peruano se transformó en el “enemigo absoluto”, donde se descalificaba al “otro”, al chileno por ser el receptor de las *cautivas*. En cambio, en Chile, se construyó la percepción de un “enemigo real”, visible y cotidiano: la población peruana residente, la que se convertiría en el foco de

---

<sup>244</sup> Manuel GONZÁLEZ PRADA: *Páginas Libres. Horas de Lucha*, Editorial de Ayacucho, Venezuela, 1976, p. 49-51.

<sup>245</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>246</sup> *Ibidem*, pp. 55-56.

<sup>247</sup> Mario BARROS VAN BUREN: *Historia Diplomática de Chile 1541-1938*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1970, pp. 503-504.

<sup>248</sup> Sergio GONZÁLEZ: *Op. Cit.*, p. 49.

<sup>249</sup> Michel LAGUERRE KLEIMANN: *El Oncenio y el Desarrollo de la Armada Peruana (1919-1930)*, Dirección de Intereses Marinos, Lima, 2015, p. 152.

la violencia de grupos nacionalistas, muchas veces alentada por la misma prensa. De hecho, en la prensa chilena abundaron los casos de xenofobia, al punto que un periódico se preguntaba: “Lector tacneño y ariqueño, ¿prefieres la tiranía y la civilización de cien años atrás de los peruanos se enseñoree en este querido suelo?. ¿Aceptas que esa raza de cobardes, afeminados, descendientes de cocodrilos que no pueden considerarse como seres civilizados, se apoderen de lo que es nuestro?. No. ¡Votad por Chile!”. Otros, en cambio, no necesitaban tantas palabras: “Este periódico sale cuando puede. Fundado para combatir la gripe peruana”<sup>250</sup>.

La cuestión de Tacna y Arica se desarrolló en un proceso largo y tendido en que los oficios de los Estados Unidos fueron esenciales para lograr un acuerdo, el que se materializaría el 3 de junio de 1929. Obviamente el Gobierno Peruano de Leguía luchó hasta los últimos instantes, con dientes y garras, por conservar para sí el bastión de la eterna primavera, incluso ofertando el ceder la ciudad con tal de mantener el Morro y puerto de Arica. Sin embargo, los golpes de la realidad fueron más fuertes, cayendo en cuenta que si se dejaban pasar los años como se había hecho hasta entonces, Tacna terminaría por ser más chilena que peruana, tal como había sucedido con su hermana Arica. Ante ello, se adoptó la tesis de la “repartija” teniendo como referencia la línea del ferrocarril Arica-La Paz. Era de suponer que este Tratado no terminase jamás de cerrar las heridas que una cruenta guerra y cuarenta y cinco años de acérrima disputa diplomática dejaron en ambos lados de la frontera.

La decisión fue acogida con un entusiasmo nunca antes visto en las provincias, desde desfiles, ceremonias y reencuentros fueron la tónica de los últimos días de agosto del 29, más aún en Tacna que por fin podía decir que dejaba de ser una de las *cautivas*. Los que hacía no más de cincuenta años se batían en la lid, ahora se abrazaban como amigos. Así, en palabras de Luis Cavagnaro, el período que comprende desde el 28 de agosto de 1929 hasta mediados de 1953, las relaciones peruano-chilenas, plasmadas en la región trasfronteriza de Tacna y Arica, seguían lo que podríamos llamar “camino de la Concordia”. Y es que la entrega de Tacna vino a ser un “signo de reparación y justicia, en otros, como la culminación feliz de medio siglo de resistencia silenciosa”<sup>251</sup>. Ello se materializó en la complementariedad de las dos ciudades hermanas en la aplicación del *modus vivendi* de 1930, que dejó en suspenso los aranceles aduaneros y estableció la libre internación de productos agrícolas y pecuarios industriales.

En lo que respecta al plano social, nos dice Cavagnaro, este período experimentó una amplia movilidad a lo largo de la Línea de la Concordia, tanto individual como grupal de vecinos entre uno y otro país. Por ejemplo, comunes eran las peregrinaciones a los santuarios de Locumba y Las Peñas, incluso a las fiestas de La Tirana, pero ello no se llegó a comparar al movimiento de cientos de ariqueños y tacneños que cruzaban la frontera con tal de honrar a sus seres queridos caídos en la guerra. Hasta 1957, cuando los carnavales duraban tres días, Tacna se llenaba de chilenos, y el verano antes que comenzase el apogeo del balneario de la Boca del Río, algunas familias tacneñas disfrutaban del mar en la playa de La Lisera. Hasta en los siniestros las compañías de bomberos del puerto corrían 56 kilómetros para apoyar a

---

<sup>250</sup> Alejandro Pablo ITURRA GAMARA: “1883-1929: Una mirada crítica a la actuación de Chile en los años de postguerra”, en Mario ARTAZA ROUXEL; Paz MILET GARCÍA (Ed.): *Op. Cit.*, p. 472.

<sup>251</sup> Luis CAVAGNARO: “Arica y Tacna: Una Sociedad Fronteriza”, en Eduardo CAVIERES FIGUEROA (ed.): *La Historia y la Escuela: Integración en la triple Frontera: Bolivia, Chile y Perú*, Universidad de Tarapacá, Chile, 2016, p. 14.

la ciudad vecina; además las instituciones transfronterizas como la masonería, el rotarismo, el leonismo, el deporte y las Iglesias estaban en permanente contacto<sup>252</sup>.

Los militares tampoco eran indiferentes a ellos, por lo que no era raro que jefes y oficiales del Regimiento Rancagua en Arica y Húsares de Junín en Tacna, así como carabineros y guardias civiles, fueran vistos juntos celebrando unidos sus días institucionales. La difusión cultural no se quedaba atrás, pues cotidiano fue la venta en Tacna de revistas de opinión publicadas en suelo chileno. Desde *Vea*, pasando por *Peneca* y llegando hasta *Zig-Zag* y *Ercilla*. Esto se acrecentó aún más con la llegada de la era de la radiodifusión, en que emisoras de Arica y Tacna alcanzaban a las ciudades vecinas y viceversa.

Ello se complementó con la pujanza económica que experimentó Arica tras la instauración de la Junta de Adelanto y la cesión de la condición de Puerto Libre en 1953 con la llegada de Carlos Ibáñez del Campo, un objetivo perseguido por los ariqueños desde hacía años. Esto, además de sentar bases para el desarrollo económico de la provincia, y como bien lo decía *El Ferrocarril* en 1933 “con declarar Arica Puerto Libre, se consolidará su chilenización definitiva (...) la realización de esta idea, conjuntamente con asegurar un brillante porvenir al departamento, (...) contribuiría, no solo a suavizar y hacer desaparecer asperezas internacionales, sino a crear un ambiente de concordia y de paz con los países vecinos”<sup>253</sup>. Casi proféticamente, esto concordó con lo que Cristián Ovando ha llamado la “era dorada” de la diplomacia con Bolivia<sup>254</sup>.

Es más, ya hacia 1941 se podía decir que existió uno de los mayores acercamientos entre los gobiernos de Lima y Santiago después de la firma del Tratado del 29. En ese mismo año, en febrero específicamente, la cancillería chilena daba la buena nueva de que buscaba transformarse en un ejemplo para la región, ello mediante la firma de un tratado comercial y de cooperación entre las dos naciones, cuya finalidad radicaba en tres temas: un cambio en el *modus vivendi* existente en el comercio bilateral desde los tiempos de la Guerra del Pacífico, por un acuerdo que establecía las bases de una eventual asociación económica; una plataforma de cooperación binacional en diferentes temas; y, finalmente, el apoyo mutuo frente a la eventual agresión de una potencia externa a la región, una tendencia que más tarde seguirían los demás países latinos, incluidos Chile y Perú, aunque bajo el liderazgo de los Estados Unidos. Este acuerdo fue lo más destacado por la diplomacia nacional, especialmente por el Canciller Manuel Bianchi, quien firmaría este acuerdo en Lima<sup>255</sup>.

Pero que se estrechasen manos, se dieran abrazos y abundasen sonrisas por doquier, no quería decir que el fantasma hubiera desaparecido por completo. Juntando polvo, óxido y años, los fusiles y espadas seguían estando ahí. Es ya a partir de fines de los años sesenta que comienza lo que Luis Cavnaró denominó *Ricorsi*, que no es otra cosa que una vuelta

---

<sup>252</sup> Ibidem, p. 15.

<sup>253</sup> *El Ferrocarril*, 16 de junio de 1933. Citado Elías PIZARRO PIZARRO; Raúl BUSTOS GONZÁLEZ: “Representación de la Crisis y Discursos Justificativos de la Opinión Pública de Arica, Expresados en la Prensa Escrita (1929-1984)”, en Elías PIZARRO PIZARRO: *Tránsitos Historiográficos. Arica y su hinterland (siglos XVI-XX)*, Ediciones Universidad de Tarapacá, Chile, 2017, p. 267.

<sup>254</sup> Cristián OVANDO SANTANA; Sergio GONZÁLEZ MIRANDA: “La Relación Bilateral chileno-boliviana a partir de las demandas tarapaqueñas: aproximación teórica desde la paradiplomacia como heterología”, en *Estudios Internacionales*, n°177, 2014, pp. 52-56.

<sup>255</sup> Claudio A. TAPIA FIGUEROA: “¿Neutralidad o Cooperación?: La embajada de Chile en Lima durante el conflicto entre Ecuador y Perú de 1941”, en *Si Somos Americanos*, Vol. V, n°4, 2003, pp. 174-175.

de algo al lugar de donde salió<sup>256</sup>, en lo referente a los resquemores en la frontera. Surge una mutua y silenciosa desconfianza de los gobiernos chilenos y peruanos que se proyectará en Arica. Así, los hermosos gestos de esos días de agosto de 1929, serían olvidados para continuar con el resentimiento y disputas hasta nuestros días<sup>257</sup>.

Tanto Tacna como Arica habían quedado marcadas por la Guerra del Pacífico y las posteriores luchas diplomáticas, por lo que no es de extrañar que a la primera se le diese el apodo de “la ciudad heroica” y el lema de la segunda es “Arica, mayor es mi lealtad”. Efectivamente, ambas ciudades debieron demostrar a sus respectivos Estados y a los sectores más nacionalistas su lealtad, debiendo redoblar los esfuerzos patriotas, más cuando el vecino del norte iniciaba una preocupante carrera armamentista.

A estas alturas parecía que las palabras de Manuel González Prada, esgrimidas casi hace un siglo atrás, tomaban un mayor significado, más cuando casi se cumplía el centenario de la Guerra del Pacífico:

Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas, y nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo, con nuestra severa actitud de hombres, mantendremos al enemigo en continua zozobra, le obligaremos a gastar oro en descomunales armamentos y agotaremos sus jugos. Un día de tranquilidad en el Perú es una noche de pesadilla en Chile.

Hablar de revancha inmediata, de próxima reivindicación a mano armada, toca en delirio; lo seguro, lo cuerdo, estriba en apercibirse para la obra de mañana. Trabajemos con la paciencia de la hormiga, y acometamos con la destreza del gavilán. Que la codicia de Chile engulla guano y salitre; ya vendrá la hora de que su carne coma hierro y plomo.

Dejemos a otros el soñar reivindicaciones sin combates<sup>258</sup>.

Chile seguía siendo aquel enemigo amoral, salvaje y hambriento que debía ser derrotado. El tronar de cañones y fusiles ya se había silenciado hacía muchísimo, pero parecía que la guerra seguía en su punto más álgido. El horizonte que se cernía cada vez más cerca sobre Chile y los ariqueños *ad-portas* de la década de los setentas se volvía, inevitablemente, sobrecogedor.

\*\*\*

---

<sup>256</sup> Luis CAVAGNARO: *Op. Cit.*, p. 17.

<sup>257</sup> Sergio GONZÁLEZ: *Op. Cit.*, p. 151.

<sup>258</sup> Manuel GONZÁLEZ PRADA: *Op. Cit.*, p. 55.

## CAPÍTULO II: JUGANDO A DOS BANDAS: ACTORES O TÍTERES EN LA GUERRA FRÍA

I. Aquí vamos nuevamente...

*Pudieron seguir las huellas de buenos hombres como mi padre,  
o el presidente Truman...  
En vez de eso, siguieron los pasos de libertinos y comunistas,  
sin darse cuenta que el camino llevaba a un precipicio  
hasta que fue demasiado tarde.  
Ahora el mundo entero está al borde del infierno*  
(Alan Moore, *The Watchmen*)

“Esto no debe volver a suceder”, aquella era la frase que los europeos pronunciaron hasta el hartazgo tras el silenciar de cañones, obuses y fusiles, una vez que la Gran Guerra había concluido, al igual que la vida de cientos de infelices que ahora yacían pudriéndose en las trincheras de Francia y en las áridas arenas de Egipto. Pero solo bastaron veinte años para que aquellas palabras cayesen en el vacío, pues los mismos hombres que salieron airoso y humillados del desastre de 1918, en vez de aprender de la debacle, en 1939 conducían a sus países y pueblos a otra más terrible. Tras el fin de la confrontación en 1945, muchos se apuntaban con el dedo como culpables de la destrucción casi total de Europa, de los miles de muertos y del aciago escenario que se cernía por delante. Natural fue que interrogantes rondasen en aquellos rostros preocupados: ¿Cómo lo afrontarían? ¿Cómo debían pagar los culpables de tal desastre? Sin embargo, los observadores más avisados ya caían en cuenta que una nada absoluta de poder yacía delante de ellos, esperando a ser ocupada. De ahí las preguntas últimas: ¿Quién sería capaz de ocuparlo? ¿Quiénes serían los candidatos idóneos para regir el destino de los hombres y sus naciones?

Europa se hallaba en ruinas, las ciudades habían quedado reducidas a escombros y hierros retorcidos a causa de los constantes bombardeos. Lo que quedaba de Alemania del Tercer Reich no era más que miles de pobres diablos sin rumbo, a la deriva en busca de un rescate. Los propios vencedores no habían quedado en mejores condiciones. Francia, exhausta y agotada, sufrió una espantosa derrota en 1940 y se vio obligada a obedecer a su enemigo por tres años. Albión, en cierta medida, había escapado a los embates de la contienda, pero fue el único país que plantó cara a Alemania durante toda la guerra, y ya en 1945 le estaba pasando la cuenta, por lo que muchos, a viva voz, rogaban por un rescate proveniente de sus antiguas colonias.

Una Europa occidental devastada, destrozada y desorganizada por la guerra, no podía encontrar, por mucho que fuese su empeño, medios y recursos para contener con eficacia cualquier impulso ofensivo de las divisiones soviéticas que vivaqueaban a orillas del Danubio y el Elba<sup>259</sup>.

---

<sup>259</sup> Jaime MENÉNDEZ: “Los Estados Unidos y la Guerra Fría”, en *Revista de Política Internacional*, n°71, 1964, p. 8.

Potencias que antaño habían conquistado el globo, ahora experimentaban las consecuencias de movimientos independentistas y anticolonialistas que surgían en el Tercer Mundo. De hecho, ya en la década de 1970, ninguno de los territorios de gran extensión continuaba bajo la administración directa de las grandes potencias coloniales o de los regímenes controlados por sus colonos, a excepción del centro y sur de África y, naturalmente, Vietnam, lugar en que la contienda se hallaba en su punto más álgido. La era del imperialismo había llegado a su fin. “Setenta y cinco años antes el imperialismo parecía indestructible e incluso treinta años antes afectaba a la mayor parte de los pueblos del planeta. El imperialismo, un elemento irrecuperable del pasado, pasó a formar parte de los recuerdos literarios y cinematográficos idealizados de los antiguos estados imperiales”<sup>260</sup>. Así, ‘el siglo XIX es la edad heroica de la colonización, el XX es la edad crítica’<sup>261</sup>.

De tal manera que solo quedaban dos potencias lo suficientemente grandes y poderosas como para proporcionar a Europa y, por ende, al resto del mundo, el liderazgo y la ayuda económica que tanto precisaban: Estados Unidos y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. A estos últimos no les bastaban razones para creer que ellos solos habían ganado la guerra, que solo ellos fueron los que soportaron la devastación y muerte de su propia tierra, al menos así lo hacía ver la propaganda de Stalin. Se esgrimía el altisonante discurso de que no había sido por la ayuda de los Aliados por lo que se habían alzado con la victoria. Por ello, “con su suspicacia habitual hacia los países capitalistas, los líderes soviéticos cazaban al vuelo cualquier oportunidad de reforzar sus posiciones frente a las conspiraciones y ataques de las potencias occidentales”<sup>262</sup>. Lo primero que tenían que hacer era extender su influencia al oeste lo más posible, chocando con los intereses de los antiguos rectores del mundo. Así, no era extraño que en marzo de 1946 Winston Churchill expresara el camino que las naciones del bloque occidental seguirían de ahí en adelante: “*Desde Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático, una cortina de hierro ha descendido por todo el continente. Detrás de esa línea se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de Europa central y oriental. [...] No solo a la influencia soviética en muchos casos sino a una medida de control muy alta y creciente en Moscú*”<sup>263</sup>.

Por su parte, el águila norteamericana se había negado a cumplir su rol rector tras la victoria aliada en 1918, negando cualquier responsabilidad sobre los asuntos del resto del mundo. No obstante, “los líderes americanos se dieron cuenta de que el mundo era demasiado pequeño y los Estados Unidos demasiado grandes como para tratar de esconderse tras su antigua política de aislamiento”<sup>264</sup>, una visión que se impulsaría por el férreo avance soviético en el este. Así, en palabras de Franklin D. Roosevelt, ‘Hemos aprovechado nuestros errores [...] Esta vez sabremos cómo hacer uso cabal de la victoria’<sup>265</sup>. El choque de ideologías completamente distintas no se hacía esperar.

En 1949 el velo era dejado a un lado, la URSS y los Aliados, liderados por los Estados Unidos, rompieron la pantomima de la Segunda Guerra, en que eran aliados y amigos frente un enemigo común. La cruda verdad era que se odiaban, mientras estrechaban sus manos

---

<sup>260</sup> Eric HOBBSAWM: *Historia del Siglo XX. 1914-1991*, Editorial Crítica, Barcelona, 2011, p. 225.

<sup>261</sup> AA. VV. *Historia del mundo contemporáneo*, Ediciones Anaya, Madrid, 1981, p. 587.

<sup>262</sup> Trevor CAIRNS: *El Siglo XX*, AKAL, Madrid, 1992, p. 105.

<sup>263</sup> AA. VV.: *Caminando con el destino. Winston Churchill y España 1874-1965*, Churchill Archives Centre, Madrid, 2011, p. 78.

<sup>264</sup> Trevor CAIRNS: *Op. Cit.*, p. 108.

<sup>265</sup> John LEWIS GADDIS: *Nueva Historia de la Guerra Fría*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2011, p. 19.

derechas, afilaban los puñales con la izquierda. Como lo diría Lewis Gaddis, solo era cuestión de tiempo para que todo se descubriese, dado que la Segunda Guerra se había ganado por una coalición cuyos miembros principales ya estaban en guerra entre sí, tanto ideológica como geopolíticamente. Cualquiera que hayan sido los triunfos de la Gran Alianza en 1945 habían dependido enteramente de la búsqueda de objetivos compatibles para sistemas completamente incompatibles<sup>266</sup>.

Fue en aquel entonces que el término de “Guerra Fría” vino a simbolizar un profundo sentimiento de hostilidad que se detenía justo en el precipicio de la guerra. Fue también aquel año en que los bandos comenzaron a formarse, pues la mayor parte de los países de Europa Occidental se unieron a los Estados Unidos para formar la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). En respuesta, la Unión Soviética y sus aliados encargaron su defensa frente a los Aliados al Pacto de Varsovia (1955). Así, a menos de diez años del fin de la Segunda Guerra Mundial, Europa pasaba a ser un continente dividido en dos, con alianzas suspicaces y armadas hasta los dientes, pero sin ánimo de enfrascarse en una lucha encarnada, dado que, como había demostrado la Guerra de Corea (1950-1953), una lucha entre las dos potencias líderes sería devastador, pues:

El único gran fantasma que perseguía a los líderes políticos y militares durante la Guerra Fría era la guerra nuclear, y era una amenaza que influenciaba cada decisión de algún significado. Igualmente, era una amenaza que sólo unos cuantos entendían, y un asunto acerca del cual se pronunciaban un sinnúmero de absurdos<sup>267</sup>.

Con el correr del tiempo el panorama cada vez se nublaba más, tanto política como tecnológicamente, cada vez había más halcones que presagiaban y avivaban a toda voz la llama de la guerra, a la par del aumento de la capacidad destructiva para aniquilarse mutuamente. Pero la sola posibilidad de una “destrucción mutua asegurada”, disuadía al más valiente de los generales. Irónicamente, en el período que más cerca nos hallamos de la destrucción total, más a salvo estábamos<sup>268</sup>. A fin de cuentas, como lo diría Thomas Hobbes, “La Guerra no consiste solamente en batallar, en el acto de luchar, sino que se da durante el lapso de tiempo en que la voluntad de luchar se manifiesta de modo suficiente [...] Así como la naturaleza del mal tiempo no radica en uno o dos chubascos, sino en la propensión a llover durante varios días, así la naturaleza de la guerra consiste no ya en la lucha actual, sino en la disposición manifiesta a ella durante todo el tiempo en que no hay seguridad de lo contrario”<sup>269</sup>. Un principio que solo fue pasado por alto en contadas ocasiones, como lo fue la Guerra de Corea y con posteridad en Vietnam, mientras que la mayoría de las veces se limitaron a dejar que sus “adalides” lo hicieran por ellos, como lo fue la Guerra del Yom Kippur (1973), la que enfrentó a Israel contra Siria y Egipto. Se acordó, implícitamente, que se podían emplear todos los medios, salvo la lucha directa. Se podía usar descaradamente la propaganda, el espionaje, el sabotaje, hasta se podían promover rebeliones o respaldar naciones pequeñas, pero jamás, por ningún motivo, se debía llegar a una guerra a gran escala.

---

<sup>266</sup> Ibidem, p. 12.

<sup>267</sup> David MILLER: “La Guerra Fría en Retrospectiva”, en *Revista de Estudios Sociales*, n°15, 2003, p. 165.

<sup>268</sup> Eric HOBBSBAM: *Op. Cit.*, p. 230.

<sup>269</sup> Thomas HOBBS: *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2017, p. 110.

Pero ahora el tablero de ajedrez crecía. Si en el siglo XIX los europeos, en su mayoría, preferían batirse en su propio suelo, ahora la cuestión era diferente. Asia, África y América Latina clamaban por ser parte de la “contienda”, mientras que Moscú y Washington no les negarían la posibilidad, pues cada pequeña nación pasaba a ser un aliado y satélite potencial, además de un lucrativo mercado para exportación. Después de todo, “la guerra había servido para demostrar lo pequeño que se había quedado el mundo”<sup>270</sup>.

Había dos regiones en las que las tensiones creaban constantemente situaciones de conflicto, las cuales no tardaban en convertirse en guerras: Próximo Oriente y el sector norte del subcontinente indio. En este último caso, no era difícil que se mantuviesen ajenos a la Guerra Fría, respondiendo más a los conflictos heredados de la partición de los imperios<sup>271</sup>. En cambio, la situación en Próximo Oriente se enmarcaba totalmente en el conflicto, pues, tanto Israel, Turquía e Irán eran aliados norteamericanos.

Obviamente no todas las naciones del Tercer Mundo, en su mayoría jóvenes y pobres, veían con buenos ojos el adherirse a un bando, más cuando consideraban que el mercado mundial del capitalismo o la libre iniciativa de la empresa privada no les proporcionaría el desarrollo tan anhelado. Por otro lado, cuando los dedos fríos de la guerra abarcaron a la mayor parte del globo, muchos sintieron la imperiosa necesidad de evitar cualquier tipo de alianza, manteniéndose al margen de la tan pregonada Tercera Guerra Mundial. Ello no significaba que los “no alineados” se opusieran de la misma forma a ambos bandos, dado que los inspiradores del movimiento eran exrevolucionarios anticolonialistas radicales: desde Jawaharlal Nehru de la India, pasando por Sukarno de Indonesia, llegando a Gamal Abdel Nasser de Egipto y el comunista disidente Tito en Yugoslavia. Todos ellos, de la misma forma que otros regímenes anticoloniales, eran o decían ser socialistas a su manera y no dentro de la órbita soviética, aunque no dudaban establecer lazos con éstos últimos. Por lo menos, no lo hacían al momento de recibir ayuda económica o militar desde Rusia, cuestión que no sorprendía a nadie, más cuando los Estados Unidos se negaban a hacerlo<sup>272</sup>.

Pero cuando unos sacaban rédito de quedarse al margen de la situación; otros preveían que a la par de la estabilización de la frontera europea, como iba sucediendo, “más probablemente era que, llegada la hora de las armas y de las bombas, éstas se cebasen en las montañas de Asia o en las selvas de África” y, por qué no, en el patio trasero de Norteamérica<sup>273</sup>. Ya no importaría si se era ajeno al conflicto o no, de una u otra forma, y para bien o para mal, se verían envueltos en esta Paz Fría.

Pero, como es bien sabido por la mayoría, la Guerra Fría pasaba por ser algo más que un mero “conflicto” entre las grandes potencias, en cuanto a que se trataba más bien de una búsqueda de la atracción hacia la zona de influencia propia, ya sea por la fuerza o con sustanciosos halagos, una vía que la URSS no tardó en recorrer: “La tradicional vocación expansiva rusa se tornaba más temible desde que aparecía acompañada de la voluntad de imponer cambios sociopolíticos no sólo muy influyentes, sino [...] claramente mayoritarios en Europa Occidental contemplaban con horror”<sup>274</sup>. Ante este escenario, los Estados Unidos, ni cortos ni perezosos, facilitó la organización de los países centrales en un sistema político y militar dominado por ellos mismos, en todas aquellas áreas que la hegemonía soviética aún

---

<sup>270</sup> Trevor CAIRNS: *Op. Cit.*, p. 103.

<sup>271</sup> Eric HOBSBAWM: *Op. Cit.*, p. 360.

<sup>272</sup> *Ibidem*, p. 359.

<sup>273</sup> *Idem*.

<sup>274</sup> Tulio HALPERIN DONGHI: *Historia Contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 2005, p. 447.

no era manifiesta, todo a través de un sistema de pactos regionales. Aquí es donde entra en juego América Latina, antaño personaje olvidado y relegado a un segundo plano. ¿Pero qué injerencia podrían tener naciones mayoritariamente pobres en el tablero mundial? Parecía más un juego de colosos en que los países americanos se convertían en peones, y eso con suerte; sin embargo:

A partir de entonces se hizo evidente que la lucha entre las dos superpotencias no consistía en una confrontación armada, directa, y dentro de sus propios territorios, sino en una batalla indirecta, de naturaleza ideológica, realizada a través de sus eventuales aliados o enemigos, en el territorio de otras naciones y con armas no tradicionales. Lo que estaba sometido a prueba en esa guerra ni era la capacidad ofensivo- defensiva de los sofisticados armamentos de ambos Estados, sino su potencialidad sustantiva y técnica para convencer a otros pueblos del mérito y valor de sus respectivas ideologías y doctrinas<sup>275</sup>.

Aunque creer que la injerencia de los Estados Unidos comienza en este período sería pecar de ingenuidad, pues, como diría Gabriel Marcella, Latinoamérica históricamente ha servido a los EE.UU “como campo de pruebas de varias iniciativas de su política extranjera: la doctrina Monroe, la diplomacia *big stick*, la seguridad colectiva, y de su entrada en los esfuerzos de construcción nacional en el Tercer mundo”. Entonces, según el mismo autor, se ha mantenido una “relación especial”, la cual no ha sido más que una tapadera para el asimétrico entendimiento entre la Casa Blanca y las débiles naciones del sur, y la cual ha servido como excusa para que estos últimos apoyasen la política exterior norteamericana<sup>276</sup>.

Ya antes de que madurase este proceso de intervención, el gigante del norte intentó en la conferencia panamericana, celebrada en México en 1945, utilizar su favorable posición de victoria en la guerra para completar la transformación de la Unión Panamericana en un auténtico organismo regional (Organización de Estados Americanos) encargado de dirigir la resistencia a cualquier agresión regional perpetrada en el área. En 1947, en los albores mismos de la Guerra Fría, la conferencia de Río de Janeiro creó los mecanismos y herramientas con los cuales la Organización pudiera atender su cometido, incluso incluyendo aquellos Estados que no eran miembros del organismo. Lo curioso de esto último es que la acción colectiva prevista podía ponerse en marcha sin que mediase agresión militar, ante cualquier hecho o situación que alterase la “paz” americana. No podemos probar que profetas o adivinos estuvieran tras las acciones del coloso norteamericano, pero ciego sería aquel que no notase que las intenciones respecto a América Latina buscaban “cubrir todas las posibles incidencias de ese conflicto polifacético que era la guerra fría, en la cual la guerra convencional estaba lejos de tener el papel central”<sup>277</sup>.

Pese a que los estadounidenses ya veían con preocupación el avance soviético en Europa Occidental, después de todo, la sola imagen de un montón de rusos con potenciales aliados y la capacidad de reducir ciudades a cenizas haría levantar de la silla al más estoico de los hombres; muy pocos creían necesario el establecimiento de un mecanismo interamericano ante una amenaza externa. Si bien Latinoamérica no dio problemas en estos

---

<sup>275</sup> Jorge A. TAPIA VALDÉS: *El terrorismo de Estado. La Doctrina de la Seguridad Nacional en el Cono Sur*, Editorial Nueva Imagen, México D. F., 1980, p. 43.

<sup>276</sup> Gabriel MARCELLA: “Las relaciones militares entre los Estados Unidos y América Latina. Crisis e interrogantes futuras”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 13, n°51, 1980, p. 388.

<sup>277</sup> Tulio HALPERIN DONGHI: *Op. Cit.*, p. 448.

primeros años, la cuestión fuera del continente era problemática: la Guerra Civil China se había saldado con una victoria comunista en 1949, la consiguiente instauración de la República Popular, y la pérdida del monopolio atómico, todos ellos hechos que hicieron ver que los Estados Unidos, antiguos ostentadores de la hegemonía mundial, se hallaban ahora sitiados por todos los flancos. El mismo Nixon aclaraba la difícil situación que experimentaban, que ya no estaban en esa posición tan privilegiada de antaño:

Desde 1945 a 1949 nosotros éramos la única nación del mundo que poseía un arsenal de bombas atómicas. Desde 1950 a 1966 nosotros teníamos una superioridad estratégica sin contrapeso. Desde 1967 a 1969 mantuvimos una superioridad significativa. Hoy en día, la Unión Soviética posee una fuerza estratégica poderosa y sofisticada casi equivalente a la nuestra<sup>278</sup>.

Por su parte, la administración de Dwight D. Eisenhower (1953-1961) mantuvo una escasa, sino nula atención hacia la región latinoamericana, quedando relegada a un segundo, o mejor dicho, tercer plano, prevaleciendo el en ese entonces simple principio de que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”; en otras palabras, cualquier gobierno con una férrea postura anticomunista, sin importar si era de índole democrática o dictatorial, pasaba a convertirse en un aliado y amigo. De ahí que no tuvieran reparos, aunque tampoco se han caracterizado por tenerlos, al reconocer gobiernos de generales como el de Pérez Jiménez en Venezuela (1952-1958), Rojas Pinilla en Colombia (1953-1957) y el de Alfredo Stroessner en el Paraguay (1953-1989), estableciéndose una relación de premio o castigo según se comportaran respecto a los intereses norteamericanos. Ejemplos de esto último fue el derrocamiento del coronel izquierdista Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, o, sorprendentemente, entregando la Legión de Honor al dictador venezolano en 1954<sup>279</sup>.

Como concluía en 1954 el Informe Doolittle, una evaluación altamente clasificada de las operaciones encubiertas de la CIA, “No hay reglas en semejante juego. Las normas hasta hoy aceptables de la conducta humana no se aplican”, no se podía ser sutil y era menester dejar el mensaje claro. Eisenhower entendió aquello: “He llegado a la conclusión de que algunas de nuestras ideas tradicionales del deporte internacional serán apenas aplicables al enredo en el cual se está hundiendo ahora el mundo”. Se podría ser benévolo al tratar con los vecinos sureños, pero no al momento de lidiar con el comunismo<sup>280</sup>:

[...] armados del vocabulario propio de la Guerra Fría, buscamos combatir el comunismo y *preservar la libertad* en cualquier área, aunque la batalla al respecto pareciere muy poco prometedor y probable<sup>281</sup>.

Ya no se andaban con rodeos y la frase que sintetizaba la Doctrina Monroe, *América para los americanos*, cobraba más sentido que nunca: América debía ser para los americanos y los Estados Unidos se reservaba el derecho a proteger a los pequeños y jóvenes miembros

---

<sup>278</sup> Citado por Walter SANCHEZ G.: *Idealismo e imperialismo en la Política exterior de Estados Unidos*, Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile, 1979, p. 27.

<sup>279</sup> Froilán RAMOS RODRÍGUEZ; Javier CASTRO ARCOS: “La Alianza para el Progreso en Chile y Venezuela”, en *Tiempo y Espacio*, n°62, 2014, pp. 95-96.

<sup>280</sup> John LEWIS GADDIS: *Op. Cit.*, p. 146.

<sup>281</sup> Citado por Jorge A. TAPIA VALDÉS: *Op. Cit.*, p. 48.

de la familia americana. Ochenta años después, Estados Unidos reafirmó su derecho para protegerlos, pero también para castigarlos cuando fuere necesario.

No menos alarmante fue el curso que el mundo socialista había seguido, pues, a pesar de navegar por turbulentas aguas tras la muerte de Stalin y las continuas acusaciones de represión militar al movimiento húngaro, parecía que, tal como el ave Fénix, la URSS sobreviviría a la mano férrea del dictador y, bajo la dirección de Jruschov, renacía de las cenizas. La cautela de años anteriores debía ser enterrada, procediendo así al accionar a nivel internacional. Por otro lado, el escenario internacional no podía ser más prometedor con la culminación del proceso de descolonización y el término de la hegemonía europea en Asia y África, con ello se abrían las puertas a la extensión de la presencia e influjo de los soviéticos en estas tierras. Estados Unidos ya iba admitiendo que para manejarse en esta difícil situación era necesario desarrollar nuevas estrategias, más versátiles y útiles al momento de plantarle cara al avance soviético. América Latina estaba entre sus planes.

En cualquiera de los casos, el Tercer Mundo seguía siendo la principal esperanza de cuantos seguían creyendo en la revolución. Lo curioso, es que, como nos lo dice E. Hobsbawm, ésta distaba de la forma tradicional que había adoptado en octubre de 1917, materializándose en la, para muchos temida, guerra de guerrillas. De hecho, en un recuento realizado en los años setenta enumeraba en 32 las “guerras de guerrillas” acaecidas en el mundo tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, siendo lo más curioso que, a excepción de la Guerra Civil Griega, la lucha de los chipriotas contra Gran Bretaña y el conflicto de Ulster, todas ellas estaban localizadas fuera de Europa y América del Norte<sup>282</sup>. Quizás la más famosa de ellas fue la acaecida en Cuba hacia 1958, pues, como diría Tulio Halperin, “el desenlace socialista de la revolución cubana vino a reestructurar para siempre el campo de fuerzas que gravitaba sobre las relaciones entre el norte y sur del continente”<sup>283</sup>, más cuando en 1960 se establecían los primeros lazos comerciales entre la isla y la Unión Soviética, cuestión que venía a significar que el gigante ruso le protegería con su manto y que el “enemigo comunista” se hallaba ahora a la vuelta de la esquina.

“La revolución cubana lo tenía todo: espíritu romántico, heroísmo en las montañas, antiguos líderes estudiantiles con la desinteresada generosidad de su juventud -el más viejo apenas pasaba de los treinta años-, un pueblo jubiloso en un paraíso turístico tropical que latía a ritmo de rumba. Por si fuera poco, todos los revolucionarios de izquierda podían celebrarla”<sup>284</sup>. Por ello, en toda América Latina grupos entusiastas de jóvenes se lanzaron a la lucha bajo la bandera de Fidel, de Trotsky o de Mao, muchas veces destinada al fracaso. Pero la isla caribeña era diferente y así lo demostró la crisis de los misiles en 1962, una situación que Jruschov vio como una perfecta oportunidad para difundir la revolución a través de América Latina. Tanto él como sus consejeros habían quedado gratamente sorprendidos, entusiasmados y alocados cuando la insurgencia había logrado tomar el poder en la isla por su cuenta, sin las problemáticas trabas que caracterizaron la imposición de regímenes comunistas en Europa Oriental. En este punto no importaba ya si Marx habría previsto aquello o que Fidel y sus desordenados seguidores se ajustaran difícilmente al modelo leninista de una vanguardia revolucionaria disciplinada. Suficiente era que Cuba se hubiera convertido al comunismo de forma “espontánea” sin la asistencia de Moscú, de manera que parecía confirmar la profecía de Marx acerca del curso de la historia. En palabras

---

<sup>282</sup> Eric HOBSBAWM: *Op. Cit.*, p. 436.

<sup>283</sup> Tulio HALPERIN DONGHI: *Op. Cit.*, p. 452.

<sup>284</sup> Eric HOBSBAWM: *Op. Cit.*, p. 439.

de Anastas Mikoyan: “Sí, es un revolucionario genuino [...] Completamente como nosotros. ¡Sentí como si hubiera vuelto a mi infancia!”<sup>285</sup>, refiriéndose a Castro.

La tierra era fértil, y los sucesos en Cuba no vinieron más a abonar un suelo que por sí solo podía dar tremendos frutos. Por sí solo habían descubierto que el sistema económico al que se habían ido apegando había demostrado períodos de crisis que, si bien no se originaban en nuestras tierras, repercutían con grandes consecuencias, solo bastando con ver lo desastroso que fue la crisis de 1929, la Segunda Guerra Mundial y la difícil etapa de la posguerra. El vigor que iba adquiriendo el bloque socialista también hacía desviar las miras, dado que, como señaló J. F. Kennedy:

El comunismo y el castrismo se difundirán [...] conforme se tambaleen los gobiernos asustados por este nuevo testimonio de poder [...] Todo esto representa un cambio provocativo en la condición delicada que ambos países han mantenido<sup>286</sup>.

La experiencia cubana, además del aval del bloque soviético, explican de sobremanera las disposiciones del águila norteamericana sobre América Latina, aunque ello no explica los fundamentos de la política de Kennedy hacia su patio trasero. Ésta no podía tener como eje central el limitado objetivo de restaurar la hegemonía norteamericana, dado que, a fin de cuentas, solo se estaba llevando la “cura” a un determinado país, cuando el resto del continente ya mostraba claros síntomas de la enfermedad; en cambio, se buscaba promover y orientar una transformación de las estructuras sociopolíticas que las hiciese invulnerables a la tentación revolucionaria:

El teatro principal del combate contra la amenaza revolucionaria se trasladaba así al continente y a él estaban orientadas las innovaciones propuestas por la administración de Kennedy, que se inspiran por una parte en una implícita teoría general sobre las precondiciones necesarias de procesos revolucionarios, y por otra en las lecciones ofrecidas por los procesos de cambio socioeconómico desencadenados en Asia y África a partir de la segunda guerra mundial, que, puesto que habían tomado en algunos casos vías revolucionarias y en otros no, parecían ofrecer enseñanzas útiles cómo esquivar las primeras y alcanzar transitando las segundas transformaciones menos incompletas que las que hasta entonces había conocido Latinoamérica<sup>287</sup>.

En simples palabras, se preveía que el riesgo de revolución cesaría cuando el subcontinente alcanzara por fin el anhelado desarrollo y, por lo tanto, era urgente impulsarlo en este sentido. Esta política vino a materializarse en la Alianza para el Progreso, la cual ponía sobre la palestra los temas más “gratos” para la opinión latinoamericana. Uno de sus principales fuertes fue el impulso dado a la Reforma Agraria, como un recurso esencial con el cual romper el estancamiento rural, y una industrialización más rápida y menos limitada que en tiempos pasados. Pero las medidas no solo iban destinadas a facilitar el desarrollo económico y contribuir a una transformación de la sociedad en un sentido más igualitario;

---

<sup>285</sup> John LEWIS GADDIS: *Op. Cit.*, p. 68.

<sup>286</sup> *Ibidem*, p. 69.

<sup>287</sup> Tulio HALPERIN DONGHI: *Op. Cit.*, pp. 522-523.

servía, a la vez, para la consolidación acelerada de estructuras políticas y sociales capaces de encuadrar sólidamente a las masas. Así, se buscó cortar de raíz cualquier germen revolucionario, más cuando se impulsaba todas estas reformas dentro del marco de la democracia representativa. Básicamente, se buscaba para América Latina lo que el *Plan Marshall* había hecho por Europa:

Pero si hemos de afrontar un problema de tan imponentes dimensiones, nuestro proceder debe ser audaz y a un tono con la concepción majestuosa de la Operación Panamericana. Por eso he hecho un llamamiento a todos los pueblos del hemisferio para que nos unamos en una Alianza para el Progreso, en un vasto esfuerzo de cooperación, sin el paralelo en su magnitud y en la nobleza de sus propósitos, a fin de satisfacer las necesidades fundamentales de techo, trabajo y tierra, salud y escuelas<sup>288</sup>.

Kennedy, para ello, recurriría a un equipo de jóvenes profesionales, entusiastas y dinámicos, muchos de ellos universitarios y católicos, dentro de los que se hallaban Robert McNamara, Arthur Schlesinger, Ken O'Donnell, Theodore Sorensen, entre muchos otros. Este cúmulo de profesionales construyeron un nuevo estilo de *New Frontier*, en la que se combina la experiencia del *New Deal* de D. Roosevelt y una mayor participación de académicos en vez de políticos para la administración pública. Al mismo tiempo se auspiciaba el Proyecto Camelot, el cual tenía la finalidad de identificar las causas y las pautas de la inestabilidad en América Latina<sup>289</sup>.

Así se lograba una nueva mirada sobre cómo hacer las cosas, una muchísimo más activa y optimista. Fue de esta manera que Latinoamérica pasó de un tema secundario a estar en la palestra, pues Kennedy, desde que era senador por Massachusetts en 1958, ya había demostrado un claro interés por la región y lo que acontecía en ella, cuestión que dejaba claro en el discurso pronunciado en San Juan de Puerto Rico, en el que abogó por una nueva relación con los vecinos sureños, logrando así una *Buena Vecindad* y evitando una segunda Cuba<sup>290</sup>. Razón tenía Hugo Martínez Viademonte en 1962 cuando decía que “la posibilidad de la acción de la Unión Soviética es sólo un problema teórico, porque las fuertes naciones de Occidente no consentirán la entrega total, mejor dicho, la venta de América al bloque comunista, en el supuesto caso de que los pueblos americanos quisiesen venderse”<sup>291</sup>. Una percepción teórica que también aplicaba en la práctica, pues:

La Unión Soviética generalmente considera a Latinoamérica dentro de la esfera de influencia de Estados Unidos. A lo sumo la Unión Soviética desearía ver gobiernos de América Latina lo suficientemente independizados del Departamento de Estado norteamericano, para así poder establecer lazos diplomáticos y comerciales con ellos y quizás presentar cierta resistencia a la

---

<sup>288</sup> Discurso pronunciado por el Presidente John F. Kennedy el 13 de marzo de 1961 en la Casa Blanca ante el cuerpo diplomático latinoamericano, altos funcionarios y miembros del Congreso de los Estados Unidos. En Alianza Para el Progreso: *documentos básicos*, Punta del Este, 1961, p. 4.

<sup>289</sup> Joseph S. TULCHIN: “Los Estados Unidos y América Latina en la Década del 60”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 21, n°84, 1988, p. 478.

<sup>290</sup> Froilán RAMOS RODRÍGUEZ; Javier CASTRO ARCOS: *Op. Cit.*, pp. 97-98.

<sup>291</sup> Hugo MARTÍNEZ VIADEMONTTE: “Hispanoamérica y la Alianza para el Progreso”, en *Revista de estudios políticos*, n°125, 1962, p. 277.

intervención militar de Estados Unidos. Al mismo tiempo, los dirigentes soviéticos esperarían que estos gobiernos ‘independientes’ no llegaran a identificarse demasiado con la Unión Soviética, ya que así impondrían obligaciones económicas y políticas muy grandes en la economía y el gobierno de Moscú. Los soviéticos no tienen ningún interés en comprometerse en otra situación del tipo de la cubana<sup>292</sup>.

El presidente norteamericano se proponía conducir estos cambios económicos y sociales de forma gradual, y, esencialmente, dirigidos por gobiernos democráticos, de manera que se pudiera propiciar un crecimiento económico, la estabilidad política, la paz social y la fraternidad latinoamericana, una cuestión más que difícil de conseguir. Así cortaban de raíz los problemas y que pudieran ser utilizados por los adeptos a la revolución:

A nuestras Repúblicas hermanas, situadas al sur de nuestra frontera, les ofrecemos una promesa esencial: convertir nuestras buenas palabras en buenos hechos, en una nueva alianza por el progreso, ayudando a los hombres libres y a los Gobiernos libres a arrojar lejos de sí las cadenas de la pobreza<sup>293</sup>.

Era la primera vez que un presidente de los Estados Unidos se refería con un claro tono de preocupación por los temas existentes en América Latina, dejando entrever notas de optimismo y entusiasmo. En poco tiempo Kennedy había logrado algo que muy pocos siquiera estuvieron cerca de hacer: despertar la atención de norteamericanos y latinoamericanos en torno a la posibilidad de lograr cambios nunca antes vistos en el hemisferio. El caso de Chile es el más ejemplificador, pues desde un comienzo el proyecto se caracterizó por una notable humanización y reconocimiento popular. La Alianza no pasó desapercibida sobre todo en el sur del país, principalmente tras las nefastas consecuencias del terremoto de 1960; donde desde tazones, utensilios hasta grandes edificaciones de obras públicas llevaban la antorcha de la libertad con el escrito “Alliance for Progress”. No solo era un exitoso proyecto de diplomacia pública norteamericana, sino que además lograba sensibilizar al trabajador y la clase media chilena con los valores e intereses que había trazado lograr la comitiva norteamericana en su “cruzada por la libertad” en el continente. Optimismo, pacifismo y un montón de jóvenes norteamericanos bajo el lema de *All you need is love* es lo que rebosaba en América Latina.

En el sentido de que fue capaz de dar con los problemas y soluciones a ellos, la Alianza por el Progreso fue un acierto; sin embargo, ello no detuvo la creciente tendencia hacia posturas más socialistas de los gobernantes latinoamericanos. Por otro lado, era necesario, nos decía Martínez Viademonte, desembarazarse de aquella infantil creencia de que los Estados Unidos se asemejaban a un príncipe encantado, el cual aportaría un *happy end* y luego se retiraría para contemplar sus buenas obras. Ese no era su estilo. Era más que evidente que el coloso norteamericano era una nación poderosa y decidida, y no es para nada parecida a una institución asistencial o a Asociación de Damas de la Caridad; mal que mal, un imperio no se construye con caridad. El contribuyente norteamericano pagaba las tasas más altas del continente y las pagaba en verdad y sin escapatoria, luego exige de su Gobierno una serie de beneficios y resultados, lo que al parecer, para el caso americano, se estaban

---

<sup>292</sup> James PETRAS: “Estados Unidos y el nuevo equilibrio en América Latina”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 2, n°4, 1969, p. 501.

<sup>293</sup> Froilán RAMOS RODRÍGUEZ; Javier CASTRO ARCOS: *Op. Cit.*, p. 99.

tardando demasiado. Con más perspicacia decía que “No es la Alianza para el Progreso lo que se teme sino a la acción posterior que los Estados Unidos puedan realizar”<sup>294</sup>. Después de todo, y como lo diría Gordon Connel-Smith:

*The intrusion of the Cold War into the Western hemisphere furthered not hemispheric solidarity, but the concept of reciprocity: Economic Assistance for Latin America as a reward for supporting United States policies to meet the threat from international communism*<sup>295</sup>.

Pero como diría la Ley de Murphy: “Si algo malo puede pasar, pasará”, y precisamente ello fue lo que ocurrió en 1963. La muerte de J. F. Kennedy cambió todo el panorama, más cuando su sucesor, Lyndon Johnson, estableció que el objetivo de conservación y seguridad se decantó por el abandono de la vía institucional. Johnson poco interés tenía en la Alianza por el Progreso y, en una serie de rápidos cambios, removió a todos los guerreros que habían luchado con Kennedy en el episodio de la Alianza<sup>296</sup>.

Fue de esta manera como en América Latina la política norteamericana volvía a sus orígenes: ser amigos de sus amigos y enemigos de sus enemigos, sin importarles aquellas fastidiosas exigencias que el decoro institucional imponía. Precisamente a fines del 63 y comienzos del 64, se abandonaron los titubeos y perplejidades, procediendo a la acción. La instauración de regímenes militares de derecha, la cual inundaría a los países desde la década de los sesenta, así lo demostraría. Así, por ejemplo, tenemos el golpe dado al caudillo populista Juan Domingo Perón en 1955, cuya fuerza residía en las organizaciones obreras y la movilización de los pobres, y la toma del poder en Brasil por los militares en 1964, relegando a los herederos del líder populista Getulio Vargas que se habían inclinado hacia la izquierda, ofreciendo democratización, reforma agraria y un gran escepticismo acerca de la política de los Estados Unidos. Es muy probable que el golpe militar dado en la Bolivia revolucionaria de 1964 también guardase alguna conexión con los temores estadounidenses a la influencia cubana en ese país, pero, como lo ha demostrado la misma historia, Bolivia no era un lugar que pueda ser controlado por ningún militar local durante mucho tiempo, por brutal que sea. En cada uno de estos casos la política estadounidense estuvo detrás.

El ejemplo cubano, que si bien en un principio alentó a los sectores de la sociedad latinoamericana que buscaban un cambio por la vía revolucionaria, ahora suscitaba resquemores entre los círculos más conservadores, quienes veían en la política estadounidense un potencial aliado. Gracias a esto, las nuevas formas que iban adquiriendo el intervencionismo de los Estados Unidos estuvo lejos de evocar un sentimiento de rechazo y una oposición unánime como a comienzos del siglo; en cambio, era recibido con beneplácito por las fuerzas conservadoras, además del hecho de que ya no sería necesaria una intervención directa con fuerzas armadas propias, dado que habían encontrado en estos aliados una herramienta más útil en contra del avance del comunismo: las Fuerzas Armadas.

Desde la postguerra hasta la administración de Kennedy el pensamiento de la Casa Blanca respecto a Latinoamérica y sus gobiernos es que, en simples palabras, allí no debían

---

<sup>294</sup> Hugo MARTÍNEZ VIADEMONTTE: *Op. Cit.*, p. 279.

<sup>295</sup> “La intrusión de la Guerra Fría en el hemisferio occidental no fue un avance solidario hemisférico, sino sobre el concepto de reciprocidad: asistencia económica para América Latina como recompensa por apoyar las políticas de los Estados Unidos para enfrentar la amenaza del comunismo internacional”. Citado por Walter SANCHEZ G.: *Op. Cit.*, p. 22.

<sup>296</sup> Joseph S. TULCHIN: *Op. Cit.*, p. 492.

aparecer grandes problemas, al menos no tan graves para que requirieran la atención y los recursos que podían utilizarse en otra parte. De tal manera, se entendía que antes de los sucesos de la Revolución Cubana los países latinos jugaban un rol más bien secundario en el enorme tablero mundial; sin embargo, a pesar de que América desempeñaba un papel limitado en la estrategia militar de los EE.UU, no por ello los líderes norteamericanos dejaron de definir el valor de la región en relación con los intereses de su política y sus exigencias militares; por ejemplo, prevenir el establecimiento de bases e influencias enemigas, mantener el acceso a las líneas de comunicación y a los recursos estratégicos y las bases, y, más importante aún, prevenir el conflicto intrarregional.

Fue así como las Fuerzas Armadas iban adquiriendo un papel cada vez más central desde la perspectiva norteamericana, dado que gran parte de los fondos públicos destinados a Latinoamérica estaban destinados a estos actores. De hecho, como lo diría José Comblin, la injerencia norteamericana en las Fuerzas Armadas Latinas se podría dividir en tres maneras: en las reuniones de jefes militares, por los programas de ayuda militar o de venta de armas y por el entrenamiento de oficiales y otros especialistas en sus escuelas militares. Fueron estos tres medios por los que Estados Unidos penetró y aseguró la doctrina de Seguridad Nacional en las fuerzas sudamericanas.

Podríamos considerar como la primera de estas reuniones, o más bien la más importante, la de Río de Janeiro, a la que ya hemos hecho mención, y la que culminaría con la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (T.I.A.R) en 1942, y el cual hasta los años 70 seguía estableciendo las pautas de las relaciones entre los ejércitos americanos y las fuerzas del gigante del norte. Y si bien en esta instancia no se logró la aprobación de un sistema interamericano de defensa comandado, por su puesto, por los Estados Unidos<sup>297</sup>, se aprobaría, un 27 de enero, la fundación en Washington de una Junta Interamericana de Defensa (J.I.D), una comisión permanente encargada de estudiar y de sugerir a los gobiernos las medidas necesarias para la defensa del continente. Todo ello por la insistencia del Gobierno Chileno y la venia de los norteamericanos.

Básicamente, la Casa Blanca había triunfado y puesto en marcha una organización militar continental bajo su entero dominio. Más importante aún era que este tratado pasó a constituir una carta importante de Washington para presionar a los gobiernos que plantearan o bien proyectos nacionalistas y una mayor autonomía respecto a los Estados Unidos, o bien posibles proyectos socialistas. “La Casa Blanca se aseguraba, además, un pacto político-militar que le permitía obtener la completa alineación del continente en caso de una tercera guerra mundial, que muchos evaluaban como posible”<sup>298</sup>. Esto no solo quedó en la simple teoría, ya que, una vez que el TIAR entró en vigencia un 3 de diciembre de 1948, fue invocado en varias instancias. En la década de los 50 y 60 sería aducido en tres ocasiones: la primera de ellas fue en Guatemala (1954), la segunda fue la Crisis de los Misiles en Cuba (1962); y la tercera fue la intervención en Santo Domingo (1965), siempre en función de los Estados Unidos.

Con posteridad, específicamente en 1962, la Junta Interamericana de Defensa fundó el Colegio Interamericano de Defensa (C.I.D), una institución análoga al National War

---

<sup>297</sup> Para más información, véase José COMBLIN: “La Doctrina de la Seguridad Nacional”, en José COMBLIN; Alberto METHOL FERRÉ: *Dos ensayos sobre Seguridad Nacional*, Arzobispado de Santiago. Vicaría de la Solidaridad, Santiago, 1979, p. 96.

<sup>298</sup> Leandro MORGENFELD: “El TIAR: sus orígenes, el debate sobre su rol actual y la posición argentina”, en *Defensa y Pensamiento Estratégico*, n°2, 2015, p. 88.

College y ubicada en el mismo lugar: Fort Lesley McNail. Ambas instituciones “han jugado un rol determinante: han logrado traspasar a América Latina la estrategia del Pentágono. Su función es elaborar la estrategia o los planes militares: les ha bastado pedirlos en la puerta vecina. O más bien, recibirlas fabricadas de antemano”<sup>299</sup>.

Otras de estas reuniones fue la llevada a cabo por el general estadounidense T. F. Bogart, comandante del Ejército norteamericano del Sur (South Command), el cual tenía su base de operaciones en la zona americana del Canal de Panamá y dirige a las operaciones para toda América Latina. En esta ocasión se invitó a los colegas a una “amistosa” reunión con miras a discutir problemas militares comunes que llegasen a afectar a todas las naciones americanas. Fue de esta manera que comenzaron las reuniones de los Comandantes en Jefes de las tres ramas de los ejércitos americanos con sus contrapartes norteñas, las cuales se llevaban a cabo todos los años y, con posteridad, se fueron espaciando, como si los Estados Unidos perdieran un tanto el interés en ellas. En palabras simples, tales encuentros permitían a los Estados Mayores exponer las estrategias de sus respectivas naciones y establecer sintonía con la metrópoli del “Imperio”; básicamente, se partía a rendir pleitesía y a pedir órdenes. Y a pesar que a través de estas instancias el gobierno norteamericano no pudo conseguir su mayor objetivo para América Latina, véase un ejército común bajo su bandera y preparado para hacer frente a amenazas externas al continente, una medida disuasoria más que práctica para mantener a las nacioncillas que intentasen rebelarse a los dictámenes del imperio, se logró algo mucho mejor y, por cierto, más barato: que las Fuerzas Armadas latinoamericanas por sí solas se apegasen a las estrategias elaboradas desde Washington, tendencia que echaría raíces con la ayuda y venta de armamento.

Este último aspecto fue esencial para asegurar la influencia en el plano americano, y podríamos decir que comienza con el Acta de Seguridad Mutua de 1951, la que fundó el Programa de Asistencia Militar (PAM), programa por el cual los Estados Unidos se comprometía a hacer donaciones de materiales de guerra a otras naciones, especialmente a aquellas que se comprometiesen con sus intereses. Para llevarlo a cabo, el Congreso requería la ratificación de un pacto de asistencia mutua entre los Estados Unidos y el Estado interesado, algo que desde 1952 a 1955 doce Estados latinoamericanos no tardaron en hacer, salvo Argentina que solo entraría en el juego allá por el año de 1964.

No obstante, aquella intención norteamericana iba más allá de la simple bondad y caridad, pues tenía como objetivo algo más simple: además de traspasar armamento a naciones tercermundistas adictas a las políticas propias, a la par se deshacían de material de guerra pasado de moda. De tal manera, y como lo diría el coronel Kent:

*For US military planners, therefore, the lesson is clear that we must seek optimum ways of giving maximum assistance to the governments and the armed forces of friendly developing nations, at minimum cost to the United States in terms of materiel and manpower, and with a minimum visibility of the US participation. It is highly improbable that we will again be able, in the near future, to send massive US expeditionary forces to the assistance of a friendly developing nation threatened by such covert aggression. Our enemies know this, and they gear their own actions to take maximum advantage of the shifts and changes in the American political climate.*

---

<sup>299</sup> José COMBLIN: *Op. Cit.*, p. 96.

[...] *Under these circumstances, we must review our Military Assistance Programs to the armed forces of those nations subject to a major threat of covert rather than overt aggression. we must be careful in deciding what Us doctrine and Us tactics are suitable for export*<sup>300</sup>.

Así, entre 1952 y 1960, se buscó el crear una necesidad de armamento y establecer vínculos a partir de ellos, dado que después de recibirlos era menester mantenerlos, además de que era necesario personal cualificado para entrenar a sus operadores. Se creaba una dependencia a partir de material obsoleto, ¿qué más se podría pedir?

Después de todo:

La necesidad de dirigirse al donante original para obtener municiones, repuestos y partes tiende a mantener la influencia, un hecho que había sido dolorosamente aprendido cuando los americanos trataron de reemplazar la influencia alemana de los años 30 sobre los ejércitos latinoamericanos<sup>301</sup>.

Ahora bien, cada entrega del material suponía conjuntamente el envío de una misión militar, un Grupo de Consejeros de asistencia Militar (Military Assistance Advisory Group, MAAG). Este pequeño grupo adquiría una gran influencia en los Ejércitos en los que intervenía, pues rápidamente se introducía con la excusa de proporcionar ayuda técnica en el Estado Mayor que recibía el equipo, y precisamente desde ahí dirigía sus operaciones. Citando a Comblin: “Su función no es puramente técnica: rápidamente pasa a ser política”<sup>302</sup>.

Esto llegó a ser de suma importancia después de 1961, precisamente cuando fue adaptada para América Latina la estrategia de la guerra revolucionaria y de la acción cívica. La guerra antirrevolucionaria era eminentemente política y conducía a los militares latinoamericanos a interesarse en la política interior de sus países. Ahora el enemigo no era un ejército o nación que pretendía acciones militares en el territorio propio, sino el insurgente interno, al que muchas veces se le creían fuertes lazos con la URSS y la isla caribeña, al menos eso es lo que decían los instructores y políticos americanos:

No había amenaza de una agresión externa encubierta de significación en contra de América Latina, el énfasis cambió hacia las capacidades para garantizar la seguridad interna en contra de subversiones de inspiración

---

<sup>300</sup> “Por lo tanto, para los planificadores militares de los Estados Unidos, la lección es clara de que debemos buscar formas óptimas de brindar la máxima asistencia a los gobiernos y las fuerzas armadas de los países amigos en desarrollo, a un costo mínimo para los Estados Unidos en términos de material y mano de obra, y con una visibilidad mínima de la participación estadounidense. Es muy improbable que podamos volver a enviar, en un futuro próximo, fuerzas masivas expedicionarias de los EE. UU. en la asistencia de una nación en desarrollo amiga amenazada por una agresión encubierta. Nuestros enemigos lo saben, y adaptan sus propias acciones para aprovechar al máximo los cambios en el clima político estadounidense. [...] En estas circunstancias, debemos revisar nuestros Programas de Asistencia Militar a las fuerzas armadas de las naciones sujetas a una amenaza mayor de agresión encubierta en lugar de una declarada. Debemos tener cuidado al decidir qué doctrina y tácticas de los Estados Unidos son adecuadas para la exportación”. Irvin M. KENT: “Political Warfare for Internal Defense”, en *Military Review*, Agosto, 1970, p. 67.

<sup>301</sup> Informe sobre *Military Assistance and the Security of the United States 1947-1956*. Citado por A. TAPIA VALDÉS: *Op. Cit.*, p. 74.

<sup>302</sup> José COMBLIN: *Op. Cit.*, p. 97.

comunista o agresiones encubiertas, y para realizar proyectos de acción cívica destinados a promover estabilidad y a fortalecer las economías nacionales<sup>303</sup>.

Y si bien la tentativa de establecer una fuerza interamericana para la defensa fue desechada, los Estados Unidos poco tardaron en encontrar una solución al problema: comprometer parte de sus recursos en las Fuerzas Armadas latinas, incluso a instancia de algunos gobiernos. Así, para el año de 1967, el Secretario de Defensa Mc Namara, declaraba ante al Congreso:

Durante el año pasado han sido combatidos con éxito ataques terroristas y serias insurgencias en varios países de Latinoamérica. En otros, han sido contenidas las amenazas políticas. / Venezuela ha podido, estos últimos meses, mejorar substancialmente su control de los elementos guerrilleros y terroristas. Unidades de las fuerzas armadas y de la policía de este país con adiestramiento norteamericano han dirigido una campaña del gobierno en las ciudades y el campo. / En Perú, el gobierno ha progresado bastante en su campaña contra las concentraciones de guerrillas; el ejército y la fuerza aérea peruana, entrenados y apoyados por Estados Unidos han desempeñado papeles prominentes en la campaña<sup>304</sup>.

La política de asistencia militar triunfaría hasta los años de 1965-1966, principalmente por el resurgimiento de tendencias nacionalistas, las cuales nunca se esfumaron, sino que permanecían en una inquietante calma. Los Estados Unidos, que ya tenían preocupaciones más grandes en Asia, no permitirían que surgiera un conflicto en su patio trasero por nacionalismos añejos, por lo que enfáticamente se rehusaría a dar o vender armas para la guerra convencional, limitando sus envíos para la guerra contra la subversión; sin embargo, este regaño no surtió el efecto esperado, pues a partir del 66 muchos países latinos buscaron armas y equipos en sus antiguos señores: Europa.

Ante tal amenaza a su monopolio armamentístico, los norteamericanos, mediante el Acta de Asistencia al Extranjero en 1968, autorizó la venta de armas a sus naciones hermanas menores, incluso incluyendo en la nómina armas convencionales, aunque bajo ciertas condiciones. La primera de estas limitantes era, obviamente, que tal equipo no se empleara para poner en peligro la seguridad nacional de los Estados Unidos. Lo curioso en este punto es que obviamente tales equipos harían peligrar la seguridad en el continente, o al menos la hegemonía norteamericana, por lo que, lógicamente, si de todos modos la seguridad penderá de un hilo muy delgado, ¿por qué no sacar provecho de ello? Al menos parecía que aquella fue la línea seguida por el Congreso, dado que progresivamente redujeron la ayuda militar hasta casi suprimirla en 1976, principalmente justificándose en las violaciones de los Derechos Humanos.

Las ventas de equipos y armas así terminaron por reemplazar la ayuda “desinteresada”, las cuales seguían estando acompañadas de técnicos y consejeros que prestarían sus valiosos servicios a los nuevos compradores. Se seguía influenciando a los países latinos y se obtenía un “pequeño” beneficio económico de ello. Pero, nuevamente,

---

<sup>303</sup> Citado por Jorge A. TAPIA VALDÉS: *Op. Cit.*, p. 60.

<sup>304</sup> *Department of Defense Appropriations for 1967 Hearings before a Subcommittee on Appropriations, House of Representatives, 98<sup>th</sup> Congress, Section Session, U.S. Government Printing Office, 1966.* Citado por James PETRAS: *Op. Cit.*, p. 507.

parecía que el tiro salía por la culata. Los precios y condiciones eran muy elevadas, cuestión que se contraponía a los proveedores europeos, los cuales no tenían el menor escrúpulo en vender sus equipos a cualquier nacioncilla que estuviera dispuesta a pagar por ellos. Tanto los europeos occidentales como los mismos soviéticos se abrían como un potencial mercado de armas, disputándose el monopolio a los yanquis. Quizás el caso más célebre que llegó a ilustrar los problemas de los proveedores fue el contrato entablado entre Brasil y Alemania para la energía atómica. De modo que el gobierno norteamericano se encontraba en una disyuntiva:

Desearía que los ejércitos se contentaran aun como en los años 60 con hacer la guerra a la subversión. En los años 60, los ejércitos desean aquello todavía, pero su nacionalismo los empuja a ser capaces de hacer una guerra convencional<sup>305</sup>.

Si se rehúsa a vender armas, se arriesgaba a ver cómo los otros proveedores inundaban a sus potenciales compradores, de tal manera que podría perder un lucrativo mercado e importante zona de influencia; no obstante, si llegaba a vender armas convencionales, corría el riesgo de echar a andar los conflictos entre las naciones sudamericanas; es decir, podría favorecer el desorden y división en su propia casa.

Pese a ello, muchos oficiales latinos ya estaban instruidos y versados en el uso de este armamento, principalmente gracias a la instrucción dada en escuelas militares exclusivas para los oficiales sureños. Y es que desde 1961, la Escuela del Ejército norteamericano para las Américas, o en inglés *Army School of the Americas (SOA)*, situada en el Fort Gulick en la zona del Canal de Panamá, había formado a una cantidad considerable de oficiales. Para ello el mismo coronel Kent señalaba la necesidad de personal capacitado para tal tarea: *“What we need most in this regard are officers fully and thoroughly trained in the doctrine and practice of political warfare. [...] These groups could work with us at appropriate service schools in the United States and in the Canal Zone in the training of personnel from the developing nations and in training our mobile training teams”*<sup>306</sup>.

Según un folleto del mismo programa, su función era la de ‘orientar la formación de personal latinoamericano calificado con miras a alcanzar los más altos niveles de capacidad profesional y mayores aptitudes en lo que concierne a la mantención de la seguridad interior como también la contribución militar al desarrollo’<sup>307</sup>. Ello se lograba mediante una serie de cursos destinados exclusivamente a la lucha contrarrevolucionaria, muchos de los cuales, para la comodidad de los alumnos, se daban en perfecto español. Los mismos responsables hacían notar, con enorme satisfacción, que en octubre de 1973, unos 170 graduados de la Escuela habían logrado cargos tan significativos como ministros, comandantes en Jefe del Ejército, directores de inteligencia o, más preocupante aún, Jefes de sus respectivos Estados. Un dudoso cuadro de honor que ninguna escuela de estudios y ciencias políticas podía presumir. El ejemplo más claro de ello es la figura del general boliviano Hugo Banzer, quien

---

<sup>305</sup> José COMBLIN: *Op. Cit.*, p. 98.

<sup>306</sup> “Lo que más necesitamos a este respecto son los oficiales plenamente capacitados en la doctrina y la práctica de la guerra política. [...] Estos grupos podrían trabajar con nosotros en las escuelas de servicio apropiadas en los Estados Unidos y en la Zona del Canal en la capacitación de personal de los países en desarrollo y en la capacitación de nuestros equipos móviles de capacitación”. Irvin M. KENT: *Op. Cit.*, p. 69.

<sup>307</sup> *Ibidem*, p. 99.

tomó el poder mediante un golpe de Estado en 1971 y se logró graduar con honores en el SOA, incluso llegando a estar en el Salón de la Fama de la misma institución<sup>308</sup>.

De hecho, durante los años 70, la mayoría de los oficiales que asistían a la Escuela provenían de Bolivia, Chile, Colombia, Honduras, Panamá y Perú. Entre los años de 1970 y 1979, cada país envió entre unos 1.100 y 1.800 uniformados a la SOA; todos ellos representaban el 63% del total de las matrículas. Pero un caso especial de la institución es Chile: entre los años de 1970 y 1975, el país envió más soldados a recibir entrenamiento que ningún otro durante la década completa; no obstante, la singularidad no queda ahí, pues desde la década de los 50 que la presencia de los militares chilenos en la Escuela de las Américas se hacía sentir. De hecho, el General Carlos Prats, en noviembre de 1973, a tan solo dos meses del golpe militar, se sorprendía al ver cómo las Fuerzas Armadas chilenas llegaron a asimilar lo enseñado en la institución, a tal punto que confundían el interés nacional de Chile con los intereses de los EE.UU.:

Respecto del enemigo interno, prevalece cada vez más la opinión de las personas que han participado en cursos dados por la Escuela de las Américas y otros organizados por el Pentágono... muchas de las opiniones de estos [soldados] responden a los estereotipos e ideas que les fueron inculcadas en esos cursos; convencidos de que están liberando al país del 'enemigo interno', han cometido un crimen que solo puede explicarse por su ingenuidad, su ignorancia y su visión política de corto alcance... Yo solía decir al Presidente, que deberíamos enviar a nuestros oficiales a conocer la realidad de los países de Europa, África y Asia, no para que copien o imiten a sus Fuerzas Armadas, sino para que amplíen sus horizontes y entiendan<sup>309</sup>.

Al menos mil quinientos sesenta oficiales chilenos asistieron a la SOA entre 1970 y 1975; sin embargo, la mayoría, al menos un 58%, partió en los dos años que siguieron al golpe, precisamente cuando los militares detentaban el poder y la represión se hallaba en su punto más álgido. Por otro lado, aunque pueda sonar un tanto contradictorio, el Perú también destacó por el envío de personal a las instituciones norteamericanas, incluso cuando el Pentágono estaba al tanto de sus cálidas relaciones con los soviéticos.

Más importante era el hecho de que se crearan nuevos lazos, una intimidad con los oficiales del ejército más poderoso del mundo, "en términos que sus pares del sur del Río Bravo se lisonjaban en creer igualitarios, y que ella sirviese de vehículo para la difusión de una propuesta acerca de las tareas futuras de los ejércitos latinoamericanos que iba a encontrar aceptación efusiva en éstos"<sup>310</sup>. Ahora la doctrina de la seguridad nacional, en su versión militar, hacía al ejército el protagonista principal de la vida nacional y la política interna, al posicionarlo al frente de "una empresa que unificaba la guerra convencional y la política convencional", al mismo tiempo que las elevaba al servicio "heroico" en el marco del conflicto mundial contra el Socialismo. Esto último iba estrechamente ligado a las apreciaciones que realizaba Lesley Gill al afirmar que la SOA iba mucho más allá de la simple instrucción militar y la inclusión de los oficiales dentro del aparato dominado por las fuerzas armadas estadounidenses. También incluía aspectos culturales de los estudiantes y

---

<sup>308</sup> Lesley GILL: *Escuela de las Américas. Entrenamiento militar, violencia política e impunidad en las Américas*, LOM Ediciones, Santiago, 2005, pp. 110-111.

<sup>309</sup> *Ibidem*, p. 112.

<sup>310</sup> Tulio HALPERIN DONGHI: *Op. Cit.*, p. 530.

sus dependientes. En tal sentido, uno de los objetivos esenciales que se perseguía era el acabar con los sentimientos nacionalistas y crear nuevas redes sociales transnacionales de oficiales latinoamericanos; además, se buscaba el extender valores intrínsecamente asociados al estilo de vida americano en los futuros líderes de América Latina.

De tal manera que, en palabras del comandante de la institución, los oficiales latinos partían a la Escuela de las Américas porque querían ‘jugar en las grandes ligas’, y ‘codearse con el ejército más poderoso del mundo’<sup>311</sup>. No obstante, ello no significaba que los militares norteamericanos los viesan como iguales, solo bastaba con ver las declaraciones de un alto oficial norteamericano cuando se dirigía al Senado en 1962:

En la mayoría de los países latinoamericanos el soldado, marino o aviador es un hombre que generalmente carece de toda educación [...] de modo que cualquier mensaje que se le dirija debe ser hecho sea a través de películas, la radio o historias ilustradas al modo de los “comics” [...] algo que el promedio del militar latinoamericano pueda aprender<sup>312</sup>.

Esta nueva familiaridad fue un elemento decisivo para acelerar la transición entre una concepción de las tareas militares que habían guiado durante décadas a los ejércitos latinoamericanos y otra que proponía nuevas funciones en el contexto mundial, muchas de las cuales iban directamente en contra de la dignidad militar de los oficiales. Aquello es lo que se vio en los cursos de perfeccionamiento ofrecidos por las agencias de inteligencia norteamericanas, los que incluso incluían clases teórico prácticas en el arte de la tortura y otros medios de ejercicio del terror contra la población civil. A la vez se profundizaban la transformación de cada uno de estos ejércitos en un organismo cada vez más consciente de su identidad y sus intereses corporativos: “en lo que se refiere a éste los integrantes de cada uno de esos ejércitos parecían encontrar ahora interlocutores más cercanos en sus camaradas de los demás que en los integrantes de otras ramas del Estado del que teóricamente cada uno de esos ejércitos seguía siendo una dependencia”<sup>313</sup>. También se consolida una visión corporativa desde la oficialidad, la que se sumaba a los de la burocratización de la institución para transformar radicalmente su modo de inserción en la vida política.

Se argumentaba que los gobiernos civiles no serían capaces de defender a sus respectivos países contra la subversión comunista; es más, muchos creían que las alentaban. Esto llegó al punto que dos militares chilenos recalcaban al salir de una maniobra militar interamericana en 1964: ‘Nuestros colegas extranjeros parecen estar muy convencidos que su misión es salvar el hemisferio no sólo de los comunistas, sino también de los civiles’<sup>314</sup>. Por otro lado, esta estrategia contrarrevolucionaria daba muchísima importancia a la “acción cívica” de los militares, que no era otra cosa que el ocupar puestos y trabajos públicos para el bien de la población. De esta manera, para 1976 los militares latinoamericanos ya se hallaban en la cúspide de sus respectivos gobiernos, pues como notaba Abraham F. Lowenthal con cierto pesimismo:

Oficiales del ejército gobiernan en más de la mitad de los países latinoamericanos; en la mayoría de los restantes, participan activamente en la

---

<sup>311</sup> Lesley GILL: *Op. Cit.*, pp. 152-153.

<sup>312</sup> Citado por Jorge A. TAPIA VALDÉS: *Op. Cit.*, p. 92.

<sup>313</sup> Tulio HALPERIN DONGHI: *Op. Cit.*, p. 535.

<sup>314</sup> José COMBLIN: *Op. Cit.*, p. 100.

política sin ocupar el sillón presidencial actualmente. En Brasil y Perú, regímenes militares de marcada diferencia en renombre, parecen estar fuertemente establecidos. [...] En Chile, las fuerzas armadas deliberaron largamente antes de tomar por fin el poder en septiembre de 1973, quebrando el período más largo en este siglo que un país de América Latina había experimentado sin régimen militar. Las fuerzas armadas de Argentina han entregado recientemente el poder, pero no sin intentar imponer términos restrictivos a sus sucesores, lo que sugiere que los generales pueden volver pronto<sup>315</sup>.

Aquella fue la política que el águila adoptaría ante el avance del oso en Latinoamérica durante la década de 1960, pero su accionar fue caprichoso y así lo demostrarían en los comienzos de 1970. Bajo la administración de Nixon, los Estados Unidos dejarían de preponderar el rol protagónico en los asuntos de sus vecinos sureños, al menos no con tanto énfasis como se haría en la administración de y post Kennedy, ahora adoptando una postura más sutil y silenciosa. El *low profile* norteamericano les haría actuar desde las sombras, pasando lo más desapercibidos posible. Aunque no por ello dejaría de actuar de forma tan decidida como lo había hecho hasta el momento, solo bastaba con ver los terribles hechos que pusieron coto a la experiencia socialista en Chile un 11 de septiembre de 1973. Desde el pentágono se demandaba una política muchísimo más contundente para América Latina y el Caribe, ello, decían, era lo necesario para erradicar cualquier conato de comunismo, aunque esta se llegara a basar en el apoyo a los dictadores más sangrientos, sin importar la antigua postura en pro de las democracias. En este punto, autores como Ronald Steel explicaban de perfecta manera la línea que seguiría los Estados Unidos de ahí en adelante:

El problema, por consiguiente, no es uno de intervención versus no intervención, sino sobre la clase de intervención que mejor sirve a nuestros intereses y a los de los latinoamericanos a los que ostensiblemente tratamos de ayudar [...] Tomando en cuenta todas estas cosas, sería mejor que no nos preocupáramos exageradamente acerca de si y hasta qué grado estos regímenes son democráticos. Primero viene el desarrollo económico. La democracia, si en definitiva viene, seguirá de atrás<sup>316</sup>.

Era algo que según Nixon estaba más que justificado, dado que “Estamos contra un enemigo, una conspiración [...] *vamos a usar cualquier medio* ¿Está claro?”<sup>317</sup>. En este sentido, “Chile supuso un modelo para la política norteamericana en todo el territorio más allá del Río Bravo”<sup>318</sup>:

En ese momento, los militares latinoamericanos van a ser preparados para asumir el poder en sus países respectivos, y van a ser estimulados de todas maneras para hacerlo. La estrategia que se les enseña, comporta la toma del

---

<sup>315</sup> Abraham F. LOWENTHAL: “Ejércitos y Política en América Latina”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 9, n°35, 1976, p. 38.

<sup>316</sup> Citado por Jorge A. TAPIA VALDÉS: *Op. Cit.*, pp. 64-65.

<sup>317</sup> Citado por John LEWIS GADDIS: *Op. Cit.*, p. 153.

<sup>318</sup> Óscar HERNÁNDEZ CHINARO: “La Segunda Guerra Fría (1975-1985)”, en *Clio. History and History teaching*, n°40, 2014, s.p.

poder y la formación de un gobierno militar autoritario basado en todos los temas de la Seguridad Nacional. Naturalmente el Pentágono no podía dar el golpe de Estado en lugar de los militares nacionales. Se contentó con exhortarlos a hacerlo, con darles la justificación y la estrategia para hacerlo. Cuando la ocasión se ofreció, vino eventualmente en ayuda de sus alumnos. Pero es necesario confesar que el sistema estaba tan bien montado que una intervención directa no fue jamás necesaria: estaba preparada, pero no fue necesaria<sup>319</sup>.

“Necesario” era lo que constantemente se repetía en los diálogos que los representantes de la Casa Blanca mantenían con los mandatarios latinoamericanos, pues, como lo diría Averell Harriman en una entrevista con Eduardo Frei: “nosotros prometimos en 1933 no volver a intervenir en los asuntos políticos de los Estados latinoamericanos y, sin embargo, estamos interviniendo. ¿Por qué? Porque la familia americana está enfrentada desde 1959, lo que ninguno de nosotros había previsto en 1933”. Y más adelante agregaba: “Hitler se valió de la neutralidad para apoderarse de media Europa. Los comunistas se sirven de la no intervención para intervenir ellos a su placer. Defienden la autodeterminación hasta que se adueñan del poder por la fuerza”<sup>320</sup>.

Tal fue la inserción de América Latina y sus militares en la llamada Guerra Fría, en la que, como patio trasero de los Estados Unidos, y como no podía ser de otra forma, se vio sujeta a los vaivenes de su política exterior: desde la imposición sin detrimentos morales, pasando por el acuerdo y la solución de problemas de primer orden, hasta volver a la lucha contra el comunismo cualquiera fuese el costo. El bloque soviético tampoco se quedó de brazos cruzados en su aventura por atraer a pequeños países a su zona de influencia, Cuba fue el mejor ejemplo de ello. Sin embargo, en su avance, ni los soviéticos ni los norteamericanos se detuvieron a pensar la realidad del cono sur, más cuando las viejas rencillas se hallaban incluso con más vida y cercanas que los “temibles y sanguinarios” adalides de Moscú y los “implacables y despiadados” avatares de Washington.

Si bien la Guerra Fría, y la consecuente destrucción total, se posaban sobre la cabeza de liberales y comunistas latinoamericanos por igual, algo más grande y antiguo echaba raíces profundamente, esperando el momento de dejarse ver. Después de todo, Latinoamérica es un lugar en que, al igual que la madre patria, *dos y dos no siempre suman cuatro*: cuando el resto del mundo se decantaba por uno u otro bando, el Cono Sur se centraba más en los renacientes nacionalismos, precisamente, en las vísperas del centenario de una guerra que lo cambió todo.

\*\*\*

---

<sup>319</sup> José COMBLIN: *Op. Cit.*, pp. 99-100.

<sup>320</sup> Leandro MORGENFELD: *Op. Cit.*, p. 99.

## II. El Chile de los 60

*Si en muchos casos la revolución ha significado la pérdida de la libertad y el desconocimiento de derechos básicos del individuo, los cambios sociales y económicos que impulsa el Gobierno [...] constituyen una Revolución en Libertad.*  
(Partido Demócrata Cristiano, *Un Programa y un Gobierno*)

Tal fue el marco en que se insertarían las relaciones chileno-peruanas en la conocida Guerra Fría, algo que muchos han pasado por alto. Pero el creer que las tensas relaciones entre los países vecinos solo se basaron en la lógica de sistemas antagónicos sería pecar, nuevamente, de una simpleza exorbitante, pues hemos establecido que mientras otros se apresuraban a arrimarse a un determinado bando, en América del Sur la cuestión era un tanto fuera de la norma.

Pero, en el otro extremo, pensar que la realidad chilena, peruana y boliviana estaba enteramente condicionada por los remanentes de su pasado sería caer en lo mismo, incluso por malas que se hayan tornado a lo largo de su acotada vida independiente. Como en todo proceso histórico, hay vaivenes, hay ondas que se difuminan en los hechos; no se trata de un proceso de “buenos” o “malos”, de “amigos” o “enemigos”, de “amor” u “odio”, más bien pasa por ser una mescolanza de todo aquello, donde ciertos sentimientos o percepciones se dejan ver por sobre otros, incluso llegando al punto de difuminar levemente los resquemores que la historia traía consigo. Tal es el caso de las relaciones sostenidas entre Chile, bajo la presidencia de Eduardo Frei Montalva y, especialmente, Salvador Allende, con el Perú bajo el liderazgo del General Juan Velasco Alvarado.

Las elecciones de 1964 se habían acabado y daban como vencedor, con un rotundo 56.09% al candidato de la Democracia Cristiana, el abogado Eduardo Frei Montalva. Ahora bien, la llegada de Frei al poder no suponía un cambio rotundo en lo que se refiere a las relaciones de Chile con el mundo o, derechamente, con sus vecinos; en cierta medida, el electo presidente buscaba continuar con la voluntad política y estratégica de su antecesor, Jorge Alessandri Rodríguez, en lo referente a que ambos se inspiraban en una política que venía de Occidente<sup>321</sup>, con leves diferencias, pero que nunca llegaron a ser antagónicas. Por su parte, para ambos gobiernos resultaba indispensable contar con el apoyo de los Estados Unidos, el cual llegó a constituir el punto cardinal de su política exterior:

La reforma que querían imprimir se encontraba dentro de los márgenes del “sistema occidental”. En el plano de las instituciones, en ambos casos la autoridad del Presidente fue un activo de extraordinaria importancia al momento de definir la relación de Chile con el mundo. Existió también una continuidad en el haber del prestigio diplomático chileno, que se había ido construyendo pacientemente a partir de 1945, y que vio su esplendor en los años sesenta<sup>322</sup>.

---

<sup>321</sup> Aquí, según Manfred Wilhelmy, la posición “occidentalista chilena” se traducía en un fuerte sentimiento de identificación con Europa y Occidente en general. Véase en Manfred WILHELMY: “Hacia un análisis de la Política Exterior chilena contemporánea”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 12, n°48, 1979, p. 445

<sup>322</sup> Joaquín FERMANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo. Chile En La Política Mundial 1900-2004*, Ediciones Universidad Católica, Santiago, 2005, p. 293.

A pesar de que no hubiera diferencias antagónicas de peso, cambios marcarían una administración de la otra. De partida, el demócrata cristiano creía posible la instauración de una reforma desde arriba, la cual respondía a una especie de “proceso inducido”. Sin embargo, lo más importante era lo referente a la política exterior por y para los norteamericanos. Por ejemplo, si Alessandri había creído firmemente en contar con el apoyo de los norteamericanos para así proyectarlo en sus políticas internas; al contrario, Frei promulgaba que una reforma interna debía ir de la mano de una reforma al sistema internacional, y aunque esto no se traslucía en una política antinorteamericana, tampoco estaba muy de acuerdo con la férrea posición antimarxista de la Casa Blanca. En simples palabras, no se pretendía seguir los dictámenes del norte a rajatabla, tal como lo había hecho Alessandri para el caso cubano de 1964, cuando, más por una obligación que por deseo propio, debió romper las relaciones con la isla caribeña:

Chile se opuso tenazmente a las sanciones propuestas por numerosos países de América contra el gobierno cubano, por considerar que el TIAR no podía tener una aplicación ‘preventiva’ y que era preciso salvaguardar el principio de la autodeterminación de los pueblos. Sin embargo, cuando la resolución de aislar a Cuba fue adoptada, Chile la acató y rompió sus relaciones diplomáticas con ese país<sup>323</sup>.

De hecho, al presentarse como una figura alternativa a la derecha clásica, la figura de Frei se plantó como una mirada más moderna frente al comunismo, incluso se le llegó atribuir la frase: ‘solo hay una cosa más peligrosa que el comunismo, el anticomunismo’<sup>324</sup>. No obstante, como toda consigna, nos dice Fermanois, es resbaladiza, principalmente porque Frei, a pesar de ver con ojos modernos los gobiernos de corte socialistas del este, no creía en el comunismo; de hecho, planteaba la necesidad de luchar contra las causas mismas del comunismo oponiendo a éste una alternativa fundada en los valores cristianos<sup>325</sup>. A la par, se oponía abiertamente a las políticas represivas hacia los sectores de izquierda, aludiendo a que “el marxismo encierra, ya lo dijimos, una justa queja”<sup>326</sup>.

Se proclamaba que “todo tenía que cambiar”, y qué mejor que la Sociedad Comunitaria para ello, más cuando era impulsada por la “Revolución en Libertad”, en la que “vamos hacer esta tarea en libertad y respeto a los derechos de la persona humana. En libertad religiosa, sindical, política y de expresión”<sup>327</sup>. Esto llegó a calar muy hondo y repercutiría en el gobierno de su sucesor, Salvador Allende, y que quedaría demostrado en el discurso de horizontes utópicos y de aliento para el país pronunciado el 21 de junio de 1964:

¿Qué nos dice la tierra chilena?; Cuídenme, para que no me vaya hasta el mar y se queden ustedes sin territorio que cultivar! [...]

---

<sup>323</sup> Mario BARROS VAN BUREN; *Op. Cit.*, p. 844.

<sup>324</sup> Joaquín FERMANOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 295.

<sup>325</sup> Cristián GAZMURI; Patricia ARANCIBIA; Álvaro GÓNGORA: *Eduardo Frei Montalva (1911-1982)*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1996, p. 49.

<sup>326</sup> Eduardo FREI MONTALVA: *La política y el espíritu*, Editorial Ercilla, Santiago, 1940, p. 98.

<sup>327</sup> Discurso de la Patria Joven. 1964. En Eduardo FREI MONTALVA: *Obras Escogidas*, Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, Santiago 1993, p. 295.

Ustedes traen esta lección a Chile, que muchas veces empequeñecido no se da cuenta que tiene un territorio que amar, como un amigo querido. Ustedes nos traen un mensaje. Vamos a construir una nueva Patria. Ahí está la tierra y el artesano. Ahí está nuestro Chile, en una nueva expresión de solidaridad humana y de justicia social<sup>328</sup>.

Incluso llega a parecer paradójico que para la coyuntura de 1970-73, tanto él como su partido se decantaran por el antimarxismo, más cuando habían demostrado ser contrarios a ello. Empero, al momento de su elección y como se vería hasta 1970, Frei se alzaba como la opción progresista en el Tercer Mundo<sup>329</sup>, cuestión que no pasó desapercibida en los gobiernos europeos, quienes veían en su imagen a un dirigente para el futuro. Además, al no ser de izquierda, se presentaba como un progresista de derecha, algo que simbolizaba una alternativa democrática al radical cambio que amenazaba a América Latina, personificado en la Revolución Cubana.

Es por ello mismo que los Estados Unidos, ni cortos ni perezosos financiaron la candidatura de Frei, aunque no había mucho mérito en ello, pues lo venían haciendo desde tiempo atrás con cualquier candidato, dictador o sector político que les siguiera el juego con el antimarxismo, aunque también llegaba un porcentaje de ello a los sectores más reformistas. Esto tampoco era nuevo, dado que, desde la administración de Eisenhower, Chile se había mostrado como “buen modelo”, similar a lo que ocurría con la Democracia Cristiana y Frei en los sesenta. Kennedy con la proclama de la Alianza para el Progreso se acercó a estos sectores, una cuestión que era recíproca dado que éstos poco tardaron en acercarse a Ralph Dungan, quien dirigía desde la Casa Blanca los programas destinados a América Latina. Es más, nuevamente recalca Fermandois, existió una viva política de *lobbying*, la cual se materializó en la entrevista entre Frei y Kennedy.

Hasta los sectores más conservadores de Chile de la centuria pasada les era incomprensible cómo los norteamericanos podían prestar apoyo a “agentes de izquierda”, quienes promovían la Reforma Agraria o la Chilenización misma del cobre. ¿Pero cómo esto se plasmó en la política exterior chilena en la segunda mitad de la década de los 60? Como hemos visto, Frei supuso un cambio respecto a las pretensiones anticomunistas en Latinoamérica, más cuando, personal y políticamente, contó con la autoridad y poder de forma casi absoluta, cuestión que ningún mandatario chileno había gozado desde 1925. Esto se tradujo en una nueva visión hacia el exterior que quedó marcada desde el momento que asumió las riendas de Chile: si Alessandri, buscando una imagen de austeridad, se mostró reticente a invitar delegaciones extranjeras<sup>330</sup>; al contrario, Frei no escatimó en ello. Desde el Primer Ministro de Bélgica, Théo Léfèbre; pasando por el Embajador norteamericano ante la ONU, Adlai Stevenson; la Ministra de Relaciones Exteriores de Israel, Golda Meir; el futuro presidente de Venezuela, Luis Herrera Campís; y, más importante para nosotros, el

---

<sup>328</sup> Ibidem, 294.

<sup>329</sup> Para una profundización de esto último, véase Maria ROSARIA STABILI: *Il Cile, Dalla Repubblica liberale al dopo Pinochet (1861-1990)*, Firenze, Giunti, 1991, pp. 114-115. Citado por Raffaele NOCERA: “Las relaciones diplomáticas y político-partidistas italo-chilenas durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva”, en *Historia*, Vol. II, n°42, 2009, pp. 442-443.

<sup>330</sup> Sobre esta política, véase Cristian E. MEDINA VALVERDE: “Chile y la Integración Latinoamericana. Política Exterior, Acción Diplomática y Opinión Pública. 1960-1976”, *Memoria Presentada Para Optar al Grado de Doctor*”, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, Madrid, 2012, pp. 225-226.

Vicepresidente del Perú, Eduardo Seoane. Así, “se aspiraba a que la política exterior fuera una parte integrante del programa de reformas internas”<sup>331</sup>.

De tal manera, según Fernandois, en este punto se podían distinguir tres líneas específicas que guiaron la política exterior de Frei: una con los Estados Unidos, otra con el Viejo Continente, y la última respecto a América. En lo concerniente a la primera de ellas, y como es obvio, Frei suponía el apoyo norteamericano para implementar sus reformas, cuestión que en parte se dejó ver en la ayuda política y económica que dejó para el programa de “chilenización del cobre”. La Casa Blanca no fue ajena ni mucho menos le dio la espalda al demócrata cristiano, pues para ella suponía una alternativa viable, aplicable y acorde a sus intereses respecto a América Latina. A pesar de que se hablaba de reformas y que a fines de 1964 reanudara las relaciones con la Unión Soviética, había algo de suma importancia: Frei no era un Castro. La vía revolucionaria que los cubanos habían seguido, por el momento, estaba muy lejos de echar raíces en tierras chilenas, más cuando el mandatario se encargaba de mantener las armoniosas relaciones con el coloso norteamericano. El vínculo que Frei Montalva logró crear con los Estados Unidos y con Europa Occidental era algo más que firme.

Ya en la segunda línea, el acercamiento a Europa respondía más a estrategias políticas y económicas que a simple hermandad, ya que se precisaban estos lazos para la finalidad de implementar reformas de carácter interno. Incluso para 1965, en el marco de su gira por Europa, se tanteó la posibilidad de que la Alemania Occidental de Bonn estableciera una suerte de Alianza para el Progreso al más estilo europeo para América Latina. Y es que al mirar al Viejo Continente se podía, en cierta medida, equilibrar la balanza de los países latinos respecto a su dependencia casi total de los Estados Unidos.

Finalmente, estaban las relaciones con los demás países de América Latina. Desde un principio, la política regional de Frei pretendía impulsar la integración latinoamericana, especialmente en el ámbito económico. De hecho, en enero de 1965, Frei enviaba una carta a un grupo de economistas respetados de América del Sur, invitándoles a presentar un proyecto por la búsqueda de un Mercado Común Latinoamericano, y añadía:

Estoy convencido, como ustedes, que la integración económica latinoamericana es esencial para contribuir al a solución del grave problema del estrangulamiento exterior que se opone a la aceleración del ritmo de desarrollo económico y social de nuestro país.<sup>332</sup>

Esta nueva orientación buscaba encontrar puntos de acuerdo entre los países latinoamericanos, con el objetivo de llegar a conformar una coalición regional que pudiese negociar exitosamente diversos cambios en las relaciones económicas y políticas entre Estados Unidos y América Latina. Aunque era esperable que Frei se decantase por esta vía para Chile y sus vecinos, pues se percibía en Washington una actitud muy diferente a la ayudar económicamente al desarrollo latinoamericano, más cuando Richard Nixon asumió las riendas del imperio. Se pensó que esta nueva administración solo apuntaba al obtener más y más utilidades del continente americano, a la par que se aplastaba cualquier foco de índole socialista que fuera contrario a las ideas norteamericanas. Sin embargo, en el papel ello se ve y suena bien, pero oponerse abiertamente a la Casa Blanca, y contando con el historial de ésta, sería cosa difícil. Frei estaba al tanto de ello y, si lo llegaba a olvidar, su

---

<sup>331</sup> Joaquín FERNANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 304.

<sup>332</sup> *Ibidem*, p. 305.

Canciller, Gabriel Valdés Subercaseaux se lo recordaría: “El Presidente de Chile, aunque conocía muy bien su política hegemónica hacia América Latina, admiraba a los Estados Unidos y sabían cuán peligroso podía significar colocarse en su contra”<sup>333</sup>. Fue por ello mismo que Frei, a pesar de no siempre estar de acuerdo a los dictámenes del norte, nunca adoptaría una postura confrontacional como lo haría el Perú de Velasco Alvarado.

De hecho, para el año de 1967 la política de La Moneda pasaba por un equilibrio entre lo sostenido con Washington y la creación de un “sistema latinoamericano” que se perfilase bajo el liderazgo chileno; sin embargo, América Latina es un lugar complejo, sino pregúntenle a los embajadores y políticos de la década de los 60. Todos entregarán una respuesta bastante certera: En Latinoamérica podía haber de todo, menos integración. Esto era una tarea realmente compleja para Chile, más si consideramos las inestables relaciones con sus vecinos, una situación heredada del gobierno de Alessandri: desde 1963 nuevamente resurgen los problemas fronterizos con Argentina, mientras que con Bolivia las condiciones se habían comenzado a deteriorar persistentemente. De hecho, en este último caso, el deterioro llegó al punto, y usando el expediente del desvío de las aguas del río Lauca, al rompimiento de las relaciones en 1962 y al reavivamiento del problema de la mediterraneidad.

Más aún, en lo que iba desde 1964 a 1968, los países del Cono Sur destacaban por ser todo lo contrario al modelo chileno, decantándose más por los gobiernos militares: en Brasil estaba Humberto de Alencar; en Argentina Onganía; y en Perú Velasco Alvarado. Lo que caracterizaba a estos gobiernos es que se diferenciaban en demasía de los amotinamientos caudillistas del siglo XIX; de partida, estaban muchísimo más organizados y mayormente armados. De los tres gobiernos, dos tenían una clara posición antimarxista, mientras que el tercero pasaba por ser una alternativa al marxismo, pero que tomaba alguna de sus banderas y se colocaba en perspectiva de un nacionalismo de izquierda.

Este tenso ambiente, propiciado por los regímenes militares, dejó algo más que en claro: Chile se hallaba en un aislamiento. Ello empeoraba aún más cuando las relaciones con Washington se enfriaban y, salvo una que otra frase sin peso alguno, el gigante miraba con benevolencia a los regímenes brasileño y argentino. La izquierda chilena, que no era ajena a este aislamiento, constantemente lo denunció; sin embargo, no lo hacían para propiciar una contemporización, sino para urgir una mayor militancia de las fuerzas “progresistas”. Era como apagar el fuego con bencina.

De partida, la llegada de Onganía al poder en Argentina en 1966 fue vista con alarma, y es que diversas declaraciones y actitudes de confraternidad con los militares brasileños hacía temer la conformación de una alianza o “entente”, una que “no sólo quitaría protagonismo al “modelo chileno”, sino que se podía interpretar como una posición hostil al carácter más “progresista” del gobierno y, más grave, de la política chilena en general”<sup>334</sup>. Paradójicamente, se veía al Chile de Frei como un semillero de ideas “disolventes”, peligrosas y que podrían esparcirse por todo el continente, ¿Quién hubiera pensado que el mismo discurso se esgrimiría en la década siguiente? Independiente de ello, la realidad ideológica con Argentina se entremezclaba con la realidad geopolítica que ha condicionado las relaciones de ambos Estados a lo largo de su historia, lo cual lo hacía mucho más peligroso. La consigna de fronteras ideológicas tomaba más sentido que antes, pues este

---

<sup>333</sup> Cristian E. MEDINA VALVERDE: *Op. Cit.*, p. 237.

<sup>334</sup> Joaquín FERMANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 314.

antimarxismo pregonado por el gobierno trasandino, con un claro tinte autoritario, era completamente incompatible con la Constitución en Chile y su cultura política.

Pero estamos hablando de América Latina y un conflicto entre países vecinos es lo último que la Casa Blanca permitiría en su patio trasero. De ahí que Fernandois califique el aislamiento como algo meramente superficial, ya que, a pesar de que las relaciones con los Estados Unidos se habían enfriado, ello solo era así si se comparaba con el entusiasmo demostrado en el '64. El ser la única democracia en el Cono Sur tenía su mérito, algo que iba de la mano del prestigio personal de Frei, y que acompañaría a La Moneda hasta los 70. En las antiguas colonias hispanas del sur del continente podía haber de todo, desde comunistas, pasando por reformistas y, como no podía ser de otra forma, férreos antimarxistas, pero había una sola cosa que por el momento mantenía lejos sus garras de estas tierras: la guerra.

Y aunque la llegada de Onganía al poder en el país trasandino había levantado alarmas en Chile, en el Cono sur no había peligro alguno. Ya para 1967 la Cancillería le informaba al embajador en Buenos Aires, Hernán Videla Lira, que la mejoría de las relaciones con Argentina era notable, y es que la llegada de Onganía, más que poner viejas rivalidades en la palestra, vino a poner orden en un sistema antes caótico para los chilenos. Salvo unos pequeños incidentes aislados, ya no existían problemas de importancia en cuanto a los asuntos limítrofes, a la par La Casa Rosada tenía plena conciencia de que Frei no presentaba un radicalismo político. Incluso en 1970 Onganía efectuó una visita a Chile, entrevistándose con Frei en Viña del Mar y, aunque fue una fría copia de la visita de Frondizi en 1961, se mostraba que con Chile, al menos de la boca para afuera, no existían fronteras ideológicas. Y es que como decía Frei:

Nuestro concepto de integración es práctico y se arraiga en lo inmediato. Es por ello que desde el primer día de mi gobierno me propuse colocar en un nuevo plano de amistad franca las relaciones con la República de Argentina<sup>335</sup>

Si bien era cierto que en los militares argentinos y el sector político que les era adicto aún existían resquemores respecto a los chilenos; sin embargo, para los 70, Onganía fue depuesto y reemplazado por Roberto Marcelo Levingstone, se acentuó una política de entendimiento con Chile, aunque “más debido a razones internas que externas”<sup>336</sup>.

Respecto a Brasil, la cuestión no era tan diferente. A pesar de que los primeros mandatarios del gobierno militar brasileño, especialmente los generales Costa e Silva y Garrastazu Medici, representaban el antimarxismo como pilar para su política interna y externa, las relaciones con Chile siguieron siendo buenas, aunque este entusiasmo era más palpable en Santiago que en Brasilia. En enero de 1968 Frei visitó la capital brasileña, algo que no agradó mucho a su partido y a los sectores de izquierda chilenos, aunque Frei logró explicar el por qué de su visita, haciendo referencia al “respeto por los derechos humanos”, insinuando que podía olvidar el carácter autoritario del gobierno carioca. De tal manera, Brasil no fue en ningún sentido una valla para el despliegue internacional de Chile<sup>337</sup>.

Respecto al Perú la cuestión era un tanto más compleja. De partida, el golpe de Estado dado por Juan Velasco Alvarado no fue recibido con beneplácito por Chile, principalmente

---

<sup>335</sup> Cristian E. MEDINA VALVERDE: *Op. Cit.*, p. 241

<sup>336</sup> Joaquín FERNANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 315.

<sup>337</sup> Idem.

porque este hecho había terminado por cerrar el cerco militar que rodeaba al único gobierno democrático del Cono Sur. Por otro lado, Frei Montalva era un amigo personal del presidente depuesto Fernando Belaúnde Terry, y muy cercano en términos ideológicos; de hecho, el mismo Gabriel Valdés debió hacer un personal esfuerzo para que Frei no solidarizara de forma pública con el mandatario peruano caído en desgracia.

La amistad con el depuesto presidente había sido buena, así lo habían demostrado en las conversaciones con el gobierno de Belaúnde, relativa a las terminaciones de unas obras portuarias ya iniciadas. Es más, en 1966 Frei fue invitado a Lima, oportunidad que sirvió para:

[...] darle un nuevo impulso a nuestras relaciones mutuas, específicamente en el campo económico y creamos una Comisión Mixta chileno-peruana que se encargase de llevar a la práctica estos acuerdo<sup>338</sup>

Aunque la caída de Belaúnde ya era vista como algo esperable en Chile, al menos así lo dejaba ver *El Mercurio*: “Los observadores preveían desde hace algún tiempo que los caminos del Presidente constitucional del Perú, señor Fernando Belaúnde, se cerraban peligrosamente. Su forzado alejamiento del país pone término a la legalidad en que vivía el Perú y añade un gobierno militar más a la larga serie latinoamericana<sup>339</sup>”.

Después de ello se hacía alusión a la brillante gestión del mandatario:

El Presidente Belaúnde ha sido uno de los más brillantes Mandatarios de esta época del continente. Le tocó enfrentar situaciones difíciles y, al parecer, no tuvo éxito en la tarea de conciliar el ambicioso plan que quería ver realizado en su patria con las posibilidades económicas y políticas de ésta. Se ha dicho que su famosa “carretera marginal de la selva” no era tarea para cinco años sino para cincuenta, exagerando sin duda la magnitud de la empresa, pero el carácter imaginativo del proyecto no impide que sea un empeño integrador visionario del Perú<sup>340</sup>.

Esta desconfianza demostrada por Chile en los inicios del Gobierno Revolucionario, en parte, podía atribuirse al estancamiento de las políticas de integración andina tras el golpe mismo, algo que afectaba directamente a los planes de Frei. Esto principalmente por la suspensión de la reunión planeada en la ciudad de Cartagena, Colombia, en la que debían adoptarse los acuerdos finales para la firma del Tratado Andino. Los mismos voceros de la misión diplomática de Chile en Colombia hicieron notar su disconformidad. Pero el problema de fondo era más complejo, y es que el cambio de gobierno en Lima creó una nube de incertidumbre sobre la posición que asumiría el Perú en materia de integración. Ello era más preocupante aún para Chile al considerar que Belaúnde fue un firme partidario de las políticas adoptadas por Frei y, a la par, Velasco procuraba por todos los medios distanciar su administración de la anterior<sup>341</sup>. De hecho, la prensa hizo eco de esta desconfianza:

---

<sup>338</sup> Mensaje Presidencial, Eduardo Frei Montalva, 21 de mayo de 1967, p. 35. Citado por Cristian E. MEDINA VALVERDE: *Op. Cit.*, p. 244.

<sup>339</sup> *El Mercurio*, 4 de octubre de 1968, p. 3.

<sup>340</sup> *Idem*.

<sup>341</sup> *El Mercurio*, 12 de octubre de 1968, p. 3.

Para la opinión democrática del continente los sucesos del Perú constituyen un hecho deplorable. Una vez más asistimos al derrocamiento de un Gobierno civil elegido constitucionalmente, por obra de elementos de las Fuerzas Armadas que, invocando razones diversas y aun opuestas en los respectivos países, emplean el poder que les ha sido entregado para la defensa de su patria al servicio de decisiones políticas ajenas a su misión. Una vez más también se frustra la posibilidad de que los países latinoamericanos maduren políticamente y emprendan el camino de su modernización por las vías democráticas. La vuelta a los moldes militares para salir de una coyuntura difícil es un retroceso que afecta al prestigio y a las posibilidades de progreso de toda América latina.

Por tal motivo es natural que se expresa la inquietud por la repetición de estas graves anomalías y el respeto por la investidura legal y por la personalidad del Presidente derrocado<sup>342</sup>.

Además, la tendencia demostraba que el ascenso de los militares al poder era acompañado de los sectores más conservadores, a la par de un creciente sentimiento de antiprogresismo y nacionalismo; sin embargo, para relajo de Frei, el nuevo Gobierno Peruano se mantuvo ajeno a lo primero, aunque ello no aplicaba a lo segundo.

Velasco y los militares se convirtieron en la consigna del populismo de izquierda, la cual hizo a la oligarquía y al imperialismo norteamericano su principal enemigo. Empero, el velasquismo se detuvo antes de una revolución más radical, demostrando al mundo que se hallaba lejos del modelo marxista de desarrollo; es más, muchos militares peruanos seguían demostrando amplias tendencias antimarxistas, cuestión que no nos debe sorprender para nada, incluso parecía que el mismo Velasco se mostró reacio a seguir el camino que Cuba o la URSS habían seguido. A pesar de ello, su tendencia hacia la izquierda estaba más que clara, distanciándolo con lo experimentado en Argentina y Brasil. Esto mismo fue lo que permitió que, sobrepasando la polvareda inicial levantada en el vecino sureño, se congraciase y ganara el apoyo cada vez más ferviente de los sectores socialistas chilenos. Aunque esto último no solo se limitó a los sectores de izquierda chilenos, sino que fue mucho más allá, especialmente cuando Velasco reanudó las relaciones con Cuba, hecho que le trajo halagadoras frases de Castro, de los europeos y muchos latinoamericanos.

A pesar de que el golpe de Estado de octubre puso entre las cuerdas a Chile, pues significó la desaparición del único gobierno civil entre los vecinos, la cuestión tomaría otro rumbo. Medidas como la expropiación de la International Petroleum Co. (IPC) y la intensificación de las disputas peruano-norteamericana por la pesca dentro de la zona marítima de 200 millas pronto cambiarían el escenario para las relaciones bilaterales. El gobierno del General Velasco Alvarado, en cuanto a su orientación interna de la nueva administración, mostraban su carácter reformista, ello acompañado de la retórica nacionalista y populista que caracterizó su política externa, hecho que condujo a un serio enfrentamiento con los Estados Unidos, algo que muy pocos se atrevían a hacer de forma directa. El Gobierno Chileno tomó nota de ello.

Esto se vio en el mensaje presidencial del 21 de mayo de 1970, cuando Frei solo tuvo buenas palabras para referirse a los vínculos sostenidos con el gobierno limeño:

---

<sup>342</sup> *El Mercurio*, 4 de octubre de 1968, p. 3.

Estrechas y cordiales son nuestras relaciones con el Perú y hemos visto con satisfacción la instalación en Lima de la Junta del Pacto Andino. Igualmente unidos estamos en el Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre. Nuestra cooperación con el Perú y el Ecuador dentro del Sistema de los países del Pacífico Sur para la protección de las riquezas marítimas ha continuado con estrecha colaboración<sup>343</sup>.

Una instancia que el Perú también correspondió:

Perú y Chile [...] tienen hoy en sus manos el poder y el deber de cambiar el eje de decisión. Mediante una política inteligentemente combinada, nuestras naciones dejarán de estar a Merced de otros intereses que no sean los suyos<sup>344</sup>.

Por increíble que parezca, ello también se vio en la misma página en que se condenaba abiertamente el accionar de las Fuerzas Armadas Peruanas: “Con todo, en cualquier circunstancia el Perú encontrará de parte de Chile la amistad más cordial y el más profundo aprecio por las decisiones soberanas de su pueblo. El Episodio doloroso que hoy vive es una oportunidad de manifestar el sentimiento fraterno que anima a los chilenos con respecto a sus emprendedores y enérgicos vecinos del norte”<sup>345</sup>. Esto nos demuestra que, si bien en un principio se llegó a condenar lo ocurrido con el gobierno democrático limeño, Chile no tenía la menor intención de verse involucrado en una vacua disputa con su vecino. Había algunos que incluso encontraban similitudes en los dos gobiernos, por lo extraño que parezca: “Los militares peruanos preconizan la revolución ‘nacionalista y revolucionaria ajena a recetas extranjeras’, y los demócratacristianos la ‘vía no capitalista del desarrollo’”<sup>346</sup>. Incluso en una entrevista concedida a Cesar Hildebrandt el 3 de enero de 1977, el ya en ese tiempo expresidente Velasco Alvarado se refería a la misma Democracia Cristiana: “Yo tenía ciertas simpatías hacia la Democracia Cristiana, por los principios. El único partido que tenía puntos de vista precisos y concretos era la Democracia Cristiana. Los demás eran puro blablablá”<sup>347</sup>.

Pero el deseo de neutralidad frente a los sucesos en el Perú solo podía quedar en el papel. Es más, para el gobierno de Frei Montalva las evidentes divergencias de Lima con Washington plantearon un importante dilema diplomático. Ello, en parte, a que el Gobierno Chileno no quería la agudización de las diferencias por el problema del mar territorial o zona económica marítima, ya que, en virtud de las posiciones comunes sustentadas por Perú, Chile y Ecuador en esa materia, el gobierno de Frei se enfrentaba a la posibilidad de verse obligado a prestar una solidaridad y un apoyo político que no le interesaba proporcionar, dado el

---

<sup>343</sup> Eduardo FREI MONTALVA: *Sexto mensaje del Presidente de la República de Chile don Eduardo Frei Montalva al inaugurar el período de Sesiones Ordinarias del Congreso Nacional*. Primera Parte, 21 de mayo de 1970, Departamento de Publicaciones de la Presidencia de la República, p. 9.

<sup>344</sup> Discurso ante la Reunión del Consejo de Países Exportadores de Cobre (CIPEC), Lima, 26 de noviembre de 1969. En Juan VELASCO ALVARADO: *Velasco. La Voz de la Revolución. Discursos del Presidente de la República, General de División, Juan Velasco Alvarado, 1968-1970*, Ediciones Peisa, Lima, 1972, p. 172.

<sup>345</sup> *El Mercurio*, 4 de octubre de 1968, p. 3.

<sup>346</sup> *El Mercurio*, 22 de agosto de 1969, p. 35.

<sup>347</sup> Cesar HILDEBRANDT: *Cambio de palabras, 26 entrevistas*. Citado por Juan Martín SANCHÉZ: *La Revolución Peruana: Ideología y Práctica de un gobierno militar 1968-1975*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudio Hispano-Americanos. Universidad de Sevilla, Sevilla, 2002, p. 105.

estado de sus propias relaciones con Estados Unidos. Por otro lado, surgía el problema mismo de las expropiaciones, pues se estimaba que la posición peruana debía ser fortalecida combinando acciones bilaterales y colectivas<sup>348</sup>.

En efecto, lo que interesaba ahora era no debilitar la posición de los demás países de la región que tenían problemas similares con inversionistas norteamericanos, entre los que se encontraba Chile, al tolerar la aplicación de sanciones de Washington contra el Perú. Fue así como una iniciativa multilateral podía producir tanto una moderación de las posiciones peruanas como una reconsideración misma de las presiones de los Estados Unidos; obviamente, ello sin perjudicar las relaciones Santiago-Washington. La estrategia del gobierno demócrata cristiano fue cooperar abiertamente con el Perú para evitar la aplicación de las sanciones norteamericanas a través de gestiones tendientes a producir conversaciones entre las partes. Obviamente el Gobierno Peruano también aprovecharía aquello:

En el más profundo de los sentidos, el problema que hoy confronta el Perú es un problema latinoamericano. La batalla que hoy se libra en este pedazo de tierra de San Martín y Bolívar, es un enfrentamiento desigual en que se juega mucho el destino de nuestro continente que hoy, más que nunca, eleva al rango de su conciencia más preclara la convicción de que el camino de su unidad es el camino de su salvación definitiva. Y mal harían quienes supusieran que el Perú va a dar paso atrás en el sostenimiento de una causa cuya más honda raíz de justicia responde a un clamor americano. [...] Pero, por ser la causa del Perú una expresión veraz de la causa de todo el continente, nosotros esperamos y demandamos la solidaridad de los pueblos fraternos de América Latina<sup>349</sup>.

Las medidas adoptadas por Chile dieron sus frutos, y es que después de varias conversaciones a nivel ministerial, incluyendo gestiones directas ante el mismo Velasco, el Gobierno Peruano accedió a recibir un enviado norteamericano. En este punto vale hacer un paréntesis, y es que, como lo diría Manfred Wilhelmy, la iniciativa chilena iba más allá de la mera hermandad, si es que alguna vez fue así, sino que a la par iba destinada a sobresalir frente a un intento de mediación argentino, al menos así lo anunciaba *The New York Times* en 1969. Obviamente la mediación trasandina no prosperó y fue Chile quien logró granjearse el beneplácito de las nuevas autoridades peruanas<sup>350</sup>.

Otra implicancia de esta mediación fue en el ámbito subregional, especialmente en un asunto que mantenía los resquemores de Chile respecto al Perú: la integración latinoamericana. Para febrero de 1969 la cuestión aún se tambaleaba entre el éxito y el rotundo fracaso, mientras que Venezuela y Ecuador hacían inclinar la balanza más por la segunda opción. Solamente Chile y Colombia apoyaban el proyecto, pero nada podían hacer ante la indiferencia de estos dos actores, por lo que el futuro de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana (CECLA) quedó en manos del Perú. El miedo inicial de Frei, en este punto, pareció estar infundado, dado que, tras la petición del Canciller Gabriel Valdés, Velasco Alvarado prometió su apoyo a la integración subregional.

---

<sup>348</sup> Manfred WILHELMY: "La política exterior chilena y el Grupo Andino", en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 10, n°38, 1977, p. 77.

<sup>349</sup> Discurso en la inauguración del XIII periodo de sesiones de la Comisión Económica para América Latina, 14 de abril de 1969. En VELASCO ALVARADO: *Op. Cit.*, p. 37.

<sup>350</sup> Manfred WILHELMY: *Op. Cit.*, p. 78.

Incluso, y yendo mucho más allá, muchos vieron con buenos ojos lo ocurrido en el país del Rímac y creyeron que podía ser aplicable a Chile. Intentos de que ello fuera posible no faltaron, una prueba fue el alzamiento del Regimiento Tacna el 21 de octubre de 1969, y es que, bajo el liderazgo de Roberto Viaux, se esgrimían demandas gremiales y de inmediato significado político. Muchos esperaban un “velasquismo” para Chile, que no era otra cosa que un “nasserismo”. Y es que el “clero revolucionario”, como *El Mercurio* se refería a los sectores de izquierda, en su descontento con el gobierno demócrata cristiano depositaban sus esperanzas en el ejemplo peruano, pues, a su entender, “no es el régimen democratacristiano del Presidente Frei, sino la Junta Militar del general Velasco, la que está procediendo, con la energía necesaria, por la ‘vía no capitalista del desarrollo’”, aunque ese mismo sería el programa declarado por la democracia cristiana. En este caso, vendría a ser la democracia el punto de comparación. Como lo diría Newton Carlos, “¿Por qué comparar a Chile con Perú? Chile no abriga ningún foco fuerrillero [sic] ni vive una situación electoral conflictiva ni irregular. Sin embargo, para ciertos militares, las elecciones pasan a considerarse tan subversivas como las guerrillas”<sup>351</sup>. El comentarista recalca que era el concepto de “Paz Revolucionaria” el que los militares querían difundir entre sus compañeros del continente.

Ello jamás se dio, pero lo que sí pasó fue que, a consecuencia misma del Tacnazo, se produjo la compra de armamento a fin de renovar el material obsoleto y como parte de la política gubernamental de reparar las fisuras en las Fuerzas Armadas. Obviamente esto no fue bien visto en el gobierno del Rímac, más cuando se acercaba una fecha tan sensible como lo era el centenario de 1879, algo al que un gobierno de corte militar no podía mostrar insensibilidad. Esto ya se veía desde mediados de febrero de 1970, cuando insistentes rumores sobre la concentración de efectivos militares peruanos al sur de Arequipa causaron la preocupación de los Ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa Nacional. El ministro Valdés, consultando directamente al canciller peruano, a través del embajador de Lima, General Edgardo Mercado Jarrín, quien da seguridad de que “ninguna situación anormal enturbia las buenas relaciones chileno-peruanas”<sup>352</sup>.

Con todo ello, la situación al final del gobierno de Frei era crítica en cuanto a los vínculos vecinales, pues, a pesar de concordar en ciertos puntos, no se podía obviar que Chile era la única democracia en el Cono Sur, más cuando el programa de gobierno propulsado por la Democracia Cristiana era de corte “izquierdizante” y, por lo tanto, divergente a lo rígido del pensamiento militar, al menos en Chile. De tal manera, era natural que mirasen con recelo las repercusiones que podían tener para ellos las realizaciones de un gobierno empeñado en la “Revolución en Libertad”.

El ambiente en el continente tampoco era más prometedor, pues Argentina iniciaba el “Plan Europa” para una mayor adquisición de armamentos, lo que echó por tierra las esperanzas de desarme y la instauración de un ambiente de confianza mutuo entre los países americanos, si es que alguna vez existió. Fue así como el optimismo del inicio del gobierno del demócrata cristiano se convertía en un amargo pesimismo, principalmente porque los ingenuos intentos de integración y desarme habían fracasado en gran medida, cuestión que no ayudaba mucho a la promoción de los sistemas democráticos; muy al contrario, Chile, la única democracia, estaba aislado. Producto de ello, los frutos de su amplia promoción internacional si bien rentables para su imagen a lo largo del globo, no sirvieron de mucho para crecentar o siquiera mantener el estatus regional. Muy al contrario, Chile mostraba

---

<sup>351</sup> *Revista Ercilla*, Año XXXIV, n°1.739, 16-22 de octubre de 1968, p. 26.

<sup>352</sup> Carlos PRATS: *Memorias: Testimonios de un Soldado*, Pehuén Editores, Santiago, 1987, p. 145.

frecuentemente su debilidad frente a sus vecinos y un evidente deterioro de su capacidad bélica disuasiva.

Por otro lado, Frei, gracias al apoyo de los Estados Unidos y de Europa Occidental, había logrado poner en práctica reformas notables, de un alto impacto político, pero de baja rentabilidad económica. Y es que el gasto en amplios sectores históricamente postergados generó una amplia expectativa, “De esta manera la administración de Frei ingresó en un círculo vicioso en que más reformas despertaban más demandas, y éstas [sic], a su vez requerían de más fondos”<sup>353</sup>. Una vez ampliados los programas la cuestión volvía a repetirse, generando expectativas que no podían ser satisfechas, al menos no al final del período gubernamental de Frei, una cuestión que se tradujo en el aumento de la clientela electoral de los partidos de izquierda.

Las relaciones con la Casa Blanca de igual manera se enfriaban, solo bastaba con ver el rechazo de la petición de Frei por parte del Senado para viajar a Washington en 1967. Ya no había “trato especial”, especialmente cuando se veía a Chile como un compromiso excesivo y, probablemente, algo irritador por la constante postura crítica hacia sus intereses. El camino de Allende ya estaba hecho mucho antes de su llegada al poder.

\*\*\*

### III. ¿Más de lo mismo? El Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas

*Del mismo modo que la Revolución Francesa no se hizo para apuntalar la monarquía, la nuestra no fue hecha para defender el orden establecido en el Perú, sino para alterarlo de manera fundamental en todos sus aspectos*  
(Juan Velasco Alvarado, 3 de octubre de 1969)

Mientras en el sur los chilenos se debatían si seguir o no el rumbo hacia el sector más progresista y reformista, en el Perú, en cambio, las aguas venían agitándose desde hacía tiempo. Como hemos visto con anterioridad, la sociedad peruana ha sido por mucho más agitada que la chilena: desde caudillos, hasta férreos dictadores, y finalizando con problemáticas sociales que arrastran una larga data. Solo era cuestión de tiempo para que los militares, nuevamente, se hicieran con el poder. Por ello, cuando analizamos la tensa crisis de 1975, obviamente debemos remitirnos al Perú de Velasco Alvarado; no obstante, para entender el Perú y las reivindicaciones del “Chino”, es necesario remontarse unos cuantos años atrás, todo ello a fin de entender mejor las razones de la intervención de octubre de 1968 y sus proyecciones futuras.

Es más, con el golpe militar del General Manuel A. Odría en 1948 se había puesto fin de una forma bastante abrupta a “un ciclo en el que se quiso apostar por una reorientación de la política económica hacia la industrialización y la redistribución del ingreso”<sup>354</sup>. El “ochenio”, bautizado así por sus ocho años de duración (1948-1956), realizó el viraje hacia una política de corte más liberal, en el sentido de limitar la intervención del Estado en el aparato productivo. De hecho, el nuevo gobierno había comenzado a dictar una serie de disposiciones con tal de beneficiar la inversión extranjera. Así, por ejemplo, en mayo de 1959 Odría promulgó el Código de Minería, virtual traducción de la ley norteamericana. En 1952 se dictó la Ley del Petróleo y en 1955, mediante la Ley de Electricidad, asignó una tasa

---

<sup>353</sup> Cristian E. MEDINA VALVERDE: *Op. Cit.*, p. 247.

<sup>354</sup> Carlos CONTRERAS; Marcos CUETO: *Op. Cit.*, p. 311.

fija de beneficios a los inversionistas del rubro. Por su parte, el Código de Minería redujo los impuestos de exportaciones, llegando a equipararlos a los de las empresas comerciales e industriales, exonerándoles del pago de derechos de importación de equipo. Gracias al artículo 56 de dicho código, las empresas tenían derecho a deducir del pago de impuesto hasta el 20% de sus beneficios por el factor agotamiento y, además, proveía que en los depósitos mineros de calidad marginal se aplicasen tasas impositivas bajas, hasta el punto de que el inversionista hubiese amortizado totalmente su capital. Por último, y no menos importante, el Código de Minería establecía que estas condiciones no se modificarían en los próximos 25 años<sup>355</sup>.

A la par iba un fuerte control sobre los movimientos sociales, aunque, nuevamente, no destacaba en su innovación respecto al tema; en cambio, se decantaba por medios probados y confiables: una mezcla entre represión y el autoritarismo con el paternalismo clientelista, además de una persecución sistemática y despiadada a todos aquellos opositores al régimen.

Por otro lado, la favorable coyuntura económica mundial, marcada por la Guerra de Corea y la reconstrucción de Europa que había dejado la Segunda Guerra, estimularon en el Perú un fuerte crecimiento en las exportaciones, así como en la inversión extranjera. En este sentido, el capital norteamericano aprovechó esta coyuntura, y encontró en el Perú una situación que se amoldaba perfectamente a sus intereses; de hecho, se estimaba que para 1965 la inversión norteamericana en las tierras del Rímac había alcanzado un 47%. En ciertos rubros, como el petróleo y el hierro, la participación extranjera llegó hasta el 100%, aunque en otros ámbitos no se quedaba corta: en el cobre llegaba al 88%, un 67% en el zinc, un 50% en plomo y plata, un 30% en la pesca, un 23 % en el azúcar y un 7% en el algodón<sup>356</sup>.

Pero este auge en lo económico no se condecía en lo político, dado que el régimen incurrió en el sistemático maltrato de las precarias reglas democráticas peruanas, cuestión que llegó a unas elecciones presidenciales totalmente irregulares (1950), donde Odría era, por su puesto, el único candidato. Esto, a su vez, llevó a persecuciones, encarcelamientos y prisiones autorizadas por una rigurosa ley de seguridad interior que liquidó el Estado de derecho, afectando el desarrollo tanto de la vida política como cultural e intelectual del país. De hecho, en esto último destaca el apresamiento y la deportación de los dirigentes políticos y sindicales contrarios, el mismo Haya de la Torre debió asilarse en la embajada de Colombia, lugar en el que permanecería hasta 1954. Así, citando a Julio Cotler, “Siguieron ocho años de brutal represión: líderes sindicales apristas serían asesinados, estudiantes encarcelados y nuevamente miles de militantes apristas se exiliarían”<sup>357</sup>. De ahí su apodo: Odría, el “carnicero” de los apristas.

Y es que, como lo han dicho Carlos Contreras y Marcos Cueto en *Historia del Perú Contemporáneo*, Odría no pudo bautizar de mejor manera su movimiento: “Revolución Restauradora”. Ello porque, efectivamente, restauró a la oligarquía en el control del Perú. De igual manera, su gobierno significó el retorno a la política anterior al gobierno de José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948); ello quiere decir: confiar en el sector exportador como principal factor para el desarrollo. Para ello el general redujo los impuestos que pesaban sobre aquel sector, se devaluó la moneda nacional, se liberó el tráfico de divisas y se dictaron nuevos códigos para la minería y el petróleo, en 1950 y 1952 respectivamente.

---

<sup>355</sup> Julio COTLER: *Clases, Estado y Nación en el Perú*, p. 247.

<sup>356</sup> *Ibidem*, p. 248.

<sup>357</sup> Julio COTLER: “Crisis política y populismo militar en el Perú”, p. 453.

Asimismo, el régimen militar abrió las puertas de par en par a la presencia norteamericana, cuestión que quedó en evidencia en el retiro del Estado en el control de los yacimientos mineros, como el de Marcona en 1952, en Ica, pasando a manos de una compañía estadounidense<sup>358</sup>.

Pero como reza el viejo adagio, todo lo que sube tiene que bajar, y eso fue precisamente lo que ocurrió con el Régimen de Odría, cuando éste llegó a su límite económico y político a mediados de los cincuenta; después de todo, la Guerra de Corea y la debacle de Europa no podían ser eternas. Ello se sumó a los problemas de orden interno que cada vez iban cobrando mayor preponderancia: el desempleo y la inflación incrementaron, muy a la par de las protestas en contra de los abusos y caprichos del dictador en contra de los opositores. Los levantamientos tampoco se hicieron esperar, especialmente en Arequipa, localidad que ya había conseguido un historial de rechazo frente a la figura del dictador. A ello se le sumaban las demandas de larga data del campesinado peruano, que para 1956 inició de manera sostenida un movimiento con el fin de recuperar la tierra usurpada por los terratenientes y erradicar las relaciones de dominación precapitalista<sup>359</sup>.

Fue así como en 1956 Manuel Prado volvía al poder, mediante elecciones y el controversial apoyo de los votantes apristas; de hecho, esto mismo fue lo que ayudó a bautizar a los años de su gobierno como de “convivencia”. Su victoria había dejado en el camino al candidato oficialista: el prominente abogado Hernando de Lavalle, así como al arquitecto Fernando Belaúnde, descendiente de una distinguida familia de políticos e intelectuales del sur.

El gobierno de Prado significó una mayor apertura democrática en el país, muchísimo más que la dictadura de Odría; sin embargo, en el plano económico se continuaron las medidas del otrora dictador, perpetuando las medidas en pro del desarrollo del modelo liberal. Así, en concordancia de lo anterior, en 1958 se nombró como ministro de Hacienda y Jefe de Gabinete a Pedro Beltrán, quien procuró desde su posición el eliminar todo tipo de subsidio a los alimentos, fijar el precio de los combustibles respecto a los niveles internacionales y reducir la dirección del Estado en la política económica. De tal manera, Prado no había retomado el aliento a la industria local que había caracterizado su primer gobierno (1939-1945). Es más, el sector minero seguía estando bajo el dominio de empresas extranjeras de petróleo, hierro y cobre. De igual manera, la antigua oligarquía terrateniente había consolidado su dominio sobre la agricultura de exportación, con modernos latifundios azucareros y algodóneros, estando bajo el control de una élite denominada “club de las 40 familias”<sup>360</sup>.

Y a pesar de que el segundo gobierno de Prado se caracterizó por los esfuerzos hacia la liberación política, pues se había permitido la existencia de sindicatos y las actividades de apristas y comunistas, a la par de que se intentaba dar solución a la cuestión agraria, un problema que el Perú venía arrastrando desde años y *ad portas* los sesentas se hacía cada vez más agudo; no llegó a proponer una real reforma del agro, limitándose a la creación de un Instituto de Reforma Agraria y Colonización, cuyos estudios fueron retomados por los gobiernos siguientes. Esta política propiciada por la burguesía favorecía en buena parte a la modernización de la economía y sociedad del país, aunque sin provocar grandes ni bruscas alteraciones en el orden ya existente. Y es que, como lo ha sostenido Julio Cotler:

---

<sup>358</sup> Carlos CONTRERAS; Marcos CUETO: *Op. Cit.*, pp. 312-313.

<sup>359</sup> Julio COTLER: *Clases, Estado y Nación en el Perú*, pp. 269-270.

<sup>360</sup> Carlos CONTRERAS; Marcos CUETO: *Op. Cit.*, p. 322.

La expansión del capitalismo, a su vez, abriría válvulas de escape a las presiones sociales mediante el sistema de “goteo”, que a la larga debería promover la expansión de la riqueza e ingreso nacional. No seguir esta orientación y, al contrario, favorecer los intentos “apocalípticos” de la pequeña burguesía, radicalizaba con sus intentos de “reformas estructurales”, no era otra cosa que “matar a la gallina de los huevos de oro”. En efecto, la burguesía argumentaba que si se expropiaban los centros que producían riqueza para repartirlos entre los peruanos acabaría en una “distribución de la miseria”. Una expropiación estatal, además de propiciar el totalitarismo comunista, implicaba favorecer el desperdicio, puesto que el Estado, sería, por definición, ineficiente. “Solo al ojo del amo engorda el caballo”, parecía ser la conclusión<sup>361</sup>.

Esto último cobró demasiada importancia para el año electoral de 1962, especialmente cuando las posiciones reformistas habían adquirido una postura de fuerza, lo que les hacía pensar que podían llegar a convertirse en una seria alternativa de gobierno. Tanto al APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) como el Partido Comunista se habían sumado nuevas agrupaciones que defendían reformas para el sector agro y minero. Algunos de ellos fueron el Movimiento Progresista y Acción Popular (AP), fundada por Fernando Belaúnde. Cada una de estas agrupaciones representaban una nueva capa de profesionales, muchas veces alejados de la oligarquía y que, en cierta medida, eran una manifestación de las nuevas clases medias urbanas que buscaban la modernización del país, un giro a la política autoritaria y la conquista de nuevos derechos políticos y sociales, aunque “sin caer en la corrupción sindical y la retórica antiimperialista con las que se identificaba al APRA”<sup>362</sup>.

Estas nuevas capas desarrollistas, de fuerte tinte reformista, chocaron, como no podía ser de otra manera, con las fuerzas más tradicionales de la sociedad peruana, aquellas asociadas con la oligarquía y el capital extranjero. Ahora la lucha estaba lejos de los campos de batalla, pues tomaba como escenario la prensa, aunque también llegó a destacar por la crudeza de sus dichos. Por un lado, estaba *La Prensa*, la cual insistía en argumentos favorables a la economía de mercado y, por lo demás, ligado a la oligarquía y al capital extranjero. Por otro, estaba *El Comercio* que propiciaba una tendencia más reformista, estatizante y nacionalista, al tiempo que “insistía en la urgencia de ‘cambios estructurales’ que terminaran con las dos contradicciones básicas que presentaba la sociedad peruana: la persistencia del ‘feudalismo’ frente al desarrollo capitalista, y la creciente sumisión del capital nacional extranjero”<sup>363</sup>. Esto último tuvo un fuerte apoyo e impacto dentro de los círculos castrenses.

Pero, una vez más, la Ley de Murphy probaba que estaba en lo cierto, pues en las elecciones ningún candidato logró la mayoría necesaria; es más, la primera mayoría la consiguió Haya de la Torre con 558 mil votos; Belaúnde la segunda con 544 mil votos; y la tercera Odría con 481 mil votos. Entonces, recaía en el Congreso ratificar quien sería el nuevo presidente del Perú; empero, el problema para algunos surgía al ver que en esta institución tanto odriístas y apriistas preponderaban la hegemonía, por lo que se temía un

---

<sup>361</sup> Julio COTLER: *Clases, Estado y Nación en el Perú*, p. 297.

<sup>362</sup> Carlos CONTRERAS; Marcos CUETO: *Op. Cit.*, p. 327.

<sup>363</sup> Julio COTLER: *Clases, Estado y Nación en el Perú*, p. 271.

pacto entre éstos para que Odría ocupase el sillón presidencial nuevamente. Y es que, para sorpresa de nadie, aduciendo una serie de irregularidades en la votación, como la adulteración de cifras y el retraso en la publicación de los resultados electorales, y antes de que el Congreso peruano pudiera tomar alguna determinación, las Fuerzas Armadas dieron un golpe de Estado y derrocaron a Prado, quien debió partir al exilio en Francia. Vale decir que esta acción contó con el apoyo de los sectores de la AP<sup>364</sup>.

Aunque este nuevo pronunciamiento tenía algo novedoso: dejaba de ser un golpe de tipo caudillista para instaurar a un determinado dictador en el poder, algo en que Latinoamérica, y el Tercer Mundo en general, tenían mucha experiencia; en cambio, pasaba más por ser una acción de tipo institucional de las Fuerzas Armadas. Tan pronto ocuparon el poder constituyeron una Junta Militar de Gobierno presidida por el General Ricardo Pérez Godoy, primero, y después por el General Nicolás Lindley. Ello no quedó ahí, pues, por la presión de las guerrillas lideradas por Hugo Blanco, se procedió en 1963 a sentar las bases para una Reforma Agraria, con especial énfasis en la modernización del agro peruano y el aliviar la miseria de los campesinos andinos. A pesar de que pudieron llegar al poder y que sentaron las bases para reformas posteriores, los militares del 62 no lograron realizar un “Programa de Gobierno” en lo referente a la Brea y Pariñas, tampoco eludieron la demagogia, aunque esto pocos lo han hecho, y su política desarrollista estuvo muy ligada a los dictámenes de la clase dirigente. Pero una cosa es segura, que la experiencia es algo bastante útil, y precisamente aquello es lo que adquirieron los militares, pues, como diría Víctor Villanueva, “los militares ‘nasseristas’ de 1962 pudieron entrenarse durante un año en gobernar el Perú”<sup>365</sup>.

Con este escenario se iniciaron las elecciones en 1963. Aquí no resultó extraño que Belaúnde se erigiera como el vencedor, ya que contó con el tácito apoyo de las Fuerzas Armadas y el explícito de la Democracia Cristiana. Para el arquitecto el problema básico pasaba en que ningún gobierno anterior había querido o sabido organizar y dinamizar las desperdigadas energías del pueblo a fin de lograr “la conquista del Perú por los peruanos”, pero esta conquista habría de hacerse por medio de la “acción popular”, lo que implicaría aumentar el potencial nacional y conjugar intereses de todos los peruanos en un objetivo común. El gobierno prometía reformas para el período de seis años; sin embargo, a pesar de que logró afianzar su influencia en las elecciones municipales, debía hacer frente a un Congreso donde predominaba una mayoría aprista y odrísta. Esto mismo fue lo que conllevó a que los opositores al belaundismo se acercasen en una coalición APRA-UNO para desarrollar una sistemática acción de obstrucción a las reformas del nuevo gobierno, esto, definitivamente, tendría un gran peso en las razones de los militares de 1968.

Las reformas que Belaúnde tenía en la mira partía desde la “cuestión del petróleo”, especialmente respecto al enclave de la Internacional Petroleum Company (IPC) en Talara, empresa subsidiaria de la Standard Oil, considerada como la más ominosa esfera “imperialista” en el país, más cuando su slogan de campaña no era otro que el de “La conquista del Perú por los peruanos”<sup>366</sup>; de hecho, como bien decía *El Mercurio*, “cuando Belaúnde asumió la presidencia el 28 de julio de 1963 prometió solucionar el problema de

---

<sup>364</sup> Carlos CONTRERAS; Marcos CUETO: *Op. Cit.*, p. 328.

<sup>365</sup> Víctor VILLANUEVA: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, Editorial Replanteo, Buenos Aires, 1969, p. 13.

<sup>366</sup> Carlos CONTRERAS y Marcos CUETO: *Op. Cit.*, p. 332.

La Brea y Pariñas en 90 días”<sup>367</sup>. Está más que claro que ello no llegó a ocurrir, dado que cada 28 de julio, en su Mensaje ante el Congreso, renovaba tal promesa. Estaba también la integración de la selva mediante la extensión de las carreteras de penetración y de una vía que la atravesase de sur a norte, denominada “la Marginal”; una reforma agraria limitada, que enfatizaba las medidas de modernización tecnológica y encaminada a terminar con los latifundios de corte “feudal” de la Sierra; obras de vivienda popular y apoyo a la industria nacional. Cada una de estas tentativas levantó grandes expectativas, pero no llegaron a cuajar o, derechamente, a satisfacer a todos los sectores de la sociedad peruana.

También despertó fuerte expectativas la renovada postura que el Perú tomaría frente a los Estados Unidos y, por ende, su apoyo económico, más cuando a comienzos de los sesentas se había creado la Alianza para el Progreso y nuevos organismos norteamericanos de cooperación técnica como los Cuerpos de Paz y la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), todas ellas instituciones que prometían aliviar la miseria y la pobreza, además de replicar el camino del desarrollo que habían seguido en el pasado los países industrializados. A pesar de ello, la simpatía del gobierno norteamericano al gobierno de Belaúnde era casi absoluta, pues, en espíritu, su programa de gobierno encarnaba los propósitos de la Alianza para el Progreso. En tal sentido, el Departamento de Guerra de Estados Unidos comentaba lo siguiente:

*With the election of President Belaúnde in 1963, for the first time in history, Peru has a government fervently dedicated to removing the obstacles to the development to the country's economic and human resources and to integrating all regions and elements of the population into an effective, unified nation*<sup>368</sup>.

Sin embargo, se consideraban los peligros que podía conllevar esta apertura:

*If reform by peaceful means fails and if economic growth is outstripped by rising expectations, the road will be open to mass violence under the leadership of extremist elements*<sup>369</sup>.

Pero las expectativas solo quedaron en ello. Durante su gobierno, Belaúnde debió enfrentar el desarrollo de nuevas guerrillas en diversos puntos del país y de diferente inspiración. Entre ellas la más conocida fue la dirigida por Luis de la Puente Uceda en el Cuzco y en zonas de la sierra central, bajo la organización del MIR. Y aunque lograron controlar a los movimientos insurgentes en 1966 mediante la ayuda norteamericana y los bombardeos con napalm, además de la propia participación del ejército peruano, la imagen del presidente Belaúnde estaba ya desgastada. Esto también se tradujo en una marcada oposición del Congreso y en los desaciertos en la política económica, lo que impidió al presidente desarrollar su programa con coherencia. De hecho, en esto último, el gobierno de

---

<sup>367</sup> *El Mercurio*, 4 de octubre de 1968, p. 29.

<sup>368</sup> “Con la elección del presidente Belaúnde en 1963, por primera vez en la historia, Perú tiene un gobierno dedicado fervientemente a eliminar los obstáculos para el desarrollo de los recursos económicos y humanos del país y a integrar todas las regiones y elementos de la población en una forma efectiva, nación unificada”. U.S. ARMY: *Area Handbook for Peru*, Dept. of the Army, Washington, 1965, p. 310.

<sup>369</sup> “Si la reforma por medios pacíficos falla y el crecimiento económico se ve superado por el aumento de las expectativas, el camino estará abierto a la violencia masiva bajo el liderazgo de elementos extremistas”. *Idem*.

Belaúnde se vio imposibilitado de resolver las problemáticas rurales lo que, con posteridad, condujo a una imagen de represor al controlar los movimientos campesinos. De tal manera, Belaúnde se hallaba atado de manos y con la obligación de reprimir a sus bases populares de apoyo, todo gracias a las acciones de sus enemigos.

Aunque Belaúnde logró sacar adelante una paupérrima reforma agraria, debió recortarla en sus alcances por enfrentarse a los intereses de los poderosos terratenientes. Así, por ejemplo, la ley dejó intacto los latifundios de la costa, antiguo asidero de la oligarquía, mientras que en la práctica la aplicación de la legislación avanzó a paso de tortuga, llegando solo a expropiarse un poco más de un millón de hectáreas de un total de veintisiete millones. Por otro lado, la crisis económica de 1967 vino a agudizar aún más las problemáticas del gobierno. La sequía en la zona costera, el agotamiento de divisas tras sucesivos años de déficit del comercio exterior y de disminución de la inversión extranjera, desembocaron en una exponencial devaluación del Sol, que de 27 soles por dólar, pasó a 39. Esta crisis discal se tradujo, inevitablemente, en una elevación de los impuestos y paralización de importantes obras públicas, lo que, a su vez, conllevó a fuertes tasas de desempleo<sup>370</sup>.

Pero la guinda sobre el pastel fue el curso que siguió la negociación, que tardó cinco años, con la IPC. La renovación del contrato petrolero sobre los yacimientos de La Brea y Pariñas en 1968 supuso un duro golpe para aquellos que no veían con buenos ojos la dependencia casi absoluta del capital norteamericano, y eso fue precisamente lo que Belaúnde fortaleció. De hecho, según se estipulaba en el acuerdo, la IPC se comprometía a hacer entrega al gobierno de los semiagotados pozos petrolíferos cuya posesión detentaba, y por cuyo traspaso la Procuraduría General de la República aducía impuestos impagos por un monto de 144 millones de dólares. A cambio de la entrega, el gobierno se comprometía a anular todas las reclamaciones contra la IPC, además de otorgarle la refinería, en concepto de que la empresa se encargaría de la modernización y ampliación. Por otra parte, la Empresa Petrolera Fiscal se comprometía a venderle toda su producción a la empresa norteamericana y, junto a ello, se le otorgaba la nada despreciable concesión monopólica para la distribución de gasolina y derivados por 40 años, y con garantías de renovar el contrato por 40 años más. Incluso la prensa chilena hizo eco de los sucesos allende la frontera:

Se arguye que a la IPC se le ha concedido el monopolio de la comercialización del petróleo por 80 años. /Se acusa que se la ha concedido un millón de hectáreas en la selva para que la explore en busca del oro negro. /Se ataca a Belaúnde afirmando que ha condonado, por sí y ante sí, la controvertida y fluctuante deuda que la IPC tendría con el Fisco peruano por concepto de impuestos no pagados. Tal suma oscila entre 140 a... 1.400 millones de dólares; oscilación que le quita bastante seriedad<sup>371</sup>.

Lo más problemático vino después, cuando en su mensaje a la nación Belaúnde aseveró haber dado por resuelto el problema con la Compañía. El 13 de agosto del mismo año, taimadamente, se llevó a cabo la ceremonia de la entrega de los yacimientos y se firmaba el Acta de Talara, acto en el que participaron los presidentes de las cámaras y altos jefes militares, pero lo curioso era que tal acuerdo se firmaba sin que se hicieran públicas las condiciones entre las partes. Pero como todo lo que anda mal puede empeorar, la cuestión

---

<sup>370</sup> Carlos CONTRERAS; Marcos CUETO: *Op. Cit.*, p. 336.

<sup>371</sup> *El Mercurio*, 18 de octubre de 1968, p. 43.

se recrudeció cuando se supo que “alguien” se había apoderado de la página once del convenio entre la IPC y la Empresa Petrolera Fiscal, aquella en que se estipulaba el precio que se debía pagar a esta última por los crudos que obligatoriamente debía vender a los norteamericanos.

Obviamente esto superó cualquier escándalo anterior; es más, solo bastaron unas cuantas horas para que el gobierno se hallara aislado de todas las agrupaciones. Todo ello convenció a los militares de que la apuesta que habían hecho por Belaúnde en 1963 había fallado. Y como bien decía *El Mercurio*, “a estas alturas, Belaúnde camina vacilante por la más floja de las cuerdas peruanas de los últimos tiempos”<sup>372</sup>. Además, ‘en el Perú la imagen democrática de Belaúnde está bastante empañada por las circunstancias de su elección’<sup>373</sup>.

Belaúnde perdía partidarios y amigos a montones, mientras la prensa ya hacía leña del árbol caído. Perfecto ejemplo de ello es la caricatura presentada por Hernán Bartra, apodado “Monky”, publicada en el semanario *La Olla*, y en la que se asocia el lanzamiento del Surveyor VII a la luna, el 7 de enero de 1967, con la situación política del Perú. Mientras a Belaúnde y su gabinete se les dibujaba en la luna; o en otras palabras, fuera de la realidad del país, a los militares se les presentaba con un dinamismo en la tierra. *La Olla* presentaba un discurso a favor de las Fuerzas Armadas y, muy contrario a los políticos civiles, se les presenta como una institución dinámica, además de eficaz. Se dejaba entrever la posibilidad de un golpe de Estado al mostrar a los militares ajustando las orugas de un tanque, en las que se lee “devaluación”, “déficit”, “costo de vida”, “inmoralidad”, “contrabando”. Palabras que en los años venideros cobrarían un profundo sentido<sup>374</sup>.

Aquello ya era la crónica de una muerte anunciada y lo único que faltaba era el personaje que alzase el puñal. Una señal fue el intenso diálogo que tuvo con el General Velasco Alvarado respecto al Acta de Talara y las declaraciones que con anterioridad había dado a la prensa, en la que con prontitud el ejército expresaría su sentir:

Belaúnde: Su situación es muy particular, general. Hace declaraciones y reúne a los generales.

Velasco: Está usted en un error, Presidente. Primero reúno a los generales y después hago declaraciones.

Belaúnde: Usted habla como si no estuviera ante su superior en jefe.

Velasco: Eso sería en la Constitución y en tiempos de guerra, pero en la práctica soy yo el que tiene el mando de las Fuerzas Armadas.

Belaúnde: ¡Me molesta su tono insolente, general!

Velasco: Durante toda mi carrera nadie me ha gritado, Presidente. Permiso para retirarme<sup>375</sup>.

Aquella sería la primera advertencia y el punto de no retorno. Belaúnde debió caer en cuenta de ello cuando el 2 de octubre de 1968 firmaba su nuevo gabinete de ministros y el General Velasco se hallaba presente. Según Manuel Mujica Gallo, jefe del gabinete: “el

---

<sup>372</sup> Idem.

<sup>373</sup> Edwin LIEUWEN: *Generals vs. Presidents*, Nueva York, 1964. Citado por Víctor VILLANUEVA: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, p. 18.

<sup>374</sup> Christabelle ROCA-REY ROSS: “La crónica visual de un golpe de estado anunciado”, *Mana Tukukuq Illapa. Revista del Instituto de Investigaciones Museológicas y Artísticas de la Universidad Ricardo Palma*, n°11, 2014, pp. 45-46.

<sup>375</sup> *Revista Ercilla*, Año XXXIV, 16-22 de octubre de 1969, n°1.739, pp. 30-31.

general Velasco estuvo presente en el juramento. Recuerdo haberle comentado a Manuel Ulloa que lucía una sonrisa extraña. No felicitó a nadie y dijo que se retiraba porque se sentía un poco indispuerto”<sup>376</sup>. Aunque esto solo eran habladurías, ¿o no? Los rumores probaron ser más que solo eso.

El 3 de octubre de 1968 los militares nuevamente tomaban el Palacio Pizarro para resarcir su error, pero lo que allí encontraron difería enormemente de la imagen represora que se había formado; de hecho, cuando entraron al Palacio hallaron al Presidente literalmente solo e indefenso. El apoyo masivo que había recibido tan solo cinco años antes se había esfumado y pasado a convertirse en la marea antipopular, condicionada, obviamente, por la sucesión de escándalos y acuerdos políticos a espaldas de la población. De ahí que las protestas por la intervención de los militares fueran pocas, sino contadas con los dedos de una mano. “Así, sin pena ni gloria, acabó este gobierno que tantas esperanzas había creado. Con él acabó igualmente una época”<sup>377</sup>.

\*\*\*

El golpe había comenzado en la misma madrugada del 3 de octubre, cuando tanques y soldados rodeaban el Palacio de gobierno, el Congreso y otras participaciones públicas. Ante el exilio forzoso de Belaúnde a Buenos Aires, los miembros del gabinete de gobierno, que habían asumido unas cuantas horas antes, se reunieron en el Ministerio de Relaciones Exteriores con la ingenua intención de constituirse en gobierno ante la deportación del Presidente; sin embargo, agentes de investigaciones ingresaron al local, reduciendo a prisión a los exministros. Lo más curioso de esta toma del poder no fue lo inesperado; de hecho, todos predecían el suceso, siendo el cuándo y cómo las únicas interrogantes que quedaban en el aire. El golpe dado el 3 de octubre fue, en cierta medida, innovador respecto a la captura del poder por parte de los militares, pues fue un golpe incruento, ni una sola gota de sangre corrió por la Plaza de Armas de Lima. Solo uno que otro descontento se apoderó de los peruanos, pero nada más allá de eso. El más notorio de estos incidentes fue el protagonizado por el hermano del depuesto presidente y secretario del consejo de ministros, Francisco Belaúnde, quien tuvo el coraje de plantarse en la plaza y hacer frente a los nuevos amos y señores del Perú y decirles a viva voz:

¡Traidores, cobardes... no han sido capaces de reconquistar Tacna y Arica, pero sí son “valientes” para enfrentar a un hombre solo y desarmado!<sup>378</sup>

No hubo nada más allá de este aislado suceso. El hermano de Belaúnde fue capturado y llevado a una comisaría, donde quedó detenido por provocar desórdenes en la vía pública. Pasado el alboroto de los primeros momentos, tanto el ministro de Relaciones Exteriores como el de Hacienda adjudicaban el golpe a una sola persona: el General Juan Velasco Alvarado. El Comandante General del Ejército y Presidente del Comando Conjunto de la Fuerza Armada no había actuado solo, sino que un grupo de coroneles “nasseristas” había apoyado el golpe; no obstante, aquella acción no contó con el beneplácito de la Armada ni de la Fuerza Aérea, quienes se mantuvieron al margen por su apoyo al derrocado Belaúnde.

Durante toda la mañana y tarde de aquel 3 de octubre el gobierno estuvo al mando de los militares. Solamente fue el caer la tarde cuando comenzaron a llegar en helicóptero

---

<sup>376</sup> Ibidem, p. 31.

<sup>377</sup> Julio COTLER: *Clases, Estado y Nación en el Perú*, p. 333

<sup>378</sup> Carlos JORQUERA TOLOSA: “La Lección del Perú”, en *Punto Final*, n°76, 1969, p. 3.

los componentes del nuevo gobierno a lo que prestarían juramento a las primeras horas de la noche. Fue así que se constituía el Gobierno Revolucionario, como se autodenominó mediante un estatuto que se leyó al momento de la juramentación. Evidente fue que para aquel acto no se presentaron los oficiales de la Fuerza Aérea y muy pocos marinos. Esto dejó en claro que el movimiento de octubre no fue uno de carácter “institucional” como el de 1962, y es que no existió unanimidad dentro del sector castrense; de hecho, tanto la Armada como la FAP se replegaron y tomaron una postura más defensiva: los buques de la armada abandonaron sus fondeaderos y se emplazaron frente al Callao, similar a lo hecho por la Fuerza Aérea. Solamente a las 16 hrs. depusieron su actitud inicial y se plegaron al movimiento. Pero ¿por qué no fueron más allá de esta postura? Simple, dado que, tanto marinos como aviadores, debieron llegar a la conclusión que sus respectivas fuerzas carecían del poder como para enfrentarse a las fuerzas terrestres<sup>379</sup>. Algo que el Vicealmirante peruano, José Arce Larco, se encargó de confirmar: “No le quedaba otra alternativa. No se podía producir, había que evitar, un enfrentamiento con el Ejército...”<sup>380</sup>.

Los periódicos del mediodía publicaron el Manifiesto de los Militares, el cual solo estaba firmado por “La Junta Revolucionaria”. Lo curioso de este documento es que a leguas se puede apreciar el nuevo contenido, la visión reformista de los que ahora detentaban el poder y que los hacía distanciarse de los antiguos caudillos y, aún más importante, la nueva mentalidad que dirigía a las Fuerzas Armadas. De hecho, en el documento se aclara que el alzamiento no respondía a un intento de evitar el avance del comunismo, ni mucho menos derrocar a un gobierno procomunista (es notorio que no se mencione la palabra comunismo en todo el documento), ni tampoco se hace mención a la constitución y a la defensa de ella. Parecía, como recalca Víctor Villanueva, que el documento estuviese redactado por una mano alejada de las labores castrenses, y que dejaba en claro la mentalidad desarrollista y nacionalista del escritor. Incluso parte aclarando que los sucesos del 3 de octubre respondían a “una trascendente e histórica decisión que marcará el inicio de la emancipación definitiva de nuestra patria”<sup>381</sup>. Proseguía con su actitud desarrollista y reformista:

La acción del Gobierno Revolucionario se inspirará en la necesidad de transformar la estructura del Estado, en forma tal que permita una eficiente acción de Gobierno; transformar las estructuras sociales, económicas y culturales; mantener una definida actitud nacionalista, una clara posición independiente y la defensa firme de la soberanía y dignidad nacionales. [...]El Gobierno Revolucionario plenamente identificado con las aspiraciones del pueblo peruano, le hace un llamado a fin de que confundido con la Fuerza Armada luche para lograr una auténtica justicia social, un dinámico desarrollo nacional y el restablecimiento de los valores morales que aseguren a nuestra patria la consecución de sus superiores destinos<sup>382</sup>.

El documento emplea un léxico completamente contrario al que comúnmente empleaban los militares latinoamericanos, utilizando palabras de índole “revolucionarias” y

---

<sup>379</sup> Víctor VILLANUEVA: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, p. 153.

<sup>380</sup> Entrevista a José Arce Larco, Vicealmirante AP, Ex Ministro de Marina; Ex Comandante General de la Marina. En María del Pilar TELLO: *¿Golpe o Revolución? Hablan los militares del 68*, Vol. I, Ediciones Sagsa, Lima, 1983, p. 20.

<sup>381</sup> Manifiesto del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada.

<sup>382</sup> Idem.

tocando conceptos de corte socialista. Daba incluso la sensación de ir en contra del mismo sistema capitalista. Sin embargo, luego se esgrimen frases que frenan el impulso revolucionario y dejan en claro, para la no tergiversación del documento, que todas las transformaciones estarían sujetas a “los principios de nuestra tradición occidental y cristiana”, a los que el nuevo gobierno se mostraría “fiel”. Incluso aceptaba “la inversión extranjera que se sujete a las leyes e intereses nacionales”. Y es que, como diría Velasco Alvarado en 1969, ya no se trataba de apegarse a un sistema u otro, “ni con Washington ni con Moscú” dirían algunos, ya no era cuestión de buenos o malos, sino de soluciones peruanas para problemas peruanos:

Somos nacionalistas y somos revolucionarios. Ambos conceptos se integran y se complementan. Queremos soluciones peruanas a los problemas del Perú. Queremos y estamos haciendo una revolución auténticamente peruana. Se trata de lograr en fecunda tarea la verdadera creación de un ordenamiento social que responda a las peculiaridades de la realidad y la historia de nuestra patria y nuestro continente [...]. Lucharemos por reivindicar la auténtica independencia de nuestro país frente a las presiones de cualquier imperialismo económico o de otro tipo, venga de donde viniera [...] Esta no es una revolución marxista, por lo tanto, no vamos hacia una sociedad de corte comunista. Vamos hacia un nuevo ordenamiento de la sociedad peruana porque el que nos precedió estuvo basado en la desigualdad y en la injusticia<sup>383</sup>.

Una postura que para 1970 Velasco reafirmaba; mal que mal, la revolución que había comenzado dos años antes no se trataba de exportar modelos foráneos, sino de un tinte más original:

El comunismo y el capitalismo no son los “modelos” de nuestra Revolución Nacionalista. [...] Ambos sistemas presentan hoy ante la faz del mundo síntomas inequívocos de caducidad y de crisis. Mal haríamos en copiarlos servilmente. Nuestro reclamo a la independencia tiene también una fundamental dimensión valorativa, cultural, ideológica. No queremos ni debemos ser repetidores de esquemas y principios. Queremos y debemos ser siempre creadores de una manera propia de concebir nuestra realidad y resolver sus problemas<sup>384</sup>.

Incluso, a fines del año 68, fue enfático en sostener que la Revolución Peruana concernía a todos:

“Esta es la revolución de la clase media” y los aplausos de algunos sectores no se hicieron esperar. Pero luego invitó a colaborar a la derecha, al centro, a

---

<sup>383</sup> *El Mercurio*, 30 de julio de 1969, p. 38.

<sup>384</sup> Mensaje a la Nación con motivo del 149° Aniversario de la Independencia, 28 de julio de 1970. En Juan VELASCO ALVARADO: *Op. Cit.*, pp. 213-214.

la izquierda y aun al “rojo vivo”. Se trataría de formar un gobierno fuerte y de base nacional <sup>385</sup>.

Independiente de esto último, el Manifiesto ponía en evidencia la nueva mentalidad e imagen que los militares se hacían del panorama peruano, una evolución clara del antiguo militarismo. Los militares del 68 se alejaban claramente de la generación del 48. “Ahora el gobierno se propone alcanzar objetivos de mayor trascendencia, metas más ambiciosas pero también de más prolongada acción en el poder”<sup>386</sup>. Como bien decía Juan Martín Sánchez: “En un sistema político en el que el golpe de Estado estaba casi totalmente integrado en su funcionamiento “normal”, la toma del poder estatal por las fuerzas armadas en octubre de 1968 no resultaba muy sorprendente [...] Se iniciaba, pues, una etapa en la que el nuevo gobierno tenía que romper con esa “normalidad” de los golpes militares restauradores del orden, si pretendía crear una ruptura en la evolución política del país desde la que definirse como “Gobierno Revolucionario”<sup>387</sup>.

Pero cuando el tanque Sherman de la Segunda Guerra Mundial derribó las puertas del Palacio de gobierno, era de esperar que aquellos que ahora detentaban el poder iniciasen una labor concordante con los capitales extranjeros para liberalizar la economía, al menos así lo había mostrado la tendencia histórica; sin embargo, lo ocurrido en octubre de 1968 marcó un antes y un después en el Perú, no tanto por ser un nuevo alzamiento de los militares, de esos el país del Rímac tenía bastantes, sino porque desde ese preciso instante el gestor del movimiento revolucionario, el General Juan Velasco Alvarado, le devolvió la iniciativa política al Estado. De hecho, el programa de reforma del país de los militares no respondía a los intereses de un grupo social específico; de ahí que se considerara la expresión de “estado corporativo” o “bonapartista”. Con ello quería aludirse al hecho de que, más que representar los intereses de alguna clase social, por el contrario, el gobierno militar encarnaba un proyecto autoritario de modernización del país. Así:

El Estado dejó de ser entonces el espacio donde solo confluían y se dirimían convergentes y conflictivos intereses de los distintos grupos sociales. Más que el “árbitro” del juego, resultaba el entrenador o director técnico que lo ordenaba<sup>388</sup>.

Ello quedó demostrado cuando, e imitando al israelí Moshé Dayán, quien en 1967 había ganado la Guerra de los Seis Días, los militares peruanos resolvieron la cuestión de la IPC con una suerte de guerra relámpago. Esto fue literalmente una guerra relámpago, más cuando se desplegaron tanques, apoyados por toda una división militar, se presentaron en las instalaciones de la empresa petrolera extranjera, expropiando sus bienes y expulsándola del país. Posteriormente, el 9 de octubre, con una fuerte mezcla de simbolismo y autoritarismo, fue celebrada por gran parte de la población la firmeza en la decisión que se requería en un país desordenado como el Perú. Aquel día fue bautizado oficialmente como Día de la Dignidad Nacional. En pocos días, la Empresa Petrolera Fiscal controlaba completamente la International Petroleum Company, mientras que al año siguiente el nuevo régimen creaba la primera de las empresas públicas que iba a caracterizar su forma de actuar: Petroperú. El

---

<sup>385</sup> *Revista Arcilla*, Año XXXIV, 11-17 de diciembre de 1968, n°1.747, p. 29.

<sup>386</sup> Víctor VILLANUEVA: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, p. 203.

<sup>387</sup> Juan Martín SANCHEZ: *Op. Cit.*, p. 88-89.

<sup>388</sup> Carlos CONTRERAS; Marcos CUETO: *Op. Cit.*, p. 340.

rimbombante discurso de Velasco al ocupar el campo de Talara dejaba en claro lo que se había iniciado:

De esta manera la fuerza armada, estrechamente unida con la ciudadanía en una sola y auténtica fraternidad nacional, cumple una vez más con su deber iniciado con este acto una etapa de reivindicación de la soberanía y de la dignidad que queda como un preciado legado a nuestros hijos y como una evidencia del cumplimiento de los postulados de la revolución, los que, asimismo, no sólo respetan sino que alientan la inversión foránea, siempre que esté acorde con la legislación e intereses del Perú.

Compatriotas, los manes de nuestros próceres, mártires y héroes, quienes con sus nombres y gestas heroicas iluminan las páginas de nuestra historia, se hacen hoy presentes para alentar al pueblo y la fuerza armada a fin de proclamar la justicia de su causa que Dios defiende. La revolución está en marcha. Este momento nos llena de justo orgullo y ha de provocar legítimo júbilo a la nación. La historia juzgará la actitud de la fuerza armada y del pueblo peruano. Estamos seguros que las generaciones futuras celebrarán este día de reparación como el día de la dignidad nacional.

Viva el Perú<sup>389</sup>.

Pero, ¿Cómo fue recibido esto por los medios y los partidos políticos? Al menos, como lo informaba *El Mercurio* en Chile, “el gobierno Revolucionario que preside el general Juan Velasco Alvarado está recibiendo el más amplio respaldo de partidos políticos, órganos de prensa y de la ciudadanía”<sup>390</sup>. Paradójico también fue que uno de los partidos que más condenó el golpe del 3 de octubre, el APRA, fuera uno de los que más aplaudió la medida, muy similar a lo sucedido con el Partido del depuesto Belaúnde Terry, Partido Acción Popular. Otros partidos como la Unión Nacional Odriísta, Movimiento Democrático Peruano, Frente de Liberación Nacional e incluso la Democracia Cristiana se quitaron el sombrero frente a las medidas adoptadas por los golpistas. La prensa misma no se quedó atrás, pues periódicos como *El Comercio*, *La Crónica*, *Expreso* y *La Tribuna* elogiaron la medida.

El programa de reformas se desarrolló durante el período de 1968 hasta 1975, en el “septenato”, y el eje de las mismas fue el intensificar el masivo traspaso de la propiedad de los principales recursos productivos, en manos de capitales extranjeros, hacia el Estado, dando paso a la política de estatizaciones. Los yacimientos mineros más importantes fueron expropiados, desalojándose a empresas extranjeras que, como la Cerro de Pasco Corporation y la Marcona Mining Company, tenían varias décadas en el Perú; no obstante, no todo era una expropiación desordenada, incluso se podía esperar una compensación económica razonable, aquello para empresas extranjeras. En cambio, si se eran nacionales, los propietarios no podían más que armarse de paciencia y buen humor. Por otro lado, algunas inversiones extranjeras no llegaron a ser tocadas, como la de Southern Perú Copper Corporation. Otro de los rubros expropiados de las manos privadas fue la pesca, llegándose a crear Pescaperú.

---

<sup>389</sup> *El Mercurio*, 10 de octubre de 1969, p. 12.

<sup>390</sup> *El Mercurio*, 11 de octubre de 1969, p. 1.

En simples palabras, se llegó a expropiar toda actividad de extracción, exportación, de acumulación, y todo aquello que brindaban servicios considerados básicos o “estratégicos” para el desarrollo y la seguridad nacional, pasaron a manos del Estado e inicialmente, salvo unas cuantas excepciones, mostraron una mayor rentabilidad o eficiencia que el sector privado<sup>391</sup>. Esto llegó al punto que en 1977 la economía del sector público llegó a representar el 50% del producto interno bruto de la nación<sup>392</sup>.

Pero, como diría Carlos Contreras, “quienes pensaron que las Fuerzas Armadas se limitarían a este acto de vindicación nacionalista, para organizar las elecciones del año siguiente y retirarse a sus cuarteles, como en 1962-1963, pronto se desengañaron”<sup>393</sup>. El simple hecho de que el régimen se autodenominara “Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas” daba prueba de ello, más cuando la segunda palabra no estaba de adorno. Con posteridad el mismo Velasco afirmó “Una vez que esté, entregaremos el Gobierno al pueblo para que elija libremente”<sup>394</sup>. Con posteridad, específicamente en 1969, Velasco declaraba ante el semanario *Panorama* de Buenos Aires:

El gobierno revolucionario de la Fuerza Armada permanecerá en el poder el tiempo necesario para alcanzar sus objetivos básicos, asegurando y garantizando el bienestar del pueblo peruano. Luego de ese encauzamiento, y con la seguridad de que se ha ingresado al camino real y positivo para mejorar las condiciones de vida populares, en especial a los sectores menos favorecidos de la población, está prevista la convocatoria a elecciones generales<sup>395</sup>

Aunque con ello Velasco era enfático en afirmar que “Ninguno de nosotros tiene ambiciones políticas. No nos interesa competir en la arena electoral. No hemos venido a hacer politiquería. Hemos venido a hacer una revolución. Y si para lograrlo se requiere actuar políticamente, esto no quiere decir que se nos pueda confundir con los políticos criollos que tanto daño le hicieron al país”. Finalizaba cortante una frase bastante decidora respecto al futuro democrático del Perú: “Pierdan, pues, la esperanza quienes creen que puedan inducirnos al engaño de volver a esa falsa democracia a través de la cual se perpetuó la injusticia social en el Perú ¿Es a esa democracia que se quiere volver? Para sus defensores siempre pagó jugosos dividendos. Pero: ¿qué significó en realidad para el pueblo peruano?”<sup>396</sup>.

Ciertamente, Velasco comprendía que había sectores que no querían progresar por la vía escogida el 3 de octubre, pero, como él mismo lo sostuvo tan claramente, “ya es tiempo de que todos comprendan”. La Revolución peruana estaba destinada a sustituir un sistema político al que los militares tachaban de culpable de todos los males, y ello se haría desde lo político, pasando por lo social, hasta lo económico. Los militares venían hace tiempo preparando lo del 3 de octubre y sería poco probable que soltaran el poder sin más. Se forjó

---

<sup>391</sup> Véase en Guillermo BOILS MORALES: “Estado y política económica durante los primeros cuatro años del Régimen Militar Peruano 1968-1973”, en *Problemas del Desarrollo*, Año X, n°39, 1979, p. 96.

<sup>392</sup> Carlos CONTRERAS; Marcos CUETO: *Op. Cit.*, p. 347.

<sup>393</sup> *Ibidem*, p. 342.

<sup>394</sup> *El Mercurio*, 19 de octubre de 1968, p. 45.

<sup>395</sup> *Revista Arcilla*, Años XXXIV, n°1.758, 26 de febrero al 4 de marzo de 1969, pp. 24-25.

<sup>396</sup> Mensaje a la Nación en el Primer Aniversario de la Revolución, 3 de octubre de 1969. En Juan VELASCO ALVARADO: *Op. Cit.*, p. 93.

un plan de gobierno titulado el “Plan Inca” que se proponía implantar las reformas que los partidos reformistas como el APRA y AP tan rimbombantemente habían prometido más no cumplido. También procuraban proponer una Tercera Vía, ni capitalista ni comunista, que se asemejaba al modelo yugoslavo del Mariscal Tito.

Este régimen duró doce años (1968-1980), el cual se dividía en dos periodos: el primero de ellos correspondería al dirigido por el General Juan Velasco Alvarado (1968-1975) y el segundo al dirigido por el General Morales Bermúdez (1975-1980). Durante todo aquel periodo no hubo Congreso ni Poder Electoral; el Consejo Nacional de Justicia reemplazó a la Corte Suprema, la constitución de 1933 quedó abolida por el Estatuto Revolucionario, los partidos políticos permanecieron cerrados o en la clandestinidad y se acabó por censurar los medios escritos.

Pero, de forma curiosa, muchas de estas acciones no tendrían un carácter arbitrario. A diferencia de los demás gobiernos militares latinoamericanos, los acusados por delitos económicos y contra la fe pública fueron entregados al fuero público; a pesar de no haber elecciones, los partidos políticos no fueron perseguidos ni mucho menos censurados, incluso al punto que se les permitía expresarse libremente contra el nuevo gobierno. Es más, muchos de los acusados son liberados por los tribunales. Y es que el gobierno procuró no enfrentarse a la opinión pública y crear en ella un foco de oposición<sup>397</sup>. La revolución peruana estaba en marcha y nada debía evitar que llegase a su destino. El presidente de la Junta atribuía este imparable avance al binomio pueblo-ejército: “El pronunciamiento institucional del 3 de Octubre ha iniciado una Revolución que jamás podrá ser detenida, porque representa la inquebrantable decisión del ansiado binomio Pueblo y Fuerza Armada, para poner fin a la explotación, a la ignominia y a los privilegios de unos pocos”<sup>398</sup>.

Por otro lado, en la misma Lima no se apreciaba aquel acalorado ambiente revolucionario, sino que la antigua ciudad de Reyes había asimilado de forma casi inconsciente el nuevo modelo que los militares habían impuesto, sin ello fuera en detrimento de los ciudadanos. Así, Carlos Delgado, Director Superior de SINAMOS, decía:

El viajero que arriba a la capital peruana buscando hallar en ella al ambiente “típico” de una revolución, suele sentirse desilusionado y confundido. En efecto, tal ambiente no existe. La ciudad y sus gentes se presentan a los ojos del visitante extranjero como una realidad “normal”. Lima, en la superficie, es la misma ciudad de siempre. Su vida, al parecer, continúa inalterada. [...] Lima sigue siendo la ciudad de profundos contrastes que siempre fue; su acelerado ritmo de crecimiento persiste sin modificación, haciendo de ella la más importante ciudad provincial y serrana del Perú; su comercio y sus fábricas funcionan normalmente, el tránsito fluido de sus grandes arterias urbanas tiene ese mismo tono de abigarramiento e indisciplina que uno encuentra en cualquier otra gran capital latinoamericana<sup>399</sup>.

Delgado continuaba:

---

<sup>397</sup> Julio COTLER: “Crisis política y populismo militar en el Perú”, p. 471.

<sup>398</sup> Discurso pronunciado en la ceremonia de entrega del Pabellón Nacional en la División Blindada, Lima, 7 de noviembre de 1968. En Juan VELASCO ALVARADO: *Op. Cit.*, pp. 10-11.

<sup>399</sup> Carlos DELGADO: “Sobre algunos problemas de la participación en la Revolución Peruana”, en *Revista de Estudios Internacional*, Vol. 6, n°21, 1973, p. 24.

Allí los militantes de la revolución no portan distintivos, no tienen locales partidarios, no figuran inscritos en ningún registro, carecen de una organización que los “movilice”, son indiferenciables. Allí, por tanto, no existen comités revolucionarios que agiten constantemente “la conciencia” de las masas, que acerquen su voluntad de lucha, que las preparen para combatir, que las apresten para tareas de “movilización”. Allí, por fin, no ha habido enfrentamiento armado, no se ha vertido sangre, no han insurgido héroes, no se han sacrificado las gloriosas imágenes de mártires que fecunden la mística de un pueblo alzado para escribir su historia. Nada, en suma, se advierte en la superficie de la ciudad. Si la revolución existe, ella es, para los forasteros, impalpable<sup>400</sup>.

Pero este gobierno no fue solo un gobierno de carácter militar por el mero hecho de sustituir al personal civil con personal castrense, sino porque fueron las Fuerzas Armadas, como un aparato institucional, las que coparon las instituciones del Estado, cuestión que llevó a decir a uno de los asesores civiles del gobierno, Francisco Guerra García, que “el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada fue el gobierno más militar de los ocurridos en América”<sup>401</sup>. Ello se tradujo en una representatividad de acuerdo con los paradigmas y mecanismos propios de los militares.

Se estableció una estructura de participación jerárquica y corporativa donde la figura del Presidente Velasco, de quien dependía directamente el jefe del comando conjunto de las Fuerzas Armadas, era central para el reparto de cargos y las transacciones entre las distintas armas e, incluso, entre distintos grupos de cada institución armada. A ello respondería que los ministerios se repartiesen de acuerdo al criterio de representatividad institucional sin variar las cuotas por cada institución durante todo el gobierno. Lo mismo ocurrió con los cargos intermedios de la administración, la dirección de organismos descentralizados del Estado, o de las empresas públicas, siendo siempre el ejército el que mantenía más puestos bajo su control. En todas las ramas de la administración estatal, tanto en los organismos centrales como departamentales y provinciales, había un militar, aunque muchas veces se hacía asesorar por personal cualificado. Como diría Juan Martín Sánchez: “Las fuerzas armadas, como institución, pasaron a procesar en su seno todos los temas relacionados con la política del Estado, y los servicios de inteligencia ganaron un mayor espacio de maniobra por ser los más aptos y versátiles ante los requerimientos de las nuevas labores y haber partido de ellos la iniciativa golpista”<sup>402</sup>.

Ello no significaba que la presidencia de la República recayese sobre un caudillo como Odría, sino que ahora las Fuerzas Armadas, como institución, eran las que detentaban el poder, ellas eran las que estaban a cargo de gobernar y dirigir el país de acuerdo a un programa preestablecido y no solo por simples caprichos<sup>403</sup>. Esto último se demostró en uno de los pasos que el gobierno revolucionario no podía dejar de tomar: la Reforma Agraria, una vieja demanda de los diversos sectores rurales ante el hecho de la desigual distribución de la propiedad de la tierra en el país y la aguda miseria en el campo. Nuevamente aquí el simbolismo se hacía presente, ya que Velasco escogió una fecha clave para proceder en la

---

<sup>400</sup> Ibidem, p. 25.

<sup>401</sup> Julio COTLER: “Crisis política y populismo militar en el Perú”, p. 185.

<sup>402</sup> Ibidem, p. 186.

<sup>403</sup> Alberto SEPÚLVEDA: “El Militarismo Desarrollista en América Latina”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 4, n°15, 1970, p. 104.

expropiación de los antiguos latifundios: el 24 de junio. Otrora fecha para conmemorar el “Día del Indio”, en 1969 vino a representar, en la retórica del nuevo gobierno, la toma de una fortaleza enemiga, casi como una hazaña militar: la expropiación de las haciendas azucareras de la costa norte y central controladas por los “barones del azúcar”. Aunque esto no quedó en mero simbolismo, al menos así lo dejaban ver las tropas armadas sacando a punta de fusil a hacendados y administradores, dando así pie para una de las más exitosas y, por decirlo menos, radicales Reformas Agrarias en el Continente. También es de considerar que aquel día dejó de ser del “Indio” para pasar a ser en adelante el “Día del Campesino”.

Aquello llegó al punto que, en la celebración del sesquicentenario de la Independencia en 1971, el gobierno militar, con la pompa que lo caracterizó, buscó legitimar esta política nacionalista y reformista bajo la idea de que estaba llevando a cabo “una segunda Independencia”, aunque esta vez sería favorable al pueblo más que a los ricos terratenientes. Ahora se buscaba dar más protagonismo a los indígenas y los campesinos, grupos históricamente infravalorados en la historia peruana, en desmedro de los limeños y los grupos oligárquicos. Se llegó a convertir al rebelde indígena Túpac Amaru II en el símbolo del gobierno, algo nunca antes practicado por ningún gobierno anterior<sup>404</sup>.

Esta expropiación comprendía no solo las tierras, sino también la maquinaria, el ganado y las instalaciones industriales y civiles. Aunque se contempló una indemnización a los propietarios, similar a lo que ocurría con los propietarios mineros, estos debieron aceptar frecuentes subvaluaciones de sus dominios, un pago mínimo en efectivo y el resto en bonos de la deuda agraria con una nimia tasa de interés, la cual la inflación después devoraría. Incluso el precio por la expropiación podía sufrir descuentos si el terrateniente había sido un “mal patrono”<sup>405</sup>. Pero por lo radical que fuesen las medidas, dieron sus resultados: las tierras expropiadas pasaron a manos de sus trabajadores y llegaron a beneficiar a unas 369 mil familias campesinas.

Al igual que lo ocurrido con la IPC, las muestras de apoyo popular no se hicieron esperar: desde el Partido Demócrata Cristiano, la Federación Campesina y los diarios otorgaron su respaldo a la ley. “La Asociación de Ganaderos la encontró favorable, la Sociedad Nacional Agraria dijo que algunas de sus disposiciones desalentarán la producción y el Partido Aprista la consideró carente de novedad. La Federación Campesina anunció su completa solidaridad con el Gobierno por la ley”<sup>406</sup>. Hasta la Iglesia mostró su apoyo a las medidas de los militares, incluso llegando al punto de hacer un llamado a los campesinos “para que organizándose en agrupaciones de bases, asuman el proceso de su liberación siendo auténticos gestores de su propio destino, con sentido de responsabilidad ante la acción”<sup>407</sup>.

Fue una de las más grandes Reformas Agrarias vistas en el continente y, a la par de lo que sucedía en Chile, estuvo acompañada de iniciativas destinadas a promover la organización, la formación de dirigentes y la instrucción del campesinado. Aunque ello también respondía a la finalidad de asegurar el respaldo de los sectores populares y campesinos, a la vez que se pretendía desarticular a las organizaciones controladas por el

---

<sup>404</sup> Alex LOAYZA PÉREZ: “La Independencia peruana. Memoria e historia”, en *Revista Argumentos*, Año 9, n°3, 2015, p. 73.

<sup>405</sup> Carlos CONTRERAS; Marcos CUETO: *Op. Cit.*, p. 350.

<sup>406</sup> *El Mercurio*, 28 de junio de 1969, p. 41.

<sup>407</sup> *El Mercurio*, 28 de julio de 1969, p. 51.

APRA y otras agrupaciones de izquierda<sup>408</sup>. En esto último jugó un papel esencial el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS), creado en 1971, el cual tenía como objetivo profundizar la revolución a partir de la organización de diversos sectores sociales a la par que canalizaba ese tan preciado apoyo popular<sup>409</sup>.

En simples palabras, citando a Cotler, la Ley de Reforma Agraria, y las reformas en general, constituyeron un verdadero ómnibus con la finalidad de “pacificar” a las masas campesinas y destruir cualquier base posible para un movimiento guerrillero a futuro<sup>410</sup>. Pero, en otras palabras muchísimo más simples, se pretendía eliminar cualquier posibilidad de un frente u oposición interna, pues, como diría Carlos Delgado, Director Supremo de SINAMOS, “la capacidad de garantizar la seguridad integral de una nación y un Estado es función de su propio desarrollo. En otras palabras, la seguridad es ingarantizable en presencia de frentes internos caracterizados por condiciones de subdesarrollo”<sup>411</sup>.

Entonces, más que las causas o excusas que esgrimiesen los militares, ¿qué es lo que querían llevar a cabo este cúmulo de generales y oficiales de corte reformista y nacionalista? En simples palabras, podríamos decir que durante los doce años que duró el Gobierno Revolucionario, dos períodos presidenciales según la Constitución Peruana, se llevó a cabo una de las modernizaciones más notorias y rimbombantes de Sudamérica, mérito aparte es el hecho que lo hayan implementado en uno de los países más atrasados del continente. En parte así lo veían Jane S. Jaquette y Abraham F. Lowenthal, quienes percibían en los militares revolucionarios un intento de aceleración y búsqueda del crecimiento económico del país a fin de alterar la distribución económica y de poder, a la par que de que se intentaba una integración de los grupos marginados (véase campesinos e indígenas) en la vida nacional peruana; también se crearon nuevas formas de participación política e, incluso, “crear un nuevo hombre peruano”. Finalmente, se emprendió la tarea de cortar de raíz la dependencia externa y convertir al Perú en uno de los líderes del Tercer Mundo. Aunque claro, como hemos visto, ello sin dejar de abrazar la retórica belicista y confrontacional que tanto agradaba a los militares latinoamericanos; después de todo, la captura misma del gobierno, la nacionalización de la IPC y la Reforma Agraria se concretaron a punta de fusil, otra cosa muy diferente es que no los disparasen<sup>412</sup>.

Así, para 1975, los líderes militares del Perú habían iniciado, en un corto período, más reformas que ningún otro país en América Latina, con las únicas excepciones de las revoluciones de México, Cuba y Chile. Y es que, “por medio de cerca de 4.000 leyes e incontables acciones administrativas, la élite militar del Perú trató de regimentar a una nación, que a menudo se resistía a entrar en una ‘revolución’”<sup>413</sup>.

Una postura noble si se mira en retrospectiva, al tiempo que no deja de asombrar que venga de un sector históricamente conservador como lo han sido las Fuerzas Armadas. Eliminar los obstáculos que impedían el desarrollo pleno del Perú y aquellos que provocaban la desigualdad social era un fin que incluso podía hacer que acérrimos opositores obviasen

---

<sup>408</sup> Octavio AVENDAÑO: “Reforma agraria y movilización campesina en Chile (1967-1973) y Perú (1969-1976), en *POLIS: Revista Latinoamericana*, n°47, 2017, p. 31.

<sup>409</sup> Inés NERCESIAN: “La experiencia de Velasco Alvarado en Perú (1968-1975): intelectuales y política. Una aproximación”, en e-I@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, Vol. 15, n°59, 2017, p. 23.

<sup>410</sup> Julio COTLER: “Crisis política y populismo militar en el Perú”, p. 479.

<sup>411</sup> Carlos DELGADO: *Op. Cit.*, p. 29.

<sup>412</sup> Jane S. JAQUETTE; Abraham F. LOWENTHAL: *El Experimento Peruano en Retrospectiva*, Documento de Trabajo n°19, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1986, p. 4.

<sup>413</sup> *Ibidem*, p. 6.

preguntas del cómo y el por qué, ni mucho menos en la contradicción entre el sentido nacional y participativo de las reformas y la forma autoritaria y burocrática del poder que les dio forma y las hizo posible<sup>414</sup>. Probable también sea que observadores más escépticos vieran en ello intenciones más de índole institucional: ¿Quizás mayores presupuestos militares, un mayor prestigio y la adquisición de mayores y mejores armas? ¿quién sabe? Aunque si no fuéramos tan escépticos diríamos que el General Velasco tenía importantes planes para el futuro, quizás algo que implicara a sus vecinos.

\*\*\*



---

<sup>414</sup> Véase en Inés NERCESIAN: *Op. Cit.*, p. 26.

### CAPÍTULO III: TANTEANDO LAS GARRAS DEL OSO

#### I. Dime con quién andas y te diré quién eres

El Gobierno Provisorio mantendrá todos los compromisos internacionales y en cumplimiento del pacto suscrito en Bogotá, eliminará todo brote comunista y totalitario para preservar al Perú y a la América de los peligros que se derivan de esas doctrinas disolventes que predicán el odio de clases y que tienen el desorden y la agitación como método<sup>415</sup>.

Era con estas palabras que Manuel Odría, un 27 de octubre de 1948, explicaba a los ciudadanos peruanos las razones por las cuales los militares habían intervenido en el Perú; sin embargo, como lo diría Alcalde Cardoza y Romero Sommer, aquel discurso no solo tenía implicaciones domésticas, sino también aplicarían en lo externo, pues, en menos de tres meses antes, el 24 de junio, había tenido lugar el bloqueo de Berlín en Alemania: una de las primeras confrontaciones de la naciente Guerra Fría. De esta manera, el nuevo presidente peruano dejaba ver su alineamiento y, obviamente, estaba del lado de los Estados Unidos.

Fue así como Odría decide enviar de inmediato de Humberto Fernández Dávila como su hombre de confianza a hacerse cargo de los negocios con Washington para ‘acelerar la declaración del gobierno americano de que continuara sus relaciones con la Junta Militar’<sup>416</sup>, además de explicar la situación política del Perú que llevó a la intervención de los militares y el establecimiento de la Junta, cuyos miembros, destacados entre las Fuerzas Armadas, aún guardaban fuertes vínculos con Norteamérica y abrigaban sentimientos amistosos de colaboración con dicha nación. Sumada a las acciones anticomunistas, las gestiones de Fernández Dávila fueron un completo éxito y los Estados Unidos reconocieron al nuevo gobierno a fines de noviembre. Se inició así una mutua y beneficiosa relación entre el Perú y el gran vecino del norte, pero, como suele suceder, parecía que el entusiasmo venía más del primero que del segundo.

Y para demostrar ese entusiasmo más aún, y como mecanismo para acercarse a los Estados Unidos, Odría mostró al Perú como baluarte de la lucha contra el comunismo. Y para ello fue necesario llevar a cabo acciones de carácter interno para dar sustento a su discurso anticomunista: el Partido Comunista fue rápidamente proscrito y cualquier actividad comunista fue declarada ilegal. De tal manera, “los intereses internos se habían alineado con los de la política exterior”<sup>417</sup>. Algo que también se encargó de demostrar en cada foro internacional, como lo hizo por el caso guatemalteco en 1954, cuando el gobierno de Odría condenó públicamente al gobierno de Jacobo Arbenz por su supuesta orientación comunista. Está demás decir que Manuel Odría no estableció relaciones con la Unión Soviética.

---

<sup>415</sup> Mensaje a la Nación del Jefe del Movimiento Revolucionario, General de Brigada Manuel A. Odría, Arequipa, 27 de octubre de 1948, p. 4.

<sup>416</sup> Citado por Javier ALCALDE CARDOZA; Gonzalo ROMERO SOMMER: *Alineamiento y desafío. La política exterior peruana en los gobiernos de Odría y Velasco*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2014, p. 33.

<sup>417</sup> *Ibidem*, p. 36.

Como hemos dicho, al mismo tiempo que el Perú fortalecía sus relaciones con Washington, la economía peruana tomaba una fuerte orientación hacia la economía liberal, lo que, a su vez, fortalecía los vínculos con Estados Unidos. Algo así como un eterno círculo vicioso. Fuese como fuese, Odría consideraba que el libre comercio y la promoción de las exportaciones de materias primas en la única manera en que se podía reactivar la economía peruana. En efecto, así fue, pues la inversión norteamericana se disparó durante su gobierno y llegó a niveles que no se habían visto desde los días de la dictadura de Leguía.

Y si bien se aplaudía la práctica del libre comercio del Perú, ésta no podía ni debía extenderse a todos los países, al menos así lo consideraba los Estados Unidos cuando, en 1951, le comunicaban que muchas de las materias primas producidas allí eran de importancia estratégica y esenciales para la defensa del mundo libre. Por ello, ‘en interés de la seguridad mutua se sugiere que el gobierno del Perú considere a la conveniencia de imponer tan pronto como sea posible, controles’<sup>418</sup>. Así, de acuerdo a los intereses norteamericano y algo de iniciativa propia, en 1953 suspendían las relaciones comerciales con el bloque comunista. Pero no todo podía ser color de rosa; de hecho, las buenas relaciones no impidieron que Odría se uniera a Chile y Ecuador para proclamar la soberanía de las doscientas millas, incluso cuando el gobierno norteamericano se mostró en completo desacuerdo.

Aun así, los norteamericanos estaban seguros de que Odría ‘nos seguiría en prácticamente todo lo que preongamos con respecto a asuntos militares sobre la defensa del continente’<sup>419</sup>. Odría llevó este afán más lejos, al punto que en 1952 sugirió a los estadounidenses que un oficial de la Fuerza Aérea peruana. Hasta los americanos se mostraron sorprendidos ante la sugerencia, por lo que rechazarían la petición argumentando que, además de ir en contra la Constitución norteamericana, provocaría fricción entre el alto mando militar peruano.

De tal manera, el Perú de Odría mantuvo exitosas relaciones con el coloso norteamericano, lo cual fue mutuamente beneficioso, no solo en ámbitos comerciales, sino también para el régimen, pues gracias a ello el gobierno de facto logró reconocimiento internacional y pudo sacar del ring a su principal ring: el Partido Aprista. Pero ello le significó estar bajo los vaivenes de la política exterior de Washington, aunque esto poco le importaba, salvo para unas contadas ocasiones en que los países latinoamericanos dejaron sus diferencias de lado para defender su soberanía; sin embargo, la mayoría del tiempo Perú siguió y buscó la venia de los hijos de Albión.

Con el regreso de Manuel Prado a la presidencia en 1956 parecía que la cuestión que la cambiaría un tanto, dado que, si bien en la Segunda Guerra el Perú apoyaba activamente a los Aliados, lo hacía más por su simpatía hacia Francia y Gran Bretaña. De hecho, en su segundo gobierno, Prado mostró preocupación por la alta dependencia hacia los Estados Unidos y planteó la necesidad de diversificar las relaciones diplomáticas acercándose a sus antiguos aliados. La llamada Doctrina Prado significaba tomar mayor contacto con los países europeos y alejarse tanto de los norteamericanos, más cuando de éstos últimos aún estaba vivo el recuerdo del apoyo a Odría y su posición contraria a las doscientas millas. Pero ¿ello significó un acercamiento a la URSS?

Un “no” rotundo es lo que mejor aclara la posición de Prado al respecto, así lo dejaba en claro en su segundo Mensaje presidencial:

---

<sup>418</sup> Ibidem, p. 43.

<sup>419</sup> Ibidem, p. 50.

Sin perjuicio de esta profesión de fe universalista, propia de su origen y cultura históricos, sino como natural consecuencia de ella, nuestro país considera su destino irrevocablemente vinculado a la causa de la civilización occidental. Al respecto no caben equívocos ni reservas. El Perú es una democracia pacífica, pero no neutralista. Entendemos que nuestro papel, y el de las demás naciones latinoamericanas, debe cumplirse previo conocimiento de causa en asuntos que vitalmente las afectan<sup>420</sup>.

Incluso más adelante afirmaba: “el Gobierno del Perú cooperará decididamente a que la revisión del interamericanismo se logre en la forma más satisfactoria posible y no sea quebrantada por las maniobras comunistas”<sup>421</sup>. El Perú aún estaba amarrado a su viejo y confiable aliado norteamericano, más cuando la famosa Doctrina Prado jamás pasó de lo teórico, pues, a pesar de las constantes declaraciones peruanas, el país del Rímac seguía dependiendo de la antigua colonia inglesa para armamento y capital. El Perú podía patalear y sollozar cuanto quisiera, pero seguiría dependiendo de los Estados Unidos.

Tras el interregno que supuso el golpe de Estado de 1962, la llegada al poder de Belaúnde Terry significó un deterioro respecto a las relaciones con Norteamérica, en gran parte debido a la compleja situación de la IPC, y la posterior crisis de los aviones Mirage. Aunque no por ello se procedió a una diversificación de las relaciones internacionales del Perú. Muy por el contrario, Belaúnde consideraba necesario contar con el apoyo estadounidense, más cuando la coyuntura mundial era más que favorable para estas instancias, dado que era la década de la Alianza para el Progreso, muy beneficiosa para el Perú, al menos así lo diría en el mensaje presidencial de 1964: “Gobierno ha tenido la satisfacción de otorgar ya el contrato para la construcción del primer tramo de esta carretera continental, en el valle del Huallaga, disfrutando de amplio apoyo crediticio internacional y del comprensivo respaldo de la Alianza para el Progreso”<sup>422</sup>. Y es que Belaúnde, desde un comienzo, había insistido que “El Perú se ha mantenido y se mantendrá dentro del ámbito que le corresponde en el mundo occidental y cristiano, con un profundo sentido de cohesión y solidaridad hemisférica”<sup>423</sup>.

Y es que el nuevo Gobierno Peruano parecía ser un buen modelo para la Alianza, tal como lo habían sido el gobierno de Eduardo Frei Montalva en Chile y de Carlos Lleras Restrepo en Colombia; incluso el mismo Belaúnde parecía encarnar todos valores esenciales para los intereses norteamericanos: “lo suficientemente progresista como para detener el comunismo, pero no tan radical como para acercarse a este”<sup>424</sup>. No obstante, aquel tanteo peruano con la Alianza, y sus cuantiosos réditos, fueron efímeros, pues acabaron por ser enterrados por la disputa sobre la IPC, una disputa que, según la opinión pública, debía ser favorable al Perú. En cambio, los norteamericanos seguían la lógica que cualquier acción negativa contra una compañía norteamericana significaba un peligroso precedente, especialmente en el nebuloso contexto que la Guerra Fría ponía por delante.

---

<sup>420</sup> Mensaje del Presidente Constitucional del Perú, Doctor Manuel Prado y Ugarte, al Congreso Nacional, el 28 de julio de 1958, p. 1.

<sup>421</sup> Ibidem, p. 2.

<sup>422</sup> Mensaje del Presidente Constitucional del Perú, Arquitecto Fernando Belaúnde Terry, ante el Congreso Nacional, el 28 de julio de 1964, p. 5.

<sup>423</sup> Idem.

<sup>424</sup> Javier ALCALDE CARDOZA; Gonzalo ROMERO SOMMER: *Alineamiento y desafío*, p. 61.

Pero no todo era tan malo, al menos en apariencia, ya que durante los años de Kennedy, los Estados Unidos vincularon la ayuda al Perú con los avances favorables en el caso de la IPC, para así lograr una conclusión adecuada a los intereses de la compañía; sin embargo, el Gobierno Peruano no se percató de la política estadounidense, incluso llegó a presumir de que Washington apoyaría Belaúnde en vez que a la compañía. Solo tras la muerte de Kennedy, la embajada del Perú en los Estados Unidos cayó en cuenta de la posición de Washington. Fue así como durante los cinco años restantes cada una de las partes negociarían bajo presión y con muy poco éxito, más cuando la ayuda económica y militar norteamericana había sido suspendida por la compra de material de guerra moderno a los países europeos, algo que no agradó para nada al principal abastecedor de armas de América Latina. Aquello fue un elemento determinante en las relaciones que mantendría el Gobierno de Velasco frente a los Estados Unidos.

Es interesante que los gobiernos europeos no tardaron mucho en reconocer al nuevo Gobierno Peruano. La reticencia vino desde los mismos gobiernos americanos; es más, la iniciativa en cuanto a la cautela la tomó, como no podía ser de otra forma considerando las medidas del Gobierno Revolucionario, los Estados Unidos. Si Chile demoró ocho días en reanudar las relaciones, la Casa Blanca tardó tres semanas en hacerlo, pero incluso este gesto no significó que las presiones contra el Perú terminasen sin más, sino que la ayuda militar y económica siguió suspendida, sujeta a “revisión”<sup>425</sup>, dado que, como diría Richard Weber en 1972 refiriéndose al Perú: “No le reconoceremos derechos absolutos para recibir asistencia destinada al desarrollo y no tenemos ninguna obligación de proporcionarla”<sup>426</sup>.

Por ejemplo, el gobierno de Caracas reafirmaba la entrada en vigencia de la Doctrina Betancourt, de no reconocimiento a los gobiernos de facto. Declaraban: “No importa que nos quedemos solos, pero no reconoceremos los gobiernos de facto nacidos en el continente por intermedio de un golpe”. Por su parte, el gobierno ecuatoriano mostraba su adhesión “a los irrenunciables principios de la democracia representativa”<sup>427</sup>. Estos impases quedarían en el pasado y el Perú lograría ganarse la confianza de América Latina, el problema, en cambio, venía desde el norte.

Los resquemores de los Estados Unidos no venían tanto de la tendencia misma del gobierno, incluso poco le importaba lo que ganase o perdiese una de las cuantas subsidiarias de la Standard Oil; sin embargo, el gobierno norteamericano ponía todo su empeño en defender a la IPC, a costa de perder la “amistad” con el Perú y ver cómo se deteriorasen sus relaciones con el resto del continente. No era el factor económico lo que llevaba al Pentágono a tomar esta airada actitud contra el gobierno de Velasco, tampoco es su honor como nación, sino que pasaba derechamente por sus intereses políticos. Y es que ceder ante las pretensiones peruanas significaría sentar un precedente ante los demás países el mundo, especialmente en los de América Latina. Intereses políticos que se han visto mermados tras la Guerra de Corea y la Guerra de Vietnam, sin mencionar su desastroso intento de echar por tierra a la Revolución Cubana, por lo que, a menos que se pagase una compensación acorde, los Estados Unidos mantendrían toda ayuda suspendida, aunque los dichos de Velasco no hacían más que enturbiar las aguas:

---

<sup>425</sup> Víctor VILLANUEVA: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, p. 197.

<sup>426</sup> *El Mercurio*, 15 de junio de 1972, p. 21.

<sup>427</sup> *El Mercurio*, 10 de octubre de 1969, p. 12.

El Perú, como país soberano y libre, no acierta a comprender, no podría aceptar, que una nación poderosa que guía los destinos del mundo occidental pretenda aplicar sus leyes fuera de su territorio; y, lo que es más grave, amparar con ellas los intereses de una empresa que manifiestamente actúa al margen de las leyes peruanas y de la moral y que procede con prepotencia, sin importarle ni la dignidad ni la soberanía de nuestro país<sup>428</sup>.

Bien decía Carlos Jorquera Tolosa que el Perú pasaba por ser un “mal ejemplo” para las demás naciones americanas:

El próximo año habrá elecciones presidenciales en Chile y si Velasco puede nacionalizar una riqueza tan importante como el petróleo, sin que por ello le ocurra nada malo -y, por el contrario, se atrae el apoyo de la gran mayoría del país- ¿con qué cara un candidato “progresista” a La Monera podría proponer una medida tan tibia como “la chilenezación” del cobre? Si los peruanos ubican el problema en la nacionalización y lo solucionan, resultará muy difícil que un candidato popular presente esta medida como “impracticable”/Es por eso que en los Estados Unidos resuenan airadas voces reclamando contra Perú una medida “ejemplificadora”<sup>429</sup>.

Y a pesar de que las problemáticas peruano-estadounidenses respecto a la problemática de la IPC se resolvió con el convenio De la Flor-Greene en 1973, las relaciones entre ambos actores estaban algo más que resentidas, más tomando en cuenta las “amistades” que el gobierno de Velasco formaría más adelante. En simples palabras, y como lo diría Hal Brands, “La política exterior del Perú durante Velasco Alvarado proporciona un claro ejemplo de cómo una nación comparativamente débil puede navegar con éxito en una confrontación con un oponente enormemente superior”<sup>430</sup>. De forma obvia, la Casa Blanca no se quedaría de brazos cruzados; sin embargo, a pesar de todas las tentativas y amenazas económicas, debió esperar hasta el cambio de gobierno para recuperar algo de su antigua influencia.

Ahora bien, ¿cómo entender esta postura que tomó el Perú frente a las demás naciones del globo? De partida, y como vimos al momento en que Velasco asciende al poder, caemos en cuenta que los militares no llegaron simplemente a deshacer el entuerto que Belaúnde armó para después sentarse a administrar el país como lo hacían de vez en cuando (o más bien cada vez que daban un golpe de Estado), sino que su propósito pasaba por ser algo mucho más complejo y profundo, una revolución nacionalista y antiimperialista en lo interno como en lo externo. El plan trasado por el gobierno de Velasco había trazado una línea a seguir bastante clara: de partida, se declaraba el total rechazo de la actitud servil hacia los Estados Unidos, una cuestión que había imperado durante todos los gobiernos anteriores, priorizando más una actitud conciliadora hacia todos aquellos países con los que se compartía historia y un destino, los países latinoamericanos y también aquellos

---

<sup>428</sup> Mensaje a la nación anunciando el cobro de adeudos a la International Petroleum Company, 6 de febrero de 1969. En Juan VELASCO ALVARADO: *Op. Cit.*, pp. 27-28.

<sup>429</sup> Carlos JORQUERA TOLOSA: *Op. Cit.*, p. 10.

<sup>430</sup> Citado por ALCALDE CARDOZA; Gonzalo ROMERO SOMMER: “La política exterior del Gobierno Revolucionario Peruano y los cambios en el orden internacional, 1968-1975”, en *Agenda Internacional*, Año XXV, n°36, 2018, p. 263.

pertenecientes al Tercer Mundo. Pero, a diferencia de Prado y Belaúnde, el gobierno de Velasco pasó rápidamente a los hechos.

La orientación hacia el Tercer Mundo se llegó a materializar con el ingreso al Movimiento de Países No Alineados, primero como observador en la conferencia de Lusaka (1970) y luego como miembro pleno en la conferencia de Argel (1973). Llegó a participar en el Grupo de los 77, acogiendo una asamblea en 1971 y asistiendo a la III UNCTAD de Santiago de Chile en 1972. También abogó directamente en la reformulación del sistema interamericano, por lo que no fue extraño que defendiera, casi con garras y dientes, la readmisión de Cuba en la OEA, así como la necesidad de tolerancia de la pluralidad ideológica en el organismo. En simples palabras, el gobierno de Velasco aceptaba al socialismo como un sistema político válido para América Latina, cosa que no gustaba para nada a los Estados Unidos. Tampoco gustó que se considerara la reubicación de la sede de tal institución, de Washington a un país latinoamericano, con tal de reducir la influencia norteamericana en los asuntos de sus vecinos sureños. También apoyó activamente la nacionalización del Canal de Panamá que promulgaba el presidente Torrijos. Sin embargo, la principal medida vino en la creación del Grupo Andino en 1969.

Pero, ¿por qué se da este insistente viraje hacia el Tercer Mundo? Germán Alburquerque establece que son al menos cuatro los puntos que lo explican: el primero de ellos es la necesidad de establecer una coherencia entre lo exterior y exterior, y es que un país revolucionario como el Perú, que dejase de lado las antiguas ataduras solo tenía un destino lógico y ese no era otro que el Tercer Mundo; el segundo era lo concerniente a lo económico, pues se argumentaba que “el Perú cree que el no alineamiento, no debe limitar su interés a los asuntos puramente políticos, sino que debe atender a los económicos y sociales”, así lo hacía saber Mercado Jarrín; el tercero era la búsqueda del liderazgo latinoamericano, pues el nuevo Gobierno Peruano no solo giró hacia el Tercer Mundo sino que también quiso tomar sus rindes y asó motivar a sus homólogos americanos; y, finalmente, se buscaba establecer algo así como un “Poderío de los pobres” en cuanto a la necesidad de que los países exportadores de materias primas uniesen esfuerzos<sup>431</sup>. Es más, gracias a esta coherencia exterior-interior, y a las aceleradas reformas, el respaldo técnico y el desarrollo nacionalista e incluso, Perú pasaría a ser un foco de atención de América Latina y el Tercer Mundo, casi como un ejemplo a seguir. De ahí que autores como Alcalde Cardoza y Gonzalo Romero Sommer sostengan que “en poco tiempo el llamado ‘modelo peruano’ se convierte en una suerte de alternativa progresista al ‘modelo brasileño’ de gobierno militar, excluyente y por entonces completamente alineado con EE.UU.”<sup>432</sup>.

Pero, así como un navío en aguas turbulentas no se deja llevar por la corriente, sino que hay un capitán tras el timón, las relaciones exteriores del Perú tenían una dirección y alguien que le imprimía un rumbo fijo. En este caso, nos referimos a Edgardo Mercado Jarrín, quien fuera uno de los mayores ideólogos del régimen de Velasco, canciller y después ministro. De hecho, su visión de la política exterior se basaba en teoría de los tres anillos concéntricos: uno entorno a la solidaridad de los países vecinos: el segundo respecto a la solidaridad de América Latina en su conjunto; y el apoyo del Tercer Mundo. También percibió que el conflicto Este-Oeste dejaba paso al conflicto Norte-Sur, donde el centro

---

<sup>431</sup> Germán ALBURQUERQUE: “No Alineamiento, Tercermundismo y Seguridad en Perú: la Política Exterior del Gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1980)”, en *América Latina Hoy*, n°75, 2017, pp. 158-160.

<sup>432</sup> ALCALDE CARDOZA; Gonzalo ROMERO SOMMER: “La política exterior del Gobierno Revolucionario Peruano y los cambios en el orden internacional, 1968-1975”, p. 282.

industrializado en enfrentaba a la periferia subdesarrollada, lo cual afectaba directamente a países tercermundistas como el Perú o América Latina en general. Por ello mismo, la importancia que daba al concepto de seguridad fue esencial, más cuando dejaba de percibirlo como algo netamente bélico, tal como lo hacían las naciones más poderosas, sino que aquí también aplicaba la noción de seguridad respecto a lo económico. Evidentemente, esto conllevó a una forma de resistencia a toda forma de presión y medidas respecto a la soberanía sobre los recursos nacionales, así como la capacidad financiera y tecnológica<sup>433</sup>. Ello, por supuesto, también significaba hacer nuevos “amigos”.

Es gracias a esta lógica que Perú no tiembla al momento de establecer activas relaciones con países del socialismo duro como China, la Unión Soviética y, especialmente Cuba. Como lo ha mencionado Germán Alburquerque, existe un consenso al momento de explicar la política peruana hacia el bloque socialista, y es que la política exterior estaba condicionada por las transformaciones internas. En efecto, el nacionalismo económico y la defensa de la soberanía sobre los recursos naturales, elemento esencial de la política interna de Velasco, requería de una política externa que brindara el respaldo necesario ante la más que probable reticencia estadounidense a las medidas que adoptaría el Régimen, partiendo de las mismas expropiaciones. Así, para paliar el aislamiento que Estados Unidos podría promover, los vínculos con los nuevos socios del bloque socialistas y no alineados eran cartas bajo la manga<sup>434</sup>.

Pero antes de llegar a establecer lazos comerciales, era menester el entablar lazos diplomáticos y, en efecto, aquello fue lo que hizo el Perú. Quizás el socio más importante en este aspecto fue la Unión Soviética. En efecto, ambas naciones restablecieron sus relaciones diplomáticas formales un 1 de febrero de 1969 y mostraron sus frutos al instante, pues ese mismo año firmaron un acuerdo que otorgaba un crédito de unos 30 millones de dólares para maquinaria y equipo<sup>435</sup>. Las primeras acciones de los rusos incluyeron también una misión económica que prometió ayuda financiera y técnica, esta última importante en demasía para la nueva industria petrolera. Obviamente, estas acciones reflejan un intento de establecer un foco de influencia en la región:

Los lazos soviéticos con el Perú, los cuales comenzaron en 1969, eran parte de una estrategia global soviética. Como gran potencia, la URSS deseaba relaciones funcionales alrededor del mundo por razones de prestigio, comercio y alianzas [...] El aeropuerto de Lima se convirtió en el principal punto de acceso para la línea Aeroflot. Los funcionarios soviéticos podían viajar desde el Perú a países vecinos. La URSS necesitaba también puertos para sus barcos, para efectos de carga, pesca y exportación<sup>436</sup>.

Como era esperable, a continuación del restablecimiento de las relaciones con la URSS, le siguieron los acuerdos entablados con los países europeos miembros del CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica de Europa del este). Fue así que se produjo un acercamiento entre Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania ya la República Democrática Alemana con el Perú, incluso el comercio con aquellas naciones incrementó de

---

<sup>433</sup> Germán ALBURQUERQUE: *Op. Cit.*, p. 161.

<sup>434</sup> *Ibidem*, p. 154.

<sup>435</sup> Rubén BERRIOS: “Relaciones de Comercio y Cooperación económica entre América Latina y el CAME: Los casos de Perú y Nicaragua”, en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Vol. 2, n°15, 1989, p. 40.

<sup>436</sup> Javier ALCALDE CARDOZA; Gonzalo ROMERO SOMMER: *Alineamiento y desafío*, p. 80.

59 millones (1969) hasta alcanzar los 300 millones de dólares en 1975. Aunque el incremento se dejaría notar con más fuerza con la llegada de Morales Bermúdez al poder<sup>437</sup>. Estos acuerdos bilaterales entre el Perú y los demás países del CAME fueron desde el comercio, la asistencia económica, pasando por créditos y llegando hasta los intercambios.

En el ámbito comercial, una cantidad considerable de líneas de créditos fueron recibidas para importar maquinaria y equipo mientras que se exportaba harina de pescado, minerales, algodón y otros productos tradicionales. También fueron otorgados para impulsar proyectos de infraestructura y desarrollo. Incluso para mantener a los peruanos interesados en los productos del CAME, entre 1969-1973 se le concedieron 204 millones de dólares en líneas de créditos. Por otro lado, los soviéticos participaron activamente en la construcción de un complejo pesquero de Paita, también colaboraron en la construcción de la primera fase del proyecto hidroeléctrico y de irrigación de Olmos en la costa norte del Perú.

La posición nacionalista del régimen militar peruano fue algo que agradó mucho a los soviéticos y a las naciones de europeas del este, más cuando las discusiones con los norteamericanos se hallaban en un punto “caliente”, algo que sabrían aprovechar muy bien. Claro, como era obvio, las relaciones con los países socialistas se desarrollaban al tiempo que se distanciaban con Washington, cuestión que, al mismo tiempo, la Unión Soviética parecía alentar con el discurso antiimperialista peruano y así disminuir la influencia de los Estados Unidos en la región. Después de todo, como hemos dicho, todo valía al momento de debilitar al otro.

En esta dinámica, Cuba fue el as bajo la manga. Aunque fue un hecho que no agradó mucho a algunos sectores militares peruanos más apegados a las ideas tradicionales, Cuba apoyó abiertamente los planteamientos dados por Perú a nivel externo e, inclusive, internos. Pero, como rezaba el viejo adagio, se debe caminar tranquilo por las piedras, y eso precisamente es lo que hizo la isla caribeña. De partida, tanteó el terreno y posteriormente dio los primeros avances. Tampoco es que Cuba actuara por solidaridad con el Perú, sino que buscaba romper el aislamiento con América Latina. Por su parte, el Perú buscaba romper el anquilosado ambiente que imperaba en América desde décadas atrás, al menos así lo estimaba el Ministro de Relaciones exteriores en el año de 1972 Miguel Ángel de la Flor Valle: “la división que se impuso al mundo desde la segunda guerra mundial comienza a ser superada... Los países del continente tenemos también que trabajar por este nuevo mundo que se avecina”<sup>438</sup>.

Los esfuerzos cubanos no cayeron en saco roto ni sus palabras en oídos sordos, pues en el 9 de julio de 1972 ambas naciones reestablecían sus relaciones. Así, se concretaba lo que la CIA más temía:

*Cuba plays a central role in soviet relations with Latin America not only as a dependent client serving Moscow's interest but also as an independent actor influencing Soviet policies and tactics. Fidel Castro's vigorous support of Nicaraguan revolutionaries, for example, was originally a Cuban initiative and had marked impact on Soviet attitudes and policy toward the region. [...] Moscow undoubtedly sees potential opportunities for the left in Colombia, the Dominican Republic, and Chile.*

---

<sup>437</sup> Rubén BERRIOS: *Op. Cit.*, p. 40.

<sup>438</sup> *El Mercurio*, 26 de mayo de 1972, p. 12.

*In Argentina, Brazil, Mexico, and Peru, Moscow's policy has aimed largely at cultivating positive state-to-state relations. This approach has emphasized trade expansion and -in some cases- readiness to sell military hardware. Although these efforts have not usually been translated into increased Soviet influence, they have given some Latin American countries additional opportunities to assert their independence of the United States. By building on bilateral ties, the URSS also seeks to achieve specific economic objectives and hopes to gain broader political support for its policy initiatives in the hemisphere and elsewhere in the world<sup>439</sup>.*

Desde aquel preciso instante, ambos países inauguraron un proceso de amistad y colaboración política, el cual es utilizado por el Perú como vía de enlace hacia la Unión Soviética, a fin de obtener material de carácter bélico. Bien lo decía la Revista *Qué Pasa* cuando sostenía: “La única razón hasta el momento en vista es que Cuba tiene para el gobierno una importancia superior a lo inmediatamente visible”. Se temía que “a través de Cuba, la URSS ha abastecido al Perú de material militar en abundancia”. Se especulaba que este flujo bélico era de tales magnitudes que incluso se había habilitado para él un puerto exclusivo, Matarani, que además se modernizó y cerró totalmente al comercio. El artículo finalizaba con una frase pesimista: “Sea como sea, esta amistad con la diplomacia cubana puede convertirse en un grave riesgo... para el Perú”<sup>440</sup>, y, ¿por qué no? También para sus vecinos. Pero, más allá de los intereses de cada una de las partes, ambos firmaron acuerdos de nivel económico, de colaboración conjunta, abarcando el sector agrícola, ganadero, minero, educativo, pesquero, etc. Como lo dice Guido Pennano:

Fue específicamente dentro del sector pesca en donde se llegaron a concretar, en forma clara y específica esas intenciones de colaboración que siempre se mencionaron en los distintos discursos de bienvenida o despedida de la casi interminable lista de visitas que las diversas y variadas delegaciones, tanto peruanas como cubanas, realizaron en esa época<sup>441</sup>.

Los entendimientos y muestras de apoyo mutuo entre el Perú y el Bloque Socialista no se hizo esperar. Esto quedó de manifiesto en pequeñas muestras de apoyo, tal como se

---

<sup>439</sup> “Cuba desempeña un papel central en las relaciones soviéticas con América Latina, no solo como un cliente dependiente al servicio de los intereses de Moscú, sino también como un actor independiente que influye en las políticas y tácticas soviéticas. El vigoroso apoyo de Fidel Castro a los revolucionarios nicaragüenses, por ejemplo, fue originalmente una iniciativa cubana y tuvo un marcado impacto en las actitudes y políticas soviéticas hacia la región. / [...] Moscú, sin duda, ve oportunidades potenciales para la izquierda en Colombia, República Dominicana y Chile. / En Argentina, Brasil, México y Perú, la política de Moscú se ha dirigido principalmente a cultivar relaciones positivas de Estado a Estado. Este enfoque ha enfatizado la expansión del comercio y, en algunos casos, la disponibilidad para vender equipo militar. Aunque estos esfuerzos no se han traducido generalmente en una mayor influencia soviética, han dado a algunos países latinoamericanos oportunidades adicionales para afirmar su independencia de los Estados Unidos. Al basarse en los lazos bilaterales, la URSS también busca alcanzar objetivos económicos específicos y espera obtener un apoyo político más amplio para sus iniciativas políticas en el hemisferio y en otras partes del mundo”. CIA: *Soviet Policies and Activities in Latin America and the Caribbean*, Historical Review Program of the Central Intelligence Agency, 1982, pp. 1-2.

<sup>440</sup> *Qué Pasa*, n°190, 12 de diciembre de 1974, pp. 10-11.

<sup>441</sup> Juan VELIT GRANDA: “Política exterior del Perú durante el gobierno militar”, en *Agenda Internacional*, Vol. 2, n°5, 1995, p. 58.

vio con la llegada de la primera cosmonauta soviética, Valentina Tereshkova, a Lima y su posterior visita al Cuzco en la que sostuvo que “los soviéticos siguen con profundo interés la marcha de la revolución peruana”<sup>442</sup>. Los lazos de Cuba y Perú también quedaron demostrados en el saludo que Fidel Castro dedicó al país andino: “podemos decir: te saludamos, hermano Perú, territorio libre en América”. Ello ante la llegada del general Morales Bermúdez y la presencia de tropas cubanas<sup>443</sup>. Incluso, años después, Mercado Jarrín recordaría la gratitud de estos países mostrarían ante la posición peruana:

Cuba, en la plaza Martí me rindió un batallón. Y estando en retiro, me recibió en China Popular [...] el propio Chou En Lai, el ministro en plena plaza Tienanmen, y en el palacio me recibió el presidente [...] Hua Quo Fen, quien no recibiría a nadie<sup>444</sup>.

Pero el meollo del asunto estaba en otro lugar, pues, tras los abrazos y discursos de compañerismos, los cuales nadie niega que pudieron ser genuinos, había objetivos en juego. Unos objetivos que guiaron la política exterior peruana: el primero de ellos fue se logró dinamizar la economía peruana, escapando de las cuatro paredes que los Estados Unidos habían condicionado para sus exportaciones, logrando llegar a mercados que antes no había imaginado; mientras que en segundo lugar, y más importante aún, pudo consolidar un gran flujo de importaciones provenientes de la Unión Soviética, los cuales correspondían, en su mayoría, a equipos militares modernos, rompiendo así la dependencia que el Perú había tendido en cuanto al armamento militar americano desde la Segunda Guerra Mundial.

Parecía que todo conspiraba con la idea de que los militares peruanos estrenasen sus nuevos “juguetes” fuera del Campo de Marte.

\*\*\*

## II. Una Revolución con sabor a empanadas y vino tinto

*Toda opinión nueva levanta sospechas, por lo que, normalmente, se condena sin otro motivo que el de no ser aún una opinión común*  
(John Locke. *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*)

La década de los setenta en Chile es una cuestión compleja y nada simple de escudriñar, pues, viendo en retrospectiva, miles y miles de pequeños hilos se entrecruzaban para confluir en un solo hecho, en un solo país y en una sola persona. Siendo así el escenario, la década de los 70 supuso un duro golpe para Frei, pues las percepciones sobre su gobierno eran mezcladas. Por un lado, hubo un buen desempeño durante los primeros tres años de gobierno, aumentando el crecimiento económico y reducido enormemente la inflación; sin embargo, comenzaron a resurgir aquellas ambiciones frustradas sobre la participación política<sup>445</sup>.

En lo social la cuestión era más preocupante para los gobiernos. Bien nos decía Sofía Correa que una oleada revolucionaria originada en Europa y los Estados Unidos golpeó

---

<sup>442</sup> *El Mercurio*, 23 de marzo de 1974, p. 33.

<sup>443</sup> *El Mercurio*, 27 de noviembre de 1974, p. 34.

<sup>444</sup> Javier ALCALDE CARDOZA; Gonzalo ROMERO SOMMER: *Alineamiento y desafío*, p. 88.

<sup>445</sup> Felipe LARRAÍN; Patricio MELLER: “La Experiencia Socialista-Populista Chilena: La Unidad Popular, 1970-73”, en *Cuadernos de Economía*, Año 27, n°82, 1990, p. 321.

Chile, y para 1965 se mostró como un torbellino de agitación. La sucesión de hechos a finales del gobierno de Frei se volvió cada vez más vertiginosa: movilizaciones promovidas por los sectores jóvenes de la sociedad, los partidos políticos, la prensa, los sacerdotes e, incluso, el mismo gobierno, desembocaron en un proceso en que, por cada lado, por cada esquina o calle se gritaban consignas a favor de un cambio más revolucionario para el estancado estado en que yacía Chile<sup>446</sup>. Por su parte, las movilizaciones, las huelgas, las manifestaciones callejeras, la militancia activa tanto en partidos como sindicatos conllevaron a una radicalización de los extremos. La Revolución en Libertad había agitado las aguas en un mar enorme, aunque esto solo era el comienzo, y razones no les faltaban.

Los primeros síntomas de decaimiento aparecieron un año antes de que el Perú siguiese la senda más radical hacia el reformismo nacionalista, pues en 1967 el ritmo inflacionario había alcanzado el 19%, en 1968 un 28%, en 1969 a un 32% y, finalmente, en 1970 llegó a un desalentador 34%<sup>447</sup>. A ello se le sumó la desaceleración del crecimiento industrial en un 7.3% en la primera mitad de la década a un 3.6% en su segunda mitad, ello iba con la incorporación de vastos sectores de la población a la actividad política, la cual superó por mucho a las modalidades del accionar partidista. Otrora una actividad acotada a la negociación y el acuerdo de las élites parlamentarias, ahora pasaba más por ser un enfrentamiento directo, más campal, al punto que el Congreso mismo no iba más allá de un mero adorno, pues todo el protagonismo y prestigio de antaño había sido reemplazado. Así, a pesar del optimismo inicial que acompañó al gobierno del demócrata cristiano, las huelgas, las marchas y las protestas decían a viva voz que aquello no era suficiente.

Convulsión era la palabra que mejor describía la situación de Chile en 1970, más cuando la elección presidencial de septiembre había inducido a una polarización partidista, lo que vino a converger con el agitado clima social. Esta explosiva mescolanza dio como resultado un incremento de los niveles de belicosidad, algo en que ningún partido pudo verse ajeno. Nuevamente citando a Sofía Correa, “el desenfreno fue la marca distintiva de los últimos años de la década de 1960, presagiando las convulsiones que acompañarían a la elección presidencial de 1970 y al desenvolvimiento posterior del gobierno popular”<sup>448</sup>.

Por aquel entonces la disputa por el sillón presidencial se hallaba dividida en tres bandos: el Partido Nacional que apoyaba la candidatura de Jorge Alessandri Rodríguez, aunque este último mostraba su candidatura con un fuerte sello antipartidista, técnico y pragmático; le seguía la candidatura de Radomiro Tomic, candidato por la Democracia Cristiana y el cual buscaba una profundización de las reformas llevadas a cabo durante el gobierno de Frei; y finalmente estaba la candidatura de Salvador Allende que levantaba las banderas de la Unidad Popular (UP), y que si bien su programa no difería en demasía del propuesto por el demócrata cristiano, si llegó a situarse en la esfera socialista en el marco internacional de la Guerra Fría. Desde una postura más confrontacional con los Estados Unidos hasta la nacionalización de las riquezas básicas eran las consignas que la Unidad Popular esgrimía, ahora lo novedoso no recaía en el tinte de las reformas, pues dos años antes Perú ya las llevaba a cabo con éxito, sino que recaía enteramente en el medio por el cual lograrlas. A diferencia de los militares peruanos que iniciaron todo el proceso con el rugir del motor de los tanques, Allende, en cambio, no procuró una toma del poder mediante

---

<sup>446</sup> AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001, p. 253.

<sup>447</sup> *Ibidem*, p. 254.

<sup>448</sup> *Ibidem*, p. 261.

las armas, muy al contrario. Todo se haría mediante la legalidad, esperando llegar a materializar la llamada “Vía Chilena al Socialismo”.

Al parecer aquello bastó para darle la victoria en las elecciones, aunque por muy poco. Ya que ninguno de los candidatos logró la mayoría absoluta, fue necesaria la ratificación por parte del Congreso, con la cual, para temor de los sectores más conservadores, el 24 de octubre se le ratificaba como mandatario de Chile. La euforia del momento histórico era abrumadora. Por doquier gritos de esperanza y anhelos de cambios se hacían manifiestos, desde los jóvenes, impetuosos y jactanciosos como siempre, hasta los mayores, apegados a los viejos moldes. Hasta individuos que vieron frustrados sus aspiraciones vieron en Allende una oportunidad de cambio, ejemplo de ello era el sacerdote jesuita José Aldunate:

Yo había votado por Tomic y el día que triunfó Allende fui a la Alameda y vi llegar grandes olas sucesivas de la gente más pobre de Santiago: venían contentos, bailando y cantando, porque por primera vez en su historia tenían un Presidente que iba a responder a sus anhelos y derechos. Ahí vi yo la esperanza de ese pueblo y tomé la resolución de trabajar para que no se viera frustrada<sup>449</sup>.

Así como el jesuita, muchos siguieron aquel camino. Pero muchos otros vieron con temor la llegada de un presidente de corte marxista a La Moneda. Fuese como fuese:

Llegaba a la Presidencia un marxista que aseguraba categóricamente que los cambios revolucionarios se realizarían respetando los mecanismos democráticos e instituciones. La propuesta asombró al mundo, en momentos en que la polarización de la Guerra Fría había incitado a la izquierda, a ejemplo de las revoluciones en Cuba y de Chile, a comprometerse con la guerra de guerrillas como forma de acceder al poder en los países del Tercer Mundo<sup>450</sup>.

El 4 de noviembre de 1970 se investía como presidente de Chile al doctor Salvador Allende Gossens y se daba inicio al gobierno de la Unidad Popular, una coalición electoral de partidos de izquierda, en el que destacaban como los más importantes el Partido Socialista y el Partido Comunista. A pesar de no contar con la mayoría parlamentaria, Allende se propuso llevar a cabo el programa de gobierno que lo había llevado hasta La Moneda.

Desde un comienzo la UP tenía una visión bastante clara sobre el estado de la economía chilena hacia 1970, una bastante negativa por decirlo menos, cuestión que le permitiría esbozar un programa de reformas a fin de solventar cada una de ellas. Según su programa la economía chilena presentaba cuatro características fundamentales que debían corregirse si se esperaba que Chile pasara la barrera del subdesarrollo y la dependencia: monopólica, dependiente, oligárquica y capitalista<sup>451</sup>. Ello lo dejaron bastante claro en el programa para la candidatura de Allende:

---

<sup>449</sup> Mario AMORÓS: “La Iglesia que nace del Pueblo: Relevancia Histórica del Movimiento Cristianos por el Socialismo”, en Julio PINTO VALLEJOS (ed.): *Cuando Hicimos Historia. La experiencia de la Unidad Popular*, LOM Ediciones, Santiago, 2005, p. 111.

<sup>450</sup> AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, p. 265.

<sup>451</sup> Felipe LARRAÍN; Patricio MELLER: *Op. Cit.*, p. 322.

Chile vive una crisis profunda que se manifiesta en el estancamiento económico y social, en la pobreza generalizada y en las postergaciones de todo orden que sufren los obreros, campesinos y demás capas explotadas, así como en las crecientes dificultades que enfrentan empleados, profesionales, empresarios pequeños y medianos y en las mínimas oportunidades de que disponen la mujer y la juventud. / Los problemas en Chile se pueden resolver. Nuestro país cuenta con grandes riquezas [...] Lo que ha fracasado en Chile es un sistema que no corresponde a las necesidades de nuestro tiempo. Chile es un país capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente al capital extranjero, que no pueden resolver los problemas fundamentales del país<sup>452</sup>.

Razón no les faltaba, pues los indicadores de 1960 dejaban en evidencia la naturaleza monopólica de la economía chilena. Así, por ejemplo, tan solo 248 firmas controlaban todos y cada uno de los sectores económicos y 17% de todas las empresas concentraban el 78% de todos los activos. En la industria tan solo el 3% de las firmas controlaba más del 50% del valor agregado y casi el 60% del capital. La agricultura no corría mejor suerte, pues solo un 2% de los predios poseía el 55% de la tierra. En la minería esto ya desbordaba el absurdo, ya que tres compañías, todas ellas norteamericanas, controlaban la producción total del cobre chileno, lo cual representaba el 60% de las exportaciones chilenas por el año de 1970. En el comercio mayorista eran 12 las empresas que daban cuenta del 44% de las ventas. En la banca eran tres bancos privados los que controlaban más del 50% de los depósitos y créditos. Por si no fuera suficiente, aquellos grandes monopolistas habían incrementado su participación y utilidades gracias a numerosas medidas especiales, tales como líneas de crédito preferenciales, subsidios, incentivos tributarios especiales, diferencias de aranceles y acceso especial a divisas. Así, el rol del Estado en todo este juego pasaba por ser ‘siempre el favorecedor al gran capital monopolista y sus intereses fundamentales’<sup>453</sup>.

Por su parte, el carácter de la dependencia quedaba en evidencia por su tendencia monoexportadora, dado que el cobre representaba más del 75% de las exportaciones totales, lo que significaba que las fluctuaciones del precio del metal rojo en los mercados mundiales tenían un fuerte impacto en el último país del mundo. La balanza de pagos y los ingresos del gobierno se veían sumamente afectados si los vaivenes de la economía mundial se volvían en contra del cobre, más no las principales multinacionales, las que para 1960 tenían un control más o menos absoluto de al menos 61 de 100 de las firmas industriales nacionales<sup>454</sup>. Los ingresos a nivel interno tampoco eran los mejores, pues la distribución del ingreso estaba condicionada por lo que el Programa de la Unidad Popular denominaba “carácter oligárquico”, ello conllevaba a que el 10% de la población más pobre de Chile tan solo tenía una participación de 1.5% en el ingreso total, mientras que el 10 % con el ingreso más alto participaba con el 40.2%. La razón entre el ingreso de ambos grupos era de 1 a 27.

Obviamente el gobierno de Allende jamás ocultó su naturaleza antiimperialista, antioligárquica y antimonopólica, elementos que marcaban el todo para los profundos cambios estructurales que se proponía realizar. Pero al contrario del Perú, donde los cambios

---

<sup>452</sup> UNIDAD POPULAR: *Programa básico de gobierno de la Unidad Popular: candidatura presidencial de Salvador Allende*, Santiago, pp. 3-4.

<sup>453</sup> Felipe LARRAÍN; Patricio MELLER: *Op. Cit.*, p. 322.

<sup>454</sup> *Ibidem*, p. 323.

iniciaron con el golpe de tanques a la puerta del Palacio de gobierno, en Chile se daría algo innovador, y es que tales reformas se llevarían a cabo utilizando la estructura institucional existente. Claro, obviamente aquellas reformas, a diferencia de lo ocurrido más allá de la Línea de la Concordia, tenían como fin el servir como transición al socialismo. Para ello era necesario la estatización de los medios de producción: “El proceso de transformación de nuestra economía se inicia con una política destinada a constituir un área estatal dominante, formada por las empresas que actualmente posee el Estado más las empresas que se expropian. Como primera medida se nacionalizarán aquellas riquezas básicas”<sup>455</sup>. Con aquella visión, diríamos, tomó al toro por las astas.

La primera de las reformas implantadas recayó sobre el metal rojo, el sueldo de Chile, y consideraba directamente la nacionalización de las grandes compañías de cobre, una cuestión que había estado sobre la palestra desde el mismo gobierno de Frei Montalva. Sin embargo, el gobierno de la Democracia Cristiana no pasó más allá de la chilenización mientras la presión por expandir la propiedad estatal crecía de sobremanera. La “Viga Maestra” de su gobierno no dejó contentos a todos. Al igual que lo ocurrido con el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada en el Perú, Allende al llegar al poder tenía una visión clara: nacionalizar el cobre y hacerlo en el menor tiempo posible. La medida contaba con un amplio apoyo legislativo y popular, por lo que no fue extraño que se aprobara con unanimidad en julio de 1971. El decreto establecía un control absoluto y exclusivo de todas las minas por parte del Estado y ello precisamente conllevó que todas las grandes compañías del cobre, todas norteamericanas, pasaran a ser totalmente chilenas. Entre las más importantes estaban los yacimientos permanentes a la Anaconda Copper y Kennecott Coporation<sup>456</sup>.

El problema vino con la compensación y la llamada “Doctrina Allende”, lo que significaba no pagar indemnización a las compañías extranjeras por la expropiación, pues se esgrimía el argumento de que tal pago ya estaba en sus manos, dado que todo quedaba saldado a través de las utilidades excesivas que habían obtenido a partir del suelo chileno durante los últimos 50 años<sup>457</sup>. De ahí que en palabras de Allende aquello tenía una gran significación: “*Este acto tiene una extraordinaria trascendencia, y podría decir que es, quizás, el más importante después de nuestra Independencia*”<sup>458</sup>. Al igual que una guerra relámpago, lo importante era lograr el control sobre *El Sueldo de Chile*, la compensación sería dejada de lado incluso si ésta conllevaba al deterioro de las relaciones con los Estados Unidos, más de lo que ya se habían deteriorado. Fuese como fuese, a final de 1971 el Estado tenía bajo su control toda la actividad de la gran minería en Chile.

La otra reforma emprendida por el gobierno correspondió a la intensificación de la Reforma Agraria, la cual, al igual que la minería, había comenzado en la década del 60. Todo ello bajo la retórica de emplear la legislación existente, pues, en palabras de Jaques Chonchol, “Estamos usando esta ley porque, como Gobierno, estamos obligados a actuar dentro del marco legal y, segundo, porque cualquier cambio en una ley tan compleja y controvertida... habría requerido ciertamente muchos meses”<sup>459</sup>. Era menester profundizar

---

<sup>455</sup> UNIDAD POPULAR: *Op. Cit.*, p. 19.

<sup>456</sup> Véase Luis CORVALÁN: *El Gobierno de Salvador Allende*, LOM Ediciones, Santiago, 2003, p. 45.

<sup>457</sup> Fernando BALMACEDA: “El Sueldo de Chile”, Instituto de Cine de la Universidad Técnica del Estado, Santiago, 1971.

<sup>458</sup> SOCIEDAD MUTUALISTA BAUTISTA VAN SHOUWEN: “Cobre, ¿el sueldo de quién?”, Periódico Resumen, Concepción, 2011.

<sup>459</sup> Felipe LARRAÍN; Patricio MELLER: *Op. Cit.*, p. 328.

las reformas en el agro a fin de contar con el apoyo campesino, cosa que logró con rapidez, dado que a fines de 1972 gran parte de los grandes latifundios ya habían sido expropiados. Para esto último se valieron del mismo impulso campesino, pues si en el gobierno de la DC se estipulaba que “fundo tomado no será expropiado”, en el gobierno de la UP aquellos mecanismos desaparecieron y los campesinos, viendo aquella oportunidad, parten a la ocupación masiva de los grandes latifundios, acelerando enormemente la Reforma Agraria. Como diría Cristóbal Kay, “nunca antes en la historia agraria de Chile la lucha de clases había adquirido tal intensidad”<sup>460</sup>.

A ello le siguió la estatización de la banca, algo que estaba en la mira de Allende desde que asumiera como presidente. Al finalizar aquel año, el control del sistema bancario era casi total, al menos así le dejaba ver orgullosamente el Ministro de Hacienda Américo Zorrilla: “...la nacionalización del sistema bancario está prácticamente terminada. El Estado controla ahora dieciséis bancos que, en conjunto, proporcionan el 90% de todo el crédito... Este proceso de nacionalización significa que se han roto los lazos entre el capital financiero y el capital monopólico industrial”<sup>461</sup>. La CORFO (Corporación de Fomento de la Producción) tenía una participación mayoritaria en 14 bancos comerciales, mientras que los tres restantes estaban en manos privadas. Finalmente estaba la industria, sector en que la UP no se quedó atrás en cuanto buscó una expansión a gran escala de la llamada área de propiedad social. En otras palabras, se precisaba la toma de posesión de una gran cantidad de empresas a fin de alcanzar las metas oficiales. A estas reformas cabe agregarle los enormes avances dados en materias educacionales, alimentación, vivienda y, por la experiencia del mismo Allende, en salud.

Pero, como reza el viejo adagio, todo lo que sube tiene que bajar, a su momento, pero bajará. Las elecciones de 1971, para mala suerte de Allende, solo eran municipales y, aunque obtuvo una mayoría, aquello le impedía controlar en su totalidad el Congreso. Por otro lado, si la derecha se vio debilitada en un principio, rearmó sus cuadros durante el año de 1971, mientras que a la par nacían movimientos nacionalistas como Patria y Libertad que más tarde se convertiría en el sector duro del Régimen militar<sup>462</sup>. Hasta la coyuntura de 1973 el país se hallaba dividido, pero esto también se hallaba en el mismo oficialismo, dado que en la UP existían dos posturas sobre cómo proceder frente al “hacer la Revolución”. Unos clamaban por una estrategia más clásica, al estilo del “asalto al Palacio del Invierno”, mientras que otros abogaban por utilizar el marco institucional para irse aproximando gradualmente. Pero, como diría Julio Pinto, para la izquierda rupturista, esta última postura, seguida por Allende y el Partido Comunista, constituía una verdadera traición, pues estaban convencidos que para hacer la Revolución en Chile era necesario seguir la vía de las armas<sup>463</sup>. Incluso el mismo Jaime Guzmán, aún joven, recalca la falta de visión práctica de la izquierda chilena: ‘en general, todas las discusiones entre marxistas giran sobre las estrategias que conviene seguir. Es raro verlas centradas en torno a la meta, al modelo social por el cual combate’<sup>464</sup>.

---

<sup>460</sup> Cristóbal KAY: “La participación campesina bajo el gobierno de la U.P. (Unidad Popular, Chile)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 36, n°32, 1974, p. 292.

<sup>461</sup> Felipe LARRAÍN; Patricio MELLER: *Op. Cit.*, p. 329.

<sup>462</sup> Cristián GAZMURI: *Historia de Chile, 1891-1994. Política, economía, sociedad, cultura, vida privada, episodios*, RIL Editores, Santiago, 2012, p. 317.

<sup>463</sup> Julio PINTO VALLEJOS (ed.): “Hacer la Revolución en Chile”, en *Cuando Hicimos Historia. La experiencia de la Unidad Popular*, pp. 16-19.

<sup>464</sup> *Ibidem*, p. 14.

Este abanico ideológico y táctico trajo consigo posturas antagónicas o ambiguas dentro de las propias filas de la Unidad Popular, provocando a su vez una paralización del aparato público. Ello jugó en contra del liderazgo de Salvador Allende y el éxito de su gobierno. La vía violenta muchas veces imperó por sobre la pacífica, y no fueron pocos quienes la fomentaron: desde las tomas de terrenos agrícolas y urbanos, la ocupación de fábricas, organización de milicias paramilitares, cordones industriales de defensa, etc. fueron elementos determinantes a la hora de decidir la suerte del régimen.

Las primeras manifestaciones callejeras contrarias al gobierno se realizaron en el otoño del 71. Y es que en el seno de los sectores cristianos creció el temor de que la vía chilena al socialismo se terminara por convertir en lisa y llanamente en una dictadura del proletariado, cuestión que se acrecentó tras la larga visita de Castro; sin embargo, la prueba de fuego vino en octubre de 1972, cuando transportistas y otros gremios de pequeños empresarios y trabajadores, temiendo por su capital de trabajo o sus beneficios sociales y salariales, decidieron detener todas sus actividades e ir a huelga. El apoyo de los sectores de derecha y de la Democracia Cristiana no se hizo esperar, tampoco el apoyo de los Estados Unidos. Así, hacia fines del mismo mes el país se hallaba casi completamente paralizado. Era un claro intento por desestabilizar el gobierno de la UP y solamente la integración de las Fuerzas Armadas al gobierno salvó de la debacle a la Unidad Popular<sup>465</sup>. A pesar de ello, las tomas, el marcado sectarismo, el desorden y la polarización ideológica continuó. Los hechos de violencia también aumentaron, aunque no llegaron a producirse enfrentamientos masivos.

Un síntoma inequívoco de lo que estaba por venir fue lo ocurrido en el 29 de junio de 1973, cuando el coronel Roberto Souper, comandante de un regimiento blindado, intentó dar un golpe de Estado por cuenta propia. El llamado “tanquetazo” fracasó en buena medida por la actitud contraria presentada por el Comandante en Jefe del Ejército, el general Carlos Prats, quien lideró el control del cuartelazo; sin embargo, aquella situación, a la par que dejaba en evidencia las fracturas del gobierno, también lo hacía con las Fuerzas Armadas. Prats, uno de los pocos generales que defendería la vía constitucional y quien perdiera la confianza del alto mando del Ejército, presentó su renuncia a la Comandancia en Jefe el 23 de agosto. En su reemplazo, al parecer por consejo del mismo Prats, como hombre de confianza, Allende nombró al general Augusto Pinochet Ugarte.

Pero si en lo político y social el clima era adverso, en lo económico la situación era aún peor. Si en el primer año de gobierno de la Unidad Popular la economía chilena había crecido notablemente, al finalizar el año de 1971 la caída se asomaba como lo inevitable. Las reformas destinadas a la nacionalización de los recursos naturales incidieron en el detenimiento de este empuje económico. El año de 1972 se iniciaba ya con malas perspectivas, las que con el pasar del tiempo se cumplieron. Se agotó la capacidad productiva, las exportaciones cayeron y las importaciones de alimentos cayeron en forma abrumadora. Bien decía Gazmuri: “El país había entrado en un proceso de recesión, hiperinflación y desabastecimiento generalizado. La economía nacional estaba al borde del colapso. / Durante 1973 este panorama no cambió”<sup>466</sup>. Las famosas “colas” y el acaparamiento fue el pan de cada día.

Ante aquel escenario, y tal como había sucedido con Belaúnde Terry tan solo cinco años atrás, los días de la Unidad Popular estaban más que contados y solo era cuestión de tiempo para que todo desbordase en un mar de agitación y violencia. La cuestión del “cómo”

---

<sup>465</sup> Cristián GAZMURI: *Op. Cit.*, pp. 319-321.

<sup>466</sup> *Ibidem*, p. 331.

y el “por qué” ya estaban saldadas con anterioridad, solo faltaba determinar el “cuándo” y “quiénes” lo harían. El complot que acabaría con la experiencia socialista chilena venía originándose desde hacía tiempo y, extrañamente, con suma presteza. El liderato recayó sobre los hombros del almirante José Toribio Merino, del general de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh, y por el general de Carabineros César Mendoza. Sin embargo, aquello no era suficiente, pues para emprender la empresa que tenían en mente era preciso contar con la rama principal de las Fuerzas Armadas: El Ejército. Una cuestión curiosa si se llega a apreciar de forma comparada con lo ocurrido allende la frontera norte, pues desde un comienzo los militares golpistas peruanos no necesitaron de las demás ramas para sacar a la rastra a Belaúnde, incluso podrían haber hecho frente a un posible enfrentamiento si la Armada y la Fuerza Aérea se inclinaban por salvaguardar la democracia; en cambio, los golpistas chilenos sí necesitaban del Ejército, pues sin él todo se iría al garete y se incurría en la posibilidad de desatar una guerra civil.

Aunque conseguir su apoyo no fue tarea difícil. Muchos de los generales se mostraron de acuerdo con la idea de derrocar a Allende; no obstante, era necesario contar con el apoyo del general en jefe, Augusto Pinochet. La fecha se acordó para el 11 de septiembre, precisamente el día en que el presidente anunciaría la nueva sobre la convocatoria a un plebiscito que permitirá la salida al *impasse* en el que se hallaba sumido el país. Como es evidente, ello jamás sucedió. Al igual que lo sucedido en el país del Rímac, la situación ya era la de una muerte anunciada y los medios se preguntaban quién clavaría el puñal. En la madrugada del martes 11 de septiembre de 1973, la Armada les dio la respuesta. De acuerdo con lo planeado, se ocupó rápidamente el puerto de Valparaíso, mientras que se coordinaban con las fuerzas en la capital. Por su parte, la Fuerza Aérea se encargó de bombardear las emisoras radiales afines al gobierno. La confusión reinaba por doquier, incluso en el mismo palacio gubernamental, pues no se sabía quiénes eran los que intentaban hacerse con el poder. Estremecedora y ejemplificadora fue la frase de Allende: “¿qué será del pobre agosto?”. Irónico, a falta de una mejor palabra, fue que aquel diera la última estocada.

Allende decidió permanecer en La Moneda y, de una forma bastante poética, haciendo honor a las palabras que una vez dirigiría Francisco Bolognesi en la defensa de Arica. El presidente permaneció allí en honor a su deber, “hasta quemar el último cartucho”. Pasadas las 9 de la mañana, Allende pronunció aquel que sería su último discurso:

*Compatriotas:*

*Esta será seguramente la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación.*

*Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron... soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el Almirante Merino que se ha autodesignado, más el señor Mendoza, general rastrero... que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno, también se ha nominado director general de Carabineros.*

*Ante estos hechos, sólo me cabe decirle a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que*

*entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente.*

*Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen... ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos*<sup>467</sup>.

Si los militares bajo el mando de Velasco Alvarado habían destacado por su novedosa forma de irrumpir en el Palacio Pizarro, en la que ninguna gota de sangre corrió; muy al contrario, los militares chilenos se destacaron por hacer exactamente lo opuesto. Sin tapujo alguno, los golpistas ordenaron el bombardeo del Palacio de La Moneda a eso de las 11 de la mañana. No hubo contemplaciones ni con el histórico edificio ni con los ocupantes. Algunos de los que acompañaban al presidente se rindieron y fueron tomados prisioneros, otros, en cambio, fueron ejecutados; otros, con peor suerte aún, hasta el día de hoy yacen como desaparecidos. Los sucesos de aquella mañana del 11 de septiembre dieron la vuelta al mundo; mal que mal, no todos los días se veía arder el palacio de gobierno de un país que hasta el momento había destacado por seguir la vía democrática.

Certero y rotundo fue el golpe, pues ya no se trataba de rodear La Moneda con tanques, sino que derechamente se buscaba reducir a cenizas la viga central del andamiaje institucional chileno, aquel que había hecho posible que un personaje como Allende llegara al poder por la vía democrática. La muerte de Allende lo dejó más que claro, que aquello supuso para Chile la inauguración de una nueva época<sup>468</sup>, una revolución a la inversa a lo vivido en los tres años anteriores. Bien lo decía Lowenthal: “cada golpe militar en Chile equivale a diez en otros lugares”<sup>469</sup>.



### III. La Vía Chilena ante el mundo

*Paz, comercio y amistad honesta con todas las naciones,  
enredándose en alianzas con ninguna*  
(Thomas Jefferson, 1801)

Bien dijo Luis Corbalán, secretario general del Partido Comunista y Senador de la República, “los ojos del mundo se volvieron hacia nuestro país”<sup>470</sup>. Ello tras la elección de Salvador Allende como presidente de Chile; sin embargo, un tanto exagerada es su visión al insistir que en todo el mundo se dieron muestras de alegría y júbilo por la elección, además parecía dudoso que países y pueblos que apenas conocían la existencia de Chile en el mapa se mostrasen alegres por lo que ocurriese allí. Más bien creemos que la atención se originó por lo novedoso de las propuestas de la Unidad Popular; después de todo, poco común era que se pretendiese transitar al socialismo de forma pacífica, más cuando Cuba y la mayoría de los países de Europa del Este dieran prueba de lo contrario. Principalmente, el Viejo Continente vio con ojos positivos las reformas implantadas por el “Chicho” y, mérito aparte, fue el llegar al poder con una coalición de partidos de izquierda y que reuniera bajo su seno corrientes marxistas, cristianas y laicas.

<sup>467</sup> Discurso del presidente Salvador Allende en la Radio Magallanes, 11 de septiembre de 1973.

<sup>468</sup> AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, p. 276.

<sup>469</sup> Abraham F. LOWENTHAL: *Op. Cit.*, p. 48.

<sup>470</sup> Luis CORVALÁN: *Op. Cit.*, p. 8.

En todo caso, si somos escépticos, lo más probable es que la atención viniera por la reacción del coloso norteamericano ante el magno suceso, pues para nadie era secreto que la isla caribeña era una espina en el zapato y, con lo sucedido en la Bahía de Cochinos, era un duro recuerdo de su fracaso. La expresión que debió tener Nixon al enterarse de la ratificación de Allende por el Congreso debió ser memorable, más si consideramos que Chile era el estandarte de la “Revolución en Libertad” y ahora, irónicamente, la dejaba de lado para realizar lo mismo que Castro, aunque que por otros medios. La cuestión cambiaría de ahí en adelante, puesto que, con su historial de amistades a nivel internacional, Allende también mostró ser una espina en el zapato de muchos.

Pero Allende, viéndolo desde la perspectiva de los Estados Unidos, podía ser considerado como un problema de “larga data”, dado que sus afrentas a la Casa Blanca venían desde antes que ocupara el trono en La Moneda. Así, por ejemplo, cuando el gobierno norteamericano ordenó la invasión a República Dominicana en 1965, La Moneda manifestó su malestar con la medida; sin embargo, Allende llevó la cuestión más lejos al insistir que el embajador estadounidense y el resto del cuerpo diplomático de aquel país no fuera invitado al discurso del 21 de mayo dictado por Frei ese mismo año. También pronunció palabras de apoyo al pueblo dominicano:

Termino mis palabras manifestando nuestro apoyo y solidaridad con la heroica lucha del pueblo dominicano. Rindo un fervoroso homenaje a los que han dado sus vidas por defender el sagrado derecho de que su patria sea libre, independiente y soberana<sup>471</sup>.

Un año antes ya había esgrimido críticas similares para el caso del golpe de Estado en Brasil, refiriéndose con palabras muy decidoras al Ministro de Relaciones Exteriores de Frei Montalva, Gabriel Valdés Subercaseaux, acerca de la postura chilena frente a los Estados Unidos: “no apreciaba lo que es y ha sido la nueva política desatada por el Departamento de Estado para defender los privilegios y ventajas que ha alcanzado Norteamérica en los países subdesarrollados de América latina”. Insistía que la Casa Blanca defendía y defendería a sus amigos sin importar su expresión política, ya sea democracia o dictadura<sup>472</sup>.

Aquello ya era una pequeña prueba de lo que se vendría más adelante. En los primeros días de enero de 1966 participó en la Conferencia Tricontinental de La Habana como miembro de la delegación socialista chilena, y allí planteó la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), la cual, por cierto, no tendría futuro. Aquella instancia también la aprovechó para esgrimir afiladas críticas contra el accionar norteamericano:

La Doctrina Johnson constituye para el pueblo chileno, como para todos los países de América Latina, una declaración explícita de que los imperialistas opondrán la violencia a cualquier movimiento popular que en nuestro continente esté en condiciones de alcanzar el poder. Ello determina que el movimiento popular chileno, que ha logrado señalados triunfos en la

---

<sup>471</sup> Mario AMORÓS: *Compañero Presidente. Salvador Allende, una vida por la democracia y el socialismo*, Universitat de Valencia, Valencia, 2008, p. 115.

<sup>472</sup> Freddy SÁNCHEZ IBARRA: “La relación de Latinoamérica y los Estados Unidos desde la visión de Salvador Allende Gossens”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n°25, 2003, p. 284.

ampliación y profundización de la democracia en nuestro país, sepa ahora, claramente, que los Estados Unidos le impedirán por las armas el acceso democrático legal.

[...] Ello determina, también, en consecuencia, nuestra obligación de acentuar la lucha; movilizar a las masas, vincular la acción antiimperialista a las reivindicaciones cotidianas de la población: la huelga, la ocupación de tierras, la movilización colectiva y la toma de conciencia de la violencia reaccionaria se opondrá y opondremos la violencia revolucionaria.

[...] Es fuerte y poderoso el imperialismo, pero, en conjunto, los pueblos oprimidos son mucho más fuertes que él y están en condiciones de vencerlo. De ahí por qué valoramos nosotros, extraordinariamente, la lucha antiimperialista de todos los pueblos del mundo y la sentimos como nuestra (...)<sup>473</sup>.

Como buen representante de la izquierda de corte marxista, Allende no podía dejar pasar instancia en la cual denunciar, criticar, profetizar, etc. las acciones de la Casa Blanca. Y, como buen socialista, no podía dejar de expresar su amistad a aquellos que habían rechazado la de los Estados Unidos. Para nadie era secreto su admiración por el Che Guevara a quien, después de su muerte, lo consideró como “el símbolo de la expresión rebelde y consciente de millones de hombres, no sólo de este Continente, sino del mundo entero”<sup>474</sup>. Su admiración no solo quedó en ello, pues abogó por la liberación de cinco hombres de la guerrilla del Che en 1968, cuestión que le trajo más de algún problema en el ámbito político nacional.

En noviembre de 1967 presidió la delegación del Partido Socialista de Chile invitada a la conmemoración del 50° aniversario de la Revolución de Octubre, mientras que en febrero de 1968 elogió en el Senado el apoyo soviético al pueblo vietnamita. No obstante, al contrario de muchos, no era un títere sin conciencia que apoyaba sin más cualquier hecho ocurrido allende la Cortina de Hierro, pues el 21 de agosto de 1968 rechazó la ocupación de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia. En agosto de 1969 viajó a Corea del Norte y Vietnam, en medio de los bombardeos norteamericanos. Ello fue la tónica que guio la visión al exterior del futuro presidente, incluso en febrero del mismo año, elogió frente al Senado a Ho Chi Minh y el apoyo soviético a éste:

En diversas oportunidades nos hemos referido en el Senado a este problema y hemos dicho que la lucha librada en Asia por ese pueblo, centenaria o milenariamente agredido, no es sólo la batalla de quienes pelean en su propio seno por su independencia económica, sino la expresión del combate frontal contra el imperialismo, que debe repercutir en nuestros países; hemos señalado que, si bien aparentemente tenemos libertad política, estamos sometidos a la tiranía y a una brutal presión económica y que dicha libertad política es una gran farsa.

[...] En esta hora en que se escribe en la historia emancipadora de los países la gesta heroica del Vietnam, junto con rendir homenaje y tributo a quienes

---

<sup>473</sup> Mario AMORÓS: *Op. Cit.*, pp.115-116.

<sup>474</sup> ARCHIVO SALVADOR ALLENDE: *América Latina: un pueblo continente*, n°1, Centro de Estudios Latinoamericanos “Salvador Allende”, Puebla, 1986, p. 81.

han sacrificado sus vidas por la tarea superior de tener un país independiente y soberano, debemos recordar a quienes han contribuido moralmente a su victoria: a todos los hombres independientes y dignos que desean también que sus patrias sean soberanas; a los países socialistas, fundamentalmente a la Unión Soviética, que han contribuido y contribuyen materialmente, con armas y esfuerzo bélico, a hacer posible la derrota del imperialismo, cuyo papel, en este caso, ha sido escribir una de las páginas más tenebrosas de los genocidios de la humanidad. De ahí nuestra admiración y apoyo a la heroica lucha sostenida por el pueblo de Vietnam<sup>475</sup>.

Aquellos que veían con recelo la llegada del “virus rojo” a América Latina tenían un gran problema entre manos, más cuando un 4 de septiembre de 1970 aquel candidato de corte marxista obtenía una mínima, pero importante victoria en las elecciones. Sin embargo, la más acérrima oposición a su ascensión no vino del todo desde interior, sino que venía por parte del coloso del norte, de ahí que entre septiembre y noviembre del 70 la oposición más beligerante y más articulada al gobierno de la Unidad Popular estuviera en la Casa Blanca. De hecho, a tan solo unas cuantas horas de las elecciones recibieron el informe del embajador Edward Korry:

Chile votó con calma para tener un estado marxista-leninista, la primera nación del mundo en hacer esta elección libremente y con conocimiento. *Su margen es de sólo un 1% pero es lo suficientemente amplio en el marco de la Constitución chilena como para asegurar su triunfo como definitivo. [...] Tendrá un efecto muy profundo en América Latina y el resto del mundo; hemos sufrido una grave derrota, las consecuencias serán internas e internacionales*<sup>476</sup>.

Kissinger habría descrito la ira de Nixon al momento de enterarse de la noticia de la victoria, y que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para detenerlo. E. Korry, en octubre de 1970 se reúne con Kissinger y Nixon en la Casa Blanca para discutir los pormenores de lo sucedido en Chile y, en sus propias palabras, la ira del presidente era palpable: “Él estaba en su oficina. Yo me senté a su izquierda y Henry a su derecha. Uno a cada lado de su escritorio. Entonces, se lanzó en una diatriba de cinco o seis minutos, diciendo cómo iba a demoler a Allende. Golpeaba su mano con el puño, tratándolo de hijo de puta. Creo que también dijo: Ese bastardo. Y repetía ¡Ese hijo de puta!, ¡Ese hijo de puta!”<sup>477</sup>. En Chile la cuestión era similar, pues la ITT (International Telephone & Telegraph) señalaba: “Todo el tiempo hemos temido la victoria de Allende y hemos estado tratando sin éxito de alertar a otras compañías americanas sobre el destino de sus inversiones para que se unieran a nosotros en nuestros esfuerzos preelectorales”<sup>478</sup>.

---

<sup>475</sup> Mario AMORÓS: *Compañero Presidente*, pp. 120-121.

<sup>476</sup> Ibidem, p. 147. Según Mario Amorós, las líneas en cursivas fueron subrayadas por el mismo Nixon cuando recibió el mensaje de Korry, ello en palabras de Kissinger.

<sup>477</sup> Patricio HENRÍQUEZ: “La última batalla de Salvador Allende”, Maracumba International, Méditerranée Film Production, FOCA, Montreal, 1998.

<sup>478</sup> Mr. Gerrity: Este es nuestro informe sobre la situación chilena y lo que hemos realizado durante el fin de semana, 14 de septiembre de 1970. En *Documentos Secretos de la ITT*, Empresa Editora Nacional Quimantu, Santiago, 1972, pp. 8-9.

Similar a la situación que ocasionó el golpe de Estado de Velasco Alvarado, una posible victoria de Allende significaba más un atentado a los intereses políticos que a los económicos de los Estados Unidos, que Nixon temía que la influencia del ejemplo chileno pudiera tener peso en los países occidentales relevantes como Francia o Italia, cuyos partidos comunistas locales aspiraban a la unificación de la izquierda, además de promulgar una vía democrática al socialismo. La “vía chilena” podía sentar un precedente problemático para las piezas blancas de este lado del hemisferio. El 9 de septiembre 1970 de la CIA señalaba que los Estados Unidos no tenían “intereses vitales” en el país y que, obviamente, el equilibrio militar del mundo no cambiaría con la llegada de la UP al poder; sin embargo, advertía que “una victoria de Allende representaría un claro golpe psicológico para EEUU y un claro progreso psicológico para los ideales marxistas”<sup>479</sup>. En efecto, Nixon percibía a Allende como parte de algo más grande, de un “red sándwich” que, en conjunto con Cuba, ponía en peligro a todos los gobiernos pro americanos en América Latina<sup>480</sup>.

El 15 de septiembre Nixon se reunía con Richard Helm, director de la CIA, y Henry Kissinger, donde discutirían el futuro del caso chileno. En palabras de Nixon: “La *Chance* es de 1 en 10, pero ¡salvar a Chile! gastar lo que sea necesario!”<sup>481</sup>. El 17 de septiembre, “El Embajador Edward Korry recibió finalmente un mensaje del Departamento de Estado dándole luz verde para actuar en nombre del Presidente Nixon. El mensaje le dio autoridad máxima para hacer todo lo posible -menos una acción de tipo República Dominicana- para impedir que Allende tome el poder”<sup>482</sup>. La intervención sería silenciosa, pero contundente, primero con la prensa y después con las Fuerzas Armadas. También estaba el plano económico, de ahí que Hal Hendrix, director de relaciones públicas de la ITT en Nueva York, y presidente de la ITT para América Latina, en la imposibilidad de utilizar a la Democracia Cristiana contra Allende, se entendía que “más realista entre los que desean detener a Allende es que una economía en rápido deterioro (corridas bancarias, quiebras de fábricas, etc.) provoque una ola de violencias que resulte en un golpe militar”<sup>483</sup>. Casi profético en consideración con lo ocurrido con posteridad.

La cúspide de la intervención norteamericana quedó demostrada el 22 de octubre de 1970, cuando grupos opositores al advenimiento del gobierno de Allende, intentaron secuestrar al General en Jefe del Ejército, René Schneider, con la intención de responsabilizar de tal acto a la izquierda y así propiciar un golpe de Estado. Demás está decir que la tentativa fue un estruendoso fracaso, pues en vez de secuestrar al uniformado, le dispararon, dejándolo gravemente herido, falleciendo dos días después. El líder de la operación era el general Roberto Viaux, quien contaba con el apoyo del grupo Patria y Libertad y, además, el apoyo de los Estados Unidos, pues actuaron con armamento proporcionado por la CIA que les entregó el coronel Paul Wimmert, agregado militar de la

---

<sup>479</sup> Citado por Joan E. GARCÉS: *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*, Siglo XXI Editores, España, 2008, p. 144.

<sup>480</sup> Véase Peter WINN: “Por la Razón o la Fuerza. Estados Unidos y Chile en la América Latina de los Años Sesenta y Setenta”, en Francisco ZAPATA (comp.): *Frágiles Suturas. Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende*, El Colegio de México, México D. F., 2006, pp. 44-45.

<sup>481</sup> Mario AMORÓS: *Compañero Presidente*, p. 149.

<sup>482</sup> International Telephone and Telegraph corporation International Headquarters, 17 de septiembre de 1970. En *Documentos Secretos de la ITT*, p. 10.

<sup>483</sup> Confidential Memo to Hal Hendrix ITT HQ NY, 29 de septiembre de 1970. *Ibidem*, p. 23.

Embajada de los Estados Unidos. También recibieron considerables sumas de dinero<sup>484</sup>. Tras el fallido atentado, nada impidió que Allende asumiera las riendas de Chile.

Ahora la interrogante era cómo y con quién se mantendrían relaciones cordiales una vez que Allende asumiese como presidente. ¿Su gobierno reanudaría las relaciones con Cuba? ¿Cómo esto afectaría a la “hermandad” latinoamericana? ¿A qué nivel se intensificarían o resentirían las relaciones bilaterales con la URSS, China o los Estados Unidos? Respecto a estos últimos, la cuestión era clara. Estados Unidos se convirtió en el mismo demonio una vez que Allende ocupó el sillón presidencial, aunque tampoco aquello era reprochable ni mucho menos inesperado; después de todo, desde un inicio lo tenían planteado en su programa de gobierno:

De Chile el imperialismo ha arrancado cuantiosos recursos equivalentes al doble del capital instalado en nuestro país, formado a lo largo de toda su historia. / Los monopolios norteamericanos, con la complicidad de los gobiernos burgueses, han logrado apoderarse de casi todo nuestro cobre, hierro y salitre. Controlan el comercio exterior y dictan la política económica [...]. Dominan importantes ramas industriales y de servicios; gozan de estatutos de privilegios, mientras imponen la devaluación monetaria, la reducción de salarios y sueldos y distorsionan la actividad agrícola por la vía de los excedentes agropecuarios. / Intervienen también en la educación, la cultura y los medios de comunicación. Valiéndose de convenios militares y políticos tratan de penetrar las FF. AA<sup>485</sup>.

En todo ello, y citando a Joaquín Fernandois, vemos que la política exterior de la UP iba un tanto más allá de la mera retórica antiimperialista, puesto que hasta la Frei podría ser caracterizada en este grupo, sino que sostenía que el desarrollo interno del país estaba estrechamente vinculado a la “liberación” de las ataduras del capitalismo internacional. Pero para llevar a cabo lo interno se debía priorizar lo externo; además, la construcción de del Socialismo para Chile así lo precisaba. Pero ello no quería decir que se hostilizara; de hecho, el gobierno desarrolló una política exterior cuidadosa y extremadamente hábil, que sin llegar a perder de vista una finalidad estratégica radical. Bien lo ha dicho Fernandois, el Ministerio de Relaciones Exteriores fue una excepción en relación a otras agencias gubernamentales de esos años, ya que supo imponer un ritmo de cambio a la posición internacional de Chile usando al mismo funcionario de carrera y sin llegar a romper las tradiciones diplomáticas. No obstante, “el gobierno no podía ocultar que representaba un drástico desafío al orden internacional, y con ello se sembraban las semillas que llevarían a un curso de confrontación”<sup>486</sup>.

El primer país del hemisferio occidental con el último del mundo se recelaban y, hasta cierto punto, se temían, aunque era evidente que Chile tenía todas las de perder, pero, a pesar de ello, el 4 de noviembre de 1970, cuando Allende recibía la banda presidencial, se entrevistó con Charles Meyer, secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos, a quien pidió expresamente que transmitiese a Nixon la necesidad de que el respeto mutuo fuera el elemento central de las relaciones bilaterales. Esto solo duró menos de una semana, pues

---

<sup>484</sup> Mario AMORÓS: *Compañero Presidente*, p. 152.

<sup>485</sup> UNIDAD POPULAR: *Op. Cit.*, pp. 5-6.

<sup>486</sup> Joaquín FERNANDOIS: “De una Inserción a otra: Política Exterior de Chile, 1966-1911”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 24, n°96, 1991, p. 438.

el 9 de noviembre Kissinger junto al Consejo de Seguridad Nacional aprobaron el proyecto de agresión contra Chile, no uno que implicara la fuerza, sino la diplomacia, la presión militar, la guerra económica y el bloqueo financiero<sup>487</sup>. Hacia 1971 la cuestión era evidente en las relaciones de ambos actores, no por nada Allende, en una entrevista con Régis Debray, y ante la consulta de una agresión norteamericana, sostenía: “El señor Nixon es el presidente de Estados Unidos y yo soy presidente de Chile. Yo no tendré un término despectivo contra el señor Nixon, mientras el señor Nixon respete al presidente de Chile. Si ellos rompen con ello que es una obligación, si una vez más van a hacer tabla rasa de la autodeterminación y de la no intervención, se van a encontrar con una respuesta digna de un pueblo y un gobernante”<sup>488</sup>.

Medidas como la nacionalización de la Gran Minería ayudaron a intensificar la tensión, aunque ellas no fueron la bola de nieve que inició toda la avalancha. Amorós con certeza señala que fue el temor a que el modelo chileno se extendiese a potencias de mayor peso, especialmente las europeas. En sí, Chile no valía gran cosa, pero podía ser la chispa que encendiera el polvorín, al menos así lo creían los regentes del mundo occidental. La cuestión del cobre pasaba más a ser una especie de chivo expiatorio para justificar el accionar, aunque realmente no lo necesitaban, solo bastaba con que lo hicieran. Chile podía patallar y llorar todo lo que quisiera, más eso no haría que los hijos de Albión cambiaran de parecer. La resolución era firme.

Los mecanismos de crédito y el comercio internacional fueron sus principales armas. Por ejemplo, en agosto de 1971, cuando la nacionalización ya se había llevado a cabo, pero aún no se anunciaba la “doctrina Allende” sobre los beneficios excesivos de la Anaconda y la Kennecott, el Banco de Exportación e Importación (Eximbank) advirtió que no existiría o que cabría la posibilidad de créditos o préstamos para Chile mientras no indemnizase a las compañías cupríferas. Y si aquella institución en 1970 había otorgado créditos a Chile por la suma de 28.7 millones de dólares, en 1973 la cantidad no ascendía a más de 3.1 millones. Otras instituciones como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el mismo Banco Mundial se sumaron a tal iniciativa<sup>489</sup>.

A ello se le sumó el bloqueo comercial con los Estados Unidos, algo que afectó enormemente pues las importaciones se redujeron del 40% del total a menos del 20%. Esto provocó el desabastecimiento y carencia de elementos esenciales para la industria interna (véase los repuestos). Las exportaciones de igual manera se vieron resentidas, dado que si en 1970 ascendían al 14.7% del total, en 1972 solo alcanzaban el 5.7%. “La manipulación del precio internacional del cobre, la denegación de los créditos para las importaciones de productores norteamericanos, junto al bloqueo de las instituciones financieras, afectaron de manera demoledora a la economía chilena”<sup>490</sup>. Revelador es que, gracias a esto, Allende en 1973 declarase ante *El Clarín*, “Para nosotros el imperialismo no es un tigre de papel. Lo hemos sentido y lo hemos vivido”<sup>491</sup>.

El dinero norteamericano corrió a raudales para la oposición. Así, por ejemplo, el 13 de noviembre de 1970 aprobó 25.000 dólares para ayudar a los candidatos demócrata

---

<sup>487</sup> Mario AMORÓS: *Compañero Presidente*, p. 157.

<sup>488</sup> Miguel LITTIN: “Compañero Presidente”, Chile Films, Santiago, 1971.

<sup>489</sup> Mario AMORÓS: *Compañero Presidente*, pp. 222-223.

<sup>490</sup> *Ibidem*, p. 223.

<sup>491</sup> “El Imperialismo no es un tigre de Papel”, Entrevista con el periodista argentino Pablo Piacentini para *Clarín*, Buenos Aires, 6-VIII-1972. En ARCHIVO SALVADOR ALLENDE: *Salvador Allende de Cara a la Verdad. Diálogos con la prensa*, Instituto de Estudios Latinoamericanos, Concepción, 1993, p. 91.

cristianos para las elecciones municipales de abril; el 28 de enero de 1971, 1.240.000 dólares para la compra de estaciones de radio y periódicos y para apoyar a los partidos de oposición; el 22 de marzo de 1971, 185.000 dólares para el PDC; a mediados de mayo de 1971, 322.000 para ayudar al PDC y su periódico (*La Prensa*); el 9 de septiembre de 1971, 700.000 dólares para *El Mercurio*; el 5 de noviembre de 1971, 815.000 dólares para la oposición y para actividades destinadas a dividir a la UP; el 11 de abril de 1972, 965.000 dólares para *El Mercurio*; el 26 de octubre de 1972, 1.427.666 dólares para apoyar a las organizaciones políticas y sociales opositoras a cara de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973; y así hasta el año del golpe militar. De ahí que Colin Powell, Secretario de Estado, aludió en un programa de televisión en 2003, ‘Sobre lo que ocurrió con el señor Allende, no es una parte de la historia estadounidense de la que estemos orgullosos’<sup>492</sup>.

Obviamente aquel boicot era algo imperceptible a primera vista, puesto que los norteamericanos mantenían una “postura correcta, pero fría”, ello con la finalidad de evitarle a Allende una base sobre la cual lograr aunar apoyo internacional para consolidar su gobierno<sup>493</sup>. Los intentos por impedir la subida de Allende al poder habían fracasado. Los llamados Track I y Track II que tenían como fin el impedir la ratificación del Congreso y una tentativa de golpe militar respectivamente, acabaron en nada. De ahí que Nixon decidiera “hacer reventar la economía chilena”<sup>494</sup>. Citando a Joan Garcés:

La orden de Nixon del 9 de noviembre de 1970 era propia de una guerra sin declaración previa. Y fue ejecutada subterráneamente, pues era incompatible con el Derecho Internacional regulado por la Carta de las Naciones Unidas y con las normas de no intervención vigentes entre los Estados de América. Era una guerra preventiva, no la respuesta a decisiones de soberanía adoptadas después, como la nacionalización de la Gran Minería del Cobre [...] Medidas de guerra acompañadas de las correspondientes ofensivas psicológicas y de propaganda en las que, según el entonces director de la CIA, William Colby, se aplicó a Chile un “prototipo o experimento de laboratorio para probar las técnicas de una inversión financiera masiva en un esfuerzo dirigido a desacreditar y derrocar a un gobierno”. [...] La aplicación de aquel plan de guerra es la historia oculta de los mil días del gobierno de Allende<sup>495</sup>.

Viéndolo en perspectiva, aquel experimento había resultado exitoso, en un sentido sorprendente y brutal al mismo tiempo, al menos eso es lo que nos dice el bombardeo a La Moneda. Tanto Nixon como Kissinger en aquel 9 de noviembre de 1970 echaron los dados para Chile en los próximos tres años de gobierno de la Unidad Popular: desde emprender acciones políticas a fin de debilitar y dividir a Allende, entrar en contacto con las Fuerzas Armadas, pasando por ofrecer respaldo y financiamiento a los grupos opositores, siendo la prensa el principal medio para aquello y, finalmente, instaurar la idea de que Chile, en conjunto a Cuba y la URSS, pretendía subvertir el orden democrático<sup>496</sup>. Tal fue el escenario

---

<sup>492</sup> Citado por Mario AMORÓS: *Op. Cit.*, p. 331.

<sup>493</sup> Pascale BONNEFOY M.: “Las reservadas negociaciones de los gobiernos de Allende y Nixon sobre la nacionalización del cobre”, en *Revista de Estudios Internacionales*, n°175, 2013, p. 86.

<sup>494</sup> Yasna ROLDÁN VALDERRAMA: “Estrategias de denuncia, Análisis del discurso presidencial de Salvador Allende ante la ONU en 1972”, en *Discurso & Sociedad*, Vol. 8, n°2, 2014, p. 332.

<sup>495</sup> Joan E. GARCÉS: *Op. Cit.*, pp. 143-144.

<sup>496</sup> Mario AMORÓS: *Compañero Presidente*, p. 157.

que Chile debió enfrentar por al menos tres años; sin embargo, hasta cierto punto, no estaba solo, al menos así lo quería ver Allende:

*Chile no está solo, no ha podido ser aislado de América Latina ni del resto del mundo. Por el contrario, ha recibido infinitas muestras de solidaridad y apoyo. (...) En América Latina todos los esquemas de cooperación o integración económica y cultural de que formamos parte han continuado vigorizándose a ritmo acelerado y dentro de ellos nuestro comercio ha crecido considerablemente, en particular con Argentina, México y los países del Pacto Andino. No ha sufrido trizaduras la coincidencia de los países latinoamericanos, en foros mundiales y regionales para sostener los principios de libre determinación sobre los recursos naturales. Y frente a los recientes atentados contra nuestra soberanía hemos recibido fraternales demostraciones de total solidaridad. A todos, nuestro reconocimiento. Cuba socialista, que sufre los rigores del bloqueo, nos ha entregado sin reservas, permanentemente, su adhesión revolucionaria<sup>497</sup>.*

Casi como en un acto reivindicativo, Allende comenzó a aplicar sus principios al ámbito de las relaciones internacionales desde el momento que asumía como presidente. El 11 de noviembre de 1970 el presidente se dirigió a la nación anunciando el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, comerciales, consulares y culturales con Cuba, las cuales habían sido suspendidas por Alessandri en 1964. Allende había anunciado: “*Tengo la satisfacción de comunicar al pueblo de Chile que en uso de las facultades que la Constitución Política otorga [...] he resuelto reestablecer las relaciones [...] con la República de Cuba*”<sup>498</sup>. Según Clodomiro Almeyda, ministro de relaciones exteriores, aquella decisión, además de servir como ejemplo de soberanía, demostraba al mundo que efectivamente en Chile había comenzado una nueva etapa<sup>499</sup>. Después de todo, Allende pretendía aplicar el mismo criterio en lo interno como en lo externo, pues mientras en lo nacional pretendía aplicar reformas con el fin de superar el capitalismo y llegar al socialismo, en lo exterior procuró, al igual que el Perú, acercarse al movimiento de los No Alineados, evitando pertenecer a un u otro bloque. Sin embargo, ello muchas veces quedaba en el simple papel, dado que en la teoría implicaba establecer relaciones con cualquier país del mundo, independiente de su régimen interno<sup>500</sup>. Ello en la práctica se traducía en no tener peros en el acercarse a la órbita soviética, y qué mejor que Cuba para ello.

Y como nada de esto debía quedar en la mera teoría, prontamente se decidió llevarla a la práctica. Con fecha del 25 de julio hasta el 2 de agosto de 1971, el ministro de relaciones exteriores visitó La Habana. En aquella ocasión ambas partes declararon su intención de cooperar en el marco del Sistema de Naciones y de los países no alineados. Se llegaron a identificar áreas de cooperación económica entre ambos países, especialmente con la firma de transporte aéreo, el convenio internacional del azúcar, el convenio básico de cooperación técnico y científico, y el convenio de telecomunicaciones. Pero el entusiasmo no solo era unilateral, sino que, muy al contrario, parecía ser recíproco, pues el 10 de noviembre de 1971

---

<sup>497</sup> Luis CORVALÁN: *Op. Cit.*, p. 22.

<sup>498</sup> *Revista Punto Final*, Año V, n°118, 24 de noviembre de 1970, p. 4.

<sup>499</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>500</sup> Gonzalo MARTNER: *El Gobierno del Presidente Salvador Allende, 1970-1973. Una evaluación*, Ediciones Literatura Americana Reunida, Concepción, 1988, pp. 180-181.

el mismo Fidel Castro arribaba a suelo chileno en una visita que se extendería por 23 días consecutivos y en la que ambas partes apreciaron la concertación y aplicación de diversos convenios de cooperación y comercio. Más tarde, retribuyendo la visita del líder cubano, Allende visitó Cuba entre el 10 y 14 de diciembre de 1972, ocasión en que estrecharon los vínculos de amistad<sup>501</sup>. De hecho, es en esta instancia donde la estrechez de las relaciones quedó de manifiesto, pues, por la crisis del gobierno de Allende, Castro anunció la donación de 40.000 toneladas de azúcar, declarando que ‘por Chile estamos dispuestos a dar no sólo nuestra propia sangre, sino hasta nuestro propio pan’<sup>502</sup>.

Sin embargo, no hay bien que por mal no venga, y así lo demostró la amistad chileno-cubana, más cuando fue utilizada por la propia oposición. Se denunció a la embajada cubana como puente de apoyo a los movimientos subversivos latinoamericanos y de introducción de armas y entrenamiento de grupos paramilitares en Chile. Muchas veces el “peligro” cubano fue exageradamente dramatizado entre los círculos de derecha, al punto que se denunciaba la desproporción existente entre los 42 diplomáticos cubanos en Santiago, frente a los 6 chilenos en La Habana. Fuere como fuere, la caída de Salvador Allende causó gran pesar en la isla caribeña, al punto que solo fueron ellos los que llevaron el tema al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y, en un dramático discurso pronunciado el 28 de septiembre, Castro no vaciló en señalar al imperialismo norteamericano como la mente maestra tras el golpe del 11 de septiembre<sup>503</sup>.

No obstante, el elefante en la habitación era otro. Desde la candidatura misma de la Unidad Popular se establecía que, a un nivel internacional, “Existirán relaciones con todos los países del mundo, independientemente de su posición ideológica y política, sobre la base del respeto a la autodeterminación y a los intereses del pueblo de Chile. / Se establecerán vínculos de amistad y solidaridad con los pueblos independientes o colonizados, en especial aquellos que están desarrollando sus luchas de liberación e independencia. [...] Se reforzarán las relaciones, el intercambio y la amistad con los países socialistas”<sup>504</sup>. Ni corto ni perezoso, el gobierno de la UP comenzó inmediatamente con el cumplimiento de tales directivas entablando relaciones diplomáticas con los países socialistas de todo el mundo. El primero de ellos, ya hemos dicho, fue Cuba, aunque esto solo era la punta del iceberg, pues el 16 de noviembre de 1970 se establecían relaciones comerciales con la República Popular Democrática de Corea, cuestión que, al mes siguiente, específicamente el 15 de diciembre, conllevó a que se abrieran las relaciones diplomáticas con la República Popular China. Así, como fichas de dominó, la cuestión fue en crescendo.

Ya en 1971, con fecha del 16 de marzo, se establecieron lazos con la República Democrática Alemana. El 25 del mismo mes se elevaron relaciones comerciales con la República Democrática de Vietnam: el 27 de mayo con la República de Mongolia; el 10 de septiembre con la República Popular de Albania; el 2 de octubre con la República Popular de Hungría. En 1972 la cuestión no fue diferente, sino que muy al contrario recibió un fuerte impulso, dado que, si con Corea y Vietnam las relaciones eran netamente comerciales, el 1 de junio se elevaban a nivel diplomático. El 8 de septiembre de 1972 se establecieron relaciones diplomáticas con el Gobierno Revolucionario Provisional de la República de Sud-

---

<sup>501</sup> Ibidem, p. 188.

<sup>502</sup> Edy KAUFMAN: “La Política Exterior de la Unidad Popular Chilena”, en *Foro Internacional*, Vol. XVII, n°2, 1976, p. 252.

<sup>503</sup> Ibidem, p. 253.

<sup>504</sup> UNIDAD POPULAR: *Op. Cit.*, p. 32.

Vietnam. En 1973, con fecha del 9 de enero, se abrieron relaciones con el gobierno de Camboya y, finalmente, en septiembre del mismo año, se decide emprender relaciones con el Gobierno de Afganistán.

Con este historial no era raro que las relaciones con la Unión Soviética se intensificaran. De hecho, el gobierno de Allende había cosechado un gran éxito en el Viejo Continente, pues los sectores liberales y de izquierda vieron la experiencia chilena con gran expectativa. De tal manera que los europeos occidentales procedieron a ceder un protagonismo nunca antes visto a Chile y, con ello, abundaron los créditos que compensaron la pérdida de los norteamericanos y la simpatía que más tarde le permitieron renegociar la deuda externa y resistir las demandas de la Kennecott por la expropiación<sup>505</sup>. Obviamente la URSS no podía quedar atrás frente a las potencias capitalistas, pues, a pesar de todo, Chile se hallaba en su órbita ¿o no?

Jorge Vera explicaba el estado en que se hallaban las relaciones Santiago Moscú allá en 1972:

Ambas partes señalaron con satisfacción que al llegar al poder en Chile el Gobierno de la Unidad Popular, las relaciones soviético-chilenas se desarrollan fructíferamente a base de los principios de respeto a la soberanía, no injerencia en los asuntos internos de cada uno y provecho mutuo. Entre la Unión Soviética y la República de Chile se firmaron convenios de carácter económico-comercial que contemplan ampliación en el fomento de las industrias de cobre, química, pesquera y en la construcción de empresas industriales. La Unión Soviética coadyuva también a la realización de las prospecciones geológicas y a la preparación de cuadros nacionales. Se desarrolla con éxito la colaboración soviético-chilena en la esfera cultural y científica. Se están ampliando los vínculos entre organizaciones sociales, ministerios y otros organismos de los dos países. Crece el intercambio de delegaciones a distintos [sic] niveles por las líneas estatales y sociales<sup>506</sup>.

La Unión Soviética tenía que mirar con simpatía la experiencia chilena, algo que ya venía haciendo con el Tercer Mundo, pues la ayuda económica destinada a este sector no era para nada despreciable. Sin embargo, Chile era considerado un país en “camino al socialismo”, lo que evitaba compromisos mayores. La ayuda destinada a Chile estaba muy lejos a lo que esperaba Santiago, y de lo que era necesario para financiar el programa económico<sup>507</sup>. Ni siquiera el intento de Allende en 1972, al viajar a la Unión Soviética y enfatizar el lazo ideológico entre ambos países, logró conmover mayormente a Moscú, que evidentemente tenía asuntos de mayor consideración. Por otro lado, los rusos albergaban dudas acerca de la factibilidad del proyecto chileno, pues conocían las limitaciones del gobierno de la UP. Citando a Femandois, “un subsidio como en el caso de Cuba, que era lo que miraban los chilenos, estaba excluido desde la partida”<sup>508</sup>. Citando a Sergio Bitar:

---

<sup>505</sup> Joaquín FERMANDOIS: “De una Inserción a otra: Política Exterior de Chile”, p. 439.

<sup>506</sup> Citado por Mario AMORÓS: *Compañero Presidente*, p. 219.

<sup>507</sup> Véase en Olga ULIÁNOVA; Eugenia FEDIAKOVA: “Algunos Aspectos de la ayuda Financiera del Partido Comunista de la URSS al Comunismo Chileno Durante la Guerra Fría”, en *Estudios Públicos*, n°72, 1998, pp. 135-136.

<sup>508</sup> Joaquín FERMANDOIS: “De una Inserción a otra: Política Exterior de Chile”, p. 440.

Durante el segundo semestre, el gobierno previó un deterioro creciente de la balanza de pagos y advirtió que de no mediar un respaldo internacional significativo, sería imposible mantener el nivel de abastecimiento y de actividad industrial. Adicionalmente, las previsiones para 1973 señalaban un déficit aproximado de 500 millones de dólares. Ante esta emergencia, junto con estudiar propiedades para contraer aquellas importaciones de menor incidencia en la economía, el gobierno decidió acelerar negociaciones con la URSS y otros países socialistas, a fin de obtener recursos líquidos inmediatos [...] Los resultados fueron muy modestos, lográndose refinanciar los 80 millones adeudados y obtener 20 millones adicionales de libre disponibilidad, más 27 millones como crédito de suministro de materias primas y alimentos. / Esta situación creó desconcierto en la UP, pues el sostén de la URSS era considerado seguro por muchos dirigentes políticos, quienes pensaban que ante una emergencia se contaría con lo requerido. Pero la conclusión que se impuso tardíamente fue que no quedaba más que sustentarse en el esfuerzo interno<sup>509</sup>.

Aquello no era suficiente para la UP, más mediante la forma en que fue otorgada:

La URSS encabezó el apoyo financiero de los países socialistas al gobierno chileno. Dicho apoyo, sin embargo, presentó limitaciones que impidieron un aprovechamiento eficaz y rápido. Numerosos créditos eran bilaterales, atados a la compra de ciertas mercancías o bienes de capital. La gran necesidad de la UP, a fines de 1972, era obtener recursos de libre disponibilidad que pudieran emplearse en cualquier país para adquirir los bienes más urgentes requeridos. En esta materia, las expectativas chilenas quedaron insatisfechas<sup>510</sup>.

Ahora bien, la cosa con el gigante asiático tenía otro color, dado que desde un comienzo las relaciones con China comenzaron en buenos términos. En un primer momento Allende desafió los lineamientos de la política estadounidense para América Latina al establecer relaciones con Mao, ello mismo conllevó a que en 1972 China fuese admitida en las Naciones Unidas; obviamente, con apoyo chileno, acción que se correspondió con el apoyo chino a la reclamación chilena de las 200 millas marítimas<sup>511</sup>. Los vínculos se afianzaron con la visita del canciller Almeyda a Pekín en 1973, hecho que también se haría manifiesto en el comercio, pues si las importaciones desde China tan solo ascendían a 1.5 millones de dólares en 1971, en 1972 subían a 3.2 millones y a 5.9 en 1973<sup>512</sup>, muchas de estas importaciones correspondían a alimentos, medicamentos y equipos. Si se mira con retrospectiva, los chinos parecieron ser mucho más receptivos y entusiastas con el experimento chileno. Obviamente ello traería consecuencias, pues al hacerse público que La

---

<sup>509</sup> Sergio Bitar citado en Fabián Andrés SALINAS DÍAZ: “El Gobierno de la Unidad Popular: la Visión de algunos de sus protagonistas”, *Memoria para optar al título de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales*, Universidad de Chile, 2015, pp. 158-159.

<sup>510</sup> *Ibidem*, pp. 160-161.

<sup>511</sup> Octavio ERRÁZURIZ GUILISASTI: “Las relaciones de Chile y China: del simbolismo a la acción”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 39, n°54, 2006, p. 171.

<sup>512</sup> Gonzalo MARTNER: *Op. Cit.*, p. 229.

Moneda establecería relaciones con China muchos medios llamaron a la cautela, más cuando el 5 de agosto de 1971, tras anunciarse públicamente la profundización de las relaciones, el embajador de la República Popular China de Taiwán en Santiago, Ti Sung Li, concurrió a la Cancillería a manifestar que su gobierno consideraba rotas las relaciones entre ambos países. No todo era malo, dado que tras ocurridos los hechos del 11 de septiembre, el gobierno de Pekín realizó gestiones privadas tendientes a facilitar la salida de algunos refugiados socialistas chilenos<sup>513</sup>.

La pregunta ahora era ¿Qué sucedía en el continente americano? Desde un comienzo el gobierno de la UP buscó el entendimiento con los países latinoamericanos, no por nada en su programa de gobierno ello estaba explícito: “Se promoverá un fuerte sentido latinoamericanista y antiimperialista por medio de una política internacional de pueblos antes que de cancillerías. / La defensa decidida de la autodeterminación de los pueblos será impulsada por el nuevo Gobierno como condición básica de la convivencia internacional. En consecuencia, su política será vigilante y activa para defender el principio de no intervención y para rechazar todo intento de discriminación, presión, invasión o bloqueo intentado por los países imperialistas<sup>514</sup>. En este sentido, vital fueron las relaciones con Argentina, no solo por la importancia del intercambio comercial, sino por los resquemores derivados de las delimitaciones fronterizas, algo que como ya hemos visto inició en el gobierno de Frei.

Al finalizar el gobierno del demócrata cristiano, las cosas estaban pacíficas y así procuró mantenerlas Clodomiro Almeyda, llegando a afirmarse que las relaciones con la Argentina de Lanusse eran de “coexistencia pacífica”. De hecho, en su primer mensaje al Congreso en 1971 aclaró su propósito inmediato respecto a la nación tras los Andes: “Es propósito fundamental de nuestro afianzar todos los vínculos que acrecienten nuestra constante amistad con la República de Argentina, eliminando los obstáculos que se interpongan en el cumplimiento de ese objetivo”<sup>515</sup>. De este modo, Lanusse procuró reunirse con Allende el 23 y 24 de julio de 1971 en Salta, ciudad norteña en la que suscribieron una importante declaración que ratificó el compromiso compartido de someterse al arbitraje británico a fin de solucionar el conflicto fronterizo. Aquello terminaría en la Declaración de Salta, ocasión en que ambas naciones declararían su hermandad. En aquella instancia, el doctor pronunció un discurso de hermandad para ambos países:

El problema del Canal de Beagle, último de nuestros diferendos, pendiente a pesar de los esfuerzos de dos generaciones, está entregado hoy al arbitraje, con lo que satisfacemos el justo anhelo de nuestros compatriotas de imparcialidad y el más riguroso reconocimiento del derecho. Desde que el pueblo asumió el gobierno de mi país, ha sido preocupación esencial estrechar relaciones con la República Argentina. Sé que en esta forma cumplimos el imperativo histórico. También hacemos posible aprovechar lo que la naturaleza y el esfuerzo de argentinos y chilenos nos han entregado. [...] Chile está viviendo horas duras. El castigo implacable de la naturaleza ha cegado vidas y golpeando a nuestra gente en su hogar, en su trabajo, en sus

---

<sup>513</sup> Javier Eduardo MATTA: “Chile y la República Popular China: 1970-1990”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 24, n°95, 1990, pp. 350-354.

<sup>514</sup> UNIDAD POPULAR: *Op. Cit.*, p. 32.

<sup>515</sup> Primer Mensaje del Presidente Allende ante el Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971, p. XXIV.

esperanzas. Nuestro pueblo ha sabido sobreponerse. Hemos contado con la fraternal ayuda de muchos países, y entre ellos, de manera oportuna y generosa, la Argentina, su pueblo y su gobierno<sup>516</sup>.

Respecto a sus relaciones económicas, ambos presidentes destacaron el creciente comercio entre ambos países, el cual habría “alcanzado el más alto nivel de su historia”. A la par destacaron la intención de aumentar el comercio recíproco de productos tradicionales y no-tradicionales, acentuando la participación de las industrias de ambas naciones, entre las que destacó el ramo automotriz. Finalmente, señalaron la existencia de una estrecha cooperación entre los sistemas financieros, así como las posibilidades de arreglos en el campo de los transportes<sup>517</sup>.

La cuestión con Bolivia al asumir la presidencia tampoco iba bien encaminada; es más, en este caso de igual manera estaban los remanentes de conflictos limítrofes, pues, como también lo expresara en su primer mensaje al Congreso: “La situación anómala de nuestras relaciones con la República de Bolivia contradice la vocación de ambos pueblos, por lo que haremos cuanto esté de nuestra parte para normalizarla”<sup>518</sup>. Bien resumía Clodomiro Almeyda el camino que las relaciones chileno-bolivianas siguieron de ahí en adelante:

El gobierno popular no fue remiso en la responsable consideración del problema planteado por la tradicional demanda boliviana de un acceso soberano al Océano Pacífico. Durante la administración boliviana del General Torres, se realizaron constructivas aproximaciones hacia una solución de este asunto, dentro del espíritu latinoamericanista que inspiraba la política externa de la Unidad Popular. Desgraciadamente, la revuelta militar que derrocó al mencionado mandatario altiplánico y que llevó al poder a una coalición de fuerzas reaccionarias y fascizantes [...] interrumpió las tratativas iniciadas al desaparecer la confianza mutua entre las partes, requisito indispensable para llevar a feliz término tan delicada negociación<sup>519</sup>.

Las relaciones se hallaban rotas desde 1962, cuestión que representó un factor hostil hacia el Gobierno de la UP a pesar de los constantes esfuerzos chilenos por solventar la problemática de la mediterraneidad. Bien decía E. Kaufman, “el abismo político que lo separaba del gobierno cívico-militar de derecha del General Bánzer fue una barrera infranqueable”<sup>520</sup>. Incluso las negociaciones sobre la utilización de puertos chilenos no llegaron a ningún resultado positivo. Por otro lado, el gobierno militar de Banzer insistía en el hecho que Chile instruía a exiliados bolivianos en cuestiones militares. Obviamente a esto último no le faltaba la paranoia, pues también se esgrimía que Cuba y los países tras la Cortina de Hierro financiaban aquel programa paramilitar.

Brasil era otro hueso duro de roer. Como diría Joaquín Fernandois, Brasilia era el custodio del antimarxismo en la región, algo así como el enemigo natural de Chile debido a su condición política actual. Hasta el momento, las relaciones con Brasil habían sido

---

<sup>516</sup> ARCHIVO SALVADOR ALLENDE: n°1, pp. 31-33.

<sup>517</sup> Gonzalo MARTNER: *Op. Cit.*, p. 185.

<sup>518</sup> Primer Mensaje del Presidente Allende ante el Congreso Pleno, p. XXIV.

<sup>519</sup> Citado por Gonzalo MARTNER: *Op. Cit.*, p. 185.

<sup>520</sup> Edy KAUFMAN: *Op. Cit.*, p. 256.

cordiales; de hecho, una “leyenda popular” decía que el país carioca venía a ser algo como el aliado natural y secreto de Chile en caso de una confrontación con Argentina. Tal vez ello fuera cierto en el siglo XIX; no obstante, en el XX aquello distaba de ser verdad, aunque el buen entendimiento se mantenía. Eran los años duros del régimen militar brasileño y la prensa nacional reaccionó con severidad ante el triunfo de Allende. Se llegó a considerar a Chile más peligroso que Cuba, pues esta última era una isla y fácilmente podía ser aislada; Chile, en cambio, era otro cuento. El embajador de Chile había sido un político prominente, Raúl Rettig, surgido del ala derecha del radicalismo. Allí insistió en que ‘Chile no tiene un régimen igual al de Cuba ni sigue la misma política (...) Nosotros mantenemos un régimen democrático en toda su vigencia’. Con el gigante sudamericano no habían problemas limítrofes, y éste tampoco participó en el bloqueo invisible contra Chile, llegando a ofrecer facilidades crediticias hasta el final. Aunque llegada la hora del 11 de septiembre, fueron los primeros en apoyar el régimen militar<sup>521</sup>.

Allende deseaba fortalecer sus vínculos con América Latina, como principal medida con la cual hacer frente al aislamiento económico y buscar apoyo en este ámbito. Con ello, Chile aumentó sus importaciones de productos desde América Latina y recibió créditos de corto plazo para dichas importaciones. Y es que, como lo ha señalado Gonzalo Martner, la solidaridad latinoamericana fue un factor en el sostenimiento de la situación económica fundamental en el sostenimiento de la situación económica durante el gobierno de Allende. En particular, se debe mencionar la cooperación efectiva de países como Brasil, Cuba, la ya mencionada Argentina y especialmente México<sup>522</sup>. Respecto a este último, Allende viajó en 1972 a las tierras de Moctezuma en una visita que duró tres días, ocasión en que se lograron acuerdos para incrementar el intercambio comercial y buscar transportes marítimos regulares. Por otro lado, se abrieron líneas de crédito del Banco Nacional de Comercio Exterior de México al Banco Central de Chile para la adquisición de artículos primarios y para la compra de bienes de capital. Finalmente, México facilitó a Chile productos claves para soportar el aislamiento y llevar a cabo las reformas internas, no por nada dispuso de una gran cantidad de fertilizantes con tal de aumentar la producción agrícola en el marco de la Reforma Agraria. De ahí que Allende no tuviera reparos en declarar abiertamente la amistad mexicana en su discurso en la Universidad de Guadalajara:

Gracias, presidente y amigo, por haberme dado la posibilidad de fortalecer mis propias convicciones y la fe en la juventud frente a la actitud de ustedes. Gracias por comprender el drama de mi patria, que es, como dijera Pablo Neruda, un Vietnam silencioso. No hay tropas de ocupación, ni poderosos aviones nublan los cielos limpios de mi tierra; pero estamos bloqueados económicamente, pero no tenemos créditos, pero no podemos comprar repuestos, pero no tenemos cómo comprar alimentos y nos faltan medicamentos. Y para derrotar a los que así proceden, sólo cabe que los pueblos entiendan quiénes son sus amigos y quiénes son sus enemigos.

---

<sup>521</sup> Joaquín FERMANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 365.

<sup>522</sup> Gonzalo MARTNER: *Op. Cit.*, p. 187.

Yo sé, por lo que he vivido, que México ha sido y será —gracias a ello— amigo de mi patria<sup>523</sup>.

Por su parte, con Venezuela, a pesar de llegar a un entendimiento, la amistad no logró florecer tanto como en el país azteca; de hecho, Allende solo aterrizó en el país de Bolívar por una cuestión de escala técnica, aunque esto no impidió que el presidente chileno, junto al presidente Caldera, una declaración conjunta en diciembre de 1972, en la que expresan la voluntad de continuar con el impulso a los programas de cooperación y complementación de los programas económicos regionales y subregionales, además de manifestar abiertamente la intención de trabajar en conjunto por la integración de Venezuela al Pacto Andino. Similar a esto fue lo ocurrido con Ecuador y Colombia, pues, respecto a este último, tanto Allende como Pastrana emitieron conjuntamente el 31 de agosto de 1971 una declaración en que reafirmaron los principios de no intervención y los derechos de los Estados a los recursos naturales subyacentes a sus costas y su complacencia por los adelantos en la marcha del proceso de integración andino. Ya con Ecuador, en conjunto con el presidente Velasco Ibarra, un 26 de agosto de 1971, se emitió una declaración en la que se concuerda en la necesidad de intensificar la cooperación económica, técnica, científica y cultural<sup>524</sup>.

\*\*\*

Ahora bien, el meollo del asunto era otro. El Perú de Velasco Alvarado ahora era una cuestión compleja, no solo por el hecho de que los resquemores entre ambas naciones se habían disipado, pues no existía un *casus belli* y, desde el mismo Tratado de 1929 y salvo los brotes nacionalistas recurrentes de uno y otro lado de la frontera, no existían incidentes o reparos dignos de mención. Se podría decir que para la década del 70 la cosa iba viento en popa, ¿o no? Perú ha sido el país nacionalista por excelencia, pues su idea de nación surge precisamente en contraposición a lo “chileno” y, por ende, es más que entendible que se vea al vecino sureño como el enemigo por antonomasia. Como hemos dicho con anterioridad, la historia entre el Perú y Chile es similar a las ondas provocadas por las olas en el mar: muchas veces se dejarán ver, pero otras, en cambio, pasarán desapercibidas, imperceptibles para quienes no presten la debida atención. Las relaciones Allende-Velasco, y la década en general, son muy similar a ello. Los resquemores de ambos lados de la frontera no han tenido un inicio y un fin claro, si es que alguna vez ha tenido fin. Creer que todo acabó en 1929, en la década dorada de los 50 o en la cordialidad establecida en el mandato del demócrata cristiano sería pecar de demasiada inocencia. Como bien diría Fermanois, “más, la memoria persistente es un elemento entre ambas naciones”<sup>525</sup>.

Por ello mismo, el diálogo entre el Perú de Velasco y el Chile de Allende no comenzó, como diríamos hoy, con el pie derecho. Por aquel tiempo, a inicios de 1970, el encargado de velar por los intereses de Chile en Lima era el escritor y diplomático Jorge Edwards, nombrado por el mismo Gabriel Valdés en el último año de la administración de Frei. Lo curioso es que la decisión de Valdés no recaía en simple vanidad, sino que era algo, podríamos decir, sumamente delicado:

---

<sup>523</sup> “La Revolución no pasa por la Universidad”. Discurso a los estudiantes de la Universidad de Guadalajara, México, 2 de diciembre de 1972. En Frida MODAK (Coord.): *Salvador Allende. Pensamiento y Acción*, FLACSO, Buenos Aires, 2008, p. 357.

<sup>524</sup> Véase Gonzalo MARTNER: *Op. Cit.*, pp. 188-189.

<sup>525</sup> Joaquín FERMANOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 366.

Apenas llegué a Lima advertí [decía Edwards], como de costumbre, que el trabajo de la embajada era mucho más delicado y complejo de lo que parecía desde Chile. Para contrarrestar el movimiento encabezado por el general Viaux en las fuerzas armadas chilenas, que reclamaban mejores salarios y una renovación del material de guerra, Gabriel Valdés había declarado a la prensa que se hallaba en trámite la ‘compra del siglo’ de armamento naval en Gran Bretaña. La frase, como era previsible, había sido recogida de inmediato por los medios ultranacionalistas del Perú, para quienes la guerra del Pacífico, que ya va a cumplir un siglo, es un asunto mucho más cercano que la ocupación nazi de París para un francés de hoy. *Fuerzas ocultas atizaban también las susceptibilidades antichilenas. ¿No era mejor para la CIA que el nacionalismo peruano, en lugar de dirigirse contra el Norte, arremetiera contra los molinos de viento histórico?*<sup>526</sup>

El trabajo de Edwards consistía, precisamente, en redactar artículos de rectificación para los periódicos que difundían tal propaganda, además de mantener informado al ministerio chileno. Obviamente, a criterio del candidato presidencial de la Unidad Popular aquello tenía un rostro y claras intenciones:

Yo expuse en la Comisión de Defensa Nacional algo que es un secreto a voces. Si el movimiento popular chileno hubiera alcanzado por las urnas el poder que no alcanzó debido a la propaganda y corrupción en 1964, Estados Unidos no habría desembarcado *marines* en Chile. Si lo hubiera hecho, se que aun en las bancas más reaccionarias habría habido un sentido nacional para estar junto al gobierno del pueblo. No me cabe duda de que habría habido muchos hombres de la derecha, del centro y de la Democracia Cristiana defendiendo con nosotros la dignidad del país. Pero Estados Unidos no iba a desembarcar *marines*. Iba a crear conflictos limítrofes; iba a movilizar los intereses del Perú, los intereses revanchistas, que no son del pueblo peruano; iba a estimular a Bolivia, como la ha estimulado, señor ministro de Defensa, porque Estados Unidos armó al Ejército boliviano. Además, ha financiado el presupuesto de ese país, que es la única revolución del mundo financiada por el imperialismo en su porcentaje más alto durante años ¡y ningún país imperialista y capitalista regala millones de dólares!<sup>527</sup>

El terremoto de 1970 ofreció a los diplomáticos chilenos la posibilidad de cortar de raíz el clima antichileno que imperaba en el país del Rímac. La ayuda chilena no se hizo esperar: desde un hospital militar, pasando por la llegada de médicos parlamentarios que atendían partos y supervisaban amputaciones a los afectados por el sismo. Ropa, medicinas e incluso arquitectos eran enviados al Perú. Hasta Pablo Neruda, en su vuelta de Europa, hizo una escala en Lima para ofrecer un recital de poesía en beneficio de las víctimas. Esto último llegó a oídos de Velasco Alvarado, quien se mostró deseoso de recibirlo en su audiencia.

---

<sup>526</sup> Jorge EDWARDS: *Persona non Grata*, Grijalbo, Barcelona, 1976, p. 19. El subrayado es nuestro.

<sup>527</sup> Discurso ante el Senado, 6 de octubre de 1966, En Frida MODAK: *Op. Cit.*, pp. 301-302

Pero la visita de Neruda no era por simple caridad, pues, como le confesaría a Edwards, ‘Parece que esta vez Salvador Allende va a ganar’, posibilidad que motivó al eterno candidato presidencial a enviarle una carta de carácter muy personal al General Velasco. Tras una entrevista que duró algo de una hora, el poeta diría ‘¡No quería dejarme ir!’, además de atestiguar “que si ganaba Allende, el gobierno de Velasco Alvarado mantendría excelentes relaciones con Chile”<sup>528</sup>. Edwards, en conversaciones con Allende, reflejaría la “amistad” que se estaba formando:

Hablamos largo rato de la Revolución militar y de los nuevos dirigentes peruanos, de sus tendencias y de las diversas corrientes que representaban en el seno del ejército. La existencia de la Revolución peruana era, sin duda, uno de los factores internacionales favorables para consolidar el futuro gobierno de la Unidad Popular y Salvador Allende lo había comprendido así desde el primer momento<sup>529</sup>.

Al momento que Allende asumía la presidencia la delegación peruana, en palabras de Edwards, se veía de buen humor, a pesar de los comentarios de Mercado Jarrín sobre Frei y su predominancia en la política chilena. Edwards fue enviado como embajador a Cuba, muy al contrario de los deseos del recién confirmado presidente, pues la actividad del escritor era más requerida en el Perú, pues, a pesar de todo, “La amistad de Cuba se daba por descontada; la del Perú, favorecida por la Revolución militar, había sin embargo que cultivarla y protegerla de las viejas querellas históricas, latentes todavía en algunos sectores del ejército y de la opinión pública”<sup>530</sup>.

Incluso si en un primer momento las cosas parecían adversas, al tomar Allende las riendas de Chile, las relaciones con el Perú de Velasco parecían ir viento en popa. Aunque esto no era para nada raro que ocurriese, mal que mal, las coincidencias ideológicas de ambos gobiernos eran latentes y evidentes, razón por la cual ambos regímenes estrecharon más sus vínculos, más aún de lo que había hecho Frei con Belaúnde<sup>531</sup>. Las coincidencias no eran pocas, pues, en primera instancia, estaba las similitudes ideológicas de cada una de las partes, a ello le seguía su asumida posición tercermundista y latinoamericanista, ambos fervientes impulsores del Acuerdo de Cartagena y la defensa de las 200 millas marítimas, además de un marcado pluralismo ideológico, cuestión misma que les emprendería a establecer relaciones el uno con el otro.

Daniel Castillo y Vladimir Zarzuri, tomando las ideas de Oscar Izurieta y Juan Carlos Salgado en *Las Relaciones bilaterales contemporáneas Chileno-peruanas* (1992), realizan un breve listado sobre la concordancia ideológica-estructural de ambos gobiernos. En primer lugar se hallaba el rechazo abierto y condenatorio a la oligarquía, ya sea peruana o chilena, y a la que techaban de culpable de todos los males y especialmente el precario nivel de desarrollo en que se encontraban ambos países; ambos defendían la ideal del Estado como el ente distribuidor de los recursos económicos y, al mismo tiempo, como sujeto capitalista en los manejos de las empresas estatales; en ambos casos, aunque uno más marcado que el

---

<sup>528</sup>Jorge EDWARDS: *Op. Cit.*, pp. 21-22.

<sup>529</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>530</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>531</sup> Víctor TORRE LACA: “Las Armas de la Revolución: Armamentismo Durante el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada 1968-1980”, *Tesis para optar al Título de Licenciado en Historia*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 2008, p. 16.

otro y de forma más explícita, imperaba la opción socialista como vía de desarrollo, la que no solo aplicaría a las grandes economías nacionales, sino para que aquella filosofía ocupe la preeminencia absoluta dentro de toda la economía del país, para que de esta manera se pueda mejorar considerablemente la vida de las clases populares o sectores marginales olvidados por las élites dirigentes; obviamente no podía faltar el abierto rechazo a las políticas de los Estados Unidos, ente visto como el promotor y causante del sometimientos de las economías de las naciones del Tercer Mundo, y razón por la cual ambas naciones optarían por otras vías para sus sustentación económica e, incluso, para las necesidades militares pertinentes<sup>532</sup>.

Ambos gobernantes poseían una idea casi redentora o mesiánica, especialmente Velasco con su idea de moralizar al Perú, sobre la labor del gobernante y su tarea por las naciones. No esperaban que las reformas implementadas terminaran en su período de gobierno, algo mucho más difuso en el caso peruano, sino que asumían el rol de caudillos sin llegar a serlo en el que producían un cambio global en la historia del país, “el cual ha sido abusado sistemáticamente por la barbarie de los sistemas económicos y oligárquicos de los regímenes conservadores anteriores”<sup>533</sup>. Esto último fue la principal razón por la que en ambos lados de la frontera se aceptase e impulsase el concepto de “Revolución” como bandera de lucha y proyecto futuro a seguir, aunque, no obstante, la revolución variaba dependiendo del lado de la Línea de la Concordia en que uno se encontrase. Así lo diría Allende en Lima:

Tuve la grata satisfacción de poder contestar en el mismo lenguaje del Presidente del Perú, en el lenguaje del pueblo de mi patria expresado por mí. Allá y aquí luchamos y alcanzaremos la victoria. Realizaremos las grandes y profundas transformaciones que la realidad de nuestros pueblos reclama. Lo que hagamos por el hombre del Perú y por el hombre de Chile, tendrá contornos latinoamericanos, porque juntos luchamos por la independencia de este continente. / Yo represento, también, un gobierno revolucionario<sup>534</sup>.

Sin embargo, podríamos decir que la concordancia llegó más allá de lo meramente formal. Fue en el marco de su extensa gira por Naciones Unidas, Cuba, la Unión Soviética y México; que el presidente Allende se entrevistó con el presidente peruano durante una breve escala técnica que se realizó en la ciudad de Lima el 24 de noviembre de 1972. Desde un primer momento las relaciones entre Chile y Perú se mostraron tranquilas y sin la menor perturbación, especialmente cuando Allende fue el primer mandatario extranjero en visitar el Perú después que se instaurara el régimen castrense, algo para nada despreciable<sup>535</sup>. Tampoco era despreciable que en su primer discurso como presidente de Chile en el Estadio Nacional, frente a miles de chilenos, citara al mandatario peruano:

---

<sup>532</sup> Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: “Rumores de Guerra en Arica. 1974 a 198: Años de Tensión y Conflicto. Las Relaciones Político-Sociales de Chile y sus Vecinos”, *Seminario para optar al título de Profesor en Educación Media en Historia y Geografía*, Universidad de Tarapacá, 2005, p. 50.

<sup>533</sup> Idem.

<sup>534</sup> Discurso en la Municipalidad de Lima, 2 de septiembre de 1971. En ARCHIVO SALVADOR ALLENDE: n°1, p. 38.

<sup>535</sup> *El Mercurio*, 25 de noviembre de 1972, pp. 1-12.

Excúsenme, compañeros, que en esta tarde de fiesta y ante las delegaciones de tantos países que nos honran con su presencia, me refiera a temas tan dolorosos. Es nuestra obligación y nuestro derecho denunciar sufrimientos seculares, como dijo el presidente peruano Velasco Alvarado.

“Una de las grandes tareas de la revolución es romper el cerco del engaño que a todos nos ha hecho vivir de espaldas a la realidad.”

Ya es tiempo de decir que nosotros, los pueblos subdesarrollados, fracasamos en la historia<sup>536</sup>.

Pero esto quedó más aún de manifiesto cuando en la pequeña entrevista ambas naciones reafirmaron su solidaridad “contra la agresión imperialista de cualquier tipo”, además de recordar “la solidaridad que el Perú ha aportado a Chile en su conflicto ante las agresiones económicas”. Allende explicó a la prensa peruana como el proceso de socialización en Chile proseguía su avance raudo, contrariando a los que sostenían ciertos organismos internacionales, y recalcó que los embajadores, Fuerzas Armadas, Carabineros y Servicios de Investigaciones apoyaban al Gobierno Chileno durante el período de crisis que pasaba el país.

Por otro lado, fueron las pequeñas muestras de amistad lo que revela que las relaciones entre Chile y Perú se hallaban en el punto de lo “cordial”, al menos eso es lo que dejaba entrever la prensa: “El presidente chileno descendió [...] y se estrechó en un fuerte abrazo con su colega peruano, en tanto que unas 2000 personas, sindicalistas en su mayoría y un grupo de escolares, aplaudían y daban vivas a los dos países y sus mandatarios”, así informaba *El Mercurio* sobre la visita de Salvador Allende a Lima. Aunque esto se podría interpretar como una mera pantomima con el fin de mantener las formalidades que exige el mundillo de las relaciones internacionales, ello quedaba un tanto de lado cuando el mismo representante de la Unidad Popular tanteó la posibilidad de devolución del monitor Huáscar, dado que “todo lo que implique solidaridad debe ser considerado”. Si aquello no era un intento de demostrar buenas intenciones, entonces no sabemos qué más podría ser.

Al arribar al aeropuerto, la esposa del presidente chileno besó en la mejilla a su amiga, conyugue del mandatario peruano, mientras intercambiaban suntuosos regalos. Más allá de la típica parafernalia, los puntos tratados entre ambas autoridades fueron desconocidos para la prensa pues se le prohibió la entrada a la sala de conferencias; empero, el presidente Juan Velasco Alvarado sostuvo que “Hemos estado de acuerdo sobre todos los puntos de interés común, como que ese acuerdo existe primeramente entre las naciones del Tercer Mundo y más todavía entre las naciones revolucionarias”. Mientras que, en la otra esquina, Salvador Allende expresó que estaba “vivamente agradecido por la actitud solidaria del Gobierno y pueblo peruano”, además de agregar que “con el Presidente Velasco, hemos reafirmado nuestro común propósito de ideales hemisféricos y unión de nuestros países. Deseo que muy pronto tenga la oportunidad de recibir en Santiago al Presidente Velasco, mi amigo, y retornar las atenciones y finezas de que he sido objeto en tierra peruana”. “Hubo completo acuerdo en los temas tratados”, sostuvo el Presidente Juan Velasco Alvarado; sin embargo, tales temas solo se enfocaron en el derecho de los países de disponer libremente de sus recursos naturales, particularmente en lo referente al cobre<sup>537</sup>.

---

<sup>536</sup> Discurso en el Estado Nacional al tomar posesión del gobierno, 5 de noviembre de 1970. En Frida MODAK: *Op. Cit.*, p. 30.

<sup>537</sup> *El Mercurio*, 1 de diciembre de 1972, pp. 1-12.

Pero, como hemos dicho, aquel período de calma fue más allá de lo meramente formal, incluso podríamos decir que una amistad se llegó a entablar entre las cabeceras de ambos Estados. La relación directa entre ambos mandatarios fue, por decirlo menos, de lo más óptima, algo que no se veía desde antes de la Guerra del Pacífico, y es que Allende reconoció en Velasco a su par revolucionario, afirmando que él también luchaba por “conducir a su pueblo hacia las grandes avenidas de la auténtica democracia y libertad”<sup>538</sup>. Desde aquel entonces, como amigos que se conocieran desde años, se reconocerían como “Chicho” y “Chino”, sus apodos familiares, mientras que sus cancilleres procurarían seguir marchando al mismo paso en lo exterior<sup>539</sup>. El embajador Jerez contaba que existió una verdadera química entre ambos: “floretearon con ingenio y picardía como si hubieran sido viejos camaradas”. Incluso, como lo recordaría el General Aníbal Meza, Velasco se enorgullecía de sus relaciones con Allende, le decía cariñosamente “Allende” por su parecido al mandatario chileno<sup>540</sup>. El mandatario chileno, en su paso por Lima, dejó en claro aquella simpatía por el proceso peruano:

Con qué honda e íntima satisfacción yo puedo expresar que Perú y Chile tienen un Gobierno que legítimamente han heredado, para cumplir la misión histórica de completar la independencia política y alcanzar la independencia económica que posibilite nuestra plena soberanía. [...] Esta puerta, yo lo sé, señor Alcalde, está abierta para las mujeres y los hombres de Chile. Abiertas están también las amplias de mi patria, en el litoral o en la montaña, en el norte o en el sur, en las tierras, en la universidad o en la usina, para que llegue a ella<sup>541</sup>.

Aquello difícilmente podía ser de otra manera, pues, más allá de los añejos nacionalismos y como lo ha dicho Rodríguez Elizondo, se produjo una mutación de los revolucionarios peruanos internacionalistas. Tanto Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Stalin y Mao les habían enseñado, tanto a peruanos como chilenos, a interpretar la Guerra del Pacífico en clave materialista-histórica. “El imperio británico, apoyado en las fuerzas represoras de las oligarquías andinas habrían introducido ese conflicto para apoderarse de las riquezas naturales de sus pueblos. Chilenos, peruanos y bolivianos eran hermanos que debieron enfrentarse, para mayor provecho del capital británico personalizado en Thomas North”. Ahora los hijos de Albión eran quienes cultivaban los resquemores entre las naciones latinoamericanas y, como se hubiera hecho antaño con la Guerra contra el decadente imperialismo español, peruanos y chilenos debían aunar fuerzas en contra de este enemigo común. Al menos aquella era la interpretación que los líderes de la época se hacían, cosa que los llevaría a emprender una especie de cruzada frente a los intereses norteamericanos en América Latina.

Eso es lo que Allende dejaba ver en 1971, cuando sostenía que “Estamos satisfechos de poder decir al pueblo y al Gobierno del Perú que no están solos en su lucha contra el

---

<sup>538</sup> Discurso en la Municipalidad de Lima, Perú, 2 de septiembre de 1971. En Frida MODAK: *Op. Cit.*, p. 328.

<sup>539</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú: el Siglo que vivimos en Peligro*, COPESA, Santiago, 2004, p. 46.

<sup>540</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en tensión”, Cap. II, *Serie Histórica de La Segunda*, 3 de agosto de 2007, p. 2.

<sup>541</sup> Discurso en la Municipalidad de Lima, 2 de septiembre de 1971, pp. 38-39.

imperialismo”<sup>542</sup>, al menos así lo diría al semanario limeño *Oiga*. Esto también lo dejó de manifiesto, aunque ahora en un foro de mayor relevancia internacional como lo es la asamblea de las Naciones Unidas en Nueva York en 1972:

Habíamos previsto dificultades y resistencia externas para llevar a cabo nuestro proceso de cambios, sobre todo frente a la nacionalización de nuestros recursos naturales. El imperialismo y su crueldad tienen un largo y ominoso historial en América Latina, y está muy cerca la dramática y heroica experiencia de Cuba. También lo está la del Perú, que ha debido sufrir las consecuencias de su decisión de disponer soberanamente de su petróleo<sup>543</sup>.

El Perú tampoco no se quedaba corto en la defensa de Chile frente al imperialismo norteamericano, así lo dejaba en claro el ministro de Relaciones Exteriores Miguel Ángel de la Flor: “Rechazamos y condenamos las medidas coercitivas a través de enmiendas como la Hickenlooper, la Pelly y otras más, cuyas finalidades era establecer presión de carácter político, económico y financiero, sobre aquellos países que tomaban actitudes nacionalistas sobre sus recursos naturales. Como nosotros nacionalizamos la IPC, la Cerro Pasco Co. y la Marcona Company, apoyamos decididamente las nacionalizaciones de sus materias primas, como a Chile con su cobre”<sup>544</sup>. Incluso se llegó a agradecer este apoyo peruano frente a las Naciones Unidas:

Es justo mencionar las reiteraciones de solidaridad del presidente del Perú, hechas durante la conversación que sostuve con él hace horas, y señalar la fraternal recepción que me brindan el presidente y el pueblo mexicano en la grata visita que acabo de realizar a su nación [...] En menos de una semana, acaban de ocurrir hechos que convierten en certeza nuestra confianza de que venceremos pronto en la lucha entablada para alcanzar dichos objetivos. La franca, directa y cálida conversación sostenida con el distinguido presidente del Perú, general Juan Velasco Alvarado, quien reiteró públicamente la solidaridad plena de su país con Chile ante los atentados que acabamos de denunciar ante ustedes<sup>545</sup>.

No negamos que este apoyo podría a llegar a responder a una cuestión netamente fraternal y de solidaridad entre países hermanos, frase que a muchos les encanta esgrimir; no obstante, si se mira con algo más de detenimiento, y espíritu cínico, la defensa ante el imperialismo respondía más a asegurar su propio proceso de nacionalización, pues, como lo vería Frei Montalva en su tiempo, más preferible era levantar un bloque defensivo frente a los Estados Unidos que lanzarse en una cruzada de un solo hombre. Era menester trabajar en conjunto para concretar las reformas básicas planteadas en sus programas de gobierno, y ello iba más allá de los lazos de hermandad. Era simple y llana supervivencia.

---

<sup>542</sup> *El Mercurio*, 16 de enero de 1971, p. 31.

<sup>543</sup> Exposición en el XXVII período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, 4 de diciembre de 1972. En Frida MODAK: *Op. Cit.*, p. 132.

<sup>544</sup> Entrevista a Miguel Ángel de la Flor, General de División EP, Ex Ministro de Relaciones Exteriores. En María del Pilar TELLO: Vol. 1, p. 66.

<sup>545</sup> Exposición en el XXVII período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, pp. 145-151.

Allende mismo dejó en claro que la experiencia chilena frente a los capitales norteamericanos era la misma que el Perú había experimentado tan solo unos cuantos años atrás:

Chile está ahora ante un peligro cuya solución no depende solamente de la voluntad nacional, sino de una vasta gama de elementos externos. Me estoy refiriendo a la acción emprendida por la Kennecott Copper. Acción que, como expresó la semana pasada el ministro de Minas e Hidrocarburos del Perú en la Reunión Ministerial del Comité Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre (CIPEC), trae a la memoria del pueblo revolucionario del Perú un pasado de oprobio del que fuera protagonista la Internacional Petroleum Co., expulsada definitivamente del país por la revolución<sup>546</sup>.

Por otro lado, estaba el tema de la “peligrosidad” que suponía el Gobierno Peruano y chileno frente a los intereses norteamericanos, cosa que si es vista con retrospectiva, y considerando la intervención de la CIA en los asuntos nacionales, podríamos decir que Allende tenía todas las de perder. Miembros del alto mando peruano de la época se encargarían de confirmarlo: “El régimen de Allende era un régimen socialista. Nosotros no éramos ni capitalistas ni comunistas. Allende podía hacer una nueva Cuba, nosotros no. El régimen de Allende para ellos rompía el esquema y por otro lado Chile, estratégicamente, por ser el vigía del Estrecho de Magallanes, una vía alternativa al Canal de Panamá, tiene más importancia que el Perú. Un régimen pro cubano en una vía alternativa tenía mayor gravitación en los problemas de seguridad, que el Perú”<sup>547</sup>. Aquello en palabras de Edgardo Mercado Jarrín. Misma postura sostenida por Miguel Ángel de la Flor: “Teniendo en cuenta el objetivo político y el de la seguridad de su país, tener en el sur un país comunista que controlaba una de las vías de comunicación y de abastecimiento petrolero, como lo es el Estrecho de Magallanes, era sumamente peligroso para los Estados Unidos. Yo pienso, que ellos consideraban más peligroso un gobierno declarado comunista que uno revolucionario y nacionalista”<sup>548</sup>.

Sin embargo, mientras más tomamos en cuenta los dichos del alto mando peruano, más caemos en cuenta que, quizás, el Perú también daría muchos dolores de cabeza al tío Sam; de hecho, por su parte, Rolando Gilardi Rodríguez diría que la peligrosidad vendría de “supongo que ambos. Uno por su ideología comunista y el otro por las medidas radicales que tomaba. El gobierno de Velasco aunque no era comunista afectaba, por su orientación nacionalista, a las grandes empresas transnacionales”<sup>549</sup>. No obstante, los dichos más reveladores son los del General Morales Bermúdez, quien sucedería a Velasco tras 1975, y el General Leónidas Rodríguez Figueroa. El primero de ellos estaba muy convencido que la amenaza de los intereses norteamericanos venía más desde el Perú que desde Chile: “Para Estados Unidos era más peligroso el gobierno del Perú, el gobierno de la Fuerza Armada [...] En parte por la ubicación. Chile tiene una ubicación austral, limitando con Argentina,

---

<sup>546</sup> Ibidem, p. 137.

<sup>547</sup> Entrevista a Edgardo Mercado Jarrín, General de División EP, Ex Ministro de Relaciones Exteriores, Ex Primer Ministro de Guerra y Comandante General del Ejército. En María del Pilar TELLO: Vol. 1, pp. 302-303.

<sup>548</sup> Entrevista a Miguel Ángel de la Flor, p. 76.

<sup>549</sup> Entrevista a Rolando Gilardi Rodríguez, Teniente General FAP, Ex Ministro de Trabajo, Ex Ministro de Aeronáutica, Ex Comandante General de la Fuerza Aérea. Ibidem, p. 204.

un país que era bastante amigo de los Estados Unidos, y que, hasta cierto punto, podía neutralizar cualquier traslado de corriente socialista. En cambio la situación del Perú como corazón del sistema e inclusive del Grupo Andino, vitalizando durante el Gobierno Revolucionario, determinaba que la trasmisión de este proceso planteaba una posición más delicada para Estados Unidos<sup>550</sup>. En concordancia a la postura de Morales Bermúdez estaba la de Leónidas Rodríguez, quien creería que el Perú supondría una mayor amenaza por el hecho de estar liderado por militares y promulgar una postura de corte nacionalista, incluso considerando que no intentaban exportar su modelo a los demás países latinoamericanos. Misma posición que mantendría el General Javier Tantalean Vanini<sup>551</sup>.

Según el Almirante José Arce Larco: “Ellos pensaban que se estaba gestando una nueva Cuba a pesar que yo les decía que no era así. Era represalia no nos querían dar ni tachuelas. En esto jugaba ya además una activa política exterior de nuestros vecinos... Después de la caída de Allende en Septiembre de 1973, la CIA orientó sus baterías contra el gobierno del General Velasco<sup>552</sup>. En sus propias palabras, Chile funcionó como una especie de escudo frente a las intenciones norteamericanas: “Allende los mantuvo ocupados hasta Septiembre de 1973 y después pasan el esfuerzo al Perú<sup>553</sup>. De tal manera, el buen entendimiento chileno-peruano durante el gobierno de Allende, sin negar que pudiera llegar a ser producto de un sincero deseo de acercamiento, también respondió a la necesidad de mera supervivencia. Según esta lógica, apoyando el proceso de reformas chileno, véase la estatización, la nacionalización y el marcado sesgo socialista de todo aquello, sin hablar de los amigos que Chile se granjeaba a nivel internacional; el Perú lograba desviar las miradas más hostiles de su propio proceso interno, después de todo, nadie quería una segunda Cuba en el continente. Muy amigos pudieron llegar a ser Allende y Velasco, pero a la hora de lidiar con todo el poderío del norte, aquello valía absolutamente para nada.

¿Pero cuándo fue que aparecieron los nubarrones en el horizonte? De partida, podríamos decir que nunca desaparecieron y los pequeños destellos de luz a través de las nubes solo eran la antesala de la posible tormenta que se avecinaba. En agosto de 1967, el agregado naval peruano remitió a sus superiores un informe, obviamente secreto, donde advertía que, ante la gravedad de las dificultades políticas internas del Gobierno Chileno, éste podría iniciar un conflicto armado a fin de desviar la atención de la población y fomentar la unidad del pueblo chileno frente a su enemigo histórico. Según lo estipulaba el escrito, las víctimas potenciales de la supuesta agresión chilena serían el Perú, principalmente por lo accesible de sus fronteras, sus cuantiosas fuentes de riqueza y la extendida animadversión hacia los peruanos entre la población chilena. Muy al contrario de lo que ocurría con Argentina, la cual ya se hallaba bien protegida por su superioridad militar y la Cordillera de los Andes, mientras que Bolivia, adversario más pobre y débil, tampoco resultaba una opción viable, ello por lo agreste de su territorio, lo que impediría una definición rápida de la guerra<sup>554</sup>. Incluso durante el período se llegaron a denunciar una serie de maquinaciones para

---

<sup>550</sup> Entrevista a Francisco Morales Bermúdez, General de División EP, Ex Ministro de Economía y Finanzas, Ex Primer Ministro de Guerra y Comandante General del Ejército, Ex presidente de la República. En María del Pilar TELLO: Vol. 2, p. 36.

<sup>551</sup> Entrevista a Leónidas Rodríguez Figueroa, General de División EP, Ex jefe del Sistema Nacional de Movilización Social, Ex Comandante General de la Segunda Región Militar. / Entrevista a Javier Tantalean Vanini, General de División EP, Ex Ministro de Pesquería. En María del Pilar TELLO: Vol. 2, pp. 76-77; 145.

<sup>552</sup> Entrevista a José Arce Larco, p. 21.

<sup>553</sup> Ibidem, p. 34.

<sup>554</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 29.

enturbiar las relaciones chileno-peruanas, las cuales responderían a ciertos sectores de la prensa peruana y extranjera. Uno de ellos fue el director de la revista *Caretas*, Enrique Zileri, quien fue deportado en mayo de 1969 bajo el cargo de complotar con miembros del despuesto régimen de Belaúnde Terry para fomentar un ataque chileno contra el Perú<sup>555</sup>.

Lo más curioso de aquello es que el informe fue redactado precisamente en el período en que las relaciones oficiales entre Chile y Perú estaban a un muy buen nivel, y aunque las acusaciones de armamentismo abundaban en la prensa de la época, muy pocos veían un conflicto acercándose. En el gobierno, cuando la cercanía llegó a su mejor punto, el escenario no parecía favorable a una posible confrontación; no obstante, cuando los problemas internos inundaron hasta al cuello al líder de la Unidad Popular, la tentativa de una agresión externa aparecía.

Lo curioso era que ahora se intentaría aprovechar la caótica situación interna para propiciar un ataque hacia Chile, cuando en un principio los mismos peruanos creían la posibilidad de un ataque chileno por aquella misma razón. Una de las pocas pruebas documentales, nos dice Rodríguez Elizondo, sobre este peligro externo es la carta pública del 28 de mayo de 1973, que enviara la directiva del Cuerpo de Generales y Almirantes en retiro a Salvador Allende. En ella se hace énfasis en el riesgo para la seguridad nacional que implicaba la violencia política y la crisis económica. En un párrafo destacan ‘la seguridad nacional requiere que haya solidaridad humana, para que se pueda lograr el incremento del potencial de la nación’<sup>556</sup>.

Otro documento que habla de lo tenso de la situación fue la misiva elaborada por quince oficiales generales y la cual fue entregada en agosto de 1973 al Jefe del Ejército, General Carlos Prats, quien entonces servía como ministro de defensa. El documento, que solo vio la luz tras la caída de Allende, advertía de la amenaza del norte y de la “Hipótesis Vecinal Norte”, pues ya se percibía que ‘Bolivia y Perú miran con creciente atención el deterioro de nuestra economía’, una debilidad funcional a sus intereses revanchistas, al menos aquello era lo que decían<sup>557</sup>. De forma simultánea, miembros del Instituto de Estudios Generales, que aglutinaba a intelectuales contrarios a Allende, preparaban un libro que solo fue publicado tras los hechos del 11 de septiembre, y en el cual el periodista Tomás P. Mac Hale hacía alusión al aislamiento de Chile en los planos económicos y diplomáticos para concluir que aquello favorecía a las pretensiones revanchistas de nuestros vecinos nortños. Esto llegó al punto que Luis Jerez Ramírez, militante socialista y embajador de Chile hasta el golpe de Estado, reconoció la existencia de este revanchismo que afloraba en los últimos días de Allende. En un libro publicado tras su exilio en Holanda, escribía que la excelente relación de Allende con Velasco ‘en modo alguno superaba el problema que permanecía subyacente, como un morbo inagotable, en condiciones de emerger a la superficie en el instante en que las condiciones se mostraren propicias’<sup>558</sup>. Jerez sostenía que “el Perú no había olvidado la humillación de la derrota y la pérdida de extensos territorios. El recuerdo persiste vivo, particularmente en las Fuerzas Armadas, en las cuales produjo un efecto traumatizante”<sup>559</sup>.

---

<sup>555</sup> Ibidem, p. 30.

<sup>556</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 158.

<sup>557</sup> Idem.

<sup>558</sup> Ibidem, p. 159.

<sup>559</sup> Luis JEREZ RAMÍREZ: *Ilusiones y Quebrantos: desde la Memoria de un Militante Socialista*, Forja Editorial, Santiago, 2007, p. 71.

Desde la misma embajada chilena en Lima, un documento de abril de 1972, en su título II, exponía lo anterior con mucha más claridad:

Hoy la experiencia cotidiana nos muestra que entre los grupos económicos y políticamente más poderosos subsiste un fuerte sentimiento revanchista, antichileno. Este sentimiento, real, concreto, no imaginario, se manifiesta de mil maneras diferentes. El Perú más consciente, más dinámico, no ha olvidado la humillación de la derrota y la pérdida de territorios. El recuerdo se encuentra particularmente vivo entre los miembros de las Fuerzas Armadas, hoy gobierno, para las cuales, al decir de uno de los mejores y más dedicados analistas de la realidad castrense peruana, la derrota fue una experiencia traumatizante. Uno de los elementos utilizados para mantener vivo este sentimiento revanchista es la enseñanza de la historia. Pese a los esfuerzos de nuestra embajada, los textos escolares están llenos de odiosas referencias que van creando una imagen de peligrosos antichilenismos, que permanece vivo, latente, como una reserva de odio lista para ser utilizada cuando sea oportuno<sup>560</sup>.

Pero razones por las cuales desconfiar no les faltaban a los peruanos, más cuando tras el Paro de Octubre de 1972 muchos militares comenzaron a ocupar puestos en el gobierno y las compras de armas en el sur habían comenzado tras el alzamiento de Viaux en 1969. Aquellos desarrollos políticos y militares inquietaron enormemente a Velasco, pues si bien Allende se mostraba como un personaje amigable al Perú, su permanencia en el cargo estaba lejos de ser segura. Los hechos de septiembre de 1973 así lo demostraron.

La noticia del derrocamiento de Allende fue como un valde de agua fría para el Gobierno Peruano, más cuando el traspaso del poder a los militares en Chile generó problemas inmediatos, empezando por la falta de información sobre los propósitos del nuevo gobierno y lo que ocurría a un nivel interno. Según lo expresa Torres Laca, se debió implementar un Plan de Inteligencia Conjunto para coordinar las acciones de los distintos organismos de inteligencia peruanos y un programa de capacitación de personal diplomático en inteligencia militar. Ello se sumó a los inconvenientes provocados por los constantes ataques al Régimen chileno por parte del diario *Expreso*, muy vinculado al régimen militar; para evitar mayores tensiones con el vecino del sur, se presionó al periódico para que terminase su campaña. Finalmente, Perú debió lidiar con el creciente flujo de refugiados políticos que escapaban del territorio chileno, los cuales, para sorpresa, fueron considerados como una quinta columna en caso de un conflicto posterior, ahí que se implementaran operativos de inteligencia y se los embarcase a Cuba<sup>561</sup>. Con posteridad, la compra de armamento y el llamado al servicio activo a las reservas del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea fueron eventos interpretados como claramente dirigidos contra el Perú, pues, en la opinión del mismo Mercado Jarrín, por aquel entonces Primer Ministro, “Los militares chilenos habrían tomado el poder por razones de seguridad nacional a fin de estar bien preparados antes de 1979, año del centenario de la Guerra del Pacífico”<sup>562</sup>.

---

<sup>560</sup> Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Chile-Perú: Al Borde de una Guerra, 1974*, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE), Santiago, 2000, p. 40.

<sup>561</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 36.

<sup>562</sup> Idem.

Y esto no solo era algo que se podía ver en las esferas peruanas más altas, sino que permeó, muy profundamente, a la prensa y a las publicaciones. Quizás la más reveladora, sino que derechamente provocadora, fuera la de Eleodoro Ventocilla, titulada *Chile Prepara otra Guerra* (1970). Si bien fue publicada en el gobierno de Frei, sus dichos cobrarían su más profundo sentido una vez que los militares chilenos se hicieran con el poder:

Sin problemas limítrofes ni situaciones de tensión en las heladas aguas del Estrecho, cerca al Canal Beagle, en las zonas nevadas de Lago Salado o la Palena, sin el justo y permanente reclamo de Bolivia para que sea restituido su litoral en el Pacífico, Chile no tendría obstáculo alguno para “marchar hacia el Norte, que es la permanente consigna de Portales y el objetivo del armamentismo chileno”<sup>563</sup>.

A pesar de que en el Gobierno de Allende se logró un “entendimiento”, ello no solo fue el producto de la buena disposición de las partes, sino que respondería más a la necesidad propia de preservación. Los resquemores jamás desaparecieron durante la corta estadía de Allende en el Poder y menos lo harían tras la llegada de Augusto Pinochet, quien rápidamente purgaría a los elementos antagónicos a su gobierno. La situación del Perú tras el 73 era desoladora, la visión del Perú líder del Tercer Mundo y portavoz de los países latinoamericanos se vino abajo tras el golpe, y es que ahora se hallaba sitiado, rodeado de gobiernos militares de corte de derecha: Brasil, Argentina y Chile. La percepción desde el Perú era clara: un peligro evidente y latente que se enmarcaba en una peligrosa coyuntura.

Bien decía el viejo adagio: “cuando veas desacuerdo entre tus enemigos, ve y siéntate con tus amigos; pero, cuando los veas actuando como una sola mente, toma tu arco y pon piedras en tus murallas”. Aquello fue precisamente lo que Velasco hizo.

\*\*\*

---

<sup>563</sup> Eleodoro VENTOCILLA: *Chile Prepara Otra Guerra: Argentina, Bolivia y Perú Amenazados*, Gráfica Mundo, Lima, 1970, p. 116.

## CAPÍTULO IV: NUBARRONES EN EL HORIZONTE

### I. Problemas en el Sur: el Régimen Militar Chileno

*Si vale más ser amado que temido, o temido que amado.  
nada mejor que ser ambas cosas a la vez;  
pero puesto que es difícil reunir las y que siempre ha de faltar una,  
Declaro que es más seguro ser temido que amado.  
(Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*)*

El Palacio de la Moneda en Iquique era el fiel reflejo y antesala de lo que deparaba a los chilenos y el carácter revolucionario mismo del gobierno que sucedería a Allende, ello no en el sentido connotativo, sino en su aspecto denotativo más recalcitrante, pues del fuego de aquel 11 de septiembre de 1973 todo, absolutamente todo, sufriría una vuelta de tuerca, sin llegar a importar los niveles de violencia que ello conllevaría. Desde un comienzo, los hechos de violencia de aquella mañana de primavera, desde el derrocamiento de Salvador Allende, hasta los tanques rodeando el palacio presidencial, dejaban algo más que en claro: aquella acción de los militares pasaba por ser algo más que un mero golpe de Estado. Eran 50 años de continuidad democrática que eran echados al trasto de la basura, misma situación que pasaba con la Vía Chilena al Socialismo. Lo que antaño se destacó por ser una democracia, con sus altos y bajos, ahora el poder solo era concentrado por la Junta de Gobierno, integrada por las cabezas de cada una de las ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros: Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh Guzmán; Comandante en Jefe de la Armada, José Toribio Medina, y el General Director de Carabineros, César Mendoza Durán. Organismo liderado, como no podía ser de otra forma, por el Ejército y el Comandante en Jefe Augusto Pinochet Ugarte, ascendiendo este último logrando el control total de la Junta y el país. Alterando el tradicional sometimiento de las Fuerzas Armadas al poder político civil, el primer acto de la Junta Militar fue constituirse a través de un Decreto Ley en el mando supremo de la nación. En este punto si bien resultaría extenuante detenerse en cada una de las medidas y políticas adoptadas por el nuevo gobierno dirigido por Pinochet, resulta curioso que, en un mundo bipolar, en que cada una de las acciones que se tomaran internamente condicionan directamente la inclinación por uno y otro bando, obviamente lo interno influiría en lo externo. El Chile de 1973 no sería la excepción.

Desde un comienzo, el gobierno dirigido por la Junta demostró que no solo se trataba de una aventura armada como las de antaño, sino que pasaba más por ser un proyecto que buscaba la transformación completa de Chile; no obstante, a pesar de las apariencias, la consolidación misma del régimen dentro de las Fuerzas Armadas solo se produce después del golpe mismo, pues antes no había una pretensión clara de hacerse con el poder por tanto tiempo. Incluso se llegó a pensar que existía la posibilidad de retornar al sistema democrático, pues, a tan solo cinco días del golpe, Pinochet anunciaba “Chile volverá a su tradicional sistema democrático”, aquello predispuesto para 1975 o 1976<sup>564</sup>. Lo cierto, es que a partir de octubre de 1973 la idea misma de restaurar la democracia, y por ende ser tutelada por las mismas Fuerzas Armadas, comenzó a ser vista como el problema, como la

---

<sup>564</sup> Cristián GAZMURI: *Op. Cit.*, p. 362.

causa misma de la crisis de 1973. Por aquellas razones, el golpe militar solo adquirió carácter institucional solo a un año del “gran día”, aunque aquello no intervino en lo más mínimo en el proyecto que tenían planeado para Chile, o al menos en la visión que tenían del “nuevo” Chile.

Un proyecto de tal radicalidad quedó de manifiesto en los continuos bandos publicados para la población chilena, así como la magnitud misma del terror asociada al primer día del “nuevo Chile”. A la par de su carácter represor, también resaltaba esta intención refundacional que impulsaba a los militares a perpetuarse en el poder; después de todo, el utilizar términos como “Dios” e “Historia” en los bandos publicados dejaba entrever el hecho que las ramas de las Fuerzas Armadas supuestamente respondían a una misión superior, casi divina. Así, por ejemplo, en el bando n°5 se estipulaba que:

Son, a la luz de la doctrina clásica que caracteriza nuestro pensamiento histórico, suficientes para justificar nuestra intervención para deponer al gobierno ilegítimo, inmoral y no representativo del gran sentir nacional, evitando así los mayores males que el actual vacío del poder pueda producir, pues para lograr esto no hay otros medios de razonamientos exitosos, siendo nuestros propósitos restablecer la normalidad económica y social del país, la paz, tranquilidad y seguridad perdidas<sup>565</sup>.

Un lenguaje bastante sobrio y sin mayores anhelos que el salvar a Chile de la “perdición”; sin embargo, en aquel mismo documento dejaban en claro que lo iniciado ese mismo día de septiembre, parecía más una cruzada redentora de la chilenidad que un simple y llano golpe de Estado:

Las Fuerzas Armadas han asumido el deber moral que la Patria les impone de destituir al Gobierno que aunque inicialmente legítimo ha caído en la ilegitimidad flagrante, asumiendo el Poder por el solo lapso en que las circunstancias lo exijan, apoyado en la evidencia del sentir de la gran mayoría nacional, lo cual de por sí, ante Dios y ante la Historia, hace justo su actuar y por ende, las resoluciones, normas e instrucciones que se dicten para la consecución de la tarea de bien común y de alto interés patriótico que se dispone cumplir<sup>566</sup>.

Como lo dirían las mismas Fuerzas Armadas, se buscaría “normalizar al país”, cosa que suponía “devolverlo a la senda de la que nunca se debió apartar, implica reencauzarlo hacia lo que deber ser”<sup>567</sup>. Sin embargo, más allá de esta retórica redentora, desde el vamos los militares dejaron en claro que Chile ahora se enmarcaba en los gobiernos de facto, pues se trataba en este caso de una dictadura inédita en el país, con alcances autoritarios y con un rigor avasallador empleado contra los civiles nunca antes visto<sup>568</sup>. El Congreso fue clausurado, declarando el país bajo un estricto estado de sitio, con las cuales quedaron suspendidas las garantías individuales. Se prohibieron los partidos políticos de la Unidad

---

<sup>565</sup> Junta de Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile: Bando n°5, Santiago, 11 de septiembre de 1973.

<sup>566</sup> Idem.

<sup>567</sup> Jorge CHATEAU: *Geopolítica y Regionalización. Algunas Relaciones*, FLACSO, Santiago, 1978, p. 84.

<sup>568</sup> AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, p. 280.

Popular, mientras que los restantes entraron en receso, para luego, allá por 1977, caer bajo la proscripción. La administración pública fue completamente purgada y se vedó toda actividad, manifestación pública u organización política de base. Las elecciones sindicales se suspendieron; el gobierno se reservó el derecho a designar dirigentes laborales y sus reuniones quedaron sujetas a autorización previa de Carabineros. Se disolvió el Tribunal Constitucional, incluso se llegaron a quemar los registros electorales. El toque de queda impuesto en el territorio nacional restringió todo desplazamiento nocturno de la población, además de permitir a los dispositivos castrenses escudarse de cualquier fiscalización pública civil. Por añadidura, en una primera etapa, los sillones ministeriales y otras instancias de gobierno, fueron radicadas preferentemente en militares, admitiéndose solo hasta cierto punto a civiles de probada lealtad a las nuevas autoridades. No obstante, un punto donde el régimen militar destacó enormemente fue en la censura a la libertad de expresión; de hecho, prensa escrita, radio y televisión se vieron amordazadas, mientras lo único que podían emitir debía estar estrictamente sujeto a previa autorización de las Fuerzas Armadas. Es más, en el bando n°15, publicado el mismo 11 de septiembre, se decía:

Se advierte que la emisión de todo órgano de prensa escrita que no sea la debidamente autorizada será requisada u destruida [...] El gobierno Militar está empeñado en lograr una depuración de las publicaciones de prensa<sup>569</sup>.

De los once diarios existentes en Santiago antes del 11 de septiembre de 1973, tan solo quedaban cuatro hacia 1975. Toda revista de izquierda o simplemente progresista desapareció por completo. Esto último también aplicó a las instituciones educacionales, pues las universidades, vistas como caldo de cultivo para las ideas revolucionarias, fueron intervenidas designándose oficiales uniformados o en retiro para ejercer los cargos de rectores delegados, quienes procedieron a exonerar a académicos de larga trayectoria y a la vez tutelar la docencia impartida en los claustros. De ahí también que se hable del período del régimen militar como el periodo de “Apagón Cultural”<sup>570</sup>.

Pero esta ocupación castrense no iría más allá de la simple experiencia que las demás dictaduras a nivel histórico han impuesto: censura, retroceso de las libertades individuales y clausura de toda institución democrática. El terror inicial, de la mano del derrocamiento del gobierno anterior, podía quedar solo en eso, en algo inicial; sin embargo, los militares chilenos extendieron aquel estado de terror bajo el justificativo de una “guerra interna”. Cristián Gazmuri nos ha dado una precisión respecto al por qué de ello, pues Pinochet, siendo un militar sin brillo propio y más bien segundón, vio en su ascenso al poder la oportunidad de “cobrarse”:

El resentimiento es incurable. Su única medicina es la generosidad. Y esta pasión nobilísima nace con el alma y se puede por lo tanto, fomentar o disminuir, pero nunca crearse en quien no la tiene [...] Parece a primera vista que como el resentido es siempre un fracasado -fracasado en relación con su ambición- el triunfo le debería curar. Pero, en realidad, el triunfo, cuando llega, no lo cura jamás. Ocurre, por el contrario, muchas veces, que al triunfar, el resentimiento, lejos de curarse, empeora. Porque el triunfo es para él como

---

<sup>569</sup> Junta de Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile: Bando n°15. Censura y Clausura de Medios de Prensa. 11 de septiembre de 1973.

<sup>570</sup> Cristián GAZMURI: *Op. Cit.*, p. 417.

una consagración solemne de que estaba justificado en su resentimiento, y esta justificación aumenta la vieja actitud. Esta es otra razón de la violencia vengativa de los resentidos cuando alcanzan el poder<sup>571</sup>.

Aquel resentimiento, aunado a una visión de blancos y negros que no aceptaba matices, obviamente justificaría, a su parecer, el estar librando una guerra contra los enemigos de Chile. Solo que ahora, bajo el régimen, él era Chile, por ende, eran sus enemigos, algo así como *L'État, c'est moi* solo que llevado al extremo. Bien diría el General el día posterior al golpe: “La resistencia marxista no ha terminado, aún quedan extremistas. Yo debo manifestar que Chile está en este momento en estado de guerra interna”<sup>572</sup>. Así, las medidas no tendrían parangón. Bajo aquella lupa, las acciones persecutorias hacia los opositores no se atuvieron en lo más mínimo a las convenciones internacionales, las cuales, más que nada por costumbre civilizada, han regido los estados de guerra. De ahí que Sofía Correa no halle impropio el hablar de un estado de terror<sup>573</sup>, más cuando los militares, embriagados de poder acompañado de la falta de disimulo, se vengaron de una larga postergación<sup>574</sup>.

De ahí que tampoco deba sorprendernos que de la incertidumbre inicial, la ferocidad que los militares habían mostrado desde un comienzo se perpetuase a lo largo de casi todo el régimen. Estimaciones actuales estiman que en los dos primeros años de gobierno militar, las bajas civiles ascendieron a un total de 1.500 víctimas, algunas caídas en enfrentamientos que se sucedieron en las postrimerías del golpe; sin embargo, la mayoría de ellas corresponden a detenciones ilegales, fusilamientos, torturas y muertes en campos de detención. Aquella cifra es aún más espantosa cuando se le compara con las tan solo 30 bajas militares en el golpe mismo y en los días siguientes<sup>575</sup>. Sin embargo, aquellos fríos números no alcanzan a dar una verdadera cuenta la real cantidad de chilenos muertos, detenidos y torturados, cuya cifra asciende a miles, al igual que la cantidad de vejaciones y maltratos que cada uno de ellos debió experimentar en carne propia.

Si bien se habló de una tenaz resistencia armada por parte de los partidarios de la UP, que hasta cierto punto la hubo, la confusión inicial del impacto impidió una reacción inmediata capaz de atenuar el golpe, o al menos frenarlo hasta cierto punto. Inicialmente, los opositores a lo único que atinaron fue sobrevivir, siendo el exilio la mejor alternativa. Se ha llegado a calcular que en los primeros años del régimen al menos entre 20.000 y 30.000 chilenos debieron abandonar el país. Los que no tuvieron tanta suerte fueron detenidos forzosamente, en el peor de los casos (en su mayoría), fueron ejecutados de las maneras más crueles posibles. Ello tampoco se restringió a Chile, pues famosa fue la Operación Cóndor, su campaña de terror en el extranjero, la cual se llegó a cobrar la vida de importantes personajes, entre ellos el General Carlos Prats, asesinado en Buenos Aires junto a su esposa en 1974, y el dirigente demócrata cristiano Bernardo Leighton, acribillado en Italia allá por 1975.

El instrumento fundamental del régimen para mantener el control social y político del país, obviamente a través del terror, fue una policía secreta con facultades casi ilimitadas:

---

<sup>571</sup> Ibidem, p. 375.

<sup>572</sup> Verónica VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE: “¡Estamos en Guerra, Señores! El Régimen Militar de Pinochet y el Pueblo, 1973-1980”, en Historia, Vol. 1, n°43, 2010, pp. 166-167.

<sup>573</sup> AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, p. 281.

<sup>574</sup> Cristián GAZMURI: *Op. Cit.*, p. 378.

<sup>575</sup> AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, p. 281.

la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Aunque vale decir que no solo fueron militares quienes participaron de nefastos sucesos, sino que muchas veces se vieron con el apoyo casi incondicional de civiles informantes que ayudaban a los uniformados en sus tareas “redentoras”, y vale aclarar que aquella institución no fue la única de su tipo, pues El Comando Conjunto de la Fuerza Aérea y la Armada en el buque *Esmeralda* también cumplieron su cuota de represión. La creación de este organismo, casi omnipotente, significó perpetuar el estado de guerra interno, más cuando a fines de 1974 pasó a depender completamente de Pinochet, tiempo en que ya se había transformado en Presidente de la República<sup>576</sup>.

En variados aspectos, aquel 11 de septiembre y el régimen militar en general, fue un verdadero terremoto que azotó fuertemente las vidas, concepciones y conciencias de miles de chilenos. Y es que de la mano con aquel “disciplinamiento fáctico”, como lo llama Sofía Correa, el gobierno inició una verdadera carrera por lo que, a creencia de los propios militares, era una verdadera refundación de Chile, seguido de una reconstrucción y restauración. Esta misión, casi suprema, aspiraba a restituir el estado de las cosas antes de la llegada de la UP, cuyo gobierno había incurrido en la “anarquía, asfixia de las libertades, desquiciamiento moral y económica y, en el Gobierno, una absoluta irresponsabilidad o incapacidad que han desmejorado la situación de Chile impidiendo llevarla al puesto que por vocación le corresponde”<sup>577</sup>. De ahí que en la *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*, del 11 de marzo de 1974, la primera línea del documento dejara en claro que “Chile inicia su reconstrucción nacional en los momentos en que una profunda crisis conmueve al mundo”. Más adelante en el mismo documento se especificaría que:

Después de largo tiempo de mesianismos ideológicos y de la prédica de odios mezquinos, el Gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden, con un criterio eminentemente nacionalista, invita a sus compatriotas a vencer la mediocridad y las divisiones internas, haciendo de Chile una gran nación<sup>578</sup>.

Por consiguiente, los miembros de la Junta, además de todos los miembros de sus respectivas ramas, se presentaban a sí mismos como los líderes, casi guiados por la mano de Dios, de una cruzada salvífica y purgatoria. Esto último no era exageración, pues su misión en parte era también entendida como una lucha para salvar a Chile de las garras del marxismo internacional y su intento por destruir las bases de la sociedad chilena: “La alternativa de una sociedad de inspiración marxista debe ser rechazada por Chile, dado su carácter totalitario y anulador de la persona humana, todo lo cual contradice nuestra tradición cristiana e hispánica”<sup>579</sup>. En pocas palabras, había que rechazar a ese socialismo estatizante, volviendo las miras al individualismo. Obviamente, esta cruzada implicaba el extirpar todos los atisbos del antiguo gobierno y los avatares de su tendencia política, además de establecer un fuerte estado represor y controlador contra la misma población, como ya lo hemos visto. Gustavo Leigh, jefe de la Aviación y miembro más duro de la Junta en sus posturas antimarxistas, decía por aquel entonces: “No vamos a descansar hasta que hayamos limpiado

---

<sup>576</sup> Cristián GAZMURI: *Op. Cit.*, p. 382.

<sup>577</sup> Junta de Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile: Bando n°5.

<sup>578</sup> Junta de Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros: Declaración de Principios. Santiago, 11 de marzo de 1974.

<sup>579</sup> Idem.

a nuestro país de estos traidores, sean extranjeros o chilenos”. Años más tarde, el mismo Pinochet diría: “No se mueve una hoja en el país sin que yo lo sepa. Téngalo claro”<sup>580</sup>.

Aquella visión también calaría hondo en el sector militar, pues se llegaron a convencer de que tal misión era algo verídico. Bien diría el Teniente Coronel Luis Venegas Jones: “La “RESTAURACION-NACIONAL” [mayúsculas del autor] no es un “mito”, sino que es una bella realidad”. Con ello continuaría más enfático aún sobre las tareas de la Junta:

El Gobierno actual está integrado por hombres probos, que han demostrado poseer inteligencia, dedicación absoluta a la noble causa que asumieron con patriotismo y sin bastardos intereses personales y, por ello mismo, con el decidido e irrestricto apoyo de los chilenos que ven, en este Gobierno, la solución a todos aquellos problemas que no le permitían, al país, alcanzar el lugar que le corresponde, en general, en el concierto de las naciones del mundo y en particular entre los países latinoamericanos<sup>581</sup>.

Aunque no solo fue el sector militar quien creyó verdaderamente en esta restauración de Chile, pues sectores políticos y civiles más conservadores también así lo creían. Caso emblemático fue el del expresidente Eduardo Frei Montalva, quién en más de una ocasión prestó su prestigio público, así como en privado, a la acción de los militares. Así, por ejemplo, en 1973 para el periódico ABC español, diría: “Los militares chilenos han salvado a Chile [...] El país no tiene más salida salvadora que [...] la Junta”<sup>582</sup>. La Iglesia tampoco se quedó atrás, pues en 1975, en un documento titulado *Evangelio y Paz*, lanzaba fuertes declaraciones en defensa del régimen:

Nosotros reconocemos el servicio prestado al país por las FF.AA., al liberarlo de una dictadura marxista que parecía inevitable y que había de ser irreversible. Dictadura que sería impuesta en contra de la mayoría del país y que luego aplastaría a esa mayoría [...] En ese sentido, creemos justo reconocer que las FF.AA. interpretaron, el 11 de septiembre de 1973, un anhelo mayoritario y, al hacerlo, apartaron un obstáculo inmenso para la paz<sup>583</sup>.

De ahí también que el gobierno militar, a través de su misma *Declaración de Principios*, se reconocía nacionalista, respetuoso de las tradiciones, tendiente a la unidad nacional. Ello implicaba la apropiación de los símbolos patrios, y su enaltecimiento, como un esfuerzo sistemático por imponer una versión unívoca de la historia nacional, a través de programas y reformas curriculares; después de todo, se pretendía “Reivindicar y sembrar en el corazón de cada chileno el ejemplo de nuestra Historia Patria, con sus próceres, héroes, maestros y estadistas, debe transformarse en el acicate más poderoso para despertar el verdadero patriotismo”<sup>584</sup>. De hecho, más de una vez la dictadura llamó a construir un gobierno de “inspiración portaliana” (véase autoritario e impersonal, solo aplicando lo

---

<sup>580</sup> Citados por AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, p. 280.

<sup>581</sup> Luis R. VENEGAS JONES: “Fue Inevitable...”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°376, 1974, p. 24.

<sup>582</sup> Citado por AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, p. 288.

<sup>583</sup> Conferencia Episcopal de Chile: *Evangelio y Paz*, Ediciones Mundo, Santiago, 1975, p. 19.

<sup>584</sup> Junta de Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros: *Declaración de Principios*.

primero), dado que solo así se podría dar “expresión genuina del ser de la Patria y del alma de su pueblo”. Esto último traería sus consecuencias a un nivel internacional.

No obstante, ¿por qué se llegó a insistir con tanta frecuencia en el carácter refundacional del régimen militar? ¿Acaso se llegó a introducir algo inédito una vez que los militares se hicieron con el poder? Nuevamente es Sofía Correa quien nos da una apreciación bastante acertada. De partida, el golpe mismo, con todo su impacto fáctico asentado en una brutalidad sistemática nunca antes vista en el país, dejó en claro que el gobierno se decantaría más por los tintes totalitarios que los democráticos. Como hemos dicho, estrictamente no se trataba de un mero golpe de Estado militar como los del pasado, sino que pasaba en definitiva por algo mucho más permanente, que convertiría a las Fuerzas Armadas en el eje o pilar base para el nuevo orden político por consolidar. En segundo lugar, se trataría de un vuelco mayúsculo que cuestionó, y directamente pasó a llevar, toda institucionalidad heredada hasta aquel entonces, la que pasó a ser percibida como derrotada, carcomida y corrupta por una crisis terminal. En aquel sentido, el golpe militar no solo se empeñó en contra del gobierno de la Unidad Popular, sino que pretendió disciplinar, si es que no castigar o anular a todo el entramado político institucional que se venía gestando en Chile desde principios del siglo XX. Por último, “los militares se propusieron el desafío más radical concebido hasta ahora, nada menos que cambiar la conciencia colectiva del país a partir del ejercicio de la fuerza y de los hechos”<sup>585</sup>. Prueba de ello, si bien pequeño, no deja de ser significativo el hecho que en los colegios primarios y secundarios se impusiera la obligatoriedad de cantar la Canción Nacional todas las semanas, incluyendo la estrofa sobre los “valientes soldados que han sido de Chile el sostén”.

En pocas palabras, y como se diría en el documento titulado *Objetivo Nacional de Chile*, se pretendía “desarrollar un cuerpo de valores morales y espirituales, que constituyan el fundamento del progreso cultural de nuestra sociedad, que estimule sus capacidades y que acrediten los rasgos positivos de la idiosincrasia nacional”<sup>586</sup>. Muchos de los civiles que propiciaron la llegada de las Fuerzas Armadas al poder creyeron que su venida traería consigo una base de valores que servirían para implementar las transformaciones requeridas, más cuando los círculos castrenses aparecían como los portadores de los valores no contaminados del ser nacional. Orden y equilibrio social era lo que decían representar, y aquellos mismos valores se debían traducir al conjunto de la sociedad. Así, “La militarización se tradujo, de esta forma, en la capacidad eventual de las instituciones armadas de poner en el plano de lo nacional los intereses, valores, y perspectivas del quehacer propiamente militar”<sup>587</sup>, Básicamente, se militarizaba al país y se le teñía con fuertes tintes nacionalistas:

El Estado Chileno luchará por la unificación espiritual de todos sus hijos, hermanándolos bajo un solidario concepto de nacionalidad que lo hará revalorizar lo patriótico, histórico y moral de una Patria que ha sido señora en

---

<sup>585</sup> AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, p. 287.

<sup>586</sup> Augusto VARAS: *Los Militares en el Poder. Régimen y Gobierno Militar en Chile 1973-1986*, Pehuén Editores, Santiago, 1987, pp. 31-32.

<sup>587</sup> *Ibidem*, p. 32.

el concierto americano [...] Chile será restaurado bajo una inspiración nacionalista, realista y pragmática para hacer del país una Gran Nación<sup>588</sup>.

Esto se tradujo en, por ejemplo, la punición de toda la actividad artística existente, reemplazándola por una política cultural de corte autoritario, directamente dedicada al combate del marxismo. Bajo la consigna de la “liberación nacional”, se impondrían, paradójicamente, una serie de restricciones y censura en todo ámbito. Lo que antes era diverso y colorido, cargado de creatividad, ahora era reemplazado por una estética militar, que proyectaba la imagen del gobierno hasta en los lugares más recónditos del país, reproduciendo el discurso de las Fuerzas Armadas. En efecto, se intentó, y se logró, llevar a cabo una política cultural nacionalista, capaz de cohesionar a los chilenos, logrando a su vez una unidad geográfica y política, poniendo énfasis en el rescate de las tradiciones y los valores del deber ser nacional; básicamente, en la tradición militar chilena, la cual, por lo demás, se contraponía a la “pérdida del sentido de Nación”, “ideas foráneas” y el “extranjerismo”<sup>589</sup>.

Esta refundación también pasaba por una materia de suma importancia para los militares: lo económico; después de todo, el escenario dejado por el gobierno de Allende en este ámbito distaba de ser alentador. Urge aclarar que desde un comienzo no hay atisbos de la instauración de un modelo de libremercado tal como se aplicaría más tarde, al menos ello si revisamos la *Declaración de Principios* de 1974; de hecho, no había atisbos de alguna planificación, pues decidior era que, por ejemplo, se designase como ministro de educación a un anciano profesor de historia de la Escuela Militar y el de economía a un general que, recordando la mítica frase de Luis XVI, se le oyó decir “la economía de Chile soy yo”<sup>590</sup>. Es más, en la primera etapa del régimen, lo único que se podía visibilizar era, en palabras de Sofía Correa, nada más que un vago neocorporativismo católico de raigambre hispanista-franquista<sup>591</sup>. Lo que sí tenían claro, es que tenían la misión de “extirpar”, nótese el uso del lenguaje médico en la mayoría de las declaraciones, los resabios del antiguo gobierno. Sin embargo, una cuestión era segura: los militares debían hacer frente a la crisis económica, más cuando en los dos primeros años de gobierno ésta se acrecentó de sobremanera. Pero el problema no era de fácil solución, ni mucho menos de salida rápida, pues hacia 1975 aún se dejaban ver los estragos de la crisis económica: “Esta inflación, tanto por las reacciones económicas como las psicológicas difícilmente controlables que ella provoca, constituye la plaga más grande de que padece Chile”<sup>592</sup>.

Déficit fiscal, brusca caída del producto, inversión casi inexistente, una inflación galopante, créditos internacionales congelados, endeudamiento internacional elevado, empresas estatales e intervenidas con un paupérrimo rendimiento, demandas salariales, paralizaciones, huelgas y desabastecimiento de productos básicos. Los síntomas eran claros, más no así la cura. Solo hacia 1975, ante un escenario alarmante, a través de un equipo de trabajo de un poderoso equipo económico asesor ya conformado, se optó un tratamiento de

---

<sup>588</sup> Herbert ORELLANA HERRERA: “La Política y Relaciones Internacionales. Introducción a su Estudio”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°382, 1975, pp. 357-358.

<sup>589</sup> Luis Hernán ERRÁZURIZ: “Política cultural del régimen militar chileno (1973-1976)”, en *Aisthesis*, n°40, 2006, pp. 74-76.

<sup>590</sup> Cristián GAZMURI: *Op. Cit.*, p. 404.

<sup>591</sup> AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, p. 285.

<sup>592</sup> Bernard LAFFITTB: “Chile: Tres Años Después”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°349, 1977, pp. 21-22.

shock, cuyo principal objetivo fue ajustar los gastos en la misma proporción que la caída de los ingresos. En otras palabras, el gasto gubernamental se redujo casi en un cuarto, el déficit fiscal cayó, los aranceles a las importaciones bajaron, el crédito se restringió y las tasas de interés subieron<sup>593</sup>. Sin embargo, el tratamiento no fue rápido, pues la tasa de desempleo subió casi un 9.7%, mientras que la inflación reaccionó con lentitud y se mantuvo en 341% en 1975 y en 1976 seguía siendo alta (174.3%).

Este paquete de severas medidas fue acompañado de otras tantas que daban a entender que se trataba efectivamente de un nuevo modelo económico y no simplemente un programa de estabilización y recuperación económica. Junto con sanear la hacienda pública, se exigió a las empresas estatales que se autofinanciasen, al tiempo que se disminuía en forma drástica los funcionarios públicos. A la par, se condicionó a los agentes económicos privados, acostumbrándoles a la idea de que ahora funcionaban en un orden nacional e internacional más competitivo, sin la protección del Estado. Bajo este mismo criterio, el ámbito financiero empezó a ser desregulado, se privatizaron numerosos bancos y empresas. Finalmente, y en un sentido más profundo, se aceptó la idea de que el costo social, a la larga, era preferible que seguir bajo los esquemas que entorpecían el crecimiento. Por demás, aquel costo social fue enorme<sup>594</sup>. Si a fines de los 70 se hablaba del “milagro” chileno, ello solo era para algunos pocos.

Aquel modelo económico podría haber abogado por la libertad, pero su aplicación misma, el costo social que trajo consigo, el hecho de que la discusión económica no admitiera cuestionamientos esenciales del modelo una vez que se pudieran tantear algunos éxitos, el sesgo fundamentalista de la mayoría de sus autores, siendo muchas veces los más acérrimos partidarios de la política represiva que caracterizó al gobierno de Pinochet, hacen cuestionar la supuesta adherencia liberal en un sentido amplio de la palabra. Un modelo liberal impuesto a la fuerza, aunque no sin cierta oposición de los sectores más nacionalistas y algunos jefes militares que propiciaban vagas formas económicas corporativistas y defendían cierto grado de estatismo. Los posteriores intentos de complementar el modelo económico con un modelo político con tintes aperturistas jamás llegaron a cuestionar el papel de las Fuerzas Armadas, su carácter tutelar permanente, y el papel que les cupo en la “salvación de Chile” o el parto traumático, dependiendo desde dónde se le vea.

\*\*\*

## II. De la Utopía a la Antiutopía

*Si la tiranía y la opresión llegan a esta tierra,  
se disfrazará de luchar contra un enemigo extranjero*  
(James Madison, Presidente de los Estados Unidos)

Si los sucesos del 11 de septiembre marcaron un antes y un después en la historia de Chile, no solo por el impacto de lo sucedido, sino por la radicalidad de las transformaciones y el modo en que fueron implementadas; casi de forma obvia, el resto del mundo no quedaría ajeno a lo sucedido en el territorio nacional. Después de todo, el gobierno de la Unidad Popular, bajo la personalidad y liderazgo del Doctor Salvador Allende, se había convertido en un ejemplo, una verdadera utopía moderna al que todo el mundo, especialmente

---

<sup>593</sup> AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, p. 292.

<sup>594</sup> *Ibidem*, p. 293.

occidente, observaba con mucha atención. Lo que seguiría de ahí en adelante, bajo el alero de los militares, se convertiría en la verdadera anti-utopía y tomaría una posición activa en el escenario de la Guerra Fría con un férreo antimarxismo como ideología. Como bien ha dicho Joaquín Fernandois, “no se vive en un mundo aislado”<sup>595</sup>; por ende, la sucesión de modelo y anti-modelo, aunado a los más que cuestionables métodos para imponerlos, marcarían intensamente el lugar que el Chile de los militares ocuparía en la política mundial.

Antes de los sucesos que supusieron la caída de Allende, el mundo miraba a Chile como una democracia, algo a que 50 años de no intervención militar había ayudado mucho. Aquello también contribuyó a la conformación del “anti-modelo”, como lo llama Fernandois; sin embargo, no solo fue ello. Quizás el mayor argumento contra Chile fue la política del régimen de Pinochet de aplastamiento de los adversarios vencidos lo que más alarmó al resto del globo. Europa y los Estados Unidos se alzaban como un tribunal moral que juzgaba el accionar de la Junta, pues si bien hasta cierto punto consideraban la posibilidad de un régimen militar en Chile; después de todo el segundo de ellos había conspirado abiertamente por el derrocamiento de Allende, no cayeron en cuenta que los militares pudieran constituir un gobierno que no solo fuera un paréntesis o mera transición, sino que se convirtiera verdaderamente en una dictadura de corte caudillista, algo que nadie esperaba. En palabras de Alan Angell:

No era esperable que en Chile, un país que ostentaba un envidiable récord de gobiernos constitucionales, la democracia fuese atacada. Esta es una de las razones del impacto duradero del golpe en Chile: el ataque no era a una dictadura sino que fue contra la democracia. Los gobiernos autoritarios en España, Grecia o Portugal, por ejemplo, siguiendo el colapso de regímenes civiles frágiles, no fueron considerados como alejamientos fundamentales de las prácticas políticas de dichos países. Pero Chile era diferente, al menos eso era lo que muchos observadores creían, y con razón. Chile tenía una tradición constitucional mucho más extendida y fuerte que muchos países europeos. La reacción, especialmente en Europa, fue que si un golpe de Estado de este tipo pudiese ocurrir en Chile, entonces podía ocurrir casi en cualquier lugar. [...] El golpe chileno se transformó en el símbolo internacional para el brutal derrocamiento militar de los regímenes progresistas<sup>596</sup>.

El impacto fue profundo, pues imágenes de los días posteriores al 11 de septiembre circularon en pantallas y periódicos del mundo. Cuatro imágenes fueron las que calaron hondo en la conciencia de Occidente: el bombardeo del Palacio de La Moneda por los jets Hawker-Hunter; la quema de libros en la calle por parte de los soldados, evocando recuerdos de la Alemania Nazi; un estoico Pinochet usando lentes oscuros y al frente de la Junta; y, especialmente, detenidos esperando atemorizados en el Estadio Nacional<sup>597</sup>. Pero la instauración de un régimen militar que parecía no tener un fin claro era el menor de los problemas vistos desde el mundo occidental, pues Pinochet y la Junta daban de qué hablar sobre asuntos de mayor gravedad, más cuando la violencia, y la continuación de la misma, tiñó todo el accionar de los militares a partir de aquel 11 de septiembre. “Violación a los

---

<sup>595</sup> Joaquín FERNANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 402.

<sup>596</sup> Alan ANGELL: “Las Dimensiones Internacionales del Golpe de Estado Chileno”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. 51, n°2, 2013, pp. 58-59.

<sup>597</sup> *Ibidem*, p. 59.

Derechos Humanos” fue la frase que acompañó a Chile de ahí en adelante en la mayoría de los titulares alrededor del mundo.

Y es que Chile, o más bien los militares chilenos, quisieron ser el adalid por excelencia de la causa occidental y del antimarxismo en la Guerra Fría; más cuando el 11 de septiembre se justificaba para “detener la desintegración del país”:

Mirando retrospectivamente desde mediados de la década del 60, se vivió en Chile un incremento del marxismo, con todas las secuelas, convirtiéndose, además, en un instrumento de agresión permanente y total del imperialismo soviético, ya que, gracias al régimen político-internacional, les era posible a sus agentes externos e internos infiltrarse en los cuerpos vitales del cuerpo social, e incrementar su poder desde adentro hacia afuera para desquiciarlo todo. Todo ello, mientras se preparaba el golpe definitivo e irreversible, para transformar a Chile en otro país esclavo del yugo comunista, sin posibilidades futuras de retorno a la libertad<sup>598</sup>.

En pocas palabras, el nuevo régimen se enmarcaba, muy a su placer, en la lucha mundial entre el marxismo y el anti marxismo; no obstante, no cayeron en cuenta que ésta, hacia mediados de la década de los setenta, ya no era lo que antaño, en que todo era plausible e incluso justificable. El escenario había cambiado radicalmente. Asesinatos, tortura y terrorismo de Estado eran las medidas con las que se pretendía combatir al marxismo; sin embargo, Occidente miró con estupor lo acaecido, más no querían compartir la misma causa de un Estado que asesinaba cruelmente a sus propios ciudadanos. De ahí que muchos le dieran la espalda en el acto, algo que acompañaría al régimen hasta el fin de sus días.

Esta situación de aislamiento internacional, fruto de las constantes y sonantes violaciones a los Derechos Humanos, no solo afectó la imagen de Chile entre los países de corte socialista, sino también en Occidente. Ello quedó explícito en los acontecimientos ocurridos en la Asamblea de las Naciones Unidas del 8 de octubre de 1973, además de las sucesivas condenas a partir de 1974, cuando la presentación del Canciller chileno, Vicealmirante Ismael Huerta, provocó el abandono de la sala de casi todos los presentes, un verdadero símbolo de la soledad que acompañaría al nuevo régimen. Fue tal el impacto de este simple hecho, que el régimen sintió la imperiosa necesidad de publicar un texto que rebatiera la imagen externa del golpe y de los hechos posteriores y permitiera un “Conocimiento exacto de las ideas y principios que inspiran la acción del nuevo Gobierno de Chile”. Obviamente, en aquella publicación se esgrimía la “pérfida” campaña de desinformación por parte de los extranjeros:

A raíz de los acontecimientos producidos en Chile ha surgido una campaña tan falsa, tan malévola, tan mal intencionada, tan orquestada, destinada a distorsionar los hechos y las intenciones, que he estimado oportuno y conveniente referirme a ellos, aun cuando sostengo, y con firmeza, que

---

<sup>598</sup> Joaquín FERNANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 411.

ningún Estado u organización internacional tiene derecho para inmiscuirse o juzgar los acontecimientos producidos en mi Patria<sup>599</sup>.

A pesar de ello, la defensa de Chile a un nivel internacional recaería, como no podía ser de otra forma, sobre los hombros de militares. El 12 de septiembre la Junta designó al contralmirante Ismael Huerta Díaz (1916-1997) como primer canciller del Gobierno Militar. En julio de 1974 sería reemplazado por su compañero de promoción, Patricio Carvajal, hasta mayo de 1978 cuando vino una radical transformación en la organización política del régimen. De tal manera que se entregó el Ministerio de Relaciones Exteriores a la Armada, cuestión que hacía inevitable el establecimiento de un “estilo militar” en la forma que Chile se relacionaría con el resto del mundo. De ahí que se hablara de un estilo “Pretoriano-ideológico”, en que las jerarquías y el autoritarismo propio de las Fuerzas Armadas se extrapolaba en la cancillería, además de empaparse con la ideología misma del régimen. Emergía una disposición de un fuerte legado realista, propio de la tradición chilena, y que no era otra cosa que aquella visión geopolítica unida a la defensa de la intangibilidad de las fronteras. Se esperaba rescatar la “esencia de la nacionalidad” por medio de una acción de “desideologización” y el acercamiento al movimiento de los no-alineados<sup>600</sup>; sin embargo, estaba fuertemente mediatizada por una ideología anticomunista<sup>601</sup> y procuraba combatir al marxismo en todas sus facetas, pues como diría Pinochet: “Mientras otras naciones recién avanzan con toda ingenuidad por el camino del diálogo y del entendimiento con el comunismo, Chile regresa de él con la amarga experiencia de tres años. [...] Hoy, Chile se recupera de la falacia y el fracaso de la llamada ‘vía chilena hacia el socialismo’, y nuestra Patria combatirá frontalmente tanto al comunismo internacional como a la ideología marxista que éste sustenta [...] seguiremos sus pasos uno a uno, y el primer intento de rebrote en nuestro país, lo aplastaremos sin contemplaciones”<sup>602</sup>. Una verdadera contradicción con el estilo “civil-pragmático” que imperó desde los 50 hasta 1973, cuando la diplomacia chilena ponía énfasis en el derecho internacional, el reconocimiento práctico de las realidades del poder mundial y la preponderancia de los diplomáticos de carrera.

Y es que si bien el personal del gobierno podía o no compartir la ideología del gobierno, a la larga, cuando la situación era menester, debían acatar. A fin de cuentas, “todos debían remar para el mismo lado”, todos debían tener la misma ideología, incluso si ello no fuera lo más democrático del mundo; después de todo, y como bien diría Heraldo Muñoz, “este estilo es directo, poco flexible y altamente ideológico; tiende a dejar escaso margen para la negociación, el diálogo y los compromisos”<sup>603</sup>. Prueba de esto último sería la purga que experimentaría el ministerio, ya que contar únicamente con personal civil, después de 1973, la mayoría de sus plazas fueron ocupadas por militares. Pinochet, y gran parte del

---

<sup>599</sup> “Discurso pronunciado por el Canciller chileno, Vicealmirante Ismael Huerta, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 8 de octubre de 1973”. En JUNTA NACIONAL DE GOBIERNO: *República de Chile, 1974: Primer año de la Reconstrucción Nacional*, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1974, p. 15.

<sup>600</sup> *Ibidem*, p. 32.

<sup>601</sup> Joaquín FERMANDOIS: “Ideología y Pragmatismo en la Política Exterior Chilena Durante la Crisis del Sistema Político 1970-1975”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. VII, n°2, 1985, p. 175.

<sup>602</sup> “Discurso pronunciado por el Presidente de la Junta de Gobierno, General Augusto Pinochet, en el Edificio Diego Portales y ante el Cuerpo Diplomático, autoridades militares, eclesiásticas y civiles, y dirigentes de los gremios, sectores representativos y de las provincias, el 11 de marzo de 1974”. En JUNTA NACIONAL DE GOBIERNO: *República de Chile, 1974: Primer año de la Reconstrucción Nacional*, pp. 130-137.

<sup>603</sup> Heraldo MUÑOZ: “Las Relaciones Exteriores del Gobierno Militar Chileno 1973-1984”, en *Ibero-Americana, Nordic Journal of Latin American Studies*, Vol. XV, n°1-2, 1985, pp. 161-162.

sector castrense, despreciaba a los civiles, a quienes veían como “chuecos”, muy al contrario de los militares, quienes anteponían los intereses de la nación por sobre los del gobierno de turno. Al menos así lo veían ellos.

Pero este “remar hacia el mismo lado” no significaba seguir navegando en las mismas aguas que lo habían hecho durante el Gobierno de la Unidad Popular. Si bien los gobiernos militares brasileños y argentinos no cambiaron radicalmente la política exterior dirigida por sus respectivas cancillerías, Chile supuso todo lo contrario, pues el cambio había llegado hasta la médula. Personal militar al mando del Ministerio de Relaciones Exteriores, una fuerte ideología que empapaba todo, el enmarcarse en el escenario de la Guerra Fría, censuras desde el extranjero y un aislamiento latente no podía llevar a otra cosa que aquel “estilo militar” se hiciera manifiesto. Hasta 1978, con la crisis con Argentina, las armas y la diplomacia parecieron estar fuertemente unidas.

Pero esta misma actitud pretoriana, más las constantes y sonantes violaciones a los Derechos Humanos, tuvieron como efecto el inapelable aislamiento político internacional, principalmente porque rompía con la tradición democrática que definía la posición internacional de Chile durante todo el siglo XX. Algo que, como diría Heraldo Muñoz allá por 1985, acompañaría al régimen en sus casi dos décadas de existencia: “el gobierno militar chileno, transcurridos ya más de once años desde su inicio, se halla en una situación de aislamiento político”<sup>604</sup>. Obviamente una fuerte retórica antimarxista y nacionalista, más cuando era esgrimida por militares, tendría un fuerte impacto en la comunidad internacional. Si los militares chilenos esperaban ser aplaudidos por sus logros, estaban muy equivocados. Lo único que pudieron encontrar fue censura, paradójico incluso cuando los mismos censores habían depuesto o propiciado gobiernos a su antojo. Como nos ha dicho Joaquín Fernandois, evidentemente existió una campaña por parte de los viejos aliados de la Unidad Popular, principalmente desde Cuba, y la cual consistía en la condena ante el mundo sobre los sucesos en el territorio nacional. Sin embargo, una cosa es esgrimir condenas y palabras reprobatorias, y otra muy diferente es que los militares chilenos les dieran la razón al redoblar los esfuerzos represores al ver una “conspiración” contra la nación. Era un círculo vicioso de nunca parar, más cuando Europa y Estados Unidos no escatimaban al momento de criticar al Gobierno Chileno. De tal manera que jamás se ha dejado ver tanta presión internacional sobre el último lugar del mundo, y “‘La Seguridad Nacional’, en un sentido más o menos amplio, nunca estuvo más deteriorada que en los años de Pinochet. ¡Gran paradoja! Este régimen había surgido del sentimiento de que la seguridad nacional estaba en peligro”<sup>605</sup>.

Prueba de esto último, y como lo hemos visto con anterioridad, fue el repudio que la delegación chilena experimentó en los organismos internacionales. La presentación del Canciller Ismael Huerta ante la Asamblea General allá por 1973 fue un verdadero campo de batalla. El campo ya estaba condicionado contra la postura chilena, especialmente cuando Raúl Roa, diplomático cubano, había encabezado una férrea campaña antichilena, la cual parecía estar dando sus frutos. Críticas débiles de parte del mundo occidental y las delegaciones del Tercer Mundo, al menos “débiles” fueron en aquella ocasión, pues con los años las críticas y el repudio fue en crescendo. En los años sucesivos del régimen militar, las delegaciones chilenas serían casi ritualmente condenadas siempre por más de los dos tercios de las naciones miembros, incluyendo a casi todos los representantes de las naciones europeas, a la que, especialmente, a partir de 1977 se les uniría animosamente España,

---

<sup>604</sup> Ibidem, p. 156.

<sup>605</sup> Joaquín FERNANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 418.

gobernada curiosamente aún por quienes apoyaron al régimen franquista y que ahora se hallaban empeñados en desmantelarlo<sup>606</sup>.

Este repudio se volvió tangible cuando la Comisión de los Derechos Humanos de la ONU estableció un grupo especial para la investigación de las violaciones y atropellos ocasionados por el régimen chileno. Liderada por Ghulam Alí Allana, en 1975 se le negó la entrada a Chile, pues se emitía un informe en el que expresaba “la profunda preocupación” por el deplorable estado de los Derechos Humanos. Aquel informe fue sometido a la Asamblea, la cual lo aprobaba por una abrumadora mayoría. Otros casos decisivos fue el del Secretario General, Kurt Waldheim, quien llegó a hacer gala de la hostilidad hacia el Gobierno Chileno. Algo similar ocurrió, aunque de forma mucho más serena, en la Corte Interamericana de Derechos Humanos, organismo bajo el mandato de la OEA. Y es que criticar, condenar y apuntar con el dedo a Chile se volvió casi la regla en cualquier organismo internacional, aunque ello no se daría principalmente por las razones más pías, sino porque pasó a convertirse en la “opción natural” y en lo políticamente correcto para las grandes potencias, quienes veían ahora con ojos conciliadores los movimientos del Tercer Mundo e incluso dentro del bloque soviético<sup>607</sup>.

Aunque no todos se quedaron en la mera crítica, pues dada la magnitud de los acontecimientos, varios organismos internacionales, entre los que resaltaron el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y el Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas (CIME), llegaron a colaborar activa e intensamente con las distintas embajadas para poder sacar de Chile a los asilados y ubicarlos por todo el planeta. Esto después de que conglomeraciones de personas hacinadas en las embajadas impactaran a sus respectivos países; no obstante, no todas las embajadas estuvieron dispuestas a ayudar a quienes buscaban asilo, dado que esto dependía en gran medida de la posición política que sus respectivos gobiernos adoptasen frente a la Junta Militar. De tal manera, se dieron hasta contradicciones en las que, por ejemplo, España, bajo una dictadura militar, ofreció asilo a más personas que Dinamarca y Reino Unido, dos democracias representativas del mundo occidental<sup>608</sup>.

El enorme impacto internacional de la situación chilena afectó enormemente su presencia en dichos organismos internacionales, dado que pasó de ser un país altamente participativo, con una positiva imagen en el mundo internacional (principalmente por su tradición democrática), a un régimen militar de escasa participación o interés en ello<sup>609</sup>.

Pero imposible es referirse a este rechazo si no consideramos a quienes en primer lugar repudiaron el ascenso de las Fuerzas Armadas al poder, en este caso: Europa; después de todo, como bien ha dicho Mónica González, “Las bombas que cayeron en La Moneda resultaron ser de racimo. Una de ellas explotó a miles de kilómetros, en el medio de Europa”<sup>610</sup>. No podemos hablar de antiutopía sin la concepción misma de la utopía, pues de ahí provenía el mayor de los rechazos hacia los dictámenes del General Pinochet, al menos

---

<sup>606</sup> Ibidem, p. 426.

<sup>607</sup> Ibidem, p. 428.

<sup>608</sup> Fernando CAMACHO: “Los asilados en las Embajadas de Europa Occidental en Chile tras el golpe militar y sus consecuencias diplomáticas: el Caso de Suecia”, en *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, n°81, 2006, p. 22.

<sup>609</sup> Carlos PORTALES: *La (re)Construcción de la Identidad Internacional de Chile: La política multilateral de la Concertación (1990-2010) y los nuevos desafíos para la política exterior*, Working Paper ICSO, Universidad Diego Portales, 2011, pp. 11-12.

<sup>610</sup> Mónica GONZÁLEZ: *Chile. La Conjura: Los Mil y un días del golpe*, Ediciones B, Santiago, 2000, p. 410.

entre las sociedades democráticas. De partida, una vez sabidas las nuevas del 11 de septiembre, la prensa europea no escatimó en sentido crítico al informar, otros medios como *The Economist*, *Le Figaro* y el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, todas ellas publicaciones más conservadoras, dieron el beneficio de la duda al culpar directamente de la debacle chilena a los extremistas de la Unidad Popular<sup>611</sup>. Sin embargo, hacia 1975, de sus líneas solo se desprendían críticas (aunque seguían manteniendo las reticencias). Si en las postrimerías de septiembre del 73 aún se guardaban dudas respecto a las intenciones de los militares, ya hacia la mitad de los 70 la cuestión era clara. A ello se le sumó que la popularidad de Allende en el Viejo Continente distaba de ser mínima, hondo había calado en la conciencia de cientos de miles de europeos que la veían como un ejemplo el tránsito hacia el socialismo. Era de esperar que las noticias de su caída fueran vistas con estupor.

El país galo, había recibido con suma satisfacción la llegada de la UP al poder; de hecho, había servido como ejemplo para la conformación de un Frente Popular que en 1974 casi gana las elecciones presidenciales. Francois Mitterrand, líder de aquel frente, sentía casi una misión personal el atacar al Chile de los militares, casi era apelar a la ética “antifascista”. Oficialmente, Jaques Pompidou se negó a condenar el golpe de Estado; no obstante, tras su muerte en 1974, y las elecciones de su sucesor, muchos chilenos de los sectores conservadores vieron la posibilidad de que Francia continuara por aquella vía, más cuando Valery Giscard D’Estaing llegó a la presidencia en mayo de aquel año. Pero una cosa son los deseos y otra muy diferente es la realidad, pues el mandatario galo no podía ni quería sustraerse de este repudio casi universal hacia el nuevo gobierno y la imagen externa que representaba, porque, como los mismos hechos, hacían que hasta el sector de la derecha liberal tomara cierta distancia del nuevo modelo chileno.

Similar fue lo ocurrido con el gobierno inglés, pues si en un comienzo vio estupefacto lo sucedido en el país, no fue más allá de verlo como “violencia innecesaria”, pero, con todo, las relaciones bilaterales se mantuvieron con cierta normalidad, más que nada porque el gobierno conservador, con Edward Heath a la cabeza, no podía mostrar simpatía por el gobierno de Allende. En 1974, con la llegada al poder de los laboristas liderados por Harold Wilson, las relaciones no eran tan seguras. Las relaciones empeoraron cuando una ciudadana británica, Sheila Cassidy, fue detenida y torturada por la DINA. Aquella fue la gota que colmó el vaso, prueba de ello fue el retiro del embajador inglés en diciembre de 1974, quien no volvería a Chile hasta 1979. Quizás la consecuencia más preocupante de este evidente rechazo fue el boicot de 1974, cuando los representantes obreros de la industria de astilleros escoceses en Glasgow se negaron a la construcción de navíos de guerra para la marina chilena. Además de ello, el gobierno laborista inglés ya había suspendido todos los nuevos envíos de armas, aunque se cumplirían con los ya acordados con un valor de 168 millones de dólares<sup>612</sup>. Solamente con el triunfo de Margaret Thatcher en enero de 1980, que se hizo posible la reanudación de las relaciones diplomáticas.

Muy similar fue lo ocurrido con la República Federal de Alemania, pues desde Bonn se mantuvo una política extraordinariamente fría hacia Chile, a la vez que se abrieron las más anchas puertas a los exiliados políticos. El norte de Europa, en este caso representada por los suecos, también tuvieron su pequeño affaire con la Unidad Popular representado por Harad Edelstam, embajador sueco en Chile, y el Primer Ministro Olof Palme, este último ganando elecciones a fines de 1973 precisamente por el empleo de la campaña antichilena y

---

<sup>611</sup> Joaquín FERNANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 428.

<sup>612</sup> *El Mercurio*, 16 de mayo de 1974, p. 27.

el caso del 11 de septiembre. Edelstam llevó esto mucho más lejos, pues personalmente se movilizó por todo Santiago para socorrer a personas en peligro y ponerlas a salvo en la embajada sueca<sup>613</sup>.

Italia tampoco se quedó atrás, pues de la mano de Enrico Berlinguer, se hizo un extenso llamado a un “compromiso histórico” entre los comunistas para llegar al poder. Básicamente, el golpe en Chile le había brindado un justificativo para su unión. Pero la imagen de Chile quedó aún más por los suelos (si es que eso era aún posible) cuando miembros represores del gobierno arrojaron el cadáver de la militante del MIR, Lumi Videla, (Movimiento Izquierda Revolucionaria), con claros signos de tortura en la embajada italiana en Santiago. Esto empeoró aún más cuando los medios adictos al régimen adjudicaron la muerte de la estudiante de sociología a los asilados políticos que estaban en la embajada y que, para más remate, supuestamente estaban realizando una orgía<sup>614</sup> ¡en la misma embajada! Esta versión no hizo más que sepultar la imagen de Chile ante los italianos.

El caso español también fue decidor en cuanto a este rechazo. Curiosamente, las relaciones entre la España de Franco y el Chile de Allende fueron inmejorables, y, paradójicamente, quizás llegaron a su mejor punto desde la Guerra Civil de 1939. Después del 11 de septiembre, tanto Pinochet como los militares veían casi con ojos de admiración al franquismo. España era tomada como el modelo por excelencia de una “dictadura de desarrollo”. Pero la desilusión no podía ser mayor. En Madrid, salvo unos mínimos sectores ultraderecha, se miró con frialdad al nuevo régimen chileno, más cuando las noticias de la cruel y brutal represión hacían eco en la mayoría, sino todos, los medios de izquierda<sup>615</sup>.

A la par, pocas fueron las visitas hacia la Madre Patria, salvo la efectuada por el Almirante Merino cuando se entrevistó con un anciano Franco. La segunda visita fue mucho menos agradable, pues se trató de la asistencia de Pinochet al funeral de Franco en noviembre de 1975, y aunque fue recibido formalmente como un grande y ciertos grupos ultras se deshicieran en elogios, la presencia del mandatario chileno no fue recibida por sus homólogos europeos, al punto que muchos condicionaron su presencia al Te Deum a que no estuviera Pinochet. La posición agresiva del mandatario chileno empeoró aún más las cosas, cuestión que no pasó por alto el gobierno madrileño, el cual, por demás, se embarcaba en una campaña de cambios y transición, y lo que menos quería era estar vinculados a la imagen del dictador chileno, que por esas alturas ya era visto como el verdadero símbolo del mal en Europa. Hacia 1976, cuando el Rey nombra como Presidente a Adolfo Suárez González, este enfrentamiento se hace mucho más notorio, pues se adopta una postura mucho más progresista en la que se intenta un aproximamiento a los países del bloque socialista y castigar a Chile de todas las maneras posibles.

Las relaciones con los países del bloque soviético, como era de esperar, fueron cortadas desde raíz, dado que el régimen había inaugurado un deliberado estilo de confrontación ideológica con el bloque soviético y sus aliados, haciendo del anticomunismo el eje central de su postura internacional. De tal manera, y como lo afirmaba *El Mercurio*, periódico muy a fin a los intereses del nuevo gobierno, “Se produce así una depuración que era la consecuencia lógica del golpe de timón y cambio de rumbo que significó el derrumbe

---

<sup>613</sup> Joaquín FERNANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 434.

<sup>614</sup> COMISIÓN NACIONAL DE VERDAD Y RECONCILIACIÓN: *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Volumen I, Tomo 2, Andros Impresores, Santiago, 1996, p. 516.

<sup>615</sup> Cristina Luz GRACÍA GUTIÉRREZ: “La Reacción de España ante el Golpe Militar en Chile”, en *Nave@mérica. Revista electrónica de la Asociación de Americanistas*, n°6, 2011, p. 10.

de la Unidad Popular”<sup>616</sup>. Solamente la mantención de las relaciones diplomáticas con la República Popular China fue una excepción, justificada desde el punto de vista del principio de no-intervención<sup>617</sup>. Esto último contrariaba enormemente a las mismas palabras de Pinochet allá por 1974 ante los países afiliados al Banco de Desarrollo Interamericano:

El objetivo central de nuestra acción es recuperar a Chile como país auténticamente libre y soberano dando a todos sus habitantes, la oportunidad de alcanzar mejores destinos y una realización integral [...] La realización de un acto internacional de la naturaleza del que se inicia hoy en esta sala, nos permite también aprovechar la ocasión para reiterar la adhesión total de Chile a todos los compromisos internacionales legalmente contraídos, el respeto a todos los tratados internacionales que ha suscrito, su firme propósito de cumplir con todas sus obligaciones financieras internacionales y su política de no intervención en los asuntos internos de otros estados y de mantención de relaciones normales con todos los países del orbe, cualquiera que sea su ideología o sistema política, siempre que se funden en el respeto mutuo y en la no ingerencia [*sic*] en los asuntos internos y externos<sup>618</sup>.

Ismael Huerta, en ese tiempo Canciller, nos decía que los incidentes con los países socialistas comenzaron mucho antes del 11 de septiembre a través de Radio Moscú. Solamente después del golpe de Estado inició una campaña “en términos violentos y desde todo punto de vista inaceptables”. Pese a las quejas de Huerta ante el embajador soviético, Alexander Basov, este último nada habría hecho, salvo responder con sonrisas “displicentes”. Este tejemaneje de acusaciones, en que Chile acusaba a la URSS de una campaña en su contra, mientras que los soviéticos se defendían al decir que no era más que una calumnia, terminó finalmente el 22 de septiembre de 1973, cuando la representación diplomática de la Unión Soviética comunicó a la cancillería chilena que su gobierno había resuelto el suspender las relaciones formales y que todo el personal de su embajada retornaría a su país de origen. En el comunicado oficial no se esgrimieron motivos convincentes, ni siquiera una verdadera razón, salvo motivos fútiles como la falta de facilidades otorgadas al Ballet Berioska. Es más, esto iba en concordancia con su política hacia el bloque soviético, ya que una de las primeras reacciones del nuevo régimen fue romper relaciones con la isla caribeña y expulsar a todos sus diplomáticos del país. A la par de la URSS y Cuba, también suspendieron relaciones con los demás países de su órbita con la sola excepción de Rumania. También la Junta se propuso ante la Junta de Gobierno el romper relaciones con Corea del Norte, cuyos representantes, según Huerta, se había mostrado abiertamente “intervencionistas y sectarios”. Más adelante se aplicaría el mismo procedimiento con los diplomáticos camboyanos, a quienes se les acusaba de almacenar una amplia gama de material gráfico de propaganda comunista<sup>619</sup>. De hecho, para el caso cubano, aquella postura intervencionista fue denunciada hasta en las Naciones Unidas:

---

<sup>616</sup> *El Mercurio*, 2 de enero de 1974, p. 3.

<sup>617</sup> Manfred WILHELMY; Roberto DURÁN: “Los Principales Rasgos de la Política Exterior Chilena entre 1973 y el 2000”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. XXIII, n°2, 2003, p. 274.

<sup>618</sup> *El Mercurio*, 1 de abril de 1974, pp. 1-12.

<sup>619</sup> Ismael HUERTA DÍAZ: *Volvería a ser Marino*, Tomo II, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1988, pp. 110-111.

Así como nos comprometemos solemnemente a respetar las soberanías nacionales y su secuela, la libre determinación de los pueblos, declaro en forma categórica que jamás aceptaremos injerencias foráneas en nuestra vida interna o en la conducción de nuestra política internacional. En la aplicación de este principio fundamental, uno de nuestros primeros actos fue romper las relaciones diplomáticas y consulares con el actual Gobierno de Cuba. Desde hace tres años hemos venido comprobando la permanente injerencia de agentes cubanos, oficiales unos, oficiosos otros, en nuestra política interna y aun en nuestra política exterior<sup>620</sup>.

La Unión Soviética, en gran parte, sacaría un redituable provecho de la desastrosa situación chilena, al menos ello si lo comparamos con su visión respecto a la Unidad Popular. Para nadie era secreto que la URSS jamás demostró demasiado interés o, derechamente, fe en el proyecto de Allende, incluso podría decirse que actuaba más por una obligatoriedad al asistir a los chilenos en su carrera hacia el socialismo. Solo era cuestión de mantener las apariencias; después de todo, el líder del bloque rojo debía apoyar a sus aliados, incluso cuando estos supusieran más un lastre que un verdadero apoyo. Sin embargo, una vez que los altisonantes discursos antimarxistas de los militares chilenos comenzaron a resonar por el mundo, muy a la par de las denuncias a los derechos humanos y la persecución de los sectores comunistas, Moscú rápidamente pasó de la frialdad a la acción, y es que denunciando el golpe “fascista” lograba credibilidad ante el movimiento marxista mundial, además de servir para tomar una posición aceptable ante el mundo europeo. A la par, el régimen chileno le sirvió incluso como un justificativo para su propio accionar, pues Brezhnev hacia 1980 defendía la ocupación de Afganistán aludiendo a lo que había ocurrido en Chile<sup>621</sup>. De hecho, en octubre de 1976, el Canciller Vicealmirante Patricio Carvajal, ante la Asamblea General de la ONU, declaró a la URSS como “el enemigo Número Uno de la paz mundial”, y señaló que los soviéticos utilizaban la detenté “para encubrir su política expansionista”<sup>622</sup>.

Pese a todo lo anterior, Chile aún aspiraba a ser tratado con normalidad, incluso muchos diplomáticos (ahora militares) no podían entender cómo es que Europa los juzgaba cuando ellos habían luchado por librar a la nación de aquel “cáncer”. A pesar de que el canciller Hernán Cubillos esperaba cierta normalidad, el choque con la realidad le mostró que aquello difícilmente podía ser posible: al querer subrayar una supuesta normalidad en una gira que lo llevo por varios Estados europeos, por donde pasaba altisonantes protestas por parte de los mismos funcionarios gubernamentales le seguían, siempre aludiendo al incómodo tema para los militares, los Derechos Humanos. En las palabras de Fermandois, “Chile quería ser tratado con el respeto que los mismos europeos mostraban hacia tanto régimen autoritario de izquierda y de derecha en el Tercer Mundo. Pero Chile había llegado a ser el símbolo de la anti-utopía”<sup>623</sup>.

Pero al hablar de un rechazo a nivel internacional, casi evidentemente, se tiene que exponer la reacción del coloso del norte, más cuando su actitud a partir del 11 de septiembre pasaba más por ser una verdadera vuelta de espaldas. Desde el vamos, en los primeros meses

---

<sup>620</sup> “Discurso pronunciado por el Canciller chileno, Vicealmirante Ismael Huerta, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas”, p. 27.

<sup>621</sup> Joaquín FERMANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 468.

<sup>622</sup> Herald MUÑOZ: *Op. Cit.*, p. 170.

<sup>623</sup> Joaquín FERMANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 433.

del gobierno militar, el apoyo norteamericano era más o menos seguro, especialmente cuando continuó en algunos sentidos para la oposición con el fin de pagar deudas para ayudar al aspecto político de la Junta, como el viaje de hombres públicos al extranjero a explicar las razones del golpe<sup>624</sup>. Las autoridades de Washington acogieron bien al gobierno militar, aunque con ciertas reticencias desde un principio, pues era preferible una derrota en las urnas y no una muestra de fuerza; no obstante, para ellos, el problema de crisis en América Latina, y la posibilidad de una segunda Cuba en el continente, estaba subsanado. Se entregó ayuda directa al nuevo régimen, incluso de orden militar. El gobierno norteamericano apoyó a Chile tanto en las negociaciones por encontrar una salida al tema de las indemnizaciones a las compañías de cobre como con la problemática latente de la deuda externa. Se siguió proveyendo a las Fuerzas Armadas de material bélico sustancial, la llegada de los jet F-5 y la entrega de navíos a la Armada no fueron para nada despreciables. Henry Kissinger, la cabeza de la política exterior norteamericana de los años 70, fue enfático al expresarle al Canciller Huerta de forma personal y privada (con un marcado acento alemán nos dice Huerta): “*you may rely on our full support; we want you to succeed*” (Puede confiar en nuestro total apoyo; queremos que tengas éxito)<sup>625</sup>. De hecho, Pinochet estaba tan seguro del apoyo norteamericano al golpe, que hasta el mismísimo Kissinger reconocía su estado de relajado incluso cuando los Estados Unidos aún no reconocían a la Junta:

*Pinochet understands and is relaxed about the matter of recognition. He volunteered that obviously the U.S. should not be the first to announce its intention to continue relations with the new Chilean Government. He also recognized the advisability of avoiding too much public identification with us for the moment*<sup>626</sup>.

No obstante, la luna de miel fue efímera y de pronto, sin que nadie lo notara, Chile pasó de ser el niño mimado a la piedra en el zapato de Washington. Y es que los militares chilenos no pudieron escoger un peor momento en que lanzar su cruzada antimarxista y, a la par, esperar el apoyo incondicional norteamericano, más cuando estos últimos se hallaban envueltos en una verdadera crisis gubernamental del *establishment* y la política exterior seguida por Washington desde comienzos de la Guerra Fría. Protestas contra la Guerra de Vietnam y el intervencionismo estadounidense fueron la tónica de los 70, y las que se tradujeron en una visión reprobadora de lo ocurrido en Chile, mientras que la crisis de Watergate, que obligó a la renuncia de Nixon en 1974, fue la mano que terminó de clavar el puñal. De ahí en adelante se escogería a Chile como ejemplo de la perfidia de lo que habría sido la política exterior norteamericana<sup>627</sup>. Los líderes del gobierno militar no pudieron más que reaccionar con asombro y estupefacción ante el rechazo de los Estados Unidos.

Se acusaba a los Estados Unidos de apoyar a fuerzas antidemocráticas, de derrocar a un gobierno elegido democráticamente y establecer una dictadura enormemente represora.

---

<sup>624</sup> Ibidem, p. 434.

<sup>625</sup> Ismael HUERTA DÍAZ: *Op. Cit.*, p. 188.

<sup>626</sup> “Pinochet entiende y está relajado sobre el tema del reconocimiento. Se ofreció voluntariamente a que, obviamente, Estados Unidos no debería ser el primero en anunciar su intención de continuar las relaciones con el nuevo Gobierno Chileno. También reconoció la conveniencia de evitar demasiada identificación pública con nosotros por el momento”. Véase en Henry KISSINGER: *Years of Upheaval. The second Volume of his Classic Memoirs*, Simon and Schuster, New York, 2001, p. 406.

<sup>627</sup> Joaquín FERMANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 435.

Resultado de toda esta polémica fueron los “Hearings” sobre Chile, una investigación, liderada por el Senado, y destinada a poner sobre el banquillo de los acusados del gobierno republicano que habían tenido injerencia en lo acaecido antes y después del fatídico 11 de septiembre. El mismo Presidente Gerald Ford (1974-1979) fue puesto contra las cuerdas, razón por la cual comenzó a priorizar el tema de los Derechos Humanos como condición básica en el mantenimiento de las relaciones internacionales. Ello mismo llevó a que se exigiera una actitud de respeto y moderación ante las constantes violaciones, pero, si vemos más adelante, aquello no ocurrió.

Así, lo que antes había sido un apoyo casi incondicional, ahora se convertía en condena, censura, rechazo y, peor aún, en ataque. Y es que si Allende había experimentado el bloqueo invisible, Pinochet llegó a experimentar de primera mano un bloqueo bastante notorio. El Congreso llegó a eliminar gran parte de la ayuda a Chile, de tal manera que Santiago recibió menos asistencia en los años setenta que la que había hecho a Allende en los tres años de la Unidad Popular. Después de 1974, el régimen militar no contó con apoyo alguno para renegociar la deuda externa, ni mucho menos ser candidato a ayudas extraordinarias. El golpe más abrumador se produjo en 1976, precisamente cuando el senador Edward Kennedy introdujo una enmienda que no solo prohibía la asistencia militar, sino la venta misma de material bélico, todo ello condicionado al respeto de los Derechos Humanos. Entre otros de los muchos efectos, la llamada enmienda Kennedy afectaría de manera grave a la pequeña flota de cazas de combate de la FACH, y dejaría una profunda huella en las Fuerzas Armadas de Chile.

Hasta la atmósfera política se resintió aún más con el “caso Chile”, pues en las elecciones presidenciales de 1976 salió a relucir aquel embarazoso problemita. De hecho, en el segundo foro entre Ford y Jimmy Carter, este último tomó el tema del régimen militar chileno como el perfecto ejemplo de la actitud amoral de la política exterior norteamericana: “me he dado cuenta que Mr. Ford no tiene comentarios acerca de las cárceles en Chile. Este es un ejemplo típico, y puede haber otros, de cómo esa administración derrocó a un gobierno elegido y ayudó a establecer una dictadura militar”<sup>628</sup>. Esto dejaría entrever el futuro de las relaciones entre Chile y el Coloso del Norte, pues, al asumir Carter a principios de 1977, la cuestión estaba más que clara, cuando su administración casi dio por terminada la Guerra Fría (al menos así lo pensaban) y criticó abiertamente la conducta norteamericana en el exterior apuntando con el dedo las medidas de Nixon y Ford. Pero la dictadura de Pinochet, quizás en un acto de extrema irracionalidad, ejecutó un acto de verdadero terrorismo cuando asesinó al embajador Orlando Letelier y a su secretaria ¡En el pleno centro de Washington! Obviamente todas las miradas se destinaron a Chile, especialmente cuando desde 1975 había iniciado una verdadera organización criminal de alcance hemisférico conocida como Operación Cóndor<sup>629</sup>. Todo aquello influiría notablemente en la política norteamericana hacia América Latina y el Tercer Mundo, en la que se anunciaría que ya no se apoyaría a dictadura alguna, ni siquiera por el hecho de ser anticomunista. Con todo, la política de Carter sostenía que se primaría el estado de derecho como modelo universal, de ahí que también recibiera con los brazos abiertos y de forma oficial a líderes de la oposición como Eduardo Frei y Clodomiro Almeyda<sup>630</sup>. En efecto, Washington seleccionó a Chile dentro de

---

<sup>628</sup> Citado en Ibidem, p. 437.

<sup>629</sup> Elizabeth Abigail SAMPSON: “Pinochet y la política exterior: ¿política de progreso y productividad o política de regresión y represión?”, en *Revista Estudios*, n°29, 2014, p. 12.

<sup>630</sup> Herald MUÑOZ: *Op. Cit.*, p. 160.

los países de la región como lugar en que se tendría una conducta ejemplar. Así: “Chile ya no ocupa su anterior lugar de privilegio. La democracia es hoy la orden del día en muchas naciones del hemisferio”<sup>631</sup>. Y, como se diría enérgicamente en el Senado, “Estados Unidos favorece la restauración de los derechos humanos en ese país”<sup>632</sup>.

No sería desacertado el afirmar que el régimen de Pinochet y la “reconstrucción nacional” que tanto anhelaba no gozó de las simpatías del resto del mundo, o siquiera de gran parte de los chilenos. Simples hechos como la visita de mandatarios extranjeros son bastante decidoras respecto a las amistades del régimen. Si en el gobierno de Frei (1964-1970) fueron 10 los jefes de Estado en pisar el territorio nacional, provenientes de diversos continentes, en el periodo de 1973 a 1984 tan solo cuatro líderes se entrevistaron con Pinochet en Chile, y solo provenientes del continente. Incluso personalidades como el Papa Juan Pablo II, Helmut Schmidt, Giscard D’Estaing, el Rey Juan Carlos de España, Jimmy Carter y Ronald Reagan dejaron a Chile fuera de su itinerario. Todo este aislamiento, censura y repudio incidiría enormemente en su escaso apoyo internacional ante Bolivia por su continua demanda de una salida al Pacífico mediante territorio chileno y la crisis con Argentina en 1978. La nube que se cernía sobre Chile era poco esperanzadora, al punto que hasta 1981 el Instituto Naval de Estados Unidos afirmaba ‘se registrará un permanente deterioro del poder y la seguridad nacional de Chile, respecto a sus vecinos’<sup>633</sup>.

Pero este marcado aislamiento político de la comunidad internacional, y el cual el resto no dejaba de recordárselo, contrastaba enormemente con la positiva situación en lo económico. Esto último respondía a que el modelo de desarrollo económico aplicado por el régimen militar de Pinochet, especialmente tras 1975, había significado una rápida y profunda reinsertión en Chile en el sistema económico transnacional y el fortalecimiento de los vínculos privados entre los grupos económicos locales y de los países desarrollados. Lo paradójico es que toda esta situación de bonanza económica surgía tras un periodo de relativo alejamiento de los mercados mundiales, véase la experiencia de la Unidad Popular, en la que, sin embargo, gozaba de una buena aceptación internacional. Las tornas daban un giro en 180 grados. Sería de esta manera que las transformaciones económicas del país se tradujeron en una notable mejoría de las relaciones económicas del país con diversos actores privados claves de las mayores potencias y otras emergentes. El sector oficialista tendió a profundizar esta vía, al menos hasta 1982, en la que vieron que el robustecimiento de las relaciones económicas internacionales constituía no solo un objetivo concordante con la política económica interna del país, sino una vía alternativa y no oficial para superar el aislamiento político y sus consecuencias<sup>634</sup>.

Como hemos dicho, el gasto público fue radicalmente reducido, los precios y las tasas de interés fueron progresivamente liberalizadas, se eliminaron en gran parte los controles de cambios y la inversión extranjera empezó a ser activamente estimulada. Todos estos cambios en el ámbito económico fueron excelentemente bien acogidos por los banqueros e inversionistas extranjeros. Aquello respondía a las crecientes críticas hacia el estilo pretoriano por parte de los grupos aperturistas, los que desde 1977, especialmente cuando el ex Ministro de Hacienda Jorge Cauas, asumía como embajador en Washington. Este simple

---

<sup>631</sup> Mark FALCOFF: “Chile: el dilema de la política exterior norteamericana”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. VIII, n° 1-2, 1986, p. 12.

<sup>632</sup> *El Mercurio*, 4 de octubre de 1974, p. 1.

<sup>633</sup> Citado por Heraldo MUÑOZ: *Op. Cit.*, p. 161.

<sup>634</sup> *Ibidem*, p. 156.

hecho fue interpretado como un aumento de la injerencia del equipo económico en la formulación política exterior, y hasta cierto punto un viraje hacia lo pragmático. Según el mismo Cauas, su plan de acción, denominado *Low Profile*, consistía en reconstituir la imagen de Chile, evitando la visibilidad exagerada que mostró el país en los últimos años a causa de las violaciones a los Derechos Humanos. Así, se esperaba, solo hasta cierto punto, apelar al éxito económico para acrecentar la imagen de Chile en el extranjero<sup>635</sup>.

Esta política fue la que más resultados ha dado al régimen militar, llegando a establecerse una vigorosa y fructífera relación con los países del Asia Pacífico. De ahí que se priorizasen las relaciones activas y cordiales con países como Indonesia, Tailandia, Singapur e incluso China. Corea del Sur y Japón serían verdaderos ejemplos de esta cordialidad, al punto que el Almirante José Toribio Merino afirmó que “Chile puede estar seguro de tener amigos muy lejanos, que van a ayudar cuando sea necesario”<sup>636</sup>.

Básicamente, había iniciado la “Era del Pacífico”, pues, como diría el Teniente Coronel Víctor Chaves, “En estos últimos tiempos, el país -después de largos años de inercia e imprevisión- ha comenzado una loable política marítima tendiente a lograr aquellos objetivos [acrecentar su influencia política y económica en el Pacífico]. El destino de Chile así lo exige”<sup>637</sup>. Aunque esta vinculación con el Pacífico, en gran parte, también respondía al simple hecho que estos países no ofrecían obstáculos políticos al desarrollo de las relaciones fluidas, puesto que su estado, en su mayoría, de reciente independencia, ponían particular énfasis en la soberanía nacional al momento que rechazaban los cuestionamientos de las potencias occidentales en temas como la naturaleza de los regímenes políticos y las políticas de Derechos Humanos<sup>638</sup>.

Viendo este fructífero avance en lo económico, desde el régimen vieron que aquella era la senda natural para superar el aislamiento político. Así, se embarcaron en una campaña para convencer a determinados gobiernos extranjeros que la sólida posición económica de Chile debía motivar replanteamientos de las relaciones bilaterales en base a consideraciones “mutuamente ventajosas”; y, a un nivel privado, se priorizaba el fortalecer los vínculos con banqueros, corporaciones y otros actores económicos no-oficiales, incluso siendo estos últimos casi los “representantes no oficiales” de Chile en el Extranjero. Cámaras de Comercio, que fueron en auge desde 1973, fueron entidades que prácticamente reemplazaron a Cancillería en países como Egipto, Canadá, España, Francia, Japón, Sudáfrica, Israel, Corea del Sur, Brasil y Perú<sup>639</sup>.

Bien decía Heraldo Muñoz que la vía económica ha sido enfatizada respecto con los países que han mantenido una actitud de hostilidad o indiferencia al caso chileno, especialmente los de corte socialista. Y si bien se han incrementado los lazos económicos con países como Italia, México y algunos de la órbita soviética (siendo los más acérrimos denunciantes del golpe y sus consecuencias), ello no significó un mejoramiento en el plano político. Así, por ejemplo, hasta mediados de 1975. Las relaciones diplomáticas entre Chile e Italia continuaban suspendidas a un nivel de embajadores, muy a pesar del auge comercial registrado entre ambos países. Incluso los Estados Unidos, manteniendo las sanciones

---

<sup>635</sup> Ibidem, p. 163.

<sup>636</sup> *El Mercurio*, 17 de octubre de 1975, p. 8.

<sup>637</sup> Víctor CHAVES D.: “Chile y el Pacífico Sur. El Centro de Gravedad Geopolítico Terrestre. Rutas Aéreas a Australia. Destino Histórico”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año LXVI, n°378, 1974, p. 94.

<sup>638</sup> Manfred WILHELMY; Rosa María LAZO: “La Estrategia Bilateral de Chile en el Sudeste Asiático”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. XIX, 1997, p. 39.

<sup>639</sup> Heraldo MUÑOZ: *Op. Cit.*, p. 168.

económicas como instrumento de presión, vio anuladas las trabas en la práctica por las condiciones favorables de la economía nacional e internacional; pues, mucho más allá de la simple teoría, si las exportaciones hacia el Coloso en 1973 alcanzaban tan solo el 8.6% del total (107.4 millones de dólares), en 1989 la cifra había ascendido al 17.8% (1.456 millones de dólares)<sup>640</sup>. Sin embargo, las críticas a un nivel político se mantenían y no parecían disminuir en lo absoluto. Básicamente el único éxito de la estrategia de aproximación económica chilena fue el caso brasileño, con quien se estrecharon relaciones<sup>641</sup>.

Si en el ámbito internacional países tan variados en su orientación ideológica, como Zambia y Bélgica, suspendieron rápidamente sus relaciones con el Gobierno Chileno o bajaron su nivel de representaciones en Santiago, la cuestión en el ámbito regional no parecía ser más alentadora. A pesar de que los hechos hablaban por sí mismos, la Junta insistía en mantener una posición americanista, al menos así lo dejaba en claro el Canciller Ismael Huerta en la Asamblea General de Naciones Unidas:

Nos interesa, en forma muy especial, un estrechamiento de los vínculos de todo orden con los países de América Latina. [...] Guiados por ese sentimiento latinoamericanista, daremos nuestro total apoyo y respaldo a los procesos de integración regionales y subregionales en los que participa Chile, tales como la Asociación Latino-Americana de Libre Comercio y el Acuerdo de Integración Subregional Andina. / Apoyamos y respaldamos, asimismo, la Comisión Especial de Coordinación Latino-Americana (CECLA), como foro esencialmente latinoamericano, donde nuestros países analizan y adoptan posiciones conjuntas en las materias de su particular interés<sup>642</sup>.

Incluso el mismo Pinochet fue enfático en que buscaría un pleno acercamiento, cuestión que dejó más que en claro en Brasil allá por 1974:

Con respecto a la comunidad americana, les quiero decir que el marxismo nos alejó de ella. Estamos logrando regresar. Y también quiero recalcar que el gobierno de Chile no quiere formar 'eje' con nadie. Esta palabra suena un poco rara. Algo así como 'eje' La Habana-Moscú. Nosotros no buscamos "ejes"<sup>643</sup>.

Sin importar estas palabras, las relaciones con los países vecinos no pudieron estar en peor forma, en parte por el simple hecho de que los militares chilenos percibieron a la comunidad interamericana como un medio por el cual combatir al marxismo. Si desde 1964 se había mostrado reservado en cuanto a los problemas de seguridad hemisférica; muy al contrario, el régimen militar se mostró entusiasta en cuanto a dicha defensa frente a los peligros de origen externo o interno. Para la dictadura los Acuerdos de Integración Subregional no parecían ser un instrumento de acción eficaz en el contexto de la política

---

<sup>640</sup> José MORANDÉ LAVÍN: "Chile y los Estados Unidos. Distanciamientos y Aproximaciones", en *Estudios Internacionales*, Vol. 25, n°97, 1992, pp. 4-16.

<sup>641</sup> Heraldo MUÑOZ: *Op. Cit.*, p. 169.

<sup>642</sup> "Discurso pronunciado por el Canciller chileno, Vicealmirante Ismael Huerta, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas", pp. 30-31.

<sup>643</sup> Citado por Joaquín FERNANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 438.

internacional del gobierno, pues dentro de la comunidad latinoamericana, salvo Brasil y Bolivia, no todos los países mostraron entusiasmo respecto a la lucha contra el marxismo<sup>644</sup>.

Los vínculos con los gobiernos de Colombia y Venezuela alcanzaron su nivel más bajo a mediados de 1974, instancia, en la que por discrepancias jurídicas en la aplicación del derecho de asilo, la Cancillería aplazó el otorgamiento de salvoconductos a varios exparlamentarios de izquierda refugiados en dichas embajadas. Esto empeoró luego de que Bogotá, a modo de protesta, retiró a su Embajador en Santiago, hecho al que el Ministro de Relaciones Exteriores, Ismael Huerta, respondió con la acusación contra el representante colombiano, Juan Bautista Fernández, de tener contacto con extremistas y comunistas, a la vez que expresaba su alegría ante la renuncia de Fernández y su abandono de Chile.

México también nos sirve para demostrar hasta qué punto se rechazaron las acciones de los militares chilenos en la región. El país azteca rompería relaciones con la Junta el 26 de noviembre de 1974, ello luego de una visita del Ministro de Relaciones Exteriores de México, Emilio Rabasa, en junio de aquel mismo año, instancia que aprovechó para llevar consigo a 72 asilados políticos que quedaban en la embajada mexicana en Santiago. Rabasa era el primer canciller extranjero en visitar el país después del 11 de septiembre, todo ello bajo la promesa de intercambiar embajadores, reanudar las concesiones de visas a los chilenos que deseaban viajar a México y de normalizar las entregas suspendidas de fármacos, fertilizantes y azufre mexicano. Como era de esperar, todos los acuerdos logrados fueron al traste de la basura automáticamente cuando se anunciaron las rupturas de las relaciones diplomáticas<sup>645</sup>.

Con Argentina la situación no parecía ser mejor, ya que el Presidente Juan Domingo Perón también tendría sus inquietudes ante las informaciones que surgían desde Chile. Aquella inquietud pasó a preocupación cuando comenzó a temer un cerco sobre su país. No estaba tan equivocado, y es que el derrocamiento, años después, de su viuda Isabel, que asumió la presidencia tras su muerte, estuvo en parte prefigurado desde Santiago<sup>646</sup>. Por si fuera peor, entre los años de 1977 y 1978 emergió una aguda crisis diplomática. El laudo arbitral británico fue favorable a Chile en la vieja disputa territorial y marítima de la zona austral del Canal Beagle. En una decisión sin precedentes, el país trasandino declinó aceptarlo, declarando una nulidad insanable. La seguridad chilena volvía a estar en peligro. Agotadas todas las instancias civiles y diplomáticas, se vivió un verdadero estado de guerra a fines del 78, el cual casi desencadenó una guerra en la zona austral<sup>647</sup>.

La única excepción pareció ser Brasil, el cual desde 1964 se hallaba bajo el mandato de militares. Lo curioso en este caso es que Chile, tal como sucedería con la España de Franco, tomaría el modelo brasileño como un ejemplo a seguir. Se veían, hacia 1974, los diez años del gobierno militar brasileño como la viva prueba de que la mano dura, aplicable a las constantes violaciones a los Derechos Humanos, eran el soporte para su espectacular crecimiento económico y su creciente influencia política en la región. Si Chile quería lograr tal meta, debía seguir el ejemplo brasileño, al menos así lo pensaban desde el Ejército<sup>648</sup>. De ahí que las relaciones se estrechasen tanto; pero, muy contrario a España, aquí el asunto pareció ser recíproco. Como habíamos dicho, aquello fue de la mano del ámbito económico,

---

<sup>644</sup> Cristian E. MEDINA VALVERDE: *Op. Cit.*, pp. 417-418.

<sup>645</sup> Herald MUÑOZ: *Op. Cit.*, p. 158.

<sup>646</sup> Mónica GONZÁLEZ: *Op. Cit.*, p. 412.

<sup>647</sup> Manfred WILHELMY; Roberto DURÁN: *Op. Cit.*, p. 277.

<sup>648</sup> Marco SAEZ SAAVEDRA: "Diez Años de Gobierno Militar en Brasil", en *Memorial del Ejército de Chile*, LXVII, n°381, 1974, p. 41.

siendo el principal vínculo las exportaciones de cobre hacia el país carioca, las cuales se estimaban que a fines de 1975 serían en su totalidad chilenas<sup>649</sup>.

El plano económico respecto a América Latina tampoco fue el mejor, pues Chile brilló por su ausencia en organismos como el Pacto Andino y su participación en organismos como ALADI y el SELA ha sido restringida, o al menos no mostró una verdadera voluntad de participar activamente en los sistemas de integración regional<sup>650</sup>, más cuando la línea ideológica de estos organismos (un nacionalismo económico) chocaba con la postura económica de Santiago, la que estima que la apertura al exterior debía ser sin condiciones. Y si bien el régimen mantuvo un flujo estable en cuanto comercio con potencias extrarregionales, aquello no ha aplicado de la misma forma con la región. Mercados del Lejano Oriente, Norteamérica y el Asia Pacífico eran la prioridad, “lo cual indica claramente que la voluntad política en materia de cooperación e integración regional no está en el punto más alto de las prioridades”<sup>651</sup>. Aquello mismo se replicaría en la OEA, institución a la que tacharían de ser invadida por la política cubana y que, “usada como elemento de coerción internacional, demostró inoperancia política y sufrió un quebrantamiento casi definitivo”<sup>652</sup>.

Un mercado aislamiento político, un rechazo y repudio tácito de las grandes potencias occidentales y uno más visible aún de aquellas pertenecientes a la órbita soviética fueron la tónica del Chile de los militares ante el mundo, al menos ello en el plano formal. La búsqueda de socios comerciales muchísimo más allá de sus fronteras fueron en parte un alivio para quienes veían en el país a una nación atacada por todos los flancos, pero la liberación de la economía no sería el fruto milagroso que salvase a Chile de todo mal, prueba de ello fueron las consecuencias de la crisis económica de 1975 y el hecho de que sus potenciales aliados se hallasen a miles de kilómetros sin el mínimo interés en intervenir en caso de desatarse una crisis. Censura, embargos y críticas era todo lo que Pinochet podía encontrar en el ámbito más cercano, sin que nada pudiese hacer para evitarlo, salvo recurrir a medidas radicales. De ahí que Fernandois se refiriera, a un nivel de relaciones internacionales, que los dieciséis años del régimen militar fuera un continuo superar de crisis<sup>653</sup>. Pero ante toda esta nebulosa de relaciones y visiones de Chile en el mundo salta una interrogante difícil de eludir. El Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, siendo el elefante en la habitación, no podía ser pasado por alto por los militares que ahora yacían en la cúspide del poder; sin embargo, urge preguntarse: ¿Cómo fue la escalada de hostilidades que estuvo a punto de provocar una de las mayores crisis a nivel regional de la década de los 70?

\*\*\*

---

<sup>649</sup> Orlando URSINA HERRERA: “El Cobre de Chile, la economía chilena y la seguridad nacional”, en *Memorial del Ejército de Chile*, LXXI, n°394, 1977, p. 56.

<sup>650</sup> Carlos E. MIRANDA: “Un Comentario Sobre la Imagen Internacional de Chile”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. VII, n°2, 1985, pp. 192 y sig.

<sup>651</sup> Roberto DURÁN S.: “Lo Constante y lo Variable de la Política Exterior Chilena Durante los años 1974-1984: Un Análisis Introductorio”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. VII, n°2, 1985, p. 186.

<sup>652</sup> Instituto Geográfico Militar de Chile: “¿Se extingue la Organización de Estados Americanos? (O.E.A.)”, en *Memorial del Ejército de Chile*, LXVII, n°381, 1974, p. 4.

<sup>653</sup> Joaquín FERNANDOIS: “Chile ante el Mundo: El Bicentenario de las Relaciones Internacionales”, en *Diplomacia*, n°123, 2010, p. 23.

### III. ¿La Guerra que Viene?

*Y oiréis de guerras y rumores de guerras;  
Mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca;  
Pero aún no es el fin.  
(Mateo, XXIV, v. 6)*

Si con el resto del mundo la experiencia chilena, especialmente con Europa, había demostrado ser ambivalente, la cuestión con el vecino del norte, podríamos decir, quedaron claras desde un principio. Para los civiles en la política chilena el pensar en una guerra en plena segunda mitad del siglo XX resultaba descabellado, más entre vecinos como Chile y Perú, pero para el militar la cuestión era diferente. “La masa de los chilenos no ha estado nunca consciente de lo humillante y de las huellas que pueden dejar tres años de ocupación de la capital y de una guerra irregular, sanguinaria como todas las de su género”<sup>654</sup>. De tal modo que la semilla de la discordia, muchísimo antes de la llegada de Velasco, ya estaba plantada, solo faltaba que terminase de germinar. Entre los militares al mando del Perú ya estaba la pólvora, solo faltaba la chispa.

Pero del Perú que en 1968 había iniciado un verdadero proceso revolucionario de la mano de las Fuerzas Armadas y bajo el liderazgo del General Juan Velasco Alvarado, hacia 1973 aquel empuje inicial se había debilitado enormemente. El vigor que había caracterizado a los primeros días de la revolución, de los militares que a punta de tanques y fusiles habían hecho suyo el complejo de la Brea y Pariñas, de la mordaz retórica del “Chino” contra el imperialismo norteamericano, poco de ello quedaba. Mordaces y certeras son las palabras de Rodríguez Elizondo al sostener que el Perú de Velasco dependía demasiado del azar, el cual con ansía buscaba su estrella que le permitiese avanzar; después de todo, la Revolución de las Fuerzas Armadas se habían convertido en un régimen militar personalizado, sin expresión política civil y que, a su vez, tampoco podía contar con el apoyo del imperialismo estadounidense que tanto habían denunciado, aunque esto no implicaba una denuncia tan radical como la que tuvieron los estadounidenses con Pinochet. Muchos veían en Velasco una figura más moderada, quizás una alternativa más viable a Castro o al mismísimo Pinochet, algo así como *Tito Sudaca* en contra del Stalin Caribeño<sup>655</sup>.

Crisis era lo que definiría al Perú de 1973, mal que mal, habían arrastrado un enorme déficit en su lucha por “la conquista de las dignidades”, tampoco contaban con una acumulación previa que les permitiese sortear los gajes del futuro. Mucho menos podía contar con las fuentes occidentales de crédito, mientras que los militares carecían de la capacidad administrativa necesaria para la conducción de las empresas (muchas de ellas) agregadas al sector público tras la vigorosa política de nacionalización. Por si fuera poco, al no ser un país “verdaderamente socialista”, la subvención de la Unión Soviética les estaba vedada desde un principio, aunque esto no les negaba las compras de material bélico, ni menos el apoyo logístico cubano. Mucho menos hablar de la buena fama que Velasco se había granjeado entre los países europeos y en el movimiento de los No-Alienados. Sin embargo, aquello solo sería una piedra en los botines de los militares peruanos, pues el ambiente vecinal mostraba ser mucho más acongojador que muchas de las problemáticas de orden interno: en un lapso brevísimo, el Frente Amplio fue derrotado en Uruguay, las fuerzas

---

<sup>654</sup> Joaquín FERNANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 425.

<sup>655</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, pp. 48-59.

militares conjuntas aniquilaron a los castristas Tupamaros y un Ejército radicalizado hacia la derecha se preparaba para asumir el poder; y en Bolivia, el General Hugo Banzer (personaje de suma importancia para el futuro de esta crisis) tomaba el poder al derrocar y enviar al exilio al General Juan José Torres a Argentina.

Pero si algo anda mal se puede poner peor, una máxima pesimista pero certera al extremo, al menos ello si vemos la situación peruana de la década de los setenta. Velasco, antaño líder capaz de dirigir al país y a soldados por igual, distaba de ser el hombre fuerte que antiguamente solía ser. La salud del “Chino” no era la mejor, en palabras de “Taquito” Tamariz, periodista de la revista *Caretas*:

En febrero de 1973 el general Velasco sufre una grave enfermedad como consecuencia de la rotura de un aneurisma de la aorta abdominal. Su dolencia da paso a una etapa tensa, dolorosa y llena de rumores. Cuarenta días después el líder de la revolución retorna a la conducción del gobierno. A pesar de su chispa y movimientos enérgicos y vivaces, Velasco ya no es el mismo. Vuelve a Palacio en silla de ruedas: ha perdido una pierna y luce profundamente demacrado<sup>656</sup>.

Si antaño fue un líder carismático que supo aunar los deseos y aspiraciones de los peruanos, ahora no iba más allá de un mero dictador, uno rodeado de rumores, de miedos y desconfianzas. Nadie tenía el valor de enfrentarlo abiertamente, pero tras bastidores ya circulaba la interrogante de quién sería su sucesor, quien tomaría el mando del proceso revolucionario. De tal modo, se produjo el peor escenario para los altos mandos peruanos: un jefe enfermo renuente a renunciar, un gobierno sin una base civil organizada, una base militar en crispación permanente y un país con problemas existenciales, materiales, regionales, hemisféricos y vecinales; sin embargo, la nota de mayor importancia, y la gota que rebalsó el vaso, la daba Chile, mal que mal, desde el 11 de septiembre de 1973, el país se puso en las antípodas del proceso revolucionario peruano. He ahí la chispa necesaria. Bien decía Elizondo, “Fue el principio del fin”.

La inestabilidad política de Allende, los sorprendidos movimientos militares desde junio de 1973 y las evidentes operaciones realizadas el 11 de septiembre obviamente ponían en alerta al sector castrense de nuestro vecino norteño. Más cuando una de las tantas justificaciones del golpe, además del combate hacia el marxismo, fuera la necesidad de hacer frente al creciente armamentismo peruano y a su creciente deseo de “revancha”<sup>657</sup>. De hecho, en el Perú algunos diarios fueron muy críticos al Gobierno Chileno, lo que en Santiago se percibió como un verdadero acto hostil. En el acta de la Junta de Gobierno ‘*se informa además de diversas demostraciones oficiales contrarios a Chile de parte de ese último país, las que han detectado a través de la prensa peruana*’<sup>658</sup>.

Aquello no sería pasado por alto por Pinochet, quien comprendía que el movimiento de tropas y el derrocamiento de Allende traería funestas consecuencias en el ámbito vecinal más cercano, de ahí sus gestiones por calmar los ánimos de una situación que de por sí era tensa. Bien decía la periodista Mónica González, “en Santiago, mientras, los tambores de la

---

<sup>656</sup> Ibidem, p. 49.

<sup>657</sup> Joaquín FERMANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 425.

<sup>658</sup> Citado por Juan Eduardo MENDOZA PINTO: “El Acuerdo de Charaña bajo el fantasma de la guerra: la crisis de 1975, desde la perspectiva de percepción de amenaza de Chile, Perú y Bolivia”, en *Perspectivas de Historia Militar*, Academia de Historia Militar, abril 2020, p. 9.

guerra interna no lograban asfixiar el ruido que provenía desde la frontera norte<sup>659</sup>. Y es que los informes hablaban de una inminente arremetida peruana aprovechando el estado de desorden en que yacía Chile tras la imposición del nuevo régimen. Si bien no existía una confirmación oficial, medidas como el cierre de las fronteras del Perú hacían temer lo peor<sup>660</sup>. Medidas debían ser tomadas.

La misión de aliviar las tensiones recayó sobre el General Sergio Arellano Stark, líder de la conocida Caravana de la Muerte. Tras arribar de una “gira” que había le había llevado al norte en octubre de 1973, el General Pinochet convocaría a Arellano a pocos días de su arribo (22 de octubre) para que partiese en una misión a Perú y Bolivia con la finalidad de entrevistarse con los generales Juan Velasco Alvarado y Hugo Banzer respectivamente acerca de la caótica situación que había vivido Chile durante todo septiembre, posiblemente para exponer que todo el movimiento de tropas respondía más a cuestiones internas y nada más. El Presidente Velasco en aquella instancia manifestó que su posición era de una firme no intervención en la política y situación interna de Chile o cualquier otro país. Tal declaración solamente se haría pública en Chile en febrero de 1974:

Nosotros no vamos a cambiar nuestra política exterior, que se basa en el principio de la no-intervención en los asuntos internos de otros países, porque una agrupación así lo quiera. Cada país tiene sus problemas y deberá encararlos. Nosotros tenemos los nuestros y tampoco aceptaríamos una intromisión externa en nuestros asuntos<sup>661</sup>.

Al parecer, nos dice Mónica González, aquella fue la explicación por la psicosis de guerra contra Chile que se había vivido en el Perú, principalmente el 12 de septiembre de 1973, fecha en que los generales más radicales de Velasco estimaban el momento propicio para atacar. Ascanio Cavallo, en su *Historia Oculta del Régimen Militar*, expone la gravedad de la situación, más cuando aquella cúpula de altos oficiales había expuesto ante Velasco la idea de aprovechar la caótica situación interna<sup>662</sup>; no obstante, habría prevalecido la opinión de los generales más moderados, fundamentalmente de la Armada<sup>663</sup>.

Arellano, en el transcurso de noviembre tendría más reuniones con altos mandos de las Fuerzas Armadas peruanas. El 15 de noviembre viajaría a la Paz, primera vez que un General chileno llegaba a Bolivia en misión “no oficial”, desde la ruptura de las relaciones en 1962. Allí pudo constatar que la Fuerza Aérea era la más entusiasta con el pronunciamiento del 11 de septiembre. En la reunión con el General Banzer, el 20 de noviembre, se tocaron problemáticas como la mediterraneidad boliviana y las compensaciones que Chile recibiría por la cesión de un corredor, pues el General Boliviano comprendía que, ahora siendo Chile un país netamente controlado por militares, el ceder territorio traería consigo un fuerte impacto a la imagen pública del régimen y los militares, razón por la cual Chile debía pensar en adecuadas compensaciones. Esto último sería de notable importancia en el futuro cercano. Allí mismo se sentaron las bases para la reunión que tendría más tarde con Pinochet en Brasilia. Pero si aquella barrera inicial fue superada a

---

<sup>659</sup> Mónica GONZÁLEZ: *Op. Cit.*, p. 441.

<sup>660</sup> Ascanio CAVALLO; Manuel SALAZAR; Oscar SEPÚLVEDA: *La Historia Oculta del Régimen Militar. Memoria de una época 1973-1988*, Uqbar Ediciones, Santiago, 2008, p. 89.

<sup>661</sup> *Qué Pasa*, n°146, 8 de febrero de 1974, p. 5.

<sup>662</sup> Ascanio CAVALLO; Manuel SALAZAR; Oscar SEPÚLVEDA: *Op. Cit.*, p. 89.

<sup>663</sup> Mónica GONZÁLEZ: *Op. Cit.*, p. 442.

duras penas, la prensa comenzó a hacer leña del árbol caído. Tanto periódicos chilenos como peruanos, además del resto del mundo, comenzarían a denunciar el creciente armamentismo por ambas partes, además de la evidente tensión que cubría las relaciones chileno-peruanas. De ahí en adelante, los nubarrones en el horizonte no harían más que ir en crescendo.

Entre los analistas militares y civiles chilenos ya no había secreto alguno en que tras la caída de Allende el problema entre Chile y Perú era notorio y, hasta el momento, el vecino tenía todas las cartas a su favor, pues si Perú contaba con una imagen más o menos aceptable en el exterior (bastante agradable para los europeos); en cambio, Chile distaba de ser de la simpatía de todo el mundo (aunque aún no llegaba al nivel de rechazo que adquiriría posterior a 1975). Y si se llega a mirar era retrospectiva, la situación para declarar la guerra a Chile era idónea, casi inmejorable, ello gracias que la situación interna distaba de estar en orden. Como hemos visto, el régimen separó a los ciudadanos en buenos y malos chilenos, no había posibilidad de una nación en armas, se ejecutaban crímenes dentro y fuera del país, había cientos de miles de exiliados, el aislamiento político no podía ser más intenso. Estados Unidos había impuesto restricciones a la venta de armamento, mientras que en el plano americano Bolivia potenciaba poco a poco la demanda marítima, mientras que la tensión con Argentina por las islas del Canal Beagle era cada vez más preocupante. Pocos eran los amigos de Chile en el mundo y ello comenzaba a notarse.

Pero lo idóneo del momento en sí mismo no alcanza a explicar el meollo de las malas relaciones vecinales. Bien podríamos nuevamente recurrir a Elizondo al sostener que muchos de los resquemores venían desde mucho antes, específicamente desde 1968 cuando un coronel publicara un texto titulado *Geopolítica* y en el que expresaría con marcado entusiasmo las tesis de Kjellén, Haushoffen y Ratzel sobre el carácter orgánico del Estado, con el expansionismo del mismo como su expresión natural por antonomasia. Bien decía el prólogo a su segunda edición: “*El Coronel de aquel entonces, hoy General, ejerce en la actualidad el cargo de Jefe Supremo de la Nación, y en tal carácter conduce los destinos del país*”<sup>664</sup>. Obviamente esto traería desconfianza en el norte, ello en las palabras del General Javier Tantalean Vanini: “En realidad no se nota inmediatamente una variación de las relaciones pero Pinochet había escrito algunos libros relacionados con la geopolítica. Como en Chile se tenía la idea de que el gobierno del Perú era comunista más tarde se produce un enfriamiento”<sup>665</sup>. Quizás la apreciación de los militares sobre la obra de Pinochet viniera de los dichos de Fidel Castro en el contexto del discurso en la Habana por la muerte de Salvador Allende:

*La Junta Militar es fascista, pero no solo es fascista por sus actos, sino por sus ideas. Cuando nosotros estuvimos de visita en Chile, próximos a nuestro regreso nos llegó un librito de texto de las academias militares chilenas titulado Geopolítica, escrito por el señor Augusto Pinochet, jefe de los fascistas (ABUCHEOS). Ya de regreso nosotros hojeábamos aquel libro, y veíamos con asombro que muchos de los conceptos contenidos en aquel libro eran nazi-fascistas. [...] En la misma introducción, hablando con gran entusiasmo de un tal Haushofer, uno de los padres de esta ciencia fascista, y compartiendo enteramente su criterio, dice: Adoptó la Ley de Ratzel acerca de la extensión territorial de los pueblos y de su lucha por espacios siempre*

---

<sup>664</sup> Augusto PINOCHET UGARTE: *Geopolítica*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1974, p. 13.

<sup>665</sup> Entrevista a Javier Tantalean Vanini, p. 146.

*mayores. Habló de un ‘destino espacial’, acuñó la muy definida expresión de ‘espacio vital’ y fue partidario de la conquista del espacio hacia el Este antes que la guerra con Polonia.*

*Estos libros de texto son los que enseñan en las academias militares de Chile, y uno de sus más señalados profesores era Augusto Pinochet Ugarte. En estos conceptos de geopolítica, de espacios vitales, de expansiones territoriales, que son nítidamente nazis, se educan los militares chilenos<sup>666</sup>.*

Más tarde a ello se le sumaría la tendencia misma del Gobierno Chileno y sus implicancias históricas:

La Junta de Gobierno sigue la inspiración portaliana que hizo grande a nuestra Patria: pasión por el servicio público, autoridad inflexible e imparcial, amor al orden y a la eficiencia, integración de la nacionalidad desde el Gobierno a través de la superación de los ideologismos excesos y las banderías partidistas. La exigencia de que la función pública constituya un auténtico y desinteresado servicio, y su insistencia en que ello requiere que la ejerzan “hombres que sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, para así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes”, adquiere hoy plena y apremiante vigencia<sup>667</sup>.

Bien decía el General Miguel Ángel de la Flor, Pinochet, al declarar la segunda República Portaliana, captó la cuidadosa atención del Perú. Portales, si bien fue el gestor de la República Chilena, también fue un acérrimo enemigo del Perú y Bolivia. Las palabras de Pinochet no cayeron en oído sordo, sino, muy al contrario, y a su pesar, fueron atentamente escuchadas: “Este pronunciamiento demostró que había que tener muy en cuenta la seguridad nacional, puesto que el esfuerzo económico de la Revolución había sido orientado a obras de desarrollo, a la educación y a la alimentación del pueblo. El General Velasco le dá entonces, una gran prioridad a la Defensa Nacional. Considera necesario renovar el armamento de la F. A., por el peligro que significaba el rearmamentismo que reiniciaba Chile después de la época de Frei”<sup>668</sup>. La personalidad misma de Pinochet no podía inspirar la mejor imagen en el Perú, pues el nuevo mandatario chileno solo podía venir a contrariar los valores que Velasco reflejaba: si Velasco era un líder revolucionario que mantenía una gran cercanía con Cuba y recibía apoyo militar de la Unión Soviética; Pinochet, por su parte, venía a representar a aquel militar al servicio de la oligarquía, profundamente anticomunista y mantenía, al menos en el comienzo, un apoyo por parte de los norteamericanos<sup>669</sup>. De ahí

---

<sup>666</sup> “Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz, Presidente de la República de Cuba, en el Acto Conmemorativo del XIII Aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución, de Solidaridad en el Heroico Pueblo de Chile, y de Homenaje Póstumo al Doctor Salvador Allende, Efectuado en la Plaza de la Revolución ‘José Martí’”, La Habana, 28 de septiembre de 1973.

<sup>667</sup> “Declaración Oficial de la Junta de Gobierno sobre Prescendencia Político-Partidista en la Administración Pública, formulada el 5 de diciembre de 1973”. En JUNTA NACIONAL DE GOBIERNO: *República de Chile, 1974: Primer año de la Reconstrucción Nacional*, p. 65.

<sup>668</sup> Entrevista a Miguel Ángel de la Flor, p. 61.

<sup>669</sup> Aquiles GALLARDO PUELMA: *Crisis Internacionales en Sudamérica: Teoría y Análisis*, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos. Ministerio de Defensa Nacional, Santiago, 2007, p. 117.

que esgrimiera una frase trascendente: “Hasta Septiembre de 1973 estábamos rodeados de gobiernos amigos”<sup>670</sup>.

Solo era cuestión para que los analistas más avispados cayesen en cuenta de esta situación, más cuando se acercaban peligrosamente a una fecha tan significativa como lo era el centenario de la Guerra del Pacífico. Dos sistemas militares antagónicos, con militares evidentemente nacionalistas en ambas esquinas y en una fecha que conmemoraba una de las más cruentas guerras que América Latina hubiera tenido, no es que diera un panorama muy alentador.

El primero en dar cuenta de ello, si atendemos las sugerencias y experiencias de Rodríguez Elizondo en su exilio en Leipzig, habría sido Marcel Nedergang en un reportaje publicado en *Le Monde* el 27 de marzo de 1974, y el cual se basaba casi enteramente en conversaciones sostenidas con los Generales Velasco y Mercado. Su comienzo era golpeador y contundente: “La situación creada en América del Sur por el golpe de Estado chileno (...) inquieta fuertemente a los dirigentes peruanos, que no descartaban la posibilidad de un conflicto armado localizado”. Finalizaba sosteniendo que los militares peruanos, de corte progresista comparados con sus homólogos chilenos, se sentían verdaderamente sitiados por los marcados gobiernos anticomunistas de Brasil, Bolivia, Paraguay, Uruguay y, especialmente, Chile. Analistas como el norteamericano James D. Theberge, director del proyecto latinoamericano del Centro de Información de Estrategia Nacional, en 1974 ya daba cuenta del oneroso gasto del Perú en armamento y daba por sentado de que este último tendría intensiones revanchistas:

Desde el punto de vista soviético [...] los decretos y leyes eran pasos definitivos en la dirección correcta, ya que ellos minaban los fundamentos de la propiedad privada y apartaban gradualmente al Perú del camino capitalista. El acuerdo de ayuda militar [...] también marcó otro adelanto en el ambicioso y costoso programa de adquisición de armamentos que costó 1.000 millones de dólares durante los primeros cinco años (1969-1973) del gobierno de Velasco<sup>671</sup>.

En ese mismo año, el boliviano Víctor Paz Estensoro, en un medio militar argentino como *Estrategia*, ya hablaba del aislamiento de Pinochet y de una posible confrontación con el Perú. Algo similar haría la revista *Visión* en la que daban datos sobre el armamento sofisticado que adquiriría el Perú<sup>672</sup>. Sin embargo, sin desmerecer los aportes de Elizondo, su obra pasó por alto algo sumamente importante, y es que la prensa nacional desde mucho antes no escatimó en tinta ni en palabras a la hora de tocar la problemática la tensión de las relaciones entre el Perú y Chile, tan solo bastaba con echar una mirada a periódicos como *El Mercurio* o semanarios como la revista *Qué Pasa* o *Ercilla* para darse cuenta de ello. Numerosos informes cruzaban en la prensa nacional haciendo eco de una sola frase: “Carrera Armamentista”.

Por ejemplo, allá por 1970, a través de *El Mercurio*, el diputado Thomas Rees había afirmado: “Chile tiene derecho a adquirir armas modernas sin perder por ello la ayuda económica de Estados Unidos”. Finalmente agregaba: “Chile se siente amenazado tanto por

---

<sup>670</sup> Entrevista a Miguel Ángel de la Flor, p. 61.

<sup>671</sup> *El Mercurio*, 20 de julio de 1974, p. 29.

<sup>672</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, pp. 60-61.

la Argentina como por el Perú. Ninguno de esos dos países se beneficia grandemente con la ayuda norteamericana y son libres de adquirir armas perfeccionadas, sin temor de perder los fondos de esa ayuda. Chile, como importante beneficiario de esa ayuda, no se encuentra en la misma posición”. Aquello hubiera pasado inadvertido, quizás tomado como un aislamiento chileno en el próximo mandato de Allende (Perú y Argentina se hallaban bajo regímenes militares); sin embargo, aquellas palabras habrían pasado desapercibidas si desde el Perú no las acompañasen con una retórica completamente belicista, aludiendo enérgicamente al voto casi sagrado de los militares por recuperar lo perdido en la Guerra del Pacífico. En este caso, no referimos a los dichos del Coronel Rude Indo Zavaleta Riveram, Director de la Escuela Militar de Chorrillos, en el marco de la conmemoración de la Batalla de Chorrillos y en la cual se hallaba presente el mismo Velasco Alvarado, ya en ese tiempo apodado “Juan Sin Miedo”:

Con la derrota de Miraflores quedó destruido prácticamente el ejército peruano y Lima fue ocupada. / La imprevisión, el exceso de confianza de nuestros gobernantes de entonces, el desorden administrativo, las luchas intestinas y la corrupción, cobraron el elocuente dividendo: la derrota. [...] Señores, pero esto no volverá a repetirse. Que sirva esta emotiva ceremonia que hoy cumplimos para hacer la promesa solemne, con todas las fuerzas de nuestras almas, con el vigor tempestuoso de todas las fuerzas cósmicas, a lograr la vibrante exaltación del compromiso de aumentar no sólo la preparación de la Fuerza Armada, sino del pueblo en armas para ser vencedores en el futuro. Porque tenemos el derecho y la obligación de vencer<sup>673</sup>.

Obviamente, la creciente carrera armamentista por parte de ambos países, aunado a la retórica belicista del Perú traería sus consecuencias. De hecho, como lo estimaba *El Mercurio* en 1974, “la aparición de nuevos tipos de armas en una zona geográfica, inevitablemente involucra su extensión a los países vecinos, porque ningún Gobierno puede aceptar un desequilibrio de fuerzas que ponga en peligro su soberanía”<sup>674</sup>. Aquello haciendo clara alusión a los militares chilenos, quienes ya desde antes veían con preocupación la inestabilidad interna del Perú y su incesante gasto en material bélico. Personalidades como el Subsecretario de Relaciones Exteriores, capitán de navío Claudio Collados, llegaría a mostrar una amplia preocupación ante el incremento de los arsenales peruanos: “Indudablemente que es necesario estar atento porque los problemas de la seguridad, especialmente, son verdaderamente recíprocos. De tal manera que no pueden ser indiferentes para un país los esfuerzos que en algún sentido desarrollen otras naciones en términos de seguridad”. Respecto a la procedencia soviética del material: “Que el comprar material en la Unión Soviética o en otras fuentes de provisión de este tipo de equipo sea diferente en cuanto a que conlleva compromisos de orden político eso, como les digo, es resorte del país que así lo contrata. De tal manera que cada cual responde de los riesgos que este tipo de provisión plantea”<sup>675</sup>.

---

<sup>673</sup> *El Mercurio*, 17 de enero de 1970, p. 35.

<sup>674</sup> *El Mercurio*, 1 de agosto de 1974, p. 3.

<sup>675</sup> *El Mercurio*, 3 de agosto de 1974, pp. 1-8.

La prensa peruana tampoco se quedaba corta en este sentido, pues el diario limeño *El Comercio* del 20 de octubre de 1973 denunciaba y se comentaba con suma admiración las compras bélicas chilenas hechas en Francia, las que aseguraban alcanzar la increíble cifra de 50 millones de dólares, invertidos en “47 tanques AMX [30]; 9 helicópteros SA 330; camiones “Renault” y lo que se describe como elementos para fabricar cartuchos”. El artículo finalizaba con la frase: “Chile está embarcado en una adquisición acelerada de armamento que comienza en 1965”<sup>676</sup>.

A pesar de estas acusaciones de compras desmedidas de armamentos por parte de ambos lados, ninguno llegó a admitirlas, simplemente se justificaban en la renovación de material obsoleto. El General peruano Víctor Odicio Tamariz, en una entrevista para un medio chileno, llegó a descartar casi de forma despectiva las denuncias “Es renovación de material obsoleto, No es carrera armamentista, sino reemplazo de lo que se tenía”<sup>677</sup>. Incluso cuando Velasco propuso una limitación de los arsenales y la compra de armamento, a fin de “establecer un balance de nuestro material de guerra y definir una pauta para no comprar armas por diez años”<sup>678</sup>, al mismo tiempo que se hacía un llamado a invertir tales recursos en problemáticas de índole social; Pinochet respondería de forma tajante:

En materia de armamentismo, me considero no ser el “Padre Gatica”, ya que nosotros hemos dado preferencia a lo de orden económico y social. Chile no ha incrementado su armamento, e incluso ha comprado armas en menor cantidad que la de otros países del continente. Jamás aceptó amarrarse a los que, si bien dan sus materiales bélicos a valores ínfimos, el cobro por ellos resulta incalculable. Hemos sufrido en carne propia los efectos de la invasión comunista impulsada desde Moscú y La Habana y tenemos experiencia sobre la violencia, la infiltración y el odio entre hermanos<sup>679</sup>.

Al igual que su contraparte peruana, las Fuerzas Armadas chilenas justificaron aquella adquisición de material bélico a través de la renovación del mismo. En una entrevista publicada en *El Mercurio* en 1974, se consultaba al Jefe del Estado Mayor del Ejército, el General Héctor Bravo Muñoz sobre las crecientes alarmas de armamentismo y la compra de material: “Únicamente puedo responder con la realidad. Nosotros sólo hemos adquirido las cuotas absolutamente normales de reposición de material obsoleto por su uso. Hay que considerar que el costo de mantenimiento del material demasiado antiguo es muy elevado, pero no es efectivo que exista un aumento significativo de nuestro equipamiento bélico. Por otra parte, las relaciones de Chile con los países latinoamericanos son muy buenas, y además, estamos muy conscientes de la realidad chilena en cuanto a las limitaciones económicas”<sup>680</sup>.

Lo más a destacar es que todos estos medios, en un afán por desmentir y calmar los ánimos respecto a la notoria carrera armamentista entre ambos países (principalmente a causa de la censura impuesta en Chile), tendían a crear una nubosidad aún más espesa. Por ello, a para ver cómo fue la escalada en las tensiones, vale hacer énfasis en lo que no se llegó a decir o, mejor aún, en lo que se negaba. Aquello contrastaba enormemente con los dichos de la prensa chilena antes de 1973, en los que no se titubeaba al denunciar, citando a mismas

---

<sup>676</sup> *Qué Pasa*, n°131, 25 de octubre de 1973, p. 11.

<sup>677</sup> *Revista Ercilla*, Año XLI, n° 2063, semana del 12 al 18 de febrero, 1975, p. 13.

<sup>678</sup> *El Mercurio*, 11 de enero de 1974, p. 27.

<sup>679</sup> *El Mercurio*, 12 de enero de 1974, pp. 1-10.

<sup>680</sup> *El Mercurio*, 19 de septiembre de 1974, p. 17.

fuentes peruanas, la escalada en las tensiones; después de todo, ¿por qué centrarse en negar algo si derechamente no está ocurriendo? De ahí en adelante lo único que inundaría las gacetas de la prensa serían las negaciones de lo que era evidente. Una de estas muestras la dio el propio Velasco Alvarado en el XIX Congreso Mundial de Cirugía en Lima en marzo de 1974, cuando negó enérgicamente cualquier revanchismo proveniente del Perú:

El Perú es un país pacífico, que anhela lograr el desarrollo económico en beneficio de sus grandes mayorías populares<sup>681</sup>.

En abril de aquel mismo año, Velasco volvería a reiterar su postura:

El Perú, leal a su política pacífica, rechaza toda posibilidad de enfrentamiento con el pueblo hermano de Chile y señala que la pretensión de generar artificialmente un clima de conflicto pone en evidencia una posición claramente contraria a los pueblos de Perú y Chile. En consecuencia, el gobierno peruano denuncia ante la opinión pública de América Latina, ante los gobiernos de los pueblos hermanos de nuestro Continente y ante la opinión pública mundial la campaña interesada que vanamente pretende inventar un conflicto entre naciones hermanas<sup>682</sup>.

De esta manera, Velasco adhería a las declaraciones de los altos funcionarios gubernamentales sobre la vocación pacifista del régimen militar peruano, ante los rumores de que el Perú se estaría armando para declarar la guerra a un país vecino. Entre las declaraciones más reveladoras estaban las del general José Graham Hurtado, jefe del Comité de Asesoramiento de la Presidencia, quien declaró que “nosotros no buscamos jamás la guerra, porque para el Perú tendría un enorme costo. Entorpecería el proceso revolucionario en el que estamos empeñados”, además de insistir que el Perú “es un país soberano, amante de la paz y que no quiere la guerra”. Tales declaraciones fueron las segundas emanadas desde el alto mando peruano, pues el general Rolando Gilardi, ministro de aeronáutica, también defendió que “No tenemos nada contra Chile, ni hay nada contra Chile”<sup>683</sup>. Continuas muestras de confianza mutua se esgrimían desde ambos lados de la frontera. Quizás una de las más reveladoras fue la demostrada por el Ministro de Defensa, Edgardo Mercado Jarrín, en Bogotá, cuando en una rueda de prensa descartó la posibilidad de un enfrentamiento entre los países vecinos, así como una carrera armamentística por parte del Perú. Es más, incluso agregó que las relaciones peruano-chilenas eran “sumamente cordiales”<sup>684</sup>. Incluso el embajador de Chile en el Perú, el general Máximo Errazuriz, decía que “entre Chile y Perú hay una gran amistad, una amistad sincera y un cariño de verdaderos hermanos. La imagen nuestra allá es buena”<sup>685</sup>. Estos últimos dichos acordes a lo mencionado por el Embajador peruano en Washington, Fernando Berckemeyer en agosto de aquel mismo año:

Perú es un país pacifista, no tiene problema fronterizo alguno con sus vecinos y que entre Perú y Chile no existe en absoluto ningún conflicto. Califica de

---

<sup>681</sup> *El Mercurio*, 29 de marzo de 1974, p. 28.

<sup>682</sup> Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, p. 54.

<sup>683</sup> *El Mercurio*, 29 de marzo de 1974, p. 28

<sup>684</sup> *El Mercurio*, 8 de agosto de 1974, pp. 1-8.

<sup>685</sup> *El Mercurio*, 11 de octubre de 1974, p. 25.

falso lo afirmado por el columnista, de diario Star, que dijo que algunos observadores han deducido por acciones de la Junta Militar peruana, incluyendo adquisiciones masivas de armas de la Unión Soviética y la presencia de consejeros rusos, que el Perú podría estarse preparando a hacer la guerra a Chile, para recapturar la provincia de Tarapacá, que pasó a ser territorio chileno tras la guerra de 1879<sup>686</sup>.

En esto último la diplomacia castrense fue fundamental para el alivio de las tensiones, o al menos para evitar que todo reventase de forma repentina. Y es que como nos ha dicho Odlanier Mena, la interacción de uniformado a uniformado fue fundamental desde que en ambos lados de la frontera se instauraron gobiernos militares, pues cuando el General Forestier llamaba a Mena, quien estaba apostado en Arica, informándole que la Junta Militar había derrocado a Allende y se había hecho cargo del país, recayó sobre sus hombros el, militar a militar, informar lo ocurrido a su contraparte en Tacna para evitar una posible confrontación: “Mira, esto está pasando en Santiago y te llamo para decirte, bajo mi palabra de honor, que no tiene nada que ver con ustedes. Yo voy a cerrar la frontera y tú vas a ver movimientos de tropas, pero no tiene nada que ver con ustedes, es para evitar que pase algo acá dentro del país. [...] El me agradeció mucho, lo informó a sus superiores y esto después tuvo respuesta”<sup>687</sup>. Gestos como esos se repitieron muchas veces a lo largo del período, teniendo un gran efecto en el alivio de las tensiones.

El 9 de diciembre de 1974, en el marco de la conmemoración de la Batalla de Ayacucho, declaraciones similares cruzaron entre los sectores castrenses de ambos lados de la frontera. Las más destacadas fueron las del General de la Fuerza Aérea Chilena, Gustavo Leigh:

Las relaciones con Perú son óptimas. Creo que nunca han estado mejores, hay una franqueza y una cordialidad extraordinaria y una sinceridad que se observa no sólo en los niveles militares, sino también en los niveles civiles. Creo que todo lo que se diga en contrario puede obedecer solamente a intereses mezquinos y sectaristas. [Y refiriéndose a su conversación con Velasco] Todo esto es informal. Conversamos de todo: de lo humano y de lo divino y, naturalmente lo relacionado con intereses comunes de Chile y Perú. Se manifestó extraordinariamente cordial y atento, me expresó que su gobierno y su país eran tradicionalmente amigos de Chile, que estaban dispuestos a demostrarlo cada vez que Chile lo estimara necesario. Le envié sus calurosos saludos ya abrazos al general Pinochet y a su gobierno. Estuvo muy contento cuando conoció la carta del general Pinochet, en la cual acepta la invitación para concurrir a Lima en diciembre del presente año, a la reunión de presidentes bolivarianos, sanmartinianos y o’higinianos<sup>688</sup>.

---

<sup>686</sup> *El Mercurio*, 28 de agosto de 1974. Citado por Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, pp. 54-55.

<sup>687</sup> Entrevista a Odlanier Mena: “Hace 33 años Evitamos una Guerra”, *La Estrella de Arica*, 19 de marzo de 2006.

<sup>688</sup> *El Mercurio*, 27 de junio de 1974.

Otras de estas instancias fue el llamado Abrazo de la Concordia<sup>689</sup>, cuando, en la conmemoración de los 150 años de la batalla de Ayacucho, militares de ambos países se reunieron en la frontera a fin de reafirmar su amistad. Aquella oportunidad fue aprovechada por el embajador peruano en Chile, general Víctor Odicio Tamariz, para realzar las buenas relaciones entre ambas naciones: “En la línea de la Concordia dos compañías de las unidades con asiento en estas ciudades, una de Tacna y otra de Arica, encabezadas por los jefes de las respectivas guarniciones, se dieron un abrazo simbólico, llamado “Abrazo de la Concordia”<sup>690</sup>. Otra de estas muestras de fraternidad se mostró en la reunión entablada entre jefes militares peruanos y chilenos en la ciudad de Tacna. En este caso, los chilenos, encabezados por el coronel Jorge Dowling, fueron recibidos grandiosamente por el general Antonio García Vargas. El diario peruano *La Prensa* comunicó enérgicamente que estas reuniones “marcan el afianzamiento de la política de buena y fraternal vecindad que es característica de las relaciones internacionales de nuestra patria, desde los días de la emancipación”<sup>691</sup>.

Ahora bien, que la tensión estaba presente es un hecho, a pesar de los intentos de negarla, pero ¿quiénes era los supuestos actores que manejaban todos los hilos tras bambalinas? Desafortunadamente, no hay documentos oficiales u informes de Estado que acrediten la participación de terceros en las malas relaciones, por lo que únicamente debemos quedarnos con las apreciaciones de los testigos de la época. Lo curioso de este asunto, es que la supuesta culpabilidad de los hechos, según de dónde se viera, fluctuaba entre dos acusados: desde el Perú se acusaba la injerencia del imperialismo norteamericano y soviético, mientras que desde Chile solamente se acusaba a los exiliados, Cuba, la URSS, etc. cualquiera que viniera de la órbita soviética.

Por ejemplo, el General Mercado Jarrín atribuyó directamente las acusaciones de revanchismo a “una campaña de carácter internacional”<sup>692</sup> con el fin de sabotear el proceso revolucionario peruano. Incluso generales como Máximo Errazuriz sostenían: El marxismo mundial trabaja en nuestra contra, pero Perú está en una posición propia, no marxista ni anticapitalista, sino pro Perú. Está bien con todos y es una posición respetable. Ellos, por lo demás, no pretenden exportar sus ideas ni intervenir en los problemas propios de los otros países”<sup>693</sup>. Aquellas palabras iban muy en concordancia con las esgrimidas por el del General Artemio García: “Muchas naciones, muchos países lejanos a nuestro continente han querido intervenir y meter las manos en los asuntos particulares de cada uno de los países. A nosotros no nos caben recetas foráneas”<sup>694</sup>. El Ministro de Hacienda, General Guillermo Marcó del Pont reconoció que “efectivamente en estos momentos hay grupos interesados internacionalmente en crear dificultades artificiales entre Chile y Perú, especialmente de tipo fronterizo [...] Sin embargo tales propósitos no tendrán mayor resultado entre nuestros países porque mantenemos sólidas y cordiales relaciones [...] también a nuestro Gobierno,

---

<sup>689</sup> Un año más tarde, en el aniversario de dicha conmemoración, el prelado chileno, monseñor Ramón Salas, invocó la bendición de Dios y expresó que “En este día los pueblos hermanos de Chile y Perú se unen para que tu corazón y tu cariño den el verdadero sentido a esta concordia fraterna que existe entre nuestras naciones. Que el cariño, el amor y el respeto que surgen de ti y tu inspiración cristiana sean el sello de unidad para que nuestras naciones tengan una amistad perpetua y solidaria”. Véase en *El Mercurio*, 17 de octubre de 1975, p. 8.

<sup>690</sup> *El Mercurio*, 23 de noviembre de 1974, p. 1.

<sup>691</sup> *El Mercurio*, 30 de julio de 1975, p. 1.

<sup>692</sup> *El Mercurio*, 08 de agosto de 1974, pp. 1-8.

<sup>693</sup> *El Mercurio*, 11 de octubre de 1974, p. 25.

<sup>694</sup> *El Mercurio*, 12 de septiembre de 1975, p. 7.

en sus primeros meses de actividad, se le hizo objeto de una campaña de desprestigio internacional pero no lograron resultados para sus objetivos”<sup>695</sup>.

Solamente el General Odicio Tamariz atribuiría la culpabilidad tanto al imperialismo norteamericano y la injerencia soviética:

Chile y Perú llevan adelante procesos que, con diversos métodos, apuntan a una misma finalidad: la independencia económica de estos países. Ambas naciones nos hemos dado cuenta que hay elementos interesados en interferir en estos procesos. Hay actores internos y externos que realizan estas actividades. Los primeros son los que han perdido posiciones al asumir el poder las Fuerzas Armadas, y que ahora tratan de crear el mayor número de obstáculos. En Perú tenemos certeza sobre la acción contrarrevolucionaria de estos sectores. Los actores externos tratan de mantener nuestros países en una situación de dependencia cuasi colonial, y otros están interesados en vendernos sus armas. Estos últimos son mercaderes, a los que no interesa el bienestar de los pueblos, sino hacer sus negocios<sup>696</sup>.

Esto llegaría al punto que el mismísimo Velasco tocara el tema a fin de acallar a los medios: “Al reiterar esta pública denuncia el gobierno revolucionario apela una vez más a la conciencia de los pueblos del mundo y del periodismo internacional para que no se siga falseando la verdad sobre el Perú, ni sembrando cizaña entre pueblos fraternos. [...] El Perú rechaza absolutamente esta campaña irresponsable y reafirma su política de paz con todos los países de América”. [...] Sin mencionar a ningún país por su nombre, el mandatario peruano añadió: “no abrigamos animosidad contra nadie y jamás iniciaremos agresión alguna ni acto de provocación contra ningún pueblo hermano”<sup>697</sup>. Aunque ello no venía desde antes, cuando señaló que “*Ni Chile, ni Perú desean la Guerra*”:

Felizmente el Gobierno Chileno y el pueblo Chileno saben en el fondo que el Perú no quiere la guerra. Conforme, ellos no la quieren. / Pero son esos negociantes de la libertad de prensa de países grandes, países imperialistas principalmente, que tratan de crearnos problemas. Tratan de enfrentar a los países, principalmente cuando se les insubordinan. Pero no hay nada de verdad. Estos países imperialistas ya estarían gozándose si se agarran Chile y Perú. Pero es muy difícil. Yo creo que no, no lograrán vencer<sup>698</sup>.

Pero incluso cuando Velasco intentaba acallar a los rumores, que cada vez iban cobrando más fuerza, el espíritu militar salía a desbaratar toda posibilidad de aplacar los ánimos. Pequeñas palabras o frasecillas lanzadas en un discurso de negación de los roces no hacían más que ser caldo de cultivo para rumores y más rumores:

Absolutamente creo que Chile no está interesado ni lo quiere, así como tampoco lo queremos nosotros. Algunos intereses tratan de levantar una

---

<sup>695</sup> Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, p. 56.

<sup>696</sup> *El Mercurio*, 23 de noviembre de 1974, p. 12.

<sup>697</sup> *El Mercurio*, 30 de julio de 1975, pp. 1-8.

<sup>698</sup> *La Defensa de Arica*, 10 de agosto de 1974, p. 1. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 110.

polvareda. Debemos luchar contra la dependencia a y el subdesarrollo, no para una guerra. / Ni locos que fuéramos, y nosotros tenemos los tornillos bien puestos. / Como hermanos, queremos que no haya líos. Queremos vivir en paz. No queremos la guerra por ningún motivo. Pero tenemos que estar preparados, por si acaso<sup>699</sup>.

Según el General Leónidas Rodríguez Figueroa, aquella tensión y propiamente el armamentismo se deberían a elementos netamente externos de los que estamos hablando y que los generales y el mismo Velasco atribuían casi un complot para llevarlos a la guerra con Chile; sin embargo, aquí no rehúye de tachar a un culpable, sino que, para él, todo el asunto tenía un nombre y color político: Estados Unidos. En sus palabras: “En lo político acusan al gobierno Revolucionario de que estaba manejado por la URSS, que habíamos comprado armas soviéticas y que incluso teníamos una base militar soviética en nuestro país. Todo esto se publicó en el extranjero para hacer desde afuera aparecer al gobierno como comunista, para hacer renacer internamente el anticomunismo. [...] Indudablemente el esfuerzo de la CIA estuvo orientado con todas las baterías, recogidas de los otros lugares, hacia el Perú. Esto se manifiesta en la campaña de estigmatización comunista de la Revolución y como repito en los sucesos del cinco de Febrero. Finalmente yo creo que había una carta más y que era crear un ambiente de tensión con los países fronterizos. Curiosamente en los años 74 y 75 se produce una tensión artificial con Chile. Se publicó en el extranjero que el Perú se estaba armando con material soviético para invadir Chile. El gobierno de Pinochet concentró su centro de gravedad bélico en el Norte de Chile lo que dió lugar a que nosotros tuviéramos que reforzar nuestra cobertura en el Sur. Esta era la última carta que finalmente no se jugó porque Morales Bermúdez se prestó a liquidar el proceso revolucionario”<sup>700</sup>.

A través de estos testimonios y aclaraciones de la prensa y el Alto Mando Peruano, se podía ver claramente que Lima culpaba abiertamente de “crear el fantasma de la guerra” a los “enemigos externos”, principalmente a los vendedores de armas, a aquellos que “pretenden dividir a nuestros pueblos para evitar que construyamos la nueva fuerza de los países andinos, capaz de derrotar el atraso y la dependencia”. Al menos así lo creía el General Carpio Becerra. Muy similar a lo expuesto por *Expreso*, medio que analizaba los comentarios aparecidos en febrero 1974 en el semanario londinense *The Economist*:

La información de que en el Perú se están montando bases de submarinos y de cohetes soviéticos y de que el Perú se prepara para una guerra con Chile, evidentemente provoca desconfianza en los medios financieros... Este es precisamente el objetivo de la reacción... Disminuir las posibilidades de obtención de crédito y financiamiento externo que se requiere para el desarrollo. No hay riesgos de guerra. Todos sabemos eso, Como dijo el Presidente Velasco, ni Chile ni el Perú desean un conflicto armado. Hay muchos problemas más urgentes para resolver<sup>701</sup>.

Esta campaña de negación de lo evidente llegó al punto que el mismo Gobierno Revolucionario debió intervenir en la prensa cuando se produce el despido y expulsión de la

---

<sup>699</sup> *El Mercurio*, 30 de marzo de 1974, p. 1.

<sup>700</sup> Entrevista a Leonidas Rodríguez Figueroa, pp. 77-78.

<sup>701</sup> *Qué Pasa*, n°166, 28 de junio de 1974, p. 32.

periodista norteamericana Edith Medelon Lederer de *Associated Press* y nueve de sus compañeros pertenecientes a la Revista *Marka*: “la acusación común era su participación en la campaña destinada a crear animosidad antichilena”<sup>702</sup>. Sin embargo, el caso de Edith parece que fue mucho más allá de ir en contra del proceso revolucionario peruano, pues había informado en su texto “*Ojo de la Llave*”, concretamente, sobre las maniobras de la fuerza aérea peruana y, a su juicio, como el Teniente General Rolando Gilardi habría usado la demostración para indicar que se trataba de “un acto de advertencia contra Chile”. Finalmente, la periodista se refirió despectivamente al grado de eficiencia demostrado por los pilotos. Ante ello, Gilardi comentó que los datos de Edith Madelon eran falsos y que ella “había tratado de desdibujar la imagen de la revolución peruana”.

Pero, como lo decía la revista *Qué pasa* de 1975, había periodistas y medios que estaban fuera de la mano del Ministerio del Interior limeño, los cuales denunciaban abiertamente las pretensiones belicistas del Gobierno Peruano. Una de ellas fue la revista alemana *Stern*, la cual señaló: “La ayuda militar soviética al régimen izquierdista de Perú (que consta de toda clase de armamentos modernos, semejantes a los que Siria y Egipto emplearon en la guerra del Medio Oriente) ha alcanzado ya el mismo volumen que tuvieron los suministros al Vietnam del Norte”. La única opción plausible en estos casos, era negar lo dicho y simplemente confiar en la buena fe de los militares sureños. No hace falta decir que aquello jamás pasó.

Por su parte, los medios chilenos y el alto mando del ejército concordaban en una consecuencia lógica: Chile, tras septiembre de 1973, había desechado por la fuerza cualquier posibilidad de seguir el camino hacia el Socialismo. Más aún, tras las rupturas en las relaciones, “los soviéticos han puesto sus ojos en el Perú, con quien han incrementado los intercambios económicos y de toda índole. Es lógico que también quieran que renazcan los viejos revanchismos. Atacando a Chile, provocando la caída de Banzer e influyendo en el Perú, el marxismo se consolidaría en el cono sur de América”. Al menos estas eran las versiones y explicaciones que se esgrimían para ocultar una verdad evidente. Era a través de estas justificaciones que los diplomáticos, militares y los mismos medios podían atacar a este “chivo expiatorio” sin rodeo alguno. Por ejemplo, el Canciller Ismael Huerta acusaba abiertamente: “El marxismo internacional se ha fijado como meta hacer fracasar al Gobierno de Chile negando ayuda económica y creando todo tipo de problemas en donde pueda hacerlo, entre otros con nuestros vecinos”<sup>703</sup>. Aquellos dichos, en líneas generales, iban acorde a lo mencionado por el Subsecretario de Guerra, Coronel Oscar Coddou:

Las relaciones con Perú son excelentes y que las informaciones sobre supuesta movilización de tropas peruanas en la frontera con Chile, obedecen a directivas internacionales interesadas en crear conflictos<sup>704</sup>.

Quizás los dichos que más representaban este supuesto complot del comunismo internacional para enfrentar a dos países vecinos no venía precisamente desde algún militar o embajador, o desde Santiago mismo, sino desde el extremo norte y de boca, o más bien mano, de un columnista de a pie del diario *La Concordia*. Bajo el seudónimo de Fajo, se dejaba ver un mensaje bastante negativo hacia aquellos bajo la hoz y el martillo:

---

<sup>702</sup> *Qué Pasa*, n°226, 21 de agosto de 1975, p. 46.

<sup>703</sup> *Idem*.

<sup>704</sup> Citado por Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, p. 55.

*El Diario La Tercera de Santiago trae la información en primera página “Cohetes y Tanques Rusos trae Rusia al Perú.*

*Ahora no será necesario comentarlo en voz baja, una noticia para nosotros los Chilenos un es ninguna novedad; el comunismo internacional, en vista de que en Chile falló la lucha de clases, intenta poner en práctica una vieja táctica, la lucha entre patrias, como medio de dominar en un continente, en donde no había logrado penetrar mas allá del experimento de tres años de la U.P.*

*Este es el momento de demostrar lo que valen los Chilenos enfrentados a la posibilidad de compromisos de la Soberanía Nacional. Ahora el peligro del extremismo a pasado a quinto término; los Chilenos debemos unirnos entorno a nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, que desde el Gobierno deberán permanecer alertas ante esta amenaza que, no solo nos compromete a nosotros, sino que también a los ecuatorianos que ven amagadas sus fronteras con la creación de unidades militares<sup>705</sup>.*

Aquí vale hacer una pequeña aclaración respecto a la postura chilena respecto a la intensificación de las animosidades. Resulta que, en palabras de Rodríguez Elizondo, si se llegaba a leer detenidamente el discurso pronunciado por Fidel Castro por motivo de la muerte de Allende, ya se podía observar “puntos genial y maquiavélicamente entrelazados”<sup>706</sup> que, en parte, darían cierta razón a la postura chilena en cuanto a que serían agentes externos, en este caso cubanos, quienes estarían tras los recelos con el Perú. En primera instancia, nos dice Elizondo, al plantear una muerte guerrillera para el mandatario chileno, Fidel le daba un fuerte impulso a la vía armada continental: “*nosotros no tenemos ninguna duda de que el pueblo chileno luchará contra el fascismo. Conocemos al pueblo chileno*”. A ello le seguía el ver a Velasco como el digno sucesor del “Chicho”, anteponiendo a los militares chilenos “fascistas” con los peruanos que estaban “*en unión con el pueblo*”. Finalmente, y más importante aún, reinterpretaba el cuadro que ofrecía la región, interpretando que los militares chilenos en el poder ahora significaban una verdadera amenaza tanto para el Perú como Argentina:

*De los hechos ocurridos los revolucionarios tenemos que sacar nuestras conclusiones. Está claro que el imperialismo se mueve, que el imperialismo lleva a cabo una ofensiva estratégica en América Latina, en complicidad con Brasil. Primero fue el golpe de Estado en Bolivia, después fue el golpe de Estado en Uruguay, y ahora el golpe de Estado en Chile.*

*Ese movimiento, esa ofensiva se dirige contra el movimiento popular en Argentina, para intimidarlo en primer lugar y para aplastarlo en segundo lugar. Pero ese movimiento se dirige también, muy especialmente, contra el Gobierno de la Fuerza Armada de Perú.*

*El imperialismo al tomar el poder en Chile en forma desembozada, con un régimen fascista, amenaza por el oeste a la Argentina y amenaza por el sur a*

---

<sup>705</sup> *La Concordia de Arica*, 28 de febrero de 1974, p. 3. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 90.

<sup>706</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 64.

*Perú. Pero, sobre todo, con el golpe militar de Chile el imperialismo pretende crear el antídoto del movimiento de la Fuerza Armada en Perú.*

*El ejército peruano, al revés que el ejército chileno, viabilizó el ingreso en las escuelas militares de hombres procedentes de las filas humildes del pueblo, y la composición clasista del ejército peruano es diferente a la composición del ejército chileno. Estas circunstancias facilitaron la tarea de algunos jefes y oficiales prominentes que, encabezado por el general Velasco Alvarado (APLAUSOS), condujeron a las Fuerzas Armadas Peruanas a la unión con el pueblo, las llevaron a posiciones progresistas, a posiciones antioligárquicas, a posiciones populares. Y no hay duda de que el ejemplo de Perú repercutió ampliamente en la América Latina.*

*Y el imperialismo, frente al ejemplo de las Fuerzas Armadas Peruanas, quiere poner el ejemplo de las Fuerzas Armadas Chilenas. No hay duda de que estas amenazas se dirigen abiertamente, repito, contra el pueblo argentino y contra el pueblo peruano<sup>707</sup>.*

El líder de la Revolución Cubana terminaba firmemente con una arenga para sus homólogos peruanos:

*Y desde luego que hace rato que el imperialismo viene ya luchando contra el gobierno nacionalista de la Fuerza Armada de Perú. Y una lección que hay que sacar de este ejemplo chileno es que con pueblo solo no se hace la revolución: ¡hacen falta también las armas! y que con armas solo no se puede hacer la revolución: ¡hace falta también el pueblo!*

Básicamente, argumentaba que los verdaderos revolucionarios, en este caso los rivales de Chile a un nivel histórico, debían unirse bajo la bandera de Velasco contra los “soldados fascistas” de Pinochet. Obviamente con aquellas palabras Fidel no hacía más que estrechar sus lazos con el vecino norteño, muy a pesar de la tirria que ello pudiera generar en el recién instalado Gobierno Chileno. Quizás esa fuera la intención desde un principio. Se pasaba de una guerrilla informal a una verdadera revolución guiada por ejércitos constituidos y profesionales. Fuesen ciertas o no estas consideraciones de Elizondo, muchos militares chilenos las creían verdaderas. Incluso dichos desde más allá de la frontera apoyaban la hipótesis de que Chile, entre los hilos de un complot maquinado desde Cuba y la Unión Soviética, estaba siendo arrastrado a una guerra con el Perú. Así, por ejemplo, el alcalde de la ciudad de Tacna allá por 1975 era enfático al afirmar que:

*¿La locura de una guerra? No. Ese error son incapaces de cometerlo nuestros gobernantes. No están desesperados como para buscar un conflicto externo para afirmarse. ¡Tenemos tantas cosas que hacer por nuestros pueblos! Muchos que antes gobernaron el Perú hasta editan folletos para ponernos de punta con Chile. Se trata de gente corrompida y antipatriota. También hay otros que desean vernos combatir. Unos son los rojos: la Unión Soviética y algunos marxistas chilenos que buscan una guerra para dañar al gobierno del general Pinochet. Otros son algunos sectores norteamericanos disgustados*

---

<sup>707</sup> “Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz, Presidente de la República de Cuba”.

con nuestro lento camino al socialismo libertario y nacionalista. Como desapareció la amenaza de Allende, que iba galopando al comunismo, ahora pusieron sus ojos sobre nosotros<sup>708</sup>.

Los militares peruanos tampoco serían ajenos a este tipo de declaraciones; de hecho, en el mismo año de 1975, el General Gilardi sostendría que tal enfrentamiento entre Perú y Chile solamente vendría de agentes externos, de un juego entre “dos o tres países” que alimentan la psicosis colectiva y que ven a los dos países sudamericanos como “tontos útiles” para sus propios fines. Interesante era el hecho que Gilardi evitase dar el nombre de aquellas naciones, solamente aludiendo a que una de ellas se encontraba en el continente<sup>709</sup>. Misma postura que había tomado el ex Ministro de Marina peruano Vicealmirante Vargas Caballero, quien definió a los interesados en un posible conflicto: “En un primer lugar, un partido con ideas ajenas a las nuestras; de esos que hablan de lucha de clases. Esa doctrina internacional ganaría mucho con un enfrentamiento, sobre todo ahora, que ha perdido tanto terreno en esta parte del continente”<sup>710</sup>. De ahí que tampoco deba sorprendernos que los medios nacionales esgrimieran tales versiones con tal seguridad: “No creemos que desmayen en su propósito de intriga los enemigos de Chile que proyectan sus ataques desde el bloque soviético; al contrario, día a día se observan nuevas maniobras ante organismos internacionales y se utilizan personajes perturbadores para ensombrecer la imagen de Chile en el exterior. Junto con eso coincide el gran esfuerzo de los comunistas para dar la apariencia de estar controlando el abastecimiento de armas en el Perú.”<sup>711</sup>.

Pero, ¿por qué achacar toda la culpabilidad a terceros por parte del Perú? Difícilmente podría darse una respuesta certera, más cuando el tema en cuestión se ha manejado con un casi completo hermetismo hasta el día de hoy. Quizás, analizando lo antes expuesto, una respuesta tentativa sería, en primera instancia, una de orden jurídico. Más de una vez el mismo Velasco esgrimió frases como la de “el Perú no tiene problemas fronterizos con algunos de sus vecinos”; obviamente los problemas con Chile en cuanto a los territorios perdidos en la Guerra del Pacífico estaban, aunque aquí pasaba más por una afrenta al honor militar que a una cuestión de suma vitalidad para el desarrollo del Perú (muy al contrario de lo que sucedería con Bolivia en cuanto al problema de la mediterraneidad). Al decir que no había problemas de fronteras se decía indirectamente que no había problemas con los tratados, pues el violar el Tratado de 1929 eventualmente traería una revisión del Protocolo de Río de Janeiro de 1942 por parte de los ecuatorianos. Básicamente, el atribuir las malas relaciones y el casi conflicto a la sola idea de los problemas fronterizos podía costarle al Perú el abrir dos frentes simultáneamente, uno en el norte y otro en el sur. Otras posibilidades serían las cuestiones de orden interno, pues el atribuir los problemas a la injerencia de los Estados Unidos podía, solo hasta cierto punto, aliviar las enormes debilidades del régimen y crear un clima de armonía y fe en el proceso revolucionario, además de mantener la cohesión interna dentro de los halcones de las Fuerzas Armadas; de hecho, esta explicación ha sido defendida brillantemente por Víctor Torres Laca<sup>712</sup>. Otra explicación, quizás desconfiando más de los dichos peruanos, sería que de aquella manera podían mantener en reserva todo el asunto de una posible guerra hasta que estallase.

---

<sup>708</sup> *El Mercurio*, 2 de febrero de 1975, p. 27.

<sup>709</sup> *Revista Arcilla*, Año XLI, n° 2043, semana del 25 de septiembre al 1 de octubre, 1974, p. 17-18.

<sup>710</sup> *Qué Pasa*, °166, 28 de junio de 1974, p. 32.

<sup>711</sup> *El Mercurio*, 5 de febrero de 1975, p. 3.

<sup>712</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 10.

Por parte de Chile, la situación podía responder directamente a aquel aislamiento y su cruzada anticomunista, y es que al atribuir todas las culpabilidades a la órbita soviética, especialmente a Cuba, logra aunar voluntades dentro del territorio, asegurándose la seguridad interna que tanto priorizaban los militares. Ello mismo haría que Chile, como país “sitiado por el marxismo mundial” era arrastrado a una guerra no deseada. Básicamente, se quitaban responsabilidades de los hombros.

Pero el que se niegue la rivalidad existente entre dos países no la hace desaparecer, ni mucho menos el achacar la culpabilidad a terceros; en cambio, muchas veces acrecienta los rumores o incluso las mismas rivalidades: el fantasma seguía presente. Así lo expresaba la *Revista Ercilla*: “El fantasma de una guerra entre Chile y Perú sigue rondando en los medios periodísticos y diplomáticos del continente. Pese a los enfáticos desmentidos de los gobernantes de ambos países y a numerosas demostraciones concretas de amistad, se cumple ya un año desde que tales versiones empezaron a tomar fuerza”. Cosa curiosa es que el ambiente tenso que representa la guerra entre Chile y Perú se diera en un período de tiempo tan cercano al centenario de la Guerra del Pacífico, conflicto que, sin duda alguna, marcaría las relaciones existentes entre ambas naciones hasta el día de hoy. La desconfianza era mutua, ni los militares chilenos ni peruanos podían confiar ciegamente en sus contrapartes. Su instinto, guiado por la compra desmedida de armamento de sus contrarios, les indicaba que algo estaba mal. Y es que como diría el General Gilardi en la conmemoración de la Batalla de Ayacucho: “En Chile se cree que el Perú atacará a ese país después de la conmemoración y acá se cree también que Chile va a atacar el Perú”<sup>713</sup>. Pero el Chile de 1974 estaba muy lejos de poder emprender una guerra a gran escala, muy a pesar de los militares chilenos; en cambio, todas las miradas maliciosas apuntaban hacia el Perú. Simples hechos como que hubiera militares nacionalistas en los círculos más altos del gobierno, un gran arsenal a sus espaldas y se acercase el centenario de su más aplastante derrota, no hizo más que ahondar en la llaga, y visiones y discursos aludiendo al “revanchismo” comenzaron a cobrar mucha más fuerza entre los círculos castrenses chilenos. Y es que como diría Aquiles Gallardo Puelma: “La crisis entre Chile y el Perú en la década de 1970 tiene un fuerte componente emocional y, atípicamente, no tiene su origen en una diferencia por asuntos de límites”<sup>714</sup>.

A fin de cuentas, Velasco, con lo debilitado y disminuido que se hallaba, aún encarnaba a ese poderoso líder que personificaba las raíces del Perú profundo. Pesara a quien pesara, seguía siendo un líder carismático que podía atraer para sí a los altos mandos de las Fuerzas Armadas:

Siendo cadete en el año 44 escuché hablar del Mayor Velasco Alvarado que era Jefe de la Escuela de Clases de Infantería. Ya tenía fama de ser un hombre honesto y trabajador, con espíritu de rebeldía ante las injurias muy defensor de sus subordinados por quienes reclamaba lo que les correspondía. Posteriormente en la Escuela Militar de Chorrillos en 1950, yo era Teniente Instructor y él era Director de la Escuela... Tomé mayor contacto con él a través de la relación de superior a subordinado. Lo veía sumamente exigente, le gustaba dar el ejemplo, muy por la salud y bienestar de los cadetes y también de la disciplina. Era muy campechano y bromista, donde mostraba

---

<sup>713</sup> *El Mercurio*, 6 de diciembre de 1974, p. 28.

<sup>714</sup> Aquiles GALLARDO PUELMA: *Op. Cit.*, p. 103.

su faceta muy humana. Por otro lado siempre nos hacía recomendaciones sobre la familia, la esposa, los hijos. Fué buen hijo adoraba a su madre y quería a su familia. Era amigo de sus amigos, lo que después le significó muchas críticas<sup>715</sup>.

Y precisamente sobre ese carisma recaían las aspiraciones de muchos halcones del Ejército, quienes veían en su persona la forma de elevar al Perú como un digno heredero del imperio incaico, que devolvería a la nación aquel poderío del Virreinato y que les fue arrebatado con la Guerra del Pacífico. Poco a poco, a pesar de las negaciones, su gobierno iba adquiriendo un sesgo crecientemente reivindicador frente a Chile, razón misma por la cual da inicio a la mayor carrera armamentista que la región y el continente entero viera en toda su historia. Medidas como el acercamiento de Chile a Brasil y Bolivia, aliado histórico del Perú, no hacían nada más que darle la razón a Velasco y la posible conformación de un “eje anticomunista” en la región, obviamente liderado desde Brasilia y tras la cual se hallaba, como no podía ser de otra forma, Estados Unidos<sup>716</sup>. El rearme pasa a ser evidente para todo observador y “un fuerte sentimiento revanchista se generaliza en el Perú y las Fuerzas Armadas basan en el antichilenismo la intención de su enorme potenciamiento. La intención de aspirar a la recuperación de los territorios perdidos se vuelve explícita”<sup>717</sup>, más cuando su material bélico recientemente adquirido es únicamente de carácter ofensivo. La cuestión era clara: el Perú se preparaba para retomar los territorios perdidos en la Guerra Infausta.

Pero los resquemores y antipatías eran mutuas, pues el Perú no podía dejar de ver con desconfianza al centenario adversario. Tal como sucedería a fines del siglo XIX y principios del XX, imágenes estereotipadas del “otro” surgían a la par de los discursos nacionalistas. El Gobierno Chileno, ahora bajo la mano dura de Pinochet, era visto como oligarca, imperialista, explotador y, aún más importante, como una nación expansionista que buscaba asediar al Perú a través de un verdadero cerco ideológico. El rearme se justificaba de sobremanera, y uniformados, desde la oficialidad a la tropa, esgrimían la guerra como la única alternativa a fin de defender la revolución y la patria. Así, Chile pasaba a convertirse en el agresor, papel que jamás dejaría de desempeñar para los peruanos a lo largo de su historia.

Una confrontación entre Chile, Bolivia y Perú abría las perspectivas de conflictos a nivel continental, ya que entre Venezuela Colombia y Guyana ya había problemáticas de carácter limítrofe, mientras que Ecuador no veía con buenos ojos al Perú y la senda revolucionaria nacionalista que había seguido hasta el momento. Solo faltaba una chispa para encender la hoguera y que las carreras de carácter bélico que habían seguido los países latinoamericanos por fin cobrasen sentido, pero era una hoguera que nadie quería encender, aunque ello no significaba que las rivalidades desaparecerían. Y esto parecía aún más preocupante cuando se leía la prensa internacional de la época, puesto que tanto en Argentina como en Bolivia se veía con cierto interés el conflicto de carácter bélico de los dos países. Para el caso argentino, se señalaba que “los regímenes de Velasco y Pinochet están empeñados en una de las más violentas carreras armamentistas de su historia”; mientras que en el caso boliviano son mucho más audaces al decir que “la guerra entre Chile y Perú es inevitable antes de 1979, año en que se cumple el centenario de la anterior contienda”. Es

---

<sup>715</sup> Entrevista a Miguel Ángel de la Flor, p. 286.

<sup>716</sup> Antonio ZAPATA: *La Caída de Velasco. Lucha política y Crisis del Régimen*, Taurus, Perú, 2018, s. p.

<sup>717</sup> Aquiles GALLARDO PUELMA: *Op. Cit.*, p. 106.

hasta en el norte chileno que la posibilidad de la guerra tocó a la población al punto que el mismo general Pinochet se vio en la obligación de intervenir sosteniendo que “es una verdadera sicosis” lo vivido allí<sup>718</sup>. En cada lado de la frontera se hacían los más apresurados preparativos.

Pero, ¿qué tan de cierto es que la tensión estaba ad portas de desencadenar una segunda Guerra del Pacífico? Realmente no hay documento oficial (al menos que se conozca hasta la fecha) por parte de los Gobiernos de Chile o el Perú que declare abiertamente los preparativos para un conflicto bélico en la zona norte del país en el año de 1975. Testimonios de los líderes de ambas naciones en este caso resultarían fundamentales a fin de esclarecer las dudas; sin embargo, Velasco falleció en Lima en 1977 a causa de una septicemia incontenible, mientras que Pinochet vería el fin de sus días el 2006 a causa de una falencia cardíaca. Ninguno de los dos fue capaz de aclarar explícitamente los hechos antes de sus decesos y, lamentablemente, mientras no exista un medio con el cual contactarse con el más allá, el testimonio de los dos principales actores permanecerá en el más completo silencio. Pero por si este vacío fuera poco, debemos agregarle el evidente hermetismo que envolvió a los círculos militares durante la época, haciendo que los círculos civiles solamente pudieran tomar cuenta de la gravedad del asunto con el pasar de los años. Así, precisamente a través de actores civiles relevantes, tanto en los partidos, en las Cancillerías o en la misma presidencia fueron exponiendo con mayor o menor sutileza los pormenores del tema.

Quizás desde el Perú uno de los primeros que tocara el tema abiertamente, además de exponer sus fuertes críticas al régimen de Velasco, fuera Guillermo Hoyo Osoreo en su obra *Política Internacional del Perú*, con el pequeño agregado de *Siete años de desvaríos*. Aquella misma frase debe reflejar perfectamente la postura del autor frente al Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Siendo una compilación de sus propios textos hasta 1975, sería el crítico más precoz del régimen, insistiendo en la idea de que la política internacional de “Juan Sin Miedo” habría buscado la confrontación, hecho mismo que había puesto en alta tensión las relaciones bilaterales con el Chile de Pinochet. Así, mencionando declaraciones del gobernante peruano y teniendo en cuenta el reportaje de Niedergang, Hoyo Osoreo concluía: “El efecto inmediato que tuvieron las inquietudes ideológicas de la dictadura fue provocar de rebote, no sólo a Chile, sino también las de los demás países limítrofes. La situación, a mediados de 1975, llegó a ser verdaderamente peligrosa. Había alarma en Sud América”<sup>719</sup>. Otro actor civil en echar luces sobre el tema fue en este caso un político: Haya de la Torre, uno de los líderes políticos más severos según Elizondo. Fue en una entrevista para la revista venezolana *Resumen* del 2 de octubre de 1977, en la que se expresó con duros términos sobre la política de Velasco hacia Chile. Afirmó que los soviéticos los habían ilusionado con la idea de imponer el modelo peruano por la guerra, inspirándole una reedición de la Guerra del Pacífico al filo de su centenario<sup>720</sup>.

Ya en 1982 un grande dentro del régimen daría información al respecto, en este caso nos referimos a Augusto Zimmerman Zavala, jefe de la Oficina Nacional de Informaciones bajo el gobierno de Velasco, luego director de *Kausachum*, revista ideológica velasquista. En aquella instancia, Zimmerman daría a conocer el día exacto en que el “Chino” golpearía en el norte: el 6 de agosto de 1975. Hacia 1995 insistiría en el tema a través de una serie de

---

<sup>718</sup> *Revista Arcilla*, Año XLI, n° 2063, semana del 12 al 18 de febrero, 1975, p. 13.

<sup>719</sup> Guillermo HOYOS OSORES: *Política Internacional del Perú. 7 años de desvaríos*, Sin Sello Editorial, Lima, 1977, p. 201.

<sup>720</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 70.

artículos publicados en *La República*. Reveló que Velasco no pretendía dejar el poder antes de realizar el sueño de cualquier militar peruano: recuperar el Morro de Arica. Expuso el deseo íntimo del mandatario por ver flamear la bandera peruana en el morro y achacó directamente a Morales Bermúdez el que aquello no se lograra: ‘debe explicar a los peruanos por qué fue a La Paz y, en reunión con Banzer, paralizó la conquista de Arica’. En 1985 el jurista Alberto Ruiz Eldridge, personalidad civil en el gobierno militar, coincidió con la información dada por Zimmerman, aunque con una postura un tanto diferente: en este caso, el Perú sería quien se preparaba para una guerra defensiva a causa de la conspiración de ataque orquestada por Estados Unidos y Chile. Igualmente, la fecha del ataque correspondía del 3 a 6 de agosto de aquel mismo año<sup>721</sup>.

En 1994, Luis Alberto Sánchez, tomando los dichos de Haya de la Torre, agregaba que “era un dato entonces sólo comentado en ámbitos muy exclusivos”, agregando que “de haberse cumplido su propósito, las consecuencias continentales habrían sido incalculablemente trágicas”<sup>722</sup>. A tan solo un año de aquellos dichos, en una conferencia para la televisión uruguaya, el mismísimo presidente peruano de aquel entonces, Alberto Fujimori, a la par que descartaba cualquier proyecto armamentista peruano hacia el Ecuador, decía que todos los elementos que yacían en sus arsenales fueron adquiridos bajo el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, el cual compró esos elementos porque ‘pensaba que deberíamos hacerle la guerra a Chile’<sup>723</sup>. Quizás siendo estos últimos los dichos de mayor peso, es imposible pasarlos por alto; sin embargo, dichas palabras han sido refutadas por personalidades del alto mando peruano de la época. Por ejemplo, en 2001, en una entrevista con José Rodríguez Elizondo, el ex General Edgardo Mercado Jarrín sostenía que “a mí me tenía preocupado el hecho de que se iba a celebrar el centenario de la guerra con Chile y había que tomar previsiones. Un ejército las toma con cinco años de anticipación. Yo hablo de 74. Era para fortalecer nuestra capacidad disuasiva. Para evitar una guerra, no para hacerla como lo ha dicho Pinochet y la revista *Qué Pasa*, en Chile, equivocadamente”. A ello agregaría finalizando: “Fujimori también lo dijo, lo cual es totalmente falso. Nosotros compramos armamentos para renovarlo. Para evitar la guerra con Chile, y la evitamos”<sup>724</sup>. Esto último casi en réplica a lo dicho allá por 1979 en *Política y Estrategia en la Guerra de Chile*, obra en la que había sostenido que si bien no se buscaba la guerra, si se habían preparado para una:

Es necesario estar preparados para afrontar una emergencia bélica -como lo estamos desde 1974, año que históricamente marca la recuperación del equilibrio estratégico en el balance del poder en el Pacífico Sur- sin que ello signifique que se busque ni se desee el conflicto. Debemos tener presente que si algo no se improvisa en el mundo es una Fuerza Armada eficiente<sup>725</sup>.

Otro en negar los dichos de Fujimori fue el ex General Francisco Morales Bermúdez. En una entrevista en 2001 sostenía: “Mucha fábula ha habido sobre eso. Yo se le [*sic*] digo a usted en forma absolutamente garantizada por mi comportamiento político en forma

---

<sup>721</sup> Idem.

<sup>722</sup> Luis ALBERTO SÁNCHEZ; Hugo VALLENAS: *Sobre la Herencia de Haya de la Torre*, Sin Sello Editorial, Lima, 1994, p. 212.

<sup>723</sup> Citado por José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 71.

<sup>724</sup> Ibidem, pp. 331-332.

<sup>725</sup> Edgardo MERCADO JARRÍN: *Política y Estrategia en la Guerra de Chile*, Sin Editor, Lima, 1979, p. 172.

absolutamente garantizada por mi comportamiento político en la vida del Perú. [...] Por otra parte, se dijo que había en la época de Velasco -y eso va en contra mía- un plan de guerra para atacar a Chile y reconquistar el territorio perdido: ésa es la falsedad más grande. Nunca hubo un plan de acción militar ofensivo contra Chile. Nunca”. Al preguntársele de dónde Fujimori habría sacado ello, simplemente respondió: “De sus propias mentiras, pues”<sup>726</sup>.

Entonces qué nos queda, ¿Acaso solamente debemos quedarnos simplemente con los rumores de una posible guerra? ¿Solo debemos depender de frasecillas soltadas al aire y muy a posteriori para sostener que entre Chile y Perú realmente existió la posibilidad de una guerra, o que derechamente la guerra sí estaba planeada? Afortunadamente desde hace un tiempo atrás ha existido una veta informativa que puede aportarnos una visión bastante más clara del asunto, y es que si en los medios públicos como en la prensa se negaba abiertamente cualquier tipo de conflagración entre Chile y Perú, tras bambalinas la cuestión era muy diferente. Embajadores, militares y políticos de alto rango no tenían tapujos en mencionar lo que era evidente para muchos; sin embargo, lo que pudo ser meras conversaciones protocolares o entre viejos amigos quedaron registradas para la historia y solamente durante las últimas dos décadas han podido ver la luz. En este caso, nos referimos a los hilos desclasificados de las embajadas norteamericanas en suelo latinoamericano.

Los norteamericanos tomaron cuidadosas notas de todo lo sucedido a su alrededor y de aquel clima de imperante tensión que ya inundaba los círculos diplomáticos y militares tanto del Perú como en Chile. Ya en agosto de 1974, el embajador estadounidense en Santiago, David H. Popper, anotaba preocupadamente que la continua compra de material soviético, en palabras del informe presentado, “*has created the kind of arms imbalance that could precipitate an arms race and could eventually lead to conflict*” (ha creado el tipo de desequilibrio que podría precipitar una carrera armamentista y eventualmente conducir a un conflicto). El informe terminaba anunciando la posibilidad de guerra y un eventual ataque por parte del Perú: “*Peruvians could be in position ‘jump’ Chile in near future, while Chileans do not possess either offensive or defensive material needed for Chile’s protection*”<sup>727</sup> (Los peruanos podrían estar en posición de “saltar” a Chile en un futuro próximo, mientras que los chilenos no poseen material ofensivo ni defensivo necesario para la protección de Chile). En noviembre de aquel mismo año, Popper, ahora citando los dichos del General Sergio Polloni Pérez, Director de Inteligencia, informaba al Departamento de Estado estadounidense: “*Polloni said Chileans believe Morales-Bermudez is sensible, balanced individual who wishes to avoid war and seeks economic improvement for Peru. On the other hand, Chileans fear General Mercado, Peruvian minister of defense is a madman who seeks war and revenge*”<sup>728</sup> (Polloni dijo que los chilenos creen que Morales-Bermúdez es una persona sensata y equilibrada que desea evitar la guerra y que busca un mejoramiento económico para el Perú. Por el otro lado, temen al General Mercado, el Ministro de Defensa peruano es un loco que busca guerra y venganza). Curioso es que Mercado Jarrín negara la posibilidad de un conflicto con Chile, más cuando el alto mando chileno desconfiaba enormemente de su persona.

---

<sup>726</sup> Citado por José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, pp. 138-139.

<sup>727</sup> “Contingency Study: Chile/Peru”, 7 de Agosto de 1974. 1974SANTIA04707\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>728</sup> “Visit of Chilean Army Chief of Staff to Arica and Meeting”, 15 de noviembre de 1974. 1974SANTIA06988\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

Incluso de la embajada norteamericana en Caracas habían tomado notas sobre la creciente tensión del sur. En este caso, el embajador de carrera Robert M. McClintock, en conversaciones con el Almirante Emerson<sup>729</sup>, informaba sobre las constantes preguntas de “visitantes peruanos” acerca de la capacidad naval norteamericana y chilena en el marco de la Operación UNITAS XV, además de informar cómo su contacto en la Armada Venezolana “*Tells me that Chilean Military are seriously concerned with the possibility if a Peruvian pre-emptive strike on Arica*” (me dice que los militares chilenos están seriamente preocupados por la posibilidad de un ataque peruano preventivo sobre Arica).

Pero aquellos hilos no solo venían de Santiago o el resto del continente, sino que desde la mismísima Lima llegaban constantes reportes a las máximas autoridades americanas. En este caso, uno de los primeros informes corresponde al levantado por el embajador Taylor G. Belcher en diciembre de 1973, en la que, además de mostrar una seria preocupación por la ingente cantidad de armas compradas por las Fuerzas Armadas Peruana, el enviado norteamericano creía que con ella se iniciaba una compleja penetración soviética en la política y militares peruanos. Similar era lo que pensaban de la isla caribeña. Pero lo más importante, según el observador estadounidense, era que con aquella injerencia de los comunistas en los asuntos internos, se daba paso a que:

*Peruvians may be tempted to adopt a more revanchist attitude toward traditional enemy Chile. It should not be forgotten that recovery of provinces lost to Chile in 1879 War of the Pacific remains an obsession among Peruvians, and particularly the military* (Los peruanos pueden verse tentados a adoptar una actitud más revanchista contra su tradicional enemigo, Chile. No debe olvidarse que las provincias perdidas ante Chile en 1879 en la Guerra del Pacífico siguen siendo una obsesión entre los peruanos, y en particular los militares).

Ya por esos años veían como la venta desmedida de armas podía “*lead to a Peruvian-Chilean arms race with the soviets and Americans respectively backing Lima and Santiago*”<sup>730</sup> (conducir a una carrera armamentista peruano-chilena con los soviéticos y los estadounidenses, respectivamente, respaldando a Lima y Santiago). Incluso el embajador Popper, viendo las constantes negativas acerca de un posible conflicto, desestimaba tales dichos, pues, por sus contactos en Lima, estaba al tanto de que el “*General Tantalean has also declared publicly, on more than one occasion, that war with Chile is inevitable*”<sup>731</sup> (el General Tantalean también ha declarado públicamente, en más de una ocasión, que la guerra con Chile es inevitable). Ya en agosto de 1975, cuando la tensión se hallaba en su punto más álgido, Robert W. Dean, desde la misma embajada norteamericana en Lima, recomendaba al Gobierno Estadounidense la imperante necesidad de monitorear las actividades militares peruanas, pues las intenciones soviéticas de armar al país del norte, advertían, tendría un fuerte impacto en la estabilidad de la región. Existía la posibilidad de que este desbalance se

---

<sup>729</sup> En el hilo solo se le menciona como tal.

<sup>730</sup> “Peruvian Purchase of Soviet arms: U.S. Policy Response”, 5 de diciembre de 1973. 1973LIMA08893\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>731</sup> “Kubisch-Huerta meeting: GOC concern about Peru”, 13 de febrero de 1974. 1974SANTIA00710\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

volviera mucho más serio, existiendo la probabilidad de que el Perú tratara de recuperar los “territorios y el honor perdidos”<sup>732</sup>.

Quizás el testimonio más decidor sea la entrevista sostenida por el General Pinochet y Patricio Carvajal, Ministro de Relaciones Exteriores, con el Secretario William D. Rogers, Subsecretario para Asuntos Interamericanos, y Manuel Trucco, Embajador en los Estados Unidos. Siendo el 8 de junio de 1976, a eso del medio día, los cuatro individuos, acompañados de Ricardo Claro, Coordinador chileno de la Reunión Hemisférica, y Anthony Hervas, Intérprete, discutieron una variedad de temas: desde el daño de la imagen internacional del régimen a causa de los dichos de Orlando Letelier, Radomiro Tomic y Gabriel Valdés, la hostilidad mostrada por los Estados Unidos a su aliado chileno anticomunista, políticas de Derechos Humanos, el armamentismo y la salida al mar para Bolivia. En aquella instancia privada una pregunta proveniente del mismo Pinochet inundó la sala y, por lo que se puede interpretar del memorándum original de la conversación, descolocó un tanto al representante norteamericano: “*How does the US see the problema between Chile and Peru?*” (¿Cómo ven los Estados Unidos el problema entre Chile y Perú?).

The Secretary: *(after a pause) We would not like to see a conflict. Much depends on who begins it.* (Después de una pausa. No nos gustaría ver un conflicto. Mucho depende de quién lo comience)

Pinochet: *The question is really how to prevent the beginning.* (La pregunta es realmente cómo prevenir que inicie)

The Secretary: *The American people would ask who is advancing on whom.* (Los norteamericanos preguntarán quién avanza sobre quién)

Pinochet: *But you know what's going on here. You see it with your satellites.* (Pero ya sabe lo que está pasando aquí. Lo has visto con tus satélites)

The Secretary: *Well, I can assure you that if you take Lima, you will have little U.S. support.* (Bueno, puedo asegurarle que si toma Lima, tendrá muy poco apoyo de los Estados Unidos)

Pinochet: *We did it once, a hundred years ago. It would be difficult now, in view of the present balance of forces.* (Lo hicimos una vez, hace cien años. Sería difícil ahora, en vista del equilibrio actual de fuerzas)

The Secretary: *If Peru attacked, this would be a serious matter for a country armed with Soviet equipment. It would be serious. Clearly we would oppose it diplomatically. But it all depends, beyond that. It is not easy to generate support for U.S. military action these days.* (Si el Perú atacara, sería un problema muy serio para un país equipado con armas soviéticas. Sería serio. Claramente nos opondríamos diplomáticamente. Pero todo depende más allá de eso. No es fácil generar apoyo para la acción militar de los Estados Unidos en estos días)

Pinochet: *We must fight with our own arms?* (¿Deberemos luchar con nuestras propias armas?)

The Secretary: *I distinguish between preferences and probabilities. It depends how it happens. If there is naked aggression, that means greater, more general resistance.* (Distingo entre preferencias y posibilidades. Depende de

---

<sup>732</sup> “NSC Contingency Study: Chile/Peru”, 5 de agosto de 1975. 1974LIMA06418\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

cómo ocurra. Si hay una agresión evidente, ello significa una mayor resistencia, más general)

Pinochet: *Assume the worst, that is to say, that Chile is the aggressor. Peru defends itself, and then attacks us. What happens?* (Asuma lo peor, es decir, que Chile es el agresor. El Perú se defiende y después nos ataca. ¿Qué pasará?)

The Secretary: *It's not that easy. We will know who the aggressor is. If you are not the aggressor, then you will have support. But aggression does not resolve international disputes. One side can stage an incident. But generally we will know who the aggressor is.* (No es así de fácil. Sabremos quién es el agresor. Si no eres el agresor, entonces tendrás el apoyo. Una parte puede montar un incidente. Pero la agresión no resuelve las disputas internacionales)

Carvajal: *In the case of Bolivia, if we give Bolivia some territory, Bolivian territory might be guaranteed by the American states.* (En el caso de Bolivia, si damos algún territorio a Bolivia, el territorio boliviano podría estar garantizado por los Estados Unidos).

The Secretary: *I have supported Bolivia in its aspirations to the sea, but de la Flor is not happy about it.* (He apoyado a Bolivia en sus aspiraciones al mar, pero de la Flor no está contento con ello [refiriéndose a Miguel Ángel de la Flor, último Canciller de Velasco])

Carvajal: *If we gave some territory to Bolivia, and then permitted Peru to the use the port, Peru would get everything it needs.* (Si damos territorio a Bolivia, y luego permitiéramos que Perú utilizara el puerto, Perú obtendría todo lo que necesita)

The Secretary: *It is my feeling Peru will not accept.* (Tengo la sensación de que Perú no aceptará)

Pinochet: *I am concerned very much by the Peruvian situation. Circumstances might produce aggression by Peru. Why are they buying tanks? They have heavy artillery, 155's. Peru is more inclined to Russia than the U.S. Russia supports their people 100%. We are behind you. You are the leader. But you have a punitive system for your friends.* (Me preocupa mucho la situación peruana. Las circunstancias pueden producir una agresión por parte del Perú ¿Por qué están comprando tanques? Tienen artillería pesada, 155's. Perú se inclina más a Rusia que hacia Estados Unidos. Rusia apoya a su pueblo al 100%. Nosotros estamos detrás de ustedes. Ustedes son el líder. Pero tienen un sistema punitivo para sus amigos)

The Secretary: *There is merit in what you say. It is a curious time in the U.S. (Hay mérito en lo que dices. Son tiempos curiosos en los Estados Unidos)*<sup>733</sup>.

Hasta aquí los fragmentos de la conversación. Concediéndole un carácter fidedigno, cualquier observador podrá caer en cuenta que Pinochet consideraba la posibilidad de conflicto con el Perú como algo mucho más allá de eso, mucho más allá de la mera “posibilidad”. Incluso se tantearía la alternativa de un ataque preventivo, el cual por demás sería desechado. Pero las palabras de Pinochet no serían las únicas en confirmar la

---

<sup>733</sup> Department of State: “USA-Pinochet State Department interview. Memorandum of Conversation”, Santiago, 2 de junio de 1976, pp. 6-8.

posibilidad de un conflicto, pues de la boca de otro mandatario allá por diciembre de 1974 también se confirmaría aquello que para muchos era ya un hecho confirmado. Sería en una conversación confidencial en la embajada boliviana en Lima entre el embajador norteamericano en el Perú, Robert W. Dean, el General y Presidente boliviano Hugo Banzer, además de Julio Sanjinés, embajador boliviano y amigo personal de Banzer, se tocaron temas concernientes a la mediterraneidad boliviana y la futura declaración de Charaña. No obstante, lo curioso vino cuando tocaron la cuestión de la posibilidad de una guerra entre el Perú y Chile. El embajador boliviano si bien declaró la imposibilidad de una guerra a corto plazo, principalmente a causa de la inestabilidad interna del Gobierno Peruano y la falta de capacidad militar por parte de las fuerzas armadas chilenas, recordó que muchas guerras no necesariamente se han guiado por el sentido común y solo era cosa de ver que muchos peruanos presentaban una clara obsesión por regresar el territorio perdido. Ante los dichos de su amigo personal, Banzer recordó como Juan Velasco Alvarado, tan solo unos meses atrás, le había mencionado que *“We are going to reconquer the lost territory in Arica”*<sup>734</sup> (Vamos a reconquistar el territorio perdido en Arica).

A los dichos de Pinochet y Banzer, ya en el siglo XXI, se les sumarían los testimonios de dos militares de cada lado de la frontera. Para el caso chileno, fueron los dichos del ex General Odlanier Mena Salinas, quien en 1973 había sido designado como Comandante del Regimiento Rancagua en Arica, donde precisamente se le encomendó preparar la “respuesta” chilena ante un eventual intento de invasión peruano. Se mantendría en su puesto hasta 1975; sin embargo, las palabras esgrimidas ante el periódico ariqueño *La Estrella de Arica* en 2006 arrojan bastantes luces de que, efectivamente, la guerra era algo inminente: *“Este fue el [periodo] de mayor tensión, porque nosotros estábamos más desguarnecidos. La invasión era inminente”*. En sus palabras, todo habría iniciado desde el lado peruano: *“Ellos, para justificar las compras de armamento en el periodo de Velasco Alvarado, crearon el fantasma de la guerra con Chile y ese fantasma al final los envolvió, se les escapó de las manos totalmente”*<sup>735</sup>. En la otra esquina, están los dichos del Capitán en retiro del Ejército Peruano, Eloy Villacrez Riquelme, en el programa “En Defensa de la Patria” del periódico *Nuevo Sol*. Durante el gobierno de Velasco, por quien mostrara una profunda admiración, Villacrez sería uno de los tantos halcones que clamaron abiertamente su deseo de una guerra “patriótica” contra Chile, algo que el mismo tiempo no ha sido capaz de menguar en lo más absoluto<sup>736</sup>. Lo curioso es que, siendo un halcón, Villacrez ha criticado abiertamente la postura del General Morales Bermúdez por negar la intención de invadir el norte de Chile: *“Él sabe la gravedad de la traición y sería demasiado sincero para un traidor decir ‘yo traicioné’. Él sabía perfectamente esto, él sabía, y no podía dejar de saber”*. No obstante, lo que venía confirmar la intención de invadir vino después de la pregunta: *“¿Qué tan verdad fue que Velasco decía que quería desayunar en Santiago, en pocas palabras, en la Moneda?”*. La respuesta del ex Comandante fue corta y concisa: *“Él quería eso, y lo podíamos haber hecho”*<sup>737</sup>.

---

<sup>734</sup> “Roger’s conversation with bolivian president Banzer”, 11 de diciembre de 1974. 1974LIMA10423\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>735</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

<sup>736</sup> Villacrez ha demostrado un vivo interés en demostrar la agresión por parte de Chile. Común ha sido ver sus columnas en medios escritos denunciando aquella posición, más aun refiriéndose a las provincias de Arica y Tarapacá. Respecto a esto último, Eloy es el gestor y presidente de ASPRATA (Asociación por la Recuperación de Arica y Tarapacá).

<sup>737</sup> Entrevista al Capitán (r) peruano Eloy Villacrez Riquelme: “En Defensa de la Patria”.

Aunque las palabras de Villacrez no eran para nada novedad, pues desde el 2014 venía confirmando la existencia de los planes de guerra y las intenciones por concretarla:

Velasco concluyó que no había tiempo que perder y fijó el 05 de agosto de 1975 como el ‘Día D’ para la recuperación de Arica y Tarapacá y entre otras medidas. [...] Morales Bermúdez presentó a Velasco una sugerencia para retrasar el día “D” por 30 días para el 06 de septiembre [...] La postergación fue un error fatal, porque antes de esa fecha, el 29 de agosto de 1975, Morales Bermúdez dio un golpe de Estado y se apoderó del Gobierno<sup>738</sup>.

Del mundo militar peruano, no solo sería Villacrez quien confirmaría la guerra que pudo ser, sino que el General en retiro Germán Parra Herrera recordaría allá por el 2006 que Velasco estaba ‘decidido a declararle la guerra Chile, para obligarlo a cumplir con un Tratado de 1929’ y que ‘la llegada al poder del general Francisco Morales Bermúdez, en 1975, disipó este estado de tensión entre Chile y Perú’<sup>739</sup>.

Para quienes han llegado a afirmar que en toda la crisis de 1975 solamente hubo paranoia, los testimonios antes expuesto son un claro reflejo de lo contrario. Paranoia existía, aquello es evidente, pero al menos aquí se justificaba. Y es que como decía Julio Sanjinés, anteriormente citado, las guerras muchas veces no responden a cuestiones lógicas; de hecho, si en primera instancia nos inspiráramos en ella, probablemente no existirían los conflictos. Y es que simples cuestiones como desconfianzas de larga data, gobiernos militares, presiones extranjeras o militares ultranacionalistas pueden prender la chispa al polvorín. Y de aquellas simples cuestiones había mucho en ambos lados de la frontera. La guerra iría, esto ya no está en discusión, solamente faltaba el momento para hacerlo, y el 5 de agosto de 1975 probó ser la mejor opción para los halcones peruanos.

\*\*\*

#### IV. El Tercero en Discordia

*Ahora donde estamos son dagas las sonrisas de los hombres*  
(William Shakespeare, *Macbeth*)

Pero la paranoia que envolvió a Chile y Perú durante todo 1975 no solo se restringió a ellos, sino que terceros, con intereses muy bien definidos, vieron su oportunidad; después de todo, el fantasma de la Guerra del Pacífico no solo concernía al país del Rímac en cuanto a la pérdida territorial y el honor militar. De hecho, quien iniciaría las conflictividades, sería quien más perdería una vez que la paz silenció el fuego de cañones y fusiles. Así sería como el país altiplánico, con el rabo entre las piernas, vería como los “invasores” chilenos se hacían con todo el litoral, con su única y preciada salida al Pacífico. Pero mientras los peruanos peleaban con uñas y dientes el retorno de las provincias cautivas, Bolivia esperaba silenciosamente y entendía que la posibilidad de escapar de la tan odiada mediterraneidad no yacía en su antigua Antofagasta, sino mucho más al norte: Arica. Aquello sería la semilla de la discordia que casi le cuesta a Chile todo el Norte Grande en el Centenario de la Guerra

---

<sup>738</sup> Jorge BATTAGLINO: “Paz no democrática en América del Sur: regímenes militares y su impacto sobre la paz regional durante el siglo 20”, en *Revista de Paz y Conflictos*, Vol. 11, n°2, 2018, p. 20.

<sup>739</sup> Idem.

Infausta. Y es que como diría Gustavo Medeiros: ‘Arica, he ahí el verdadero problema de reintegración marítima’<sup>740</sup>.

Pero el problema de la mediterraneidad boliviana no venía al voleo y solamente apareció de la nada cuando las tensiones con el Perú se acrecentaron en la década de 1970, sino que se arrastraban mucho más atrás. De hecho, como diría Carlos Bustos, abogado y embajador, “Bolivia ha constituido siempre una prioridad importante para la política exterior de Chile. Lo fue en los primeros años de nuestra vida independiente y sigue siéndolo ahora”<sup>741</sup>. Y, en gran medida, el eje entorno al cual han girado estas relaciones ha sido el mar. Sin inmiscuirnos en la precariedad de los títulos bolivianos sobre el mar en la época colonial, podemos, con toda certeza, sostener que el mayor contacto que Bolivia tenía con el Pacífico no pasaba por Antofagasta, sino que por la Ciudad de la Eterna Primavera, la cual fue peruana y hoy es chilena. Incluso antes de la Guerra del Pacífico, Arica era el “único puerto que servía a las necesidades del comercio boliviano”<sup>742</sup>, pues de ahí todas las importaciones irradiaban hacia la Paz, destinándose más tarde a Potosí, Sucre y otros mercados regionales<sup>743</sup>. Ya en la primera mitad del siglo XIX, cuando Bolivia aún no era tal sino que todavía se le conocía como Alto Perú, las autoridades habían estado haciendo gestiones encaminadas a obtener que se le entregara el puerto de Arica. El Mariscal Santa Cruz, ya en el ocaso de su poder, diría allá por 1840:

¡Qué día tan horroroso!... ¡Qué enorme angustia oprimió nuestro pecho cuando recibimos la triste nueva: “Hemos perdido”. Y esto se ratificó amargamente cuando pasaron ante nuestros ojos y en precipitada carrera, una parte de los soldados indígenas de Bolivia que por primera vez escuchaban el rugir aterrador de los cañones. A los primeros disparos se dieron a la fuga, sucediendo una cosa semejante con algunos de nuestros indígenas. La desorganización fué completa contra la superioridad numérica, de armamento y táctica del invasor, abrió las puertas del Perú a las tropas chilenas<sup>744</sup>.

Solamente fueron juicios severos los que se esgrimieron a Bolivia tras la guerra, incluso, en palabras de Jorge Basadre, tachándole del “aliado inútil”. Quizás esto último fuera la semilla de la discordia que hasta el día de hoy inunda las relaciones chileno-bolivianas, pues, una vez que los cañones silenciaron y la paz imperó entre las naciones beligerantes, Bolivia quedaría fuera de las negociaciones. Si bien los norteamericanos intentaron interponer sus buenos oficios al sentar a los tres países en la mesa de negociaciones (1880), las conversaciones solo se hicieron entre el Perú y Chile, logrando materializarse en el Tratado de Ancón de 1883. Curioso fue que, siendo férreos aliados, el Perú básicamente hizo tabla rasa de los derechos bolivianos al litoral y, peor aún, la suerte de Tacna y Arica, su puerto principal, quedaban echadas a la suerte de un plebiscito. Bolivia

---

<sup>740</sup> Gustavo FERNÁNDEZ SAAVEDRA: “Una Mirada a las Relaciones Bolivia-Chile-Perú”, en Mario ARTAZA ROUXEL; Paz MILET GARCÍA (Ed.): *Op. Cit.*, p. 167.

<sup>741</sup> Carlos BUSTOS: “Dos Siglos de Relaciones Chileno-Bolivianas”, *Ibidem*, p. 193.

<sup>742</sup> Alcides ARGUEDAS: *Historia General de Bolivia*, Gisbert & Cía, La Paz, 1975, p. 366.

<sup>743</sup> Eduardo TÉLLEZ LÚGARO: *Historia General de la Frontera de Chile con Perú y Bolivia 1825-1929*, Editorial Universitaria, Santiago, 1999, p. 19.

<sup>744</sup> Sara NEUHAUS DE LEDGARD: *Recuerdos de la Batalla del Campo de la Alianza y de la Ocupación de Tacna en la Guerra del 79*, Emp. Edt. Rímac. S.A., Lima, 1938, p. 7.

solo aceptaría suscribir un pacto de tregua en 1884<sup>745</sup>. De ahí en adelante se iniciaría una carrera de reclamaciones sobre Arica y la cual sentaría las bases para lo ocurrido en 1975.

Sin embargo, la cuestión marítima no surgió inmediatamente tras la firma del Pacto de Tregua; es más, se priorizó el reestablecer las relaciones comerciales y acordar las franquicias que beneficiarían a los productos comerciales chilenos y bolivianos en el territorio de uno y otro país<sup>746</sup>. Solamente en el tratado de Paz y Amistad de 1985, o más bien en sus negociaciones, se barajó la posibilidad de que, como consecuencia del Tratado de Ancón, si Chile obtenía los derechos definitivos sobre Tacna y Arica, cedería dichas provincias a Bolivia. El país altiplánico también barajó la posibilidad de acceder al puerto de Mejillones o Pisagua, pero los acuerdos se concretaron exclusivamente en relación a las ciudades gemelas de Tacna y Arica. La eventual entrega de las provincias parecía responder a un interesante planteamiento, pues, de partida, se beneficiaba a Bolivia con sus aspiraciones, y dejaba a Chile en una ventaja geopolítica al eliminar la vecindad con el Perú. Básicamente, cediendo el territorio a los bolivianos, se creaba un Estado tapón.

Se llegaron a firmar tres tratados, de la mano de Luis Barros Borgoño, los cuales solamente eran el Tratado de Paz y Amistad, el Tratado Especial sobre Transferencia de Territorios y el Tratado de Comercio Chileno-Boliviano<sup>747</sup>. Sin embargo, aquellos acuerdos solamente serían aprobados en Santiago, mientras que en la Paz, por disputas internas y desconfianzas hacia Chile, la cuestión se retrasó, más cuando en 1899 Nicolás Piérola ascendía al poder en el Perú, mostrando sus pocas simpatías a que se entregase a terceros territorios que habían sido peruanos. Hacia 1900, como diría el Ministro de Bolivia en Santiago, Claudio Pinilla, al Canciller chileno, Rafael Errázuriz Urmeneta, el Gobierno Boliviano daba por terminada toda la gestión de 1895-1896. Bolivia había perdido la primera oportunidad de recuperar el litoral. En palabras del historiador Alberto Crespo Gutiérrez:

Lo que debió ser una meta irrenunciable de las negociaciones, la obtención de una salida propia y soberana al Océano Pacífico, se obtuvo en los Tratados suscritos en Santiago, pero el Congreso boliviano, con una increíble falta de visión, sin tener en cuenta que habíamos sido derrotados en la guerra, se perdió en discusiones sobre el valor de las alternativas ofrecidas, considerando que Arica no tenía futuro frente a la competencia de Antofagasta y que Víctor u 'otra caleta análoga', no merecían ser consideradas. La suscripción de los Tratados, tramitados legalmente en ambos países, aseguraba jurídicamente la permanencia soberana de Bolivia en la costa del Océano Pacífico. Bolivia, con ese título en las manos, pudo haber esperado tranquilamente el desenlace de lo acordado en el Tratado de Ancón por Chile y Perú. Cualquier solución que esas naciones hubieran dado a la posesión de

---

<sup>745</sup> Curiosamente, incluso cuando ya había estallado la guerra, numerosos documentos prueban la intención chilena de obtener una alianza con Bolivia, ello a cambio de la adquisición del litoral de Arica e Iquique. El 8 de abril de 1879, Justiniano Sotomayor, ex Cónsul de Chile en Corocoro, escribía al General Hilarión Daza: "El Perú es el peor enemigo de Bolivia, es el que la agobia bajo el peso de sus trabas aduaneras, el cancerbero de la libertad comercial, industrial y hasta cierto punto política de Bolivia... Los únicos puertos naturales de Bolivia son Arica, Ylo y Mollendo o Islay... Ahora o nunca debe pensar Bolivia en conquistar su rango de nación, su verdadera independencia, que por cierto no está en Antofagasta, sino en Arica. Después de esta guerra ya será tarde, Chile vencedor no lo consentirá". Citado por Silvia HEBE CAVEGLIO: "La Mediterraneidad de Bolivia (1534-1879)", en *Revista de Política Internacional*, n°164, 1979, p. 104.

<sup>746</sup> Carlos BUSTOS: "Dos Siglos de Relaciones Chileno-Bolivianas", p. 202.

<sup>747</sup> *Ibidem*, pp. 202-203.

los territorios de Tacna y Arica, mediante el plebiscito o por arreglo directo, como finalmente lo hicieron en 1929, no habrían afectado el derecho adquirido por nuestro país. El resultado final tenía que ser la cesión de Arica, de Víctor o, en último caso, de una ‘caleta análoga’, pero no el enclaustramiento<sup>748</sup>.

El ex Canciller boliviano, Guillermo Bedregal, allá por 1987, refiriéndose al Tratado, sostuvo que fue ‘una negociación que llegó a un acuerdo entre ambas partes, Bolivia y Chile, pero que lamentablemente, por problemas de política interna en Bolivia, dicho Tratado no fue ratificado’<sup>749</sup>. Solamente sería hacia 1902 cuando las relaciones volvieron a un punto de cordialidad, pues el país altiplánico comenzaba a ser gobernado por el Partido Liberal, bajo la presidencia del General José M. Pando. Se presentó al Gobierno Chileno, por medio del diplomático Félix Avelino Aramayo, algunas ideas básicas para concretar un tratado de paz:

- a) Abandono por parte de Bolivia de toda pretensión de un puerto en el Pacífico.
- b) Abono por parte de Chile de una suma de dinero, entregada por anualidades, que se destinaría a la construcción de ferrocarriles que dieran fácil salida al Pacífico a los productos de Bolivia.
- c) Independencia comercial de Bolivia, para lo cual Chile debía otorgarle la cláusula de nación más favorecida<sup>750</sup>.

Las conversaciones culminaron con la firma del Tratado de Paz, Amistad y Comercio de 1904, en las que imperó el buen entendimiento y las buenas relaciones. Con la firma de dicho tratado, La Paz admitía el dominio absoluto de Chile sobre los territorios ocupados durante la Guerra del Pacífico, mientras que Santiago se comprometía a la construcción de un ferrocarril entre Arica y La Paz, a entregar garantías comerciales, libertad de tránsito comercial y la suma de 300.000 libras esterlinas en dinero efectivo<sup>751</sup>. Bien diría Conrado Ríos Gallardo:

*El Tratado de Paz de 1904 [...] dotó a Bolivia de un verdadero sistema del cual jamás había gozado antes de 1879, sistema sin desembolso alguno para sus finanzas, con libertad para escoger los puertos que necesite en la costa chilena, con sus propias aduanas, con su bandera al viento, por los cuales puede realizar su intercambio comercial con tan amplia libertad, que nuestro país es ciego, sordo y mudo en relación con la carga en tránsito, cualquiera que sea su naturaleza. Ella está sujeta exclusivamente a las autoridades aduaneras bolivianas, sin que la chilena tenga jurisdicción alguna sobre la misma. Goza de un trato preferencia en las tarifas portuarias y cancela un*

---

<sup>748</sup> Alberto CRESPO GUTIÉRREZ: *Los Tratados Suscritos con Chile en 1895*, Editorial Los Amigos del Libro, La Paz, 1975, p. 80.

<sup>749</sup> Exposición efectuada por el Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, Guillermo Bedregal, ante el Alto Mando Militar Boliviano, 12 de mayo de 1987. Citado por Rolando VISCARRA: *Tricolor*, Editorial Los Amigos del Libro, La Paz, 1988, p. 137.

<sup>750</sup> Citado por Uldaricio FIGUEROA: *La Demanda Marítima Boliviana en los Foros Internacionales*, RIL Editores, Santiago, 2007, p. 30.

<sup>751</sup> *Ibidem*, p. 33.

*centavo por almacenaje. Estas franquicias no las tienen las exportaciones e importaciones chilenas; son exclusivas para Bolivia en los puertos de Antofagasta y de Arica*<sup>752</sup>.

A pesar de parecer contradictorio, el Tratado llegó a ser considerado como el principal instrumento que podía ayudar a consolidar una relación vecinal estable con enormes proyecciones futuras mutuamente beneficiosas, especialmente en el ámbito económico y especialmente para la parte boliviana; de hecho, aquella habría sido una de las causantes mismas de su firma, pues la necesidad de romper el enclaustramiento con la finalidad de importar el mineral de estaño a través de Arica era imperante<sup>753</sup>. En tal sentido, llega a ser especialmente ilustrativo el sentir de una parte de la población, quizás lo que mejor lo ejemplifique sean los dichos de Alberto Gutiérrez, negociador mismo del Tratado, cuando escribió: ‘es claro como la luz del sol que el Tratado con Chile ha vigorizado nuestro prestigio internacional y nos ha aproximado a un país con el que contraeremos compromisos de una solidaridad práctica y duradera’<sup>754</sup>. El apoyo hacia el pacto con Chile fue colosal. Bien nos decía el representante de Bolivia en aquellas instancias, Don Alberto Gutiérrez: “Todos los pueblos de Bolivia pudieron conocer ese programa y pudieron meditar en sus alcances y proyecciones. En vista de ese plan gubernativo, francamente exhibido, los pueblos de Bolivia respondieron en las ánforas de mayo de 1904 con una mayoría de votos de que no existe precedente en la historia de nuestro sufragio libre”<sup>755</sup>.

Pero si el Tratado fue firmado con un abrumador apoyo popular en Bolivia, por qué y cuándo se inició el problema de la mediterraneidad y, más importante aún, ¿cuándo los sectores más conservadores comenzaron a ver con más interés a Arica? Siendo totalmente sinceros, la cuestión es compleja, dado que no se produce de forma espontánea, sino que a través de la pérdida paulatina de territorios ante las potencias vecinas. Lo sucedido con Chile, si bien no sería la primera pérdida, sí marcaría el inicio de lo que se volvería casi una costumbre: con Argentina respecto a la Puna de Atacama (1889); con Brasil en la Guerra del Acre (1903); con Perú (1909) como consecuencia de la Guerra de 1841; y con Paraguay en la Guerra del Chaco (1932-35). Poco a poco comenzaba a surgir un sentimiento de debilidad ante los vecinos a causa de estas pérdidas territoriales, a la vez que se les percibía con un aire de desconfianza, especialmente a Chile<sup>756</sup>.

Después de la firma del Tratado aquella corriente de pensamiento comenzaría a tomar fuerza, materializándose en demandas y anhelos por una salida soberana al Océano Pacífico a través de Arica, provincia que si bien era administrada por Chile, aún no contaba con su soberanía plena. La demora en las negociaciones peruano-chilenas no hizo más que acrecentar este deseo. Así, por ejemplo, en 1910 el Gobierno de Bolivia, a través de su Canciller, Sr. Daniel Sánchez de Bustamante, dirigía una circular a las Cancillerías de Santiago y Lima en las que se manifestaba:

---

<sup>752</sup> Conrado RÍOS GALLARDO: *Op. Cit.*, p. 12.

<sup>753</sup> Gustavo FERNÁNDEZ SAAVEDRA: *Bolivia en el Laberinto de la Globalización. Ensayos*, Plural Editores, La Paz, 2004, p. 23.

<sup>754</sup> Alberto GUTIÉRREZ: *El Tratado de Paz con Chile*, Ed. El Diario, La Paz, 1905. Citado por Uldaricio FIGUEROA: *Op. Cit.*, p. 35.

<sup>755</sup> Citado por Hugo LLANOS MANSILLA: “La mediterraneidad de Bolivia”, en *Agenda Internacional*, Año XI, n°21, 2004, p. 12.

<sup>756</sup> Raúl BERRIOS; William TORRES: “Seguridad y confianza trinacional. Una aproximación boliviana”, en Raúl BERRIOS (Ed.): *Bolivia, Chile y Perú: Una Opción cooperativa*, Plural Editores, La Paz, 1997, p. 306.

Bolivia no puede vivir aislada del mar; ahora y siempre, en la medida de sus fuerzas, hará cuando le sea posible por llegar a poseer un puerto cómo sobre el Pacífico; y *no podrá resignarse jamás a la inacción cada vez que se agite este asunto de Tacna y Arica que compromete las bases de su existencia [...] los hechos y las altas previsiones impondrían la única solución posible de este grave problema sudamericano: la incorporación definitiva de todo o parte de Tacna y Arica al Alto Perú [...]* dentro del pensamiento esencial que será la entrega de un puerto a Bolivia, y como consecuencia directa de la desaparición de la vecindad fronteriza entre el Perú y Chile, cabían múltiples formas de acuerdo [...]. El Gabinete de la Paz estaría dispuesto a proponer bases y compensaciones satisfactorias a los de Santiago y Lima, siempre que ellos quisieran abrir las gestiones del caso y que contemplasen la actitud de Bolivia con justiciero espíritu<sup>757</sup>.

Con el término de la Gran Guerra y la creación de la Sociedad de las Naciones, tanto Perú como Bolivia vieron una oportunidad para reclamar los territorios anexados por Chile. El apogeo del idealismo en las relaciones internacionales ayudaba a consolidar la idea de una paz mundial y del término de las ocupaciones territoriales por la fuerza, aumentando las esperanzas bolivianas por recuperar el litoral, siendo Arica su principal objetivo. Para 1919 las miras bolivianas no podían desviarse de la Ciudad de la Eterna Primavera, bien decía *El Ferrocarril de Cochabamba*:

Tacna y Arica representan una carga onerosa para Chile y una aspiración patrioterica para el Perú. Jamás constituirá un factor de importancia para la vida completa de ambos pueblos. Su cesión armónica, convencional y necesaria, además de incrementar las arcas fiscales de Chile y el Perú, tendrá la virtud de reintegrar la vida soberana de Bolivia y, lo que es más, asegurar la tranquilidad futura de los pueblos del Pacífico<sup>758</sup>.

Pero lo que fue una petición sincera y quizá con la finalidad de conservar la paz, pronto se convirtió en denuncia y desprecio, al punto que se llegaba a comparar a Chile con el imperialismo alemán cuando se anexara Alsacia y Lorena<sup>759</sup>, pero aquellas pretensiones chocaron de lleno con el Oncenio de Leguía y su retórica patrioterica y reivindicadora de las cautivas. El 1 de noviembre de 1920, cuando Bolivia presentaba ante la Sociedad de las Naciones su demanda, demostraba que sus pretensiones de revisión del Tratado de 1904 iban en serio. Si bien su propuesta fue rechazada, el país altiplánico volvería a la carga a través del arbitraje chileno-peruano sobre Tacna y Arica, además de denunciar en foros internacionales su condición de nación mediterránea. En aquella instancia, las gestiones se centraron ante el Departamento de Estado norteamericano, y las cuales terminarían de tomar forma con la “Proposición Kellogg”. El secretario de Estado William Kellogg, allá por 1926, pretendía una neutralización del territorio cediéndolo a Bolivia, a la par que se solventaban sus aspiraciones marítimas. Incluso se consideraba una indemnización a Perú y Chile,

---

<sup>757</sup> Citado por Carlos Bustos: *Op. Cit.*, p. 205.

<sup>758</sup> *El Ferrocarril de Cochabamba*, 31 de enero de 1919. Citado por Sergio GONZÁLEZ MIRANDA; Cristián OVANDO SANTANA: “Emotivistas bolivianos en la relación diplomática entre Bolivia y Chile en torno a la mediterraneidad”, en *Estudios Internacionales*, n°183, 2016, p. 55.

<sup>759</sup> *Idem.*

además de desmilitarizar la zona a perpetuidad. El Morro pasaría a convertirse en un monumento al americanismo y se crearía un puerto libre<sup>760</sup>.

Si bien Chile se mostró conciliador con la idea del secretario de Estado norteamericano, el Perú fue tajante al rechazarla y, en palabras del Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Pedro José Rada y Gamio, “el Perú no puede aceptar la cesión propuesta de los territorios de Tacna y Arica a nadie”<sup>761</sup>. Y a pesar de que los círculos diplomáticos guardaban sus esperanzas en la proposición norteamericana, la prensa ya sabía los resultados y quién se encargaría de negar tal posibilidad: “El Tratado a punto de firmarse, difícilmente será recibido jubilosamente en el Perú. Los sobrevivientes de Gray y Bolognesi guardarán el silencio que se guarda ante las catástrofes”<sup>762</sup>.

Finalmente, con el Tratado de 1929, Tacna quedaba para el Perú, mientras que Arica para Chile. El protocolo estipulaba que “Los Gobiernos de Chile y del Perú no podrán [...] ceder a una tercera potencia la totalidad o parte de los territorios que, en conformidad al Tratado de esta misma fecha”<sup>763</sup>. Las posibilidades bolivianas de acceder al mar y, por ende, a Arica, quedaban enterradas, más no sus pretensiones. Con ello también se formaría la idea “en los años venideros, y en la lógica del nacionalismo territorial Escudé, la falta de acceso al mar ha sido sistemáticamente socializada, tanto por el sistema educacional, como por el *establishment* político boliviano, como la causa principal del subdesarrollo nacional”<sup>764</sup>. En aquella misma línea, Chile era sindicado como el principal culpable, como el victimario y el enemigo de antaño. Y si antaño Bolivia consideraba a Arica como una mera oportunidad económica, ahora, al igual que el Perú, casi la ansiaba como una provincia cautiva, que les había sido arrebatada y que debía recuperarse por todos los medios. Luchar por la salida al mar y, por ende, Arica, pasó a convertirse casi en acto reivindicatorio del ser nacional boliviano. Aquello traería muchas complicaciones para los militares del 73 chileno.

En los años transcurridos desde la firma del Tratado, y posteriormente a 1929, comenzaron a demostrar para la opinión pública boliviana que la posición chilena comenzaba a ser un obstáculo formidable a la hora de hablar temas pendientes. Los sucesivos gobiernos de Santiago reiteraron más de una vez que todo problema territorial había sido arreglado en el Tratado de 1904, instancia en que Bolivia reconoció voluntariamente su pérdida del litoral, además de reconocer su buena disposición en las oportunidades pasadas, razón por la cual Bolivia debería contentarse con el uso de los puertos como una compensación adecuada a su falta de mar<sup>765</sup>; sin embargo, hubo ocasiones en que la posición chilena y boliviana se mostraron más conciliadoras respecto a un canje. Esto se evidenció más durante el Gobierno de Gabriel González Videla (1946-52), en el que se desarrollaron importantes contactos entre el Canciller chileno Horacio Walker Larraín y el embajador boliviano Alberto Ostria Gutiérrez. La idea pasó por dar un corredor a Bolivia al norte de Arica, a cambio de agua para las provincias del norte.

---

<sup>760</sup> Eduardo TÉLLEZ LÚGARO: *Op. Cit.*, pp. 188-189.

<sup>761</sup> Citado por Guillermo LAGOS CARMONA: *Historia de las Fronteras de Chile. Los tratados de Límites con Perú*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1984, p. 60.

<sup>762</sup> Citado por Sergio GONZÁLEZ MIRANDA; Cristián OVANDO SANTANA: “Las Conferencias de Washington y la Proposición Kellogg: el papel de los Estados Unidos frente a la Tercería Boliviana como herramienta de política exterior (1920-1929)”, en *Historia 396*, Vol.9, n°1, p. 176.

<sup>763</sup> Tratado chileno-peruano de 1929.

<sup>764</sup> Andrés PENNYCOOK CASTRO: “Movilizando Identidades Nacionales: de la Guerra del Gas a la Haya”, en *Acta Bioethica*, Vol. 1, n°19, 2013, p. 72.

<sup>765</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 68.

Las conversaciones comenzaron en junio de 1950, cuando los representantes de ambos países intercambiaron notas, acordando entrar formalmente en negociaciones directas que permitieran a Bolivia una salida propia y soberana al Pacífico y a Chile obtener determinadas compensaciones no territoriales<sup>766</sup>. De hecho, las negociaciones se enmarcaban en lo que comúnmente se ha conocido como la década dorada en las relaciones entre Bolivia y Chile, y es que durante el Gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), y bajo el liderazgo de Paz Estenssoro, se realizaron los intentos más notables de integración física y cultural entre ambos países<sup>767</sup>. Se firmaron tratados, como el de complementación económica en 1955, y en el que Arica sería una pieza clave. Visitas se cruzaron, siendo la más decidora y ejemplar la de Víctor Paz Estenssoro en Santiago y la de Carlos Ibáñez del Campo a La Paz, un acontecimiento que se transformaría, como lo sostendría el embajador Carlos Bustos: “la única visita oficial efectuada a ese país por un Presidente de Chile en casi dos siglos de historia republicana”<sup>768</sup>. Esta “primavera marítima” llegó a contar con la abierta simpatía del Presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, quien se mostró decidido a apoyar financieramente el proyecto de Arica<sup>769</sup>.

El año de 1957 comenzó a mostrar los primeros quiebres de la Revolución Bolivina, especialmente tras la renuncia del presidente Ñuflo Chávez y las discrepancias dentro del MNR. Pugnas y sublevaciones marcaron de ahí en adelante el rumbo de Bolivia, cuestión que empeoró con la Cuestión del Río Lauca en 1962. Los viejos rencores comenzaron a reflotar y la ya conocida cuestión marítima comenzó a agitarse conjuntamente con las acciones concernientes con las obras en el Río Lauca, y a entremezclarse más y más ambos temas<sup>770</sup>. Aquello, en un ámbito interno de inestabilidad podría ayudar a aquietar los ánimos, cuestión que sería aprovechado por los dirigentes paceños. Bien diría Alberto Ostria Gutiérrez, un pragmático, que “La política internacional fue (...) subordinada a la política interna y se orientó, no ya dentro del objetivo de servir a Bolivia, sino a la revolución nacional, buscando el aplauso local”<sup>771</sup>. Básicamente, achacando a Chile problemáticas como el subdesarrollo y el aislamiento, podían aquietar las aguas dentro de sus fronteras. El Canciller Chileno Martínez Sotomayor, llegaría a decir:

Para nosotros hay un hecho evidente: a Bolivia ni le interesa el problema del río Lauca. La captación por Chile de una parte de sus aguas no le ocasiona ningún perjuicio. Si no fuese así, habría aceptado un fallo judicial. Lo que interesa a Bolivia es aprovechar esta controversia con Chile para plantear su problema portuario. Ya este propósito se traslució claramente en los alegatos bolivianos en el Consejo de la OEA. Y más tarde se hizo evidente, especialmente en el desarrollo de la gestión Facio. Mientras por una parte

---

<sup>766</sup> Carlos BUSTOS: “Dos Siglos de Relaciones Chileno-Bolivianas”, p. 209.

<sup>767</sup> Sergio GONZÁLEZ MIRANDA; Cristián OVANDO SANTANA: “La Política exterior chileno-boliviana en la década de 1950 mirada desde la región de Tarapacá. Una Aproximación desde el diálogo entre las teorías de las percepciones y el realismo neoclásico”, en *Polis. Revista Latinoamericana*, n°32, 2012, pp. 12-13.

<sup>768</sup> Carlos BUSTOS: *Chile y Bolivia. Un largo camino. De la Independencia a Monterrey*, RIL Editores, Santiago, 2004, p. 184.

<sup>769</sup> Alain CARRIER; Eduardo TÉLLEZ; Fernando VILLAMIZAR: “Solución a la Mediterraneidad de Bolivia: una propuesta desde Chile”, en *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, Vol. 8, n°1, 2013, p. 251.

<sup>770</sup> Carlos BUSTOS: “Dos Siglos de Relaciones Chileno-Bolivianas”, p. 211.

<sup>771</sup> Citado por Mila FRANCISCO F.: “La Cuestión Marítima en la Política Exterior de Chile y Bolivia”, en *Diplomacia*, n°118, 2009, p. 52.

Bolivia aparenta querer negociar directamente con Chile, por otra sostiene la tesis revisionista de los tratados, habla de que el Tratado de 1904 es injusto y de que le fue impuesto por la fuerza.

La tesis de la revisión de los tratados de límites sería fatal no sólo para Chile, sino que para América toda. Traería la anarquía total en nuestro continente, ya que la gran mayoría de los límites actuales, tanto en América del Norte como América Central y en la del Sur, han sido fijados por tratados internacionales cuya validez no puede ser puesta en duda sin provocar los más grandes conflictos<sup>772</sup>.

Efectivamente, con el único propósito de alcanzar la unidad nacional, La Paz escogió hacerlo a través de la identidad por oposición, uniéndose en torno a un conflicto con Chile, ya fuera real o imaginario. Con todo, en 1962 las relaciones ya se habían roto. De ahí, como lo han dicho Sergio González y Cristián Ovando, las malas relaciones se recrudecieron y, tanto Chile como Bolivia, se perciben de forma negativa<sup>773</sup>.

No obstante, la dureza de la posición chilena, así como su percepción negativa hacia la posición boliviana (y peruana respecto a una posible consulta), parece haber sido inversamente proporcional a la fortaleza misma de los gobiernos de turno, de manera que, entre fines de los sesenta y comienzos de los setenta, incluso cuando las relaciones se habían roto, los gobiernos de Eduardo Frei, Salvador Allende y la dictadura militar de Augusto Pinochet mostraron una voluntad negociadora en momentos de debilidad política interna<sup>774</sup>.

De partida, al asumir la presidencia Eduardo Frei en 1964, puso especial énfasis en que una de sus metas prioritarias era el ‘mantener las más cordiales relaciones con todos los países, particularmente con los vecinos’<sup>775</sup>. La administración Frei Montalva se interesó grandemente en buscar mecanismos que permitieran reestablecer las relaciones bilaterales rotas en 1962; sin embargo, aquellos esfuerzos no tuvieron el éxito esperado, pese a que existieron una serie de sondeos, acercamientos, diálogos informales, etc. De hecho, “una de las primeras medidas adoptadas por el Presidente Eduardo Frei al asumir el mando en Chile, a fines de 1964, fue promover un encuentro de agentes confidenciales que, para tal efecto, se reunieron en Nueva York, con motivo de la Asamblea de la ONU. Ellos eran Gustavo Medeiros de Bolivia y Enrique Bernstein de Chile. Se hicieron sondeos en torno a las proposiciones gradualistas de Chile que se plantearían nuevamente a lo largo del régimen de la Democracia Cristiana”<sup>776</sup>. Y si bien no se llegó a proponer elementos como la salida al mar, si se buscó una reanudación de las relaciones diplomáticas, la solución del Lauca y la integración regional<sup>777</sup>. Con todo, las relaciones no fueron cordiales.

Es más, en su último mensaje a la Nación, el 21 de mayo de 1970, Frei formulaba comentarios en relación con Bolivia tanto en su parte general, leída ante el Congreso Pleno:

---

<sup>772</sup> Carlos BUSTOS: “Dos Siglos de Relaciones Chileno-Bolivianas”, pp. 213-214.

<sup>773</sup> Sergio GONZÁLEZ MIRANDA; Cristián OVANDO SANTANA: “La Política exterior chileno-boliviana en la década de 1950 mirada desde la región de Tarapacá”, p. 8.

<sup>774</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 69.

<sup>775</sup> Citado por Carlos BUSTOS: “Dos Siglos de Relaciones Chileno-Bolivianas”, p. 214.

<sup>776</sup> Walter MONTENEGRO: *Oportunidades Perdidas: Bolivia y el Mar*, Editorial Los Amigos del Libro, La Paz, 1987, p. 156.

<sup>777</sup> Óscar PINOCHET DE LA BARRA: *Chile y Bolivia: ¡Hasta Cuándo!*, LOM Ediciones, Santiago, 2004, p. 71.

La participación de Bolivia en el Acuerdo de Integración Subregional ha sido recibido en Chile con la más profunda satisfacción. Vemos en este paso promisorias expectativas de cooperación económica y desarrollo conjunto que da una nueva dimensión a nuestra vecindad geográfica. Todo nos une a Bolivia; compartimos toda clase de intereses y conexiones. Por desgracia, las relaciones diplomáticas aún no se reanudan. Nuestros esfuerzos perseverantes, cuyos testimonios la opinión pública chilena e internacional conoce, son demostración de buena fe y de activo interés<sup>778</sup>.

Esto en parte respondió a que, de forma paralela a los acercamientos confidenciales, el Presidente boliviano René Barrientos mantuvo una política de denuncias y discursos en las Naciones Unidas y en la Organización de Estados Americanos, en un franco intento por internacionalizar el tema. De hecho, “en Santiago quedó la impresión de que Barrientos y su gobierno no pusieron el interés suficiente para avanzar”<sup>779</sup>. Pero los mandatos de Frei y Barrientos llegaron a su fin, uno por las vías que impone la democracia y el otro por levantamiento popular. Así, mientras en Chile Allende era electo Presidente de la República, en Bolivia el General Juan José Torres González, militar de carrera, se hacía con el poder, pero, por paradójico que fuera, las relaciones llegaron a ser cordiales.

Juan José Torres, a pesar de provenir del sector militar, orientó su gobierno hacia las políticas sustentadas por la izquierda, de tal manera que se produjo una concordancia con la administración de Allende. De ahí que existiera una estrecha colaboración entre ambos gobiernos y comenzaran a desarrollarse programas de acercamiento, como lo fueron la participación en ferias y proyectos de cooperación<sup>780</sup>. Incluso hubo diálogos que incluyeron una visita a La Paz del senador Volodia Teitelboim y conversaciones entre el Cónsul boliviano en Chile, Franz Ruck, con el Jefe de Gabinete del Ministro Clodomiro Almeyda, Ramón Huidobro. Esta política de acercamiento al gobierno paceño, además de responder a las concordancias ideológicas con el gobierno de Torres, venía a tratar de solventar un tanto la posición internacional de Chile, la cual ya sufría los embates de la política norteamericana. Se suponía que el gobierno de la UP había ideado un procedimiento para romper el hielo con el país altiplánico y reanudar las relaciones bilaterales, la ideal, según lo explicaba Carlos Bustos, pasaba por una visita presidencial a la ciudad de Arica y, estando allí, Allende haría una llamada de cortesía al Presidente Torres, llamada que sería seguida de otros contactos. Se decía que Allende tenía tal confianza en la reanudación de las relaciones, que ya tenía pensado como embajador en La Paz al destacado poeta nacional Pablo Neruda<sup>781</sup>.

A tan solo unos días del supuesto llamado, Torres era derrocado, en agosto de 1971, y su lugar era asumido por el General Hugo Banzer, quien, por demás, instauraría un férreo régimen militar que duraría siete años. De tendencia más conservadora y de un marcado anticomunismo, apoyado por los Estados Unidos, era evidente que la posición que el nuevo mandatario boliviano asumiría de ahí en adelante sería de un marcado distanciamiento. Es más, los primeros meses de asumido el poder, las relaciones con el Chile de Allende fueron complejas, pues el mandatario chileno habría esgrimido ácidas opiniones sobre la caída de Juan José Torres, cuestión que se acentuaría por la llegada de exiliados bolivianos a territorio

---

<sup>778</sup> Eduardo FREI MONTALVA: *Sexto mensaje del Presidente de la República de Chile*, p. 9.

<sup>779</sup> Óscar PINOCHET DE LA BARRA: *Op. Cit.*, p. 74.

<sup>780</sup> Uldaricio FIGUEROA: *Op. Cit.*, p. 103.

<sup>781</sup> Carlos BUSTOS: “Dos Siglos de Relaciones Chileno-Bolivianas”, p. 215.

nacional y a los que se culparía de actividades en contra del nuevo gobierno militar boliviano. De tal manera, con el fuerte anticomunismo que ya imperaba en los sectores militares bolivianos, La Paz metió en el mismo saco a La Habana, Santiago y Moscú, como eventuales promotores de desestabilización de la administración de Banzer<sup>782</sup>.

Lo curioso de todo el asunto es que durante los Gobiernos de la Democracia Cristiana y de la Unidad Popular, al momento que se buscaba una aproximación con Bolivia, también se hacía lo mismo con el Perú. Según lo exponían las Actas de Sesión del consejo de Ministros, en marzo de 1970 se produjo el primer acercamiento, cuando el embajador chileno en Lima expuso a título personal una propuesta de solución a la mediterraneidad boliviana ante el Canciller Mercado Jarrín, en la que se contemplaba la cesión a Bolivia de un corredor entre Tacna y Arica junto con el ferrocarril Arica-La Paz; sin embargo, la respuesta de su interlocutor fue nula. Más tarde, ya en conversaciones con Allende y Almeyda, la posición peruana no fue de mayor interés, pues ahora la opción para romper la mediterraneidad se decantaba más por Calama. La posición peruana sobre el tema solamente fue que la cuestión de la mediterraneidad debía ser resuelta entre Chile y Perú para solo entonces ser puesto en consulta ante el Perú en caso de que llegase a involucrar alguno de los territorios comprendidos en el Tratado de Lima. Hasta ese entonces el Gobierno Peruano no se pronunciaría<sup>783</sup>. Los intentos de Frei y Allende pondrían sobre la mesa la problemática boliviana; no obstante, el Gobierno Peruano no mostró demasiado interés en ello. Razón tenía Ramiro Prudencio al decir que aquellas conversaciones, a la par de lo anterior, no tuvieron trascendencia alguna, principalmente a causa de la enorme oposición interna que el oficialismo chileno mostraba en ese momento<sup>784</sup>. Esto último solo cambiaría tras la ascensión de Pinochet al poder, cuando la cuestión se transformaría en un problema que involucraba directamente a Chile, Perú y Bolivia.

De partida, y cómo hemos visto, el régimen militar chileno estuvo lejos de ser estable en sus inicios, y mucho menos estuvo cerca de ganarse las simpatías de sus homólogos peruanos. La hipótesis de una eventual guerra pasaba por ser más que una mera posibilidad y los continuos gastos en armamento soviético así lo demostraban. Por otro lado, los militares del Rímac mantenían la expectativa de recuperación de las provincias “cautivas” de Arica y Tarapacá pérdidas durante la Guerra del Pacífico, y más de una vez alardearon sobre recuperarlas por las armas, pero, si se llegase a hacer, ¿por qué no contar con el apoyo de un viejo aliado, incluso cuando ello supusiera sortear las barreras ideológicas? Después de todo, Bolivia aún mantenía su exigencia de salida al mar de forma soberana; de hecho, de esto mismo dependía la estabilidad del gobierno de Banzer. Ad portas del centenario de la Guerra Infausta, como la han llamado nuestros vecinos del norte, la posibilidad de una guerra contra Perú y Bolivia estaba en el tablero de los militares chilenos (una temida VH2 como hace cien años), pero había obstáculos que superar: en el ámbito ideológico, Banzer se asemejaba mucho más a Pinochet que a Velasco, mientras que en el tema histórico, Bolivia tenía más en común con el Perú que con Chile. De tal modo, había que neutralizar a Bolivia a toda costa, o más bien, ganársela. Aquí es cuando comienza una interesante carrera por las vías diplomáticas en que, tanto Chile como Perú, buscaron el apoyo boliviano. Y, obviamente, Bolivia se decantaría por el mejor postor.

---

<sup>782</sup> Idem.

<sup>783</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 69.

<sup>784</sup> Ramiro PRUDENCIO LIZÓN: “El problema marítimo boliviano”, en *Agenda Internacional*, Año XI, n°21, 2004, p. 36.

El primer acercamiento chileno-boliviano se daría una vez que Pinochet asumiera el gobierno, pues Banzer fue uno de los primeros en saludar y reconocer al nuevo Gobierno Chileno. A pocos días del 11 de septiembre, el mandatario boliviano enviaría a Chile al General de la Fuerza Aérea de Bolivia, Oscar Quiroga Terá, con el objetivo de presentar saludos cordiales desde el Palacio Quemado a la Moneda; a la par, el emisario boliviano venía una agenda de conversaciones que incluían las dificultades que tenían en Bolivia para realizar sus exportaciones a través de Chile, específicamente debido a la falta de transporte ferroviario hacia el puerto de Antofagasta<sup>785</sup>. Sin embargo, el primer encuentro entre ambos mandatarios se daría en Brasilia, el 13 de marzo de 1974, en la trasmisión del mando del gobernante brasileño, General Ernesto Geisel. Como nos los decía Ramiro Prudencio en *Historia de la Negociación de Charaña*, aquel encuentro se llevó a cabo bajo los auspicios del nuevo mandatario brasileño, quien ya percibía la tensión que imperaba entre los países andinos<sup>786</sup>. En la biografía de Banzer, escrita por Alfonso Crespo Rodas, el propio General habría informado al autor sobre la cordial conversación que sostuvo con Pinochet: ‘Mi general, es tiempo de que resolvamos el problema que atañe a la amistad de nuestros dos países y que lo hagamos con la franqueza y comprensión propia de dos soldados’. A ello, el mandatario chileno habría respondido: ‘Cuenta usted con toda mi buena voluntad. Pienso que no es imposible que lleguemos a entendernos’<sup>787</sup>. Si bien en aquella instancia no se llegó a una solución del problema marítimo, o más bien a una tentativa, sí se sentaron las bases para un próximo encuentro, el que quedó convenido que se realizaría en Charaña (en la zona fronteriza de ambos países) con la finalidad de reestablecer las relaciones bilaterales. La prensa ariqueña estimo esto como un primer paso que debía ser tomado con sumo cuidado:

Informantes de gobierno, dieron a conocer que después de ese contacto, ha habido otros a nivel de diplomáticos que se esperaba luego de tentativas serias como cautelosas, algún tipo de entendimiento razonable que restablezcan las relaciones que se cortaron desde que Chile abrió las compuertas para recibir aguas del río Lauca. Señalaron que ello permitiría aliviar las tensiones internacionales de esta parte del continente<sup>788</sup>.

Con posteridad, específicamente el 7 de abril de 1974, Banzer convocó el Encuentro de Cochabamba, en la que se pretendía preparar la opinión pública ante las negociaciones venideras. En aquella instancia, el mandatario boliviano dejaba más que en claro que la estabilidad interna del régimen dependía enteramente de las negociaciones próximas:

No debemos olvidar que las relaciones internacionales, en última instancia, no son sino relaciones de intereses concretos que cada país los respalda con la totalidad de su poderío político y económico. En el marco de tal realidad, las posibilidades internacionales del país están en directa relación con la fortaleza interna. A mayor debilidad interna, corresponde indefectiblemente, mayores

---

<sup>785</sup> Juan Eduardo MENDOZA PINTO: “El Acuerdo de Charaña bajo el fantasma de la guerra”, p. 7.

<sup>786</sup> Ramiro PRUDENCIO LIZÓN: *Historia de la negociación de Charaña. La más importante negociación del siglo XX sobre el problema marítimo boliviano*, Plural Editores, La Paz, 2011, p. 21.

<sup>787</sup> Idem.

<sup>788</sup> *La Defensa de Arica*, jueves 9 de enero de 1975. Citado por Sergio GONZÁLEZ MIRANDA; Cristián OVANDO SANTANA: “El ‘Abrazo de Charaña’: un Breve instante que persisten en la Historia de Arica”, en *Estudios de Seguridad y Defensa*, n°6, 2015, p. 32.

dificultades para lograr una salida al mar. A un rápido y sostenido engrandecimiento, como deseamos, le corresponderá una pronta y satisfactoria solución al problema de la mediterraneidad<sup>789</sup>.

De aquella reunión se desprendería la Declaración de Cochabamba, la cual, en resumidas cuentas, no fue más que un manifiesto en que personalidades de la intelectualidad política boliviana se comprometían a mantener una tregua a fin de afianzar y avanzar en una solución del problema marítimo. En pocas palabras, Banzer se había salido con la suya al ordenar la casa, muchos arguyendo que solamente se trataba de un afianzamiento al poder, y destinar todos sus esfuerzos a los aspectos exteriores. Fuere como fuere, aquel camino dio los resultados esperados, pues de ahí en adelante serían sucesivos los diálogos mantenidos con Chile. Quizás el más importante de ellos fue el que conllevó a la Declaración de Ayacucho en diciembre de 1974.

Específicamente sería el 9 de diciembre, en la conmemoración del sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho, en Lima, cuando se llevaría a cabo la reunión. Para tal magna instancia, fueron invitados los presidentes de las naciones sudamericanas; sin embargo, a causa de que el Gobierno Peruano invitara al Canciller cubano Roa, Pinochet rechazaría la invitación; en su lugar fue designado el Canciller Patricio Carvajal<sup>790</sup>. No obstante, ello no evito que Chile llegase a mostrar una postura muchísimo más conciliadora con la problemática boliviana; de hecho, fue por gestiones de Patricio Carvajal que se dio paso a que en el documento se incluyera un párrafo referente a la mediterraneidad en términos que significase un apoyo en las conversaciones que se estaban inaugurando en aquel momento. La reunión fue todo un éxito y, con fecha del 9 de diciembre, veía la luz la famosa Declaración de Ayacucho, uno de los primeros pasos para alivianar las tensas relaciones en el Cono Sur:

Reunidos en la ciudad de Lima a invitación del Primer Mandatario del Perú, señor General de División Juan Velasco Alvarado, para conmemorar el Sesquicentenario de la batalla de Ayacucho, los Jefes de Estado y de Gobierno de Bolivia, Panamá, Perú y Venezuela y los representantes de los Jefes de Estado de Argentina, Colombia, Chile y Ecuador, reconocemos la alta significación histórica de ese hecho de armas definitivo en la gesta emancipadora de América [...] En concordancia con el espíritu que alentó la insurgencia de aquel vasto movimiento popular, unificador y emancipador, declaramos que [...] Al reafirmar el compromiso histórico de fortalecer cada vez más la unidad y solidaridad entre nuestros pueblos, prestamos la mas amplia comprensión a la situación de mediterraneidad que afecta a Bolivia, situación que debe demandar la consideración más atenta hacia entendimientos constructivos<sup>791</sup>.

Ramiro Prudencio sostenía que, si el régimen militar de Pinochet aceptó la declaración de Ayacucho, fue porque estaba firmemente convencido en que había que buscar un entendimiento con Bolivia en base a la solución de la cuestión marítima<sup>792</sup>. Sin restarle

---

<sup>789</sup> Ramiro PRUDENCIO LIZÓN: *Historia de la negociación de Charaña*, p. 22.

<sup>790</sup> *El Mercurio*, 7 de diciembre de 1974, p. 1.

<sup>791</sup> Declaración de Ayacucho, en *Nueva Sociedad*, n°17, 1975, pp. 96-98.

<sup>792</sup> Ramiro PRUDENCIO LIZÓN: *Historia de la negociación de Charaña*, p. 28.

mérito a sus palabras, y siendo mucho más escépticos, creemos que si bien existía la postura negociadora entre las filas chilenas, ello no respondía a las mejores razones. No es que Pinochet deseara solo por simple y llana buena voluntad el estrechar relaciones con Banzer o, como diría Alfonso Crespo, “no sería aventurado conjeturar que entre los alicientes recónditos que indujeron a Pinochet a emprender la negociación con Bolivia, obró ese vago sentimiento de culpa que ocultan algunos chilenos respecto de Bolivia”<sup>793</sup>. Más bien respondía a cuestiones de orden estratégico, pero eso lo veremos más adelante. Sea como sea, después de la entrevista en Brasilia, y tras la aprobación de la Declaración de Ayacucho, se procedió a continuar los contactos presidenciales a un nivel personal. Fue así como, aprovechando un viaje de inspección al norte chileno, que lo llevaría a Visciri, frontera con Bolivia, el General Pinochet invitó al General Banzer a un encuentro que se llevaría a cabo justo en la frontera de ambos países, entre Visviri y Charaña.

A pesar de las reservas del gobierno boliviano, la reunión quedó pactada para el 8 de febrero de 1975 en la pequeña localidad altiplánica de Charaña, a más de 4000 metros del nivel de mar, y situada en la frontera más septentrional con Chile, en la ruta del ferrocarril de Arica a La Paz. Además de los dos mandatarios, a la reunión asistieron los ministros de relaciones exteriores y los comandantes de ambos ejércitos. Todo inició a las una de la tarde, en un vagón de ferrocarril de Arica a La Paz. Luego de estar reunidos por cerca de una hora, se les unieron los cancilleres y los ministros de defensa. Al término de tal trascendental encuentro, se suscribió el Acta de Charaña, documento de seis puntos en la que se hacía alusión directa a la Declaración de Ayacucho; sin embargo, los puntos más importantes fueron los 4 y 6, en los que se dejaba en claro la continuidad de las conversaciones respecto a la cuestión marítima y la reanudación de las relaciones diplomáticas:

4. Ambos mandatarios, con espíritu de mutua comprensión y ánimo constructivo, han resuelto que continúe el diálogo a diversos niveles para buscar fórmulas de solución a los asuntos vitales que ambos países confrontan, como el relativo a la mediterraneidad que afecta a Bolivia, dentro de recíprocas conveniencias y atendiendo a las aspiraciones de los pueblos boliviano y chileno.
6. Los dos Presidentes, para materializar los propósitos señalados en la presente declaración conjunta, han resuelto normalizar las relaciones diplomáticas entre sus respectivos países a nivel de embajadores<sup>794</sup>.

Si bien Chile buscaba un acercamiento a Bolivia, ni Pinochet ni sus acompañantes pusieron sobre la mesa el tema de la reanudación de las relaciones diplomáticas, pues consideraban que ello supondría un paso muy apresurado en un camino en que se debía andar con pie de plomo. Fue la misma parte boliviana la que, apresuradamente, consideró necesario el restablecer los vínculos, a fin de dar mucho más realce a lo que estaba sucediendo. Evidentemente, aquello solo sirvió para crear un clima de expectación y angustia en la opinión pública. Para esto solo bastaba con ver las declaraciones vertidas en *El Tarapacá*:

El Paso de las Termópilas y siglos más tarde, Waterloo. Lincoln nos legó a Gettysberg y Lautaro, Tucapel. Generalmente quedan en los textos

---

<sup>793</sup> Alfonso CRESPO: *Banzer, el destino de un Soldado*, Editorial Gráfica s.r.l., Buenos Aires, 1999, p. 221.

<sup>794</sup> Ramiro PRUDENCIO LIZÓN: *Historia de la negociación de Charaña*, p. 30.

elementales de historia los nombres bélicos. Error de los historiadores simplemente. Hiroshima y Nagasaki son más famosos que Lambarené donde Albert Schweitzer entregó su vida para servir a la Humanidad. Los periodistas debemos encargarnos de la tarea de enmendarle la plana a los historiadores ¡Dios nos perdone la audacia! Los periodistas debemos inscribir a Charaña en la historia sino de la Humanidad, por lo menos de nuestro hemisferio [...] Es el símbolo de la nueva política internacional de Chile, es el símbolo de su franqueza. Nada entre 2 platos. Nada tras una genuflexa cortesía diplomática con la naftalina del Congreso de Viena, y el tufo del champaña frappé. Dos gobernantes cara a cara. Y Charaña se convierte en un símbolo. [...] Los corazones palpitan más rápido, casi galopan. Es la altura. Cuatro mil ochenta y seis metros sobre el nivel de Pacífico en Arica. Así piensan. Pero, hay otro motivo para que el corazón, como dice el tango, se ensanche como pidiendo cancha. Es la emoción de abrazar a un hermano.

Hace muchos años hubo una controversia. En ella intervino Clemanceau, el Tigre, y dijo su frase famosa (en 1879 la había dicho Rafael Sotomayor) “la guerra es una cosa muy seria para confiársela a los militares”. Se toman un desquite ahora los militares. “La paz es una cosa muy seria como para confiársela a los civiles”<sup>795</sup>.

Un proceso dinámico se inició. Como no podía ser de otra forma, se acreditaron embajadores en Santiago y en La Paz: Chile designó a Rigoberto Díaz Gronow y Bolivia a Guillermo Gutiérrez Vea-Murguía. Solamente el 26 de agosto de 1975, después de conversaciones a un nivel diplomático, se plantearía de forma directa y concisa, y mediante un Ayuda Memoria, los lineamientos que a juicio del Gobierno Boliviano permitiría dar una solución definitiva al problema de la mediterraneidad. En líneas generales, se proponía la cesión de una costa marítima entre la Línea de la Concordia y el Límite del radio urbano de la ciudad de Arica, extendiéndose sobre una franja territorial soberana hasta la frontera boliviano-chilena, además de incluir la transferencia del ferrocarril Arica-La Paz<sup>796</sup>. Chile, sumamente atento a la propuesta planteada, sorprendentemente aceptó a conceder una franja territorial al norte de Arica a cambio de una compensación territorial. Fue tal el recibimiento de tal disposición, que el embajador boliviano, el 16 de diciembre de 1975, escribía lo siguiente: “Cumpló también en agradecer a Vuestro Ilustrado Gobierno en nombre del Gobierno de Bolivia, la decisión expresada por el Excelentísimo Señor Presidente de la República, General Don Augusto Pinochet Ugarte, mediante el Señor Ministro de Relaciones Exteriores, de conceder a Bolivia una costa marítima soberana, unida al territorio boliviano, por una faja territorialmente igualmente soberana”<sup>797</sup>. Aquella propuesta también tendría un buen recibimiento en la colectividad chilena, pues los principales políticos de la época se mostraron de acuerdo: desde los expresidentes Frei Montalva, Alessandri y González Videla, hasta cancilleres de peso como Gabriel Valdés, Clodomiro Almeyda y Conrado Ríos Gallardo, conocido por ser un ferviente antiboliviano<sup>798</sup>. Sin embargo, en pleno 1975 había un pequeño asunto que complicaba las cosas: la negociación solamente llegaría a buen puerto

---

<sup>795</sup> *El Tarapacá*, 13 de marzo de 1975, p. 3.

<sup>796</sup> Carlos BUSTOS: “Dos Siglos de Relaciones Chileno-Bolivianas”, p. 216.

<sup>797</sup> Ministerio de Relaciones Exteriores: *Historia de las Negociaciones chileno-bolivianas: 1975-1978*, República de Chile, Ministerio de Relaciones Exteriores, Santiago, 1979, p. 10.

<sup>798</sup> Ramiro PRUDENCIO LIZÓN: “El problema marítimo boliviano”, p. 38.

si así lo quería Perú, ello teniendo en cuenta el Protocolo de 1929. Ahora cabía hacer las consultas pertinentes al Perú, cuestión que no sería para nada sencilla. Así, ‘fue una verdadera caja andina de Pandora, que liberó aspiraciones y tabúes en un contexto regional’<sup>799</sup>.

Sin embargo, sin adentrarse más allá en los tejemanejes del mundo diplomático, resulta llamativo el hecho de que Chile se interesara tanto en contentar a Banzer y los sectores más nacionalistas de Bolivia: ¿Acaso Chile por fin había caído en cuenta de lo nocivo que había sido el Tratado de 1904? ¿Sería que Pinochet y Banzer eran movidos por un espíritu de buena voluntad y deseo de unión de los pueblos? ¿Cómo fue que Chile, bajo el gobierno de militares nacionalistas, accedió a conceder una salida al mar a cambio de ceder territorio nacional? Lamentablemente, escudriñar entre los pensamientos de los exmandatarios nos es imposible a la fecha, pero lo que sí podemos ver y exponer con certeza es el inquietante escenario regional que se cernía sobre la cabeza de los militares chilenos. Ya hemos dicho que la guerra con el Perú pasaba por ser más que una mera posibilidad o simple histeria, era algo seguro que militares chilenos, bolivianos y peruanos ya daban por sentado; de tal modo, había que buscar conformar alianzas o, derechamente, neutralizar alguno de los posibles frentes. Así, comenzaba una llamativa carrera, por decirlo menos, para ganarse al “Tercero en Discordia”.

Aquí vale mencionar que Bolivia mantendría su neutralidad mientras se desarrollasen las negociaciones con Chile, al menos ello hasta que las hostilidades se declarasen. El mismo Banzer, en conversaciones con el embajador norteamericano apostado en la Paz, William P. Stedman, había considerado que desde el vamos la posición neutral de Bolivia, la cual, si se llegara a declarar la guerra, se rompería inevitablemente:

*President Banzer said that he had [...] the opportunity during his 25 years of military service to meet and know Peruvians and Chileans, military and civilians, from low-ranking to high authorities. He said he had attended conferences, been on missions, and served in other countries such as the U.S. as military attache, and had gotten to know Peruvian and Chilean thinking about one another. Recently he had private conversations with president Velasco of Peru and president Pinochet of Chile. Both men expressed to him feelings which Banzer himself said he had observed are strongly held by the people of both countries. In the case of Peru, there is a fervent desire to reconquer territories lost in the War of the Pacific. In the case of Chile, there is a firm conviction that it will defend territories now under its sovereign control. President Banzer said that he has concluded that in the short or in the medium term there will be armed conflict between the two countries. He is convinced that even though Bolivian policy is neutrality, his country will be involved against its will<sup>800</sup>.*

---

<sup>799</sup> Citado por Juan Eduardo MENDOZA PINTO: “El Acuerdo de Charaña bajo el fantasma de la guerra”, p. 8.

<sup>800</sup> Trad.: “El Presidente Banzer dijo que durante [...] sus 25 años de servicio militar tuvo la oportunidad de reunirse y conocer a peruanos y chilenos, militares y civiles, desde altos rangos hasta altas autoridades. Ha dicho que asistió a conferencias, estuvo en misiones y sirvió en otros países como Estados Unidos como agregado militar, y llegó a saber lo que los peruanos y chilenos piensan los unos sobre los otros. Recientemente, ha tenido conversaciones privadas con el Presidente Velasco del Perú y el Presidente Pinochet de Chile. Ambos hombres expresaron sentimientos que el mismo Banzer ha visto que está fuertemente arraigados en la gente de

Esta incapacidad para lograr la neutralidad ante el conflicto inminente, según el embajador, se debería a que la guerra no solo envolvería a Perú y Chile, sino al Cono Sur en general:

*President Banzer noted further that the problem is not merely a three-cornered problem involving Bolivia, Chile, and Peru, but will involve many other Latin American countries. Brazil will surely back Chile. Paraguay will sympathize with Brazil and Chile because of its ideological compatibility. The Argentine position is not now clear because of the muddled situation there*<sup>801</sup>.

Asumiendo que el escenario bélico se hallaba solo a la vuelta de la esquina, ni siquiera Banzer consideraba la posibilidad de que Bolivia se mantuviese neutral en el conflicto. De hecho, curioso eran los numerosos pedidos del mandatario boliviano al Departamento de Estado de los Estados Unidos solicitando “garantías” del mantenimiento de la neutralidad y la integridad territorial de Bolivia, cuestión a lo que los norteamericanos solamente respondieron de una forma bastante escueta: “*Realistically, United States obligations as to Bolivia’s neutrality must be limited to those already provided under the Inter-American Treaty of Reciprocal Assistance (Rio Treaty). Any sort of bilateral guaranty beyond the Treaty would raise serious congressional and policy problems*”<sup>802</sup>. En pocas palabras, Bolivia debía valérselas por sí misma. De ahí que no deba sorprendernos que, en una entrevista con el *Financial Times* de Londres, Banzer mencionara que su país mantendría una “neutralidad activa”<sup>803</sup>. Y de ahí que tampoco debiera sorprendernos que el régimen militar boliviano se jugara las cartas de Perú y Chile, dejándose encantar por la mejor de las opciones. Solo había que proponer algo que fuera atractivo en caso de ir a la guerra. Bien decía Stedman allá por 1974: “*President Hugo Banzer would almost certainly try to exploit increased tensions between Peru and Chile to gain access to the Pacific Ocean, probably by encouraging both countries to view Bolivia as a potential buffer*”<sup>804</sup>.

---

ambos países. En el caso del Perú, existe un ferviente deseo de reconquistar los territorios perdidos en la Guerra del Pacífico. En el caso de Chile, existe una firme convicción de que defenderán los territorios que ahora están bajo su soberanía. Banzer llegó a la conclusión de que a corto o mediano plazo habrá un conflicto armado entre los dos países. Está convencido de que, aunque la política boliviana es neutral, su país estará involucrado en contra de su voluntad”.

<sup>801</sup> “El Presidente Banzer señaló además que el problema no es simplemente un problema de tres esquinas que involucra a Bolivia, Chile y Perú, sino que involucrará a muchos otros países latinoamericanos. Brasil seguramente respaldará a Chile. Paraguay simpatizará con Brasil y Chile debido a su compatibilidad ideológica. La posición argentina ahora no está clara debido a su situación”. “Bolivian President Banzer request USG Guarantee of Bolivian neutrality in event Peruvian/Chilean conflict”, 5 de septiembre de 1974. 1974LAPAZ05772\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>802</sup> “Siendo realistas, las obligaciones de los Estados Unidos en cuanto a la neutralidad de Bolivia deben limitarse a las que ya se estipulan en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (Tratado de Río). Cualquier tipo de garantía bilateral más allá del Tratado plantearía serios problemas de política y del Congreso”. “Guaranteeing Bolivian neutrality”, 25 de septiembre de 1975. 1975STATE210975\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>803</sup> Óscar PINOCHET DE LA BARRA: *Op. Cit.*, p. 85.

<sup>804</sup> “El presidente Hugo Banzer seguramente trataría de explotar las crecientes tensiones entre Perú y Chile para obtener acceso al Océano Pacífico, probablemente alentando a ambos países a ver a Bolivia como un posible amortiguador”. “National Intelligence Assessment: working paper on potential for conflict between Chile and Peru”, 3 de julio de 1974. 1974LAPAZ04305\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

Hacia 1975 Chile se hallaba en el peor de los sitios, pues los posibles frentes eran muchos: Perú por el norte, Bolivia por noreste y Argentina por el este. La posibilidad de un HV3 u hipótesis vecinal máxima, en que Chile se viera enfrascado en una guerra con sus tres vecinos más próximos, estaba a la vuelta de la esquina. Por ello, y como lo dijera en su momento Alfonso Crespo, era menester “romper el cerco” de una posible alianza peruana-argentina-boliviana, por demás, adversarios históricos de Chile: “De llegarse a ese extremo era previsible la formación de un eje Argentina-Bolivia-Perú, en el que Bolivia, aunque desprovista de potencial militar significativo, jugaría el rol de eslabón geográfico entre Buenos Aires y Lima. En consecuencia, era de buena política asegurarse la neutralidad de Bolivia mediante la concesión de una salida al mar”<sup>805</sup>. Bajo aquella conjetura, era menester establecer alianzas. Bien diría Ramiro Prudencio, citando al Almirante José Toribio Merino en sus dichos al embajador boliviano Guillermo Gutiérrez Vea-Murguía, que “era preciso crear el eje Brasil-Bolivia-Chile, en contraposición del posible entendimiento argentino-peruano”<sup>806</sup>. Aquel comentario, que Prudencio Lizón cita, habría sido lanzado en la residencia de la embajada boliviana, en presencia del suscrito y de otros funcionarios de la embajada. Incluso el mismo Pinochet se lo plantearía al ya citado Almirante Merino, explicando que tal acercamiento ‘consolida... al mismo tiempo, la enemistad de Bolivia con (el Perú)... y su amistad con nosotros’<sup>807</sup>. De hecho, sobre la supuesta creación de un eje anticomunista, cuando se le pregunto a Pinochet después de su visita a Brasilia, solamente contestó con un “*anything is possible... maybe yes, maybe no*”<sup>808</sup> (Todo es posible, tal vez sí, tal vez no).

Aquello sería confirmado por la postura de Carlos Bustos, quien llegara a ser Cónsul General de Chile en Bolivia durante los años de 1979-1981, en su obra *Chile y Bolivia*, y en la que considera que “más allá de las inclinaciones personales del general (Pinochet), tenía relación con el anhelo del gobierno militar chileno de buscar fórmulas que impidieran que el ámbito vecinal se llegara a una situación explosiva que se temía podía hacer crisis al final de la década, cuando se conmemorara el primer centenario de la Guerra del Pacífico. Finalmente, agregaba a la par:

Había elementos de tensión con los tres vecinos y llegaban periódicamente a nuestro gobierno advertencias muy precisas de algunos de nuestros vecinos en el sentido de que fuéramos muy cautelosos [...] Por ello, parecía más razonable que la parte chilena buscara alguna forma de diálogo con Bolivia, lo que se facilitó por similar interés mostrado por el Presidente Banzer. Con prudencia se iniciaron contactos y se hicieron gestos importantes<sup>809</sup>.

Es más, hasta el embajador norteamericano David H. Popper caía en cuenta de la estrategia chilena para con Bolivia y la incidencia de ésta en un posible conflicto con el Perú, ello a muy pocos días del famoso Abrazo de Charaña:

---

<sup>805</sup> Alfonso CRESPO: *Op. Cit.*, p. 221.

<sup>806</sup> Ramiro PRUDENCIO LIZÓN: *Historia de la negociación de Charaña*, p. 34.

<sup>807</sup> Gonzalo VIAL CORREA: “1978-2008. A 30 años del Conflicto del Beagle (Cuando Chile y Argentina estuvieron al borde de la Guerra)”, Cap. 1, en *Diario de la Segunda*, 21 de noviembre de 2008, p. 5.

<sup>808</sup> “Pinochet to Visit Paraguay may 14”, 5 de marzo de 1974. 1974SANTIA01052\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>809</sup> Carlos BUSTOS: *Chile y Bolivia. Un largo camino. De la Independencia a Monterrey*, p. 222.

*Since coup of 1973, GOC has given high priority to nourishment of cordial relations with southern cone neighbors. Bolivia is of interest primarily because of GOC lest it support Peru in case of conflict. GOC therefore has tried to remove basis for any Bolivian dissatisfaction with GOC treatment of its transit through Chile [...] Such action would provide diplomatic cover for Chile's flank during tension with Peru, perhaps incline Bolivians toward Chile, or more likely toward neutrality, in case of war, and perhaps reassure Bolivia that Chile would not violate Bolivian territory to get at Peru in that event. [...] Military leaders, from Pinochet on down, firmly believe thar an attack from Peru is not only possible, but probable, during 1975. Pinochet's summit diplomacy with Banzer is clearly an effort to substitute diplomacy for the weapons which Chile has not been able to acquire, and to keep Bolivia at least neutral in the play of tensions between Chile and Peru*<sup>810</sup>.

Obviamente, ello también, en palabras de Popper, implicaba el restaurar un tanto la imagen de Chile a un nivel internacional, posicionándola como pacífica y conciliadora, muy contraria a la del Perú que pasaba a posicionarse como un país belicista: *"we judge that Pinochet's efforts to improve relations with immediate neighbors are meeting with considerable success. Bolivia is of minor concern to GOC in itself, and while GOB may gain some improvements in "economic access" to the sea, GOC has won a major point from Bolivia without having (apparently) to respond to Bolivian dreams of territorial access. Renewal of relations with Bolivia is meant to demonstrate to world that military regime in Chile is peaceful and reasonable, and to tip psychological and political scale at least a bit against Peru, which remains worry number one"*<sup>811</sup>. Evidentemente, Banzer estaba al tanto de lo complejo de la postura chilena, razón por la cual aprovechó tal circunstancia para "coquetear" con la propuesta de Pinochet; mal que mal, había que decantarse por el mejor postor. Una de las ocasiones en que mejor expuso su postura fue en mayo de 1975, cuando sostendría que:

---

<sup>810</sup> "Desde el golpe de estado de 1973, el Gobierno de Chile ha dado alta prioridad a la nutrición de las relaciones cordiales con los vecinos del Cono Sur. Bolivia es de interés primordial para el Gobierno de Chile para que no apoye a Perú en caso de conflicto. El Gobierno de Chile ha tratado de eliminar la base de cualquier insatisfacción boliviana con Chile. [...] Dicha acción proporcionaría una cobertura diplomática para el flanco de Chile durante la tensión con Perú, tal vez inclinaría a los bolivianos hacia Chile, o más probablemente hacia la neutralidad, en caso de guerra, y quizás asegurar a Bolivia que Chile no violaría el territorio boliviano para llegar a Perú en ese caso. [...] Los líderes militares, desde Pinochet hacia abajo, creen firmemente que un ataque desde Perú no solo es posible, sino probable, durante 1975. La cima de la diplomacia de Pinochet con Banzer es claramente un esfuerzo para sustituir la diplomacia por las armas que Chile no ha podido adquirir y mantener a Bolivia al menos neutral en el juego de tensiones entre Chile y Perú". "Pinochet-Banzer meeting; relations with Peru", 5 de febrero de 1975. 1975SANTIA00814\_b. Margaret P. Grafeld Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 05 JUL 2006.

<sup>811</sup> "Juzgamos que los esfuerzos de Pinochet para mejorar las relaciones con los vecinos inmediatos se encuentran con un éxito considerable. Bolivia es una preocupación menor para el Gobierno de Chile en sí mismo, y aunque el Gobierno Boliviano pueda obtener algunas mejoras en el "acceso económico" al mar, Chile ha ganado un punto importante de Bolivia sin tener (aparentemente) que responder a los sueños bolivianos de acceso territorial. La renovación de las relaciones con Bolivia está destinada a demostrar al mundo que el régimen militar en Chile es pacífico y razonable, y a inclinar la escala psicológica y política al menos un poco contra Perú, lo que sigue siendo la preocupación número uno". "Chile and Bolivia renew relations", 11 de febrero de 1975. 1975SANTIA00916\_b. Margaret P. Grafeld Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 05 JUL 2006.

En cuanto al futuro de nuestras relaciones comerciales y diplomáticas [...] creo que ambos países podemos complementarnos en un marco de reciprocidad para llegar a soluciones de mutua conveniencia. Bolivia tiene una gran variedad de productos que a Chile le hacen falta y viceversa. Las perspectivas del intercambio comercial son pues muy satisfactorias y lo que ambos países lograremos en ese campo repercutirá necesariamente sobre nuestras relaciones diplomáticas y culturales<sup>812</sup>.

No obstante, quizás la oportunidad en que dejó más en claro lo anterior fue en el propio Palacio Quemado, en una entrevista a la *Revista Arcilla* en septiembre del mismo año. Sin rodeos, la periodista Malú Sierra consultó al mandatario boliviano sobre qué ofrecía a cambio de una salida al mar. La respuesta de Banzer se encaminó por la misma senda que había recorrido meses atrás: el intercambio comercial. “¿Qué podemos ofrecerle? Creo que si hay dos países que se complementan, éstos son Bolivia y Chile. Tenemos gas, tenemos petróleo, podemos hacer complejos petroquímicos en la costa o donde quieran. Podemos surtir de carne, de alimentos. Todo lo que necesita nosotros lo tenemos aquí, y no necesitaría recurrir a ninguna otra parte, porque está ahí a la mano”. Lo que vendría después es lo que confirmaría la supuesta neutralidad o, derechamente como se puede inferir de sus palabras, una alianza: “Y ofrecemos también cinco millones de hermanos. Cinco millones de amigos ¿Usted cree que eso no es? ¡Eso es mucho! Y están también los amigos de Bolivia, amigos que estarían dispuestos a ayudar a Chile. Estoy seguro que de encontrarse una solución, Chile encontraría muchos amigos, aparte de Bolivia, lo que le ayudaría en su posición internacional”<sup>813</sup>. En otras palabras, si Chile cedía a las demandas bolivianas se ganaría su apoyo, aunque la interrogante de que, si ello hubiera realmente sucedido y el apoyo boliviano fuese indudable, ¿habría aplicado ante un eventual conflicto contra Perú?

Pero Velasco Alvarado no se quedaría de brazos cruzados viendo como su “histórico aliado” era atraído por el que podía llegar a ser su enemigo. De partida, el ver que Chile establecía lazos con Bolivia no podía caer para nada bien, principalmente por la concordancia ideológica de ambos regímenes: ambos eran militares, ambos se habían decantado por un modelo nacionalista de derecha, compartían un ideal anticomunista y se alineaban con los militares brasileños y giraban en torno a la órbita de los Estados Unidos. Concordancias y similitudes que ya les había llevado a establecer relaciones diplomáticas y sentar bases para una futura alianza con gestos tan significativos como lo fue el Abrazo de Charaña. Como lo ha sostenido Antonio Zapata, historiador peruano, la sola idea de una alianza chileno-boliviana provocó la alarma del Perú, de Velasco y sus ministros. Tanto el “Chino” como el alto mando consideró que si las negociaciones sobre la mediterraneidad boliviana llegaban a buen término y, como era de esperar, si la consulta al Perú por orden el Protocolo de 1929 resultaba en una negativa, se convertiría en el pretexto necesario para un ataque coordinado entre Chile y Bolivia al sur del Perú. Así, “el Gobierno del Perú interpretó el ofrecimiento de un corredor para Bolivia como una situación comprometedoras que podría llevar a un indeseado *casus belli*”<sup>814</sup>.

Por ende, había que buscar una alternativa viable con las pretensiones nacionales y que estuviera acorde a los deseos de una salida al Pacífico de los bolivianos, y qué mejor

---

<sup>812</sup> *El Mercurio*, 11 de mayo de 1975, p. 33.

<sup>813</sup> *Revista Arcilla*, Año XLII, n° 2095, semana del 24 al 30 de septiembre, 1975, p. 54-55.

<sup>814</sup> Antonio ZAPATA: “La Cuestión Boliviana”, en *Revista Argumentos*, Año 8, n°1, 2014, p. 20.

que el apoyar la demanda boliviana de una salida al mar por los territorios que históricamente fueron suyos. Al jugar aquellas cartas, el gobierno de “Juan Sin Miedo” se granjeaba el apoyo boliviano ante una eventual acometida bélica, a la par que aseguraba la recuperación de lo que ellos consideraban las provincias cautivas de Arica y Tarapacá. Básicamente, ponían a los sectores más nacionalistas de Bolivia de su lado al ofrecerles lo que consideraban que era suyo por derecho y animar el sentimiento antichileno propio de ellos, a la vez que no se ponía obstáculo para la recuperación de sus antiguos territorios. Al respecto, las palabras de Velasco en 1974 fueron decidoras:

El Perú no podría aceptar una salida al mar (para Bolivia) a través de territorios que le fueron quitados. [...] No habrá peruano que sea capaz de decir sí a eso ni tampoco al Gobierno. [...] Yo creo, en un principio, que Bolivia no aceptará. Si ocurre, en el futuro podría dar lugar a que los nietos de los gobernantes tengan alguna vez una discusión, y entonces vendría la lucha entre peruanos y bolivianos. [...] ¿Para qué Bolivia se va a meter en ese problema? Debe pedir y exigir que se le devuelvan los territorios que eran de los bolivianos. De lo que fue su territorio. [...] El Perú no debe ni puede dar una pulgada de su territorio<sup>815</sup>.

Hasta la prensa boliviana hacía eco de esta suposición. El periódico *Presencia* declaraba que la actitud peruana “viene a echar mayor leña al fuego, precisamente cuando, como no sucedía en decenios, se habla de nuevas alianzas, de bloques y de cercanas posibilidades de guerra”. “Perú no aprobará la cesión, lo cual implica por lo menos dos conclusiones”. La Primera de ellas, estimaba *Presencia*, ya había sido transmitida abiertamente por el Gobierno Peruano: el pedir una solución a través de los territorios perdidos en la Guerra del Pacífico por Bolivia y no a través de los perdidos por Perú. La segunda era la más obvia, aunque no se menciona abiertamente: “Perú no se opone por oponerse, por crearse un adversario boliviano sin necesidad alguna. Resulta claro que Perú corre un riesgo internacional simplemente porque tiene pretensiones en recuperar lo perdido hace un siglo”<sup>816</sup>. De hecho, Banzer, desde 1973, “coqueteó” con la idea del aliado peruano y sobre el pasado común:

Nosotros sufrimos la pérdida de nuestro extenso litoral y quedamos enclaustrados. Fuimos objetos de una lesión cuya gravedad, lejos de atenuarse con el tiempo, crece y encona como toda injusticia.

Esto que acabo de decir es una reflexión frente al hecho histórico, no implica resentimiento, ni rencor para el vencedor de entonces, pero es un hecho cuya vigencia se actualiza a cada instante y nos obliga a la búsqueda de una solución. Queremos que ésta sea por las vías de la negociación y el diálogo. No alentamos espíritu de revancha ni menos deseamos que nuestras palabras sean interpretadas dentro de un contexto belicista.

Los bolivianos confiamos en que el leal y noble aliado del 79, que supo arrastrar con valor y heroísmo días aciagos, será el mismo aliado justo, generoso y comprensivo, cuando nos sentemos en las mesas de las

---

<sup>815</sup> *El Mercurio*, 24 de marzo de 1974, p. 1.

<sup>816</sup> *El Mercurio*, 31 de marzo de 1974, p. 50.

negociaciones para reivindicar los derechos que nos fueron conculcados y que pesan tan duramente sobre las nuevas generaciones bolivianas<sup>817</sup>.

Las cartas estaban echadas y la mejor opción para el Perú era apelar al sentido nacionalista de los militares bolivianos y su deseo de “revancha”. De hecho, aquí nuevamente son esenciales los comentarios del embajador William P. Stedman, quien dejara importantes notas sobre las consideraciones internas del sector militar boliviano. Por ejemplo, si a un nivel diplomático las conversaciones de Charaña eran vistas como un enorme paso en el aligeramiento de las tensiones; muy en cambio, para los militares pasaba a ser una verdadera afrenta a su orgullo, y más viniendo de un militar como Banzer: “*most important for Banzer's future will be opinion of Charaña accord taken by key military officers holding troop commands; if majority of these officers eventually adopts view that restoration of diplomatic ties was a “sell-out” of Bolivia's national interests, Banzer's key base of support within military establishment would be threatened*”<sup>818</sup>. Con ello, no debe sorprendernos los dichos del General boliviano Carlos Alcoreza Melgarejo, quien diría: “para las Fuerzas Armadas continúa vigente le conflicto marítimo ‘al que no renunciaremos jamás’”<sup>819</sup>.

No obstante, esto no solo se remitía únicamente al sector castrense, sino que hasta los mismos círculos civiles veían con ojos desaprobatorios lo que ocurría con Chile y Charaña. Por ejemplo, el ex Canciller Luis Iturralde Chinel argumentaba que, al emprenderse las relaciones con Chile, “Bolivia había sido engañada, pues ayudó a Chile a salir de su aislamiento internacional, sin haber obtenido a cambio nada más que frases huecas”<sup>820</sup>. Obviamente muchos medios apoyarían los dichos del ex Canciller, uno de ellos fue *Los Tiempos* de Cochabamba al insistir que Chile “no tiene el menor interés en solucionar la mediterraneidad boliviana”. A su vez, las versiones periodísticas eran compartidas por personalidades del mundo intelectual que, de alguna manera, se hallaban ligadas al problema marítimo. Una de ellas era el ex diplomático e historiador Jorge Escobarí Cusicanqui, que afirmó allá por 1975 que aquella ocasión constituiría la octava vez que Chile “se burla de nosotros”<sup>821</sup> desde 1879.

De ahí que muchos prefirieran decantarse más por el viejo aliado peruanos que el antiguo enemigo chileno, ello según Stedman:

*Although Bolivian relations with Peru have cooled recently because of want Bolivia perceives to be leftist influence in the Peruvian military, most Bolivian military leaders tend to identify with Peru more than Chile because of ethnic affinity, common historical background, and a common and deeply rooted*

---

<sup>817</sup> *Qué Pasa*, n°120, 2 de agosto de 1973, p. 51.

<sup>818</sup> “Lo más importante para el futuro de Banzer será la opinión del acuerdo de Charaña tomado por oficiales militares clave que poseen comandos de tropas; Si la mayoría de estos oficiales finalmente adoptara la opinión de que la restauración de los lazos diplomáticos era una “venta” de los intereses nacionales de Bolivia, la base clave de apoyo de Banzer dentro del establecimiento militar se vería amenazada”. “Resumption of diplomatic relations between Bolivia and Chile”, 10 de febrero de 1975. 1975LAPAZ00993\_b. Margaret P. Grafeld Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 05 JUL 2006.

<sup>819</sup> *El Tarapacá*, 10 de enero de 1975, p. 1.

<sup>820</sup> *El Tarapacá*, 6 de julio de 1975, pp. 3-5.

<sup>821</sup> *El Tarapacá*, 18 de diciembre de 1975, p. 1.

*antipathy toward Chile. However, although Bolivia has traditionally viewed Chile as an enemy, the two governments are presently of better terms*<sup>822</sup>.

El mismo mandatario boliviano dejaba en claro que aquello ya había comenzado, incluso insinuando que el acercamiento con Chile de nada valdría en caso de un enfrentamiento:

*He said that he has evidence that Peru has attempted to influence domestic political events in Bolivia to bring about a regime more compatible with the present one in Lima. While history might suggest that Bolivia would side with Peru because they both lost in the War of the Pacific, the present ideological situation in Peru prompts Bolivia to adopt its basic policy of neutrality. President Banzer said that Peruvian president Velasco told him that Bolivia may work out an access to the sea with Chile, but it would be worthless if it included former peruvian territory because Peru intends to reconquer that area*<sup>823</sup>.

A la larga, y en caso de que el enfrentamiento se declarase, Perú contaba con el apoyo boliviano, o mas bien necesitaba de su apoyo para invadir el norte chileno, pero no un apoyo en armas por así decirlo, sino que uno logístico. De hecho, es el mismo embajador Stedman, citando las palabras de Banzer, le escribía al Departamento de Estado Norteamericano explicándole cómo Velasco pretendía usar a Bolivia:

*A Peruvian military officer now holding a high position in the GOP, when a member of the Inter-American Defense Board some years ago, had revealed to him [...] Peruvians war plans which involved use of Bolivian air space. Banzer said that the Peruvians plans include the use of airports built but not now used [...] to launch air strikes from Peru into Bolivia to pass south behind the Bolivian Cordillera and then into Chilean territory*<sup>824</sup>.

---

<sup>822</sup> “Aunque las relaciones bolivianas con Perú se han enfriado recientemente debido a que Bolivia percibe que tiene influencia izquierdista en el ejército peruano, la mayoría de los líderes militares bolivianos tienden a identificarse con Perú más que con Chile debido a su afinidad étnica, antecedentes históricos comunes y una antipatía común y profundamente arraigada hacia Chile. Sin embargo, aunque Bolivia ha visto tradicionalmente a Chile como un enemigo, actualmente los dos gobiernos están en mejores términos”. “National Intelligence Assessment: working paper on potential for conflict between Chile and Peru”.

<sup>823</sup> “Dijo que tiene evidencia de que Perú ha intentado influir en los acontecimientos políticos internos en Bolivia para lograr un régimen más compatible con el actual en Lima. Si bien la historia podría sugerir que Bolivia se alinearía con Perú porque ambos perdieron en la Guerra del Pacífico, la situación ideológica actual en Perú lleva a Bolivia a adoptar su política básica de neutralidad. El presidente Banzer dijo que el presidente peruano Velasco le dijo que Bolivia podría lograr un acceso al mar con Chile, pero que no valdría nada si incluyera el antiguo territorio peruano porque Perú tiene la intención de reconquistar esa área. “Bolivian President Banzer request USG Guarantee of Bolivian neutrality in event Peruvian/Chilean conflict”.

<sup>824</sup> “Un oficial peruano que ahora ocupa un alto cargo en el gobierno, cuando era miembro de la Junta Interamericana de Defensa hace algunos años, le había revelado [a Banzer] los planes de guerra peruanos que implicaban el uso del espacio aéreo boliviano. Banzer dijo que los planes peruanos incluyen el uso de aeropuertos construidos pero que ahora no se usan [...] para lanzar golpes aéreos del Perú hacia Bolivia para pasar al sur, detrás de la cordillera boliviana, y luego hacia territorio chileno”. Idem.

Así, tanto el Perú como Chile buscaban ganarse a Bolivia y Banzer para el futuro cercano, uno para que jugase un rol activo en las hostilidades y el otro, en cambio, para que mantuviera la neutralidad en todo momento. Por un lado, a Chile le convenía enormemente que Bolivia continuara con sus aspiraciones respecto a la mediterraneidad, incluso hasta cierto punto las alimentó, pues con ello podía frenar las aspiraciones de Velasco de recuperar las “cautivas”. Este juego diplomático “le permitía dividir la alianza militar y diplomática boliviano-peruana; despejar la hipótesis de un frente militar en el altiplano; consolidar la posesión del litoral boliviano y de la Provincia de Tarapacá y, finalmente, reforzar su posición negociadora con el Perú”<sup>825</sup>. Era esto último o, simplemente, ganar tiempo antes de que se iniciasen las hostilidades, logrando una mejor preparación; después de todo, resultaba irrisorio que Pinochet llegase a considerar el soporte boliviano en una guerra contra el Perú, más teniendo en cuenta, como hemos visto, que la mayoría del sector castrense boliviano tenía más en común con los militares nacionalistas peruanos que con los chilenos. Ello sumado a que hasta la década de los 70 aún se nos veía como aquel país expansionista, deseoso de conquista y que no se detendría hasta llegar a Lima o La Paz, y al que muchos tachaban, hasta el día de hoy, como el gran culpable de que Bolivia no alcanzara los objetivos sociales y económicos tan anhelados<sup>826</sup>. De tal forma, en caso de que los cañones y fusiles volvieran a tronar, Chile solamente podía rogar por la neutralidad boliviana y nada más, aunque ello tendría su precio.

Obviamente, por su parte, el Perú no permitiría la creación de un Estado tapón que pusiera trabas a su incursión futura, ni mucho menos aceptaría que Chile entregase una de las “cautivas” a Bolivia. En palabras de Bákula, “suponer que el Perú se había batido cuatro años con tan cruento y doloroso esfuerzo, para que Bolivia obtuviera una recompensa, resultaba una inconsecuencia”<sup>827</sup>. Arica era un punto de honor en la política y militares peruanos, simplemente no podían ver como Chile las cedía. Además, aquello interfería en sus preparativos para la guerra, pues, de crearse el famoso corredor, técnicamente no solo se estaría invadiendo el norte chileno, sino que también territorio boliviano, dándole la excusa perfecta a Chile para incluir a Bolivia entre sus aliados. Por ello, resultaba mucho más cómodo el que Bolivia solicitase sus antiguos territorios, cuestión que Perú impulsó apelando a los sectores más nacionalistas. En resumidas cuentas, haciendo esto último, Velasco podía ganarse un aliado con potencial apoyo logístico y militar (aunque esto en menor medida a causa de la debilidad boliviana) y, en caso de recuperar Arica, Tarapacá y los territorios de Antofagasta, establecer un freno a las pretensiones chilenas de recuperar lo perdido al cederle este último territorio a Bolivia. En pocas palabras, lo que Velasco pretendía era un HV2, o en el mejor de los casos un HV3, contra Chile y restablecer el escenario geográfico a como era antes de la Guerra del Pacífico en 1879; después de todo, no por nada los industriales peruanos decían del General Velasco, “no solo era cojo sino loco”<sup>828</sup>.

\*\*\*

---

<sup>825</sup> Gustavo FERNÁNDEZ SAAVEDRA: “Una Mirada a las Relaciones Bolivia-Chile-Perú”, p. 168.

<sup>826</sup> Para más información al respecto y cómo el mito de la mediterraneidad ha sido enseñado en Bolivia, véase Raúl Antonio BUSTOS GONZÁLEZ: “Discurso histórico, mitos y enseñanza de la Historia. El caso de las Relaciones de Chile, con Bolivia y Perú”, en *REXE: Revista de Estudios y Experiencias en Educación*, Vol. 12, n°23, 2013, pp. 145-156.

<sup>827</sup> Juan Miguel BÁKULA: *Perú, entre la realidad y la utopía: 180 años de política exterior*, Vol. 1, Fondo de Cultura Económica, Lima, 2002, p. 531.

<sup>828</sup> Ramiro PRUDENCIO LIZÓN: “El problema marítimo boliviano”, p. 42.

## CAPÍTULO V: EL EJÉRCITO DE LOS CHILENOS

*De todas las causas que conspiran para cegar  
El juicio erróneo del hombre y desviar la mente;  
Lo que gobierna la cabeza débil con el sesgo más fuerte  
Es el orgullo, el vicio interminable de los necios.  
(Alexander Pope, *Ensayo sobre la Crítica*)*

“Siempre vencedor, jamás vencido”, aquella es la vieja arenga que los militares chilenos vienen escuchando desde que se enlistan en las filas, desde que juran ante el pabellón patrio y que, inevitablemente, se ha plasmado en los libros de historia a lo largo de los años. Los triunfos militares de Tucapel, de Chacabuco, de Yungay y de Arica serían la prueba fehaciente e irrefutable de aquella capacidad inherente en el chileno de valérselas en la lid, de saber afrontar, a pecho descubierto, los rigores de la guerra. Algunos han intentado encontrar una respuesta netamente biológica a estos hechos, y qué mejor que Nicolás Palacios para ejemplificarlo. Según el médico y político colchaguino, el ánimo colérico, orgulloso y valiente del soldado chileno; quien sabría mostrarse honorable en la victoria, más no cobarde en la batalla, respondería a los linajes que se aunaban en sus venas:

Ciertamente éramos una raza aparte, digna de respeto por la nobleza de su sangre, un pueblo llamado a grandes destinos por las virtudes y el heroísmo de sus progenitores.

El padre de la raza [...] era el conquistador godo, de filiación germana y sicología varonil o patriarcal, diametralmente opuesta a la latina, descendiente de aquellos bárbaros rubios y guerreros que en sus migraciones por Europa destruyeron el imperio romano de Occidente, y más tarde invadieron la España, de donde partieron a la conquista de Chile.

La madre de la raza era la araucana, hija de la tierra como la flor del copihue y botín preciado del conquistador [...] en aquella lucha secular y homérica en la cual el araucano defendió sus lares y sus tierras hasta morir en la contienda. ‘Y de la conjunción del elemento masculino del vencedor con el femenino del vencido, nació la raza chilena, mestiza, como deben haber nacido todos los grandes grupos humanos llamados razas históricas’.

[...] Y así pudo explicarse también muchos rasgos de la sicología del chileno, su energía moral, su carencia de maneras cortesanas que le impiden ser sonriente y zalamero, siendo por el contrario arisco y fiero; sus aptitudes militares y su genio belicoso, herencia ancestral de sus mayores, el godo y el araucano que en viril contienda esmaltaron nuestra historia de grandes hechos memorables y episodios heroicos cantados por la poesía épica<sup>829</sup>.

Aquella era una de las explicaciones que testigos de la época esgrimían como posible causa de aquel ánimo de los chilenos y que se manifestaba en sus fuerzas armadas, y las que,

---

<sup>829</sup> Nicolás PALACIOS: *Raza Chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*, Tomo I, Editorial chilena, Santiago, 1818, pp. 22-23.

a su vez, le habrían dado la victoria a Chile en la Guerra del Pacífico. Otros, en cambio, vieron en la victoria la consecuencia del éxito del proyecto nacional y la organización interna. Un orden inicial, la claridad geopolítica, el sentido de la justicia y el apego al derecho, lo que se traducían en una mejor y más ordenada conducción del conflicto, serían los elementos que explican la victoria sobre dos países territorial y poblacionalmente más grandes, esto último también añadía una importante cuota de heroicidad al relato y genera, en el imaginario, la recurrente analogía con el triunfo<sup>830</sup>. Y es que:

La racionalidad que se manifiesta en el espíritu de equilibrio y moderación se combina [...] con el aprecio del valor guerrero. Según palabras de Manuel Salas, el pueblo chileno se caracterizaba por un especial valor heroico que tenía su origen en la prolongada guerra entre los españoles y araucanos. [...] Los chilenos tenían cierta conciencia de que [...] Chile había sido una tierra de guerra<sup>831</sup>.

Pero ni uno ni lo otro son parte de la realidad. En primera instancia, aquellos que quisieron ver en el soldado chileno el prototipo de una “raza guerrera” han sido completamente refutados por la misma ciencia; primeramente por ser una idea que rebozaba extravagancia, pero que carecía de toda rigurosidad o asidero científico, quedándose solo con la idea de un linaje dedicado a las labores de Marte, si es que alguna vez existió algo así. Jamás hubo un elemento gótico en los conquistadores llegados a Chile, por más que el autor se esfuerce en establecer vínculos lingüísticos<sup>832</sup>. De hecho, en palabras del historiador Leonardo Mazzei, pareciera que la obra de Palacios y aquellos que buscaban una supuesta superioridad militar chilena a través del racismo, no era más que un justificativo para lanzar su virulencia hacia los grupos de emigrantes que llegaban a Chile en los primeros años del siglo XX, especialmente italianos<sup>833</sup>.

Por otro lado, la supuesta superioridad de Chile sobre las naciones “incivilizadas y bárbaras”, que se traducían en una mejor organización militar, no era más que otra explicación bastante alejada de la realidad para la victoria, pues, como diría Wilhelm Ekdahl, “Esta guerra podría ser llamada *la guerra de las improvisaciones, de los pequeños ejércitos, de las grandes distancias y de los largos plazos*”<sup>834</sup>. Pero qué mejor que un mismo testigo, alguien que derramó sangre en el norte, para ejemplificarlo:

Cada vez que doi una mirada retrospectiva, remontando mi espíritu hacia la guerra del Pacífico, mi corazón i mi alma se impregnan de sombrío dolor [...] los errores, barbaridades i desaciertos cometidos en la dirección de la

---

<sup>830</sup> Daniel PARODI: “Victoria o Fracaso: La Guerra del Pacífico y la Autorrepresentación Contemporánea de Chile”, en *Diálogo Andino*, n°57. 2018, p. 127.

<sup>831</sup> Ricardo KREBS: “Orígenes de la conciencia nacional chilena”, en Gabriel CID; Alejandro SAN FRANCISCO (eds.): *Nación y Nacionalismo en Chile. Siglo XIX*, Tomo I, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2009, p. 12.

<sup>832</sup> Para ello basta con ver las cifras entregadas por Sergio Villalobos. Véase en Sergio VILLALOBOS: *Historia del Pueblo Chileno*, Tomo I, Zig-Zag, Santiago, 1983, pp. 136-140.

<sup>833</sup> Leonardo MAZZEI DE GRACIA: “El Discurso Antiinmigracionista en Nicolás Palacios”, en *Atenea*, n°470, 1994, pp. 40-41.

<sup>834</sup> Wilhelm EKDAHL: *Historia militar de la guerra del Pacífico entre Chile, Perú i Bolivia (1879-1883). Tomo I, Orígenes de la guerra. Campaña Naval. Conquista de Tarapacá*, Sociedad Imprenta i Litográfica Universo, Santiago, 1917, p. 3.

guerra, fueron de tanto bulto i magnitud, de tanta tosquedad i... ¿por qué no decirlo francamente?, revestidos de tanta torpeza, que, muchas veces, dejeneraron hasta en lo absurdo i criminal!”<sup>835</sup>.

En efecto, el conflicto tuvo que ser enfrentado de manera improvisada porque simplemente no existía un plan de guerra, entendiéndose por ello el conjunto de previsiones encaminadas a impulsar y dirigir la capacidad militar del país hacia la victoria en caso de desatarse algún conflicto. Y no había un plan de guerra porque los dirigentes políticos de la época se negaban a aceptar siquiera la posibilidad de un enfrentamiento bélico internacional, ello y porque la organización militar del país era, a falta de mejor palabra, deficiente. Ni siquiera existía un Estado Mayor General de carácter permanente<sup>836</sup>, ello bajo la Constitución de 1883:

Jamás habíamos tenido Estado Mayor de Ejército, sino *Estado Mayor de Plaza*, que era como la negación de aquél y comprendía a los edecanes del Presidente, a los gobernadores, sargentos mayores y ayudantes de las plazas fuertes, y a los ayudantes de las comandancias de armas, puestos que consideraban los mas meritorios del Ejército. [...] Y esta desidia gubernativa, para no hacer del Ejército en la pasa un órgano eficiente para la guerra, se comprende menos si pensamos que nuestro probable enemigo desde algunos años, el Perú, contaba con su servicio de Estado Mayor organizado sobre las bases de un Reglamento muy superior al nuestro, dictado en 1856. [...] Mientras tanto, ¿qué aconteció en nuestro campamento de Antotagáista [*sic*] antes de iniciarse las operaciones? Se había suprimido casi por inútil el Estado Mayor y los jefes rehuían el puesto de jefe de este servicio por no tener una actividad delimitada i conocida, llegando mas de un General en Jefe a considerar tal nombramiento como inútil<sup>837</sup>.

La cuestión respecto a la oficialidad no pintaba mejor, pues en 1876 la Escuela Militar, formadora de aquellos hombres encargados de dirigir a los demás, había sido disuelta. Ello conllevó a que, una vez iniciado el conflicto, el Ministerio de Guerra se viese obligado “a extender nombramientos de oficiales subalternos en favor de jóvenes civiles, llenos de patriotismo y valor, pero sin la preparación militar indispensable”<sup>838</sup>. Chile tan solo tenía 400 oficiales, muy por debajo de los 2.680 del Perú. ¿La razón de todo aquello? Porque, según Belisario Prats, con ello se podría “llegar a obtener una disminución considerable en los gastos que demande anualmente su sostenimiento”<sup>839</sup>. La supuesta superioridad militar, obtenida únicamente a través de la experiencia, no era más que un mito.

El ejército chileno solo estaba acostumbrado a las labores que exigía la llamada “Pacificación de la Frontera”, y todo su accionar se desenvolvía por medio de pequeñas

---

<sup>835</sup> Lorenzo MONSALVE: *Algo Sobre la Guerra del Pacífico*, La Enseñanza, Concepción, 1907, pp. 3-5.

<sup>836</sup> Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *El Ejército de los chilenos 1540-1920*, Editorial biblioteca Americana, Santiago, 2007, p. 179.

<sup>837</sup> Rafael POBLETE: “El servicio del Estado Mayor durante la Guerra del Pacífico”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIV, 1919, pp. 81-83.

<sup>838</sup> AA. VV.: *Historia del Ejército de Chile. Tomo V. El Ejército en la Guerra del Pacífico, Ocupación de Antofagasta y Campaña de Tarapacá 1879*, Estado Mayor General del Ejército, Santiago, 1981, p. 45.

<sup>839</sup> MINISTERIO DE GUERRA DE LA REPÚBLICA DE CHILE: *Memoria de Guerra y Marina presentada al Congreso Nacional de 1878*, Imprenta Nacional, Santiago, 1878, p. XIII.

agrupaciones, dispersas en los múltiples sitios que era preciso resguardar. La naturaleza misma del conflicto no exigía algo más allá de ello, un proceso de colonización progresiva que permitiera integrar a los habitantes allende el Biobío al Estado chileno que implicaba un tipo de combate, cuando lo había, muy primitivo. No había espacio para la innovación militar, ni mucho menos para el despliegue de las grandes formaciones de armas combinadas, y su accionar, más que tomar las lecciones de la reciente Guerra Franco-Prusiana, se acercaba más a las razzias propias de la Conquista<sup>840</sup>.

El presupuesto de Ejército y Armada tampoco era el mejor, pues habían sido los primeros en sufrir las consecuencias del decaimiento de la economía chilena, y, en efecto, en la ley de presupuestos para 1878 se redujo la cuota para el Ministerio de Guerra de 1.549.070 pesos a 740.000, o sea, menos de la mitad. Esto conllevó a que el Ejecutivo debiera poner en receso 23 batallones, 6 brigadas y 2 compañías, dejando solamente en servicio activo a los cuerpos que guarnecían la costa y la frontera sur. Y en semejante situación no tenía cabida pensar en nuevas adquisiciones de materiales y elementos de guerra, a lo sumo, y con mucha suerte, solo podía aspirarse a conservar lo poco existente. Lo curioso de todo esto también era que, dependiendo en qué lugar uno se encontrase, ya sea en la zona central o la frontera, el armamento podía variar enormemente, incluso dentro de los mismos batallones la cuestión era bastante diversa. Así lo hace ver Luis González, ejemplificando con los Batallones de los Ángeles y el de Melipulli<sup>841</sup>.

Entonces se podría argumentar que fue el valor propio de los soldados chilenos los que nos concedió la victoria, pero, valientes o no, el gran triunfo de Chile en la Guerra del Pacífico no fue más que mera improvisación, aunque vale decir que hasta para eso es menester contar con cierta habilidad.

Y es que el término “soldado profesional” era prácticamente desconocido, pues al menos 95% del ejército expedicionario se componía de paisanos sin instrucción, que si bien podían proveer a las filas con entusiasmo, valor y patriotismo, ello se hacía en desmedro de la disciplina y la experiencia. Al iniciar el conflicto el servicio militar era casi inexistente y diversas eran las razones. En primer lugar, estaba el sentimiento americanista que imperó en el continente tras la guerra contra España, cuestión que hacía creer que una nueva guerra entre países vecinos era cosa casi imposible; en segundo, y quizás más obvio, era los motivos que aludían a la economía fiscal; y, finalmente, no había existido en Chile, ni en el continente en general, el concepto europeo de guerra total, sino una de carácter bastante limitada. De hecho, en este último aspecto la Guerra del Pacífico sentó un precedente.<sup>842</sup>

La dirección política de la guerra no iba mejor encaminada, pues la injerencia civil rebasó por mucho la determinación de los objetivos y la organización del Ejército expedicionario. Funciones competentes únicamente al Alto Mando, como lo era la doctrina y la conducción misma de la fuerza no recayó propiamente tal sobre militares, pues se tenía la idea de que aquellos eran “hombres viejos, acostumbrados a otra realidad y, por ello, demasiado conservadores en sus concepciones”<sup>843</sup>. De tal manera que, un 11 de junio de 1879, el presidente Pinto puso a las Fuerzas Armadas bajo la supervisión directa de Rafael

---

<sup>840</sup> Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 181.

<sup>841</sup> Luis GONZÁLEZ: “Esposición sobre el estado del Ejército Chileno al iniciarse la Guerra del Pacífico”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XVI, 1921, pp. 183-188.

<sup>842</sup> Valentina VERBAL STOCKMEYER: “El ejército de Chile en vísperas de la Guerra del Pacífico. Una aproximación a su Influencia Francesa (1866-1879)”, en *RUHM*, Vol.3, n°5, 2014, pp. 106-107.

<sup>843</sup> Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 187.

Sotomayor, abogado sin experiencia militar, pero que con el tiempo se granjearía el respeto de los círculos castrenses.

Pero aquella no fue la única interferencia política en la dirección misma de la guerra. El Congreso también se creyó con autoridad y atribuciones en aquel campo, entendiendo que las decisiones emanadas desde La Moneda debían estar supeditadas al sentir de la opinión pública, expresada, obviamente, por el Parlamento. Aquella creencia motivaría fuertes interpelaciones a los ministros sobre asuntos propiamente militares, difícilmente posibles de contestar, nos dice Patricia Arancibia Clavel, sin llegar a comprometer el secreto de las operaciones militares<sup>844</sup>. El Senado llegó a discutir ásperamente el derecho del primer mandatario para emitir a los mandos superiores instrucciones que solo iban refrendadas por el ministro del ramo; sin embargo, ello no implicó que la política interna del país se viera afectada por las condiciones del conflicto, al punto que las elecciones presidenciales de 1881 se pudieron llevar a cabo con suma normalidad.

La duración misma del conflicto dejó en evidencia aquella falta de organización interna, pues fueron seis los meses de inactividad los que separaron la Toma de Arica de la Campaña de Lima. Aunque no corresponde achacar del todo la culpabilidad a la capacidad militar chilena, pues la indecisión política se debía más al hecho de depositar las esperanzas en las gestiones diplomáticas destinadas al fracaso desde un inicio. Bien decía Mario Barros, “Como episodio internacional, las conferencias de Arica fueron una comedia. Perú concurrió engañado por Adams, y Bolivia empujada por el Perú. Los dos delegados chilenos sólo asistieron por deferencia al presidente Pinto, sin fe en la reunión y resueltos de antemano a no transigir en nada”<sup>845</sup>. Aquello, a la par de demostrar la ineficacia de la diplomacia cuando el espíritu combativo del enemigo aún se hallaba alto, no sirvió absolutamente para nada, salvo para fijar posiciones: los chilenos comprendieron que no quedaba otra alternativa que la militar, el avanzar raudos hacia la capital peruana cuanto antes, mientras que Perú y Bolivia concluyeron que, si no querían perder todos los territorios al sur del río Sama, tenían que ganar la guerra o pelear hasta morir. Muchos veteranos resentirían esta última opción, especialmente con lo duro y penosa que fue la campaña de la Sierra y lo mucho que tardó en llegar la paz.

Al finalizar la Campaña de Lima, el gobierno fue disminuyendo las cargas de la guerra, reduciendo en gran medida las plazas permanentes del Ejército a lo estrictamente necesario. El reclutamiento cesó casi por completo, mientras que la desmovilización fue progresiva, ello a causa de los nuevos territorios integrados que obligaron a mantener guarniciones numerosas a fin de mantener la tranquilidad y seguridad. Acabado el conflicto, el ejército se disolvió en su mayoría y las rimbombantes filas de hombres que marcharon al norte al son de tambores y cornetas, ahora volvían en el más ominoso silencio. Aquellos que sangraron en el Norte, que debieron suplir la falta de planificación y la escasa disciplina con valor y algo de ingenio, poco o ningún honor recibieron. Solo 7.542 hombres quedaron entre las filas, una dotación mínima considerando las labores asignadas.

Muy pocos de los veteranos quedaron conformando los cuadros militares; después de todo, y citando a Arturo Sepúlveda Rojas, “Las victorias de nuestros abuelos se pueden aquilatar mejor si consideramos que los oficiales que ingresaron a las filas del Ejército expedicionario fueron civiles movilizadas que cerraron las puertas de sus negocios, profesionales que abandonaron sus tareas de docentes, estudiantes universitarios, hombres

---

<sup>844</sup> Ibidem, p. 189.

<sup>845</sup> Mario BARROS VAN BUREN: *Op. Cit.*, p. 399.

de diferentes oficios que dejaron sus empleos y los más jóvenes, aquellos que interrumpieron sus clases humanísticas, como el subteniente Luis Cruz Martínez. Soldados fueron el minero, el pescador, el campesino y el obrero; improvisados todos y que tuvieron como único aval castrense su patriotismo sin límites”<sup>846</sup>. Y es que, ¿cómo podía ser de otra forma? Más cuando la élite dirigente esgrimía discursos patrioteros aludiendo al ejemplo de Prat y el sacrificio de los 77 héroes de La Concepción; se habló de derramar sangre por la patria, a defenderla con uñas y dientes frente a los enemigos provenientes del norte; sin embargo, jamás se habló de premios y recompensas.

Y es que ya no había una mayor obligación con ellos, ya que en estricto rigor no eran soldados, solo voluntarios, pescadores, mineros y campesinos que se enrolaron bajo una promesa o a punta de fusil. Bien decían los mismos veteranos: ‘Mui poco tiempo ha bastado para que la más fría de las realidades haya venido a demostrarnos que todo ese bello miraje no pasó de ser un prodigioso efecto de la óptica preparado para alucinar a nuestros valerosos “rotos”, i por otra parte para acallar los legítimos arranques de indignación que nacen i se robustecen en presencia de las negras ingratitudes del gobierno’<sup>847</sup>. La famosa generación del 79 envejeció esperando la supuesta recompensa que jamás llegó, y dejó en evidencia que la supuesta superioridad militar chilena no era más que una simple y llana mentira. No había nada más que razón en las palabras que Alberto Blest Gana pronunciaba desde Francia:

Desde el principio me parecía insensato y aun criminal ese clamor que pedía victorias instantáneas al Gobierno. ¡Por aquí quieren guerra barata, a la prusiana!, me dice V. Lo uno y lo otro son incompatibles para cualquier persona de buen sentido. Un país que sistemáticamente ha negado al Gobierno los recursos más esenciales para armarse y apertrecharse; que ha querido llevar su economía hasta vender sus mejores buques que por cierto no se hicieron en un día como puedo asegurarlo yo que contraté y vigilé su construcción, ese país no tiene derecho a pedir victorias a la prusiana<sup>848</sup>.

Así, fuera de todo misticismo biológico, racial o siquiera superioridad moral, la Guerra del Pacífico se ganó más gracias a la astucia y capacidad de adaptación de pobres diablos que, por patriotismo o simple obligación, debieron vérselas cara a cara con peruanos y bolivianos; sin embargo, aquello no era lo deseable, más cuando la vida de cientos, sino de miles, se hallaba en juego, cuando el futuro del Estado mismo pendía de un hilo. Echar todo a su suerte y dejar que todo se decidiera con una bizarra carga de bayoneta y corvo no era lo más sabio, menos cuando las postrimerías del siglo XIX probarían que el ingenio humano para aniquilarse mutuamente podía ir, increíblemente, muchísimo más lejos. Bien decía Valentina Verbal: “Todavía el Ejército de Chile era francés”<sup>849</sup>.

Misma apreciación, al parecer, tuvieron los oficiales y veteranos del conflicto; después de todo, muy rara vez en la historia se ha visto que sea el ejército vencedor el que emprenda las reformas en sus filas. Y es que lo común, al menos así lo ha señalado la historia

---

<sup>846</sup> Arturo SEPÚLVEDA ROJAS: *Así vivieron y vencieron 1879-1884*, Imprenta Esparza y Cía, Santiago, 1980, p. 188.

<sup>847</sup> Citado por Carlos MÉNDEZ NOTARI: *Héroes del Silencio. Los Veteranos de la Guerra del Pacífico (1884-1924)*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2009, p. 32.

<sup>848</sup> Citado por Fernando RUZ T.: *Rafael Sotomayor Baeza, el organizador de la victoria*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1980, p. 177.

<sup>849</sup> Valentina VERBAL STOCKMEYER: *Op. Cit.*, p. 116.

misma, era que aquel ejército vencedor, y apoyándose en la victoria, descuidaba su preparación militar al creer que los métodos que los habían llevado al triunfo debían ser necesariamente los mejores, resistiéndose a introducir modificaciones o dejando de lado cualquier intento de modernización; sin embargo, en el ejército chileno no es que existiera un “método” propiamente tal, al menos que consideremos la carga a bayoneta y el patriotismo que rozase el fanatismo como un método aplicable a la guerra.

Las armas del vencedor tendían a sacralizarse, con la estrategia y la táctica pasaba lo mismo. Pero, al igual que con lo anterior, difícilmente se podía seguir confiando en la mera improvisación, incluso por lo más efectiva que fuese. Ya era casi imposible alcanzar victorias militares únicamente contando con el valor de los hombres. La guerra había cambiado drásticamente desde que se silenciaron los fusiles en el norte, y bajo aquella premisa se iniciaría una reforma de tal envergadura que, como bien lo decía la historiadora Patricia Arancibia, perdura hasta nuestros días.

De partida, no es que los altos mandos, al evaluar la reciente conflagración, pudieran encontrar lecciones útiles; es más, se mostraron muy críticos frente a la evidente improvisación. Incluso ya en 1885, en la *Revista Militar*, se sostenía que ‘la guerra que empezó en 1879 nos sorprendió sin preparación alguna’. En *El Ensayo Militar* se afirmaba crudamente que ‘lastimoso es, en verdad, el atraso en que nos encontramos’<sup>850</sup>. Si bien se reconocía el valor de las tropas, se estimaba que aquello no bastaría para asegurar el éxito en el futuro. Por ello mismo, modernizar el instrumento militar se convirtió en una necesidad y prioridad, aquella misma apreciación tuvo el Presidente Domingo Santa María, impulsado por el Almirante Patricio Lynch y el General Emilio Sotomayor. Se debía reorganizar el Ejército y mejorar la instrucción de la oficialidad.

Existía pleno acuerdo en que la mejor fórmula para impulsar el objetivo de elevar la capacidad profesional del Ejército era contratar instructores europeos. Una vía era acentuar el modelo francés, que hasta el momento era lo imperante entre las filas, pero había dos factores que jugaban en contra: por una parte, estaba la fulminante derrota en la Guerra Franco-Prusiana de 1870 y, durante la Guerra del Pacífico, Francia había mostrado sus simpatías por la causa peruana. El Imperio Alemán, en cambio, se mostraba como un maestro mucho más adecuado, y es que el mundo militar, en palabras de Arancibia Clavel, había quedado encandilado con los triunfos alcanzados por el jefe del Estado Mayor, mariscal Helmuth von Moltke; y el canciller, Otto von Bismarck, había mantenido una actitud de neutralidad hacia el conflicto de 1879.

Alemania, sobre su excelencia militar, se alzaba como potencia emergente en Europa, más después de consolidar su unificación en la lid tras derrotar a Dinamarca, al Imperio Austro-Húngaro y a Francia. Estos resultados se habían logrado en virtud de una organización superior del instrumento bélico y a la minuciosa planificación de la guerra. El mismo Manuel Bulnes, en *Revista Militar*, afirmaba: ‘El ejército alemán [...] el más perfeccionado elemento de guerra que existe, probó al mundo en su famosa campaña contra Francia, y que la dirección de la guerra estaba también sujeta a operaciones y cálculos de precisión matemática’<sup>851</sup>. ‘Imitemos a la Prusia, era, por ejemplo, el llamado que hacía el teniente A. Berguño, que pese a ser un ejército triunfal, no había permanecido en la indolencia e impasibilidad, sino que seguía perfeccionando su maquinaria militar. ‘Tengamos presente [...] que la guerra no es un oficio como lo fue en los primitivos tiempos,

---

<sup>850</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 201.

<sup>851</sup> *Ibidem*, p. 203.

ni un arte propiamente dicho, sino una ciencia positiva con sus principios fundamentales inmutables<sup>852</sup>.

A consecuencia de ello, el Presidente Santa María comisionó su ministro plenipotenciario en Berlín, Guillermo Matta, para que contratara a un militar prusiano como instructor de la fuerza terrestre. Las primeras tentativas habían fracasado, pues como primera opción se manejaba el traer a un oficial de apellido Halder; sin embargo, por propia iniciativa de Moltke y el entusiasmo del Emperador, levantado por la victoria chilena y la posibilidad de extender la influencia prusiana al continente americano, las negociaciones se concentraron en el oficial de artillería Emil Körner, quien por el momento se desempeñaba como profesor de táctica e historia militar en la Escuela de Artillería de Berlín-Charlottenburg. En 1885 todo había quedado acordado: un contrato por un período de cinco años y la posibilidad del ingreso del oficial prusiano al Alto Mando Chileno.

Pero las impresiones que se llevó el veterano prusiano distaban de ser las mejores:

El Ejército regular resaltaba, a diferencia de la guardia nacional, por su presencia marcial, una disciplina de hierro, como también por un alto amor propio y por un justo orgullo por hechos de armas producto de la campaña contra Perú y Bolivia. Pero en el terreno de la preparación militar estaba al nivel de los reglamentos napoleónicos y de la práctica de *aristas de la forma*, cuyos efectos teatrales nada tenían de práctico. La tropa realizaba los más difíciles pasos de formación de línea a la de columnas y de cuadros y viceversa, desperdiciaba gran cantidad de parque para el entrenamiento de la población civil, desarrollaba fantásticos bailes con bayonetas en forma impecable, marchaba en la procesión de la patrona del Ejército, *Nuestra Señora del Carmen*, y sobresalía por su saludo tradicional de *¡rindan armas!* Pero desconocía las formas de combate, prácticas de campo, tiro y lucha con bayoneta; tampoco conocía la clase teórica sobre el efecto de sus armas, ni marchas ni ejercicios de combate<sup>853</sup>.

Sin embargo, la peor crítica era la referente a la composición misma del ejército, al que tachó como “ejército de mercenarios de la peor clase”. Lejos de ser una amalgama de todos los estratos de la sociedad chilena, era más una institución donde se concentraban los de la peor calaña, de los que no tenían capacidad o vocación para otra ocupación. Pero lo que más le asombraban eran los vicios, especialmente el juego, la bebida y la “camaradería” o, dicho de otra forma, el hecho de que soldados estuviesen amancebados. Körner decía que, por ello mismo, “Soldados y escoria eran considerados la misma cosa, llegando al punto que las muchachas que tenían amistad con soldados, eran conceptuadas como pérdidas”<sup>854</sup>. El escenario entre la oficialidad no era mucho mejor, pues, al venir de la tropa, compartían sus mismos vicios: “la única diferencia entre éstos y sus subordinados consistía en el grado que

---

<sup>852</sup> Enrique BRAHM GARCÍA: “Del soldado romántico al soldado profesional. Revolución en el pensamiento militar chileno. 1885-1840”, en *HISTORIA*, Vol. 25, 1990, p. 7.

<sup>853</sup> Emil KÖRNER: *Die historiesche Entwicklung der chilenischen Wehrkraft*. Citado por Patricio QUIROGA; Carlos MALDONADO: *El Prusianismo en las Fuerzas Armadas Chilenas. Un estudio histórico 1885-1945*, Ediciones Documentas, Chile, 1988, p. 190.

<sup>854</sup> Idem.

se les había concedido, y cuyos privilegios podían ser mantenidos en tales condiciones solamente por caracteres muy firmes”<sup>855</sup>.

Bien podría considerarse que las críticas esgrimidas por Körner estaban cargadas para así elevar su posterior intervención, pero cuando el mismo Ministerio de Guerra consideraba que las fuerzas chilenas debían reformarse, la cuestión parecía seria: ‘Tenemos hoy un cuerpo de oficiales que, en su mayoría, se han distinguido por su valor y entusiasmo, pero que necesitan completar su educación militar con conocimientos que les permitan sacar mayor partido de sus otras cualidades’<sup>856</sup>. Ya en 1886 se señalaba:

Desde luego, la circunstancia de haber entrado al cuerpo de oficiales, con ocasión de la guerra, individuos que no tenían preparación militar alguna, aconseja completar los conocimientos prácticos que la campaña ha dado a esos jóvenes, con las nociones científicas profesionales que ahora son indispensables en la carrera de armas. / Por otra parte, no se concibe hoy la existencia de un ejército regularmente organizado, sin que cuente con un cuerpo de oficiales que, de una manera permanente, esté consagrado al estudio de los progresos del arte militar i de los nuevos armamentos i a su adaptación a nuestras necesidades y modo de ser<sup>857</sup>.

Las causas de todos estos males, estimaba el oficial germano, radicaban en la pobre calidad del servicio militar, o en la carencia del mismo, en las altas tasas de desertiones y, quizás lo principal según sus estimaciones, la calidad moral de la tropa, la cual, además, se hallaba literalmente desparramada a lo largo del país. De hecho, hacia 1890 el inspector general del Ejército hacía ver que la fuerza se hallaba dispersa por “78 ciudades, plazas o puestos militares, sin contar con las guarniciones pequeñas que sirven los fuertes de Valparaíso, separadas de la Plana Mayor del batallón de Artillería de Costa”. Unas cuantas líneas después, el inspector sostenía: “En mi Memoria anterior patentizaba a ese Ministerio cómo el Ejército permanente era ya escaso para cumplir las infinitas obligaciones que su propio estudio i disciplina le exige i el servicio público jeneral le demanda”<sup>858</sup>. Entre estas obligaciones estaban las de ejercer como policía, cuestión que, según decían, no estaba acorde a su rango.

Ante aquel escenario, lo primero que tuvo en miras Körner fue la ilustración de la oficialidad, cuestión que halló su momento preciso, dado que desde los mismos oficiales salían voces que clamaban que era necesario “reformar absurdas y viejas prácticas, de sustituirlas con otras más en armonía con el espíritu moderno, de devolver a España sus vetustas leyes y reemplazarlas con otras de más adelantado criterio”<sup>859</sup>, al menos así se dejaba ver en la *Revista Militar*. Desde aquel entonces, el énfasis recayó en incentivar los estudios y formación general del personal, así como la preocupación de los militares por ponerse al día y perfeccionar científicamente a sus profesores. A la par de ello iba la publicación de revistas militares, fruto de la iniciativa de oficiales. Las principales fueron

---

<sup>855</sup> Ibidem, p. 191.

<sup>856</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 206.

<sup>857</sup> MINISTERIO DE GUERRA DE LA REPÚBLICA DE CHILE: *Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1886*, Imprenta Nacional, Santiago, 1886, p. XVIII.

<sup>858</sup> MINISTERIO DE GUERRA DE LA REPÚBLICA DE CHILE: *Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1890*, Imprenta Nacional, Santiago, 1890, p. 11

<sup>859</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 211.

*Revista Militar de Chile* (1885) y *El Ensayo Militar* (1888). Esto en gran parte de dio a causa de que en Europa ya se venía implementando algo similar, los ejércitos europeos ‘han creado periódicos para consignar en ellos sus adelantos, para mostrar sus esfuerzos en interés de la ciencia y que deben servirnos de modelos para que tratemos de marchar a la par en la senda del perfeccionamiento’<sup>860</sup>. Esto último también implicó cierta ilustración de los oficiales en cuanto idiomas.

Esta reforma en los rangos más altos del Ejército implicó que los nuevos oficiales recibiesen una educación similar a la que se impartía en el Instituto Nacional, incluso sin cerrar la posibilidad de que continuasen sus estudios superiores. El mismo Körner estimaba necesario profundizar y aumentar las materias militares, siempre que éstas no fueran en desmedro de las otras asignaturas como matemáticas, geodesia, química orgánica, armamento, balística, fortificación, cartografía militar, etc. Al parecer, aquello rindió sus frutos, por inesperado que parezca, pues él mismo decía: “Los cadetes, casi todos gente joven con rápida capacidad de síntesis, claro entendimiento de la importancia de las ciencias militares, de una memoria extraordinariamente buena, en parte curiosos y en parte ávidos de conocimientos que les traía el instructor, tomaron tal interés por la clase, que el primer examen produjo resultados sorprendentemente buenos”<sup>861</sup>. En 1886 se crearía la Academia de Guerra bajo la consigna del conde Schlieffen: “Ser, más que parecer”, y en cuyas aulas el Comandante Jorge Boonen Rivera y el mismo Körner serían los principales docentes. Un año más tarde se fundaría la Escuela de Clases del Ejército.

Obviamente no todo podía ser color de rosa, nunca lo es, por lo que al presentarse la transformación de una institución tan tradicional como lo es el Ejército, y además vencedora, muchas otras voces salieron en defensa de los antiguos modos, generando resistencia a la labor reformadora del prusiano. Muchos oficiales cercanos a Balmaceda encabezaron esta lucha, destacándose más Luis Arteaga y José Francisco Gana, ambos formados en Francia, específicamente en Metz. Obviamente el orgullo del vencedor seguía primando; de hecho, parecería que con posteridad nunca se iría. A ello se le agregó la interrupción en las reformas que supuso la Guerra Civil de 1891, conflicto en que Boonen y Körner se decantarían por el bando Congresista; de hecho, en esto último, Alberto Edwards dejaría entrever el tradicionalismo del Ejército:

La revolución de 1891 no fué más popular que la de 1859. Tampoco lucharon en ella, precisamente la usurpación y la legitimidad, sino dos formas divergentes del último principio. La Marina, de formación europea y británica, empapada en el espíritu del constitucionalismo burgués del siglo XIX, y en íntimo contacto con los círculos oligárquicos monttavaristas o radicales, acompañó al Congreso; el Ejército, más criollo y tradicionalista, más fiel al espíritu de obediencia pasiva al Jefe visible del Estado, más español y monárquico, en una palabra, acompañó, no a Balmaceda, sino al Presidente de la República<sup>862</sup>.

Al finalizar la conflagración, los elementos “no deseados” dentro de las filas fueron despedidos. Cuando esta reestructuración tenía lugar, el Ejército ya estaba siendo conducido

---

<sup>860</sup> Citado por Enrique BRAHM GARCÍA: “Del soldado romántico al soldado profesional”, p. 8.

<sup>861</sup> Emil KÖRNER: *Op. Cit.*, p. 193.

<sup>862</sup> Alberto EDWARDS: *La Fronda Aristocrática en Chile*, Imprenta Nacional, Santiago, 1928, p. 185.

por Körner, pues desde 1891 ostentaba la jefatura del Estado Mayor General, incluso ahora contaba con atribuciones que hasta ese momento le correspondían a la inspección general del Ejército. De hecho, bien decía Patricia Arancibia Clavel, en los años posteriores a la Guerra Civil, hasta 1906, la influencia del oficial prusiano llegó a su punto álgido precisamente por la llegada de un nutrido contingente de oficiales alemanes contratados por el mismo gobierno. “Su estrato más joven comenzó a ser modelado bajo el paradigma prusiano, orientando la carrera de las armas en un sentido estrictamente profesional, lo que atrajo a personas de las capas medias de la sociedad y alejó de las filas a su sector aristocrático”<sup>863</sup>.

En parte ello se debió a que fue superado por sus propios discípulos chilenos, jóvenes oficiales formados en Alemania y en quienes se afanaron en trasplantar el sistema prusiano en el último país del mundo. Para la oligarquía reinante, aquello ahora no era un problema, pues ello ya no significaba sentar las bases del caudillismo militar, pues se vio en Körner la semilla de la profesionalización y el desapego a lo político; después de todo, ¿qué papel podría jugar un oficial prusiano en la política nacional? Al menos eso era lo que vieron las élites gobernantes cuando apoyaron al germano por sobre Estanislao del Canto.

Con todo ello, el nuevo espíritu de modernidad imbuía tanto al gobierno como el Ejército, y ya se ponía de manifiesto, como se veía en el Memorial de 1893, que el objetivo a alcanzar era el superar aquella “condición estacionaria y casi vegetativa del oficial y del soldado”, con lo que se hacía necesario una instrucción más noble, más científica y, por supuesto, más europea, específicamente alemana<sup>864</sup>. Evidentemente los alemanes incentivaron aquello, pues veían en Chile el medio con el cual extender su influencia y, además, un sustancioso mercado para su material bélico, por ello no fue extraño que no pusiesen trabas al asunto; de hecho, muy al contrario, lo incentivaron. Al menos así se dejaba ver cuando en 1895 los primeros treinta oficiales alemanes, seleccionados por el mismo gobierno imperial, partían a Chile, curioso además era que uno de ellos era el hijo del ministro de Guerra prusiano, Bronsart von Schellendorf<sup>865</sup>.

La llegada de la joven oficialidad germana fue todo lo necesario para rematar la labor germanizadora del Ejército chileno. Ello en palabras del mismo Körner: “En los tres años de su contrato laboraron ellos en los desiertos salitreros del norte, en las exuberantes campiñas del centro y en los bosques de eternas lluvias del sur, en el fiel cumplimiento del deber al mejor estilo prusiano y con gran habilidad en la solución de las tareas encomendadas: mostrarle prácticamente al oficial chileno cómo se debe instruir a la tropa, cómo enseñarle para lograr una verdadera efectividad bélica, y también para mostrar cómo se debe vestir y cómo se debe comportar un oficial para resguardar la alta posición que reviste frente a sus subordinados y también fuera del servicio y en la sociedad”<sup>866</sup>. Pero esta labor, si bien fue recibida de forma amistosa en las distintas unidades a lo largo del país, no fue del todo animosa, ya que los veteranos más antiguos se negaban a recibir el conocimiento de jovencitos oficiales que en su vida habían pisado un campo de batalla. A pesar de ello, el progreso fue notorio, en gran parte a la labor de estos nuevos oficiales y la actitud receptiva de los nuevos cadetes, quienes desde un principio supieron adaptarse a las modernas exigencias. Así:

---

<sup>863</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 227.

<sup>864</sup> *Ibidem*, p. 232.

<sup>865</sup> *Ibidem*, p. 234.

<sup>866</sup> Emil KÖRNER: *Op. Cit.*, p. 204.

Bajo el experimentado mando de esos jóvenes oficiales alemanes se pudo avanzar, al fin, a una formación técnica y rigurosamente reglamentada en tiro, equitación y servicio de campo, y los jóvenes oficiales de entonces que ahora han avanzado a puestos de mandos independientes, hablan aún hoy sin envidia de sus antiguos profesores<sup>867</sup>.

Pero esta presencia de la oficialidad alemana no duró mucho, especialmente por la pérdida del interés al no poder participar en la tan ansiada guerra con Argentina. Cuando las relaciones se normalizaron, muchos partieron, salvo un pequeño grupo encabezados por Rogalla von Bieberstein. En este punto, las reformas ya estaban asentadas por los oficiales alemanes y los chilenos formados en Alemania. Estos últimos también formaron parte del gran desarrollo de la actividad diplomático-militar que experimentaría Chile tras finalizar la Guerra del Pacífico, especialmente cuando el Mayor Boonen se hizo cargo de una comisión militar en Inglaterra que, a partir de 1886, presidirá el Almirante Juan José Latorre. Así, ya para 1913 había agregados militares de Chile en Berlín, Madrid, Viena, Roma, Londres y Tokio, aquello sin contar las misiones militares en Berlín, la naval en Londres y un par de oficiales que estudiaban aviación militar en Francia, ni menos los observadores militares en el Japón, vencedor de la Rusia de los Zares en la guerra de 1905, e Italia durante su guerra contra Turquía<sup>868</sup>.

Esto último también favorecería enormemente un objetivo encomendado a Körner, el cual era hacer de Chile un comprador, sino el más importante adquirente de armamento alemán en América Latina. Nuevamente lo francés chocó con lo alemán, pues hacia 1894 existían dos comisiones para la adquisición del material: una encabezada por Estanislao del Canto, quien se decantaría más por lo clásico, recurriendo a vendedores como Francia, Bélgica y Austria; la otra, en cambio, dirigida por el mismo Körner, quien, haciendo gala de su lealtad al imperio, obviamente se inclinaría por el armamento alemán. Por aquel tiempo, a excepción de los cañones Krupp, todo el armamento se adquiría en Francia, pero, tras la llegada del germano, los fondos irían a Alemania. Desde la compra de 50.000 fusiles y 10.000 Mauser a la empresa Löwe, pasando por la maquinaria necesaria para producir municiones, todo, sin excepción, sería adquirido en Alemania. Hacia 1900, y con el ambiente prebélico que experimentaba Europa, la compra y venta de armamento se impulsó aún más<sup>869</sup>.

Con el armamento también vino la regularización del servicio militar, pues el 5 de septiembre de 1900 se promulgaba la Ley de reclutas y reemplazos que establecía el servicio militar obligatorio. De hecho, en su cuenta anual, el presidente Errázuriz Echaurren dejaba en claro que “me es satisfactorio dejar constancia de la moralidad i disciplina de nuestras fuerzas de mar i tierra”. Además, se decía ante el Congreso Nacional que “El Ejército solo se compone hoy de cuadros de instrucción, perfectamente preparados para el establecimiento del servicio obligatorio, i toda clase de consideraciones imponen el pronto despacho del proyecto de lei que establece, sin mayores sacrificios, la instrucción militar de los ciudadanos”<sup>870</sup>. Con ello se buscaba, a la par, mejorar la condición moral de los hombres, pues, de las descripciones que realizaba Tobías Barros Ortiz, no había muy buena impresión

---

<sup>867</sup> Idem.

<sup>868</sup> Enrique BRAHM GARCÍA: “Del soldado romántico al soldado profesional”, p. 9.

<sup>869</sup> Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 242.

<sup>870</sup> S. E. *El Presidente de la República en la Apertura de las Sesiones Ordinarias del Congreso Nacional*, Santiago, Imprenta Nacional, 1900, p. 21.

de los recién llegados: “Incultos e ignorantes hasta parecer salvajes, son nociones de higiene y moral, así llegan esos infelices”<sup>871</sup>. Finalmente, el extender la enseñanza militar a todos los chilenos se esperaba reemplazar al mercenario por el concripto<sup>872</sup>. También, al igualar a todos los chilenos, el servicio militar fomentaría el sentimiento nacional, enseñándoles a sacrificar los intereses individuales a favor de los del país.

La modernidad parecía que por fin había llegado a las filas, los oficiales estaban completamente seguros que la profesión militar, allende solo un asunto de pasiones, ahora pasaba a convertirse en una verdadera ciencia y, la cual además, pasaba por ser la impulsora del progreso en las naciones. De ahí que se hiciera tanto énfasis en el estudio de la táctica y estrategia, además de otras ramas del saber; y de ahí también que la labor militar revistiera de tanta dignidad y orgullo a quienes la practicaban. La guerra, clamaban muchos oficiales en Chile y el mundo, era el motor del progreso. La Guerra en sí misma, contando con su esencia destructora, tendría una positiva justificación: sería esencialmente civilizadora, una postura defendida y expuesta por el General Vial en 1911 al decir que: “En esos tiempos no hubo otro medio de discusión del progreso que el sable de los guerreros”<sup>873</sup>. Bien decía Brahm García, para el oficial chileno de principios del siglo XX, la guerra adquiriría un sentido redentor<sup>874</sup>.

De tal modo, “la guerra ocupa un lugar central, todo gira en torno a ella y a prepararse lo mejor posible para enfrentarla”<sup>875</sup>. En Europa ya se tanteaba el fatalismo para el futuro, la idea de una guerra que pondría fin a todas las guerras, de ahí que las potencias allá por 1914 jugaran con la idea de una guerra preventiva. También surgió un paralelismo entre seguridad y armamento, algo que consideraban proporcional lo uno con lo otro. Este ambiente militarista también encontró un cálido hogar en Chile, pues la preparación para una guerra a futuro era más que evidente; sin embargo, aquello no respondía solamente al anhelo de imitar todo lo que produjese Alemania, sino que se condicionaba por nuestra propia realidad histórica. Chile, a principios del siglo XX, se veía a sí mismo como un país asediado, “que debe contar con el ánimo de venganza del Perú y Bolivia vencidos en la Guerra del Pacífico y con las ambiciones de una potencia emergente como Argentina”<sup>876</sup>. De ahí que las ideas militaristas calaran tan hondo en las filas chilenas, y que se dejaran ver en la carrera

---

<sup>871</sup> Tobías BARROS ORTIZ: *Vigilia en Armas: charlas sobre la vida militar, destinadas a un joven teniente*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1920, p. 48.

<sup>872</sup> En esto último, el servicio militar y la reforma militar abrió enormes posibilidades para la mayoría de los nuevos concriptos, y es que para principios del siglo XX: “*El Ejército se abrió a la sociedad, recibiendo jóvenes con bajos niveles de instrucción y devolviéndolos formados en una serie de hábitos útiles para su futuro como ciudadanos [...] En cada regimiento existía una escuela primaria destinada a que nadie siendo analfabeto al término de su conscripción, existiendo la obligación de incorporar un porcentaje de muchachos que no supieran leer ni escribir*”. Elías Felipe NAVARRETE SOBARZO: “Infancia y Juventud en las Fuerzas Armadas y Carabineros (1810-2010)”, en *Cuaderno de Historia Militar*, n°9, 2013, p. 156.

<sup>873</sup> VIAL GUZMAN: “Política Militar”, en *Memorial del Ejército de Chile*, 1911, p. 424. Ya en 1921 el Mayor Arturo Puga llevaría esto hasta el extremo: “La grandeza ética de la guerra consiste esencialmente en que en ella hai una idea que se eleva majestuosa e independiente por encima de todo interes individua. / No es posible imaginar fuera de la guerra, una redención mas saludable de todo deseo o pasión impura, ni una supresión mas radical del egoismo. Es una prueba interior que como por milagro revela al individuo su aptitud para sobreponerse a si mismo, esto es, su verdadera i suprema naturaleza. Solo quien desprecia la vida i está dispuesto a rendirla por sus derechos e ideales, es verdaderamente digno de vivir”. Véase en Arturo PUGA: “La Guerra i la idea de paz universal”, en *Memorial de Ejército de Chile*, Año XVI, 1921, p. 375.

<sup>874</sup> Enrique BRAHM GARCÍA: “Del soldado romántico al soldado profesional”, p. 23.

<sup>875</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>876</sup> *Ibidem*, pp. 34-35.

armamentista de la época, pues, ante la sensación de peligro, real o imaginario, hacía pensar que “aquel que tomase la delantera” sería el mejor librado de la contienda. ¿Y qué mejor que haber seguido al pie de la letra los dictámenes y ordenanzas del mejor Ejército de la modernidad? Aquello era lo que muchos oficiales y soldados chilenos creían a rajatabla. De ahí que no fuera de extrañar que muchos oficiales chilenos combatieran en la Guerra del Chaco.

El espíritu ofensivo en el Ejército chileno cobró un nuevo impulso, pues se consideraba que ‘El espíritu ofensivo debe primar al perseguir cualquier objetivo, aun cuando se esté en inferioridad de medios bélicos con respecto al enemigo’. Se rechazaba una postura defensiva frente a posibles amenazas, dado que ‘nuestra raza no se aviene con esta clase de defensa’<sup>877</sup>. Aquello quedaría demostrado en la crisis con Argentina a principios del siglo en la que si bien primó el actuar diplomático, el Presidente Federico Errázuriz Echaurren confiaba plenamente en la capacidad de las renovadas Fuerzas Armadas chilenas: “yo veo atravesar la pampa, muy felices, a unos rotos nuestros trayendo desde Buenos Aires cada uno un piano de cola al hombro. Pero detrás quedará un odio inextinguible, que imposibilitará toda convivencia, porque vivirá alimentándose con la ilusión de la represalia”. Otros, de tendencias más belicistas, como Joaquín Walker decía que había llegado a afirmar en la Cámara que el momento de actuar por las armas había llegado, dejando de lado cualquier “tinterilleo, perdonad la expresión, de gestiones diplomáticas”<sup>878</sup>. No obstante, el ejemplo más decidor era aquel que implicaba al antiguo enemigo.

La famosa “Guerra de Don Ladislao” o la Movilización de 1920, en alusión al Ministro de Guerra Ladislao Errázuriz, es, podríamos decirlo, la muestra de arrogancia por excelencia. Ante la compleja situación en Bolivia y las malas relaciones con el Perú, el Ministro, al ver la escasa guarnición en Tacna, decretó la movilización del Ejército y las reservas el 14 de julio. Sin embargo, más que ser una amenaza real, aquella movilización solo tenía como objetivo el calmar los ánimos de las tropas y promover una especie de “distracción pública” de los asuntos de La Moneda. Pero por simple chivo expiatorio que fuera, ello no impidió que los ánimos en las tropas se encendiesen y que en los cuarteles se experimentara un verdadero entusiasmo por partir nuevamente hacia el norte:

Hervíamos de fervor patriótico, nada es mas contagioso, recuerdo que debí despedir, en nombre del directorio del Club Militar a los oficiales que egresaron anticipadamente de la Escuela Militar para incorporarse en las unidades movilizadas. La actividad era intensa en todas las reparticiones y cuerpos militares. La Escuela de Caballería suspendió los cursos regulares y se transformó en el regimiento de caballería donde hicieron un servicio militar extraordinario jóvenes de la sociedad santiaguina. Fue para los burlones, el regimiento de los futres de apellidos vinosos<sup>879</sup>.

Incluso Arturo Alessandri veía con preocupación la exaltación de las tropas apostadas en el norte, pues, a través de los informes del General Boonen Rivera, se atestiguaba en Tacna “una exaltación peligrosa y que era unánime el sentimiento entre la mayoría de los

---

<sup>877</sup> Enrique BRAHM GARCÍA: “El ejército chileno y la industrialización de la guerra, 1885-1930. Revolución de la táctica de acuerdo a los paradigmas europeos”, en *Historia*, Vol. 34, 2001, p. 19.

<sup>878</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 240.

<sup>879</sup> Tobías BARROS ORTÍZ: *Recogiendo los Pasos*, Ed. Planeta, Santiago, 1988, p. 59.

oficiales y soldados”<sup>880</sup>, aunque esto también respondía a la candidatura del “León de Tarapacá”. La opinión pública tampoco se vio ajena, pues lo común era leer en los periódicos capitalinos la consigna: “¡A Lima! ¡A Lima!”<sup>881</sup>. Afortunadamente, aquel asunto terminó por solucionarse por la vía de la diplomacia y no fue necesario un nuevo regadero de sangre, aunque es menester decir que los ánimos sí estaban dispuestos para tal tarea.

Pero una cosa es la teoría, y otra muy diferente es la práctica, pues, a pesar de que se tuviera enormes expectativas respecto al desempeño del moderno Ejército Chileno, la cuestión en lo interno dejaba mucho que desear. Detrás de los vistosos uniformes y las posturas, las carencias de los hombres de armas seguían siendo grandes. Así, por ejemplo, el Jefe del Estado Mayor allá por 1902 se quejaba de ‘las detestables condiciones en que se encuentran alojados algunos cuerpos, al extremo de que con este motivo se han aumentado los enfermos y ha debido pagarse fuertes sumas por estadías de hospitales’<sup>882</sup>. Similar era lo ocurrido con vestuario y zapatos, los cuales dejaban mucho que desear por su dudosa calidad, y la cantidad que solo les permitía cambiarse una vez por semana. A ello se le agregaba el seguir ejerciendo labores policiales, llegando a reprimir violentamente a los nacientes movimientos sociales. A pesar de ello, a partir de 1899 se comenzó a usar el pickelhaube, en 1904 el uniforme de inspiración alemán imperaba en todo el Ejército y solo dos años más tarde la marcha Radetzky se convirtió en la música de desfile de la Escuela Militar<sup>883</sup>. Esto no podía caer muy bien a quienes veían con escepticismo la implementación de reformas de aquella naturaleza, sentimiento reflejado perfectamente en las palabras de Indalicio Téllez: “Lucho, desde hace muchos años, contra la que yo considero funesta tendencia de copiar servilmente los reglamentos extranjeros, en vez de adaptarlas a nuestra especial situación de país pequeño, pobre i de poca población”<sup>884</sup>. Pero, ¿qué mejor que la experiencia para demostrar que aquello no solo eran críticas vanas, sino palabras cargadas de un profundo contenido? La amenaza de guerra, o más bien las fantasías de Don Ladislao, lo demostraban.

A pesar de que hasta el mismo Ministro de Guerra vociferaba por una guerra contra el Perú, los medios, incluso con el patriotismo exacerbado, no eran ni por cerca los suficientes. La maquinaria estaba bastante oxidada, pues, de partida, desde 1915 no se llevaban a cabo maniobras de consideración; por otra parte, la cantidad de brazos para la guerra era más que insuficiente, tanto numéricamente como referente a su calidad. Esto último debido a que el Ejército ni siquiera tenía terrenos propios para la instrucción de los hombres, dependiendo exclusivamente de la buena voluntad de los grandes terratenientes. El equipamiento tampoco era el adecuado, ni menos el armamento, al punto que no había cañones en condiciones y la munición era casi inexistente. Ni hablar del tema sanitario, si es que realmente existió alguna previsión para ello, pues en Tacna aparecieron los primeros brotes de tifus.

Todo este orgullo en el nuevo sistema se rompió con la improvisación de la movilización e hizo caer en cuenta a muchos uniformados que solo habían vivido de ilusiones. Bien decía el General Carlos Sáez: “El año 1920, pudimos palpar las consecuencias del paso dado en 1906 [...] Habíamos montado una máquina de acuerdo con

---

<sup>880</sup> Arturo ALESSANDRI PALMA: *Recuerdos de Gobierno*, Tomo I, Editorial Nascimento, Santiago, 1967, p. 48.

<sup>881</sup> Roberto ARANCIBIA CLAVER: “La Movilización de 1920”, en Mario ARTAZA ROUXEL; Paz MILET GARCÍA (Ed.): *Op. Cit.*, p. 527.

<sup>882</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 249.

<sup>883</sup> *Ibidem*, p. 253.

<sup>884</sup> Indalicio TÉLLEZ: “Táctica Nacional”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XVII, 1923, p. 116.

todos los principios del arte, pero en el momento de ponerla en marcha pudimos comprobar que los engranajes no funcionaban”<sup>885</sup>. Hombres lúcidos como Sáez supieron ver que los efectivos reales del Ejército se distanciaban por mucho a los teóricos, los recursos destinados, y que, a pesar de funcionar para los alemanes, el modelo prusiano no encajaba del todo en la realidad chilena. Era menester invertir mucho más en defensa, instructores, hombres y material; pero Chile no era un Estado próspero como el país teutón, y las necesidades apremiantes eran completamente opuestas a aquellas destinadas a darle juguetes nuevos a los militares.

Esto mismo provocaría que ciertas críticas se dejaran ver, quizás la más famosa de ellas era nuevamente la del General Carlos Sáez: “En nuestro afán de imitar no solo se ha dado carta de naturaleza a los reglamentos, métodos de instrucción y costumbres militares del Ejército germano, sino que se ha querido ir mucho más lejos aún, transformando a nuestros soldados, que nada tienen de alemanes, en militares prusianos de nuevo cuño”<sup>886</sup>. Y es que la admiración por lo “alemán” rozaba lo ciego, así lo dejaba ver el Coronel Diego Dublé Almeyda en 1890: ‘Lo que verdaderamente me causa envidia es el admirable ejército alemán. Asistí en Berlín a la formación que hubo con motivo de la entrada del czar de Rusia. Tres días anduve medio atontado de la impresión que me causara. Hay que ver esto [...] hay veces que tomo el tren para Dusseldorf en los días de grandes ejercicios y maniobrar a una hora de aquí y me llevo horas enteras observándolos sin perderles pisada ¡Qué ejercicios, qué cosas tan útiles ponen en práctica! ¡Qué disciplina! ¡Admirable, admirable!’<sup>887</sup>. De ahí también que algunos se identificaron con el ejército alemán al estallar la Primera Guerra Mundial, y que, muy tranquilamente, marcharan al frente, vestidos a la usanza alemana, y participaran en las operaciones desde el bombardeo de Lieja hasta la batalla del Marne<sup>888</sup>. Ni siquiera la derrota de 1918 sirvió para contrarrestar aquella admiración, bien lo decía el General Carlos Sáez:

Durante años i años hemos vivido sometidos a la tutela alemana en todo lo relacionado con nuestra profesión [...] Esto, que pudimos hacer hasta ayer, no sin prejuicio, es hoy materialmente imposible. Alemania ha cesado en su actividad militar, i nosotros, que nos habíamos acostumbrado a imitar pacientemente todo lo que tenía etiqueta alemana, nos encontramos ahora frente a una situación nueva, que nos obligará a emplear facultades que habíamos dejado de ejercitar”<sup>889</sup>.

También gran parte de las críticas venían de los mismos veteranos de la Guerra del Pacífico, quienes veían con desagrado que oficiales imberbes se alzaban con orgullo cuando ni siquiera habían estado cerca de la lid, siquiera oído la pólvora de los recién disparados fusiles:

---

<sup>885</sup> Roberto ARANCIBIA CLAVER: “La Movilización de 1920”, p. 537.

<sup>886</sup> Carlos SÁEZ MORALES: *Recuerdos de un Soldado. El Ejército y la Política*, Biblioteca Ercilla, Santiago, 1933, p. 26.

<sup>887</sup> Enrique BRAHM GARCÍA: “Del soldado romántico al soldado profesional”, p. 10.

<sup>888</sup> Mario BARROS VAN BUREN: *Op. Cit.*, p. 686.

<sup>889</sup> Carlos SÁEZ: “Deducciones de la guerra mundial”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XVI, 1921, pp. 313-314.

Derrotado en las batallas y borrado en seguida en masa del escalafón, aparecía al obscurecer, desparramado por los barrios más apartados, como en plena dispersión de la derrota. [...] Mostraban su desgracia con altivez de buen humor y el pueblo empezaba a oírlos y rodearlos porque muchos habían ascendido desde soldados hasta el día en que la revolución los arrojó a empellones. / Una gran parte, había peleado en la última guerra exterior y ni la desgracia ni la miseria les hacía perder su tranco arrogante, como si todavía marcharan espada en mano, al frente de su compañía en día de gran parada. / Avanzaban poco a poco [...] y mirando irónicamente de soslayo a los oficiales del nuevo ejército a los cuales calificaban de intrusos, puesto que no habían hecho la guerra del Pacífico. [...] De las derrotas de la guerra civil, le echaban la culpa a “los pasados”; se reían de la estrategia de Körner<sup>890</sup>.

La prensa no se quedó atrás, siendo, quizás, el más crítico de todos Fray Pedro Subercaseaux Errázuriz, cuando en 1913 publicó su artículo titulado: *El uniforme de un Ejército debe ser como la bandera. Una insignia nacional Histórica*. En él claramente se podía apreciar un abierto rechazo a la adopción del uniforme prusiano en las filas chilenas, y es que, bajo la máxima “*del hábito no hace al monje*”, nos intentaba demostrar que la simple adopción del uniforme alemán no hará ni peor o mejor al Ejército, sino solo demostraría el ciego servilismo chileno a la cultura alemana. Subercaseaux abogaba por tradición chilena, con nuestros antecedentes guerreros que se veían reflejados en los icónicos uniformes históricos de los Húsares de la Muerte<sup>891</sup>, de los Cazadores de los Granaderos de Valdivia o del Buin; sin embargo, resulta un tanto contradictorio que se primen por las supuestas tradiciones chilenas por sobre el elemento prusiano siendo que, tales tradiciones, no son más que una copia de los elementos franceses del siglo XIX. Por otro lado, si bien no rechazaría la instrucción a la usanza prusiana, puesto que la técnica alemana había demostrado ser superior respecto a sus pares europeas, no veía con buenos ojos el llevar al extremo el espíritu de imitación. Así, sostendrá que el uniforme de una nación debe ser como la bandera: “Un pueblo militar debe conservar el uniforme como una insignia nacional [...] no hagamos desaparecer la memoria de la leyenda que lo hace popular [al Ejército] y lo encarna con todas las glorias patrias: no lo vistamos con los arreos que recuerdan los triunfos de otro país sobre un hermano de raza, pues, al fin y al cabo, mayores vínculos intelectuales tenemos con Francia que con Alemania”<sup>892</sup>. De tal manera, planteaba volver sobre los pasos dados, aunque sin ignorar la técnica alemana.

Básicamente, la dignidad que revestía la labor militar era evidente, al menos eso dejaba ver el orgullo y la pedantería que brotaba por los poros de oficiales, pero, a la larga y muy literalmente, seguían vistiendo con harapos. Se era un ejército vencedor, pero uno que jamás podría igualar a los europeos. Aun así, la labor germanizadora continuó, aunque en un escenario bastante distinto, pues, ya desde 1906, hay una cierta tranquilidad en lo exterior, por lo que, en palabras de Mario Góngora, “la política interna devora la política exterior; y, dentro de la política interna, los problemas económicos-sociales, sobre todo a partir de 1915 o 1920, que se convierten en temas ideológicos de los distintos Partidos y también de los

---

<sup>890</sup> E. RODRÍGUEZ MENDOZA: *Como si fuera ayer!...*, Casa Editorial Minerva, Santiago, 1919, pp. 237-239.

<sup>891</sup> Siendo este más mito que realidad.

<sup>892</sup> *Revista Pacífico Magazine*, Vol. I, n°1, enero, 1913.

movimientos militares desde 1924 a 1927<sup>893</sup>. A pesar de que ya no existía una amenaza de lo externo, al menos no tan demarcada, el proceso de reforma y prusianización se radicalizó. Realizando los peores temores del General Sáez, los oficiales de nuevo cuño implantaron las reformas sin tomar en consideración las circunstancias muy distintas a Alemania, al punto que los reglamentos fueron traducidos textualmente al castellano.

Pero no solo bastaba con usar un uniforme cargado de prestigio como el prusiano para remediar los problemas internos del Ejército: escaso contingente, un reclutamiento deficiente y un enorme retraso en las instalaciones militares eran lo cotidiano. Bien se decía en la *Memoria de Guerra* del año 1914, solo en Santiago ‘y uno que otro cuartel de provincia, el resto de las tropas del Ejército, decía el inspector general, están alojadas en condiciones anormales, en edificios inadecuados y edificados en abierta pugna con los adelantos modernos sobre construcciones militares, y lo que es peor aún, en pugna con la moralidad y la higiene’<sup>894</sup>. Definitivamente, el desarrollo en Chile está muy lejos del estándar alemán, aun así la modernización debía continuar. Prueba de aquel férreo sentimiento eran las compras desmedidas de material bélico moderno, especialmente aviones a Francia.

Aquel bagaje cultural adquirido en los últimos años no caería en saco roto, ya que, al no existir un frente externo, muchos militares volcaron sus miras a los problemas dentro del hogar. Cada vez más eran los oficiales que se preocupaban del grado de postración que advertían en los sectores sociales más desposeídos, sectores que precisamente nutrían las filas de los contingentes que debían educar e instruir. Ahora estaban en contacto con el soldado, sabían de sus pesares y sus malestares, sabían que aquellos pobres desgraciados a los que debían enseñarles a dar la vida por la Patria eran el resultado de un mal gobierno, de una mala gestión y una despreocupación de las élites dominantes. Fue así como el oficial promedio se inmiscuyó en la política, ¿y es que cómo no hacerlo teniendo en cuenta el clima social imperante en Chile? Enrique Mac Iver lo dejaría más que en claro:

Me parece que no solos felices; se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas rejiones del país, sino de todo el país i de la jeneralidad de los que habitan. La holgura antigua se ha trocado en estrechez, la energía para la lucha de la vida en laxitud, la confianza en temor, las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio i el porvenir aparece entre sombras que producen la intranquilidad [...] No sería posible desconocer que tenemos mas naves de guerra, mas soldados, mas jueces, mas guardianes, mas oficinas, mas empleados i mas rentas públicas que en otros tiempos; pero ¿tendremos tambien mayor seguridad i tranquilidad nacional, superiores garantías de los bienes, de la vida i del honor, ideas mas exactas i costumbres mas regulares, ideales mas perfectos i aspiraciones mas nobles, mejores servicios, mas población y mas riquezas i mayor bienestar? En una palabra ¿progresamos?<sup>895</sup>.

Incluso con los avances en cuanto a material, persistían las dificultades del funcionamiento del aparato militar, ello empeoraba más si se tiene en cuenta su dificultosa relación con el poder político, el cual ya penetraba en las filas. Favores políticos

---

<sup>893</sup> Mario GÓNGORA: *Op. Cit.*, p. 88.

<sup>894</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 265.

<sup>895</sup> Enrique MAC IVER: *Discurso sobre la Crisis moral de la República*, Imprenta Moderna, Santiago, 1900, pp. 5-6.

materializados en ascensos injustificados para los altos mandos, mientras que tenientes y coroneles no tenían más que bajos sueldos para regodearse, insuficientes y la mayoría de las veces miserables. Esto llegó al punto de ver a oficiales habitando en un conventillo, hacinados y cubiertos de enfermedades. Por ello, muchos miraron con recelo el aprovechamiento político del que eran objeto, más que nada salvaguardando los intereses de una élite política que les era indiferente a sus necesidades y petitorios, y que solo les prestaban oídos cuando se avecinaban las elecciones o, derechamente, cuando debían enviarlos a reprimir alguna huelga o movimiento. Pero ello, más allá de las simples palabras, no quedaba en nada, solo en palabras vacías.

Para un hombre que dedicó gran parte de su vida al perfeccionamiento de la ciencia militar, para ponerla en práctica contra los enemigos de la nación y defender la Patria hasta el último cartucho, nada tenía de digno levantar las armas contra sus propios compatriotas, contra aquellos que, muy probablemente, vinieran del mismo origen. Obviamente más de alguno le seguiría el juego a la élite por los beneficios que ello conllevaba, sustanciosos beneficios, pero la baja oficialidad, que ascendía de entre esos pobres diablos, ya presentaba sus resquemores y dudas respecto al sistema en sí. Ello se acentuaba con la imagen que el pueblo se hacía de los militares: como un bruto al servicio de la aristocracia y enemigo de su propio pueblo... y en lo segundo no se equivocaban. De tal manera, el Ejército fue “degradado” al extremo de ser transformado, como muchos señalarían posteriormente, en el “brazo masacrador” del Estado oligárquico. Este mismo escenario conllevó a que la oficialidad lentamente desarrollara un sentimiento de ultraje a su honor militar, ya que chocaban directamente el espíritu de la formación castrense y la actividad a la que habían sido degradados por el Estado-guardián<sup>896</sup>.

Los graves problemas sociales existentes el gobierno no los abordaba, ni para bien ni para mal, ni mucho menos se hablaba de políticas sociales. La única manera en que le hacían frente era a través de aquel método tradicional que venían practicando desde años: simplemente oponer la violencia “legítima” del Estado contra aquella que consideraban ilegítima. Y como aún no existía una fuerza policial (Carabineros fue creado en 1927), la función de reprimir recaía sobre los soldados y marineros que “actuaban aplicando los procedimientos para los que habían sido entrenados. No era raro, entonces, que se produjeran masacres irracionales, inútiles y contraproducentes para la estabilidad del sistema político”<sup>897</sup>. Por aquellas mismas razones no era raro que para la década del 20 surgieran de los círculos militares voces que clamaban una mayor intervención del Estado en las problemáticas sociales que aquejaban al país. Así, por ejemplo, en el *Memorial del Ejército de Chile*, un teniente coronel afirmaba que el poder legislador debía ocuparse de los siguientes asuntos de forma inmediata: “Aquí aparece como una primera necesidad que debiera ser la preocupación primordial de un buen gobernante, una amplia *lei de protección a la infancia* encuadrada en una sólida constitución social [...]; *leyes sanitarias* eficientes contra las enfermedades de carácter social; leyes severamente sancionadas *contra el alcoholismo*”. A ello se le agregaban leyes para la protección de la industria pecuaria nacional, servicio militar obligatorio, incluso leyes de instrucción primaria, todo ello de boca de un militar<sup>898</sup>. Obviamente planteamientos de esta naturaleza no salieron de la nada, sino

---

<sup>896</sup> Patricio QUIROGA; Carlos MALDONADO: *Op. Cit.*, p. 121.

<sup>897</sup> Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 278.

<sup>898</sup> Luis MALDONADO F.: “Constitución Militar de un país. Leyes que deben complementarla o modificarla”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XV, 1920, pp. 192-203.

que venían madurándose desde mucho tiempo atrás, ni tampoco eran esgrimidos por un solitario idealista; muy al contrario, eran compartidos por gran parte de la oficialidad.

Aquello no quería decir que los oficiales comulgaran con los movimientos socialistas<sup>899</sup>, sino que, muy al contrario, veían aquellos males sociales como el caldo de cultivo para movimientos de índole comunista y anarquista. Y es que para algunos oficiales, “dar cauce a la solución de la cuestión social llegó a ser un imperativo patriótico, una exigencia de la unidad nacional, no simplemente un asunto de los partidos políticos [...] No se trataba, sin embargo, de una intromisión en cuestiones de política contingente, sino de una preocupación global por el desarrollo de la sociedad chilena y de las políticas de defensa”<sup>900</sup>. Pero, a la par que el régimen parlamentario se hacía insostenible, las simples quejas se transformaron en denuncias, y las palabras en deseos de acción. De ahí en adelante el Ejército dejó de ser espectador y se convirtió en un verdadero actor, al punto que muchos oficiales simpatizarían abiertamente con la candidatura de Alessandri Palma.

Todo estalló el 24 de septiembre de 1924, cuando un grupo de jóvenes oficiales estimó que era necesario establecer un alto a la situación política que imperaba en el país e iniciar un “saneamiento”, para que solo les bastó hacer sentir su “ruido de sables” en el hemiciclo del Senado mientras parlamentarios discutían plácidamente el proyecto inconstitucional por el cual se asignarían una dieta parlamentaria al momento que postergaban leyes sociales. Aunque con ello no pretendían desplazar a la autoridad, pues en gran medida apoyaban la agenda de Alessandri; sin embargo, había iniciado algo que ya no podría detenerse<sup>901</sup>. Y es que los militares ahora se alzaban como un imponente obstáculo ante las pretensiones de la oligarquía a la par que se iban inmiscuyendo aún más en los asuntos políticos, cuestión que no ocurría desde la guerra civil de 1891.

En este marco se hizo presente la figura del caudillismo militar de Carlos Ibáñez del Campo, quien, desde su rol como Ministro de Guerra, imprimiría un nuevo giro a la mentalidad de los militares. Como bien lo decía Patricio Quiroga y Carlos Maldonado, “En su concepción no sólo primaban claras ideas acerca del desarrollo nacional, sino una visión estructurada de la significación de un Estado fuerte para el desarrollo nacional. Esta concepción entroncó directamente con las representaciones prusianas acerca del rol del Estado”<sup>902</sup>. Obviamente contaba con el férreo apoyo de la joven oficialidad, pues su prestigio dentro de las filas era indiscutido, ello en parte por su política de reformas-represión aplicada a la cuestión social, además de las depuraciones de sus contrarios en el Ejército.

Respecto a su política de reformas, Ibáñez aplicó aquello que los militares venían propugnando hacia más de una década, muchas favorables al proletariado con la finalidad de evitar el giro socialista de las demandas sociales. En este caso, la utilización del aparato estatal fue esencial para imponer un poder disciplinario sobre la clase obrera; dicho de otra

---

<sup>899</sup> El prusianismo alemán trae consigo un socialismo de Estado, pero, por la misma experiencia alemana, era contrario a un movimiento socialista de lucha de clase, anarquismo y otras expresiones.

<sup>900</sup> Patricia ARANCIBIA CLAVEL (ed.): *Op. Cit.*, p. 281.

<sup>901</sup> Fue precisamente gracias a este movimiento de los jóvenes oficiales que se produjo una serie de promulgaciones de leyes sociales de reglamento y regulación de contratos de trabajo y desahucio, Inspección del Trabajo, jornada laboral de 8 horas, sueldo mínimo, seguro obligatorio de enfermedad, invalidez, jubilaciones y accidentes del trabajo, estableciéndose la Caja del Seguro Obrero; ley sobre accidentes del trabajo; leyes que regularizaban los contratos colectivos, las huelgas y que legalizaba los sindicatos; además de la ley que establecía las cooperativas y otra que establecía la categoría de empleados particulares. Harry SCOTT HERSCHKOVICS: “La Revolución de los Tenientes”, en *Anuario de la Academia de Historia Militar*, n°27, 2013, p. 21.

<sup>902</sup> Patricio QUIROGA; Carlos MALDONADO: *Op. Cit.*, p. 128.

forma, aplicaron estándares militares a la sociedad civil. Sus reformas pasaban por la modernización del país mediante la reestructuración del aparato estatal, así como un fuerte estímulo a las obras públicas y la industria, además de proteger e integrar a las masas trabajadoras a la política nacional. De ahí que tampoco deba sorprendernos que el gobierno militar de Carlos Ibáñez se encuadró en un culto al Estado autoritario, desligando las gestiones de las Fuerzas Armadas de las contingencias políticas y en servicio de la nación. Ello también conllevó a ver el “civilismo” como una actitud netamente de negación ante la patria. Pero estas reformas que abarcaron netamente al Estado, también, como no podía ser de otra forma, involucraron al Ejército.

De partida, los grupos más germanófilos dentro de las mismas filas ensalzaron la influencia benefactora del *Reich*. Se argumentaba que el paradigma por excelencia de las Fuerzas Armadas chilenas lo había constituido la relación entre Alemania y el Ejército mismo. Incluso el diplomático ibañista, Galvarino Gallardo Nieto, llegó a plantear públicamente que “*Nuestro Ejército, ¿no se ha transformado bajo instrucciones alemanes en cuerpo de poderosa organización y férrea disciplina, que infunde garantía a los poderes públicos, a los partidos, a las clases trabajadoras, a todos los ciudadanos?*”<sup>903</sup>. Incluso se llegó a demandar la presencia de nuevos instructores alemanes. El modelo militar alemán de profesionalización, en los tiempos de Ibáñez, había logrado un total consenso entre las capas políticas dirigentes y al interior del Ejército, por ello no era extraño que se estrechasen los lazos con la nación teutona. Ya a partir de 1928 la nueva camada de oficiales alemanes ya estaba en Chile, siendo el principal de ellos Hans von Kiesling.

Para este período (1927-1931) la política de la cúpula militar estuvo destinada a resolver tres grupos de problemas internos: la eficiencia, el poder de fuego y la disciplina. Aquellos objetivos pueden sintetizarse como el mejoramiento de la organización y el aumento del poder e fuego, la modernización técnica y la recuperación del principio de autoridad. De partida, la organización se dio sobre la base de una serie de medidas administrativas: nuevos ascensos de sueldos, montepíos y retiros. De tal manera se logró aplacar el descontento imperante en las filas y mostrar a la carrera militar como un centro profesional y lleno de prestigio<sup>904</sup>. Quizás el objetivo principal perseguido en el gobierno de Ibáñez fue la modernización de los equipos y organismos, al punto que se rozó el exceso. De estos, el General Carlos Sáez decía: “*el progreso material realizado durante la administración de Ibáñez nos ha costado muy caro. Hizo gastos superiores a nuestras fuerzas económicas, y es posible que parte de esos gastos no hayan sido debidamente fiscalizados*”<sup>905</sup>. Es más, es precisamente en este período donde el desarrollo de la actual Fuerza Aérea de Chile (FACH) llegó a su punto más álgido.

---

<sup>903</sup> Citado por Ibidem, p. 131.

<sup>904</sup> De hecho, la vida que ofrecía el Ejército a los jóvenes cadetes que elegían la carrera militar era sumamente atrayente. Después de estudiar por varios años en la Escuela Militar, estudios que generalmente incluían el dominio de uno u otro idioma (generalmente alemán), un joven que mostrase dedicación podía lograr, en unos cuatro o cinco años, una destinación en Alemania, Francia o Italia, incluso lograr un puesto en alguna misión chilena en otro país latinoamericano, lugar en el que podía ascender rápidamente. De tal manera que los jóvenes oficiales podían entrar rápidamente en contacto con los demás ejércitos “chilenizados” o con el Ejército Alemán, la fuerza más afamada del mundo y, por ende, la fantasía de cualquier uniformado chileno. Véase en Carlos MALDONADO: “Entre Reacción Civilista y Constitucionalismo Formal: Las Fuerzas Armadas Chilenas en el Período 1931-1938”, en *Contribuciones Programa FLACSO-Chile*, n°55, 1988, pp. 6-8.

<sup>905</sup> Patricio QUIROGA; Carlos MALDONADO: *Op. Cit.*, p. 136.

A la par, bajo la conducción de B. Blanche y F. J. Díaz, el proceso de profesionalización continuó y se profundizó, pues si en un primer momento la incidencia de los militares en la política había permitido solventar gran parte de las problemáticas que afectaban al país, además de permitir la llegada de Ibáñez al poder, ahora era menester recomponer la disciplina interna. La carrera militar se puso en la palestra, cuestión que justificó el envío de nuevos oficiales a escuelas en el exterior.

Pero no todo puede ser eterno; es más, los abruptos cambios propulsados por la acción de Ibáñez y los militares sufrieron una paralización por las repercusiones de la crisis interna, así como las devastadoras crisis de 1929. Al finalizar aquel año, la deuda externa alcanzaba el orden de los \$4.5575.000.000, ello se sumaba los trastornos originados por el cierre de los mercados de exportación, cuestión por la que la economía nacional prácticamente se vio en pleno derrumbe. Esto último acentuó aún más los problemas de las clases bajas, produciendo una incesante migración hacia las ciudades. Solo se podía contar con el apoyo del Ejército, pero no con el de la Marina y la Aviación, ni menos del sector civil. De tal manera que el ámbito económico terminó por profundizar el deterioro político, cuestión que llevó a que el caudillo renunciase el 26 de junio de 1931. Esto último provocaría un vacío en el poder por un periodo de un año y medio, tensando aún más las relaciones civiles-militares.

Pero esta tensión también se vería dentro de las mismas Fuerzas Armadas, pues tras a la caída del caudillo le siguió el alzamiento de líderes militares que se disputaban los restos del trono: Blanche, Grove, Merino Benítez, Vergara Montero y Vignola fueron los que disputaron el reino. Aquella pugna interna ocasionó un debilitamiento de la unidad no discutida en épocas pasadas y el surgimiento de facciones rivales, el ejemplo más decidor de aquello sería la sublevación de la Escuadra surta en el Puerto de Coquimbo en 1931, dirigida precisamente por el cuerpo subalterno. A ello se le agregaba el Asalto al regimiento Esmeralda, acantonado en Copiapó, un frustrado alzamiento en Vallenar y el descubrimiento de un complot en Ovalle. En absolutamente todas las ramas de la defensa nacional se había roto la jerarquía del mando.

Esto daría paso al surgimiento de la República Socialista, movimiento que se concretaría un 4 de junio de 1932 y en el convergían jóvenes socialistas liderados por Eugenio Matte Hurtado y militares adeptos al Coronel Marmaduke Grove, además de partidarios del caudillo Carlos Ibáñez del Campo, todos y cada uno de ellos agrupados entorno a la persona de Carlos Dávila<sup>906</sup>. Aquella sería la primera instancia en que sectores de las Fuerzas Armadas optarían por una transformación de la sociedad a través de la vía socialista de desarrollo. Lamentablemente, este experimento no rindió los resultados esperados, y a eso del 13 de septiembre el gobierno de Dávila caía por acción de B. Blanche<sup>907</sup>. Definitivamente, la caída de Ibáñez significó el inicio de una verdadera etapa de declive militar, en la que se llegó a una verdadera pugna entre las distintas armas y promociones de las respectivas instituciones. Por primera vez desde 1891, las Fuerzas Armadas chilenas combatían entre sí.

Definitivamente, en Chile había fracasado la alternativa delineada por las Fuerzas Armadas. La llegada de Alessandri al poder en 1932 terminó por enterrar cualquier opción derivada del “caudillismo militar”, a la par que, con el apoyo de radicales, liberales y

---

<sup>906</sup> *Revista Zig-Zag*, 11 de junio de 1932, Vol. 59, n°1452, pp. 18-26.

<sup>907</sup> Para los pormenores de lo ocurrido aquel día y posteriormente, véase *Revista Zig-Zig*, 17 de septiembre de 1932, Vol. 59, n°1434, pp. 28-31.

demócratas, lograba estabilizar un sistema político que rebosaba de anarquía. Por demás, Alessandri no podía llegar a mostrar simpatías por los uniformados, pues, como el mismo lo diría:

El día antes de la transmisión del mando, vino a visitarme el General que mandaría la parada en aquella ceremonia. Se puso a mis órdenes y me preguntó si deseaba revisar las tropas después de la ceremonia, como había sido siempre costumbre en épocas anteriores. / Casi textualmente, le dije al General: “No deseo mañana revisar las tropas, porque, como Ud. sabe, yo he sufrido mucho con las injustas persecuciones de un gobierno militar que ha sido tolerado por todos Uds. Estos sufrimientos están todavía muy frescos y deseo olvidar tantos vejámenes que todavía me duelen”. El General se excusó con que ellos no habían tenido arte ni parte en los hechos a que yo me refería. Le repliqué que era efectivo; pero que sobre ellos pesaba la responsabilidad por un pecado de omisión, ya que no habían protestado ni impedido los actos de tiranía y atropello a la Constitución y a las leyes. Le agregué que no era yo tan insensato de pretender disolver el Ejército o tomar medidas en su contra; pero, como era un hecho que el país me había elegido como una protesta contra el militarismo y por haber sido yo la víctima más afectada por los actos y medidas de un dictador militar, yo creía que debía responder a la opinión del país, aplicando algunas sanciones contra los actos repudiados por la opinión. Aquellas medidas no podían reducirse sino a sancionar a los Generales que tenían la responsabilidad del mando y que no impidieron las actitudes incorrectas del Ejército porque no pudieron o porque no quisieron<sup>908</sup>.

Durante este gobierno se impuso una política militar que acorraló a los militares a que adoptasen un rotundo cambio de actitud; de hecho, los propios militares estaban conscientes de ello: “Alessandri no perdonó a los oficiales que por largo tiempo fueron el sostén del dictador. El cuerpo de oficiales y el número de las divisiones fueron reducidos. Los oficiales alemanes cuyo contrato así lo permitía, debieron volver a su Alemania natal. Solamente los oficiales de mayor antigüedad, entre ellos yo, fueron mantenidos para no dañar demasiado el perfeccionamiento del cuerpo de oficiales”<sup>909</sup>. Después de 1932, los militares debieron regresar a sus cuarteles, limitándose a conjurar en secreto y ver cómo los civiles lograban imponer su dominio sobre los institutos castrenses, algo que perduraría sin mayores problemas hasta 1973. Si los militares intentaban algo como antaño, ahora Alessandri tenía un seguro: el Cuerpo de Carabineros.

Obviamente, el quiebre de la homogeneidad institucional de las Fuerzas Armadas produjo un relajamiento de la disciplina de la tropa, así como de la oficialidad, lo que también vino a materializarse en el hecho de que las fuerzas no pudieron hacer frente a los desbordes de las masas. El sector civil, que veía a los militares casi como sus guardianes, no podían pasar aquello por alto: ¿Cómo era posible que aquellos que debían asegurar el orden interno del país se hallasen en directa ingobernabilidad? ¿Cómo era posible que oficiales formados

---

<sup>908</sup> Arturo ALESSANDRI PALMA: *Recuerdos de Gobierno*, Tomo III, Editorial Nascimento, Santiago, 1967, pp. 8-9.

<sup>909</sup> Hans Von Kiesling, citado por Patricio QUIROGA; Carlos MALDONADO: *Op. Cit.*, p. 141.

en el mejor ejército del mundo no pudiesen apretar la correa de sus hombres; es más, y que muchas veces le dieran rienda suelta a sus deseos políticos? ¿Acaso era posible que aquellos guardianes, ante la intromisión del virus rojo, ahora compartían abiertamente sus ideales? La reacción de la civilidad no podía hacerse esperar, mal que mal, en las palabras de Renato Valdés, ex militar, no había mentiras al decir que:

Se ha logrado levantar en el país un sentimiento injusto de antimilitarismo, casi de odio contra las instituciones armadas, que se manifestó especialmente en las ofensas inmerecidas que recibieron militares y carabineros a raíz del movimiento revolucionario de julio y, posteriormente, en la pretensión de construir una especie de fascismo o de guardia del orden<sup>910</sup>.

Incluso el mismo General Prats atestiguó este rechazo:

A raíz de la caída del primer Gobierno del Presidente Ibáñez y de los sucesos políticos del año 1932, el Ejército quedó expuesto a lo que se llamó la “reacción civilista” frente a la intromisión militar en los asuntos públicos durante los años precedentes. La oficialidad, individualmente, era escupida por las damas y víctima de las agresiones matonescas de los civiles. Los recursos destinados a la Defensa Nacional fueron drásticamente disminuidos, iniciándose un proceso de 40 años de descapitalización institucional, de graves proyecciones para la seguridad nacional<sup>911</sup>.

Bien decía Carlos Maldonado que la creación de casi medio centenar de guardias cívicas en todo el país fue la demostración más palpable del rechazo de la civilidad a los movimientos militares del 31 y 32 y, además, el preludio de medidas exigidas a fin de controlar a los uniformados a fin de evitar cualquier injerencia posterior en los asuntos políticos. La primera de todas las medidas fue la completa depuración de los elementos considerados peligrosos para la disciplina interna, a ello le siguió una clara política reduccionista en cuanto a los sueldos; de hecho, por medio de las leyes 5.005 y 5.053 se redujeron todavía más los sueldos, en al menos un 30%, y los gastos de defensa<sup>912</sup>. La Armada, fiel protectora de la élite, vio reducido su presupuesto en 6.543.474 millones de pesos, y su planta de oficiales no corrió mejor suerte, al punto que se redujo a tan solo 108 hombres y no se hicieron llamados a contingentes de conscriptos. La FACH vio como 5.206.343 millones se les escapaban entre los dedos y cómo, con mucho esfuerzo, su personal llegó solo al 40% de lo requerido. Se les negó hasta el dinero para combustible, forraje o rancho. El mismo General Carlos Prats, quien fuera testigo de primera mano de lo sucedido, nos decía que para 1934 solo podía percibir unos 433 pesos de sueldo, lo que precariamente le alcanzaba para vivir. Por otro lado, nos dice, “Nos dedicamos con fervor a nuestras tareas profesionales, improvisando recursos para suplir las deficiencias orgánicas y técnicas”<sup>913</sup>, dentro de este marco se hallaba la restricción al uso de la munición de artillería para los tiros de combate.

---

<sup>910</sup> Carlos MALDONADO: *Op. Cit.* p. 42.

<sup>911</sup> Carlos PRATS: *Op. Cit.*, p. 314.

<sup>912</sup> Carlos MALDONADO: *Op. Cit.* p. 31.

<sup>913</sup> Carlos PRATS: *Op. Cit.*, p. 71.

## REDUCCIÓN DEL CONTINGENTE DE CONSCRIPTOS DEL EJÉRCITO (1927-1936)

Año	Contingente
1927	19.000 hombres
1928	13.000 hombres
1929	16.000 hombres
1930	15.000 hombres
1931	15.000 hombres
1932	6.995 hombres
1933	1.420 hombres (solo 6 meses)
-----	1.000 hombres (en noviembre)
1934	5.300 hombres
1935	6.300 hombres
1936	7.550 hombres

Véase en Carlos MALDONADO: “Entre Reacción Civilista y Constitucionalismo Formal: Las Fuerzas Armadas Chilenas en el Período 1931-1938”, en *Contribuciones Programa FLACSO-Chile*, n°55, 1988.

Esto llegó al punto que en 1932 las autoridades civiles resolvieron clausurar las escuelas militares, quizás siendo éste el golpe más duro en cuanto a la organización de la institucionalidad castrense, especialmente cuando se le consideraba en conjunto a la creación del Ministerio de Defensa Nacional, en el que se unificaban los antiguos Ministerio de Guerra, Marina y la Subsecretaría de Aviación en un solo ente administrativo dirigido exclusivamente por autoridades civiles.

Hacia 1938, en el último año del gobierno de Alessandri, las instituciones armadas llegaron a encontrarse desprovistas de sus más elementales medios de trabajo y carente de las tenidas para indispensables para satisfacer las necesidades de contingentes anuales. Los escasos recursos habían impedido en desarrollar los períodos de instrucción, a lo que se sumaba la desorganización administrativa, la apremiante pobreza del personal y falta de unidad de mando en las esferas superiores. Manuel Hormazábal González sostenía que la constante reducción de contingentes, las injurias y las indiferencias a las problemáticas militares habían producido un verdadero desquiciamiento profundo del orden moral que afectaba a gran parte de los componentes del Ejército. “Podría decirse que se había perdido la propia fe para continuar trabajando y luchando por su engrandecimiento, prestigio y dignidad [...] Tal era la amarga y triste realidad”<sup>914</sup>.

---

<sup>914</sup> Citado por Roberto ARANCIBIA CLAVEL: *Vientos de Rebelión 1932-1973*, Academia de Historia Militar, Santiago, 2020, p. 27.

Pero el golpe al orgullo militar lo dieron las Milicias Republicanas, un verdadero ejército paralelo con más de 50 mil hombres armados y en pie de guerra. Bien decía Carlos Maldonado: “Su presencia en las calles de la mayoría de las ciudades del país significó un golpe de gracia contra la efervescencia castrense, desarrollando ésta un control directo sobre las Fuerzas Armadas, principalmente el Ejército”<sup>915</sup>. Y si el solo hecho de que ahora los militares se veían rodeados prácticamente de carceleros, también debió ser duro el ver como la Milicia recibía cantidades ingentes de armamento, especialmente fusiles Mauser, las cuales ¡eran propiedad del mismo Ejército!

Al final del gobierno de Alessandri, la tendencia entre las filas era clara: se debían redoblar los esfuerzos por lograr la unidad institucional y de profesionalismo castrense. Si los militares querían sobrevivir a la ola civilista, era menester actuar como un solo cuerpo. Precisamente aquí es que nacen las percepciones corporativistas, las que promovían el orden social, la disciplina y la responsabilidad:

Esta forma de la corporación castrense se cierra en sí misma e intenta determinar el tipo de funciones características que tiene su propia institución frente al resto de la sociedad. En este contexto surgen con rapidez las inevitables idealizaciones del papel de las Fuerzas Armadas en la sociedad, reeditándose la permanente reivindicación de institución rectora del acontecer social y expresión máxima de virtudes cívicas<sup>916</sup>.

Esto, queriéndolo o no, era casi inevitable, más teniendo en cuenta la depuración de las filas por parte de las autoridades civiles, en la que un gran número de altos oficiales fueron llamados al retiro, trasladados al extranjero o a lugares remotos del país donde no pudieran ejercer influencia alguna. El espíritu de cuerpo nació a causa del rechazo social y político como una medida de defensa colectiva. De hecho, la revista *Defensa Nacional* así lo planteaba:

¡Camaradas del Ejército, de la Armada y de la Aviación! Interésense por esta publicación, porque es la única que hoy día defiende los intereses de la defensa nacional que cuando menos se piense puede ser puesta a prueba. Las instituciones armadas nunca han pasado por un momento más difícil: el Ejército disminuido, la Armada destrozada; la Aviación también amenazada de muerte (...) Nuestro deber es hacer una propaganda legal y justa, a fin de que se salve por lo menos la base de existencia de las instituciones armadas, teniendo en cuenta siempre su posible reconstrucción, cuando nuestros recursos pecuniarios lo permitan<sup>917</sup>.

Con ello también surgieron ideas desde Europa, las que llegaban y tocaban buen puerto entre las filas chilenas. Y es que un nuevo fenómeno surgía al interior de las Fuerzas Armadas, una tendencia nacionalista de raíz ultraderechista. De forma simultánea, al margen de las filas apareció en el concierto político un partido nacional socialista, ligado a los alemanes y sus descendientes en el país. Por otro lado, la presencia de la Alemania nazi en

---

<sup>915</sup> Carlos MALDONADO: *Op. Cit.* p. 39.

<sup>916</sup> Augusto VARAS; Felipe AGÜERO; Fernando BUSTAMANTE: *Chile, Democracia, Fuerzas Armadas*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Chile, 1980, p. 80.

<sup>917</sup> Citado por Carlos MALDONADO: *Op. Cit.* p. 50.

el país estaba fuera de toda duda, más por el hecho de que los germanos impulsaban el expandir su influencia en la región latinoamericana. Al final de la década de los 30 y principios del 40 el pensamiento germano en Chile maduró rápidamente. De hecho, el embajador en Chile Claude Bowers sostendría: “El elemento pro-nazi de Chile se mostraba confiado hasta el extremo de la arrogancia”<sup>918</sup>, muy similar a las palabras de Jorge González von Marées, Jefe del Partido Nacional Socialista chileno: “*el 95 por ciento de los oficiales y jefes de nuestras Fuerzas Armadas... simpatizan con la causa de Alemania*”<sup>919</sup>.

A la par, también se dio en la conciencia militar un supuesto mayor nivel cultural y técnico sobre la sociedad civil, un verdadero “sentimiento de élite”, según Patricio Quiroga y Carlos Maldonado; de ahí la separación casi obvia entre el mundo militar y civil. “Tal sentido de élite se tradujo en un sentimiento de superioridad de tal magnitud que llegó a intentar convertir al Ejército en un ente con vida propia, autónomo y alejado de los intereses de grupos, para convertirse en la vanguardia de los intereses superiores e imperecederos de la nación”<sup>920</sup>. La visión de guardianes y conservadores de la Patria y como los únicos capaces de ejercer el monopolio de las armas, creó una autopercepción de “árbitro de las luchas sociales y políticas”. Obviamente esto iba a la par de su retraimiento de lo civil y, como no podía ser de otra forma, de su desconfianza hacia el sistema parlamentario, las fuerzas políticas y los políticos, especialmente aquellos relacionados con los movimientos obreros.

Por ello mismo no debiera extrañarnos que, con el tiempo, el pensamiento de los militares se llegara a acoplar con el de la derecha ultraconservadora, aunque vale decir que fueron estos últimos quienes buscaron un acercamiento esgrimiendo discursos hacia el sector castrense. Fue una relación lenta, como si avanzara despacio por las piedras, pero que, por las contingencias económicas, sociales y políticas; resultó en un fecundo matrimonio. Sobre esta base, y desde la derrota alemana en 1945, los militares comenzaron a realizar una lectura de la historia de Chile, sobre la visión “decadentista”, muy aunada a los postulados de los sectores conservadores, en las que se identificaban a los “enemigos” de Chile en lo interno como en lo externo. A ello contribuyó de sobremanera la Doctrina de Seguridad Nacional y el hecho que muchos uniformados se vieran a sí mismos como el pilar del sistema democrático, muy a diferencia de sus enemigos “rojos”.

La política de buena vecindad de Roosevelt inició un cambio drástico en lo concerniente al paradigma imperante en las Fuerzas Armadas chilenas, pues de lo germano se pasaba a lo norteamericano. Los Estados Unidos, al igual que Alemania al principio del siglo, pretendían asentar su hegemonía mediante su relación con los ejércitos latinoamericanos, y para ello contaban con el financiamiento y la tecnología necesaria. Pese a que las simpatías con Alemania continuaban, y hasta el día de hoy lo hacen, la cooperación con los norteamericanos fue fructífera, especialmente por el hecho de que ya eran parte de nuevos mecanismos como el TIAR y el PAM en su nueva “lucha” contra la Unión Soviética. Esta conducción doctrinaria más cercana al Pentágono también coincidió con la nula incidencia de los militares en los asuntos políticos tradicionales. Aunque existieron pequeños grupos que realmente lo intentaron, pero que no pasaron del tejemaneje de los conspiradores. La primera de ellas fue el Grupo de Oficiales Selectos (GOS), nacida en 1941 y que habría sido el “respaldo militar” a la candidatura de Juan A. Ríos, mientras que la segunda era la agrupación Por Un Mañana Auspicioso (PUMA) y la que cerró sus filas con un solo objetivo:

---

<sup>918</sup> Claude Gernade BOWERS: *Misión en Chile, 1939-1953*, Editorial del Pacífico, 1957, p. 69.

<sup>919</sup> citado por Patricio QUIROGA; Carlos MALDONADO: *Op. Cit.*, p. 156.

<sup>920</sup> *Ibidem*, p. 148.

defender el triunfo electoral de Carlos Ibáñez del Campo en 1952. Ya hacia 1955 se conformaría el movimiento Línea Recta (LR), con claros tintes políticos y “moralizadores” para la política nacional, de un marcado nacionalismo y, como la mayoría de estos movimientos, anticomunismo. Quizás lo más importante fue su rechazo a la gestión civil, a la cual tachaban de incompetente y corruptora de la política nacional, cuestión que según ellos solo se subsanaría bajo la firme mano militar; obviamente, una renovada, pues consideraban que, en palabras de Ibáñez, “los actuales generales no sirven para nada y no se preocupan de las necesidades de la institución, en lo que no andan muy desacertados”<sup>921</sup>. Evidentemente, ninguno de estos movimientos llegó a concretarse o, siquiera, a contar con el apoyo entre las filas, pues bien decía la CIA: ‘la moral de las Fuerzas Armadas es normalmente alta y se mantienen en buen pie a pesar de los efectos adversos de una paga inadecuada enfrente de la inflación...’<sup>922</sup>.

Ya a partir de la década de los 60, con la instauración de la *Pax Americana*, las ideas de contrainsurgencia y el prestigio militar volverían a ver la luz, pero aquello no se traducía directamente en mejores equipos y armas. Bien decía el General Prats que, durante el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964), el Ejército se mantuvo con “un equipo clásico muy obsoleto en materia de armas pesadas, blindados y de artillería”<sup>923</sup>, debiendo recurrir a la modernización de forma independiente bajo la tutela del General Oscar Izurieta. Aquello no era de sorprender, pues desde 1941, cuando la Segunda Guerra se hallaba en su punto más álgido, el material norteamericano destinado a Chile fue, francamente, paupérrimo. Bien decía el Ministro de Defensa General Guillermo Barrios Tirado que la famosa ayuda estadounidense no era más que “un volador de luces, la ayuda se materializó en unos tanques anticuados [...] La situación material en el Ejército era de extrema gravedad porque no disponía de más material moderno que una treintena de tanques livianos y una reducida cantidad de vehículos motorizado de poco valor combativo”. Esto llegaría al punto que el mismo Ministro de Defensa diría en el Oficio n°124 del 14 de marzo de 1951 que “Las Fuerzas Armadas de Chile no están en condiciones de prestar ayuda inmediata fuera del Continente en razón del estado actual de sus efectivos humanos y materiales, pero a pesar de su pobreza material, está en condiciones de asegurar la paz interior”<sup>924</sup>.

Esto concordaba con la descripción realizada por I. Aaron en un manuscrito titulado “Mitos y Realidades del Ejército de Chile, en las décadas de los cincuenta a los ochenta”, y en el que se nos cuenta que para la década de los 50:

Por los años cincuenta sólo se acuartelaban los ciudadanos que vivieran en la misma ciudad donde cubría guarnición el Regimiento, porque, a partir del primer mes de acuartelamiento debían ir a almorzar y a comer a sus casas, para producir “economías”. Esos ahorros eran usados por el Comandante para solventar gastos de mantenimiento de las instalaciones militares. No se concebía que hubiera agua caliente en un cuartel, excepto en las cocinas, claro

---

<sup>921</sup> Mario VALDÉS URRUTIA: “El Movimiento Deliberatorio Militar ‘Línea Recta’ en Chile y sus Motivaciones Político-Económicas (1945-1955), en *Actas de las Jornadas de Historia Naval y Marítima*, n°7-8, 1996-1997, p. 121.

<sup>922</sup> Ibidem, p. 134.

<sup>923</sup> Carlos PRATS: *Op. Cit.*, p. 563.

<sup>924</sup> Citado por Cristián GARAY VERA; Valeska TRONCOSO: “Influencia de la diplomacia militar en las Fuerzas Armadas Chilenas durante la temprana guerra fría 1942-1952”, en *Cult.-hombre-soc.*, Vol. 28, n°2, 2018, pp. 6-13.

está. Los conscriptos dormían en colchones y almohadas hechos de sacos de lona, que se llenaban con paja de trigo, la que era cambiada a mitad de año. Por alimento diario tenían dos panes y medio litro de café al desayuno, y cazuela de vacuno y porotos con tallarines al almuerzo y cena. El vestuario estaba dividido en las siguientes categorías: “De formación que tenía una vida útil de dos años. Luego pasaba a ser “Tenida de Guardia” durante un año para, después, ser “De Salida”, que debía durar otros dos años más y terminaba siendo “De Servicio” con una durabilidad no inferior a un año. Lo mismo sucedía con el calzado. Se usaban alpargatas para hacer gimnasia. O sea, los soldados usaban como uniformes de diario ropa que había sido usada por cinco soldados diferentes en los cinco años interiores. Los uniformes eran de paño y los soldados debían presentarse muy bien las revistas, pero en los Regimientos no había planchas. De modo que Sargentos y Cabos debían llevarse las prendas de vestir de los hombres a su mando para plancharlas en sus casas. Tampoco existía peluquería para los conscriptos y eran sus propios instructores quienes con viejas máquinas manuales les cortaban el pelo lo mejor que podían. De ahí el apelativo de “pelados” que se les daba a los conscriptos.

Para la década de los 60 la situación no era más alentadora: “Nadie, en su primer año de contrato, fuera Oficial o Suboficial, recibía un peso de sueldo. Todo lo que ganaba era descontado para gastos de alimentación, bebidas, cigarros, lavado, reuniones sociales, etc. Y siempre quedaba un saldo en contra para el próximo mes”<sup>925</sup>. Y es que como lo decía Prats, en aquellos años se continuó con el legado de Alessandri Palma: “El Ejército se encuentra en inquietantes condiciones de equipamiento, provisto de armas livianas y pesadas, y de armamentos de artillería muy anticuados, con insuficientes niveles de munición y motorización, excepto los limitados progresos obtenidos a través del Pacto de Ayuda Militar con los EE.UU., que habían permitido motorizar algunas unidades en el Norte Grande”; sin embargo, como ya hemos dicho, este material de guerra era poco y obsoleto. De hecho, “los volúmenes del suministro de tanques, aviones de combate y buques de guerra al conjunto latinoamericano eran modestísimos en relación con las inversiones norteamericanas en áreas periféricas de mayor urgencia para los intereses inmediatos de su política internacional”<sup>926</sup>. Una opción viable eran los mercados de Europa Occidental, Canadá y Australia, pero, como todo en esta vida, tenía un costo, un alto costo.

Armas de último modelo, adecuadas a los requerimientos de la seguridad exterior; en otras palabras, útiles y precisos en una guerra convencional, pero costosas, casi a un precio que una economía tan tambaleante como la chilena no podía soportar. De ahí que las apreciaciones realizadas por el Comandante en Jefe del Ejército, General Bernardino Parada Moreno, no fueran las más alentadoras:

Pese al énfasis de la asistencia militar norteamericana, los déficits de equipamiento institucional, en todo orden, eran realmente alarmantes, como

---

<sup>925</sup> Citado por Mario VALDÉS URRUTIA: “Consecuencias económicas en las Fuerzas Armadas a propósito de los sucesos del 21 de octubre de 1969 en el Regimiento Tacna”, en *Actas de las Jornadas de Historia Naval y Marítima*, n°1, 2000, pp. 26-27.

<sup>926</sup> Carlos PRATS: *Op. Cit.*, pp. 93-101.

consecuencia de los largos decenios de no renovación racional de armamentos y equipos ya obsoletos, sin el apoyo logístico propio más elemental<sup>927</sup>.

Pero no había otra opción, dado que desde 1967, se había suspendido la ayuda de material militar norteamericano dedicado a la guerra convencional. Es por esto que las Fuerzas Armadas chilenas derivaron sus compras hacia el mercado europeo, más cuando el acuartelamiento del regimiento Tacna a fines de 1969 supuso un duro recordatorio a las autoridades civiles sobre las necesidades de equipamiento y sueldos, cuestión que Frei captó a la brevedad. Aquel levantamiento, al mando del General Viaux, más que nada fue una protesta pública por la paupérrima situación económica del personal militar, en las que se hicieron especial énfasis en el tema remuneraciones, condiciones de vida y las carestías de equipamiento. Era notorio, nos decía Viaux, a través de una comparación de los sueldos militares con los de servidores estatales como INDAP (Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario) o CORA (Corporación de la Reforma Agraria), “verdaderamente asombroso comprobar la diferencia enorme en las remuneraciones de esos servicios y de las Fuerzas Armadas”<sup>928</sup>. Vale decir que los síntomas de aquella protesta ya eran visibles, incluso para los observadores extranjeros:

En 1967, por citar un caso, diplomático extranjero observaba que las fuerzas armadas chilenas habían tenido un mal desempeño, en gran medida porque no había sido posible ese año llamar a todos los conscriptos; ni siquiera había botas suficientes para calzarlos<sup>929</sup>.

El llamado *Tacnazo* tuvo sus resultados el 7 de enero de 1970 tras la promulgación del Decreto con Fuerza de Ley n°1, de 1969, con el que se modificaban las remuneraciones del personal militar, una mejora sustancial, pero no por ello mejor; de hecho, los salarios seguían estando muy por debajo de algunos servidores públicos, incluso de los mismos maestros de escuela. El mantenimiento en cuanto a equipos tampoco fue el mejor; de hecho, quienes vivieron esto de primera mano eran los oficiales que salían de la Escuela Militar, lugar en el que se les había mostrado un verdadero ejército modelo, y al llegar a sus unidades se encontraban de cara a una realidad bastante triste y desilusionante. La falta de medios era impresionante, ni siquiera había combustible para los vehículos o derechamente repuestos. El material permanecía en hileras sin moverse y el más pesado llegaba a enterrarse varios centímetros en el suelo. Tampoco alcanzaba para vestuario o equipo para el personal, pues a los nuevos reclutas solamente se entregaban botas usadas y en paupérrimas condiciones, rotas para los afortunados, los demás debían seguir usando zapatos o zapatillas de civil. Las tenidas de combate estaban en estado deplorable, ya que no había reposición. Incluso se veía a conscriptos usando tenidas de loneta blanca de la peor calidad posible. En cuanto a la munición la cuestión era aún peor, pues hablar de escasez es decir poco. Desabastecimiento para los fusiles y casi inexistente para las ametralladoras. Para enseñar el fuego y el movimiento de una escuadra, los tiros se simulaban golpeando las cajas de munición con

---

<sup>927</sup> Ibidem, p. 102.

<sup>928</sup> Mario VALDÉS URRUTIA: “Consecuencias económicas en las Fuerzas Armadas a propósito de los sucesos del 21 de octubre de 1969 en el Regimiento Tacna”, p. 26.

<sup>929</sup> Mario VALDÉS URRUTIA; Danny MONSÁLVEZ ARANEDA: “Recogiendo los pasos: los movimientos deliberativos al interior de las filas del Ejército (1969-1973)”, en *Notas Históricas y Geográficas, Universidad de Playa Ancha*, n°13-14, 2002-2003, p. 192.

piedras. El lanzamiento de granadas se recreaba con piedras o con las bases de los catres que eran de metal. El mismo Roberto Arancibia Clavel, quien fuera miembro de las Fuerzas Armadas por aquel tiempo, recientemente expresó las carestías en los cuarteles:

El mantenimiento de los cuarteles era deficiente, no había presupuesto para su mantención y con el peso de los años las dependencias se iban deteriorando indefectiblemente. Se hacía todo lo que se podía y a veces se arriesgaban deudas en el comercio local para tener una mínima presentación en el cuartel. Los períodos de instrucción que se hacían eran los básicos solamente, ya que no había medios suficientes para efectuar los períodos de unidades mas completas. A este estado de cosas se agregaba una situación de sueldos extremadamente baja. El pago mensual para los oficiales jóvenes apenas alcanzaba para pagar las deudas de rancho y cantina que se acumulaban en el período. Un número importante de oficiales quedaba con deudas para el mes siguiente. Lo anterior afectaba la posibilidad de adquirir vestuario de civil pese a que en el comercio local se les daba facilidades al personal militar que se demoraba en pagar, pero pagaba. Ante esta situación, que era mas grave para los casados, muchos sacrificaron su carrera para buscar otros horizontes. Excelente personal de planta fue tentado por las grandes empresas mineras que le pagaban hasta cinco veces el sueldo que podía recibir en el Ejército. Este estado de cosas afectaba notablemente la razón de ser del militar. Las dotaciones de las unidades estaban incompletas y solo un flaco esqueleto de personal completado por los conscriptos daba una pobre fisionomía de lo que debería ser la unidad para enfrentar una guerra. Los conflictos o desavenencias con los países vecinos en la época no faltaron y dicha situación aumentaba la desazón de quienes tenían la obligación de defender la patria. Esta realidad paupérrima tenía su primera expresión en la relajación de la disciplina. La contradicción consistía en cómo exigir que se hicieran bien las cosas si no había con qué hacerlas, de allí entonces que se exigía menos. Una segunda expresión fue un creciente descontento en contra de los responsables de la situación; por un lado, una crítica sorda y potente contra la autoridad política; y, por otra, una desilusión por la falta de fortaleza de los mandos para lograr la solución de la grave situación que se vivía<sup>930</sup>.

Las medidas paliativas tampoco impidieron otros intentos conspirativos dentro de las filas, uno de ellos fue el conocido como “*putsch de semana santa*”, ocurrido allá por el 25 de marzo de 1970. Liderada por el General Horacio Gamboa Núñez y de pretensiones nacionalistas, aquella aventura estaba destinada al fracaso. Y es que como bien lo llegó a señalar el General Schneider a su llegada a Santiago desde Punta Arenas (donde era Comandante en Jefe de la V División del Ejército) para hacerse cargo de la Comandancia en Jefe del Ejército (25 de octubre de 1969): “El pensamiento de los que estaban adentro del Tacna era exactamente igual al de los que estaban fuera de él”<sup>931</sup>. Con ello quedaba en evidencia la profundidad de la crisis en las filas y su relación con el sector civil. Y, como bien lo dirían los historiadores Mario Valdés y Danny Monsálvez, “a partir de la aventura

---

<sup>930</sup> Roberto ARANCIBIA CLAVEL: *Vientos de Rebelión 1932-1973*, pp. 96-97.

<sup>931</sup> Citado por Augusto VARAS: *Op. Cit.*, p. 22.

de Gamboa y hasta 1973, todas las manifestaciones de inquietud provenientes del mundo militar chileno, tuvieron una motivación principalmente política, no económica”<sup>932</sup>. El más notorio de éstos fue precisamente el atentado contra el General Schneider el 22 de octubre de 1970, el cual tenía como objetivo secuestrar a quien se había dedicado a restaurar la norma de no deliberación de los militares, también conocida como “Doctrina Schneider”. Con Viaux nuevamente a la cabeza, pero ahora con el apoyo de la CIA y Patria y Libertad, se buscó una intervención militar para impedir la llegada de Allende al poder; sin embargo, como se suele decir, “les salió el tiro por la culata”: el objetivo era secuestrar a Schneider, pero terminaron matándolo, y, peor aún, el General que lo sucedió, Carlos Prats, fue un firme seguidor de su doctrina. Y por si fuera poco, Allende asumió como Presidente.

Pero, curiosamente, por contrario que pueda parecer, Salvador Allende fue uno de los presidentes que más invirtió en las Fuerzas Armadas. Desde el vamos se mostró un fuerte interés por las condiciones materiales en que se hallaban las Fuerzas Armadas, cuestión que se dejaba ver con claridad en el mismo programa de gobierno de la UP: “Es necesario asegurar a las Fuerzas Armadas los medios materiales y técnicos y un justo y democrático sistema de remuneraciones, promociones y jubilaciones que garanticen a oficiales, suboficiales, clases y tropas la seguridad económica durante su permanencia en las filas y en las condiciones de retiro y la posibilidad efectiva para todos de ascender atendiendo sólo a sus condiciones personales”<sup>933</sup>. Esto último, también se debía a la situación vecinal: “El Estado Popular prestará atención preferente a la preservación de la soberanía nacional, lo que concibe como un deber de todo el pueblo. / El Estado Popular mantendrá una actitud alerta frente a las amenazas a la integridad territorial y a la independencia del país alentadas por el imperialismo y por sectores oligárquicos que se entronizan en países vecinos y que junto con reprimir a sus pueblos alientan afanes expansionistas y revanchistas”<sup>934</sup>. De hecho, ya desde el tiempo de las elecciones se produce un acercamiento a las Fuerzas Armadas, incluso la embajada norteamericana daba cuenta de ello. Ello llegaría al punto que muchos militares se habían decantado por el gobierno de la UP antes que realizar un levantamiento en su contra: “Se continúa tomando contactos para reclutar miembros de las Fuerzas Armadas en un intento para que adelantes algún tipo de levantamiento... no hay éxitos a la fecha. / En el intertanto, Allende continúa reuniéndose con pequeños grupos del Ejército, Marina y Fuerza Aérea, prometiéndoles personalmente que él vería que fueran ascendidos; que sus sueldos serían aumentados, etc. Por lo tanto, es fácil entender por qué es problemático obtener que los militares tomen acción”<sup>935</sup>.

Estas palabras eran casi obligadas, más teniendo en cuenta el tenso ambiente posterior al Tacnazo, y es que si Frei había entendido el mensaje a la primera, Allende no se quedaría corto o, al menos, no debía hacerlo si quería sobrevivir. Una vez iniciado su gobierno, se procedió de forma inmediata a enviar nutridas comisiones técnicas a Europa Occidental y la Unión Soviética, destinadas tanto a la inspección de los modernos equipos militares como a su instrucción para los futuros tripulantes. De hecho, en palabras de Prats “el gobierno que en dicho lapso [desde 1931 hasta 1971] tuvo una concepción más nítida de la seguridad nacional y demostró con hechos el mayor interés por los problemas de la

---

<sup>932</sup> Mario VALDÉS URRUTIA; Danny MONSÁLVEZ ARANEDA: *Op. Cit.*, p. 201.

<sup>933</sup> UNIDAD POPULAR: *Op. Cit.*, p. 19.

<sup>934</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>935</sup> Mensaje condidencial de WR Merriam a Mr McCone, 9 de octubre de 1970. En *Documentos Secretos de la ITT*, p. 32.

Defensa Nacional, fue, justamente, el Gobierno de Allende”<sup>936</sup>. Irónico, a falta de una mejor palabra, es el hecho de que el gobierno civil que más énfasis dio al apertrechamiento y modernización de las Fuerzas Armadas fue derrocado por éstas.

Pero evidente es que el único Presidente de Chile que en 40 años abrió un camino de coherencia a los intereses de la seguridad nacional fue Salvador Allende. Comenzó por exigir de los partidos de la U.P. que se respetara su carácter de “Generalísimo de las FF.AA.”, negándoles a ellos toda ingerencia [*sic*] en la vida profesional de los Institutos Armados. Prosiguió depositando su confianza en los Comandantes en Jefe, a quienes dio amplia libertad de acción en los problemas (que preocupan a los presidentes) de designación de mandos, llamados a retiro y prebendas en el extranjero. Pero, más allá de lo doméstico [...], impulsó, con personal entusiasmo, los planes de aumento de planta, expansión de la infraestructura y adquisiciones en el exterior que propusimos los Comandantes en Jefe ante el Consejo Supremo de Seguridad Nacional, así como diversos asuntos de desarrollo tecnológico, sin descuidar el mejoramiento del nivel de vida de los cuadros institucionales mediante arreglos del sistema de remuneraciones y del impulso asistencia, especialmente en cuanto a disponibilidad de viviendas para los distintos niveles jerárquicos<sup>937</sup>.

Esto llegó al punto en que el presidente Allende consideró la posibilidad de abrir lazos comerciales entre Chile y la URSS para el traspaso de armas convencionales. Específicamente el 16 de julio de 1971 el presidente y el General Prats se reunieron con el embajador ruso Basov para barajar precisamente esta posibilidad, del traspaso de armamento convencional que tanto interesaba al ejército. El Director de Operaciones de la Institución, General Guillermo Pickering, acompañaba a ambos representantes chilenos. Como nos lo dice Prats “Del intercambio de opiniones, surge la conveniencia de que el Director de Operaciones viaje a Francia, la U.R.S.S., Checoslovaquia, Polonia, Rumania y Yugoslavia. Del análisis de sus informes al Estado Mayor General del Ejército, se desprendería la conveniencia de recurrir al mercado socialista, sin perjuicio de mantener la corriente de suministros tradicionales desde los EE.UU. y de Europa Occidental”<sup>938</sup>.

Esta política tenía dos ejes principales: la mantención de la subordinación militar al mando civil, reiterando su carácter constitucionalista, y la incorporación misma de las Fuerzas Armadas a las tareas de desarrollo nacional y al proceso de cambio económico que experimentaría Chile, obviamente, sin romper el marco de subordinación. Aquella estrategia suponía la transformación de las Fuerzas Armadas en un ente comprometido con el proceso chileno, pues no se concebía la creación de una milicia paralela destinada a reemplazar al ejército profesional existente<sup>939</sup>. Esto también venía de la necesidad de tranquilizar a los militares y los adversarios políticos de la UP, y es que asegurando la ausencia de la lucha continental, a la par de que se esgrimía la “Hipótesis de conflicto” con países con los que se contaba con una rivalidad histórica, se granjeaba el apoyo de los oficiales, quienes fueron

---

<sup>936</sup> Carlos PRATS: *Op. Cit.*, p. 598.

<sup>937</sup> *Idem*.

<sup>938</sup> *Ibidem*, p. 214.

<sup>939</sup> Verónica VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE: “Todos juntos seremos la Historia: Venceremos. Unidad Popular y Fuerzas Armadas”, en Julio PINTO VALLEJOS (ed.): *Op. Cit.*, p. 180.

muy críticos con Frei y su excesiva confianza en los mecanismos diplomáticos en desmedro de los castrenses. Básicamente, y en palabras de Verónica Valdivia, lo que se buscaba era “terminar con la separación del mundo militar e integrarlo a los desafíos del desarrollo, pero como complemento a lo que se entendía era su principal misión; la defensa externa. Más aún, se hacía cargo del problema económico, eterna área de queja de los uniformados”<sup>940</sup>. La Unidad Popular había sido el primer gobierno civil que había dado una respuesta satisfactoria a las demandas de las Fuerzas Armadas: un salario justo, actualización técnico-profesional, y una participación activa en el contexto económico-social del país.

Esta política militar de Allende se basaba enteramente en la creencia del profundo sentido que tenía para la oficialidad la tradición constitucionalista, de respeto por el mando civil y de prescindencia en el ámbito político. Aquello lo dejó en claro en su discurso del 21 de mayo de 1971:

Enfáticamente han dicho que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hasta ahora sostén del orden institucional que superaremos, no aceptarían garantizar la voluntad popular decidida a edificar el socialismo en nuestro país. Olvidan la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil. Para decirlo en los propios términos del General Schneider, en las Fuerzas Armadas, como “parte integrante y representativa de la Nación y como estructura del Estado, lo permanente y lo temporal organizan y contrapesan los cambios periódicos que rigen su vida política dentro de un régimen legal”. [...] Y afirmo que las Fuerzas Armadas chilenas y el Cuerpo de Carabineros, guardando fidelidad a su deber y a su tradición de no interferir en el proceso político, serán el respaldo de una ordenación social que corresponda a la voluntad popular expresada en los términos que la constitución establezca. Una ordenación más justa, más humana y más generosa para todos pero esencialmente para los trabajadores que hasta hoy dieron tanto sin recibir nada<sup>941</sup>.

Si bien las Fuerzas Armadas terminarían de romper aquella promesa y tradición, lo cierto era que durante los dos primeros años de la UP, y a pesar de que el frente político ya se había desatado, las Fuerzas Armadas resistieron el envite que ejercían sobre ellas la prensa, los partidos conservadores, el empresariado y viejos camaradas en retiro. Por dos años se apegaron al anhelo de Schneider, aunque nadie dijo que aquello sería sencillo.

El contexto era complejo; de partida, no era el más propicio para las relaciones cívico-militares, no solo por la ideología imperante del gobierno, muy antagónica a los lineamientos que los militares habían seguido desde la década de los 40, sino también por la política seguida por la Unidad Popular: una política que precisaba de los uniformados, pues se esperaba unir a campesinos, soldados, obreros, mujeres, estudiantes y mineros en la construcción de un Chile Nuevo, más justo y solidario. El Servicio Militar del Trabajo fue la materialización de la incorporación a tareas de bien público, ya sea en obras viales o ferroviarias, incluso en casos de catástrofes. Básicamente, mediante este mecanismo, los uniformados dejaron de ser el brazo rompehuelgas del Estado para convertirse en uno de los pilares del desarrollo.

---

<sup>940</sup> Ibidem, p. 185.

<sup>941</sup> Primer Mensaje del Presidente Allende ante el Congreso Pleno, p. VII.

La Unidad Popular se esforzó por demostrar la utilidad social, pero no en el marco represivo, sino de creación, tomando las tesis castrenses de que los militares tienen funciones “manifiestas”, es decir, la guerra, y “latentes”, su aporte social, siendo esta la tendencia de la época, una era de lucha por el desarrollo. Así, en palabras del Ministro de Defensa José Tohá:

En sus alcances más sustantivos nada separa, pues, a las Fuerzas Armadas de los intereses del pueblo. “Integrarse e impulsar un proceso histórico irreversible para todos los chilenos”, requiere, sin embargo, de una “identificación para avanzar”, las mismas Fuerzas Armadas que permitieron el ascenso político de las capas medias constatan ahora la disyuntiva impuesta por la burguesía: o culminación del proceso revolucionario o restauración reaccionaria y represión a sangre y fuego del pueblo. Frente a tales opciones, nada podría resultar más peligroso que la ilusión de las mediaciones y la paz social. La situación revolución en curso en nuestro país es resultado del agotamiento definitivo e irrecuperable del capitalismo dependiente. El socialismo es una exigencia del pueblo y de la realidad objetiva<sup>942</sup>.

De ahí que el sector castrense participara activamente en el proceso. Por ejemplo, con el anuncio de la aceleración de la Reforma Agraria, Famae inició la fabricación de herramientas y maquinarias agrícolas; en los regimientos se daban asesorías técnicas a los campesinos y a los mismos conscriptos; se les integró en las áreas de investigación científica para pelear el subdesarrollo, cuestión que conllevó la participación de uniformados en la Comisión de Energía Nuclear y en el Consejo de Investigación y Desarrollo Científico; se abrieron las puertas de las Universidades para los uniformados; el servicio militar obligatorio recibió un nuevo aliento, teniendo ahora los oficiales la labor de educar a sus nuevos reclutas<sup>943</sup>. Estas medidas permitieron a la oficialidad conocer mucho de cerca la realidad social, pero también las tendencias políticas existentes allí, acentuándose todas las reticencias ideológicas y políticas del pensamiento militar. Esto se radicalizó aún más después de octubre de 1972, cuando los militares comenzaron a ocupar cargos de gobierno y se adentraron de lleno en la lucha del gobierno. La oficialidad fue colocada al medio del campo de batalla y la politizaron de tal manera que determinaron su bando en la antesala al golpe de Estado.

Pero los sectores más nacionalistas y conservadores no se quedaron de brazos cruzados, y es que la alianza Viaux-nacionalista alimentó en los militares el sentido de “responsabilidad” frente a la patria, argumentando, de buenas a primeras, que si los militares no se hacían con el poder a fin de rescatarla del virus rojo, los comunistas cernirían sus dedos sobre ella. De hecho, sobre esto último, se exacerbó aquel sentimiento anticomunista casi hasta el límite, aunque vale decir que para ello el camino ya estaba hecho, solo bastaban un par de palabras y una visión a futuro de Chile convertido en el satélite de la URSS para que los uniformados se empecinaran más en sus ideales antimarxistas. En pocas palabras, el paso de la UP había significado un verdadero trauma para el sector castrense, más cuando desde Estados Unidos se les veía como un sector incapaz de controlar al sector civil y una posible lucha armada. El embajador norteamericano creía que: “¿Son capaces los militares chilenos

---

<sup>942</sup> *Chile Hoy*, Año II, n°55, semana de 29 de junio al 5 de julio de 1973, p. 4.

<sup>943</sup> Verónica VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE: “Todos juntos seremos la Historia”, pp. 191-198.

de habérselas con violencia a través de todo el país, o con una guerra civil? Sobre esto la opinión en Santiago está dividida. Korry ha dicho que considera a las fuerzas armadas “un lote de soldaditos de juguete”<sup>944</sup>. Aunque no todos vieron el escenario con tanto pesimismo.

Al igual que lo ocurrido en el Perú, un sector no menor de los uniformados veía estas políticas de corte socialista con menos dramatismo de lo esperado, incluso se intentaron insertar en la nueva ola de cambios que vivía el país. Muchos militares chilenos evaluaron el experimento de la UP dentro de la tentativa tercermundista de superar la dependencia y el atraso mediante proyectos nacionalistas de modernización, además de un giro al socialismo no marxista. El mayor referente, al igual que en el Perú, fue el conocido como “Socialismo Árabe” guiado por la vistosa imagen del líder egipcio Gammal Abdel Nasser. La figura del caudillo egipcio significó un referente en cuanto a la liberación basada en los intereses de la nación, ello sin seguir ejemplos foráneos y poder iniciar la independencia económica rompiendo lazos con la potencia colonia y sin tomar partida en la Guerra Fría<sup>945</sup>. También se veía con sumo interés aquella capacidad negociadora entre los dos bandos involucrados en la guerra, en la que, básicamente, se acercó tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética para el provecho egipcio y así llenar la despensa de capitales, ayuda técnica y armamento. Aunque esto siempre guardando la autonomía y, como la mayoría de los militares haría en aquel tiempo, tratando de distanciarse del comunismo. Manteniendo la autonomía del gigante soviético, le había permitido mantener y fortalecer una experiencia de rasgos socialistas, no marxistas, a la par que sentaba fuertes bases en el movimiento de los no alineados.

La posición del líder egipcio fue bien vista por los jóvenes oficiales chilenos, que concordaban que las Fuerzas Armadas debían tener un rol más activo cuando se trataba de países en vías de desarrollo. Y es que, si el Tercer Mundo se hallaba en la batalla por la modernización, todos los sectores, incluidas las Fuerzas Armadas, debían ser partícipes, pues “por su carácter popular y su esencia nacional [...] están inmersas en esta verdadera lucha por la liberación nacional”<sup>946</sup>. Aplicando los ideales de un socialismo no marxista y el papel preponderante de los militares en la sociedad, favorecieron las miradas optimistas al proceso chileno, más cuando Allende mostrara una política exterior universalista y un respeto por la autodeterminación de los pueblos. Bien decía el Coronel Jasa:

Chile, para no caer en otra órbita de influencias y dependencias foráneas, debe actuar honestamente con una Política de Relaciones Exteriores dirigida a consolidar una Posición intermedia de tal forma que sea visto y comprendido como un país enteramente NO ALINEADO<sup>947</sup>.

Bajo este criterio, Chile podía acercarse libremente a la Unión Soviética con tal de conseguir bienes, capital y armamento, pero sin llegar a convertirse en uno de sus satélites. Para ello era menester resistir las presiones moscovitas. Con la experiencia de la UP, otros militares vieron la posibilidad, dentro del marco Constitucional, de tomar un rol más activo,

---

<sup>944</sup> International Telephone and Telegraph corporation International Headquarters, 17 de septiembre de 1970, p. 11.

<sup>945</sup> Verónica VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE: “Del Ibañismo al Pinochetismo: las Fuerzas Armadas Chilenas entre 1932 y 1973”, en Francisco ZAPATA (comp.): *Op. Cit.*, p. 185-186.

<sup>946</sup> *Ibidem*, p. 187

<sup>947</sup> Efraín JASA G.M Jaime Fuenzalida B.; Jorge STOLZE C.; Lander URIARTE B.: “Tradicción e Innovación en la Política Exterior de Chile”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año LXIII, n°367, 1972, pp. 67-68.

procurando hacerse cargo de las “necesidades colectivas [como] educación, previsión social, sanidad, viviendas, caminos, transporte, de protección y seguridad, etc.”<sup>948</sup>. Planteamientos como estos en parte reconocían la legitimidad del proyecto de la Unidad Popular y de su proyecto socialista, además de las líneas en que podía y debía enmarcarse: Tercermundismo y no alineados. Y si bien existía un rechazo al comunismo, no se pretendía combatirlo con la represión que después caracterizó a los militares chilenos. De hecho, bien decía el General Prats al iniciarse el gobierno de la UP:

*Las FF.AA. están integradas en un 80% de su personal por una planta de tendencia política centro-izquierdizante, no proclive al marxismo.*

*El 20% restante está dividido en un sector pequeño de los niveles altos de la oficialidad y suboficialidad de inclinaciones derechistas y otro, pequeño también, en la oficialidad y suboficialidad baja, infiltrado por la propaganda marxista.*

*El 90% del contingente habitual de las FF.AA. es juventud de procedencia obrera y campesina; el 10% restante es estudiantado de clase media. En general, no hay conscripción de la clase alta.*

*Sin perjuicio de lo anterior, la conciencia profesional de las FF.AA. las constituye en un factor de poder tradicionalmente marginado de la política contingente y seguro salvaguardia del imperio de la Constitución y de la legalidad.*

*Su real efectividad, como tal factor de poder, depende básicamente de su firme cohesión espiritual bajo sus mandos legítimos, tarea que es hoy la fundamental de los Comandantes en Jefe, a raíz de la crisis local de octubre del presente año.*

*Por sensible que sea la debilidad de las FF.AA. ante la eventualidad de un conflicto internacional, es un sofisma entender que las fuerzas policiales puedan suplirlas ante una situación de subversión interna o de anarquía social. La policía es un complemento importante de su fuerza, pero no un sustituto<sup>949</sup>.*

Incluso en palabras de Julio González, que por el año de 1973 era cabo primero de la Marina: “Nosotros teníamos simpatía por Allende, cuya preocupación por la tecnología de punta en la Armada fue muy importante. No necesitábamos pertenecer a un partido político para tomar conciencia de la situación de clase que existía en la marina”<sup>950</sup>. Sin embargo, sus congéneres anticomunistas tomarían otra vía muy diferente. Ya se iban perfilando hacia lo que seguiría después, a lo que Verónica Valdivia Ortiz de Zarate denominaría como “Pinochetismo”:

Hacia fines de la Unidad Popular, ésta se estaba perfilando en la postura intransigente y violentista contra la izquierda marxista [...], rechazando cualquier posibilidad de arreglo. Para los conspiradores y la derecha que los acompañaba, su exclusión y devolución de las propiedades expropiadas eran

---

<sup>948</sup> Juan de D. BARRIGA M.: “Lo que debemos saber sobre Seguridad y Defensa Nacional”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año LXVI, n°373, 1973, p. 52.

<sup>949</sup> Carlos PRATS: *Op. Cit.*, p. 141.

<sup>950</sup> Citado por Luis CORVALÁN: *Op. Cit.*, p. 214.

condiciones irrenunciables del nuevo orden que debía instaurarse. La alianza de un segmento de los militares con la derecha más anticomunista y opositora a las transformaciones estructurales hechas desde mediados de los sesenta se constituía en la articulación incipiente de la nueva etapa doctrinaria de las fuerzas armadas en la era de Pinochet<sup>951</sup>.

Los nuevos ideales que siguieron los militares chilenos se definirían en los años siguientes a la caída de Allende con la Unidad Popular; empero, ello no impidió que, a instantes de tomado el poder y en los meses siguientes, los uniformados hicieran alarde de su anticomunismo y la “inhumanidad” de sus portavoces y avatares. El pinochetismo, como lo diría Verónica Valdivia, ya estaba conformándose. El primer aspecto de la nueva era en las Fuerzas armadas fue la “legitimidad” de la represión como medio por el cual alcanzar la paz y eliminar el marxismo, y es que desde el bombardeo mismo a La Moneda comenzó el apresamiento y fusilamiento sistemático de líderes sociales, sindicales y políticos. Se allanó el terreno para el bombardeo discursivo hegemónico que calificaba a los militantes y simpatizantes de los partidos marxistas como delincuentes y exponentes del mal absoluto. En síntesis, el miedo se convirtió en un arma.

Pero la feroz represión no solo desconcertó a los civiles, sino que segmentos militares quedaron pasmados frente al nivel de violencia alcanzados por las instituciones. Fueron numerosos comandantes de regimientos que solo apresaron a los dirigentes opositores, sin que se pusiera sus vidas en peligro. El caso del Coronel Efraín Jaña, comandante en Talca, el General Lagos en Antofagasta, y el Mayor Reveco, fueron ejemplos de una participación militar, con cierto grado de violencia, pero siempre mantenida dentro de los límites y jamás superando la norma. Incluso, en propias palabras de oficiales del Ejército, la Caravana de la muerte encabezada por el General Sergio Arellano Stark, fue tanto una advertencia para civiles como militares, recordándoles la nueva naturaleza del régimen y del destino de aquello que mostraran indisciplina o insubordinación<sup>952</sup>. Y, por si fuera poco, el “recado” quedaría más que en claro con las torturas aplicadas a numerosos oficiales, especialmente de la Academia de Guerra Aérea.

Si bien se llegaron a levantar críticas, estas fueron rápidamente silenciadas. Conocidas fueron las críticas levantadas por los Generales Oscar Bonilla y Augusto Lutz; sin embargo, todas ellas quedaron en el silencio, mientras que las jóvenes generaciones comenzaban a mostrar un fuerte apego a los nuevos ideales del régimen. Ello se sumó a que Pinochet controló directamente todos los ascensos, cuestión por la cual los hijos de los setenta dentro de las filas eran retoños directos de su comandante en Jefe. El antiguo generalato pasó al retiro y, los que quedaron, le debían todo a su excelencia. La generación de viejo cuño, que muchas veces expresó apego a las ideas de Schneider y Prats, abandonó las filas, mientras que las nuevas rápida y entusiastamente se internalizaban en la idea del enemigo interno. Bien decía Verónica Valdivia, “La nueva doctrina pinochetista implicaba aceptar y ejercer la violencia contra la izquierda y cualquiera disidencia como un deber”<sup>953</sup>.

Orgullosos, y satisfechos al cumplir el “deber patrio”, los militares chilenos podían jactarse de haber hecho lo que ningún otro había logrado hasta el momento, salvar al Chile del “germen rojo”, ahora solo quedaba combatir a aquellos remanentes o simpatizantes con

---

<sup>951</sup> Verónica VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE: “Del Ibañismo al Pinochetismo”, p. 190.

<sup>952</sup> Patricia VERDUGO: *Los Zarpazos del Puma. La Caravana de la Muerte*, Catalonia, Santiago, 2017.

<sup>953</sup> Verónica VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE: “Del Ibañismo al Pinochetismo”, p. 192.

él, ya sea dentro o fuera del país. Pero, ¿se tenían los medios? Fuese como fuese, una cuestión era segura, el tablero latinoamericano se complicaba, pues si los mismos militares veían con preocupación cómo la figura de Allende alteraba las aguas, la llegada de un nuevo gobierno militar no mejoraba mucho las cosas, más teniendo cuenta el hecho de que curiosos ojos miraban desde el norte. Curioso era ver que militares que normalmente habían exhibido un orgullo histórico a causa de las victorias del pasado, ahora ocupaban el sillón de mando de un país que históricamente no se agraciase demasiado con sus vecinos norteros. Más curioso aún era ver que uno de ellos se estaba armando hasta los dientes. Curioso, ¿no?

Podría decirse, finalmente, que el Ejército chileno rebotaba de ímpetu y altanería, se regodeaba en las viejas glorias y en las hazañas del pasado y veía con visión recta el futuro. Pero en un mundo en que vehículos acorazados y aviones supersónicos ocupaban la lid, ya no había lugar para la vieja arenga de “siempre vencedor, jamás vencido”, pues la seguridad misma y la posibilidad de una victoria en una guerra era ínfima. Bien decía Roy Hansen en su *Military Culture and Organizational Decline: Un Estudio del Ejército de Chile* (1967):

Se ha demostrado que el ejército chileno es una organización en declinación. Esta declinación se reflejaba no solamente en su presupuesto, nivel de crecimiento y deterioro técnico, sino también en el menguante prestigio de la carrera (militar) y el subsiguiente ensanchamiento de su base social de reclutamiento. Hemos, también, mostrado que el cuerpo de oficiales está altamente consciente de este declinamiento y sus implicancias para ellos mismos, su profesión y sus metas como institución [...] la declinación militar inevitablemente genera hostilidad y resentimientos, especialmente hacia las instituciones políticas, y así, actúa, como un incentivo para participar en la política<sup>954</sup>.

Mil veces podían repetirse a sí mismo lo victoriosos que eran, tanto en la vieja lid como en la actual política, más era un vencedor en harapos, casi imposibilitados materialmente para hacer frente a lo que podría avecinarse.

\*\*\*

---

<sup>954</sup> Citado por Róbison ROJAS: “Fuerzas Armadas Chilenas (III). El Informe de los Yanquis sobre las Fuerzas Armadas Chilenas”, en *Causa ML*, Año III, n°21, 1971, p. 21.

## CAPÍTULO VI: EL EJÉRCITO DE LOS PERUANOS

*La muerte no es nada, pero vivir derrotado y sin gloria  
es morir a diario*  
(Napoleón Bonaparte)

Hablar del Perú, o más bien de su Ejército y Fuerzas Armadas en General, como bien lo ha dicho insistentemente Víctor Villanueva, es hablar de traumas, de heridas punzantes que nunca se han logrado cerrar; que en largos periodos afligen y azotan a los uniformados como un constante dolor fantasma causado por las derrotas en la lid y la amputación de territorios. Siendo así el escenario, quizás la mejor palabra que llegó a definir al sector castrense peruano es “Postración”, una originada por no superar las humillaciones del pasado, de que al mirar hacia el futuro aún tienen puesta la mirada con el rabillo del ojo en el pasado, en aquellos fantasmas de rojo y azul que antaño amputaron parte de su existencia.

Pero como reza el viejo adagio, aquel que se duerme en los laureles de la victoria, en este caso en las cenizas de la derrota, perecerá. Los uniformados del Rímac son la viva prueba de lo contrario, pues de la humillación y la derrota, del desconuelo de jamás cicatrizar los agravios en su orgullo, han sabido sobreponerse, incluso si ello significaba abrir las heridas del pasado. El Perú, o al menos sus fuerzas armadas, han saboreado la derrota de primera mano, pero ello no significó que quedaran en un estado catatónico, exánime ante las intimidaciones venideras. No se resguardaron en la defensa, en trincheras esperando la próxima amenaza, sino que debieron tomar las riendas del asunto. Aunque ello implicara el sufrir más de una nueva derrota; después de todo, nadie dijo que sería sencillo.

Traumas y heridas punzantes es lo que ha caracterizado al Ejército Peruano, pero, como todo en esta vida, nada es inmutable, todo cambia y nada, absolutamente nada, se origina de la nada. Toda cicatriz y yaga tiene su historia, y la idea del “ejército de hoy y de siempre”, volviendo a citar a Villanueva, ha desaparecido por completo, si es que alguna vez se llegó a ver algo por el estilo. El actuar y el pensar de las Fuerzas Armadas Peruanas han cambiado a lo largo de su vida independiente, pero no es un cambio que se produce de la noche a la mañana, sino que llega a ser la consecuencia de un proceso de años, individuos, derrotas, victorias y traumas:

*Por supuesto han sido circunstancias históricas las que han negado a los militares lo que ellos más desean como profesionales de la guerra: victorias en el campo de batalla. Pero los militares institucionalmente han acusado los repetidos impactos. La acumulación de frustraciones, producto de esta insatisfacción ha ido acumulándose en los miembros de la institución y transmitiéndose, de generación en generación. Como es natural, los conflictos origen de las frustraciones, profundos muchos de ellos, han originado mecanismos de defensa que también se han transmitido generacionalmente en la institución. Estos mecanismos de defensa han generado en la mente militar, en lento proceso, diversos sentimientos: aversión al sector civil, rechazo a los partidos políticos y odio a la “política”, autoevaluación generosamente positiva, necesidad subjetiva de autonomía y poder, seguridad arraigada de encontrarse en mejores condiciones que los*

*civiles para gobernar el país, para “salvar a la patria”, frase ya común en el folklore político peruano*<sup>955</sup>.

Muy al contrario de la supuesta superioridad chilena en cuanto a las armas, el trauma en las filas nace ya desde el periodo de independencia. Desde el vamos, la emancipación de la Monarquía hispana supuso un verdadero trauma para el ejército del Rey apostado en el Perú, pues una vez que la llama y el clamor por el autogobierno se encendió en América Latina, no fueron precisamente los peruanos los encargados de ejecutarlas en sus tierras; muy al contrario, hacia 1824 la libertad, o lo que algunos veían como libertad, solo se logró en el antiguo virreinato gracias a la colaboración de los otros pueblos sudamericanos y sus ejércitos. Algunos esperaban que los militares peruanos se decantasen por el bando independentista; sin embargo, ostentando grandes rangos, muchos prefirieron la opción realista; de ahí mismo que, al proclamarse la Independencia del Perú tras las Batallas de Junín y Ayacucho, militares extranjeros ocupasen el mando. Lo que pasaba por ser casi un derecho, les era arrebatado por personajes como Bolívar. De ahí que Heraclio Bonilla llegase a decir:

La independencia misma -como proceso- que, en el caso del Perú, como es bien conocido pero pudorosamente encubierto, fue conseguida por los ejércitos aliados de fuera. Es decir una Independencia concedida más que obtenida. Ni la sólida organización defensiva impuesta por el virrey Abascal, ni las conspiraciones anteriores, ni las prédicas en favor de la emancipación lanzadas por algunos ideólogos criollos pueden desmentir o atenuar esta afirmación. Tanto la acción como la prédica fueron hechos de minorías, de hombres aislados<sup>956</sup>.

Pero, por si fuera poco, solamente la llegada de San Martín y Bolívar, con sus respectivos ejércitos, fue lo único que logró detener las incesantes luchas intestinas que azotaban al antaño glorioso y opulento virreinato. Ambos líderes veían la necesidad imperante de lograr la estabilidad del Perú para asegurar la suya, por ende, era necesario entregar el control político a la élite de Lima; sin embargo, la clase dominante no gozaba de una estabilidad, ni mucho menos de la capacidad de asumir el rol protagónico de la nueva etapa para el Perú, sus luchas internas terminaron por dejar espacio y hacer surgir a un nuevo protagonista: los militares<sup>957</sup>. En parte, ello respondía, como bien diría Villanueva, que el Ejército en el Perú tenía un fuerte carácter antiburgués propio de la nobleza, y el cual más tarde pasaría a convertirse en un sentimiento anti civil<sup>958</sup>, de ahí que se alzasen como sus enemigos por antonomasia. Ideales propiamente monárquicos y heredados, terminaron por cobrar forma una vez que las tropas foráneas ya concretaron la labor emancipadora, no por un sentido de hermandad, sino más bien por asegurar la suya en sus propias tierras. El término de la influencia de Bolívar, allá por 1927, lo dejaría al descubierto. De partida, ya

---

<sup>955</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano. Frustraciones y Cambios*, Editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1971, p. 11.

<sup>956</sup> Heraclio BONILLA; Karen SPALDING: “La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos”, en AA.VV.: *La Independencia en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1972, p. 16.

<sup>957</sup> Juan Carlos ARELLANO GONZÁLEZ: “Lenguaje político y guerra: las disputas por la legitimidad durante la guerra civil en el Perú (1834-1836)”, en *Memoria y Sociedad*, Vol. 16, n°33, 2012, p. 172.

<sup>958</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 14.

sin el estar bajo el control de tropas grancolombianas, el ejército realmente pasó a ser peruano, mientras que de ahí en adelante, fueron los militares los que detentaron el poder, sin oposición extranjera y con suma tranquilidad. Muchos de ellos consideraron que aquello era lo natural, lo obvio, pues habían luchado por la emancipación de la Corona, aunque en un principio la defendieran. Como habían “hecho patria” al defender su suelo, argumentaban, era natural que ellos la gobernaran; después de todo, creían que eran los únicos capacitados para tal tarea. En simples palabras, la independencia había sido el caldo de cultivo para la posterior inestabilidad política del Perú.

Pero cuando el militar gobierna, inevitablemente, aplica el mismo criterio que aplicaría en la lid: de blancos y negros, matices fuertemente marcados. No dudará en enfrentar la oposición interna de la única forma que conoce y aquello, de igual forma, le conllevará a la lucha interna. Las rivalidades afloraron entre los innumerables jefes que se disputaban el poder, una lucha que se extendió casi por medio siglo y en que cada caudillo podía verse provisto de su propio ejército privado que, al asumir el gobierno, pasaba a ser mantenido por el erario nacional<sup>959</sup>, de ahí que no deba extrañarnos que entre 1820 y 1842 el país pasara por catorce años de guerra, posteriormente hubo al menos tres guerras civiles de alcance nacional (1854-1855; 1865 y 1894-1895)<sup>960</sup>. Ello explicaba las palabras de David Velásquez al decir que el Ejército “fue una entidad inestable, fraccionada y poco profesionalizada”<sup>961</sup>. Sin dilación alguna, la organización militar peruana en los inicios de la República se caracterizó por estar dividida en liderazgos rivales, y es que una vez desaparecida la autoridad real y erosionada la nobleza, la emancipación misma abrió las puertas a un puñado de ambiciosos militares que desearon, bajo los estandartes republicanos, cubrir el vacío dejado por la antigua monarquía. Sin embargo, ninguno o muy pocos de ellos contaron con un apoyo total entre sus camaradas con la suficiente legitimidad para gobernar el país, por lo que intentaron, y muy frecuentemente lo lograron, tomar el país por las armas. Pero su estancia en el poder estaba lejos de ser segura, al menos las nueve guerras civiles acaecidas en el siglo lo demuestran. Eran, básicamente, “revoluciones” que se producían periódicamente en escenarios recurrentes de desgaste político de los caudillos gobernantes<sup>962</sup>.

---

<sup>959</sup> Un claro ejemplo de esto último fue lo acaecido en la Guerra Civil de 1854, la cual enfrentó al bando de Echenique y el sublevado del General Castilla. Tras su triunfo definitivo sobre Echenique en la Batalla de La Palma en enero de 1855, Castilla asumió la condición de presidente provisional y procedió a hacer efectivo el compromiso previo de premiar a los que le apoyaron. El reparto de donde políticos debía garantizar el logro del objetivo fundamental por el que Castilla había liderado la revolución que era eliminar toda la maquinaria política y militar que sustentaba el gobierno de Echenique. De partida, por la constitución de 1855, se prohibía la votación para los partidarios de Echenique. Los militares partidarios de este último no corrieron mejor suerte, pues se ordenó la desvinculación de todos aquellos, dejándolos “sin grados ni honores [de] de todos los generales, jefes y oficiales que sirvieron activamente a la tiranía de Echenique, y todos los que sin estar en actual servicio permanecieron bajo sus órdenes y no contribuyeron de modo alguno al triunfo de la causa popular”. A la par, concedía fuertes regalías a quienes los apoyaron, especialmente a los miembros de su “Ejército Libertador” y a sus guardias nacionales, cuyos oficiales pasaron a ser conocidos como “Los Sagrados”. Víctor PERALTA RUIZ: “La guerra civil peruana de 1854. Los entresijos de una revolución”, en *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. 1, n°70, 2013, pp. 214-216.

<sup>960</sup> Cecilia MÉNDEZ G.; Carla GRANADOS MOYA: “Guerra, Formación de Estado e Imaginario Nacional en el Perú”, en Sarah ALBIEZ; Nelly CASTRO; Lara JÜSSEN; Eva YOUKHANA (Eds.): *Etnicidad, ciudadanía y pertenencia: prácticas, teoría y dimensiones espaciales*, Iberoamericana, Madrid, 2011, p. 95.

<sup>961</sup> David VELÁSQUEZ SILVA: “Ejército, política y sociedad en el Perú, 1821-1879”, en *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n°12, 2018, p. 145.

<sup>962</sup> Cecilia MÉNDEZ G.; Carla GRANADOS MOYA: *Op. Cit.*, pp. 59-65.

En un contexto en que todo era plausible, políticamente hablando, los caudillos militares lideraron redes clientelares rivales e inestables que dividían a la sociedad a nivel local y regional, y que a lo largo de todo el siglo pugnaron por el control de las instituciones estatales a fin de alcanzar el poder, recursos y estatus. Incluso resulta curioso el hecho que, mientras en los demás países del globo, los otros militares y uniformados centraron su atención hacia la construcción de una organización baluarte contra los enemigos exteriores de la nación: muy al contrario, en el Perú, los militares parecían más interesados en ser un ente privilegiado para controlar el Estado. Tampoco podía extrañarnos que llegado al punto de mayor desgaste, se llegaban a enfrentar dos o tres ejércitos que se atribuían simultáneamente el título de ejército nacional y, cuando ya se alzaba un vencedor, muchas veces en la lid; se infundían de una retórica patriótica y legalista que legitimaban su actividad hasta el momento, además de la autoridad que desde ya ejercían sobre el país y los vencidos. Títulos de gobierno, fondos públicos y el destierro de la vida política y militar eran la tónica una vez que un nuevo caudillo accedía al trono. Es más, en *El Intérprete*, diario editado por peruanos en Chile allá por 1836, sostenían: “El Perú, hoy, ni tiene gobierno, ni tiene libertad: el uno ha desaparecido por su propia tradición: la otra se halla sofocada por las bayonetas”<sup>963</sup>.

En un contexto de inestabilidad política, difícilmente podía existir la estabilidad en lo militar. El triunfo de un caudillo directamente conllevaba una reorganización del Ejército sobre las bases de sus tropas:

Al mismo tiempo que procedía a desactivar las fuerzas rivales, destituía y exiliaba a sus oficiales, licenciaba a sus tropas o las absorbía en caso que se hubieran pasado al bando vencedor antes de concluido el conflicto o prestaran lealtad al nuevo gobierno. Estas prácticas de crear aceleradamente fuerzas, disolverlas o reorganizarlas, se produjeron ininterrumpidamente durante todo el siglo. Incluso hasta 1895 con la última guerra civil decimonónica. Solo en períodos excepcionales de quietud política (como 1845-1853, 1859-1864 y 1872-1879) el Ejército gozó de cierta estabilidad, es decir, se renovó regularmente y se hicieron intentos de reformas. Sin embargo, estos lapsos fueron breves y los esfuerzos de mejora concluían al surgir nuevos ejércitos rivales liderados por militares excluidos y desafectos al régimen, los que a su turno repetían el mismo esquema de reestructuración del Ejército<sup>964</sup>.

Bien nos decía Cristóbal Aljovín, al describir la sociedad peruana posterior a la Independencia, que ningún caudillo, incluso estando en el poder, gozó del control absoluto de la violencia y el ejército en sí mismo. De hecho, lo común era que, una vez que el caudillo desgastara su empuje inicial, las revoluciones iniciaran dentro de las mismas filas del ejército en contra de otra facción que defendía el poder de turno. Jamás existió un golpe institucional en el que el ejército funcionara como un solo cuerpo, no hubo atisbo a lo que posteriormente haría el General Juan Velasco Alvarado allá por 1968: “Era la lucha de quién controlaba más

---

<sup>963</sup> Juan Carlos ARELLANO G.: “Los republicanos en Armas: Los proscritos, el Gobierno y la Opinión Pública ante la Confederación Perú-Boliviana”, en *UNIVERSUM*, n°26, Vol. 2, 2011, p. 54.

<sup>964</sup> David VELÁSQUEZ SILVA: “Ejército, política y sociedad en el Perú, 1821-1879”, p. 147.

divisiones y combatientes”<sup>965</sup>. Por lo demás, ningún militar logró contar con el prestigio o legitimidad que gozaron personalidades como San Martín y Bolívar<sup>966</sup>.

A la par, era la norma que en el Perú del siglo XIX, la política y la guerra se entremezclasen casi como una sola entidad. En primera instancia, el presidente, a su vez, era el mismo caudillo proveniente del mundillo militar, por lo cual no era de extrañar que en tiempos de guerra, principalmente interna, si bien el mando debía recaer sobre un militar de carrera, la experiencia dictaba que el presidente tomara las riendas del asunto. No era raro ver que numerosos presidentes marchasen a la guerra, en parte para elevar y dar valor a las tropas: no obstante, la principal razón siempre era el asegurar la lealtad de sus subalternos. De hecho, José Rufino Echenique en sus memorias relataba que, acompañando a Orbegoso, “comprendía el objeto de su viaje, y que [le] era grato lo hubiera realizado [pues] así palparía [la lealtad] del cuerpo sobre el cual sabía se le habían infundido serias desconfianzas”<sup>967</sup>. En simples palabras, el prestigio político radicaba en su capacidad de llevar victorias militares a sus adeptos. Así:

Los complejos años iniciales de la república generaron una terrible distorsión en el campo de la guerra, pues en la figura del caudillo quedó refundido el mando político y militar. En cierta medida, esto era un retroceso a las formas medioevales de hacer la guerra, dando como resultado una generalizada confusión entre los objetivos políticos y militares. Obviamente, si no está claro lo que debe orientar uno de los más altos desafíos para una sociedad políticamente organizada, difícilmente se podrá concebir una gran estrategia para alcanzarlo [...] Esta actitud marcó la forma de relacionarse entre ambos poderes, en una etapa en la que la oficialidad militar no había logrado constituirse aún en un cuerpo profesional. El surgimiento de un nuevo militarismo, luego de la Guerra del Pacífico, no hizo sino ahondar la desconfianza entre la elite política y el creciente corporativismo militar<sup>968</sup>.

Si bien el ejército, sumergido hasta las narices por sus luchas, demostraba una fuerte aprehensión hacia la burguesía y las élites, no aplicó reformas en lo absoluto para limitar su poder; muy al contrario, mantuvieron al modelo heredado de la Colonia<sup>969</sup>. Odiaban a la antigua clase dominante, pero la necesitaban, pues era gracias a sus aportes económicos que tal o cual caudillo lograba hacerse del poder. Incluso podrían permitir que ciertos intelectuales de la élite burguesa colaborasen como asesores en su gobierno, aunque no les permitían ir más allá. Así, desde 1821, los militares, apoyados por una clase que odiaban, ocuparon el poder limeño. Irónicamente, por si faltasen ironías, el militar peruano de los primeros años de la república, adquiere rasgos de aquellos sectores que detestan y el tinte aristocrático tiñe a las filas, al menos a oficiales y altos mandos. Miembros de las familias notables limeñas envían a sus retoños como cadetes y soldados a las escuelas militares, ascienden rápidamente y sin contratiempos, obviamente sin entrar en contacto con la tropa

---

<sup>965</sup> Cristóbal ALJOVIN: “Violencia y Legitimidad: Las Revoluciones entre 1827 y 1841”, en *Apuntes. Revista de Ciencias Sociales*, n°39, 1996, p. 124.

<sup>966</sup> *Ibidem*, p. 115.

<sup>967</sup> José RUFINO ECHENIQUE: *Memorias para la Historia del Perú (1808-1878)*, Tomo I, Editorial Huascarán, Lima, 1952, p. 77.

<sup>968</sup> Jorge ORTIZ SOTELO: “Visiones Peruanas de la Guerra”, en *Nueva Crónica*, n°2, 2013, pp. 824-825.

<sup>969</sup> Heraclio BONILLA; Karen SPALDING: *Op. Cit.*, p. 60.

a la que desprecian. Soldaditos de juguete, sin bautizo de fuego rehúyen el servir cuando las luchas intestinas aparecen, cuando la tropa se desangra por tal o cual caudillo; en cambio, prefieren:

Los oficiales criollos más acaudalados tendían a rehuir la responsabilidad política y retirarse a sus haciendas. Descendientes de la clase propietaria no gustaban de la vida dura de los cuarteles<sup>970</sup>.

Oficiales de nuevo cuño, sin experiencia en las armas, pero de un palpable espíritu aristocrático, algo que permanecería incólume durante toda la República. El vestir el uniforme les otorgaba un status superior al de otros sectores sociales, ello y el fuero militar, el cual “tendía a elevar al ejército por encima de la ley, creando una casta privilegiada exenta de obligaciones públicas y de responsabilidad civil”<sup>971</sup>. El cuerpo de oficiales distaba enormemente de lo que podía apreciarse en el Viejo Continente, en que la oficialidad debía constituirse en un cuerpo jerárquico y disciplinado. La misma Independencia, de la mano de oficiales realistas que más tarde se pasarían al bando patriota, como José de La Mar, Agustín Gamarra o Ramón Castilla, entraron nuevos oficiales en la medida que el conflicto imponía la necesidad de conformar cuerpos de tropa. Oficiales como Felipe Santiago Salaverry, José Rufino Echenique o Domingo Nieto adquirirían sus conocimientos del arte de la guerra lejos de las teorías o centros de educación especializada, sino solo mediante la práctica en el mismo cuerpo y el adiestramiento personal por parte de los jefes y oficiales de mayor graduación. De ahí que Villanueva considerara que en el Perú, posterior a la Independencia, el ejercicio de las armas no se considerara una profesión, sino una ocupación, una en la que la guerra no era un conocimiento científico. La guerra para el oficial peruano no era más que un arte, en que valían más el talento y la habilidad que los conocimientos técnicos. Básicamente, “el general nacía, no se hacía”<sup>972</sup>.

El no contar con un centro de formación establecido y capacitado para tal tarea obviamente traería sus consecuencias. Salvo esporádicos esfuerzos llevados a cabo desde 1823, la formación de los encargados de conducir a las tropas a la guerra dio resultados sumamente dispares y no contribuyeron en lo absoluto en la conformación de un espíritu de cuerpo que toda institución requiere. La preparación táctica podía ser satisfecha mediante la experiencia, como ya venía haciéndose desde antaño, o simplemente por la fortuna del momento; sin embargo, no existía mecanismo alguno que brindara la preparación estratégica a quienes debían constituir los altos mandos. Algunos líderes político militares pudieron llegar a concebir estrategias adecuadas, decisores son los casos de Santa Cruz en la campaña contra la Primera Expedición Restauradora, o de Prado en la Campaña Naval y de Tarapacá. Pero también hubo concepciones desastrosas, como la Piérola en la Defensa de Lima en 1881<sup>973</sup>. Había unos pocos casos en que los oficiales complementaban su rutina en las cuadras con lecturas militares; no obstante, pocos mostraban interés en aquello, de ahí que muchos no contasen con las destrezas y conocimientos sólidos<sup>974</sup>.

---

<sup>970</sup> Edwin LIEUWEN: *Armas y Política en América Latina*, citado por Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 16.

<sup>971</sup> Idem.

<sup>972</sup> Ibidem, p. 18.

<sup>973</sup> Jorge ORTIZ SOTELO: *Op. Cit.*, p. 825.

<sup>974</sup> David VELÁSQUEZ SILVA: “De la Reforma Militar a la Construcción del Estado: El Ejército Peruano en la Transición de los Siglos XIX y XX”, en *Polis*, Año 10, n°20, 2017, p. 62.

No existía una ley expresa que llegase a regular los ingresos y ascensos de los oficiales, cuestión que dio como resultado un abultado, muchas veces por sobre lo requerido, cuerpo de oficiales fraccionados por lealtades políticas. Era un total caos y ello fue el principal motivo de que en el Perú decimonónico no llegase a existir un espíritu de cuerpo entre la oficialidad. Aquel problema fue reconocido por el Gobierno de Gamarra (1829-1834), en el que se llegó a dictar la Ley de Reforma Militar, en la que se logró reducir el número de oficiales, pero esto solo se logró a través de una práctica tan vieja como la misma República: el purgar a todos los que no fueran adictos al régimen, sustituyéndolos por uniformados leales. Así, “la primera reforma del escalafón nació así abortada por su politización”<sup>975</sup>. Durante los siguientes gobiernos de Ramón Castilla (1845-1851 y 1855-1862) y el de Manuel Pardo (1872-1876) nuevamente se intentó apalejar tal situación mediante la creación de escuelas militares para los jóvenes cadetes, pero, evidentemente, los resultados, si es que verdaderamente los hubo, fueron efímeros. Es más, si en 1847 los oficiales ascendían al triple de lo necesario para el comando, tan solo 15 años después aquella cifra se había duplicado<sup>976</sup>. Incluso cuando la guerra con Ecuador<sup>977</sup> estaba en su punto cúlmine, la cantidad de oficiales ascendía a 2.100 hombres y, tan solo 18 años después, el mantener la enorme burocracia militar costaba un 24.5% del gasto fiscal<sup>978</sup>.

Asimismo, todos y cada uno de los caudillos, en un Perú caracterizado por la inestabilidad política y la amenaza de un derrocamiento a la vuelta de la esquina, cada uno de los caudillos procuró el crear lazos, o más bien una red de alianzas, con los oficiales a fin de asegurar su posición de poder. De ahí que a los más cercanos y próximos al mandatario siempre les recayeran los títulos, ascensos e importantes destinos. Por el contrario, aquellos que se mostrasen contrarios, o siquiera sospechosos de serlos, la licencia, o la baja en la mayoría de los casos, era el destino que les aguardaba. Obviamente, la entrada y salida de oficiales truncó la profesionalización misma del Ejército y sus ramas hermanas, pues ya no era necesario ser un militar probado en la lid para ascender, solo bastaba con apoyar al aspirante adecuado en el momento adecuado. Lo único bueno que esto podía contraer, dependiendo de dónde se le mire, era la politización de los cuerpos de oficiales y altos mandos, quienes, agradecidos por los ascensos y títulos, aseguraban su lealtad al caudillo; aunque esto también tenía el efecto absolutamente contrario en quienes no fueron del todo agradecidos, pues, al ver como otros ascendían en desmedro de su propia posición, rápidamente pasaban a conspirar contra quien había movido las fichas. Mientras el militar se inmiscuía en el mundo político, mientras acercaba a sus amigos y alejaba a sus enemigos, sin saberlo, aseguraba su lealtad, pero también cavaba su propia tumba.

La ambición era otro de los causantes de los constantes alzamientos. Las luchas de años, traiciones y revueltas habían tejido un enorme entramado de enemistades personales, cuentas pendientes jamás saldadas y celos por el ascenso de compañeros de armas considerados como inferiores. Así, ejemplo, el General Felipe Salaverry, quien

---

<sup>975</sup> David VELÁSQUEZ SILVA: “Ejército, política y sociedad en el Perú, 1821-1879”, p. 152.

<sup>976</sup> Ibidem, p. 153.

<sup>977</sup> Incluso *El Comercio* llegó a decir que tras la guerra la situación habría empeorado: “¿Quién es el que ignora en el Perú, que después de una revolución, por lo menos, las tres cuartas partes de los peruanos, se encordonan y no se ven en las calles, sino presillas y galones en profusión inagotable? Nadie por cierto. Desde el año 34 para acá, no ha dejado de suceder esto en ninguna revolución, habiéndose aumentado, más todavía, desde el año 45”. *El Comercio*, 1 de febrero de 1868. Idem.

<sup>978</sup> Carlos CONTRERAS: *El Aprendizaje del Capitalismo: Estudios de historia económica y Social del Perú Republicano*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2004, pp. 98-99.

radicalizó la guerra de 1823 llevándola al extremo, confesó haber recurrido al alzamiento militar por el fastidio que le producía el enriquecimiento de una facción mientras el resto del ejército yacía en la indigencia, especialmente los camaradas de armas que habían servido en la Independencia. Pero la constante lucha de ambiciones obviamente debía afectar al desempeño del ejército en una contienda armada contra una potencia extranjera. Derrotas como en Yungay (1839) y la de Ingavi (1841) solo mostraron las consecuencias de las luchas intestinas: las constantes disputas entre facciones rivales no solo sumían al país en la penuria económica y el caos político, sino que afectó seriamente la capacidad de defenderse con éxito ante sus vecinos, especialmente ante el ascenso de Chile. Y a pesar de que el Perú experimentó periodos de paz, la nación siempre emergía más dividida que nunca, sentando las bases para la próxima revolución<sup>979</sup>.

Por si fuera poco, el vaivén de oficiales trastocaba la estructura de mando, desvinculando a los oficiales de sus subalternos y sus superiores, disminuyendo a su vez la disciplina y obediencia de las tropas. Esto empeoraba aún más cuando se especificaba que era menester el contar con una dotación obligatoria y periódica de hombres dispuestos a contribuir con las respectivas cuotas de sangre, aquello no sería raro ni excepcional, pues la mayoría de los países ya veían con buenos ojos la conformación de ejércitos permanentes, pero el problema venía cuando la población peruana realmente no recibía beneficios tangibles del servicio; de hecho, común sería que el bajo pueblo siempre fuera renuente a participar de las filas<sup>980</sup>. Violencia era lo cotidiano en cuanto al reclutamiento de masas campesinas e indígenas; es más, el viajero francés Eugene de Sartiges describía cómo se llevaba el reclutamiento forzoso en el departamento de Puno:

Por la mañana, los reclutadores entraban en las casas de los campesinos, escogían a los hombres válidos, los amarraban con cuerdas y los llevaban con las manos atadas a Puno. Allí, se les cortaban los cabellos y se les abrían las orejas para reconocerlos y fusilarlos en caso de desertión. Los conscriptos eran encerrados en una iglesia transformada en cuartel donde no salían más que para hacer ejercicios dos veces al día<sup>981</sup>.

Un ejército constituido a base de empujones difícilmente podía llegar a contribuir al disciplinamiento y control de las tropas, ni mucho menos al sentimiento nacional. No era raro que, a la primera andanada de fusiles y el sonido de la metralla, unidades enteras se

---

<sup>979</sup> Carmen MCEVOY; Alejandro M. RABINOVICH: “La Guerra en el Perú, un modelo para (des)armar”, en *Tiempo de Guerra, Estado, nación y conflicto armado en el Perú, siglos XVII-XIX*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2018, pp. 27-28.

<sup>980</sup> La apreciación negativa de las masas respecto al servicio en las filas del Ejército se remontaba al tiempo mismo de la Independencia, pues allá por 1823 se llegó a decir: “¡Ojalá que el Perú llegara a ver en este respecto una milicia cual la tuvieron en sus primitivos tiempos de sobriedad republicana Roma y Esparta! Todo es fácil conseguirse si al organizar estos cuerpos se pone especial cuidado en no hacer odioso el enrolamiento militar con ocupaciones incompatibles con los ejercicios domésticos, si cesan las violencias y arbitrariedades de los jefes a quienes suele confiarse estas comisiones; y su llega a persuadirse el pueblo, que jamás están más aseguradas sus garantías que cuando los mismos ciudadanos las sostienen, saltando del taller a las armas tan luego como se advierte algún peligro”. Víctor PERALTA RUIZ: “La milicia cívica en Lima independiente (1821-1829). De la reglamentación de Monteagudo a La Mar”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera Serie, n°42, 2015, p. 50.

<sup>981</sup> Eugene de SARTIGES; Adolphe de BOTMILIAU: *Dos viajeros franceses en el Perú Republicano*, citado por David VELÁSQUEZ SILVA: “Ejército, política y sociedad en el Perú, 1821-1879”, p. 156.

desintegraran rápidamente. La mala paga, el abuso de los oficiales, el cambio de alianzas y la escasa lealtad también contribuyeron a que las operaciones en los primeros años de la república se hicieran con la mayor prontitud y rapidez posible; mal que mal, no era raro que ante la posibilidad de derrota y de un alargamiento de la campaña, las masas de campesinos soldados se pasasen al bando contrario; de hecho, para la Guerra Civil de 1854 que enfrentó a Castilla con Echeñique, el bando sublevado de Castilla, bajo el lema de “abandonar las filas del tirano de la patria”, instó a la tropa a pasarse a su bando, cuestión que logró de inmediato<sup>982</sup>. Incluso, ya para la Guerra del Pacífico, el estudioso inglés Clements Markham señalaba: “Estas fuerzas no podían ser homogéneas, ya que la infantería se componía principalmente de indios de raza pura, de lengua quechua, y la caballería y la artillería de negros mestizos [...] el ejército se recluta por la fuerza, resultando así que los colonos emancipados han establecido una tiranía más ilegal que la *mita* española. Para llevarla a cabo, se rodea con tropas aldeas enteras y se arrastra a filas a todos los hombres que se encuentren allí”<sup>983</sup>. Incluso el mismo González Prada, en el contexto de la Batalla de San Juan, dejaba en evidencia que aquella masa heterogénea ni siquiera era capaz de emplear las armas que les eran entregadas:

A las nueve o diez de la mañana me convencí de nuestra derrota. Por las inmediaciones del Pino huían soldados dispersos en dirección a Lima. Decidimos detenerlos y engrosar la guarnición de nuestra batería [...] Los pocos dispersos recogidos y llevados al Pino ofrecían un aspecto lamentable. Algunos pobres indios de la sierra [...] llevaban rifles nuevos, sin estrenar; pero de tal modo ignoraban su manejo que pretendían meter la cápsula por la boca del arma<sup>984</sup>.

Después de todo, con la llegada de la independencia el ejercicio de las armas recayó sobre los hombros de los nuevos ciudadanos, al menos aquello era lo que estipulaba el Reglamento Orgánico del Ejército de 1827 y que perduraría hasta la mitad del siglo. Todo ciudadano debía cumplir con su obligación con la patria; sin embargo, en la práctica, los ejércitos caudillistas, casi en su totalidad, se compusieron de población exclusivamente indígena reclutada a la fuerza. Básicamente, “para los indígenas, el agente que reclamaba este tributo de sangre, sea a la patria o a la República, no dejaba de ser una entidad abstracta y lejana que solo se materializaba esporádicamente y a veces brutalmente”<sup>985</sup>.

En 1871, con la candidatura de Manuel Pardo, como diría Basadre, “por unos momentos pareció romperse la separación que demasiadas veces ha existido entre la clase dirigente y las clases humildes del país”<sup>986</sup>. Pero los militares, ya casi con 50 años ostentando el poder, no veían con buenos ojos que un civil ocupase el cargo que a ellos les pertenecía por derecho. El triunfo de Pardo y, por ende, los civiles, desencadenó lo que la historiografía posteriormente conocería como la Rebelión de los Hermanos Gutiérrez contra el Presidente

---

<sup>982</sup> Víctor PERALTA RUIZ: “La guerra civil peruana de 1854. Los entresijos de una revolución”, p. 207.

<sup>983</sup> Citado por Óscar PALOMINO: “La Participación de los indígenas en la Guerra con Chile. Controversias Historiográficas”, en *Nueva Crónica*, n°3, 2014, pp. 392-393.

<sup>984</sup> Manuel GONZÁLEZ PRADA: *Sobre el militarismo (Antología); Bajo el Oprobio*, Editorial Horizonte, Lima, 1978, p. 39.

<sup>985</sup> David VELÁSQUEZ SILVA: “Indios, soldados sin patria: la conscripción militar en el Perú durante el siglo XIX”, en *En Líneas Generales*, Año I, n°2, 2018, p. 59.

<sup>986</sup> Citado por Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 19.

Balta. Tomás Gutiérrez, por aquel entonces Ministro de Guerra y Marina, y dos hermanos también uniformados, temerosos de perder los privilegios de ser militar, dieron un golpe de Estado en 1872. Pero aquellos militares no eran los de Junín o Ayacucho, y ya no contaban con el prestigio que tanto consideraban; el mismo pueblo peruano, ya hasta el hartazgo de revueltas y golpes de Estados, no apoyó la causa de los hermanos, sino que muy al contrario, como una muchedumbre descontrolada, les ataca. La aventura acaba con el asesinato del Presidente Balta y los tres hermanos colgados en la Catedral de Lima. El mismo Ejército sufrió un cataclismo, de las filas poco o nada quedaba, más que nada por la masiva desertión tras los ataques civiles. De tal manera:

Al ascender al poder don Manuel Pardo, se encontró con la anormal situación de no existir ejército en Lima; la misma policía era escasa, porque siguiendo el ejemplo del ejército se había dispersado en su mayor parte<sup>987</sup>.

Los uniformados veían como el poder político escapaba de sus manos frente aquellos que despreciaban: el pueblo y la clase dirigente. Aquí resulta evidente que, tras casi medio siglo de ostentar el poder sin oposición, la pérdida misma del poder resulta un trauma latente, pero más traumático debió ser el perderlo mediante la violencia, medio que antaño monopolizaban. Muchos intentaron recuperar lo perdido durante el gobierno de Pardo (1872-1876) sin éxito alguno. La ascensión de los civiles a la cúpula del poder, y el desplazo violento de oficiales de alto rango, definitivamente aumentó los recelos, no los vio nacer, pues aquel sentimiento de desprecio mutuo ya venía desde antes<sup>988</sup>. La Guerra del Pacífico lo único que vino a hacer fue acentuar este sentimiento y crear un nuevo trauma:

En 1879 estalló la guerra con Chile. El Ejército peruano cayó abatido por las fuerzas enemigas. Solo actos de heroísmo, Grau Bolognesi, abnegación de la tropa y cuadros subalternos, patriotismo sin límites del pueblo en general. Más tarde, destruida toda resistencia oficialmente organizada, a Cáceres le cupo dar páginas de gloria al Perú. Lo hizo con tropas irregulares, con guerrilleros, sin ningún apoyo estatal, cayendo al fin ante el poderío chileno<sup>989</sup>.

En simples palabras, el Ejército, con todos sus recursos, y como institución encargada de la defensa nacional, había fracasado en el cumplimiento de su misión. Como bien decía Carlos Dellepiane, el Ejército Peruano carecía completamente de las condiciones necesarias para obtener la victoria en su contienda con Chile, aunque no le faltaban jefes heroicos, sublimes, abnegados, conscientes del sacrificio que el Perú les demandaba; sin embargo, el mismo militar peruano consideraba que las “cualidades de la raza” no son lo suficiente para la victoria<sup>990</sup>. Era necesario otorgar los medios a quienes van al frente con tal de imponer su voluntad sobre el adversario. Esta crítica se corresponde con la visión de Ortiz Sotelo, en la que se ve como la historiografía peruana, rescatando los valores de los uniformados, destacan enormemente el valor de los soldados peruanos tanto en Pisagua como en San Francisco y en Tarapacá; no obstante, el heroísmo difícilmente puede ganar las guerras. Aquello solo se

---

<sup>987</sup> Faustino SILVA: *La Revolución de los Gutiérrez en julio de 1872*, Imp. C. Ruiz, Lima, 1927, p. 44.

<sup>988</sup> Citado por Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, pp. 26-27.

<sup>989</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>990</sup> Carlos DELLEPIANE: *Historia Militar del Perú*, Tomo II, Librería e Imprenta Gil, Lima, 1931, p. 73.

podía lograr con una adecuada combinación de concepción estratégica y conducción operacional<sup>991</sup>. El mismo José de la Riva Agüero, personaje destacado de la política peruana de principios del siglo XX y totalmente ajeno a la labor castrense, recalca:

Si la imprevisión y despilfarros criollos, las obcecadas rencillas intestinas y la anarquía republicana prepararon el desastre, la frívola aceptación de las voladeras odas teóricas de 1870 sobre la eficacia del fuego y la excelencia de la defensa pura, lo que hoy llamaríamos el snobismo estratégico, acabaron de ser nuestra perdición irremediable<sup>992</sup>.

La práctica constante del caudillismo militar que aquejaba al Perú desde su Independencia se tradujo, allá por el 79, en una constante discrepancia entre el poder político y el Ejército, siendo este último el más perjudicado al verse debilitado, desarmado y sin la capacidad suficiente para el cumplimiento de sus deberes a un nivel internacional. Por otra parte, la intromisión del ejército en la política del país produjo divisiones entre sus elementos constitutivos, pues común era ver que cada gobernante llegara al mando de grupos de tropas adictos a su bandera, los que llegaban a formar casi un ejército particular, sin más mérito que la lealtad incondicional a su jefe, y eso a muy duras penas. Obviamente las muestras de heroísmo no faltaron; sin embargo, ello mismo, a la par, nos dice hasta qué nivel el trauma caló en la conciencia de los militares peruanos, pues, de no ser un rotundo fracaso, al hablar de la Guerra del Pacífico no se haría la automática relación con la “Derrota Honrosa”, en que los soldados del Rímac cayeron valientemente frente a un ejército mayor preparado, cuestión que, como hemos visto, distaba de ser realidad. El caer frente a un ejército que, técnicamente, era bastante ineficiente y carecía de cualquier atisbo de los ejércitos modernos ha supuesto un trauma que no se ha llegado a superar del todo, pues, citando nuevamente a Dellepiane, “Finalmente no debe olvidarse jamás que el fracaso de las Fuerzas Armadas, en plena lucha, no es fácilmente remediable. Este representa el más duro golpe que puede recibir la nacionalidad y la herida que produce no puede restañarse sino en largos años de triste convalecencia [sic]”<sup>993</sup>. En palabras de Nelson Manrique:

Podría decirse que éste fue -sesenta años después de que se fundara la República- el primer acontecimiento de real resonancia nacional, que comprometió al conjunto de pueblos que habitaban el territorio patrio. Como nunca, la lucha movilizó hombres desde Tumbes hasta Tarapacá y desde Iquitos hasta Puno. El trauma histórico de la derrota, por otra parte, solo puede equipararse al producido por la Conquista<sup>994</sup>.

Pero si no solo fuera suficiente con el trauma de la derrota, le sigue el estigma de la sociedad, el rechazo por parte de la nación por la que peleó, pues se le considera el culpable de la derrota, sufriendo en silencio, resignadamente aceptando lo venidero. Bien dice Villanueva que el Ejército peruano no logrará salir de su estado de postración hasta bien

---

<sup>991</sup> Jorge ORTIZ SOTELO: *Op. Cit.*, p. 826.

<sup>992</sup> José de la RIVA-AGÜERO: *Estudios de Historia Peruana. La emancipación y la República*, Tomo VII, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1971, pp. 405-406.

<sup>993</sup> Carlos DELLEPIANE: *Op. Cit.*, p. 511.

<sup>994</sup> Nelson MANRIQUE: *Yawar Mayu: sociedades terratenientes serranas, 1879-1910*, DESCO. Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo/Institut français d'études andines, 1988, p. 25.

entrado el siglo XX, pues el recuerdo de la derrota, más la estigmatización social proveniente del poder civil, lo mantienen en un estado catatónico, exánime. Ya no quedan aquellos militares que se aventuraban en luchas, legítimas o no, por la búsqueda del poder; en cambio, ahora solo queda un cascarón vacío. El ejército ve calmadamente la crisis de 1909, y no hace nada respecto a la afrenta que significó la chilenezación de Tacna y Arica, muy al contrario, solamente fueron los civiles quienes esgrimirían discursos mordaces. Pero, tarde o temprano, aquel estado de pasividad y apatía es superado, a la incapacidad le sigue la ira, y a la inacción el deseo de revancha: El desastre da el sentimiento de la propia debilidad y crea el deseo de la superación; desde el momento en que se le sufre, el espíritu militar tiene un faro que ilumina su marcha y que, atrayendo las miradas a lo alto, hace olvidar los peligros del camino<sup>995</sup>. Sin embargo:

Aunque no se manifiesta públicamente, el deseo de desquite existe en las filas del ejército. Es un sentimiento íntimo, el oficial rumia calladamente su desesperanza, compara constantemente cifras y estadísticas militares del Perú y Chile, murmura y reprocha calladamente al gobierno que no lo provee con los elementos necesarios para rescatar el honor nacional, quizás si en lo más íntimo de su ser sueña con reemplazar algún día a esos “antipatriotas” gobiernos para conducir a su patria por sendas de gloria y honor. El sentimiento de revancha ha sido transmitido por la “generación de la derrota” por medios imperceptibles, muy sutiles, quizás mediante el “culto a los héroes” y la magnificación de sus hechos en defensa de la patria, pero no esa campaña oficial, sistemática<sup>996</sup>.

Aquello no pasó de ser un deseo meramente patriótico y personal, pues no se llegaron a trazar las líneas para una guerra formal, no hubo reformas en el Ejército, y cualquier intento de levantar las banderas contra Chile fueron desestimados como aventuras inútiles fantasiosas. La adquisición de armas, por su parte, casi siempre fue limitada al rechazo de los poderes públicos. Las pocas que se lograron adquirir no respondieron a un plan premeditado de invasión ni mucho menos, solamente se compraba lo más urgente, y eso a muy cuenta gotas. Los civiles que ahora ostentaban el poder, solamente accedían a proporcionar armamento por una razón muy simplista: los militares debían estar armados. Más allá de eso, no había consideración en cuanto si aquel material fuera moderno u obsoleto, normalmente decantándose por este último. Obviamente, esta reacción civil no es bien vista por los uniformados, que ven en ella una clara intención de negarle lo que es suyo por derecho. Dellepiane, como militar, logra sintetizar aquel sentimiento:

Grave y triste fue la crisis que atravesaron los ejércitos aliados al iniciarse la guerra; se había consumado el peor de los delitos que pueden cometer los hombres de Estado; la imprevisión. [...] Es necesario señalar a los responsables, pues, de lo contrario se abultan indebidamente las victorias del enemigo y se acusa injustamente al heroico soldado peruano que supo recorrer todo el país imponiéndose por su valor al adversario, provisto simple

---

<sup>995</sup> Carlos DELLEPIANE: *Op. Cit.*, p. 507.

<sup>996</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 36.

de unas “ojotas” recortadas y cosidas por él, cargando un fusil anticuado con escasos cartuchos y luchando al final sin bayoneta”<sup>997</sup>.

De ahí su odio a los políticos y la politiquería, por haberles negado los recursos para la guerra; sin embargo, resulta curioso que odiasen a los civiles por una actitud de indiferencia ante la patria cuando ellos mismos fueron los encargados de las riendas del país por medio siglo. Fuese como fuese, algo era seguro, el trauma ocasionado por la derrota se dirigió por dos vertientes: los civiles y Chile. De hecho, sería Andrés A. Cáceres, ante la renuncia del conjunto de la clase dirigente a seguir la lucha, quien esgrimiría fuertes palabras hacia la élite civil peruana:

Si nos cupo tan mala suerte, no se debió en modo alguno a la presión de las armas enemigas, sino que es imputable más bien al estado de desorganización en que se encontraba el Perú, a los desaciertos de sus dirigentes y a la menguada actitud de elementos pudientes que no supieron ni quisieron mantener firme hasta el último extremo la voluntad de lucha por la integridad territorial de la nación; y que, lejos de estos, coadyuvaron a la labor emprendida con inaudito refinamiento por el enemigo, dejando al ejército patrio no sólo sin apoyo alguno, sino restándole el que podían haberle proporcionado.

En el Sur, el Ejército de Arequipa, fuente de más de 4.000 hombres, y sin haber prestado ningún servicio a la patria, se dispersó sin combate. En el Norte, se proclamó la paz a todo trance aceptándose las cláusulas de paz del invasor. En la capital de la República, gente acomodada que al comienzo deseaba la guerra, abominaba la resistencia armada y sólo pensaba en poner a salvo sus personas y sus bienes con el advenimiento de la paz<sup>998</sup>.

Casos anecdóticos entregados por Villanueva son decisivos en cuanto al peso que adquirió el trauma entre los militares, como la de aquel joven que, al ver la bandera chilena flameando en Arica, vio nacer su vocación militar; o la de un general que, como miembro de una comisión encargada de modificar el uniforme, se opuso rotundamente que se usaran las estrellas como distintivos en los generales por ser el emblema de la bandera chilena; o aquel general que no bebía vino chileno, etc.:

Un amigo, profesor de sociología en una academia militar nos manifestó su sorpresa el haber detectado en sus alumnos, capitanes y mayores, la existencia del shock sufrido cien años atrás. Su admiración se basaba, principalmente, en que nunca percibió tales recuerdos [*sic*] en sus compañeros del colegio o la universidad, ni entre el elemento civil de generación que habían superado ya la frustración. Muy sorprendido quedó, pues, al haber constatado que seguía vívida en el medio castrense<sup>999</sup>.

---

<sup>997</sup> Carlos DELLEPIANE: *Op. Cit.*, p. 509.

<sup>998</sup> Heraclio BONILLA: “El Problema Nacional y Colonial del Perú en el Conflicto en el Contexto de la Guerra del Pacífico”, en *Histórica*, Vol. III, n°2, 1979, pp. 11-12.

<sup>999</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 46.

Por si fuera poco, lo ocurrido en 1895 vino a quebrantar aún más el espíritu de los militares, cuando aún no asumía su derrota frente a Chile. La antesala de todo aquello había sido realmente alentadora para los uniformados, pues en 1894 habían apoyado el golpe dado por el General A. Cáceres, infundido aún de sus proezas en la lid, en una esperanza por seguir en el poder. La esperanza fue efímera, pues al primer momento que los militares se sentían seguros en el trono, la insurrección civil se iba gestando, sin que el mismo ejército pudiera impedirlo. Bandas de paisanos adoptaban la típica forma de las guerrillas y partidas bajo los dictámenes de Nicolás Piérola, quien desde Chile estimulaba la insurrección. Desembarcó en el mes de octubre, apenas dos meses de inaugurado el régimen, constituyéndose formalmente en el jefe de la revolución, y después de una campaña de varios meses, entró victorioso en Lima el 17 de marzo de 1895.

La imagen del soldado heroico y abnegado de la guerra contra Chile, daba paso a la del morbos, cruel y enamorado del poder. En cambio, la imagen de los revolucionarios adquiriría ribetes románticos, de hombres comunes que se alzaban con la tiranía:

Si frente a Chile, pocos años, si el ejército no cumplió con el deber que le impone la Constitución: defender al país contra las agresiones extranjeras y velar por la integridad territorial, en 1895 tampoco le fue posible dar cumplimiento a otra obligación constitucional: la defensa del gobierno legalmente constituido, bien que su legitimidad era bastante discutible<sup>1000</sup>.

El ejército, a fines del siglo XIX, sufre una nueva lesión en su honor. Ser derrotado por un enemigo en el campo de batalla, hasta cierto punto, es permisible, y numerosas veces se buscan explicaciones para atenuar el impacto: mejor armamento, mejores tropas, más números, etc. En cambio, ser derrotados por civiles mal armados, con escaso entrenamiento militar, sin organización y orden, ante aficionados en las armas, es una afrenta que a los militares les duele. El soldado de profesión es derrotado por el civil que tanto desprecia.

Ejército y política fueron inseparables del Perú decimonónico, algo que no presentaría rupturas evidentes. Simplemente fue la consolidación de una serie de prácticas para el ejercicio político de la guerra, que se fueron desarrollando desde antes de las guerras por la Independencia, pasando por la emancipación y se consolidó en la primera mitad de la centuria. Una “Cultura Militar Caudillesca”, según lo expresaba David Velásquez Silva, que impidió cualquier reforma en las filas, aun cuando los ejemplos en el Viejo Continente estaban a plena vista. En primera instancia, en las filas jamás llegó a existir un *esprit de corps*, el liderazgo solo estaba al vaivén de la situación, los oficiales conspiraban abiertamente entre sí, subalternos ignorantes y masas indígenas que no tenían un verdadero motivo para desangrarse por el Perú era lo que realmente llegó a caracterizar al sector militar<sup>1001</sup>. En términos generales, se puede llegar a decir que el Ejército, y los militares en general del siglo XIX fue una institución débil, fragmentada y traumatizada. Un ejército débil y fragmentado en cuanto a que sus oficiales estaban divididos en función de sus propias lealtades personales, poco profesional, con tropas más bien obligadas a marchar a punta de fusil que a través de un verdadero sentido patrio y, aún más importante, todo ello bajo el tejemaneje de los caudillos y sus propias convicciones. Más importante aún, fueron sus

---

<sup>1000</sup> Ibidem, p. 61.

<sup>1001</sup> Celia WU BRADING: *Testimonios Británicos de la Ocupación Chilena de Lima, enero de 1881*, Editorial Milla Batres, Lima, 1986, p. 35.

traumas: militares e instituciones que gozaron de una Independencia otorgada desde fuera, que vieron y experimentaron su cénit al ostentar el poder prácticamente sin oposición civil, pero que tras la derrota en la lid, la peor humillación para un uniformado, vieron como aquellos mismos civiles y masas de indígenas y campesinos a quienes despreciaban, ahora se hacían con el poder que tanto habían guardado. Fueron heridas que prácticamente nunca llegaron a cerrar, especialmente las de la derrota; después de todo, imposible es olvidar el desmembramiento de provincias y, peor aún, que el ejecutor se jacte de ello.

El pasar del siglo, aunado por la derrota y la guerra civil, relegó a los militares a los cuarteles, psíquicamente lesionados en su orgullo profesional pasaron largo tiempo en las barracas. Los militares peruanos, en vez de codiciar y conspirar para controlar el poder político nuevamente, procuraron dirigir sus miras hacia los quehaceres de su profesión, en abandonar la política como práctica y convertir verdaderamente a las instituciones castrenses en el baluarte de los sentimientos y virtudes patrios, sin la influencia de los civiles y sus conjeturas políticas. En pocas palabras, se pretendía modernizar al medio castrense a través de lo que Villanueva denominaría como un trueque: un intercambio de las labores legítimamente militares por la función política<sup>1002</sup>. Bien decía el Capitán Pablo Clément, refiriéndose a la instrucción de los uniformados: “una instrucción técnica completa que corresponda a sus funciones profesionales”. Algo que más tarde, Pedro Pablo Martínez, uno de los primeros estudiantes de la Escuela Militar, refirmaría: “el militar, pues, no tiene opiniones políticas, no es prosélito de determinado caudillo, ni debe más fidelidad que a la Patria y al gobierno legal que la representa”<sup>1003</sup>.

Curiosamente, los medios para que aquella renovada misión se llegase a concretar los proporcionó el caudillo civil triunfante: Nicolás Piérola. Aunque esto en parte respondía a su necesidad de asegurar su instancia en el poder, pues el primer paso fue reducir la plana misma del ejército y limitar enormemente los ascensos, muy en contrapartida a sus medidas adoptadas para la tecnificación: una misión a Francia. De ahí en adelante el ejército peruano se modeló a imagen y semejanza del ejército francés; sin embargo, las intenciones de Piérola iban más allá de lo meramente interno, pues recordemos que en Chile ya se hacía algo similar con oficiales y misiones germanas. Obviamente, el Perú no podía tomar la misma opción que aquellos contra quienes habían combatido; por ende, la mejor alternativa eran los enemigos acérrimos de aquellos que ahora asesoraban a los militares chilenos. Oficiales galos desembarcaron a raudales en el Perú, pues ocho misiones llegaron al país del Rímac: 1896-1902; 1902-1905; 1905-1908; 1911-1913; 1913-1914; 1919-1922; 1922-1924; y 1932-1938<sup>1004</sup>. El inicio de la Segunda Guerra Mundial concluyó definitivamente el flujo de oficiales franceses, aunque en 1942 aún prestaba servicios como consultor técnico el General R. Laurent. El Perú terminó por convertirse en el país más afrancesado de América Latina,

---

<sup>1002</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 63.

<sup>1003</sup> David VELÁSQUEZ SILVA: “De la Reforma Militar a la Construcción del Estado: El Ejército Peruano en la Transición de los Siglos XIX y XX”, pp. 74-75.

<sup>1004</sup> La primera misión estuvo comandada por el Coronel Pablo Clément; la de 1902 por el Coronel Edouard Dogny; la de 1905 por el Coronel, más tarde General, Pablo Clément; la de 1911 por el General Buenaventura Calmell; la de 1913 por el General Marcel Desvoyes, aunque en esta ocasión el contrato no concluyó por ser llamados a la Primera Guerra Mundial. Desde 1914 a 1919 no hubo oficiales franceses en el Perú, hasta la llegada de la sexta misión militar en 1919 comandada por el General Buenaventura Vasal. La misión de 1924, y quizás la última de importancia, estuvo bajo el mando del General François T. Pellegrin A. y el General Pablo Clément. Finalmente, en 1932 por última vez volvieron a llegar oficiales; sin embargo, de los ocho recién llegados, todos solicitaron la cancelación de su contrato a fin de regresar a Francia en 1939.

aunque ello no quitaba que también llegaran misiones a países como Uruguay, Paraguay, Brasil, Colombia y Bolivia<sup>1005</sup>. Otras de las posibles razones de elegir a Francia por sobre otra potencia europea nos la ofrece Toche Medrano,<sup>1006</sup> y es que el Ejército Francés, tras la Guerra Franco-prusiana, reformó sus filas con la intención de alejar a los militares de la política y plantear nuevas doctrinas frente a sus territorios perdidos. Al Perú aquello le era lo más beneficioso posible pues, sin mencionar las pérdidas de Arica y Tacna, se ponía un freno al fraccionalismo del ejército producto de sus intromisiones en los vaivenes de la política nacional.

La primera misión arribó al Perú en 1896<sup>1007</sup>, y desde el comienzo quedó manifiesto el deseo de reforma de los recién llegados. Esta primera misión estuvo comandada por el capitán Pablo Clément y sus tres oficiales acompañantes: Armando Pottin, Ernesto Claudio Perrot y Eduardo Dogni. Ascendidos por contrato a los grados de Coronel y Teniente Coronel, rápidamente reorganizaron el ejército, así como iniciar una política de adquisición de armamentos de origen francés. A tan solo un año de su arribo, la misión ya mostraba sus espectaculares resultados en una reforma que incluía: el servicio militar obligatorio, la creación de servicios administrativos y Estado Mayor, la creación de un Ministerio de Guerra, la organización de una Armada permanente y dividida territorialmente en zonas militares, leyes estableciendo la estabilidad de la carrera militar, leyes garantizando derechos laborales y de jubilación para los soldados, y modificación de los reglamentos de instrucción de las escuelas de artillería, infantería y caballería, entre otros.

En 1898, bajo la orden de Clément, se organizaba la Escuela Militar de Aplicación en tres divisiones: Infantería, bajo el mando de Perrot; Caballería, bajo el comando de Dogni; y Artillería e Ingenieros a las órdenes de Vauvineux. Se instaló en el local de Chorrillos y se inauguró el 24 de abril de aquel mismo año. Se buscaba crear un ejército institucional y técnico, por lo que los cursos recayeron en personalidades de gran calibre como Pacheco Zegarra, Castañón y Vila. Las primeras escuelas de fuego de artillería se realizaron en octubre de 1899; en 1904 se creaban las bases para la Escuela Superior de Guerra, copia de la Escuela de Guerra de París; en 1907 se creaba la Escuela de Tiro, Escuela Veterinaria y otros servicios. Finalmente, la reforma fue complementada con el viaje de numerosos jóvenes oficiales peruanos a Francia, sobre todo a St-Cyr y a la Escuela de Guerra de París, lugares de donde salió la primera camada de cadetes y jóvenes uniformados impregnados del pensamiento militar francés y denominados, con cierto tono de burla, “los afrancesados”<sup>1008</sup>.

A la par, los oficiales franceses, de un marcado espíritu aristocrático, más de alguno con títulos nobiliarios, procuraron fortalecer en los soldados peruanos ese mismo sentimiento que los caracterizaba, una percepción que con los años se había enfriado en los corazones peruanos, más cuando las levas forzosas y reclutamiento masivo casi indiscriminado durante los últimos años. Bien decía el estudioso peruano Efraín Cobas:

---

<sup>1005</sup> Patricio QUIROGA; Carlos MALDONADO: *Op. Cit.*, p. 116.

<sup>1006</sup> Eduardo TOCHE MEDRANO: *Guerra y Democracia: Los Militares Peruanos y la Construcción Nacional*, CLACSO/DESCO, Lima, 2008, p. 25.

<sup>1007</sup> El contrato que estipuló la llegada de la misión francesa se realizó entre el General Billot, Ministro de Guerra de Francia, y José Francisco Canevaro, enviado extraordinario del Perú en París, el 28 de octubre de 1896.

<sup>1008</sup> Fabián NOVAK TALAVERA: *Las Relaciones entre el Perú y Francia (1827-2004)*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2005, pp. 155-159.

En sí, la formación ideológica de los primeros oficiales franceses que llegaron al Perú era de espíritu revanchista, antisemita, aristocrático y antirepublicano. Ellos venían a instruir a un Ejército también derrotado como el suyo, pero muy pequeño como para desear la revancha y acaso un poco más grande que un regimiento de infantería francesa de la época<sup>1009</sup>.

Se transmite al oficial peruano el sentido del honor en el cumplimiento del deber, a la par que se impone el odio y desprecio hacia la civilidad y sus juegos políticos, convenciéndole que la profesión militar estaba muy por encima de conspiraciones tras bastidores. También, como decía Cobas, se instaura la idea de revancha, quizás inspirada por su derrota contra Alemania. Bien decía Manuel González Prada en su *Discurso en el Politeama* de 1888: “Si el odio injusto pierde a los individuos, el odio justo salva siempre a las naciones. Por el odio a Prusia, hoy Francia es poderosa como nunca. Cuando París vencido se agita, Berlín vencedor se pone de pie. [...] No fomentemos, pues, en nosotros mismos los sentimientos anodinos del guardador de serrallos, sino las pasiones formidables del hombre nacido para engendrar a los futuros vengadores”<sup>1010</sup>. De esto mismo se desprendía el abandonar el sentido de defensa que había imperado en los militares peruanos, enfocándose más en ofensiva, en la iniciativa propia; de hecho, hacia 1930, un capitán francés, Georges Ronin, diría: “la tenacidad no es una virtud peruana” y, peor aún, “este pueblo lleva todavía consigo la pasividad impuesta por la mano de hierro de los españoles y de los dictadores del siglo pasado”<sup>1011</sup>. Aquello era lo que se intentaba erradicar.

Pero la reforma iba más allá de profundizar algo en que los militares peruanos ya eran expertos, sino que, influidos por las propuestas de Thomas Nobeurt Bugeaud, Simon Gillieni y Hubert Lyautey, que habían servido en Marruecos y Tonkín, la misión francesa fue entendida por sus portavoces como una unión fraternal entre dos pueblos para vencer la miseria y la pobreza. De hecho, los franceses entendieron su misión más como un administrador más que un mero instructor en el combate, actuando con demasiada autonomía respecto a la metrópoli, fortaleciendo a la par su desprecio hacia los políticos que, desde su perspectiva, no podían llegar a entender el problema presentado por las colonias como el Perú<sup>1012</sup>. Los militares peruanos instruidos en la nueva doctrina no se quedaron atrás, pues a la par de profundizar sus recelos hacia los civiles, vieron en ellos la principal causa de no poder haber cumplido su deber en las guerras pasadas. Algo que, por lo demás, correspondía a las críticas realizadas por González Prada:

Sin especialistas, o más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayo de aficionados en Diplomacia, ensayos de aficionados en Economía Política, ensayos de aficionados en Legislación y hasta ensayos de aficionados en Tácticas y Estrategias. [...] Vimos al abogado dirigir la hacienda pública, al médico emprender obras de ingeniería, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos

---

<sup>1009</sup> Efraín COBAS: *Fuerza Armada, Misiones Militares y Dependencia en el Perú*, Horizonte, Lima, 1982, p. 27.

<sup>1010</sup> Manuel GONZÁLEZ PRADA: *Op. Cit.*, p. 48.

<sup>1011</sup> Carlos CAMACHO ARANGO: “El regreso de los cañones franceses a Perú (1930-1933). Intermediarios y contingencias”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 42, n°2, 2015, p. 294.

<sup>1012</sup> Eduardo TOCHE MEDRANO: *Op. Cit.*, p. 27.

del ejército. [...] Con las muchedumbres libres aunque indisciplinadas de la Revolución, Francia marchó a la victoria; con los ejércitos de indios disciplinados y sin libertad, el Perú irá siempre a la derrota. Si del indio hicimos un siervo ¿qué patria defenderá? Como el siervo de la Edad Media, sólo combatirá por el señor feudal<sup>1013</sup>.

Pero en la medida que se buscaron adecuaciones de los criterios franceses a la realidad peruana, entre los uniformados peruanos surgió un nudo contradictorio: debían aceptar la instauración de un ejército moderno a la europea, pero, a la vez, tomaban conciencia que tales modelos, si bien podían servir como guía, no eran del todo eficaces para los desafíos que planteaba la seguridad del país. En primera instancia, y al igual que Chile, las tensiones se mostraron en los viejos oficiales y sus reticencias hacia los recién llegados, pero, con el tiempo, los oficiales de nuevo cuño, ya veían que el seguir al pie de la letra los dictámenes de los francos restaba enormemente la iniciativa de los soldados. Quizás el seguir con rigidez y al extremo del detalle los reglamentos podrían aplicar a naciones con oficiales de un alto grado de instrucción; sin embargo, la realidad peruana precisaba métodos más elásticos. De ahí que, para 1920, el Ejército peruano se mostrase mucho más crítico que el Ejército chileno respecto a los prusianos:

[...] hemos ensayado todo en el orden militar sin llegar a adoptar nada en definitiva [...] toda institución, cualesquiera que sea, necesita para la realización de sus fines una organización compatible con el modo de ser de la sociedad en que existe. Es por esto que la organización metropolitana o colonial francesa se adaptaría a nuestro medio [...]<sup>1014</sup>

Los reclamos cada vez más intensos para buscar un camino propio tuvieron consideraciones muy adversas a lo planteado por los oficiales francos. Al iniciarse la década de los años 20, la rígida neutralidad política que habían mantenido los militares peruanos respecto a la política se rompió rotundamente en dos ocasiones: en 1914 para derrocar al gobierno de Guillermo Billinghurst y en 1919 para facilitar el ascenso de Augusto B. Leguía. En ambos casos se llegó a premiar a los oficiales comprometidos con tales eventos mediante ascensos que no respetaron las reglas establecidas. Incluso, para el primer caso, se llegó a promulgar una ley, n°1993, que legalizó el favor político como factor a tener en consideración en la carrera de los oficiales. El mismo Basadre diría:

En el seno del Ejército mismo surgió un ambiente de malestar ante la indiferencia política en los ascensos por primera vez presente en gran escala desde 1895, pues solo atisbos de ella habían aparecido a raíz de la sublevación de mayo de 1908. No faltaron jefes y oficiales que llegaron a decir con orgullo “Estos galones que llevamos no son del 4 de febrero” [día del golpe]<sup>1015</sup>.

Poco o nada había durado el profesionalismo peruano a la francesa. Paradójico, a falta de palabras mejores, resultaba que el ejército que se había constituido casi sobre la base

---

<sup>1013</sup> Manuel GONZÁLEZ PRADA: *Op. Cit.*, p. 44.

<sup>1014</sup> Eduardo TOCHE MEDRANO: *Op. Cit.*, p. 29.

<sup>1015</sup> Jorge BASADRE: *Historia de la República del Perú (1822-1933): La República Aristocrática (1895-1919)*, Editorial del Comercio, Lima, 2005, p. 123.

de un desprecio hacia los civiles, de ahí en adelante se mostrara casi como el perro guardián de la élite dominante, estando completamente subordinado al poder civil. Los méritos políticos para el ascenso se hicieron casi la norma, y enterrado dejaron a los deseos de aquellos que veían en la profesionalización el medio por el cual alejar a los uniformados de la política nacional. Pero mientras unos hacían perfecta alusión al chiste del pueblo en que comparaban a los militares con gasolina, pues se vendían por galones; oficiales jóvenes, de renovado cuño, ya veían con ojos reprobatorios las jugarretas de sus camaradas inmiscuidos en los tejemanejes de la política; en cambio, se proponían como meta el “hacer de la Fuerza Armada la Institución rectora del país”<sup>1016</sup>.

Hechos como la Primera Guerra Mundial también contribuyeron a diferenciar al Ejército Peruano de sus contrapartes europeas y de lo que venía sucediéndose a nivel interno en el país, pues el concepto napoleónico de Nación en Armas en aras de la defensa nacional, tras el conflicto en sí, adquiriría un nuevo significado. Después de todo, las palabras de Ernesto Montagne eran más que claras: “¿De qué nos serviría, en efecto, tener un Ejército, a la europea, bien armado, bien equipado, suficientemente instruido y disciplinado y mandado por excelentes oficiales, si no se les pudiera hacer mover oportunamente en la dirección conveniente, si no fuera posible hacerlo vivir en todo momento?”. Además de solo procurar hombres para que empuñasen las armas, Montagne creía necesario también atender otras necesidades imperantes del país, como lo eran las redes topográficas, la red de comunicaciones y las producciones agrícolas. Según él, todo aquello, esencialísimo, daba paso a las buenas condiciones para que los peruanos llegasen a tomar las armas<sup>1017</sup>. A estas alturas el pensamiento militar peruano ya era cada vez más autónomo, renovado en cuanto a sus funciones para el país, algo que se acrecentaría tras las acciones en la frontera colombiana de 1911.

La experiencia puso en la palestra una realidad histórica en que pocos habían caído en cuenta: el Perú era un país sitiado. El recelo que imperaba hacia Chile se expandió hacia sus demás vecinos. Ello conllevó a que elementos como la diplomacia y las medidas políticas adoptadas por los civiles se vieran con pésimos ojos, muy contrarias al interés nacional, ello según los mismos militares. Hasta principios básicos como la táctica empleada en la campaña de 1911 fue fuertemente criticada: “Todos quisieron seguir los métodos modelos en boga en otras regiones de nuestro país, sin valorar la carencia de medios [...] Pretender poner en práctica las organizaciones y métodos que se sabe de otras regiones o de otros países es humanamente imposible. La selva sudamericana, en la cual el Perú tiene máxima parte, no tiene semejanza en el mundo y, por consiguiente, nada hay conocido que encaje bien a sus necesidades. La selva peruana exige organización propia”<sup>1018</sup>. El seguir moldes propios se hizo fundamental, más cuando era preciso defender a la nación de las amenazas externas; de ahí que también, paradójicamente, los militares también asumieran una propensión a la política, aunque más que solo atender a los llamados de la política partidista, en este caso caudillista, su visión se enfocaba más a una “misión civilizadora”, básicamente consistente en incorporar bajo una postura paternalista a las comunidades indígenas y los territorios fronterizos (estos últimos especialmente a través de las vías de comunicación). En pocas palabras, era menester inmiscuirse en la política, cumpliendo funciones que competían a otras ramas del Estado, para asegurar el orden en lo interno y lo externo. Obviamente, los

---

<sup>1016</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 78.

<sup>1017</sup> Eduardo TOCHE MEDRANO: *Op. Cit.*, p. 31.

<sup>1018</sup> *Ibidem*, p. 33.

militares partían de la visión del indígena semisalvaje, al cual era menester sacar del estado de barbarie:

Para ser soldados se necesita saber el idioma castellano, y escribir y leer cuando menos, pues esta es la base de la instrucción militar [...] De aquí pues, deducimos claramente que el indio que llega al cuartel, sin hablar más que el quechua, sin conocer más que lo que cualquier irracional conoce, necesita para ser soldado enseñársele el idioma oficial de la nación, y luego á leer, escribir y contar [...] adquiere en el cuartel la idea de Patria y sus deberes para el Estado que empieza a conocer adquiriendo conciencia de su nacionalidad... al aprender sus obligaciones como soldado aprende también sus deberes y sus derechos como ciudadano y como hombre.

En una palabra, el cuartel recibe á un ser en su estado primitivo, incivilizado y sobre todo rehacio [*sic*] a todo progreso y devuelve a un ciudadano apto para ejercer sus derechos y llenar sus obligaciones<sup>1019</sup>.

Como decíamos, esto siempre iba en concordancia a las funciones de defensa: “Bajo el importantísimo punto de la defensa nacional, un Estado que quiera contar con el mayor número de probabilidades de éxito en una contienda armada, necesita llevar a la línea de batalla el mayor número de hombres, no sólo bien armados y equipados, sino también conscientes del deber sagrado que van a cumplir”<sup>1020</sup>. Pero, incluso cuando el mensaje se oyera agradable, sus métodos distaban de serlo: violencia, enganche forzoso, secuestro, colonización militar, desplazamiento de sus habitantes, etc., Y aunque estaba patente el deseo de “civilizar” e instruir a aquellos pobres harapientos, la realidad peruana mostró, nuevamente, ser más compleja que la teoría, pues, a pesar de todo, el Perú seguía siendo un país mayoritariamente rural y escasamente alfabetizado, donde la presencia estatal estaba lejos de llegar a todos los recovecos del territorio y donde las élites terratenientes difícilmente se desligarían de la presencia de su mano de obra. Pero resultados vinieron de estas actividades, por paupérrimos que fueran; después de todo, se había alfabetizado al analfabeto, se había instruido al campesino, se habían infundido el espíritu patrio al indiferente. La idea de Nación en Armas, por los sucesos del siglo XX, cobró más importancia aún para el militar peruano.

Uno de estos sucesos fue la crisis económica de 1929, lo cual influyó directamente al gobierno de Leguía. El ejército, bajo el pretexto de salvar al país de la dictadura y de las acciones contrarias al honor patrio (argumentaban que Leguía había cedido libremente Leticia a Colombia y Arica a Chile), se alzó el 22 de agosto de 1930 en Arequipa bajo el mandato del Comandante Sánchez Cerro. Leguía había ascendido al poder por las jugarretas de los oficiales deseosos de ascender, ahora, oyendo el clamor popular, los militares se alzaban y ponían fin al Oncenio, a la par que Sánchez Cerro se proponía a él mismo para ocupar el cargo. Luchas intestinas se sucedieron dentro de las filas, pero nada de gravedad, cuestión por lo cual Sánchez pudo llamar a elecciones; obviamente, ganó en las urnas, principalmente por el apoyo de la joven oficialidad: “Para los cuadros medios y subalternos del ejército, Sánchez Cerro, de origen modesto, *cholo*, valiente, combativo, *enemigo de la*

---

<sup>1019</sup> Ibidem, pp. 39-40.

<sup>1020</sup> Ibidem, p. 41.

*oligarquía*, era una esperanza, garantía de cambio efectivo”<sup>1021</sup>. Pero ello solo quedó en palabras, pues una vez asumido, y que el Apra desconociera las elecciones, la represión hacia este sector político fue dura y consciente, aquí no solo se acataron órdenes, sino que voluntariamente muchos uniformados actuaron en defensa de un gobierno encabezado por un militar.

La lucha fue cruel y tiñó al Perú de color rojo; pero toda esta rivalidad Apra-Ejército adquirió un tinte trágico con la revolución de Trujillo, cuando militantes apristas en 1932 asaltaron y capturaron el cuartel de dicha ciudad, masacrando a todos los oficiales de la guarnición. Incluso hubo algunos que lamentaron que a los oficiales de Trujillo nos les fuera dado “ofrendar su sangre juvenil en campos de batalla, frente a enemigos extranjeros y denodados” y, en su lugar, cayeran “defendiendo el orden”<sup>1022</sup>. La respuesta de los militares fue rápida y concisa: la guarnición de Lima fusiló a gran cantidad de civiles, fueran apristas o no. Pero qué es lo que les llevaría a actuar de esta manera; a excepción de la venganza, estaba el miedo. La acción virulenta en parte respondía a los eventos previos: el intento de asesinato del presidente Sánchez Cerro por un aprista y la rebelión de los marineros de los cruceros Bolognesi y Grau habían puesto a los uniformados en estado de alerta, pero el afán revanchista por sí solo no explica ni llega a justificar su cruento accionar. La parafernalia aprista, la movilización disciplinada de sus huestes, la simbología utilizada, los cánticos, los términos, los discursos que pretendían subvertir el orden establecido. Aquel era el miedo de los uniformados, y, ante la sola idea de ir contra el orden, la respuesta ante esa amenaza debía ser contundente, más cuando tales hechos recordaban lo vivido a fines del siglo pasado, cuando civiles armados habían logrado poner en jaque al ejército.

De ahí en adelante, los allegados al dictador Sánchez Cerro adoptaron una retórica fuertemente antimarxista y contraria a cualquier discurso revolucionario como los del Apra, pero esto no vendría por miedo al comunismo, sino por la disciplina imperante en las filas apristas. Y a pesar de que Sánchez Cerro fuera asesinado, su legado continuaría en el General Benavides, aunque sin llegar a perpetuar su mentalidad represiva. El trauma a lo civil se volvía a hacer presente, pues ya no se enfrentaban a grupos caudillistas sin ideología ni doctrina, que solo pretendían derrocar al gobierno; en cambio, luchaban contra vastos sectores de la población en un proceso de cambio, con una mística revolucionaria. En palabras de Villanueva, los militares nuevamente cumplen el rol de guardián de la burguesía, quien, por lo demás, le provee un discurso en que se ve a los militantes apristas como un enorme mal que aquejaba al país, que atentaban contra la patria y sus instituciones rectoras; de ahí su justificación para la represión. La dicotomía civil-militar volvía a estar presente, más cuando el militar peruano deja de lado el complejo de inferioridad que lo había caracterizado desde 1895, pues ahora su ego le impulsa a la autoestimación ante sus propias frustraciones, más cuando las élites les ven como la única respuesta ante la insurgencia popular<sup>1023</sup>.

Quizás fuera esta misma arrogancia la que impulsaría a un grupo de militares, muy extraoficialmente, se apoderan de la zona de Leticia, principal población del Trapecio Amazónico, zona que comprendía entre los ríos Caquetá y Putumayo, y la cual fue cedida por Leguía a Colombia. Los miembros de la aviación, marina y ejército apostados en la región suscribieron la toma del territorio, a la par que exigían una revisión del Tratado

---

<sup>1021</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 84.

<sup>1022</sup> Citado por Eduardo TOCHE MEDRANO: *Op. Cit.*, p. 88.

<sup>1023</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, pp. 88-89.

Salomón-Lozano y el apoyo de sus demás camaradas de armas. A pesar de que la respuesta oficial del gobierno siempre fue el respeto por los tratados, en Loreto se había producido una verdadera insurrección entre los uniformados que apoyaban la causa bélica y recaptura del territorio cedido. Su honor como militares en defensa de la patria, a la par de su renovada arrogancia, les impulsaban y animaban:

Los Institutos Armados de Loreto, no obstante sus impulsos patrióticos no han iniciado la reintegración de Leticia ; pero si, una vez efectuada la apoyan con todas sus fuerzas

Nuestra resolución... es inquebrantable y en caso de no iniciarse las gestiones que deben tener por base la reintegración de Leticia al Perú, que ocuparemos por hecho y definitivamente aquel trozo de Patria, disponiendo para ello todos los medios y recursos que existen en Loreto.

Síntesis de nuestra determinación: apoyar a los ocupantes de Leticia de cualquier fuerza, entidad u opinión que se oponga a ellos, sea cual fuere la fuente de su origen<sup>1024</sup>.

Este mensaje no solo se dirigía a los colombianos, sino a los mismos peruanos, especialmente al gobierno, el cual, por ser las Fuerzas Armadas su único sostén, apoyó a los uniformados, produciéndose a la par un estado de guerra. Sin embargo, la posterior indecisión del Gobierno Peruano permitió el rearme de su contraparte colombiana, perdiendo la ventaja estratégica que unos cuantos habían logrado; aunque, a la larga, el ejército peruano no contaba con los medios técnicos y materiales para emprender una nueva guerra, ni siquiera para las necesidades más básicas; es más, para el asalto de Leticia se utilizaron armas “viejas y casi inservibles”<sup>1025</sup>, ello en palabras de uno de los testigos de la época. Para clavar más el puñal en la herida, bajo el gobierno de Benavides, Leticia finalmente fue devuelta y el Tratado Salomón-Lozano ratificado. Bien decía el Coronel José A. Vallejo:

Hace un tercio de siglo [...] que el país ha vivido creyendo en su preparación militar y en la eficiencia de sus técnicos, en la absoluta capacidad de sus brillantes oficiales y en el momento de probarlos, los resultados no han sido los que la patria esperaba<sup>1026</sup>.

A pesar de que los medios colombianos hablaban de combates épicos, con trincheras, corredores subterráneos y hombres luchando a pecho descubierto, la cruda realidad fue que, la mayoría de las veces, las tropas peruanas se vieron obligadas a huir a causa de las paupérrimas condiciones. Cartas y notas abandonadas por los soldados daban fe de la desesperación en que se hallaban por el clima y la falta de víveres. Desmoralizados, sin defensa aérea ante la amenaza de los bombarderos colombianos y con armas que rayaban en lo obsoleto, allí se les hacía “trabajar sin descanso, mal alimentados y peor tratados”, por ello no era extraño que se tocara retirada al primer avistamiento de los enemigos. A pesar de que Sánchez Cerro prometió que en adelante los colombianos sabrían “lo que significa atacar

---

<sup>1024</sup> Ibidem, p. 92.

<sup>1025</sup> Carlos CAMACHO ARANGO: “Historia narrativa de la toma y ocupación peruana de Leticia (Colombia, río Amazonas, septiembre de 1932)”, en *Historiela. Revista de Historia Regional y Local*, Vol. 8, n°15, 2016, p. 344.

<sup>1026</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 100.

al Perú”, y que incitara a la población a acudir en masa a los cuarteles en defensa de Leticia<sup>1027</sup>; muy al contrario, su respuesta no fue lo que se esperaba de un mandatario, pues no fue más allá de incitar a una turba para que atacara la legación colombiana en Lima<sup>1028</sup>.

Otra frustración se sumaba al largo historial del Ejército Peruano, y periodistas, militares, e incluso políticos concordaban en una sola cosa: la incidencia de la política en los asuntos militares. Vallejos nuevamente decía: “El fracaso peruano en el Oriente, en 1932-33, obedece a las mismas causas de la hecatombe nacional de 1879-84 [...]; *la intoxicación por la política del elemento armado*<sup>1029</sup>. Incluso se llegó a decir que los políticos dirigían al ejército; sin embargo, tanto el Ministerio de Guerra como la Presidencia misma la ocupaban militares, por ende, sería erróneo achacar todo el peso a los políticos, quizás solo respondiera a un placebo para aliviar el dolor de la derrota. Fue así como en las instituciones armadas nació el deseo de llegar a conquistar la autonomía, al menos en los asuntos netamente castrenses y, a la par, ya se vislumbraba el deseo de reemplazar a aquellos “políticos” a quienes tachaban de culpables de todo lo ocurrido.

Solamente en 1941, en la guerra con Ecuador, la situación cambió radicalmente. Nuevamente se había producido un *cassus-belli*, solo que ahora involucraba a las fuerzas ecuatorianas en encuentros armados en la zona fronteriza y los que fueron favorables a las fuerzas peruanas, las que terminaron por invadir la provincia de El Oro al sur del Ecuador. Curiosamente, en esta campaña aconteció lo opuesto a la de 1932, y es que si el gobierno de Manuel Prado rechazó inicialmente una ofensiva en suelo ecuatoriano, ahora sí proveyó a las tropas, las concentró en la frontera y organizó fuerzas de comando. La idea inicial era mantenerse a la defensiva, pero tras el curso mismo de la guerra, los militares, al mando del General Ureta, pasaron a la ofensiva por iniciativa propia. Más tarde, cuando el avance peruano mostró ser todo un éxito, especialmente en las zonas de Huaquillas y Chacras, el gobierno de Prado, quizás sin más opción, dio libertad de acción a los militares.

Según Villanueva, las razones de tal decisión eran simples: de partida le era imposible desautorizar al ejército en sus éxitos, por otro lado, tampoco lo podía hacer, pues, a pesar de los problemas de orden internacional que aquello podía causar, los éxitos militares le dieron la tan esperada aprobación popular. El pueblo peruano, hambriento de triunfos militares, vitoreaba el nombre de Prado en las calles, un régimen que anteriormente habían condenado por autoritario e impopular. Sin otra opción, el gobierno terminó por darle vía libre a los uniformados, los que finalmente consiguieron la victoria en 1942, y la cual, por demás, fue monopolizada por el gobierno, lo que se tradujo en importantes triunfos políticos e internacionales.

Una nueva era comenzaba para el ejército peruano, pues eran los primeros triunfos obtenidos desde que en el siglo XIX rechazara a la escuadra española. El gobierno se sentía respaldado por las Fuerzas Armadas y, a su vez, éstas se sentían respaldadas por el gobierno; y es que precisamente atribuían la victoria a la no intervención de la política en asuntos militares. Bien nos dice el ya citado Villanueva:

La campaña de 1941 marca un nuevo hito en la historia de las fuerzas armadas del Perú. Es la fecha en que se recupera síquicamente del trauma causado por

---

<sup>1027</sup> Olga Yanet ACUÑA RODRÍGUEZ: “La Guerra con el Perú, una perspectiva en la construcción de la nación colombiana”, en *Pensamiento y Acción*, n°21, 2016, pp. 36-37.

<sup>1028</sup> Adolfo León ATEHORTÚA CRUZ: “El conflicto Colombo-Peruano. Apuntes acerca de su desarrollo e importancia histórica”, en *Tiempo y Espacio*, Vol. 3, n°29, 2007, pp. 15-17.

<sup>1029</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 100.

la tragedia del 79, aunque no cicatricen por completo las lesiones sufridas en esa ocasión. Desaparece el complejo de inferioridad que estaba atenazado a los militares como consecuencia de sus sucesivas frustraciones. Aumentó el sentimiento de autoestimación, esta vez sobre una base objetiva. El oficial se yergue orgulloso, adquiere mayor confianza en su institución, pero también en el convencimiento de la necesidad de autonomía e independencia del poder político<sup>1030</sup>.

En pocas palabras, el Ejército había pasado de una actitud aletargada y defensiva, a tomar las riendas con una mentalidad netamente ofensiva y capaz de adaptarse a la situación imperante. Y es que esto, a la par, se acompañó con los progresos materiales y técnicos: si en 1941 el ejército solo consumía el 18.2 % del presupuesto, en 1943 aumentan a 19.4 y 20.8% para llegar a los 23% en 1949, en el primer año de la dictadura odríista. El ejército crece numéricamente, adquiere nuevo armamento, se tecnifica y moderniza. Se crean cuerpos de oficiales especialistas en diversas tecnologías, como nuevas escuelas y cursos de diversas especialidades. De hecho, bien diría Edwin Lieuwen:

Las fuerzas armadas aumentaron su acostumbrada parte del león en el presupuesto nacional y la oligarquía estuvo segura de su dominante posición económica<sup>1031</sup>.

Beneficios económicos y sociales fueron los principales réditos obtenidos, especialmente en el gobierno de Odría; sin embargo, en la dictadura de este último, la brecha entre civiles y militares tendió a acrecentarse de sobremanera, todo a causa de la represión adoptada por el dictador y los dudosos medios con los que algunos oficiales, cercanos a Odría, se enriquecían a costa de los peruanos. Las malas miradas abundaron especialmente en los cuerpos de oficiales jóvenes. Probablemente donde esto último más se visibilizó fue en el golpe y las posteriores elecciones de 1962, instancias en la que en vez de apoyar a la opción más plausible para los uniformados; en este caso, la candidatura de Odría, prefirieron inclinarse por el civil Belaúnde Terry, a quien veían como la mejor solución con la cual aplacar los clamores populares. En este punto veían a Belaúnde más como una válvula de escape; y, paradójicamente; como el medio para que el APRA no se hiciera con el poder. Algo curioso esto último, pues los militares se posicionaban a la izquierda de los apristas, más paradójico aún es que si antaño criticaron su supuesto pro-comunismo, ahora rechazaban su pro-imperialismo, pues apoyaban la candidatura de Odría<sup>1032</sup>.

Respecto a este último personaje, paradójico fue que en el “ochenio” de Odría se creara la institución que más tarde influenciara a los militares peruanos del 68, en este caso nos referimos al Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), el cual no tenía otro objetivo que el estudiar integralmente los diversos aspectos de la defensa nacional. Posteriormente se convertiría en una especie de seminario en el que, tanto civiles como militares, se abocaron a la investigación social y económica respecto al Perú en que vivían; sin embargo, como suele ocurrir a menudo, aquellas valiosas conclusiones no fueron más allá de la mera especulación. Aunque no todo era color gris, dado que fue en ese preciso momento que los

---

<sup>1030</sup> Ibidem, p. 119.

<sup>1031</sup> Citado por Ibidem, p. 134.

<sup>1032</sup> Víctor VILLANUEVA: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, p. 10.

altos jefes fueron compenetrándose con los problemas que afectaban al país, abriéndoles los ojos y ampliando su perspectiva mucho más allá de la óptica meramente castrense:

Se van acostumbrando a incursionar en disciplinas que antes les estaban vedadas y van cambiando, si no su mentalidad, cuando menos los aspectos externos en sus relaciones con el mundo civil; incluyen en su léxico términos modernos de sociología, economía y política y, en una palabra, se van modernizando y adquiriendo conceptos políticos y maneras civiles<sup>1033</sup>.

Las bases del CAEM fueron sentadas precisamente por un oficial peruano que se perfeccionaría en París. Con el grado de Teniente, José del Carmen Marín cursó estudios en la Escuela de Ingenieros Militares de Versalles. Después de dos años de arduo estudio, egresó de una promoción de 310 graduados, y de la cual obtendría el segundo puesto. Aquel galardón confirmaba los inicios de su brillante carrera, y la que también sería considerada por sus superiores. Había ingresado a la Escuela de Clases el 25 de mayo de 1917, al año siguiente postulando a la Escuela Militar, obteniendo el primer puesto. Luego de cuatro años de permanencia reglamentaria en el centro de estudios, egresa en 1922 con la Espada de Honor en sus manos.

A pesar de sus galardones, Marín no fue un oficial de cuartel; de hecho, mientras ejercía como instructor en la Escuela Militar, aprovechó el tiempo para seguir sus estudios de matemáticas en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la que se graduó como bachiller en 1924, aunque aquel solo sería el primer paso, pues más tarde obtendría el grado de doctor. Cuando arribó del Viejo Continente, dedicó su carrera a la instrucción y formación, además de la docencia universitaria, actividades muy peculiares para cualquier militar que se jacte de serlo. Jamás fue un militar de “tropa”, por lo que su autoridad nunca la ejerció mediante la fuerza, cuestión que le granjeó las suspicacias de los círculos castrenses; en cambio, fue altamente respetado entre los círculos no militares, no solo por sus grados académicos, sino también por sus claros dotes de estratega. Uno de los que con tanta desconfianza miró a Marín fue Manuel A. Odría.

Entre ambos llegaron a existir profundas diferencias, pues si Marín creía que para poner fin al gobierno de Bustamante y Rivero (1945-1948) era menester contar con el apoyo del APRA para así establecer un gobierno transitorio; muy al contrario, Odría, antiaprista como él mismo, consideraba firmemente una alianza con la oligarquía para así liquidar a Bustamante y el APRA. A pesar de que Odría se hizo con el poder en el 48, y de que iniciara una purga de sus posibles rivales, Marín fue designado para la creación de un centro académico militar para luego dirigirlo; después de todo, no había nada más inocuo y poco amenazante que un militar de escritorio, al menos así lo consideraba Odría. Fue así como en 1950, Marín fue designado como el primer director del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), institución crucial para la modernización de las Fuerzas Armadas Peruanas, especialmente con el establecimiento de una doctrina de seguridad, una clara idea de desarrollo y la creación de un comando unificado. Toda su experiencia en Europa y sus estudios universitarios se plasmaron en la iniciativa.

En sus inicios, el CAEM no pasaba de ser un “huesero” con modestas expectativas y al que solo eran destinados los oficiales próximos a pasar al retiro<sup>1034</sup>. Con los años, su

---

<sup>1033</sup> Ibidem, p. 12.

<sup>1034</sup> Eduardo TOCHE MEDRANO: *Op. Cit.*, p. 103.

prestigio fue en crescendo, incorporando a oficiales de otros institutos armados y policiales, así como también a civiles. Tomando como base lo instruido por los franceses, y el posterior rechazo a su doctrina, Marín creyó conveniente el iniciar sus exposiciones afirmando que la acción de los altos mandos debía realizarse sobre la realidad nacional antes que mirar al extranjero. Era imperioso conocerla, porque de ella derivarían los planes y el uso adecuado de los recursos humanos y materiales para la defensa<sup>1035</sup>.

Allí mismo se esgrimió un nuevo significado para la Defensa Nacional, especialmente tras la experiencia de los países europeos en las guerras mundiales. Muy atrás dejaron las visiones en que la defensa del país solo recaía sobre los hombros de los militares; muy al contrario, tomaron sus puestos las doctrinas primigenias de la Nación en Armas napoleónica, en la que la defensa del Perú no solo concernía a los uniformados, sino de todos los ciudadanos y todos los materiales disponibles. Marín creía firmemente que ‘la guerra exigía una enormidad y variedad de medios y, consecuentemente, cifras astronómicas de recursos financieros para obtenerlos [...] Nos encontramos, pues, en presencia de una guerra de materiales’. Y allí, según su consideración, se hallaba uno de los puntos más débiles de la defensa del Perú:

Por el incipiente desarrollo de nuestra industria, sólo una mínima parte de éstos nos será posible producirlos; lo más costoso e importante tendremos que adquirirlo en el extranjero y esto exige enormes recursos financieros que no pueden provenir sino de la capacidad general del país. Economía, industria y finanzas, vienen a ser pues, el nervio de la parte material de guerra<sup>1036</sup>.

De tal manera que el Estado debía partir por hacerse responsable y llevar a cabo políticas destinadas a la libertad económica, al progreso y bienestar del país y sus habitantes. Así, los militares peruanos asumieron que para establecer una adecuada defensa primero se debía preocuparse en superar la falta de medios para satisfacer las necesidades o, al menos, reducirlas al mínimo. Primero se debía impulsar el “Potencial Nacional”, orientando e impulsando su desarrollo mediante planes científicamente elaborados. Fue así que los militares peruanos determinaron que, para plantear una defensa en condiciones, solo se podría llegar a hacer mediante el desarrollo económico y social, comprometiendo para el efecto a prácticamente todas las funciones del Estado. Y es que, al final de las cosas, y como el mismo Marín decía: “¿Cómo se le puede pedir a una persona que vive desnutrido, en un rancho de paja, que dé la vida por la Patria?”<sup>1037</sup>. El Estado, y por ende los militares, debían ser los rectores del desarrollo a fin de asegurar la defensa nacional, algo que influiría demasiado en los militares del 68, pues como diría el General Velasco Alvarado:

Cuando hace casi veinte años se fundó el Centro de Altos Estudios Militares, aconteció un hecho así, en apariencia rutinario y normal, pero en verdad trascendente para el Perú y para sus Institutos Armados. Porque cuando eso ocurrió, empezó a tomar forma consciente e institucional un laborioso y necesario proceso de reformulación del papel que tradicionalmente habíamos desempeñado los hombres de uniforme en el Perú. [...] Porque él fue decisivo

---

<sup>1035</sup> Ibidem, p. 107.

<sup>1036</sup> Idem.

<sup>1037</sup> Guillermo Martín CAVIASCA: “El Ejército en el poder. La ‘Revolución Peruana’ un ensayo de ‘Revolución Nacional’”, en *Cuadernos de Marte*, Año 9, n°14, 2018, p. 147.

para el afianzamiento de una renovada y lúcida conciencia de la patria en quienes más tarde habríamos de asumir la responsabilidad de iniciar el vasto y salvador proceso de transformaciones integrales que constituyen el motivo y la esencia de esa victoriosa Revolución Nacionalista que la nueva Fuerza Armada del Perú inició el 3 de octubre de 1968. Por eso, cuando se escriba la historia de esta época, los historiadores del futuro sin duda señalarán la fundación del CAEM como punto crucial en el desenvolvimiento de la Fuerza Armada y como un hecho decisivo en el proceso de cambio institucional de nuestra patria<sup>1038</sup>.

Y es que, en efecto, las políticas y medidas sociales puestas en práctica durante los años del gobierno de Belaúnde sirvieron para reforzar aquel sentimiento entre los oficiales de que en el Perú eran necesarios cambios estructurales capaces de generar un desarrollo dinámico en el país. Esto último se reafirmaría tras la experiencia personal de cada uno de los miembros de la Junta, quienes pertenecían a un “grupo generacional” homogéneo e íntimamente ligado por la instrucción impartida en la Escuela Militar de Chorrillos, la que incluía cursos en los que se llegaron a examinar los males socioeconómicos que afectaban a la nación<sup>1039</sup>. A la par, la mayoría de los que se alzaron el 68 pertenecían a las clases menos acomodadas del país<sup>1040</sup>, el General Velasco así mismo lo atestiguaba:

Aquí estuvo mi hogar y aquí están mis raíces. Aún recuerdo vívidamente el barrio de Castilla donde nací, las mismas calles y los mismos rostros que vieron mi niñez, el Centro Escolar Número 21 y el Colegio San Miguel de Piura donde acabaron los años de mi adolescencia provinciana y feliz. La mía fue gente sencilla, sin linajes ni abolengos, que un día me vio partir hacia la capital, donde después de servir como soldado inicié mi carrera en el Ejército<sup>1041</sup>.

En su discurso por el 149 aniversario de la Independencia fue mucho más explícito.

Sin olvidar que este jamás será el gobierno de un hombre, quiero para terminar dirigirme por vez primera, de modo personal, al pueblo del Perú. Porque esta Revolución se inspiró en él, en su alto sufrimiento, en su antigua pobreza, en su sabiduría milenaria, en su vieja esperanza y en su inviolada fe de justicia. Yo sé que estas palabras pueden saber a extraño en labios de un soldado. Más no si se recuerda que este soldado es hombre del Perú, surgido de su entraña y de su tierra. Que en su niñez conoció la pobreza saboreándola y que en su vida sus ojos se cubrieron de todo ese mundo de injusticia contradictorio y duro que fue el Perú. Al igual que mis camaradas de armas,

---

<sup>1038</sup> Discurso en la Clausura del año académico del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), 19 de diciembre de 1969. En Juan VELASCO ALVARADO: *Op. Cit.*, p. 175.

<sup>1039</sup> James PETRAS; Nelson RIMENSNYDER: “Los Militares y la Modernización del Perú”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 4, n°13, 1970, pp. 94-97.

<sup>1040</sup> Lourdes HURTADO MEZA: “Ejército Cholificado: reflexiones sobre la apertura del ejército peruano hacia los sectores populares”, en *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, n°26, 2006, p. 65.

<sup>1041</sup> Discurso ante la concentración cívica en la Plaza Grau de la Ciudad de Piura, 8 de octubre de 1969. En Juan VELASCO ALVARADO: *Op. Cit.*, pp. 112-113.

yo he vivido palmo a palmo, por duros largos años, la realidad de este país que todos llevamos dentro. Y al igual que ellos, también aprendí a descubrir las grandes injusticias, la profunda violencia, el duro agobio que agosta la vida de los pobres<sup>1042</sup>.

De ahí que tampoco deba sorprendernos la cercanía de aquellos militares con los sectores populares del país. Una anécdota curiosa nos la da el General Leónidas Rodríguez: “Recuerdo que una vez fuimos al Cuzco y los campesinos cusqueños vinieron de toda la región y el General Velasco todo el día conversó con los campesinos en la Pampa de Anta y almorzó con ellos. En el recorrido que hacía ante la enorme multitud, una viejecita se le presentó y al verlo se arrodilló ante él. El General trató de levantarla y la ancianita siguió arrodillada, entonces Velasco también se arrodilló y los dos conversaron. Le cuento esto para que vea cuanto respeto tenía Velasco por el pueblo peruano, cuanto cariño por la gente más humilde de este país, cuánta vocación de lucha por los marginados”<sup>1043</sup>. Así pues, conocedores del proceso histórico, social y económico del Perú, los militares del 68 mucho antes de los sucesos del 3 de octubre habían llegado a la conclusión de que las instituciones políticas tradicionales, véanse los civiles, no podían ser capaces de llevar a efecto los cambios que el país necesitaba.

Aquellas ideas y su consecuente metodología para alcanzarlas comenzaron a tomar forma tras la llegada del General Marcial Romero Pardo, quién reemplazó al General Marín en 1957; sin embargo, el presidente Prado, y el gobierno en general, no se mostró muy entusiasmado con tales propuestas. Esta situación se revirtió al producirse el golpe de Estado de 1962. El CAEM recuperó el espacio perdido y luego, durante el primer gobierno de Belaúnde Terry, su importancia llegó a un punto culminante cuando prácticamente se hizo casi regla el paso por sus aulas para todos aquellos que aspiraban ascender en el Ejército. El cuerpo de oficiales eleva así su nivel de profesionalismo a la vez que aumenta su prestigio e independencia de los elementos políticos. Sale de su estado de frustración revisando su rol en la sociedad peruana y los desafíos plantados en el nuevo mundo de la Guerra Fría. Un mundo, según los uniformados, que ya no necesitaba la intromisión descuidada de los militares en la política solo para obtener fines personales que saciasen su ambición, sino de militares capaces de tomar decisiones y visiones propias ante los problemas imperantes del país. Se necesitaba un ejército que tomara la ofensiva, no solo en el campo de batalla, sino en la sociedad en que se desarrollaba, que analizase sus problemas y proveyese de soluciones propias y tangibles para sus propias problemáticas, sin depender de las miradas y métodos de extranjeros que poca o ninguna aplicación tenían en el Perú, algo que, por lo demás, ya venía viéndose desde 1942 en la creación del Centro de Instrucción Militar del Perú:

La concepción y organización de dicho Centro responde a este postulado y constituye una solución peruana, regida por nuestra realidad y posibilidades y no es copia ni adaptación de las soluciones que se ha dado en otros países

---

<sup>1042</sup> Mensaje a la Nación con motivo del 149° Aniversario de la Independencia, 28 de julio de 1970. Ibidem, pp. 245-246.

<sup>1043</sup> Entrevista a Leónidas Rodríguez Figueroa, p. 92.

al problema de la formación y perfeccionamiento de los Cuadros del Ejército<sup>1044</sup>.

Con esto último, los militares peruanos hacían referencia a la influencia norteamericana, la cual comienza en el Perú allá por 1945, instancia en la que se asigna una misión militar; no obstante, el gran impulso de esta presencia fue a partir de 1952, oportunidad en que el Perú firmó el Tratado de Asistencia Militar (MAP), apoyando activamente las políticas de seguridad hemisférica diseñada por este país y adscribiéndose entusiastamente en el anticomunismo que emanaba desde el gigante del norte. Al igual que lo sucedido con Chile, muchos oficiales peruanos cursaron estudios en instalaciones militares norteamericanas. Pero, muy a diferencia de Chile, no todos los generales peruanos vieron con buenos ojos esa trasmisión de ideales. Al respecto, el General Marcial Romero Pardo fue enfático al decir que la influencia norteamericana “sirvió para la conquista espiritual de los entes individuales que iban a Estados Unidos”. Consideraba que no había casi innovaciones en los cursos que ofrecían y en realidad sus planteamientos eran contraproducentes para situaciones como la peruana, porque construían las ventajas estratégicas y tácticas solo a base de una concentración mayor de recursos<sup>1045</sup>. Si bien algunos han encontrado similitudes en el planteamiento del CAEM y de las misiones norteamericanas, lo cierto es que si bien no veía con buenos ojos las luchas revolucionarias, se alejó en demasía de la postura estadounidense de la lucha contrasubversiva; en cambio, desarrolló un “Reformismo Preventivo” y la “Acción Cívica” mucho antes de que los síntomas de las desigualdades se hicieran visibles.

La instrucción de los militares peruanos en Fort Holabird, poco o nulo conocimiento aportó a individuos que ya veían con sus propios ojos como las actividades insurgentes se llevaban a cabo. Algunos de los altos mandos peruanos ya habían esgrimido posibles respuestas, siendo una de las más decidoras la del General Juan Bossio Collas, artífice de la inteligencia contrasubversiva peruana, quien vio como en grupos de izquierda, como el APRA y el Partido Comunista, ya estaba el germen revolucionario. Otros como el General Marcial Romero Pardo, siendo invitado a Argelia por el Ejército Francés en 1958 a fin de ser observador en la guerra anticolonial, se convertiría en un ferviente admirador del estilo de lucha antirrevolucionaria francés, el cual, por lo demás, caracterizaría a los militares peruanos de ahí en adelante. Romero Pardo fue un partidario acérrimo del estilo de la lucha adoptado por el General Raoul Salan y su concepto de pacificación:

Salan creó el concepto de la pacificación y fue con sus fuerzas a pelear por el bienestar general de la población. Eso fue una de las cosas que también influyó en mí para todos estos planteamientos modernos. Dedicó diez por ciento de sus elementos, de su personal, de su tiempo a problemas militares [...] pero lo demás era a lo de pacificación que estaba compuesto por Acción Cívico-Militar, Acción Social, Acción Educativa, etc. Yo he visto eso en el

---

<sup>1044</sup> REVISTA DE LA ESCUELA MILITAR DE CHORRILLOS: “Párrafos del Mensaje del Jefe del Estado referentes a la Defensa Nacional”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XXXVI, n°183, 1942, p. 2104.

<sup>1045</sup> Guillermo Martín CAVIASCA: *Op. Cit.*, p. 123.

terreno mismo cómo los argelinos bajo esta sombra [...] se sentían protegidos<sup>1046</sup>.

A partir de estas concepciones, el Teniente Enrique Gallegos Vereno, quien tuviera una experiencia mucho más extensa en Argelia, planteo la posibilidad de que el Perú ya se encontraba en guerra, una verdadera revolución comunista silenciosa. Una guerra más temible que la misma aniquilación nuclear según sus palabras, pero no era una lucha que concernía únicamente a las Fuerzas Armadas, sino que a toda la población. Ya no había terreno que abordar ni plazas que ganar:

Así como en las guerras de la Independencia, en una misma familia, el padre era realista y el hijo patriota; en la guerra subversiva, no se trata de llamar bajo banderas a los jóvenes para defender la Patria contra un vecino ambicioso y agitar el sentimiento patriótico común, es cada conciencia que hay que ganar, cada cerebro que es necesario conquistar<sup>1047</sup>.

Gallegos Vereno se llegó a inscribir en la tradición francesa, pues ya no solo creía que la lid era el único campo en que los militares peruanos debían desarrollarse, sino que era menester que lo hicieran en la sociedad misma, contando con el apoyo civil. Campesinos, obreros, pobres y jóvenes eran los pobres diablos a los que se debían conquistar, pero no por la fuerza, sino a través del buen trato, de colaborar con el principal objetivo de las fuerzas revolucionarias y ponerlos en su contra. Obviamente la fuerza nunca dejó de estar de lado.

Pero la teoría, incluso por compleja que sea, sin la experiencia es mero juego intelectual. La praxis era necesaria y las guerrillas campesinas de mediados de los 60 la proporcionaron; no obstante, aquella lucha pasaba más que ser una insignificante escaramuza por reivindicaciones sindicales o de orden salarial, sino que adquiría un sentido más fuerte: el de la posesión de la tierra en la cual el campesino trabaja, y ocupará todos los medios, incluso los violentos, para su cometido. Pero Belaúnde, los sectores oligárquicos y las mismas Fuerzas Armadas cayeron en el craso error de tachar a esta lucha de mera “consigna comunista”, por lo que ignoraron casi por completo que aquella respondía más a un viejo anhelo, casi centenario. Las medidas resultaron efectivas, al menos así fueron si nos referimos a la represión contra los campesinos.

Y es que, para la mentalidad del militar peruano, a pesar de que en la teoría nuevas visiones se le ponían por delante, en la práctica aún existían dos polos: “el bien y el mal, virtud y pecado, Dios y el Diablo para éste, como seguidores de Maniqueo, sólo amigos y enemigos, buenos y malos peruanos para aquél”<sup>1048</sup>. Los matices o los términos medios son algo inexistente, razón por la cual el criterio dicotómico de “rojos” y “azules” aún imperaba en la lucha contra las guerrillas y en la política, cuestión que, además, les llevaba a imponer una visión, actitud y pensamiento rígido ante situaciones plenas de matices y colores, multifacéticas y divergentes. Para el oficial peruano solo había una dirección. Solamente es después, con la experiencia obtenida en la lucha contra las guerrillas, bajo la dirección de veteranos norteamericanos de las Guerras de Corea y Vietnam, sumado a la experiencia obtenida por los oficiales “nasseristas” del 62 y la doctrina francesa anti insurgencia en

---

<sup>1046</sup> Jorge RODRÍGUEZ BERUFF: *Los Militares y el Poder: un ensayo sobre la doctrina militar en el Perú, 1948-1968*, Mosca Azul, Lima, 1983, p. 119.

<sup>1047</sup> Eduardo TOCHE MEDRANO: *Op. Cit.*, p. 179.

<sup>1048</sup> Víctor VILLANUEVA: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, p. 27.

Argelia, que los militares peruanos adoptarían estos nuevos métodos de análisis político-militares, los cuales le permiten aceptar decisiones fuera del molde clásico que siempre les ha condicionado. Como bien dice Villanueva, la dicotomía de “rojos” y “azules” se rompe, aceptando que puedan existir zonas rosadas, al menos así lo expresarían los oficiales del 68. Así aplicarían las cosas en el orden interno, en lo político, social y económico. La cuestión externa, más compleja, aún conservaba ciertos elementos más “tradicionales”.

Y es que los militares de carrera tienen mucha estima el serlo, están orgullosos de su profesión que se ocupa directamente de la defensa de la patria. Pero ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo defender al Perú de una posible amenaza extranjera? ¿Cómo actuarían en una guerra con todas sus letras? Al menos, los militares peruanos se seguían apegando a los moldes clásicos, los cuales priorizaban ser fuerte, poseer un gran aparato militar, poderoso y eficiente. Argüían que las tres ramas de las Fuerzas Armadas habían de poseer muchas armas, las mejores y las más modernas que pudieran existir, siempre en mayor cantidad y calidad que las de sus vecinos, y han de ser empleadas por un personal perfectamente entrenado. Y, concordante a ello, el oficial peruano de alto rango se entrena en conducir grandes batallas; en los ejercicios sobre los mapas son cientos las unidades bajo su mando, decenas de aviones y centenares de tanques y cañones. Y mientras esta visión tradicional de la patria se mantiene, el oficial sueña con conducir su propia Operación Barbarroja en suelo americano:

Las fuerzas armadas de América latina son fuerzas conservadoras que ven recortadas sus aspiraciones militares y limitadas sus posibilidades de empleo. De hoy en adelante han de contentarse con servir de freno a los intentos subversivos, a luchar contra quienes desean transformar las instituciones contra quienes desean transformar las instituciones burguesas. Su acción se limitará a lo meramente policial en resguardo del orden interno. Y en este plano es donde se agrava el trauma. Los militares de profesión contemplan consternados la ineficiencia de los ejércitos modernos en su lucha contra tropas mal armadas que defienden la independencia de sus pueblos. [...] Las posibilidades propiamente militares han desaparecido para las fuerzas armadas de Latinoamérica. Inútiles ya los supersónicos aviones, los poderosos tanques y grandes navíos de la guerra. Inalcanzable la gloria soñada que podían ofrecer los campos de batalla desaparecidos para siempre. Es la frustración de los generales. Es muy duro acumular estrellas y diplomas de escuelas superiores para reducirse a mandar *rangers* a la caza de campesinos. Los generales latinoamericanos ya no pueden sentarse a la misma mesa con sus congéneres yanquis o europeos para tratar asuntos técnicos o estratégicos<sup>1049</sup>.

Este oficial piensa y vive para la guerra, pero para la guerra “seria”, una de dimensiones, de ejércitos contra ejércitos y no de ejércitos contra campesinos armados. Mal que mal:

Así como el cirujano que hubiera estudiado largos años su profesión que hubiera estudiado largos años su profesión, especializándose en delicada cirugía [*sic*] del cerebro, o trasplantes de corazón, se sentiría muy disminuido,

---

<sup>1049</sup> Ibidem, p. 259.

herido en su amor propio y dignidad profesional si se lo obligara a solamente extirpar flemones o cortar uñeros, así también el general que ha estudiado en varias escuelas superiores y obtenido sendos títulos académicos cuyos distintivos luce orgulloso sobre el uniforme, se sentirá igualmente disminuido y afectada su dignidad profesional si se le obliga a luchar contra abigeos, bandoleros y aun guerrilleros que no son otra cosa que “paisanos” armados - mal armados-, peor entrenados y que no saben respetar las condiciones del juego de la guerra<sup>1050</sup>.

Pero si al cirujano no le agrada desempeñar el papel de enfermero, a la cúpula de las Fuerzas Armadas no les gusta hacer de policía, a quien desdeña. En pocas palabras, habían cambiado la gloria por el pan. Por otro lado, está el orden ético, pues la lucha contrasubversiva implica un alejamiento de la batalla e implica más cuestiones de métodos, dado que, como ha dicho Jorge Chateau, “El campo de batalla moderno ha dejado de ser un campo limitado”<sup>1051</sup>. Ahora implica un campo de acción considerable, capaz de envolver naciones enteras, y la lucha se extiende más allá del enemigo, pasando a considerar al habitante, al campesino, su casa, la ciudad, etc. y ello es precisamente lo que acarrea las contradicciones. La violencia y, por ende, el uso de ella, es inherente a la guerra, pues, como lo decía Clausewitz, “nunca puede insertarse un principio de moderación en la filosofía de la guerra misma sin cometer un absurdo”<sup>1052</sup>; el problema viene cuando esta violencia, materializada en métodos como la tortura y el asesinato, es empleada para la represión del compatriota. Si bien habría militares que no harían asco a tales acciones, también habría muchos otros que preferirían utilizar medios distintos para imponer su victoria. Se perseguía el triunfo, pero siempre que este fuera conseguido en “buena lid”, sin estratagemas ni engaños, impropios de los honorables caballeros, porque de lo contrario la honra quedaba maltrecha. Era muchísimo más honesto perder con lealtad que conseguir la victoria de forma indigna. Una conducta propia de los caballeros y monarcas del medievo.

Es así como puede pensarse que los oficiales peruanos no se sintieran del todo cómodos con este tipo de guerras y prefirieran más lo clásico, las “Grandes ligas”, dado que, al menos en ellas, podían seguir empleando su dicotomía de “rojo” y “azul”, de bueno y malo. Esto es algo que los teóricos militares norteamericanos o franceses pasaron por alto, ya que basaron sus escritos en las experiencias adquiridas luchando contra vietnamitas, indochinos o argelinos respectivamente, contra un “otro” y no contra el compatriota. Era menester buscar enemigo que personificase a aquel “otro”, representante de todo aquello contrario a lo “peruano”, al menos para que los militares se sintiesen más cómodos con el uso de la violencia.

Pero había una cuestión más evidente y banal: la gloria. Es, probablemente, algo inherente a las labores castrenses, pues todo uniformado ansía honores, homenajes y condecoraciones. En el Perú de los 60 y 70 esto no era ajeno, así lo hacía ver Villanueva:

En nuestra América el militar heredó el aspecto exterior de esos mismos sentimientos, que les fueron transmitidos por los hidalgos españoles, lo más aferrados a ellos, pero su heredero americano no logró apartarse de la política

---

<sup>1050</sup> Ibidem, p. 43.

<sup>1051</sup> Jorge CHATEAU: “Seguridad Nacional y Guerra Antisubversiva”, en *Documento de Trabajo Programa FLACSO-Santiago de Chile*, n°185, 1983, p. 31.

<sup>1052</sup> Carl VON CLAUSEWITZ: *Op. Cit.*, p. 18.

conservando el amor a la gloria. La época del caudillaje militar en el Perú así lo confirma. Y el militar de hoy sigue amando la gloria militar, más que la que pueda deparar el poder político, aunque parece probable que el futuro invertirá los términos<sup>1053</sup>.

Pero en las guerras de guerrillas no hay lugar para las glorias, les está vedada desde un principio. Tanto la presión del gobierno, la prensa y los sectores oligárquicos, sumado a la policía, presionaron a las Fuerzas Armadas a que actuara contra las guerrillas, y fue así como el militar debió resignarse a dejar sus costosos equipos, tanques y cañones para que solo juntasen polvo y desfilasen en el Campo de Marte. Debieron organizar unidades más pequeñas, menos rimbombantes y espectaculares para poder combatir la subversión. No obstante, en el seno de la cúpula militar nacía un resentimiento hacia quienes les privaron de tener grandes ejércitos, brillantes armas, rutilantes entorchados, hacia quienes les presionaron a dirigir las armas hacia sus compatriotas y no contra el enemigo externo, y, por qué no, contra aquellos que les han impedido llevarlos a la lid. Finalmente, terminan por esgrimirlas contra sus propios compatriotas.

Por lo demás, el empuje conquistador del Perú se ha visto debilitado y, por ende, las posibilidades de emplear tales armas. Y es que “el Perú, conquistador otrora, se repliega, dedica todas sus energías a la lucha intestina. Lo que fuera el Imperio de los Incas no se reconstituyó jamás”<sup>1054</sup>. La gloria de antaño no podía ser recuperada por las armas y, salvo la guerra de 1941 con Ecuador, todos los conflictos que tendría el Perú tras la Guerra del Pacífico tendrían el carácter de interno o, simplemente, se saldarían con dudosas victorias más bien pírricas. De ahí que se hable de un “Perú Pacifista”, no en el sentido de abogar por la paz en el continente, sino en el rechazo a las guerras, incluso a la inercia al ver cómo se perdían sus territorios ante las naciones vecinas. Todos los territorios perdidos, salvos aquellos que se capturaron en la guerra contra Chile, han sido, según Villanueva, perdidos silenciosamente, de forma pacífica. Aquel problema solo sería esgrimido en tiempos de elecciones o, como suele suceder, para desviar la atención de problemas más importantes. La famosa frase de Leguía “Recuperad el Morro” solo quedaría en eso, palabras.

El escenario en que jefes de Estado peruanos o caudillos militares tomasen las armas en defensa de la Patria, en defensa de lo cautivo, parecía bastante lejano. No iba más allá de simples consignas chauvinistas, epidémicas por naturaleza, y que no tenían más fin que conseguir votos de la masa ferviente. Al menos así es para los civiles; en cambio, el militar peruano, como ya hemos dicho, rumea silenciosamente. Pero ¿cuál sería la razón por la que los gobiernos peruanos han rehusado el llevar a cabo empresas para recuperar lo perdido? La interrogante es más compleja aun cuando caemos en cuenta que el otrora Virreinato ha estado dirigido casi la mayoría de su vida independiente por uniformados, los cuales han expresado su malestar de vejación a la patria en un estoico silencio.

Aquí vale dejar de lado las explicaciones deterministas en cuanto a este rechazo a las aventuras guerreras. Una de ellas es la que entrega Villanueva, en la que se sostiene que aquel pacifismo, en parte, respondería a una cuestión casi biológica del campesinado indígena peruano, el que rehusaría tales empresas porque carecería de la facultad de decisión. Su segunda explicación es mucho más plausible, y por lo demás lógica, pues hace referencia al papel de la oligarquía y la burguesía. El primero de ellos abogaba por el mantenimiento

---

<sup>1053</sup> Víctor VILLANUEVA: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, p. 44.

<sup>1054</sup> *Ibidem*, p. 58.

de un status quo en el que pudiesen disfrutar económicamente de sus posesiones, ya que aquí la guerra es vista como algo costoso e innecesario (la mayoría de las veces lo es), y si alguna vez llegaron a apoyar a caudillos militares fue precisamente por aquello, por el mantenimiento de las condiciones presentes. El segundo sector, la burguesía, sería más complejo, pues al acceder al poder tras la debacle de 1879, enajenaría al militar del poder. Lo odian, pero lo necesitan para mantener el orden en lo interno, más no en lo externo, pues se condicen con la política norteamericana, la cual evitaría a toda cosa un conflicto a gran escala en su patio trasero.

Así, resulta más cómodo el ser colonia que Metrópoli:

Aman la paz, no por lo de noble y constitutivo que ésta puede tener, sino por la seguridad que proporciona. Odian la guerra por el peligro que supone para sus menudos intereses, no por la tragedia humana que significa, tragedia que podrían contemplar sin sobre salto en sus campos de cultivo, en sus fábricas y en sus minas. Los gobiernos burgueses que interpretan estos deseos muestran su pacifismo, su temor a la guerra<sup>1055</sup>.

De ahí que el Perú sea un país pacifista, pero solo en la medida en que fuera controlado por los sectores burgueses, aquellos que defenderían con uñas y garras sus intereses económicos más que la honra de la nación. El militar peruano pasa a ser el paria, pero es necesario mantenerlo “contento” para que mantenga toda la casa en orden y no se aventure en empresas caudillistas, por ello le aprueban sin pensarlo mucho los presupuestos para armas y equipos, aunque no les dejan utilizarlos como ellos querrían. Pasan a ser como un niño mimado con nuevos juguetes, pero que no puede llegar a disfrutarlos del todo. La llegada de Velasco daría un giro de tuerca a esta situación.

El gasto oneroso para las Fuerzas Armadas resultaba, hasta cierto punto, justificable para los sectores burgueses, quienes veían en la eficiencia y fuerza de las instituciones castrense casi un mal necesario con tal de seguir defendiendo la clase gobernante y las estructuras que la afianzan al poder. Esto resulta difícil de entender cuando esta modernización del ejército se da precisamente en el Perú, un país pobre. Pero, como hemos dicho, la llegada del “Chino” supuso un giro rotundo, pues como lo dijo explícitamente en la ceremonia de clausura del año académico de la Escuela Superior de Guerra: “La misión de la Fuerza Armada ya no comienza en los tradicionales campos de batalla, sino frente a ese enemigo interno”<sup>1056</sup>. Pero aquí el concepto de “enemigo interno” es ampliado, ya no solo refiriéndose a aquel extremista, sino que también a la burguesía, a “hacer frente al enemigo interno que pretende destruir nuestra nacionalidad, que propugna la división, el entreguismo y la inmoralidad”. Una misión contra aquella burguesía que tenía forma de paloma, aunque no por las mejores razones. Y es que, citando a Mercado Jarrín, el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas se podía contemplar toda una doctrina “nacionalista de izquierdas”<sup>1057</sup>. Los militares del 68 ya no serían pacifistas a regañadientes con el fin de

---

<sup>1055</sup> Ibidem, pp. 60-61.

<sup>1056</sup> *La Prensa*, 1 de diciembre de 1968. Ibidem, p. 65.

<sup>1057</sup> Álvaro de ARCE Y TEMES: “El Pensamiento Militar Peruano: Del Militarismo Histórico al Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas”, en CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL: *Pensamiento y pensadores militares iberoamericanos del siglo XX y su influencia en la comunidad iberoamericana*, Ministerio de Defensa (España), Secretaría General Técnica, Madrid, 2003, p. 99.

mantener el estatus quo, las palomas serían dejadas a un lado, dejando paso a los halcones con sus fuertes discursos antioligárquicos.

Pero de los aspectos internos del gobierno de Velasco y los militares del 68 y la forma en que veían hacia el exterior anhelando su tradicional rol en la lid, se ha de desprender algo estrechamente ligado a ello: las armas. Si los militares del Rímac deseaban batirse en los campos de Marte en contra de su tradicional enemigo, debían contar con los medios para tal tarea. A estas alturas resultaría redundante el seguir una larga y extensa explicación acerca de los pormenores del gobierno y su incidencia en la política, cuestión que ya hemos hecho; en cambio, resulta más interesante el ver como simples instrumentos para la guerra pueden condicionar la actitud de algunos uniformados para lanzarse a aventuras guerreras.

Curioso es cómo se inicia una carrera armamentista, dado que puede o no haber rencillas o problemas de cualquier índole que afecten la vida de las naciones involucradas y le impulsen a armarse hasta los dientes, aunque en este caso era evidente que lo había. Solo es necesario una pequeña chispa para que la ignición se haga general y afecta hasta aquellos que no tenían por qué verse involucrados. Lo curioso es que la chispa del armamentismo puede venir de cuestiones muy ajenas a estas problemáticas, así es en el caso del Perú, pues las compras de armamentos, equipo y modernización de las Fuerzas Armadas pasaban más por ser una válvula de escape para el descontento militar y que éstos siguieran apoyando los intereses de las clases dominantes, aunque no dudamos que en el sector militar existían resquemores hacia sus vecinos que incidiera directamente en las decisiones de compra y modernización.

Evidentemente la materialización de estas rencillas ayuda bastante en la compra de armas. Villanueva estimaba que la guerra contra el Ecuador en 1941 obligó al Perú a adquirir nuevos equipos, más modernos, y a organizar nuevas unidades con la consiguiente catarata de ascensos, muchos a causa del éxito militar. Y si bien se puso fin al litigio de forma definitiva con el Protocolo de Paz de Río de Janeiro; sin embargo, ya se había dado rienda suelta a la compra de material bélico, la burocracia militar tampoco volvió a sus antiguos límites y consiguió seguir creciendo de forma desmedida. Obviamente, la dictadura de Odría no fue indiferente a este proceso, el cual llegó a ser intensificado por Prado en su segundo gobierno con la adquisición en Inglaterra de dos cruceros, sin obedecer a un plan previo. Estas unidades estaban incapacitadas para llegar a entablar el combate, dado que la escuadra carecía de los destructores indispensables para su cobertura y protección, deficiencia que subsanó más tarde los Estados Unidos, proporcionando varios destructores en calidad de préstamo<sup>1058</sup>. Obviamente:

Las armas que compran nuestros países no son para tenerlas en stock sino para ponerlas al servicio de sus fuerzas armadas, para entrenarlas y exhibirlas, actitudes de las cuales visan varios objetivos; Una viril demostración ante países vecinos de la potencialidad de cada cual; crecimiento de la burocracia militar facilitando de este modo las promociones; una demostración psicológica ante el “enemigo interno” sobre la capacidad combativas de las fuerzas armadas, con el propósito de disuadirlo de tomar las armas contra ellas<sup>1059</sup>.

---

<sup>1058</sup> Víctor VILLANUEVA: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, p. 66.

<sup>1059</sup> *Ibidem*, p. 67.

Pero ni el Perú ni cualquier otro país latinoamericano podría emprender una aventura militar sin la venia de los Estados Unidos. Pero, repitiendo lo que hemos venido diciendo, el Pentágono deseaba mantener a estos países en una dieta armamentista, al menos acorde a sus intereses. Solo en la medida de los tratados bilaterales es que Norteamérica proporciona el equipo, pero éste no jugaría un papel muy airoso en un ataque extracontinental o, derechamente, en la lucha con un país vecino. La Casa Blanca envía aquel material más apropiado a lugares de mayor interés estratégico como lo es Vietnam o Israel. Europa surge como un potencial mercado de armas. Y así, casi en un acto de magia en que todos conocían bien el truco antes de siquiera verlo, se inició la carrera armamentista en América.

Obviamente esto no cayó muy bien entre los dirigentes estadounidenses. En el caso peruano sancionó la osadía ignorando por completo las unidades navales adquiridas en Inglaterra, llegando a no incluirlas en las maniobras UNITAS que se realizaban anualmente entre las escuadras del Perú, Chile y los Estados Unidos en conjunto. Solamente las unidades adquiridas en el Imperio podrían participar. Fue por ello mismo que Prado intentó enmendar el rumbo y “postular al cargo de líder del pacifismo en América latina”, recalcando la necesidad de limitar los gastos militares en esta parte del mundo. Chile, acorde a las ideas de Prado, recogió la iniciativa con tal de llevarla adelante, pero una vez que el asunto incumbió a los chilenos, los sectores más nacionalistas desataron una fuerte campaña contra tal deseo, llegándole a tachar de derrotista y pretender el desarme<sup>1060</sup>. Y es que el factor “familia” fue potente a la hora de desechar la iniciativa, dado que el padre del Presidente Prado había sido Mariano Ignacio Prado, quien, en la guerra contra Chile, se vio envuelto en un turbio negocio de adquisiciones navales en Europa cuando el conflicto estaba en su punto más álgido, cosa que le valió el epíteto de traidor por Nicolás de Piérola. Prado, echó por tierra el proyecto de desarme a fin de que se olvidaran también de las acciones de su padre.

Fue así como Chile debió responder al incremento de armamentos del Perú y Argentina, aunque esto no molestó demasiado a los militares peruanos, ya que veían con buenos ojos que el otro se armase, pues así tenían el justificativo necesario para seguir modernizando sus fuerzas.

La Guerra del Pacífico significó para el Perú un cambio definitivo en su concepción de adquisiciones militares, y es que se buscó alcanzar un potencial militar que le asegurase, en el largo plazo, la intangibilidad de sus fronteras para no repetir la experiencia traumática de la pérdida territorial resultante de la mencionada guerra. Durante la primera mitad del siglo XX, sin embargo, la superioridad económica y militar de Chile fue clara; pero desde comienzos de la década del 50 la economía peruana logró tasas de crecimiento algo superiores al promedio latinoamericano, y el ingreso *per cápita* se acercó al nivel promedio, también creciente, de los demás países de la región. En la década del 70 el gobierno militar se propuso lograr un equilibrio militar con Chile y Ecuador en forma tal que su potencial permitiese contener a ambos a la vez, en caso de agresión<sup>1061</sup>.

La carrera tomaba más impulso aún, más del que ya tenía. Incluso se llegó al punto de que el Perú logró el primer puesto en gastos militares del grupo andino, al menos así lo establecía *The Latin American Military*, citado por la *Revista Caretas* del año 1968, aunque esto solo sería la antesala de lo que sucedería en el Gobierno de Velasco:

---

<sup>1060</sup> Ibidem, p. 69.

<sup>1061</sup> Véase Julio VELARDE; Martha RODRÍGUEZ: *Impacto Macro Económico de los Gastos Militares en el Perú 1960-1987*, Asociación Peruana de Estudios e Investigación para la Paz, 1989, pp. 33-34.

### GASTOS DE DEFENSA EN 1965

PAÍS	MILLONES DE DÓLARES	PNB
Perú	114	3.1%
Chile	104	2.5%
Colombia	69	1.3%
Ecuador	26	2.0%
Bolivia	16	2.0%

*Revista Caretas*, n°377, 1968. Citado por Víctor VILLANUEVA: *Op. Cit.*, p. 70.

El mismo boletín exponía los efectivos militares de cada nación, centrándose en la cantidad de hombres, aviones y navíos:

PAÍS	HOMBRES	NAVÍOS	AVIONES
Chile	60.000	46	221
Perú	54.700	51	250
Colombia	48.500	36	150
Ecuador	20.000	18	110
Bolivia	15.000	-	70

El debate posterior vino por la intención de compra de los modernos aviones Mirage y Canberra por parte de la FAP (Fuerza Aérea Peruana), maquinas que ya había demostrado su efectividad en la guerra de Israel contra Egipto. Después de varios desmentidos en los que incluso se llegó a adjudicar a Chile compras análogas el Gobierno Peruano se bio en la obligación de asumir las compras, cuando la evidencia no podía ser desmentida. Se arguyó que la FAP debía renovar su material de guerra y que el Perú estaba en todo su derecho a proporcionárselo. Obviamente, aquello no sentó muy bien al principal proveedor de armas de los países sudamericanos. El *Washington Post* del 20 de junio del 67 exclamaba:

Perú tiene en estos momentos un enorme déficit en su presupuesto de este año y desea que Wáshington [*sic*] lo ayude con un préstamo. Este año los militares están recibiendo 196 millones de dólares, o sea el 18,9% del presupuesto, lo que habla demasiado del hambre de las fuerzas por armamento... Es aún más penoso el nuevo apetito de los militares por aviones supersónicos a chorro<sup>1062</sup>.

Por su parte, la prensa británica se mostró conciliadora, ya que, después de todo, estaba defendiendo sus exportaciones bélicas, llegando a decir que en América no existía armamentismo alguno. Fuere como fuere, el total de gastos ascendió hasta los 1.104 millones de soles, ello sin incluir los repuestos, el pago de técnicos y las tripulaciones. Bien decía el *New York Time*: “la búsqueda de estos costosos símbolos del prestigio nacional, que no tienen nada que ver con la defensa contra la subversión interna de tipo castristas, la única amenaza clara para el hemisferio, llegará ahora a un nuevo nivel”<sup>1063</sup>. De tal manera que las fuerzas armadas de los demás países americanos ya no tenían la necesidad de presionar a sus respectivos gobiernos para la compra de armas, pues solo les bastaba señalar con el dedo lo que acaecía en el Perú para que éstos cedieran inmediatamente a sus petitorios. El Perú les

<sup>1062</sup> Víctor VILLANUEVA: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, p. 73.

<sup>1063</sup> *Ibidem*, p. 74.

había allanado el camino, más cuando el Presupuesto General de la República para 1968 ratificó esta tendencia a incrementar los fondos destinados a las Fuerzas Armadas.

Estados Unidos tampoco estaba muy complacido, al menos eso es lo que nos deja en claro cuando llegó a suspender toda la ayuda militar y los préstamos al país del Rímac. Belaúnde, en su afán de complacer a los uniformados, había hecho caer en cólera al coloso del norte, algo paradójico si se mira en perspectiva, pues fue precisamente una acción destinada a granjearse el apoyo militar lo que, en parte, sentó las bases para su caída, dado que el argumento de la intervención extranjera (en este caso norteamericana) y su capacidad de influir en los asuntos internos peruanos, ya sea condicionando o suspendiendo créditos y compras, fue uno de los principales argumentos que utilizaron los militares del 68. Pero la compra de armas y la tecnificación de las Fuerzas Armadas, al menos para el caso peruano, respondía a una situación bastante específica; y es que, según Villanueva, aquella era la medida con la que los uniformados peruanos podían curar sus traumas psíquicos y superar las frustraciones, así como una compensación por sus servicios y medida con la cual alimentar su autoestimación “y anular el sentimiento de inferioridad ocasionado por humillantes derrotas militares y otras causas”<sup>1064</sup>:

El ejército ha buscado su superación mediante la modernización de su equipo, tecnificación de sus cuadros y profesionalización de su cuerpo de oficiales, procurándoles, en cierta medida, una carrera burocrática con exclusión de otros factores<sup>1065</sup>.

No obstante, el alejar a los militares de sus preciados “instrumentos” haría reflotar las antiguas frustraciones; y, a la par, la profesionalización no pasaba de ser algo meramente teórico. Y es que el Ejército Peruano carecía de una experiencia bélica en condiciones, salvo la guerra con Colombia y Ecuador, las cuales fueron de muy poca duración y de escasa participación de las tropas. La modernización del armamento mundial, véase la era nuclear, alejó mucho más a los militares de la modernización y nuevos equipos que tanto anhelaban. Si antaño los oficiales peruanos podían codearse con cualquier militar del mundo en cuanto a los planteamientos tácticos y los medios para ellos, ahora solo podían contentarse con aspirar, de muy mala gana, al obtener armamento de segunda, y solo cuando el gigante norteamericano lo estimase conveniente. Ante este escenario de imposibilidad, los militares peruanos, en gran parte, calmaron sus ánimos guerreros y enfocaron más sus ansias a actividades que estuvieran más en concordancia con la sociedad, los programas de desarrollo e integración son la prueba de ello; sin embargo, el oficial jamás renegó del todo su principal función, y muy a menudo sueña con batirse en la lid.

Durante el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas la situación cambiaría drásticamente, al punto que la compra de material bélico supuso un enorme detrimento a los indicadores macroeconómicos, los cuales empeoraron a gran velocidad<sup>1066</sup>. No podía ser otra la alternativa, pues un gobierno fuertemente caracterizado por la directrices de las Fuerzas Armadas, que por lo demás habían asumido el poder con un golpe de Estado, en un país que no siempre se ha caracterizado por la estabilidad política y en el que muchos de los oficiales y generales aún se mostraban con aires de dudas respecto a las políticas de Juan Velasco

---

<sup>1064</sup> Víctor VILLANUEVA: *100 Años del Ejército Peruano*, p. 139.

<sup>1065</sup> Idem.

<sup>1066</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 3.

Alvarado, la única respuesta era la compra de armas con una sola finalidad: mantener el soporte mismo del gobierno, las Fuerzas Armadas. Si los militares esperaban dirigir al Perú ante el nebuloso escenario vecinal (especialmente después de 1973), era menester que estuviesen unidos.

La primera medida fue la diversificación de los proveedores: Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, especialmente en este último. Como hemos dicho, las relaciones bilaterales del Perú con los Estados Unidos venían tensas desde la compra de los Mirage; sin embargo, lo que colmó la paciencia de los norteamericanos fue el engorroso asunto de la IPC y la expropiación sin ofrecer compensaciones. Elementos como la vigilancia del mar territorial y la política nacionalista con claros ribetes antinorteamericanos fueron los asuntos que terminaron de clavar el puñal. Los Estados Unidos no se quedaron de brazos cruzados y, a inicios de 1969, recurrieron a la Enmienda Pelly, teniendo como resultado la suspensión de ventas militares al Perú. A los peruanos, en parte, aquello ya no les venía al caso, pues como diría el General Miguel Ángel de la Flor: “A nosotros nos daban material obsoleto, propiamente chatarra”; de hecho, fue en la reunión de Tlatelolco en febrero de 1974 donde el General de la Flor le explicaría de forma clara y concisa a Kissinger la razón por la que el Perú ahora tomaba como principal abastecedor de armas a la Unión Soviética, recayendo sus dichos en la negativa de venta de armas modernas y sus repuestos. Los dichos posteriores son aún más decididos: “Como país soberano hemos tomado esta actitud y quiero expresarle mi agradecimiento ya que esto nos ha permitido comprar un armamento más barato y técnicamente superior”. Kissinger solo ríe<sup>1067</sup>. Aquello no solo quedó en las palabras, pues se llegó a expulsar del país a las misiones militar, naval y aérea estadounidense.

El Perú había dejado más que claro que deseaba buscar nuevos proveedores; no obstante, los vendedores de armas europeos tenían la complejidad de su mayor costo en comparación a los norteamericanos. La incorporación de las armas soviéticas a los arsenales peruanos se presentó como la gran alternativa, además de significar una verdadera transformación en la mentalidad peruana, pues todo el material soviético nacía de una concepción muy distinta sobre la guerra que las demás potencias europeas tenían. Las nuevas armas tendían a ser mucho más simple que sus contrapartes europeas, principalmente para facilitar su producción y el entrenamiento, así como para facilitar el mantenimiento, aunque esto muchas veces perjudicaba su vida útil.

El Ejército peruano se benefició enormemente de la ronda de adquisiciones de la Unión Soviética, incrementando así enormemente la cantidad y calidad de su parque bélico. La principal adición fue un lote de 200 tanques T-55 recibidos entre 1973 y 1974 para reemplazar los viejos Sherman comprados en los Estados Unidos poco después de la Segunda Guerra<sup>1068</sup>. De los arsenales de las Repúblicas Socialistas se adquirieron los poderosos cañones Schilka, equipo de mantenimiento para los vehículos oruga, lanza cohetes EPG Cal 40 mm, los complejos coheteril At. Maliutka 9K11, armas antiaéreas como los Strella 2M, Pechora, Cañón AAeZCU-Schilka; y una flota de helicópteros, estos últimos siendo armas vitales en los conflictos de 1981 y 1995<sup>1069</sup>. A ello se le sumaba la enorme cantidad de fusiles AKM.

---

<sup>1067</sup> Entrevista a Miguel Ángel de la Flor, pp. 74-76.

<sup>1068</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, 45.

<sup>1069</sup> Segundo GÁLVEZ RÍOS: “El Ejército en la vida republicana: Siglo XX”, en EJÉRCITO DEL PERÚ (Comp.): *Compendio de la Historia General del Ejército del Perú. 3.000 años de Historia*, Tomo II, Oficina de Información del Ejército, Lima, 2001, p. 270.

Pero lo más importante es que la llegada de una considerable cantidad de material de guerra soviético debía, casi inevitablemente, incitar el cambio en la doctrina del Ejército peruano respecto a las pautas tácticas y estratégicas de su proveedor. El arribo de asesores militares soviéticos a fin de instruir a sus contrapartes peruanas en el correcto uso de sus nuevos equipos; con el mismo propósito viajó a la Unión Soviética un número importante de oficiales peruanos. La doctrina militar soviética se basaba en la experiencia adquirida en la Segunda Guerra Mundial, especialmente las exitosas operaciones emprendidas en los años finales de la guerra, en la cual grandes ejércitos mecanizados soviéticos asestaron golpes decisivos a las tropas del Eje. Al finalizar la Segunda Guerra, los soviéticos habían desarrollado una fuerte mentalidad ofensiva, orientada a buscar la sorpresa, ganar la iniciativa, avanzar con suma rapidez y bajo un mando centralizado. Se buscaba tomar desprevenido al enemigo, derrotarle sin darle oportunidad alguna de reaccionar, aún a costa de pérdidas de hombres y material; en pocas palabras, se especializaron en la Guerra de Maniobras. Aquello encontraría un fértil campo entre las filas peruanas, especialmente por la experiencia de los militares peruanos, dado que tanto la Guerra del Pacífico, donde fue derrotado, como el conflicto con el Ecuador en 1941, del que emergió victorioso, dejaron en claro a los estrategas los peligros de una defensa pasiva y las ventajas inherentes al bando atacante<sup>1070</sup>. Aquello iba más allá de la mera adquisición, pues también se debía replicar la experiencia, de ahí que se enviaran misiones militares al Medio Oriente entre 1973 y 1975 en el marco de la guerra del Yon Kippur<sup>1071</sup>. Ello iba a la par del fomento de la unidad en las filas para lograr los objetivos:

Las vicisitudes y situaciones funestas que nos condujeron a dolorosas derrotas materiales, se han debido a la falta de unión, al individualismo suicida de caudillos o partidos y a la falta de comprensión del momento que se vivía. Por ello, en estos instantes en que con esfuerzos inauditos tratamos de lograr los cambios básicos que nos conducirán a la reforma total de nuestras arcaicas estructuras y a la conquista definitiva de nuestra soberanía, debemos reiterar también la decisión de incrementar cada día la unión de todos los peruanos; y, modernizando la interpretación de nuestro lema, grabaremos en la mente y en el corazón que nuestro porvenir se materializará en las siguientes palabras: “unión para conquistar nuestra soberanía y grandeza”<sup>1072</sup>.

Así, el mandato del “Chino” supuso un drástico cambio al aciago escenario de los militares del Rímac, y es que la diversificación de proveedores de material bélico, la compra desmedida de armas, cuestión que venía desde Belaúnde; y la impronta nacionalista hicieron reaparecer los deseos de antaño, mientras que la experiencia obtenida con las guerras anteriores y su nueva postura mucho más ofensiva y capaz de tomar la iniciativa propuso los medios para lograrlos.

Elementos como el CAEM, si bien supieron cómo poner sobre la palestra elementos de corte más interno, de desarrollo social y lucha contra la violencia popular desmedida, no eliminó los deseos más tradicionales, más arraigados en la mentalidad militar peruana. Mal que mal, la retórica de la lucha interna, ahora viéndose como enemigo al burgués, la

---

<sup>1070</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, pp. 46-48.

<sup>1071</sup> Segundo GÁLVEZ RÍOS: *Op. Cit.*, p. 242.

<sup>1072</sup> Discurso en el Centro de Instrucción Militar del Perú, 31 de enero de 1969. En Juan VELASCO ALVARADO: *Op. Cit.*, p. 21.

oligarquía y el comunismo, solo serían la antesala del bienestar del país. De ahí en adelante, otra sería la canción, pues el enemigo dejaría de ser interno, algo que los oficiales y tropa del Rímac jamás olvidaron y jamás podrían hacer; después de todo, su lema seguía recordándoles aquellos fantasmas de rojo y azul: “Hasta quemar el último cartucho”.

\*\*\*



## CAPÍTULO VII: EL ATAQUE

### I. Las Armas de Juan sin Miedo

*Sin suministros ningún ejército es valiente*  
(Federico II de Prusia, El Grande, 1747)

Bien nos ha dicho Víctor Torres Laca que la coyuntura de 1973 y 1975, años claves en las difíciles relaciones vecinales entre Chile y Perú, había creado un consenso en la cúpula del gobierno militar sobre la necesidad de otorgar una mayor prioridad al equipamiento de las Fuerzas Armadas<sup>1073</sup>. Así, y aprovechando las estrechas relaciones que se habían logrado con la Unión Soviética y la mayor disponibilidad de créditos en el mercado financiero internacional, se inició un incremento de los recursos disponibles para adquisiciones militares. El Perú de Velasco iniciaría una serie de compras de material bélico, ya no solo con la intención de igualar el potencial bélico de sus vecinos, algo no muy difícil para el caso chileno, sino con el objetivo de alterar el balance militar en la región a favor del Perú. Y es que como bien diría Rubén Berríos y Cole Blassier, “*por veinte años la Unión Soviética tuvo con Perú las más estrechas relaciones que con cualquier otro país de América Latina, aparte de Cuba o Nicaragua. De hecho, Perú fue el primer centro de operaciones pos cubano en Sudamérica e incluso aún sigue ocupando dicho estatutos*”<sup>1074</sup>. Esta compra casi desmedida de material bélico quedó manifiesta en el informe de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), elaborado a partir de los datos facilitados por el Instituto Internacional de Investigaciones por la Paz (SIPRI), el cual estimaba en 1.500 millones de dólares los suministros de armas soviéticas al Tercer Mundo (excluyendo los envíos a Vietnam) en el año de 1974<sup>1075</sup>. Esto último haciendo especial énfasis en el material destinado al Perú.

De hecho, esto último, ya era evidente desde 1968, año en que Velasco y las Fuerzas Armadas asumían el gobierno del Perú, pues como lo diría el Stockholm International Peace Research Institute: “*Even in Latin America, however, there have been some signs of an acceleration in recent years -in Argentina and Peru, for example*”<sup>1076</sup> (Sin embargo, incluso en América Latina, ha habido algunas aceleraciones en los últimos años, en Argentina y Perú, por ejemplo), haciendo referencia al incremento de la compra de material bélico moderno. Obviamente, toda la compra se justificó como “renovación del material obsoleto”, al que además se debía agregar el costo, un muy bajo costo: “*no nos resultó tan costosa como parece, ya que con las condiciones, nos resultó barato y conveniente*”<sup>1077</sup>. Así lo diría el General Miguel Ángel de la Flor.

---

<sup>1073</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 45.

<sup>1074</sup> Cristián LEYTON SALAS: “La Política de Transferencias de Armas de Rusia hacia el Tercer Mundo y América Latina”, en *Revista Política y Estrategia*, n° 107, 2007, p. 80.

<sup>1075</sup> *El Mercurio*, 5 de diciembre de 1975, p. 15.

<sup>1076</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1968/69*, Almqvist & Wiksell, Stockholm, 1969, p. 23.

<sup>1077</sup> *La Concordia de Arica*, 3 de agosto de 1974, p. 2. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 107.

Quizá la rama que más se benefició con la llegada de los militares al poder sería el Ejército, no por nada Víctor Millán sostendría que “La institución armada más poderosa, el Ejército de Tierra, es logísticamente el más dependiente de la Unión Soviética, ya que sus unidades blindadas y motorizadas, espina dorsal, con los grupos de artilleros de esa fuerza, poseen una abrumante mayoría de equipos y entrenamiento procedente de los países del bloque socialista”<sup>1078</sup>. De hecho, en el mismo año en que Velasco asumía el gobierno, se encargaba la no despreciable suma de 78 tanques AMX-13<sup>1079</sup> a Francia<sup>1080</sup>. Ya en 1971 se les sumaban el pedido y entrega de 106 carros armados modelo UR-416 provenientes de la República Federal de Alemania, ello en adición a los 112 entregados previamente<sup>1081</sup>. Sin embargo, la principal compra se dio entre los años de 1973 y 1974, cuando el Gobierno Revolucionario hizo público el convenio con la Unión Soviética, en que ésta se comprometía a enviar doscientos tanques T-55<sup>1082</sup> de tamaño mediano, artillería pesada y otros equipos militares en condiciones extremadamente generosas<sup>1083</sup>; es más, la revista *Caretas* publicaría que “cada uno de estos tanques soviéticos T-55 que el Perú adquirió en la primera fase costó US\$ 125.000 (1973) mientras en 1978 cada una de estas unidades cuestan US\$ 1 millón”<sup>1084</sup>. Con ello se esperaba reemplazar a los viejos Sherman comprados a los Estados Unidos poco después del término de la Segunda Guerra Mundial, de los cuales se llegó a contar con más o menos medio centenar. Estas nuevas adquisiciones superaban ampliamente a sus predecesoras en potencia de fuego, blindaje y movilidad. Además de tanques, Velasco adquiriría gran cantidad de artillería y armas ligeras de la Unión Soviética, entre las más destacadas estaban los cañones modelo D-30 de 120 mm y los M-46 de 130 mm<sup>1085</sup>, además de gran cantidad de fusiles AKM y lanzagranadas RPG-7.

Paralelamente al armamento soviético, también se realizaron adquisiciones a proveedores occidentales, entre las que más destacaron los misiles antitanques SS-11 franceses, 8 helicópteros SA-318 Alouette II del mismo proveedor y, hacia 1974, de los Estados Unidos morteros de 107 mm, cañones M-114 de 155 mm, 12 cañones autopropulsados M-109 del mismo calibre y más de un centenar de blindados portatropas modelo M-113<sup>1086</sup>, algunos de ellos adquiridos en Argentina<sup>1087</sup>. Estas piezas servirían como

---

<sup>1078</sup> Víctor MILLÁN: “Percepciones de amenaza y adquisición de armamentos en América del Sur: 1971-1985”, en *Contribuciones Programa FLACSO-Chile*, n°62, 1969, p. 84.

<sup>1079</sup> Estos tanques podían llegar a alcanzar una velocidad de 60 km/h y con un radio de acción de 400 km sin aprovisionarse de combustible. Véase en Juan VELIT GRANDA: *Op. Cit.*, p. 247.

<sup>1080</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook 1968/69*, p. 239.

<sup>1081</sup> En el informe no se llega a detallar la fecha de entrega de la importación anterior. Véase en Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1972*, Almqvist & Wiksell, Stockholm, 1972, p. 146.

<sup>1082</sup> Cada uno de los tanques estaba artillado con un cañón estriado de 100 mm, una ametralladora antiaérea de 12.7 mm montada sobre la torreta central y dos ametralladoras de 7.62 mm ubicadas dentro del caso. Cada unidad tiene un peso de aproximadamente 20 toneladas, y podían desarrollar, en carretera, una velocidad de 30 km/h. Su blindaje era 150 mm. Véase en Juan VELIT GRANDA: *Op. Cit.*, p. 247.

<sup>1083</sup> James D. THEBERGE: *Reflexiones de un diplomático: Estados Unidos y América Latina*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1985, p. 22

<sup>1084</sup> Citado por Efraín COBAS: *Op. Cit.*, p. 178.

<sup>1085</sup> Respecto al número de estas piezas, Torres Laca considera que una aproximación más o menos realista considera una cantidad de 30 piezas por unidad. Véase en Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 48

<sup>1086</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 46.

<sup>1087</sup> Aunque esto no se limitaba estrictamente al Perú, pues ya Argentina en 1974 enviaba armamento a la vecina República de Paraguay. Y es que el vecino trasandino ya había ayudado activamente a otros países americanos, tal como ocurrió con la creación de la brigada aerotransportada de Bolivia en la década de 1960, o la

complemento a los T-55, pues permitían a la artillería e infantería seguir el avasallador paso de los tanques. En este último aspecto, también se debería incluir la compra de los Cadillac Cage Commando, vehículo blindado anfibia, y los Rheinstahl UR 416, vehículos de transporte blindados de origen alemán. Finalmente, estaban los misiles antitanque modelo MBB Bo 810 Cobra 2000, importados desde la República Federal de Alemania<sup>1088</sup> y al menos un centenar de obuses M-101 de 105 mm y algunos modelos de 155mm.

No obstante, no todo podía ser color de rosa, pues la llegada del nuevo material soviético complicó enormemente las tareas de logística, pues, por ejemplo, las artillerías y las armas personales utilizaban repuestos y municiones diferentes a los usados por el material en servicio, en su mayoría norteamericano. Así, los fusiles AKM empleaban cartuchos de 7.62x39, incompatibles con los de 7.62x51 usados por los fusiles FAL comprados en gran número en Bélgica desde fines de los años cincuenta. Mismo problema afectó a la artillería de campaña, pues los calibres de los nuevos cañones diferían enormemente de los estándares del Perú y el resto del mundo occidental: 105 mm y 155 mm<sup>1089</sup>. Algo similar afectaría a las armas chilenas, solamente que, en este caso, la incompatibilidad recayó sobre la base de armamento obsoleto y moderno. Finalmente, también, entre 1974 y 1978, el Perú compraría a Israel material bélico de “carácter general”, principalmente municiones, armas cortas y equipos de radio<sup>1090</sup>.

En cuanto a la Marina, ésta aprovechó los fondos disponibles para el incremento de sus arsenales. Aunque aquí vale aclarar que, por cuestiones de escala, las inversiones tardaron mucho más en concretarse, por lo que solamente se verían grandes progresos a partir de los primeros años de la década de 1970. Así, por ejemplo, en 1968 solamente, y como lo expondría el Stockholm International Peace Research Institute, se encargaría un cañonero, buque de guerra de pequeño tamaño y de origen norteamericano<sup>1091</sup>. En el segundo año de gobierno la cuestión tendió a mejorar un tanto para la Armada, pues las adquisiciones destinadas a esta rama fueron mucho más considerables que en años anteriores: 2 destructores clase “Daring” y 2 fragatas clase “Leander”, provenientes de los Estados Unidos y el Reino Unido, respectivamente; y un portaviones proveniente de Argentina de unas 14.000 toneladas<sup>1092</sup>. Esta continuó en el período de 1971-72, pues se registró la compra de al menos 20 misiles navales modelo MM 38 Exocet desde Francia. En el informe SIPRI solamente se acota que estaban destinados con el fin de armar dos navíos<sup>1093</sup>.

---

colaboración sobre tácticas antisubmarinas a Uruguay, y la instauración de la fuerza naval boliviana. Esto se enmarcaba en la iniciativa argentina para desarrollar su propia industria de armamentos bajo el nombre de “Plan Europa”, de 80 millones de dólares, basado principalmente en la fabricación de tanques livianos AMX-13 bajo licencia francesa. Incluso en los talleres de la base de Puerto Belgrano, según lo informaba *El Mercurio*, se estaban elaborando instrumentos para centrales de dirección de tiro de misiles, mientras que los astilleros de Río Santiago construían dos fragatas antisubmarinas. Mientras que, por su parte, el ejército trasandino prácticamente se autoabastecía de cañones sin retroceso fabricados en el país. Véase en *El Mercurio*, 30 de marzo de 1974, p. 33.

<sup>1088</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1976*, Almquist & Wiksell, Stockholm, 1976, p. 279.

<sup>1089</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 46.

<sup>1090</sup> Hugo HARVEY PARADA: *Las relaciones entre Chile e Israel, 1973-1990. La conexión oculta*, RIL Editores, Santiago, 2011, p. 77.

<sup>1091</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook 1968/69*, p. 239.

<sup>1092</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1969/70*, Almquist & Wiksell, Stockholm, 1970, pp. 346-356.

<sup>1093</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1973*, Almquist & Wiksell, Stockholm, 1973, p. 340.

En 1972 también llegaron 2 submarinos tipo 209, de unas 1.000 toneladas. Ya en 1973 arribaba un crucero proveniente desde Holanda, de unas 9.529 toneladas. Con la adquisición del crucero se solventó una problemática que afectaba a la Armada Peruana desde la década de los 60, pues hasta ese momento solamente contaba con dos cruceros de origen británico, y que se equiparaban a los cruceros de origen estadounidense que servían en la Armada de Chile desde 1951<sup>1094</sup>. Todas embarcaciones construidas antes de la Segunda Guerra Mundial y que para la década de los 70 ya mostraban señales de obsolescencia. Cuando la Armada Holandesa retiró del servicio al crucero *De Ruyter*, rápidamente fue adquirida por el Gobierno Peruano bajo la petición de los altos mandos navales, quienes argumentaron que aquella sería una oportunidad única en su tipo, principalmente por su bajo costo. Prestos, rebautizaron la nave como *Almirante Grau* y asumió el rol de boque insignia de la flota.

Ya para 1975 se percibía la llegada de los misiles anti buques Oto Melara/Matra, provenientes desde Italia, a los que se le sumarían una cantidad no especificada de misiles Selenia Albatros Aspide, también de origen italiano, y 2 fragatas clase Lupo<sup>1095</sup>. A la par, esto desde 1973, la Armada del Perú procuró ampliar su infraestructura para las operaciones con una nueva base naval en el Callao. Ello, según informa el Servicio Industrial de la Marina, con el afán de renovar varias de sus viejas y anticuadas unidades. Es más, este mismo organismo manifestó que “construirán, en el presente año, patrulleros especiales, de diseño peruano, para resguardar las aguas territoriales de las 200 millas”<sup>1096</sup>. Por otro lado, con el fin de no agitar más las aguas en las tensas relaciones entre Chile y Perú, el General Gilardi negó cualquier intervención de técnicos soviéticos en suelo peruano. “Se planteó que se estaba habilitando una base militar en el puerto de Paita. Lo real es que allí se levantan instalaciones pesqueras con un préstamo de 30 millones de dólares otorgados por la URSS”<sup>1097</sup>.

Respecto a la Fuerza Aérea, nos dice Torres Laca, las decisiones respecto a la adquisición de nuevo material, al menos en lo que concierne al período de 1973-1975, fue más bien conservadora, no en el sentido de que se adquiriera una baja cantidad de equipo, sino que se optaba por material de bajo costo, que ya estuviera en servicio y a los actuales proveedores, aunque con contadas excepciones. Sin embargo, la Fuerza Aérea del Perú ya había adquirido, o al menos encargado, gran parte de su equipamiento moderno desde los mismos días de Belaúnde. De hecho, en el primer año llegaría una flotilla para nada despreciable, la que se compondría de una unidad de transporte C-54, proveniente de los Estados Unidos; 6 BAC Canberra desde el Reino Unido; 3 unidades de DHC-6 Twin Otter (hacia 1970 se le sumarían 5 unidades más) desde Canadá; y finalmente, los famosos Mirage V y Mirage VD, con 12 y 2 unidades respectivamente, el famoso equivalente francés al F-5 norteamericano, y los cuales iniciarían la carrera armamentista en el Cono Sur. Así lo vería la Revista *Ercilla*:

USA limitó la ayuda a la entrega de repuestos para el obsoleto material sobrante de la Segunda Guerra Mundial, que, en forma de pactos bilaterales, proporcionaba a las FF.AA. del hemisferio. / Esta situación de *facto* se rompió

---

<sup>1094</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, pp. 49-51.

<sup>1095</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook 1976*, p. 279.

<sup>1096</sup> *El Mercurio*, 5 de enero de 1973, p. 27.

<sup>1097</sup> *Revista Ercilla*, Año XLI, n° 2043, semana del 25 de septiembre al 1 de octubre, 1974, pp. 17-18.

en 1968. A mediados de ese año, Perú anunció la adquisición de varias escuadrillas de aparatos cazabombarderos franceses *Mirages*. Era la primera vez que un avión de combate con velocidad superior a la del sonido sobrevolaba en formación sobre América del Sur. En todo el bloque latinoamericano la única excepción era la Fuerza Aérea Cubana, apertrechada desde años antes con cazas *Mig* soviéticos<sup>1098</sup>.

En la ceremonia oficial de entrega del primer Mirage, Belaúnde Terry haría la siguiente declaración: ‘Sin llegar al dispendio, era necesario renovar nuestro material aéreo para mantener la seguridad de la República y la paz, que esperamos disfrutar permanentemente en el concierto de las naciones americanas y en el mundo’. Finalmente, el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea proclamó a viva voz: ‘Este avión servirá para proteger nuestra soberanía y, en caso necesario, juramos derramar hasta la última gota de sangre en defensa de la integridad de la Nación’<sup>1099</sup>. En aquellas declaraciones se advertía la justificación misma de la enorme compra de armamento del Perú, y que se seguiría utilizando durante el Gobierno de Velasco: la primera, la necesidad de renovar material usado; y la segunda, la hipótesis de una amenaza militar externa. La única razón admitida abiertamente era la primera, pero, por parte de los sectores castrenses, el mito del “peligro chileno” no dejaba de estar vigente y latente.

En 1969-70 se le sumaron 6 transportes Lockheed C-130 Hercules y 6 helicópteros, todos provenientes de los Estados Unidos por un valor de 76 millones de dólares; y 16 unidades de transportes DHC-5 Bufallo por un valor de 60 millones de dólares y que, por demás, incluían los repuestos y refacciones<sup>1100</sup>. Hacia 1972 solamente se registraba la llegada de un número indeterminado del avión ligero bimotor modelo Beech T-42A Baron, proveniente de los Estados Unidos<sup>1101</sup>. En 1973 se recibieron 24 unidades de aviones Cessna A-37, destinados a la lucha contrainsurgencia, provenientes de los Estados Unidos. A ello se le sumaban 8 Mirages 5 provenientes desde Francia, comprados en 1973 y que arribaron al Perú en 1974, y con una considerable flotilla de helicópteros entre los que destacaban los Bell 212 Twin-Pac, provenientes de Estados Unidos y de los que se recibieron 14 unidades, y los Mi-8, provenientes de la Unión Soviética, siendo el primer equipo destinado a la Fuerza Aérea enviado desde la órbita soviética. Lo más curioso de este último, es que, según SIPRI, llegó en calidad de “regalo”<sup>1102</sup>. Ya en 1974 el número de piezas aumentaría considerablemente, siendo las principales exportaciones las 40 unidades de Cessna T-41D, destinadas al entrenamiento, a los que se le sumaban 2 unidades modelo Gates Learjet 25B y, más importante aún, 24 unidades de Northrop F-5E Tiger II, aviones de combate; todos provenientes de Estados Unidos<sup>1103</sup>. Quizás todo lo anterior fue poco comparado al nivel que llegó en 1975, pues, según SIPRI, aquel período sería el más activo en cuanto a la compra de armamento, además de la diversificación de proveedores del mismo. Por ejemplo, se

---

<sup>1098</sup> *Revista Arcilla*, Año XLII, n° 2092, semana del 3 al 9 de septiembre, 1975, p. 8.

<sup>1099</sup> Citado por Alain JOXE; Cecilia CADENA: “El Armamentismo de los Países Dependientes: el caso latinoamericano”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 4, n°15, 1970, p. 63.

<sup>1100</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook 1969/70*, p. 356.

<sup>1101</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook 1973*, p. 340.

<sup>1102</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1974*, Almquist & Wiksell, Stockholm, 1974, p. 285.

<sup>1103</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1975*, Almquist & Wiksell, Stockholm, 1975, p. 243.

recibieron 2 unidades de GAF Nomad, trasportes provenientes de Australia; 15 Mirage 5 desde Francia; una cantidad no especificada de misiles aire-tierra AS-11 y AS-30 provenientes del país galo; 8 unidades de helicópteros AB-212 provenientes de Italia; 1 transporte Fokker-VFW F-28 de Holanda; 6 trasportes Douglas C-47; 6 aviones de guerra antisubmarinos modelo Grumman S-2A Tracker; y unas 20 unidades de helicópteros Mi-8 soviéticos<sup>1104</sup>. Un arsenal, por decirlo menos, bastante considerable.

Finalmente estaba la cuestión de los números. En abril de 1974 *El Mercurio* realizaría una extensa descripción de las Fuerzas Armadas de los cuatro principales actores en caso de que se desatara un conflicto en el Cono Sur; en este caso, Argentina, Brasil, Perú y Chile. Para el caso peruano, se establecía que su fuerza sumaba la considerable cantidad de 54.000<sup>1105</sup> hombres disponibles en caso de guerra, de los cuales el Ejército, rama más numerosa y mejor equipada, ostentaba unos 35.000. Por su parte, la Marina solo contaba con unos 10.000, mientras que la Fuerza Aérea solamente con 9.000; de hecho, respecto a esta última rama, pese a ser muy inferior en número, se le equiparaba con la Fuerza Aérea Argentina por su capacidad en cuanto a equipos, esta última llegaba a sumar unos 20.000 hombres<sup>1106</sup>. Un elemento que la publicación del medio chileno omitió fue la incorporación del personal femenino a las Fuerzas Armadas peruanas a fines del mismo año. El General Odicio Tamariz declaraba que “Las fuerzas Armadas peruanas, al contar con personal femenino, podrán utilizar en mejor forma el potencial humano masculino. Los hombres se destinarán a tareas de hombres, y serán reemplazados por las mujeres en una serie de tareas que cumplían hasta el momento: enfermería, transmisiones, labores de oficina, etc. El personal masculino que se libere de estas actividades podrá incorporarse a trabajos más pesados”<sup>1107</sup>. En todas las declaraciones se niega cualquier intención belicista en las medidas adoptadas por el Gobierno Peruano. Solamente se recalca el deseo de destinar el personal femenino a labores más “livianas” dentro de las filas, mientras que a sus pares masculinos a labores de índole social (mejoramiento de carreteras, mejoramiento rural, de infraestructura, etc.). Entre líneas, se negaba que la adhesión de personal femenino tuviera como fin el reemplazar en labores menores a hombres aptos para el combate.

Por su parte, esta ingente cantidad de armamento, gran parte proveniente de la Unión Soviética, implicaría un cambio brusco en las concepciones de la guerra para los mandos peruanos; después de todo, la Unión Soviética y sus aliados no se esforzarían en la venta de material bélico en sumas “altamente ventajosas” para países que aún no se hallaban en su órbita. Obviamente existía la intención de influenciar a los militares peruanos, y qué mejor manera que hacerlo a través de las armas, equipos y, aún más importante, técnicos e instructores. Ello quedaría demostrado en un Documento de Estado de enero de 1974, firmado por el propio Kissinger y dirigido al presidente Nixon, en el que se refleja claramente la preocupación por el avance de la Unión Soviética como proveedor de armamento en la región:

---

<sup>1104</sup> Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook 1976*, 1976, p. 279.

<sup>1105</sup> Una evolución del personal uniformado del Perú nos la da Emilio Meneses: 50.000 (1970); 55.000 (1971); 54.000 (1972); 54.000 (1973); 54.000 (1974); 56.000 (1975); y 63.000 (1976). Véase en Emilio MENESES: “Ayuda económica, política exterior y política de defensa en Chile, 1943-1973”, en *Estudios Públicos*, n°35, 1989, p. 61.

<sup>1106</sup> *El Mercurio*, 6 de abril de 1974, p. 34.

<sup>1107</sup> *El Mercurio*, 24 de noviembre de 1974, p. 12.

No ponemos en duda el derecho soberano del Perú para comprar armas dondequiera que elige; pero nos preocupa la entrada de la Unión Soviética en el mercado americano de armas [...] La venta de armas soviéticas en otros países han demostrado que la vinculación en estos términos con la Unión Soviética, en última instancia, produce efectos imprevistos y no deseables, incluyendo la interferencia en sus asuntos internos. El Presidente estará de acuerdo en que el interés soviético en la venta de armas normalmente no ha sido exclusivamente de naturaleza comercial<sup>1108</sup>.

De hecho, en diciembre de 1973 el embajador norteamericano en Lima, Taylor G. Belcher, se mostraba preocupado por la injerencia soviética en los asuntos militares peruanos, al punto que informaba a sus superiores en Washington que: “*After Cuba, Peru becomes second country in western hemisphere to acquire impressive soviet weaponry [...] Soviets will have new opportunities to influence Peruvian officers who will be trained in operating and maintaining soviet Weaponry. With Peru ruled by military, Soviets will be in a better position to affect Peruvian policy*”<sup>1109</sup>. Las autoridades norteamericanas veían con preocupación la posible instauración de una misión militar soviética permanente en suelo peruano, cuestión que para 1974 pareció hacerse realidad. Como lo mencionaba *El Mercurio*, citando informes de inteligencia estadounidenses, se confirmaba la presencia de consejeros militares soviéticos con el fin de instruir a los soldados peruanos en el uso de tanques medianos T-55 comprados en 1973; es más, esto fue referido por el mismo embajador de Lima en Santiago, Arturo García, al sostener que era “posible” que instructores soviéticos llegasen con los nuevos blindados, pero que ello no significaba la llegada de observadores militares. En aquella ocasión también aclaró que en el Perú no habían, en el presente ni para el futuro cercano, instructores israelíes<sup>1110</sup>. Si bien asesores militares rusos ya estaban operando con anterioridad en suelo cubano, esta fue la primera vez que lo hacían en suelo sudamericano. Conjuntamente con estos reportes, también se informaba la compra de unos 200 tanques medianos, artillería pesada y otras armas, además de comprar algunos pequeños cohetes antiaéreos SAM-7<sup>1111</sup>. Esto llegaría al punto que en Chile se publicaba abiertamente el hecho, incluso considerando un posible apoyo civil soviético si Perú iniciase las hostilidades contra Chile:

El columnista conservador William Buckley señaló que mediante el acuerdo entre el gobierno de Perú y la línea aérea soviética Aeroflot, Moscú podría legalmente ponerse a disposición del Perú toda su arma aérea civil en caso de una acción militar contra Chile. En caso de conflicto internacional, desorden interno o calamidades públicas, el gobierno peruano puede valerse de todos

---

<sup>1108</sup> Citado por María Cecilia MÍGUEZ: “La Tercera Presidencia Peronista y la Guerra Fría. Argentina, Perú y Brasil en la X Conferencia de los Ejércitos Americanos”, en *Revista Pilquen*, Vol. 20, n°1, 2011, p. 32.

<sup>1109</sup> “Después de Cuba, Perú se convierte en el segundo país del hemisferio occidental en adquirir impresionantes armas soviéticas [...] Los soviéticos tendrán nuevas oportunidades para influir en los oficiales peruanos que serán entrenados para operar y mantener el armamento soviético. Con Perú gobernado por militares, los soviéticos estarán en una mejor posición para afectar la política peruana”. Véase en “Peruvian purchase of Soviet Arms: U.S. policy response”, 5 de diciembre de 1973. 1973LIMA08893\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>1110</sup> “Peruvian ambassador defends Soviet arms purchases”, 5 de marzo de 1974. 1974SANTIA01046\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>1111</sup> *El Mercurio*, 27 de febrero de 1974, p. 18.

los recursos de Aeroflot en Perú. Esto significa, en efecto, que la Unión Soviética podría legalmente poner a disposición de Perú toda su arma aérea civil para ayudarle a superar desórdenes internos o lanzar algún tipo de acción militar contra su tradicional rival del sur, Chile<sup>1112</sup>.

Respecto la cantidad de asesores soviéticos, lamentablemente no es imposible determinar su real número, quedándonos únicamente estimaciones muy al aire por parte del alto mando peruano; de hecho, una de estas estimaciones era la sostenida por el Vicealmirante José Arce Larco en una conversación con el Almirante norteamericano Charles Grojeal en 1974, la cual fue citada por el embajador Robert W. Dean:

*He said they currently have an insignificant number of soviet military advisors, "less than the U.S. military presence here". When I pointed out that we have only three officers and four enlisted men, for a total of seven, Arce said Peru has no more than four soviet military advisors [...] Arce said that Peru does have a number of Yugoslav advisors but in area of technical assistance. He said Peru looks for needed technical assistance where it is available at lowest cost*<sup>1113</sup>.

Finalmente, por estimaciones propias de la CIA, hasta el día de hoy se calcula que al menos unos 910 efectivos militares peruanos recibieron entrenamiento militar por parte de la URSS, aunque esta cifra se extiende hasta 1984, razón por la cual se dificulta el establecer el número exacto hasta 1975<sup>1114</sup>. Pero las suspicacias norteamericanas no solamente respondían a la presencia soviética, sino que también a la cubana. En 1977, cuando la tensión bélica había disminuido un tanto, el mismo Robert W. Dean percibía con preocupación la mera posibilidad que cubanos estuvieran instruyendo a los militares peruanos, aunque no consideraba que llegase a ser a gran escala: “Cuba might see encouragement of a Peruvian attack on Chile, and cover aid to Peru, as a way to recoup its loss of influence in this country. [...] We cannot confirm that Cuba is training Peruvian pilots, and we doubt that any such training, if it exists, is large scale. It is possible that some Cuban advisers helped soviets to train Peruvians”<sup>1115</sup>. Lo curioso de todo esto es que la presencia cubana y soviética era un hecho, al menos así lo veían los norteamericanos y los chilenos, y algunos indicios daba el mismo Velasco; de hecho, fue en una conversación telefónica, ocurrida el 23 de septiembre

---

<sup>1112</sup> Citado por Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, p. 55.

<sup>1113</sup> “Dijo que actualmente tienen un número insignificante de asesores militares soviéticos, “menos que la presencia militar de Estados Unidos aquí”. Cuando señalé que solo tenemos tres oficiales y cuatro hombres enlistados, para un total de siete, Arce dijo que Perú no tiene más de cuatro asesores militares soviéticos. Arce dijo que Perú tiene varios asesores yugoslavos, pero en área de asistencia técnica. Dijo que Perú busca la asistencia técnica necesaria donde esté disponible al menor costo”. “Reported Arms deliveries to Chile”, 23 de septiembre de 1974. 1974LIMA08001\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>1114</sup> Sebastián ADINS; Mildred ROONEY: *Las Relaciones entre Perú y Rusia. Revisión e Interpretación desde las Relaciones Internacionales*, Instituto de Estudios Internacionales, Lima, 2019, p. 69.

<sup>1115</sup> “Cuba podría ver el estímulo de un ataque peruano contra Chile y cubrir la ayuda a Perú, como una forma de recuperar su pérdida de influencia en este país. [...] No podemos confirmar que Cuba esté entrenando a pilotos peruanos, y dudamos que tal entrenamiento, si existe, sea a gran escala. Es posible que algunos asesores cubanos hayan ayudado a los soviéticos a capacitar a los peruanos”. “Report that Cuba is encouraging Peru to attack Chile”, 25 de enero de 1977. 1977LIMA00655\_c. Margaret P. Grafeld Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 22 May 2009.

de 1974, entre el embajador Dean y el propio mandatario peruano que las sospechas del emisario estadounidense se confirmaron. Dean describió los primeros 15 o 20 minutos de la conversación como inusuales, principalmente por la calma y frialdad que envolvía a Velasco (algo bastante raro en su persona), quien, por demás, se mostraba poco comunicativo, siendo casi un monólogo por parte del norteamericano. Incluso cuando se tocaban temáticas importantes sobre la política interna, las compras de armas por parte de Chile y la posibilidad de un conflicto con este último, Velasco se mostraba reservado y no responsivo. Solamente después de unos 20 minutos de conversación, y cuando se tocó puntualmente los rumores de la presencia soviética y cubana en suelo peruano, Velasco “se abrió” y el tono de la conversación cambió al sostener que:

*That neither the soviets nor the Cubans nor any others are going to dominate Peru. He said that the Soviets in Peru are under control and that Peru deals with Cubans because they speak the same language and are simpaticos. He added, however, that the Cubans have little to contribute to Peru despite the admittedly numerous exchanges of official visitors that have taken place in recent times*<sup>1116</sup>.

Más tarde, cuando se le preguntaría sobre el número de asesores, solamente respondió con evasivas respecto a los rusos, mientras que para el caso cubano fue tajante:

*Earlier I had given the president an opportunity to comment about the size of soviet and Cuban presence in Peru by telling him what Arce had told us, [...] that there were some four soviet military advisers and no Cuban military advisers. The president said nothing to confirm or deny the soviet figures (our information indicates there are 14 not 4), but seemed to agree [...] with Arce's statement on Cuba; he said there are no Cuban quote military advisers as such unquote*<sup>1117</sup>.

Fuere como fuere, la presencia cubana era algo que no dejaba dormir a los militares chilenos. Un claro ejemplo de ello fueron las conversaciones sostenidas entre Vernon A. Walters, funcionario de la embajada norteamericana, y Manuel Contreras, jefe de la DINA, en enero de 1975. El funcionario estadounidense dejó constancia de la preocupación chilena; de hecho, en su informe presentado a Kissinger, sostenía que: “*Chileans are still very concerned by Peruvian intentions and say Peruvians now have 137 tanks in Southern Peru but not nearly enough tank crews. There are, however, both Soviet and Cuban technicians*

---

<sup>1116</sup> “Que ni los soviéticos ni los cubanos ni ningún otro van a dominar el Perú. Dijo que los soviéticos en Perú están bajo control y que Perú trata con cubanos porque hablan el mismo idioma y son simpáticos. Sin embargo, agregó que los cubanos tienen poco que aportar a Perú a pesar de los numerosos intercambios de visitantes oficiales que han tenido lugar en los últimos tiempos”. “Demarche to president Velasco on arms purchases and other matters of mutual concern”, 24 de septiembre de 1974. 1974LIMA08043\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>1117</sup> “Anteriormente le había dado al presidente la oportunidad de comentar sobre el tamaño de la presencia soviética y cubana en Perú diciéndole lo que Arce nos había dicho, [...] que había unos cuatro asesores militares soviéticos y ningún asesor militar cubano. El presidente no dijo nada para confirmar o negar las cifras soviéticas (nuestra información indica que hay 14, no 4), pero pareció estar de acuerdo con la declaración de Arce sobre Cuba; Dijo que no hay una cotización cubana de asesores militares como tal”. Ibidem.

there”<sup>1118</sup>. Quizás la mayor prueba de la desconfianza chilena hacia la negación de la presencia cubana en el Perú sea la ya citada reunión entre Pinochet y el Secretario de Asuntos Interamericanos Rogers en 1976. La cuestión iniciaba cuando el Ministro de la Relaciones Exteriores chileno, Patricio Carvajal, afirmaba que: “*there is massive Cuban influence in Peru. Many Cubans are there. The Peruvians may be pushed. And what happens to the thousands of Cuban soldiers now in Africa, when they are no longer needed there* [Refiriéndose a la misión militar en Angola iniciada en noviembre de 1975]” (Hay una influencia cubana masiva en el Perú. Muchos cubanos están ahí. Los peruanos pueden ser empujados. ¿Y qué pasa con los miles de soldados cubanos ahora en África cuando ya no los necesiten allí?). La respuesta del secretario norteamericano fue contundente: los Estados Unidos no permitirían una fuerza cubana de 5.000 hombres en el Perú. La contestación chilena fue que aquella fuerza ya estaba en el norte, que incluso los peruanos tendrían un sistema en que entraban 20 soldados cubanos y solamente registraban la entrada de 1. Incluso Ricardo Claro, asistente a la reunión, afirmó que ya existía un puente aéreo entre Cuba y Perú por el cual enviar tropas. Nuevamente, la réplica del funcionario norteamericano fue que, en caso de que aquello fuera real, el Gobierno de los Estados Unidos no sería indiferente<sup>1119</sup>.

Esto no tardaría en permear hasta los civiles, los cuales, azuzados por la propaganda anticomunista del régimen de Pinochet, no durarían en referirse al tema. En Arica, y de forma bastante sarcástica, la prensa no escatimaría en palabras para hacerlo:

*Ignoramos si además del acuerdo público entre Perú y Cuba para estrechar las relaciones comerciales y educacionales haya algo más que “se conservará secreto mientras las dos altas partes contratantes, de común acuerdo no estimen necesaria su publicación”, pero es significativo el hecho de que la Unión Soviética envíe los tanques y Cuba los instructores para esos tanques. Podría decirse, naturalmente, que los expertos cubanos (¿o soviéticos establecidos en Cuba?) viajan en cumplimiento del tratado de intercambio cultural y educacional, puesto que van a enseñar el uso del armamento soviético*<sup>1120</sup>.

Hasta el día de hoy la presencia cubana en el Perú de Velasco es una cuestión nebulosa, en que los rumores y suspicacias enturbiaban más las aguas. El Capitán Villacrez diría al respecto, casi 41 años después de la fecha inicial de la invasión: “*Es parcialmente verdad, en el sentido de que Cuba dice [...] si interviene Estados Unidos nosotros entramos [...] si el asunto es entre Chile y el Perú, arréglense ustedes*”<sup>1121</sup>. No obstante, un hecho era seguro, y era que la asistencia por parte de oficiales extranjeros tampoco se limitaba únicamente a militares soviéticos y cubanos, pues para fines de 1974 también se hablaba a

---

<sup>1118</sup> “Los chilenos todavía están muy preocupados por las intenciones peruanas y dicen que los peruanos ahora tienen 137 tanques en el sur de Perú, pero no hay suficiente personal de tanques. Sin embargo, hay técnicos soviéticos y cubanos allí”. Vernon A. Walters: “Conversation With Colonel Juan Contreras, Chief of the Chilean Intelligence Service”, Santiago, 3 de enero de 1975, p. 2.

<sup>1119</sup> Department of State: “USA-Pinochet State Department interview. Memorandum of Conversation”, pp. 8-9.

<sup>1120</sup> *La Defensa de Arica*, 21 de marzo de 1974, p. 2. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 96.

<sup>1121</sup> Entrevista a Eloy Villacrez Riquelme.

viva voz de instructores de la República Democrática Alemana. A pesar de que el general alemán Heinz Hoffman negó cualquier intento de “establecer una nueva cabecera comunista en América del Sur”, éste sostuvo enérgicamente la cooperación hacia Perú en los “servicios médicos y al mantenimiento y puesta en marcha de sistemas de armamentos”, haciendo especial énfasis en “los dominios de la formación pedagógica y psicológica de los soldados peruanos”<sup>1122</sup>.

En fin, dos cosas eran seguras. Primero, la influencia rusa, y en menor medida cubana y la de la órbita soviética en general, en la instrucción y armamento de las tropas peruanas incentivaban una postura revanchista, agresiva que tomaba la delantera por sobre todo. En caso de un enfrentamiento, con todo su arsenal, el Perú ya no sería el país defensor, sino el agresor, al menos así lo consideraban los norteamericanos a través de sus informes: “*With soviet and Cuban backing, the Peruvians may be tempted to adopt a more revanchist attitude toward traditional enemy Chile. It should not be forgotten that recovery of provinces lost to Chile in 1879 War of the Pacific remains an obsession among Peruvians, and particularly the military*”<sup>1123</sup>. Lo segundo era que, con este enorme potencial bélico, y el cual no parecía disminuir en lo absoluto, y la anterior instrucción y guía de instructores soviéticos, alemanes y cubanos (sumando a las misiones enviadas a Medio Oriente) no hicieron más que preparar a las Fuerzas Armadas Peruanas en algo que los Estados Unidos no deseaban para nada: una guerra convencional. Bien decía el mismo Ejército Peruano cuando las guerrillas de Sendero Luminoso comenzaron sus andanzas en la década de 1980: “La preparación del Ejército en general estaba orientada a un aspecto convencional, merced a que las adquisiciones bélicas eran relativamente modernas y nuevas. El entrenamiento, la operatividad de los equipos y complejos de armas era mayoritariamente aceptable para conflictos territoriales, fronterizos o externos. No se puede decir lo mismo para una guerra no convencional, no porque los aditamentos sean inservibles, sino porque para una guerra de las características que presentó en el Perú, se requería nuevos conocimientos para alimentar la inteligencia, y a la vez, la debida adecuación de la logística, la actualización de doctrinas más contemporáneas y la adaptación de equipos y personal necesarios para hacer frente al carácter de las operaciones”<sup>1124</sup>. A fin de cuentas, y como comentaba preocupadamente el Almirante norteamericano C. Grojeal, “*In military equipment Peru enjoys a clear superiority and our concern is more over suggestions we hear that Peru is arming to retake Arica*”<sup>1125</sup>.

\*\*\*

---

<sup>1122</sup> *El Mercurio*, 19 de noviembre de 1974, p. 28.

<sup>1123</sup> “Con el respaldo soviético y cubano, los peruanos pueden verse tentados a adoptar una actitud más revanchista hacia el enemigo tradicional de Chile. No debe olvidarse que la recuperación de las provincias perdidas por Chile en 1879 en la Guerra del Pacífico sigue siendo una obsesión entre los peruanos, y en particular los militares.”. “Peruvian purchase of Soviet Arms: U.S. policy response”.

<sup>1124</sup> COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ: *En Honor a la Verdad*, Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, Lima, 2012, p. 15.

<sup>1125</sup> “En equipo militar, Perú disfruta de una clara superioridad y nuestra preocupación es más por las sugerencias que escuchamos de que Perú se está armando para recuperar Arica”. “Reported Arms deliveries to Chile”.

## II. Los Preparativos

*No solo estamos luchando contra ejércitos hostiles, sino contra un pueblo hostil y debemos hacer que jóvenes y viejos, ricos y pobres, sientan la mano dura de la guerra, así como los ejércitos organizados.*  
(W. T. Sherman, 1820-1891)

Pero cómo llegarían a desplegar toda esta fuerza y cómo pretendían utilizarla en el terreno, unas interrogantes que para ser respondidas nunca se debe pasar por alto al contexto. Desde elementos como el clima, la geografía, el apoyo logístico y, más importante aún, el enemigo, serían los factores que incidirían en los resultados del combate; después de todo, los generales no parten a ciegas hacia el campo de batalla. Bien nos decía Torres Laca que, para evaluar todas estas adquisiciones militares, es necesario tener en cuenta que la capacidad bélica de cualquier país está estrechamente determinada por el poderío de sus efectivos militares multiplicados por su capacidad para proyectarlos y sostenerlos en el teatro de guerra deseado. Ello, aplicándolo al paradigma peruano, debe considerar que estas grandes cantidades de armamento importadas desde el Viejo Continente y los países de la órbita soviética deben ser contrastadas con su despliegue como con su capacidad para sostenerlos en las operaciones, lo que implica vías de comunicación, pertrechos, repuestos, etc. Finalmente, también se debe considerar la fuerza disponible con el supuesto escenario, en este caso, el sur del Perú y el norte de Chile<sup>1126</sup>.

En primera instancia, la República del Perú históricamente ha contado con marcados intereses geopolíticos en diferentes zonas geográficas, las cuales, como hemos visto, han terminado por materializarse en numerosos conflictos con sus países vecinos, especialmente los de la frontera norte y sur. De hecho, su escuela geopolítica ha establecido como sus principales puntos de interés la integración nacional, el dominio del Pacífico Sur, dominio comercial de la cuenca amazónica y una ocupación plena de las fronteras<sup>1127</sup>. Aunque este último aspecto sería mucho más fácil en la teoría que en la práctica, pues, como lo ha sostenido el mismísimo Ministerio de Defensa Peruano:

La frontera con estos cinco países tiene una extensión de 7.073 kilómetros y franquea zonas del país que en su mayoría se ubican en lugares agrestes y de difícil acceso, que constituyen un desafío para el desarrollo e integración. [...] El hecho de limitar con cinco países y tener una frontera de 7.073 kms, la mayor parte de ella en zonas inhóspitas, agrestes, aisladas y despobladas; constituye un reto para las acciones de defensa y desarrollo orientadas a garantizar la soberanía e integridad nacional<sup>1128</sup>.

De ahí que el mismo Mercado Jarrín sostuviera:  
Nuestras fronteras abiertas, de escaso valor defensivo, apreciables recursos periféricos y gran sensibilidad estratégica, reclaman un Poder Terrestre que contrarreste las vulnerabilidades

---

<sup>1126</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 54.

<sup>1127</sup> Juan Eduardo MENDOZA PINTO: *Razonamiento Geopolítico. Construcción de representaciones y códigos geopolíticos de Chile y sus vecinos*, Sello Editorial Universidad de Concepción, Concepción, 2017, p. 208.

<sup>1128</sup> Ministerio de Defensa Nacional del Perú: *Libro Blanco de la Defensa Nacional*, Ministerio de Defensa, Lima, 2005, pp. 45-54.

que ellas ofrecen. Por ello, geopolítica y estratégicamente, el país requiere de una Fuerza Armada debidamente balanceada, lo que obviamente es más fácil de obtener en forma en forma económica, mediante el mando unificado<sup>1129</sup>.

A pesar de todo, serían aquellas intenciones las que precisamente dificultarían, hasta el día de hoy, las relaciones con sus vecinos: Ecuador, Colombia, Brasil, Bolivia y Chile. Esto, a su vez, explica el despliegue de sus Fuerzas Armadas en tres zonas específicas, dos de las cuales corresponden a las fronteras de los países históricamente vistos como rivales: la frontera con el Ecuador, desde la zona de Tumbes a Lambayeque; la ciudad de Lima con sus alrededores; y la frontera con Chile, desde la ciudad de Arequipa hasta llegar a Tacna. Todas ellas aledañas a la región costeras o en sus inmediaciones, pues ahí se han concentrado las mayores ciudades e infraestructura necesaria para el sostenimiento de las Fuerzas Armadas; adicionalmente, este terreno es el que más ventaja presenta para el desplazamiento de los pesados equipos que la guerra moderna exigía. Esto se contraponía enormemente con las guarniciones militares apostadas en la sierra, la cual, por su difícil acceso, su importancia es tradicionalmente menor, salvo en periodos en que la insurgencia y la guerra de guerrillas marcaban la tónica. Muchas de estas unidades en la selva se concentraban alrededor de la ciudad de Iquitos; sin embargo, por las dificultades de comunicación y abastecimiento que presenta la región, no son más que un destacamento con una gran cantidad de territorio bajo su responsabilidad.

Ahora bien, desde el siglo XIX, las estimaciones de las Fuerzas Armadas Peruanas siempre han fijado su mirada en los enemigos más importantes en caso de un conflicto externo, vale decir Chile y Ecuador; por ende, era de esperar que los estrategas del Rímac planificaran las acciones bélicas para estos dos teatros específicos: uno en el norte y otro en el sur. Respecto al caso ecuatoriano, podemos decir que el proyecto de los estrategas peruanos se concretó de perfecta manera en la Guerra de 1941 y en la cual, además, le permitió perfeccionar una nueva doctrina militar. Las fuerzas peruanas concentraron sus fuerzas sobre la costa, aprovechando su superioridad numérica y organizacional le permitieron llevar a cabo una ofensiva en y ocupar rápidamente la provincia ecuatoriana de El Oro. Si bien se realizaron ataques a la región selvática, éstos fueron a una escala mucho menor y muy distantes de los principales centros del Ecuador. Como bien lo ha dicho el historiador chileno Juan Eduardo Mendoza Pinto, aquel conflicto sería una especie de laboratorio (bastante exitoso por decirlo menos) en que los peruanos pudieron llevar a cabo muy felizmente la primera Guerra Relámpago (Blitzkrieg) que se daría en el continente americano con el uso de las primeras unidades blindadas en el combate, además de las fuerzas aerotransportadas.

Utilizando infantería motorizada, tropas aerotransportadas y una compañía de paracaidistas del cuerpo aeronáutico, el Perú pudo ocupar con suma facilidad las ciudades ecuatorianas de Puerto Bolívar, Santa Rosa y Machala. El cénit de la nueva doctrina llegó los días 25 y 26 de julio, cuando las tropas peruanas avanzaron raudas sobre el frente de batalla y, gracias a su impecable uso de unidades blindadas, lograron capturar Carcabón, Huabillos y Balsalito<sup>1130</sup>. Torres Laca establecía que, en caso de una nueva conflagración con Ecuador, resultaba razonable el pensar que se seguiría el modelo establecido en 1941,

---

<sup>1129</sup> Edgardo MERCADO JARRÍN: “Defensa Nacional”, en *Derecho PUCP*, n°35, 1981, pp. 137-138.

<sup>1130</sup> Juan Eduardo MENDOZA PINTO: “¿Habría sido factible una guerra relámpago en la frontera entre Chile y Perú el año 1975?”, *Ponencia dictada en II Jornadas Internacionales de la Guerra*, 30 de septiembre-1 de octubre de 2019, Universidad de Santiago, Chile.

de allí que se concentren en la costa la mayoría de las tropas apostadas en el Teatro de Operaciones Norte. La principal vía de comunicación seguirá siendo la carretera Panamericana que une las ciudades costeras con Lima, también existen una serie de puertos que pueden ser empleados para labores de abastecimiento, especialmente los de Paita y Talara (Departamento de Piura). La Fuerza Aérea disponía de unidades de combate en las bases aéreas de Pira, Talara y Chiclayo, a unos 100 y 300 kilómetros de la frontera. También estaba la posibilidad de contar con el abastecimiento de combustible desde la refinería de Talara y los yacimientos adjuntos<sup>1131</sup>.

El segundo escenario es el que nos concierne, la zona que correspondía al sur del Perú y el norte de Chile, siendo casi el principal objetivo de la política internacional del Perú durante todo el siglo XX:

Las antiguas provincias peruanas de Arica y Tarapacá siguen siendo un ideal geopolítico, ya que la mayoría de los nacionalistas buscan su recuperación tras la derrota ante Chile en la Guerra del Pacífico, que significó la entrega de la zona en cuestión, constituyendo dos provincias irredentas en la medida de los ciudadanos, los que la recuerda a través de canciones o símbolos. [...] La idea máxima o los *objetivos* del Perú llaman a la recuperación de las provincias perdidas tras la guerra. Esto se debe a que consideran que tal situación, en primer lugar, no fue realizada por ellos, pues eran aliados de quien comenzó las controversias, Bolivia, actuando sólo por el tratado de defensa mutua que los mantenía. Además, la relación con las ciudades se vio afectada, pues Tacna perdió su salida marítima natural, quedando solo con pequeñas caletas y puertos de menor capacidad que Arica, donde Chile ha desarrollado su potencial en el norte, complementándolo con Iquique, en especial por la extracción de recursos pesqueros y el resguardo de las costas. Por ello la demanda mayor de los grupos nacionalistas es buscar la forma de recuperar ambas<sup>1132</sup>.

A pesar de estas pretensiones, las condiciones del Teatro de Operaciones Sur dejaban mucho que desear. Su infraestructura era más bien limitada, en parte porque la última vez que había tenido parte en un conflicto había sido precisamente la Guerra del Pacífico y, a pesar de los alegatos de los sectores más nacionalistas, de ahí en adelante no existió una tentativa real de tomar las antiguas provincias por la fuerza, salvo en la década de los 70, claro está. De ahí que no se llevasen a cabo mejoras en las instalaciones como sí se haría en el norte. A fines de los sesenta la principal vía, y quizás la única, de comunicación era la carretera Panamericana Sur, la que corría desde Lima hasta la frontera en su mayor parte por la costa. Para la comunicación marítima existía el puerto de Matarani, el que se hallaba a más de 200 kilómetros del territorio chileno, en el Departamento de Arequipa. Finalmente, en lo referido a las bases aéreas, las unidades de combate de la FAP más cercanas a Chile se encontraban en Pisco, a unos 800 kilómetros de la frontera; y si bien esta base albergaba a los bombarderos Canberra ingleses capaces de operar a tales distancias, el resto del equipo peruano se mostraba bastante inadecuado para tal tarea<sup>1133</sup>.

---

<sup>1131</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, pp. 55-56.

<sup>1132</sup> Juan Eduardo MENDOZA PINTO: *Razonamiento Geopolítico*, pp. 212-218.

<sup>1133</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 56.

Obviamente, si se quería lanzar una ofensiva al más puro estilo de la Operación Bagration<sup>1134</sup> se debían tomar los aprestos necesarios. Demás estaba decir que ello se haría conjuntamente con la compra del armamento, pues durante los primeros años del régimen de Velasco se dio impulso y término a obras y proyectos militares emprendidos por los gobiernos anteriores, y muchos otros por la misma administración de Juan Sin Miedo. Prueba de ello sería que, a fines de 1969, el Consejo de Ministros acordaba la coordinación del Plan Vial del Ministerio de Transportes con el Ejército en torno a las carreteras y ‘cuya necesidad es de carácter impostergable en el Teatro de Operaciones del Sur’. Un año más tarde llegaron a su conclusión las obras de la construcción del puerto de Ilo, el cual entró en servicio hacia mediados de año<sup>1135</sup>.

La situación de los aeródromos mejoró considerablemente después de 1970, pues, por ejemplo, en aquel año habían concluido los trabajos de construcción del aeropuerto Mariano Melgar, a unos 200 km de Chile, y cuya pista fue inaugurada con el aterrizaje de una escuadrilla de bombarderos Canberra. Al momento de su apertura contaba con la mayor pista de aterrizaje del país, con unos 4.000 metros, probablemente para compensar los efectos de su altura sobre el nivel del mar, poco más de 1.000 metros, sobre el desempeño de los motores de aviación. Posteriormente, durante los dos años siguientes, el aeropuerto siguió experimentando trabajos y mejoras, tras los cuales sería bautizado como Base Aérea de La Joya. No se le asignaría una dotación permanente de aviones de combate hasta 1977. Esta base aérea se mantendría en el más completo secreto; es más, como lo reconocía el General Nicanor Díaz Estrada, agregado aéreo en Lima, ésta solamente habría sido advertida por una misión norteamericana la cual informaría que “tenía una pista de dimensiones gigantescas, camuflada con arena que sólo se despejaba cuando realizaban operaciones de entrenamiento”<sup>1136</sup>. Bien diría el escritor e investigador chileno Julio Velasco Urbina, que gracias a esta base los peruanos podían jactarse de poseer una de las mejores fuerzas aéreas del continente:

En mi modesta opinión, la Fuerza Armada peruana tiene un cuerpo de élite, que es la rama del aire [...] hasta hace muy pocos años, era la única fuerza aérea latinoamericana que poseía aviones de bombardeo de larga autonomía de vuelo. Se decía que podían volar desde “La joya”, la principal base aéreo-militar peruana situada al sur de Arequipa, hasta Puerto Montt, ida y regreso. Hace años que practican el reabastecimiento en vuelo, realizando operaciones en colaboración con la Fuerza Aérea Argentina llegando “como práctica” (si fuésemos suspicaces diríamos “como ensayo”) volando sobre territorio argentino hasta el Paralelo 42 sur, que está ubicado, curiosamente, a la altura de... ¡Puerto Montt! Diremos de paso que, durante la guerra de las Falkland (o Malvinas), aviones peruanos habrían llegado hasta Comodoro Rivadavia

---

<sup>1134</sup> Sería el nombre clave recibido por la ofensiva en masa que lanzaría el Ejército Rojo para expulsar a los ejércitos alemanes que ocupaban Rusia. La ofensiva se daría en junio de 1944 a través de grandes penetraciones de unidades blindadas. Fue tal su éxito, que permitió a los soviéticos recuperar prácticamente todo el territorio perdido ante la Wehrmacht.

<sup>1135</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 56.

<sup>1136</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. IV, *Serie Histórica de La Segunda*, 17 de agosto de 2017, p. 3.

para ponerse a las órdenes del comando argentino, por si el conflicto se prolongaba y era necesaria su ayuda<sup>1137</sup>.

A la par, a fines de 1974 y comienzos de 1975, se ampliaría la pista de aterrizaje del aeropuerto de Tacna, aunque las autoridades locales argumentaron que las obras solamente responderían a fines “turísticos”:

Es para recibir los Boeing 707. Que yo sepa, no sirve para aviones de guerra como los “Mirage” u otros modernos. Ocurre algo muy distinto. La capacidad hotelera de Tacna ha crecido diez veces en un año o poco más. La proximidad a Arica, o sea, la posibilidad de conocer “otro país” ha convertido a nuestra ciudad en sede obligada de muchos congresos y reuniones masivas. Por eso debemos ampliar nuestra infraestructura turística, incluyendo el aeropuerto<sup>1138</sup>.

En el segundo semestre de 1974 la Fuerza Aérea Peruana ya comenzaba el extensivo llamado para sumar una mayor cantidad de voluntarios a sus filas. Aquel llamado se efectuaría con especial atención en Arequipa, lugar en los medios escritos, la radio y la televisión azuzaban denodadamente a los jóvenes mayores de 18 para que se enlistasen en la FAP. *La Defensa de Arica* señalaba: “En esta forma se ha centralizado en gran medida el poderío aéreo peruano en la ciudad blanca de Arequipa, en el sur peruano, y ahora se incentiva a la juventud de modo de disponer de aviadores para el material aéreo, especialmente del tipo ‘Mirage’ y bombarderos”<sup>1139</sup>.

Tales mejoras en infraestructura también fueron acompañadas con la modificación de la disposición de tropas y fuerzas a lo largo del Perú, la cual, en su mayoría, se encontraba apostada en la frontera norte a causa de la guerra con Ecuador en 1941, dando a entender que, antes de la década de los 70, los estrategas peruanos creían más probable un conflicto con su segundo rival histórico. Fuese como fuese, en 1972 se anunciaba la prolongación del servicio militar obligatorio de uno a dos años, mientras que en 1974, cuando en Chile ya se estaba haciendo el llamado de los reservistas, el General Mercado Jarrín anunciaba el traslado de la Escuela de Blindados al mando del General Fernández Maldonado apostada en las cercanías de Lima (específicamente en la zona de Ancón) hacia el sur de Arequipa, aduciendo a falta de espacio<sup>1140</sup>, y posteriormente a Tacna. Evidentemente, esta movida de unidades blindadas causó preocupación en Chile, pues, desde tiempo atrás se venía especulando abiertamente la posibilidad del traslado y empleo de aquellas unidades

---

<sup>1137</sup> Julio VELASCO URBINA: “Crónica de la Guerra que viene”, en *Anuario Academia de Historia Militar*, Año XIX, n°13, 1998, pp. 58-59.

<sup>1138</sup> *El Mercurio*, 2 de febrero de 1975, p. 27.

<sup>1139</sup> *La Defensa de Arica*, 26 de agosto de 1974, p. 1. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, pp. 116-117.

<sup>1140</sup> En palabras de Mercado Jarrín en marzo de aquel mismo año: “En el Perú nosotros también estamos tomando medidas. Por ejemplo, para citar unas cosas, creemos que nuestra Escuela Blindada no debe estar en el centro de Lima, porque es una zona de urbanización. No tenemos campos de maniobras. Hemos planeado trasladar nuestra Escuela Blindada hacia el sur. Hoy con la irrigación de valles en Arequipa, los campos también se están reduciendo en el sur. Creemos oportuno eso y significan viviendas e instalaciones para trasladar a nuestra Escuela Blindada al sur, porque es la zona más propicia. Esta zona (Lima) está completamente saturada. No hay campos de ejercicio: necesitamos dar comodidades y facilidades. Es una medida de previsión que ya está planificada y la haremos en un futuro próximo”. Véase en *El Mercurio*, 22 de marzo de 1974, p. 25.

blindadas en el Teatro de Operaciones Sur. Una de estas especulaciones fue la emitida por Televisión Nacional de Chile en enero de 1974, en la que se tocó el tema de la caída de la UP, la “Pesadilla Marxista” y un largo etc. de cuestiones relacionadas al asunto; lo sustancioso del asunto fue cuando los panelistas y entrevistados dejaron el libreto de lado y tomaron la palabra:

*Pero hubo un detalle muy curioso sugerente en el programa, cuando se hablaba del armamentismo y ese llamado tan curioso que hizo el presidente Velasco del Perú para terminar con los gastos de armamentos. Se mencionó allí que hace muy poco le llegaron al Perú, 65 tanques de fabricación soviética, comprados por el Gobierno, y con técnicos cubanos para instruir a los uniformados en el manejo. [...]. Pero cuando se mencionó el caso de los tanques intervino el periodista José María Navascal para comentar que “un amigo ecuatoriano que tengo, me dijo el otro día que en Ecuador se sabía de esta nueva adquisición de tanques rusos, pero ellos no tienen temor alguno por que supieron además que los peruanos los estaban pintando color DESIERTO y no color SELVA...” (¿Cómo estuvo, ah?...). Incluso se mencionó la reciente adquisición de aviones Mirage avanzados y modernos y otras cosiacas para el Perú. Total, Jaime Guzmán acotó en ese momento: “Aquí tenemos un caso claro del Padre Gatica que predica, pero no practica...”<sup>1141</sup>.*

El programa televisivo, y como lo afirmaba sarcásticamente *La Defensa de Arica*, al parecer “estuvo muy bueno”. Ahora el problema vino cuando estos rumores se aunaron al hecho que desde la prensa limeña se dijo que tal traslado correspondería a una “División Blindada” y no a la “Escuela de Blindados”. Tendría que ser el mismo Velasco, un 29 de marzo de 1974, el que pondría paños fríos al asunto, sosteniendo que su Primer Ministro se refería a la Escuela:

*Velasco denied that Peru was moving an armored division to the south, nothing that it was simply the armored school with its instructors and teaching material. that is very different from an armored [...] division, Velasco said*<sup>1142</sup>.

No obstante, las versiones no oficiales estaban mucho mas cercanas a la realidad; de hecho, estas cobrarían más fuerza tras los dichos del General Odicio Tamariz en Chile, cuando en febrero de 1975 ante la Revista *Ercilla* sostuvo que “no se puede hablar de unidades blindadas, sino de dos o tres tanques. No tienen el objetivo que se les quiere dar”<sup>1143</sup>. Taylor G. Belcher, embajador norteamericano en Lima, vendría a confirmar que efectivamente este movimiento correspondería a una división, cuando en 1974 informaba a sus superiores que efectivamente se trataba de una división blindada y ponía en duda que se

---

<sup>1141</sup> *La Defensa de Arica*, 17 de enero de 1974, p. 2. Ibidem, pp. 81-82.

<sup>1142</sup> “Velasco negó que el Perú estuviera moviendo una división blindada hacia el sur, solamente era la Escuela Blindada con sus instructores y material de enseñanza. Eso es muy diferente de una división armada, dijo Velasco”. “President Velasco Discusses Relations with Bolivia and Chile”, 29 de marzo de 1974. 1974LIMA02488\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>1143</sup> *Revista Ercilla*, Año XLI, n° 2063, semana del 12 al 18 de febrero, 1975, p. 14.

tratará de la “Escuela”<sup>1144</sup>. Las dudas se habrían despejado muy a pesar de los dichos de Velasco, pues, en una entrevista en 1996, según lo comentaba Julio Canessa, Vernon Walters, por aquel entonces subdirector de la CIA, afirmaba haber detectado algo más que “dos o tres tanques” en la frontera:

De vez en cuando hacíamos pasar un satélite sobre Perú para ver dónde estaban sus tanques [...] Una vez no los vimos más y yo dije: estoy seguro que están en la frontera con Chile. ¿Han mirado la frontera con Chile? Me dijeron no podemos saber por la trayectoria de los satélites [...] Fue uno de los momentos en mi vida en que sentí poder y ordené: ¡desplacen los satélites! Y allí estaban los tanques<sup>1145</sup>.

También se acondicionarían y repararían los cuarteles militares del Teatro de Operaciones Sur, entre los que destacaban los de Moquegua, Arequipa, Puno y Tacna, siendo ésta última la que más atención recibiría, pues, si tradicionalmente era comandada por un coronel, ahora quedaba bajo las órdenes del General Artemio García. El alcalde de dicha localidad, Humberto Cuneo, sostendría ante *El Mercurio*: “Por supuesto. Estamos construyendo cuarteles militares. Los que existen son, en su mayoría ruinosos. El soldado es un hombre del pueblo en armas y tiene derecho a vivir con dignidad. Pero nadie construye cuarteles que valen millones y millones de soles para iniciar una guerra y pronto se los destruyen. Ya se sabe que las luchas modernas no se hacen levantando cuarteles cerca de la frontera de un eventual adversario”<sup>1146</sup>. Aquellas palabras concordaban con las esgrimidas por el General Odicio Tamariz en aquel mismo año: “Se construyen cuarteles y cuartelillos para renovar los antiguos. La Fuerza Armada tiene que atender la seguridad del pueblo y las condiciones de vida de sus soldados. Otras razones carecerían de lógica, porque en una guerra los cuarteles fronterizos son los primeros en ser destruidos”<sup>1147</sup>. En todo momento se negó cualquier preparativo y, como ya se venía haciendo desde tiempo atrás con la cuestión de la compra de armamento, se argumentaba la “renovación” de material obsoleto o en mal estado.

Finalmente, ya cuando el temor a una guerra se hizo más latente, medidas fueron tomadas por las autoridades. En Lima, por ejemplo, comenzaron a escasear los insumos cotidianos para la construcción, entendiéndose elementos como el cemento y sus demás aditivos, los que eran llevados al sur con la finalidad de construir fortines defensivos ante eventuales contraataques. Ello significó que muchas de las obras de construcción que estaban en proceso, debieran paralizar por falta de material. Finalmente, cuando la situación ya parecía más grave, muchos militares comenzaron a priorizar el elemento humano más que el material, pues Tacna, según los comentarios del entonces Teniente Coronel de la Guardia Republicana del Perú, Miguel L. Mayurí Morán, muchos de los civiles que no eran residentes en la ciudad comenzaron a emigrar a sitios más seguros, y alejados lo más posibles de los

---

<sup>1144</sup> “Prime Minister comments on security matters in impromptu remarks to press march 21, Prime Minister Edgardo Mercado made following comments in connection with security matters”, 22 de marzo de 1974. 1974LIMA02275\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>1145</sup> Julio CANESSA; Francisco BALART PÁEZ: *Pinochet y la Restauración del Consenso Nacional*, Kan Sasana Printer, Santiago, 1998, p. 248.

<sup>1146</sup> *El Mercurio*, 2 de febrero de 1975, p. 27.

<sup>1147</sup> *Revista Arcilla*, Año XLI, n° 2063, semana del 12 al 18 de febrero, 1975, p. 14.

próximos campos de batalla. Muchos partieron hacia Arequipa y Lima<sup>1148</sup>. Testigo de estos hechos, pero desde el otro lado de la frontera, fue el Coronel Mena, quien recordaba lo sucedido con el General Artemio García:

*Por contarle una anécdota real. Llego un momento en que el general Artemio García me llamó por teléfono y me dijo: "Odlanier, tienes que ayudarme, porque estoy en una situación muy grave aquí en el Perú. Resulta que atemorizado por la posibilidad inminente de Guerra, los industriales de Tacna se están yendo a Lima por todos los medios, por avión, por tierra y con sus familias. Si este éxodo continúa, yo voy a perder la carrera, puede llegar aquí otro general con una apreciación distinta y eso puede significar que otra vez las cosas vuelvan a encrespase"<sup>1149</sup>.*

Esto aplicó también a las familias de militares, y es que según lo recordaba el historiador Luis Cavagnaro, quien por aquel entonces tenía treinta y tres años: “*muchos de los militares sacaban a sus hijos de los colegios y los mandaban hacia Lima o ciudades lejanas de Tacna*”<sup>1150</sup>. Muchas de las familias de los militares de menor rango también partirían desde la frontera, posiblemente advertidos por sus mismos cercanos dentro de las filas acerca de lo que se avecinaba, arribando a zonas como Arequipa y localidades rurales cercanas a esta ciudad serrana<sup>1151</sup>.

A pesar de que Torres Laca consideraba que la tensión con Chile y la compra desmedida de armamento y material bélico, más que responder a anhelos revanchistas, serían medidas para desviar las miradas de los procesos y debilidades internas del gobierno de Velasco, no niega que aquellos aprestos respondían únicamente a intenciones ofensivas. Pero el pretender que solo la adquisición de armamento sofisticado podría ganar la guerra es pecar de inocencia, o de demasiado entusiasmo, dado que si se quiere llevar a cabo una guerra ofensiva primero se ha de conocer la situación del enemigo, el estado de sus armas, el carácter de sus líderes, la disposición del terreno que se ha de conquistar, etc. Y es que como bien diría Sun Tzu “*Quien enfrenta a un enemigo durante muchos años con el fin de luchar por la victoria en una batalla decisiva, pero que a causa de ambiciones de rango, honores y unas cuantas piezas de oro permanece ignorante de la situación de su enemigo, está completamente vacío de humanidad. Tal hombre no es un general; no es apoyo de su soberano; no es señor de la victoria*”<sup>1152</sup>. Básicamente, un ejército sin conocimiento del enemigo es exactamente igual a un hombre sin ojos y oídos avanzando en un páramo cubierto por la niebla más espesa.

Los estrategas peruanos prácticamente siguieron a rajatabla estos principios, pues desde el vamos entendieron que, si querían emprender una cruzada patriótica por la recuperación de los territorios perdidos, no podían adentrarse en un territorio a ciegas, incluso cuando éstos antes les pertenecieran. Más aún, si tanto deseaban batirse con su ya más que centenario enemigo, debían estudiarlo. Velasco, vislumbrando los sucesos futuros, y tal como lo defendía la revista *Liberación* allá por 1969, envió al Teniente Coronel Ludwig Essenwagner a tal cometido. Este último, tras finalizar su estudio, concluyó:

---

<sup>1148</sup> Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 142.

<sup>1149</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

<sup>1150</sup> Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 143.

<sup>1151</sup> *Idem.*

<sup>1152</sup> SUN TZU; *Op. Cit.*, p. 195.

La capacidad disuasiva de que se disponía respecto al enemigo del sur era casi uno a uno. Las maniobras recién efectuadas en la Tercera Región Militar (Arequipa) mostraron serias carencias de equipamiento y material de guerra y un consecuente deterioro del entrenamiento, aunque la moral combativa de las tropas era de muy buen nivel<sup>1153</sup>.

Lo expuesto anteriormente respecto al enorme arsenal peruano y a la evolución misma de las Fuerzas Armadas peruanas dan por sentado de que los comentarios de Essenwanger no cayeron en saco roto. Las fuerzas se pusieron en condiciones para operar en el Teatro de Operaciones Sur en contra de Chile. Ahora quedaba la cuestión de los planes para la contienda venidera. De ahí en adelante, todo, absolutamente toda la información sobre Chile y sus aprestos bélicos pasarían por una sola institución encargada de asegurar la mayor cantidad de información disponible: la Dirección de Asuntos Estratégicos (DIRAE). Uno de los acontecimientos más sonados, y posiblemente relacionados a estas acciones de inteligencia, fue lo ocurrido en marzo de 1971 en Arica, precisamente cuando las relaciones aún se hallaban en el marco de la cordialidad. El regimiento Rancagua, bajo el mando del Coronel Sergio Covarrubias, era el único que continuaba guarneciendo la ciudad de Arica. El 4 de marzo de aquel año, recordaba por aquel entonces subteniente Waldo Zauritz, era día de elecciones municipales, “y mientras muy temprano desayunábamos en el Casino para cumplir con nuestras obligaciones [...] irrumpió con los ojos desorbitados el oficial de guardia, Teniente Luis Vera Muñoz, gritándonos: ¡Tengo presos a una sección de peruanos ahí afuera!”. Efectivamente, pese a la incredulidad de los presentes, el Teniente Vera tenía bajo su custodia a una sección de peruanos, inmóviles, con la vista clavada en el horizonte y evidentemente asustados. El que estaba al mando de aquellos hombres era el Alférez Juan Apesteguía Márquez, recién egresado del Colegio Militar, proveniente de Lima y perteneciente al Grupo de Artillería 502, del Cuartel Albarracín; recientemente habría sido recibido en Tacna en una fiesta de aquellas que terminó en una borrachera. Su capitán, ya amaneciendo, y gastándole una broma, le dio la misión de salir al frente de sus hombres e izar la bandera peruana en el Morro de Arica en una ceremonia conjunta autorizada por el Gobierno Chileno. Deseoso de cumplir con el honorífico cometido, no tardó en alistar y cruzar la frontera en un camión Mercedes Benz junto a sus hombres. Al menos aquella era la versión entregada por el militar peruano cuando fue detenido por carabineros y llevados al Rancagua. El Subteniente Zautitz, comprendiendo que sus acciones podían tensar las relaciones entre el Perú y Chile, resolvió enviar a los cautivos a Tacna, aunque no sin antes reconvenir al alférez por su irresponsabilidad.

Esto pudo haber pasado por uno de los tantos incidentes curiosos acontecidos en la frontera; sin embargo, como lo dice Patricia Arancibia, “los peruanos han señalado posteriormente que lejos de ser una broma, ésta habría sido una operación de inteligencia destinada a comprobar la capacidad de reacción del personal militar chileno”<sup>1154</sup>. Estas actividades continuaron en 1972, específicamente en el mes de septiembre, cuando un grupo de “aplicados turistas” peruanos recorrió la zona. Obviamente de turistas poco o nada tenían, pues se trataban de una partida de oficiales y suboficiales que cumplía la fase de reconocimiento del terreno. De hecho, al finalizar el año, y con la información disponible,

---

<sup>1153</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en tensión 1970-1979”, Cap. I, *Serie Histórica de La Segunda*, 27 de julio de 2007, p. 3.

<sup>1154</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. II, p. 3

ya se habían determinado cuatro zonas de salto de paracaidistas en los alrededores de Arica<sup>1155</sup>.

Esto, a su vez, deformaría en una verdadera paranoia, la que a su vez también daría paso a sucesos de los más “jocosos”. Uno de ellos fue el referido por el diario *La Concordia* bajo el título “Espionaje para la Risa” en febrero de 1975:

*En estas épocas de tensiones aparecen una serie de pseudos Espías que todo lo observan, todo lo analizan a su gusto, informando de ello a los propios ESPIADOS. / Hace algunos días y en forma muy secreta, como en la película del otro día, un amigo peruano me dijo: “no te des vuelta, actúa normalmente, lo que tengo que decirte es de vida o muerte”. / Con esta iniciación, tan de espía, me contó su terrible secreto: había descubierto un DEPÓSITO DE TANQUES detrás de su casa donde estaba viviendo. / Como no le creyera tamaña mentira, me llevó al lugar de los hechos y desde alguna distancia me dijo: “Allá están, no me vas a decir que sos no son tanques de gran movilidad”. / Efectivamente había dos tanques en la ladera del cerro, dos tanques de reliquia colocado en la zona del polvorín, tanques que no tienen motor ni movilidad desde hace muchos años [...] Ojalá que el Museo del Morro no vaya a ser visto como plataforma de misiles tierra aire que ahí estamos lucido<sup>1156</sup>.*

Ya en 1975 se realizaron una serie de vuelos de reconocimiento por parte de la FAP sobre el territorio chileno. Según informó el Ministro de Aeronáutica al Consejo de Ministros en la sesión de 18 de marzo de aquel año, estas misiones habrían permitido fotografiar en una franja de 120 kilómetros de profundidad y 40 de ancho las fortificaciones construidas por Chile en su frontera norte y al borde de la costa<sup>1157</sup>. Como diría Torres Laca: “La obtención de este tipo de información y los altos riesgos que ello implicaba apuntan a propósitos ofensivos en caso de un conflicto, para ello serían necesarios los datos sobre las fortificaciones chilenas contra las cuales debían abrirse paso los tanques peruanos y el perfil del litoral, importante para la realización de desembarcos anfibios”<sup>1158</sup>. Pero este trabajo también fue de campo y correspondió al por aquel entonces oficial de Artillería, posteriormente General, Wilson Barrantes, realizarlo:

*Nuestra tarea y misión que nos dieron fue trasladarnos a la zona del altiplano y a mí me cupo la responsabilidad de hacer trabajo topográfico de la zona [...] que era la zona en donde nosotros estamos haciendo los puntos topográficos para establecer zonas de posición para que nuestra artillería tenga coordenadas geográficas y podamos hacer tiros de precisión<sup>1159</sup>.*

Ello habría sido en 1975, y se habría extendido a lo largo de unos 6 meses continuados, en que oficiales peruanos habrían traspasado la frontera boliviana y chilena

---

<sup>1155</sup> Ibidem, p. 2.

<sup>1156</sup> *La Concordia de Arica*, 1 de febrero de 1975, p. 3. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, pp. 139-140.

<sup>1157</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 58.

<sup>1158</sup> Idem.

<sup>1159</sup> Entrevista al General (r) Wilson Barrantes: En Defensa de la Patria”.

para llevar a cabo su misión. Uno de esos oficiales habría sido el Mayor Osvaldo Noriega, quien habría estado a tan solo 6 kilómetros de la Línea de la Concordia recopilando información para las unidades de artillería, probablemente para el tiro de las piezas de 155 mm. Pero el fuerte de la información primordial para los militares peruanos era otra, una que sería un dolor de cabeza para Pinochet desde el mismo 11 de septiembre de 1973: los exiliados.

Casi de forma instintiva, los militares del Rímac habían seguido al pie de la letra los dictámenes del estratega y filósofo chino, quien consideraba que no había mejor fuente de información que la población nativa del territorio que se deseaba a atacar; en este caso, los chilenos exiliados, muchos descontentos con los sucesos recientes, atormentados y privados de su suelo natal por las acciones de los militares, y que ahora luchaban por escapar. Muchos se exiliarían en el Viejo Continente; sin embargo, muchos otros debieron partir a las naciones vecinas, siendo Argentina uno de los principales destinos. Pero el gobierno trasandino no actuaría únicamente por buena fe, sino que, deliberadamente, como nos lo dice Eloy Villacrez, facilitó la información de los recién llegados al Gobierno Peruano. Una comitiva de al menos cuatro oficiales peruanos, entre los que se encontraba el mismo Villacrez y otro oficial de apellido Chávez, habría partido en julio de 1973 hacia Buenos Aires por orden del mismo Velasco, quien, por demás, manejaría informes confidenciales sobre la posibilidad de que Allende fuera depuesto del poder, incluso se manejaba la muerte del mandatario chileno como un efecto inevitable de la ascensión del sector castrense chileno. Las órdenes también fueron impartidas al embajador peruano en Lima, el General Ricardo Vassi, para que organizara un sistema que le permitiera tener acceso “a la hoja de registro que hará la inteligencia argentina de cada uno de los ciudadanos chilenos y extranjeros en fuga”<sup>1160</sup>. La comitiva estuvo en servicio en el país trasandino durante un tiempo indefinido hasta el día de hoy, pues Villacrez sostenía que habían vuelto en diciembre del mismo año con toda la información requerida, mientras que la historiadora Patricia Arancibia defendía el hecho de que partieron en el verano de 1974. Fuese como fuese, volvieron con información de un valor incalculable. Villacrez nos dice que:

*No tienes idea, sabíamos hasta el nombre de los tenientes que manejaban secciones de las unidades de Chile, su efectivo, potencial, vehículos, dónde estaban, dónde estaban ubicados, todo eso lo sabíamos. Su capacidad operativa, dónde se habían desplazado, qué armas tenían, todo. Qué vehículos, qué camiones tenía cada batallón, dónde estaban ubicados, todo*<sup>1161</sup>.

Una anécdota curiosa de esto último es que cuando el General Óscar Brush Noel habría presentado un informe ante el Estado Mayor con toda la información de las fuerzas chilenas, toda la DIRAE (Dirección de Asuntos Estratégicos) solamente respondería con risas burlonas, pues toda esa información ya era sabida desde el golpe de Estado de septiembre. Así, según Villacrez, “*los miles que salieron dieron una información valiosa*”. Con ello, los peruanos habrían de saber el Orden de Batalla exacto de los chilenos; es decir, sus Fuerzas Armadas, su capacidad operativa y recursos, más cuando, en palabras del mismo

---

<sup>1160</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. III, *Serie Histórica de La Segunda*, 10 de agosto de 2007, p. 3.

<sup>1161</sup> Entrevista a Eloy Villacrez Riquelme.

Villacrez, “entre los refugiados se encontraban dos oficiales de la Fuerza Aérea que se negaron y optaron por fugarse al igual que miles de sus compatriotas”. Los nombres o rangos de estos supuestos miembros de la Fach son desconocidos.

\*\*\*

### III. El Plan de Invasión

*¡Que avance la caballería ligera!  
¿Hubo alguno que se amilanara?  
No, aunque el soldado supiera  
que alguien cometía un grave error:  
Lo suyo no es replicar,  
lo suyo no es buscar razones,  
lo suyo es solo cumplir y morir:  
adentrándose en el valle de la muerte  
cabalgaron los seiscientos.*

(Alfred Tennyson, *La Carga de la Caballería Ligera*)

Bajo estas directrices, y sumado a la información recolectada durante años por los servicios de inteligencia peruanos, se procedió al planteamiento de la operación bélica. Ello nos demostraba que, a pesar de los dichos de que Velasco no era más que un fanfarrón y loco, al menos sabía cómo manejarse en su área. De ahí que el lineamiento que seguiría la posible guerra no era otro que el “planear la totalidad de operaciones para aprestar a la Fuerza Armada y colocarla en condición de invadir Chile y obtener los resultados mínimos de recuperar los territorios de Tarapacá y Atacama, en condiciones de continuar operaciones ofensivas hacia Santiago de Chile, manteniendo una línea principal de resistencia (LPR) en la frontera norte con Ecuador, con el fin de neutralizar cualquier acción ofensiva”<sup>1162</sup>. En este punto la interrogante es obvia, aunque vale la pena explayarla ¿Cómo sería la ofensiva que Juan Sin Miedo había planeado para retomar a las provincias cautivas?

Gonzalo Vial Correa, historiador y abogado chileno de corte conservador, en una publicación para el diario *La Segunda* en noviembre de 2008 nos dice que la labor de elaborar todo el plan de invasión y, en sus palabras, “planificar la segunda Guerra del Pacífico” recayó sobre los hombros de la DIRAE y del General José Graham Hurtado, la cual habría sido presentada en marzo de 1971 y aprobada en mayo del mismo año por Velasco Alvarado. Vial solamente llega a exponer los resultados esperados de la ofensiva futura: el recuperar los territorios que fueran suyos antes de la Guerra del Pacífico, aunado a los bolivianos, que ahora se hallaban en poder de Chile, y quedar en una posición favorable para avanzar sobre Santiago si las condiciones fueran las idóneas; el rechazar un posible ataque ecuatoriano en la frontera norte. Aquellas fueron las “ideas generales” del memorándum presentado al mandatario peruano:

Hubo a este fin una reunión con las autoridades y oficiales involucrados. Allí el jefe supremo de la revolución dijo que lo perseguido era “eliminar fronteras con Chile” y así vivir “tranquilos” y “seguros”. Todo debía mantenerse

---

<sup>1162</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. I, p. 3.

“estrictamente secreto” -aún dentro de las instituciones respectivas de los personajes convocados- para evitar cualquier “problema diplomático”<sup>1163</sup>.

Este primer borrador de la ofensiva contemplaba un doble ataque simultáneo y blindado por el corredor de la costa, desde Chacalluta hasta Vitor, rebasando Arica, y desde el altiplano al Valle de Azapa. Las funciones de apoyo recaerían sobre las unidades navales, así como la infantería de marina, paracaidistas, comandos y policías de asalto, quienes tomarían el control de Arica una vez que la invasión iniciase. Lo notable de esta primera apreciación de la guerra que se venía era que solamente dedicaba su atención a Arica, todos y cada uno de las líneas trazadas pasaba por Arica, pues los objetivos posteriores como Tarapacá, Atacama y, con cierto optimismo, Santiago, quedaban en la más densa penumbra. La ofensiva, y la idea general de dicha maniobra, declarada en dicho memorándum, es dictada por Patricia Arancibia:

La acción ofensiva de recuperación de los territorios peruanos y bolivianos en poder de Chile, se efectuará con una penetración de unidades blindadas, con apoyo de artillería reactiva y de campaña, por el corredor de la costa, desde Chacalluta hacia la cortadura del río Vitor, sobrepasando Arica. Unidades de paracaidistas y comandos asegurarán los puntos críticos con envolvimiento vertical y unidades de la zona del Altiplano irrumpirán por el valle de Azapa. El orden interno de Arica, una vez sobrepasada, será controlado por las unidades de la Policía de Asalto. La infantería de Marina cumplirá las funciones de seguridad, abriendo una cabeza de playa en La Lisera y las unidades navales mantendrán aislado el teatro de operaciones contando con la cobertura aérea correspondiente”<sup>1164</sup>.

El documento continuaba señalando la urgencia de “realizar las coordinaciones para el aprestamiento de al menos cuatro divisiones blindadas en el sur, con 360 tanques pesados y 40 ligeros de caballería, repotenciamiento de nuestras unidades de artillería fortalecimiento de nuestras unidades navales de protección a operaciones de desembarco y elevar sustancialmente nuestra capacidad de bombardeo aéreo”<sup>1165</sup>. El memorándum presentado a Velasco terminaba con una afirmación bastante contundentes: “porque existen condiciones favorables para llevar a efecto exitosamente la invasión dispuesta”. Pero ¿por qué no se prosiguió en la “patriótica” tarea cuando todo estaba dispuesto para ello? En Chile gobernaba Allende y, como hemos dicho, los peruanos percibían las relaciones con su vecino sureño como cordiales e interesadas al mismo tiempo. Empezar un ataque contra el aliado ideológicamente más cercano no hablaría bien del Perú a un nivel internacional; incluso, como lo relataba Augusto Zimmerman al diario limeño *La República*, cuando se produce un incidente tan serio como lo es la incursión de un submarino chileno en aguas territoriales peruanas allá por 1971, y después de que la Armada lanzara cargas de profundidad, “Velasco fue informado del incidente y envió al Secretario General de la Presidencia a Santiago, para explicar a Allende de las causas por las que las autoridades navales habían utilizado cargas de profundidad. Allende ofreció excusas tras explicar que la incursión del submarino había

---

<sup>1163</sup> Gonzalo VIAL CORREA: *Op. Cit.*, p. VII.

<sup>1164</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. I, p. 4.

<sup>1165</sup> *Idem*.

ocurrido por un erro de navegación”. El caso se daría por cerrado sin mayor problema, permaneciendo como secreto de Estado. Las relaciones de hallaban en buen término.

Por otro lado, la situación interna de Chile en 1971 y hasta mediados de 1972 fue relativamente tranquila y “apacible”, por lo que esperar poca resistencia por parte del Gobierno y las Fuerzas Armadas era poco probable. Por muy contrarios que fueron ciertos círculos militares a la figura de Allende y su Vía al Socialismo, sería poco probable, si se mira desde la fría lógica, que emprendiesen una cruzada contra el comunismo (como lo harían en 1973) cuando una ofensiva de blindados caía sobre el norte. Lo más lógico sería pensar que, tal como en la moraleja de *El Viejo y sus Hijos* de Esopo, los militares chilenos se apegarían a la máxima de *La Unión hace la fuerza*. Por ende, sería más propicio para los halcones peruanos el esperar el momento en que el enemigo se hallaba debilitado y dividido por los vaivenes de la política interna; después de todo, no por nada la máxima de *divide et impera* hasta el día de hoy tiene tanto peso en el mundo militar.

Si damos crédito a la labor de espionaje mencionada por Villacrez, desde el Perú ya se tenía certeza de la debilidad de Allende en el poder, por lo que solo era cuestión de tiempo para que produjera su caída y la eventual ofensiva en el norte. El 11 de septiembre de 1973 probablemente no tomó desprevenidos al alto mando peruano, y en parte a ello mismo responderían las gestiones en cuanto a preparativos y movilización que hasta el momento se habían llevado a cabo; no obstante, cuando los tanques rodeaban La Moneda y Chile se hallaba más dividido y debilitado que nunca, ¿por qué Velasco desistió del ataque a Chile en aquel preciso instante, cuando Arica se encontraba al alcance de la mano para ser reconquistada? En aquella mañana de septiembre, cuando el alto mando se reunió con Velasco a discutir la posibilidad de un ataque, obviamente la intención de caer sobre Arica estaba, más cuando la Ciudad de la Eterna Primavera estaba prácticamente indefensa y desconectada del resto del país, el mismo Odlanier Mena así lo confirmaría:

*Cuando vino el 11 de septiembre, estábamos tan alejados de lo que pasaba en el resto de Chile, que yo no sabía nada, hasta ese mismo día a las 8.15 de la mañana, yo creo que mucho más tarde que muchos civiles*<sup>1166</sup>.

Incluso circulaban rumores de que el mismo General Prats comandaba fuerzas leales a Allende para tomar Santiago<sup>1167</sup> (evidentemente, estos rumores eran falsos); por ende, el escenario resultaba más que favorable para la incursión militar: atacar a un país en evidente guerra civil y la posibilidad de hacerse con una ciudad prácticamente desprotegida. Hasta los mismos militares chilenos consideraban que la instancia era la idónea. De ahí que el Coronel (r) Héctor Villagra, apostado por aquel entonces en Arica, sostuviera:

*Estábamos muy mal y ya se hablaba del peligro que teníamos con Perú, pero nuestros armamentos eran deficitarios, estábamos viviendo el gobierno de la UP y tanto ese como los gobiernos anteriores habían sido nefastos para las fuerzas armadas. Nosotros cubríamos el frente norte con tácticas bastante anticuadas y que no iban a tener efecto en caso de una ofensiva peruana. Yo creo que ahí, 72-73, los peruanos perdieron la oportunidad. Eran los años lógicos para ellos de haber atacado y habrían tenido muchas posibilidades*

---

<sup>1166</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

<sup>1167</sup> Gonzalo VIAL CORREA: *Op. Cit.*, p. VIII.

*de llegar a Arica. [...] El 11 de septiembre, además de que varias unidades se desplazaron a la frontera, tuvieron que mandar otras a Santiago, yo diría que 50% se fue a la frontera y el otro 50% a Santiago, entonces la frontera estaba desprovista de medios. Habría sido el momento indicado para Velasco para invadir, además podría haber dicho que era para ayudar a su amigo, Allende<sup>1168</sup>.*

Pero la pregunta salta nuevamente: ¿por qué Velasco no atacó? Además de la resistencia de la Armada, grupo mucho más moderado que el Ejército y no tan apasionados con la idea de la Revolución Peruana, estaba la cuestión de medios, y es que lo cierto era que la maquinaria bélica de Velasco aún necesitaba unos cuantos ajustes. Por muy superior que fuera a las fuerzas chilenas, era menester una mejor preparación y medios para lograr los objetivos trazados en 1971. De hecho, Villacrez en su entrevista con Martín Manco así lo confesaba:

*Manco: Los chilenos tenían miedo de que en pleno golpe del 11 de septiembre de 1973 el Perú invadiera.*

*Villacrez: No estábamos con capacidad de hacerlo.*

*Manco: No tenían los tanques.*

*Villacrez: Todavía no, todavía no. Nuestro sistema de defensa antiaéreo no lo habíamos articulado. O sea, todavía no se había entrenado a la gente.*

*Manco: ¿Para el 75 sí?*

*Villacrez: Ahí estaba todo "OK"<sup>1169</sup>.*

Cabe la duda si aquello mismo fuera lo que motivó, o más bien posibilitó, a los militares chilenos a dar el golpe, dado que uno de los grandes resquemores del sector castrense chileno era que, precisamente, los peruanos aprovecharan la situación de caos interno para invadir. El Almirante José Toribio Merino envió al ex oficial naval Roberto Kelly, retirado en 1967<sup>1170</sup>, con la misión de *"constatar que en caso de producirse en Chile un pronunciamiento militar nos encontraremos con problemas, Perú no se va a aprovechar de la situación para declararnos la guerra. Para esos efectos necesito que viajes de inmediato a Brasil a entrevistarte con una persona que nos puede dar esa información<sup>1171</sup>".* Los servicios de inteligencia brasileños, muy probablemente al tanto de la situación de las Fuerzas Armadas peruanas, ya prevenían que un ataque con sus medios sería casi imposible; de ahí que la respuesta de Brasilia, de forma muy fría y cortante, solamente fuera: *"la respuesta es no; Perú no se moverá. Váyase de inmediato a Chile"*.

En un escenario hipotético en que Perú iniciase la ofensiva difícilmente podría vislumbrarse como el vencedor, al menos no de una fácil victoria como muchos esperaban. Probablemente si las hostilidades se hubieran desatado, los peruanos no habrían podido avanzar mucho más al sur sin comenzar a ser desangrados por las fuerzas chilenas, las cuales, por demás, estarían escasamente preparadas. Quizás todo se hubiera resultado en la lucha de

---

<sup>1168</sup> Entrevista al Coronel Héctor Villagra. Citado por Claudia ARANCIBIA FLOODY: *El Rol del Ejército de Chile en las Crisis Vecinales en la Década de 1970*, Academia de Historia Militar, Santiago, 2020, pp. 21-23.

<sup>1169</sup> Entrevista a Eloy Villacrez Riquelme.

<sup>1170</sup> Eugenio MAGGIO GONZÁLEZ: *Nunca la Noche fue más Larga*, Lulu, 2016, p. 134.

<sup>1171</sup> Roberto T. KELLY V.; Patricia ARANCIBIA: *Conversando con Roberto Kelly V.: Recuerdos de una Vida*, Editorial Biblioteca Americana, Santiago, 2005, p. 145.

hombre a hombre, en que la bayoneta sería el arma principal. De todos modos, habría sido una lucha terrible y cara para ambos bandos, tanto en términos materiales como humanos. Tal vez esa fuera una de las tantas razones que impulsaron a Velasco a dar marcha atrás en ese instante. Con todo, hasta los militares chilenos consideraron que aquella movida del mandatario peruano había sido un completo error, pues, en palabras del General Alejandro Medina Lois, que por aquellos años era Director de la Escuela de Paracaidismo, se dejaría ver que aquella ocasión “fue una oportunidad perdida para el Perú”<sup>1172</sup>.

Mientras tanto, la implementación de los planes de guerra siguió su curso, modificándose de acuerdo a la situación de Chile y es que, como la naturaleza misma de la Guerra de Maniobra dicta, la táctica variará de acuerdo a las condiciones del momento y, aún más importante, el enemigo que se tenga en frente. De hecho, aquí fueron esenciales los informes, cerca de 8.000, sobre los exiliados, pues aquella información permitió conocer a la perfección “la organización militar, capacidad de desplazamiento, nivel operativo, mandos y estudio de la personalidad de los jefes hasta el nivel de capitanes... Nuestros elementos de inteligencia -dice Villacrez-, evaluaron y emitieron las recomendaciones para reformular los planes de invasión”<sup>1173</sup>. De ahí también que se priorizasen ciertas adquisiciones, como lo fueron los T-55 soviéticos y se recibiera con agrado la instrucción de los militares rusos; después de todo, se ajustaba de sobremanera a la forma que los peruanos habían llevado la guerra tradicional hasta el momento: Los T-55 habían demostrado ser todavía fiables en mano de los egipcios para hacer frente al avance israelí, mientras que la doctrina de combate soviética (enmarcada en la Guerra de Maniobras) priorizaba enormemente el tomar el toro por las astas y emprender ofensivas rápidas y decisivas en terrenos de profundidad, muy similar a lo que los militares del Rímac habían hecho en 1941 en su guerra contra Ecuador. Casi de forma obvia, los peruanos estaban al tanto de la pobreza de material en el lado chileno de la frontera y la poca disponibilidad de vehículos blindados en los arsenales; por ende, aunado a la mala imagen a un nivel internacional de Chile (el tan mencionado expansionismo chileno), daban pie al, como bien lo ha dicho Rodríguez Elizondo, paso de una disuasión defensiva a una completamente ofensiva, la que se traduciría en una “guerra relámpago” al más puro estilo de los israelíes en la Guerra de los Seis Días.

Bien diría Elizondo, “Vale la pena consignar que [...] los militares habían consultado a los diplomáticos peruanos más *seniors* y éstos tomaron la sabia actitud de no enfrentar la maquinaria bélica en rodaje. Tácitamente, habrían aconsejado una campaña informativa de mínima duración y una ofensiva casi inmediata, pues la debilidad de Pinochet y las condiciones internacionales favorables ya no eran las mismas de 1973”<sup>1174</sup>. Básicamente, ello se traduciría en “ataquemos mañana o nunca”, pues con toda la inversión hecha hasta el momento, saltaba la cuestión de que, si las armas no se usaban en aquel entonces, no se podrán usar después<sup>1175</sup>. Y es que, como bien diría Julio Canessa:

La posición peruana se fortaleció todavía más cuando Kissinger, obviando las expropiaciones de bienes americanos, hizo un apasionado alegato ante el Congreso a favor de la venta de armas al régimen de Lima y su llamado tuvo eco, traduciéndose en nuevo material bélico entregando de inmediato a ese

---

<sup>1172</sup> Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, p. 58.

<sup>1173</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. III, p. 4.

<sup>1174</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 66.

<sup>1175</sup> *Ibidem*, p. 69.

país. De ese modo Perú rompió el equilibrio existente en la zona. Ahora podía emprender una aventura bélica con posibilidades de éxito. Su ariete acorazado en tierra, sus nuevos submarinos y fragatas misileras en el mar, y sus modernísimos caza-bombardeos y bombarderos en el aire conformaban una potente fuerza de ataque. Como suele ocurrir en estos casos de rearme súbito, el factor más inquietante era el tiempo. Aunque el material soviético le había sido cedido a bajísimo costo, el gasto en armamento entre 1968 y 1973 superaba los mil millones de dólares; para mantener el ritmo, su debilitada economía debería hacer aún mayores sacrificios en los próximos años. Por tanto, su gobierno debía tomar una decisión político-estratégica a la brevedad, para no comprometer el nivel de vida de la población y, eventualmente, llegar a sufrir el costo de un desgaste político peligroso para el régimen de Velasco Alvarado. En un romance, había caído en la trampa -como también les ocurrió luego a los soviéticos- del sobredimensionamiento estratégico: estaban bien pero iban muy mal<sup>1176</sup>.

Como ya hemos dicho, ha habido un consenso en cuanto a que la fecha para la ofensiva peruana quedó establecida para el 6 de agosto de 1975; sin embargo, esta fecha no fue la primera en esgrimirse, ni tampoco la última. De hecho, se esperaba que la ofensiva se diera en 1974, específicamente en las fiestas patrias chilenas, a tan solo unos meses de la espectacular parada militar del 28 de julio en Lima, cuando Velasco, sin guardarse nada en el bolsillo y en una magna demostración militar, hizo desfilar a los T-55, a los SAM-3, SAM-6, SAM-7, a los Helicópteros MI-8 y a los fantásticos Mirages por las calles de la capital peruana. Todo ello ante la presencia del Ministro de Defensa Cubano, un joven Raúl Castro. Sería tal la magnificencia del evento que Huntley Film Archives, uno de los mayores archivos audiovisuales independientes del Reino Unido en la época, dejaría testimonio:

*A show of military strength with armored vehicles and tanks going through the streets. [...] Dignitaries in attendance. [...] Armed forces marching carrying red and white flags [...] Men in civilian dress, tailed suits, watching from raised platform. More uniformed soldiers with rifles passing, they wear knee high white leggings over their shoes. [...] Trucks with missiles. Air display with fighter planes flying overhead. A lorry with radio communications equipment in the back*<sup>1177</sup>.

El mismo Coronel Odlanier Mena, encargado de la defensa del norte de Chile, ha sostenido que la amenaza de la invasión peruana en septiembre de 1974 fue real:

No se podía descartar nada [...] por lo que nos preparamos para lo peor. Todos nuestros oficiales y soldados estaban en sus puestos de combate y dejé en el

---

<sup>1176</sup> Julio CANESSA; Francisco BALART PÁEZ: *Op. Cit.*, pp. 281-282.

<sup>1177</sup> “Una demostración de fuerza militar con vehículos blindados y tanques que atraviesan las calles. [...] Dignatarios presentes. [...] Fuerzas armadas marchando con banderas rojas y blancas [...] Hombres vestidos de civil, trajes de cola, mirando desde la plataforma elevada. Más soldados uniformados con fusiles que pasaban, llevaban unos leggins blancos hasta las rodillas sobre los zapatos. [...] Camiones con misiles. Exhibición aérea con aviones de combate volando por encima. Un camión con equipo de radiocomunicación en la parte trasera”. Peru. Independence Day? Lima. 29th July 1974. Film 41939. Huntley Film Archives.

regimiento sólo al personal de servicio, vestido de parada para dar una sensación de normalidad. Luego, como si fuere algo de lo más natural, invité a García a Putre. No se lo podía creer, ya que ellos estaban convencidos de que allí nosotros ocultábamos parte de nuestras fuerzas. Era así, pero yo había dado la orden de fondear y mimetizar todo en el entendido mientras Gracia estuviera con nosotros era muy difícil que se iniciara una ofensiva. Después de un par de horas viajando por un camino endemoniado, llegamos arriba donde el único capitán que habíamos dejado a cargo de la unidad tuvo que hacer malabares lingüísticos para cambiar la fuerte y encendida alocución patriótica, propia de estas ceremonias. Todo resultó bien, pero la verdad es que la guerra era casi un hecho y cualquier podía encender la llama<sup>1178</sup>.

Pero el tan esperado día D no se dio, pues, en las consideraciones del alto mando peruano, aún era preciso mejorar la instrucción de sus hombres y darles algo más de tiempo para ejercitar el nuevo armamento y la nueva doctrina soviética. El día D se atrasó nuevamente y quedó fijado para agosto de 1975. Con todo, los planes se modificarían y se harían mucho más acorde a las doctrinas de sus nuevos proveedores de armas. Los peruanos ahora también tenían la ventaja de que sus planteamientos tácticos había sido llevados a la práctica por los sirios y egipcios en la Guerra del Yom Kippur (1973), cuando precisamente una ofensiva de blindados, apoyados por la aviación y la artillería, cayó sobre los israelíes y la doctrina de lucha en profundidad soviética había demostrado su efectividad. Esta última dictaba que:

*The principle of attacking in depth was the Soviets' response to the increased capability and mobility of fire support systems (artillery and aviation) and the appearance of mechanized infantry, tank, and airborne forces [...] Soviet fire support systems could reach farther, and their tank and infantry formations had increased in mobility. Soviet military theorists concluded that the deeper threat and the potential for deeper fire and maneuver by Soviet forces necessitated a combined arms effort. They decided that simultaneous artillery attack and airstrikes through the entire depth of enemy defenses combined with tank and infantry formations to break through his tactical defensive and to drive rapidly and forcefully into the depth rear would best arraign success in combat<sup>1179</sup>.*

En palabras de Tukhachevsky y Alexander Ilyich Yegorov, tomando la doctrina soviética de 1936, definieron el concepto de Operación en Profundidad

---

<sup>1178</sup> Citado por Citado por Patricia ARANCIBIA: "Chile-Perú: una década en Tensión", Cap. IV, p. 4.

<sup>1179</sup> "El principio de atacar en profundidad fue la respuesta de los soviéticos a la mayor capacidad y movilidad de los sistemas de fuego de apoyo (artillería y aviación) y la aparición de infantería mecanizada, tanques y fuerzas aerotransportadas [...] Los sistemas soviéticos de fuego de apoyo podrían llegar más lejos, y sus formaciones de tanques e infantería habían aumentado en movilidad. Los teóricos militares soviéticos concluyeron que la amenaza más profunda y el potencial de fuego y maniobras más profundas por parte de las fuerzas soviéticas requería un esfuerzo armamentístico combinado. Decidieron que el ataque simultáneo de artillería y los ataques aéreos a través de toda la profundidad de las defensas enemigas combinadas con formaciones de tanques e infantería para atravesar su defensa táctica y conducir rápidamente y con fuerza hacia la retaguardia profunda sería la mejor opción para el éxito en el combate". Department of the Army: *The Soviet Army. Operations and Tactics*, Headquarters Department of the Army, Washington D. C., 1984, s. p.

La Operación en Profundidad consiste en ataques simultáneos sobre las defensas del enemigo por la aviación y la artillería en toda la profundidad de las posiciones defensivas, penetración en la zona de defensa por unidades acorazadas, con un rápido paso del éxito táctico al éxito operacional con el objetivo de envolver y destruir al enemigo<sup>1180</sup>.

Con ello se esperaba que *“The enemy’s lines of communication, command and control would then be destroyed or disrupted and the remainder of the forward edge of his tactical defensive system would begin to fragment and collapse. Disorganized, demoralized, and isolated, enemy commanders would be unable to reestablish an effective and coordinated defense”*<sup>1181</sup>.

Asimilando estas lecciones de los instructores soviéticos, los peruanos pudieron trazar, ahora de forma mucho más detallada, las directrices de su ofensiva. En sí, el plan seguía siendo el mismo: recuperar la zona de Arica y Tarapacá, aunque aquí también se proyectaba seguir más adelante. Y es que como lo recordaba el Capitán Eloy Villacrez Riquelme, el plan de invasión se daría en tres fases: Negro 1, Negro 2 y Negro 3. Incluso, con el optimismo que hasta el día de hoy lo caracteriza, con la posibilidad de llegar hasta Santiago: *“Negro 1 era tomar Arica; Negro 2, Iquique; y Negro 3 era Antofagasta y entregárselas a Bolivia”*<sup>1182</sup>. Esto concordaba con el testimonio del General en retiro Wilson Barrantes, en el que precisó que aquel plan de invasión les fue leído en voz alta a la mayoría de los oficiales y cuya *“idea global de lo que iba a pasar era recuperar Arica y Tarapacá”*, de ahí en adelante cada oficial debía partir con su respectiva unidad a cumplir la tarea que se le había encomendado<sup>1183</sup>. Aquel era el plan de Operaciones que principalmente comprometería a gran parte de las nuevas unidades mecanizadas del Ejército del Perú, siendo los principales actores el nuevo equipamiento importado desde la Unión Soviética. Obviamente, el ataque comenzaría con Negro 1 con la finalidad de tomar Arica.

La ofensiva comenzaría en la madrugada del 6 de agosto, específicamente a las 5 de la mañana, cuando las baterías peruanas, apostadas a tan solo a 1.5 kilómetros de la frontera abrirían fuego a fin de “ablandar” las posiciones defensivas chilenas. El santo y seña para que el infierno mismo se desatara sería un mensaje a través de las radios que diría: *“Santa Rosa está de fiesta”*, al menos así lo sería para la unidad del General Barrantes: *“Santa Rosa está de fiesta a las 05:00 de la mañana y nosotros empezaremos a disparar como locos miles y miles de granadas, porque teníamos camiones llenos de granadas para romper los puestos de vigilancia y barreras que habían colocado”*<sup>1184</sup>. Se esperaba que esta potencia de fuego fuera avasalladora con los defensores, pues, incluso se debía considerar la opción del Napalm, el que ya había sido usado contra las guerrillas en la década de los 60: *“teníamos napalm, el fósforo blanco que permite destruir todo. Eso hubiera sido desastroso, aquí hubiéramos hecho una guerra desastrosa, prohibida por la Convención de Ginebra, pero*

---

<sup>1180</sup> Miguel CAMPOS ROBLES: “El Arte Operacional Ruso: de Tukhachevsky a la actual Doctrina Gerasimov”, en *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, n°35, 2018, p. 7.

<sup>1181</sup> “Las líneas de comunicación, comando y control del enemigo serían destruidas o interrumpidas y el resto del borde delantero de su sistema táctico defensivo comenzaría a fragmentarse y colapsar. Los comandantes enemigos desorganizados, desmoralizados y aislados no podrían restablecer una defensa eficaz y coordinada”. Department of the Army: *Op. Cit.*, s. p.

<sup>1182</sup> Entrevista a Eloy Villacrez Riquelme.

<sup>1183</sup> Entrevista a Wilson Barrantes.

<sup>1184</sup> Idem.

*ante una cosa, teníamos la otra*”, en caso de que la munición normal no diera los resultados esperados. De ahí en adelante, el protagonismo recaería en los blindados.

Se habían desplegado en un frente de unos 2.5 kilómetros desde Chacalluta hacia el este, compuestos por “dos agrupamientos, uno compuesto por unidades blindadas y otro por unidades motorizadas con caballería blindada. El primer agrupamiento, compuesto por la Tercera y Sexta Divisiones blindadas, atacará con 250 tanques T-55 sobre el corredor de la costa el día D y a la hora H, con unidades de ingeniería y artillería en un primer escalón”<sup>1185</sup>. Esta fuerza, comandada por el General Artemio García y que avanzaría sobre suelo chileno a eso de las 06:00 am, contarían con tres unidades de ingenieros, dotados de lanza-puentes, barreminas y capacidad para remover obstáculos y artillería de campaña reactiva y antiaérea. El objetivo de este agrupamiento sería caer sobre Arica y más tarde avanzar hacia la Caleta Vitor, al sur de la ciudad por la costa, y de ahí a Camarones. Mientras tanto, “el segundo agrupamiento, compuesto por el agrupamiento Tacna y dos divisiones motorizadas, con unidades de caballería blindada, aislarán Arica, permitiendo que las divisiones blindadas Tercera y Sexta la sobrepasen y alcancen la cortadura del cause seco del río Vitor”<sup>1186</sup>. Conjuntamente, la Cuarta División Mecanizada, en un movimiento envolvente, bajaría por Puno hasta llegar a Putre y desde allí entraría hacia Arica<sup>1187</sup>. De tal manera, y de acorde a la doctrina de Batalla en Profundidad Soviética, “*Tank armies may be placed in the first echelon for attaining greater speed when terrain and other conditions permit this employment*”<sup>1188</sup>. Demás está decir que el Norte Grande ofrece amplias ventajas para su utilización. Finalmente, estaba la reserva táctica, la cual estaba compuesta por la IX y II divisiones blindadas, mientras que la reserva estratégica, procedente de Arequipa, adelantaría a Moquegua.

Paralelamente, a unas tres horas de iniciada la invasión, brigadas de paracaidistas, al mando del Coronel de Comandos Domingo Pérez Santa María, caerían en puntos establecidos previamente, dándose lo que Villacrez nombraría como envolvimiento vertical. Esto último consistía en el salto de brigadas de paracaidistas que caerían en los alrededores de Arica con la finalidad de “*proteger los puntos sensibles que Chile había planificado destruir en caso de que llegásemos nosotros*”, incluso dentro de la misma ciudad, unos cuarenta paracaidistas tocarían tierra “*dentro del patio de un colegio*”, ello en sus palabras y, a pesar de todo, coincidía con la visión que los instructores rusos mantenían acerca de lo que era una ofensiva: “*The offensive is the only type of combat action..., employment of which attains the complete route of the enemy and the seizure of important objectives and areas*”<sup>1189</sup>. Este punto sensible, que no se ha llegado a aclarar su exacta ubicación, estaba dentro de las cuatro zonas de salto para las demás brigadas, las cuales se han mantenido en el más absoluto secreto. Una vez asegurados estos puntos sensibles, y tras no esperar demasiada resistencia por parte de las fuerzas defensoras, los paracaidistas, junto a los blindados se prepararían para avanzar sobre la Quebrada de Camarones, a unos 80 kilómetros al sur, siendo ese el lugar donde esperaban la resistencia más enconada. De hecho, sería por ello que se emplearían gran cantidad de paracaidistas, pues se consideraba que Chile

---

<sup>1185</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. IV, p. 1.

<sup>1186</sup> Idem.

<sup>1187</sup> Entrevista a Eloy Villacrez Riquelme.

<sup>1188</sup> Department of the Army: *Op. Cit.*, s. p.

<sup>1189</sup> “La ofensiva es el único tipo de acción de combate ..., cuyo empleo alcanza la ruta completa del enemigo y la toma de objetivos y áreas importantes”. Andrei Alekseevich SIDORENKO: *The Offensive: A Soviet View*, The United States Air Force, Washington, 1984.

destruiría todos aquellos puntos sensibles y se replegaría hasta Camarones para iniciar la resistencia. Allí atacarían los blindados y también brigadas que caerían en la retaguardia chilena, provocando así el famoso envolvimiento del que hablaba Villacrez, cortándoles la retirada y la posible llegada de refuerzos, principalmente desde Iquique y Antofagasta.

Los dichos del Capitán no son los únicos en coincidir que la resistencia chilena se daría en Camarones, pues, al recordar las menciones del Mayor Osvaldo Noriega, el que afirmaba que por el lado chileno de la frontera no era posible divisar soldados o material bélico, el General Barrantes consideraba que aquello respondería a que las fuerzas chilenas se habían replegado anticipadamente para *“concentrar sus medios y contraatacar”*. Otra versión de este supuesto repliegue la daba el Coronel Fernando Morote, al sostener dos hipótesis: la primera de ellas era netamente táctica al sugerir que las intenciones chilenas pasaban por retirarse a fin de que sus tropas no se viran afectadas por armas químicas que recibían desde Gran Bretaña, específicamente gas Sarín; mientras que la segunda era más de orden estratégico, pues al retirarse unos 300 km al sur, podían argumentar ante la prensa mundial y frente a los Estados Unidos que Chile no había sido el agresor, sino el agredido, ganándose así el apoyo norteamericano. Aunque el Coronel peruano se decantaba más por la primera opción, pues de aquella manera se podrían hacer con los tanques peruanos, reforzando así su contraataque<sup>1190</sup>. En pocas palabras, se cumpliría lo que el General Barrantes estimaba: *“Cuál era su temor [refiriéndose a Pinochet] y lo que ellos no contaban era que nosotros estando por la altura, no íbamos a desplazar por la altura y caerles por la retaguardia”*<sup>1191</sup>.

Aquí vale realizar un pequeño paréntesis para referirse a quienes serían los encargados de cortar la retirada de las fuerzas chilenas y, muy probablemente, los que experimentarían el fuego más intenso. Bajo el nombre de “Proyecto S”, aquellas brigadas de paracaidistas, o “paracas” como les decían, eran verdaderas unidades de comando, las que se conformarían en 1974 como una fuerza de élite y bajo el mando de hombres de gran experiencia, como lo eran el Teniente Alejandro “Tuco” Martínez y el General Alberto Thorndike Elmore; de hecho, este último los describiría como hombres dotados de *“conocimientos orientados a la aplicación de la electrónica, manejo de claves, armas y explosivos, demoliciones, paracaidismo, ejecución de acciones de inteligencia y penetración para destrucción de objetivos, seguimiento, espionaje, contra-espionaje, etc., en terreno adverso, en todo tiempo y en forma autosuficiente”*<sup>1192</sup>. En pocas palabras, serían aquellos hombres, entre los que se calculaba un porcentaje de 50% de bajas, los encargados de hacer el “trabajo sucio”, posibilitando el avance de los blindados, esto último pues se consideraba que *“seguramente también nos iban a disparar, porque habían pequeñas guarniciones que ellos tenían con morteros que nos estaban esperando”*<sup>1193</sup>. De todos modos, las pérdidas humanas eran más que justificable si éstas permitían el avance.

Ya en último lugar, tanto la aviación como la marina se reservaban tareas de apoyo. Para el caso de la marina, la flota peruana, con los cruceros Grau, Bolognesi, las fragatas Palacios, Ferre y Gálvez (más otras unidades menores), fondeó desde marzo en los puertos de Mollendo y Matarani, preparándose para hostigar y bloquear Arica y Pisagua. Además,

---

<sup>1190</sup> Entrevista al Coronel de Infantería (r) Fernando Morote Solari, “En Defensa de la Patria”.

<sup>1191</sup> Entrevista a Wilson Barrantes.

<sup>1192</sup> Alberto THORNDIKE ELMORE: “El Paracaidismo en el Perú”.

<sup>1193</sup> Entrevista a Wilson Barrantes.

se establecieron posibles zonas de desembarco en la playa La Lisera y sus inmediaciones<sup>1194</sup>. La aviación se reservaba un papel mucho más acotado, pues, solamente a la par de las labores de despliegue de las brigadas de paracaidistas en Arica y Camarones, únicamente se establecieron posibles zonas de bombardeo a fin de facilitar el avance de los blindados una vez que estos penetraran a través de la costa y antes de que los paracaidistas tocasen tierra, específicamente en la zona suburbana de Arica y en la cortadura del río Lluta.

El Cuartel General Conjunto se estableció en Arequipa al mando del General Gonzalo Briceño, quien junto a los Comandantes de la Fuerza Naval Operativa del Pacífico Sur y de la Fuerza Aérea, constituyeron el Comando General de Operaciones, el que se instaló en el cuartel Albarracín de Tacna, y el de Reserva en Moquegua. Finalmente, como se esperaba un rápido avance hacia el sur sin mayor resistencia hasta llegar a Camarones, se incluyeron a los jefes de la Guardia Civil como parte de las operaciones, los cuales, bajo el mando del Coronel Aguilar, tomarían el control de Arica durante la ocupación y mientras la ofensiva continuaba.

De tal forma, si se mira detenidamente, el plan táctico peruano se ajustaba excelentemente a las directrices dadas por los instructores soviéticos y en la misma doctrina rusa de la década de los 70 descrita por el Coronel Savkin<sup>1195</sup>:

- a) *Mobility and high rates of combat operations;*
- b) *Concentration of main efforts and creation of superiority in forces and means over the enemy at the decisive place and at the decisive time;*
- c) *Surprise;*
- d) *Combat activeness;*
- e) *Preservation of the combat effectiveness of friendly forces;*
- f) *Conformity of the goal and plan of the operation (battle) to the conditions of the actual situation;*
- g) *Coordination.*

La movilidad sería dada por sus unidades blindadas y mecanizadas, las que, por demás, caerían sobre el objetivo por diversos flancos. La concentración de las fuerzas se daría en el avance de la VI y III División Blindada que avanzaría desde Chacalluta, siendo la punta de lanza del Ejército Peruano en penetrar en profundidad en territorio chileno en un terreno que les era altamente favorable (desértico y en pleno llano) y en una situación en que las armas peruanas tenían todas las de ganar a causa de su enorme superioridad armamentística, dado que era: “*an operational and administrative unit, and, like the combined arms army, is a basic component of a front. [...] A typical role of a tank army is to exploit penetrations deep into the enemy’s rear areas*”<sup>1196</sup>. La actividad combativa estaría asegurada por las brigadas de paracaidistas y los mismos blindados, primero en Arica y después en Camarones.

Los puntos e) y f) responderían a las limitaciones mismas de la ofensiva peruana. Y es que ¿Cuánto tardarían en llevar a cabo las operaciones? o, al menos, ¿cuánto esperaban

---

<sup>1194</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. II, p. 4.

<sup>1195</sup> V. Ye. SAVKIN: *The Basic Principles of Operational Art and Tactics. (A Soviet View)*, Government Printing Office, Washington, 1972, p. 165.

<sup>1196</sup> “Una unidad operativa y administrativa, y, como el ejército de armas combinadas, es un componente básico de un frente. [...] Una función típica de un ejército de tanques es explotar las penetraciones en las zonas traseras del enemigo”. Department of the Army: *Op. Cit.*, s. p.

los peruanos que se extendieran en el tiempo? Difícil resulta establecer una medida exacta al menos en la práctica. En el papel, los peruanos esperaban llegar al cause seco del río Vitor, a más tardar, a solo dos días de iniciado el ataque. El tercer día después de que las hostilidades se desataran, esperaban organizar y aprestar a las unidades de la VPA (Vía Principal de Abastecimiento), a la par que se organizaba el terreno para continuar con la invasión hacia el sur en completo orden hasta llegar a Camarones, siendo este el punto donde más esperaban resistencia. Los planes paraban allí, aunque si consideramos los dichos del Capitán Villacrez, la resistencia en aquel lugar y la guerra tendrían una corta duración; es más, según sus palabras, el conflicto en sí no habría de durar más de 15 días, pues aquel sería el día en que él y sus paracaidistas caerían sobre Antofagasta, siendo este el último salto<sup>1197</sup>. De tal modo que, al igual que la Guerra de los Seis Días y del Yom Kippur, los peruanos esperaban una ofensiva de corta duración y estrictamente concentrada en el territorio que va desde la Línea de la Concordia hasta la Quebrada de Camarones. Los peruanos, deseando mantener un terreno seguro para sus operaciones, a la vez que mantenían intactas sus líneas de suministros y refuerzos, difícilmente se arriesgarían a emprender su campaña redentora hacia las inmediaciones de Santiago, muy a pesar de las fanfarronerías de muchos Generales. Era esperable que limitasen las acciones a un territorio y tiempo en que se pudieran mantener; no por nada Sun Tzu diría:

La victoria es el principal objetivo de la guerra. Si la victoria tarda en llegar, las armas pierden su filo y la moral decae. Cuando llegue el momento de atacar las ciudades, su vigor se habrá agotado. [...] Cuando tus armas estén embotadas y apagado el fragor guerrero, agotada la fuerza y los fondos gastados, los gobernantes vecinos se aprovecharán de tus dificultades para actuar. Entonces, aun cuando tengas sabios consejeros, ninguno será capaz de crear buenos planes para el futuro. [...] Así, aunque hemos oído casos de precipitarse torpemente a la guerra, no hemos visto todavía ninguna operación inteligente que haya sido prolongada. [...] Porque nunca ha existido una larga guerra de la cual se haya aprovechado algún país<sup>1198</sup>.

El tema de la coordinación estaba más que claro; no por nada los blindados avanzarían solamente cuando la artillería hubiera “ablandado” las posiciones chilenas después de un intenso fuego; sin embargo, no lo harían solos, dado que las brigadas de paracaidistas les cubrirían los puntos vitales en su avance y la retaguardia cuando la ofensiva prosiguiera para, más tarde, cuando la lucha más enconada se desatase en Camarones, cortarles la retirada al caer sobre las espaldas de la posición chilena. El apoyo de la Armada y Fuerza Aérea serían fundamentales para las tareas de bloqueos y eliminación de puntos sensibles. Así, se cumpliría el principio de “*Attack the enemy violently and simultaneously throughout his depth. Carry the battle to the enemy rear with swift penetrations by maneuver units, fires, aviation, airborne and heliborne assaults, and by unconventional warfare means*”<sup>1199</sup>. Con ello, los peruanos esperaban caer con su ataque por diversos flancos, explotando la debilidad de las fuerzas defensoras, manteniendo la velocidad de ataque en

---

<sup>1197</sup> Entrevista a Eloy Villacrez Riquelme.

<sup>1198</sup> SUN TZU; *Op. Cit.*, p. 113.

<sup>1199</sup> “Ataca al enemigo violentamente y simultáneamente en toda su profundidad. Lleve la batalla a la retaguardia enemiga con penetraciones rápidas por unidades de maniobra, incendios, aviación, asaltos aéreos y en helicóptero, y por medios de guerra no convencionales”. Department of the Army: *Op. Cit.*, s. p.

todo momento y, más importante aún, el hecho de llevar en todo momento la batalla hacia la retaguardia del enemigo.

Por su parte, la sorpresa era algo obvio para toda operación militar y algo que precisamente el alto mando peruano intentó mantener en todo momento, aunque que, tras los pomposos preparativos, la ingente cantidad de armamento adquirido y las arengas patriotas; era algo que difícilmente podían pasar por alto las fuerzas defensoras chilenas. Carlos Forestier Haengsen, quien fuera Comandante en Jefe de la VI División del Ejército con asiento en Iquique en 1973, diría que por aquellos días esperaban y se preparaban para un ataque, en líneas muy generales, a lo descrito con anterioridad:

Pensábamos que el Perú iba a hacernos un doble envolvimiento, es decir, dirigiría su esfuerzo principal intentando coparnos con una ofensiva blindada de tanques y tropas provenientes de Tacna, potenciada por un estrecho apoyo a tierra de sus aviones estacionados en la nueva y supuestamente secreta base aérea La Joya. Este ataque se complementaría con operaciones efectuadas por paracaidistas y fuerzas aerotransportadas desplegadas a la espalda de Arica, para lo cual contaban con unos 80 helicópteros de transporte. Una brigada de infantería de marina desembarcaría en las quebradas de Vitor y Camarones, entre Arica e Iquique, aislándonos por completo antes de dar la batalla de aniquilación. Así, el teatro de guerra quedaba circunscrito al espacio que ellos pudieran efectivamente ocupar<sup>1200</sup>.

De modo que, a pesar de las intenciones de hermetismo, los peruanos no pudieron mantener su plan de operaciones en el más absoluto secreto, aunque vale decir que tampoco lo intentarían demasiado. Solo les bastaba con que el día y la hora en que los blindados iniciasen su marcha se mantuviera en la incógnita; después de todo, a pensamiento de muchos de los halcones, poco importaba si los chilenos sabían o no, pues no tendrían los medios como para una verdadera carga de tanques soviéticos a través del desierto. Una perspectiva nos la da el Capitán Villacrez, en su entrevista del año 2016, cuando se le pregunta sobre el deseo de Velasco de prácticamente desayunar en La Moneda una vez que la ofensiva peruana cayera sobre territorio nacional y la posibilidad de que éste se detuviera en Copiapó ante la resistencia de las Fuerzas Chilenas, el Capitán respondería “no tenían cómo, no tenían”. En efecto, aquel era lo que se veía desde las trincheras peruanas pocos momentos antes de la batalla.

\*\*\*

#### IV. Los Ánimos Previos a la Batalla

*Cuando la espada es desenvainada,  
las pasiones de los hombres  
no guardan los límites de la moderación*  
(Alexander Hamilton, militar, estadista, político y economista norteamericano)

Al parecer, y como se ha podido leer entre líneas hasta el momento, no parecía que los peruanos estuvieran escasos de confianza; después de todo, se veían a sí mismos como

---

<sup>1200</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. II, p. 3.

los depositarios o los avatares de una misión patriótica casi centenaria. Creían que ellos serían la generación que devolvería el honor perdido en la Guerra Infausta, tenían la más absoluta certeza de que ellos, y solo ellos, serían los que devolverían las tan preciadas provincias cautivas de las manos de los pérfidos chilenos. Pero más allá de la palabrería barata y rebosante de un espíritu chovinista trasnochado a estas alturas de la historia, ¿era tan así? Tarea difícil, quizá imposible, es en el presente visitar las memorias de quienes fueron partícipes y su espíritu a la hora de combatir, no solo porque muchos de los hombres y mujeres que experimentaron el camino hacia el abismo partieron o han mantenido su testimonio en el más absoluto silencio, sino porque el conflicto nunca llegó a desatarse, nunca se disparó el fusil, jamás retumbó el suelo con el avance de los blindados, jamás se dio el tan esperado y temido “Stalingrado chileno”; todo quedaría en una sola frase: *La Guerra que no llegó a ser*.

Entre los informes carentes de emoción y los escuetos análisis militares, solo nos quedan las palabras de quienes rebosaban entusiasmo en su momento, de quienes, un puñado de ellos, hasta el día de hoy, creen que una guerra entre vecinos sigue siendo una buena idea. Por el momento nos contentaremos con ello, con los testimonios de quienes, efectivamente, participarían, ya sea en la planificación o en el frente mismo, de la guerra que se venía. En forma evidente, no se podría comenzar una exposición de este tipo sin incluir a quien habría hecho todo posible, a quien dejó todo predispuesto para que la ofensiva redentora diera paso al cumplimiento del centenario deseo: Velasco Alvarado. Como lo recordaba Villacrez, a quien tantas veces ya hemos citado, una vez que los preparativos presentados por la DIRAE fueron aprobados en 1971, Velasco, ante sus ministros, generales y oficiales de mayor rango y confianza, solamente expresaría lo que muchos querían oír, que cumplirían una labor muy por encima de cualquier interés personal o partidista, sino que seguirían una orden en directo favor de la nación:

En ustedes confío para que Tarapacá vuelva al Perú y eliminemos fronteras con Chile, sólo así podremos vivir tranquilos y con seguridad en el futuro... Lo único que debo recordarles es que todo lo que se diga o acuerde es estrictamente secreto<sup>1201</sup>.

Aquellas no eran las primeras palabras del General para referirse a la futura guerra, pues, como lo dejaría más que en claro en un discurso allá por 1970 en Arequipa:

Pertenecemos a la generación escogida por la historia para restaurar la justicia que nuestro pueblo requiere, recuperando para la nacionalidad lo que nos fue arrebatado por Chile en 1879... La Región de Hierro (Arequipa) es la encargada de ello. Prepárense con dedicación porque el día llegará<sup>1202</sup>.

El Capitán resumiría de excelente forma el sentimiento que ello despertó en la oficialidad: “La emoción y el patriotismo de los presentes era indescriptible, recibir el encargo más sagrado para un soldado, como es resarcir a la Nación lo que nos fue arrebatado, recuperando nuestro ser nacional”<sup>1203</sup>. Y es que no podía ser de otra forma, pues desde la victoriosa guerra de 1941, las generaciones militares peruanas se venían acostumbrando a la

---

<sup>1201</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. I, p. 4.

<sup>1202</sup> Idem.

<sup>1203</sup> Idem.

idea de lograr una victoria contra Chile; después de todo, bien describía el General José Arce Larco aquel sentimiento imperante en las filas: “Hace, por decir, dos generaciones, hemos sufrido una guerra de exterminio con Chile, Nuestras abuelas nos han gestado bajo la amenaza, bajo el terror y eso lo tenemos dentro. Las que siguen se están purificando. El temor nos induce a la defensa y tal vez y ojalá, esta misma influencia, dialécticamente hablando, regenere nuestra perspectiva. El peruano dice: Yo muero por mi patria. Yo creo que debe decir: Yo mato por mi patria. ¿Qué favor le hace a la patria muriendo por ella? Debemos cambiar ciertos conceptos sobre nuestra manera de ver la vida. Estar a la defensiva, pero a una defensiva no corriendo, no escondiéndose, sino, a veces, sacando el pecho y atacando después”<sup>1204</sup>. Estos dichos no era simples palabras vacías, sino que respondían claramente a lo que muchos oficiales, de alto y bajo rango, creían y defendían firmemente. La guerra contra Chile tenía un amplio apoyo entre las filas, algo que el mismo Velasco y sus más adeptos no pasarían por alto.

Y es que, para bien o para mal, la guerra misma se insertaba en esta lógica, pues “el armamentismo y el belicismo han sido históricamente promovidos, por lo general, por movimientos nacionalistas extremos que exaltan la guerra para sacudir el anquilosamiento de una sociedad decadente y revivir los máximos valores de la nacionalidad. La exaltación del heroísmo y de la confianza en sí mismo de un pueblo, son recursos tradicionales de una política belicista que debe procurar al máximo la unidad nacional para demostrar así la fuerza del Estado frente a otros que se pretende subyugar”<sup>1205</sup>. En efecto, muchas de estas apreciaciones, por demás cargadas de confianza y patriotismo, se lanzaron en el periodo en que las tensiones eran evidentes, uno de ellos fue el del General Mercado Jarrín en el Museo dedicado a los combatientes del Morro de Arica:

Comprendemos -dijo en parte de su alocución- que estamos frente a una alternativa que implica un desafío histórico, ante el cual el tiempo que vivimos no concuerda ya con las antiguas medidas y nos presiona con un ritmo que desborda a los hombres, pero que asegura el cumplimiento de sus objetivos mediante la identificación plena con los fines y con la sólida cohesión de sus instituciones [...respecto a la Batalla de Arica...] Se nos presenta como una hazaña en la que el esfuerzo denodado, el sacrificio, la resolución y el coraje se proyectan hasta nosotros para acrecentar con la experiencia de los años los valores morales del soldado peruano [...] El ejemplo de Arica debe servir también para recordarnos permanentemente que tantas vidas segadas en flor fueron sacrificadas por la imprevisión, por incompetencia y por la desunión [...] Nuestra fuerza armada debe estar en condiciones de cumplir su papel en el marco de la Defensa Nacional, para cortar de raíz cualquier intento de vulnerar nuestra soberanía [...] hoy, nuestro ejército al luchar por sus ideales de independencia, libertad y justicia nacional, recoge el mensaje legado por Bolognesi y al asumir el papel que le “pone la historia, lucha por el desarrollo del país, por la defensa de sus auténticos intereses”<sup>1206</sup>.

---

<sup>1204</sup> Entrevista a José Arce Larco, p. 34.

<sup>1205</sup> Pablo VALDÉS PHILLIPS; Juan SALAZAR SPARKS: *Política Mundial Contemporánea*, Editorial Antártica, Santiago, 1979, p. 53.

<sup>1206</sup> *El Mercurio*, 30 de enero de 1975, p. 8.

El mensaje del General Mercado si bien potente, no fue el único, dado que Velasco llegó a aunar en su seno a un puñado de hombres claves, particularmente antichilenos y deseosos de lanzarse en la guerra que venía. Algunos de ellos eran el General Miguel Ángel de la Flor y el General Fernández Maldonado. Pero aquella fidelidad y deseo guerrero no solo se remitía a los altos mandos, sino que los medios también lo compartían. Rodríguez Elizondo, que residió por años en el Perú, así lo creía: *“Esta iniciativa, este plan de Velasco Alvarado contaba con un apoyo de los más nacionalistas militares peruanos. Había todo un grupo al rededor que era incondicional de la idea de recuperar lo perdido, etc. No sé si eran representativos de toda la oficialidad, pero era un grupo muy duro”*<sup>1207</sup>. Uno de ellos era el Coronel Hugo Sotillo Monasterio, Jefe del Estado Mayor de la III División Mecanizada con asiento en Arequipa, cuando en una ceremonia efectuada en el cuartel Salaverry, en noviembre de 1974, lo dejó más que en claro:

Que la lección escrita por los héroes de Tarapacá y los mártires de Arica no sea estéril, si un adversario de ayer nos adelantó un golpe artero, que no se repita ahora; si el adversario de ayer se vuelve a armar con lo más moderno, si renueva su escuadra, si renueva su fuerza aérea, si tiene baterías de proyectiles teledirigidos; que no nos sorprenda; que se prepare a nuestra Fuerza Armada, porque todo el mundo debe saber que mientras haya un invasor siempre, siempre peharemos.

Ahí está la quebrada de Tarapacá como tumba de invasiones; ahí está el morro de Arica como un puño retador.

En la cruenta e injusta guerra del 79, Chile se lanzó contra nosotros por el siempre delito de tener una riqueza codiciada y ser amantes de la paz.

A las 3 de la mañana del 27 de noviembre cautelosamente los chilenos se ponen en movimiento para dominar Tarapacá desde las alturas y cerros los extremos de la Quebrada. Esperaban como fieras nocturnas en acecho dar el zarpazo brutal nada más para causar la muerte y el exterminio de los peruanos que ajenos a las macabras maniobras que por encima de ellos se realizan, duermen tranquilamente en el fondo de la Quebrada.

Más adelante, el Coronel Sotillo, haciendo un parangón con la frase lanzada como arenga a sus soldados durante el fragor de la batalla de Tarapacá por el Comandante Ramón Zavala, expresó:

Si retrocedo matadme a la generación presente para que luchemos sin dar pie atrás por hacer un Perú mejor, nosotros los infantes de hoy, les decimos con la conciencia tranquila y mirando de frente a la vida, que cuando llegue la hora, saltaremos a nuestro puesto de lucha y gritamos “Si retrocedo matadme” porque queremos ser ejemplo de nuestros conciudadanos, queremos ser dignos sucesores del heroico tarapaqueño.

“Si muero vengadme” las generaciones vencedoras y también nosotros que los fulgores de leyenda y las vibraciones heroicas que brotan de aquellas colinas que circundan Tarapacá, sagradas tumbas polvorientas del heroísmo inolvidable obliga a los peruanos a unirse en una rotunda y permanente

---

<sup>1207</sup> Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: Los Años que vivimos en Peligro, 1975-1978”, 2018.

aspiración de justicia, porque cuando se trata de defender los sagrados intereses de la Patria sin medir magnitudes ni distancia, blandiremos las armas y al grito de guerra del Héroe Tarapaqueño nos lanzaremos a la gloria<sup>1208</sup>.

Aquellas palabras, que pudieron pasar por ser una de las tantas arengas patriotas lanzadas desde ambos lados de la frontera para conmemorar hechos de armas, no pasaron inadvertidas para el público en general, y es que medios arequipeños, incluidos el canal 6 de televisión de aquella ciudad (la que tenía alcance en todo el sur del Perú), dedicaron gran parte de sus transmisiones de aquel día para retransmitir una y otra vez dicho discurso. Incluso, el diario peruano *El Pueblo* al dar cuenta del acto en Arequipa, sostuvo en primera página, así como un acto retador, “¡Jamás nos volverán a sorprender!”<sup>1209</sup>.

Arengas que no pasarían desapercibidas, pero que, a la larga, poco o nada serían si las demostraciones de fuerza que han caracterizado a los gobiernos militares. Una de las mayores, quizá de la historia del Perú, fuera la realizada el 22 de julio de 1975 en el día de la Aviación del Perú, cuando más de un millón de asistentes provenientes del Callao llegaron a presenciar el espectáculo. Los nuevos y relucientes Mirages, acompañados por los Canberras, los F-86Sabre y los T-37 simulaban un ataque a los “blancos enemigos” por más de 45 minutos. Era de esperar que ello no se limitase a los presentes, sino que fuera transmitido por todo el país: “*Tuvimos en Tacna la oportunidad de ver en las pantallas de los canales 9 y 12 de TV con honda emoción patriótica esta demostración del poderío de la FAP*”<sup>1210</sup>. Detrás del orgullo de los asistentes y lo manifestado por los medios se percibía un sentimiento de acrecentamiento y revanchismo en lo civil, un sentimiento de confianza en que era posible realizar la centenaria tarea, ello en las palabras de Luis Deza:

El escándalo con el rugido de los aviones pasando sobre la ciudad en vuelo rasante, recuerdo hasta ahora el casco blanco de uno de los pilotos, el tronar de las ametralladoras y las bombas, fue algo que jamás olvidaré sobre todo porque mi hermana lloraba a gritos, asustadísima. La gente, mi amigo, estaba totalmente convencida de que con esto debíamos y podíamos ganar la guerra contra Chile<sup>1211</sup>.

Ello también aplicaría a los hijos de los militares. Decidora fue la experiencia del Coronel (r) Julio Cassaretto, que por 1974 tan solo tenía 8 años y recordaba vívidamente cuando su padre lo había llevado a ver la llegada de los T-55: “*1974 mi padre me llevó al fuerte Rímac en la ciudad de Lima, para ver los primeros tanques T-55 que acababan de desembarcar en el Perú y se preparaban para ser desplegados con el Batallón de Tanques Uchumayo N°211 en Moquegua al sur del Perú*”<sup>1212</sup>.

Este apoyo de lo civil hacia lo militar estaba más que claro; mal que mal, no por nada Villacrez sostenía que “cuando nuestras Fuerzas Armadas se lanzaban a recuperar las

---

<sup>1208</sup> *La Defensa de Arica*, 13 de diciembre de 1974. Citado por Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, pp. 41-42.

<sup>1209</sup> *Idem.*

<sup>1210</sup> *La Voz de Tacna*, 22 de julio de 1975, p. 3. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 156.

<sup>1211</sup> *Ibidem*, p. 157.

<sup>1212</sup> Entrevista a Julio Cassaretto. Citado por Claudia ARANCIBIA FLOODY: *El Rol del Ejército de Chile en las Crisis Vecinales en la Década de 1970*, p. 18.

provincias cautivas de Tarapacá y Arica y dar solución al mar de Bolivia, todo el país combatiente o no, sentía como una necesidad nacional la guerra de recuperación”<sup>1213</sup>. Algo que no podía ser de otra forma, dado que muchos peruanos recordarían que desde la más tierna infancia se les inculcaría aquel sentimiento nacionalista y revanchista contra Chile; de hecho, Luis Deza recordaría por sus experiencias de estudiante de entre 1974-1975 aquello, y las preguntas que sus profesores solían hacer: “niños ¿Qué es lo contrario de blanco? [Y ellos respondía] ¡Negroooooo!; y ¿Qué es lo contrario de Perú? ¡Chileeeeeee!, además, se enseñaba la estrafalaria idea, de que el diablo era Chile directamente, y que hoy gracias al General Velasco por fin podríamos recuperar Arica y Tarapacá. Era tal la desvirtuación de la enseñanza, que para muchos niños les fue un trauma saber, por otras fuentes educacionales, que Perú había perdido una guerra con Chile, ya que se enseñaba que la guerra prácticamente habían sido triunfos peruanos”<sup>1214</sup>. Y, a fin de cuentas, como lo diría Rodríguez Elizondo, era un buen tiempo para los belicistas civiles “que conseguían permear la opinión pública, induciendo la aceptación de la guerra como una tragedia griega y, al mismo tiempo, como una oportunidad ineludible. Sólo peruanos de mucho coraje moral aparecían defendiendo la causa mayoritaria de la paz o, con más prudencia, aduciendo la falta de preparación del Perú para enfrentar una nueva guerra con Chile”<sup>1215</sup>. Palabras que el mismo Vicealmirante Ismael Huerta, en una cena en la Embajada Peruana en Santiago, confirmaría: “En los discursos durante la cena ambos hicimos referencia a las buenas relaciones prevalecientes entre nuestros países y, aprovechando un respiro entre alabanzas de amistad, la embajadora (sentada a mi derecha de acuerdo al protocolo) agregó en voz baja y con mucho sentimiento unas frases pro paz. Tengo la impresión de que ambos fueron sinceros; deseaban armonía y temían los arrestos belicistas en algunos círculos que, ciertamente, no estaban en Chile sino en Lima”<sup>1216</sup>.

Pero una cosa es el esgrimir palabras mordaces y el apoyo de lo civil en tiempos de paz, cuando los hombres no han visto los horrores de la guerra ni experimentado las exigencias del combate, y otra muy diferente es hacerlo en los tiempos en que el dios Marte posicionaba su mirada sobre la cabeza de los soldados. Pero nuestro caso es especial, casi único diríamos, por lo que únicamente debemos quedarnos con las vivencias de quienes partirían a servir al frente. Interesante es ver que, al menos en los cuarteles, la situación parecía ser la misma. El en ese tiempo Capitán Villacrez, con esa efervescencia nacionalista y de corte patriótica que lo caracteriza, describiría el sentimiento dentro de los cuarteles, específicamente entre las brigadas de paracaidistas que estaban apostadas en la base de Salaverry, Arequipa:

*Queríamos hacer historia. [...] es imposible definir el momento que se vivía en la tranquilidad de hoy, pero esos días, cuando conversábamos, vamos a hacer historia. Nuestro país nos va a recordar y la mejor manera es que antes de morir matamos. La consigna era “morir matando” para los paracaidistas, que era el mayor riesgo que había, porque las baterías antiaéreas nos iban a barrer. Lo sabíamos. No había miedo... Y hay veces que comprendo a los*

---

<sup>1213</sup> Eloy VILLACREZ RIQUELME: *Nuestra Guerra Civil: Ayacucho 80*, Graphos 100 Editores, Lima, 1985, p. 59.

<sup>1214</sup> Entrevista realizada y citada por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 142.

<sup>1215</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 82.

<sup>1216</sup> Ismael HUERTA DÍAZ: *Op. Cit.*, p. 201.

*talibanes para quienes la muerte deja de ser importante, lo entiendo. La muerte que venga, no hay problema si hago algo de historia por mi país, cosa que ahora suena vacío*<sup>1217</sup>.

El comentario terminaba con el supuesto dicho del capitán hacia sus oficiales, pidiéndole que fueran sus botas las primeras en tocar tierra: “*mis botas, mis botas quisiera que fueran las primeras que caigan en Arica, aunque yo ya sin vida, pero mis botas que lleguen. La historia dirá que fueron mis botas las primeras en llegar de un soldado en guerra*”. Por su parte, Barrantes recordaba que en febrero de 1975 los reunieron en la sala de conferencias, en este punto no precisa si solamente citaron solamente a la oficialidad o derechamente también se incluiría a la tropa; aunque sí nos dice que aquella reunión tenía como finalidad el entregarles una hoja y un sobre de papel a fin de que escribieran una carta a sus padres despidiéndose. Barrantes, quien por aquel tiempo solo era un oficial de 20 años, no veía mayor preocupación en ello; de hecho, hasta lo tomaría con humor como lo rememoraría décadas después. En tono despectivo y burlesco recordaba:

*Al comienzo como que nos parecía loco, pero después, como ya habíamos estado imbuidos de que teníamos que salir a la frontera, bueno [escribíamos] “queridos padres, aquí nos despedimos a cumplir con nuestro deber con la Patria. Si por cualquier cosa no regreso, recuerden que hemos hecho una defensa heroica porque esto y vívanse orgullosos por aquí por allá”. Una cosa así no más.*

Las cartas en dobladas y selladas para más tarde ser entregadas al oficial de personal. En caso de que la guerra iniciase y que, los remitentes cayeran en el frente, éstas fueran entregadas a los deudos con todos los honores. De ahí en adelante, recordaba, la adrenalina estaba al máximo:

*Todo era un consomé, de que veíamos a cualquiera y los veíamos chileno y a matar chilenos. [...] Estábamos alienados más que concientizados, ¿qué vamos a hacer? Seguir no más.*

Y a pesar de que el acuartelamiento duró meses, incluidas las caminatas, el frío y la lluvia del altiplano, recordaba que “*estábamos contentos, porque íbamos a disparar enormes cantidades de munición, pero bueno, todo eso se frustró por Morales Bermúdez. Nosotros estábamos en realidad emocionados de que todo lo que habíamos estudiado en nuestra escuela lo íbamos a poner en la práctica*”<sup>1218</sup>. Dudosamente el testimonio de Barrantes podía ser de otra forma, pues, como se veía en julio de 1975, las arengas del mismo Velasco incentivaban muy profundamente aquel sentimiento patriótico entre sus hombres:

¡Soldados! -señaló emocionado-En ustedes recaerá para la historia el escribir la página más brillante del ejército moderno, cuando sus botas pisen nuestro

---

<sup>1217</sup> Entrevista a Eloy Villacrez Riquelme.

<sup>1218</sup> Entrevista a Wilson Barrantes.

suelo santo de Arica, recién entonces podremos decir: ¡Bolognesi, puede usted mi coronel descansar en paz!<sup>1219</sup>

Con palabras de ese tipo, Velasco podía estar disminuido psíquica y físicamente, pero no por ello dejaba de ser un verdadero símbolo viviente para su pueblo, y para quienes veían en él la esperanza redentora de tantos años. No por nada los norteamericanos notificarían que:

*The June 7 ceremony demonstrated a Government of Peru ability to produce sizeable, controlled crowd [...] Velasco's presence may scotch rumors about his health for a time, although it should be noted that he did not speak and has not spoken to an audience since his live tv-radio address to the nation on February [...] In the last few months, the extent of Velasco's public exposures has been meetings with visiting dignitaries and a handful of trusted newsmen. If, however, Velasco is in fact as healthy as he appeared June 7, he could remain the ultimate arbiter of the revolution for the foreseeable future. In any event, for the June 7 crowd at least, Velasco was clearly supreme chief and the only general around with charisma<sup>1220</sup>.*

Velasco mantendría aquella posición hasta su retiro, ello lo ha confirmado el historiador y sociólogo peruano Hugo Neira Samanez. La declaración se habría dado en los últimos momentos de vida del mandatario peruano, cuando se había confinado en una especie de aislamiento voluntario y su muerte acechaba cercana. En una conversación personal habría surgido la pregunta del millón: ¿qué hubiera pasado si se hacía la guerra contra Chile?. La respuesta del piurano fue, como en sus viejos días de militar, contundente:

*Mira hijo, tú tienes que entender que a estos chilenos nunca más los vamos a encontrar en la situación que estaban. Por primera vez nosotros tenemos mejores aviones, teníamos tanques, habíamos estudiado bien un ataque como los israelitas en el Sinaí. ¡Los habríamos agarrado con los pantalones abajo!<sup>1221</sup>*

Hacia 1982 Augusto Zimmerman, ferviente velasquista, nos confirmaría que aquel era el sueño del General Velasco y el de la mayoría de la oficialidad:

---

<sup>1219</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. V, 24 de agosto de 2007, p. 2.

<sup>1220</sup> “La ceremonia del 7 de junio demostró la capacidad del Gobierno del Perú para producir una multitud considerable y controlada [...] La presencia de Velasco puede ocultar los rumores sobre su salud por un tiempo, aunque debe tenerse en cuenta que no habló y no ha hablado con una audiencia desde su discurso de radio y televisión en vivo a la nación en febrero [...] En los últimos meses, el alcance de las exposiciones públicas de Velasco ha sido reuniones con dignatarios visitantes y un puñado de periodistas de confianza. Sin embargo, si Velasco está tan sano como apareció el 7 de junio, podría seguir siendo el árbitro final de la revolución en el futuro previsible. En cualquier caso, al menos para la multitud del 7 de junio, Velasco era claramente el jefe supremo y el único general con carisma”. “Velasco leads pledge to flag revolution”, 9 de junio de 1975. 1975LIMA04659\_b. Margaret P. Grafeld Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 06 JUL 2006.

<sup>1221</sup> TVPERÚ: “Sucedió en el Perú-Juan Velasco Alvarado”, 17 de octubre de 2016.

*El General Velasco, que había roto por primera vez en la historia del Perú la superioridad chilena en el Pacífico y colocado a nuestra patria en posición de superioridad terrestre, aérea y naval, tuvo el sueño secreto de recuperar el Morro de Arica... Velasco quiso irse del gobierno después de dar este paso. No ambicionaba Tarapacá. Pero sí quería ver ondear en la cumbre del histórico peñón, el sagrado bicolor que empuñó en sus manos el heroico coronel Bolognesi*<sup>1222</sup>.

En resumidas cuentas, en la visión de los militares peruanos no cabía otra cosa que un combate rápido e indoloro, en el amplio significado de la palabra. No esperaban encontrarse con una resistencia organizada o, si la llegaban a ver de frente, tenían la más absoluta confianza en que las orugas de sus blindados pasarían por encima de ella y de los mismos defensores. Es irónico pensar el hecho que esta sobrada soberbia ha sido la causante de las mayores catástrofes militares de la historia, teniendo en cuenta de que por sí la guerra es una calamidad; ¿acaso los peruanos ponían todas sus fichas en su superioridad material? Por lo que se ha visto los testimonios, por demás cargados de retórica patrioterica y belicista, sí. En el imaginario castrense no había espacio para otra cosa. Era un escenario que bien recuerda a los miles de cascos planos británicos que marchaban expectantes de lo que acontecería ese 1 de julio de 1916, cuando, tras ver, oír y sentir los bombardeos de la artillería aliada cayendo sobre las posiciones alemanas, lo único que esperaban ver al avanzar era “*un fatal desfile ceremonial cruzando la tierra de nadie*”<sup>1223</sup>, no esperaban toparse de frente con cientos de ametralladores germanas que les disparaban al unísono y que, la batalla que esperaban solo durase unos días, terminara durando casi cinco meses, convirtiéndose en la tumba lodosa de miles.

Pero las áridas arenas del desierto nortino pueden ser incluso más implacables que las lodosas orillas del río Somme; y si bien la escala no era la misma, no hay por qué pensar que alguno de los bandos llegase a escatimar en cuánta sangre y vidas debían ser tendidas en las arenas a fin de defender lo que consideraban suyo, muchos tampoco tenían motivos para hacerlo. Pero más importante aún, siendo la interrogante que salta a la vista, es lo que sucedía allende la Línea de la Concordia.

\*\*\*

---

<sup>1222</sup> Citado por Arturo FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ: “La Movilización de 1975”, en *Perspectivas de Historia Militar*, Academia de Historia Militar, diciembre de 2019, p. 17.

<sup>1223</sup> Paul FUSSEL: *La Gran Guerra y la Memoria Moderna*, Turner, Madrid, 2006, p. 444.

## CAPÍTULO VIII: LA DEFENSA

### I. Las Armas de Pinochet

*No son los grandes ejércitos los que ganan batallas;  
son los buenos*  
(Conde Mauricio de Sajonia, 1732)

*Minancia*, en latín, describe una palabra, gesto o un acto a través de los cuales un sujeto expresa la voluntad de hacer daño a otro. De esta manera, *amenaza* viene a constituir un signo que presagia algún tipo de peligro para la integridad global de una determinada entidad<sup>1224</sup>. Pero esta amenaza, o factor de hostilidad, puede ser real o potencial y es que, como ha dicho Cristián Leyton Salas, esta percepción de amenaza no deja de existir por el mero hecho de que ésta no se exprese o ejecute, sino que existe por el siempre hecho de que las relaciones vecinales están inmersas en un sistema anárquico donde el uso de la violencia, a pesar de constituir *Ultima Ratio Regum*<sup>1225</sup>, siempre estaba presente.

Una de las tantas similitudes que guardan las amenazas militares a las que Chile ha debido hacer frente durante los últimos años, y durante fines del siglo XIX, es que todas, sino en su mayoría, han sido el fruto de disputas territoriales de larga data. Y a pesar de que el origen de aquellas desavenencias y el carácter de las mismas varían enormemente caso a caso, es curioso que cada una de ellas se haya focalizado en los extremos del país: Arica en la primera mitad de la década de los 70 y el Beagle a fines de la misma. Estas zonas, con límites naturales poco precisos, en sí no guardan un valor esencial para el funcionamiento del país, pues de ser desmembradas del territorio nacional, las pérdidas solamente se calcularían en valor económico, la pérdida poblacional y el valor netamente estratégico que pudieran tener. Chile, como tal, seguiría funcionando a pesar de que sus territorios más remotos fueran amputados por la fuerza<sup>1226</sup>, pues su núcleo vital se haya entre la V región y el límite sur de la VIII<sup>1227</sup>. En pocas palabras, en caso de un conflicto que involucrase aquellas regiones fronterizas, Chile, como Estado, podría seguir funcionando pese a las desventajas políticas en el equilibrio sudamericano. Por otro lado, nos dice Emilio Meneses, estas amenazas no han variado fundamentalmente a lo largo del siglo XX, aunque se advertía

---

<sup>1224</sup> Cristián LEYTON SALAS: “El factor de amenaza: ejes de la percepción de amenaza chilena”, *Revista Cidob D’afers internacionals*, n°51-52, 2000, p. 135.

<sup>1225</sup> “El último argumento de los reyes”, inscripción en los cañones franceses por orden de Luis XVI.

<sup>1226</sup> Como bien ha dicho Rodolfo Ortega Prado, esto último ha sido casi la bendición y maldición, pues aquellas zonas extremas, a causa de la difícil geografía del país, se hallan en una situación de “difícil acceso”, tanto para las amenazas externas como para el despliegue de políticas de defensa (incluso en tiempos de paz). De hecho, desde el punto de vista terrestre, algunos factores que han condicionado las políticas de defensa chilenas se relacionan con la forma de larga y angosta jafa del territorio continental. Primero, porque este escenario obliga a elegir dónde concentrar los esfuerzos defensivos, ya que no resulta posible, aunque se quisiera, distribuir las fuerzas a lo largo de nuestra frontera tan extensa; segundo, porque la exigencia de dosificar medios humanos y materiales aumenta en la medida en que las distancias entre las regiones extrema dificulta la posibilidad de maniobras estratégicas; y, en tercer lugar, porque lo angosto del territorio se traduce en una evidente falta de profundidad estratégica transversal que hace difícil cualquier acción defensiva este-oeste. Véase en Rodolfo A. ORTEGA PRADO: *Escenario y Estrategia*, Instituto Geográfico Militar, Santiago, 2010, p. 168.

<sup>1227</sup> Emilio MENESES: “Estructura Geopolítica de Chile”, en *Revista de Ciencia Política*, n°1-2, 1981, p. 127.

que, allá por la década de los 80, la posibilidad de llegar a una guerra convencional a consecuencia de que la amenaza parecía poco probable, principalmente porque “una crisis fronteriza acompañada de una movilización armada puede tener efectos económicos y sociales considerables. A la inversa, los costos de una guerra convencional han aumentado progresivamente en las últimas décadas y los mecanismos de solución de disputas a nivel hemisférico se han perfeccionado, haciendo menos probable un conflicto”<sup>1228</sup>. El autor agregaba que solamente circunstancias excepcionales y una superioridad militar avasalladora harían posible que el agresor adoptase la vía violenta para solventar las disputas fronterizas. Curioso, quizás sea la mejor palabra para definir estos momentos, fuera que precisamente ello fuera lo que sucedió con Chile y Perú en 1975.

A pesar de las casi cinco décadas sin mayor alarma, los altos mandos militares chilenos veían con preocupación las compras de armas de sus congéneres peruanos, la retórica revanchista ya nacionalista no hacía más que incrementar las sospechas de que algo vendría. Sería así como el Teatro de Operaciones Norte (TON) fue paulatinamente reforzados durante todos los años que duró la tensión con el Perú de Velasco Alvarado. Esta incertidumbre fronteriza, muchísimo más larga que la del Beagle, pondría contra las cuerdas la organización chilena; después de todo, incluso cuando el hipotético conflicto no se llegó a dar, la presión psicológica que ejercía el Perú, sin hablar de la peligrosa posición de Argentina y el vaivén de la boliviana, el costo material de la movilización, los costos políticos y sociales de la misma, y los pocos progresos en los ámbitos diplomáticos, no hacían más que reflejar la debilidad interna del régimen pinochetista, a pesar de que en el exterior se intentase mostrar lo contrario. Bien diría Meneses:

Las crisis prolongadas ponen a prueba la capacidad de alerta de un país y fuerza a sus sistemas de inteligencia a evaluar las reales intenciones del potencial adversario. También exigen de sus cuerpos diplomáticos el mantener agotadoras rondas de negociaciones y a bloquear las iniciativas adversarias y a proyectar las propias. Los agentes diplomáticos no siempre cuentan con un cuadro preciso de la situación del momento o no están al tanto de las implicancias político-estratégicas de determinadas movidas militares propias o del adversario. El manejo de crisis se torna entonces un difícil juego para los líderes políticos, no siempre preparados para estas situaciones y a veces carentes de la capacidad para coordinar la gama de instrumentos con que cuenta un país en estas circunstancias<sup>1229</sup>.

Y este aciago escenario que se cernía sobre las cabezas de civiles y militares por igual, y como no podía ser de otra forma, corría por ser una disputa fronteriza. Muy al pesar de Velasco o de cualquiera de los militares nacionalistas peruanos, si la batalla se llegara a dar, el primer tronar de cañones sería en el norte, en la Línea de la Concordia. Si las fuerzas atacantes querían proseguir su marcha hacia el sur para “desayunar en La Moneda” primero deberían sortear a las fuerzas defensoras del Norte Grande y, principalmente, del primer bastión chileno que sufriría los embates del conflicto: Arica.

---

<sup>1228</sup> Emilio MENESES: “Percepciones de amenazas militares y agenda para la política de defensa”, en en AA. VV.: *Percepciones de Amenazas y Políticas de Defensa en América Latina*, pp. 367-368.

<sup>1229</sup> Emilio MENESES: “Estructura Geopolítica de Chile”, pp. 369-397.

Incluso cuando la zona de Arica y sus alrededores no representaba un gran peso en términos demográficos y sus riquezas naturales se encuentran más al sur, pasa por transformarse en una zona de fuerte interés geopolítico, no solo para Chile, sino para sus vecinos norteños, pues, como hemos visto en el Teatro de Operaciones Sur del Perú, la soberanía de este territorio aún es codiciado y disputado. Por ello, y en palabras de Julio Von Chrismar Escuti: “Es por todo esto que Arica constituye un área muy sensible, y poblada, que por prudencia, no debiera incluirse dentro de ninguna propuesta de corredor o enclave territorial, o adyacente a ella, por su enorme valor espiritual, tanto para los chilenos como para los peruanos”<sup>1230</sup>. Así, la ciudad de Arica, para los chilenos, constituye un verdadero enclave, una importante proyección geopolítica, pues no por nada es la puerta norte del país y hasta el día de hoy sigue siendo el objetivo de los antiguos sueños irredentistas del Perú. De ahí que se llegara a considerar de que Arica tenga, hasta el presente, una fuerte vocación geo militarista por constituirse en una región conquistada por mayor tiempo (hasta 1929), lo que influiría en el imaginario local bajo consignas como, por ejemplo, “hacer patria”<sup>1231</sup>. Aquello explicaba las palabras del Capitán de Navío Francisco García Huidobro al decir que “Arica es tan importante, que por sí mismo vale ‘cualquier sacrificio’”<sup>1232</sup>.

A pesar de que Emilio Meneses sostenía que aquel despliegue y movilización, por ser zona fronteriza, se darían en lugares apartados y pocamente habitados, no consideró que, para la movilización de 1973-1975, Arica y su población serían altamente participativas<sup>1233</sup>. Probablemente sus dichos respondieran al hecho de que, en efecto, la zona del Norte Grande, después de la Guerra del Pacífico y los primeros años del siglo XX, muy escasas veces estuvo cercana a la guerra, siendo la última instancia la famosa Guerra de Don Ladislao en 1920; así, y dándole la razón en cierto sentido, efectivamente la Línea de la Concordia se hallaba alejada, no de la población, sino de las bases normales de aprovisionamiento, grupos aéreos y estructuras de apoyo logístico que toda acción militar considera menester. Sin embargo, de la década de 1920 ahí en adelante, la Ciudad de la Eterna Primavera, sin dejar de estar sujeta la virulencia nacionalista y la visión negativa del “otro”, mantendría a los avatares de Marte muy alejados de sus tierras, aunque no por ello de las mentes de los militares y estrategias civiles.

En efecto, “La comunidad de la Defensa en Chile ha sistematizado en las últimas décadas una categorización de las hipótesis de guerra vecinales”<sup>1234</sup>, una de ellas era la posibilidad de un conflicto con el Perú, el cual, por demás, incluiría a Bolivia. El ámbito geográfico del posible conflicto serían los territorios meridionales del Perú, septentrional de Chile y occidental de Bolivia; centrándose, en este caso y asumiendo la posición defensiva del país, en el norte chileno, en las inmediaciones de la ciudad de Arica. A la par, la zona marítima contigua sería también parte de este teatro; no obstante, en consideración al área que cubre, la naturaleza del conflicto sería mayormente terrestre y, secundariamente, aérea. Teóricamente, nos dice Meneses, las fuerzas que involucrarían eventualmente estos países en el teatro de operaciones serían:

---

<sup>1230</sup> Citado por Juan Eduardo MENDOZA PINTO: *Razonamiento Geopolítico*, p. 121.

<sup>1231</sup> Véase en Cristián OVANDO SANTANA; Romina RAMOS RODRÍGUEZ: “Expresiones geopolíticas sobre el desarrollo de las fronteras del Tarapacá Histórico (1974-2018) ¿Movilidades fronterizas como fuente de amenaza?”, en *Izquierdas*, n°49, 2019, pp. 1527-1529.

<sup>1232</sup> Francisco GARCÍA HUIDOBRO: “Consideraciones Geopolíticas de Chile”, en *Seguridad Nacional*, n°10, 1978, p. 31.

<sup>1233</sup> Emilio MENESES: “Estructura Geopolítica de Chile”, p. 397.

<sup>1234</sup> *Ibidem*, p. 398.

En el caso peruano, dos divisiones blindadas; la parte chilena incluiría dos divisiones, con elementos blindados, de alta montaña e infantería motorizada, y la componente boliviana podría incluir hasta dos brigadas, una blindada y otra de infantería. Esto indicaría una relación aproximada de 5:3 en favor de la eventual coalición peruano-boliviana. Los componentes aéreos del teatro incluyen concentraciones relativamente importantes de aviones de combate, tanto en Perú como en Chile, en una relación de 2:1, dominando en el primero los de superioridad aérea.

Ante esta superioridad militar, y la eventual participación del tercero en discordia, además de las evidentes intenciones peruanas de recuperar el territorio perdido como antes hemos visto; la posición chilena era netamente defensiva, cualquier postura ofensiva esta muchísimo más allá de su alcance. Y es que, como nuevamente y muy acertadamente sostenía Meneses:

Chile percibió la creciente amenaza en su frontera norte. Cuatro factores apoyan esta creencia: 1) la única área en la cual el Perú podría utilizar fuerzas blindadas terrestres en contra de otro país era, y aún sigue siendo, la frontera de 30 km de extensión que tiene en común con Chile; 2) se acercaba la celebración del centenario de la Guerra del Pacífico (1979), en la cual el Perú perdió una considerable porción de su territorio; 3) Perú es una potencia partidaria del statu quo frente a otros países; 4) el carácter ofensivo de las nuevas dotaciones de armamentos peruanos, y el despliegue de los mismos, principalmente en la zona sur del país<sup>1235</sup>.

Por ello, la posición chilena en la lucha sería, obligadamente, el esperar el embate de los acorazados peruanos avanzando raudos por el desierto, lo cual, honestamente, no era una perspectiva muy alentadora para los defensores.

Pero, ¿Acaso las Fuerzas Armadas podrían hacer frente a la ofensiva peruana en caso de que cayera sobre el norte del país? ¿Los medios les acompañarían en tal tarea? De partida, el golpe de 1973 ofreció oportunidades nunca antes vistas para los militares chilenos para llegar a materializar sus tradicionales reivindicaciones corporativas, las que habían sido acalladas durante más de cuarenta años por la llamada reacción civil. “Sus autoimágenes institucionales, que las caracterizaban como síntesis de la nacionalidad y elemento fundamental e intocado del sistema de valores patrios, encontraron en ese momento la posibilidad de desplegar todas las potencialidades castrenses. Conseguían salir así de un involuntario ostracismo político”<sup>1236</sup>. Aunque si anteriormente sostuvimos que el Ejército, a pesar de infundirse de toda aquella retórica del “siempre vencedor, jamás vencido” y de autoperibirse como los salvadores de la nación, la triste realidad era que apenas tenían suficiente para el equipo esencial, o siquiera a lo más básico, a pesar de que, para contrarrestar la ya evidente carrera armamentista peruana, se iniciase una de las mayores adquisiciones de material bélico en la historia de Chile. Con todo, ello sería insuficiente.

En efecto, y en palabras de Augusto Varas, las actividades propiamente militares se vieron en crescendo cuando el gobierno de Pinochet iniciara un incremento sustancial del

---

<sup>1235</sup> Emilio MENESES: “Competencia armamentista en América del Sur: 1970-1980”, en *Estudios Públicos*, n°7, 1982, p. 20

<sup>1236</sup> Augusto VARAS: *Op. Cit.*, p. 27.

gasto de defensa, la importación masiva de armamento moderno y la puesta en alerta de las instituciones castrenses frente a las hipótesis bélicas, primero del Perú y después de Argentina<sup>1237</sup>. Teniendo el control absoluto del Estado y casi ningún freno para la destinación de recursos, era obvio que el gasto militar creciera, siendo el período de 1973-1974<sup>1238</sup> (especialmente el segundo semestre de 1973) el punto más alto, alcanzando un alza de 30%, lo que vendría a materializarse en unos 1.900 millones hacia 1974. Solamente la recesión de 1975-1976 significó un retroceso en la adquisición de material y presupuesto destinado al sector militar. Fue tal la adquisición, que, “a pesar de las periódicas prohibiciones de venta de armas, Chile fue el tercer comprador más grande de armamento en Latinoamérica”; sin embargo, seguía estando atrás, más considerando que el primer y segundo lugar lo ocupaban Argentina y Perú respectivamente<sup>1239</sup>.

Y a pesar de que la escalada en materia de armamentos parecía, a primera vista, espectacular a causa de su cantidad en cuanto a millones, la realidad era que las adquisiciones, o derechamente la fabricación que se logró en el suelo nacional, correspondía más a equipos y material prácticamente obsoleto, cuando no abiertamente anticuado, aún en el caso de armas compradas nuevas. Varas ha sido bastante crítico en cuanto a la adquisición de material en la época, considerándola muchas veces injustificadas y, francamente, contraproducentes; por ejemplo, la compra de los tanques MBT M-4, comprados a Israel, incluso con las mejoras que se les podía aplicar en los talleres chilenos, ya era una máquina que tenía más de cuarenta años de uso y no estaba ni de cerca de estar en condiciones de medirse con ninguno de sus eventuales rivales (el TAM argentino, por ejemplo)<sup>1240</sup>. A ello se le debe sumar que las compras se hicieron cuando las tasas de interés iban en crescendo, específicamente entre un 13% y un 17%<sup>1241</sup>. De tal modo, incluso cuando la cantidad de armamento que arribó al país después de 1973 fue enorme, y la cantidad de dinero gastada en ello fuera aún más grande; técnicamente se estaba importando material obsoleto y sumamente costoso. Aunque en esto difícilmente se podían poner malas caras o quejas a lo que se estaba recibiendo, pues, como lo hemos visto, la imagen exterior del régimen a causa de las violaciones de los Derechos Humanos no era la mejor, los embargos daban fe de esto último. No quedaba más opción que comprar a altos precios lo que nadie más quería. Básicamente, se debía hacer lo que se podía con lo que se tenía.

Sin embargo, yendo más allá de las cifras y números, ¿cuál era el armamento con que los soldados deberían hacer frente a la ya confirmada invasión? Es Cristián Gazmuri en un artículo presentado en *Defensa y Desarme* allá por 1985 que hacía un meticuloso estudio sobre las armas, y condición de las mismas, para cada una de las ramas de las Fuerzas Armadas. En sus palabras:

Al producirse el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, las FF.AA. chilenas eran -para los promedios latinoamericanos- grandes en número de

---

<sup>1237</sup> Ibidem, p. 37.

<sup>1238</sup> Según lo estimaba Varas, los recursos destinados a la defensa iban acordes a las crecientes tensiones con los países vecinos; de hecho, como lo exponía en su obra, la adquisición misma de armamento coincidía con el punto más álgido de las tensiones: 1973-1974, haciendo referencia a la creciente tensión con el Perú, y 1977-1978, con Argentina y la crisis del Beagle. Ibidem, p. 83.

<sup>1239</sup> Rita TULLBERG: “Deuda relacionada con lo militar en América Latina”, en Augusto VARAS (ed.): *Paz, Desarme y Desarrollo en América Latina*, RIAL Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1987, p. 184

<sup>1240</sup> Augusto VARAS: *Op. Cit.*, p. 137.

<sup>1241</sup> Rita TULLBERG: *Op. Cit.*, p. 184.

hombres pero débiles en quipos y armas. La mayoría de éstas eran viejas u obsoletas y los “sistemas de armas” cuando existían, eran rudimentarios. El hecho es que las Fuerzas Armadas Chilenas estaban constituidas por unos 60.000 hombres bien disciplinados y mal armados”<sup>1242</sup>.

Respecto al Ejército, nos dice Gazmuri, este se componía de unos 32.000 hombres, más unos 160.000 reservistas, distribuidos en 5 divisiones que incluían 16 regimientos de infantería, 5 de artillería y 6 de caballería; dentro de este último grupo, solamente 3 contaban con equipos para posibles operaciones, dos de los restantes habían sido transformados en regimientos blindados y el último en uno aerotransportado (hel) (Se planteó, pero difícilmente se podía concretar). Respecto a su armamento, refiriéndose a los vehículos, solamente podían contar con algunos tanques viejos tipo M-4 Sherman, alrededor de 17 unidades<sup>1243</sup>; algunas unidades de tanques livianos M-3 Stuart<sup>1244</sup>, igualmente antiguos; unos 60 tanques livianos M-41 y a los que se le sumaban 20 M-24; y, finalmente, algunos carros blindados de transporte de tropas (APC) M-113 americanos y unas 15 unidades Carros de Exploración White M-3 A1 Scout, llegados a Chile en 1942<sup>1245</sup>. Gazmuri nos decía que “esta fuerza blindada además de ser pequeña no contaba con equipos sofisticados ni en materia de comunicaciones ni balística”. Esto se veía reflejado, por ejemplo, con los M-41 norteamericanos, los cuales, a pesar de su amplia y cómoda movilidad, además de rapidez (en torno a los 70 Km/h en caminos) y ser considerado como el mejor tanque del Ejército Chileno por años al ser capaz de estar a la par de los equipos de los países vecinos, poca cosa podía hacer frente a los nuevos T-54/55 soviéticos que disponía el Ejército Peruano. La única opción razonable para hacerles frente era el acercarse solo para así tener una chance de que los proyectiles de su cañón de 76 mm ganasen penetración contra el blindaje de 150 mm; sin embargo, ello los dejaba expuestos a los poderosos cañones estriados de 100 mm de los tanques peruanos. Bien diría Víctor Millán sobre los blindados norteamericanos: “tienen más de 40 años de uso, estacionados en la base de Puldehue [...]su utilidad bélica o estratégica ante un enemigo externo es prácticamente nula”<sup>1246</sup>.

---

<sup>1242</sup> Cristián GAZMURI: “Las Armas Chilenas 1975-1982”, en *Defensa y Desarme. América Latina y el Caribe*, Vol. 1, n°1, 1985, p. 1.

<sup>1243</sup> Las primeras unidades de Sherman en llegar a Chile lo hicieron allá por 1952. Fue un total de 17 unidades que más tarde serían destinados al Destacamento Blindado n°2 de Antofagasta. Con un peso de 30.3 toneladas, las unidades estaban armadas con un cañón de 75 mm M3 L/40 con 90 proyectiles, AP 619 M/, una ametralladora .50 Browning HB, 2 ametralladoras .30 Browning M1919A4. Su blindaje oscilaba entre los 63-76 mm y podía alcanzar una velocidad de 38.5 km/h, con una autonomía de 193 km. Junto al cargamento de Sherman, también llegaron 3 tanques recuperadores modelos M-32 ARV, bautizados cariñosamente como “Panchotes”, y los cuales iban armados con un mortero de 81 mm. Véase en EJÉRCITO DE CHILE: *Familia Acorazada del Ejército de Chile. Historia de los vehículos blindados del Ejército (1936.2009)*, Ejército de Chile, Santiago, 2009, pp. 45-52

<sup>1244</sup> De factura norteamericana, tenía un peso de 12.9 toneladas, espacio para una tripulación de cuatro hombres e incluía un cañón de 37 mm y tres ametralladoras de 7.62 mm. Poseía un motor continental tipo radial de 7 cilindros y 250 HP y desarrollaba una velocidad máxima recomendable de 56 Km/h. Fue el primer tanque en la historia del Ejército chileno, formando parte de las Compañías de Tanques a base de 17 unidades y pelotones de 5 tanques. Prestó servicios en el Destacamento Blindado n°1 y n°2, en el Regimiento Blindado n°1 Granaderos, el Batallón Blindado n°2, y las Compañías de Exploración Blindada de Arica y Calama, entre 1943 y 1976. “Tanques usados en Chile entre 1943-2003”, en *Revista de Historia Militar*, n°14, 2015, p. 34.

<sup>1245</sup> EJÉRCITO DE CHILE: *Familia Acorazada del Ejército de Chile*, p. 25.

<sup>1246</sup> Víctor MILLÁN: *Op. Cit.*, p. 90.

La artillería de campaña no estaba en mejores condiciones, pues solo se podía contar con unas cuantas unidades de cañones de 105 mm tipo convencional Howitzers y algunos montados en jeep; en los arsenales también había existencias de baterías de montaña y antitanque, aunque sin una cifra exacta, pero “no eran muy numerosos ni modernos”. En último lugar, se podía contar con alguna artillería antiaérea anticuada: cañones de 40 mm y 20 mm. Ya en relación con las armas personales, solamente podía verse un bastante heterogéneo muestrario de fusiles que iban desde el vetusto Mauser modelo 1912 (en su versión original), hasta los fusiles SIG<sup>1247</sup> (de origen suizo) y FAL (de origen belga). Eran armas de primera generación, eficientes, pero que presentaban problemas, principalmente de peso y de poca confiabilidad. También se llegó a contar con el fusil y carabina Garand M-1 modelo II Guerra Mundial<sup>1248</sup>, ambas de tipo semiautomático. Al Ejército se le debía sumar la fuerza de Carabineros de Chile, la que por aquel tiempo aún no integraba las Fuerzas Armadas, pero podían servir como apoyo en caso de conflicto. Contaban con un personal de unos 30.000 funcionarios y algunos equipos antidisturbios de cierto valor bélico como los Mowag MR-8 APC (tanquetas), de las cuales solamente se podía contar con unas 8 unidades.

La Armada, por su parte, contaba solamente con unos 18.000 hombres, incluyendo a la Infantería de Marina. Respecto a la flota chilena, podemos decir que se componía de:

- a) Dos cruceros de construcción norteamericana, tipo Brooklyn, que ya contaban con unos cuarenta años de uso, aunque aún útiles en el teatro sudamericano.
- b) Un crucero liviano de construcción sueca (ex Göta Lejon)
- c) Dos destructores tipo “Almirante” construidos en Gran Bretaña y llegados a Chile entre 1959 y 1961. Hacia la década de los 70, eran la única unidad moderna de la Armada Chilena; sin embargo, presentaban defectos que solo se lograron solventar en 1974-77.
- d) Dos destructores de origen norteamericano tipo Fletcher, de unos 30 años, pero menos en servicio. Aún resultadas eficientes en el teatro latinoamericano.
- e) 4 destructores escoltas de origen norteamericano construidos durante la Segunda Guerra Mundial y llegados a Chile en los años 60.
- f) Dos submarinos de origen norteamericano tipo Balao, también construidos durante la Segunda Guerra Mundial y que solamente llegarían a Chile entre 1960-62. Fueron modernizadas a fines de la década.

---

<sup>1247</sup> El Fusil SIG SG 510-4 era un fusil de asalto de fuego selectivo fabricado por Schweizerische Industrie Gesellschaft de Suiza. Utilizaba un sistema de retroceso retardado por rodillos. Su cañón mide 520 mm de longitud y su ánima es de cuatro estrías. Está rodeado por una camisa tubular perforada, con dos puntos de montaje para un bípode. Aunque se le ha clasificado como un fusil automático, sirvió como arma para tirador escogido en Chile, equipado con una mira telescópica Supra 4x24. Las primeras unidades fueron adquiridas en 1965, equipándose con ellas a las unidades del norte y las FF.EE. Hasta el día de hoy se encuentra en uso en pocas unidades. Véase en “Fusiles usados en Chile entre 1810-2010”, en *Revista de Historia Militar*, n°13, 2014, p. 35.

<sup>1248</sup> Es un fusil semiautomático desarrollado por el armero John Garand entre 1920 y 1930 en EE.UU., entro en producción en el año de 1936. Llegó a Chile a través del Pacto de Ayuda Mutua en 1957, equipándose con él a los batallones de la Escuela de Infantería y el RI n°1 Buin. Su peso era de 4.3 kg, su calibre era de 7.62 mm y un alcance efectivo de 550 m. Idem.

g) 4 torpederas tipo Lürssen, fabricadas en España y llegadas a Chile hacia 1964<sup>1249</sup>.

A la par, contaba con dos petroleros, un transporte, algunas barcas y un cierto número de patrulleros, escampavías y remolcadores, la mayoría de factura norteamericana<sup>1250</sup>. Por otro lado, la aviación naval, creada recientemente, contaba con muy poco material: 8 transportadores, anticuados y en su mayoría bimotors, y 4 helicópteros modernos. En cuanto al armamento liviano, tal y como sucedía en el caso del Ejército, las armas personales pasaban por un variopinto conjunto, que iba desde el antiquísimo fusil Styer, de origen austríaco, hasta los fusiles automáticos modernos HK alemanes (usados por la Infantería de Marina), además de una cierta cantidad no especificada de fusiles norteamericanos M-16, también modernos y automáticos. Lo curioso es que, al tener esta mezcla de armamento antiguo y moderno, se introducía el problema del doble calibre para las armas livianas, a la par del correspondiente problema de abastecimiento, algo que el Chile de los 70 en cuanto armamento podría dar cátedra.

Finalmente, la Fuerza Aérea aparecía como la rama con más carencias en cuanto a armamento moderno. Su personal solamente se componía de unos 10.000 hombres y unos 50 aviones de combate, siendo la principal fuerza de combate los 32 aviones Hawker Hunter, de origen inglés, y cuyo diseño se remontaba a más de 25 años. El resto de la flota aérea eran piezas dignas de museo: algunos bombarderos livianos a hélice Douglas B-26 de la Segunda Guerra Mundial; unos ochos aviones anfibios antisubmarinos (con base en Quintero), 5 del tipo HU-16C Albatross y 3 vetustos PBY-5A Catalina; también había algunos F-80 operativos, aunque solo se utilizaban en entrenamiento. A la par, la Fuerza Aérea contaba también con unos 70 aviones de transporte y enlace, todos ellos anticuados, con excepción de dos C 130 E Hércules, y 8 de Havilland Twin Otter. El resto eran viejos tetramotors DC 6; bimotors DC-3 y C-47; pequeños Beechcraft y otros modelos pequeños y anticuados. El panorama mejoraba un tanto si se habla de los aviones de entrenamiento, pues contaba con unas 10 unidades relativamente modernas, entre las que destacaban los Cessna T-37, de origen norteamericano; algunos jets viejos de entrenamiento tipo Lockheed T-33 (derivado del F-80) y una recientemente adquirida partida de seis T-22 Sea Vampire, antiguos jets adquiridos en Gran Bretaña, buenos como vehículo de entrenamiento, pero limitados en funciones de combate (de estas unidades también se contabilizaban algunos modelos más antiguos)<sup>1251</sup>. Eran más de 30 jets de entrenamiento, a los que se le sumaban unas 50 unidades de hélice monomotors de entrenamiento, la mayoría Beech Mentor T-34. Finalmente, Chile contaba con unos 30 helicópteros, de los cuales tan solo unos cuatro eran modernos y aptos para el ataque, siendo del tipo Bell Iroquois UH-1. Los restantes solamente correspondían a modelos pequeños y anticuados. Así, “Hoy en día, podemos decir que, comparada con los *Mirage* peruanos y brasileños e inclusive con las fuerzas argentinas, la fuerza aérea chilena parece ante todo una escuadrilla de entrenamiento”<sup>1252</sup>.

---

<sup>1249</sup> Cristián GAZMURI: “Las Armas Chilenas 1975-1982”, p. 2.

<sup>1250</sup> A ello se le debe sumar las órdenes de compra en Gran Bretaña, las que sumaban 4 nuevos buques, 2 fragatas modernas tipo Leander, y dos submarinos de ataque tipo Oberon.

<sup>1251</sup> Estas unidades fueron los primeros aviones a reacción que las Fuerzas Armadas Chilenas incorporaron a sus arsenales allá por 1954. El 28 de abril de aquel mismo año el primer DH-115 Vampire realizaría el primer vuelo experimental. Véase en Departamento Comunicacional de la Fuerza Aérea de Chile: “A más de 60 años de la incorporación del primer avión a reacción de la FACH”, en *Boletín Institucional*, n°35, abril 2019.

<sup>1252</sup> Alain JOXE; Cecilia CADENA: *Op. Cit.*, p. 59.

Con este panorama no resulta extraño que, como hemos dicho, que se intentase solventar las deficiencias del armamento a través de la adquisición de material. De hecho, el año de 1975 sería el más movido en este sentido:

#### PRINCIPALES COMPRAS DE ARMAMENTO DE CHILE (1974-1977)

Año	Ejército	Armada	Fuerza Aérea
1974	10 SA 330 PUMA	2 Destrotores Allen M. Summer 1 Fragata tipo Leander modificado	6 aviones FGA 9 Hawker Hunter <sup>1253</sup> 8 aviones T-37 (aviones de entrenamiento)
1975	Misiles antitanques tipo Mamba (sin información sobre la cantidad adquirida) Artillería de 105 mm (sin información sobre la cantidad adquirida)	1 Fragata tipo Leander Modificado 1 submarino tipo Oberon	10 aviones Neiva N.621, Universal 1 (avión de entrenamiento) 6 hel. Aeriespatiale SA-315 (Lama o Gazelle) 18 F-5E (aviones de combate supersónicos) se continuaron recibiendo al año siguiente <sup>1254</sup> 34 aviones Cessna A-37 B (aviones de ataque liviano) se continuaron recibiendo al año siguiente y subsiguiente Misiles AA Raytheon Sidewinder AIM-9J

<sup>1253</sup> Sería el Grupo de Aviación n°7, apoyados por el n°10, el que tendría la misión de trasladar las 6 nuevas naves desde Inglaterra en dos tandas de tres sin reabastecimiento de combustible en vuelo, cruzando el Océano Atlántico. La travesía comenzó en enero de 1974 en la Base de Lyncham, Londres, siendo la primera escala en Sevilla e Islas Canarias, para luego cruzar África. Las siguientes detenciones fueron en Senegal, Liberia e Isla Ascensión, en mitad del Atlántico. Desde Ascensión volaron hasta Río de Janeiro y Antofagasta. Los primeros tres aviones llegaron a la Base Aérea Los Cerrillo el 26 de enero del mismo año. Un mes más tarde las tres piezas restantes repetirían la misma travesía. Véase en Departamento Comunicacional de la Fuerza Aérea de Chile: “46 años de la Operación Atlante”, en *Boletín Institucional*, n°4, enero 2020.

<sup>1254</sup> Arribaron a Chile en julio de 1976, siendo las primeras aeronaves supersónicas en los arsenales de la Fuerza Aérea. Fueron denominados como “Los Tigres de la Pampa” y a su llegada sirvieron primeramente en el Grupo de Aviación n°77 en la Base Aérea de “Cerro Moreno” en Antofagasta. Véase en Departamento Comunicacional de la Fuerza Aérea de Chile: “Llegada en vuelo de los primeros aviones supersónicos F-5E Tiger II”, en *Boletín Institucional*, n°26, julio 2018.

1976	3 EMB 110 Bandeirante (transporte liviano)	1 submarino tipo Oberon 4 destructores Escolta	Hughes AGM-65A Maverick ASM) (sin información sobre la cantidad adquirida). Raytheon AIM 9J Sidewinders AAM (sin información sobre la cantidad adquirida)
1977	7 cañones autopropulsados de 155 mm MK F3 de origen francés Artillería AA (antiaérea) de 20 mm (sin información sobre la cantidad adquirida) 47 tanques livianos AMX-13 de origen francés	6 EMB-111 Bandeirante (aviones de patrullaje) 21 Neiva T.25 Universal MK 2 (aviones de entrenamiento)	150 A-11 ASM 150 A-15 ASM 3 aviones Douglas C-95 (aviones de transporte) 2 aviones C-130 H Hércules 2 aviones de transporte liviano Merlin 3-A

Véase en Cristián GAZMURI: “Las Armas Chilenas 1975-1982”, en *Defensa y Desarme. América Latina y el Caribe*, Vol. 1, n°1, 1985, p. 4. / Eduardo FERRERO COSTA; Enrique OBANDO ARBULLO: “Armamento Convencional y Desarme en América del Sur: Políticas y Perspectivas”, en *Boletín de Información*, n°225, 1992, pp. 49-64.

¿Acaso ello era suficiente? O, como diría Augusto Varas, “¿ha estado (con estas armas) protegido Chile contra un eventual ataque externo? La respuesta es necesariamente probabilística y eventual. Quizás se podría afirmar que frente a nuestros principales vecinos Chile no ha estado capacitado para ganar una guerra, pero sí para causar al eventual enemigo pérdidas graves en material y personal, y quizá detener un ataque mayor. Por cierto, esto es sólo una opinión”<sup>1255</sup>. Incluso cuando las Fuerzas Armadas habían adquirido material bélico relativamente moderno, las instituciones, como tales, han visto retrasada su modernización como conjunto disuasivo<sup>1256</sup>. Entonces, ante este escenario de obvia escasez, ¿cuál era la medida que los militares chilenos adoptarían respecto a los medios para la defensa de Arica? Después de todo, a pesar de toda la disposición del mundo y la voluntad de los hombres, no solo con corazones valientes y patriotismo se ganan las guerras, algo mucho más que eso haría falta. Tal como había ocurrido hace cien años en la Guerra del Pacífico, la improvisación y el ingenio, ahora ya viejos acompañantes de los militares chilenos, se hizo presente. Bien diría Pinochet en 1976 cuando el Secretario de Asuntos Interamericanos Rogers:

<sup>1255</sup> Augusto VARAS: *Op. Cit.*, p. 137.

<sup>1256</sup> Víctor MILLÁN: *Op. Cit.*, p. 89.

Pinochet: *Peru is arming. Peru is trying to buy a carrier from the British for \$160 million. It is also building four torpedo boats in Europe. Peru is breaking the arms balance in the South Pacific. It has 600 tanks from the Soviet Union. We are doing what we can to sustain ourselves in case of an emergency.* (Perú se está armando. Perú está tratando de comprar un transporte de los británicos por \$160 millones. También está construyendo cuatro torpederos en Europa. Perú está rompiendo el equilibrio de armas en el Pacífico Sur. Cuenta con 600 tanques de la Unión Soviética. Estamos haciendo todo lo posible para mantenernos en caso de una emergencia)

The Secretary: *What are you doing?* (¿Qué están haciendo?)

Pinochet: *We are largely modifying old armaments, fixing junked units. We are people with energy.* (Estamos modificando en gran medida los armamentos antiguos, arreglando unidades desechadas. Somos personas con energía)<sup>1257</sup>.

Por ello, la defensa debía adecuarse estrictamente a los medios disponibles, unos muy escasos por decirlo menos.

\*\*\*

## II. Una Defensa con Uñas y Dientes



*¡No, nada de eso! Incrédulos cobardes, luchad hasta la muerte. Yo os protegeré*  
(William Shakespeare, *Enrique VI*)

El pensar que las medidas aplicadas a Arica y el Norte Grande solamente se limitaron al espacio temporal que abarcaba desde 1974-1975 sería pecar de ingenuos. Como hemos visto con anterioridad, desde la perspectiva de los militares chilenos una posible acometida bélica ya era apreciable desde que las relaciones se hallaban en buen término en el Gobierno de Salvador Allende, solo era cuestión de tiempo que los halcones del país del norte decidieran lanzarse en su tan añorada cruzada. Prácticamente, los militares planearon y aplicaron medidas de defensa prácticamente desde que Velasco asumiera el poder en 1968; mal que mal, la desconfianza, a pesar de lo que pudiera mostrarse en los medios o en las instancias confraternidad entre ambos pueblos, siempre estuvo a flor de piel. Algo así atestiguaría el General Prats cuando acompañaba en su visita a Lima al Presidente Allende allá por 1971:

En Perú, encontré una actitud reticente y fría. El general Montagne fue muy cordial y abierto en todos sus actos, pero el comandante general de la Armada fue muy frío, casi descortés. El resto atentos pero expectantes. Logré quebrar la barrera del hielo inicial. En lo efectivo fueron muy diplomáticos pero no me mostraron nada de real importancia. Me invitaron al Comando de Instrucción Militar, donde se encuentran reunidas las secretarías de estudios de las diversas escuelas de armas; fui al Colegio Militar, donde conocí sólo algunas dependencias y presencié un muy buen desfile de los cadetes que

---

<sup>1257</sup> Department of State: "USA-Pinochet State Department interview. Memorandum of Conversation", p. 5.

denotaba una acabada preparación Luego me condecoró el general Montagne en una ceremonia muy lucida [...] Desde el punto de vista de inteligencia hubo dos hechos que me llamaron poderosamente la atención. La primera fue la confianza del general Montagne sobre la forma como gestaron el golpe militar y luego el imponerme por intermedio del director de inteligencia del Ejército peruano, coronel Molina, que el ex agregado militar argentino, general Colombo, al término de su gestión en Chile, había estado 15 días alojado en su casa [...] Perú cuenta con un potencial militar expectable. Al contrario de lo que podría pensarse, el hecho que los militares gobiernen el país, no los ha limitado en su cohesión institucional sino que la ha acentuado, ya que paralelamente con asumir la responsabilidad política, se han preocupado íntegramente de acrecentarla. Existe prioridad presupuestaria para el ejército, que se traduce en su clara potencialidad<sup>1258</sup>.

Al menos entre los círculos castrenses ello se mantuvo en un estado de expectación hasta el 11 de septiembre de 1973, y, lo anterior, se condecía en cierta manera con las memorias del General de la Fuerza Aérea Fernando Matthei, quien expresó años más tarde que:

*Desde los meses previos al pronunciamiento militar, las Fuerzas Armadas venían percibiendo ciertos nubarrones generados en el norte, con clara simpatía por parte de Bolivia y el apoyo indisimulado de Argentina. El gobierno del general Velasco Alvarado, de corte socialista y nacionalista, había gastado sumas que nos dejaron pasmados en su aparato militar. Junto con el rearme, el gobierno peruano concientizó a la opinión pública mediante una intensa campaña propagandística, fomentando el revanchismo militar contra un Chile que a principios de los setenta se encontraba política y económicamente débil. Mientras la mayoría de los países embargaron sus ventas de armamento hacia Chile tras el pronunciamiento militar, continuaron vendiéndole a los peruanos todo lo que ellos quisieran [...] Perú adoptó tempranamente la política de equipar a su Fuerza Aérea con aviones más adelantados que los nuestros, comprando una cantidad adicional de ellos a Estados Unidos e Inglaterra, después de recibir la cuota de Pacto de Ayuda Militar. Por otra parte, cuando Chile compró los Hunter a fones de los sesenta, los peruanos ya tenían 16 Mirage franceses. Pese a haber alcanzado esa abrumadora superioridad técnica, Velasco Alvarado continuó potenciando a la Fuerza Aérea: aumentó la cantidad de bombarderos Canberra y de cazas Mirage y compró 50 cazabombarderos Sukoi-22 en la URSS. Pero también adquirió 90 tanques AMX-13 franceses y 300 tanques T-55 soviéticos, dotando además a la defensa aérea y antiaérea de radares soviéticos y unos misiles que yo había visto durante a la URSS en 1972<sup>1259</sup>.*

El Gobierno de la Unidad Popular, hacia el segundo semestre de 1973, no pasaba por su mejor momento. El orden interno no hacía más que peligrar con cada día que pasaba y,

---

<sup>1258</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA: "Chile-Perú: Una Década en Tensión", Cap. II, p. 2.

<sup>1259</sup> Fernando MATTHEI; Patricia ARANCIBIA; Isabel DE LA MAZA: *Matthei: Mi Testimonio*, La Tercera-Mondadori, Santiago, 2003, p. 187. Las cursivas son nuestras.

tal como muchos ya advertían, aquella posibilidad entregaba a Chile en bandeja a las pretensiones irredentistas peruanas. Solo haría falta echar un vistazo a los argumentos esgrimidos por el alto mando peruano en aquella mañana primaveral de septiembre para caer en cuenta de que la intensión estaba y los medios, aunque no tantos como en 1975, también.

Solamente no se daría la orden para que todo iniciase. Estas mismas reticencias y temores de una arremetida peruana se dejaron en claro ante el CONSUSENA (Consejo Superior de Seguridad Nacional) en su sesión de 19 de junio de 1973, en la que la presencia del mismo Salvador Allende marcaba la tónica: “la lucha interna abre camino a la revancha. Puede precipitarse el plan de desarrollo armamentista del Perú y Bolivia, que quieren revertir la imagen de 1879 y están en vigilia patriótica [...] Para contrarrestar el esfuerzo peruano debemos fortalecer, imperiosamente, nuestro potencial bélico. Son preocupantes los escasos resultados alcanzados en los viajes de los jefes militares al extranjero. Tenemos que utilizar las vías de crédito tradicional y también las que ofrece el campo socialista”. Pese a lo relevante de la situación y lo tratado en dicha reunión, todo quedaría calificado como “de rutina”<sup>1260</sup>.

A tan solo dos días del Tancazo (29 de junio de 1973), hecho que dejó al descubierto las carencias de material de los militares y el estado en que se hallaba el debilitado gobierno de Allende, nuevamente, ahora por orden del Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, Patricio Carvajal, y su subjefe, el General de Aviación Nicanor Díaz Estrada. Obviamente, la reunión, que duró todo el día 1 de julio, sirvió como base para la discusión de problemas concernientes a la unidad nacional. Con la asistencia de cinco generales de cada una de las ramas de las Fuerzas Armadas, se llegó a la conclusión que “Informaciones de la cancillería chilena y de las agencias de inteligencia, tanto del Estado mayor de la Defensa Nacional como de las tres instituciones armadas, permiten asegurar que Perú y Bolivia se preparaban para una guerra revanchista, a objetivo no limitado, contra Chile, a corto plazo”<sup>1261</sup>. Se llegaba a aquella conclusión a través del análisis de las adquisiciones militares peruanas: “De acuerdo a los medios bélicos ya adquiridos y a los planes de adquisiciones actualmente en ejecución, por parte del Perú en particular, se puede concluir que éste alcanzará su máximo grado de alistamiento en el curso del año 1976. Entonces dispondrá de la fuerza aérea más poderosa de Latinoamérica; una armada de gran capacidad operativa, y de un ejército mecanizado y bien adiestrado para una guerra relámpago”<sup>1262</sup>. El documento finaliza con una aseveración simple y preocupante: “Las Fuerzas Armadas chilenas se encuentran en un grado de inferioridad crítica en relaciones a sus congéneres peruanas”<sup>1263</sup>.

Entonces, ante este escenario de preocupación y de constante amenaza, ¿cuáles fueron las medidas adoptadas para la defensa de la frontera norte? Concretamente, poco o nada se hizo por ello, salvo las medidas adoptadas por el General Forestier. Si bien existían planes de equipamiento aprobados por el Gobierno y compra de material bélico en el extranjero, muchas de estas acciones no pudieron llegar a buen puerto, principalmente por las dificultades económicas experimentadas por aquellos días. Aunque vale decir que el atraso, desabastecimiento y escases de material, como lo vimos, no era algo únicamente atribuible a la Unidad Popular; incluso esta última había abogado por un aumento de presupuesto y mayores compras para el sector castrense. Ahora bien, lo notable en todo este

---

<sup>1260</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. III, p. 2.

<sup>1261</sup> Idem.

<sup>1262</sup> Idem.

<sup>1263</sup> Idem.

asunto, y que merece realizar un paréntesis para explicarlo, es que, como años más tarde lo confesaría el segundo hombre fuerte de la KGB, Nikolai Leonov; la mayoría del material bélico que el Perú adquirió de la Unión Soviética en 1973 no tenía como primer objetivo el Perú, sino que Chile:

Pregunta: *General, dado el interés histórico que tiene lo que usted ha dicho - de que este crédito para comprar armas lo solicitó el Presidente Allende y que se habría materializado por ahí por junio del año 1973, en el sentido de que ya venían los barcos que traían el armamento-, mi pregunta es: ¿iba al ejército ese armamento?, ¿qué tipo de armamento era?*

Respuesta: *Sé que venían tanques, eso sí ¿Cuántos?, no sé decirle; algunas piezas de artillería, pero tampoco sé cuántas. Ahora, si sé a ciencia cierta - por la persona que le informó al Presidente Allende de que se había concedido este préstamo- que el monto fue de 100 millones de dólares [...].*

Pregunta: *Usted dijo que el armamento que venía a Chile eran tanques, artillería, entre otras cosas...*

Respuesta: *Entre otras cosas, tanques y artillería, con absoluta seguridad.*

Pregunta: *No puedo decirle, porque realmente nunca vi ningún documento o papel referente a esta venta. Lo único que sé es que había dos o tres barcos con este armamento a bordo, que se dirigían a Chile.*

Ahora bien, ¿por qué no llegaron a Chile? El General Leonov, siendo completamente sincero, solamente diría: “*Para el gobierno soviético habría sido bochornoso enviar armas que mañana van a su propio, si no aliado, simpatizante, a su amigo Salvador Allende. El cable, que estaba muy bien escrito, era dramático, y cuando llegó al Buró Político -donde ya en el aparato del Comité Central se había discutido este asunto y donde yo había oído aquello de que ‘Allende hace mal acariciando la pata de un tigre, la pata que mañana le va a dar el zarpazo’-, claro, este cable produjo una impresión suficientemente fuerte y se dio la orden de cambiar el rumbo de los barcos*”<sup>1264</sup>. Ante ello, y las noticias del golpe de Estado chileno, las naves habrían cambiado su curso y, según el ex integrante de la inteligencia soviética, “*no lo sé. Puede ser en el Perú, porque ya había armamento nuestro y había comercio entre los dos países*”<sup>1265</sup>. Finalmente, el Almirante Patricio Carvajal sostendría: “*El armamento que rechazamos fue ofrecido a los peruanos, quienes lo aceptaron encantados*”<sup>1266</sup>.

La versión del agente soviético sería contestada por algunos altos miembros del Ejército, quienes por demás se sintieron pasados a llevar con sus dichos, en el medio escrito *La Segunda*:

La verdadera historia del crédito pedido por Allende a la URSS [...] es que el Gobierno soviético no lo dio de libre disponibilidad -lo que necesitaba angustiosamente la UP- sino que se limitó a abrir una línea de crédito para adquisición de armas. El Estado Mayor del Ejército, luego de inspeccionar el

---

<sup>1264</sup> Nikolai LEONOV: *La Inteligencia Soviética en América Latina durante la Guerra Fría*, Centro de Estudios Públicos (CEP), 1998, pp. 73-78. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, pp. 78-77.

<sup>1265</sup> *Las Últimas Noticias*, 27 de septiembre de 1998.

<sup>1266</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. II, p. 2.

material de tanques en Rusia, rechazó la compra de centenares de unidades por consideraciones estratégicas y de calidad, lo que el general Prats, Comandante en Jefe, hizo presente a Allende<sup>1267</sup>.

Las posteriores declaraciones del General Julio Canessa fueron esenciales para echar por tierra los dichos de los militares, pues, en sus palabras, el contacto para el armamento estuvo y concreto, pero, por cuestiones internas, el material bélico finalmente no arribó a puertos chilenos y no pudieron ser utilizados para el fin que se esperaba: la disuasión.

Es probable que el Estado Mayor haya considerado estas compras; mi jefe directo, que era el general Guillermo Pickering, siempre nos dijo que necesitábamos en forma imperiosa comprar material por la crisis internacional que se estaba fraguando con el Perú. El decía que era fundamental que le diéramos credibilidad al Gobierno con nuestra actitud absolutamente imparcial y profesional, como hemos sido siempre, y que no alentáramos especulaciones sobre golpes, porque si no (el Gobierno) no nos iba a comprar material. [...] Se decía que los rusos nos iban a vender material que el Ejército de Chile necesitaba imperiosamente y no había plata para comprarlo. Ya se sabía en esa época que el Gobierno de la Unidad Popular no tenía dólares ‘ni raspando la olla’, como dijo Allende. Si alguien nos fuera a ceder ese material, esto hubiera sido maravilloso para nosotros. [...] Había cuestionamientos, pero los tanques eran buenos, porque nunca se ha dicho que los tanques soviéticos son malos [...] Se habló de eso, pero enseguida se agrió; se le echó agua totalmente al asunto cuando se produjo el famoso levantamiento del Batallón Blindado N°2, del 29 de junio de 1973, lo que se llamó el ‘tanquetazo’. [...] Incluso después del ‘tanquetazo’, a nosotros en una reunión de directores de institutos, que éramos trece, el general Prats nos dijo: ‘Ahí tienen ustedes, estas intervenciones, este reventón del ‘tanquetazo’, ha significado que no nos van a comprar (el Gobierno) este material’. El lo estaba mirando no para intervenir en la política interna, sino para defensa del país, como necesidad político-estratégica<sup>1268</sup>.

Entonces, ¿qué quedaba? Como se ha mencionado con anterioridad, solo estaban las gestiones del General y Comandante en Jefe de la VI División del Ejército Carlos Forestier, las cuales, más que destacar por el levantamiento de una verdadera defensa en condiciones, giró más por el factor psicológico. Por estos años a Forestier se le apodaba el “El Rommel Chileno” o “El Zorro del Desierto”<sup>1269</sup>, tanto por su astucia como por su marcado sentimiento antiperuano, además del miedo que inspiraba en sus hombres<sup>1270</sup>. Muy probablemente su sola presencia en el norte fuera de por sí un factor de disuasión, algo así como un mensaje

---

<sup>1267</sup> Ximena HINZPETER: “Chile-URSS: Relaciones Inciertas”, en *Puntos de Referencia. Centro de Estudios Públicos*, n°205, 1998, p. 5.

<sup>1268</sup> *Ibidem*, pp. 5-7.

<sup>1269</sup> Dauno TÓTORO TAULIS: *La Cofradía Blindada: Chile Civil y Chile Militar: Trauma y Conflicto*, Editorial Planeta, Santiago, 1998, p. 181.

<sup>1270</sup> Muy probablemente esto se marcaría aún más tras el golpe militar de 1973, pues, como se conocería posteriormente, Forestier estaría implicado en calidad de autor intelectual en los casos de asesinato en el Campo de Prisioneros de Pisagua durante 1973 y 1974. Véase en *El Mercurio de Valparaíso*, 29 de agosto de 2005.

bastante sutil que diría “una ofensiva aquí, si bien posible, sería devastadora para los invasores”. De hecho, una curiosidad relacionada el General Forestier nos la da Demetrio Infante, cuando el Ministro de Defensa de aquel entonces, Hernán Brady Roche, visitó Lima en busca de una distensión, se efectuó una actividad hípica en el hipódromo de Monterrico, actividad a la que asistiría la plana mayor del Ejército peruano, entre ellos el General Bensaque, quien por aquel entonces era director de Inteligencia. Cuando el evento estaba en su fase social, Bensaque se acercaría seriamente a Infante y bruscamente le diría: “*Dime ¿qué pretende el pendejo de Forestier? ¿Quiere ir a la guerra? Que sepa que si eso es lo que busca, estamos listos*”<sup>1271</sup>.

Además de ello, sus principales gestiones fueron engañar a los observadores peruanos, haciéndoles creer que una ofensiva de blindados no era viable a causa de la cantidad de material que Chile disponía. Obviamente, esto no sería más que una treta elaborada con los materiales disponibles. Un oficial operativo del Regimiento Rancagua recordaba que una de aquellas “jugadas” no era más que:

Pasear una batería de artillería por la ciudad, cuyos cuatro cañones eran tractados por vehículos Unimog, haciéndola salir hacia el valle de Azapa donde había un gran depósito de municiones, construido de concreto y tapado con arena para disimularlo. Todos los ariqueños sabían de su existencia y al pasar por sus cercanías decían “allá están los milicos”. Durante la noche los cañones volvían a su cuartel, ahora sobre camiones cubiertos con lonas y a los pocos días, nuevamente eran sacados a la calle, pero ahora tirados por camiones de otro modelo y después del “paseo” se dirigían al depósito mencionado. Lo importante, agrega, era dar la impresión de contar con mayores fuerzas a fin de elevar la moral de la población<sup>1272</sup>.

Otras de las tretas de Forestier han sido relatadas por Tomás Bradanovic, civil que estuvo por esos años en Arica, y si bien no hay forma de confirmarlas, aquí las exponemos:

*Por medio de muchos engaños como falsas comunicaciones del Departamento de Estado de USA que "se filtraban", conversaciones por radio con supuestos asesores militares norteamericanos (en realidad eran chilenos que hablaban bien en inglés [sic]) [...] Ese año Chile hizo la última demostración masiva de fuerza en una gran parada militar en el Hipódromo de Arica que duró muchas horas donde desfilaban interminables columnas de soldados, según me contaron después eran los mismos soldados que después de desfilar se iban a cambiar de uniforme y pasaban una y otra vez. Fue el último capítulo de la serie de engaños del Ejército Chileno para disuadir al Perú de su idea de recuperar Arica. Y parece que funcionó*<sup>1273</sup>.

Otro de estos engaños fue el recordado por el Coronel (r) Héctor Villagra: “*Al principio hacíamos posiciones simuladas e íbamos a conseguir a las industrias fierros, plásticos, ruedas y hacíamos posiciones con mallas de los pesqueros, los pescadores nos*

---

<sup>1271</sup> Demetrio INFANTE: *Confidencias Limeñas: Charaña, espionaje y algo más*, Editorial Catalonia, Santiago, 2014, p. 109. Las cursivas son nuestras.

<sup>1272</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. II, p. 2.

<sup>1273</sup> Testimonio de Tomás Bradanovic.

*regalaban todas las mallas antiguas y hacíamos posiciones que realmente parecían un obus de 155 mm que estaba colocado ahí, o una posición antitanque. Yo creo que con todo lo que hicimos, disuadimos al adversario”<sup>1274</sup>.*

A la par, se levantó un verdadero campamento de campaña en la pampa, lugar en que los soldados realizaban ejercicios y maniobras a plena vista. Aunque tal cosa no era más que el traslado del regimiento de las orillas de la playa, ubicada al sur de la ciudad, al norte de la misma. En sí se preparó el terreno para la futura defensa; sin embargo, poco o nada se realizó en términos materiales, muy probablemente por las difíciles condiciones económicas del gobierno. Como fuere, Forestier consideraba aquellas medidas esenciales para el despiste de los peruanos, los que verían con preocupación, pese a su labor de inteligencia, el penetrar en territorio chileno sin saber con exactitud el tipo y cantidad de armamento disponible por su enemigo. Forestier haría gala de aquello cuando muchísimos años más tarde se le interrogaría por su participación en las constantes violaciones a los Derechos Humanos durante la dictadura:

*Al terminar los interrogatorios, los jueces solían quedarse conversando hasta una hora con Forestier. Le encantaba contarles sus historias en el norte, en los años de mayor tensión con el Perú, y de las triquiñuelas tácticas que inventaban para hacer creer a los oficiales peruanos de que se disponía del doble de efectivos y unidades blindadas que en verdad tenía<sup>1275</sup>.*

Esto seguiría así hasta enero de 1973, cuando el mando del Regimiento Rancagua sería tomado por el Coronel Odlanier Mena. Siendo uno de los pocos especialistas en Inteligencia dentro del Ejército apostado en la zona norte, la defensa de Arica recayó sobre sus hombros; no obstante, los medios seguían siendo insuficientes. Ascanio Cavallo resumiría de espléndida manera la situación de Mena en el norte: “Tendría poco que hacer frente a los casi 400 tanques comprados a la URSS por el dictador Juan Velasco Alvarado, que se movían entre Arequipa y Tacna y de vez en cuando asomaban la nariz frente a la planicie ariqueña. Mena carecía de blindados. Sus hombres formarían un muro de carne frente a una invasión peruana. Para demorar ese momento, continuó el sembradío de minas -miles de miles- en toda la línea de la Concordia”<sup>1276</sup>. De hecho, toda la gestión del Coronel seguiría esa delgada línea entre la disuasión y la agresión, en que cualquier movimiento en falso podía desatar las hostilidades. Él mismo lo recordaría a posteridad: “Cuando llegué al Regimiento Rancagua, en Arica, desde el 9 de enero de 1973, la misión que se me impuso era defender la integridad territorial de la invasión masiva de blindados peruanos, que se podía producir en cualquier momento”<sup>1277</sup>. Bien vimos que su prueba de fuego sería esa mañana del 11 de septiembre, cuando Chile se hallaba más indefenso que nunca y fue su gestión que persuadió al alto mando peruano que el movimiento era de carácter interno. De no ser así, las consecuencias, como estimaba Pinochet, serían nefastas:

---

<sup>1274</sup> Entrevista a Héctor Villagra, pp. 32-33.

<sup>1275</sup> *La Tercera*, 21 de agosto de 2005, p. 21. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 166.

<sup>1276</sup> Ascanio CAVALLLO; Margarita SERRANO: *Golpe. 11 de septiembre de 1973. Las 24 horas más dramáticas del siglo 20*, Uqbar Editores, Santiago, 2013, p. 111.

<sup>1277</sup> *La Segunda*, 22 de septiembre de 2012.

El razonamiento que yo hacía en la Junta de Gobierno de la época era que si el Perú no tomó las armas el mismo once de septiembre de 1973, aprovechando la situación interna de Chile, ahora en diciembre no las iba a tomar. Porque ese fue el momento preciso para que ellos hubieran actuado sobre seguro. Habíamos dejado dos batallones en el norte, o sea mil seiscientos hombres. Todo estaba acá; nuestro armamento era malo, con poca munición. Si Perú hubiera atacado entonces, habría llegado hasta Copiapó. Por eso pensé que si no había atacado entonces, en diciembre ya era demasiado tarde. Tendría que haberlo pensado dos veces<sup>1278</sup>.

Algo que se condeciría con las palabras del Brigadier Luis Mericq Seoane, quien fuera partícipe de la movilización que tendría lugar posteriormente:

Estratégicamente, el 11 de septiembre de 1973 significó una gran debilidad de nuestro país ante Perú, pues no se encontraba en condiciones de enfrentarlo: sin armamento adecuado y equivalente, el Banco Central sin reservas de oro [...], sin recursos materiales; además de un país dividido. Al parecer, fue el agravamiento de su líder, el general Velasco Alvarado, la razón por la cual Perú no materializó su ofensiva, que de haber sucedido, yo estimo que pudo haber llegado hasta Copiapó o Puerto Montt; ellos podrían haber fijado el límite final sin problemas mayores. Perú no pudo aprovechar esa inmejorable y única oportunidad para concretar sus centenarias aspiraciones. Chile sabía que Perú preparaba una gran ofensiva, pero nada podía hacer contra esa cruda realidad<sup>1279</sup>.

Hacia comienzos de Octubre la cuestión interna estaba más o menos controlada, lo que permitiría al Régimen Militar fijar sus miras y prestar casi toda su atención el frente externo, especialmente a lo que sucedería en el Teatro de Operaciones Norte. Silenciosamente, y sin despertar alarma alguna, las Fuerzas Armadas se pusieron en pie de guerra, activando los preparativos futuros. La movilización comenzó y reservistas eran llamados para ir a servir al norte. Pero, urge preguntar, ¿cuál sería la finalidad de aquel movimiento de tropas? ¿una defensa o un ataque?

En este punto resulta irrisorio el pensar que la postura chilena se debatía entre un ataque con todas sus palabras y la defensa de la frontera, más cuando la escasez de medios no dejaba mucho margen para la imaginación. Hacia 1974 la cuestión bélica estaba latente y los militares eran los más atentos a ello, no por nada Pinochet convocaría al CONSUSENA para tratar los preparativos de la guerra venidera. Fernando Léniz, Ministro de Economía y único civil presente en la reunión, recordaba los pormenores del asunto: “Me acuerdo - señala- que el Ejército hizo una presentación muy ordenada, dejando en claro la fragilidad del material con que se contaba para frenar una ofensiva. Los aviadores eran los que estaban peor, no tenían nada, apenas combustible y municiones para dos horas de guerra. La Marina, por su parte, exigía buques y submarinos; pero la situación económica del país era desastrosa. Fue entonces que el general Pinochet se paró y nos dijo: ‘Señores, estamos solos, tenemos

---

<sup>1278</sup> Augusto PINOCHET; María Eugenia OYARZÚN: *Augusto Pinochet: diálogos con su historia. Conversaciones inéditas*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1999, p. 173.

<sup>1279</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Arica 1974-1975. Una Historia Desconocida*, Sin Editor Conocido, Sin lugar edición, 2018, pp. 22-23.

muy pocos recursos y si esta guerra se produce la ganaremos a la chilena, a punta de ñeque, así es que a pensar e imaginar soluciones”<sup>1280</sup>. Una de las tentativas fue el concretar un ataque preventivo, la que vino del sector más duro de las Fuerzas Armadas: el Ejército. El General Matthei, a posteridad, lo confirmaría:

Aproximadamente en mayo de 1974 se rumoreó que el General Pinochet habría aprobado un plan de guerra preparado por el Ejército para un ataque preventivo contra el Perú. El General Forestier estaba convencido de que nosotros debíamos atacar primero al estilo de los israelitas en la denominada guerra de los seis días en 1967, porque de lo contrario, los huesos de nuestros soldados blanquearían el desierto. Si bien es cierto, la doctrina concordaba con la doctrina de bombardeo estratégico mantenida por la Fuerza Aérea, nuestras modestas capacidades no daban para caer sobre el enemigo en forma de un terremoto que lo destruyera todo. [...] Los expositores del Ejército se lucieron, desplegando todo tipo de cuadros comparativos de potenciales, de fuerzas de logística, de personal de movilización. Todos perfectos, y a color, para demostrar la abrumadora superioridad de los peruanos en cantidad y calidad. Pero, curiosamente, concluyeron que lo mandatorio sería atacar a Perú por sorpresa y conquistar hasta la línea del río Sama a fin de negociar, pues bastaba con el arrojo de los chilenos, su moral superior y el corvo para vencer la superioridad peruana en hombres, cañones y tanques<sup>1281</sup>.

Esto concordaba con las apreciaciones que la Agencia Central de Inteligencia (CIA) llegó a concluir en el mismo año ante un eventual conflicto entre Chile y Perú:

*Chilean defensive strategy also continues to include plans for a pre-emptive strike, but only if Chile were to obtain what they consider solid evidence of an imminent Peruvian attack. With such a strike in mind, recent Chilean planning has identified a variety of specialized unit to seize Peruvian territory and hold it for bargaining purposes. Exercises related to this scenario have been held in recent months, including a large amphibious maneuver with tactical air support. [...] In our view, nothing that has occurred since the publication of the earlier memorandum changes its conclusion that the Chileans do not intend to initiate hostilities against Peru, except as a desperate act of pre-emption in the conviction that Peru was about to attack*<sup>1282</sup>.

---

<sup>1280</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. III, p. 2

<sup>1281</sup> Fernando MATTHEI; Patricia ARANCIBIA; Isabel DE LA MAZA: *Op. Cit.*, p. 193.

<sup>1282</sup> “La estrategia defensiva chilena también continúa incluyendo planes para un ataque preventivo, pero solo si Chile obtuviera lo que consideran evidencia sólida de un inminente ataque peruano. Con tal ataque en mente, la reciente planificación chilena ha identificado una variedad de unidades especializadas para apoderarse del territorio peruano y mantenerlo con fines de negociación. Se han realizado ejercicios relacionados con este escenario en los últimos meses, incluida una gran maniobra anfibia con apoyo aéreo táctico. [...] En nuestro punto de vista, nada de lo ocurrido desde la publicación del memorándum anterior cambia su conclusión de que los chilenos no tienen la intención de iniciar hostilidades contra Perú, excepto como un acto desesperado de prevención en la convicción de que Perú estaba a punto de ataque”. Central Intelligence Agency; Department

Lo más probable fuera que Forestier, intentando hacer honor a su apodo, se precipitara a lanzar una ofensiva preventiva; sin embargo, había un pequeño pero en el asunto: la pobreza en material. El General Matthei lo dejaría claro en perfecta manera:

La exposición de la Armada consistió en requerir millones y millones de dólares para ir a la guerra, y como bien sabía el alto mando, esos recursos no estaban disponibles. Luego, correspondió mi turno, me paré frente al General Pinochet y le señalé que no traía ningún cuadro, porque con ellos podría engañarlos. Yo le voy a contar la verdad mi general y la verdad es que, en caso de guerra, el ejército solamente verá aviones enemigos, nunca un avión chileno. En el norte tenemos una sola pista habilitada en Antofagasta y los peruanos tienen 24 bombarderos Canberra que pueden volar a 41 mil pies de altura, llevando ocho bombas de mil libras cada uno. ¿Cómo van a tener tan mala puntería como para no pegarle con una bomba a la pista?... Imposible [...] Por otra parte, la Fuerza Aérea peruana es cuatro o cinco veces más poderosa que la nuestra, porque tienen más aviones Mirage, mientras que nosotros tenemos los Hunter, y tienen además F-86 y Hunter-4. Con todo, lo importante no es su poder, sino el hecho de que nosotros siquiera vamos a poder despegar. Teniendo ellos la iniciativa, obviamente van a bombardear la única pista que tenemos, y por falta de radares para detectarlos, recién vamos a enterarnos del ataque cuando las bombas nos están cayendo encima. Tampoco tenemos cañones antiaéreos, misiles antiaéreos ni otros equipos para defender la Base. Hasta ahí llegamos y hasta ahí llegó la guerra para la FACH. Esa es nuestra situación. Puedo garantizar que los peruanos harían pedazos a la Fuerza Aérea de Chile durante los primeros cinco minutos de guerra”<sup>1283</sup>.

Ante un escenario desfavorable y un muy pronosticado desastre, la cordura primó; no por nada los norteamericanos afirmaban que “*Some generals have recently cautioned against a pre-emptive strike [...], describing such a strategy as suicidal*”<sup>1284</sup> (Algunos generales han advertido recientemente contra un ataque preventivo, describiendo tal estrategia como un suicidio). La última palabra la tendría Pinochet al decir: “‘Bueno, todos ustedes escucharon a Matthei, así que para otra vez será’. Les juro que fue tal cual. Casi podría asegurar que la Junta jamás habría aceptado una locura como atacar a Perú por sorpresa, pero desde abajo había fuertes presiones en ese sentido”<sup>1285</sup>.

Más allá de las limitaciones técnicas, humanas y materiales que eran por demás evidentes, estaba la cuestión política, o más bien las consecuencias políticas de una ofensiva preventiva. Y es que bien nos dice Rodríguez Elizondo, Chile, quien buscaba el beneplácito de la potencia hemisférica, llevando a cabo la tan preciada ofensiva de Forestier no haría más que granjearse la desconfianza y reproches del mundo occidental, más de los que ya había acumulado en estos primeros meses de gobierno<sup>1286</sup>. Los Estados Unidos de Nixon y

---

of State; Defense Intelligence Agency: “Peru and Chile: Reassessment of the Potential for Conflict”, 2694-74, 16 december 1974, pp. 4-6.

<sup>1283</sup> Fernando MATTHEI; Patricia ARANCIBIA; Isabel DE LA MAZA: *Op. Cit.*, p. 195.

<sup>1284</sup> Central Intelligence Agency; Department of State; Defense Intelligence Agency: *Op. Cit.*, p. 5.

<sup>1285</sup> Fernando MATTHEI; Patricia ARANCIBIA; Isabel DE LA MAZA: *Op. Cit.*, p. 195.

<sup>1286</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 171.

Ford no tenían cabida para guerras preventivas, ni menos se hubieran desgastado apoyando a un régimen tan vilipendiado por sus violaciones a los Derechos Humanos en un conflicto futuro. Los altos mandos de las tres ramas de las Fuerzas Armadas debieron llegar a la conclusión de que, si querían el apoyo norteamericano en las hostilidades, ellos no deberían ser los que las iniciaran; es más, solamente deberían limitarse a defender y esperar que se materializara el tan rumoreado apoyo cubano, recién ahí y solo ahí se podría barajar la posibilidad de ayuda del Coloso del norte.

Por otro lado, entre la prensa internacional ya estaban en boga los artículos escritos por el periodista chileno, y a fin al Gobierno de Allende, Hernán Uribe. Las publicaciones que vieron la luz en el boletín mexicano *Excelsior* hablaban directamente de las adquisiciones de armas por parte de Chile y la tentativa del Gobierno Militar de atacar al Perú, una idea que efectivamente rondó la cabeza de los militares más “duros”, y que en Perú cobraba fuerza. Y lo harían mucho más cuando en 1974 el Régimen Militar le quitó su nacionalidad chilena a causa de estas publicaciones, valiéndole el dudoso honor según él mismo de ser el primer periodista desnacionalizado:

El reportaje que me dio el honor de ser el primer “desnacionalizado” lleva el epígrafe: “500 millones de armas en 10 meses” y el título “La Junta chilena y sus planes para atacar a Perú” y se publicó el 28 de julio de 1974. En este escrito la clave es la revelación de las adquisiciones de armamentos por la dictadura y en el contenido general numerosos datos y las lógicas conclusiones. [...] Otro antecedente de importancia incluido en nuestro texto es el comentario que escasos días antes del golpe nos hizo Allende a un pequeño grupo de periodistas. Señaló al efecto que algunos uniformados opinaban que habría serios problemas con Perú y que ese país iniciaría un conflicto armado contra Chile presuntamente en el centenario de la Guerra del Pacífico que correspondía al año 1979. Toda la argumentación de esos belicistas se basaba en discutibles informes de inteligencia. Los sectores mencionados sostenían que debía Chile adelantarse a los hechos y aplicar la clásica premisa de las tácticas guerreras: el mejor ataque es la sorpresa...<sup>1287</sup>

Pero como insistentemente hemos dicho, que se niegue o se oculte algo con tanta premura solo da a entender que aquello, más que una mentira, pasa por ser una verdad indeseada, razón misma por la cual se aplica la censura. Aquello mismo habrían entendido los militares peruanos, por lo que la sola idea de contar con el factor sorpresa solamente rondaba en las mentes de los más entusiastas estrategas chilenos. De modo que solo quedaba una opción: una defensa, pues la idea de un ataque había nacido prácticamente muerta.

Sin otra opción entre manos, la defensa de la frontera sería la única alternativa viable. Pero, tal como se ha visto en el apartado introductorio, a lo largo de la historia han existido variados tipos de medios defensivos y métodos para concretar una resistencia en condiciones. Por razones de orden económico que ya expusimos, el despliegue estratégico allá por 1974 solamente obedecía al criterio de guarniciones ubicadas en los centros de mayor población del país, véase la zona central y sur del país. “De suerte, ambos extremos del territorio -que es justamente donde están los presuntos objetivos políticos y estratégicos de nuestros eventuales adversarios -eran relativamente débiles. Analizado, discutido y

---

<sup>1287</sup> *El Clarín de Chile*, 10 de septiembre de 2013.

comprobado el tema en innumerables juegos de guerra, sin duda era esa mala distribución de las fuerzas lo primero que había que remediar. Con los medios disponibles, no quedaba otra solución que complementar y reforzar de inmediato los teatros de operaciones extremos, debilitando el centro, de modo que se pudieran aplicar los planes de defensa elaborados para enfrentar la contingencia”<sup>1288</sup>. Las tropas se trasladarían al norte, pero ¿qué es lo que realmente se pretendía hacer?

En las consideraciones chilenas ya se tenía previsto una ofensiva relámpago, por así decirlo, en el norte; después de todo, los tanques T-55 no paraban de decir otra cosa. La cuestión ahora era cómo detener tal ofensiva sin que las líneas propias terminasen por ser penetradas. La respuesta fue sencilla y acorde a los limitados medios que se tenían: levantar una defensa móvil, una que no se detuviera en plantar cara al enemigo en una línea estática, sino que fuera posicionando defensas progresivas y obstáculos ante el avance de los blindados enemigos, logrando así su desgaste. Todo ello sería rematado por una ofensiva de carácter limitado a fin de expulsar a los remanentes de las fuerzas atacantes. Este concepto, según Patricia Arancibia, se determinaría su aplicación en enero de 1973, cuando Pinochet citaría a los alumnos de tercer año de la Academia de Guerra a fin de establecer las medidas de defensa desde la frontera, pasando por Arica, hasta llegar a Iquique<sup>1289</sup>.

Algo muy similar se proyectaba realizar en el sur de la Patagonia ante el avance argentino en la crisis del Beagle de 1978; de hecho, se esperaba que, una vez que se iniciasen las acciones en las islas Picton, Lenox y Nueva, la Aviación argentina bombardearía las posiciones vitales chilenas de Punta Arenas (transporte, comunicaciones y abastecimiento, muy similar al resguardo de los puntos vitales que el Perú planeaba realizar con sus brigadas de comandos y paracaidistas) y de ahí iniciaría la ofensiva de blindados en la frontera Austral. Se esperaba que las fuerzas chilenas resistieran en la frontera, pero, ante el avance de las fuerzas trasandinas, retrocederían hasta la zona de Cabeza de Mar, a unos 50 km al norte de Punta Arenas. El General Nilo Floody, Comandante en Jefe de la Región Militar Austral en 1978, es quien mejor expresa los lineamientos que seguiría la defensa chilena para ambos casos:

*El ataque blindado tiene que tener resistencias muy organizadas para que no pase. De ahí, entonces, que nosotros a través de la frontera, con las tropas adelantadas, ya teníamos a las tropas adelantadas con posiciones defensivas para encausar posibles penetraciones blindadas, para guiarlos a determinados lugares donde pudiéramos abatirlos<sup>1290</sup>.*

De ahí, en sus palabras:

*La acción nuestra tenía previsto buscar derrotar a los argentinos en forma parcial, por partes. Derrotarlos en la acción ofensiva que pudiera llegar en Dorotea, la acción ofensiva que pudiera llegar en las islas, la acción ofensiva que pudiera llegar en uno de los puntos de Laguna de Mar, etc. Y de ahí, siempre hay que preverlo en los planes, posiblemente pasar ya a una contraofensiva. [...] Yo personalmente no pensé en el choque de blindados,*

<sup>1288</sup> Julio CANESSA; Francisco BALART PÁEZ: *Op. Cit.*, p. 285.

<sup>1289</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. II, p. 4

<sup>1290</sup> Entrevista al General Nilo Floody. En Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: 1978, el año en que vivimos en Peligro”, 1998.

*no es cierto, porque primero hay que desgastarlos, destruirlos de a poco y después atacar, porque si yo avanzo una columna de blindados, que era muy posible, y yo la contrarresto con otro ataque de blindados, bueno, vamos a destruirnos mutuamente. Mientras que, si yo espero, con la organización del terreno; con los bazucas, que son los antiblindaje; con las minas; con todos los elementos que tengo para destruir parte de los blindados, voy a ser yo el que va a ser el ofensor en un momento determinado sobre esa fuerza blindada*<sup>1291</sup>.

Si los peruanos, y más tarde los argentinos, esperaban un choque de blindados, se equivocaban enormemente. Sería la infantería la que resistiría y, en gran parte, se llevaría la peor parte, pero, como diría el Almirante Raúl López Silva, serviría para “*repeler cualquier intento de golpe, para que no se diera esta máxima guerrera del que pega primero pega dos veces. Pega primero, pero se va a encontrar con que lo paran en la mitad del camino, su golpe no llega a fondo y recibe el contragolpe*”<sup>1292</sup>. Un estilo defensivo bastante ofensivo y arriesgado, pero eficaz cuando los medios del defensor son bastante escasos. Y es que, como diría el Mayor Richard M. Swain “El principio de la ofensiva no sólo aplica a las operaciones defensivas es preciso que haya espíritu defensor, pues una defensa prolongada y pasiva crea el desasosiego, baja la moral y deja la ventaja de los intangibles al enemigo”. Muy en cambio, “Una defensa activa, conducida con un espíritu ofensivo, mantiene al enemigo en desbalance, restringe su habilidad para atacar y realza la seguridad”<sup>1293</sup>. Adhiriéndose a una postura más ofensiva, el mando chileno podía establecer el ritmo de la batalla y determinar el curso de la misma, explotando las debilidades del enemigo a la par que se estaba en mejor posición para aprovechar cualquier acción inesperado o despiste del adversario.

Por otro lado, estaba lo difícil que resultaba realizar una ofensiva en territorio desconocido, pues muy a pesar de que se tenía certera información del Norte Grande y la ciudad de Arica, siempre estaba el factor sorpresa. Es de lamentar que no existieran apreciaciones similares para el caso de la ofensiva peruana, pero, en cuenta de que Argentina tenía planeado una invasión de similares características, se podría suponer que guardasen similitudes en cuanto a las dificultades de la ofensiva y las facilidades, hasta cierto punto, que ofrece mantener una cierta posición:

*La verdad que siempre se ha dicho y mirado así en números que se teme que los argentinos hayan sido tan superiores a nosotros en un área determinada, pero no hay que olvidarse que ellos están montando una ofensiva en territorio desconocido, nosotros estamos haciendo una defensa en territorio propio, organizado, cada metro está organizado, las distancias de tiros están controladas. Así que una ofensiva no es tan fácil*<sup>1294</sup>.

Y es que como sostendría Emilio Meneses, elementos como la profundidad estratégica, relación fuerza/espacio y tecnología son factores que de lleno condicionan la balanza en una u otra dirección entre un balance ofensivo o defensivo, pues a mayor

---

<sup>1291</sup> Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: Los Años que vivimos en Peligro, 1975-1978”.

<sup>1292</sup> Idem.

<sup>1293</sup> Richard M. SWAIN: “Retorno a los Principios de la Guerra”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°409, 1982, p. 57.

<sup>1294</sup> Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: 1978, el año en que vivimos en Peligro”.

profundidad estratégica, mayor es la capacidad defensiva. Le proporciona una mayor capacidad para detectar las incursiones enemigas y preparar una contraofensiva en condiciones, además de permitirles construir un sistema defensivo escalonado<sup>1295</sup>.

Al menos, si consideramos los dichos del Brigadier Miguel Alfonso Doren, aquello mismo sería lo que el Ejército tenía planeado para las áridas arenas del desierto nortino:

*Teníamos que dejar un cementerio de tanques porque en infantería estábamos igualadas, pero la calidad de infantería nuestra era mucho mejor. Hasta el hito 15 los tanques podían pasar, después el territorio era un infierno además de los terrenos críticos, cómo quebradas que servían como obstáculos, había una barrera de tetrápodos, para enangostarle la pasada a los tanques, a medida que a un tanque le vas dando menos capacidad de maniobra lo puedes cazar mejor.*

Pero, ¿Y la ofensiva? En sus mismas palabras, la acción ofensiva comenzaría una vez que el infierno en Arica ya hubiese sido desatado. Y, mirado fríamente, daba a entender que, a pesar de lo disminuido en cuanto a material que estaban las fuerzas chilenas, la contraofensiva con bastante optimismo, quizás más de lo que los medios materiales podrían proporcionar:

*El plan de operaciones de la VI división consistía en aguantar, en la primera fase en Arica, el escuadrón de caballería iba a empezar un desplazamiento hacia el flanco de Tacna, la compañía de comando se infiltraría por aire y por mar, para provocar destrucciones en el camino de Arequipa porque ahí vendría la segunda tanda de tanque, la idea era demorar hasta donde se pudiera la llegada de los tanques. Las unidades se desplazarían hacia el norte. Se suponía que al tercer día íbamos a estar reunidos con las fuerzas, estos estaban cayendo en Tacna y en ese caso venía la ofensiva hasta el río Sama<sup>1296</sup>.*

De tal forma que el estilo defensivo adoptado por las fuerzas chilenas correspondería directamente a uno de carácter móvil o elástico como también se le ha llegado a conocer, en el cual deliberadamente se le cede terreno al adversario a fin de que este prosiga su avance mientras, simultáneamente, se le desgasta. Ahora la pregunta de rigor es específicamente si Chile pretendía ceder Arica al Perú y retirar sus fuerzas hasta Camarones, como lo esperaban los peruanos, o, derechamente, al igual que lo ha dicho la Historiadora Patricia Arancibia, levantar una Batalla al “estilo” Stalingrado. Bien lo decía Rodríguez Elizondo: “Había dos versiones con respecto a nosotros los chilenos. Una según la cual las instrucciones de Mena era declarar Arica ciudad abierta y defendernos más atrás, en Iquique. Pero eso me lo desmintió Mena cuando lo consulté, y según Mena, la instrucción de él era defender Arica casa por casa”<sup>1297</sup>. El mismo Coronel Odlanier Mena, encargado de la defensa, lo aclararía:

---

<sup>1295</sup> Emilio MENESES: “La Disuasión Aérea Chilena: Implicaciones Político-Estratégicas”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. XIX, 1998, p. 74.

<sup>1296</sup> Entrevista a Miguel Alfonso D. Citado por Claudia ARANCIBIA FLOODY: *El Rol del Ejército de Chile en las Crisis Vecinales en la Década de 1970*, p. 34.

<sup>1297</sup> Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: Los Años que vivimos en Peligro, 1975-1978”.

Entrevistador: *Se dice que en ese periodo el Gobierno militar abandonó económicamente a Arica y trasladó todo a Iquique.*

Odlanier Mena: *Jamás, al revés. Hasta que yo me recibí del mando, había una estrategia de declarar Arica ciudad libre y que la guerra continuara desde la frontera hacia la cordillera ofreciendo resistencias progresivas. Yo pensé, y lo digo responsablemente, porque creo que era la solución, que Arica también tenía que comprometerse con la guerra [...] Si perdiéramos Arica, nunca más la íbamos a recuperar, así que nunca pensamos en entregarla<sup>1298</sup>.*

Más tarde, ya en 2012, reafirmaría sus dichos en el marco de la entrevista realizada por Lilian Olivares:

*Desde los años 40, la idea estratégica para la zona era declararla ciudad abierta y replegarse a la quebrada de Camarones, defendiéndose desde ahí. Pero se aprobó la nueva estrategia defensiva que yo había propuesto, en caso de invasión peruana. Yo dije que si Arica caía abierta no la íbamos a recuperar jamás. Se cambió a lo que se llama "defensa tenaz". Puse piezas de artillería en patios de colegios, porque la población tenía que evacuarse. Recordando lejanamente Stalingrado, Arica era un bastión que no se podía dejar, porque era un obstáculo para pasar hacia el sur. Al costo que fuera, Arica tenía que ser una posición fortificada. Convirtiendo Arica en un Stalingrado, por así decirlo, combatiendo en ella, se ganaba la semana necesaria para organizar un potente contrataque desde el sur (con tropas de Copiapó a Iquique)<sup>1299</sup>.*

Algo que recientemente el Brigadier Mericq ha respaldado con sus propias palabras al sostener:

*En primer lugar, demostrar a Perú nuestra férrea voluntad (de civiles y militares) de defender Arica como lo hicieron los chacabucanos en La Concepción.*

*Retardar el avance de blindados para dar tiempo a nuestras Unidades del Sur a concurrir a la zona, y*

*Dar protección contra el fuego y vista a nuestras tropas<sup>1300</sup>.*

Ahora sin tanto fervor patriótico, el mismo encargado de llevar la defensa de frontera diría enfáticamente y sin tapujos que “Arica como ciudad, es terrible decirlo, es un obstáculo antitanque muy importante”; después de todo, “El combate de localidades es el más difícil, porque cada casa es una posición, en que el defensor tiene muchas ventajas contra el defendido”. Sería así como Arica nuevamente se convertiría nuevamente en el escenario de una encarnizada batalla entre países hermanos, en que cada barrio, cada calle y cada hogar sería la fortaleza en que las paupérrimas tropas resistirían el embate peruano hasta sus últimas consecuencias, más allá de que si los tan esperados refuerzos del sur lograban llegar.

---

<sup>1298</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

<sup>1299</sup> *La Segunda*, 22 de septiembre de 2012.

<sup>1300</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, p. 36.

La famosa frase de Bolognesi, “*Hasta quemar el último cartucho*”, paradójicamente, aplicaría a los chilenos más que nunca.

\*\*\*

### III. Preparando la Defensa

*Bendito sea Jehová, mi roca,  
Quien adiestra mis manos para la batalla,  
Y mis dedos para la guerra  
(Salmo CXLIV)*

Pero por más férreo que fuera el coraje de los defensores, para mantener una posición ante un ataque se precisa más que solo corazones valientes, más cuando Mena consideraba un simple hecho, la defensa debía ser mantenida al menos durante una semana: “*Mi misión como comandante del regimiento era muy clara, tenía que mantener la frontera el máximo de tiempo, mínimo una semana, hasta que llegaran los refuerzos del sur*”<sup>1301</sup>. Aunque el decirlo resultaba más fácil que lograrlo, como años más tarde confirmaría: “*Para esta finalidad, orienté todos mis esfuerzos de día, y muchas veces de noche, fijándome como primera misión, tratar de evitar la guerra en la medida en que me fuera posible. Mi misión era defender Arica durante siete días, como mínimo. Y yo tenía la seguridad que no alcanzaba dos días, por la desproporción. De ahí mi urgencia*”<sup>1302</sup>. A razón de esto último, se debían aprestar todas las medidas para que ello ocurriese al menor tiempo posible. Una de las primeras medidas que la guarnición del norte, bajo la tutela de Mena, sería la adecuación del terreno, pues, a pesar de todo, hasta el momento poco o nada impediría el avasallador paso de los vehículos blindados; por ende, era necesario instalar escalonadamente refuerzos defensivos y dotar de profundidad al dispositivo estratégico.

Contando con el apoyo de la CORFO, privados y la población civil a fin de materializar esto último. Los primeros trabajos consistieron en la construcción de parapetos delanteros mediante movimientos de tierra, fosas antitanques, camellones e instalación de tetrápodos; líneas de resistencia destinada a entorpecer, y ojalá detener, la ofensiva adversaria. El Brigadier Mericq Seoane recordaría el paupérrimo estado en que estaban las defensas:

Veíamos que un conflicto era inminente y entre ambos contendores existía una perfecta “*mesa de billar*”. ¿Durante tantos años transcurridos desde la Guerra del Pacífico nadie nunca pensó en organizar el terreno? Ahí fue cuando me acordé de una conversación sostenida con el general Arturo Álvarez Sgolia (Promoción 1952) sobre sus experiencias en Israel como observador de la ONU y le propuse al comandante del Regimiento construir montículos de arena desde el sector de la Quebrada de Escritos hacia Arica.

A través de las gestiones realizadas con la Junta de Delanto de Arica (JAA), la que facilitaría dos motoniveladoras (las que construían un camino de penetración hacia el caserío de Saguada, ubicado en la ladera sur de la Quebrada de Camarones) con las que se iniciarían los trabajos. Más tarde, nos dice Mericq, gracias al apoyo civil, se llegó a contar con al menos

---

<sup>1301</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

<sup>1302</sup> *La Segunda*, 22 de septiembre de 2012.

15 motoniveladoras y retroexcavadoras (algunas provenientes desde Chillán). Aquellos eran equipos al servicio de la CORFO y pertenecía al Servicio de Equipos Agrícolas Mecanizados (SEAM):

El terreno yo lo conocía como la palma de la mano: un “embudo” que el sector de la Quebrada de Escritos tiene aproximadamente unos 12 km, entre el litoral y los primeros contrafuertes, luego y un poco más hacia el sur la Quebrada de Gallinazo o Concordia con 6 km y, finalmente, según nuestros planes de la Lluta, con 3 km (desde Puntilla Condorio al mar). Decidí iniciar nuestros trabajos “limando” primero los bordes de la Quebrada de Escritos y luego levantando cerritos de arena en el borde sur de la Quebrada de Escritos (de una profundidad de 2 metros aproximadamente y estrecha), que bautizamos como “camellones”, pensado que los tanques deberían exponer así su parte inferior (sin blindaje) a nuestro armamento antiblindaje, pero al poco tiempo con don Héctor [funcionario de la Junta de Adelanto de Arica] empezamos a pensar en otros “diseños”: ondulaciones a fin de permitir el ocultamiento de los tiradores, en el borde norte de las quebradas para que si “cayeran” los blindados desde una mayor altura al fondo de ellas. Luego se nos ocurrió reforzar los camellones, enterrando rieles al sur de ellos, los que conseguí con el ingeniero Retamales (encargado del FF.CC. Arica-La Paz, donde yo era delegado). Pensábamos que con la sal del desierto los rieles se afianzarían aún más con el tiempo en la arena<sup>1303</sup>.

El Comandante Manuel Orellana rectificaría las palabras de Mericq:

*Se iniciaron muchos trabajos de terreno, los camellones, se minó la frontera... yo como era artillero me dediqué a hacer excavaciones y trabajos de tierra para las trincheras y para que las piezas de artillería estuvieran cubiertas. Todo a pala, picota y chuzo y el terreno era súper complicado, palas tuvimos que renovar a montones, pero así logramos construir varias trincheras, colocar las piezas y taparlas con redes para que de un avión desde la altura no pudiera ver nada. [...] No podíamos darle señales a los peruanos de que estábamos haciendo trabajos de tierra, muchos de los trabajos los hacíamos de noche sin luz<sup>1304</sup>.*

Más tarde, se concluyó que las labores de adecuación del terreno no deberían recaer únicamente en manos de los civiles, por lo que se decidió la creación del Regimiento de Ingenieros n°6 Azapa, ello a mediados de 1975, siendo su primer comandante el Teniente Coronel Luis Eugenio Alborno González.

Paralelamente, detrás de aquella línea defensiva se prepararon refugios para las tropas de reservas que actuarían concentradamente en el punto específico del ataque enemigo. También se habilitaron fondeaderos para los vehículos, en este caso jeep, los que tenían la finalidad de servir como escondrijo y como base de ataques, pues se esperaba que los vehículos, armados con cañones de 106 mm, atacasen a las fuerzas peruanas y después

<sup>1303</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, pp. 36-37.

<sup>1304</sup> Entrevista a Manuel Orellana M. Citado por Claudia ARANCIBIA FLOODY: *El Rol del Ejército de Chile en las Crisis Vecinales en la Década de 1970*, p. 31.

se retirasen nuevamente a sus posiciones. Como lo decía el Suboficial Waldo Campos, estas posiciones se desplegaron a unos 6 km de la frontera. Quizás el hecho más notorio fue el sembrado de minas antipersonales y antitanques en la zona que abarca la Línea de la Concordia y la ciudad de Arica con la finalidad de impedir la libre circulación entre la costa y las primeras estribaciones montañosas, logrando, además, concentrar el combate con los tanques peruanos se libraría en un frente muy angosto. De ahí que Mena expresara casi con orgullo “*Las primeras minas en la frontera con Perú son mías. Tenía que evitar la invasión*”. Complementando a estos refugios, se instalaron Tetrápodos como una línea de resistencia destinada a entorpecer, y ojalá detener, la ofensiva. Estas eran enormes moles de concreto, las cuales ya habían sido utilizadas para la construcción del Puerto de Arica y en Valparaíso para frenar el oleaje, allá por 1963. Se decidió contactar con el ingeniero Raúl Pey Casado, quien había participado en la construcción del Puerto bajo la firma Pey-Belfi, para que ahora los construyera con la finalidad de detener el avance peruano; sin embargo, aquellas moles utilizadas en la construcción diferían enormemente a las empleadas en la crisis de 1974, pues Pey, a sabiendas de la finalidad de estos, solicitó las características técnicas del tanque T-55 para hacerlos mucho más resistentes contra su embate. La tarea para construirlos, por decirlo menos, fue engorrosa hasta el extremo, pues para contar con los moldes era preciso contar con el permiso del Ministerio de Obras públicas.

En primera instancia, se contacto con la DINE (Dirección de Inteligencia del Ejército) para obtener los datos técnicos del blindado peruano, especialmente su fuerza de torque y la potencia del motor; ello, en palabras de Mericq, fue lo más sencillo. Lo segundo fue conseguir los moldes para los tetrápodos, los que no estaban en Arica, sino en Concepción. Primero se debió contactar con el Ministro de Obras Públicas, General Sergio Figueroa, quien encantado cedió los moldes bajo la condición de que los solicitantes se hicieran cargo de retirarlos y trasladarlos a Arica. Gracias a gestiones personales, y contactos entre amigos, los moldes fueron trasladados en el petrolero Montt bajo el comando del Capitán Francisco Huidobro. Se construyeron las tres primeras unidades, las que fueron instaladas en la desembocadura del río Lluta, las que, con el tiempo y la arena, terminaron por ser sepultados<sup>1305</sup>. Un testigo de la época dejó testimonio de ello:

*A lo largo de la quebrada del río seco, cerca de la frontera se construyó una línea de bunkers de hormigón que serían la primera línea de contención en caso de un ataque, estaban armados con antiblindaje porque el Perú tenía entonces una gran ventaja en cuanto a cantidad de tanques. El cerro del borde del río Lluta un poco más al sur, fué excavado para formar una segunda línea de defensa<sup>1306</sup>.*

Finalmente, los militares lograron sacar el mayor provecho a la conformación natural del terreno, especialmente a los pozones naturales comúnmente llamados “chuscas”, casi invisibles a los ojos de un tanquista, y distanciados entre sí por varios metros, eran agujeros cubiertos de una especie de polvo de talco. Si un contingente considerable de carros de combate se aventuraba imprudentemente a aquellos lugares si tomar las medidas de resguardo necesarios, lo más probable es que cayeran directamente en una, y bien “los

---

<sup>1305</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, pp. 39-40.

<sup>1306</sup> Testimonio de Tomás de Bradanovic.

tanquistas saben que si llegan a caer una ‘chusca’ es casi imposible que puedan salir de ahí por sus propios medios”<sup>1307</sup>, mucho menos si están bajo el intenso fuego enemigo.

Una cuestión bastante curiosa respecto a la preparación del terreno fueron las medidas de forestación que se llevaron a cabo en el borde norte de la Quebrada de Escritos, al norte de Arica y al sur de la línea fronteriza, a fin de que, llegado el momento y se diera la orden, se incendiarían con tal de retardar el avance peruano y, con la nube de humo que se levantaría, impedir la visibilidad del terreno delantero. Con tal cometido, y bajo la recomendación del SAG (Servicio Agrícola y Ganadero), se plantaron únicamente eucaliptus y mioporos, árboles de rápido crecimiento, adaptables a la zona y altamente incendiables. El artefacto que iniciaría los incendios serían dos bombas de pozo profundo, las que habían sido instaladas en la unión de la Carretera Panamericana con el borde norte de la Quebrada de Escritos<sup>1308</sup>. Los últimos trabajos en cuando a acondicionamiento del terreno fueron la construcción de puestos de observación en la Quebrada de Escritos en 1975, se construyeron al este de la Carretera Panamericana y se les bautizó con el vistoso nombre de “Sapos”, siendo un total de 3 los puestos construidos. De igual manera, se acondicionó una vieja mina como cuartel general, estando ubicada en el camino Arica-Acha (localidad a unos 5 km al sur de la capital regional). Esta mina abandonada sería facilitada por el empresario Eugenio Picasso.

Ahora quedaba la cuestión concerniente al personal, o más bien a quienes se encargarían de la defensa. Si bien los planes de un posible ataque peruano ya eran esgrimidos con anterioridad a 1973, solo sería con la llegada de Mena en enero de aquel año y la posterior notoriedad de la debilidad chilena tras el 11 de septiembre que se comenzaron a tomar medidas respecto al asunto. A pesar de que el Coronel Mena sostuviera que por aquellos días el Regimiento Rancagua n°4, el único apostado en Arica, era el más grande de todo, la cruda verdad es que la dotación era paupérrima. Por aquellos días la frontera tan solo contaba con 56 oficiales, 560 hombres de planta y 1.500 conscriptos organizados en un batallón de infantería, un grupo de artillería y una compañía de ingenieros de combate, un número más que insuficiente para defender Arica. Ante ello, citando a Patricia Arancibia Clavel, “Como reacción, las Fuerzas Armadas chilenas activaron su planificación de guerra, sin generar alarma pública. Se ordenó, entonces, el alistamiento operacional, practicándose una MSS (Movilización Secreta Selectiva) que consistió en llamar al servicio activo a reservistas y civiles especialistas en telecomunicaciones y electrónica, manejo de explosivos, conducción de vehículos pesados, pilotos de aviones, médicos, etc., reforzando en especial la VI División”<sup>1309</sup>. Con ello, solo sería el 14 de marzo de 1974 bajo el Decreto n°184, que se llamó al servicio al personal de Reserva de las clases de 1939 a 1953:

Llámesese al personal de Reserva de las Clases 1939 a 1953, con o sin instrucción militar, de la totalidad de los Cantones de la Jurisdicción correspondiente a la I, II, III, V, VI D.E y Div. Cab., a cumplir un período de instrucción post-militar en las Zonas Jurisdiccionales, por un plazo no superior a 28 días hábiles, continuos o escalonados, de acuerdo a las necesidades de esas Unidades Operativas.

Este Decreto tendrá un año de vigencia.

---

<sup>1307</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. II, p. 4.

<sup>1308</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, p. 41.

<sup>1309</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. IV, p. 2.

La Dirección General de Reclutamiento y Estadística de las Fuerzas Armadas y los Comandantes en Jefe de las citadas Unidades Operativas, arbitrarán las medidas del caso para poner en conocimiento de las Clases mencionadas la resolución del presente Decreto<sup>1310</sup>.

Paralelamente, utilizando procesos mecanizados, se logró clasificar las reservas, centrándose principalmente en las clases 1941 a 1953. Esta información fue enviada a los diferentes cantones de reclutamiento de todo el país a fin de una actualización exacta de los domicilios de los reservistas, y con ello hacer mucho más expedito el reclutamiento cuando las circunstancias así lo precisasen<sup>1311</sup>. Al año siguiente, Pinochet, ya como presidente de la República, firmó el Decreto n°308 de fecha del 16 de abril de 1975, junto al Ministro de Defensa Nacional, General Herman Brady Roche, donde llamaban al servicio activo en el Ejército, por el término de un año, a personal de Cabos y Soldados de Reserva. En 1974, de igual forma, se inició de forma experimental el Servicio Auxiliar Femenino del Ejército, “canalizando de esta manera el ferviente deseo de cooperar a las labores de desarrollo nacional que han manifestado las mujeres de nuestra Patria, a lo largo de todo Chile”<sup>1312</sup>.

En Arica, cuando ya llegaban las noticias del arribo de los tanques T-55 peruanos, y como se venía haciendo todos los años, se comenzó a realizar en los primeros días de enero de 1974 el llamado al Servicio Militar obligatorio. Si bien se mantuvo la ley de reclutamiento y nuevamente fueron llamados los estudiantes a los cantones, éste comenzó a ser condicionante de premios especiales para los que se enlistaran. Estos dos premios eran el puntaje de la Prueba de Aptitud Académica (PPA) para quienes reconocieran cuartel y conciliación de estudios con el Servicio Militar. Sobre aquella inusual motivación se dijo:

*Le valdrá puntaje de prueba académica a los que reconocen cuartel/ Informó oficialmente la Jefatura Militar del Departamento, que todos los ciudadanos que como consecuencia del cumplimiento de sus obligaciones militares, no pudieran matricularse en alguna Carrera Universitaria, estando habilitados para hacerlo, por haber obtenido puntaje suficiente, tendrán derecho de incorporarse a la Universidad de Chile sin someterse a nuevo proceso de selección en el período inmediato a la fecha de término de sus deberes militares.*

*Para optar a este derecho, los candidatos presentaran una solicitud en la Oficina de Selección o Admisión de Alumnos de la Universidad de Chile acompañando un Certificado que acredite la fecha entre las cuales se cumplió el Servicio Militar*<sup>1313</sup>.

Frente este aliciente de agrandar el contingente militar se lanzó la segunda “motivación” para los jóvenes ariqueños:

---

<sup>1310</sup> Decreto n°184 de 1974, de la Subsecretaría de Guerra del Ministerio de Defensa Nacional. Citado por Arturo FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ: *Op. Cit.*, pp. 22-23.

<sup>1311</sup> Augusto PINOCHET UGARTE: *Un año de Construcción. 11 de septiembre 1973. 11 de septiembre 1974*, Junta de Gobierno, Santiago, 1974, p. 40.

<sup>1312</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>1313</sup> *La Defensa de Arica*, 5 de enero de 1974, p. 6. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 182.

*Una comisión representativa de las Fuerzas Armadas, de las Universidades del país y de la Secretaría de la Juventud buscará la conciliación de los deberes militares de los seleccionados con la continuidad de estudios / Las Comisiones de Selección del Contingente de las diferentes unidades tienen instrucciones de considerar la continuidad de los estudios Universitarios, así como también los problemas socio-económicos. / Los estudiantes aceptados en las Universidades que aún no hayan iniciado sus estudios mantendrán sus derechos hasta después de haber cumplido el Servicio Militar*<sup>1314</sup>.

Con una duración de dos años, el Servicio Militar, y “con el objetivo de restar el mínimo de mano de obra calificada a las actividades laborales, industriales, agrícolas, etc., se acuartelará el máximo personal de alumnos que no hayan obtenido el puntaje suficiente en la Prueba de Aptitud Académica para ingresar a la Universidad”. Otras de las ventajas ofrecidas fue que los voluntarios que se presentaran, tendrían la oportunidad de preparar y dar nuevamente la PPA durante los dos últimos meses de cada año de conscripción<sup>1315</sup>. Con las presentes medidas, el Servicio Militar comenzó a tomar nuevos bríos en el país, y si bien en gran parte respondían a la crisis interna, también reflejaban de perfecta manera la necesidad de contar con recursos materiales y humanos en la frontera norte, más cuando la amenaza peruana se cernía sobre las cabezas de militares y civiles por igual.

Sin embargo, ello no era suficiente para detener la futura ofensiva, razón por la cual el Coronel Mena posteriormente declararía: “*Aceleré la preparación de combate de todo el personal a mis órdenes [...]. Establecí, además, exigentes metas de instrucción, y preparamos en forma masiva el reforzamiento de terreno*”<sup>1316</sup>. Con aquellos aprestos, el Regimiento Rancagua n°4, nos lo dice Mericq, quedó compuesto de la siguiente plana: estaba comandado por el Coronel (Infantería) Odlanier Mena Salinas; el Segundo Comandante, era el Teniente Coronel (Artilería) Oscar Acevedo Norambuena; de ahí le seguían los Mayores, ambos de infantería, Luis Aguayo Bernard y Luis Mericq Seoane. Por su parte, las unidades que componían el Regimiento, por aquel tiempo ya reforzado, Rancagua era 1 compañía de Plana Mayor y Servicios; 1 Batallón de Infantería Motorizada, al mando del Mayor (Inf.) Ricardo Ramírez, armado con fusiles SIG, ametralladoras Reinmethal y cañones AA. “Hispano Suiza” de 20 mm; 1 Grupo de Artilería, equipada con obuses de 105 mm N.A. al mando del Mayor Jaime Krauss Rusque (más tarde pasaría a Mario Silva Silva); 1ª Batería al mando del Capitán Simón Silva San Martín; 2ª Batería al mando del Capitán Eduardo Cruz Adaros; 3ª Batería al mando del Teniente Patricio Padilla Vaillén; 1 Batería de Montaña al mando del Capitán Pedro Collao Martí; 1 Batería Logística organizada en esos años, siendo su primer comandante el Capitán Marcos Bucarey Fuentes; 1 Sección ABL. con jeeps “Santana” equipados cañones s/r 106 mm, morteros italianos “ECIA”, jeeps “Land Rovers” ingleses de 0.5 y 0.75 ton y camiones españoles “Pegaso”; 1 Compañía ABL. con cañones ABL 106 con jeeps españoles “Santana”; 1 Compañía Blindada al mando del Capitán Jorge Leonicio Pacheco, con carros M-113, carros semioruga Scouts y cañones 106 en jeeps; 1 Pelotón de Telecomunicaciones (después pasaría a conformar una compañía), al mando del Capitán (Telecomunicaciones) Edmundo Laude

---

<sup>1314</sup> Ibidem, pp. 82-83.

<sup>1315</sup> Augusto PINOCHET UGARTE: *Un año de Construcción. 11 de septiembre 1973. 11 de septiembre 1974*, p. 46.

<sup>1316</sup> *La Segunda*, 22 de septiembre de 2012.

Barraza y posteriormente por el Capitán Jaime Orellana Verdugo; 1 Pelotón de Comando (que más tarde sería una Compañía); 1 Compañía de Ingenieros Motorizada Independiente, al mando del Capitán (Ingenieros) Hernán Pérez Verdejo. Todas estas unidades pernoctaban en el Cuartel n°1, el tradicional del Regimiento Rancagua, menos el grupo de artillería que lo hacía en el Cuartel n°2 San José, cercano al n°1, cruzando el río San José<sup>1317</sup>.

Ello incidiría directamente en el ámbito institucional, pues el Ejército realizaría una nueva reestructuración de sus unidades a la par que se materializaba el traslado de esas últimas al Norte Grande, al mismo tiempo que se incrementaba y creaban nuevos regimientos. En efecto, se completaron las dotaciones del Regimiento de Infantería Motorizado Reforzado n°4 Rancagua; se organizó el Regimiento de Ingenieros n°6 Azapa y el Regimiento de Caballería Blindada n°9 Vencedores, todos ellos con base en Arica. Igualmente, se creó el Regimiento de Comandos n°6 en Iquique y el Regimiento n°24 Huamachuco en Pacollo. Tanto este último como el Azapa surgieron del Rancagua. Del mismo modo, se desplazaron hacia sus zonas de empleo otros medios, reestructurándose así el Regimiento de Artillería n°6 Dolores desde Iquique hacia Arica y el Regimiento de Infantería Mecanizada n°5 Carampange se trasladó desde el litoral iquiqueño al sector de Baquedano, entre huara y Pozo Almonte. Finalmente, se crearía una unidad de caballería que se acantonaría en la localidad de Putre, la cual se organizó a partir de un Escuadrón que llegó primeramente al Rancagua, para luego ser trasladado a dicho poblado altiplánico, conformándose con oficiales, clases y soldados provenientes de varias unidades del arma de caballería, principalmente la Escuela de Quillota; el Regimiento Húsares de Angol; el Regimiento Cazadores de Valdivia; el Haras Nacional de San Bernardo; el Regimiento Coraceros de Viña del Mar; y el Guías de Concepción, entre muchos otros<sup>1318</sup>. Aunque ello no fue todo, pues también se dispondría el traslado de pelotones de telecomunicaciones desde Santiago, Curicó y Valdivia a fin de que lograran materializar los enlaces a las tropas de combate desplegadas en Arica y sus alrededores. Muy similar a lo ocurrido con el Regimiento de Ingenieros n°1 Atacama, el cual debió ser trasladado desde Copiapó a Chuquicamata, debido a que la unidad se hallaba a más de 700 km de la zona de empleo. Ello condicionó la creación del Regimiento de Infantería Motorizado n°23 Copiapó, unidad que ocuparía las instalaciones del Ingenieros. Todas estas unidades pasaron a conformar la VI División del Ejército; sin embargo, mientras esta verdadera migración de personal militar hubiera permitido sobrellevar de mejor manera la amenaza peruana, ello a su vez significaba un significativo esfuerzo económico y material, a la vez que conllevaba el disminuir prácticamente casi toda la capacidad del resto de unidades del centro y del sur para proyectarlas en el norte. Esto se hacía más preocupante cuando en la zona austral comenzaban a sonar los tambores de guerra.

Por ello mismo no es de extrañar que comenzara a arribar una ingente cantidad de hombres de armas a la Ciudad de la Eterna Primavera. Tomás Bradanovic, quien fuera un joven de 19 años y estudiante de electrónica en INACAP, recordaba la enorme cantidad de soldadesca que arribaba a la ciudad:

*De pronto Arica se empezó a llenar de regimientos, tanto en la ciudad, desierto y altiplano, se plantaron unas 20000 minas antipersonal en la frontera y aparecieron largas líneas de tetrapodos y trincheras antitanque*

---

<sup>1317</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, pp. 32-34.

<sup>1318</sup> Arturo FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ: *Op. Cit.*, p. 30.

*alrededor del río Lluta. Parecía que todo el ejército de Chile se había venido para la ciudad*<sup>1319</sup>.

Un testigo de la época, y que participó en el traslado de las tropas, recientemente ha expuesto públicamente su experiencia:

*Desde el puerto de Valparaíso zarpaban en distintos transportes de la Armada, el contingente del Ejército que había realizado un Servicio Militar acelerado de tres meses, desde unidades guarnecidas en la zona central y sur de Chile. Al autor del presente trabajo le correspondió trasladar soldados conscriptos en la Barcaza “Policarpo Toro”, provenientes del Regimiento “Maipo”, iniciándose la navegación una noche del mes de enero de 1975, antes del amanecer del quinto día, aproximadamente a las 2 de la madrugada, la nave ancló en la histórica Bahía de Pisagua, quedando a la gira en ese lugar. Desde la barcaza el contingente se transbordó a unas embarcaciones llamadas Pangas, cuya capacidad podía acoger a un centenar de soldados. Dicho desembarco no duró más de un par de horas, pues antes de aclarar el día, ya retronábamos de regreso al sur, solo con el personal de instructores de cada unidad. / De vuelta en Valparaíso, al día siguiente me embarcaba en la misma nave con otro grupo de soldados, a objeto de efectuar un segundo traslado. O sea, durante todo el mes de enero de 1975 estuve navegando para transportar contingente al norte, dada la delicada situación que se tenía con Perú. / En esta segunda ocasión el destino fue Arica, atracando la nave directamente en el mencionado puerto, porque la crisis pasaba por el momento más tenso y el Ejército requería completar las unidades de esa zona fronteriza a la mayor brevedad. / Una vez entregado el contingente en el puerto de Arica a las unidades receptoras, capté la gravedad de la situación. El Ejército en “pie de guerra”. Con todos aquellos militares que logré conversar, manifestaban que el enfrentamiento bélico era inminente, se notaba una “atmósfera bélica”<sup>1320</sup>.*

Como era de esperar, y como se aprecia claramente en el testimonio anterior, la mayoría de las tropas que marchaban hacia el norte lo hacían en la más absoluta oscuridad, al abrigo de la noche y, por demás, de cualquier ojo curioso:

*Por las noches llegaban buques al Puerto de Arica de los cuales desembarcaban vehículos, municiones, armamento y personas. Llegaban también por las carreteras columnas de buses llenos de personas. Sin embargo, todo esto se hacía sobre todo de noche para no despertar alarma en la ciudadanía. [...] Al principio éramos 2000 hombres y llegamos a tener 20 mil o más, solamente en la zona de Arica. [...] Se tuvo que crear una policía militar, imagínate, una ciudad pequeña, y de repente llegan 20 mil hombres, imagínate cuando salían [...] Llegaron de todas partes, de*

---

<sup>1319</sup> Testimonio de Tomás Bradanovic.

<sup>1320</sup> Arturo FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ: *Op. Cit.*, pp. 33-34. Las cursivas son nuestras.

*Santiago, del sur, eran oficiales, personal de planta, soldados conscriptos que duraron hasta 4 años de conscripción y también varios reservistas*<sup>1321</sup>.

Fue tal la cantidad de personal que arribó a la zona norte que obligó al Ejército a requisar hasta 8 establecimientos civiles, en su mayoría galpones industriales y dependencias para convertirlos en cuarteles. Una de estas instalaciones fue la fábrica de automóviles British Leyland, la que pasó a convertirse en el Cuartel n°5, en el que fueron instalados el 1° Batallón de Infantería y 2 Compañías de Artillería. De forma paralela, se requisaron los hoteles Andino y El Morro para servir como casino para los oficiales. El cuartel “Pedro Lagos”, en la calle Azola, albergó al III y IV batallones mandados por los capitanes Luis Palma Klenner y Adolfo Vásquez Moreno respectivamente. Finalmente, el Camping Las Machas pasó a denominarse Cuartel Las Machas y se habilitó y condicionó para recibir unidades antiblindajes<sup>1322</sup>.

Un dato curioso de toda esta apropiación de instalaciones civiles por los militares y su constante uso fue el cálculo bastante peculiar que el Dr. Ugalde, médico cirujano del Rancagua, realizó respecto al monto total de deposiciones del personal que ahora alojaba en las nuevas “barracas”. Las que en el pasado habían sido las industrias e instalaciones destinadas para los trabajadores de British Leyland y Citroen, ahora en manos militares, no darían abasto para recibir la carga diaria de deposiciones de las unidades, la que no era nada menos que unos ¡1.800 kg diarios! Soluciones alternativas debieron buscarse para solventar un “detalle” como ese. Había otras unidades que no contaban siquiera con la comodidad de baños o instalaciones sanitarias en general, ejemplo de ello fue el “Campamento de Tránsito” en Pisagua, comandado por el Mayor Olaguier Benavente. Aquello no era más que un campamento improvisado y en la que solamente se podía ver “a esta verdadera muchedumbre de soldados, que sobrevivían en un pueblo abandonado, lejos de sus seres queridos y de cosas tan habituales como una buena ducha”<sup>1323</sup>.

Ello debiera darnos una idea de lo difícil de la situación para los hombres que, básicamente, las harían de escudo en el norte. Pero si antaño los ejércitos partían a la batalla al son de tambores e himnos, ahora el escenario se asemejaba más a una marcha fúnebre. No había música ni pétalos de flores, ni menos multitudes exacerbadas despidiendo a sus queridos. Solo silencio y ánimo de acabar rápido la travesía, antes de que los otrora vencidos se convirtieran en vencedores al caer con todo su poderío sobre Arica. Pero por el simple hecho de contar con un potencial humano considerable, nada impedía que los peruanos pasasen sobre ellos como cual cuchillo atraviesa la mantequilla. Era menester armar a los hombres, prepararlos para lo que se avecinaba y, como se diría en jerga militar, “darles una calurosa bienvenida”.

Como lo ha dicho Julio Canessa, “Pese a las dificultades, la tarea se emprendió con entusiasmo. Se actualizaron los planes de defensa; se llamó a filas y entrenó a miles de reservistas y se alistaron los núcleos de completación y refuerzo; se preparó el transporte y se comenzó en el norte la febril actividad de construcción de cuarteles, refugios, fortificaciones de campaña, refuerzo de caminos, etc. Al mismo tiempo se pusieron en funcionamiento pleno las Escuelas Matrices de Oficiales y Clases, como asimismo las Escuelas de Armas y especialidades, iniciándose una masiva formación del personal

---

<sup>1321</sup> Entrevista a Héctor Villagra, pp. 28-29.

<sup>1322</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, pp. 41-42.

<sup>1323</sup> *Ibidem*, p. 43.

necesario para dotar a las Unidades que se iban a movilizar. Paralelamente, el país continuaba su actividad para normalizar la sociedad, recuperar la economía, adecuar la administración y asegurar la unidad de la nación”<sup>1324</sup>. Sin embargo, y como se ha señalado al principio de este capítulo, la capacidad chilena para producir su propio material de guerra era bajísima. Lo que necesitaba, únicamente podía ser adquirido en el extranjero y, para empeorar las cosas, no había divisas ni condiciones económicas para asegurar el suministro. Ante la imperiosa necesidad de la situación, y de contar con repuestos para las armas en servicio, se debió contar con el apoyo de algunas empresas civiles, las que comenzaron a fabricar partes y piezas que fueron aumentando la eficiencia, calidad, variedad y cantidad de los pertrechos disponibles. La demanda de minas y artificios explosivos desarrolló industrias, a las cuales se agregó la fabricación de granadas de mano y de bombas de aviación. En el ámbito castrense, FAMAE (Fábrica y Maestranzas del Ejército); ENAER (Empresa Nacional de Aeronáutica de Chile) y ASMAR (Astilleros y Maestranzas de la Armada) aumentaron su capacidad de producción y diseñaron una planificación orgánica que se tradujo en un proceso progresivo y continuo de desarrollo, con lo que por primera vez el país contó con una incipiente industria militar<sup>1325</sup>. Aunque, por cuestiones de patentes y derechos de fabricación, la producción de armamento moderno nacional se vio limitada, al menos ello era lo que recordaba el General Bonilla Bradanovic<sup>1326</sup>.

Con ello se esperaba, y como lo dispondría la Dirección General de Logística del Ejército, completar el nivel orgánico de munición y entregar como mínimo 5 días de operación a las unidades del norte, completar el armamento correspondiente a las unidades movilizadas y por movilizar, recuperar el material blindado no operacional de la VI y I División. A la FAMAE se le ordenó la fabricación de unos 6.000 corvos; la transformación de fusiles de 7 mm a 7.62 mm; la fabricación de unas 10.000 ametralladoras tipo UZI calibre 9 mm; la adquisición de las herramientas de Ingenieros para el Ejército movilizado; la recuperación de los cañones antitanque de 37 y 57 mm, dando una mayor prioridad a los del calibre más algo y que podían realizar algo de daño a los blindados peruanos; como también el traslado de 10 tanques M-41 y 4 carros de transporte de personal desde la II División en Santiago a la VI en Iquique con plazo urgente. Del mismo modo durante una noche se trasladarían por tierra tres tanques M-41 desde Antofagasta a Iquique<sup>1327</sup>. También se transportaría desde Punta Arenas una compañía de tanques con sus respectivos conductores y personal al Regimiento Blindado n°1, en Iquique, pasando a constituir la 2° Compañía de Tanques de esa unidad. Con aquella incorporación, aquel regimiento pasó a ser la unidad con más tanques M-41 del país<sup>1328</sup>. Esto último se materializó por la total carencia de blindados en el norte, algo que el mismo Coronel Mena años más tarde confesaría:

*Una anécdota que se produjo entonces fue que cuando estábamos intentando materializar la reunión del abrazo de La Concordia, estaba el general Morales Bermúdez [...] en mi casa y me dice, “Mira Odlanier, te encuentro*

---

<sup>1324</sup> Julio CANESSA; Francisco BALART PÁEZ: *Op. Cit.*, p. 285.

<sup>1325</sup> Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, pp. 44-45.

<sup>1326</sup> “New Defense Minister complains re US arms deliveries”, 17 de julio de 1974. 1974SANTIA04226\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>1327</sup> Testimonio del aquel entonces Subteniente Raúl Meneses C., oficial encargado de trasladar los tanques. Citado por Arturo FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ: *Op. Cit.*, p. 18.

<sup>1328</sup> Pedro HORMAZÁBAL ESPINOSA: “Evolución de las Unidades Blindadas en Chile. 1944-1982”, en *Perspectivas de Historia Militar*, Academia de Historia Militar, julio de 2019, p. 23.

*toda la razón, te felicito por tu idea y la apoyo. Qué te parece si en la ceremonia yo pongo 40 o 50 tanques, los que quieras, y tú pones una cantidad similar”. Yo le dije, “Francisco, qué te parece si hacemos una cosa simbólica mejor, con las bandas, el estandarte y un pelotón de 30 hombres, para qué vamos a estar haciendo demostraciones de fuerza”. En realidad no tenía otra alternativa, porque lo único que tenía eran dos tanques en el regimiento, esa era la verdad<sup>1329</sup>.*

Básicamente, todo lo que pudiera disparar era enviado al norte, un ejemplo de ello eran los escasos tanques que poseía Chile, muchos de los cuales estaban inservibles y siquiera andaban, todos ellos fueron enviados a Arica para ser utilizados casi como artillería, disparando desde posiciones fijas<sup>1330</sup>. Sabemos que gran parte de los blindados fueron trasladados a la frontera norte, al punto que ninguno de ellos participaría en la Parada Militar de 1974. Obviamente las versiones de la prensa no dirían eso, al menos en las palabras del Coronel Oscar Coddou: “Dijo que en la parada [militar] participarán sólo unidades de infantería y que las fuerzas motorizadas y blindadas no desfilarían [...] debido al enorme costo que significa el traslado de personal y por las circunstancias de reconstrucción nacional que vive el país”<sup>1331</sup>. Incluso cuando los blindados estuvieran inutilizables eran enviados al norte, tal fue el caso de los antiquísimos M-3 Stuart, los que eran utilizados en las posiciones fijas. Cariñosamente se les apodó “las antorchas”, no por el daño flamígero que podían causar en el enemigo, sino porque el tanque se encendería inmediatamente por mucho tiempo una vez que recibiera el impacto de los T-55, quemando completamente a su tripulación, los cuales, debido a la estrechez misma del vehículo, seguramente no podrían escapar<sup>1332</sup>.

Pero con todo, según las estimaciones de la inteligencia chilena, ello sería insuficiente, pues, como se revelaría en una conversación entre el embajador Popper, Pinochet, el General Herman Brady, por aquellos días Ministro de Defensa, y el General Arellano Stark; la proporción entre los blindados chilenos y peruanos era de 10 a 1:

*At this point Gen. Brady weighed in strongly on the subject of increasing Chilean fears regarding Peru's growing military superiority. He went through the lopsided ratios between the Peruvian tank and armored personnel carrier inventories and those of Chile. Specifically, he said Chilean intelligence estimated there were 300-plus Russian T54 and T55 tanks, 120 French AMX13 tanks and 40 Sherman M4 tanks in Peruvian hands. The latter balanced off the 40 Sherman tanks Chile possessed; accordingly, it might be said that Peru was more than ten times more powerful on the ground than Chile. [...] In addition, Brady continued, Peru had SAM 3 and SAM 6 missiles as well as important quantities of US and French 105 and 155 artillery. Peru*

---

<sup>1329</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

<sup>1330</sup> Aquiles GALLARDO PUELMA: *Op. Cit.*, p. 108.

<sup>1331</sup> *La Concordia*, 29 de agosto de 1974, p. 2. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 116.

<sup>1332</sup> *Ibidem*, p. 141.

*had recently created a new armored brigade in the south, using the Russian T55 tanks and US-supplied M113 armored personnel carriers*<sup>1333</sup>.

Paralelamente se modificó armamento para hacerlo más “acorde” a las necesidades del momento, y es que debido al embargo, difícilmente se podía realizar otra cosa. La primera de estas modificaciones fue la que aplicó en los viejos tanques M-24. Se había observado con mucho interés la solución del Ejército noruego que, a mediados de los 70, modificó sus M-24 con un cañón francés de 90 mm idéntico al que utilizaban los carros EE-9 Cascavel en Chile; no obstante, una solución mejor, y probablemente más barata, apareció: la empresa Isaraelí IMI ofreció instalar cañones de alta presión HVMS, capaces de disparar proyectiles APDSFS de 60 mm, denominados flecha, a unos 1.600 m/s con la potencia de perforar la resistente coraza de los T-55<sup>1334</sup>. Mericq recordaba que también, allá por 1974, se reorganizó un Batallón de Artillería liviano, equipado con 9 cañones N.A de 37 mm (usados durante la II Guerra Mundial en África), equipados con una mira “SUPRA” de fusil adaptada y tractados por camiones UNIMOG. Esta poca ortodoxa unidad la mandó el Teniente Crisólogo Perretti<sup>1335</sup>.

Sin embargo, tal como ocurriría años más tarde en la crisis del Beagle, y venía ocurriendo desde décadas atrás en las filas de las Fuerzas Armadas, muchas veces se debió echar mano a la improvisación y, por qué no decirlo, al ingenio; después de todo, la necesidad ha sido la madre y guía de la inventiva. Esto no implicaría la creación de grandes y sofisticados artilugios, sino, muy al contrario, eran pequeñas creaciones con material común y corriente que solo tenían una única finalidad, detener al enemigo mientras avanzaba. Todas estas iniciativas, nos decía Mericq, “no importaba si provenían de un oficial, suboficial, clase o soldado, eran analizadas y adoptadas si lo ameritaban”. Quizás las más famosas, y que se seguirían utilizando, fueran los llamados “erizos”, “que eran tambores de parafina vacíos llenos de arena, cemento y rieles como obstáculo antitanque”<sup>1336</sup>, o los famosos miguelitos de acero de más de un metro de alto para detener a los paracaidistas. Algunas de estas invenciones saldrían del ingenio del ingeniero civil Luis Mery. Esta improvisación también aplicó al tema de las municiones, pues, como recordaba un oficial de blindados de Antofagasta, al parecer no se disparó un solo proyectil en todo 1974 con tal de ahorrar munición. Frente a ello, y las exigencias que imponía la pobreza de material, se creó un “engendro” que se creó en los cuarteles, tal cosa no era otra que un proyectil de madera de unos 22 mm con que los cabos debían aprender a disparar sus tanques<sup>1337</sup>. También se

---

<sup>1333</sup> “En este punto, el General Brady intervino fuertemente en el tema de los crecientes temores chilenos sobre la creciente superioridad militar de Perú. Revisó las proporciones desiguales entre el tanque peruano y los inventarios de vehículos blindados y los de Chile. Específicamente, dijo que la inteligencia chilena estimó que había más de 300 tanques rusos T54 y T55, 120 tanques franceses AMX13 y 40 tanques Sherman M41 en manos peruanas. Este último equilibró los 40 tanques Sherman que poseía Chile; en consecuencia, podría decirse que Perú fue más de diez veces más poderoso en el terreno que Chile. [...] Además, continuó Brady, Perú tenía misiles SAM 3 y SAM 6, así como cantidades importantes de artillería estadounidense y francesa 105 y 155. Perú había creado recientemente una nueva brigada blindada en el sur, utilizando los tanques rusos T55 y los transportes de personal blindado M113 suministrados por los EE. UU”. “Pinochet presses for urgent decision on FMS credits for Chile”, 30 de junio de 1975. 1975SANTIA04600\_b. Margaret P. Grafeld Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 06 JUL 2006.

<sup>1334</sup> EJÉRCITO DE CHILE: *Familia Acorazada del Ejército de Chile*, p. 56.

<sup>1335</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, p. 42.

<sup>1336</sup> *Ibidem*, p. 37.

<sup>1337</sup> Aquiles GALLARDO PUELMA: *Op. Cit.*, p. 109.

recurrió a la Escuela de Ingeniería de la Universidad Católica para que se estudiara el diseño de cohetes.

Otras de las medidas adoptadas concernían a los jeeps “Santana” armados de cañones de 106 mm, la que constituía la columna vertebral de los armamentos antitanque. Con la ayuda de la Industria Citroen, se les dotó de las llamadas “placas areneras”, que no eran más que planchas de acero golpeadas con un martinete, y cuyo objetivo principal era el evitar que los neumáticos quedaran atascados en las arenas del desierto, dotándoles de dos de ellas por cada vehículo. Bajo la dirección y gestión de la VI División del Ejército se procedió, igualmente con Citroen, a la construcción de vehículos bautizados como “Yagán”, los cuales no eran más que la tradicional Citroneta, solo que sin techo y acondicionados para una ametralladora 0.50. A algunos de estos “yaganes” se les dotó de una estructura liviana la que, si se miraba desde cierta distancia, daba la impresión de estar frente a un tanque. Tal experimento, a pesar de lo novedoso, no funcionó del todo, razón por la cual los vehículos debieron ser relegados únicamente a las labores de transporte de personal hacia y desde el Frente Norte.

Pero el Ejército no fue la única rama que marcharía silenciosamente al norte, la Armada y la Fuerza Aérea también harían lo suyo. De hecho, respecto a esta última, el General Matthei recordaba en sus memorias el encargo que el General Leigh, por aquel entonces aún Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea: *“Yo lo nombraría director -me dijo-, pero como ese cargo le corresponde a un general, lo voy a nombrar jefe del departamento de Planes, que en el fondo es el centro donde se realizan los trabajos. Su misión será preparar la Fuerza Aérea para la guerra porque las cosas con Perú se están poniendo muy serias”*<sup>1338</sup>. Los preparativos comenzaron, y uno de los primeros movimientos fue reforzar el contingente con la llegada de los A-37 DragonFly de ataque liviano, lo que se terminó de hacer con 34 nuevas aeronaves que arribaron en 1976. Estos aviones tendrían la misión de bombardear los avances blindados y unidades de infantería adversarios, mientras que para el combate con los poderosos Mirage peruano se esperaba contar con la imponente presencia de los F-5, los que, para alivio de las Fuerzas Armadas, llegaron en 1975. Muchas de estas nuevas adquisiciones arribaron directamente al Teatro de Operaciones Norte. También surgieron ideas como la de instalar un misil Shafir israelí en los Hunter con tal de potenciarles, dejándoles en capacidad de “morder” a los Mirage por la espalda<sup>1339</sup>.

Sin embargo, la preparación de la Fuerza Aérea pasó más por la habilitación de la infraestructura para apoyar a las aeronaves. Por ejemplo, sabemos que se ocultaron depósitos de carburantes en la zona norte, en lugares como Cuya, Huara, Victoria, Baquedano y Quillagua, aunque algunos de estos depósitos se habrían planeado y construido años antes de 1975<sup>1340</sup>. La mayor preocupación fue la adecuación de las pistas de aterrizaje, pues por 1974 tan solo se podía contar con la base de Cerro Moreno (Antofagasta) y Chacalluta (Arica), pues la Base Los Cóndores en Iquique estaba prácticamente reducida a escombros. Sería por eso que “con posteridad al 11 de septiembre de 1973, se ha reanudado con la mayor celeridad la ejecución de algunas importantes obras”. Entre estas obras estaban el alargamiento y refuerzo de la pista del Aeropuerto Internacional de Chacalluta, además de la ampliación de la losa de estacionamiento para permitir la operación expedita de los aviones. En el Aeropuerto de Chucumata, que estaba en construcción, se procuró el concluir

---

<sup>1338</sup> Fernando MATTHEI; Patricia ARANCIBIA; Isabel DE LA MAZA: *Op. Cit.*, p. 190.

<sup>1339</sup> Idem.

<sup>1340</sup> Eleodoro VENTOCILLA: *Op. Cit.*, p. 40.

áreas como la pista, rodajes y losas. En Cerro Moreno se trabajaba en para habilitar una pista secundaria, a la par se ejecutaban obras de refuerzo y alargue de la pista principal<sup>1341</sup>. Finalmente, trozos de la ruta 5 norte de la Carretera Panamericana fueron pintados con signos fosforescentes para que pudieran funcionar como pistas en caso de ser dañados los aeródromos usuales<sup>1342</sup>. Más allá de eso imposible, bien diría Matthei ante la compra de material bélico para la aviación por parte del Perú en la URSS, “*Nosotros tuvimos que contentarnos con mirarlos, pero ellos los compraron*”<sup>1343</sup>.

Por su parte, la Armada, siendo la mejor equipada de las tres ramas, navegó con toda la escuadra, submarinos y fuerzas anfibias para estacionarse desde 1974 en adelante en el Puerto Aldea hacia el norte. Buques con municiones y buques-hospitales se fondearon en recodos de bahías y ensenadas; los oficiales fueron llamados a sus puestos, completándose las dotaciones de los barcos. En más de una vez, cuando la crisis se agudizaba, la escuadra enfiló hacia el norte, tal fue el caso del Destructor Zenteno, gemelo del Destructor Portales, y su arribo al puerto de Mejillones en 1974, cuestión que sería vista con suma curiosidad por la prensa nortina<sup>1344</sup>. “*Fue una larga crisis*”, evocaría el Almirante Ronald MacIntyre, por aquel entonces secretario general de la Armada. “*Había un alistamiento diario. Vivimos en permanente alerta*”<sup>1345</sup>.

\*\*\*

#### IV. Entre las Trincheras

- *¿Puede un hombre todavía ser valiente cuando tiene miedo?* - dijo Bran.  
- *Esa es la única vez que un hombre puede ser valiente.* - dijo Lord Eddard.  
(George R. R. Martin, *Canción de Hielo y Fuego*)

Pero una cosa es transportar material y hombres hacia el escenario de la próxima batalla y otra cosa muy diferente es que los hombres tuvieran la predisposición para combatir en condiciones tan adversas, pues, con todo lo que se había preparado, los peruanos aún consideraban que, de declararse la guerra, la cuestión no sería más compleja que “dejar a los blindados avanzar”. Sin embargo, a pesar de las adversidades presentadas por la situación misma, los ánimos entre las tropas chilenas no amainaron en lo absoluto; en cambio, parecía mantenerse elevado y dispuesto a presentar batalla hasta las últimas consecuencias. En este caso parecía aplicar lo descrito por Sun Tzu y su máxima de no presionar a un enemigo que yacía acorralado:

Las bestias salvajes, cuando están acorraladas, luchan con desespero. ¡Esto es mucho más verdadero cuando se dice de los hombres! Cuando saben que no hay alternativa luchan hasta la muerte<sup>1346</sup>.

---

<sup>1341</sup> Augusto PINOCHET UGARTE: *Un año de Construcción. 11 de septiembre 1973. 11 de septiembre 1974*, p. 181.

<sup>1342</sup> Ascanio CAVALLO; Manuel SALAZAR; Oscar SEPÚLVEDA: *Op. Cit.*, p. 90.

<sup>1343</sup> Fernando MATTHEI; Patricia ARANCIBIA; Isabel DE LA MAZA: *Op. Cit.*, p. 188.

<sup>1344</sup> *La Defensa de Arica*, 14 de noviembre de 1974, p. 2. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 127.

<sup>1345</sup> Aquiles GALLARDO PUELMA: *Op. Cit.*, p. 109.

<sup>1346</sup> SUN TZU: *Op. Cit.*, p. 156.

Sin descartar que esto en parte respondiera al discurso post facto y a la efervescencia propia de los momentos antes de la batalla, no debemos olvidar que ante el avance peruano muchos de aquellos pobres diablos no constituirían más que un colchón de carne y hueso a la espera de los refuerzos del sur. Serían ellos la primera línea que aguantaría casa por casa y serían ellos los encargados de ganar el mayor tiempo posible aún a costa de sus propias vidas. Pese a la enorme carestía en hombres y materiales, no se dio señal alguna de debilidad anímica; muy al contrario, Chile tomaría la determinación de “quemar sus propias naves” al desgarnecer gran parte de las fronteras con Argentina y llevar lo máximo de material posible al desierto. El mensaje era claro, o era todo o era nada.

Pero si ello fuera poco, las condiciones en el desierto no eran ni por cerca las más “óptimas”, ello se complejizaba cuando se daban las alarmas:

*En medio de la noche, una fila de jeeps con las luces apagadas se desliza fuera del regimiento. Silenciosamente, miles de hombres toman senderos y huellas para ocupar sus posiciones. En las trincheras los esperan armas y municiones... El Ejército chileno se ha desplegado -listo para el enfrentamiento- en la más grave crisis militar de las últimas décadas. Al otro lado del límite las tropas peruanas se levantan en una gigantesca movilización sobre la frontera con Chile. Desde Lima, el gobierno de Juan Velasco Alvarado vuelve a alistar su poderosa maquinaria militar. / No es la primera noche y tampoco será la última en la que soldados ocupen trincheras y arenas, y en la que se teme que, finalmente, Chile y Perú se enfrenten en una sangrienta guerra. Durante meses de larga tensión, un y otra vez Arica se aprontará a defenderse en esa larga espera, que, desde hace más de un año y medio vive el norte chileno<sup>1347</sup>.*

Estas palabras las esgrimiría la periodista Sara Valdés allá por 1993, pero no se acercaban a la realidad de los miles que estaban acampando en la frontera, sin más abrigo que el proporcionado por sus tiendas de campaña. El mismo Coronel Mena, cuando era Capitán del Rancagua, recordaba:

Durante el día no se vía un alma en esa especie de cancha de fútbol que separa Arica de la línea fronteriza [...], pero de noche era un hormigueo: la tropa salía de las trincheras y fosos de tiradores para reabastecerse en los senderos que corrían bajo los tetrápodos. Había que llevarles desde agua a municiones. Acarreábamos todo en silencio y en plena oscuridad. En algunos sectores, particularmente expuestos, tendimos unos “caminos nocturnos” que consistían en estacas muy cerca del suelo, unidas por un cordel. Las patrullas se movían son soltar el cordelito, porque en la noche es muy fácil perderse en pampa. Lo único importante era aguantar. Sabíamos que teníamos que mantener la posición a como diera lugar y usar toda nuestra voluntad y espíritu de lucha para atajar a los peruanos. Arica no podía caer<sup>1348</sup>.

---

<sup>1347</sup> Citado pro Aquiles GALLARDO PUELMA: *Op. Cit.*, p. 119.

<sup>1348</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. IV, p. 4.

Bien diría Mena a posteridad: “*Los peruanos habían trasladado de Arequipa al sur 400 tanques. Nosotros dormimos muchas veces en la frontera, desde coronel hasta el último soldado, en las posiciones de guerra, cosa que la gente aquí no se percató*”<sup>1349</sup>. El Coronel Mena evocaba la situación en general: “*la situación militar era tan angustiada, que el general Augusto Pinochet fue en visita de inspección a Arica con una nutrida delegación de jefes del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Y estuvo revisando con mucha exigencia mi planificación y parte de las instalaciones defensivas, entre el 17 y el 20 de octubre de ese año. Es importante la fecha*”<sup>1350</sup>. En aquella ocasión, recordaba que el mismo Pinochet recorrió las trincheras:

Mientras durante el día el general Pinochet atendía audiencias en la gobernación y conversaba con la gente en la calle esforzándose por demostrar normalidad, por las noches se ponía uniforme de combate y junto al general Forestier se internaba en los dispositivos defensivos, trampas antitanque, trincheras y fosas mimetizadas, animando a la tropa y haciendo todo tipo de observaciones<sup>1351</sup>.

Otros de los observadores fue Arturo Rodríguez Fernández, quien fuera un tripulante de los muchos navíos encargados de transportar a los soldados al norte, nos decía que junto a la tripulación de la nave fue invitado por el Teniente Coronel Miguel Alfonso Doren a conocer las posiciones defensivas que habían construido: “Se pudo evidenciar un puesto de mando bajo tierra en las inmediaciones del río Lluta, como también, como se instalaban cargas explosivas en los puentes que cruzan las diferentes quebradas de la ruta 5; el clásico corvo garra de águila [*sic*] era llevado al cinto por todo el personal; los pequeños cañones de 37 y 57 milímetros estaban ubicados y camuflados entre unos cerrillos de tierra denominados camellones, trincheras y parapetos [...] con la precariedad de armamento que se tenía en ese período, nuestro Ejército se preparó para la defensa ante el más probable ataque peruano, observando en aquella ocasión, que, a pesar de la pobreza existente en material y equipo, la gente se mostraba motivada porque estaban ejecutando lo que habían aprendido, ‘*me dieron ganas de quedarme en Arica*’”<sup>1352</sup>.

Ello se acompañó de una fuerte propaganda ya arengas patrióticas a fin de elevar la moral de la tropa. Mena nos decía que “*para consolidar todavía más el espíritu patriótico hicimos el Museo del Morro, porque arriba era una pocilga, una cosa infame, la letrina de Arica*”<sup>1353</sup>. También se esgrimieron fuertes discursos, algunos de ellos percibidos hasta por los mismos peruanos, no por nada un ex oficial del Ejército peruano declararía:

Lo que he visto, en mis diez meses de embajador, y antes como agregado militar en Chile, es que aquí se hace gran propaganda recordatoria de acciones del pasado. Cada aniversario de una batalla de la Guerra del Pacífico se festeja. Se escuchan el *Séptimo de Línea* y la *Canción de Yungay* bien tocados, con bastante claridad. La radio teatraliza episodios de la guerra y hasta en la Vega escuché, una vez, que de un viejo gramófono salían grabaciones

---

<sup>1349</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

<sup>1350</sup> *La Segunda*, 22 de septiembre de 2012.

<sup>1351</sup> Citado por Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en Tensión”, Cap. III, p. 4

<sup>1352</sup> Arturo FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ: *Op. Cit.*, p. 34.

<sup>1353</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

alusivas. Si es por recordar, la cosa es igual en ambos países [...] Cuando en Chile se recuerdan el 7 de junio y la batalla de la Concepción, noto que hay cierta arenga. En el último aniversario de la toma del Morro de Arica, un oficial dijo: “Si se produjera otra vez, de nuevo lucharíamos”<sup>1354</sup>.

La declaración terminaba con una frase bastante decidora: “El recuerdo lo hacen los chilenos constantemente. Mantienen latente la actitud gallarda”. Estas fueron las palabras esgrimidas por el General de División Odicio Tamariz, uno de los grandes del Gobierno Revolucionario. En efecto, discursos altisonantes, aunque procurando no despertar la alarma pública fueron esgrimidos en nuestro lado de la frontera. Muy probablemente, el más destacado de ellos fuera el lanzado Otro discurso altisonante que llamaba al esfuerzo de todos los chilenos quedó de manifiesto en la ceremonia oficial con que se puso en marcha la Corporación de Tarapacá. Las palabras del intendente de la Primera Región de Tarapacá, General Carlos Forestier lo dejaban más que claro:

El éxito o el fracaso repercutirá en toda la nación. Por tanto, tenemos una sola salida: el éxito. Todos nuestros esfuerzos y capacidades mancomunados tienen que ir en prosecución de estos fines. No puede haber mezquindades y regionalismos aislados, sectarismos, ni departamentos o estancos. Debemos trabajar por nuestra patria al unísono. Esta provincia de Tarapacá, primera Región de Chile, hace años que empezó el proceso de su desarrollo. Con la picota, la pala, la bayoneta. Lo haremos ahora como vengá, si es necesario<sup>1355</sup>.

De la misma forma a lo que ocurría en el Perú, el son de estas palabras repercutiría hasta en los más pequeños, pues no era raro que discursos cargados de nacionalismos y militarismo llegaran hasta las aulas en fechas tan significativas como lo era el 7 de junio. Uno de estos discursos, sin ser el primero ni el último, fue el esgrimido por un oficial del Regimiento Rancagua (probablemente Héctor Villagra) en 1974:

*Señores Profesores, Alumnos:*

*Cábeme el honroso privilegio, en este 7 de Junio de 1974, como Oficial de Ejército encontrarme integrando las filas del inmortal Regimiento 4to. de Línea, teniendo bajo mis plantas, mezcla de tierra, sudor y sangre, vertida por el Soldado chileno en las laderas de este nuestro épico Morro, para narrarles a poca distancia de su cumbre, y al amparo del flamear incesante de nuestro tricolor de la estrella solitaria, la proeza más increíble....., la hazaña jamás igualada....., y que estoy seguro nos llena de orgullo como chilenos y cómo pueblo, que sólo lucha, trabaja y se esfuerza para mantener la ansiada paz. [...] No podría igualmente terminar este relato sin dejar de saludar y rendir un cálido homenaje a la Gran Infantería, porque éste fue su Combate, fue el Combate que la simboliza como Arma, porque así es el infante que acaricia su fusil, que respira la pólvora, que marcha fatigado, el que desgarrá su carne las espinas del camino o los elementos de la muerte.*

<sup>1354</sup> *Revista Ercilla*, Año XLI, n° 2063, semana del 12 al 18 de febrero, 1975, p. 14.

<sup>1355</sup> *El Mercurio*, 7 de agosto de 1974, p. 21.

*Infante, es la raza chilena, Infante es el corazón que galopa en el pecho rugiente del hombre soldado en el Combate.*

*Infante es el barro, la sangre, el horror, la angustia de luchar cara a cara con el adversario enloquecido.*

*Es la Infantería, la imagen del pueblo, es el alma y el músculo del Soldado Chileno, que sonriente en el triunfo, unido en el sacrificio y el peligro, sabe salvar la honra de la Patria<sup>1356</sup>.*

A pesar de todo, parecía que la moral en la tropa era alta y, precisamente, con ello se esperaba que los soldados lucharan hasta el último hombre, hasta quemar el último cartucho por así decirlo. Al menos ello era lo que esperaba el Coronel Mena de sus hombres: “*nosotros teníamos que luchar ahí hasta el último hombre, porque esa era nuestra orden*”<sup>1357</sup>. Pero los dichos del Coronel sobre pelear hasta la última instancia no fueron los únicos, ni por mucho los más “contundentes” al respecto. Uno de ellas fue, como no podía ser de otra forma, la del General Forestier, cuando precisamente se tenían noticias del enorme arsenal militar que el Perú había levantado en la espectacular Parada Militar de 1974. Las palabras del Rommel Chileno fueron claras: “*Peruvian ‘threat’ is taken very seriously. [...] commanders admitted freely that stopping Peruvian attack short of Quebrada de Camerones [sic] [...] probably impossible, but swore every Chilean soldier would fight to death with knife or rocks if necessary*”<sup>1358</sup>. Pero por si ello fuera poco, las palabras del General Héctor Bravo Muñoz, por aquel entonces Jefe del Estado Mayor chileno, serían contundentes y vendrían a reafirmar la postura de Forestier: “*That such a war, if it occurred, would not be simple six day war, but Chileans would fight to the last man*”<sup>1359</sup>. Pero viniendo de parte de los militares aquellas posturas podrían pasar por ser una de las tantas muestras de fanfarronería que tanto uniformado ha lanzado mucho antes de que se comenzaran a disparar las balas; sin embargo, en este caso, el mismo personal civil dio prueba de la postura de los militares, con ello nos referimos a las consideraciones del embajador norteamericano David H. Popper:

*The Chileans assert their intention to fight fiercely with whatever equipment they have if their northern border should be attacked*<sup>1360</sup>.

En efecto, algunos testigos presenciales y actores de los sucesos han sostenido que aquello era lo que imperaba en los barracones. Héctor Villagra nos decía que “*en los cuarteles no estaban en organización de paz, estábamos listos para la guerra*”<sup>1361</sup>. Algo que

---

<sup>1356</sup> “Asalto y Toma del Morro de Arica. 7 de junio de 1880”. Conferencia que se dictaban en los colegios, Arica, junio de 1974.

<sup>1357</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

<sup>1358</sup> “La ‘amenaza’ peruana se toma muy en serio. [...] Los comandantes admitieron libremente que detener el ataque peruano por debajo de la Quebrada de Camerones [...] probablemente sea imposible, pero juraron que cada soldado chileno lucharía hasta la muerte con un cuchillo o rocas si fuera necesario”. “Reaction to Peruvian Independence Day Military Display”, 1 de agosto de 1974. 1974SANTIA04569\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>1359</sup> “Que tal guerra, si ocurriera, no sería una simple guerra de seis días, pues los chilenos lucharían hasta el último hombre”. “Visit of Chilean Army Chief of Staff to Arica and Meeting”.

<sup>1360</sup> “Los chilenos afirman su intención de luchar ferozmente con cualquier equipo que tengan si se ataca su frontera norte”. “Chilean-Peru war talk”, 17 de diciembre de 1976. 1976SANTIA11916\_b. Margaret P. Grafeld Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 04 MAY 2006

<sup>1361</sup> Entrevista a Héctor Villagra, p. 30.

el Comandante Orellana confirmaría: “estaban muy a caballo de la función que tenía cada uno todo eso funcionaba bastante bien porque había una buena instrucción, había tranquilidad, seguridad de que íbamos a estar bien”<sup>1362</sup>. El Brigadier Miguel Alfonso Doren recordaba que en los cuarteles, por esto último, la preparación era constante: “De repente se hacían prácticas de alistamiento, se daba la alerta y en pocos minutos todos debían equiparse y estar listos para salir... en los dormitorios la munición estaba debajo de los catres, los fusiles cargados, todo listo, las granadas de mano”<sup>1363</sup>.

Similar a lo que se había producido en entre las líneas peruanas, la emoción rondaba entre los chilenos. Quizás, como lo hemos dicho, únicamente porque aún no se vivían las atrocidades del conflicto: “cuando tú estás ahí, se produce una catarsis profesional, tú te haces profesional 100% y empiezas a sentir el compromiso que tienes con la historia del Ejército de Chile. Hay un cambio de personalidad. [...] Yo sabía que, que si fallábamos, no sabía que iba a pasar con mi mujer y nuestros hijos”. Aunque, a pesar de ello, “Los conscriptos sólo quería que empezara la guerra, se iban a Tacna y decían ‘con estos %&#’#§ vamos a pelar, los provocaban, incluso había un lema que decía: ‘Hasta Lima otra vez’”<sup>1364</sup>. Sin embargo, Orellana admitiría que aquello, contando incluso con el fervor patriótico que inundaba las esferas militares por aquel entonces, no sería tarea sencilla:

*Teníamos que estar ahí en el terreno y no era una vivencia muy fácil, no solamente de los oficiales, si no suboficiales y soldados conscriptos, se producían algunos roces producto de la permanencia, uno tenía que cumplir la función de asistente social, de psicólogo, de psiquiatra, porque en alguna mediada [sic] había que darle al personal tranquilidad dentro de estar defendiendo la soberanía nacional. / Los que yo tenía eran soldados que venían de Temuco, echaban de menos a la familia, querían volverse pronto, ahí los oficiales tenían que tener iniciativa para animarlos*<sup>1365</sup>.

Se aceptó que la guerra era algo inminente, y que, cualquiera fuera su resultado, se combatiría. El testimonio del Brigadier L. Mericq Seoane, que plasmó en su libro *Arica. Una Historia Desconocida*, solo dejan en evidencia esto último:

Fueron esos unos años muy difíciles, ya que nuestras FF.AA. se encontraban dedicadas, con primera prioridad, a restablecer el orden interno y a desarrollar el país, destrozado tras la negativa experiencia marxista (1970-73). Como podrán comprobar, nuestras unidades no contaban con el armamento mínimo necesario para enfrentar a un poderoso Perú, en cuando a equipamiento bélico se refiere y liderado por un Jefe de Estado decidido a recuperar las “Provincias cautivas de Tacna y Arica”, anhelado sueño Peruano desde el término de la Guerra del Pacífico. / Lo anterior no fue obstáculo para que, tanto la población de Arica como la de sus organizaciones civiles y la única unidad militar existente en esa ciudad en 1974: el glorioso 4° de Línea de la Guerra del Pacífico, los herederos de los conquistadores del Morro legendario en 55 minutos el 7 de junio de 1880, el Regimiento de Infantería Reforzado N°4

<sup>1362</sup> Entrevista a Manuel Orellana M, p. 30.

<sup>1363</sup> Entrevista al Brigadier Miguel Alfonso, p. 32.

<sup>1364</sup> Ibidem, p. 37.

<sup>1365</sup> Entrevista a Manuel Orellana M, p. 37.

“Rancagua”, se uniesen como un solo cuerpo para defender con la misma fuerza, heroísmo y voluntad que los 77 Chacabucanos de La Concepción, su ciudad de la “Eterna Primavera”<sup>1366</sup>.

A ello se le sumaban las palabras del Brigadier Miguel Alfonso Doren, quien se desempeñaba como segundo comandante del Regimiento Rancagua en 1975, las que se dirigían a los integrantes de la Orden Tradicional del Cuarto de Línea en 2017 con motivo de la celebración del Asalto y Toma del Morro:

*Tuvimos el privilegio de vivir los momentos profesionales más hermosos para un soldado: una situación al borde de la guerra, mandos subdimensionados, unidades incompletas, una masa de jóvenes oficiales y clases recién paridos al Ejército y un mandato histórico que por sobre todas las debilidades nos obligó a trabajar sin descanso haciendo honor al juramento de “hasta rendir la vida si fuese necesario”. Hubo de todo: un trabajo agobiador, penas, alegrías, vivir la vida para morir sin reservas y enfrentar la muerte como su participáramos en un gigantesco Combate de La Concepción. Supimos desplegar virtudes para sobreponernos a nuestros vicios y tapamos con grandezas nuestras miserias*<sup>1367</sup>.

El último de estos testimonios, y el más reciente, es el del Coronel Héctor Villagra Massera, quien participó activamente en las labores de minado en la frontera:

*Hoy para mí es un día de mucha emoción al poder compartir con ustedes después de tanto tiempo sentado en esta mesa de real camaradería. Hoy recuerdo las experiencias vividas con ustedes, las enseñanzas de nuestros superiores y de nuestros subalternos, la amistad de los que aquí presente están y también de los que faltan. Me viene el recuerdo de infatigables jornadas vividas en una época de gran dificultad para nuestro país, en lo interno y lo externo, donde los esfuerzos fueron de enormes proporciones. De esa etapa se ha dicho muy poco, se ha escrito muy poco, y muchas veces se ha tergiversado o se ha disminuido el esfuerzo realizado por miles de integrantes del Ejército de Chile, de los reservistas, de civiles e incluso de la comunidad ariqueña que contribuyeron con su esfuerzo el poder permitir producir la disuasión que se requería en ese momento.*

*Me siento orgulloso de lo que hicimos para custodiar la frontera del norte. Nunca me olvido cuando en repetidas oportunidades nos despedíamos, algunas veces en el hoyo (me refiero a la cantina), equipados de combate para nuevamente cubrir nuestras posiciones o misiones en el frente norte o en el altiplano sin saber si regresaríamos. Es por eso que cuando tuve la suerte de ser designado Comandante del Regimiento Rancagua en mis tres años de mando, no hubo un solo día que no me acordara de los que estuvieron conmigo cuando yo era subteniente y teniente.*

---

<sup>1366</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, pp. 9-10.

<sup>1367</sup> *Ibidem*, p. 67-68.

*Cuando iba a controlar, como Comandante, las campañas, las maniobras, a ver la instrucción o iba al frente norte me acordaba de los viejos rancagüinos que están aquí presente. Cuando surgían situaciones difíciles o complejas, siempre pensaba ¿Qué haría mi Comandante Alfonso? ¿O mi Comandante Mericq al respecto? Ellos fueron líderes indiscutibles en nuestra época. Pero también me preguntaba ¿Qué haría mi coronel Mena, que en paz descanse? ¿O qué haría mi Coronel Dowling, que en paz descanse? Hoy quiero brindar un homenaje a cada uno de ustedes, a los que se han ido también, quiero expresarles que, de todos los aquí presentes y otros que faltan, obtuve en algún momento apoyo o alguna enseñanza de vida que siempre la traté de practicar en nuestra querida institución<sup>1368</sup>.*

Todos y cada uno de estos testimonios hablan de la abnegada labor de los cientos de soldados encargados de mantener Arica en pie, de sus sacrificios y penalidades, pero también muchos se refieren sin tapujos a la labor que cientos, sino todos ellos, ariqueños deberían cumplir una vez que las hostilidades se desencadenaran. Y es que, en lo inmediato, Arica como ciudad debía comprometerse con la guerra.

\*\*\*

## V. Un Stalingrado a la Chilena

 *¡Oh, que gente tan valiente!*  
(Wilhem I, Rey de Prusia: al ver cómo la caballería francesa cargaba sobre las posiciones prusianas en la Batalla de Gravelotte, 1870)

Una aseveración bastante común, nos dice Daniel Castillo y Vladimir Zarzuri, entre los artículos y textos que han estudiado la problemática de nuestra “guerra que no fue” es dar por sentado el hecho de que la población ariqueña, si bien contribuyendo en las arduas labores de preparación y acondicionamiento, prácticamente no tendría la menor idea por lo que se estaría pasando. Ello, principalmente, a razón de que se han posado sobre la frase que la periodista Sara Valdés lanzó allá por 1993: “*La población de Arica duerme tranquila, sin saber lo que está pasando*”. Algo que algunos militares han confirmado, aunque solo en parte: “*nunca se le habló a la ciudad de esto, se iba a provocar una crisis ciudadana de pánico y tampoco podías evacuar Arica, aunque quisieras*”<sup>1369</sup>. Sin embargo, que no se dijera nada a la población, aquello no quería decir que los ariqueños no se dieran cuenta de lo que sucedía.

Ello, “y a trasluz de las referencias en testimonios y las notas periodísticas, esta aseveración no está bien argumentada, y a la vez no se apega [...] a la realidad que se vivió en los años setentas en Arica”<sup>1370</sup>. En efecto, y como lo diría Tomás Bradanovic, siendo estudiante en Arica por los años que nos compete:

*Les contaré algunas cosas curiosas de los años en que estuvimos a punto de ir a la guerra con Perú, entre 1972 y 1975. Según recuerdo al principio en*

<sup>1368</sup> Discurso del Coronel Héctor Villagra Massera ante la Orden Tradicional 4° de Línea, 2019.

<sup>1369</sup> Entrevista al Brigadier Miguel Alfonso, p. 28.

<sup>1370</sup> Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 80.

*Arica nadie tomaba la cosa muy en serio, hemos escuchado durante tantos años los discursos nacionalistas peruanos que pensamos que el de Velasco Alvarado, sería uno más que quedaría solo en palabras. / Pero de pronto Arica se empezó a llenar de regimientos [...]*

*Por esos años yo vivía en la población 11 de Septiembre, la más cercana a la frontera de Arica y todas las noches se escuchaban las caravanas de blindados hacia la frontera que se ponían a hacer maniobras, es decir a disparar los cañones de uno y otro lado. El ruido de los cañonazos nos tuvo despiertos a los ariqueños por un tiempo, después nos acostumbramos. En la cima del Morro había una gran estrella luminosa que se prendía para llamar de emergencia a los militares<sup>1371</sup>.*

Y es que realmente si existió una alerta entre los vecinos y autoridades de la ciudad, los cuales reaccionaron y esperaron expectantes la futura guerra; no obstante, esto corrió por dos vertientes: una en que autoridades locales, y a la vez que nacionales y militares, buscaron echar paños fríos a la situación mediante las muestras de hermandad y camaradería con sus homólogos allende la frontera; y la otra, en cambio, se caracterizó por las ansias prebélicas nacidas de los constantes rumores, y que, inevitablemente, llevarían a los ariqueños a tomar el toro por las astas para prepararse ante lo venidero. Y es que, como se llegó a señalar en el *El Mercurio*:

Nadie en Arica disimula el temor ¡Que llega! ¡Que no llega!

Una verdadera psicosis.

Desde que se levanta hasta que se acuesta el habitante de esta ciudad hace cálculos y se enreda con informaciones contradictorias. A veces tiene la sensación de algo malo va a ocurrir a pesar de las medidas tomadas en el último tiempo<sup>1372</sup>.

Hasta la prensa boliviana hizo eco del asunto, replicando las palabras de Pinochet en una de sus visitas a Arica:

*Hay una psicosis en la población frente a un eventual conflicto con el Perú, se habla aquí de guerra y yo les digo que no puede haber conflicto entre los países sudamericanos, porque (Los gobernantes) estamos empeñados en levantar a los pueblos... No es posible si quiera imaginarse que alguien pretenda llevar a su país a una guerra. No puede siquiera pensarse siquiera que siguiendo el pensamiento ególatra quiera llevar a un país a desangrarse, porque recuperarse de una guerra no es problema de uno o dos años, sino de mucho tiempo. Tendría que ser obra de alguien con las facultades mentales perturbadas<sup>1373</sup>.*

Pero, como hemos dicho, el Gobierno intentó poner paños fríos al asunto, no porque fuera algo inventado o simplemente no estuviera sucediendo, sino que para mantener todo

---

<sup>1371</sup> Testimonio de Tomás Bradanovic.

<sup>1372</sup> *El Mercurio*, 2 de febrero de 1975, p. 27.

<sup>1373</sup> *El Diario*, 6 de febrero de 1975. Citado por Juan Eduardo MENDOZA PINTO: "El Acuerdo de Charaña bajo el fantasma de la guerra", pp. 20-21.

en el más absoluto hermetismo. Rumores y habladurías debían ser completamente controladas si se esperaba contar con el factor sorpresa. De hecho, esto último quedaría en evidencia cuando a mediados de 1974 se hacían los llamados a los reservistas: “*Se alerta a la comunidad, una vez más, de no dejarse influir por rumores infundados que no tienen otro fin que desorientar al público, hacer perder el tiempo a los ciudadanos y restarles eficiencias en el esfuerzo de conjunto, necesario de recuperación de la patria*”<sup>1374</sup>.

Ello mismo dio paso a un oficio de Gobierno para todos aquellos que hiciesen declaraciones, especulaciones o rumores que llegasen a perturbar el orden público, donde se señalaban las fuertes medidas para tratar de parar esta oleada de anuncios entre líneas que se hacían cada vez que el Régimen Militar tomaba alguna medida que pudiera resultar sospechosa:

*El anuncio formulado por el Gobierno en el sentido que serán encarcelados los elementos que perturben el orden y la tranquilidad ciudadana a través de la propagación de rumores falsos y mal intencionados constituye sin duda una medida de gran importancia en estos momentos en que nuestro país sigue siendo víctima de la acción rectilínea y oscura de sectores que en el anonimato continúan su campaña antichilena. / En los últimos meses se ha conocido esa arma que aún no habían utilizado los marxistas y que es la socavación de la tranquilidad de y el orden a través de la propagación de rumores o hechos imaginarios que crean inquietud y alarma. / Desgraciadamente, esta campaña puede tener algún éxito en la medida que hayan elementos irresponsables que los crean y luego los transmiten con alarma a sus amigos o familiares y así la ola sigue creciendo en forma interminable / La aclaración de esta información resulta muy oportuna, ya que como señalamos en un comienzo, hay sectores que perturban los criterios de los ciudadanos, magnificando peligros que no tienen asidero en la realidad. / Estos últimos grupos merecen la cárcel y la comunidad en general tienen el deber de denunciarlos por cuando no persiguen otro objetivo que desorientar al público, hacer perder el tiempo y restar eficiencia al esfuerzo conjunto y necesario que realiza para la recuperación de la patria*<sup>1375</sup>.

Pero el negar, o más bien, castigar a estos “marxistas” que difundieran rumores, inevitablemente, y si se ataban los cabos, traía consigo la crisis con el Perú a la palestra, pues recordemos que si por su lado Velasco atribuía el enturbiamiento de las relaciones al imperialismo norteamericano, el Chile de Pinochet hacía lo propio con los “avatares del marxismo mundial”. Básicamente, aunque no se aludía directamente a la crisis con el Perú, si se leía entre líneas, la cuestión era clara. Entre rusos y norteamericanos, espionajes y aprestos bélicos (aunque estos si eran reales), armamentismo, rumores, susurros y un montón de dimes y diretes, la cuestión no era muy silenciosa que digamos. Otra vía debía ser adoptada, y qué mejor que las muestras de cordialidad para demostrar que todo estaba bien, al menos en la superficie. Esta política, o más bien doble estándar, priorizaría por un lado el estrechamiento de los “lazos fraternos” y la “amistad sincera” entre Chile y Perú, y más aún

---

<sup>1374</sup> *La Defensa de Arica*, 21 de marzo de 1974, p. 3. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 92.

<sup>1375</sup> *La Concordia*, 27 de marzo de 1974, p. 3. Ibidem, pp. 92-93.

entre Arica y Tacna, con enormes muestras de buena vecindad y declaraciones de paz; mientras que, por el otro, los cuchillos eran afilados y se desempolvaban los fusiles.

Innumerables autoridades estrecharán lazos de amistad y únicamente buenas palabras pasarían por la frontera; sin embargo, no se debe olvidar que aquello, más que responder a un deseo sincero, lo hacía para controlar los ánimos, unos de revancha y guerra en el Perú, y otro por demostrar que todo marchaba viento en popa, por el lado chileno. Al menos ello hasta que todo reventase y se fuera al trasto de la basura, dado que, una cosa es esgrimir palabras amables y fraternas, y otra muy diferente es que éstas hayan funcionado. En octubre de 1974 se muestra un perfecto ejemplo de esta política, que ya había sido empleada por los jefes departamentales de ambas localidades, y qué mejor medio para concretar el cometido que la prensa escrita. Así, en octubre de 1974, por ejemplo:

*Nuestro pensamiento es en pro de la paz y la amistad. / Estas elocuentes expresiones sintetizan el espíritu de nuestras autoridades luego que participaran en un acto de formalización de un acuerdo de transporte colectivo de pasajeros entre Arica y Tacna [...] Estoy convencido de que la firma de este acuerdo permitirá el tránsito no solamente de vehículos, sino de cariño y afecto entre ambas naciones. / El señor General García ha reflejado exactamente nuestro pensamiento que es en pro de la amistad sincera y fraterna; en pro de la paz, de la manera que todos estos acuerdos resulten fructíferos, prácticos y sean el comienzo de estas relaciones que las autoridades de ambos países y las autoridades locales de ambas ciudades queremos que sean permanentes*<sup>1376</sup>.

“Algunos hablan por experiencia. Otros por experiencia no hablan”. Estas eran las declaraciones de Humberto Cuneo, alcalde de Tacna para el año de 1975 al ser entrevistado por El Mercurio. Cuando se le consultó sobre el sentimiento de desagrado de los peruanos a los chilenos, contestó:

Puede ser que eso ocurra ocasionalmente en otras zonas del Perú. Es natural que algo quede entre hombres que tuvieron diferencias y conflictos. Honestamente pienso, sin embargo, que eso desapareció entre tacneños y ariqueños. Nos conocemos bien y eso contribuye a forjar una gran unidad. Hay que vivir aquí para darse cuenta<sup>1377</sup>.

Estas medidas también fueron más allá de las meras declaraciones, y es que, como se vio en marzo del 74, se apostó por la realización de un Campeonato Sudamericano Juvenil de Fútbol en la ciudad de Arica, en la cual, por demás, participó la selección peruana. Fueron más de cinco mil peruanos lo que visitaron territorio chileno y “convirtieron la ciudad de Arica en su propio hogar y los ariqueños actuaron como perfectos anfitriones para recibirlos con la amistad y entendimiento de siempre”<sup>1378</sup>. En este mismo sentido, y a la par de las muestras civiles, las constantes reuniones entre personal militar apostado en Tacna y Arica fueron fundamentales para el alivio de los rumores, aunque, recordando las palabras del Brigadier Mericq, instancias como estas fueron muy comunes incluso antes de que el

<sup>1376</sup> *La Defensa de Arica*, 9 de octubre de 1974, p. 3. Ibidem, pp. 123-124.

<sup>1377</sup> *El Mercurio*, 2 de febrero de 1975, p. 27.

<sup>1378</sup> *La Concordia*, 23 de marzo de 1974. Citado por Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, p. 50.

entendimiento comenzara a enturbiarse. Así, antes de los 70, la cuestión era más o menos normal:

En esos años nos conocimos con el mayor del Ejército Artemio García Vargas con quien, a pesar de la diferencia de grado, iniciados una grata relación de amistades, por cuanto nuestras esposas también tenían más acuerdos que diferencias en su forma de ver la vida. Cuando viajábamos de compras a Tacna normalmente pasábamos a ver a los García a su casa y viceversa. Años más tarde nos volveríamos a encontrar [...] Yo diría que en esos años no había recelos y las demostraciones de amistad entre la oficialidad de ambos países se manifiesta incluso en invitaciones a reuniones de carácter familiar: cumpleaños, onomásticos, aniversarios o matrimonios. / Era tan agradable el ambiente, que un día le prepeuse a nuestro comandante de regimiento, coronel René Sagredo S. organizar un partido de fútbol entre los oficiales de ambas guarniciones. “¡Por ningún motivo!”, fue tajante su respuesta, agregando “acepto cualquier deporte en que haya una red al medio (volleybol, tenis, ping pong), pero en ningún caso aquellos en que exista roce entre los jugadores, porque terminan mal”. ¡Sabia reflexión de un experimentado jefe!<sup>1379</sup>

Ya en 1974, cuando los rumores eran evidentes, no se podía hacer otra cosa que seguir aquella política “doble estándar” de fingir que todo estaba en perfecto estado. Una muestra de ello fue lo sucedido el 18 de septiembre de aquel año, cuando arribó a la ciudad una comitiva peruana encabezada por el General de División Artemio García. Se realizó una pomposa ceremonia frente al Cuartel del Regimiento Rancagua, la que consistió en izar el pabellón nacional en el mástil principal, a la par que la Banda Instrumental y de Guerra de la Guarnición Militar de Tacna, de unos 64 músicos, interpretaba el himno nacional de Chile. Luego la banda tocaría el himno nacional del Perú y se finalizaría la intervención con la entonación de música de ambos países. Al finalizar la ceremonia, el Coronel Mena invitó a su homólogo peruano y a todo su comitiva, y a las autoridades y jefes de servicios de Arica, a un desayuno que fue servido en la pérgola del regimiento. En esos momentos, llegaría al lugar el Club de Huasos de Arica cantando tonadas y bailando los primeros pies de cueca del aquel 18 de septiembre. “Reinó allí, entre soldados chilenos y peruanos, un franco espíritu de hermandad y confraternidad”<sup>1380</sup>.

De hecho, durante el periodo estudiado era muy común que a Arica los oficiales peruanos viajaran en fechas tan significativas como el 18 de septiembre y el 9 de diciembre (aniversario del Regimiento Rancagua), mientras que los oficiales chilenos llegaban a Tacna en tres momentos específicos: en el día nacional peruano (28 de julio) y en los de la caballería (16 de agosto) y de la infantería (27 de noviembre). Bien decía el General García: “los doce meses de 1974 estuvieron llenos de agrado para mí y los oficiales de mi división. Tradicionalmente se efectuaban visitas entre unidades chilenas y peruanas, pero en el último tiempo se han intensificado los encuentros. Nos juntamos varias veces en el año”<sup>1381</sup>. Muchas de estas visitas tenían un carácter estrictamente oficial, así lo demostraban los entre 90 y 100 hombres, además de una banda militar, que rendía honores en cada ocasión. Era común que

---

<sup>1379</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, p. 13.

<sup>1380</sup> *La Concordia*, 20 de septiembre de 1974. Citado por Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, p. 51.

<sup>1381</sup> *El Mercurio*, 2 de febrero de 1975, p. 27.

en estas oportunidades, las ceremonias se realizasen tras entonar los himnos nacionales de cada país. Un ejemplo de ello lo daba el comandante del Regimiento Rancagua, Jorge Dowling Santa María, al asumir el mando en Arica:

Cuando a principios de enero abandonó Arica el ex comandante de nuestro regimiento, hoy general Odlanier Mena Salinas, invité al general García Vargas y a todos los oficiales peruanos de mayor graduación. Con el general García Vargas revisitamos las tropas que despidieron al general Mena en Chacalluta<sup>1382</sup>.

Pero, como todo militar sabrá, en muchas otras instancias estas visitas tomaban un carácter más personal y cercano. El mismo general Demetrio García así lo estipulaba: “Yo he dado instrucciones para que los oficiales chilenos reciban un trato especial cuando visitan Tacna en forma privada”, misma alusión que hacía el comandante Dowling: “Nuestras relaciones con la oficialidad peruana van más allá de lo protocolar”. En otras ocasiones, sostenía el general, los oficiales chilenos eran recibidos con un ostentoso “desayuno valiente”, que no era otra cosa que vino o cerveza. Incluso en muchas ocasiones se hacían acompañar de su círculo familiar cercano: “Viajamos por tierra [Dice el general García] con nuestras esposas e hijos y allá tuvimos contacto con el señor general Gómez Becerra y su familia. Fue un viaje de mucho agrado, durante el cual se consolidó aún más la amistad con nuestros hermanos chilenos”. Es más, al finalizar la entrevista, el general García recalca el sentimiento de amistad y aprecio en estas reuniones: “Si no sintiéramos aprecio verdadero por los chilenos seríamos incapaces de hacer tales reuniones y ceremonias con ellos. Los soldados no nos prestamos para farsas”. Lo curioso de todo esto es que prácticamente todo era una ceremonia perfectamente reglada y en que los participantes debían mostrar el máximo apego posible a las normativas, pese a lo que se quería aparentar.

Muy probablemente la instancia donde aquello quedaría más en evidencia sería el famoso Abrazo de la Concordia, cuando un 16 de noviembre de 1974 “en la línea de la frontera entre Chile y Perú, se realizó la ceremonia [...] que tuvo como objetivo consolidar la amistad y fraternidad que los une”<sup>1383</sup>. Bajo la comandancia de Odlanier Mena Salinas y el General peruano Artemio García Vargas, la ceremonia había iniciado a eso de las 11:55 de la mañana cuando la Compañía de Honor del Perú se emplazó al borde de la carretera frente a la Línea de la Concordia a paso regular y encabezada por la banda instrumental y de guerra. La Compañía de Honor chilena haría lo propio con banda instrumental y todo, posicionándose frente a la formación peruana que, con bayoneta calada y en posición firme, rindió honores con las armas al hombro. Evidentemente también había una gran multitud en ambos lados de la frontera, la que estalló en vítores cuando ambos comandantes, Mena y García, se estrecharon en un fuerte abrazo en el centro mismo de la Línea fronteriza. Saludos, intercambio de regalos, más abrazos e interpretación de himnos patrios fueron la tónica de la jornada. Quizás el momento de mayor expectación fue cuando dos soldados, por el Perú, José Pérez Guerrero, de la VI División Ligera de Tacna, y por Chile, Freddy González Paredes, del Regimiento de Infantería Rancagua, plantaron a un borde de la carretera, exactamente sobre la Línea de la Concordia y en medio de dos piedras conmemorativas a la fecha, un pequeño olivo “que representa la amistad viva de dos naciones unidas y de dos

---

<sup>1382</sup> Idem.

<sup>1383</sup> Tatiana MILSTEIN CHATEAU: *Op. Cit.*, p. 52.

ejércitos hermanos”<sup>1384</sup>. Con ello, el general Demetrio García Vargas, en conversaciones con *El Mercurio* declaraba que la amenaza bélica no era más que un fantasma, derechamente porque no existía. El acto simbólico con el olivo así lo demostraba:

No hace mucho hemos plantado un olivo, símbolo de la paz, en la frontera de Tacna y Arica. Chilenos y peruanos quisimos simbolizar así nuestros auténticos deseos de paz. Los dos pueblos creemos que sólo con la paz y la concordia podremos alcanzar el desarrollo económico-social. Sólo desligándonos del fantasma de la guerra podremos ser naciones felices y prósperas<sup>1385</sup>.

La prensa ariqueña también dejó testimonio de esto último:

*Un acto altamente satisfactorio, y profundamente emocionante, porque representa un enfático desmentido a los torvos afanes de quienes desde el extranjero soñaban con un conflicto bélico entre estos dos países, como una carta de triunfo para el logro de inconfesables fines políticos a nivel internacional. / Chile y Perú están comprometidos a laborar en paz, y ayudarse recíprocamente a través de la complementación económica de sus zonas fronterizas habrá de ser uno de los aspectos más prácticos de la ceremonia del sábado, de acuerdo con conversaciones que se están encauzando a otro nivel*<sup>1386</sup>.

Pero el Abrazo de la Concordia, si bien constituyendo el gesto más famoso entre ambas naciones y localidades, no fue el único. Y es que a fin de aludir a la integración y acallar los rumores, no se estuvo escaso de actividades como la antes descrita; de hecho, desde el gremio de periodistas, Rotarios, ligas deportivas, estudiantes, etc. fueron los encargados de llevarlas a cabo. Y, a larga, muchas mostraron la futilidad de su cometido, pues, como diría Mena refiriéndose al Abrazo de la Concordia: “A mí me condecoró el Ejército de Perú, pusimos una estela y plantamos como símbolo de paz un olivo, que ahora está ahí muriéndose de sed”<sup>1387</sup>. Y es que, paradójicamente, cuando se intenta acallar un rumor, éste más fuerza cobra; por ende, no era de extrañar que fuera de los círculos oficiales y de la prensa escrita, el escepticismo y el miedo ante el inminente conflicto imperase, más cuando los preparativos para la guerra venidera no hacían más que intensificarse y las calles de Arica se llenaban de militares. Incluso cuando se podía ver en numerosas ocasiones a generales y altos mandos militares paseando como viejos amigos en las calles de Tacna y Arica, ello para nada menguó los ánimos; después de todo, y como se le había encomendado a Mena, “tenía que preparar para la guerra, a pesar de todo, porque yo respondía de la frontera y no podía descuidar la defensa”<sup>1388</sup>. Arica debía prepararse.

Y en efecto, ya lo estaba haciendo. La movilización de reservistas y personal civil calificado había comenzado desde 1974, solicitándose a especialistas en telecomunicaciones,

---

<sup>1384</sup> *La Concordia*, 17 de noviembre de 1974. Ibidem, p. 53.

<sup>1385</sup> *El Mercurio*, 2 de febrero de 1975, p. 27.

<sup>1386</sup> *La Defensa de Arica*, 18 de noviembre de 1974, p. 2. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 127.

<sup>1387</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

<sup>1388</sup> Idem.

electrónica, manejo de explosivos, conducción de vehículos, pilotos y médicos; de hecho, respecto a esta última rama, y conjuntamente con la inclusión de mujeres en el Servicio Militar, en Arica el primer suceso respecto a esta índole fue realizado mediante la petición de enfermeras para el Ejército, las cuales serían esenciales en caso de un conflicto. Tal petición se realizaría el 14 de mayo de 1974 mediante un comunicado a través de los periódicos de la zona:

*Llámase a Concurso para llenar 10 (diez) vacantes de Enfermeras de Ejército (cargo remunerado) para desempeñarse en el Batallón Logístico N°6 de Iquique. Las interesadas deberán cumplir los siguientes requisitos:*

- 1- Ser Chilena.*
- 2- Salud Compatible con el Servicio.*
- 3- Poseer título de Enfermera Universitaria o Cruz Roja.*
- 4- Estado Civil (de preferencia soltera).*
- 5- Moral y honorabilidad intachables.*
- 6- Edad: hasta 30 años<sup>1389</sup>.*

Pero esta necesidad de contar con personal calificado no solo se limitó a personal femenino o asesorías para cuestiones administrativas (recordemos que tras el golpe de Estado muchos militares debieron asumir roles netamente civiles casi sin ninguna experiencia, por lo que fue menester contar con la asesoría de personal calificado en las materias). Ya cuando la emergencia era evidente, y se habían planeado la construcción de obstáculos a fin de detener la posible ofensiva, fue necesario contar con personal civil para las tareas, ya que, después de todo, el Regimiento Rancagua estaba más que disminuido, imposibilitándole asumir aquellas tareas por el momento. Así, por ejemplo, el levantamiento de los famosos camellones fue obra de operaciones civiles, a quien Mericq llamaría:

Esos “viejos” operadores trabajaban de lunes a sábado, desde las 8:30 hrs., con una botella de bebida llena de agua helada, antiparras y una bufanda para que la arena no se introdujera por la nariz o la boca, hasta las 18:00 hrs. A la retaguardia, una camioneta  $\frac{3}{4}$  de SEAM vigilaba y permanecía atenta durante toda la jornada por si alguna de las máquinas sufría algún percance (necesidad de repuesto, por ejemplo) para partir de inmediato a buscarlo a Arica. A esos viejos, les hice varios “cariños” para mantener su discreción y agrado por la labor que desarrollaban: les regalé a cada uno una cortapluma “VICTORINOX” que habían sido requisadas por el E-2, les ayudaba en sus trámites de Aduana cuando viajaban con permiso a ver a sus familias y les convidé a comer al Casino de Suboficiales en varias oportunidades. Ellos me confidenciaron que habían cambiado el significado de “SEAM” por “Siempre Estamos Atendiendo Militares”<sup>1390</sup>.

De hecho, todo esto había sido facilitado y coordinado por la Junta de Adelanto de Arica, la cual era presidida por el Señor Luis Beretta Porcel, quien además era conocido por del Brigadier Luis Mericq Seoane, por lo cual no tuvo problemas en recibir su amplia

---

<sup>1389</sup> *La Defensa de Arica*, 14 de mayo de 1974, p. 3. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 94.

<sup>1390</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, p. 38.

colaboración. Pero las labores de los civiles no se limitaron únicamente a los trabajos de asesoría a los militares, sino que participaron activamente en los planes de defensa. Así, diría Patricia Arancibia, “Como se preveía que lo más probable era que hubiera que defender la ciudad casa por casa, se distribuyó armamento a civiles con instrucción militar y se instalaron sacos areneros e incluso piezas de artillería en patios, gimnasios y estadios, estos últimos acondicionándose como cuarteles. La población ariqueña, lejos de amilanarse, se incorporó con entusiasmo a la defensa de su ciudad”<sup>1391</sup>. El Coronel Mena reafirmaría las palabras de la historiadora: “*La población en la medida que fuera necesario iba a ser advertida de donde tenía que irse y qué tenía que hacer. Las familias de los militares, alrededor del Regimiento Rancagua, más de una vez se evacuaron al interior de los valles, porque el regimiento iba a ser blanco de la aviación peruana*”<sup>1392</sup>. Bien diría Héctor Villagra: “*Hay gente que empezó a irse de Arica, pero otros empezaron a ayudar mucho. La población civil de Arica nos ayudó y mucho, los empresarios. Nosotros adiestrábamos a la defensa civil, con bomberos, con carabineros, fue un contacto super fuerte y logramos gran apoyo de la población civil*”<sup>1393</sup>.

Pero la participación fue más allá de la mera información sobre lo que estaba sucediendo, pues de muchos civiles surgieron ideas bastante interesantes para ser aplicadas:

Los sábados por la mañana nos reuníamos con civiles “seleccionados” de la ciudad, personas confiables, reservadas y que podían aportar ideas frescas para organizar la defensa de Arica. Algunos de ellos fueron: Emilio Gutiérrez Bonelli (presidente de la Cámara de Comercio y Club de Yates), Fernando y Patricio Rivera (hermanos propietarios de la constructora “ECONORTE” y el primero piloto civil), los doctores Ugalde y Maldonado del Regimiento, Hernán Figueroa (comandante de Bombero), Pedro Barboza (oficial retirado y parcelero de Azapa), el doctor Hernán Sudy del Hospital “Juan Noé” y varios más. Con ellos intercambiábamos ideas y las implementábamos para potenciar la defensa de la ciudad en caso de guerra<sup>1394</sup>.

Desde de esta “cúpula” de personalidades selectas salieron ideas de lo más variopintas como el envenenamiento de las fuentes de agua potable; el instruir a los civiles en la elaboración y utilización de bombas molotov ante el eventual combate casa por casa; elaborar censos de piscinas con agua en la ciudad; elaboración de listados de lugares específicos a convertir en puestos de atención sanitaria y otros de apoyo logístico; y elaborar planes para el bloqueo de las principales vías de Arica a fin de retardar el avance de los blindados. Esta participación llegaría a niveles casi increíbles, al menos ello si echamos un vistazo a las memorias del Brigadier Mericq, dado que, por increíble que parezca, se habría empleado a civiles en labores de espionaje. Y es que ante la necesidad de conocer al detalle la zona de reunión de los blindados peruanos, se decidió contactar a un soldador de las Industrias Citroen, de nombre Felix Usnallu, a quien se le describía como “un moreno azapeño, reservado, bajo y muy inteligente como podrán comprobar”. Se le encomendó que fuera por una semana a Camiara y que allí consiguiera trabajo, además de confirmar las dudas acerca de los blindados:

---

<sup>1391</sup> Patricia ARANCIBIA: “Chile-Perú: una década en tensión”, Cap. IV, pp. 2-3.

<sup>1392</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

<sup>1393</sup> Entrevista a Héctor Villagra, pp. 29-30.

<sup>1394</sup> Luis MERICQ SEOANE: *Op. Cit.*, p. 43.

Se fue Usnallu y no supe nada de él por tres semanas. ¡Su señora y yo estábamos muy preocupados! Cuando llegó me contó que se había alojado en Tacna en una pensión muy modesta, donde hizo un corte en el colchón y allí ocultó su cédula de identidad chilena, luego se fue a un cine con el talón de su entrada se dirigió a la Policía a dar cuenta del robo de sus documentos Peruanos en el cine. La Policía le entregó una constancia policial y con ella se dirigió a Camiara. Se presentó a los técnicos rusos a cargo de las obras y consiguió trabajo de inmediato, dado su especialidad. Al tercer día, y precisamente por su calidad de eximio soldador, los rusos sospecharon de su nacionalidad y lo dejaron en una garita al terminar la tarde para “interrogarlo” al día siguiente. Temeroso de su vida, por la noche Usnallu pidió permiso para hacer sus necesidades en el exterior y luego huyó. Pensando que lo buscarían en el eje Camiara- Tacna-Arica, se dirigió hacia Puno y desde allí cruzó a Putre y luego a Arica. Me contó que, efectivamente, la zona de concentración era Camiara, pues en la ladera de la quebrada habían instalado bombonas para combustible de los tanques y al fondo de la misma se construían un par de galpones, al parecer, para alojar a las tripulaciones de los blindados. Fue notable el trabajo de este humilde desconocido chileno en el cumplimiento de la misión encomendada<sup>1395</sup>.

Una historia de espías digna de Hollywood.

Ello constituía un verdadero apoyo a las menguadas unidades del Ejército apostadas en el norte; después de todo, la defensa recaería sobre los hombros de militares y civiles por igual. Pero esta política de defensa no quedó supeditada únicamente a la defensa castrense, al menos si lo hablamos en términos estrictamente relacionados al combate, pues, como se vería a lo largo de los años de 1974-1978, en Arica se llegaron a constituir verdaderas milicias a fin de auxiliar a los cuerpos militares profesionales. Sara Valdés en 1993 nos decía que “*El entrenamiento a civiles se inició con un exclusivo grupo de profesionales. Algunos (...) motorizados, tenían por objetivo realizar actos de sabotaje. También se entrenó a un comando especial de hombres pájaro que, vestidos de negro, despegarían en la noche desde el Morro de Arica, con armas a las espaldas*”<sup>1396</sup>. Pero estos civiles no eran únicamente hombres aptos para el combate, sino que, en su mayoría, no fueron más que niños los instruidos. En este caso, nos referimos a las tan sonadas Brigadas premilitares, las cuales aglutinaron en sus filas principalmente a jóvenes menores de edad, independiente de su sexo, y en las que se instruyó a las jóvenes en labores de enfermería, casi como modernas cantineras; y a los jóvenes se les introduciría en las primeras nociones básicas sobre las armas de fuego, principalmente en el uso del icónico Mauser 1912, además de cañones de bajo calibre y armas antitanque. La muchachada, casi como un rito de iniciación, sería probada con “entrenamientos de Educación Física”, algo así como combate con fusiles, bayonetas y corvo, además del paso por canchas repletas de obstáculos. Una preparación bastante precoz para la niñería, pero demás está decir que los imberbes jóvenes se mostraron bastante entusiastas con la tarea.

Con todo el entusiasmo que podía emanar de estos jóvenes, ello nos debe dar una idea de lo desesperado de la situación chilena y como, literalmente, se esperaba emplear

---

<sup>1395</sup> Ibidem, p. 39.

<sup>1396</sup> Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 202.

niños soldados en una guerra devastadora y que, a la larga, la miseria y las pérdidas humanas serían por mucho las victoriosas. Esta idea nacería, por obvias razones, de mentes militares, las que, pertenecientes al Regimiento Rancagua, esperaban suplir la falta de hombres con niños. Tales gestores serían el Sargento Félix Saavedra y el Sargento 2° Pacheco. Con ello: *“los estudiantes secundarios habían sido organizados en brigadas, donde recibían instrucción pre-militar para aprender a disparar. Las jovencitas, por su parte, vestidas con uniformes de la Guerra del Pacífico, eran entrenadas en primeros auxilios. Y es que, llegado el caso, todos serían indispensables en la aislada ciudad”*<sup>1397</sup>. Ello concordaba con las palabras del Coronel Mena muchos años después de los hechos: *“Creamos uniformes de los escolares en que los niños y las niñas estaban vestidos a la usanza de la Guerra del Pacífico y llevaban elementos y tenían preparación de primeros auxilios, porque estábamos pensando en una guerra real”*<sup>1398</sup>.

En Arica llegaron a funcionar dos de estas brigadas, apuntadas principalmente a los jóvenes liceanos: La Brigada “4° de Línea”, que se componía únicamente por los hijos del personal militar que se desempeñaba en la ciudad; y la Brigada “7 de Junio”, esta siendo destinada a todos los jóvenes interesados en participar, independiente de su condición social o sexo. Cada Brigada esta compuesta por unos 120 muchachos, los cuales dentro de las filas poseían “rangos militares” y tenidas concordantes con éstos, los cuales, por demás, debían ser costeados por cada uno de ellos y sus familias. El sistema de reclutamiento era sencillo, y era que los mismos miembros de las brigadas partían a los distintos colegios de la ciudad (especialmente liceos) a realizar charlas informativas sobre su labor y las actividades que ejercían. Idealmente estas exposiciones eran destinadas a jóvenes de 8° año básico hacia arriba, o sea, a niños de unos 13 años como mínimo. También era probable que antes de su ingreso se hiciera una investigación sobre su grupo familiar como precaución. Recordemos que la “lucha interna” se mantendría vigente los primeros años del Régimen Militar.

También existía, aunque en menor grado, una Brigada de corte naval; en este caso, la Brigada “Manuel Thompson”, la que inicia sus actividades en las postrimerías del año 1975, como forma de preparar a los jóvenes y adolescentes de la ciudad en acciones de tipo bélico a realizarse en el mar. En marzo de 1979 incluso se le cedió, por obra y patrocinio del administrador de los astilleros de Arica, Ricardo Gómez, un pequeño buque escuela llamado “Chungungo”.

La Brigada “7 de junio” se reunía comúnmente los días sábados a eso de las 15:00 horas hasta las 19:00 en las dependencias del Regimiento Rancagua, ello cuando el objetivo era la realización de ejercicios en la escuela. En caso que tratarse de jornadas de “mini” campañas, las reuniones se realizaban a un costado del Casino de Oficiales del Ejército, ubicado en la Calle Diego Portales con Luis Beretta Porcel, lugar en el que se habían habilitado una serie de campos repleto de obstáculos. También era allí donde se instruía a las jóvenes en las labores “propias de su sexo”, relegándolas exclusivamente a temas concernientes a primeros auxilios, instrucción que era provista por personal calificado en estos temas. Esta rutina semanal de entrenamiento sabatino, solamente se veía interrumpida en dos ocasiones: cuando cada tres meses (aprox.) se daba espacio a verdaderos ejercicios de campaña, en los que los jóvenes acudían acompañando a los diversos cuerpos militares adultos en una jornada que duraba aproximadamente tres días (viernes, sábados y domingo),

---

<sup>1397</sup> Ibidem, p. 203.

<sup>1398</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

los que se realizaban a las afueras de la ciudad; la otra era mucho más simple, cuando se hacían exhibiciones públicas de las habilidades adquiridas por los “cadetes”:

*Un admirable grado de eficiencia, disciplina y bizarría demostraron ayer los integrantes de la brigada premilitar “7 de Junio”, durante la presentación que ofrecieron al mediodía en la Pérgola de las Banderas con motivo de conmemorar un nuevo aniversario de su creación. / A través de un “taboo” a cargo de los efectivos de la banda de guerra y una gimnasia aplicada con armamento, los jóvenes brigadistas demostraron perfecta sincronización en los movimientos y ejercicios realizados, lo que el público premió con nutridos aplausos<sup>1399</sup>.*

Este tipo de rituales, en los que también participaban activamente las mujeres reclutas, fueron bastante comunes en la Arica de los 70, especialmente dentro de los actos públicos, independiente del sentido que éstos tuvieran. Daniel Castillo y Vladimir Zarzuri han sostenido que estas muestras, muy probablemente, respondieran a la necesidad de sentar en el inconsciente colectivo de la población ariqueña la idea de que la ciudad debía comprometerse con todo y todos sus estamentos en una defensa que implicaría hasta el último hombre (en este caso niño) y hasta el último cartucho. Los niños aquí constituían un verdadero bastión del amor patrio en peligro, un ejemplo a seguir para las generaciones mayores, un aliciente que decía: ¿si nosotros podemos, por qué ustedes no? Pero más allá del mero efecto simbólico, de por sí fuerte y cargado de una retórica patrioter, estaba el hecho de que esta dicotomía de niño-soldado si estaba preparado para la guerra; después de todo, ¿no era ese su cometido?

Al menos la instrucción básica que les era entregada lo confirmaba. Era entrenamiento en el uso básico de fusiles de guerra: limpiar, cargar y dispararlos. Había ocasiones en los que se disparaban salvas de honor y se realizaban ejercicios con bayoneta calada, además de herramientas básicas para la defensa personal. Como algo digno de mencionar, hubo casos excepcionales, como la instancia en que los jóvenes soldados fueron entrenados en el uso de bazucas y artillería de bajo calibre<sup>1400</sup>. Estos ejercicios se realizaban en la zona sur de Arica, o más bien a las afueras de la misma, en los Valles de Azapa y Lluta, donde se recreaban verdaderos campos de batalla, con la indumentaria militar y armamento real. Las mujeres también tuvieron su parte en estos ejercicios y no fueron menos drásticos para ellas, pues, como sus principales labores correspondían a primeros auxilios, se les instruyó en cómo convertirse en enfermeras de campaña, y qué mejor que estos campos de batalla simulados para lograrlo: debían realizar ejercicios de salvataje de soldados (niños) heridos, los que se encontraban ficticiamente bajo fuego. Las jóvenes debían aprender a arrastrar a hombres moribundos a través de obstáculos hasta lugares seguros, donde debían poner en práctica sus conocimientos en primeros auxilios, en especial la elaboración de torniquetes. Para hacerlo más “real”, ello se realizaba mientras se disparaba munición real de artillería sobre ellos, la cual era controlada a fin de recrear un ambiente fidedigno de un campo de batalla.

---

<sup>1399</sup> *La Defensa de Arica*, 17 de julio de 1978, p. 1. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 204.

<sup>1400</sup> *Ibidem*, p. 206.

Aunque no todo era tan malo, al menos ello si lo vemos de la óptica de adolescentes recién entrando a la madurez, dado que muchas de estas actividades, a pesar del peligro que suponían, eran más bien tomadas como un juego, o algo novedoso con lo cual podían jactarse con sus cercanos. Prácticamente, era tomado como un juego sin mayor importancia, salvo cuando se les condecoraba públicamente, lo que les henchía de orgullo. También estaba las ventajas que otorgaba pertenecer a estas brigadas, pues se daba la garantía de que, con cuatro años de “servicio”, el joven tendría el equivalente al Servicio Militar obligatorio, al que más adelante podría eximirse. Además, se les otorgaban facilidades para entrar al Ejército y formar carrera en la institución. También estaban los fuertes lazos de camaradería que surgían entre las filas, e incluso entre instructores y alumnos, algo que fue bastante común de hecho; sin embargo, no todo era reluciente, y es que, sumado al hecho que se instruyera en el manejo de armas a niños y se les preparaba para un conflicto real, estaban los constantes abusos que los recién llegados sufrían por parte de las últimas clases, los que muchas veces recurrían a los castigos físicos y aporreo públicos en contra de los brigadistas menores.

Tomando la opinión de varios ariqueños que fueron partícipes de aquellas brigadas nos encontramos con un hecho notable, y es que si consideramos el origen mismo de estas unidades no se inculcó entre los cadetes un sentimiento de belicosidad u odio hacia los peruanos, sino “que lo que se procuraba mayormente era inculcar un fuerte sentido de pertenencia, patriotismo y soberanía, las cuales eran las ideas que se encontraban en boga durante estos años”<sup>1401</sup>. Tampoco se tocó de forma directa los problemas fronterizos con el Perú, “nunca se mencionó que la preparación a la que se sometían los niños era para el escenario de una posible guerra con el Perú; sin embargo, muchos de ellos sabían los problemas suscitados en la frontera por medio de los diarios y el ambiente que existía en el aire”<sup>1402</sup>. Pese a ello, el funcionamiento de estas brigadas continuaba su funcionamiento normal. Para nada nos debe extrañar que la prensa sostuviera que, al ver a las brigadas de niños-soldados en demostraciones públicas, sostuviera que ello solo era “*demostrativos del grado de preparación de la muchachada dispuesta a seguir la huella de los héroes de la historia patria*”<sup>1403</sup>.

Este último punto no era algo de extrañar, pues, y como lo afirmaría el Coronel Mena insistentemente, más que buscar inculcar un férreo sentimiento antiperuano en la población civil, era mucho más conveniente fomentar el espíritu de unidad y patriotismo: “*estructuré un plan de unidad nacional que fortaleciera la cohesión civil, reforzando los sentimientos de amor a la Patria y de íntima colaboración civil-militar. La guerra podía producirse en cualquier momento*”<sup>1404</sup>. Ello mismo implicó que se llevaran a cabo políticas a fines, como fue el volver a levantar el Museo del Morro de Arica: “*Ese fue otro gesto. Cuando hicimos el Museo pedí la colaboración de mucha gente, que aportó cosas, cañones y reliquias que tenían en sus casas y también aportaron ideas para mejorar las relaciones. Por una de ellas yo traje el Adiós al Séptimo de Línea, en una cantidad importante de libros muy bien empastados. Nunca se vendieron en Chile tantos ejemplares como en esa ocasión en el Morro*”<sup>1405</sup>. Paradójicamente, si echamos un vistazo a las palabras de Mena, era que muchas de estas iniciativas contaron con el apoyo de autoridades declaradas comunistas y socialistas:

---

<sup>1401</sup> Ibidem, p. 208.

<sup>1402</sup> Idem.

<sup>1403</sup> *La Defensa de Arica*, 6 de diciembre de 1976, p. 1. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 214.

<sup>1404</sup> *La Segunda*, 22 de septiembre de 2012.

<sup>1405</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

“Tuve excelentes relaciones con el gobernador socialista, señor Rubilar, y con la alcaldesa comunista, señora María Elena Díaz; le decíamos cariñosamente “Ellen Day”. Era muy buena, me ayudó mucho con la construcción del Museo El Morro”<sup>1406</sup>. Y de ahí también que actividades como las Fiestas Patrias y el aniversario del 11 de septiembre llegaran a tomar una importancia como nunca se había visto antes. En efecto, en Arica, así como en el resto del país, la celebración de estas fechas estuvo plagada de locuciones patrióticas y saludos en la prensa, reconociendo el valor patriótico y nacionalista de las Fuerzas Armadas como eje para la reconstrucción nacional. Se publicaban numerosas fotos del Presidente de la Junta de Gobierno, y numerosas dedicatorias provenientes del sector privado<sup>1407</sup>.

Obviamente, y bajo la aguda crisis con el Perú que ya era palpable entre los ariqueños, las visitas del General Pinochet venían a acrecentar este espíritu de unidad nacionalismo, incluso pasando por un sinónimo de esperanza de tiempos mejores, las que se verían materializadas con nuevas disposiciones las que podrían traer de vuelta el anhelado progreso económico, pues, como él mismo diría: “Yo vengo a ver cómo están ustedes [a los habitantes de Putre]. Trataremos de solucionar sus problemas”<sup>1408</sup>. Incluso daba aliento a quienes ya veían con escepticismo las relaciones con el Perú, y quienes creían, no sin argumentos, que los militares declararían a Arica ciudad libre frente a la ofensiva de los blindados, al sostener palabras como “Saldremos adelante, aunque sean años difíciles”<sup>1409</sup>. Una de estas muestras de exacerbado patriotismo, al menos como se dejaba entrever en la prensa nacional, fue en febrero de 1975, cuando se preparaba la reunión con Banzer:

El presidente de la República, general de ejército Augusto Pinochet Ugarte, reiteró a su llegada a esta ciudad que los habitantes de esta provincia deben tomar conciencia de los esfuerzos que está realizando el Gobierno y aportar el suyo en pro del desarrollo integral de la Primera Región de la República. / El Primer Mandatario, su señora esposa y siete Ministros de Estado recibieron una cariñosa bienvenida de parte de miles de ariqueños que salieron a las calles para aplaudir el paso de la comitiva presidencial [...] Al salir del edificio del aeropuerto, el público vivió al Presidente y le aplaudió calurosamente. El trató de estrechar la mano a la mayor cantidad de personas y una chica de 14 años al no lograr este saludo, prorrumpió a llorar. Uno de los altos oficiales de la comitiva la condujo hasta el Mandatario, que le saludó muy cariñosamente y le dedicó algunas palabras de consuelo. / Al subir al automóvil que debía conducirlo al Motel de Azapa, hubo un verdadero estallido de entusiasmo que impresionó visiblemente al ilustre visitante, quien respondió con gestos afectuosos al público que rodeaba al vehículo. / Durante el trayecto, grupos de personas salían al borde de la carretera para agitar banderas tricolores, pañuelos y ramas. A medida que se avanzaba hacia la ciudad, las manifestaciones se hicieron más densas y compactas. / Arica parece vivir un día de fiesta con todas sus casas embanderadas. Los comentarios de los transeúntes al mediodía se referían a la acogida cariñosa

---

<sup>1406</sup> *La Segunda*, 22 de septiembre de 2012.

<sup>1407</sup> *La Defensa de Arica*, 22 de septiembre de 1974, p. 1. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 118.

<sup>1408</sup> *El Mercurio*, 9 de junio de 1974, p. 33.

<sup>1409</sup> *El Mercurio*, 8 de junio de 1974, p. 12.

del general Pinochet y a su esposa, que fue saludada al llegar por delegaciones de organizaciones femeninas y obsequiada con varios ramos de flores<sup>1410</sup>.

Toda esta pantomima influiría directamente en la población ariqueña, la cual experimentó un verdadero crecimiento del sentir nacionalista, algo bastante común antes de una guerra. Por ejemplo, cuando se conmemoraba la Batalla de la Concepción y de la Juventud Chilena en 1975, la cuestión ya no solo era un típico acto civil-patriótico, sino que, muy exageradamente, pasó a convertirse en un verdadero ritual de corte nacionalista y rodeado de un aura casi mística, muy similar a lo que ocurriría dos años más tarde en el famoso Acto de Chacarillas:

*La ceremonia se verá realizados por jóvenes de todos los estratos sociales de Arica que cumplirán esta promesa patriótica portando antorchas y convergiendo en la catedral de San Marcos para transmitir a las autoridades en forma oficial de la juventud de defender la soberanía ante cualquier adversidad*<sup>1411</sup>.

Si bien muchos de estos actos estaban destinados a confrontar al enemigo interno, “al comunista y al subversivo”, casi inevitablemente derivaría en los “avatares del comunismo mundial” y los riesgos que corría Chile, pues, se argumentaba que si Chile quería “recuperar su libertad democrática” y mantener su soberanía nacional, ya no solo se debía luchar contra grupos insurrectos, sino que claramente contra una nación que se estaba armando para la guerra. Obviamente los controles sobre la prensa escrita no admitirían que aquello se publicara abiertamente, más cuando, por ejemplo, en periódicos como *La Concordia* se publicaban advertencias para quienes osasen escribir palabras que aludieran al Perú: “Se advierte que cualquier declaración, circular, volantes, relacionados con aspectos que involucren a temas que competen a asuntos diplomáticos, sólo pueden ser autorizados por el Ministerio de Relaciones Exteriores, previo visto bueno del Gobernador o el Intendente de Tarapacá”<sup>1412</sup>.

Misma alusión que haría el Coronel Oscar Acevedo al “pedir a cada uno de los habitantes de nuestro departamento que no acepte por ningún motivo rumores de esta u otra naturaleza, y que exijan la identificación de la fuente de donde viene esta falsa información y con estos antecedentes, den cuenta a las autoridades responsable del rumor en cuestión”<sup>1413</sup>. Aunque ello no evitaba que palabras de grueso calibre por parte de civiles se filtrasen en la prensa, el caso del columnista ariqueño Fajo así lo exponía. Además de sostener que, a pesar de ser una lucha de David contra Goliath, la historia estaría de nuestro lado en esta nueva lucha:

*El desequilibrio de fuerzas ha dejado de tener importancia para nosotros, ayer estuvimos 11 a 1, ahora la diferencia será mucho mayor, con la ayuda del comunismo internacional, pero seguimos siendo los mismo bravos que no trepidamos en la Concepción, en donde pelearon 77 chacabucanos contra*

---

<sup>1410</sup> *El Mercurio*, 7 de febrero de 1975, p. 17.

<sup>1411</sup> *La Concordia*, 9 de julio de 1975, p. 1. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 153.

<sup>1412</sup> *La Concordia*, 10 de julio de 1975, pp. 1-2. Ibidem, p. 153.

<sup>1413</sup> *La Concordia de Arica*, 1 de agosto de 1975, p. 4. Ibidem, p. 161.

*3000 enemigos, entregando valientemente la vida antes de rendirse. Es la suerte de Chile y es la razón de nuestra bravura a prueba de cien combates. Hoy quienes dudan de la unidad nacional ante una amenaza externa, contrario a ello, yo pienso que los Chilenos antes que nada aman a su tierra, especialmente hoy en la que estamos recuperando. Por ello la noticia más que una amenaza constituye “UNA PUESTA A PRUEBA DE NUESTRO PATRIOTISMO” para nosotros. Esta realidad que tarde o temprano debía llegar, está próxima, las hábiles manos de los SIN PATRIA, han sabido avivar el fuego de viejas consignas revanchistas y nos tiene al borde de un enfrentamiento entre hermanos latinoamericanos.*

*Recién termina Tlatelolco donde se firmaron una serie de compromisos de solidaridad internacional, entre otros la rastrera de Perú de 10 años de paz y concordia entre los pueblos latinoamericanos; y todavía resuenan en los oídos de las sinceras solicitudes de poner término a las carreras armamentistas en América y viene a resultar esta noticia de compra de armamento y de asesoría cubanas y rusas que aún cuando quería ocultar, estaba más que detectada. [...]*

*La templanza de los pueblos y de su afán de americanismo, puede salvar la situación, ayer Chile organizó una expedición Libertadora, que terminó con la dominación española en América. Hoy es otra la penetración mucho más fatídica, por su secuela de terror, violencia y esclavitud. Los ciudadanos amantes de la libertad y democracia tienen la palabra. Los Chilenos sin ánimos de lucha entre hermanos a esperar y unirse en torno a nuestras Fuerzas Armadas. O somos Chilenos o somos comunistas. Aquí no hay términos medios, o traidores o patriotas<sup>1414</sup>.*

Palabras como estas solo venían a reflejar el compromiso que la población ariqueña, o solo cierto porcentaje de ella, adquirió con la defensa de su ciudad. Muy probablemente aquellos comentarios y actos públicos no fueran más que una pantalla organizada por los mismos militares a fin de demostrar a los peruanos que la batalla por Arica, si bien podía perderse, sería devastadora para quienes se atreviesen a cruzar la frontera. Con palabras como “*Nuestras Fuerzas Armadas siempre han sido cautelosas de nuestra soberanía. Saben como proceder y confiamos en ello, como Chilenos y soldados. Son profesionales ciento por ciento, conocedores de las medidas y del equilibrio necesario para nuestra seguridad y destino. Tengamos esperanza, alguna vez en que el tiempo y la tecnología nos hace madurar, pero jamás retroceder*”<sup>1415</sup>. Ello venía a reflejar el espíritu de unidad que imperaba en la Ciudad de la Eterna Primavera o, quizás, la censura e intervención de los medios, pues resultaba comprensible que muchos se mostrasen participativos en las políticas adoptadas por el Gobierno, pues, de lo contrario, las consecuencias podían ser hasta fatales, más en temas tan delicados como lo era una posible guerra.

En fin, pero incluso con ello, y tomando lo que decía Sara Valdés, había dos alternativas: “*O Perú ve una resistencia tan feroz que no insiste en la agresión, o vivimos de ‘La Concepción’ en grande (...) los soldados [y los habitantes] de Arica se aprestan a morir*

---

<sup>1414</sup> *La Concordia*, 28 de febrero de 1974, p. 3. Ibidem, pp. 90-91.

<sup>1415</sup> *La Concordia*, 3 de marzo de 1974, p. 3. Ibidem, p. 95.

*sitiados*<sup>1416</sup>. Todo estaba preparado, todos estaban dispuestos; sin embargo, nada pasó. Llegó el tan temido 6 de agosto y los soldados y civiles armados esperaron expectantes y atemorizados, tal como lo hacían los británicos en las trincheras durante la Gran Guerra. El amanecer se volvía una verdadera pesadilla para quienes veían en el despuntar del sol de aquel día invernal el avance de cientos de blindados bajo la bandera roja y blanca, pero el sol llegó a su cénit y nada ocurría, no sonaban sirenas advirtiendo a los civiles, no había bombardeos y las planicies desérticas continuaban vacías. ¿Qué había pasado?

El dulce abrazo de Morfeo envolvió a los próximos sitiados y el alba llegó nuevamente sin tambores de guerra sonando. Parecía un sueño idílico, más considerando que en aquellos momentos podrían estar viviendo un verdadero infierno. Todo estaba en calma, al menos dentro de lo amplio del término en circunstancias especiales como esta. Aquel mismo día el General Arellano Stark se entrevistaba en La Paz con su homólogo peruano, General Francisco Morales Bermúdez, instancia en la que se proponía un Pacto de no Agresión. La prensa nacional y peruana siguieron el tradicional juego que se venía jugando desde años atrás, proclamando a los cuatro vientos la buena amistad entre Chile y Perú. El famoso día D no llegaba y, paradójicamente, la preocupación chilena se centraba en ello. Quizá la pregunta que más rondó en el boca a boca por aquellos días fue ¿Por qué no nos atacan? Y, nuevamente, la obvia pregunta del millón ¿Qué había pasado?

\*\*\*



---

<sup>1416</sup> Ibidem, pp. 202-203.

## CAPÍTULO IX. LA GUERRA QUE NO FUE Y LA QUE PUDO SER

### I. La Guerra que no Fue

*La paz más desventajosa es mejor que la guerra más justa*  
(Erasmus de Rotterdam)

En diciembre de 1974, momento en que las tensiones parecían solamente ascender, la muy conocida mentalista chilena Yolanda Sultana, quien fuera una de las mayores figuras civiles del Chile del Régimen Militar y que hasta el día de hoy se mantiene vigente, en una entrevista con el periódico *La Defensa de Arica* y al ser consultada sobre los hechos que marcarían el nuevo año que se avecinaba, señaló que para el plano vecina e internacional:

*No habrá guerra con Perú y Bolivia como muchos suponen, y por el contrario, las relaciones con el país del altiplano mejorarán considerablemente*<sup>1417</sup>.

Esta simple y llana predicción, una de las tantas que hasta el día de hoy inundan los medios escritos nacionales, dejaba en claro dos cosas. En primer lugar, dejaban de manifiesto que lo sucedido entre los países vecinos no era algo que se manejaba a puertas cerradas y que ni mucho menos era invisible a los ojos de la población; muy al contrario, tanto chilenos y peruanos de a pie parecían estar más atentos y expectantes que nunca sobre lo que pasaba en las altas esferas de gobierno y su proyección internacional, y cómo no estarlo cuando ello podía significar el desatar una de las más grandes guerras que vería el continente. Y lo segundo, *¡que los poderes de la mentalista eran reales!* O al menos eso sería si nos apegamos a los hechos venideros. Pero fueran reales sus predicciones o no, una cosa era bastante segura, la tan esperada, o temida si se ve del lado chileno de la frontera, guerra entre Chile y Perú no llegó. Algo que salta a la vista a estas alturas del partido, más en consideración, y tomando las palabras de Forestier, que los huesos de nuestros soldados no blanquearon el desierto. No hubo huérfanos, no hubo viudas ni bajas, ni menos el tan deseado Stalingrado a la chilena. No obstante, la pregunta sigue en pie: ¿qué es lo que había pasado? ¿qué o quiénes habían motivado a Velasco, nuestro Juan sin Miedo, a dar marcha atrás?

Como suele suceder en estos casos, en que se trabaja sobre la premisa de algo que pudo ser pero que no fue, la cuestión es difusa. Técnicamente no solo hay un factor que influyó en la negativa de avanzar hacia una ofensiva y la consecuente guerra. Quizás podríamos decir que militares de ambos bandos, considerando lo nefasto que podría llegar a ser una guerra a gran escala, dejaron las armas y abrazaron la causa de la hermandad entre países que comparten una historia común. Pero ello sería pecar de inocencia (demasiada) y, como es la tónica en la historia, más bien pasaba por un cúmulo de elementos que al final terminaron por jugar una mala pasada a los halcones del Gobierno Revolucionario. Mala suerte podríamos decir, conspiración dirán otros, pero lo cierto, si se mira con retrospectiva,

---

<sup>1417</sup> *La Defensa de Arica*, 31 de diciembre de 1974, p. 8. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 133.

es que sería una seguidilla de hechos lo que nos salvarían de una guerra, tanto en lo interno como en lo externo.

Quizás este último plano fuera el más “leve”, aunque no por ello dejaría de influir en las decisiones de los militares. Y es que para 1975, algo que partiría desde 1973, el plano diplomático para el Régimen Velasquista no era para nada favorable. Si bien, en caso de un conflicto, el Perú podía plantarse de mejor manera ante el mundo, cuestión que no era muy difícil que digamos si tenemos en cuenta que su rival sería la dictadura de Pinochet, la que ya copaba las primeras planas del mundo por las atrocidades cometidas; difícilmente ello se traduciría en un apoyo por parte de la región. Víctor Laca ha sostenido, a través de la revisión de las Actas de Ministros, que el Perú confiaba en obtener una resolución favorable ante Naciones Unidas, Europa Occidental y Oriental, así como con Japón y Oceanía. Estados Unidos sería, en consideraciones peruanas, un caso excepcional, pues si bien el Ejecutivo y el Pentágono apoyarían a Chile (cuestión que estaba condicionada a la participación cubana y solamente si Pinochet no era el agresor como ya hemos visto), tanto el Congreso, como el Partido Demócrata y la población en general se decantarían más por el Chino; después de todo, y volviendo a recalcarlo, Chile era el paria de América Latina. Por su parte, era obvio que la Unión Soviética y toda su órbita, demás está decir Cuba, apoyarían el accionar de Velasco<sup>1418</sup>.

Sin embargo, todos eran actores que tenían una sola cosa en común: la distancia. Todos podrían brindar su apoyo incondicional, pero a la hora en que se desatara la carnicería, pocos, o prácticamente ninguno, podría cuidar su espalda. Paralelamente, el panorama regional no ofrecía una mejor perspectiva; de hecho, por ejemplo, si Allende en su tiempo se vio rodeado de dictaduras militares, Velasco no correría mejor suerte, pues se vería rodeado de dictaduras militares, muchas de las cuales eran exactamente del color opuesto del Gobierno Revolucionario. Bolivia, en una esquina, anhelaba una salida al mar, una reclamación de la que dependía la estabilidad misma de Banzer, quien por demás se hallaba bajo la influencia de Brasil y los Estados Unidos, y sin hablar de los buenos términos a los que habían llegado con Pinochet. Ecuador era un acertijo, pues si bien el gobierno del General Guillermo Rodríguez Lara seguía en términos generales una línea similar a la del Gobierno de Velasco, no se debe olvidar que, además de Chile, los militares ecuatorianos se mostraban como el rival histórico del Perú. Brasil, que por aquel entonces era la mayor potencia militar de Latinoamérica, respondía a los lineamientos de los Estados Unidos, a la par que aspiraba a una salida al Pacífico mediante Bolivia y mostraba fuertes signos de anticomunismo. Tanto Colombia como Venezuela, si bien podían apoyar a Velasco, su participación en un conflicto era dudosa, sino imposible. Finalmente estaba Argentina, quizás el segundo aliado natural del Perú, la que, sin embargo, por 1975 se mostraba más cercana a Chile por cuestiones ideológicas. El escenario no era para nada favorable, aunque lo anterior no contrastaba, en cuando a lo difícil de la situación, con lo acaecido internamente.

De partida, como se consideraba en las Sesiones de Ministros, existían las actividades de grupos de extrema derecha e izquierda del gobierno; “los primeros tendrían la intención de romper la unidad de las Fuerzas Armadas acusando al gobierno de comunista. Los segundos tenían una línea pacífica centrada en el Partido Comunista pro-soviético que apoyaba al Gobierno pero a la vez era fuente de la mayor cantidad de huelgas por intermedio

---

<sup>1418</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 72.

de la Confederación General de Trabajadores”<sup>1419</sup>. En menor medida, también existía un sector violentista, en el cual predominaban las organizaciones maoístas, las que buscaban el fin del régimen mediante acciones terroristas, de las cuales ya se habían producido algunas en el interior del país. En cualquier caso, se esperaba que en caso de un conflicto se podía esperar lo peor, que era que aquellas organizaciones comenzaran a realizar acciones de sabotaje dentro del territorio nacional. Esto no se quedaría simplemente allí, sino que se vería insistentemente acentuado debido a la fuerte crisis económica que afectó al régimen desde 1974 hasta el fin de sus días. Esta crisis sería gestionada y direccionada por el “imperialismo norteamericano”, al menos ello si damos crédito a las palabras de José Antonio Fernández Salvatreci, uno de los hombres duros de la revolución:

Ya a fines de 1974 la crisis económica se cernía amenazadoramente sobre el país. Pese al triunfalismo del Gobierno en 1975 era previsible el desencadenamiento de la crisis, como reflejo de la crisis mundial. En el mes de Febrero, tanto el jefe del Instituto Nacional de Planificación (10 de Febrero), como el Ministro de Economía y Finanzas, en exposiciones televisadas, hicieron ver que no tenían fórmulas para solucionar la crisis, esperanzándose en alcanzar algunas metas durante ese año, “siempre y cuando no ocurrieran catástrofes naturales, prevaleciera la paz social y no se acrecentara la crisis internacional”. Como ocurrió todo lo contrario, la crisis se desencadenó. / La crisis internacional, por otra parte, al acentuarse, trataría de ser descargada en toda su magnitud, por los países coloniales y semi-coloniales. / El Perú se encontraba entonces, en situación por demás difícil, con una escasa generación de divisas, era importador de bienes de consumo, productos alimenticios de carácter fundamental como carnes, leche, oleaginosas y trigo, y además teníamos necesidad de importar cada vez mayores volúmenes de petróleo, etc. Pero esos no eran todos los males que teníamos que sufrir; nuestro principal producto de exportación, el cobre, tuvo una desastrosa caída de precios y la recuperación de la actividad pesquera no se materializaba<sup>1420</sup>.

Fuese aprovechado o no por el “imperialismo”, una cosa era segura: el esfuerzo de los militares por estimular el crecimiento económico había fallado estrepitosamente al declinar la producción agrícola e industrial. Habían bajado los salarios reales, mientras que las tasas oficiales de desempleo iban en crescendo, la inflación y la deuda pública, por decirlo menos, subía vertiginosamente<sup>1421</sup>. Y es que como diría Lowenthal, “a pesar de haber hablado tan apasionadamente sobre la necesidad de justicia social, los líderes militares del Perú no mejoraron en forma significativa el sistema de recaudación de impuestos. En realidad se hizo aún más regresivo”<sup>1422</sup>. A fin de cuentas, luego de proclamarse a viva voz la necesidad de reformar las estructuras sociales, las Fuerzas Armadas tomaron decisiones que dejaron a la mitad más pobre de la fuerza laboral prácticamente en las mismas condiciones en que las encontraron cuando asumieron el gobierno. Y a excepción de la

---

<sup>1419</sup> Ibidem, p. 73.

<sup>1420</sup> José Antonio FÉRNANDEZ SALVATTECI: *Yo Acuso: La Revolución Peruana*, Editorial El Siglo, 1978, p. 94.

<sup>1421</sup> Jane S. JAQUETTE; Abraham F. LOWENTHAL: *Op. Cit.*, p. 7.

<sup>1422</sup> Ibidem, p. 8.

Reforma Agraria, pocas de las medidas adoptadas del régimen sobrevivieron a la llegada de los civiles.

Peor aún era lo ocurrido con la balanza de pagos, la cual atravesó fuertes presiones durante 1975 debido a este grave déficit en la balanza comercial. El Gobierno se vio obligado a realizar un serio ajuste fiscal hacia junio, cuando habían incrementado los precios de los productos básicos como los alimentos y el combustible a fin de reducir los subsidios existentes en estos sectores. Pero tales ajustes no llegaron a ser suficientes, y como resultado, las reservas experimentaron un declive respecto al pico que habían alcanzado a principios de año. Y, como bien nos ha dicho Torres Laca, “la evolución de las reservas tiene una crucial importancia ante la inminencia de un conflicto bélico”<sup>1423</sup>, ya que constituyen una verdadera arca de fondos en caso de que el país entrara en guerra, permitiéndole además la posibilidad de poder continuar las importaciones de material y equipos necesarios para el conflicto, además de las necesidades civiles.

Y a pesar de que muchos de los “enamorados” de la Revolución clamaron en contra de la burguesía nacional, muy difícilmente los uniformados podían sustituirla en sus roles de inversionistas y administradores de empresas. Los pocos esfuerzos de los militares por tender puentes hacia el sector privado no dieron los frutos esperados, ni mucho menos crearon un clima de confianza para la inversión privada. Esto último era más escalofriante cuando se tenía en cuenta que las empresas estatales, a causa de la crisis económica, arrojaban pérdidas enormes, lo que aumentaba más el peso de los gastos públicos y el problema inflacionario parecía estar a la vuelta de la esquina.

Quizás un elemento donde el régimen tuvo un éxito más o menos moderado fue la participación en la vida política, la que aumentó enormemente gracias a la extensión del sufragio a los analfabetos y el proceso de movilización precipitado por las reformas del gobierno. No obstante, la aguda crisis económica, como diría G. D. E. Philip, dejaron al régimen vulnerable a las protestas populares. La izquierda llegó a ser capaz de organizar una cierta cantidad de perturbaciones; sin embargo, particularmente en el campo, el APRA, eterno enemigo de los militares, ofreció la resistencia más formidable allá por 1975<sup>1424</sup>. El gobierno no fue capaz de organizar del todo la representatividad y, por el contrario, con esta participación política lo único que logró fue el estimular el desarrollo de una oposición independiente:

Evelyne Stephens concluye que los esfuerzos del gobierno en atraer a la fuerza laboral a través de la participación de los trabajadores y de la federación de sindicatos tuvo el efecto opuesto. Aumentaron las huelgas en gran medida y CONACI y los sindicatos independientes resistieron los tremendos esfuerzos del gobierno por atraerlos a sus filas. Cleaves y Scurrah así como también McClintock encontraron que los campesinos peruanos rechazaron algunas iniciativas claves del gobierno y que rehusaron apoyar al régimen de Velasco cuando éste más lo necesitaba. Tanto las nuevas cooperativas como la nueva federación de sindicatos agrícolas (CNA) se convirtieron pronto en instituciones independientes, y ya no en mecanismos de control corporativo. [...] en la medida en que la reforma agraria provocó

---

<sup>1423</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 78.

<sup>1424</sup> George D. E. PHILIP: *The Rise and Fall of the Peruvian Military Radicals 1968-1975*, Bloomsbury, London, 2015, p. 156.

cambios en las actitudes de los campesinos y aumentó sus habilidades de organización, los campesinos mostraron una “tendencia a usar esta capacidad más bien en contra que en favor del Estado” [...] el corporativismo era “una ilusión” en Perú, “existiendo solamente en los cuadros de los analistas peruanos”<sup>1425</sup>.

Todo terminó con que, a pesar de esgrimirse consignas entorno a la participación popular de las masas trabajadoras y campesinas, el régimen militar terminó por convertirse en un gobierno inmensamente impopular, siendo repudiado por las mismas masas que decía defender, con masivas protestas y huelgas en su contra. Finalmente, el régimen velasquista vivió lo suficiente para convertirse en el villano de su propio pueblo, más cuando empleó el viejo método de las dictaduras militares cuando la marea interna está en su contra: la represión.

En este punto resultaría enormemente contraproducente el embarcarse en una aventura bélica, más cuando no se disponían los fondos y el apoyo para ello, bien nos ha dicho Napoleón: *Para hacer la Guerra se necesitan tres cosas: dinero, dinero y más dinero. Hay guerras más baratas, pero se suelen perder.* Y, en efecto, Velasco disponía de toda una maquinaria lista y dispuesta para avanzar, pero sin el combustible necesario para ello y el cual, a fin de cuentas, siempre, incluso disponiendo de grandes cantidades, terminará por escasear. Ahora, teniendo en cuenta que de por sí la situación era difícil en tiempos de paz, y que la población civil ya estaba experimentando las consecuencias de la crisis económica y política del régimen, en tiempos de guerra esto se agudizaría de sobremanera. Poniéndonos en los zapatos de los peruanos de a pie que sobre sus hombros deberían soportar todo el peso de la guerra, tanto económica como humanamente hablando, no resultaría difícil el imaginarnos que si los vientos de la guerra no favorecían al Perú, la situación interna sería desastrosa. Algo así como lo ocurrido con Rusia en 1917.

Pero lo nefasto de este escenario podía, hasta cierto punto, solventarse con una victoria militar: agradan al pueblo, liberan las tensiones internas y devuelven la confianza de las masas al gobierno, además producirles réditos económicos si se sabían aprovechar. Pero, ¿cómo podía haber victoria si entre los mismos uniformados no había consenso? Y es que los problemas internos no solo afectaban a las esferas económicas, sociales y políticas del Perú, sino que también a los militares mismos en su organización y unidad habían visto surgir grietas enormes y de difícil solución, pues los intentos de los militares por fundirse con el Estado los hizo vulnerables, tanto a los ataques externos (organizados principalmente por la oposición) como a la disensión interna, cuando la estrategia de desarrollo ya se mostraba como un verdadero fracaso. Fernández Salvattecí afirmaba:

A fines del año 1974 era fácil percibir que en el seno del Gobierno de la Fuerza Armada y los Comandos de las Instituciones, se llevaba a cabo una sorda, hipócrita y desleal pugna por puestos claves y “rentables”, lo que era aprovechado por el Imperialismo para controlar a su antojo y conveniencia a los “mandos” empleando todas las técnicas a su alcance y fomentando la

---

<sup>1425</sup> Jane S. JAQUETTE; Abraham F. LOWENTHAL: *Op. Cit.*, pp. 20-21.

inmoralidad y la corrupción; al parecer, tal control no le costaba demasiado trabajo<sup>1426</sup>.

Aunque este escenario venía de antes y, a la larga, terminaría por costarle el gobierno a Velasco. De hecho, como lo ha sostenido el historiador Antonio Zapata, el mandatario, más que comandar Fuerzas Armadas con un fuerte grado de coerción y unidas por el espíritu de la Revolución Peruana, las hacía más de arbitro y juez entre las distintas facciones de las tres ramas principales, moderando las diferencias que podían surgir entre ellas (principalmente entre el Ejército y la Armada). Por un lado estaban los militares progresistas, representados por los Generales Leonidas Rodríguez y Jorge Fernández Maldonado, los que fueron el sostén del Gobierno Revolucionario por los primeros cinco años, eran ellos los coroneles del 68; sin embargo, tras 1973, Velasco pareció centrarse más en la facción militar apodada “La Misión”, liderada por el General Javier Tantaleán, caracterizada por un fuerte anticomunismo y muy proclive a la violencia. Ello, en palabras de H. Pease, significó una ruptura, pues “se ha roto la relación entre el Presidente Velasco y los militares que desde el 3 de octubre lo acompañaron en todo el proceso. La ruptura se produce a partir de la opción de Velasco por ‘La Misión’”<sup>1427</sup>. Dos hechos dejarían de manifiesto esto último, específicamente dos ocurridos en el primer semestre de 1975: la huelga entre las fuerzas policiales que degeneró en graves disturbios y saqueos masivos en Lima en febrero de aquel mismo año; y una insurrección en la Marina de Guerra en junio de 1975, ocultada de los medios de prensa, pero no por ello dejó de ser menos grave.

En el primer caso, las Fuerzas Policiales estaban divididas en tres ramas: Guardia Republicana, Guardia Civil y Policía de Investigaciones, ninguna de las cuales había tenido una participación directa en el proceso revolucionario; de hecho, el cargo mismo de Ministro del Interior del cual dependían era ocupado únicamente por generales del Ejército. Pero a esta marginación política, se le sumó la marginación económica, pues las fuerzas de orden en ninguna instancia se vieron beneficiados por los importantes aumentos en las remuneraciones decretados para los miembros de las Fuerzas Armadas, ni mucho menos por los beneficios pecuniarios que muchos oficiales militares recibieron por ejercer cargos públicos. Por aquellas mismas razones, “los institutos policiales constituían un sector maduro para la insurrección, aunque tal situación haya pasado inadvertida para el Gobierno Revolucionario”<sup>1428</sup>. Todo estalló en la madrugada del 3 de febrero de 1975, cuando el personal de la Guardia Civil se declaró en huelga en demanda de mejoras salariales y se amotinó en el local de la Radio Patrulla en el distrito de la Victoria en Lima. Ante la negativa de deponer la huelga, efectivos del Ejército asaltaron el cuartel el día 5 de febrero. Al debelarse los hechos, las calles de Lima habían quedado sin protección policial, razón por la cual los disturbios y saqueos no tardaron en llegar. Para controlar los desmanes, el gobierno suspendió las garantías individuales a la par que sacaba las tropas de la Segunda Región Militar a las calles a fin de imponer el orden.

Los sucesos demostraron ser un duro golpe para el Gobierno Revolucionario, pues, además de demostrar el descontento existente en las filas de las fuerzas policiales y las masas en general, fue percibido como una obvia muestra de la división y descontento de las propias

---

<sup>1426</sup> José Antonio FÉRNANDEZ SALVATTECI: *Op. Cit.*, p. 67.

<sup>1427</sup> Henry PEASE GARCÍA: *El Ocaso del Poder Oligárquico: lucha política en la escena oficial, 1968-1975*, Desco, Lima, 1977, p. 182.

<sup>1428</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 75.

Fuerzas Armadas, pues los desmanes solo fueron posibles, en gran parte, gracias a la demora de las tropas en salir a las calles, las que estaban bajo el mando del General Leonidas Rodríguez Figueroa. Años más tarde, Velasco responsabilizaría a este general y al presidente de CCFA, General Óscar Vargas Prieto, por los sucesos, señalando que fueron un intento por derrocarlo<sup>1429</sup>.

Con la Marina, si bien no tan conocidos, supusieron un problema de mayor envergadura; después de todo, era una de tres ramas de las Fuerzas Armadas que se levantaba contra el Presidente, cosa no menor. De partida, la institución jamás había mostrado del todo su apoyo a las políticas de Velasco, o siquiera al golpe del 68, siempre siendo la rama más moderada y no tan embobada con el proyecto revolucionario. Esto se agravaría tras el paso al retiro del Comandante General Vargas Caballero en mayo de 1974, provocando una animadversión contra su sucesor, Arce Larco, y al reemplazo de éste, el Vicealmirante Guillermo Faura. Todo habría quedado en mero descontento o unas cuantas caras largas, pero ardió Troya cuando se supo que Faura, muy cercano a Velasco, había sido puesto por este último en el puesto. El problema de todo esto fue que para lograr el nombramiento del sucesor de Arce Larco se debió pasar a retiro a oficiales navales de mayor antigüedad, cuestión que contradecía al Estatuto del Gobierno Revolucionario, en el que se establecía que el Comandante General de los Institutos Armados debía ser oficial de mayor antigüedad en actividad<sup>1430</sup>. Los oponentes de Faura vieron su oportunidad de derrocarlo cuando éste emprendió un viaje de inspección a la Fuerza Fluvial del Amazonas en la ciudad de Iquitos, a fines de junio de 1975. Tomando el asunto por sus astas, los buques de la Armada se hicieron a la mar a tiempo que se emitía un pronunciamiento en el cual se denunciaban los actos que socavaban las bases institucionales de la Marina de Guerra. Faura intentó remediar la situación, pero finalmente se le relevó del cargo, siendo reemplazado por el Vicealmirante Augusto Gálvez, bajo la recomendación del Comandante General del Ejército, Francisco Morales Bermúdez<sup>1431</sup>.

Pero al problema de la división interna de los militares, se le sumaba el problema del mando, y es que Velasco, hombre duro, ya no era el mismo de 1968. El 23 de febrero fue cuando todo quedó en evidencia, pues aquel sería el día en que se comunicaría oficialmente el grave estado de salud del General Velasco. Se informaba que el presidente había sido sometido a una intervención por presentar un trastorno vascular (aneurisma abdominal) a lo que más tarde, específicamente el 9 de marzo, el informe que hablaba de una nueva operación en la que se le había amputado la pierna derecha por encima de la rodilla. “De modo súbito, el general Velasco quedó disminuido físicamente y estuvo recluido en el hospital algunas semanas. Luego hizo una vida bastante encerrada, moviéndose casi exclusivamente entre su casa y su oficina de Palacio. Su enfermedad desató la tormenta que

---

<sup>1429</sup> Ibidem, p. 76.

<sup>1430</sup> Específicamente en el artículo n°9: “Los Comandantes Generales de los Institutos Armados continuarán rigiéndose, en lo que respecta a su situación militar, por las disposiciones legales vigentes. Al pasar a la situación de Retiro, la designación de su sucesor recaerá en el Oficial General de mayor antigüedad dentro de su respectivo Instituto”. Véase en Decreto de Ley de la Junta Revolucionaria. Decreto de Ley n°1, 17063. Disponible en *Revista de Derecho y Ciencias Políticas*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Vol. 32, 1968, p. 427.

<sup>1431</sup> Francisco Morales BERMÚDEZ; Federico PRIETO CELI: *Regreso a la democracia: entrevista biográfica al General Francisco Morales Cerrutti, Presidente del Perú (1975-1980)*, Realidades, Lima, 1996, p. 198-199.

estaba incubándose por esos días”<sup>1432</sup>. Ello se sumaba a la enfermedad (cáncer estomacal) que arrastraba incluso desde antes de ascender a la cima del gobierno.

Aquella crisis fue, por decirlo menos, sorpresiva, tanto para el gobierno como para las Fuerzas Armadas, al punto que corrieron rumores sobre su salida del poder. “Se produjo, de ese modo, el peor de los escenarios: un jefe enfermo, un gobierno sin base civil organizada, una base militar en crispación permanente y un país con problemas existenciales, materiales, vecinales, regionales y hemisféricos”<sup>1433</sup>. Tras su deterioro físico y también mental, la cuestión de la sucesión salió a la palestra, principalmente con dos nombres claves: Mercado Jarrín y Morales Bermúdez. El embajador norteamericano Belcher informó de ello a sus superiores: “*The stresses that were manifested within Junta, cabinet and among armed forces when Velasco was in critical condition are likely to recur. Mercado, supported by president of joint Command Cavero, remains most likely successor to Velasco but other actors could figure in attempt to fill power vacuum*”<sup>1434</sup>. A pesar de las posibles conspiraciones para hacerse del trono del rey, Velasco siguió en el poder, aunque no en sus mejores condiciones:

*Notwithstanding reassuring remarks by minister, a number of reports continue to circulate (some from medical sources) to affect that Velasco is neither physically nor psychologically “fit” to resume presidential responsibilities*<sup>1435</sup>.

Las condiciones físicas y mentales del líder peruano, así como la economía del país y la popularidad del gobierno, solamente fue en una dirección, hacia abajo. De la imagen del gobernador dirigiendo al pueblo y Fuerzas Armadas peruanas al unísono, solo quedaba un hombre cansado, enfermizo y paranoico, al punto que sus sospechas, muchas de ellas infundadas, hicieron eco hasta en la prensa chilena:

*No era coincidencia de que se estuvieran reuniendo en Sao Paulo, varios “conspiradores” contrarrevolucionarios. “Da la casualidad” que allá esté el ex ministro del Interior Manuel Ulloa (del Perú) esperando precisamente a otro instigador Javier Arias Stella (ex dueño del “Expreso de Lima) y que la prensa brasileña este ofreciéndoles sus páginas para que hablen en contra del Gobierno del Perú*<sup>1436</sup>.

---

<sup>1432</sup> Antonio ZAPATA: *La Caída de Velasco*, s. p.

<sup>1433</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 49.

<sup>1434</sup> “Es probable que se repitan las tensiones que se manifestaron dentro de la Junta, el gabinete y entre las fuerzas armadas cuando Velasco estaba en estado crítico. Mercado, apoyado por el presidente del Comando Conjunto Cavero, sigue siendo el sucesor de Velasco, pero otros actores podrían intentar llenar el vacío de poder”. “Velasco Resumes Presidential Functions, critical period for Mil GOV ensues”, 2 de abril de 1973. 1973LIMA02105\_b. Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 30 JUN 2005.

<sup>1435</sup> “A pesar de los comentarios tranquilizadores del ministro, siguen circulando una serie de informes (algunos de fuentes médicas) para determinar que Velasco no es ni física ni psicológicamente “apto” para retomar las responsabilidades presidenciales”. Idem.

<sup>1436</sup> *La Defensa de Arica*, 30 de mayo de 1974, p. 1. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 108.

Hacia mediados de 1974, el estado de salud del mandatario era más que desalentador para quienes veían en él al líder de la Revolución y el próximo en comandar a las tropas. Sara Valdés allá por 1993 lo describiría de perfecta manera:

*Lisiado y psicológicamente enfermo, el general de 64 años cada día se volvía más violento. A veces se encerraba en largo y hosco silencio, otras tenía profundos ataques de cólera. En las noches leía relatos de su provincia de Piura, y acordándose de su pobrísima infancia, lloraba desconsoladamente. Pasaba largos períodos insomnes, sufría fuertes dolores en su pierna amputada, y ya desconfiaba de todos y de todo. Los desmayos ocurrían sin previo aviso. El hombre macizo caía desvanecido encima del escritorio desde donde dirigía los destinos de 16 millones de peruanos. Las carreras, los llamados de ayuda y un tenso silencio se extendían por el Palacio cada vez que esto ocurría. Era un nuevo traspies que había que ocultar, y una nueva prueba del progresivo deterioro de quién fuera apodado en su época de gloria “Juan sin miedo”<sup>1437</sup>.*

Teniendo esto en cuenta, no resulta extraño el imaginar los hechos posteriores. Sin hablar del contexto internacional, el panorama estratégico para el Perú resultaba ser devastador. Rodríguez Elizondo se preguntaba si realmente se percibía el peligro de ir, bajo el liderazgo de Velasco, a una guerra contra Chile, y muy probablemente contra Ecuador, cuyos efectos económicos podían ser catastróficos, más con la condición de las Fuerzas Armadas y el líder de la Revolución. Lamentablemente para los halcones peruanos, la situación para lanzarse a una aventura militar era por lejos desastrosa y casi profética de una derrota si simplemente se hubieran lanzado a la lid de aquella manera. Y es que los avatares de la guerra exigen una cuestión mínima a la hora de tentar a Marte: el conductor de la guerra, véase a Juan Velasco Alvarado, debía estar en condiciones óptimas, tanto física como psicológicamente, para dirigir a un caballito de batalla bastante indómito y que en cualquier momento se podría encabritar: “Sólo en la ficción cinematográfica un jefe guerrero puede montar en su corcel y marcar el rumbo hacia el enemigo, sin hacer cálculos previos con sus oficiales”<sup>1438</sup>.

Aún más importante, a esta máxima le sigue la de la unidad, pues, para desgracia de muchos, las guerras no son la aventura de un solo hombre, no se pueden combatir solamente con un único líder junto a su guardia pretoriana. Es necesario mantener a las Fuerzas Armadas cohesionadas, poseedoras de una inteligencia estratégica competente y logísticamente apoyadas por su propio pueblo. Como hemos visto, Velasco carecía de lo uno y de lo otro. Por ello, la conclusión a la que muchos llegaron era, por así decirlo, más que justificada: el marchar a la guerra bajo el mando de Velasco sería casi un suicidio, pues el conductor del conflicto era prácticamente un alma en pena, que ya no dialogaba con sus generales y técnicos, y que ni siquiera estaba en condiciones de analizar los informes. Era simplemente la sombra del “Chino”, del carismático “Juan sin Miedo”.

Muy probablemente fueran aquellas razones las que motivaron a muchos miembros del alto mando a pensar que un cambio en la cúpula de gobierno era algo extremadamente necesario. Quien aprovecharía la situación tambaleante del líder revolucionario sería el

---

<sup>1437</sup> Idem.

<sup>1438</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 67.

segundo a bordo, Francisco Morales Bermúdez, Comandante en Jefe del Ejército, quien llegó a congregarse a su alrededor a militares de sectores radicales y moderados convencidos de la necesidad de relevar a Velasco. Se empuñó la daga al solicitar postergar la invasión a Chile por 30 días, argumentando que no se había preparado del todo el sistema de defensa antiaéreo, además de carencias logísticas (lo cual era verdad). Este tiempo sería aprovechado para dar el golpe final<sup>1439</sup>. El último puñal fue clavado el 29 de agosto de 1975, cuando Morales realizó un pronunciamiento desde Tacna con el acuerdo de los Comandantes de las cinco regiones militares del Perú; de hecho, esto último posiblemente fuera el mayor embate contra el mandatario, pues cuando consultó a su Jefe del Servicio de Inteligencia y su Ministro de Interior, ambos negaron saber lo que ocurría. Cuando consultó a los Generales de las regiones militares, ninguno respondió. Velasco se encontró rodeado y solo. Su sueño de tomar Arica moría mientras era obligado a dejar el gobierno ese mismo día.

Velasco, nuestro líder, llora amargamente. Es impotente, no puede hacer nada, ya que su proyecto se ha destrozado. Repite una y otra vez: “SI LAS COSAS ESTABAN TAN MAL, ¿POR QUÉ NO ME LO DIJERON?” Y tú sabes la respuesta mi General. Te tenían miedo, pánico, nadie se atrevía a decirte que eso que tú habías ordenado o aceptado, estaba mal. Todavía tienen pánico de tí, mi General, por eso estás en Palacio y no te sacan. Tú sabes que eso es así y tienes que aceptarlo. ¿Acaso no te acuerdas que hasta cuando gritabas un par de lisuras todos agachaban la cabeza y aceptaban a pie juntillas tus órdenes? ¿Acaso no te reías cuando veías que Morales Bermúdez se ponía “rojo de vergüenza” y se cubría la cara con las manos? Sí mi General, el Perú avanzaba, porque a punta de gritos lo hiciste avanzar. La revolución, Mi General, dependía de tí, los otros tenían miedo, no hacían nada si tú no lo aprobabas. Al Perú nuestro lo despertaste a gritos, al parecer aquí no se necesita otra cosa. La oligarquía, con un grito tuyo, aceptó a regañadientes la Reforma Agraria y no defendió “su tierra”. Con un grito hiciste que el Gobierno nacionalizara la Banca, y los banqueros no defendieron “sus finanzas”, se fueron al extranjero a gritarte desde allí “comunista”. Se echó a la IPC, a la CPC, a Marcona, a la Gulf, a tantos “dueños del Perú”, porque tú gritaste, les quitaste los diarios con otro grito y sólo atinaron a echar a los jóvenes en las calles de Miraflores y a seguir llamándote del extranjero “comunista”. Humillaste a la oligarquía a punta de gritos. Humillaste a los comandos reaccionarios de la Marina a punta de gritos. Humillaste a los enemigos del pueblo a punta de gritos. No era necesario ni un disparo de fusil para todas esas cosas, y ahora, mi General, líder indiscutido e indiscutible, te sacan sin piedad de un tiro, y en vez de gritos utilizan la manipulación y la traición, recursos de cobardes ¿No ves que hasta a Leonidas lo utilizan? ¿Mi General Velasco! ¿Por qué pagarte así? Tú, que nos hiciste sentir dignos y lo que es más, contigo los jóvenes nos dimos cuenta que la dignidad estaba unida al pueblo. [...]

¿Qué ha pasado?, es la pregunta general. La derecha, la izquierda, los neutros, los oportunistas se hacen la misma pregunta, pero nadie actúa. Todos esperan.

---

<sup>1439</sup> Juan Eduardo MENDOZA PINTO: “¿Habría sido factible una guerra relámpago en la frontera entre Chile y Perú el año 1975?”.

Los líderes de las organizaciones laborales se concentran en el lugar pre-establecido. ¿Hay que defender a Velasco? ¿Quiénes están detrás de todo esto? ¿Los fascistas? Hay que actuar. Pero, ¿cómo actuar?, ¿en qué sentido? Por radio y televisión se da a conocer un Comunicado que lleva la firma del General Leonidas Rodríguez, en el que se explican las razones de la salida de Velasco. ¡Leonidas lo firma! El pueblo se tranquiliza. ¡El hermano Leonidas! ¡La Revolución sigue! ¡La Revolución se profundizará! ¡Viva la Revolución!<sup>1440</sup>

En este punto, cualquier observador haría la acotación de que el cambio de mando, por así decirlo, podría responder más a la necesidad de tener un líder fresco y en condiciones para liderar al Perú en la guerra; sin embargo, las miras de Morales Bermúdez, considerado uno de los moderados del régimen, estaban más centradas en el interior que en lo externo, más cuando se tenían en cuenta los datos antes entregados. De hecho, su principal preocupación fue más la de dar estabilidad interna al gobierno, temiendo que “se produjera un enfrentamiento directo de las propias instituciones, lo cual hubiera originado una debacle a nivel país”<sup>1441</sup>. Es más, en los albores del famoso día D, y haciendo gala de su reputación de moderado, o lúcido en este caso, su primera acción antes de ascender al poder fue tranquilizar a los militares chilenos, avisándoles que los movimientos provenientes de Tacna no eran dirigidos a ellos. Fue una jugada bastante arriesgada, de la cual el éxito dependía enteramente de la credibilidad del mensajero, el mensaje y a quién iba dirigido. Por suerte, en la ciudad fronteriza se hallaba el General Artemio García, quien tan solo 2 años atrás había vivido la misma situación solo que a la inversa. García, contactándose con Odlanier Mena, informó de lo sucedido y puso en el teléfono a Morales Bermúdez:

*En 1975, cuando el general Morales Bermúdez decidió deponer al Presidente Velasco Alvarado, estaban en la casa de Artemio en Tacna, con 16 generales y él me llamó y me dijo, “te estoy devolviendo la mano, mañana nos vamos a hacer cargo del Gobierno en Lima”. Entonces tomó el teléfono Morales Bermúdez y me dijo, “Odlanier, lo que dice Artemio es cierto, mañana asumo el Gobierno en Perú”<sup>1442</sup>.*

De ahí en adelante, las gestiones del nuevo líder de la Revolución se centrarían casi únicamente en lo interno, anunciando la segunda fase de la Revolución Peruana. Al menos así lo dejaba ver en Arequipa en agosto de 1976:

*The purpose of the address was to emphasize that the GoP “will never modify its course or alter its ideology”. Morales Bermudez pledged that the Revolution remains faithful to its ideological principles and the spirit of both Christianity and humanism which he called “the guiding light” for government action. Referring to the state of emergency, Morales Bermudez stated that recent political decisions were taken because of the danger that the economic crisis could develop into a political crisis. “The far right and the far left, taking advantage of student and youngsters, attempted to create*

<sup>1440</sup> José Antonio FÉRNANDEZ SALVATTECI: *Op. Cit.*, pp. 138-139.

<sup>1441</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 68.

<sup>1442</sup> Entrevista a Odlanier Mena.

*a climate of confrontation with the government by means of escalating strikes and violence against public and private property". Morales Bermudez bowed that the government would nor permit a few persons "perhaps under foreign direction", to carry out their [...] plans to prevent success of "the first truly revolutionary experience" in Peru. And "will be lifted as soon as there is internal peace and tranquility"*<sup>1443</sup>.

Sus primeras medidas pasarían por diseminar el culto a la personalidad que se había formado en el primer periodo, ello logrado mediante la reivindicación de la Junta Revolucionaria como principal instancia del poder que desde ahí era delegada en el presidente de la República. Al mismo tiempo pasaba al retiro o exiliaba a la mayoría de los oficiales velasquistas<sup>1444</sup>, dejando en su mayoría a oficiales pertenecientes a los sectores conservadores, quienes mantenían la opinión de que era menester detener, o al menos frenar hasta cierto punto, el proceso revolucionario a fin de introducir medidas correctivas para solucionar la crisis política y económica del país. Personalidades como el Vicealmirante Augusto Gálvez; el General de la FAP Rolando Gilardi; el General Leonidas Rodríguez Figueroa; el General Jorge Fernández Maldonado; el General Luis La Vera Velarde; y el General Miguel Ángel de la Flor, todos y cada uno de ellos pertenecientes al ala radical o velasquista fueron despedidos de sus puestos o pasaron al retiro por decisión propia<sup>1445</sup>. De forma simultánea, se abrían puertas hacia los civiles, específicamente con un sector político repudiado por los mismos militares, el APRA. Y es que como diría Rodríguez Elizondo, en la visión del nuevo mandatario no había cabida para una continuidad de los militares en el poder, pues era necesario salvar su unidad y conservar la disciplina, o lo poco que quedaba de ella tras más de 6 años ejerciendo cargos políticos, por ello era imperante el tomar el control de las palancas institucionales e iniciar la ejecución de un proyecto político que permitiera a los militares y civiles volver a las estructuras básicas del contrato social occidental<sup>1446</sup>. En pocas palabras, civiles a las esferas políticas, y militares a sus cuarteles y una estabilización de la economía y el gobierno<sup>1447</sup>.

Lo cierto, y como se vería desde fines de 1976 en adelante, el retorno de los civiles al poder era algo seguro. El primer anuncio de la vuelta a la democracia se daría en diciembre de 1976 y la convocatoria a elecciones para la Asamblea Constituyente se anunciaría en

---

<sup>1443</sup> "El propósito de la dirección era enfatizar que el Gobierno del Perú "nunca modificará su curso ni alterará su ideología". Morales Bermúdez se comprometió a que la Revolución se mantenga fiel a sus principios ideológicos y al espíritu del cristianismo y el humanismo que llamó "la luz guía" para la acción del gobierno. Refiriéndose al estado de emergencia, Morales Bermúdez declaró que las decisiones políticas recientes se tomaron debido al peligro de que la crisis económica pudiera convertirse en una crisis política. "La extrema derecha y la extrema izquierda, aprovechando a estudiantes y jóvenes, intentaron crear un clima de confrontación con el gobierno mediante la intensificación de las huelgas y la violencia contra la propiedad pública y privada". Morales Bermúdez hizo una reverencia de que el gobierno ni permitiría a unas pocas personas "tal vez bajo dirección extranjera", llevar a cabo sus [...] planes para evitar el éxito de "la primera experiencia verdaderamente revolucionaria" en Perú. Y "será levantado tan pronto como haya paz y tranquilidad internas". "Morales Bermudez in Arequipa-The Revolution continues", 26 de agosto de 1976. 1976LIMA07782\_b. Margaret P. Grafeld Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 04 MAY 2006.

<sup>1444</sup> Jane S. JAQUETTE; Abraham F. LOWENTHAL: *Op. Cit.*, p. 23.

<sup>1445</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, pp. 82-84.

<sup>1446</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, pp. 80-81.

<sup>1447</sup> Augusto ÁLVAREZ RODRICH: "Del Estado Empresario al Estado Regulador", en *Perú, 1964-1994: economía sociedad y política*, Instituto de Estudios Peruanos, 1995, p. 74.

octubre del año siguiente. Pero más allá de la política interna, ¿qué pasaba en los cuarteles? Lo cierto es que Morales, con el tiempo transcurrido desde el día D y la purga de los altos mandos adictos a Velasco, solamente provocaría un agotamiento en las tropas. Bien diría Villacrez:

*viene un proceso complejo. Lo primero que dicen es la guerra se viene, manténgase. Comienza un proceso de... mentiras. Y uno dice, puede ser, puede ser, puede ser. Pero pasan los meses hasta que llega el 24 de abril del 76 y el cansancio era total. [...] Ya había caído Velasco, entonces yo le dije al General Maldonado: “mi General, yo quiero tomar la palabra” [Para hablar con Morales Bermúdez en el día de los Ingenieros]. Entonces el General Maldonado le dice al operador: “en nombre de los oficiales subalternos el Capitán Villacrez va a tomar la palabra”. Tomé la palabra y le dije: “Mi General Presidente, de ingeniero a ingeniero, le digo que han pasado demasiados meses, ya deberíamos estar en Arica, y estas dilaciones comienzan a tener un olor a traición”<sup>1448</sup>.*

Esto se acrecentaría más cuando se coqueteó con el régimen de Pinochet: “se revisó y tiró al canasto la política internacional tercermundista; se empezó a coquetear con el Gobierno de Pinochet, a quien se impuso después la más alta condecoración del Ejército peruano [...] sin importarle para nada el anti-peruanismo del Sr. Pinochet, dejando de lado que éste se hubiera convertido en el más grande asesino contra su propio pueblo, algo que no llegó a realizar ni el mismo Hitler”<sup>1449</sup>. Ya en 1976, específicamente en mayo, las Fuerzas Armadas de Bolivia, Perú y Chile celebrarían la Segunda Reunión Tripartita de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas en la que firmaron el “Acuerdo de Cooperación para el Afianzamiento de la Paz y Amistad entre las FF.AA. de las Repúblicas de Bolivia, Chile y Perú”. Todo ello bajo un “espíritu de hermandad, cooperación y amistad que inspiran los propósitos de estas tres naciones bajo el marco del respeto de la autodeterminación de los pueblos sustentada en la Carta de las Naciones Unidas y de la Organización de los Estados Americanos, de las cuales son firmantes Bolivia, Chile y Perú”<sup>1450</sup>. Allí mismo, el General de División, representante del Perú, Guillermo Arbulu Galliani sostendría:

Merece mención especial un hecho de gran importancia que ha estado presente, tanto en la Primera Reunión de Lima, como en esta Segunda de Santiago aún con mayor intensidad, y es que, por medio de la comunión directa y el contacto humano, se ha roto cualquier reserva inicial abriendo los canales para una estrecha y cordial amistad entre los hombres que tienen la responsabilidad de ejercer el Alto Mando de las FF. AA. De nuestros respectivos países [...] todo lo alcanzado sirve como rotundo desmentido a

---

<sup>1448</sup> Entrevista a Eloy Villacrez.

<sup>1449</sup> José Antonio FERNANDEZ SALVATTECI: *Op. Cit.*, pp. 147-148.

<sup>1450</sup> Ejército de Chile: “Segunda Reunión Tripartita de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas de Bolivia, Chile y Perú”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año LXIX, n°390, 1976, p. 18.

ciertos órganos de Prensa Internacional, que pretenden inventar conflictos que sólo habrían de beneficiar a intereses que no son los nuestros<sup>1451</sup>.

Sea que Morales sinceramente no buscara una confrontación con Chile o que simplemente cayera en cuenta de que, si bien los medios eran adecuados, la situación interna y externa no daba abasto para una aventura bélica. La cuestión es que, por el momento, la sombra de la guerra, o fantasma de los cien años, dejó de rondar por los círculos peruanos, aunque ello no significaba que el antichilenismo presente en los sectores más “duros” se desvaneciera.

\*\*\*

## II. La Guerra que Pudo Ser

*El sonido más persistente que reverbera en la historia del hombre  
es el sonido de los tambores de guerra.  
(Arthur Koestler, Janus)*

En Chile, especialmente en las zonas rurales, y América del sur en general, existe un fenómeno climatológico bastante peculiar que se produce en el mes de junio, conocido popularmente como el “Veranito de San Juan”, en que los cálidos aires del norte inundan los fríos valles del sur. Si se tiene algo de imaginación, la situación experimentada en Chile tras el ascenso de Morales Bermúdez sería eso mismo, un veranito. Y es que, al iniciarse esta nueva etapa del Perú, se producen también acercamientos fraternos entre ambas naciones, tanto del mundo civil como del militar. En noviembre de aquel año se conmemoró el aniversario del Abrazo de la Concordia y los periódicos se llenaban de titulares como “Chile y Perú sellaron lazos de amistad y confraternidad” y “Símbolo de paz y amistad entre Chile y Perú”<sup>1452</sup>. Hermandad, fraternidad, amistad, paz, cooperación y un largo etcétera de palabras empalagosas eran la tónica que ahora parecían cobrar un verdadero sentido, más cuando aquel, a ojos de muchos chilenos, que buscaba la guerra ahora prácticamente vivía alejado del poder y las Fuerzas Armadas. Pero como el Veranito de San Juan, estos aires cálidos y clima apacible demostrarían ser pasajeros y a remarcar lo obvio: solo era la calma antes de los fríos vientos de invierno.

Difícil resultaba que de buenas a primeras todo lo que se venía gestando por años se olvidara, ni siquiera la ascensión de Morales Bermúdez logró calmar los ánimos en las filas chilenas; después de todo, el nuevo mandatario, al igual que Velasco, vestía el uniforme militar, y por muy perteneciente al sector moderado que fuera, ello nunca dejaría de inquietar a los chilenos. Esto era aún más grave si se tenía en cuenta la deplorable condición económica del Perú una vez que se produjera el Tacnazo (no confundir con el Tacnazo chileno de 1969), pues se heredaba el panorama del gobierno de Velasco. Los gastos del gobierno central y de las empresas públicas excedían enormemente sus ingresos, por lo cual debían recurrir al financiamiento externo e interno para cubrir su déficit, como consecuencia, se produjo un rápido crecimiento de la deuda externa, cuyo servicio ejerció cada vez más presión sobre la balanza de pagos. Para complicar aún más las cosas, las exportaciones se encontraban estancadas y fueron largamente superadas por las importaciones a partir de

---

<sup>1451</sup> Ibidem, p. 20.

<sup>1452</sup> *La Defensa de Arica*, 17 de noviembre de 1975, p. 1. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 171.

1974. El resultado de ello fue un continuo declive de las reservas internacionales del Banco Central, al punto que estas pasaron a ser negativas a partir de 1976. Se comenzó a emplear la emisión inorgánica de moneda para cubrir los expendios estatales, lo que provocó un aumento de la tasa de inflación, con previsibles consecuencias sobre la economía popular<sup>1453</sup>. En consideraciones chilenas, resultaba muy probable que se iniciase una aventura bélica para desviar la atención de los problemas internos, aunque esto pasaba más por meras suspicacias de este lado de la frontera.

Lo anterior iba simultáneamente con el soporte decisivo que las Fuerzas Armadas daban al gobierno de Morales en momentos en que proliferaban los movimientos opositores a los regímenes militares, razón por la cual resultaba indispensable mantener satisfechos a los institutos castrenses en sus requerimientos operativos. Las purgas y las luchas dentro de las mismas filas, sin hablar de la dilación que hablaba Villacrez en los sectores más nacionalistas, constituían una razón adicional para que el nuevo gobierno se mostrara dadivoso, pues constituía el mejor medio para que los militares se centrasen de lleno en sus preocupaciones profesionales que en las luchas intestinas de la política peruana, más si el mismo Bermúdez esperaba la lenta vuelta a los cuarteles.

Esto se traduciría, y como ocurriría con Belaúnde Terry en 1968, en la compra desmedida de armamento moderno para los institutos castrenses. Una decisión irracional a vista de los observadores chilenos, quienes no concebían que en el deplorable estado de la economía peruana se iniciasen adquisiciones como esas. A sus ojos solo cabía una posibilidad para una decisión tal irracional, que los nuevos equipos y armas fueran únicamente para realizar el sueño de Velasco; sin embargo, la realidad era otra, pues, como hemos señalado, pasaba más por una cuestión interna y a la par, para disuadir a cualquiera que intentase aprovechar tal debilidad. Así, nuevamente, entre 1976 y 1978 se iniciaría una nueva carrera armamentista<sup>1454</sup>. Incluso cuando el mismo General Bermúdez intentaba ratificar el Pacto de no Agresión del 6 de agosto de 1975, la prensa chilena se mostró desconfiada:

La firma de un Pacto de no Agresión vendría a confirmar que, en alguna oportunidad, un país tuvo la intención de agredir a otro. Si ello no es efectivo, entonces nada justifica el acuerdo. Esta idea sostenida por estrategias militares y diplomáticas podría derivar en que Chile y Bolivia no suscriban el pacto por el régimen peruano del general Morales Bermúdez hace dos meses, mientras representaba a su país en el aniversario de la independencia de Bolivia<sup>1455</sup>.

El artículo terminaba con una frase contundente:

La Guerra del Pacífico costó la vida de miles de chilenos, peruanos y bolivianos. A cuatro años del centenario del conflicto bélico, según trasciende

---

<sup>1453</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 86.

<sup>1454</sup> Para mayor información sobre la compra de armas realizadas por el Perú bajo el Gobierno de Francisco Morales Bermúdez, su capacidad, el tipo de equipamiento y a las ramas de las Fuerzas Armadas que fueron destinadas, se recomienda revisar “Las Armas de Morales Bemúdez” en Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, pp. 94-108.

<sup>1455</sup> *Revista Ercilla*, Año XLII, n° 2097, semana del 8 al 14 de octubre, 1975, p. 8.

de las versiones de la prensa internacional, hay sectores interesados -y bastante identificados- en que no sea una celebración pacífica<sup>1456</sup>.

Esta desconfianza se acrecentaría con la cuestión del “Tercero en Discordia”, las que si bien habían quedado en buenos términos, o más bien de expectación, después probaría que se podían enturbiar enormemente. Las relaciones entre ambos países habían mejorado sustantivamente desde el Abrazo de Charaña, lo cual daba a entender que éstas seguirían el buen camino que habían mantenido hasta el momento; sin embargo, como anteriormente hemos dicho, la cuestión marítima no había dejado indiferente al Perú, más cuando existía una gran posibilidad de que Chile cediera parte de los antiguos territorios que le habían pertenecido, y que el Tratado de 1929 impedía cederlos a un tercero. Y como bien diría Pinochet de la Barra: “la negociación tendría buen término si así lo quería Perú, de acuerdo con el Art. 1º del Protocolo de 1929. Para lograr ese ‘acuerdo previo’, el subsecretario subrogante de Relaciones Exteriores de Chile y funcionario de carrera, Javier Illanes, que mucho debió moverse por esos días, entregó otra nota el 19 de diciembre, esta vez a la Embajada del Perú. Se ponía así en movimiento, por primera vez, el mecanismo acordado para la Cesión de Tacna o de Arica”<sup>1457</sup>. Pero la base del ofrecimiento chileno de un corredor boliviano por el norte de Arica no solo estipulaba la entrega territorial por parte de Chile, sino que también lo hacía la nación altiplánica al cumplir tres condiciones para la entrega territorial: se especificaba que la cesión territorial que haría Chile debía ser compensada con un trozo de territorio de iguales dimensiones, aquella zona se debía encontrar completamente desmilitarizada y, finalmente, la entrega de aguas del Lauca para uso del norte Chileno. A pesar de todo pronóstico, la propuesta chilena tuvo un buen recibimiento en La Paz.

Ahora todo caía sobre el Perú, pero para nadie era secreto que en el antiguo Virreinato aún persistían aquellos deseos reivindicadores de aquellas antiguas provincias, no tanto como lo fueran en el Gobierno de Velasco en que imperaba el deseo de tomarlas por la fuerza, así como una clara acción para recuperar el honor perdido, sino como un deseo que se mantenía en el subconsciente:

*No es un secreto que el Perú mantiene expectación de reivindicación sobre el territorio que fue suyo y que actualmente se haya en poder de Chile [...] Si el Perú acepta la revisión del Tratado de 1929, renunciará automáticamente a sus expectativas nacionales y esto contribuirá un gesto de real fraternidad americana*<sup>1458</sup>.

De hecho, desde el segundo semestre de 1975, la postura peruana respecto a Bolivia se decantó más por ofrecer facilidades portuarias, más que concederle la posibilidad de una salida marítima. A la par, y como forma de contrarrestar aquel acercamiento chileno-boliviano que ya era visto con desconfianza en los círculos diplomáticos y militares del Rímac. Una de aquellas instancias fue la descrita por el embajador norteamericano Dean al sostener que la reunión establecida entre Morales Bermúdez y gran parte del alto mando peruano con el Presidente Banzer en octubre de 1975 se caracterizó por una “*atmósfera de*

---

<sup>1456</sup> Ibidem, p. 9.

<sup>1457</sup> Óscar PINOCHET DE LA BARRA: *Op. Cit.*, p. 78.

<sup>1458</sup> *La Defensa de Arica*, 10 de enero de 1976, p. 7. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 177.

*sincera amistad y confianza mutua*”, a la par que el mandatario peruano aclaraba su posición a fin de ir “*en la búsqueda de una solución al problema del enclaustramiento geográfico*” y expresaba “*su solidaridad con la justa necesidad del pueblo boliviano*”<sup>1459</sup>. Muchos esperaban que la postura peruana permitiera zanjar el asunto en buenos términos y diera término a la aspiración boliviana, pues según muchos observadores, la salida al mar del país altiplánico permitiría dar por terminada la creciente tensión entre Chile y Perú; sin embargo, para enero de 1976, la cuestión era clara, pues el Perú daba las primeras señales de que el Tratado de 1929 permanecería inamovible. Ello en palabras del embajador peruano en La Paz, Jorge Llosa:

La solución al problema de la mediterraneidad boliviana deberá satisfacer los derechos fundamentales del Perú [...] Mi gobierno estudia la situación, en estos momentos, con el mayor interés sin que esto significa renunciar a los términos del Tratado de 1929<sup>1460</sup>.

De ahí en adelante, podríamos decir, todo fue una brusca caída de lo que se había conseguido hasta el momento. La postura peruana era evidente e inamovible, el respeto al Tratado, a la par que creaba incertidumbre en Bolivia sobre lo que podía suceder, lo que a su vez producía un descontento en la nación altiplánica sobre los requerimientos de Chile. Para tratar salir del embrollo hubo dos reuniones chileno-peruanas, entre los días 20 y 23 de abril en Lima, y 5 y 9 de julio en Santiago. La delegación peruana la presidió el Secretario General de su Cancillería, embajador Luis Marchand Stens; y la chilena, el ex canciller Julio Philippe y el asesor Político Enrique Bernstein<sup>1461</sup>. Aunque estas reuniones estarían destinadas al fracaso, tanto por el hecho de que la Cancillería Peruana buscaba mantener la continuidad territorial entre Tacna y Arica, así como por las presiones internas que muchos ejercían sobre Morales. En este caso, nos referimos a las malas caras que las negociaciones chileno-bolivianas despertaron en los militares del Rímac, especialmente cuando el resultado favorable para Bolivia significaba una posible entrega territorial. Días antes de la reunión del 19 de abril la cúpula civil y militar del gobierno presionaban sobre la posición que el Gobierno Revolucionario debía tener respecto a las negociaciones. Un ejemplo de ello es la carta enviada por la oficialidad de Piura al mandatario el 14 de abril de 1976:

En relación con su oficio de la referencia, tengo el agrado de dirigirme a Ud. para remitirle la opinión de la oficialidad de la guarnición de PIURA, con respecto al problema de la Mediterraneidad de BOLIVIA. Dicha opinión se ha obtenido después de un Fórum realizado por este Comando de RM, entre todos los Oficiales (Superiores y Subalternos) de la guarnición, del cual se ha llegado a las siguientes conclusiones: [...] El caso de la Mediterraneidad de “Bo” y su posible solución de acuerdo al planteamiento presentado por “Ch” es un asunto que atañe particularmente a la FA, por tratarse de un problema relacionado con la Defensa Nacional. [...] La actitud de “Ch” al haber sostenido conversaciones unilaterales con “Bo”, sin haber consultado primero

---

<sup>1459</sup> “Presidents of Peru and Bolivia meet in Lima”, 14 de octubre de 1975. 1975LIMA08491\_b. Margaret P. Grafeld Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 06 JUL 2006.

<sup>1460</sup> *La Defensa de Arica*, 17 de enero de 1976, p. 1. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 177.

<sup>1461</sup> Óscar PINOCHET DE LA BARRA: *Op. Cit.*, p. 80.

a “Pe”, viola el artículo Primero del Protocolo complementario de 1929, en consecuencia atenta contra la soberanía de nuestra nación. [...] Militarmente no debemos aceptar la propuesta de la salida al mar para “Bo” por el corredor de ARICA. Debemos sostener que se dé salida a “Bo” por territorios que no sean aquellos que pertenecieron al Perú. [...] Como soldados conscientes del honor de nuestra nación debemos estar dispuestos a adoptar aquellas medidas que sean necesarias para garantizar el cumplimiento de nuestros Objetivos Nacionales. [...] Asimismo, se expresó que la diplomacia peruana no ha conducido nuestra política internacional de manera adecuada para crear las condiciones apropiadas que garanticen nuestra seguridad<sup>1462</sup>.

En resumidas cuentas, la diplomacia peruana estaba supeditada a los dictámenes de los militares peruanos, los cuales, por demás, eran el sostén del nuevo régimen de Morales Bermúdez. Y como militares, difícilmente podían ver como su gobierno aceptaba ceder territorios al que hace tan poco estaban ad portas de recuperar. Finalmente, este soporte militar del gobierno de Morales, aunado a la cuestión boliviana y al creciente armamentismo peruano (destinado más a mantener ocupado al sector castrense que para una guerra futura), terminó por pasar la cuenta y para agosto de 1976 la situación se encrespaba nuevamente. Así se expresaba en *La Defensa de Arica*: “Es un hecho innegable que existe una carrera armamentista entre Chile y Perú, editorializaba ayer el diario católico *Presencia* y añade: además esta carrera armamentista atañe, se quiera o no, a Bolivia. [...] En el terreno práctico, por que no deja de ser peligroso para Bolivia, el que dos de sus vecinos se armen más allá de lo necesario y puedan eventualmente entrar en un conflicto que por más de un motivo nos involucraría, secundariamente y aunque no lo queramos”<sup>1463</sup>. El fantasma del centenario volvía a rondar a los círculos diplomáticos y a la frontera de Chile y Perú, y como lo han expuesto Daniel Castillo y Vladimir Zarzuri, la prensa ariqueña, un 18 del mismo mes, lanzaría uno de los relatos más crudos y acusadores sobre esta carrera armamentista titulado *La Batalla de Santiago*, y en el que se denunciaban las implicancias del mismo:

*Parece el título de una película ¿verdad? O de un tema alusivo a ese 11 de septiembre que sacudió a Chile y al mundo, pero no, nada de eso, “La Batalla de Santiago” es una frasecita que uno suele escuchar en Lima [...] donde los vecinos de 1879 añoran ser los triunfadores de 1979, esto es, en dos años y medio mas, solamente. Y, lo que para nosotros los Chilenos suena algo irreal, patriotero o antañón, para ellos en cambio es algo muy real, concreto y actual. ¿Por qué? En parte, quizá, por un motivo psicológico. Cuando usted ha doblegado a alguien lo olvida al día siguiente. Usted, claro pero ¿y el otro? Así pasaran 100 años y los seguirá recordando, tras una taimada sonrisa de coexistencia. En parte también, por aquellos de las “provincias cautivas”. Tarapacá en el caso peruano y Antofagasta en el boliviano. A apero le parece muy normal poseer 240 mil kilómetros cuadrados que los ecuatorianos reclaman como suyos; y que una breve guerra en 1942 [debería decir 1941] se encargó de “aclarar”. Pero, en cambio, les parece muy lamentable que los 58 mil kilómetros de la provincia de Tarapacá sean*

<sup>1462</sup> Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 180.

<sup>1463</sup> *La Defensa de Arica*, 12 de agosto de 1976, p. 3. Ibidem, pp. 81-82.

*definitivamente Chilenos. Sea entonces por lo que sea; -nostalgia o humillación- el hecho es que los peruanos hablan de la “Batalla de Santiago” con fecha tope de 1979 casi en la misma forma que nuestros antepasados en 1879, comentaban “la batalla de Lima”. [...] Quizá sin embargo, en tres años más – en la fecha tope de 1979- un corredor boliviano de 8 kilómetros de ancho nos separa definitivamente del Perú. Obvio que no. Y aquí estamos a “La Semana Internacional” porque este lunes supimos que Perú había adquirido en Rusia 23 cazabombarderos último modelo, capaces de franquear en pocos segundos en el mentado corredor, rumbo a Chile.*

*Es posible; claro está; que este modesto periodista sea un mal pensado [...] Pero ¿Qué otras alternativas pueden pensarse? Sería irónico suponer que tales cazabombarderos soviéticos: unidos a los anteriores ya comprados a Francia así como los centenares de tanques adquiridos a Moscú o París tenga por objeto preservar la seguridad interior del Perú. ¡Se imagina usted... patrullajes supersónicos sobre mineros en huelga, campesinos descontentos o cientos de tanques color arena a la caza de algún agitado social... justo en la frontera con Chile! Y bueno; sino son para la seguridad interior ni para la exterior podríamos suponer que son para mejorar el nivel profesional de los militares peruanos. Es decir “por amor al arte” marcial. Cabe entonces preguntarse: ¿Cuan rico es Perú? Claro porque un Gobierno no compra armas para defenderse o porque -habiendo superado la miseria de su pueblo- pueda invertir millones de dólares en pertrechos bélicos sólo por “amor al arte marcial” sin sentir la conciencia incómoda. Yo no sé si el Perú puede sentirse amenazado por un vecino como Chile al cual el Congreso norteamericano le ha suspendido hasta la venta de repuestos para el armamento ya adquirido y que las razones que fuere tiene una economía tambaleante.*

*Si no se siente amenazado, Perú se estaría armando para amenazar él a otros. Esta decir “la Batalla de Santiago” no es una ficción de un periodista mal informado o mal pensado<sup>1464</sup>.*

La situación para el régimen peruano era de extrema delicadeza; por un lado, tenía a medios chilenos acusando y sospechando de una carrera armamentista para lanzarse a la guerra, y por el otro a una Bolivia impaciente por su salida al mar. Internamente tenía el problema de la presión de los militares que no querían ceder; y en caso de ceder, por un lado Morales podía ver tambalearse seguramente su posición en el poder y ver perdidos sus derechos históricos en la región, y, de no hacerlo, podía ver como la prensa boliviana le haría el único responsable de la irresoluta mediterraneidad boliviana. Entonces, ¿qué hacer? La respuesta la dieron los jefes de la Segunda Región Militar (Lima), la cual consistía, básicamente, en dilatar las negociaciones lo más posible y no responder sí o no<sup>1465</sup>. Ello terminaría por dar sus resultados el 18 de noviembre de 1976, cuando, técnicamente, no se decía aceptaba ni rechazaba la propuesta chilena, sino se aplicaba una tercera opción:

---

<sup>1464</sup> *La Defensa de Arica*, 18 de agosto de 1976, p. 2. Ibidem, pp. 82-83.

<sup>1465</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 90.

Establecimiento en la provincia de Arica, a continuación del corredor, de un área territorial bajo la soberanía compartida de los tres Estados: Bolivia, Chile y Perú, situada al sur de la frontera peruano-chilena, entre la Línea de la Concordia, la carretera Tacna-Arica, el caso norte de la ciudad de Arica y el litoral del Océano Pacífico. (Dicha área, que tiene la forma de un trapecio, abarca aproximadamente 66 km. cuadrados, de los cuales 50 km. están comprendidos en el actual planteamiento chileno-boliviano<sup>1466</sup>.

Una propuesta sorpresiva era puesta sobre la mesa, la que se condijo con la celeridad de la respuesta chilena. El 26 de noviembre, casi inmediatamente, la Cancillería Chilena contestó con una negativa a considerar el planteamiento peruano, aduciendo que incidía en materias propias de la soberanía nacional y que carecía de relación con los términos de la negociación entre Chile y Bolivia. A pesar de esta derrota, Bolivia no cesó en sus intentos, pero lo cierto era que las negociaciones habían llegado a un punto muerto de no retorno, pues, tal como diría José de la Puente Rabdil, “A partir de esa fecha y a pesar de nuestro deseo que continuara el diálogo, Chile se encerró en un silencio que sólo rompió cuando se reunieron en Washington los Presidentes de Perú, Bolivia y Chile”<sup>1467</sup>, pero tal reunión (1977) tampoco daría los resultados tan anhelados por Banzer. Al final, todo se fue al trasto de la basura, y sin forma aparente de salir del estancamiento de las negociaciones, el Gobierno de Bolivia, el 17 de marzo de 1978, determinó romper relaciones con Chile nuevamente. Y es precisamente en este año, el año que marchamos a la guerra, como diría Santiago Pavlovic, donde todo lo que podía salir mal confluyó en una sola y vieja palabra: guerra

Aunque si somos sinceros, las suspicacias ya venían desde principios del año anterior; es más, no por nada la revista norteamericana *Time* publicaría allá por inicios de 1977 un artículo bastante contundente bajo el título de *Girding for a Bloody Anniversary*, y en el cual se sostenía: “*On one side of the frontier [...], the Peruvians have been moving troops, Soviet-built T-55 tanks and American-made armored personnel carriers into burgeoning military bases in the southern border provinces. On the other side, the Chileans, bracing for a possible invasion, are mining the desert, implanting tank traps and building fortifications*”<sup>1468</sup>. Esto se complicaría ostensiblemente a posterioridad e iría en un lento crescendo, al punto que en marzo de aquel mismo año ya se daban charlas del *Mes de la Lealtad Ariqueña* por parte del Coronel Juan Barriga y en las que se tocaban una serie de puntos esenciales para el desarrollo de todos los ámbitos de la ciudad, pero había muchos otros referidos a la defensa nacional y a las medidas de emergencia que debería tener Arica<sup>1469</sup>. Los rumores de una posible guerra rondaban una vez más la frontera, aunque, si nos apegamos a los hechos, éstos jamás se habían ido desde que se instalaron en 1973.

<sup>1466</sup> Óscar PINOCHET DE LA BARRA: *Op. Cit.*, p. 80.

<sup>1467</sup> José DE LA PUENTE RABDIL: *Cuadernos de Trabajo de un Embajador. Aportes para la Historia del Servicio Diplomático del Perú y las Relaciones Internacionales (1945-1997)*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1997, p. 146.

<sup>1468</sup> “A un lado de la frontera [...], los peruanos han estado trasladando tropas, tanques T-55 construidos por los soviéticos y vehículos blindados de fabricación estadounidense a florecientes bases militares en las provincias fronterizas del sur. Por otro lado, los chilenos, preparándose para una posible invasión, están minando el desierto, implantando trampas de tanques y construyendo fortificaciones”. *Time*, Vol. 109, enero de 1977, p. 42.

<sup>1469</sup> *La Defensa de Arica*, 1 de marzo de 1977, p. 1. Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 194.

Pero como hemos dicho, si algo puede salir mal, o más bien si muchas cosas pueden ir mal, lo harán, y terminarán por pasar cuenta en un momento determinado. Esto fue precisamente a fines de 1977 y durante todo 1978, cuando el aire se volvía a inundar del olor a pólvora, solo que ahora el polvorín parecía no estar en el norte, sino en la zona austral y con un actor diferente. Las relaciones con Argentina desde el 11 de septiembre parecían ir bienaventuradas, y aunque el Gobierno de Perón no mostró un caluroso afecto a la nueva administración chilena, procuró mantener una sonrisa bastante visible. En 1975 Pinochet viajaba a Argentina, a la base aérea Morón, para entrevistarse con la viuda de Perón, la nueva presidenta María Estela Martínez. La reunión parecía demostrar que las relaciones se estrechaban, en el sentido de que los argentinos consideraban importante mantener la buena vecindad con los chilenos mientras al mismo tiempo la crisis interna se agudizaba. Una cordialidad que parecía incrementar cuando el General Jorge Rafael Videla asumía el gobierno en marzo de 1976, más cuando ambos regímenes compartían una aversión más que notoria contra los comunistas<sup>1470</sup>.

Había un tema latente que pasaba silenciosamente entre ambos gobiernos, especialmente los que remontaban al Tratado General de Límites de 1881 por el cual ambas naciones habían intentado poner fin a las disputas limítrofes; sin embargo, distintas interpretaciones del documento produjeron discrepancias en cuanto al curso de la frontera en el Canal de Beagle. En el centro de la disputa estaba la soberanía de las islas Picton, Nueva y Lenox<sup>1471</sup>, las cuales, tras una larga disputa jurídica y diplomática, se acordó la mediación de la Corona Británica en 1971.

La Caja de Pandora se abrió el 1 de mayo de 1977 cuando el laudo arbitral se decantó por la parte chilena, estipulando que las islas quedarían en poder de Chile y extendiendo su soberanía hasta el Atlántico. Obviamente, las masas chilenas no cayeron en cuenta de lo importante de este suceso, prácticamente pasó desapercibido; muy al contrario, en Argentina había un clima de gran pesar y estupor. En un primer momento se aceptó de forma apesadumbrada la decisión del fallo, pero luego comenzarían a lanzarse voces por parte de los sectores militares, de los políticos del poderoso nacionalismo trasandino y de quienes veían que las disputas internas podían dirimirse siendo “duros” con Chile. Se clamaba que el laudo violaba el principio Atlántico-Pacífico, en el que se creía que Chile solamente debía limitarse al Pacífico y Argentina al Atlántico. Muchos trasandinos vieron que el laudo echaba todo aquello por tierra<sup>1472</sup>.

La posición chilena, como no podía ser de otra forma, fue el aceptar el fallo casi de forma inmediata; en cambio, la posición de Argentina se mostró mucho más dilatoria al sostener que dentro de plazo de nueve meses ‘hará conocer la posición que adoptará el gobierno ante el resultado del arbitraje’. Fueron nueve meses en que el gigante trasandino dejó en suspenso su postura, ello hasta el 25 de enero de 1978, cuando se presentaba la Declaración de Nulidad Argentina, la que se decidió “declarar insanablemente nula -de acuerdo con el Derecho Internacional- la decisión del árbitro” y que por tanto, la República Argentina no se consideraba “obligada al cumplimiento de la decisión arbitral” y que en consecuencia “no reconocerá la validez de ningún título que invoque la República de Chile sobre la base del Laudo Arbitral para arrogarse derechos de soberanía sobre territorio o área

---

<sup>1470</sup> Joaquín FERMANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 441.

<sup>1471</sup> Para más información sobre el Tratado de 1881 véase Juan Agustín RODRÍGUEZ: *Chile en el Canal Beagle y Mares Australes. Tratado de paz entre Chile y Argentina*, Gráfica Progresión, Santiago, 1985, pp. 51-73.

<sup>1472</sup> Joaquín FERMANDOIS: *Mundo Y Fin De Mundo*, p. 442.

marítima alguna”<sup>1473</sup>. Posteriormente se intentó negociar con Chile de forma directa, pero siempre bajo la amenaza de una guerra, pues el país vecino ya alimentaba la idea del enemigo “eterno”, un país pequeño, atrasado y que solo con argucias legales había logrado hacerlo que muchos creían casi el Destino Manifiesto de Argentina.

Lo más probable fuera que de este mismo planteamiento surgiera la idea de que la guerra con Chile, escasamente armado y en malos términos con sus vecinos norteros, sería una guerra convencional de fácil victoria, algo que, como dejaría testimonio Hernán Cubillos, podría venir bien al sector castrense argentino, al menos en palabras del General Carlos Guillermo Suárez Mason:

*Usted no quiere entender que Argentina, que el Ejército Argentino, necesita pelear una guerra limpia. Yo me quedé perplejo y lo único que atiné a decirle fue: General, ¿usted cree que existe la guerra limpia?*<sup>1474</sup>.

Ya por aquellos días los aprestos argentinos necesarios para un conflicto estaban en marcha. Para diciembre de 1978 la amenaza de una guerra en la frontera sur pasaba por ser más que una mera amenaza, sino más bien una certeza, razón por la cual, sin lanzar discursos patriotericos a la población, Pinochet organizó la movilización para el Teatro de Operaciones Austral. Miles y miles de hombres eran llamados al servicio activo para combatir a los argentinos y su enorme superioridad en armas y brazos, siendo lo más importante demostrarle al gobierno trasandino la postura chilena de luchar hasta el último hombre. En una circunstancia como esta, cabría esperar que el Perú, y por ende Bolivia, se aprestasen a aprovechar la debilidad chilena. Y, en efecto, Perú se preparaba para la guerra, pero, ¿necesariamente para una con Chile?

Solo basta echar una mirada a la historia del Perú para caer en cuenta que Chile no ha sido su único “rival histórico”, en su frontera norte, como se vio en 1941, también se llevó a cabo una cruenta guerra vecinal, cuestión que tendría sus implicancias en el futuro. Sabemos que una vez que Morales Bermúdez ascendía al poder, en Ecuador estaba al mando el General Rodríguez Lara, de similar tendencia política que Velasco; sin embargo, a inicios de 1976, éste era reemplazado por una Junta Militar que despreció la retórica revolucionaria del Gobierno de Quito y, en cambio, buscó establecerse entre el elemento nacionalista y las reivindicaciones fronterizas con el Perú (la clásica fórmula para desviar las miras de los problemas internos). Este complejo panorama vecinal se complicó (más de lo que ya estaba) cuando bajo esta misma retórica nacionalista y reivindicadora, el Ecuador en octubre de 1976 denunció ante las Naciones Unidas la falta de atención de la comunidad internacional para con los reclamos territoriales de Ecuador sobre la cuenca amazónica, argumentando que ello conllevaba un grave obstáculo para el desarrollo. Y, por si fuera poco, en noviembre del mismo año, un periódico ecuatoriano denunciaba abiertamente que la Unión Soviética armaba al Perú con la única intención de invadir el norte de Chile<sup>1475</sup>.

Si bien el gobierno de Morales Bermúdez intentó reaccionar con mesura y restablecer un diálogo cordial con Quito, hacia 1977 el asunto se enturbió aún más por las intenciones

---

<sup>1473</sup> Gloria ECHEVERRÍA D.: “La Controversia entre Chile y Argentina sobre la región del Beagle: Origen, Desarrollo y Desenlace”, en Walter SÁNCHEZ G.; Teresa PEREIRA L. (Eds): *150 años de Política Exterior Chilena*, Editorial Universitaria, Santiago, 1978, pp. 291-295.

<sup>1474</sup> Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: Los Años que vivimos en Peligro, 1975-1978”.

<sup>1475</sup> Carlos CONTRERAS CARRAZA: *Perú. La búsqueda de la democracia. Tomo V (1960-2010)*, Taurus, España, 2015, s. p.

ecuatorianas de adquirir armamento moderno, cuestión que logró gracias a los ingresos generados por el petróleo<sup>1476</sup>. La confrontación diplomática pronto escaló hacia escaramuzas militares a lo largo de todo aquel año en la cuenca del río Cenepa, región en que la frontera aún no había sido demarcada. Pero el incidente más notable fue el ocurrido en julio, cuando tropas peruanas encontraron una bandera ecuatoriana dentro del territorio nacional. A fines de año, igualmente, se interceptaría una patrulla ecuatoriana cerca de un puesto de vigilancia peruano. El enfrentamiento más grave se dio a principios de 1978, específicamente los días 17 y 18 de enero, cuando fuerzas de ambos países chocaron en las inmediaciones de la base peruana de Jiménez Banda<sup>1477</sup>. El presidente ecuatoriano, Vicealmirante Alfredo Poveda, se comunicó directamente con el mandatario peruano explicando que tal situación respondía a las acciones de mandos menores, quienes habrían actuado de forma autónoma. Incluso Morales le bajó el perfil a la situación: “en el año 78 un incidente en el área de Jiménez Banda -un poco más al sur de la zona del conflicto del 95-, un tiroteo de patrullas -sin muertes- luego de una pequeña penetración ecuatoriana que se desalojó rápido”<sup>1478</sup>. Todo terminó con una reunión entre los Jefes de Estado Mayor de ambas naciones<sup>1479</sup>, al menos ello para el asunto de las escaramuzas, pues el gobierno ecuatoriano prosiguió con sus pretensiones en el Amazonas. De ahí que no resultara extraño que el Perú se movilizara nuevamente para un conflicto, ya no en el sur, sino en el norte.

Pero los militares chilenos poco o nada estaban al tanto de las reyertas en la selva amazónica, por lo que se prepararon para el peor escenario posible: la tan temida Hipótesis Vecinal Máxima. Ello, si lo vemos del punto de vista chileno, era de lo más plausible, casi conveniente. La guerra en el periodo de Velasco quizás si se llegaba a resolver con una victoria peruana, debido a la inestabilidad interna y la desunión de las Fuerzas Armadas, probablemente correspondería a una de carácter pírrico. Pero ahora viniendo la iniciativa desde allende la Cordillera de los Andes, los costos materiales, humanos y políticos del Perú se reducían enormemente ¡era una ganga! Y es que “el Perú, armado por Velasco para una despilfarrante guerra total, podría actuar en una guerra focalizada o focalizable”<sup>1480</sup>. Además de ello, la sola posibilidad de Perú luchando en el frente norte no admitía para nada la impasibilidad boliviana, la cual, incluso con lo mermado de sus recursos bélicos, lo más probable es que interviniera casi como un acto simbólico. Así, “la Guerra del Beagle emergería como bioceánica, con una separata especial para el Pacífico”<sup>1481</sup>. Bien se diría en

---

<sup>1476</sup> El creciente armamentismo peruano de la década de los setenta también preocuparía a los estrategas ecuatorianos, de ahí que por esas fechas llegasen a concentrar en la zona la mayor parte de su potencial bélico. Tal fuerza contaba con fuerzas terrestres como marítimas y aéreas desplegadas en las provincias de El Oro y Guayas. El Ejército, de unos 30.000 hombres, con 40 tanques mediados M4; 90 tanques ligeros AMX-13; carros blindados de transporte de personal: 20 modelos M-113 y AMX-VEI. La marina contaba con unos 3.800 hombres, tenía dos submarinos Tipo 209 alemanes; 3 destructores; 6 corbetas misileras, 3 disponibles y 3 en construcción en Italia; 1 fragata; y 3 lanchas torpederas. Finalmente, la Fuerza Aérea contaba 4.000 hombres y poseía 49 aviones de combate, los que incluían 5 Canberra B6; Jaguar S; 4 Mirage F-1 SA; 6 Meteor FR9; 10 A-37; 12 Strick Master BAC 167; y se preveía la adquisición de 20 aviones K'fir. Véase en Jimmy LÓPEZ CONTRERAS: *Ecuador-Perú. Antagonismos, negociación e intereses nacionales*, FLACSO Ecuador, Quito, 2004, p. 95.

<sup>1477</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 94.

<sup>1478</sup> Francisco Morales BERMÚDEZ; Federico PRIETO CELI: *Op. Cit.*, p. 193.

<sup>1479</sup> Eleazar GUTARRA MARAVÍ: *La Cordillera del Cóndor: un desafío geopolítico*, Talleres Gráficos de la IMG, Lima, 1984, p. 31.

<sup>1480</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 91.

<sup>1481</sup> Idem.

los círculos internos de la embajada chilena en Lima: “*ante un enfrentamiento chileno-argentino, Perú reaccionaría abriendo un frente bélico en el norte, en atención a que era difícil que un presidente, y todavía más uno militar, no aprovechara la gran oportunidad histórica*”<sup>1482</sup>.

Ante un escenario como el anterior, no resultaba extraño que las medidas que se venían tomando para la frontera norte se intensificaran. El Coronel Héctor Villagra así lo confirmaría: “*entonces cuando pasaba la crisis y los peruanos comenzaban a retirar sus vehículos y sus tanques, nosotros nos empezábamos a retirar no más. De repente estábamos en alarma, nos devolvíamos y a los tres días de nuevo alarma y de nuevo teníamos que partir, así permanentemente*”<sup>1483</sup>.

Sin embargo, una guerra por un solo frente como lo era para 1975 era algo muy diferente a una guerra en dos, con dos enemigos diferentes y separado por miles de kilómetros. Y es que, como diría Sara Valdés:

*Lo más complejo de una guerra a tres bandas era el enorme desafío estratégico: defender un territorio con forma de faja, con dos focos incendiados en sus extremos, y separadas por 4.000 kilómetros de distancia. (...) El norte (...) quedaba solo. Un 98 % de la Marina fondeaba en los mares y canales del sur y la Fuerza Aérea se encontraba, mayoritariamente, en sus bases de Punta Arenas. Arica tampoco recibiría suministros del resto del país, en caso de conflicto en el sur y (...) quedaría aislada, ya que se interrumpirían sus vías terrestres*<sup>1484</sup>.

La tarea no sería sencilla, pues básicamente significaba dividir una fuerza que de por sí ya estaba menguada y no daba abasto para tan solo un frente. Prácticamente sería una defensa desesperada a nivel país que exigiría, si la situación lo ameritaba, el abandonar uno de los frentes a fin de concentrar las tropas y material en un solo foco, a fin de al menos conseguir una victoria y no tres derrotas contra tres enemigos. Era una decisión difícil, pero se tomó, pues, como reconocería quince años después el Almirante Ronald McIntyre, “*No se puede mandar un crucero para allá y otro para acá, y nuestro teatro principal era Argentina*”. Muy similar fue lo planteado por el General Matthei: “*acepté el riesgo de dejar indefenso al norte (...) porque la Fuerza Aérea no tenía medios para combatir dos guerras al mismo tiempo*”<sup>1485</sup>. Algunos pocos no estaban contentos con el rumbo que tomaban las cosas, y se mostraban abiertamente desacuerdos con la idea de desguarnecer el norte. Uno de ellos fue el General y Jefe del Estado Mayor General del Ejército, Washington Carrasco, cuyas palabras las expresó precisamente cuando el General Nilo Floody solicitó refuerzos en personal y material de guerra para completar las dotaciones de las unidades de la V División del Ejército:

---

<sup>1482</sup> Citado por Arturo FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ: “1978: Vivencias de Quienes Estuvieron en las Trincheras”, en *Perspectivas de Historia Militar*, Academia de Historia Militar, diciembre de 2018, p. 8.

<sup>1483</sup> Entrevista a Héctor Villagra.

<sup>1484</sup> Citado por Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, p. 198.

<sup>1485</sup> Citado por José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 172. Las cursivas son nuestras.

*El mayor peligro de Chile en este momento no es Argentina, sino Perú quien a comprado lo más modernos tanques en la Unión Soviética [...] No te olvides que el próximo año se cumple el centenario de la Guerra del Pacífico*<sup>1486</sup>.

Era la ley del “mal menor”, la que implicaba menos riesgos para la victoria chilena. El sur se llevaría prácticamente todo lo del norte, salvo a los hombres, por lo que tanto la Fuerza Aérea como la Armada partieron rumbo a las frías tierras de la zona austral. De hecho, un ejemplo de esto último lo daba nuevamente el General Floody, cuando recordaba que efectivos del Ala N°3 de la Fuerza Aérea se habían incrementado con aviones del Grupo n°4 “Los Cóndores de Iquique”, del Grupo n°9 “Cerro Moreno de Antofagasta” y del Grupo N°2 de Quinteros<sup>1487</sup>. Algo que se condecía con las palabras del General Roberto Arancibia, quien mencionaba que la mayoría de sus subalternos en 1978 “*provenían de distintos lugares, de la Escuela Militar, de los distintos regimientos del norte*”<sup>1488</sup>. Sería así como nuevamente el norte y Arica, ahora bajo el mando del General Julio Canessa, deberían valérselas por sí solos, y resistiendo con lo que se pudiera el máximo tiempo posible.

Sin embargo, más allá de los preparativos preventivos para un posible ataque, que a su vez surgían casi de un impulso paranoico, pues hemos visto que en los planes de Morales Bermúdez no había posibilidad de entrar en una guerra con Chile en un futuro cercano, y si se llegaron a preparar fue en contra de Ecuador. Justo allí está la interrogante de rigor: ¿alguna vez existió una alianza peruano-argentina con la finalidad de caer sobre Chile? Parecía el movimiento por antonomasia, ya que los argentinos estaban al tanto de los deseos reivindicadores de Juan sin Miedo, por lo que una alianza entre ambas naciones a fin de atacar a su “histórico enemigo” era más que plausible. Sin embargo, casi siendo una preocupación natural en los militares chilenos, durante estos años no existió una posibilidad real de amenaza desde el norte, posteriormente, el tiempo y los informes, se encargarían de dar la razón a aquellos que solo veían paranoia en los preparativos del norte. Pero una cosa es la lejanía de una alianza estratégica y otra muy diferente es que Argentina estuviera interesada en conformarla.

Afortunadamente, gracias a los testimonios de la época, podemos dar por seguro de que la intención trasandina estaba y más de una vez intentaron concretarla. De hecho, tras los malos momentos que experimentaron las relaciones peruano-argentina en los tiempos de Velasco, una vez que Morales llega a la presidencia, las relaciones entre Lima y Buenos Aires experimentaron un notorio repunte. A lo largo de 1977 se intensificaron los contactos entre los altos oficiales argentinos con sus homólogos peruanos. Así, por ejemplo, el 28 de enero llegó a Lima el Jefe de Estado Mayor, Roberto Viola, quien se entrevistaría con el Comandante General del Ejército, Guillermo Arbulú, al tiempo que visitaban las instalaciones militares cercanas a la frontera con Chile. En marzo el Presidente Videla permaneció en el Perú por tres días; dos meses más tarde, el Almirante Emilio Massera, Comandante de la Armada y quizá uno de los más acérrimos partidarios de una guerra con Chile, realizó una visita casi furtiva en la noche del 27 al 28 para entrevistarse con el Vicealmirante Parodi. Por último, allá por junio, el Brigadier Orlando Agosti, comandante de la Fuerza Aérea, permaneció durante seis días en el Perú. Por si ello fuera poco, el

---

<sup>1486</sup> Nilo FLOODY BUXTON: “Mis Recuerdos de 1978: La ‘Casi Guerra’ con Argentina”, en *Cuaderno de Historia Militar*, n°7, 2011, p. 145.

<sup>1487</sup> *Ibidem*, p. 149.

<sup>1488</sup> Entrevista a Roberto Arancibia. Citado por Claudia ARANCIBIA FLOODY: *El Rol del Ejército de Chile en las Crisis Vecinales en la Década de 1970*, p. 56.

gobierno argentino demostró públicamente su apoyo a la cuestión boliviana, algo que en septiembre de 1977 el Almirante Massera hizo a viva voz a la vez que responsabilizaba a Chile de la situación de Bolivia<sup>1489</sup>. Ya en noviembre de ese mismo año, el embajador Jorge Chevalier anunció la visita próxima de Morales Bermúdez a Argentina<sup>1490</sup>. En marzo de 1978 se produce un nuevo acercamiento con la llegada a Lima del canciller argentino Oscar Montes, instancia en que, según medios periodísticos, se tocó la problemática del Beagle. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos trasandinos, la postura del Gobierno Peruano fue de mantener la neutralidad a toda costa frente a los problemas fronterizos de Santiago y Buenos Aires. El 12 de octubre de 1978 el Ministro de Relaciones Exteriores, José de la Puente Rabdil, desmintió la existencia del supuesto eje Argentina-Perú (y probablemente Bolivia) contra Chile<sup>1491</sup>.

Esto en parte también recayó en las labores diplomáticas de Hernán Cubillos, quien hizo todo lo posible por mantener las relaciones con Argentina en un nivel óptimo<sup>1492</sup>. Una prueba de ello la daba el embajador norteamericano Harry W. Shlaudeman cuando en junio de 1978 Hernán Cubillos visitaba Lima:

*The GoP went to considerable lengths to invest the visit with warmth and glitter. The public language of the two foreign ministers was marked by effusive protestations of friendship and dedication to cooperation. In fact they did apparently get along quite well personally, while sharing evident satisfaction that two civilians are now carrying on the Peru-Chile dialogue. Cubillos told the ambassador that his primary purpose in coming Lima was to establish a personal relationship with de La Puente. Cubillos discounted the purported Peruvian threat against Chile but did express concern over his country's problem with Argentina and the hope that Peru could be kept out of it. [...] Cubillos also said that Morales Bermudez impressed him as a moderate, pragmatic man unlikely to embark on military adventures. He thought Peruvian aggression against Chile most unlikely in the current circumstances but was preoccupied by the dangers inherent in his country's dispute with Argentina. He said he hoped to ensure Peruvian neutrality in thar dispute<sup>1493</sup>.*

---

<sup>1489</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 110.

<sup>1490</sup> "Morales Bermudez to visit Argentina in 1978", 25 de noviembre de 1977. 1977LIMA10286\_c. Margaret P. Grafeld Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 22 May 2009.

<sup>1491</sup> *Ibidem*, p. 111.

<sup>1492</sup> Francisco SÁNCHEZ URRRA: *Los soldados del mar en acción: La Infantería de Marina y la defensa de la soberanía austral 1958-1978*, Círculo Acton Chile Ediciones, Sin lugar de edición especificado, 2018, p. 105.

<sup>1493</sup> "El Gobierno del Perú hizo todo lo posible para investir la visita con calidez y brillo. El lenguaje público de los dos ministros de Relaciones Exteriores estuvo marcado por efusivas protestas de amistad y dedicación a la cooperación. De hecho, aparentemente se llevaban bastante bien personalmente, mientras compartían una evidente satisfacción de que dos civiles ahora están llevando a cabo el diálogo Perú-Chile. Cubillos le dijo al embajador que su propósito principal al venir a Lima era establecer una relación personal con De La Puente. Cubillos descartó la supuesta amenaza peruana contra Chile, pero expresó preocupación por el problema de su país con Argentina y la esperanza de que Perú pudiera mantenerse al margen. [...] Cubillos también dijo que Morales Bermúdez lo impresionó como un hombre moderado y pragmático que probablemente no se embarcará en aventuras militares. Pensaba que la agresión peruana contra Chile era poco probable en las circunstancias actuales, pero estaba preocupado por los peligros inherentes a la disputa de su país con Argentina. Dijo que esperaba garantizar la neutralidad peruana en esa disputa". "Visit of Chilean Foreign Minister Cubillos begins

Muy sorpresivamente, el embajador estadounidense en Santiago, George W. Landau, informaría aquel repunte de las relaciones a sus superiores:

*Ironically Chile's relations with Peru are the best of those with immediate three neighbors. There is some play acting in this, but it serves the GoC's interests now more than ever to maintain appearances of inter-military goodwill*<sup>1494</sup>.

De tal forma que la neutralidad peruana estaba más o menos asegurada y ni siquiera los escándalos de espionaje chilenos vinieron a cambiar los ánimos en el Presidente. El primero de ellos fue el detectado en octubre de 1978, cuando las tensiones con Argentina parecían solamente que desembocarían en una guerra, precisamente en momentos que un Suboficial de la Fuerza Aérea Peruana, Julio Vargas Garayar, fue sorprendido vendiendo información militar a la embajada chilena. Entre los informes se encontraron, entre muchas otras cosas, la ubicación de la famosa Base Aérea de La Joya y otras especificaciones acerca de otras instalaciones militares. El caso se cerraría con el fusilamiento del acusado bajo cargos de alta traición a la patria<sup>1495</sup>. Semanas más tarde se apresaría a dos oficiales de la Armada chilena, al Capitán de Fragata Sergio Jarpa G. y el Teniente Alfredo Andohasegui, tras ser sorprendidos mientras tomaban fotografías de la Base Aérea de Talara, donde el petrolero “Beagle” de nuestra Armada había recalado antes. Esto tomó ribetes inesperados, pues allí, precisamente en aquella base, estaban apostados los recién adquiridos Su-22<sup>1496</sup>. La decisión fue la expulsión de los marinos y a varios miembros de la embajada chilena, y solamente se informó de ello al público allá por el 20 de diciembre. El Canciller de La Puente expresó la decisión del Gobierno Peruano:

Decisión de no ahondar, en lo que se refería a Chile, el caso de espionaje de funcionarios de la Embajada chilena en Lima, encomendándoseme la misión de advertir al Gobierno de ese país, a través de su Canciller, que en esta ocasión y debido a que los responsables eran funcionarios con “status diplomático” no se tomarían medidas adicionales<sup>1497</sup>.

Quizás la medida más drástica de todo este asunto fue la expulsión del Embajador Chileno Francisco Bulnes en enero del año siguiente. Sin embargo, la posición peruana respecto al tema chileno-argentino seguía siendo la misma: una neutralidad absoluta. De hecho, en un comunicado lanzado a fin de calmar aquellos ánimos que veían una guerra del norte, el Comando Conjunto de la Fuerza Armada, fechado el 19 de diciembre de 1978, desmintió los rumores sobre una realización de maniobras militares en la frontera sur<sup>1498</sup>.

---

confidential”, 20 de junio de 1978. 1978LIMA05397\_d. Sheryl P. Walter Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 20 Mar 2014.

<sup>1494</sup> “Irónicamente, las relaciones de Chile con Perú son las mejores de las que tienen tres vecinos inmediatos. Hay algo de juego en esto, pero sirve a los intereses del Gobierno Chileno ahora más que nunca para mantener la apariencia de buena voluntad intermilitar”. “Chiles's relations with its neighbors”, 11 de abril de 1978. 1978SANTIA02650\_d. Sheryl P. Walter Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 20 Mar 2014.

<sup>1495</sup> Fernando DE LIRA: *Espionaje en Perú*, Windmills International Editions Inc., California, 2016, p. 21.

<sup>1496</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 112.

<sup>1497</sup> José DE LA PUENTE RABDIL: *Op. Cit.*, p. 163.

<sup>1498</sup> Víctor TORRES LACA: *Op. Cit.*, p. 112.

Más tarde, refiriéndose al problema del espionaje, Morales sostuvo ante *La Prensa* que “el Perú mantendrá su firme posición de equilibrio en su política exterior y hará todo lo que está en su poder para reducir las tensiones que están presentes en este momento en América Latina”<sup>1499</sup>.

Con este aire de neutralidad, el Gobierno de Morales incluso intentó mediar entre las partes al enviar simultáneamente al Canciller de la Puente a Santiago y al Primer Ministro Óscar Molina a Buenos Aires, esto a mediados de noviembre. Pero mientras el canciller peruano era recibido con los brazos abiertos en Chile, en Argentina el Primer Ministro fue recibido con frialdad y evitado por Videla, pues este último alegó un resfriado y no lo recibió. Muy probablemente fuera este desaire lo que incidió en la hora en que todos se verían las caras, cuando de una vez por todas Argentina consultaría sobre la posible “alianza”. Según lo recordaba Demetrio Infante, ex embajador chileno en el Perú, fue en los primeros días de diciembre de 1978 cuando el embajador argentino, Contraalmirante Jorge Ernesto Chevalier, llegó a Lima para pedir el apoyo de Morales Bermúdez. El mandatario peruano rechazó esta oferta a través de su Primer Ministro, Óscar Molina Pallochchia:

*Y Molina Pallochchia le contesta a Chevalier: si ustedes le declaran la guerra a Chile, ese mismo día nosotros cerramos la frontera, porque nosotros no queremos nada del pleito. Así que no cuenten con nosotros. Entonces Chevalier le dice: ¿ustedes no se unen a nosotros para irnos contra Chile? ¡No! Y viene ahí la negación, y es por eso que los peruanos no entran, pero el requerimiento oficial existió<sup>1500</sup>.*

Pero los dichos de infante no son los únicos que hablan del ofrecimiento o consulta argentina, pues en una conversación entre el Ministro de Relaciones Exteriores De La Puente y el embajador norteamericano Harry W. Shlaudeman el tópico también fue tratado. Según lo informaba este último a sus superiores en Washington, la conversación habría iniciado con una llamada de De La Puente:

*The foreign minister called me in October 10 for a general talk and, apparently, to make a point about Peru's position in the Beagle dispute. He got around to that subject late but he spoke with considerable animation once into it he thought it the current talks were to fail, the Argentines would take "limited" military action [...] But limited action could expand quickly into something more serious. In any case, De La Puente stated, Peru would remain strictly neutral. [...] The minister went on to assert that the Argentines had gone so far as to ask the GoP privately what it would do in the event they clashed with Chile. He said the Peruvian response had been the one he has giving me now. Further, he added, Peru would be prepared to join with other friendly powers in mediating the conflict. It was his opinion that the Argentines did not mean to start a real war, are engaged in an "Italian" bluff,*

---

<sup>1499</sup> “Chilean espionage case”, 3 de enero de 1979. 1979LIMA00061\_e. Sheryl P. Walter Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 20 Mar 2014.

<sup>1500</sup> Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: Los Años que vivimos en Peligro, 1975-1978”.

*but underestimate the Chileans. [...] De La Puente insisted again that Peru had no aggressive intentions and would not intervene*<sup>1501</sup>.

Como lo decía Rodríguez Elizondo, hasta el momento no existe un documento en que se expone la negativa peruana y sus razones para declinar a una alianza con Argentina, salvo sospechas o intuiciones personales. La opinión del abogado y profesor universitario recaía en que “*Morales Bermúdez, seguramente, le dijo a los argentinos [...] en la Guerra del Pacífico nosotros le pedimos la ayuda a ustedes, y ustedes aprovecharon esta guerra para quedarse con la Patagonia. Así que ahora inicien la guerra ustedes y nosotros veremos lo que hacemos. Se les devolvió la moneda*”<sup>1502</sup>. La posibilidad de una HV3 contra Chile quedaba enterrada. Esto tampoco quería decir que el Gobierno Revolucionario no mirara con ojos curiosos lo que pasaba en el sur; es más, en noviembre de 1978, Cyrus Vance, Secretario de Estado de los Estados Unidos, confesaría que desde la embajada del Perú en Washington habrían solicitado información sobre los preparativos militares de Chile y Argentina con tal de mantener informado al Ministro de Relaciones Exteriores. En aquella ocasión, los norteamericanos se habían comprometido a hacer todo lo posible<sup>1503</sup>.

A pesar de ello, en el norte seguían en pie los aprestos para una posible acometida bélica desde el Perú. Aunque las esperanzas de obtener una victoria en aquella contienda eran mínimas, sino imposibles. El General Matthei, años más tarde, así lo confirmaría:

*Nosotros siempre consideramos también de que un conflicto con Argentina tenía grandes posibilidades de extenderse hacia Perú y Bolivia. Yo creo que todos tenemos claro que nuestras fuerzas difícilmente alcanzaban para luchar con Argentina. Una intervención de los otros dos países, de los cuales Perú se había armado fuertemente bajo los gobiernos de Velasco Alvarado, especialmente, y Morales después; habría sido difícil resistir*<sup>1504</sup>.

Operación Soberanía, nombre dado a la operación militar para ocupar Lenox, Nueva y Picton, ya tenía fecha y hora: 22 de diciembre. El zarpazo argentino se encontraría con una resistencia “a la chilena”, como anteriormente diría Pinochet para la coyuntura de 1975, que no era otra cosa que una resistencia con uñas y dientes, con más valor que munición, con más brutalidad que hombres, con más muerte que posibilidades de victoria. Pero, al igual

---

<sup>1501</sup> “El canciller me llamó el 10 de octubre para una charla general y, aparentemente, para aclarar la posición de Perú en la disputa del Beagle. Llegó a ese tema tarde, pero habló con considerable animación una vez que pensó que las conversaciones actuales fracasarían, los argentinos tomarían una acción militar “limitada” [...] Pero una acción limitada podría expandirse rápidamente en algo más serio. En cualquier caso, dijo De La Puente, Perú se mantendría estrictamente neutral. [...] El ministro continuó afirmando que los argentinos habían ido tan lejos como para preguntarle al Gobierno Peruano de forma privada sobre qué haría en caso de que se enfrentaran con Chile. Dijo que la respuesta peruana había sido la que me estaba dando ahora. Además, agregó, Perú estaría preparado para unirse con otras potencias amigas en la mediación del conflicto. En su opinión, los argentinos no tenían la intención de comenzar una guerra real, sino que están liados con la fanfarronería a la “italiana”, pero subestiman a los chilenos. [...] De La Puente insistió nuevamente en que Perú no tenía intenciones agresivas y que no intervendría”. “The Beagle dispute, regional tension and Peruvian arms purchases”, 19 de octubre de 1978. 1978LIMA09273\_d. Sheryl P. Walter Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 20 Mar 2014,

<sup>1502</sup> Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: Los Años que vivimos en Peligro, 1975-1978”.

<sup>1503</sup> “Peruvian interest in Beagle Channel dispute”, 3 de noviembre de 1978. 1978STATE279742\_d. Sheryl P. Walter Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 20 Mar 2014.

<sup>1504</sup> Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: 1978, el año en que vivimos en Peligro”.

que Perú, nada pasó. Nuevamente salta a la palestra la pregunta que tantas veces hemos esgrimido en este estudio: ¿qué había pasado? Sería por las presiones norteamericanas y chilenas que finalmente, tras varios intentos, el Vaticano decidió intervenir en el asunto. A gobiernos militares de tradición occidental y cristiana, no les quedó más alternativa que aceptar la mediación de Juan Pablo II. Al menos ello en el caso argentino, que tan solo unas horas antes del punto de no retorno decidió abortar el ataque. Los mares australes siguieron en calma y los sueños del General Luciano Menéndez de tomar champaña en La Moneda y orinar en Valparaíso quedaron en eso, solo sueños<sup>1505</sup>.

Lo que siguió después fue una seguidilla de hechos que marcaron el rumbo para la distensión en el continente, al menos en el Cono Sur. Por un lado, Argentina se había comprometido, mediante el Acta de Montevideo (1979) a sentarse a negociar y descartar el uso de la fuerza, y si en el futuro el fervor patrioter y belicista continuó, la Guerra de las Malvinas en 1982 se encargó de enterrarlo. En la otra esquina, nuestro principal actor, el Perú correría mejor suerte, al menos ello es así si nos referimos a un eventual conflicto con Chile, pues la crisis económica y política del Gobierno Revolucionario era profunda, casi insalvable. Los comicios para las elecciones de la Asamblea Constituyente de junio de 1978 dejaron en claro lo impopular que se había vuelto el gobierno militar, algo que también harían las multitudinarias huelgas. La situación económica, si bien mejor que en años anteriores, por lejos estaba de poder mantener un conflicto sobre sus hombros.

En cuanto a sus relaciones con Chile, la cosa se había enfriado un tanto desde la polémica del espionaje, más con el fusilamiento de Julio Vargas Garayar en enero de 1979 y la decisión de declarar como “Persona non Grata” al embajador Bulnes, a pesar de los intentos de Morales Bermúdez por dilatar todo el asunto a fin de evitarle el oprobio. Respecto a Bulnes, “dijo que su expulsión fue un triunfo de los sectores ‘revanchistas’ del Perú y que no confundía a todos los peruanos ‘con los círculos envenenados de rencor que han promovido la escalada contra Chile’”. Y es que como bien diría el embajador estadounidense en Lima, lo más probable fuera que la decisión de expulsión de Bulnes recayera precisamente en estos sectores que presionaban al gobierno, más cuando se producía la ejecución de Vargas. El expulsar al embajador chileno se hacía necesario para evitar críticas por “sacrificar a un peruano mientras los autores del delito escapaban”<sup>1506</sup>, al menos ello en consideración de los círculos civiles. Quizás Bulnes se pudo dar “un gustito” cuando un reportero peruano le preguntó sobre su participación en los casos de espionaje, a lo que el embajador chileno solamente respondería con el más rotundo de los chilenismos: “no sea usted huevón”<sup>1507</sup>.

Con todo, las cuestiones con el Perú más adelante mostrarían ir de desaire en desaire, pues solamente mantendrían relaciones consulares y sin embajadores acreditados. A ello se le sumaba la llegada del temido año 1979 y el susurro del fantasma de los cien años. Por un lado, Bolivia, como estrategia en su constante lucha por una salida al Mar, revivió un espíritu pesimista y casi melancólico y quejumbroso, prácticamente diciendo ante el mundo “*Vean, Chile es el culpable de todo esto*”. De hecho, en un acto acusatorio, en agosto de aquel año, en la IX Asamblea de la OEA en La Paz, el Canciller y Presidente interino de Bolivia Walter

---

<sup>1505</sup> En referencia a la frase dada por el General: “En seis horas estamos en Santiago, tomamos champaña en La Moneda y después nos vamos a orinar en Valparaíso”. Citado por Jon Marco CHURCH: “La crisis del Canal del Beagle”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 41, n°161, 2008, p. 19.

<sup>1506</sup> “The expulsion of Chilean ambassador Bulnes”, 22 de enero de 1979. 1979LIMA00584\_e. Sheryl P. Walter Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review 20 Mar 2014.

<sup>1507</sup> José RODRÍGUEZ ELIZONDO: *Chile-Perú*, p. 98.

Guevara sostuvo: “*La Guerra del Pacífico no ha terminado ni para Bolivia ni para Perú y, por consiguiente, ni para Chile*”<sup>1508</sup>. El Perú, por otro lado, si se esperaba que siguiera una línea de confraternidad y reflexión, la situación, a pesar de todo pronóstico, pasó más por sacar “lecciones útiles para el futuro”, casi como una retórica militar. En su discurso del 8 de octubre de 1979, en la conmemoración de la Batalla de Angamos, Morales Bermúdez dio un acalorado discurso del que, según Rodríguez Elizondo, se podrían extraer tres conclusiones:

Uno dice que el adversario (Chile) hay que mirarlo como “un infractor de las leyes divinas y humanas que nos exigen respeto mutuo y el reconocimiento del derecho ajeno”. El otro expresa: “no caigamos en la insensatez de creer que los crímenes en que incurre una nación los lava el tiempo y que es prudente olvidarlos”. Según el tercero: “hay manchas que no se borran y, menos aún, las que a veces cubren a una nación con el estigma que el tiempo no alcanza a destruir”<sup>1509</sup>.

A su vez, prominentes historiadores peruanos como Gustavo Pons Muzzo y Guillermo Thorndike advirtieron sobre el expansionismo chileno y la repetición de los errores del pasado por parte del Perú<sup>1510</sup>. A ello le siguieron agresiones a chilenos y una verdadera paranoia de espionaje que también inundó la celebración del centenario en las tierras del Rímac<sup>1511</sup>; sin embargo, cualquier discurso patrioterico y cargado de retóricas revanchista que los pocos halcones que quedaban en el Perú serían prácticamente dejados atrás, más cuando en julio de 1980 los militares volvían a los cuarteles y, paradójicamente, asumía las riendas del país aquel que iniciaría todo: Belaúnde Terry. Así, el sueño de Velasco de ver ondeando la bandera roja y blanca en la cima del Morro de Arica moría definitivamente, quedando solo en la guerra que no fue y la que pudo ser.

\*\*\*

---

<sup>1508</sup> Ibidem, p. 157.

<sup>1509</sup> Ibidem, p. 107.

<sup>1510</sup> “The expulsion of Chilean ambassador Bulnes”.

<sup>1511</sup> Véase Daniel CASTILLO RAMÍREZ; Vladimir ZARZURI ARENAS: *Op. Cit.*, pp. 237-241.

## CONCLUSIONES

En las páginas anteriores hemos visto con claridad como la escalada en las tensiones, partiendo muchas veces por resquemores más que infundados sobre el otro, terminaron casi por desembocar en una guerra terrible para ambas naciones, que no solo las podía involucrar a ellas, sino que a prácticamente a todo el Cono Sur, y en que cada país intentaría defender sus propios intereses. Ello nos ha llevado a extraer unas cuantas conclusiones respecto a “los años que vivimos en peligro”, una más bien de carácter exclusivamente histórico y otra de un elemento más militar.

En primera instancia, caemos en cuenta que lo sucedido entre 1973 y 1975, cuando las tensiones llegaron casi a este punto de no retorno, no fue algo que surgió de la nada, es un largo proceso que se viene arrastrando por años, décadas y, para 1979, siglos. Y es que la Rivalidad Histórica entre Chile y Perú vino a sacar lo peor de cada nación en la hora de los halcones, cuando prácticamente era menester que civiles, o más bien palomas, se hicieran cargo del asunto. Pero como hemos dicho, no es que una vez asumiera Velasco las riendas del Gobierno que todo se iría al garete; de hecho, desde años atrás la cuestión era delicada, y es que tras la Guerra Infausta o del Pacífico, la situación entre Chile y sus vecinos del norte se vería en extremo delicada.

Gracias al resultado de las luchas decimonónicas, Chile ocupa y ocupará un lugar privilegiado en la configuración de seguridad y amenaza del país del Rímac, incluso, a través de la derrota, concediéndole a nuestros vecinos el sentido de nación, el ser uno a diferencia de otros, o sea, somos peruanos, porque no somos chilenos. Obviamente, no es que todos los peruanos desde el siglo XIX se sintieran acorde a esta lógica; es más, mucho de este antichilenismo respondió en la mayoría de las ocasiones a cuestiones netamente utilitarias, véase el orden interno, el legitimar ciertos regímenes, o simplemente evitar una alianza chileno-boliviana. Sin embargo, el sentimiento de derrota estaba allí, estaba presente cada vez que miraban hacia el sur y veían ondear en el Morro de Arica la bandera con la estrella solitaria, y los chilenos no es que hicieran un bien casi al restregarle en la cara las victorias de la guerra y la gallardía de sus soldados. Poco a poco un discurso casi exclusivamente de odio y de desprecio se comenzó a gestar en ambos lados de la frontera, algo que muchas veces sería instrumentalizado por la política, tanto de Chile como del Perú. Era casi el chivo expiatorio cuando las cosas en casa no marchaban del todo bien. Obviamente esto en algún momento pasaría la cuenta.

Esto asume tintes más preocupantes tras la Segunda Guerra Mundial y la proclamación de la Guerra Fría; después de todo, una lógica en que imperaban los “blancos” y “rojos” o “buenos” y “malos” era casi la pieza del rompecabezas que faltaba en el tablero entre Chile y Perú. Velasco Alvarado y Pinochet, se encargarían de llevar esto a ribetes inesperados. Primeramente, al asumir el gobierno con una retórica revolucionaria y al no tener tapujos en reprochar la actitud de los Estados Unidos y acercarse en gran medida hacia los países de la órbita soviética, no solo despertaría las suspicacias entre los militares del sur, sino que solo se invitaba a este juego de influencias que inundó a prácticamente a todo el mundo durante la segunda mitad del siglo XX. Chile, en la otra esquina, básicamente haría lo mismo con Allende, solo que este directamente proclamaría la nueva vía al socialismo, algo que los militares y el sector más duro de la derecha no le permitiría. La llegada de la Junta Militar, y tras el ascenso de Pinochet como figura estrella del asunto, dejarían en claro

que Chile había tomado un bando, y era exactamente el opuesto al de los militares del Rímac. En pocas palabras, las fichas estaban sobre el tablero: un Chile abiertamente bajo el alero de los Estados Unidos (aunque ello poco tardaría en venirse abajo) y fervientemente anticomunista; y un Perú en manos de militares nacionalistas de tendencia de izquierda, que si bien no se dejó encantar del todo con la retórica del “Comunismo Internacional”, como dirían algunos, si se granjeó la amistad de Rusia y Cuba, casi el enemigo por antonomasia de la Junta chilena.

Así, cuando el mundo se asombraba con las atrocidades de Vietnam o del Medio Oriente, parecía que Perú y Chile también querían formar parte de la danza que las dos superpotencias marcaban para el Tercer Mundo. De tal manera que epítetos negativos vinieron a sumarse a los que ya estaban fuertemente arraigados en las relaciones vecinales. Si Chile ya era considerada una nación expansionista y cruel en la victoria, ahora se le sumaba el que la tildaran de fascista y al servicio de los intereses del imperialismo norteamericano. El Perú, en cambio, si era vista como una nación revanchista y recelosa de sus vecinos, ahora se le agregaba el hecho de ser “roja” y la “punta de lanza del comunismo”. Al menos así lo verían los sectores más duros de cada una de las naciones. Evidentemente, las acciones que cada uno de estos gobiernos tomaría a un nivel interno y externo (especialmente con el problema boliviano) terminarían por sentar las bases de una desconfianza mutua.

Por si fuera poco, el rol de la prensa en estos momentos de tensión fue decididor a la hora de apaciguar los ánimos o, como se diría coloquialmente, echar más leña al fuego. En ambos casos la prensa escrita estaba fuertemente amordazada por los respectivos regímenes militares, por lo que cada palabra esgrimida era estrictamente vigilada y, en la mayoría de los casos, censurada. Muchas muestras de afecto y amistad inundarían las primeras planas de los principales periódicos, dando a entender que todo estaba en perfectas condiciones; sin embargo, como hemos repetido hasta el cansancio en la elaboración de este estudio, por mucho que se niegue algo ello no quiere decir que no exista; en cambio, solo parecía darle credibilidad a los cientos de rumores que circulaban en la frontera. A ello tampoco ayudaba que de vez en cuando discursos de corte chauvinistas y extremadamente nacionalistas se escaparan entre las páginas, o simplemente fueran esgrimidos por militares de uno y otro lado de la Línea de la Concordia. Todo confluía en un hecho innegable, había olor a pólvora en el aire.

Así, en resumidas cuentas, caemos en cuenta que lo sucedido en la crisis entre ambos países no fue algo esporádico o de generación espontánea, sino más bien que respondió a cuestiones históricas bien definidas y que, gracias al impulso ideológico que supuso la Guerra fría, la confrontación pareció estar a la vuelta de la esquina.

Ahora, nuestra segunda conclusión, y la cual nos permite comprobar la hipótesis que hemos esgrimido, y es que la evolución histórica de cada uno de los ejércitos fue determinante en el llamado día “D”. La suerte ya estaba echada y el tablero preparado, solo faltaba que los jugadores asumieran su rol en la partida antes de que la bomba estallase. Chile, muy a su pesar, debería hacerlo como aquel que recibe el golpe. Si se llega a mirar con atención, no habría otra opción plausible para los duros de las Fuerzas Armadas chilenas: no teníamos amigos en el ámbito internacional, con un embargo de armas a un nivel nunca antes visto y con una campaña internacional de desprestigio contra el régimen (aunque esto estaba bien fundado), no dejaban muchas alternativas a la imaginación. Muy al pesar de los halcones chilenos, solo había una alternativa: la defensa, pues las guerras, como hemos dicho, no solo se ganan con el valor de los hombres en el frente, es necesario todo un sistema

logístico y estratégico tras ellos que los apoyen una vez que se disparasen las primeras balas. Chile no tenía ni lo uno ni lo otro. Si a ello le agregamos la desastrosa situación en que se encontraban las Fuerzas Armadas desde la mismísima Guerra del Pacífico, la cuestión no parecía andar mejor: reacciones civiles, guerra civil, sublevaciones, un odio casi descarnado hacia sus contrapartes no-militares, eran cuestiones que a la larga terminan por pasar factura. Por otro lado, Chile desde el siglo XIX que no peleaba una guerra con un enemigo externo, por lo que seguía regocijándose en el sentimiento de las glorias pasadas, impidiéndole el esbozar miras más prácticas y frías ante la posibilidad de una guerra en el futuro cercano. El entregar armas, preparar militarmente a los civiles adultos e incluso adolescentes, además improvisar con el material que se tenía a mano, no una, sino dos veces en menos de 10 años debió ser el balde de agua fría para muchos estrategas que aún veían en Chile a una nación guerrera. Y, a fin de cuentas, frases como la de “Pelear hasta el último cartucho” y “empuñando el corvo” no serían más que palabras para ocultar un hecho que para muchos era una verdad absoluta: la defensa de Arica sería una defensa desesperada, con uñas y dientes, apostada a una táctica que se tambaleaba entre una victoria a duras penas y una estruendosa derrota.

El Perú, por el contrario, nos ofrece un panorama completamente diferente. De partida, para muchos el tratado de 1929 no dio por terminado el conflicto territorial y solo era cuestión de tiempo para que alguno se alzase para buscar la revancha y recuperar las provincias cautivas. La derrota, como incentivo, vino a transformarse en aires de triunfos tras 1941, dando nuevos bríos a una nación que se había puesto como tope los 100 años para recuperar el honor perdido. Elementos como la guerra antisubversiva y la deficiente administración civil solo inculcaron en los militares la idea de que solo ellos estaban capacitados para dirigir al país en la búsqueda de la dignidad nacional (aplicable a lo económico de igual manera) y una guerra tradicional con todas sus letras era necesaria para ello. La llegada de Velasco y su círculo más íntimo venían a confirmar que lo anterior era más que posible, pues no solo buscaron rescatar y volver a ese pasado histórico en que el Perú era el rector del continente, sino que también se procuró en gran medida proveer los medios necesarios para la tarea y la doctrina acorde a ello. Solo fue cuestión de tiempo para que el equilibrio de poder entre Chile y Perú se rompiera.

Arsenales atiborrados de material barato y eficiente, potenciales aliados históricos y otros nuevos como Cuba y la URSS, y un eventual enemigo debilitado por disputas internas y largos años de negligencia en materias de defensa hacían el panorama más que tentador para alguien que tenía en mente ir a la guerra, más cuando solo faltaban unos pocos años para el centenario de la peor derrota nacional. Pero la situación interna del Perú, casi como en los años decimonónicos, fue la piedra en el zapato para los halcones, pues difícilmente podrían ir a la guerra cuando una crisis económica, social y política estaba respirando en el oído del mandatario, quien por demás no estaba en condiciones para liderar a las tropas en la lid. De tal forma, si bien los medios estaban a disposición, la capacidad de utilizarlos se alejaba cada vez más con el pasar del tiempo, al punto que para 1975 los militares parecían más interesados en salvar al régimen de las luchas intestinas que combatir con los chilenos, muy al contrario de lo que ocurría allende la frontera, donde el sector castrense, pese a ciertas diferencias, se mantenía cohesionado frente a la latente amenaza. Perú y sus Fuerzas Armadas eran como un coloso, solo que con pies de barro.

Entonces, en circunstancias como estas, cómo habría sido el conflicto. Citando a Hernán Cubillos, difícilmente podría haber sido una guerra limpia, si es que alguna vez existió algo como eso. De partida, con todo su poder blindado, el Perú difícilmente podría

haber penetrado en terreno profundo, al menos no para 1975, cuando el aparato defensivo chileno ya estaba más o menos organizado. Aunque ello no quiere decir que el poderío peruano fuera cosa fácil para los defensores. Por su parte, la Armada chilena podría haber sacado ventaja, dado que era la rama mejor preparada de las Fuerzas Armadas chilenas, más no así la Fuerza Aérea la cual, en consideraciones de Matthei, probablemente solo duraría cinco minutos antes de ser destruida por la FAP. La esperanza de que la guerra fuera una especie de Guerra de los Seis Días con aires latinos se desvanecía lentamente, y la posibilidad de una de desgaste y desangre rebrotaba preocupante para ambos bandos. Pero estaba el asunto de los suministros, pues ni Chile ni Perú podrían mantener un flujo de pertrechos necesarios, el último por la lejanía con sus proveedores y el primero por el embargo internacional; además, el rol de las superpotencias rectoras en cada uno de los casos resultaba dudoso, casi imposible. Con todo, y poniéndonos en el hipotético escenario donde la guerra sí comenzaría ese 6 de agosto, es que todo se hubiera reducido a la lucha hombre contra hombre, y que los huesos de tanto peruanos como chilenos blanquearían el terreno desde Arica hasta Camarones.

Ahora, si pudiéramos sacar lecciones útiles de los tiempos pasados para el futuro incierto, y siguiendo a la vieja escuela de la Historia Militar, es que una guerra alimentada por odiosidades y rencores infundados no tendría vencedor alguno, salvo la miseria, el hambre, la enfermedad y la muerte. Todas ellas, sin excepción, serían las únicas que podrían poner sobre sus orgullosas cabezas las coronas de laureles, más no nosotros ni ningún otro. Esta debería ser una lección que todos, tanto chilenos como peruanos, debemos tener presente si queremos avanzar de una vez por todas. No se trata de olvidar lo sucedido y tomarnos de las manos como si nada hubiera pasado; ellos no olvidarán a sus muertos ni nosotros a los nuestros, pero solo asumiendo nuestro constante ciclo de odio infundado, y cayendo en cuenta de lo fútil que es, podremos avanzar. Bajo esa mirada debemos ver al futuro, un futuro de unidad y hermandad, más no de viejas disputas que, a estas alturas de la historia, y valga la redundancia, ya son cosa del pasado.

\*\*\*

## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes

#### **Fuentes Hemerográficas:**

Diario *El Mercurio* (1972-1976)  
Diario *El Sur* (1973-1976)  
Diario *El Tarapacá* (1973-1976)  
*Diario Oficial* (1884)  
*El Clarín de Chile* (2013)  
*La Segunda* (2012)  
*Las Últimas Noticias* (1998)  
Revista *Chile Hoy* (1972-1973)  
Revista *Ercilla* (1973-1976)  
Revista *Pacífico Magazine* (1913)  
Revista *Qué Pasa* (1973-1976)  
Revista *Sucesos* (1917)  
*Time* (1977)

#### **Fuentes impresas:**

“Asalto y Toma del Morro de Arica. 7 de junio de 1880”. Conferencia que se dictaban en los colegios, Arica, junio de 1974. Se ha consultado una fotografía del documento original.

ALESSANDRI PALMA. Arturo: *Recuerdos de Gobierno*, Tomo III, Editorial Nascimento, Santiago, 1967,

ALIANZA PARA EL PROGRESO: *Alianza Para el Progreso: documentos básicos*, Punta del Este, 1961.

BARROS ORTIZ, Tobías: *Vigilia en Armas: charlas sobre la vida militar, destinadas a un joven teniente*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1920.

BERMÚDEZ, Francisco Morales; PRIETO CELI, Federico: *Regreso a la democracia: entrevista biográfica al General Francisco Morales Cerrutti, Presidente del Perú (1975-1980)*, Realidades, Lima, 1996.

Central Intelligence Agency; Department of State; Defense Intelligence Agency: “Peru and Chile: Reassessment of the Potential for Conflict”, 2694-74, 16 December 1974. Se ha consultado una fotocopia del documento original.

CIA: *Soviet Policies and Activities in Latin America and the Caribbean*, Historical Review Program of the Central Intelligence Agency, 1982.

COMISIÓN NACIONAL DE VERDAD Y RECONCILIACIÓN: *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Volumen I, Tomo 2, Andros Impresores, Santiago, 1996.

Conferencia Episcopal de Chile: *Documentos del Episcopado: Chile, 1974-1980*, Ediciones Mundo, Santiago, 1982.

Conferencia Episcopal de Chile: *Evangelio y Paz*, Ediciones Mundo, Santiago, 1975.

Declaración de Ayacucho, en *Nueva Sociedad*, n°17, 1975, pp. 96-98.

- Decreto de Ley de la Junta Revolucionaria. Decreto de Ley n°1, 17063. Disponible en *Revista de Derecho y Ciencias Políticas*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Vol. 32, 1968, p. 427.
- Department of State: “USA-Pinochet State Department interview. Memorandum of Conversation”, Santiago, 2 de junio de 1976. Se ha consultado una fotocopia del documento original desclasificado por Gerald R. Ford Library.
- Documentos Secretos de la ITT*, Empresa Editora Nacional Quimantu, Santiago, 1972.
- EDWARDS, Jorge: *Persona non Grata*, Grijalbo, Barcelona, 1976.
- Epistolario de Don Diego Portales: 1821-1837, Tomo III (1834-1837)*, Edición impresa por acuerdo del Ministerio de Justicia, Santiago, 1938.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo: *Historia general y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*, Imprente de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1855.
- FREI MONTALVA, Eduardo: *La política y el espíritu*, Editorial Ercilla, Santiago, 1940.
- FREI MONTALVA, Eduardo: *Obras Escogidas*, Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, Santiago 1993.
- FREI MONTALVA, Eduardo: *Sexto mensaje del Presidente de la República de Chile don Eduardo Frei Montalva al inaugurar el período de Sesiones Ordinarias del Congreso Nacional*. Primera Parte, 21 de mayo de 1970, Departamento de Publicaciones de la Presidencia de la República.
- GONZÁLEZ DE NÁJERA, Alonso: *Desengaño y Reparación de la Guerra del Reino de Chile*, Imprenta Ercilla, Santiago, 1889.
- GUTIÉRREZ, Hipólito: *Crónica de un Soldado de la Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico S. A., Santiago, 1956.
- Informes Inéditos de Diplomáticos Extranjeros Durante la Guerra del Pacífico*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1980.
- JEREZ RAMÍREZ, Luis: *Ilusiones y Quebrantos: desde la Memoria de un Militante Socialista*, Forja Editorial, Santiago, 2007.
- JUNTA NACIONAL DE GOBIERNO: *República de Chile, 1974: Primer año de la Reconstrucción Nacional*, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1974.
- KELLY V., Roberto T.; ARANCIBIA, Patricia: *Conversando con Roberto Kelly V.: Recuerdos de una Vida*, Editorial Biblioteca Americana, Santiago, 2005.
- KISSINGER, Henry: *Years of Upheaval. The second Volume of his Classic Memoirs*, Simon and Schuster, New York, 2001.
- MATTHEI, Fernando; ARANCIBIA, Patricia; DE LA MAZA, Isabel: *Matthei: Mi Testimonio*, La Tercera-Mondadori, Santiago, 2003.
- MEDINA, J. T.: *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, Segunda serie, Tomo IV, 1590-1594, Alonso de Sotomayor – Martín Oñez de Loyola*, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, 1960.
- MEDINA, J. T.: *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, Segunda serie, Tomo II, 1573-1580, M. Bravo de Saravia – Rodrigo de Quiroga*, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, Santiago de Chile, 1957.
- MERICQ SEOANE, Luis: *Arica 1974-1975. Una Historia Desconocida*, Sin Editor Conocido, Sin lugar edición, 2018.
- MINISTERIO DE GUERRA DE LA REPÚBLICA DE CHILE: *Memoria de Guerra y Marina presentada al Congreso Nacional de 1878*, Imprenta Nacional, Santiago, 1878.

- MINISTERIO DE GUERRA DE LA REPÚBLICA DE CHILE: *Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1886*, Imprenta Nacional, Santiago, 1886.
- MINISTERIO DE GUERRA DE LA REPÚBLICA DE CHILE: *Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1890*, Imprenta Nacional, Santiago, 1890.
- Ministerio de Relaciones Exteriores: *Historia de las Negociaciones chileno-bolivianas: 1975-1978*, República de Chile, Ministerio de Relaciones Exteriores, Santiago, 1979.
- MODAK, Frida (Coord.): *Salvador Allende. Pensamiento y Acción*, FLACSO, Buenos Aires, 2008.
- MONSALVE, Lorenzo: *Algo Sobre la Guerra del Pacífico*, La Enseñanza, Concepción, 1907.
- PINOCHET UGARTE, Augusto: *Un año de Construcción. 11 de septiembre 1973. 11 de septiembre 1974*, Junta de Gobierno, Santiago, 1974.
- PINOCHET, Augusto; OYARZÚN, María Eugenia: *Augusto Pinochet: diálogos con su historia. Conversaciones inéditas*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1999.
- PRATS GONZÁLEZ, Carlos: *Memorias: testimonio de un soldado*, Pehuén, Santiago, 1987.
- S. E. *El Presidente de la República en la Apertura de las Sesiones Ordinarios del Congreso Nacional*, Santiago, Imprenta Nacional, 1900.
- SÁEZ MORALES, Carlos: *Recuerdos de un Soldado. El Ejército y la Política*, Biblioteca Ercilla, Santiago, 1933.
- Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1968/69*, Almqvist & Wiksell, Stockholm, 1969.
- Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1969/70*, Almqvist & Wiksell, Stockholm, 1970.
- Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1972*, Almqvist & Wiksell, Stockholm, 1972.
- Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1974*, Almqvist & Wiksell, Stockholm, 1974.
- Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1975*, Almqvist & Wiksell, Stockholm, 1975.
- Stockholm International Peace Research Institute: *SIPRI Yearbook of World Armaments and Disarmament 1976*, Almqvist & Wiksell, Stockholm, 1976.
- TELLO, María del Pilar: *¿Golpe o Revolución? Hablan los militares del 68*, 2 volúmenes, Ediciones Sagsa, Lima, 1983.
- THE SOUTH PACIFIC MAIL: *La Administración Chilena en Tacna y Arica. Actual situación de la provincia*, The South Pacific Mail, Valparaíso, 1924.
- U.S. ARMY: *Area Handbook for Peru*, Dept. of the Army, Washington, 1965.
- UNIDAD POPULAR: *Programa básico de gobierno de la Unidad Popular: candidatura presidencial de Salvador Allende*, Santiago, 1970.
- VALDÉS, Hernán: *Tejas Verdes. Diario de un Campo de Concentración en Chile*, Taurus, Santiago, 2017.
- VALDIVIA, Pedro: *Cartas de Relación de la Conquista de Chile. Edición crítica de Mario Ferreccio Podestá*, Editorial Universitaria, Santiago, 1992.
- VELASCO ALVARADO, Juan: *Velasco. La Voz de la Revolución. Discursos del Presidente de la República, General de División, Juan Velasco Alvarado, 1968-1970*, Ediciones Peisa, Lima, 1972.

Vernon A. Walters: “Conversation With Colonel Juan Contreras, Chief of the Chilean Intelligence Service”, Santiago, 3 de enero de 1975. Se ha consultado una fotocopia del documento original desclasificado por Gerald R. Ford Library.

### **Fuentes Digitales:**

“Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz, Presidente de la República de Cuba, en el Acto Conmemorativo del XIII Aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución, de Solidaridad en el Heroico Pueblo de Chile, y de Homenaje Póstumo al Doctor Salvador Allende, Efectuado en la Plaza de la Revolución ‘José Martí’”, La Habana, 28 de septiembre de 1973. Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1973/esp/f280973e.html> [Revisado el 30 de marzo de 2018].

Discurso del presidente Salvador Allende en la Radio Magallanes, 11 de septiembre de 1973. Disponible en: <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-82594.html> [Revisado el 12 de noviembre de 2018].

Entrevista a Odlanier Mena: “Hace 33 años Evitamos una Guerra”, *La Estrella de Arica*, 19 de marzo de 2006. Disponible en: [http://www.estrellaarica.cl/prontus4\\_nots/site/artic/20060319/pags/20060319041500.html](http://www.estrellaarica.cl/prontus4_nots/site/artic/20060319/pags/20060319041500.html) [Revisado el 15 de julio de 2018]

Entrevista al Capitán (r) peruano Eloy Villacrez Riquelme, “En Defensa de la Patria”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=NO-zHPDiPWI> [Revisado el 7 de diciembre de 2018].

Entrevista al Coronel de Infantería (r) Fernando Morote Solari, “En Defensa de la Patria”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=cX4d2JoT9jo> [Revisado el 7 de diciembre de 2018].

Entrevista al General (r) Wilson Barrantes, “En Defensa de la Patria”. Disponible en: [https://www.youtube.com/watch?v=Jm65q\\_UIoos](https://www.youtube.com/watch?v=Jm65q_UIoos) (Parte 1) [https://www.youtube.com/watch?v=Ew\\_cPqc18FQ](https://www.youtube.com/watch?v=Ew_cPqc18FQ) (Parte 2). [Revisado el 7 de diciembre de 2018].

Hilos de las embajadas estadounidenses en Chile, Bolivia y Perú desde 1973-1978. Desclasificados por Wikileaks (2005-2014). Disponible en: <https://wikileaks.org/>

Junta de Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile: Bando n°5, Santiago, 11 de septiembre de 1973. Disponible en: [http://www.archivochile.com/Dictadura\\_militar/doc\\_jm\\_gob\\_pino8/DMdocjm0023.pdf](http://www.archivochile.com/Dictadura_militar/doc_jm_gob_pino8/DMdocjm0023.pdf) [Revisado el 25 de febrero de 2019].

Junta de Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile: Bando n°15. Censura y Clausura de Medios de Prensa. 11 de septiembre de 1973. Disponible en: [http://www.archivochile.com/Dictadura\\_militar/doc\\_jm\\_gob\\_pino8/DMdocjm0021.pdf](http://www.archivochile.com/Dictadura_militar/doc_jm_gob_pino8/DMdocjm0021.pdf) [Revisado el 25 de febrero de 2019].

Junta de Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros: Declaración de Principios. Santiago, 11 de marzo de 1974. Disponible en: [http://www.archivochile.com/Dictadura\\_militar/doc\\_jm\\_gob\\_pino8/DMdocjm0005.pdf](http://www.archivochile.com/Dictadura_militar/doc_jm_gob_pino8/DMdocjm0005.pdf) [Revisado el 27 de febrero de 2019].

Manifiesto del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada. Disponible en: [http://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/manifiesto\\_nacion\\_3\\_octubre\\_1968](http://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/manifiesto_nacion_3_octubre_1968) [Revisado el 5 de octubre de 2018].

Mensaje a la Nación del Jefe del Movimiento Revolucionario, General de Brigada Manuel A. Odría, Arequipa, 27 de octubre de 1948, p. 4. Disponible en:

[http://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje\\_nacion\\_27\\_octubre\\_1948](http://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje_nacion_27_octubre_1948) [Revisado el 8 de julio de 2018].

Mensaje del Presidente Constitucional del Perú, Arquitecto Fernando Belaúnde Terry, ante el Congreso Nacional, el 28 de julio de 1964, p. 5. Disponible en: [http://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje\\_nacion\\_congreso\\_28\\_julio\\_1964](http://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje_nacion_congreso_28_julio_1964) [Revisado el 25 de agosto de 2018].

Mensaje del Presidente Constitucional del Perú, Doctor Manuel Prado y Ugarte, al Congreso Nacional, el 28 de julio de 1958, p. 1. Disponible en: [http://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje\\_nacion\\_congreso\\_28\\_julio\\_1958](http://www.congreso.gob.pe/participacion/museo/congreso/mensajes/mensaje_nacion_congreso_28_julio_1958) [Revisado el 23 de mayo de 2018].

Primer Mensaje del Presidente Allende ante el Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971. Disponible en: [https://www.bcn.cl/historiapolitica/corporaciones/cuentas\\_publicas/detalle?tipo=presidentes](https://www.bcn.cl/historiapolitica/corporaciones/cuentas_publicas/detalle?tipo=presidentes) [Revisado el 2 de septiembre de 2018].

Testimonio de Tomás Bradanovic. Extraído de su blog personal: <https://www.blogger.com/profile/07908152821168871868> [Revisado el 19 de marzo de 2018].

THORNDIKE ELMORE, Alberto: “El Paracaidismo en el Perú”. Disponible en: <http://www.arribasiemprearriba.com/> [Revisado el 25 de agosto de 2018].

Tratado chileno-peruano de 1929. Disponible en: [http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh\\_article/0,1389,SCID%253D15754%2526ISID%253D563%2526PRT%253D15747%2526JNID%253D12,00.html](http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,1389,SCID%253D15754%2526ISID%253D563%2526PRT%253D15747%2526JNID%253D12,00.html) [Revisado el 25 de agosto de 2018].

### **Piezas Audiovisuales**

BALMACEDA, Fernando: “El Sueldo de Chile”, Instituto de Cine de la Universidad Técnica del Estado, Santiago, 1971. Disponible en: <http://cinechile.cl/pelicula/el-sueldo-de-chile/> [Revisado el 27 de agosto de 2019].

Discurso del Coronel Héctor Villagra Massera ante la Orden Tradicional 4° de Línea, 2019. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=p7pjlTrvgYw> [Revisado el 20 de marzo de 2020].

HENRÍQUEZ, Patricio: “La última batalla de Salvador Allende”, Maracumba International, Méditerranée Film Production, FOCA, Montreal, 1998. Disponible en: <http://www.e-historia.cl/vidioteca/e-historia/documental-el-ultimo-combate-de-salvador-allende-patricio-henriquez/> [Revisado el 30 de agosto de 2019].

LITTIN, Miguel: “Compañero Presidente”, Chile Films, Santiago, 1971. Disponible en: <https://www.filmaffinity.com/cl/film759735.html> [Revisado el 30 de agosto de 2019].

Peru. Independence Day? Lima. 29th July 1974. Film 41939. Huntley Film Archives. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Ic3dfNWWGuA>

SOCIEDAD MUTUALISTA BAUTISTA VAN SHOUWEN: “Cobre, ¿el sueldo de quién?”, *Periódico Resumen*, Concepción, 2011. Disponible en: <http://archivo.juventudes.org/chile/el-cobre-sueldo-de-qui%C3%A9n> [Revisado el 27 de agosto de 2019].

Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: 1978, el año en que vivimos en Peligro”, 1998. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=vrRpXYcmVRc> [Revisado el 25 de agosto de 2019].

Televisión Nacional de Chile: “Informe Especial: Los Años que vivimos en Peligro, 1975-1978”, 2018. Disponible en: [https://www.youtube.com/watch?v=DciXaqFEQ1w&list=PLm03o8LHV\\_okY2IJfxQ2DMyYGdJ1IQEPQ&index=91](https://www.youtube.com/watch?v=DciXaqFEQ1w&list=PLm03o8LHV_okY2IJfxQ2DMyYGdJ1IQEPQ&index=91) [Revisado el 25 de agosto de 2019].

TVPERÚ: “Sucedió en el Perú-Juan Velasco Alvarado”, 17 de octubre de 2016. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=0PQrxtQBuYM> [Revisado el 25 de agosto de 2019].

### Bibliografía

- “Fusiles usados en Chile entre 1810-2010”, en *Revista de Historia Militar*, n°13, 2014, pp. 34-35.
- “Tanques usados en Chile entre 1943-2003”, en *Revista de Historia Militar*, n°14, 2015, p. 34-35.
- AA. VV. *Historia del mundo contemporáneo*, Ediciones Anaya, Madrid, 1981.
- AA. VV.: *Caminando con el destino. Winston Churchill y España 1874-1965*, Churchill Archives Centre, Madrid, 2011.
- AA. VV.: *Historia del Ejército de Chile. Tomo V. El Ejército en la Guerra del Pacífico, Ocupación de Antofagasta y Campaña de Tarapacá 1879*, Estado Mayor General del Ejército, Santiago, 1981.
- AA. VV.: *La construcción de las memorias nacionales. Mitos, Tabúes y Silencios de la Historia*, Comisión Bicentenario, Santiago, 2008.
- AA. VV.: *Percepciones de Amenazas y Políticas de Defensa en América Latina*, FLACSO/CEEA, Santiago, 1993.
- AA.VV.: *Historia del Siglo XX chileno. Balance paradójico*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001.
- ACUÑA RODRÍGUEZ, Olga Yanet: “La Guerra con el Perú, una perspectiva en la construcción de la nación colombiana”, en *Pensamiento y Acción*, n°21, 2016, pp. 28-41.
- ADINS, Sebastián; ROONEY, Mildred: *Las Relaciones entre Perú y Rusia. Revisión e Interpretación desde las Relaciones Internacionales*, Instituto de Estudios Internacionales, Lima, 2019.
- ALBERTO SÁNCHEZ, Luis; VALLENAS, Hugo: *Sobre la Herencia de Haya de la Torre*, Sin Sello Editorial, Lima, 1994.
- ALBURQUERQUE, Germán: “No Alineamiento, Tercermundismo y Seguridad en Perú: la Política Exterior del Gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1980)”, en *América Latina Hoy*, n°75, 2017, pp. 146-166.
- ALCALDE CARDOZA, Javier; ROMERO SOMMER, Gonzalo: “La política exterior del Gobierno Revolucionario Peruano y los cambios en el orden internacional, 1968-1975”, en *Agenda Internacional*, Año XXV, n°36, 2018, pp. 257-301.
- ALCALDE CARDOZA, Javier; ROMERO SOMMER, Gonzalo: *Alineamiento y desafío. La política exterior peruana en los gobiernos de Odría y Velasco*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2014.
- ALESSANDRI PALMA, Arturo: *Recuerdos de Gobierno*, Tomo I, Editorial Nacimiento, Santiago, 1967.
- ALJOVÍN, Cristóbal: “Violencia y Legitimidad: Las Revoluciones entre 1827 y 1841”, en *Apuntes. Revista de Ciencias Sociales*, n°39, 1996, pp. 113-127.

- ÁLVAREZ RODRICH, Augusto: “Del Estado Empresario al Estado Regulador”, en *Perú, 1964-1994: economía sociedad y política*, Instituto de Estudios Peruanos, 1995, pp. 69-100.
- ÁLVAREZ VELASCO, Carla: “Víctor Villanueva. La mina y otros relatos”, en *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n°43, 2016, pp. 182-185.
- AMORÓS, Mario: *Compañero Presidente. Salvador Allende, una vida por la democracia y el socialismo*, Universitat de Valencia, Valencia, 2008.
- ANGELL, Alan: “Las Dimensiones Internacionales del Golpe de Estado Chileno”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. 51, n°2, 2013, pp. 57-78.
- ARANCIBIA CLAVEL, Patricia (ed.): *El Ejército de los chilenos 1540-1920*, Editorial biblioteca Americana, Santiago, 2007.
- ARANCIBIA CLAVEL, Roberto: “El Concepto de Historia Militar”, en *Primera Jornada de Historia Militar Siglos XVII-XIX, Centro de Estudios e Investigaciones Militares*, Santiago, 2004, p. 11-31.
- ARANCIBIA CLAVEL, Roberto: “La Importancia del Estudio de la Historia Militar para los Oficiales del Ejército”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°484, agosto de 2010, pp. 147-158.
- ARANCIBIA CLAVEL, Roberto: *Breve Historia Militar de Arica*, Comandancia en Jefe del Ejército, Departamento Comunicacional, Arica, 1989.
- ARANCIBIA CLAVEL, Roberto: *Una Introducción a la Historia Militar*, Academia de Historia Militar de Chile, Santiago, 2015.
- ARANCIBIA CLAVEL, Roberto: *Vientos de Rebelión 1932-1973*, Academia de Historia Militar, Santiago, 2020.
- ARANCIBIA FLOODY, Claudia: “En torno a la Historiografía sobre la crisis militar entre Chile y Perú (1974-1975)”, en *Perspectivas de Historia Militar*, Academia de Historia Militar, octubre 2019.
- ARANCIBIA FLOODY, Claudia: *El Rol del Ejército de Chile en las Crisis Vecinales en la Década de 1970*, Academia de Historia Militar, Santiago, 2020.
- ARANCIBIA, Patricia: “Chile-Perú: una década en tensión 1970-1979”, 5 Cap., en *Serie Histórica de la Segunda*, 27 de julio-24 de agosto de 2007.
- ARCE Y TEMES, Álvaro de: “El Pensamiento Militar Peruano: Del Militarismo Histórico al Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas”, en CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL: *Pensamiento y pensadores militares iberoamericanos del siglo XX y su influencia en la comunidad iberoamericana*, Ministerio de Defensa (España), Secretaría General Técnica, Madrid, 2003.
- ARCHIVO SALVADOR ALLENDE: *América Latina: un pueblo continente*, n°1, Centro de Estudios Latinoamericanos “Salvador Allende”, Puebla, 1986.
- ARCHIVO SALVADOR ALLENDE: *Salvador Allende de Cara a la Verdad. Diálogos con la prensa*, Instituto de Estudios Latinoamericanos, Concepción, 1993.
- ARELLANO G., Juan Carlos: “Los republicanos en Armas: Los proscritos, el Gobierno y la Opinión Pública ante la Confederación Perú-Boliviana”, en *UNIVERSUM*, n°26, Vol. 2, 2011, pp. 49-66.
- ARELLANO GONZÁLEZ, Juan Carlos: “La Guerra del Pacífico y el americanismo republicano en el discurso bélico peruano”, en *Historia Unísonos*, Vol. 18, n°2, 2014, pp. 392-402.

- ARELLANO GONZÁLEZ, Juan Carlos: “Lenguaje político y guerra: las disputas por la legitimidad durante la guerra civil en el Perú (1834-1836)”, en *Memoria y Sociedad*, Vol. 16, n°33, 2012, pp. 171-189.
- ARELLANO, Juan Carlos: “Discursos racistas en Chile y Perú durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)”, en *Estudios Ibero-Americanos*, Vol. 38, n°2, pp. 239-264.
- ARGUEDAS, Alcides: *Historia General de Bolivia*, Gisbert & Cía, La Paz, 1975.
- ARTAZA ROUXEL, Mario; MILET GARCÍA, Paz (Ed.): *Nuestros Vecinos*, RIL Editores, Santiago, 2007.
- ARTEAGA VELÁSQUEZ, Mario Patricio: “La transformación del escenario de seguridad bilateral chileno-peruano. Desde el conflicto a la cooperación”. *Memoria para optar al grado de Doctor*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2015.
- ATEHORTÚA CRUZ, Adolfo León: “El conflicto Colombo-Peruano. Apuntes acerca de su desarrollo e importancia histórica”, en *Tiempo y Espacio*, Vol. 3, n°29, 2007, pp. 1-26.
- AVENDAÑO, Octavio: “Reforma agraria y movilización campesina en Chile (1967-1973) y Perú (1969-1976)”, en *POLIS: Revista Latinoamericana*, n°47, 2017, pp. 15-42.
- BÁKULA, Juan Miguel: *Perú, entre la realidad y la utopía: 180 años de política exterior*, Vol. 1, Fondo de Cultura Económica, Lima, 2002.
- BARRIGA M., Juan de D.: “Lo que debemos saber sobre Seguridad y Defensa Nacional”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año LXVI, n°373, 1973, pp. 50-79.
- BARROS ARANA, Diego: *Historia Jeneral de Chile*, Tomo XII, Rafael Jover Editor, Santiago, 1892.
- BARROS ORTÍZ, Tobías: *Recogiendo los Pasos*, Ed. Planeta, Santiago, 1988.
- BARROS VAN BUREN, Mario: *Historia Diplomática de Chile 1541-1938*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1970.
- BASADRE, Jorge: *Historia de la República del Perú (1822-1933): La República Aristocrática (1895-1919)*, Editorial del Comercio, Lima, 2005.
- BATTAGLINO, Jorge: “Paz no democrática en América del Sur: regímenes militares y su impacto sobre la paz regional durante el siglo 20”, en *Revista de Paz y Conflictos*, Vol. 11, n°2, 2018, pp. 7- 23.
- BEAUFRE, André: *Introducción a la Estrategia*, República Bolivariana de Venezuela. Ministerio de la Defensa, Caracas, 2012.
- BERRIOS, Raúl (Ed.): *Bolivia, Chile y Perú: Una Opción cooperativa*, Plural Editores, La Paz, 1997.
- BERRIOS, Rubén: “Relaciones de Comercio y Cooperación económica entre América Latina y el CAME: Los casos de Perú y Nicaragua”, en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Vol. 2, n°15, 1989, pp. 37-60.
- BERRÍOS, Rubén: “Relaciones entre Perú y los países socialistas”, en Augusto VARAS (ed.): *América Latina y la Unión Soviética: Una Nueva Relación*, FLACSO/RIAL, Buenos Aires, 1983, pp. 147-158.
- BITAR, Sergio: *Un Futuro Común. Chile, Bolivia, Perú. El norte de Chile en el siglo XXI*, Aguilar Chilena Ediciones, Santiago, 2011.
- BOILS MORALES, Guillermo: “Estado y política económica durante los primeros cuatro años del Régimen Militar Peruano 1968-1973”, en *Problemas del Desarrollo*, Año X, n°39, 1979, pp. 87-109.
- BOLÍVAR ROMERO, Christian; ORTEGA PRADO, Rodolfo: “Historia militar y pensamiento estratégico”, en *MILITARY REVIEW*, Tomo 70, n°5, septiembre-octubre 2015, pp. 65-78.

- BONILLA, Heraclio: “El Problema Nacional y Colonial del Perú en el Conflicto en el Contexto de la Guerra del Pacífico, en *Histórica*, Vol. III, n°2, 1979, pp. 1-34.
- BONILLA, Heraclio: *Un Siglo a la Deriva. Ensayos sobre el Perú, Bolivia y la Guerra*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1980.
- BONILLA, Heraclio; SPALDING, Karen: “La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos”, en AA.VV.: *La Independencia en el Perú*, Instituto de Estudios Peruano, Lima, 1972.
- BONNEFOY M., Pascale: “Las reservadas negociaciones de los gobiernos de Allende y Nixon sobre la nacionalización del cobre”, en *Revista de Estudios Internacionales*, n°175, 2013, pp. 79-108.
- BOWERS, Claude Gernade: *Misión en Chile, 1939-1953*, Editorial del Pacífico, 1957.
- BRAHM GARCÍA, Enrique: “Del soldado romántico al soldado profesional. Revolución en el pensamiento militar chileno. 1885-1840”, en *HISTORIA*, Vol. 25, 1990, pp. 5-37.
- BRAHM GARCÍA, Enrique: “El ejército chileno y la industrialización de la guerra, 1885-1930. Revolución de la táctica de acuerdo a los paradigmas europeos”, en *Historia*, Vol. 34, 2001, pp. 5-38.
- BULNES, Gonzalo: *Guerra del Pacífico. De Antofagasta a Tarapacá*, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, 1911.
- BULNES, Gonzalo: *Guerra del Pacífico. De Antofagasta a Tarapacá*, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, 1911.
- BULNES, Gonzalo: *Guerra del Pacífico. De Tarapacá a Lima*, Tomo II, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, 1914.
- BULNES, Gonzalo: *Guerra del Pacífico. Volumen II*, Editorial del Pacífico S. A., Santiago, 1955.
- BULNES, Gonzalo: *Historia de la Campaña del Perú en 1838*, Imprenta de los Tiempos, Santiago, 1879.
- BULNES, Gonzalo: *Últimas Campañas de la Independencia del Perú (1822-1826)*, Imprenta i Encuadernación Barcelona, Santiago de Chile, 1897.
- BULNES, Gonzalo; PINOCHET DE LA BARRA, Óscar: *Resumen de la Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1976.
- BURR, Robert N.: *By Reason or Force. Chile and the Balancing of Power in South America 1830-1905*, University of California Press, Berkeley, 1974.
- BUSTOS GONZÁLEZ, Raúl Antonio: “Discurso histórico, mitos y enseñanza de la Historia. El caso de las Relaciones de Chile, con Bolivia y Perú”, en *REXE: Revista de Estudios y Experiencias en Educación*, Vol. 12, n°23, 2013, pp. 145-156.
- BUSTOS, Carlos: *Chile y Bolivia. Un largo camino. De la Independencia a Monterrey*, RIL Editores, Santiago, 2004.
- CABRERA TOLEDO, Lester: “Chile-Perú: una visión geopolítica de los últimos 40 años de relación bilateral”, en *Hemiciclo revista de estudios parlamentarios*, Año 2, n°3, segundo semestre 2010, pp. 61-81.
- CABRERA TOLEDO, Lester: “La influencia de la variable geopolítica en las relaciones de Chile con Perú y Bolivia: análisis y perspectivas”, *Memoria de Título para optar al grado de Licenciado en Ciencias Políticas y Administrativas*, Universidad de Concepción, 2007.
- CAIRNS, Trevor: *El Siglo XX*, AKAL, Madrid, 1992.
- CALDERÓN COUSIÑO, Adolfo: *La Cuestión Chileno-Peruana. Breve Historia Diplomática de las Relaciones Chileno-Peruanas 1819-1879*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1919.

- CAMACHO ARANGO, Carlos: “El regreso de los cañones franceses a Perú (1930-1933). Intermediarios y contingencias”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 42, n°2, 2015, pp. 267-298.
- CAMACHO ARANGO, Carlos: “Historia narrativa de la toma y ocupación peruana de Leticia (Colombia, río Amazonas, septiembre de 1932)”, en *Historiolo. Revista de Historia Regional y Local*, Vol. 8, n°15, 2016, pp. 335-368.
- CAMACHO, Fernando: “Los asilados en las Embajadas de Europa Occidental en Chile tras el golpe militar y sus consecuencias diplomáticas: el Caso de Suecia”, en *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, n°81, 2006, pp. 21-41.
- CAMPOS ROBLES, Miguel: “El Arte Operacional Ruso: de Tukhachevsky a la actual Doctrina Gerasimov”, en *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, n°35, 2018, pp. 1-16.
- CANESSA, Julio; BALART PÁEZ, Francisco: *Pinochet y la Restauración del Consenso Nacional*, Kan Sasana Printer, Santiago, 1998.
- Carlos MALDONADO: “Entre Reacción Civilista y Constitucionalismo Formal: Las Fuerzas Armadas Chilenas en el Período 1931-1938”, en *Contribuciones Programa FLACSO-Chile*, n°55, 1988.
- CARRIER, Alain; TÉLLEZ, Eduardo; VILLAMIZAR, Fernando: “Solución a la Mediterraneidad de Bolivia: una propuesta desde Chile”, en *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, Vol. 8, n°1, 2013, pp. 325-266.
- CASTILLO RAMÍREZ, Daniel; ZARZURI ARENAS, Vladimir: “Rumores de Guerra en Arica. 1974 a 198: Años de Tensión y Conflicto. Las Relaciones Político-Sociales de Chile y sus Vecinos”, *Seminario para optar al título de Profesor en Educación Media en Historia y Geografía*, Universidad de Tarapacá, 2005.
- CAVALLO, Ascanio; SALAZAR, Manuel; SEPÚLVEDA, Oscar: *La Historia Oculta del Régimen Militar. Memoria de una época 1973-1988*, Uqbar Ediciones, Santiago, 2008.
- CAVALLO, Ascanio; SERRANO, Margarita: *Golpe. 11 de septiembre de 1973. Las 24 horas más dramáticas del siglo 20*, Uqbar Editores, Santiago, 2013.
- CAVIASCA, Guillermo Martín: “El Ejército en el poder. La ‘Revolución Peruana’ un ensayo de ‘Revolución Nacional’”, en *Cuadernos de Marte*, Año 9, n°14, 2018, pp. 139-172.
- CAVIERES FIGUEROA, Eduardo (ed.): *La Historia y la Escuela: Integración en la triple Frontera: Bolivia, Chile y Perú*, Universidad de Tarapacá, Chile, 2016.
- CAVIERES FIGUEROA, Eduardo: *Chile-Perú, la historia y la escuela. Conflictos Nacionales, Percepciones Sociales*, Ediciones Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 2006.
- CAVIERES FIGUEROA, Eduardo; ALJOVÍN DE LOSADA, Cristóbal (comp.): *Chile-Perú. 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales*, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso., 2005.
- CAVIERES FIGUEROA, Eduardo; CHAUPIS TORRES, José (ed.): *La Guerra del Pacífico en Perspectiva Histórica. Reflexiones y Proyecciones en pasado y presente*, Universidad de Tarapacá, Chile, 2015.
- CAVIERES FIGUEROA, Eduardo; ORREGO, Juan Luis (cord.): *Conversaciones en Lima. La Historia Como Instrumento de Integración chileno-peruana*, Ediciones Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 2013.
- CHATEAU, Jorge: *Geopolítica y Regionalización. Algunas Relaciones*, FLACSO, Santiago, 1978.

- CHAVES D., Víctor: “Chile y el Pacífico Sur. El Centro de Gravedad Geopolítico Terrestre. Rutas Aéreas a Australia. Destino Histórico”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año LXVI, n°378, 1974, pp. 92-103.
- CHURCH, Jon Marco: “La crisis del Canal del Beagle”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 41, n°161, 2008, pp. 7-33.
- CID RODRÍGUEZ, Gabriel: “Memorias, mitos y ritos de Guerra: el imaginario de la Batalla de Yungay durante la Guerra del Pacífico” en *UNIVERSUM*, Vol. 2, N°26, 2011, pp. 101-120.
- CID, Gabriel; SAN FRANCISCO, Alejandro (eds.): *Nación y Nacionalismo en Chile. Siglo XIX*, Tomo I, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2009.
- COBAS, Efraín: *Fuerza Armada, Misiones Militares y Dependencia en el Perú*, Horizonte, Lima, 1982.
- COMBLIN, José; METHOL FERRÉ, Alberto: *Dos ensayos sobre Seguridad Nacional*, Arzobispado de Santiago. Vicaría de la Solidaridad, Santiago, 1979.
- COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ: *En Honor a la Verdad*, Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, Lima, 2012.
- CONCHA MONARDES, Raúl: *El Reino de Chile: Realidades Estratégicas, Sistemas Militares, y Ocupación del Territorio (1520.1650)*, CESOC, Santiago.
- CONTRERAS CARRAZA, Carlos: *Perú. La búsqueda de la democracia. Tomo V (1960-2010)*, Taurus, España, 2015.
- CONTRERAS, Carlos: *El Aprendizaje del Capitalismo: Estudios de historia económica y Social del Perú Republicano*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2004.
- CONTRERAS, Carlos; CUETO, Marcos: *Historia del Perú Contemporáneo. Desde las luchas por la Independencia hasta el Presente*, Instituto de Estudios Peruano, Lima, 2013.
- COTLER, Julio: “Crisis política y populismo militar en el Perú”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 3, n°12, 1970, pp. 439-488.
- COTLER, Julio: “Perú, 1960-c. 1990”, en Leslie BETHELL (ed.): *Historia de América Latina*, Tomo XVI, Los Países Andinos desde 1930, Editorial Crítica, Barcelona, 2002, pp. 59-104.
- COTLER, Julio: *Clases, Estado y Nación en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2005.
- CRESPO GUTIÉRREZ, Alberto: *Los Tratados Suscritos con Chile en 1895*, Editorial Los Amigos del Libro, La Paz, 1975.
- CRESPO, Alfonso: *Banzer, el destino de un Soldado*, Editorial Gráfica s.r.l., Buenos Aires, 1999.
- DE LA PUENTE RABDIL, José: *Cuadernos de Trabajo de un Embajador. Aportes para la Historia del Servicio Diplomático del Perú y las Relaciones Internacionales (1945-1997)*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1997.
- DE LIRA, Fernando: *Espionaje en Perú*, Windmills International Editions Inc., California, 2016
- DELGADO, Carlos: “Sobre algunos problemas de la participación en la Revolución Peruana”, en *Revista de Estudios Internacional*, Vol. 6, n°21, 1973, pp. 24- 43.
- DELLEPIANE, Carlos: *Historia Militar del Perú*, Tomo II, Librería e Imprenta Gil, Lima, 1931.
- DELLPIANE, Carlos: *Historia Militar del Perú*, Tomo II, Biblioteca militar del oficial, n°33, Lima, 1977.

- DELLPIANE, Carlos: *Historia Militar del Perú*, Tomo II, Librería e Imprenta Gil s. a., Lima, 1931.
- Departamento Comunicacional de la Fuerza Aérea de Chile: “46 años de la Operación Atlante”, en *Boletín Institucional*, n°4, enero 2020.
- Departamento Comunicacional de la Fuerza Aérea de Chile: “A más de 60 años de la incorporación del primer avión a reacción de la FACH”, en *Boletín Institucional*, n°35, abril 2019.
- Departamento Comunicacional de la Fuerza Aérea de Chile: “Llegada en vuelo de los primeros aviones supersónicos F-5E Tiger II”, en *Boletín Institucional*, n°26, julio 2018.
- DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR: “Importancia de la Historia Militar”, en *Revista de Historia Militar*, n°3, noviembre de 2004, p. 12.
- Department of the Army: *The Soviet Army. Operations and Tactics*, Headquarters Department of the Army, Washington D. C., 1984.
- DÍAZ ARAYA, Alberto; DÍAZ AGUAD, Alfonso; PIZARRO PIZARRO, Elías (comp.): *Arica Siglo XX. Historia y Sociedad en el extremo norte de Chile*, Ediciones Universidad de Tarapacá, Chile, 2010.
- DÍAZ ARAYA, Alberto; Rodrigo RUZ ZAGAL; Luis GALDAMES ROSAS (comp.): *Tiempos Violentos. Fragmentos de Historia Social en Arica*, Ediciones Universidad de Tarapacá, Chile, 2014.
- DURÁN S., Roberto: “Lo Constante y lo Variable de la Política Exterior Chilena Durante los años 1974-1984: Un Análisis Introductorio”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. VII, n°2, 1985, pp. 179-188.
- DURÁN, Phillip: *La Hora de los halcones: la trastienda del Conflicto Chile-Perú en la Haya*, Editorial Planeta Chilena, Santiago, 2014.
- ECHVERRÍA D., Gloria: “La Controversia entre Chile y Argentina sobre la región del Beagle: Origen, Desarrollo y Desenlace”, en SÁNCHEZ G., Walter; PEREIRA L., Teresa (Eds): *150 años de Política Exterior Chilena*, Editorial Universitaria, Santiago, 1978, pp. 264-317.
- EDWARDS, Alberto: *La Fronda Aristocrática en Chile*, Imprenta Nacional, Santiago, 1928.
- Ejército de Chile: “Segunda Reunión Tripartita de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas de Bolivia, Chile y Perú”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año LXIX, n°390, 1976, pp. 18-30.
- EJÉRCITO DE CHILE: *Familia Acorazada del Ejército de Chile. Historia de los vehículos blindados del Ejército (1936.2009)*, Ejército de Chile, Santiago, 2009.
- EJÉRCITO DEL PERÚ (Comp.): *Compendio de la Historia General del Ejército del Perú. 3.000 años de Historia*, Tomo II, Oficina de Información del Ejército, Lima, 2001.
- EKDAHL, Wilhelm: *Historia militar de la guerra del Pacífico entre Chile, Perú i Bolivia (1879-1883). Tomo I, Orígenes de la guerra. Campaña Naval. Conquista de Tarapacá*, Sociedad Imprenta i Litográfica Universo, Santiago, 1917.
- ELMORE, T.: *Defensa de Arica: la improvisada fortificación*, Imprenta el Lucero, Lima, 1902.
- ENCINA, Francisco Antonio: *Portales: Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)*, Tomo I, Editorial Nascimento, 1964.
- ERRÁZURIZ GUILISASTI, Octavio: “Las relaciones de Chile y China: del simbolismo a la acción”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 39, n°54, 2006, pp. 169-178.
- ERRÁZURIZ, Luis Hernán: “Política cultural del régimen militar chileno (1973-1976)”, en *Aisthesis*, n°40, 2006, pp. 62-78.

- ESPINO LÓPEZ, Antonio: “El Aprendizaje de la Guerra a Través de las Obras de los Historiadores de la Antigüedad”, en *Obradoiro de Historia Moderna*, n°9, 2000, pp. 189-210.
- ESPINO LÓPEZ, Antonio: “La historia militar. Entre la renovación y la tradición”, en *Manuscripts: revista d'història moderna*, n° 11, 1993, pp. 215-242.
- ESPINO LÓPEZ, Antonio: “La Renovación de la Historia de las Batallas”, en *Revista de Historia Militar*, Año XLV, n°91, 2001, p. 159-174.
- ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO: “Expedición Libertadora al Perú”, en *Memorial del Ejército de Chile*, año XLVI, n°262, 1954, pp. 5-13.
- FALCOFF, Mark: “Chile: el dilema de la política exterior norteamericana”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. VIII, n°1-2, 1986, pp. 7-21.
- FERMANDOIS, Joaquín: “Chile ante el Mundo: El Bicentenario de las Relaciones Internacionales”, en *Diplomacia*, n°123, 2010, pp. 15-26.
- FERMANDOIS, Joaquín: “De una Inserción a otra: Política Exterior de Chile, 1966-1991”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 24, n°96, 1991, pp. 433-455.
- FERMANDOIS, Joaquín: “Ideología y Pragmatismo en la Política Exterior Chilena Durante la Crisis del Sistema Político 1970-1975”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. VII, n°2, 1985, pp. 169-178.
- FERMANDOIS, Joaquín: *Mundo Y Fin De Mundo. Chile En La Política Mundial 1900-2004*, Ediciones Universidad Católica, Santiago, 2005.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Arturo: “1978: Vivencias de Quienes Estuvieron en las Trincheras”, en *Perspectivas de Historia Militar*, Academia de Historia Militar, diciembre de 2018.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Arturo: “La Movilización de 1975”, en *Perspectivas de Historia Militar*, Academia de Historia Militar, diciembre de 2019.
- FERNÁNDEZ SAAVEDRA, Gustavo: *Bolivia en el Laberinto de la Globalización. Ensayos*, Plural Editores, La Paz, 2004.
- FERNÁNDEZ SALVATTECI, José Antonio: *Yo Acuso: La Revolución Peruana*, Editorial El Siglo, 1978.
- FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Federico Aznar: “Las Generaciones de Guerras. Guerras de Primera Generación (I)”, en *IEEE. Instituto Español de Estudios Estratégicos*, n°54, 2012.
- FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Federico Aznar; GONZÁLEZ MARTÍN, Andrés: “Las Generaciones de Guerras. Guerras de Segunda y Tercer Generación (II)”, en *IEEE. Instituto Español de Estudios Estratégicos*, n°59, 2015.
- FERRERO COSTA, Eduardo; OBANDO ARBULLO, Enrique: “Armamento Convencional y Desarme en América del Sur: Políticas y Perspectivas”, en *Boletín de Información*, n°225, 1992, pp. 49-64.
- FIGUEROA CARAVAGNO, Consuelo: “¿Historias de Guerras o Guerras por la Historia?”, en *UNIVERSUM*, Vol. 2, n°24, 2009, pp. 297-307.
- FIGUEROA, Uldaricio: *La Demanda Marítima Boliviana en los Foros Internacionales*, RIL Editores, Santiago, 2007.
- FLOODY BUXTON, Nilo: “Mis Recuerdos de 1978: La ‘Casi Guerra’ con Argentina”, en *Cuaderno de Historia Militar*, n°7, 2011, p. 139-155.
- FRANCISCO F., Mila: “La Cuestión Marítima en la Política Exterior de Chile y Bolivia”, en *Diplomacia*, n°118, 2009, pp. 47-69.

- GALLARDO PUELMA, Aquiles: *Crisis Internacionales en Sudamérica: Teoría y Análisis*, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos. Ministerio de Defensa Nacional, Santiago, 2007.
- GARAY VERA, Cristián; TRONCOSO, Valeska: “Influencia de la diplomacia militar en las Fuerzas Armadas Chilenas durante la temprana guerra fría 1942-1952”, en *Cult.-hombre-soc.*, Vol. 28, n°2, 2018, pp. 1-17.
- GARCÉS, Joan E.: *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*, Siglo XXI Editores, España, 2008.
- GARCÍA HUIDOBRO, Francisco: “Consideraciones Geopolíticas de Chile”, en *Seguridad Nacional*, n°10, 1978, pp. 17-37.
- GAZMURI, Cristián: “Las Armas Chilenas 1975-1982”, en *Defensa y Desarme. América Latina y el Caribe*, Vol. 1, n°1, 1985, pp. 1-8.
- GAZMURI, Cristián: *Historia de Chile, 1891-1994. Política, economía, sociedad, cultura, vida privada, episodios*, RIL Editores, Santiago, 2012.
- GAZMURI, Cristián; ARANCIBIA, Patricia; GÓNGORA, Álvaro: *Eduardo Frei Montalva (1911-1982)*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1996.
- GILL, Lesley: *Escuela de las Américas. Entrenamiento militar, violencia política e impunidad en las Américas*, LOM Ediciones, Santiago, 2005.
- GÓNGORA, Mario: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ediciones la Ciudad, Santiago, 1981.
- GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio; OVANDO SANTANA, Cristián: “El ‘Abrazo de Charaña’: un Breve instante que persisten en la Historia de Arica”, en *Estudios de Seguridad y Defensa*, n°6, 2015, pp. 15-40.
- GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio; OVANDO SANTANA, Cristián: “Emotivistas bolivianos en la relación diplomática entre Bolivia y Chile en torno a la mediterraneidad”, en *Estudios Internacionales*, n°183, 2016, pp. 39-65.
- GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio; OVANDO SANTANA, Cristián: “La Política exterior chileno-boliviana en la década de 1950 mirada desde la región de Tarapacá. Una Aproximación desde el diálogo entre las teorías de las percepciones y el realismo neoclásico”, en *Polis. Revista Latinoamericana*, n°32, 2012, pp. 1-27.
- GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio; OVANDO SANTANA, Cristián: “Las Conferencias de Washington y la Proposición Kellogg: el papel de los Estados Unidos frente a la Tercera Boliviana como herramienta de política exterior (1920-1929)”, en *Historia 396*, Vol.9, n°1, pp. 165-188.
- GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio; PARODI REVOREDO, Daniel (Comp.): *Las Historias que nos unen. Episodios positivos en las relaciones peruano-chilenas, siglos XIX y XX*, RIL Editores, Santiago, 2013.
- GONZÁLEZ PRADA, Manuel: *Páginas Libres. Horas de Lucha*, Editorial de Ayacucho, Venezuela, 1976.
- GONZÁLEZ PRADA, Manuel: *Sobre el militarismo (Antología); Bajo el Oprobio*, Editorial Horizonte, Lima, 1978.
- GONZÁLEZ, Luis: “Esposición sobre el estado del Ejército Chileno al iniciarse la Guerra del Pacífico”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XVI, 1921, pp. 180-190.
- GONZÁLEZ, Mónica: *Chile. La Conjura: Los Mil y un días del golpe*, Ediciones B, Santiago, 2000.
- GONZÁLEZ, Sergio: *La llave y el Candado. El conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)*, LOM Ediciones, Santiago, 2008.

- GRACÍA GUTIÉRREZ, Cristina Luz: “La Reacción de España ante el Golpe Militar en Chile”, en *Nave@mérica. Revista electrónica de la Asociación de Americanistas*, n°6, 2011, pp. 1-21.
- GUERRERO SOTO, Néstor; TELLO AGUINAGA, Kevin: *Premio 2015: Integración y buena vecindad. Chile-Perú/Perú-Chile*, Instituto de Estudios Internacionales, Lima, 2015.
- GUTARRA MARAVÍ, Eleazar: *La Cordillera del Cóndor: un desafío geopolítico*, Talleres Gráficos de la IMG, Lima, 1984.
- GUTIÉRREZ, Horacio: “Exaltación del Mestizo: La Invención del Roto Chileno”, en *UNIVERSUM*, Vol. 1, n°25, 2010, pp. 122-139.
- HALL, Basilio: *Estracto de un Diario de Viaje a Chile, Perú i Méjico en los años de 1820, 1821, 1822*, Tomo I, Imprenta y Encuadernación Universitaria, Santiago de Chile, 1906.
- HALPERIN DONGHI, Tulio: *Historia Contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- Harry SCOTT HERSCHKOVICS: “La Revolución de los Tenientes”, en *Anuario de la Academia de Historia Militar*, n°27, 2013, pp. 17-27.
- HARVEY PARADA, Hugo: *Las relaciones entre Chile e Israel, 1973-1990. La conexión oculta*, RIL Editores, Santiago, 2011.
- HEBE CAVEGLIO, Silvia: “La Mediterraneidad de Bolivia (1534-1879)”, en *Revista de Política Internacional*, n°164, 1979, pp. 67-105.
- HERNÁNDEZ CHINARO, Óscar: “La Segunda Guerra Fría (1975-1985)”, en *Clio. History and History teaching*, n°40, 2014, s.p.
- HINZPETER, Ximena: “Chile-URSS: Relaciones Inciertas”, en *Puntos de Referencia. Centro de Estudios Públicos*, n°205, 1998, pp. 1-8.
- HOBBS, Thomas: *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2017.
- HOBBSAWM, Eric: *Historia del Siglo XX. 1914-1991*, Editorial Crítica, Barcelona, 2011.
- HOFFMAN, Robert J.: “Mobile Defense”, en *MILITARY REVIEW*, Vol. XXXI, n°2, May 1951, pp. 47-56.
- HORMAZÁBAL ESPINOSA, Pedro: “Evolución de las Unidades Blindadas en Chile. 1944-1982”, en *Perspectivas de Historia Militar*, Academia de Historia Militar, julio de 2019.
- HOWARD, Michael: *The Causes of Wars and other essays*, Harvard University Press, Massachusetts, 1984.
- HOYOS OSORES, Guillermo: *Política Internacional del Perú. 7 años de desvaríos*, Sin Sello Editorial, Lima, 1977.
- HUERTA DÍAZ, Ismael: *Volvería a ser Marino*, Tomo II, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1988.
- HURTADO MEZA, Lourdes: “Ejército Cholificado: reflexiones sobre la apertura del ejército peruano hacia los sectores populares”, en *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, n°26, 2006, pp. 59-72.
- IBARRA CIFUENTES, Patricio: “Bolivia no tiene mejor amigo que Chile, ni peor verdugo que el Perú: Dos cartas de Justiniano Sotomayor a Hilarión Daza, abril de 1879”, en *Revista de Historia y Geografía*, n°38, 2018, p. 201-211.
- INFANTE, Demetrio: *Confidencias Limeñas: Charaña, espionaje y algo más*, Editorial Catalonia, Santiago, 2014.
- INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR DE CHILE: “¿Se extingue la Organización de Estados Americanos? (O.E.A.)”, en *Memorial del Ejército de Chile*, LXVII, n°381, 1974, pp. 4-6.

- IVOVICH, Estéban (trad.): “Medios de defensa de los países pequeños atacados por grandes potencias. Lucha contra las unidades blindadas”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XXXIII, n°167, pp. 277-282.
- JAQUETTE, Jane S.; LOWENTHAL, Abraham F.: *El Experimento Peruano en Retrospectiva*, Documento de Trabajo n°19, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1986.
- JARA, Isabel: “Politizar el paisaje, ilustrar la patria: nacionalismo, dictadura chilena y proyecto editorial”, en *Aisthesis*, n°50, 2011, pp. 230-252.
- JASA G. M., Efraín; FUENZALIDA B., Jaime; STOLZE C., Jorge; URIARTE B., Lander: “Tradicición e Innovación en la Política Exterior de Chile”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año LXIII, n°367, 1972, pp. 38-70.
- JONES, Francis S.: *Analysis and comparison of the ideas and later influences of Henri Jomini and Carl Von Clausewitz*, Air Command and Staff College Air University, Maxwell, 1985.
- JORQUERA TOLOSA, Carlos: “La Lección del Perú”, en *Punto Final*, n°76, 1969, pp. 1-16.
- JOXE, Alain; CADENA, Cecilia: “El Armamentismo de los Países Dependientes: el caso latinoamericano”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 4, n°15, 1970, pp. 3-81.
- KAUFMAN, Edy: “La Política Exterior de la Unidad Popular Chilena”, en *Foro Internacional*, Vol. XVII, n°2, 1976, pp. 244-274.
- KAY, Cristóbal: “La participación campesina bajo el gobierno de la U.P. (Unidad Popular, Chile)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 36, n°32, 1974, pp. 279-295.
- KENT, Irvin M.: “Political Warfare for Internal Defense”, en *Military Review*, Agosto, 1970, pp. 66-69.
- KLAIBER S. J., Jeffrey L.: “Los “Cholos” y los “Rotos”: Actitudes Raciales Durante la Guerra del Pacífico”, *Historica*, Vol. II, 1978, pp. 27-37.
- LACOSTE, Pablo: *La Imagen del otro en las Relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 2003.
- LAFFITTB, Bernard: “Chile: Tres Años Después”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°349, 1977, pp. 19-25.
- LAGOS CARMONA, Guillermo: *Historia de las Fronteras de Chile. Los tratados de Límites con Perú*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1984.
- LAGUERRE KLEIMANN, Michel: *El Oncenio y el Desarrollo de la Armada Peruana (1919-1930)*, Dirección de Intereses Marinos, Lima, 2015.
- LARRAÍN, Felipe; MELLER, Patricio: “La Experiencia Socialista-Populista Chilena: La Unidad Popular, 1970-73”, en *Cuadernos de Economía*, Año 27, n°82, 1990, pp. 317-355.
- LEWIS GADDIS, John: *Nueva Historia de la Guerra Fría*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2011.
- LEYTON SALAS, Cristián: “El factor de amenaza: ejes de la percepción de amenaza chilena”, *Revista Cidob D’afers internacionals*, n°51-52, 2000, pp. 135-157.
- LEYTON SALAS, Cristián: “La Política de Transferencias de Armas de Rusia hacia el Tercer Mundo y América Latina”, en *Revista Política y Estrategia*, n°107, 2007, pp. 58-84.
- LEYTON SALAS, Cristian: *Amigos y vecinos en la costa del Pacífico: luces y sombras de una relación*, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos. ANEPE, Santiago, 2007.
- LIDDELL HART, B. H.: *La Estrategia de Aproximación Indirecta (Las Guerras decisivas de la Historia)*, Iberia-Joaquín Gil Editores, Barcelona, 1946.

- LIND, William S.: “Comprendiendo la Guerra de Cuarta Generación”, en *MILITARY REVIEW. Hispanoamericana. Revista profesional del Ejército de EE.UU.*, Vol. LXXXV, n°1, enero-febrero 2005, pp. 12-17.
- LIND, William S.: “Preparing for Maneuver Warfare”, en *Marine Corps Gazette. Professional Journal of U. S. Marines*, Vol. 68, June 1984. Disponible en: <https://www.mca-marines.org/gazette/1984/06/preparing-maneuver-warfare> . [Revisado el 9 de junio de 2018].
- LIND, William S.: *Maneuver Warfare Handbook*, Westview Special Studies in Military Affairs, Estados Unidos, 1985.
- LIND, William S.; G. I. WILSON; D. WYLY, Michael; B. E. TRAINOR: “The ‘maneuver Warfare’ Concept”, en *Marine Corps Gazette. Professional Journal of U. S. Marines*, Vol. 65, April 1981. Disponible en <https://www.mca-marines.org/gazette/1981/04/maneuver-warfare-concept> [Revisado el 20 de junio de 2018]
- LIND, William S.; R. GRAZIER, Daniel: “Maneuver Warfare”, en *Marine Corps Gazette. Professional Journal of U. S. Marines*, Vol. 99, April 2015. Disponible en: <https://www.mca-marines.org/gazette/2015/04-7> . [Revisado el 22 de abril de 2018].
- LISSON, Carlos: *Breves Apuntes sobre la Sociología del Perú en 1886*, Imprenta y Librería de Benito Gil, Lima, 1887.
- LLANOS MANSILLA, Hugo: “La mediterraneidad de Bolivia”, en *Agenda Internacional*, Año XI, n°21, 2004, pp. 11-26.
- LOAYZA PÉREZ, Alex: “La Independencia peruana. Memoria e historia”, en *Revista Argumentos*, Año 9, n°3, 2015, pp. 69-74.
- LÓPEZ CONTRERAS, Jimmy: *Ecuador-Perú. Antagonismos, negociación e intereses nacionales*, FLACSO Ecuador, Quito, 2004.
- LOWENTHAL, Abraham F.: “Ejércitos y Política en América Latina”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 9, n°35, 1976, pp. 38-64.
- MAC IVER, Enrique: *Discurso sobre la Crisis moral de la República*, Imprenta Moderna, Santiago, 1900.
- MAGGIO GONZÁLEZ, Eugenio: *Nunca la Noche fue más Larga*, Lulu, 2016.
- MALDONADO F., Luis: “Constitución Militar de un país. Leyes que deben complementarla o modificarla”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XV, 1920, pp. 192-203.
- MANRÍQUEZ GÁLVEZ, Nelson: “Territorio y Nación. La Difícil construcción de la comunidad nacional”. Disponible en: <http://www.pucp.edu.pe/aulamagna/2005/docs/manrique.pdf>
- MANRIQUEZ, Nelson: *Yawar Mayu: sociedades terratenientes serranas, 1879-1910*, DESCO. Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo/ Institut français d'études andines, 1988.
- MARCELLA, Gabriel: “Las relaciones militares entre los Estados Unidos y América Latina. Crisis e interrogantes futuras”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 13, n°51, 1980, pp. 382-400.
- MARTÍNEZ SANZ, José-Luis: “La ‘historia militar’ como género histórico”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n°37-47, 2003, pp. 37-47.
- MARTÍNEZ VIADEMONTÉ, Hugo: “Hispanoamérica y la Alianza para el Progreso”, en *Revista de estudios políticos*, n°125, 1962, pp. 273-285.
- MARTNER, Gonzalo: *El Gobierno del Presidente Salvador Allende, 1970-1973. Una evaluación*, Ediciones Literatura Americana Reunida, Concepción, 1988.

- MATTA, Javier Eduardo: “Chile y la República Popular China: 1970-1990”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 24, n°95, 1990, pp. 347-367.
- MAZZEI DE GRACIA, Leonardo: “El Discurso Antiimigracionista en Nicolás Palacios”, en *Atenea*, n°470, 1994, pp. 33-54.
- MCEVOY, Carmen: “Chile en el Perú: Guerra y Construcción Estatal en Sudamérica, 1881-1884”, en *Revista de Indias*, Vol. LXVI, n°236, 2006, pp. 195-216.
- MCEVOY, Carmen; RABINOVICH, Alejandro M.: “La Guerra en el Perú, un modelo para (des)armar”, en *Tiempo de Guerra, Estado, nación y conflicto armado en el Perú, siglos XVII-XIX*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2018.
- MEARSHEIMER, John J.: “Maneuver. Mobile Defense, and NATO Central Front”, en *International Security*, Vol. 6, n°3, winter 1981-1982, pp. 104-122.
- MEDINA VALVERDE, Cristian E.: “Chile y la Integración Latinoamericana. Política Exterior, Acción Diplomática y Opinión Pública. 1960-1976”, *Memoria Presentada Para Optar al Grado de Doctor*”, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, Madrid, 2012.
- MÉNDEZ G., Cecilia; GRANADOS MOYA, Carla: “Guerra, Formación de Estado e Imaginario Nacional en el Perú”, en Sarah ALBIEZ; Nelly CASTRO; Lara JÜSSEN; Eva YOUKHANA (Eds.): *Etnicidad, ciudadanía y pertenencia: prácticas, teoría y dimensiones espaciales*, Iberoamericana, Madrid, 2011, pp. 93-117.
- MÉNDEZ G., Cecilia; GRANADOS MOYA, Carla: “Las Guerras olvidadas del Perú: Formación del Estado e Imaginario Nacional”, en *Rev. Socio. Polit.*, Vol. 20, n°42, 2012, pp. 57-71.
- MÉNDEZ NOTARI, Carlos: *Héroes del Silencio. Los Veteranos de la Guerra del Pacífico (1884-1924)*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2009.
- MENDOZA PINTO, Juan Eduardo: “¿Habría sido factible una guerra relámpago en la frontera entre Chile y Perú el año 1975?”, *Ponencia dictada en II Jornadas Internacionales de la Guerra*, 30 de septiembre-1 de octubre de 2019, Universidad de Santiago, Chile.
- MENDOZA PINTO, Juan Eduardo: “El Acuerdo de Charaña bajo el fantasma de la guerra: la crisis de 1975, desde la perspectiva de percepción de amenaza de Chile, Perú y Bolivia”, en *Perspectivas de Historia Militar*, Academia de Historia Militar, abril 2020.
- MENDOZA PINTO, Juan Eduardo: *Razonamiento Geopolítico. Construcción de representaciones y códigos geopolíticos de Chile y sus vecinos*, Sello Editorial Universidad de Concepción, Concepción, 2017.
- MENÉNDEZ, Jaime: “Los Estados Unidos y la Guerra Fría”, en *Revista de Política Internacional*, n°71, 1964, pp. 7-35.
- MENESES, Emilio: “Ayuda económica, política exterior y política de defensa en Chile, 1943-1973”, en *Estudios Públicos*, n°35, 1989, pp. 39-69.
- MENESES, Emilio: “Competencia armamentista en América del Sur: 1970-1980”, en *Estudios Públicos*, n°7, 1982, pp. 6-41.
- MENESES, Emilio: “Estructura Geopolítica de Chile”, en *Revista de Ciencia Política*, n°1-2, 1981, pp. 105-161.
- MENESES, Emilio: “La Disuasión Aérea Chilena: Implicaciones Político-Estratégicas”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. XIX, 1998, pp. 63-88.
- MERCADO JARRÍN, Edgardo: “Defensa Nacional”, en *Derecho PUCP*, n°35, 1981, pp. 131-141.
- MERCADO JARRÍN, Edgardo: *Política y Estrategia en la Guerra de Chile*, Sin Editor, Lima, 1979.

- MERY SQUELLA, Carlos: *Relaciones Diplomáticas entre Chile y los Estados Unidos de América, 1829-1841*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1965.
- MÍGUEZ, María Cecilia: “La Tercera Presidencia Peronista y la Guerra Fría. Argentina, Perú y Brasil en la X Conferencia de los Ejércitos Americanos”, en *Revista Pilquen*, Vol. 20, n°1, 2011, pp. 17-35.
- MILET, Paz Verónica: “Chile-Perú: las raíces de una difícil relación”, en *Estudios Internacionales*, Vol. 38, n°150, 2005, pp. 59-73.
- MILLÁN, Víctor: “Percepciones de amenaza y adquisición de armamentos en América del Sur: 1971-1985”, en *Contribuciones Programa FLACSO-Chile*, n°62, 1969.
- MILLER, David: “La Guerra Fría en Retrospectiva”, en *Revista de Estudios Sociales*, n°15, 2003, pp. 165-170.
- MILSTEIN CHATEAU, Tatiana: *Chile-Perú: Al Borde de una Guerra, 1974*, Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE), Santiago, 2000.
- Ministerio de Defensa Nacional del Perú: *Libro Blanco de la Defensa Nacional*, Ministerio de Defensa, Lima, 2005.
- MIRANDA, Carlos E.: “Un Comentario Sobre la Imagen Internacional de Chile”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. VII, n°2, 1985, pp. 189-193.
- MONTENEGRO, Walter: *Oportunidades Perdidas: Bolivia y el Mar*, Editorial Los Amigos del Libro, La Paz, 1987.
- MORALES BARCKHAHN, Ignacio: “Chile y la Confederación Perú-Boliviana a partir de una discusión historiográfica”, en *Intus-Legere Historia*, Vol. 6, n°2, 2012, pp. 95-114.
- MORANDÉ LAVÍN, José: “Chile y los Estados Unidos. Distanciamientos y Aproximaciones”, en *Estudios Internacionales*, Vol. 25, n°97, 1992, pp. 3-22.
- MOREA, Alejandro: “El proceso de profesionalización del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia”, en *Quinto Sol*, Vol. 15, n°2, 2011, pp. 1-23.
- MORGENFELD, Leandro: “El TIAR: sus orígenes, el debate sobre su rol actual y la posición argentina”, en *Defensa y Pensamiento Estratégico*, n°2, 2015, pp. 88-119.
- MUÑOZ PONTONY, Jorge: *Para seguir siendo invencibles*, Chile, 1990.
- MUÑOZ, Heraldo: “Las Relaciones Exteriores del Gobierno Militar Chileno 1973-1984”, en *Ibero-Americana, Nordic Journal of Latin American Studies*, Vol. XV, n°1-2, 1985, pp. 155-174.
- NATSIS, Anna: *Sir Basil H. Liddel Hart and the Gulf War*, National Defense University Library. Special Collections, Washington, 1993.
- NAVARRETE SOBARZO, Elías Felipe: “Infancia y Juventud en las Fuerzas Armadas y Carabineros (1810-2010)”, en *Cuaderno de Historia Militar*, n°9, 2013, pp. 129-168.
- NERCESIAN, Inés: “La experiencia de Velasco Alvarado en Perú (1968-1975): intelectuales y política. Una aproximación”, en e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, Vol. 15, n°59, 2017, pp. 19-35.
- NEUHAUS DE LEDGARD, Sara: *Recuerdos de la Batalla del Campo de la Alianza y de la Ocupación de Tacna en la Guerra del 79*, Emp. Edt. Rímac. S.A., Lima, 1938.
- NIZAMA, Martín: “Perú-Chile: Síndrome Postbélico”, en *IIPSI*, Vol. 12, n°2, 2009, pp. 193-206.
- NOCERA, Raffaele: “Las relaciones diplomáticas y político-partidistas ítalo-chilenas durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva”, en *Historia*, Vol. II, n°42, 2009, p. 435-470.
- NOVAK TALAVERA, Fabián: *Las Relaciones entre el Perú y Francia (1827-2004)*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2005.

- O'PHELAN GODOY, Scarlett: "El mito de la "Independencia Concedida": Los Programas Políticos del Siglo XVIII y del Temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814)", en *Histórica*, Vol. IX, n°2, 1985, pp. 155-191.
- ORELLANA HERRERA, Herbert: "La Política y Relaciones Internacionales. Introducción a su Estudio", en *Memorial del Ejército de Chile*, n°382, 1975.
- ORTEGA PRADO, Rodolfo A.: *Escenario y Estrategia*, Instituto Geográfico Militar, Santiago, 2010.
- ORTEGA PRADO, Rodolfo: "Perspectiva histórica del imaginario disociador Chile-Perú", en *Memorial de Ejército de Chile*, n°483, 2009.
- ORTIZ SOTELO, Jorge: "Visiones Peruanas de la Guerra", en *Nueva Crónica*, n°2, 2013, pp. 815-829.
- OVANDO SANTANA, Cristián; RAMOS RODRÍGUEZ, Romina: "Expresiones geopolíticas sobre el desarrollo de las fronteras del Tarapacá Histórico (1974-2018) ¿Movilidades fronterizas como fuente de amenaza?", en *Izquierdas*, n°49, 2019, pp. 1522-1553.
- OVANDO SANTANA, Cristián; Sergio GONZÁLEZ MIRANDA: "La Relación Bilateral chileno-boliviana a partir de las demandas tarapaqueñas: aproximación teórica desde la paradiplomacia como heterología", en *Estudios Internacionales*, n°177, 2014, p. 35-64.
- PALACIOS, Nicolás: *Raza Chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*, Tomo I, Editorial chilena, Santiago, 1818.
- PALOMINO, Óscar: "La Participación de los Indígenas en la Guerra con Chile. Controversias Historiográficas", en *Nueva Crónica*, n°3, 2014, pp. 391-401.
- PAREJA RÍOS, Carlos: "Comentario a Mesa redonda sobre las relaciones Chile-Perú", en *Estudios Internacionales*, n°165, 2010, pp. 199-207.
- PARKER, Geoffrey (ed.): *Historia de la Guerra*, Madrid, AKAL, 2010.
- PARKER, Geoffrey; *El Ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1695. La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.
- PARODI, Daniel: "Victoria o Fracaso: La Guerra del Pacífico y la Autorrepresentación Contemporánea de Chile", en *Diálogo Andino*, n°57, 2018, pp. 121-132.
- PAZ SOLDAN, Mariano Felipe: *Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, 1884.
- PEASE GARCÍA, Henry: *El Ocaso del Poder Oligárquico: lucha política en la escena oficial, 1968-1975*, Desco, Lima, 1977.
- PENNYCOOK CASTRO, Andrés: "Movilizando Identidades Nacionales: de la Guerra del Gas a la Haya", en *Acta Bioethica*, Vol. 1, n°19, 2013, pp. 71-86.
- PERALTA RUIZ, Víctor: "La guerra civil peruana de 1854. Los entresijos de una revolución", en *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. 1, n°70, 2013, pp. 195-219.
- PERALTA RUIZ, Víctor: "La milicia cívica en Lima independiente (1821-1829). De la reglamentación de Monteagudo a La Mar", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera Serie, n°42, 2015, pp. 31-59.
- PETRAS, James: "Estados Unidos y el nuevo equilibrio en América Latina", en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 2, n°4, 1969, pp. 490-518.
- PETRAS, James; RIMENSNYDER, Nelson: "Los Militares y la Modernización del Perú", en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 4, n°13, 1970, pp. 90-123.
- PHILIP, George D. E.: *The Rise and Fall of the Peruvian Military Radicals 1968-1975*, Bloomsbury, London, 2015.

- PINOCHET DE LA BARRA, Óscar: *Chile y Bolivia: ¡Hasta Cuándo!*, LOM Ediciones, Santiago, 2004.
- PINOCHET UGARTE, Augusto: *Geopolítica*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1974.
- PINTO VALLEJOS, Julio (ed.): *Cuando Hicimos Historia. La experiencia de la Unidad Popular*, LOM Ediciones, Santiago, 2005.
- PIZARRO PIZARRO, Elías: *Tránsitos Historiográficos. Arica y su hinterland (siglos XVI-XX)*, Ediciones Universidad de Tarapacá, Chile, 2017.
- POBLETE, Rafael: “El servicio del Estado Mayor durante la Guerra del Pacífico”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIV, 1919, pp. 81-85.
- POLLONI ROLDÁN, Alberto: *Las Fuerzas Armadas de Chile en la vida nacional*, Andrés Bello, Santiago, 1972.
- PEPELAIRE, J. B.: “A través de Chile y Perú”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo LII, n°56, 1927, pp. 110-154.
- PORTALES, Carlos: *La (re)Construcción de la Identidad Internacional de Chile: La política multilateral de la Concertación (1990-2010) y los nuevos desafíos para la política exterior*, Working Paper ICSO, Universidad Diego Portales, 2011.
- PRATS MARÍ, José María: “La Guerra de mando y control y la teoría del ‘Ooda Loop’”, en *Boletín de Información*, n°268, 2011, pp. 31-40.
- PRUDENCIO LIZÓN, Ramiro: “El problema marítimo boliviano”, en *Agenda Internacional*, Año XI, n°21, 2004, pp. 27-46.
- PRUDENCIO LIZÓN, Ramiro: *Historia de la negociación de Charaña. La más importante negociación del siglo XX sobre el problema marítimo boliviano*, Plural Editores, La Paz, 2011.
- PUGA, Arturo: “La Guerra i la idea de paz universal”, en *Memorial de Ejército de Chile*, Año XVI, 1921, pp. 370-378.
- QUERO RODILES, Felipe. “Doctrina y Táctica”, en *Revista Ejército*, Año LXXIV, n°866, mayo del 2013, pp. 8-17.
- QUIROGA, Patricio; MALDONADO, Carlos: *El Prusianismo en las Fuerzas Armadas Chilenas. Un estudio histórico 1885-1945*, Ediciones Documentas, Chile, 1988.
- RAMOS RODRÍGUEZ, Froilán; Javier CASTRO ARCOS: “La Alianza para el Progreso en Chile y Venezuela”, en *Tiempo y Espacio*, n°62, 2014, pp. 93-138.
- REVISTA DE LA ESCUELA MILITAR DE CHORRILLOS: “Párrafos del Mensaje del Jefe del Estado referentes a la Defensa Nacional”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XXXVI, n°183, 1942, pp. 2101-2112.
- RÍOS GALLARDO, Conrado: *Chile y Bolivia definen sus fronteras 1842-1904*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1963.
- RÍOS VALDIVIA, A.: “La Misión Lavalle”, en *Anales de la Universidad de Chile*, Año 2, Serie 2, 1924, pp. 413-559.
- RIVA-AGÜERO, José de la: *Estudios de Historia Peruana. La emancipación y la República*, Tomo VII, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1971.
- Róbison ROJAS: “Fuerzas Armadas Chilenas (III). El Informe de los Yanquis sobre las Fuerzas Armadas Chilenas”, en *Causa ML*, Año III, n°21, 1971, pp. 20-25.
- ROCA-REY ROSS, Christabelle: “La crónica visual de un golpe de estado anunciado”, *Mana Tukukuq Illapa. Revista del Instituto de Investigaciones Museológicas y Artísticas de la Universidad Ricardo Palma*, n°11, 2014, pp. 41-49.
- RODRÍGUEZ BERUFF, Jorge: *Los Militares y el Poder: un ensayo sobre la doctrina militar en el Perú, 1948-1968*, Mosca Azul, Lima, 1983.

- RODRÍGUEZ ELIZONDO, José: *Chile-Perú: el Siglo que vivimos en Peligro*, COPESA, Santiago, 2004.
- RODRÍGUEZ ELIZONDO, José: *Historia de dos demandas: Perú y Bolivia contra Chile*, Ediciones el Mercurio, Santiago, 2014.
- RODRÍGUEZ MENDOZA, E.: *Como si fuera ayer!...*, Casa Editorial Minerva, Santiago, 1919.
- RODRÍGUEZ, Juan Agustín: *Chile en el Canal Beagle y Mares Australes. Tratado de paz entre Chile y Argentina*, Gráfica Progresión, Santiago, 1985.
- ROLDÁN VALDERRAMA, Yasna: “Estrategias de denuncia, Análisis del discurso presidencial de Salvador Allende ante la ONU en 1972”, en *Discurso & Sociedad*, Vol. 8, n°2, 2014, pp. 326-249.
- RUFINO ECHENIQUE, José: *Memorias para la Historia del Perú (1808-1878)*, Tomo I, Editorial Huascarán, Lima, 1952.
- RUZ T., Fernando: *Rafael Sotomayor Baeza, el organizador de la victoria*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1980.
- RUZ ZAGAL, Rodrigo; GALDAMES ROSAS, Luis; DÍAZ ARAYA, Alberto: *Tiempos Violentos: Fragmentos de historia Social en Arica*, Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica, 2014.
- SAEZ SAAVEDRA, Marco: “Diez Años de Gobierno Militar en Brasil”, en *Memorial del Ejército de Chile*, LXVII, n°381, 1974, pp. 40-41.
- SÁEZ, Carlos: “Deducciones de la guerra mundial”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XVI, 1921, pp. 313-321.
- SAEZ, Carlos: “Historia Militar”, en *Memorial del Ejército de Chile*, marzo de 1925, pp. 197-204.
- SAGREDO S., René: “La Defensa Móvil”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XLIX, n°270, 1956, pp. 10-15.
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: “Las fuentes para el estudio de la historia militar”, en *Studia historica. Historia contemporánea*, n° 6-7, 1988-1989, pp. 79-91.
- SALINAS DÍAZ, Fabián Andrés: “El Gobierno de la Unidad Popular: la Visión de algunos de sus protagonistas”, *Memoria para optar al título de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales*, Universidad de Chile, 2015.
- SAMPSON, Elizabeth Abigail: “Pinochet y la política exterior: ¿política de progreso y productividad o política de regresión y represión?”, en *Revista Estudios*, n°29, 2014, pp. 1-32.
- SÁNCHEZ FUENTES, Rigoberto: “El Discurso Latinoamericano del Presidente Salvador Allende: Padres Fundadores y Desarrollo Independiente”, en *Si somos Americanos. Revista de Estudios Transfronterizos*, Vol. IX, n°2, 2009, pp. 171-191.
- SANCHEZ G., Walter: *Idealismo e imperialismo en la Política exterior de Estados Unidos*, Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile, 1979.
- SÁNCHEZ IBARRA, Freddy: “La relación de Latinoamérica y los Estados Unidos desde la visión de Salvador Allende Gossens”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n°25, 2003, pp. 275-288.
- SÁNCHEZ URRUTIA, Francisco: *Los soldados del mar en acción: La Infantería de Marina y la defensa de la soberanía austral 1958-1978*, Círculo Acton Chile Ediciones, Sin lugar de edición especificado, 2018.

- SANCHÉZ, Juan Martín: *La Revolución Peruana: Ideología y Práctica de un gobierno militar 1968-1975*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudio Hispano-Americanos. Universidad de Sevilla, Sevilla, 2002.
- SANTA MARÍA, Ignacio: “Guerra del Pacífico”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Año IX, Tomo XXXI, n°35, 1919, pp. 5-102.
- SAVKIN, V. Ye.: *The Basic Principles of Operational Art and Tactics. (A Soviet View)*, Government Printing Office, Washington, 1972.
- SEGURA FLORES, Rubén: “La Teoría de la Guerra de Maniobra”, en *Military Review*, Año, LXVI, n°4, julio-agosto de 2012, pp. 64-71.
- SEPÚLVEDA ROJAS, Arturo: *Así vivieron y vencieron 1879-1884*, Imprenta Esparza y Cía, Santiago, 1980.
- SEPÚLVEDA, Alberto: “El Militarismo Desarrollista en América Latina”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 4, n°15, 1970, pp. 97-124.
- SERRANO DEL POZO, Gonzalo: *1836-1839. Portales y Santa Cruz. Valparaíso y la Guerra Contra la Confederación*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2013.
- SIDORENKO, Andrei Alekseevich: *The Offensive: A Soviet View*, The United States Air Force, Washington, 1984.
- SILVA, Faustino: *La Revolución de los Gutiérrez en julio de 1872*, Imp. C. Ruiz, Lima, 1927.
- SKUBA, William E.: “Una Cuestión dentro de la Cuestión: El nacionalismo y la cuestión indígena en el sur del Perú, 1900-1930”, en *Revista Andina*, n°41, 2005, pp. 89-108.
- SPILA DE SUBIACO, Benedicto: *Chile en la Guerra del Pacífico*, Tip. Artigianelli di S. Giuseppe, Roma, 1887.
- STONE, Lawrence: *El Pasado y El Presente*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- SWAIN, Richard M.: “Retorno a los Principios de la Guerra”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°409, 1982, pp. 55-62.
- TAPIA FIGUEROA, Claudio A.: “¿Neutralidad o Cooperación?: La embajada de Chile en Lima durante el conflicto entre Ecuador y Perú de 1941”, en *Si Somos Americanos*, Vol. V, n°4, 2003, pp. 167-180.
- TAPIA VALDÉS, Jorge A.: *El terrorismo de Estado. La Doctrina de la Seguridad Nacional en el Cono Sur*, Editorial Nueva Imagen, México D. F., 1980.
- TAPIA VALDÉS, Jorge: *Armamentismo y doctrina de seguridad nacional: el caso de la junta militar chilena*, Institute of Latin American Studies, Estocolmo, 1981.
- TÉLLEZ LÚGARO, Eduardo: *Historia General de la Frontera de Chile con Perú y Bolivia 1825-1929*, Editorial Universitaria, Santiago, 1999.
- TÉLLEZ, Indalicio: “Táctica Nacional”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XVII, 1923, pp. 115-117.
- TERCIABA GUEVARA, Marcial: “La caballería y la guerra relámpago”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XXXVII, n°187, 1943, pp. 613-616.
- THEBERGE, James D.: *Reflexiones de un diplomático: Estados Unidos y América Latina*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1985.
- TOCHE MEDRANO, Eduardo: *Guerra y Democracia: Los Militares Peruanos y la Construcción Nacional*, CLACSO/DESCO, Lima, 2008.
- TORRES LACA, Víctor: “Las Armas de la Revolución: Armamentismo Durante el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada 1968-1980”, *Tesis para optar al Título de Licenciado en Historia*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 2008.

- TÓTORO TAULIS, Dauno: *La Cofradía Blindada: Chile Civil y Chile Militar: Trauma y Conflicto*, Editorial Planeta, Santiago, 1998.
- TULCHIN, Joseph S.: “Los Estados Unidos y América Latina en la Década del 60”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 21, n°84, 1988, pp. 462-497.
- UGARTE DÍAZ, Emilio José: “La Guerra del Pacífico como referente nacional y punto condicionante de las relaciones chileno-peruanas”, en *Si somos americanos. Revista de Estudios Transfronterizos*, Vol. XIV, n°2, 2014, pp. 159-184.
- UGARTE DÍAZ, Emilio: “Chile-Perú: Cómo la Idea de Nación y los Imaginarios Condicionan la Relación Vecinal, 1883-1980”, Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Internacionales, Universidad de Chile, Santiago, 2011.
- ULIÁNOVA, Olga; FEDIAKOVA, Eugenia: “Algunos Aspectos de la ayuda Financiera del Partido Comunista de la URSS al Comunismo Chileno Durante la Guerra Fría”, en *Estudios Públicos*, n°72, 1998, pp. 113-148.
- URSINA HERRERA, Orlando: “El Cobre de Chile, la economía chilena y la seguridad nacional”, en *Memorial del Ejército de Chile*, LXXI, n°394, 1977, pp. 46- 64.
- VALDÉS MARTÍNEZ, Ramón: “La Defensa Móvil por los Blindados”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año LII, n°288, 1959, pp. 7-20.
- VALDÉS PHILLIPS, Pablo; SALAZAR SPARKS, Juan: *Política Mundial Contemporánea*, Editorial Antártica, Santiago, 1979.
- VALDÉS URRUTIA, Mario: “Consecuencias económicas en las Fuerzas Armadas a propósito de los sucesos del 21 de octubre de 1969 en el Regimiento Tacna”, en *Actas de las Jornadas de Historia Naval y Marítima*, n°1, 2000, pp. 26-36.
- VALDÉS URRUTIA, Mario: “El Movimiento Deliberatorio Militar ‘Línea Recta’ en Chile y sus Motivaciones Político-Económicas (1945-1955)”, en *Actas de las Jornadas de Historia Naval y Marítima*, n°7-8, 1996-1997, pp. 101-141.
- VALDÉS URRUTIA, Mario; Danny MONSÁLVEZ ARANEDA: “Recogiendo los pasos: los movimientos deliberativos al interior de las filas del Ejército (1969-1973)”, en *Notas Históricas y Geográficas, Universidad de Playa Ancha*, n°13-14, 2002-2003, pp. 191-214.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, Verónica: “¡Estamos en Guerra, Señores! El Régimen Militar de Pinochet y el Pueblo, 1973-1980”, en *Historia*, Vol. 1, n°43, 2010, pp. 163-201.
- VALDIVIESO H., Gonzalo: “Formas generales de la defensa” en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XVIII, Primer Semestre de 1923, pp. 34-42.
- VARAS, Augusto (Ed.): *Paz, Desarme y Desarrollo en América Latina*, RIAL Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1987.
- VARAS, Augusto: *Estado y Fuerza armadas en América Latina: economía y política de la militarización y el armamentismo*, FLACSO, Santiago, 1982.
- VARAS, Augusto: *La Unión Soviética en la política exterior de América Latina: los casos de Chile, Argentina, Brasil y Perú*, FLACSO, Santiago, 1982.
- VARAS, Augusto: *Los Militares en el Poder. Régimen y Gobierno Militar en Chile 1973-1986*, Pehuén Editores, Santiago, 1987.
- VARAS, Augusto: *Militarización, armamentismo y gasto militar en Chile: 1973-1981*, FLACSO, Santiago, 1982.
- VARAS, Augusto; AGÜERO, Felipe; BUSTAMANTE, Fernando: *Chile, Democracia, Fuerzas Armadas*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Chile, 1980.
- VELARDE, Julio; RODRÍGUEZ, Martha: *Impacto Macro Económico de los Gastos Militares en el Perú 1960-1987*, Asociación Peruana de Estudios e Investigación para la Paz, 1989.

- VELASCO URBINA, Julio: “Crónica de la Guerra que viene”, en *Anuario Academia de Historia Militar*, Año XIX, n°13, 1998, pp. 55-62.
- VELÁSQUEZ SILVA, David: “De la Reforma Militar a la Construcción del Estado: El Ejército Peruano en la Transición de los Siglos XIX y XX”, en *Polis*, Año 10, n°20, 2017, pp. 54-95.
- VELÁSQUEZ SILVA, David: “Ejército, política y sociedad en el Perú, 1821-1879”, en *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n°12, 2018, pp. 142-164.
- VELÁSQUEZ SILVA, David: “Indios, soldados sin patria: la conscripción militar en el Perú durante el siglo XIX”, en *En Líneas Generales*, Año I, n°2, 2018, pp. 56-72.
- VELIT GRANDA, Juan: “Política exterior del Perú durante el gobierno militar”, en *Agenda Internacional*, Vol. 2, n°5, 1995, pp. 51-62.
- VENEGAS JONES, Luis R.: “Fue Inevitable...”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°376, 1974, pp. 3-24.
- VENTOCILLA, Eleodoro: *Chile Prepara Otra Guerra: Argentina, Bolivia y Perú Amenazados*, Gráfica Mundo, Lima, 1970.
- VERBAL STOCKMEYER, Valentina: “El ejército de Chile en vísperas de la Guerra del Pacífico. Una aproximación a su Influencia Francesa (1866-1879)”, en *RUHM*, Vol.3, n°5, 2014, pp. 101-117.
- VERDUGO, Patricia: *Los Zarpazos del Puma. La Caravana de la Muerte*, Catalonia, Santiago, 2017.
- VIAL CORREA, Gonzalo: “1978-2008. A 30 años del Conflicto del Beagle (Cuando Chile y Argentina estuvieron al borde de la Guerra)”, 5 Cap., en *Diario de la Segunda*, 21 de noviembre-19 diciembre de 2008.
- VIAL GUZMAN: “Política Militar”, en *Memorial del Ejército de Chile*, 1911, pp. 423-431.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín: *Historia de la Campaña de Tarapacá*, Rafael Jover Editor, Santiago, 1880.
- VILLACREZ RIQUELME, Eloy: *Nuestra Guerra Civil: Ayacucho 80*, Graphos 100 Editores, Lima, 1985.
- VILLALOBOS, Sergio: *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa. 1533-1833*, Editorial universitaria, Santiago, 2002.
- VILLALOBOS, Sergio: *Historia del Pueblo Chileno*, Tomo I, Zig-Zag, Santiago, 1983.
- VILLALOBOS, Sergio: *Para una meditación de la Conquista*, Editorial Universitaria, Santiago, 2006.
- VILLANUEVA, Víctor: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, Editorial Replanteo, Buenos Aires, 1969.
- VILLANUEVA, Víctor: *100 Años del Ejército Peruano. Frustraciones y Cambios*, Editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1971.
- VISCARRA, Rolando: *Tricolor*, Editorial Los Amigos del Libro, La Paz, 1988.
- VON CLAUSEWITZ, Carl: *De la Guerra*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
- WALKER MARTINEZ, Carlos: *Pajinas de un viaje a través de la America del Sur*, Imprenta de “el Independiente”, Santiago, 1876.
- WILHELMY, Manfred: “Hacia un análisis de la Política Exterior chilena contemporánea”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 12, n°48, 1979, pp. 440-471.
- WILHELMY, Manfred: “La política exterior chilena y el Grupo Andino”, en *Revista de Estudios Internacionales*, Vol. 10, n°38, 1977, pp. 67-87.

- WILHELMY, Manfred; DURÁN, Roberto: “Los Principales Rasgos de la Política Exterior Chilena entre 1973 y el 2000”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. XXIII, n°2, 2003, pp. 273-286.
- WILHELMY, Manfred; LAZO, Rosa María: “La Estrategia Bilateral de Chile en el Sudeste Asiático”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. XIX, 1997, pp. 36-60.
- WU BRADING, Celia: *Testimonios Británicos de la Ocupación Chilena de Lima, enero de 1881*, Editorial Milla Batres, Lima, 1986.
- WYLY, Michael D.: “Doctrinal Change: The Move to Maneuver Theory”, en *Marine Corps Gazette. Professional Journal of U. S. Marines*, Vol. 77, October 1993. Disponible en: <https://www.mca-marines.org/gazette/1993/10/doctrinal-change-move-maneuver-theory> . [Revisado el 7 de junio de 2018].
- YEPES DEL CASTILLO, Ernesto: *Jorge Basadre. Memoria y Destino del Perú. Textos Esenciales*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima, 2003.
- ZAPATA, Antonio: “La Cuestión Boliviana”, en *Revista Argumentos*, Año 8, n°1, 2014, pp. 19-23.
- ZAPATA, Antonio: *La Caída de Velasco. Lucha política y Crisis del Régimen*, Taurus, Perú, 2018.
- ZAPATA, Francisco (comp.): *Frágiles Suturas. Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende*, El Colegio de México, México D. F., 2006.

